MARQUÉS DE SADE

Selección de obras

02/06/1740

Donatien Alphonse François de Sade

- Justina, o, Los infortunios de la virtud
- Las 120 jornadas de Sodoma
- La filosofía en el tocador
- Juliette o las prosperidades del vicio
- Diálogo entre un Sacerdote y un Moribundo

Justine
o
Los infortunios de la virtud

Marqués de Sade



A mi buena amiga

Sí, *Constance,* a ti dirijo esta obra; a la vez el ejemplo y el honor de tu sexo, sumando al alma más sensible la mente más justa y la mejor iluminada, sólo a ti corresponde conocer la dulzura de las lágrimas que arranca la Virtud infortunada. Detestando los sofismas del libertinaje y de la irreligión, combatiéndolos incesantemente con tus actos y tus discursos, no temo en absoluto para ti los que ha necesitado en estas memorias el tipo de personajes trazados; el cinismo de algunas plumas (suavizadas sin embargo lo más posible) no te horrorizará más; es el Vicio el que, gimiendo por ser desvelado, se escandaliza así que se le ataca. El proceso de Tartufo fue incoado por unos santurrones; el de *Justine* será obra de los libertinos. Me inspiran escaso temor: mis razones, desveladas por ti, no serán condenadas; tu opinión basta para mi gloria, y debo, después de haberte gustado, o gustar a todo el mundo, o consolarme de todas las censuras.

La intención de esta novela (no tan novela como parece) es nueva sin duda; el ascendiente de la Virtud sobre el Vicio, la recompensa del bien, el castigo del mal, suele ser el desarrollo normal de todas las obras de este tipo; ¿no es algo demasiado manido?

Pero ofrecer por doquier el Vicio triunfante y la Virtud víctima de sus sacrificios; mostrar a una desdichada yendo de infortunio en infortunio; juguete de la mal dad; peto de todos los excesos; blanco de los gustos más bárbaros y más monstruosos; aturdida por los sofismas mas osados, más retorcidos; víctima de las seducciones más arteras, de los sobornos más irresistibles; teniendo únicamente para oponer a tantos reveses, a tantos males, para rechazar tanta corrupción, un espíritu sensible, una inteligencia natural y mucho valor; arrostrar en una palabra las pinturas más atrevidas, las situaciones más extraordinarias, las máximas más espantosas, las pinceladas más enérgicas, con la única intención de obtener de todo ello una de las más sublimes lecciones de moral que el hombre haya recibido: convendremos que era llegar al objetivo por un camino poco transitado hasta ahora.

¿Lo habré conseguido, *Constance?* ¿Provocará una lágrima de tus ojos mi triunfo? En una palabra, después de haber leído *Justine,* dirás: «¡Oh, cuán orgullosa de amar la Virtud me siento con estos cuadros del Crimen! ¡Cuán sublime es en las lágrimas! ¡Cómo la embellecen los infortunios!».

¡Oh, *Constance!* Que se te escapen estas palabras, y mis trabajos serán coronados.

EXPLICACION DE LA ESTAMPA

La Virtud, entre la Lujuria y la Irreligión. A su izquierda está la Lujuria, bajo la figura de un joven cuya pierna rodea una serpiente, símbolo del autor de nuestros males; aparta con una mano el velo del Pudor, que protegía a la Virtud de las miradas de los profanos, y con la otra, así como con su pie derecho, dirige la caída en la que quiere hacerla sucumbir. A la derecha está la Irreligión que retiene con fuerza uno de los brazos de la Virtud, mientras que con mano pérfida saca una serpiente de su seno para envenenarla. El abismo del Crimen se entreabre bajo sus pasos. La Virtud, siempre dueña de su conciencia, alza la mirada al Eterno, y parece decir:

¡Quién sabe, cuando el Cielo nos hiere con sus golpes, si la mayor desgracia no es un bien para nosotros!

Edipo en casa de Admeto

¡Oh amigo mío! La prosperidad del Crimen es como el rayo, cuyos resplandores engañosos sólo embellecen un instante la atmósfera para precipitar en los abismos de la muerte al desdichado que han deslumbrado.

Primera parte

La obra maestra de la filosofia sería desarrollar los medios de que se sirve la Providencia para alcanzar los fines que se propone sobre el hombre, y trazar, a partir de ahí, unos planes de conducta que puedan hacer conocer a ese desdichado individuo bípedo el modo en que debe avanzar en la espinosa carrera de la vida a fin de prevenir los caprichos extravagantes de esta fatalidad a la que se dan veinte nombres diferentes, sin haber llegado todavía a conocerla ni a definirla.

Si, llenos de respeto por nuestras convenciones sociales, y sin apartarnos jamás de los diques que nos imponen, ocurre, aun así, que sólo encontramos zarzas cuando los malvados sólo recogen rosas, personas carentes de un fondo de virtudes lo bastante probado como para superar tales observaciones ¿no considerarán entonces que es preferible abandonarse al torrente que resistirlo? ¿No dirán que la virtud, por hermosa que sea, se vuelve sin embargo el peor partido que pueda tomarse, si resulta demasiado débil para luchar contra el vacío, y que, en un siglo totalmente corrompido, lo más seguro es actuar como los demás? Algo más instruidos, si se quiere, y abusando de las luces que han adquirido, ¿no dirán con el ángel Jesrad, de *Zadig*, que no hay mal que por bien no venga, y que pueden, a partir de ahí, entregarse al mal, ya que de hecho sólo es una de las maneras de producir el bien? ¿No añadirán que es indiferente al plan general que tal o cual sea preferentemente bueno o malo; que si el infortunio persigue a la virtud y la prosperidad acompaña al crimen, siendo ambas cosas iguales para los proyectos de la naturaleza, es infinitamente mejor tomar partido entre los malvados, que prosperan, ' que entre los virtuosos, que fracasan? Así pues, es importante prevenir esos peligrosos sofismas de una falsa filosofia; esencial demostrar que los ejemplos de virtud infortunada presentados a un alma corrompida, en la que permanecen sin embargo unos cuantos buenos principios, pueden devolver esta alma al bien con tanta seguridad como si se le hubiera mostrado en el camino de la virtud las palmas más brillantes y las más halagüeñas recompensas. Es cruel, sin duda, tener que describir un montón de infortunios abrumando a la mujer dulce y sensible que mejor respeta la virtud, y por otra parte la afluencia de prosperidades sobre quienes aplastan o mortifican a esa misma mujer. Pero si nace, no obstante, un bien del cuadro de esas fatalidades, ¿sentiremos remordimientos

por haberlas ofrecido? ¿Podrá alguien molestarse por haber compuesto unos hechos de los que se derivan para el sensato que lee con provecho la muy útil lección de la sumisión a las órdenes de la Providencia, y la advertencia fatal de que, a menudo, para devolvernos a nuestros deberes, el cielo golpea a nuestro lado al ser que se nos antoja haber cumplido mejor los suyos?

Tales son los sentimientos que dirigirán nuestros trabajos, y en consideración a esos motivos pedimos indulgencia al lector por los sistemas erróneos que aparecen en boca de varios de nuestros personajes, y por las situaciones a veces algo fuertes que, por amor a la verdad, hemos tenido que colocar ante sus ojos.

La señora condesa de Lorsange era una de esas sacerdotisas de Venus cuya fortuna es obra de una bonita cara y de una mala conducta, y cuyos títulos, por pomposos que sean, sólo se encuentran en los archivos de Citeres, forjados por la impertinencia con que los toma, y mantenidos en la necia credulidad que los concede: morena, hermoso talle, ojos con una singular expresión; con esta incredulidad muy de moda, que, confiriendo un atractivo más a las pasiones, hace buscar con mayor ahínco a las mujeres en quienes se supone; un poco malvada, sin principio alguno, no viendo mal en nada, y sin embargo sin la suficiente depravación en el corazón como para haber extinguido la sensibilidad; orgullosa, libertina: así era la señora de Lorsange.

Esta mujer había recibido, no obstante, la mejor educación: hija de un importantísimo banquero de París, había sido educada con una hermana llamada Justine, tres años menor que ella, en una de las más famosas abadías de esta capital, donde hasta las edades de doce y quince años, ningún consejo, ningún maestro, ningún libro, ningún talento habían sido negados a ambas hermanas.

En esta época, fatal para la virtud de las dos jóvenes, todo lo perdieron en un solo día: una espantosa bancarrota precipitó a su padre en una situación tan cruel que murió de pena. Su mujer le siguió un mes después a la tumba. Dos parientes fríos y lejanos deliberaron acerca de lo que harían con las jóvenes huérfanas; la parte que a cada una le correspondía de la herencia, mermada por las deudas, escasamente llegaba a cien escudos. Como nadie se preocupaba de su custodia, les abrieron la puerta del convento, les entregaron su dote y las dejaron libres de ser lo que quisieran.

La señora de Lorsange, entonces llamada Juliette, y de un carácter e inteligencia prácticamente tan formados como a los treinta años —edad que alcanzaba en el momento que arranca la historia que vamos a relatar—, sólo pareció sensible al placer de ser libre, sin meditar un instante en las crueles desgracias que habían roto sus cadenas. A Justine, con doce años de edad como ya hemos dicho, su carácter sombrío y melancólico le hizo percibir mucho mejor todo el horror de su situación. Dotada de una ternura y una sensibilidad sorprendentes, en lugar de la maña y sutileza de su hermana sólo contaba con una ingenuidad y un candor que presagiaba que cayera en muchas trampas. Esta joven sumaba a tantas cualidades una fisonomía dulce, absolutamente diferente de aquella con que la naturaleza había embellecido a Juliette; de igual manera que se percibía el artificio, la astucia, la coquetería en los rasgos de ésta, se admiraba el pudor, la decencia y la timidez en la otra; un aire de virgen, unos grandes ojos azules, llenos de sentimiento y de interés, una piel deslumbrante, un talle grácil y flexible, una voz conmovedora, unos dientes de marfil y los más bellos cabellos rubios, así era el retrato de esta encantadora menor, cuyas gracias ingenuas y rasgos delicados superan nuestros pinceles.

Les dieron a ambas veinticuatro horas para abandonar el convento, dejándoles la tarea de instalarse, con sus cien escudos, donde se les antojara. Juliette, encantada de ser su propia dueña, quiso por un momento enjugar las lágrimas de Justine, viendo después que no lo conseguiría, comenzó a reñirla en vez de consolarla; le dijo, con una filosofía muy superior a su edad, que en este mundo sólo había que afligirse por lo que nos afectaba personalmente; que era posible encontrar en sí misma unas sensaciones fisicas de una voluptuosidad harto intensa como para poder apagar todos los afectos morales cuyo choque podría ser doloroso; que era absolutamente esencial poner en práctica este procedimiento dado que la verdadera sabiduría consistía infinitamente más en doblar la suma de los placeres que en multiplicar la de las penas... En una palabra, que nada había que no se debiera hacer para borrar en uno mismo esta pérfida sensibilidad, de la que únicamente se aprovechan los demás, mientras que a uno sólo le aporta pesares. Pero difícilmente se endurece un buen corazón, pues resiste a los razonamientos de una mala cabeza, consolándose en sus propios goces de las falsas brillanteces de una mente instruida.

Utilizando otros recursos, Juliette dijo entonces a su hermana que, con la edad y la cara que una y otra tenían, era imposible que se murieran de hambre. Citó a la hija de una de sus vecinas, quien, habiéndose escapado de la casa paterna, estaba hoy ricamente mantenida y mucho más dichosa, sin duda, que si hubiera seguido en el seno de su familia; que había que dejar de creer que era el matrimonio lo que hacía feliz a una joven; que, cautiva bajo las leyes del himeneo, sólo tendría, a cambio de muchos malos humores que soportar, una levísima dosis de placeres; mientras que, entregadas al libertinaje, podrían siempre asegurarse del humor de los amantes, o consolarse de él mediante el número de éstos.

Justine sintió horror de tales discursos; dijo que prefería la muerte a la ignominia y, pese a las nuevas peticiones que le formuló su hermana, se negó insistente mente a vivir con ella en cuanto la vio decidida a una conducta que la hacía estremecerse.

Por consiguiente, las dos jóvenes se separaron, sin ninguna promesa de volver a verse, dado que sus intenciones se revelaban tan diferentes. Juliette que, según pretendía, se convertiría en una gran dama, ¿accedería a recibir a una muchacha cuyas inclinaciones, virtuosas pero humildes, podrían deshonrarla? Y por su parte, ¿Justine aceptaría poner en peligro sus costumbres con la compañía de una criatura perversa, que acabaría siendo víctima de la crápula y del desenfreno público? Ambas se dieron, pues, un eterno adiós, y ambas abandonaron el convento al día siguiente.

Mimada desde su infancia por la costurera de su madre, Justine cree que esta mujer será sensible a su desdicha; la visita, le comunica sus infortunios, le pide trabajo... Pero casi no la reconoce y la despiden duramente.

—¡Oh, cielos! —dice la pobre criatura—, ¡es preciso que los primeros pasos que doy por el mundo estén ya marcados por la desgracia! Esta mujer me quería antes, ¿por qué me rechaza hoy? ¡Ay!, porque soy huérfana y pobre; porque ya no tengo recursos en el mundo, y sólo se aprecia a las personas por las ayudas y los agrados que se espera recibir de ellas.

Justine, llorosa, visita a su sacerdote; le describe su estado con el enérgico candor de su edad... Llevaba un vestidito blanco; sus hermosos cabellos descuidadamente recogidos bajo una gran cofia; su seno apenas insinuado, oculto debajo de dos o tres varas de gasa;

su linda cara algo pálida a causa de las penas que la devoraban; algunas lágrimas caían de sus ojos y les conferían aún mayor expresión.

—Me veis, señor... —le dijo al santo eclesiástico—, sí, me veis en una situación muy lamentable para una joven; he perdido a mi padre y mi madre... El cielo me los arrebata en la edad en que más necesitaba su ayuda... Han muerto arruinados, señor; no tenemos nada... Eso es todo lo que me han dejado —prosiguió, mostrando sus doce luises—... y ni un rincón donde reposar mi pobre cabeza... Os apiadaréis de mí, ¿verdad, señor? Sois ministro de la religión, y la religión siempre fue la virtud de mi corazón; en nombre del Dios que adoro y del que sois la voz, decidme, como un segundo padre, ¿qué debo hacer... qué tengo que ser?

El caritativo sacerdote contestó, examinando a Justine, que la parroquia estaba muy *cargada;* que era difícil que pudiera hacerse cargo de nuevas limosnas, pero que, si Justine quería servirle, si quería *trabajar duro,* siempre habría en su cocina un pedazo de pan para ella. Y, mientras le decía eso, el intérprete de los dioses le había pasado la mano bajo la barbilla, dándole un beso excesivamente mundano para un hombre de Iglesia. Justine, que le había entendido demasiado bien, le rechazó diciéndole:

—Señor, yo no os pido limosna ni un puesto de criada; hace demasiado poco que he abandonado un estado por encima del que puede hacer desear esas dos mercedes para verme reducida a implorarlas; solicito los consejos que mi juventud y mis desgracias necesitan, y queréis hacérmelos comprar tal vez demasiado caros.

El pastor, avergonzado de verse descubierto, rápidamente expulsó a la joven criatura, y la desdichada Justine, dos veces rechazada en el primer día en que se vio condenada al *aislamiento,* entra en una casa en la que ve un cartel, alquila un pequeño apartamento amueblado en la quinta planta, lo paga de antemano, y en él se entrega a unas lágrimas aún más amargas por lo sensible que es y porque su pequeño orgullo acaba de ser cruelmente maltratado.

¿Se nos permitirá abandonarla por algún tiempo aquí, para regresar a Juliette, y para explicar cómo, del simple estado del que la vimos salir, y sin tener más recursos que su hermana, llegó a ser, sin embargo, en quince años, mujer con título, propietaria de una renta de treinta mil libras, bellísimas joyas, dos o tres casas tanto en la ciudad como en el campo, y, por el instante, el corazón, la fortuna y la confianza del señor de Corville, consejero de Estado, hombre del mayor crédito y ministro en ciernes? No hay la menor duda de que su carrera fue espinosa: esas damiselas prosperan gracias al aprendizaje más vergonzoso y más duro; y una que ahora está en el lecho de un príncipe todavía lleva seguramente encima las marcas humillantes de la brutalidad de los libertinos entre cuyas manos la arrojaron su juventud e inexperiencia.

Al salir del convento, Juliette buscó a una mujer de la que había oído hablar a una joven amiga vecina; pervertida como ella deseaba ser y pervertida por aquella mujer, la aborda con su hatillo bajo el brazo, una levita azul muy desordenada, los cabellos sueltos, la más bonita cara del mundo, si es cierto que ante determinados ojos la indecencia pueda ser atractiva; cuenta su historia a esta mujer, y le suplica que la proteja como ha hecho con su antigua amiga.

—¿Qué edad tienes? —le pregunta la Duvergier.

—Quince años dentro de unos días, señora —contestó Juliette.

—Y jamás ningún mortal... —prosiguió la matrona.

—¡Oh no, señora!, se lo juro —replicó Juliette.
—Pero es que a veces en esos conventos —dijo la vieja—... un confesor, una religiosa, una compañera... Necesito pruebas seguras.
No tiene usted más que buscarlas, señora —contestó Juliette sonrojándose.
Y proveyéndose la dueña de unos lentes, y después de haber examinado minuciosamente las cosas por todos los lados:
—Vamos —le dijo a la joven—, bastará con que te quedes aquí, prestes mucha atención a mis consejos, presentes un gran fondo de complacencia y de sumisión con mis clientes, limpieza, economía, franqueza conmigo, habilidad con tus compañeras y astucia con los hombres, y antes de diez años te pondré en situación de retirarte a un tercero con una cómoda, dos habitaciones, una criada; y el arte que habrás adquirido en mi casa te servirá para procurarte el resto.
Hechas estas recomendaciones, la Duvergier se apodera del hatillo de Juliette; le pregunta si tiene dinero y, como ésta le confiesa con excesiva sinceridad que tenía cien escudos, la querida mamá se los confisca asegurando a su nueva pensionista que invertirá este pequeño capital en la lotería para ella, pero que no conviene que una joven tenga dinero.
—Es —le dice— un medio de hacer el mal, y en un siglo tan corrompido una muchacha buena y bien nacida debe evitar cuidadosamente cuanto pueda arrastrar la hacia alguna trampa. Te lo digo por tu bien, pequeña —añadió la dueña—, y debes agradecerme lo que hago. Acabado este sermón, la nueva es presentada a sus compañeras; le indican su habitación en la casa, y a partir del día siguiente sus primicias están en venta.
En cuatro meses, la mercancía es vendida sucesivamente a cerca de cien personas; unas se contentan con la rosa, otras más delicadas o más depravadas (pues la cuestión no está zanjada) quieren abrir el capullo que florece al lado. En cada ocasión, la Duvergier encoge, reajusta, y durante cuatro meses son siempre las primicias lo que la bribona ofrece al público. Al término de este espinoso noviciado, Juliette alcanza finalmente la condición de hermana conversa; a partir de este momento, es oficialmente admitida como pupila de la casa, y comparte sus penas y sus beneficios. Otro aprendizaje: si en la primera escuela, con escasas excepciones, Juliette ha servido a la naturaleza, olvida sus leyes en la segunda y corrompe por entero sus costumbres; el triunfo que ve cómo obtiene el vicio degrada por completo su alma; siente que, nacida para el crimen, por lo menos debe llegar al mayor de ellos y renunciar a languidecer en un estado subalterno que, haciéndole cometer las mismas faltas, envileciéndola igualmente, no le acarrea, ni mucho menos, el mismo beneficio. Gusta a un anciano caballero muy libertino que, en un principio, sólo la reclama esporádicamente; ella posee el arte de hacerse mantener magníficamente por él; aparece finalmente en los espectáculos, en los paseos, al lado de las figuras de la orden de Citeres; la miran, la citan, la envidian, y la inteligente criatura sabe hacerlo tan bien que en menos de cuatro años arruina a seis hombres, el más pobre de los cuales tenía cien mil escudos de renta. No necesitaba más para crearse una reputación; la ceguera de la gente de mundo es tal que cuanta mayor deshonestidad ha demostrado una de esas criaturas, más deseosos están de constar en su lista; parece que el grado de su envilecimiento y de su corrupción se convierte en la medida de los sentimientos que se atreven a mostrar por ella.
Juliette acababa de alcanzar sus veinte años cuando un tal conde de Lorsange, gentilhombre angevino, de unos cuarenta años de edad, se enamoró tanto de ella que

decidió darle su apellido: le reconoció doce mil libras de renta, le aseguró el resto de su fortuna si moría antes que ella; le dio una casa, servicio, distinción, y una especie de consideración en la sociedad que en dos o tres años consiguió hacer olvidar sus comienzos.

Fue entonces cuando la desdichada Juliette, olvidando todos los sentimientos de su nacimiento y de su buena educación, pervertida por malos consejos y libros peligrosos, apresurada por disfrutar a solas, llevar un nombre y ninguna cadena, osó entregarse a la culpable idea de abreviar los días de su marido. Una vez concebido este odioso proyecto, lo mimó y lo consolidó desafortunadamente en uno de esos momentos peligrosos en que las acciones físicas se ven impelidas por los errores de la moral; instantes en que no nos negamos a casi nada ni nada se opone a la irregularidad de las ansias o a la impetuosidad de los deseos, y se aviva la voluptuosidad recibida en proporción a la cantidad de los frenos que rompe, o a su pureza. Desvanecido el sueño, si nos volviéramos buenos, el inconveniente seria insignificante, sólo se trataría de la historia de los errores de entendimiento; sabemos perfectamente que no ofenden a nadie, pero, desgraciadamente, se llega mas lejos. ¿Qué significará —nos atrevemos a preguntarnos—, la realización de esta idea, si su mera presencia nos exalta, nos emociona tan intensamente? Entonces damos vida a la maldita quimera, y su existencia acaba siendo un crimen.

La señora de Lorsange lo ejecutó, afortunadamente para ella, con tanto secreto que estuvo al amparo de cualquier persecución, y sepultó junto con su esposo las huellas del espantoso delito que le precipitaba a la tumba.

Viéndose libre y condesa, la señora de Lorsange recuperó sus antiguos hábitos; pero creyéndose algo en el mundo, puso en su conducta un tanto menos de indecencia. Ya no era una muchacha mantenida, era una rica viuda que daba estupendas cenas, a las que tanto nobles como burgueses les encantaba ser admitidos; mujer decente en una palabra, pero que aun así se acostaba por doscientos luises, y se entregaba por quinientos al mes.

Hasta los veintiséis años, la señora de Lorsange siguió haciendo brillantes conquistas; arruinó a tres embajadores extranjeros, cuatro recaudadores de impuestos, dos obispos, un cardenal y tres caballeros de las órdenes reales; pero como es inusual pararse después de un primer delito, sobre todo cuando se ha coronado felizmente, la desgraciada Juliette se denigró con dos nuevos crímenes semejantes al primero; uno para robar a uno de sus amantes, que le había confiado una suma considerable, ignorada por la familia de ese hombre, y que la señora de Lorsange pudo ocultar gracias a esta espantosa acción; el otro, para poseer cuanto antes un legado de cien mil francos que uno de sus adoradores le hacía en nombre de un tercero, encargado de devolver la cantidad después de la defunción. A esos horrores, la señora de Lorsange juntaba tres o cuatro infanticidios. El temor de estropear su bonito talle, el deseo de ocultar una doble intriga, todo ello le hizo tomar la decisión de sofocar en su seno el fruto de sus excesos; y esas fechorías, tan desconocidas como las anteriores, no fueron óbice para que esta mujer artera y ambiciosa encontrara diariamente nuevas víctimas.

Es cierto, por tanto, que la prosperidad puede acompañar la peor conducta, y que en el mismo centro del desorden y de la corrupción, cuanto los hombres denominan la felicidad puede esparcirse sobre la vida; pero que no nos alarme esta cruel y fatal verdad; que el ejemplo de la desdicha, persiguiendo por doquier a la virtud, como no tardaremos en ofrecer, no atormente más a las personas honradas. Esta felicidad del crimen es engañosa, sólo aparente; además del castigo reservado sin duda por la Providencia a quienes han

seducido sus éxitos, ¿no alimentan en el fondo de sus almas un gusano que, royéndolos incesantemente, les impide regocijarse con estos falsos fulgores, y sólo deja en sus almas, en lugar de delicias, el recuerdo desgarrador de los crímenes que les han llevado donde están? En cambio, el infortunado al que la suerte persigue, tiene su corazón como consuelo, y los goces interiores que le procuran sus virtudes le compensan muy pronto de la injusticia de los hombres.

Esa era, pues, la situación de la señora de Lorsange cuando el señor de Corville, de cincuenta años de edad, gozando del crédito y de la consideración que antes hemos descrito, decidió sacrificarse enteramente por esa mujer y retenerla para siempre con él. Sea por las atenciones recibidas, sea por los procedimientos empleados, o bien por la habilidad de la señora de Lorsange, el señor de Corville lo había conseguido, y llevaba cuatro años viviendo con ella, exactamente como con una esposa legítima, cuando la adquisición de una bellísima finca cerca de Montargis les obligó a ambos a pasar algún tiempo en esa provincia.

Un atardecer, en que la bondad de la temperatura les animó a prolongar su paseo desde la propiedad que habitaban hasta Montargis, encontrándose demasiado cansados para decidir volver tal como habían venido, se detuvieron en la posada donde para la diligencia de Lyon, con la intención de enviar desde ahí un hombre a caballo a buscarles un coche. Reposaban en una sala baja y fresca, que daba al patio de esta casa, cuando la diligencia de la que acabamos de hablar entró en la hospedería.

Es una diversión bastante natural contemplar cómo descienden los pasajeros de una diligencia; es posible apostar por el tipo de personajes que salen de allí y, si uno ha nombrado una ramera, un oficial, unos cuantos curas y un fraile, puede estar casi siempre seguro de ganar. La señora de Lorsange se levanta, el señor de Corville la sigue, y los dos se divierten viendo entrar en la posada al traqueteado grupo. Parecía que ya no quedaba nadie en el coche cuando un jinete de la gendarmería, bajando del pescante, recibió en sus brazos de uno de sus compañeros, también situado en el mismo lugar, una joven de veintiséis a veintisiete años, vestida con una mala chambra de india y envuelta hasta las cejas por una gran manteleta de tafetán negro. Estaba maniatada como una criminal, y tan débil, que seguramente habría caído si sus guardianes no la hubieran sostenido. Ante el grito de sorpresa y de horror que suelta la señora de Lorsange, la joven se gira, y deja ver junto al más bello talle del mundo, el rostro más noble, más agradable, más interesante, todos los atractivos en suma más placenteros, hechos mil veces aún más excitantes por la tierna y conmovedora aflicción que la inocencia añade a los rasgos de la belleza.

El señor de Corville y su amante no pueden dejar de interesarse por la miserable joven. Se acercan, preguntan a uno de los guardias qué ha hecho la infortunada.

—Se la acusa de tres delitos —contesta el jinete—: de asesinato, de robo y de incendio; pero os confieso que mi compañero y yo jamás hemos conducido a un criminal con tanta desgana; es la criatura más dulce, y aparentemente la más honesta.

—¡Ya, ya! —dijo el señor de Corville—, ¿no podría tratarse de uno de esos errores habituales de los tribunales de segundo orden?... ¿Y dónde se ha cometido el delito?

—En una posada a pocas leguas de Lyon; la han juzgado en esta ciudad y, siguiendo la costumbre, la trasladamos a París para la confirmación de su sentencia, ya que volverá a Lyon para ser ejecutada.

La señora de Lorsange, que se había acercado y escuchaba este relato, comentó al señor de Corville que desearía enterarse por boca de la propia joven de la historia de sus

desdichas, y el señor de Corville, que compartía también el mismo deseo, lo comunicó a los dos guardias presentándose ante ellos. Estos no consideraron necesario oponerse. Decidieron que convenía pasar la noche en Montargis; pidieron un alojamiento cómodo; el señor de Corville respondió de la prisionera, la desataron; y cuando le hicieron tomar algunos alimentos, la señora de Lorsange, que no podía dejar de sentir por ella el más vivo interés, y que sin duda se decía a sí misma: «Esta criatura, tal vez inocente, es tratada, sin embargo, como una criminal, mientras que alrededor de mí... que me he manchado con crímenes y horrores, todo prospera», la señora de Lorsange, digo, al ver a la pobre muchacha algo mejorada, algo consolada por las caricias que se apresuraban a hacerle, le rogó que contara por qué acontecimiento, con una apariencia tan dulce, se hallaba en una circunstancia tan funesta.

—Contaros la historia de mi vida, señora —dijo la bella infortunada, dirigiéndose a la condesa—, es ofreceros el ejemplo más sorprendente de las desdichas de la inocencia, es acusar a la mano del cielo, es quejarse de las voluntades del Ser Supremo, es una especie de rebelión contra sus sagrados designios... No me atrevo...

Brotaron entonces abundantes lágrimas de los ojos de la interesante muchacha y, después de haberlas dejado correr un instante, comenzó su relato en los siguientes términos:

—Me permitiréis, señora, ocultar mi nombre y mi origen; sin —ser ilustres, fueron honrados, y en nada me destinaban a la humillación en la que me veis reducida. Perdí muy joven a mis padres; creí que con la poca ayuda —que me habían dejado podría aguardar un empleo conveniente y, rechazando todos los que no lo eran, me comí sin darme cuenta, en París, donde he nacido, lo poco que poseía; cuanto más pobre me volvía, más despreciada era; cuanto más apoyo necesitaba, menos confiaba en obtenerlo; pero de todas las durezas que experimenté en los comienzos de mi infortunada situación, de todas las frases horribles que me dirigieron, sólo os citaré lo que me ocurrió en casa del señor Dubourg, uno de los más ricos comerciantes de la capital. La mujer en cuya casa me alojaba me encaminó hacia él, pues su crédito y riquezas podían suavizar seguramente el rigor de mi suerte. Después de una larga espera en la antecámara de ese hombre, me hicieron pasar: el señor Dubourg, de cuarenta y ocho años de edad, acababa de salir de la cama, envuelto en una bata flotante que apenas ocultaba su agitación; se disponían a peinarle, ordenó que se retiraran y me preguntó qué quería.

—¡Ay!, señor —le contesté confusísima—, soy una pobre huérfana que todavía no tiene catorce años y que ya conoce todos los grados del infortunio. Imploro vuestra conmiseración, tened piedad de mí, os lo ruego.

Y entonces le detallé todos mis males, la dificultad de encontrar un trabajo, quizás incluso la pena que sentía en buscarlo, al no haber nacido para ese estado. La desgracia que había tenido, durante todo eso, de comerme lo poco que tenía... La falta de trabajo. La esperanza que tenía de que él podría facilitarme los medios de vivir. En suma, todo lo que dicta la elocuencia del infortunio, siempre presta en un alma sensible, siempre remisa en la opulencia... Después de haberme escuchado con escasa atención, el señor Dubourg me preguntó si yo había sido siempre buena.

No estaría tan pobre ni tan preocupada, señor —le contesté—, si hubiera querido dejar de serlo.

—¿A título de qué —me replicó a eso el señor Dubourg— pretendes que las personas ricas te ayuden si tú no les sirves para nada?

—¿Y a qué servicio se refiere usted, señor? —contesté—. No pido otra cosa que prestar aquello que la decencia y mi edad me permiten cumplir.

—Los servicios de una criatura como tú son poco útiles en una casa —me contestó Dubourg—. No tienes edad ni constitución para colocarte como pides. Mejor harías en ocuparte de gustar a los hombres, y de trabajar en encontrar a alguien que quiera ocuparse de ti. Esta virtud que tanto exhibes no sirve de nada en el mundo; por mucho que te arrodilles ante sus altares, su inútil incienso no te alimentará. La cosa que menos halaga a los hombres, aquella a la que prestan menos atención, la que desprecian más soberanamente, es la decencia de vuestro sexo: aquí sólo se aprecia, hija mía, lo que beneficia o lo que deleita. ¿Y qué beneficio puede significar para nosotros la virtud de las mujeres? Son sus desórdenes los que nos sirven y nos divierten, pero su castidad es lo que menos nos interesa. En una palabra, cuando las personas de nuestra clase dan, sólo es para recibir. Ahora bien, ¿cómo una chiquilla como tú puede agradecer lo que se hace por ella si no es abandonando cuanto se quiera su cuerpo?

—¡Oh, señor! —contesté con el corazón henchido de suspiros—. ¿Ya no existe honradez ni beneficencia entre los hombres?

—Muy pocas —replicó Dubourg—. Si se habla tanto de ellas, ¿cómo quieres que existan? Estamos de vuelta de esta manía de ayudar a los demás gratuitamente; se ha reconocido que los placeres de la caridad sólo eran goces del orgullo y, como nada se disipa con mayor rapidez, se han querido sensaciones más reales. Se ha visto que con una criatura como tú, por ejemplo, era mucho mejor quedarse como anticipo con todos los placeres que puede ofrecer la lujuria que con los muy fríos y muy futiles de aliviarla de manera desinteresada. La reputación de un hombre liberal, caritativo, generoso, no es nada comparada, en el instante en que mejor se disfruta, con el más ligero placer de los sentidos.

—¡Oh, señor! ¡Con semejantes principios, es necesario pues que el infortunado perezca!

—Qué más da, hay un exceso de súbditos en Francia. Con tal de que la máquina tenga siempre la misma elasticidad, ¿qué le importa al Estado el mayor o menor número de los individuos que la aprietan?

—Pero ¿creéis que los hijos, cuando son así maltratados, respetarán a sus padres?

—¡¿Qué le importa a un padre el amor de unos hijos que le estorban?

—¡Sería mejor entonces que nos hubieran ahogado en la cuna!

—Probablemente. Es lo que se hace en muchos países; era la costumbre de los griegos y es la de los chinos: allí los niños desgraciados son abandonados o se les da muerte. ¿Para qué dejar vivir unas criaturas que ya no pueden contar con la ayuda de sus padres, porque carecen de ellos, o porque no han sido reconocidos, cuando en tal caso sólo sirven para sobrecargar al Estado con un producto que ya le sobra? Los bastardos, los huérfanos, los niños deformes, deberían ser condenados a muerte desde su nacimiento. Los primeros y los segundos porque, al no tener a nadie que quiera o que pueda ocuparse de ellos, manchan la sociedad con unas heces que un día u otro tiene que resultarle funesta; y los otros porque no pueden resultarle de ninguna utilidad. Las dos clases son para la sociedad como excrecencias de la carne que, alimentándose del jugo de los miembros sanos, los degradan y los debilitan, o, si lo prefieres, como esos vegetales parásitos que, juntándose

a las plantas buenas, las deterioran y las roen adaptándose su simiente nutritiva. A esas limosnas destinadas a alimentar a semejante escoria, esas casas dotadas de todos los lujos que se tiene la extravagancia de construirles, son abusos escandalosos. ¡Como si la especie de los hombres fuera tan escasa, tan preciosa que hubiera que conservar hasta su más vil porción! Pero dejemos una política de la que no debes de entender nada, hija mía: ¿por qué quejarse de su suerte cuando sólo corresponde a uno mismo remediarla?

—¡A qué precio, santo cielo!

—Al de una quimera, algo que sólo tiene el valor que tu orgullo le atribuye. Por lo demás —prosiguió el bárbaro al mismo tiempo que se levantaba y abría la puerta—, eso es todo lo que puedo hacer por ti. Consiente, o libérame de tu presencia. No me gustan los mendigos...

Corrieron mis lágrimas, fue imposible retenerlas, y creeréis, señora, que en lugar de enternecer a aquel hombre lo irritaron. Cierra la puerta y agarrándome por el cuello del vestido, me dice brutalmente que me obligará a hacer a la fuerza lo que no quiero concederle de buen grado. En este instante cruel, mi desgracia me insufla valor. Me libero de sus manos y, abalanzándome hacia la puerta, le digo mientras escapo:

—¡Hombre odioso, ojalá el cielo, tan gravemente ofendido por ti, te castigue un día como mereces, por tu execrable crueldad! No eres digno ni de tus riquezas, de las que haces tan vil uso, ni siquiera del aire que respiras en un mundo manchado por tus barbaries. Me apresuré a contar a mi hospedera la acogida de la persona a la que me había enviado, pero cual fue mi sorpresa al ver a esa miserable abrumarme con reproches en lugar de compartir mi dolor.

—Miserable criatura —me dijo encolerizada—, ¿imaginas que los hombres son tan necios como para dar limosnas a unas muchachitas como tú, sin exigir el interés de su dinero? El señor Dubourg es demasiado bueno por haberse portado como lo ha hecho; en su lugar yo no te habría dejado salir de mi casa sin haberme contentado. Pero ya que no quieres aprovechar las ayudas que te ofrezco, arréglatelas como quieras. Me debes dinero: o me lo das mañana, o te envío a la cárcel.

—Señora, tened piedad...

—Sí, sí, piedad... ¡Con la piedad uno se muere de hambre!

—Pero ¿qué queréis que haga?

—Volver a casa de Dubourg, satisfacerle y traerme dinero. Yo le veré y le avisaré. Enmendaré, si puedo, tus tonterías. Le daré excusas tuyas, pero piensa en comportarte mejor.

Avergonzada, desesperada, sin saber qué hacer, viéndome duramente rechazada por todo el mundo, casi sin recursos, le dije a la señora Desroches (era el nombre de mi hospedera) que estaba decidida a todo para satisfacerla. Se fue a casa del financiero, y, a la vuelta, me dijo que lo había encontrado muy irritado; que con mucho esfuerzo había conseguido inclinarlo a mi favor; que a fuerza de súplicas había conseguido, sin embargo, convencerle de que volviera a verme la mañana siguiente; pero que tuviera cuidado con mi conducta porque si la desobedecía una vez más, ella misma se encargaría de hacerme encarcelar de por vida.

Llegué a su casa muy turbada. Dubourg estaba a solas, en un estado aún más indecente que la víspera. La brutalidad, el libertinaje, todas las características del exceso estallaban en sus miradas hipócritas.

—Agradece a la Desroches —me dice duramente— que quiera en su favor concederte por un instante mis bondades. Tienes que sentir lo indigna que eres de ello después de tu conducta de ayer. Desnúdate, y si sigues ofreciendo la más ligera resistencia a mis deseos, dos hombres te esperan en mi antecámara para llevarte a un lugar del que no saldrás en toda tu vida.

—¡Oh, señor! —digo llorando y precipitándome a las rodillas de aquel hombre bárbaro—, cambiad de idea, os lo suplico. Mostraos generoso para ayudarme sin exigir de mí lo que me cuesta tanto que os ofrecería mi vida antes que someterme a ello... Sí, prefiero morir mil veces que infringir los principios que he recibido en mi infancia... Señor, señor, no me obliguéis, os lo suplico. ¿Podéis concebir la dicha en medio de disgustos y de lágrimas? ¿Os atrevéis a esperar el placer donde sólo veréis repugnancias? Así que hayáis consumado vuestro crimen el espectáculo de mi desesperación os colmará de remordimientos...

Pero las infamias a las que se entregaba Dubourg me impidieron continuar. ¿Cómo había podido creerme capaz de enternecer a un hombre que ya encontraba en mi propio dolor un acicate más a sus horribles pasiones? ¡Creeréis, señora, que inflamándose con los agudos acentos de mis lamentos, saboreándolos con inhumanidad, el indigno se preparaba él mismo para sus criminales tentativas! Se levanta, y mostrándose finalmente ante mí en un estado en el que la razón triunfa raras veces, y en el que la resistencia del objeto que la hace perder no es si no un alimento más al delirio, me agarra con brutalidad, aparta impetuosamente los velos que todavía siguen ocultando aquello de lo que arde por disfrutar. Sucesivamente, me injuria... me halaga... me maltrata y me acaricia... ¡Oh, qué escena, Dios mío! ¡Qué mezcla increíble de crueldad... de lujuria! ¡Parecía que el Ser Supremo quisiera, en esta primera circunstancia de mi vida, grabar para siempre en mí todo el horror que yo debía sentir por un tipo de delito del que debía nacer la afluencia de los males que me amenazaban! Pero ¿debía de quejarme de ello entonces? No, sin duda; a sus excesos debo mi salvación. Con menos desenfreno, yo habría sido una muchacha manchada. Los ardores de Dubourg se apagaron en la efervescencia de sus empresas, el cielo me vengó de las ofensas a las que el monstruo iba a entregarse, y la pérdida de sus fuerzas, antes del sacrificio, me preservó de ser su víctima.

Con ello, Dubourg se volvió mas insolente. Me acusó de los daños de su debilidad... Quiso repararlos con nuevos ultrajes y con invectivas aún más mortificadoras. No hubo nada que no me dijera; nada que no intentara, nada que la pérfida imaginación, la dureza de su carácter y la depravación de sus costumbres no le hiciera emprender. Mi torpeza le impacientó; yo estaba lejos de querer actuar, ya hacía mucho con prestarme: mis remordimientos no se han extinguido... Sin embargo, no consiguió nada, mi sumisión dejó de enardecerle. Por mucho que pasara sucesivamente de la ternura al rigor... de la esclavitud a la tiranía... de la apariencia de la decencia a los excesos de la crápula, ambos nos encontramos agotados, sin que, afortunadamente, él consiguiera recuperar lo que debía para asestarme más peligrosos ataques. Renunció a ello, me hizo prometer que volvería al día siguiente, y para obligarme con mayor seguridad sólo quiso darme la cantidad que yo debía a la Desroches. Así que regresé a casa de esa mujer, ultrajada por semejante aventura y totalmente decidida, sucediera lo que sucediera, a no exponerme a ella por tercera vez. Se lo advertí al pagarle, mientras echaba todo tipo de maldiciones sobre ese malvado capaz de abusar tan cruelmente de mi miseria. Pero mis imprecaciones, lejos de atraer sobre él la cólera de Dios, sólo consiguieron aportarle

fortuna: ocho días después, supe que el insigne libertino acababa de obtener del gobierno un cargo de administrador general que aumentaba sus ingresos en más de cuatrocientas mil libras de rentas. Yo me encontraba absorbida en las reflexiones que nacen inevitablemente de semejantes inconsecuencias de la suerte, cuando un rayo de esperanza pareció relucir un instante ante mis ojos.

La Desroches me dijo un día que finalmente había encontrado una casa en la que me recibirían con placer, siempre que me portara bien.

—¡Gracias a Dios, señora! —le dije, arrojándome entusiasmada a sus brazos—. Esta es la condición que yo misma pondría, ¡figuraos si la acepto con gusto!

El hombre al que debía servir era un famoso usurero de París, que se había enriquecido no sólo prestando con fianza, sino también robando impunemente a sus clientes siempre que no corriera ningún peligro en ello. Vivía en un segundo piso de la Rue Quincampoix, con una mujer de cincuenta años, a la que llamaba su esposa, y que era no menos malvada que él.

—Thérèse —me dijo el avaro (ese era el nombre que yo había adoptado para ocultar el mío)—, Thérèse, la primera virtud de mi casa, es la probidad. Si alguna vez os lleváis de aquí la décima parte de un denario, os haré ahorcar, ya veis, hija mía. El escaso bienestar del que disfrutamos mi mujer y yo, es el fruto de nuestros inmensos trabajos y de nuestra perfecta sobriedad... ¡,Comes mucho, pequeña?

—Unas cuantas onzas de pan al día, señor —le contesté—, agua y un poco de sopa, cuando soy tan afortunada de poder tomarla.

—¡Sopa, diantre, sopa! Oíd esto, amiga mía —dijo el usurero a su mujer—, asombraos ante los progresos del lujo: está buscando colocación, se muere de hambre desde hace un año, y quiere comer sopa. Nosotros, que trabajamos como galeotes, apenas la cocinamos una vez cada domingo. Hija mía, tendrás tres onzas de pan al día, media botella de agua de río, un viejo traje de mi mujer cada dieciocho meses, y tres escudos de sueldo al cabo del año, siempre que estemos contentos de tus servicios, que tu economía responda a la nuestra, y que finalmente hagas prosperar la casa con el orden y el arreglo. Tu trabajo es poca cosa, se hace en un abrir y cerrar de ojos. Se trata de fregar y limpiar tres veces por semana este apartamento de seis habitaciones, de hacer las camas, de contestar a la puerta, de empolvar mi peluca, de peinar a mi mujer, de cuidar del perro y de la cotorra, de fregar la cocina y la vajilla, de ayudar a mi mujer cuando cocine, y de emplear cuatro o cinco horas al día en coser ropa, medias, gorros y otras cositas de la casa. Ya ves que no es nada, Thérèse; te sobrará mucho tiempo, te permitiremos utilizarlo por tu cuenta, siempre que seas buena, hija mía, discreta y sobre todo ahorrativa, que es lo esencial.

Podéis imaginar fácilmente, señora, que había que estar en estado tan horrible como en el que yo me hallaba para aceptar semejante empleo. No sólo había infinitamente más trabajo del que mis fuerzas me permitían emprender, sino que ¿cómo podía yo vivir con lo que me ofrecían? Sin embargo, procuré no ofrecer resistencia, y me instalé aquella misma noche.

Si mi cruel situación me permitiera divertiros un instante, señora, cuando sólo debo pensar en enterneceros, me atrevería a contaros alguno de los rasgos de avaricia de que fui testigo en aquella casa; pero a partir del segundo año me aguardaba una catástrofe tan terrible que me resulta muy difícil detenerme en unos detalles divertidos antes de relataros mis infortunios.

Sabréis, sin embargo, señora, que jamás había otra iluminación, en el apartamento del señor Du Harpin que la que robaba a la farola felizmente colocada frente a su habitación; jamás ninguno de los dos utilizaba ropa interior: almacenaban la que yo cosía, no la tocaban en la vida; las mangas de la casaca del señor, así como las del traje de la señora, llevaban un viejo par de manguitos cosidos encima de la tela, que yo lavaba todos los sábados por la noche; nada de sábanas, nada de toallas, para así evitar el lavado. En su casa jamás se bebía vino, pues el agua clara, como decía la señora Du Harpin, es la bebida natural del hombre, la más sana y menos peligrosa. Siempre que cortaban el pan colocaban una cesta debajo del cuchillo, a fin de recoger las migas que caían: les añadían puntualmente todos los restos que quedaban de las comidas, y este manjar, frito el domingo con un poco de mantequilla, componía el yantar de los días festivos. Nunca había que sacudir las ropas o los muebles, por miedo a gastarlos, sólo rozarlos ligeramente con un plumero. Los zapatos del señor, así como los de la señora, reforzados con hierro, eran los mismos que calzaron el día de su boda. Pero una práctica mucho más extravagante era la que me obligaban a hacer una vez por semana: había en el apartamento un gabinete bastante grande cuyas paredes no estaban tapizadas; con un cuchillo tenía que raspar una cierta cantidad de yeso de esas paredes, que luego pasaba por un fino tamiz: el resultado de esta operación eran los polvos de tocador con que yo cubría cada mañana tanto la peluca del señor como el moño de la señora. ¡Pero, ay, ojalá hubiera querido Dios que ésas fueran las únicas torpezas a las que se entregaban esos malvados! Nada hay más natural que el deseo de conservar los bienes, pero no lo es tanto el de aumentarlos con los del prójimo. Y no tardé mucho en descubrir que sólo así se enriquecía Du Harpin.

En el piso de arriba vivía una persona muy acomodada, que poseía unas alhajas bastante bonitas, y cuyas pertenencias, sea a causa de la vecindad, sea por haber pasado por las manos de mi amo, eran muy conocidas por él; le oía a menudo lamentarse con su mujer de una cierta caja de oro de treinta a cuarenta luises, con la que se habría quedado, decía, de haber sabido actuar con mayor destreza. Para consolarse al fin de haber devuelto esa caja, el honrado señor Du Harpin proyectó robarla, y a mí se me encargó la negociación.

Después de haberme hecho un gran discurso sobre la indiferencia del robo, sobre la utilidad misma que ejercía en el mundo, ya que restablecía en él una especie de equilibrio, que alteraba por completo la desigualdad de las riquezas; sobre la escasez de los castigos, ya que estaba demostrado que de veinte ladrones no perecían más de dos; después de haberme demostrado, con una erudición de la que no habría creído capaz al señor Du Harpin, que el robo era honrado en toda Grecia, que varios pueblos seguían admitiéndolo, favoreciéndolo y recompensándolo como una acción atrevida que demostraba tanto el valor como la destreza (dos virtudes esenciales para cualquier nación guerrera); en una palabra, después de haberme garantizado que, si era descubierta, su crédito me salvaría de todo, el señor Du Harpin me entregó dos llaves falsas una de las cuales debía abrir el apartamento del vecino y la otra el escritorio donde se hallaba la caja en cuestión, y me rogó insistentemente que encontrara esa caja, porque por un servicio tan esencial aumentaría mi sueldo en un escudo durante dos años.

—¡Oh, señor! —exclamé estremeciéndome ante su proposición—. ¿Cómo es posible que un amo se atreva a corromper así a su criado? ¿Qué me impedirá volver contra vos

las armas que ponéis en mis manos, y qué podríais objetarme si un día os hiciera víctima de vuestros propios métodos?

Du Harpin, confundido, se refugió en un torpe subterfugio: me dijo que sólo lo había hecho con la intención de ponerme a prueba, que tenía mucha suerte de haber resistido a sus proposiciones... que estaría perdida si hubiera sucumbido... Me conformé con esta mentira, pero descubrí inmediatamente el error que había cometido al responder con tanta firmeza: a los malhechores no les gusta encontrar resistencia en quienes intentan seducir. No existe desdichadamente un punto medio, en cuanto tienes la mala suerte de haber recibido sus proposiciones: tienes que convertirte necesariamente en su cómplice —lo cual es peligroso—, o en su enemigo —que todavía lo es más—. Con algo más de experiencia, yo habría abandonado la casa a partir de ese instante, ¡pero ya estaba escrito en el cielo que cada uno de mis gestos honestos sería recompensado con nuevos infortunios!

El señor Du Harpin dejó pasar cerca de un mes, o sea más o menos hasta la época del final del segundo año de mi estancia en su casa, sin decir palabra y sin mostrar el más ligero resentimiento por el rechazo que había recibido, pero una noche, cuando me retiraba a mi habitación para saborear unas horas de reposo, oí de repente que abrían mi puerta, y vi, no sin terror, al señor Du Harpin acompañado de un comisario y cuatro soldados de patrulla frente a mi cama.

—Cumplid con vuestro deber, señor —dijo al hombre de la justicia—. Esta desgraciada me ha robado un diamante de mil escudos. Lo encontraréis en su aposento o entre sus ropas, el hecho es seguro.

—¿Robaros yo, señor? —dije, saltando turbadísima de mi cama—. ¡Yo, santo Dios! ¡Ay! ¿Quién mejor que vos sabe lo contrario? ¿Quién puede estar más convencido que vos de cuánto me repugna esta acción y saber mejor la imposibilidad de que yo la haya cometido?

Pero el señor Du Harpin, haciendo mucho ruido para que mis palabras no fueran oídas, siguió ordenando los registros, y el maldito anillo apareció en mi colchón. Ante pruebas de esta categoría, no había nada que replicar. Al instante fui prendida, agarrotada y llevada a la cárcel, sin que me fuera posible hacer escuchar una sola palabra en mi favor.

El proceso de una desdichada que carece de crédito y protección no lleva mucho tiempo en un país donde se considera a la virtud incompatible con la miseria, donde el infortunio es una prueba decisiva contra el acusado. En esa cuestión, una injusta prevención lleva a creer que el que ha debido de cometer el crimen, lo ha cometido; los sentimientos se miden por el estado en que se encuentra el culpable; y a partir del momento que el oro o los títulos no establecen su inocencia, la imposibilidad de que pueda ser inocente queda entonces demostrada.*

* ¡Siglos venideros! Ya no veréis ese cúmulo de horrores y de infamias. (N. *del A.)*

Por mucho que me defendiera, por mucho que ofreciera los mejores argumentos al abogado de oficio que me dieron por un instante, mi amo me acusaba, el diamante había sido hallado en mi habitación: estaba claro que yo lo había robado. Cuando quise mencionar el horrible proyecto del señor Du Harpin, y demostrar que la desdicha que me sobrevenía sólo era el fruto de su venganza y la consecuencia del deseo que tenía de deshacerse de una criatura que, poseedora de su secreto, se convertía en su dueña, trataron mis protestas de recriminación, me dijeron que el señor Du Harpin era reconocido desde

hacía más de veinte años como un hombre íntegro, incapaz de semejante horror. Fui trasladada a la Conciergerie, donde me vi en la situación de tener que pagar con mi vida el rechazo de participar en un crimen; iba a morir; sólo un nuevo delito podía salvarme: la providencia quiso que el crimen sirviera, por lo menos una vez, de égida a la virtud, que la preservara del abismo donde iba a arrojarla la inepcia de los jueces.

Tenía a mi lado una mujer de unos cuarenta años, tan celebrada por su belleza como por la variedad y cantidad de sus fechorías; la llamaban Dubois, y estaba, al igual que la desdichada Thérése, en vísperas de su ejecución: sólo el método preocupaba a los jueces. Habiéndose manifestado culpable de todos los crímenes imaginables, estaban casi obligados a inventar para ella un suplicio nuevo, o a hacerle sufrir uno del que está exento nuestro sexo. Yo había inspirado una especie de interés en aquella mujer, interés criminal, sin duda, ya que su fundamento era, como después supe, el extremo deseo de convertirme en su prosélita.

Una noche, tal vez dos días antes de aquel en que ambas debíamos perder la vida, la Dubois me dijo que no me acostara, y que con ella aguardase lo más cerca posible de las puertas de la prisión.

—Entre las siete y las ocho —prosiguió— el fuego prenderá en la Conciergerie, me he encargado de que así sea. Sin duda, muchas personas se abrasarán, pero no importa, Thérèse —se atrevió a decirme la malvada—. La suerte de los demás no cuenta cuando se trata de nuestra propia salvación. Lo seguro es que nos salvaremos; cuatro hombres, cómplices y amigos, se reunirán con nosotras, y yo respondo de tu libertad.

Ya os he dicho, señora, que la mano del cielo que acababa de castigar mi inocencia, sirvió al crimen favoreciendo a mi protectora. El fuego prendió, el incendio fue horrible, hubo veintiuna personas abrasadas, pero nosotras escapamos. Aquel mismo día llegamos a la choza de un cazador furtivo del bosque de Bondy, íntimo amigo de nuestra banda.

—Ya estás libre, Thérèse —me dijo entonces la Dubois—, ahora puedes elegir el tipo de vida que te guste, pero si tuviera que darte un consejo, te diría que renunciaras a unas prácticas virtuosas que, como ves, jamás te han favorecido. Una delicadeza impropia te ha llevado a los pies del cadalso, un crimen espantoso te salva de él: mira de qué sirven las buenas acciones en el mundo, ¡y si vale la pena inmolarse por ellas! Eres joven y bonita, Thérèse: en dos años yo me hago cargo de tu fortuna. Pero no imagines que te conduciré a su templo por los senderos de la virtud: cuando alguien quiere abrirse paso, mi querida muchacha, hay que emprender más de un oficio y servirse de más de una intriga. Así que decídete, en esta choza no estamos seguras y tenemos que irnos dentro de pocas horas.

—¡Oh, señora! —le dije a mi bienhechora—, os debo grandes favores, y nada mas lejos que querer olvidarlos. Me habéis salvado la vida, y es espantoso para mí que haya sido gracias a un crimen. Creed que si hubiera tenido que cometerlo, habría preferido mil muertes al dolor de participar en él. Soy consciente de todos los peligros que he corrido por haberme abandonado a los sentimientos honrados que siempre permanecerán en mi corazón. Pero sean cuales sean, señora, las espinas de la virtud, las preferiré en cualquier momento a los peligrosos favores que acompañan al crimen. Tengo grabados unos principios religiosos que, gracias al cielo, no me abandonarán jamás. Si la Providencia me hace penosa la carrera de la vida, es para compensarme de ello en un mundo mejor. Esta esperanza me consuela, endulza mis penas, apacigua mis quejas, me refuerza en la adversidad, y me lleva a desafiar todos los males que Dios quiera enviarme. Esta alegría

se apagaría inmediatamente en mi alma si yo acabara por mancillarla con crímenes, y junto al temor de los castigos de este mundo, me perseguiría la dolorosa visión de los suplicios del otro, que no me abandonaría un instante en la tranquilidad que deseo.

—Son sistemas absurdos que no tardarán en llevarte al hospicio, hija mía —replicó la Dubois enarcando las cejas—. Créeme, deja de lado la justicia de Dios, sus castigos o sus recompensas futuras. Todas esas tonterías sólo sirven para que muramos de hambre. ¡Oh, Thérèse!, la dureza de los ricos legitima el mal comportamiento de los pobres: que sus bolsas se abran a nuestras necesidades, que la humanidad reine en su corazón, y las virtudes podrán establecerse en el nuestro; pero en tanto que nuestro infortunio, nuestra paciencia para soportarlo, nuestra buena fe, nuestra servidumbre, sólo sirvan para aumentar nuestros grilletes, nuestros crímenes son obra suya, y seríamos muy tontos en negárnoslos cuando pueden aliviar el yugo con que su crueldad nos sobrecarga. La naturaleza nos ha hecho nacer a todos iguales, Thérèse; si la suerte se complace en estorbar este primer plan de las leyes generales, a nosotros nos corresponde corregir sus caprichos y reparar, mediante nuestra habilidad, las usurpaciones del más fuerte. Me gusta oír a la gente rica, a la gente con título, a los magistrados, a los curas, ¡me gusta verles predicarnos la virtud! Es muy difícil asegurarse contra el robo cuando se tiene tres veces más de lo que hace falta para vivir; muy incómodo no concebir jamás el asesinato, cuando se está rodeado de aduladores o de esclavos para quienes nuestras voluntades son leyes; muy penoso, a decir verdad, ser moderado y sobrio, cuando a cada hora se está rodeado de los manjares más suculentos; les cuesta mucho ser sinceros, ¡cuando no tienen ningún interés en mentir!... Pero nosotros, Thérèse, nosotros a quienes esta Providencia bárbara, con la que cometes la locura de convertirla en tu ídolo, ha condenado a arrastrarnos por la humillación como la serpiente por la hierba; nosotros, a los que se nos mira sólo con menosprecio, porque somos pobres; a los que se tiraniza, porque somos débiles; nosotros, cuyos labios sólo prueban la hiel, y cuyos pasos sólo encuentran abrojos, ¡quieres que nos privemos del crimen cuando sólo su mano nos abre la puerta de la vida, nos mantiene en ella, nos conserva en ella, y nos impide perderla! ¡Quieres que perpetuamente sometidos y degradados, mientras la clase que nos domina tiene para sí todos los favores de la Fortuna, nos reservemos sólo la pena, el abatimiento y el dolor, la necesidad y las lágrimas, la deshonra y el cadalso! No, Thérèse, no: o esta Providencia que tú reverencias sólo merece nuestro desprecio, o no son éstas en absoluto sus voluntades. Conócela mejor, hija mía, y convéncete de que si nos pone en situaciones en las que el mal nos resulta necesario, y nos deja al mismo tiempo la posibilidad de ejercerlo, es porque ese mal sirve tanto a sus leyes como el bien, y gana tanto con uno como con el otro. Si nos ha creado a todos en el estado de la igualdad, quien la altera no es más culpable que quien procura restablecerla. Ambos actúan de acuerdo con los impulsos recibidos, ambos deben seguirlos y disfrutar.

Confieso que si alguna vez me sentí perturbada fue por las seducciones de esta mujer astuta, pero una voz, más fuerte que ella, combatía estos sofismas en mi corazón. A ella me rendí y manifesté a la Dubois que estaba decidida a no dejarme corromper jamás.

—¡Bien! —me contestó—, haz lo que quieras. Te abandono a tu mala suerte. Pero si alguna vez te atrapan y te llevan a la horca, destino del que probable mente no podrás escapar, por esa fatalidad que salva inevitablemente al crimen inmolando a la virtud, acuérdate por lo menos de no hablar jamás de nosotros.

Mientras razonábamos así, los cuatro compañeros de la Dubois bebían con el cazador furtivo, y como el vino apresta el alma del malhechor a nuevos crímenes y le hace olvidar los antiguos, al enterarse los malvados de mis resoluciones decidieron convertirme en una víctima, ya que no podían tenerme como cómplice. Sus principios, sus costumbres, el sombrío reducto en que estábamos, la especie de seguridad en la que se creían, su borrachera, mi edad, mi inocencia, todo les estimuló. Se alzan de la mesa, celebran consejo, consultan a la Dubois, actitudes cuyo lúgubre misterio me hace estremecer de horror, y toman el acuerdo de que tengo que prestarme inmediatamente a satisfacer los deseos de los cuatro, de buen grado, o a la fuerza. Si lo hago de buen grado, cada uno de ellos me pagará un escudo para mis propios usos; si tienen que utilizar la violencia, lo harán igual, pero, para que el secreto quede mejor guardado, me apuñalarán después de haberse solazado y me enterrarán al pie de un árbol.

No necesito describiros el efecto que me causó esta cruel proposición, señora, lo comprendéis fácilmente. Me arrojé a las rodillas de la Dubois, le imploré que fuera por segunda vez mi protectora. La deshonesta criatura sólo se rió de mis lágrimas.

—¡Oh, pero vamos! —me dijo—, ¡vaya desgracia la tuya!... ¡,Cómo? ¿Te estremeces ante la obligación de servir sucesivamente a cuatro buenos mozos como éstos? ¡No sabes que hay diez mil mujeres en París que darían la mitad de su oro o de sus joyas por ocupar tu lugar! Escucha —añadió sin embargo después de una breve reflexión—, yo tengo bastante dominio sobre esos truhanes para conseguir tu perdón, siempre que te hagas digna de él.

—¡Ay, señora! ¿Qué debo hacer? —exclamé llorando—. Ordenádmelo, estoy dispuesta a todo. —Seguirnos, alistarte con nosotros, y cometer los mismos actos sin la más ligera repugnancia: sólo a este precio yo te libraré del resto.

Creí que no debía titubear. Al aceptar esta cruel condición, corría nuevos peligros, de acuerdo, pero serían menos perentorios que éstos. Es posible que pudiera prevenirlos, mientras que nada era capaz de sustraerme a los que me amenazaban.

—Iré a todas partes, señora —dije apresuradamente a la Dubois—, iré a todas partes, os lo prometo. Salvadme de la furia de estos hombres, y no os abandonaré en toda mi vida.

—Hijos míos —dijo la Dubois a los cuatro bandidos—, esta joven ya es de la banda, yo la recibo y protejo en ella. Os suplico que no la violentéis. No la asqueemos de su oficio desde el primer día. Ya veis que su edad y su aspecto pueden sernos útiles, utilicémosla para nuestros intereses y no la sacrifiquemos a nuestros placeres.

Pero las pasiones llegan a tener un grado de intensidad en el hombre en el que ya nada puede retenerlas. Las personas que tenía enfrente eran incapaces de atender a nada, me rodearon los cuatro, devorándome con sus miradas inflamadas, amenazándome de una manera aún más terrible, dispuestos a atraparme, dispuestos a inmolarme.

—Es preciso que pase por ahí —dijo uno de ellos—, no podemos darle cuartel, ¿o es que para formar parte de una banda de ladrones hay que dar pruebas de virtud? ¿No nos será igual de útil desvirgada que virgen? Ya os dais cuenta, señora, de que suavizo las expresiones. Atenuaré de igual manera las descripciones, porque, ¡ay!, la obscenidad de su color es tal que vuestro pudor sufriría con su crudeza tanto como mi timidez. Víctima dulce y temblorosa, ¡ay!, yo me estremecía aterrorizada. Apenas tenía fuerzas de respirar. Arrodillada ante los cuatro, a veces mis débiles brazos se levantaban para implorarles y otras para conmover a la Dubois.

—Un momento —dijo un tal «Corazón-de-Hierro» que parecía el jefe de la banda, hombre de treinta y seis años, con la fuerza de un toro y apariencia de sátiro—; un momento, amigos míos. Podemos contentar a todo el mundo. Como la virtud de esta chiquilla le es tan preciosa, y, si como dice muy bien la Dubois, esta cualidad, utilizada de otra manera, podría resultarnos necesaria, dejémosla. Ahora es preciso que nos apacigüemos. No perdamos la calma, Dubois, porque en el estado en que nos encontramos, es posible incluso que te degolláramos si te opusieras a nuestros deseos.

Que Thérése se quede al instante tan desnuda como el día que vino al mundo, y que se preste de ese modo a las diferentes posiciones que se nos antoje exigirle, mientras, la Dubois apagará nuestros ardores y quemará el incienso en esos altares cuya entrada nos niega esta criatura.

—¡Desnudarme! —exclamé—. ¡Oh, cielos! ¿Qué me exigís? Cuando me vea entregada de esta manera a vuestras miradas, ¿quién podrá asegurarme que...?

Pero «Corazón-de-Hierro», que no parecía de humor para mas concesiones ni de retener sus deseos, me maltrató golpeándome de una manera tan brutal que comprendí que la obediencia era la única solución. Se entregó en manos de la Dubois, puesta por él más o menos en el mismo desorden que yo, y así que estuve como él deseaba, después de hacerme colocar los brazos en el suelo, lo que me dejaba en una posición parecida a un animal, la Dubois apagó sus ardores acercando a una especie de monstruo exactamente a los peristilos de uno y otro altar de la naturaleza, de tal modo que a cada sacudida ella tuvo que golpear fuertemente estas partes con su mano abierta, al igual que antaño el ariete las puertas de las ciudades asediadas. La violencia de los primeros ataques me hizo recular; «Corazón-de-Hierro», enfurecido, me amenazó con tratamientos más duros si me sustraía a aquéllos. La Dubois recibe la orden de empujar con mayor fuerza, uno de esos libertinos sujeta mis hombros y me impide tambalearme a causa de los empujones: son tan rudos que acabo magullada, y sin poder evitar ninguno.

—A decir verdad —dijo «Corazón-de-Hierro» balbuceando—, en su lugar, preferiría abrir las puertas que verlas así quebrantadas, pero si no quiere, no asistiremos a su rendición... ¡Con fuerza... con fuerza, Dubois!...

Y el estallido de los fuegos de ese libertino, casi tan violento como el del rayo, se aniquiló sobre las brechas que embistió sin llegarlas a entreabrir.

El segundo me hizo arrodillar entre sus piernas, y mientras la Dubois le apaciguaba como al otro, dos acciones le ocupaban por entero: a veces golpeaba con la palma abierta, pero de manera muy nerviosa, bien mis mejillas o bien mi seno, y otras su boca impura hurgaba en la mía. Mi rostro y mi pecho se volvieron al instante del color de la púrpura... Yo sufría, le pedía gracia, y las lágrimas caían de mis ojos. Le irritaron; aumentó su esfuerzo. En ese momento, me mordió la lengua, y las dos fresas de mis senos estaban tan magulladas que me eché hacia atrás, pero algo me sujetaba. Me echaron sobre él, me sentí abrazada con mayor fuerza por todas partes, y alcanzó el éxtasis...

El tercero me hizo subir a dos sillas alejadas, y sentándose debajo, excitado por la Dubois colocada entre sus piernas, me obligó a agacharme hasta que su boca quedara perpendicular al templo de la naturaleza. No podéis imaginaros, señora, lo que este obsceno se atrevió a desear: con ganas o sin ellas, tuve que satisfacer mis necesidades menores... ¡Santo cielo! ¡Qué hombre tan depravado puede sentir un instante de placer en semejantes cosas!... Hice lo que quería, lo inundé, y mi absoluta sumisión consiguió de ese malvado una ebriedad que nada habría logrado sin esta infamia.

El cuarto me ató unos cordeles a todas las partes donde era posible fijarlos y sostenía el ovillo en su mano, sentado a siete u ocho pies de mi cuerpo, fuertemente excitado por los manoseos y los besos de la Dubois. Yo estaba de pie, y el salvaje aumentaba su placer tirando fuertemente de cada una de las cuerdas. Me tambaleaba, perdía a cada instante el equilibrio, y él se extasiaba con cada uno de mis traspiés. Al fin, tiró de todos los cabos a un tiempo, con tanta precipitación, que caí al suelo a su lado. Ese era su único objetivo, y mi frente, mi seno y mis mejillas recibieron las pruebas de un delirio que sólo debía a esta manía.

Eso fue lo que soporté, señora, pero mi honor se vio por lo menos respetado, aunque mi pudor no lo fuera. Algo más calmados, los bandidos hablaron de reanudar el camino, y aquella misma noche llegaron al Tremblay con la intención de acercarse a los bosques de Chantilly, donde confiaban dar algunos buenos golpes.

Nada igualaba mi desesperación al verme obligada a acompañarlos, y sólo lo hice absolutamente decidida a abandonarlos en cuanto pudiera hacerlo sin riesgos. Al día siguiente nos acostamos en los alrededores de Louvres, en unos almiares. Yo quise ampararme en la Dubois, y pasar la noche a su lado, pero me pareció que ella tenía la intención de dedicarla a una cosa distinta a preservar mi virtud de los ataques que yo temía. La rodearon tres, y la abominable criatura se entregó a los tres al mismo tiempo. El cuarto se acercó a mí, era el jefe.

—Hermosa Thérése —me dijo—, confío en que no me negaras por lo menos el placer de pasar la noche a tu lado. —Y como se dio cuenta de mi extraordinaria repugnancia, añadió—: No temas, charlaremos, y no haré nada en contra de tu voluntad. Pero, Thérèse —continuó abrazándome—, ¿no es una gran insensatez tu pretensión de mantenerte pura con nosotros? Aunque llegáramos a consentirlo, ¿cómo compaginarlo con los intereses de la banda? Es inútil que te lo ocultemos, querida niña, pero hemos pensado que, cuando vivamos en las ciudades, cazaremos a nuestras víctimas con las trampas de tus encantos.

—Pues bien, señor —contesté—, ya que está claro que preferiré la muerte a esos horrores, ¿para qué puedo serviros?, ¿por qué os oponéis a mi huida?

—Claro que nos oponemos a eso, ángel mío —contestó «Corazón-de-Hierro»—, tienes que servir a nuestros intereses o a nuestros placeres. Tus desgracias te imponen ese yugo, debes sufrirlo. Pero ya sabes, Thérèse, que no hay nada en el mundo que no tenga remedio. Atiéndeme, pues, y decide tú misma tu suerte: accede a vivir conmigo, querida, consiente en pertenecerme y te evitaré el triste papel que tienes adjudicado.

—¡Yo, señor! —exclamé—, ¡convertirme en la querida de un...!

—Pronuncia la palabra, Thérèse, pronúnciala, de un bribón, ¿no es cierto? Lo confieso, pero no puedo ofrecerte otros títulos. Ya puedes imaginarte que nosotros no nos casamos. El himeneo es un sacramento, Thérèse, y puesto que sentimos igual desprecio por todos, jamás nos acercamos a ninguno. Sin embargo, razona un poco: en la inevitable necesidad en que te hallas de perder lo que tanto quieres, ¿no es mejor sacrificarlo a un solo hombre, que se convertirá a partir de entonces en tu apoyo y tu protector, que prostituirse a todos?

—Pero ¿cómo es posible —contesté— que no haya otra solución?

—Porque estás en nuestras manos, Thérèse, y la razón del más fuerte siempre es la mejor, como dijo hace tiempo La Fontaine. A decir verdad —prosiguió rápidamente—, ¿no es una ridícula extravagancia conceder, como tú haces, tanto valor a la más banal de las cosas? ¿Cómo puede ser una muchacha tan necia como para creer que la virtud

depende de una mayor o menor amplitud en una de las partes de su cuerpo? ¿Eh? ¿Qué puede importar a los hombres o a Dios que esta parte esté intacta o ajada? Y te digo más: si la intención de la naturaleza es que cada individuo cumpla aquí abajo las funciones para las que ha sido formado, y la única razón de existir de las mujeres es servir de goce a los hombres, resistir de ese modo a la función que te ha encomendado es insultarla abiertamente. Es querer ser una criatura inútil para el mundo y, por consiguiente, despreciable. Esta quimérica castidad, que desde tu infancia han cometido la absurdidad de presentártela como una virtud y que, muy lejos de ser útil a la naturaleza y a la sociedad, ultrajaba visiblemente a ambas, no es más que una testarudez reprensible de la que una persona tan inteligente como tú no debiera sentirse culpable. Pero no importa y sigue escuchándome, querida muchacha, porque voy a demostrarte el deseo que tengo de complacerte y de respetar tu debilidad. No tocaré, Thérèse, ese fantasma cuya posesión tanto te deleita. Una muchacha tiene más de un favor que conceder, y Venus puede ser celebrada en ella en más de un templo. Me contentaré con el más mediocre. Ya sabes, querida, que al lado de los altares de Cipris, hay un antro oscuro donde acuden a aislarse los Amores para seducirnos con mayor energía; ese será el altar donde quemaré el incienso. Allí no hay el menor inconveniente. Si los embarazos te asustan, Thérèse, de esa manera no pueden producirse: tu bonito talle no se deformará jamás. Y las primicias que te resultan tan dulces se conservarán sin quebranto, y sea cual sea el uso que de ellas quieras hacer, podrás ofrecerlas puras. Nada puede traicionar a una muchacha desde ese punto de vista, por rudos y múltiples que sean los ataques. Así que la abeja ha libado el jugo, el cáliz de la rosa se cierra, y nadie es capaz de imaginar que alguna vez haya podido entreabrirse. Hay muchachas que han disfrutado diez años de esta manera, e incluso con varios hombres, y no por ello han dejado de casarse después y pasado por intactas. ¡Cuántos padres, cuántos hermanos, han abusado así de sus hijas o de sus hermanas, sin que ellas se hayan vuelto menos dignas de sacrificar después su himeneo! ¡A cuántos confesores también no ha servido esta misma ruta para solazarse, sin que los padres tuvieran la menor idea! En una palabra, es el asilo del misterio, donde se encadena a los Amores con los vínculos de la prudencia... ¿Tengo que decirte más, Thérèse? Aunque este templo sea el más secreto, también es el más voluptuoso. Ahí sólo se encuentra lo necesario para la felicidad, y la vasta comodidad de su vecino está muy lejos de valer los excitantes atractivos de un local que se alcanza con esfuerzo, y en el que te alojas con trabajo. Hasta las mujeres ganan con ello, y aquellas a las que la razón obliga a conocer este tipo de placeres, jamás lamentarán los otros. Pruébalo, Thérèse, pruébalo, y los dos estaremos contentos.

—¡Oh, señor! —contesté—, no tengo ninguna experiencia sobre ese terreno, pero he oído decir que el extravío que preconizáis, señor, ultraja a las mujeres de una manera aún más sensible... ofende más gravemente la naturaleza. La mano del cielo se venga en este mundo, y Sodoma puede servir de ejemplo.

—¡Qué inocencia, querida, qué chiquillada! —prosiguió el libertino—. ¿Quién te ha enseñado estas cosas? Préstame un poco más de atención, Thérèse, y te haré cambiar de idea. La pérdida de la semilla destinada a propagar la especie humana, hija mía, es el único crimen posible. En este caso, si esta semilla ha sido metida en nuestro cuerpo con el único fin de la propagación, acepto que desviarla sea una ofensa. Pero si queda demostrado que al colocar esta semilla en nuestros riñones, la naturaleza está muy lejos de haber tenido el objetivo de emplearla por entero en la propagación, ¿qué más da, en

este caso, Thérèse, que se pierda en un lugar o en otro? El hombre que entonces la desvía no ocasiona mayor daño que la naturaleza, que tampoco la emplea. Ahora bien, estas pérdidas de la naturaleza que a nosotros sólo nos corresponde imitar, ¿acaso no se producen en muchísimos casos? En principio, la posibilidad de hacerlas es una primera prueba de que no la ofenden en absoluto. Estaría en contra de todas las leyes de la equidad y de la profunda sabiduría, que le reconocemos en todo, que permitiera lo que la ofende. En segundo lugar, estas pérdidas son ejecutadas cien y hasta cien millones de veces todos los días por ella misma. Las poluciones nocturnas, la inutilidad de la semilla en la época de los embarazos de la mujer, ¿no son pérdidas autorizadas por sus leyes? Las cuales nos demuestran que, indiferente al destino de este licor al que cometemos la estupidez de conceder tanta importancia, nos permite malgastarlo con la misma despreocupación con que ella la practica todos los días; que tolera la propagación, pero siempre que la propagación entre en sus cálculos; que sí quiere que nos multipliquemos, pero que, no ganando más en este acto que en su contrario, la elección que nosotros hagamos le es indiferente; que, dejándonos dueños de crear, de no crear o de destruir, no la contentaremos ni la ofenderemos en mayor medida adoptando, ante una u otra opción, la que más nos convenga; y que la que elijamos, al no ser más que el resultado de su poder y de su acción sobre nosotros, es mucho más probable que le guste que susceptible de ofenderle. Ah, puedes creer, Thérèse, que la naturaleza se inquieta muy poco ante esos misterios a los que nosotros cometemos la extravagancia de consagrarles un culto. Sea cual sea el templo en el que se sacrifica, si permite que el incienso arda en él, es que el homenaje no la ofende. El mal uso o las pérdidas de la semilla que sirve para la reproducción, la extinción de esta semilla cuando ha germinado, el aniquilamiento de este germen incluso mucho tiempo después de su formación, todo eso, Thérèse, son crímenes imaginarios que no interesan para nada a la naturaleza, y de los que se ríe como de todas nuestras instituciones que, con frecuencia, la ultrajan en lugar de servirla.

«Corazón-de-Hierro» se excitaba al exponer sus pérfidas máximas, y no tardé en verle en el estado que tanto me había asustado la víspera. Quiso, para dar más peso a la lección, juntar inmediatamente la práctica al precepto; y sus manos, pese a mis resistencias, se perdían hacia el altar por donde el traidor quería penetrar... ¿Tendré que confesároslo, señora? Pues bien, obcecada por las seducciones de aquel malvado; contenta, al ceder un poco, de salvar lo que parecía más esencial; sin pensar ni en las inconsecuencias de sus sofismas, ni en lo que yo misma iba a arriesgar, ya que aquel deshonesto hombre, poseedor de unas medidas gigantescas, ni siquiera tenía la posibilidad de visitar una mujer en el lugar más permitido, y llevado por su maldad natural, no tenía seguramente otro objetivo que el de lisiarme; con los ojos fascinados por todo eso, digo, estaba a punto de abandonarme y, por virtud, convertirme en criminal; mis resistencias se debilitaban; ya dueño del trono, el insolente vencedor sólo se ocupaba de instalarse en él, cuando en el camino real se oyó el rumor de un carruaje. «Corazón-de-Hierro» abandona al instante sus placeres por sus deberes, reúne a sus gentes y vuela hacia nuevos crímenes. Poco después oímos unos gritos, y los malvados, ensangrentados, regresan triunfantes y cargados de trofeos.

Huyamos rápidamente —dijo «Corazón-de-Hierro»—, hemos matado a tres hombres, los cadáveres están en el camino y ya no hay seguridad para nosotros.

Reparten el botín. «Corazón-de-Hierro» quiere que yo tenga mi parte. Ascendía a veinte luises, y me fuerzan a tomarlos. Yo me estremezco ante la obligación de conservar ese dinero; sin embargo, nos acucian, todos se preparan y partimos.

Al día siguiente nos encontrábamos a resguardo en el bosque de Chantilly. Durante la cena, contaron lo que les había valido su última operación, y evaluando sólo en doscientos luises la totalidad de la presa, uno de ellos dijo:

—¡A decir verdad, no valía la pena cometer tres asesinatos por una suma tan pequeña!

—Calma, amigos míos —contestó la Dubois—. No era por la cantidad por lo que yo misma os he exhortado a no perdonar a esos viajeros, sino sólo por nuestra seguridad. Son las leyes las culpables de estos crímenes, no nosotros: mientras ajusticien tanto a los ladrones como a los asesinos, jamás se cometerán robos sin asesinatos. Como los dos delitos se castigan en igual medida, ¿por qué negarse al segundo si puede encubrir el primero? ¿De dónde sacáis además —prosiguió esta horrible criatura— que doscientos luises no valgan tres asesinatos? Siempre hay que calcular las cosas por la relación que guardan con nuestros intereses. La pérdida de la vida de cada uno de los seres sacrificados tiene un valor nulo en relación con nosotros. Probablemente no daríamos ni un óbolo para que esos individuos siguieran vivos o en la tumba; por consiguiente, si el interés más mínimo se nos ofrece con uno de los casos, debemos sin ningún remordimiento decidirlo preferentemente a nuestro favor; pues, ante una cosa totalmente indiferente, debemos, si somos prudentes y podemos permitírnoslo, inclinarla claramente del lado que nos resulte ventajoso, pasando por alto todo lo que en ella pueda perder el adversario, porque no hay ninguna proporción razonable entre lo que nos afecta y lo que afecta a los demás. Lo primero lo sentimos físicamente, lo segundo sólo moralmente, y las sensaciones morales son engañosas mientras que la verdad sólo está en las sensaciones físicas. Así, no sólo doscientos luises compensan los tres asesinatos, sino que treinta sueldos también los habrían compensado, pues los treinta sueldos nos habrían procurado una satisfacción que, aunque pequeña, debe de todos modos afectarnos mucho más vivamente de lo que puedan hacerlo los tres asesinatos, que para nosotros no son nada, y de cuya lesión sólo nos llega un rasguño. La debilidad de nuestras voces, la ausencia de reflexión, los malditos prejuicios en los que se nos ha educado, los vanos terrores de la religión o de las leyes, eso es lo que frena a los necios en la carrera del crimen, lo que les impide ir a lo *grande*. Pero todo individuo dotado de fuerza y de vigor, provisto de un espíritu enérgicamente organizado, que se prefiere, como es debido, a los demás, sabrá sopesar sus intereses en la balanza de los propios, burlarse de Dios y de los hombres, desafiar la muerte y despreciar las leyes; y totalmente convencido de que sólo a él debe referirlo todo, sentirá que el número más amplio imaginable de lesiones ajenas, que no le duelen fisicamente en absoluto, no puede ser comparado con el más leve de los goces comprados con este conjunto increíble de fechorías. El placer le halaga, está en su interior: el efecto del crimen no le afecta, está fuera de él. Ahora bien, yo os pregunto ¿qué hombre razonable no preferirá lo que lo deleita a lo que le es extraño, y no accederá a cometer esta cosa extraña que no le produce ninguna molestia, para granjearse aquella que lo conmueve agradablemente?

—¡Oh, señora! —dije a la Dubois, pidiéndole permiso para responder a sus execrables sofismas—, ¿no os dais cuenta de que vuestra condena está escrita en lo que se os acaba de escapar? Sólo a un ser tan poderoso como para no tener que temer nada de los demás podrían convenir semejantes principios, pero nosotros, señores, perpetuamente en el

temor y la humillación, nosotros, proscritos de todas las gentes honradas, condenados por todas las leyes, ¿debemos admitir estos sistemas que sólo pueden afilar contra nosotros la espada que cuelga sobre nuestras cabezas? Si no nos encontráramos en esta triste posición, si estuviéramos en el centro de la sociedad... si nos halláramos, en fin, donde deberíamos hallarnos, sin nuestra mala conducta y sin nuestras desdichas, ¿no creéis que tales máximas podrían resultarnos más convenientes? ¿Cómo queréis que no perezca aquel que, por un ciego egoísmo, pretende luchar a solas contra los intereses de los demás? ¿Acaso la sociedad no está autorizada a no soportar jamás en su seno al que se manifiesta en contra de ella? Y el individuo que se aísla, ¿puede luchar contra todos?, ¿puede vanagloriarse de vivir feliz y tranquilo si, por no aceptar el pacto social, no consiente en ceder una pequeña ¯parte de su felicidad para garantizar la restante? La sociedad sólo se sostiene mediante intercambios perpetuos de favores, que son los vínculos que la cimentan; aquel que, en lugar de esos favores, sólo ofrezca crímenes, deberá ser temido a partir de entonces, y será necesariamente atacado, si es el más fuerte, y sacrificado por el primero al que ofenda, si es el más débil; pero destruido en cualquier caso por la poderosa razón que obliga al hombre a asegurar su reposo y a dañar a los que quieren turbarlo. Esta es la razón que hace casi imposible la duración de las asociaciones criminales: al oponer únicamente unas puntas aceradas a los intereses de los demás, todos deben reunirse sin demora para mellar su aguijón. Incluso entre nosotros, señora, me atrevo a añadir, ¿cómo os vanagloriaréis de mantener la concordia cuando aconsejáis a cada uno que atienda únicamente sus propios intereses? ¿Podréis a partir de entonces objetar algo justo a aquel de nosotros que quiera apuñalar a los demás, y que lo haga, para hacerse sólo él con la parte de sus compañeros? ¡Ay! ¡Qué mejor elogio de la virtud que la prueba de su necesidad, incluso en una sociedad criminal... que la certidumbre de que esa sociedad no se sostendría ni un momento sin la virtud!

—Eso que argumentas, Thérèse, sí que son sofismas terció «Corazón-de-Hierro»—, y no lo que había dicho la Dubois. No es en absoluto la virtud lo que sostiene nuestras asociaciones criminales: es el interés, el egoísmo. Así que es totalmente falso ese elogio de la virtud que has deducido de una hipótesis quimérica. En absoluto es por virtud por lo que, creyéndome, como supongo, el más fuerte de la banda, no apuñalo a mis camaradas para arrebatarles su parte; es, más bien, porque, encontrándome solo, me privaría de los medios que espero de su ayuda para asegurarme la fortuna. Este motivo es, igualmente, el único que retiene su brazo en contra de mí. Ahora bien, como ves, Thérèse, este motivo sólo es egoísta y no tiene la mas ligera apariencia de virtud. Dices que quien quiere luchar a solas contra los intereses de la sociedad tiene que dar por supuesto que perecerá. ¿No perecerá con mucha mayor seguridad si sólo tiene para existir su miseria y el abandono de los demás? Lo que llamamos interés de la sociedad no es otra cosa que la suma de los intereses particulares reunidos, pero sólo cediendo este interés particular se puede coincidir y colaborar con los intereses generales. Ahora bien, ¿qué quieres que ceda el que no tiene nada? Si lo hace, no me negaras que su error ha sido mucho mayor al dar infinitamente más de lo que recibe, y en tal caso la desigualdad de la transacción debe impedir que la cumpla. Atrapado en esta situación, lo mejor que puede hacer ese hombre ¿no es alejarse de esta sociedad injusta para conceder los derechos a una sociedad diferente que, situada en la misma posición que él, tenga interés en combatir, con la reunión de sus pequeños poderes, el poder más amplio que quería obligar al desdichado a ceder lo poco que tenía para no recibir nada de los demás? Pero de ahí nacerá, me dirás,

un estado de guerra perpetuo. ¡De acuerdo! ¿Acaso no es el de la naturaleza? ¿El único que nos conviene realmente? Todos los hombres nacieron aislados, envidiosos, crueles y déspotas, deseosos de tenerlo todo y no ceder nada, y luchando incesantemente por mantener tanto su ambición como sus derechos. Llegó el legislador y dijo: «Dejad de enfrentaros así; al ceder un poco de uno y otro lado, renacerá la tranquilidad». Yo no censuro en absoluto la existencia de este pacto, pero sostengo que hay dos tipos de individuos que jamás debieron someterse a él: aquellos que, sintiéndose más fuertes, no tenían necesidad de ceder nada para ser felices, y aquellos que, siendo los más débiles, tenían que ceder infinitamente más de lo que se les otorgaba. Y el caso es que la sociedad sólo está compuesta de seres débiles y de seres fuertes. Ahora bien, si el pacto tuvo que disgustar a los fuertes y a los débiles, estaba claro que no convenía a la sociedad, y el estado de guerra, que existía antes, debía resultar infinitamente preferible, ya que dejaba a cada cual el libre ejercicio de sus fuerzas y de su ingenio, de los que se veían privados por el pacto injusto de una sociedad, que siempre quitaba demasiado a uno y jamás concedía suficiente a otro. Así que el ser realmente sensato es aquel que, con el riesgo de reanudar el estado de guerra que reinaba antes del pacto, se revuelve irrevocablemente contra él, lo viola cuanto puede, convencido de que lo que obtendrá de estas lesiones siempre será superior a lo que podrá perder, si es el más débil, pues también lo era respetando el pacto: puede convertirse en el más fuerte violándolo y, si las leyes lo devuelven a la clase de la que ha querido escapar, el mal menor es perder la vida, que representa una desdicha infinitamente menor que la de vivir en el oprobio y la miseria. Esas son, pues, las dos alternativas para nosotros: o el crimen que nos hace felices, o el cadalso que nos impide ser desgraciados. Pregunto si cabe titubear, hermosa Thérèse. ¿Descubrirá tu inteligencia un razonamiento capaz de rebatir éste?

—¡Oh, señor! —contesté con la vehemencia que da tener la razón—, hay mil, pero, por otra parte, ¿debe ser esta vida el único objetivo del hombre? ¿Es algo más que un pasaje del que cada uno de los peldaños que recorre debe, si es razonable, conducirle a la felicidad eterna, premio garantizado de la virtud? Supongo con vos (lo que, sin embargo, es raro y choca con todas las luces de la razón, pero no importa), os concedo por un instante que el crimen pueda hacer feliz en este mundo al malvado que se abandona a él: ¿imagináis que la justicia de Dios no espera a este hombre deshonesto en el otro mundo para vengar lo que ha hecho en éste?... Ay, no creáis lo contrario, señor, no lo creáis —añadí sollozando—, es el único consuelo del infortunado, no se lo arrebatéis; cuando los hombres nos abandonan, ¿quién nos vengará si no es Dios?

—¿Quién? Nadie, Thérèse, nadie en absoluto. No es de ningún modo necesario que el infortunio sea vengado. Tú te ufanas de ello porque lo deseas, esta idea te consuela, pero no por ello es menos falsa. Más aún, es esencial que el infortunado sufra; su humillación y sus dolores figuran entre las leyes de la naturaleza, y su existencia es útil al plan general, tanto como la de la prosperidad de quien lo aplasta. Esta es la verdad, que debe sofocar el remordimiento tanto en el alma del tirano como en la del malhechor. Que no se coarte, que se entregue ciegamente a cuantas maldades se le ocurran: la voz de la naturaleza sólo le sugiere esta idea, el único modo posible con que ella nos convierte en agentes de sus leyes. Cuando sus inspiraciones secretas nos predisponen al mal, es porque el mal le es necesario, lo quiere, lo exige, porque no siendo la suma de crímenes completa ni suficiente para las leyes del equilibrio, las únicas que la gobiernan, exige un mayor número de éstos para el complemento de la balanza. Por consiguiente, que no se asuste ni

se detenga aquel cuya alma se sienta inclinada al mal; que lo cometa sin temor, en el momento en que ha sentido su impulso: sólo resistiéndosele ofendería a la naturaleza. Pero abandonemos por un instante la moral, ya que prefieres la teología. Debes saber pues, joven inocente, que la religión en la que te amparas, no siendo más que la relación del hombre con Dios, culto que la criatura creyó deber rendir a su creador, quedó aniquilada en cuanto la propia existencia de tal creador fue demostrada como quimérica. Los primeros hombres, asustados por unos fenómenos que los impresionaron, tuvieron que creer necesariamente que un ser sublime y desconocido por ellos había dirigido su marcha y su influencia. Es propio de la debilidad suponer o temer la fuerza. La mente del hombre, todavía demasiado infantil para buscar y para encontrar en el seno de la naturaleza las leyes del movimiento, único resorte de todo el mecanismo que le asombraba, creyó más simple suponer un motor a esta naturaleza que verla motora de sí misma, y sin pensar que le costaría un esfuerzo mucho mayor edificar y definir este amo gigantesco que buscar en el estudio de la naturaleza la causa de lo que le sorprendía, admitió el ser soberano y le dedicó sus cultos. A partir de ese momento, cada nación los compuso análogos a sus costumbres, a sus conocimientos y a su clima. No tardaron en haber en la Tierra tantas religiones como pueblos, tantos dioses como familias. Sin embargo, debajo de todos esos ídolos era fácil reconocer al fantasma absurdo, fruto primero de la ceguera humana. Lo vestían de diferente manera, pero siempre era lo mismo. Ahora bien, dime, Thérèse: porque unos imbéciles construyan disparates sobre la erección de una indigna quimera y sobre la manera de servirla, ¿hay que deducir que el hombre sensato deba renunciar a la dicha segura y presente de su vida? ¿Debe, como el perro de Esopo, abandonar el hueso a cambio de su sombra, y renunciar a sus placeres reales a cambio de unas ilusiones? No, Thérèse, no, Dios no existe: la naturaleza se basta a sí misma. No tiene ninguna necesidad de autor. Este supuesto autor no es más que una descomposición de sus propias fuerzas, más que lo que en la escuela llamamos una petición de principios. Un Dios supone una creación, o sea un instante en el que no hubo nada, o bien un instante en el que todo estuvo en el caos. Si uno u otro de esos estados era un mal, ¿por qué tu Dios lo dejaba subsistir? Si era un bien, ¿por qué lo cambia? Ahora bien, si es inútil, ¿puede ser poderoso? Y si no es poderoso, ¿puede ser Dios? Si la naturaleza se mueve a sí misma, ¿de qué sirve el motor? Y si el motor actúa sobre la materia moviéndola, ¿cómo no es materia él mismo? ¿Puedes concebir el efecto del espíritu sobre la materia, y la materia recibiendo el movimiento de un espíritu que carece en sí mismo de movimiento? Examina por un instante, con frialdad, todas las cualidades ridículas y contradictorias con que los fabricantes de esta execrable quimera se han visto obligados a revestirla, y comprobaras que se destruyen y anulan mutuamente; admitirás que este fantasma deificado, nacido del temor de unos y de la ignorancia de todos, no es mas que una simpleza escandalosa, que no merece de nosotros ni un instante de fe ni un minuto de examen; una miserable extravagancia que repugna a la mente, que escandaliza el corazón, y que sólo emergió de las tinieblas para volver a hundirse en ellas para siempre jamás.

»Así pues, no te inquietes, Thérèse, con la esperanza o el temor de un mundo futuro, fruto de estas primeras mentiras, y deja sobre todo de considerarlos como frenos para nosotros. Débiles porciones de una materia vil y bruta, cuando muramos, es decir, en la reunión de los elementos que nos componen con los elementos de la masa general, aniquilados para siempre cualquiera que haya sido nuestro comportamiento, pasaremos

durante un instante por el crisol de la naturaleza para resurgir bajo otras formas, y eso sin que haya más prerrogativas para el que ha incensado de manera insensata la virtud como para el que se ha entregado a los más vergonzosos excesos, porque no hay nada que ofenda a la naturaleza, y todos los hombres igualmente salidos de su seno, que han actuado durante su vida a partir de sus impulsos, encontrarán después de su existencia el mismo final y la misma suerte.

Me disponía a seguir contestando a estas espantosas blasfemias cuando el rumor de un jinete se hizo oír cerca de nosotros. «¡A las armas!», exclamó «Corazón-de-Hierro», más deseoso de poner en práctica sus sistemas que de consolidar sus fundamentos. Vuelan... y al cabo de un instante traen a un infortunado viajero al bosquecillo donde se hallaba nuestro campamento.

Interrogado acerca del motivo que le llevaba a viajar solo y tan de madrugada por un camino aislado, y acerca de su edad y profesión, el caballero respondió que se llamaba Saint-Florent, uno de los primeros negociantes de Lyon, que tenía treinta y seis años, y regresaba de Flandes por unos asuntos relacionados con su comercio; llevaba poco dinero encima pero sí muchos pagarés. Añadió que su lacayo le había abandonado la víspera, y que, para evitar el calor, viajaba de noche con la intención de llegar aquel mismo día a París, donde tomaría un nuevo criado y concluiría una parte de sus negocios; si, además, seguía un camino solitario, continuó, era porque, según creía, se había dormido sobre su caballo y se había extraviado. Y dicho eso, pide la vida, ofreciendo a cambio todo lo que poseía. Examinaron su cartera y contaron su dinero: la presa no podía ser mejor. Saint-Florent llevaba cerca de medio millón pagable a su presentación en la capital, unas cuantas joyas y alrededor de cien luises.

—Amigo —le dijo «Corazón-de-Hierro», acercándole la punta de la pistola a las narices—, comprenderéis que después de un robo semejante no podemos dejaros en vida.

—¡Oh, señor! —exclamé arrojándome a los pies de aquel malvado—, os lo imploro, no me hagáis presenciar, el día de mi incorporación a la banda, el horrible espectáculo de la muerte de este desdichado. Dejadle con vida, no me neguéis el primer favor que os pido.

Y, recurriendo inmediatamente a una astucia bastante singular, a fin de legitimar el interés que parecía sentir por aquel hombre, añadí calurosamente:

—El apellido que acaba de pronunciar el caballero me lleva a creer que es un deudo bastante próximo. No os asombréis, señor —añadí dirigiéndome al viajero—, de encontrar una pariente en esta situación. Ya os lo explicaré más adelante. Por esta razón ––seguí implorando de nuevo a nuestro jefe—, por esta razón, señor, concededme la vida de este miserable. Agradeceré este favor con la entrega mas absoluta a todo lo que pueda servir vuestros intereses.

—Ya sabes con qué condiciones puedo concederte el favor que me pides, Thérèse —me contestó «Corazón-de-Hierro»—, ya sabes lo que exijo de ti...

—Bien, señor, lo haré todo —exclamé interponiéndome entre aquel desdichado y nuestro jefe, siempre dispuesto a degollarlo...—. Sí, lo haré todo, señor, lo haré todo, salvadle.

—Dejadlo con vida —dijo «Corazón-de Hierro»—, pero que se enrole con nosotros. Esta última cláusula es indispensable. No puedo hacer nada sin ella, mis camaradas se opondrían.

El sorprendido comerciante no entendía nada del parentesco que yo establecía, pero, al ver salvada la vida si aceptaba sus proposiciones, creyó que no debía titubear ni un

instante. Le dejaron descansar y, como nuestra gente sólo quería abandonar aquel lugar de día, «Corazón-de-Hierro» me dijo:

—Thérèse, recojo tu promesa, pero como esta noche estoy agotado descansa tranquila al lado de la Dubois. Te llamaré cuando se haga de día, y si titubeas, la vida de este bellaco me vengará de tu artimaña.

—Dormid, señor, dormid —contesté—, y creed que ésta, a la que habéis colmado de agradecimiento, no tiene más deseo que el de cumplir.

Nada más lejos de mis intenciones, pero si alguna vez creí permitido el fingimiento era exactamente en esta ocasión. Nuestros bribones, llenos de una confianza excesiva, siguen bebiendo y se duermen, dejándome en plena libertad al lado de la Dubois que, borracha como los demás, no tardó en cerrar igualmente los ojos.

Aprovechando entonces con vivacidad el primer momento del sueño de los malvados que nos rodeaban, le dije al joven lionés:

—Señor, la más horrible de las catástrofes me ha arrojado a pesar mío entre estos ladrones. Los detesto tanto como al instante fatal que me trajo a su banda. La verdad es que no tengo el honor de ser pariente vuestra. He utilizado esta treta para salvaros y escapar con vos, si os parece bien, de estos miserables. El momento es propicio —prosegui—, huyamos. Veo vuestra cartera, recojámosla; renunciemos al dinero en metálico, está en sus bolsillos y no conseguiríamos recuperarlo sin peligro. Vayámonos, señor, vayámonos. Ya veis lo que hago por vos, me entrego a vuestras manos, tened piedad de mi suerte. No seáis, sobre todo, más cruel que esta gente. Dignaos a respetar mi honor, os lo confío, pues es mi único tesoro. Dejádmelo, ellos no me lo han arrebatado.

Me costaría trabajo describir el supuesto agradecimiento de Saint—Florent. No sabía qué términos emplear para demostrármelo, pero no teníamos tiempo de hablar: se trataba de huir. Me apodero diestramente de la cartera, se la doy y, franqueando rápidamente el bosquecillo y abandonando el caballo, por miedo a que el ruido que habría hecho despertara a nuestras gentes, nos dirigimos, con diligencia, al sendero que debía sacarnos del bosque. Tuvimos la suerte de salir de él cuando amanecía, y sin que nadie nos siguiera. Llegamos antes de las diez de la mañana a Luzarches, y allí, al abrigo de cualquier temor, sólo pensamos en descansar.

Hay momentos en la vida en que te consideras muy rico sin tener, no obstante, nada de qué vivir: era el caso de Saint-Florent. Llevaba quinientos mil francos en su cartera, y ni un escudo en su faltriquera. Esta reflexión le detuvo antes de entrar en la posada...

—Tranquilícese, señor —le dije al ver su apuro—, los ladrones que abandono no me han dejado sin dinero. Ahí tenéis veinte luises, tomadlos, por favor, utilizadlos y dad el resto a los pobres. Por nada en el mundo querría yo conservar un oro adquirido mediante asesinatos. Saint—Florent, que fingía delicadeza, pero que estaba muy lejos de tener la que yo le suponía, no quiso en absoluto tomar lo que le ofrecí. Me preguntó qué proyectos tenía, me dijo que se obligaba a cumplirlos, y que no deseaba otra cosa que quedar en paz conmigo.

—Os debo la fortuna y la vida, Thérèse —añadió besándome las manos—. ¿Qué mejor puedo hacer que ofreceros la una y la otra? Aceptadlas, os lo ruego, y permitid que el Dios del himeneo estreche los nudos de la amistad.

No sé bien si por presentimiento o simple frialdad, yo estaba tan lejos de creer que lo que había hecho por aquel joven pudiera provocar tales sentimientos por su parte, que le

dejé leer en mi semblante el rechazo que no me atrevía a expresar. Lo entendió, no insistió más, y se limitó a preguntarme únicamente qué podía hacer por mí.

—Señor —le dije—, si realmente mi actuación no carece de méritos a vuestros ojos, os pido por toda recompensa que me llevéis con vos a Lyon, y que allí me coloquéis en alguna casa honesta, donde mi pudor ya no tenga que sufrir.

—Es lo mejor que podríais hacer —contestó Saint-Florent—, y nadie mas capacitado que yo para prestaros ese servicio: tengo veinte parientes en esa ciudad.

Y el joven comerciante me rogó entonces que le contara las razones que me llevaban a alejarme de París, donde le había dicho que había nacido. Lo hice con tanta confianza como ingenuidad.

—Bien, si sólo es eso —dijo el joven—, podré seros útil antes de llegar a Lyon. No temáis nada, Thérèse, vuestro caso estará olvidado. Ya nadie os buscará, y menos que en ningún lugar, seguramente, en el asilo donde voy a colocaros. Tengo una pariente cerca de Bondy, vive en una campiña encantadora de los alrededores. Estoy seguro de que sentirá un gran placer de teneros a su lado; mañana os la presento.

Llena de agradecimiento a mi vez, acepto un proyecto que tanto me conviene. Descansamos el resto del día en Luzarches, y al día siguiente nos proponemos llegar a Bondy, que sólo está a seis leguas de allí. —Hace buen tiempo —me dijo Saint-Florent—. Si os parece, Thérèse, nos dirigiremos a pie al castillo de mi pariente. Le contaremos nuestra aventura, y creo que esta manera imprevista de llegar despertará su interés hacia vos.

Muy alejada de sospechar las intenciones de aquel monstruo y de imaginar que me ofrecía aún menos seguridad que la infame compañía que abandonaba, lo acepto todo sin temor, sin ninguna repugnancia. Almorzamos y comemos juntos. No se opone en absoluto a que para la noche tome una habitación separada de la suya, y después de haber dejado pasar el mayor calor, segura por lo que dice de que bastan cuatro o cinco horas para llegar a casa de su pariente, abandonamos Luzarches y nos dirigimos a pie a Bondy.

Alrededor de las cinco de la tarde entramos en el bosque. Saint—Florent todavía no se había descubierto ni por un instante: siempre la misma honestidad, siempre el mismo deseo de demostrarme su agradecimiento. De haber estado con mi padre, no me habría creído más segura. Las sombras de la noche comenzaban a esparcir por el bosque aquella especie de horror religioso que hace nacer simultáneamente el temor en las almas tímidas y el proyecto del crimen en los corazones feroces. Sólo caminábamos por senderos, y yo delante. Me vuelvo para preguntar a Saint—Florent si realmente hay que seguir esos caminos apartados, si por casualidad no se ha extraviado, si cree, en fin, que falta mucho para llegar.

—Ya hemos llegado, puta —me contestó aquel malvado, arrojándome al suelo de un bastonazo en la cabeza que me priva del conocimiento...

¡Oh, señora!, yo no sé lo que dijo ni lo que hizo aquel hombre; pero el estado en que me encontré me obligó a saber hasta qué punto había sido su víctima. Cuando recuperé el sentido era totalmente de noche; estaba al pie de un árbol, al margen de todos los caminos, magullada, ensangrentada... deshonrada, señora. Esta era la recompensa por cuanto acababa de hacer por aquel desalmado; y, llevando la infamia al máximo, el malvado, después de haber hecho conmigo todo lo que había querido, después de haber abusado de todas las maneras, hasta de aquella que más ultraja la naturaleza, se había llevado mi bolsa... aquel mismo dinero que yo le había ofrecido tan generosamente.

Había desgarrado mis ropas, la mayoría estaban hechas girones a mi lado, iba casi desnuda, y con varias partes de mi cuerpo amoratadas. Podéis imaginaros mi situación: rodeada de tinieblas, sin recursos, sin honor, sin esperanza, expuesta a todos los peligros. Quise terminar con mis días: si me hubieran ofrecido un arma, la habría empuñado y abreviado esta desdichada vida, que sólo me ofrecía calamidades.

«¡Qué monstruo! ¿Qué le habré hecho yo», me decía, «para merecer por su parte un trato tan cruel? Le salvo la vida, le devuelvo su fortuna, ¡me arrebata lo que más quiero! ¡Hasta un animal salvaje hubiera sido menos cruel! ¡Oh hombre, así eres cuando sólo atiendes a tus pasiones! Los tigres en el fondo de los desiertos más salvajes se horrorizarían de tus fechorías.»

Unos minutos de abatimiento siguieron a mis primeros impulsos de dolor; mis ojos, anegados en lágrimas, se elevaron maquinalmente al cielo; mi corazón se lanzó a los pies del Maestro que lo habita... Aquella bóveda pura y brillante... el silencio imponente de la noche... el terror que helaba mis sentidos... aquella imagen de la naturaleza en paz, comparada con la alteración de mi alma extraviada, todo esparce en mí un tenebroso horror del que no tarda en nacer la necesidad de rezar. Me precipito a las rodillas de ese Dios poderoso, negado por los impíos, esperanza del pobre y del afligido.

—Ser santo y majestuoso —exclamé entre lágrimas—, tú que te dignas llenar en este momento terrible mi alma de una alegría celestial, que, sin duda, me has impedido atentar contra mis días, oh, mi protector y guía, aspiro a tus bondades, imploro tu clemencia: contempla mi miseria y mis tormentos, mi resignación y mis deseos. ¡Dios omnipotente! Tú sabes que soy inocente y débil, que he sido traicionada y maltratada; he querido hacer el bien a ejemplo tuyo, y tu voluntad me castiga. ¡Que se cumpla, oh, Dios mío! Amo todos sus sagrados efectos, los respeto y ceso de quejarme; pero si aquí en la tierra sólo debo encontrar abrojos, ¿será ofenderte, oh, mi soberano Maestro, suplicar que tu poder me llame hacia ti, para rezarte sin turbación, para adorarte lejos de esos hombres perversos que, ¡ay de mí!, sólo me han hecho conocer males, y cuyas manos sanguinarias y pérfidas hunden a placer mis tristes días en el torrente de las lágrimas y en el abismo de los dolores?

La oración es el más dulce consuelo del desdichado; se siente más fuerte cuando ha cumplido con este deber. Me alzo llena de valor, recojo los harapos que el malvado me ha dejado, y me introduzco en un bosquecillo para pasar la noche con menos riesgo. La seguridad en que me hallaba, la satisfacción que acababa de saborear acercándome a mi Dios, todo ello contribuyó a hacerme reposar unas cuantas horas, y el sol ya estaba alto cuando mis ojos se volvieron a abrir: el instante del despertar es espantoso para los infortunados; la imaginación, refrescada por las dulzuras del sueño, se ocupa con mucha mayor rapidez y más lúgubremente de los males cuyo recuerdo le han hecho perder unos instantes de un reposo engañoso.

«Bien», me dije entonces examinándome, «¡es cierto, por tanto, que existen criaturas humanas a las que la naturaleza rebaja a la misma condición que las bestias feroces! Oculta en mi reducto, huyendo como ellas de los hombres, ¿qué diferencia existe ahora entre ellas y yo? ¿Vale la pena nacer para una suerte tan lastimera?...» Y mis lágrimas corrieron en abundancia mientras formulaba estas tristes reflexiones; acababa de terminarlas cuando oigo un ruido a mi alrededor; poco a poco, distingo a dos hombres. Presto atención:

—Ven, querido amigo —dice uno de ellos—. Aquí estaremos a las mil maravillas. La cruel y fatal presencia de una tía que aborrezco no me impedirá saborear un momento contigo esos placeres que me resultan tan dulces.

Se acercan, se colocan tan enfrente de mí que ninguna de sus frases, ninguno de sus movimientos, puede escapárseme, y veo... ¡Santo cielo, señora! —dijo Thérèse interrumpiéndose—, ¡cómo es posible que la suerte me haya colocado siempre en situaciones tan críticas, que resulte tan difícil a la virtud escuchar su relato como al pudor hacerlo! Aquel crimen horrible que ultraja tanto la naturaleza como las convenciones sociales, aquella fechoría, en una palabra, sobre la cual la mano de Dios ha caído tantas veces, legitimada por «Corazón-de-Hierro», propuesta por él a la desdichada Thérèse, consumada sobre ella involuntariamente por el verdugo que acaba de inmolarla, aquella execración repugnante en fin, ¡la vi practicar bajo mis ojos con todas las desviaciones impuras, todos los episodios espantosos, que puede introducir en ella la depravación más exquisita! Uno de los hombres, el que se ofrecía, tenía veinticuatro años de edad, suficientemente bien vestido como para hacer pensar en la elevación de su rango, y el otro, más o menos de su misma edad, parecía uno de sus criados. El acto fue escandaloso y prolongado. Con las manos apoyadas en la cresta de un pequeño montículo frente al bosquecillo donde yo me hallaba, el joven amo exponía desnudo a su compañero de libertinaje el impío altar del sacrificio, y éste, lleno de ardor ante el espectáculo, acariciaba a su ídolo, a punto de inmolarlo con un puñal mucho más espantoso y mucho más gigantesco que aquel con el que yo había sido amenazada por el jefe de los bandidos de Bondy; pero el joven amo, en absoluto temeroso, parece desafiar impunemente la espada que se le presenta; la provoca, la excita, la cubre de besos, se apodera de ella, se la introduce él mismo, se deleita absorbiéndola. Entusiasmado por sus criminales caricias, el infame se debate bajo ella y parece lamentar que no sea aún más imponente; desafía sus golpes, los previene, los rechaza... Dos tiernos y legítimos esposos se acariciarían con menos ardor... Sus bocas se juntan, sus suspiros se confunden, sus lenguas se entrelazan, y los veo a los dos, ebrios de lujuria, encontrar en el centro de las delicias el complemento de sus pérfidos horrores. El homenaje se renueva, y, para encender de nuevo el incienso, todo es válido para el que lo exige; besos, manoseos, masturbaciones, refinamientos del más insigne libertinaje, todo se utiliza para devolver las fuerzas que se apagan, y con ello consigue reanimarlas por cinco veces consecutivas, pero sin que ninguno de los dos cambiara de papel. El joven amo fue siempre mujer, y aunque se pudiera descubrir en él la posibilidad de ser hombre a su vez, ni siquiera tuvo la apariencia de concebir por un instante tal deseo. Si bien visitó el otro altar semejante a aquel donde se sacrificaba en él, fue en favor del otro ídolo, y jamás ningún ataque tuvo el aire de amenazarlo.

¡Qué largo se me hizo el tiempo! No me atrevía a moverme, por miedo a que me descubrieran. Finalmente, los criminales actores de esta indecente escena, ahítos sin duda, se levantaron para volver al camino que debía conducirlos a su casa cuando el amo se acerca al bosquecillo que me protege; mi gorro me traiciona... Lo ve...

—Jasmín —dice a su criado—, nos han descubierto... Una joven ha visto nuestros secretos... Acércate, saquemos de ahí a esa buscona, y averigüemos qué hace aquí.

Les ahorré la molestia de sacarme de mi refugio abandonándolo inmediatamente yo misma y, cayendo a sus pies, exclamé, extendiendo los brazos hacia ellos:

—Oh, señores, dignaos a compadeceros de una desdichada cuya suerte es más lamentable de lo que suponéis. Existen pocos reveses capaces de igualar los míos; que la situación en que me habéis encontrado no os despierte ninguna sospecha sobre mí. Es consecuencia de mi miseria, mucho más que de mis errores. Lejos de aumentar los males que me abruman, dignaos a disminuirlos facilitándome los medios de escapar de las calamidades que me persiguen.

El corazón del conde de Bressac (así se llamaba el joven), en cuyas manos caí, con un gran fondo de maldad y de libertinaje en la mente, no estaba dotado precisamente de una gran dosis de conmiseración. Por desgracia es muy común ver cómo el libertinaje ahoga la piedad en el hombre y habitualmente sólo sirve para endurecerlo: sea porque la mayor parte de sus extravíos necesita la apatía del alma, sea porque la violenta sacudida que esta pasión imprime a la masa de los nervios disminuye la fuerza de su acción, la verdad es que un libertino rara vez es un hombre sensible. Pero a esta dureza, natural en la clase de personas cuyo carácter esbozo, se unía además en el señor de Bressac una repugnancia tan inveterada por nuestro sexo, un odio tan fuerte por todo lo que lo caracterizaba, que era muy difícil que yo consiguiera introducir en su alma los sentimientos con los que quería conmoverla.

—Tórtola del bosque —me dijo el conde con dureza—, si buscas víctimas, has elegido mal: ni mi amigo ni yo sacrificamos jamás en el templo impuro de tu sexo. Si es limosna lo que pides, busca personas que amen las buenas obras, nosotros jamás las hacemos de ese tipo... Pero habla, miserable, ¿has visto lo que ha ocurrido entre el señor y yo?

—Os he visto charlar sobre la hierba —contesté—, nada más, señor, os lo aseguro.

—Por tu bien, quiero creerlo —dijo el joven conde—. Si imaginara que podías haber visto otra cosa, jamás saldrías de este matorral... Jasmín, es pronto, tenemos tiempo de escuchar las aventuras de esta joven, y después veremos lo que hay que hacer.

Se sientan, me ordenan que me coloque cerca de ellos, y ahí les relato con ingenuidad todas las desdichas que me abruman desde que estoy en el mundo.

—Vamos, Jasmín —dice el señor de Bressac levantándose cuando hube terminado—, seamos justos por una vez. Si la equitativa Temis ha condenado a esta criatura, no toleremos que los deseos de la diosa se vean tan cruelmente frustrados. Hagamos sufrir a la delincuente la condena de muerte en que había incurrido. Este homicidio, muy lejos de ser un crimen, será una reparación del orden moral. Ya que a veces tenemos la desgracia de alterarlo, restablezcámoslo valerosamente por lo menos cuando se presenta la ocasión...

Y los crueles, arrebatándome de mi sitio, me arrastran hacia el bosque, riéndose de mis lloros y de mis gritos.

—Atémosla por los cuatro miembros a cuatro árboles que formen un extenso cuadrado —dice Bressac, desnudándome.

Luego, con sus corbatas, sus pañuelos y sus ligas, confeccionan unas cuerdas con las que me atan al instante como han previsto, esto es en la más cruel y más dolorosa actitud que quepa imaginar. Imposible explicar lo que sufrí; me parecía que me arrancaban los miembros, y que mi estómago, que estaba en el aire, dirigido por su peso hacia el suelo, tuviera que entreabrirse a cada instante. El sudor caía de mi frente, yo sólo existía por la violencia de mi dolor; si éste hubiera dejado de comprimirme los nervios, me habría invadido una angustia mortal. Los desalmados se divirtieron con esta posición, me contemplaban y aplaudían.

—Ya basta —dijo finalmente Bressac—, permito que por una vez le baste con el miedo. Thérèse —prosiguió mientras me desataba y ordenaba que me vistiera—, sé discreta y síguenos: si quieres unirte a mí, no tendrás ocasión de arrepentirte. Mi tía necesita una segunda doncella, voy a creerme tu relato y presentarte a ella. Le responderé de tu conducta, pero si abusas de mis bondades, si traicionas mi confianza, o no te sometes a mis propósitos, mira estos cuatro árboles, Thérèse, fijate en el terreno que limitan, y que debía servirte de sepulcro. Recuerda que este funesto lugar sólo está a una legua del castillo donde te llevo y que, a la más ligera falta, volverás aquí al instante.

Olvido de inmediato mis desgracias, me arrojo a las rodillas del conde, le prometo, entre lágrimas, un buen comportamiento, pero, tan insensible a mi alegría como a mi dolor, Bressac añade:

—Vámonos, tu comportamiento hablará por ti, sólo de él dependerá tu suerte.

Nos vamos. Jasmín y su amo hablan en voz baja, yo los sigo humildemente sin decir palabra. En algo menos de una hora llegamos al castillo de la señora marquesa de Bressac, cuya magnificencia y multitud de lacayos me hacen suponer que cualquier puesto que tenga en esta casa será, sin duda, más ventajoso para mí que el de gobernanta del señor Du Harpin. Me hacen esperar en una antecocina, donde Jasmín me ofrece amablemente cuanto puede reconfortarme. El joven conde entra en los aposentos de su tía, la avisa, y él mismo viene a buscarme media hora después para presentarme a la marquesa.

La señora de Bressac era una mujer de cuarenta y seis años, todavía muy hermosa, y que me pareció honesta y sensible, aunque introdujera una cierta severidad en sus normas y en su conversación. Viuda desde hacía dos años del tío del joven conde, que se había casado con ella sin mayor fortuna que el bello apellido que le daba, de ella dependían todos los bienes que podía esperar el señor de Bressac, pues lo que había recibido de su padre apenas servía para pagar sus placeres. La señora de Bressac le pasaba una pensión considerable, pero aun así insuficiente: nada hay tan caro como las voluptuosidades del conde; es posible que se paguen menos que las otras, pero se multiplican mucho mas. En aquella casa había cincuenta mil escudos de renta, y todos debían ser para el señor de Bressac. Jamas habían podido convencerle a hacer algo; todo lo que le apartaba de su libertinaje le resultaba tan insoportable que no podía aceptar la sujección. La marquesa habitaba aquella propiedad tres meses al año, y pasaba el resto del tiempo en París; y los tres meses que exigía que su sobrino estuviera con ella eran una especie de suplicio para un hombre que aborrecía a su tía y que consideraba como perdidos todos los momentos que pasaba alejado de una ciudad que significaba para él el centro de sus placeres.

El joven conde me ordenó que contara a la marquesa las cosas que yo le había relatado, y una vez hube terminado la señora de Bressac me dijo:

—Tu candor y tu ingenuidad no me permiten dudar de que dices la verdad. No pediré más informaciones sobre ti que la de saber si eres realmente la hija del hombre que me indicas. Si es así, yo he conocido a tu padre, y será para mí una razón de más para interesarme por tu persona. En cuanto al caso de Du Harpin, me encargo de resolverlo en dos visitas a casa del canciller, amigo mío desde hace siglos. Es el hombre más íntegro que existe en el mundo; basta con demostrarle tu inocencia para anular todo lo que se ha hecho en tu contra. Pero piénsatelo bien, Thérèse. Todo lo que te prometo en este momento sólo es a cambio de una conducta intachable; de modo que los efectos del agradecimiento que exijo se volverán siempre en tu favor.

Me arrojé a los pies de la marquesa, le aseguré que quedaría satisfecha de mí; me hizo levantar con bondad y me confió inmediatamente el puesto de segunda camarera a su servicio.

Al cabo de tres días, llegaron las informaciones pedidas a París por la señora de Bressac; eran tal como yo podía desear. La marquesa me elogió por no haberla engañado, y todas las sombras de desgracias se desvanecieron finalmente de mi espíritu para ser sustituidas únicamente por la esperanza de los más dulces consuelos que cabía esperar. Sin embargo, no estaba escrito en el cielo que la pobre Thérèse tuviera que ser feliz alguna vez, y si unos pocos momentos de paz nacían fortuitamente para ella era sólo para hacerle más amargos los de horror que debían seguirlos.

Apenas llegamos a París la señora de Bressac se apresuró a intervenir en mi favor. El primer presidente quiso verme y escuchó con interés el relato de mis infortunios; las calumnias de Du Harpin fueron reconocidas aunque en vano quisieron castigarlo: Du Harpin, que había organizado un negocio de billetes falsos con el que arruinaba a tres o cuatro familias, y ganaba él cerca de dos millones, acababa de irse a Inglaterra. Respecto al incendio de las prisiones de París, se convencieron de que, si bien yo me había aprovechado de este acontecimiento, no había participado para nada en él, y mi caso fue sobreseído, sin que los magistrados que se ocupaban de él creyeran tener que emplear más formalidades, según me explicaron. No supe nada más y me contenté con lo que me dijeron: no tardaréis en comprobar hasta qué punto me equivoqué.

Es fácil imaginar cómo semejantes favores me obligaban a la señora de Bressac. Aunque no hubiera tenido conmigo, además, todo tipo de bondades, ¿cómo no iban a unirme semejantes acciones para siempre a una tan preciosa protectora? Muy lejos, sin embargo, de la intención del conde encadenarme tan íntimamente a su tía... Pero ha llegado el momento de describiros a ese monstruo.

El señor de Bressac unía a los encantos de la juventud el más seductor de los rostros; si su talle o sus facciones tenían algunos defectos, era porque se parecían en exceso al desenfado y la blandura propia de las mujeres. Parecía que prestándole los atributos de aquel sexo, la naturaleza le hubiera inspirado también sus gustos... ¡Qué alma, sin embargo, rodeaba estos atractivos femeninos! Aparecían en ella todos los vicios que caracterizan la de los desalmados: jamás nadie llevó tan lejos la maldad, la venganza, la crueldad, el ateísmo, el desenfreno, el menosprecio de todos los deberes, y principalmente de aquellos con los que la naturaleza parece deleitarnos. Además de todas sus culpas, el señor de Bressac contaba fundamentalmente con la de detestar a su tía. La marquesa hacía cuanto podía por encaminar a su sobrino por los senderos de la virtud: puede que utilizara para ello un rigor excesivo. Resultaba de ahí que el conde, más excitado por los efectos mismos

de esta severidad, se entregaba a sus gustos aún con mayor ímpetu, y la pobre marquesa sólo obtenía de sus insistencias un odio más encarnizado.

—No te creas —me decía muy frecuentemente el conde— que por su natural mi tía interviene en todo lo que te concierne, Thérèse. Si yo no la acuciara en todo momento, ella apenas se acordaría de las atenciones que te ha prometido. Presume ante ti de todos sus pasos, mientras que en realidad son obra mía. Sí, Thérèse, sí, sólo a mí debes agradecimiento, y el que exijo de ti debe parecerte tanto más desinteresado cuando, por muy bella que seas, sabes muy bien que no son tus favores lo que pretendo. No, Thérèse, los servicios que espero de ti son muy diferentes, y cuando estés totalmente convencida

de lo que he hecho para tu tranquilidad, confío en que encontraré en tu alma lo que tengo derecho a esperar.

Estos discursos me parecían tan oscuros que no sabía qué respuesta darles. La daba, sin embargo, por si acaso, y tal vez con excesiva facilidad. ¿Tengo que confesároslo? ¡Ay de mí, sí! Disimularos mis culpas sería engañar vuestra confianza y responder mal al interés que mis desdichas os han inspirado. Sabed pues, señora, la única falta voluntaria que puedo reprocharme... ¿Digo una falta? Una locura, una extravagancia... como no hubo jamás otra, pero por lo menos no es un crimen, es un simple error, que sólo me ha castigado a mí, y del que parece que la mano justiciera del cielo se ha servido para sumirme en el abismo que se abrió poco después bajo mis pasos. Cualesquiera que fueren los indignos comportamientos que el conde de Bressac tuvo conmigo el primer día que lo conocí, me había sido imposible verlo, sin embargo, sin sentirme atraída hacia él por un invencible sentimiento de ternura que nada había podido vencer. Pese a todas las reflexiones sobre su crueldad, sobre su alejamiento de las mujeres, sobre la depravación de sus gustos, sobre las distancias morales que nos separaban, nada del mundo conseguía apagar esta pasión naciente, y si el conde me hubiera pedido mi vida, se la habría sacrificado mil veces. Estaba lejos de sospechar mis sentimientos... Estaba lejos, el ingrato, de descubrir la causa de las lágrimas que derramaba todos los días; pero le resultaba imposible, no obstante, ignorar el deseo que sentía de ir al encuentro de cualquier cosa que pudiera gustarle. Era imposible que no entreviera mis deferencias; demasiado ciegas, sin duda, llegaban al punto de servir a sus errores, en la medida que podía permitírmelo la decencia, y de disimularlos siempre ante su tía. En cierta manera, esta conducta me había granjeado su confianza, y todo lo que venía de él me era tan precioso y estaba tan ciega respecto a lo poco que me ofrecía su corazón que a veces tuve la debilidad de creer que yo no le era indiferente. ¡Pero el exceso de sus desórdenes no tardaba en desengañarme! Eran tales que llegaban a alterar su salud. A veces me tomaba la libertad de comentarle los inconvenientes de su conducta; él me escuchaba sin molestarse y acababa por decirme que nadie se corregía de su vicio predilecto.

—¡Ah, Thérèse! —exclamó un día, entusiasmado—, ¡si conocieras los encantos de esta fantasía, y pudieras entender la dulce ilusión de ser únicamente una mujer! ¡Increíble extravío de la mente! ¡Aborrecer ese sexo y querer imitarlo! ¡Ah, qué dulce es conseguirlo, Thérèse! ¡Qué delicioso ser la puta de todos los que te desean y llevando a ese punto, al último extremo, el delirio y la prostitución, ser sucesivamente en el mismo día la querida de un mozo de cuerda, de un marqués, de un lacayo, de un fraile, ser sucesivamente por ellos amado, acariciado, deseado, amenazado, golpeado, a veces victorioso en sus brazos, y, otras, víctima a sus pies, enterneciéndolos con caricias, reanimándolos con excesos...! ¡Oh, no, no! Tú no entiendes, Thérèse, lo que significa este placer para una cabeza organizada como la mía... Pero, dejando a un lado la moral, ¡si te imaginaras las sensaciones físicas de ese divino gusto! Es imposible resistirlo... Es un cosquilleo tan vivo, unas titilaciones voluptuosas tan excitantes... pierdes la cabeza... te vuelves loco... Mil besos a cual más tierno no exaltan con suficiente ardor la ebriedad en que nos sumerge un compañero... Estrechado por sus brazos, con las bocas pegadas, nos gustaría que toda nuestra existencia pudiera incorporarse a la suya; nos gustaría formar con él un único ser; si nos atrevemos a quejarnos, es de ser olvidados; nos gustaría que, más robusto que Hércules, nos ensanchara, nos penetrara; que esta preciosa simiente, arrojada ardiendo en el fondo de nuestras entrañas, consiguiera, con su calor y su fuerza,

hacer brotar la nuestra en sus manos... No te imagines, Thérèse, que estamos hechos como los demás hombres: se trata de una construcción totalmente diferente, y el cielo al crearnos adornó los altares en donde nuestros enamorados sacrifican con la membrana cosquillosa que tapiza en vosotros el templo de Venus. Somos, sin duda, tan mujeres como vosotras lo sois en el santuario de la generación; y no dejamos de sentir ni uno de vuestros placeres, no hay ni uno del que no sepamos disfrutar; pero tenemos, además, los propios, y esta reunión voluptuosa es lo que nos convierte en los hombres de la Tierra más sensibles a la voluptuosidad, los mejor creados para sentirla. Esta hechicera reunión es la que hace imposible la rectificación de nuestros gustos, lo que nos convertiría en unos entusiastas y en unos frenéticos si se cometiera la estupidez de castigarnos... ¡lo que nos hace adorar, hasta la tumba finalmente, al dios encantador que nos encadena!

Así se expresaba el conde, preconizando sus desmanes. Yo intentaba hablarle del ser al que se lo debía todo, y de los pesares que semejantes extravíos provocaban en su respetable tía, pero sólo descubría en él despecho y malhumor, y sobre todo impaciencia por ver tanto tiempo, en tales manos, unas riquezas que, según decía, debían pertenecerle. Sólo veía en él el odio más inveterado contra una mujer tan honesta, la rebelión más clara contra todos los sentimientos de la naturaleza. ¡,Será cierto, pues, que cuando se ha llegado a transgredir tan formalmente en los propios gustos el sagrado instinto de esta ley, la consecuencia necesaria de este primer crimen en una espantosa inclinación a cometer después todos los demás?

A veces me servía de los medios de la religión; casi siempre consolada por ella, intentaba hacer llegar sus dulzuras al alma de aquel perverso, prácticamente segura de atraerle con sus lazos si conseguía hacerle compartir sus atractivos. Pero el conde no me dejó emplear largo tiempo esas armas. Enemigo declarado de nuestros más santos misterios, crítico obstinado de la pureza de nuestros dogmas, antagonista indignado de la existencia de un Ser Supremo, el señor de Bressac, en lugar de dejarse convertir por mí, intentó más bien corromperme.

—Todas las religiones parten de un principio falso, Thérèse —me decía—. Todas suponen como necesario el culto de un Ser creador, pero este creador no existió jamás. Recuerda en eso los sensatos preceptos de aquel «Corazón-de-Hierro» que, según me contaste, había trabajado como yo tu mente. Nada más justo que los principios de ese hombre, y el envilecimiento en que se comete la tontería de mantenerle no le quita el derecho de razonar bien.

»Si todo lo que produce la naturaleza es el resultado de las leyes que la dominan; si su acción y su reacción perpetuas suponen el movimiento necesario para su existencia, ¿en qué queda el soberano dueño que le atribuyen gratuitamente los necios? Eso es lo que te decía tu sabio maestro, querida muchacha. Así pues, ¿qué son las religiones, a partir de ahí, sino el freno con que la tiranía del más fuerte quiso someter al más débil? Imbuido de este designio, se atrevió a decir al que pretendía dominar que un Dios forjaba los grilletes con que la crueldad lo rodeaba; y éste, embrutecido por su miseria, creyó indistintamente todo lo que el otro quiso. ¿Pueden las religiones, nacidas de estas artimañas, merecer algún respeto? ¿Existe una sola, Thérèse, que no lleve el emblema de la impostura y de la estupidez? ¿Qué veo en todas? Unos misterios que hacen estremecer la razón, unos dogmas que insultan la naturaleza, y unas ceremonias grotescas que sólo inspiran mofa y repugnancia. Pero si, entre todas ellas, hay una que merezca más especialmente nuestro desprecio y nuestro odio, Thérèse, ¿no es esta ley bárbara del cristianismo en la que los

dos hemos nacido? ¿Existe otra más odiosa?... ¿Alguna que asquee más el corazón y el entendimiento?

»¿Cómo unos hombres razonables pueden seguir creyendo en las palabras oscuras, en los supuestos milagros del vil inventor de este culto espantoso? ¿Existió alguna vez un farsante que mereciera más indignación pública? ¡Quién es ese judío leproso que, nacido de una puta y de un soldado, en el más miserable rincón del universo, se atreve a presentarse como la voz de aquel que, según se dice, ha creado el mundo! Estarás de acuerdo conmigo, Thérése, en que para unas pretensiones tan elevadas hacía falta, por lo menos, algunos títulos. ¿Cuáles son los de tu ridículo embajador? ¿Qué hará para demostrar su misión? ¿La tierra cambiará de aspecto; las plagas que la afligen desaparecerán; el sol la iluminará noche y día? ¿Los vicios dejarán de mancharla? ¿Veremos reinar finalmente la felicidad?... Nada de eso, el enviado de Dios se anuncia al universo con juegos de manos, brincos y calambures;* el Ministro del cielo se presenta a manifestar su grandeza en la respetable compañía de braceros, de artesanos y de rameras; emborrachándose con unos y acostándose con las otras el amigo de un Dios, Dios también él, decide someter a sus leyes al pecador empedernido; inventando para sus farsas todo lo que puede satisfacer su lujuria o su glotonería así es como el bribón demuestra su misión. En cualquier caso, tiene suerte; se unen al farsante unos cuantos satélites mediocres; se forma una secta; los dogmas de esta canalla consiguen seducir a unos cuantos judíos: esclavos del poder romano, debían abrazar con júbilo una religión que, liberándolos de sus grilletes, sólo los doblegaba al freno religioso. Adivinan sus motivos, desvelan su indocilidad; detienen a los sediciosos; perece su jefe, pero de una muerte excesivamente suave, sin duda, para su tipo de crimen, y por una imperdonable falta de reflexión dejan dispersar a los discípulos de ese patán, en lugar de degollarlos con él. El fanatismo se apodera de las mentes, las mujeres gritan, los locos se agitan, los imbéciles creen, y ya tenemos al más despreciable de los seres, al más torpe de los bribones, al más grosero impostor que jamás haya existido, convertido en Dios, en hijo de Dios, igual a su padre. ¡Todas sus fantasías consagradas, todas sus palabras convertidas en dogmas, y sus simplezas en misterios! ¡El seno de su fabuloso Padre se abre para recibirle, y el Creador, antes único, se convierte en triple para complacer a ese hijo digno de su grandeza! ¿Pero se conformará ese santo Dios con tanto? No, nada de eso, su celeste poder se prestará a favores mucho mayores. Por la voluntad de un sacerdote, o sea, de un truhán cubierto de mentiras y de crímenes, ese gran Dios creador de todo lo que vemos se humillará hasta el punto de descender diez o doce millones de veces cada mañana a un pedazo de harina amasada que, debiendo ser engullido por los fieles, se transmutará inmediatamente en el fondo de sus entrañas en sus más viles excrementos, y eso para la satisfacción de su tierno hijo, odioso inventor de tan monstruosa impiedad, en una cena tabernaria. Pero como lo dijo, así tiene que cumplirse. Dijo: «Este pan que veis será mi carne y como tal la comeréis. Ahora bien, como yo soy Dios, os comeréis a Dios, con lo cual el Creador del cielo y de la Tierra se convertirá, porque yo lo he dicho, en la materia más vil que pueda desprenderse del cuerpo del hombre, y el hombre se comerá a Dios, porque Dios es bueno y es omnipotente». Aunque parezca imposible, estas estupideces se propagan; se atribuye su extensión a su verdad, a su grandeza, a su sublimidad, al poder de quien las introduce, mientras que las causas más simples redoblan su fuerza, y el crédito adquirido por el error sólo encontró a truhanes por una parte y a imbéciles por otra. Esta infame religión llega finalmente al trono, y un emperador débil, cruel,

ignorante y fanático revistiéndola con el estandarte real, mancha con ella los dos extremos de la Tierra. Sin embargo, Thérèse, ¿qué peso pueden tener estas razones para una mente analítica y filosófica? ¿Puede ver el sabio otra cosa en este revoltijo de fábulas espantosas que el fruto de la impostura de unos cuantos hombres y la falsa credulidad de muchos más? Si Dios hubiera querido que tuviéramos alguna religión, y fuera realmente poderoso, o, en otras palabras, si fuera realmente un Dios, ¿nos hubiera participado sus órdenes a través de medios tan absurdos?, ¿nos hubiera mostrado cómo había que servirle a través de la voz de un despreciable bandido? Si es supremo, si es poderoso, si es justo, si es bueno, ¿querrá ese Dios del que me hablas enseñarme a servirle y conocerle a través de enigmas y de farsas? Motor soberano de los astros y del corazón de los hombres, ¿no puede instruirnos sirviéndose de los primeros o convencernos grabándose en el segundo? Que acuñe un día en trazos de fuego, en el centro del Sol, la ley que puede complacerle y desee imponernos; al leerla y contemplarla a un tiempo, todos los hombres de un extremo al otro del universo, serán culpables si entonces no la siguen. Pero indicar únicamente sus deseos en un rincón ignorado de Asia; elegir como seguidor al pueblo más trapacero y más visionario; por sustituto, al más vil artesano, al más absurdo y pillo; embrollar hasta tal punto la doctrina que se hace imposible comprenderla; insuflar su conocimiento a un pequeño número de individuos; mantener a los restantes en el error, y castigarlos por haber permanecido en él... ¡No, Thérèse, no, no! Tantas atrocidades no pueden guiarnos; preferiría mil veces morir antes que creerlas. Cuando el ateísmo necesite mártires, que los designe y mi sangre estará dispuesta. Detestemos esos horrores, Thérèse; que los improperios más duros cimenten el desprecio que merecen... Apenas comenzaba yo a abrir los ojos y ya detestaba estas groseras fantasías; juré entonces que las pisotearía y me prometí no volver jamás a ellas. Imítame, si quieres ser feliz; detesta, abjura y profana al igual que yo tanto el objeto odioso de este culto horrible como el propio culto, creado para una quimera, hecho, como ellas, para ser envilecido por todo lo que pretende alcanzar la sabiduría.

* El marqués de Bièvre jamás llegó a hacer ninguno que valiera el del Nazareno a su discípulo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra alzaré mi Iglesia». ¡Y que se nos venga a decir ahora que los calambures son de nuestro siglo! (N. *del A.)*

—¡Oh, señor! —contesté llorando—, privaríais a una desdichada de su más dulce esperanza si marchitarais en su corazón esta religión que la consuela. Firmemente encariñada con lo que enseña y absolutamente convencida de que los ataques que recibe sólo son consecuencia del libertinaje y de las pasiones, ¿podría sacrificar a unas blasfemias y a unos sofismas que me horrorizan, la más querida idea de mi espíritu, el más dulce alimento de mi corazón?

Añadí mil razonamientos a éstos, que sólo provocaban la hilaridad del conde; de este modo sus capciosos principios alimentado por una elocuencia más viril, apoyados en lecturas que afortunadamente yo jamás había hecho, atacaban cada día todos los míos, pero sin quebrantarlos. La señora de Bressac, llena de virtud y de piedad, no ignoraba que su sobrino defendía sus extravíos con todas las paradojas de moda. A menudo se quejaba de ello conmigo, y, como se dignaba juzgarme algo más sensata que sus restantes doncellas, le gustaba confiarme sus penas.

No había, sin embargo, límites a las malas acciones de su sobrino. El conde había llegado al punto de no ocultar nada. No sólo había rodeado a su tía de toda la peligrosa

chusma que utilizaba para sus placeres, sino que había llevado su osadía hasta el punto de decirle delante de mí que, si seguía contrariando sus gustos, la convencería de los encantos que contenían entregándose a ellos ante sus propios ojos.

Esta conducta me horrorizaba y afligía. Intentaba encontrar en ella motivos para sofocar en mi alma la desdichada pasión que la hacía arder, pero ¿es el amor un mal del que pueda sanarse? Todo lo que intentaba oponerle sólo servía para atizar más vivamente su llama, y el pérfido conde jamás me parecía tan amable como cuando reunía ante mí todo lo que debía empujarme a odiarle.

Ya llevaba cuatro años en aquella casa, siempre perseguida por los mismos pesares y siempre consolada por las mismas dulzuras, cuando aquel hombre abominable, creyéndose al fin seguro de mí, osó desvelarme sus infames intenciones. Vivíamos entonces en el campo, y yo estaba a solas con la condesa: su primera doncella había pedido permiso para seguir en París durante el verano, por unos asuntos de su marido. Una noche, poco después de que me retirara, mientras me refrescaba en un balcón de mi habitación sin decidirme, a causa del extremo calor, a acostarme, de repente el conde llama a la puerta y me ruega que le deje charlar conmigo. ¡Ay de mí! Todos los instantes que me concedía el cruel autor de mis males me parecían demasiado preciosos para que me atreviera a rechazar uno solo; entra, cierra con cuidado la puerta, y sentándose en un sillón a mi lado me dijo con un cierto embarazo:

—Atiéndeme, Thérèse... tengo que contarte unas cosas de la mayor importancia. Júrame que jamás revelarás nada.

—¡Oh, señor! —contesté—, ¿podéis creerme capaz de abusar de vuestra confianza?

—Tú no sabes el peligro que correría si acabaras por demostrarme que me había equivocado al concedértela... —La peor de todas mis penas sería haberla perdido, no necesito mayores amenazas...

—Pues bien, Thérèse, he condenado mi tía a muerte... y pienso utilizar tu mano para ello.

—¡Mi mano! —exclamé retrocediendo horrorizada...¡Pero, señor!, ¿cómo habéis podido concebir semejante proyecto?... No, no, disponed de mi vida si la queréis, pero no imaginéis jamás que obtendréis de mí el horror que me proponéis.

—Atiende, Thérèse —me dijo el conde, tranquilizándome—, estaba seguro de tu reticencia, pero como eres inteligente estoy convencido de poder vencerla, de demostrarte que este crimen, que te parece tan enorme, sólo es en el fondo una cosa muy sencilla.

»Dos desmanes se ofrecen aquí, Thérèse, a tus ojos poco filosóficos: la destrucción de una criatura que se nos asemeja, y el mal que aumenta esta destrucción, cuando esta criatura está próxima a nosotros. Respecto al crimen de la destrucción de un semejante, tenlo por seguro, querida muchacha, es puramente quimérico. El poder de destruir no se le ha concedido al hombre; posee, como máximo, el de variar las formas, pero no el de aniquilarlas. Ahora bien, cualquier forma es equivalente a los *ojos* de la naturaleza; nada se pierde en el crisol inmenso donde se ejecutan esas variaciones. Todas las porciones de materia que caen de él resurgen incesantemente bajo otras figuras y, sean cuales fueren nuestros procedimientos sobre eso, ninguno la ultraja sin duda, ninguno es capaz de ofenderla. Nuestras destrucciones reavivan su poder; mantienen su energía, pero ninguna la atenúa, no es contrariada por ninguna. ¿Qué importa a su mano siempre creadora que esta masa de carne que compone hoy un individuo bípedo se reproduzca mañana bajo la forma de mil insectos diferentes? ¿Nos atreveremos a afirmar que la construcción de un

animal con dos pies le cuesta más que la de un gusanillo, y que siente por aquél un mayor interés? Si, por consiguiente, el grado de adhesión, o más bien de indiferencia, es el mismo, ¿qué puede importarle que la espada de un hombre convierta a otro hombre en mosca o en hierba? Cuando me hayan convencido de la sublimidad de nuestra especie, cuando me hayan demostrado que es tan importante para la naturaleza que, necesariamente, sus leyes se irritan ante esta transmutación, podré creer entonces que el homicidio es un crimen; pero cuando el estudio más profundo me ha demostrado que todo lo que vegeta en este globo, la más imperfecta de las obras de la naturaleza, tiene un precio equivalente a sus ojos, jamás admitiré que el cambio de uno de esos seres en mil otros pueda alterar en nada sus designios. Entonces me digo: todos los hombres, todos los animales, todas las plantas crecen, se alimentan, se destruyen, se reproducen por los mismos medios, y no reciben jamás una muerte real sino una simple variación en lo que las modifica. Todos, digo, los que aparecen hoy bajo una forma y unos años después bajo otra, pueden, al capricho del ser que quiere moverlos, cambiar mil y mil veces en un día, sin que una sola ley de la naturaleza se vea afectada un solo instante. ¿Qué digo? Sin que este transmutador haya hecho otra cosa que un bien, ya que al descomponer unos individuos cuyas bases vuelven a ser necesarias para la naturaleza, no hace más que devolverle mediante esta acción, impropiamente calificada de criminal, la energía creadora de la que le priva necesariamente aquel que, por una estúpida indiferencia, no se atreve a emprender jamás ninguna alteración. Ay, Thérèse, sólo el orgullo del hombre convirtió el homicidio en crimen. Esta vana criatura, imaginándose la más sublime del globo, creyéndose la más esencial, partió de este falso principio para asegurar que la acción que la destruyera sólo podía ser infame; pero su vanidad y su demencia no cambia en nada las leyes de la naturaleza. No existe ningún ser que no sienta en el fondo de su corazón el deseo más vehemente de deshacerse que aquellos que lo estorban, o de cuya muerte puede sacar algún provecho; y del deseo al hecho, ¿supones tú, Thérèse, que la diferencia es muy grande? Ahora bien, si estas impresiones nos vienen de la naturaleza, ¿es presumible que la irriten? ¿Podría inspirarnos algo que la degradara? ¡Ah!, tranquilízate, querida niña, nosotros no sentimos nada que no le sirva; todos los impulsos que despierta en nosotros son las voces de sus leyes; las pasiones del hombre son los medios que utiliza para alcanzar sus designios. ¿Necesita individuos? Nos inspira el amor, y por tanto la procreación. ¿Precisa destrucciones? Coloca en nuestros corazones la venganza, la avaricia, la lujuria, la ambición, y de ahí los homicidios. Pero siempre ha trabajado en su favor, y nos hemos convertido, sin darnos cuenta, en los crédulos agentes de sus caprichos.

»¡Ah, no, no, Thérèse, no! La naturaleza no abandona en nuestras manos la posibilidad de unos crímenes que turbarían su economía. ¿Es sensato que el más débil pueda realmente ofender al más fuerte? ¿Qué somos respecto a ella? ¿Es posible que, al crearnos, haya depositado en nosotros algo capaz de perjudicarla? ¿Esta imbécil suposición puede avenirse con la manera sublime y segura con que la vemos alcanzar sus fines? Si el homicidio no fuera, ay, una de las acciones del hombre que mejor satisface sus intenciones, ¿permitiría que se realizara? ¿Imitarla puede perjudicarla? ¿Puede ofenderse por ver que el hombre hace a su semejante lo que ella misma le hace todos los días? Ya que está demostrado que sólo puede reproducirse mediante destrucciones, ¿no es actuar de acuerdo con sus miras multiplicarlas incesantemente? En ese sentido, el hombre que se entregue a ello con el mayor ardor será incontestablemente el que mejor la

servirá, ya que será aquel que más cooperará con los designios que ella manifiesta en todos los instantes. La primera y más hermosa cualidad de la naturaleza es el movimiento que la agita incesantemente, pero este movimiento no es más que una serie perpetua de crímenes, sólo mediante crímenes lo conserva. Así pues, el ser que más se le parezca y, por consiguiente, el ser más perfecto, será necesariamente aquel cuya agitación más activa será la causa de muchos crímenes, mientras que, repito, el ser inactivo o indolente, es decir, el ser virtuoso, debe de ser para ella, sin duda, el menos perfecto ya que sólo tiende a la apatía, a la tranquilidad, que volvería a sumir incesantemente todo en el caos, si llegara a predominar. Es preciso que el equilibrio se mantenga; sólo los crímenes pueden conseguirlo. Por consiguiente, los crímenes sirven a la naturaleza. Si la sirven, si los exige, si los desea, ¿pueden ofenderla? ¿Y quién puede sentirse ofendido, si ella no lo está?

»En este caso la criatura que destruyo es mi tía... Pero, oh, Thérèse, ¡cuán frívolos son esos vínculos a los ojos de un filósofo! Permíteme que ni te hable de ellos, de lo fútiles que son. Estas despreciables cadenas, fruto de nuestras leyes y de nuestras instituciones políticas, ¿pueden significar algo a los ojos de la naturaleza?

»Así que deja ahí tus prejuicios, Thérèse, y sírveme: habrás hecho tu fortuna.

—¡Oh, señor! —contesté completamente horrorizada al conde de Bressac—, esta indiferencia que suponéis a la naturaleza sólo obedece a los sofismas de vuestra mente. Dignaos más bien a atender a vuestro corazón, y oiréis como condenará todos los falsos razonamientos del libertinaje. Este corazón, a cuyo tribunal os remito, ¿no es, pues, el santuario donde la naturaleza que ultrajáis quiere que se la escuche y se la respete? Si imprime en él el más fuerte horror por el crimen que preparáis, ¿no admitiréis que es condenable? Sé que ahora os ciegan las pasiones, pero tan pronto como se acallen, ¿hasta qué punto os desgarrarán los remordimientos? Cuanto mayor sea vuestra sensibilidad, más os atormentará su aguijón... ¡Oh, señor! Conservad y respetad los días de nuestra preciosa y tierna amiga; no la sacrifiquéis, ¡la desesperación os haría perecer! Cada día, a cada instante, veríais ante vuestros ojos a la tía querida que vuestro ciego furor habría sepultado en la tumba; oiríais cómo su voz quejumbrosa sigue pronunciando los dulces nombres que alegraban vuestra infancia; se os aparecería en vuestras vigilias y os atormentaría en vuestros sueños; abriría con sus dedos ensangrentados las heridas con que la habríais desgarrado; ni un instante dichoso, a partir de entonces, luciría para vos en la Tierra; todos vuestros placeres quedarían manchados, todas vuestras ideas se turbarían; una mano celeste, cuyo poder desconocéis, vengaría los días que habríais destruido, envenenando todos los vuestros; y sin haber disfrutado de vuestras fechorías, pereceríais del mortal remordimiento de haberos atrevido a realizarlas.

Yo lloraba mientras pronunciaba estas palabras, arrodillada a los pies del conde. Le conjuraba, por todo lo que para él podía haber de más sagrado, a olvidar ese extravío infame que juraba ocultar toda mi vida... Pero yo no conocía al hombre con el que estaba tratando; no sabía hasta qué punto las pasiones reforzaban el crimen en su alma perversa. El conde se levantó fríamente.

—Veo perfectamente que me he equivocado, Thérése —me dijo—. Quizá me siento más molesto por ti que por mí. Da igual, ya encontraré otros medios y tú habrás perdido mucho sin que tu ama haya ganado nada.

Esta amenaza cambió todas mis ideas: al no aceptar el crimen que me proponía, yo arriesgaba mucho por mi cuenta mientras mi señora perecía infaliblemente; consintiendo

la complicidad, me ponía a cubierto de las iras del conde, y salvaba probablemente a su tía. Esta reflexión, obra de un instante, me decidió a aceptarlo todo. Pero como un cambio tan repentino habría podido parecer sospechoso, tardé un tiempo en mostrar mi derrota: obligué al conde a repetir más de una vez sus sofismas, y adopté poco a poco la actitud de no saber ya qué responderles. Bressac me creyó vencida, legitimé mi debilidad con la fuerza de su arte y al final me rendí. El conde se arroja a mis brazos. ¡Cómo me habría colmado de satisfacción este gesto si hubiera tenido otra causa!... ¿Qué digo? Ya era demasiado tarde: su horrible comportamiento, sus bárbaros proyectos, habían aniquilado todos los sentimientos que mi débil corazón osaba concebir, y sólo veía en él a un monstruo...

—Tú eres la primera mujer que abrazo —me dijo el conde—, y, a decir verdad, con toda mi alma... Eres deliciosa, hija mía. ¡Al fin un rayo de sabiduría ha penetrado en tu mente! ¡Cómo es posible que esta encantadora cabeza haya permanecido tanto tiempo en las tinieblas!

Y después nos pusimos de acuerdo respecto a los hechos. En más o menos dos o tres días, de acuerdo con las facilidades que yo encontrara, debía disolver una bolsita de veneno, que me entregó Bressac, en la taza de chocolate que la señora tenía por costumbre tomar cada mañana. El conde me cubría de todas las consecuencias, y me entregaba un contrato de dos mil escudos de renta el mismo día de la ejecución. Me firmó estas promesas sin especificar lo que debía llevarme a disfrutarlas, y nos separamos.

Ocurrió mientras tanto algo harto singular, muy apropiado para desvelaros el alma atroz del monstruo con el que yo trataba, para que yo interrumpa un minuto, contándooslo, el relato que sin duda esperáis del desenlace de la aventura en la que me había metido.

Dos días después de nuestro pacto criminal, el conde supo que un tío, sobre cuya sucesión no contaba en absoluto, acababa de dejarle ochenta mil libras de renta... ¡Oh, cielos!, me dije al enterarme de la noticia, ¡así es como la justicia celestial castiga la conspiración de fechorías! Y arrepintiéndome inmediatamente de esta blasfemia hacia la Providencia, me arrodillo, pido perdón, y me congratulo de que este inesperado acontecimiento pueda cambiar por lo menos los proyectos del conde... ¡Cuál era mi error!

—¡Oh, mi querida Thérèse! —me dijo acudiendo aquella misma noche a mi habitación—. ¡Cómo llueven sobre mí las prosperidades! Ya te lo he dicho más de una vez: la idea de un crimen, o su ejecución, es el medio más seguro de atraer la felicidad. Así les ocurre, por lo menos, a los malvados.

—¿Cómo, señor? —contesté—. Esta fortuna con la que no contabais ¿no os decide a esperar pacientemente la muerte que queríais precipitar?

—¿Esperar? —replicó bruscamente el conde—, no esperaría ni dos minutos, Thérèse. ¿No te das cuenta de que tengo veintiocho años, y a mi edad es duro esperar?... No, que esto no cambie en nada nuestros proyectos, por favor, y dame el consuelo de verlo todo terminado antes de que volvamos a París... Mañana, pasado mañana a más tardar... Ya estoy impaciente por darte un cuarto de tus rentas... por entregarte el acta que te las garantiza...

Hice cuanto pude por disimular el terror que me inspiraba aquel ensañamiento, y reanudé mis reflexiones de la víspera, convencidísima de que, si no ejecutaba el crimen horrible que me habían encargado, el conde no tardaría en darse cuenta de que le engañaba, y de que, si advertía a la señora de Bressac, fuera cual fuere la decisión que le hiciera tomar la revelación de ese proyecto, el joven conde, viéndose siempre engañado,

adoptaría inmediatamente unos medios más seguros que, haciendo perecer igualmente a la tía, me exponían a toda la venganza del sobrino. Me restaba la vía de la justicia, pero nada en el mundo habría podido resolverme a tomarla. Así que me decidí a avisar a la marquesa; de todas las opciones posibles, es la que me pareció mejor y como tal la adopté.

—Señora —dije al día siguiente de mi última entrevista con el conde—, tengo que revelaros algo de la mayor importancia, pero, por mucho que eso pueda interesaros, estoy decidida al silencio si no me dais, antes, vuestra palabra de honor de no demostrar ningún resentimiento a vuestro señor sobrino por lo que tiene la audacia de proyectar... Actuaréis, señora, y tomaréis las medidas que os parezca, pero no diréis palabra. Dignaos a prometérmelo, o me callo.

La señora de Bressac, que creyó que sólo se trataba de alguna de las extravagancias habituales de su sobrino, se comprometió con el juramento que yo le exigía, y se lo revelé todo. La desdichada mujer se fundió en lágrimas al enterarse de esta infamia.

—¡Monstruo! —exclamó—. ¡,Qué he hecho yo si no procurar siempre su bien? Si he pretendido prevenir sus vicios, o corregirlos, ¿qué otro motivo que su felicidad podía obligarme a esta severidad?... Y esta herencia que acaba de recibir, ¡,acaso no se la debe a mis cuidados? ¡Ah, Thérèse, Thérèse, demuéstrame la realidad de este proyecto!... Haz que no pueda dudar de él. Necesito todo lo que pueda acabar de apagar en mí los sentimientos que mi corazón ciego todavía se atreve a conservar hacia este monstruo...

Y entonces le mostré la bolsa de veneno; era difícil presentarle una demostración mejor. La marquesa quiso hacer pruebas. Hicimos tragar una pequeña dosis a un perro que encerramos, y murió al cabo de dos horas con unas espantosas convulsiones. La señora de Bressac, que ya no podía dudar, se decidió. Me ordenó que le entregara el resto del veneno, y escribió inmediatamente a través de un correo al duque de Sonzeval, pariente suyo, que se presentara en secreto al ministro y que le comunicara la atrocidad de un sobrino del que estaba en vísperas de convertirse en víctima; que se proveyera de una carta de encarcelamiento; y que corriera a sus tierras para liberarla lo antes posible del malvado que conspiraba tan cruelmente contra sus días.

Pero el abominable crimen debía consumarse; fue preciso que, por un inconcebible permiso del cielo, la virtud cediera a los esfuerzos de la maldad. El animal sobre el que habíamos efectuado la prueba nos acusó ante el conde. Lo oyó aullar y, sabiendo que ese perro era querido por su tía, preguntó qué le habían hecho. Aquellos a quienes se dirigió, que lo ignoraban todo, no le contestaron con claridad. A partir de ese momento, concibió sospechas; no dijo nada, pero yo le vi turbado. Comuniqué su estado a la marquesa, ella aún se inquietó más, sin poder pensar, de todos modos, en otra cosa que en adelantar la marcha del correo, y en que ocultara aún mejor, si cabía, el objeto de su misión. Contó a su sobrino que lo enviaba en diligencia a París para rogar al duque de Sonzeval que se ocupara inmediatamente de la sucesión del tío del que acababa de heredar, porque si nadie aparecía eran de temer unos procesos. Añadió que pedía al duque que viniera él mismo a rendir cuentas de todo, para que ella se decidiera a irse en compañía de su sobrino, si el caso lo exigía. El conde, demasiado buen fisonomista para no descubrir el malestar en el rostro de su tía y no observar un poco de confusión en el mío, lo aceptó todo y se puso en guardia. Bajo el pretexto de un paseo, se aleja del castillo y espera al correo en un lugar por el que tenía que pasar inevitablemente. Aquel hombre, mucho más suyo que de su tía, no pone ninguna dificultad en entregarle sus misivas, y Bressac,

convencido de lo que llama sin duda mi traición, da cien luises al correo con la orden de no regresar jamás a casa de la tía. Vuelve al castillo, con la rabia en el corazón; sin embargo, se contiene. Me encuentra, me habla como de costumbre, me pregunta si será para mañana, me hace notar que es esencial que se produzca antes de que llegue el duque, y después se acuesta con un aire tranquilo y sin demostrar nada. Yo no supe nada entonces, me engañó por completo. Si el espantoso crimen se consumó, como el conde me contó después, lo cometió él sin duda, pero ignoro cómo. Formulé muchas conjeturas, ¿de qué serviría comunicároslas? Pasemos más bien a la cruel manera con que fui castigada por no haber querido encargarme de él. Al día siguiente de la detención del correo, la señora tomó su chocolate como de costumbre, se levantó, pasó al tocador, me pareció nerviosa y se sentó a la mesa. Así que desaparece, el conde me aborda y, con la mayor de las flemas, me dice:

—Thérèse, he descubierto un medio más seguro del que te había propuesto para llevar a cabo nuestros proyectos, pero exige detalles y no me atrevo a ir tan a menudo a tu habitación. Dirígete a las cinco en punto al extremo del parque, te recogeré y daremos un paseo por el bosque, durante el cual te lo contaré todo.

Le confieso, señora, que sea permiso de la Providencia, sea exceso de candor o sea ceguera, nada me anunció la espantosa desgracia que me esperaba. Yo me creía tan segura del secreto y de las disposiciones de la marquesa, que jamás imaginé que el conde hubiera podido descubrirlas. Sin embargo, me sentía alterada.

«El perjurio es virtud cuando se promete el crimen», ha dicho uno de nuestros poetas trágicos, pero el perjurio siempre es odioso para el alma delicada y sensible que se ve obligada a recurrir a él. Mi papel me alteraba.

En cualquier caso, acudí a la cita. El conde no tarda en aparecer, llega a mí con un aire despreocupado y jovial, y caminamos por el bosque sin hacer otra cosa que reír y bromear, como solía hacer conmigo. Cuando yo quería llevar la conversación al tema que le había hecho pedir nuestro encuentro, me decía siempre que esperara, que temía que nos estuvieran observando, y que todavía no estábamos en lugar seguro. Sin darme cuenta, llegamos a los cuatro árboles donde había sido tan cruelmente amarrada. Al volver a ver aquel lugar, me estremecí; se ofreció entonces ante mis miradas todo el horror de mi destino, y podéis suponer como aumentó mi espanto cuando vi la preparación de aquel lugar fatal. De uno de los árboles colgaban unas cuerdas; tres monstruosos dogos ingleses estaban atados a los otros tres, y parecían estar esperándome para entregarse a la necesidad de comer que anunciaban sus fauces espumeantes y abiertas. Uno de los favoritos del conde los guardaba.

Entonces, el pérfido, utilizando conmigo los más groseros epítetos, me dijo:

—Bribona, ¿reconoces el matorral del que te saqué como una fiera salvaje para devolverte a la vida que habías merecido perder?... ¿Reconoces los árboles donde amenacé con devolverte si alguna vez me obligabas a arrepentirme de mis bondades? ¿Por qué aceptaste los servicios que te pedía contra mi tía si tenías la intención de traicionarme, y cómo has imaginado servir a la virtud arriesgando la libertad de aquel a quien debías la felicidad? Situada necesariamente entre esos dos crímenes, ¿por qué has elegido el más abominable?

—¡Ay de mí! ¿No he elegido el que lo era menos?

—Tenías que negarte —continuó el furioso conde, cogiéndome por un brazo y zarandeándome con violencia—, sí, sin duda, negarte y no aceptar para traicionarme.

Entonces el señor de Bressac me contó todo lo que había hecho para sorprender las misivas de la señora, y cómo había nacido la sospecha que le había llevado a desviarlas.

—¡.Qué has conseguido con tu falsedad, criatura indigna? —prosiguió—. Has arriesgado tus días sin conservar los de mi tía. El golpe está dado. Mi regreso al castillo me ofrecerá sus frutos. Pero es preciso que perezcas, es preciso que aprendas, antes de expirar, que el camino de la virtud no siempre es el más seguro, y que existen circunstancias en el mundo en las que la complicidad con un crimen es preferible a su delación.

Y sin darme tiempo a contestar, sin demostrar la menor piedad por el cruel estado en que me hallaba, me arrastra hacia el árbol que me estaba destinado y donde aguardaba su favorito.

—Ahí tienes —le dijo— a la que ha querido envenenar a mi tía, y que quizás ya ha cometido el horrible crimen, pese a mis esfuerzos por prevenirla. Sin duda habría hecho mejor en entregarla en manos de la justicia, pero allí habría perdido su vida, y yo quiero dejársela para que sufra más tiempo.

Entonces los dos malvados se apoderan de mí y me desnudan en un instante.

—¡Qué hermosas nalgas! —decía el conde con un tono de la más cruel ironía y manipulándolas con brutalidad—. ¡Qué soberbias carnes!... ¡Un excelente almuerzo para mis dogos!

Cuando ya no llevo encima ninguna ropa, me atan al árbol con una cuerda que rodea mi cintura, dejándome los brazos libres para que pueda defenderme lo mejor posible; y por la distancia que dejan a la cuerda puedo avanzar y retroceder unos seis pies. Una vez ahí, el conde, muy excitado, acude a observar mi actitud. Gira a mi alrededor. Por la ruda manera con que me toca, parece que sus manos asesinas quisieran competir con la rabia de los colmillos acerados de sus perros.

—¡Vamos! —le dice a su ayudante—, suelta a los animales, ya es hora.

Les desencadenan, el conde los excita, los tres se arrojan sobre mi desdichado cuerpo. Diríase que se lo reparten para que ninguna de sus partes quede exenta de sus furiosos asaltos. Por mucho que los rechace, me desgarran cada vez con mayor furia, y a lo largo de esta escena horrible, Bressac, el indigno Bressac, como si mis tormentos hubieran encendido su pérfida lujuria... ¡infame!, se ofrecía, examinándome, a las criminales caricias de su favorito.

—Ya basta —dijo, al cabo de unos minutos—, ata a los perros y abandona esta desgraciada a su mala suerte. —¡Bien, Thérèse! —me dijo en voz baja, rompiendo mis ataduras—. Como ves, a veces la virtud cuesta muy cara. ¡,Crees que dos mil escudos de pensión no eran mejor que los mordiscos que ahora te cubren?

Pero en el horrible estado en que me encuentro, apenas puedo oírle. Me arrojo a los pies del árbol y estoy a punto de perder el conocimiento.

—Soy muy bueno al salvarte la vida —dice el traidor, al que mis males irritan—, vigila por lo menos el uso que harás de este favor...

Después me ordena que me levante, que recoja mis ropas y que abandone cuanto antes el lugar. Como la sangre mana de todas partes, a fin de que mi vestido, el único que me queda, no se manche, arranco hierba para refrescarme y después secarme, mientras Bressac se pasea de un lado a otro, mucho más ocupado en sus ideas que en mí.

La hinchazón de mis carnes, la sangre que sigue manando, los espantosos dolores que soporto, hacen que me resulte casi imposible la operación de vestirme, sin que en ningún

momento el deshonesto hombre que acaba de situarme en tan cruel estado... él, por el que antes yo habría sacrificado mi vida, se dignara concederme la menor señal de conmiseración. Así que estuve preparada, me dijo:

—Ve donde quieras. Debe quedarte dinero, no te lo quito, pero procura no volver a aparecer por ninguna de mis casas, tanto en la ciudad como en el campo. Hay dos poderosas razones en contra. En primer lugar, conviene que sepas que el proceso que creías terminado no lo está. Se te ha dicho que había sido sobreseído, te han engañado. El decreto sigue vigente. Te dejaban en esta situación para ver cómo te portabas. En segundo lugar, aparecerás públicamente como la asesina de la marquesa. Si sigue en vida, haré que se vaya con esta idea a la tumba, y lo sabrá toda la casa. Así que te enfrentas a dos procesos en lugar de uno, y en lugar de un vil usurero tendrás como adversario a un hombre rico y poderoso, decidido a perseguirte hasta el infierno, si abusas de la vida que su piedad te ha concedido.

—Pero, señor —contesté—, cualesquiera que sean vuestros rigores hacia mí, no temáis nada de mis pasos. He creído que debía actuar contra vos cuando se trataba de la vida de vuestra tía, jamás emprenderé nada cuando sólo se trate de la desdichada Thérèse. Adiós, señor, ¡ojalá vuestros crímenes os hagan tan feliz como tormentos me ocasionan vuestras crueldades! Y sea cual sea la suerte que me depare el cielo, en tanto que quiera conservar mis deplorables días sólo los utilizaré en rezar por vos.

El conde alzó la cabeza. No le quedaba más remedio que mirarme ante estas palabras, y como me vio vacilante y cubierta de lágrimas, por el temor de con moverse sin duda, el cruel se alejó y ya no volví a verle. Totalmente entregada a mi dolor, me dejé caer al pie del árbol, y allí, dándoles el más libre curso, hice resonar el bosque con mis gemidos. Abracé la tierra con mi desdichado cuerpo, y regué la hierba con mis lágrimas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—, vos lo habéis querido; estaba escrito en vuestros eternos decretos que el inocente fuera la presa del culpable. Disponed de mí, Señor, todavía estoy muy lejos de los males que habéis sufrido por nosotros. ¡Ojalá los que yo soporto adorándoos me hagan digna un día de las recompensas que prometéis al débil, cuando os tiene por objeto en sus tribulaciones y os glorifica en sus penas!

Caía la noche. Se me hacía imposible proseguir; apenas podía sostenerme. Dirigí la mirada al matorral donde me había acostado cuatro años antes; como pude me arrastré hasta él y, colocándome en el mismo lugar, atormentada por mis heridas todavía sangrantes, abrumada por los males de mi espíritu y por las penas de mi corazón, pasé la noche más cruel que quepa imaginar.

Como el vigor de mi edad y de mi temperamento me habían devuelto un poco de fuerza al apuntar el día, demasiado asustada por la vecindad de aquel cruel castillo, me alejé rápidamente de él. Abandoné el bosque y, decidida a ocupar, al riesgo que fuera, la primera habitación que encontrara, entré en la aldea de Saint-Marcel, a unas cinco leguas de París. Pregunté por la casa del cirujano y me la indicaron. Le rogué que curara mis heridas y le conté que, al escapar por una historia de amor de la casa de mi madre en París, había sido asaltada de noche por unos bandidos en el bosque que, para vengarse de las resistencias que había opuesto a sus deseos, me habían hecho tratar así por sus perros.

Rodin, así se llamaba aquel artista, me examinó con la mayor atención y no descubrió nada peligroso en mis llagas. Me dijo que habría garantizado devolverme en menos de quince días tan fresca como antes de mi aventura si hubiera llegado a su casa en el mismo instante; pero la noche y la angustia habían emponzoñado las heridas y tardaría un mes en

restablecerme. Rodin me alojó en su casa, me dio todos los cuidados posibles, y al día treinta ya no quedaba en mi cuerpo ningún vestigio de las crueldades del señor de Bressac.

Tan pronto como el estado en que me hallaba me permitió tomar aire, mi primera preocupación fue intentar encontrar en la aldea una joven suficientemente hábil e inteligente para ir al castillo de la marquesa para informarme de todas las novedades ocurridas desde mi marcha. La curiosidad no era el verdadero motivo que me impulsaba a este paso. Esta curiosidad, probablemente peligrosa, habría estado con toda seguridad muy fuera de lugar; pero todo lo que había ganado con la marquesa seguía en mi habitación, apenas llevaba seis luises encima, y poseía más de cuarenta en el castillo. No me imaginaba que el conde fuera tan cruel como para negarme lo que me pertenecía tan legítimamente. Persuadida de que pasado el primer furor, no querría cometer conmigo semejante injusticia, escribí una carta lo más conmovedora posible. Le oculté cuidadosamente el lugar donde vivía, y le supliqué que me enviara mis ropas junto con el escaso dinero que tenía en mi habitación. Una campesina de veinticinco años, despierta e inteligente, se encargó de mi carta, y me prometió informarse bajo mano para comunicarme a su vuelta los diferentes temas cuyo esclarecimiento le dejé ver que me resultaba necesario. Le recomendé, por encima de todo, que ocultara el nombre del lugar donde me hallaba, que no hablara de mí para nada, y que dijera que había recibido la carta de un hombre que la traía de más allá de quince leguas. Jeannette se fue, y, veinticuatro horas después, me trajo la respuesta. Todavía existe, aquí está, señora, pero permitidme contaros, antes de leérosla, lo que había ocurrido en casa del conde desde mi ausencia.

La marquesa de Bressac había caído gravemente enferma el mismo día de mi desaparición del castillo, y murió dos días después en medio de unos dolores y unas convulsiones espantosas. Acudieron los parientes, y el sobrino, que parecía sumido en la mayor desolación, pretendió que su tía había sido envenenada por una camarera que se había evadido aquel mismo día. La estaban buscando, y tenían la intención de dar muerte a esa desdichada si la encontraban. Por otra parte, gracias a esta sucesión, el conde acabó siendo mucho más rico de lo que había creído. La caja fuerte, la cartera y las joyas de la condesa, objetos todos ellos de los que no se tenía conocimiento, ponían a su sobrino, al margen de las rentas, en posesión de mas de seiscientos mil francos. En medio de su afectado dolor, al joven le costaba mucho esfuerzo, se decía, ocultar su alegría, y los parientes, convocados para la exhumación del cuerpo exigida por el conde, después de haber deplorado la suerte de la desdichada marquesa, y jurado vengarla si la culpable caía en sus manos, lo dejaron en la plena y tranquila posesión de su maldad. El propio señor de Bressac habló con Jeannette y le formuló varias preguntas, pero como la joven había contestado con tanta franqueza y firmeza, finalmente se decidió a darle su respuesta sin acuciarla más.

—Aquí tenéis esta carta fatal —dijo Thérèse entregándola a la señora de Lorsange—, sí, ahí la tenéis, señora, a veces mi corazón sigue necesitándola, y la conservaré hasta mi muerte. Si podéis, leedla sin estremeceros.

La señora de Lorsange, después de recoger la nota de manos de nuestra bella aventurera, leyó en ella las palabras siguientes:

«La desalmada que ha envenenado a mi tía tiene la osadía de atreverse a escribirme después de su execrable delito. Lo mejor que hace es ocultarme su retiro; puede estar segura de que lo pasará mal si la descubrimos. ¿Qué se atreve a reclamar? ¿Cómo habla de dinero? El que haya podido dejar equivale a los robos que ha cometido, tanto durante su estancia en la casa como al consumar su último crimen. Que evite un segundo envío semejante a éste, pues se le comunica que se arrestaría a su portador hasta que el lugar que encubre a la culpable fuera conocido por la justicia».

—Proseguid, querida niña —dijo la señora de Lorsange devolviendo la nota a Thérèse––, son actitudes que horrorizan. Nadar en oro, y negar a una desdichada que no ha querido cometer un crimen lo que ha ganado legítimamente, es una infamia gratuita que carece de parangón.

—¡Ay, señora! —continuó Thérèse, retomando el hilo de su historia—, pasé dos días llorando con esta malaventurada carta. Gemí mucho más por el comportamiento horrible que demostraba que por los rechazos que contenía. ¡Así que era culpable!, exclamé, ¡denunciada por segunda vez a la justicia por haber sabido respetar en exceso sus leyes! De acuerdo, no me arrepiento: por muchas cosas que puedan ocurrirme, jamás conoceré los remordimientos mientras mi alma siga pura y no haya cometido otro mal que el de haber atendido en exceso los sentimientos equitativos y virtuosos que jamás me abandonarán.

Me resulta imposible creer, sin embargo, que las investigaciones de que me hablaba el conde fueran reales. Eran tan poco verosímiles, resultaba tan peligroso para él hacerme aparecer ante la justicia que supuse que, en el fondo de sí mismo, él debía estar mucho más asustado de verme que yo temblorosa por sus amenazas. Estas reflexiones me decidieron a seguir donde estaba, e incluso a instalarme allí si era posible, hasta que mis fondos crecieran y me permitieran alejarme. Comuniqué mi proyecto a Rodin, que lo aprobó, y hasta me propuso que permaneciera en su casa; pero antes de contaros la decisión que tomé, es necesario daros una idea de ese hombre y de su entorno.

Rodin era un hombre de cuarenta años, moreno, de cejas espesas, mirada viva, apariencia vigorosa y saludable, pero al mismo tiempo libertina. Muy por encima de su estado, y poseyendo de diez a doce mil libras de rentas, Rodin sólo ejercía el arte de la cirugía por gusto. Tenía una preciosa casa en Saint—Marcel que sólo ocupaba, habiendo perdido a su mujer desde hacía unos años, con dos jóvenes para servirle y su hija. Esta joven, llamada Rosalie, acababa de cumplir catorce años; reunía todos los encantos más atractivos: un talle de ninfa, una cara redonda, fresca, extraordinariamente animada, de rasgos amables y pícaros, la más bonita boca posible, unos grandes ojos negros, llenos de expresión y de sentimiento, unos cabellos castaños que caían hasta su cintura, la piel de un resplandor... de una finura increíbles; además, los más bellos senos del mundo; aparte de la inteligencia, vivacidad, y una de las almas más bellas que haya podido crear la naturaleza. En cuanto a las compañeras con las que debía servir en esta casa, eran dos campesinas, de las que una hacía de gobernanta y la otra de cocinera. La que desempeñaba el primer cometido podía tener veinticinco años, la otra tenía dieciocho o veinte, y ambas eran extraordinariamente bonitas; esta elección despertó mis sospechas sobre el deseo que manifestó Rodin de conservarme. ¿Qué necesidad tiene de una tercera doncella, me decía, y por qué las quiere bonitas? Seguramente, continuaba, en todo eso hay algo poco conforme con las costumbres regulares de las que no quiero apartarme jamás; examinémoslo.

Rogué, en consecuencia, al señor Rodin que me dejara seguir recuperándome una semana más en su casa, asegurándole que antes del final de este período le daría mi respuesta sobre lo que me quería proponer.

Aproveché este intervalo para relacionarme más estrechamente con Rosalie, decidida a no establecerme en casa de su padre mientras hubiera algo en ella que pudiera molestarme. Examinándolo todo con esta intención, descubrí al siguiente día que aquel hombre tenía un arreglo que a partir de entonces me inspiró furiosas sospechas sobre su conducta.

El señor Rodin tenía en su casa una pensión de niños de ambos sexos; había obtenido ese privilegio en vida de su mujer y no creyeron que debían privarle de él cuando la había perdido. Los pupilos del señor Rodin eran poco numerosos, pero escogidos; eran en total catorce muchachas y catorce muchachos. Jamás los admitía con menos de doce años, y siempre eran despedidos a los dieciséis. Nada tan lindo como los adolescentes que admitía Rodin. Si se le presentaba alguno que tuviera algunos defectos corporales, o fuera feo, tenía el arte de rechazarlo con veinte pretextos, siempre teñidos de sofismas a los que nadie podía responder. Así, o el número de sus pensionistas no estaba completo, o lo que había era siempre encantador. Los niños no comían en su casa, pero iban a ella dos veces al día, de siete a once por la mañana y de cuatro a ocho por la tarde. Si hasta entonces todavía no había visto todo este pequeño alboroto era porque, llegada a casa de ese hombre durante las vacaciones, los escolares estaban fuera; reaparecieron en el momento de mi convalecencia.

El propio Rodin se ocupaba de la enseñanza; su gobernanta se encargaba de la de las muchachas, a la que él pasaba así que había terminado la instrucción de los muchachos. Enseñaba a los jóvenes alumnos a escribir, aritmética, un poco de historia, dibujo, música, y no utilizaba para todo eso otros maestros que él.

Manifesté en primer lugar mi asombro a Rosalie de que, ejerciendo su padre la función de cirujano, pudiera al mismo tiempo desempeñar la de maestro de escuela. Le dije que me parecía extraño que, pudiendo vivir acomodadamente sin practicar ninguna de las dos profesiones, se tomara el trabajo de consagrarse a ellas. Rosalie, con la que ya me entendía muy bien, se rió de mi reflexión; la manera como ella acogió lo que le decía me inspiró aún más curiosidad, y le supliqué que se confiara enteramente conmigo.

—Escucha, Thérèse —me dijo la encantadora muchacha con todo el candor de su edad y toda la ingenuidad de su amable carácter—, escucha, te lo contaré todo, veo que eres una joven honesta... incapaz de traicionar el secreto que voy a confiarte. Muy probablemente, querida amiga, mi padre puede prescindir de todo esto, y que ejerza los dos oficios que tú le ves hacer se explica por dos motivos que voy a revelarte. Practica la cirugía por gusto, por el mero placer de realizar en su arte nuevos descubrimientos. Ha hecho tantos, ha publicado sobre su especialidad unas obras tan apreciadas, que pasa generalmente por ser el hombre más hábil que existe ahora en Francia. Ha trabajado veinte años en París, y se ha retirado al campo por voluntad propia. El verdadero cirujano de Saint—Marcel es un tal Rombeau, que él ha tomado bajo su protección, y al que asocia a sus experiencias. ¿Quieres saber ahora, Thérèse, lo que le lleva a tener pensionistas?... El libertinaje, hija mía, sólo el libertinaje, pasión que él lleva al máximo. Mi padre encuentra en sus escolares de ambos sexos unos objetos que la dependencia somete a sus inclinaciones, y él se aprovecha... Pero ven... sígueme —me dijo Rosalie—, hoy viernes es precisamente uno de los tres días de la semana en que castiga a los que han

cometido faltas. En ese tipo de castigo es donde mi padre encuentra sus placeres. Sígueme, te digo, y verás lo que hace. Se puede observar todo desde el cuarto de aseo de mi habitación, contiguo al de sus maniobras. Vayamos allí sin hacer ruido, y procura sobre todo no decir jamás una palabra, tanto de lo que te he contado como de lo que verás.

Era demasiado importante para mí conocer las costumbres del nuevo personaje que me ofrecía un asilo para que descuidase nada de lo que podía desvelármelas. Sigo los pasos de Rosalie, me coloca al lado de un tabique bastante mal hecho que deja, entre los tablones que lo forman, varias rendijas que bastan para distinguir todo lo que ocurre en la habitación vecina.

Apenas nos hemos apostado entra Rodin, trayendo consigo a una muchacha de catorce años, blanca y bonita como el Amor. La pobre criatura hecha un mar de lágrimas, desgraciadamente al corriente de lo que la espera, acompaña gimiendo a su duro maestro, y se arroja a sus pies, implora su perdón, pero Rodin, inflexible, enciende en su propia severidad las primeras chispas de su placer que ya brotan de su corazón a través de sus feroces miradas...

—¡Oh, no, no! —exclama él— ¡No, no! Son ya demasiadas veces lo mismo, Julie. Me arrepiento de mis bondades, sólo han servido para sumirte en nuevas faltas, pero ¿la gravedad de ésta podría dejarme utilizar la clemencia, en el supuesto de que lo quisiera?... ¡Darle una nota a un muchacho al entrar en clase!

—¡Señor, le prometo que no!

—¡Cómo! Yo lo he visto, lo he visto. No te creas nada —me dijo en este momento Rosalie—, son faltas que él inventa para apoyar sus pretextos. Esta pequeña es un ángel y, como se le resiste, la trata con dureza.

Y mientras tanto, Rodin, muy nervioso, coge las manos de la muchacha, las sube hasta atarlas a la argolla de una columna colocada en el centro de la cámara de castigo. Julie está indefensa... sólo... su hermosa cabeza lánguidamente vuelta hacia su verdugo, los soberbios cabellos en desorden, y unas lágrimas que inundan el más bello rostro del mundo... el más dulce... el más interesante. Rodin contempla esta escena y se excita. Coloca una venda sobre los ojos que le imploran. Julie ya no ve nada Rodin, más a sus anchas, desprende los velos del pudor, la camisa arremangada bajo el corsé sube hasta la mitad de las caderas... ¡Cuánta blancura, cuántas bellezas! Son rosas deshojadas sobre lirios por las propias manos de las Gracias. ¿Quién será, pues, tan duro como para condenar al tormento unos encantos tan frescos... tan excitantes? ¿Qué monstruo puede buscar el placer en el seno de las lágrimas y del dolor? Rodin la mira... su mirada extraviada le recorre de arriba abajo, sus manos se atreven a profanar las flores que sus crueldades marchitarán. Totalmente de frente, no puede escapársenos ningún gesto. A veces el libertino entreabre y otras oculta los lindos encantos que le fascinan; nos los ofrece bajo todas sus formas, pero sólo se limita a eso. Aunque el auténtico templo del amor esté a su alcance, Rodin, fiel a su culto, no le dirige ni una sola mirada, teme incluso su aparición. Si la actitud lo expone, él lo encubre. La más leve digresión turbaría su homenaje, no quiere que nada lo distraiga... Al fin su furor supera los límites, lo expresa primeramente con insultos, colma de amenazas y de frases soeces a la pobrecita desdichada, temblorosa bajo los golpes con que se ve a punto de ser desgarrada. Rodin ya está fuera de sí, coge un puñado de varas de una cuba, donde adquieren, en el vinagre que las empapa, mayor humedad y penetración...

Vamos —dice acercándose a su víctima—, prepárate, hay que sufrir...

Y el cruel, dejando caer con un brazo vigoroso los haces a plomo sobre todas las partes que se le ofrecen, comienza por asestar veinticinco vergajazos que no tardan en colorear de bermellón el tierno rosicler de esa piel tan fresca.

Julie grita... unos gritos tan agudos que desgarraban mi alma... las lágrimas manan bajo su vendas y caen como perlas sobre sus hermosas mejillas. Rodin aún se enfurece más... Lleva sus manos a las partes maltratadas, las toca, las aprieta, parece prepararlas para nuevos asaltos. No tardan en seguir a los primeros, Rodin comienza de nuevo, no asesta un solo golpe que no vaya precedido de un insulto, de una amenaza o de un reproche... aparece la sangre... Rodin se extasía; se deleita contemplando las pruebas palpables de su ferocidad. Ya no puede contenerse, el estado más indecente manifiesta su llama; ya no teme descubrirse del todo. Julie no puede verle... Por un instante se acerca a la brecha, le gustaría encaramarse sobre ella como un vencedor, pero no se atreve. Recomenzando nuevas tiranías, Rodin fustiga con toda su fuerza. Acaba por entreabrir a fuerza de cintarazos el asilo de las gracias y de la voluptuosidad... Está totalmente fuera de sí; su borrachera ha llegado al punto de impedirle el uso de la razón: jura, blasfema, vocifera, nada escapa a sus bárbaros golpes, todo cuanto se ve es tratado con el mismo rigor; pero el malvado consigue dominarse, percibe la imposibilidad de ir más lejos sin el peligro de perder unas fuerzas que le son necesarias para nuevas operaciones.

—Vístete —le dice a Julie, desatándola y vistiéndose también él—. Si vuelves a repetirlo, piensa que no te escaparás con tan poco.

Devuelta Julie a su clase, Rodin va a la de los muchachos. Trae consigo inmediatamente un joven escolar de quince años, hermoso como el día. Rodin lo regaña; más cómodo con él sin duda, lo mima, lo besa mientras le sermonea:

—Mereces ser castigado —le dice—, y lo serás...

Después de estas palabras, supera con el niño todos los límites del pudor. Pero aquí todo le interesa, no se excluye nada, lo velos se alzan, todo se palpa indistintamente. Rodin amenaza, acaricia, besa, insulta. Sus dedos impíos intentan hacer nacer en el muchacho los sentimientos de voluptuosidad que también le exige.

—Vaya —le dice el sátiro, al contemplar su éxito—, te veo en el estado que te había prohibido... Apuesto a que con dos sacudidas mas me lo echarás todo encima...

Harto seguro de las titilaciones que produce, el libertino se acerca para recoger el homenaje, y su boca es el templo ofrecido al dulce incienso. Sus manos provocan los chorros, los atrae, los devora, él mismo está a punto de estallar, pero quiere llegar al final.

—¡Ah! Voy a castigarte por esta tontería —dice levantándose.

Inmoviliza las dos manos del joven y se ofrece por entero el altar donde quiere sacrificar su furor. Lo entreabre, sus besos lo recorren, su lengua se hunde y se pierde en él. Rodin, ebrio de amor y de ferocidad, mezcla ambas expresiones y sentimientos...

—¡Ah!, briboncillo —exclama—, tengo que vengarme de la ilusión que me procuras.

Enarbola las varas. Rodin fustiga; más excitado sin duda que con la vestal, sus golpes se tornan mucho más fuertes y mucho más numerosos; el niño llora, Rodin se extasía, pero nuevos placeres le reclaman, suelta al niño y vuela hacia otros sacrificios. Una chiquilla de trece años sucede al muchacho, y a ésa otro escolar, seguido de una muchacha. Rodin azota a nueve, cinco muchachos y cuatro muchachas; el último es un chiquillo de catorce años, con una cara deliciosa: Rodin quiere disfrutar de él, el escolar se defiende; extraviado por la lujuria, lo azota, y el malvado, que ya está fuera de sí, lanza

los chorros espumosos de su llama sobre las partes maltratadas de su joven alumno, lo moja de las caderas a los talones: nuestro corrector, furioso por no haber tenido la fuerza suficiente para contenerse por lo menos hasta el final, suelta al niño de mala gana, y lo devuelve a la clase asegurándole que no le pasará nada. Eso fue lo que escuché y las escenas que me sorprendieron.

—¡Oh, cielos! —le dije a Rosalie cuando las espantosas escenas terminaron—, ¿cómo puede entregarse a semejantes excesos? ¿Cómo puede deleitarse con los tormentos que inflige?

—Aún no lo sabes todo —me contesta Rosalie—; escucha —me dice regresando conmigo a su habitación—, lo qué has visto puede hacerte entender que, cuando mi padre halla algunas facilidades en sus jóvenes alumnos, lleva sus horrores mucho más lejos. Abusa de las jóvenes de la misma manera que de los muchachos —de aquella criminal manera, me dio a entender Rosalie, que yo misma había pensado llegar a ser víctima con el jefe de los bandidos, en cuyas manos había caído después de mi evasión de la Conciergerie, y con la que había sido manchada por el negociante de Lyon—. Con ello ––prosiguió la joven—, las jóvenes no quedan deshonradas, ningún embarazo a temer, y nada les impide encontrar esposo; no hay año que no corrompa así a todos los muchachos, y por lo menos a la mitad de las restantes criaturas. De las catorce muchachas que has visto, ocho ya han sido marchitadas de esta manera, y ha disfrutado de nueve muchachos; las dos mujeres que le sirven son sometidas a los mismos horrores... Oh, Thérèse —añadió Rosalie precipitándose a mis brazos—, oh, querida amiga, yo también, también a mí me ha seducido desde mi tierna infancia; apenas tenía once años cuando ya era su víctima... lo era, ¡ay de mí!, sin poder defenderme...

—Pero, señorita —le interrumpí, asustada...—, ¿y la religión? Os quedaba por lo menos este camino... ¿No podíais consultar con un director y confesárselo todo?

—¡Ah! ¿No sabes, pues, que a medida que nos pervierte, sofoca en nosotros todas las semillas de la religión, y nos prohibe todas sus prácticas?... Y además, ¿qué podía hacer yo? Casi no me ha instruido. Lo poco que me ha contado sobre esas materias sólo ha sido por el temor de que mi ignorancia traicionara su impiedad. Pero jamás me he confesado, nunca he hecho mi primera comunión; sabe ridiculizar tan bien todas estas cosas, absorber en nosotros hasta las menores ideas, que aleja para siempre de sus deberes a las que ha sobornado; o, si se ven obligadas a cumplirlos a causa de su familia, es con una tibieza y una indiferencia tan totales que no teme nada de su indiscreción. Pero convéncete, Thérèse, convéncete con tus propios ojos —prosigue empujándome rápidamente al retrete de donde salíamos— ven, esa habitación en la que castiga a los escolares es la misma en la que disfruta de nosotras; ya ha terminado la clase, es la hora en que, excitado por los preliminares, vendrá a desquitarse de la presión que le impone a veces su prudencia. Regresa al lugar donde estabas, querida amiga, y tus ojos lo descubrirán todo.

Por escasa curiosidad que sintiera por esos nuevos horrores, era mejor para mí, sin embargo, ocultarme en ese retrete que dejarme sorprender con Rosalie durante las clases. Rodin infaliblemente habría concebido sospechas. Así que me siento. Apenas he entrado, aparece Rodin con su hija. La conduce al lugar donde ha estado antes, y acuden también las dos doncellas. Allí, el impúdico Rodin, libre ya de medidas que guardar, se entrega a sus anchas y sin el menor velo a todas las irregularidades de su desenfreno. Las dos campesinas, completamente desnudas, son azotadas con todas las fuerzas. Mientras actúa

sobre una, la otra se lo devuelve, y, en el intervalo, abruma con las más sucias caricias, las más desenfrenadas, las más asquerosas, el mismo altar que Rosalie, subida a un sillón, le presenta un poco inclinada. Le llega finalmente el turno a esa desdichada: Rodin la ata al poste como a sus escolares, y mientras que una tras otra, y a veces las dos juntas, sus doncellas le desgarran a él, él azota a su hija y la golpea desde la mitad de los riñones hasta el final de los muslos, extasiándose de placer. Su agitación es extrema, aúlla, blasfema, flagela; apenas sus varas se graban en algún lugar, sus labios se pegan a él. Y el interior del altar, y la boca de la víctima... todo, excepto la parte delantera, todo es devorado a chupetones. Pronto, sin variar de posición, limitándose a situárselo más fácil, Rodin penetra en el asilo estrecho de los placeres; y el mismo trono, durante ese tiempo, es ofrecido a sus besos por su gobernanta, mientras la otra muchacha le azota con todas sus fuerzas. Rodin está en la gloria, atraviesa, desgarra, mil besos a cual más cálido expresan su ardor sobre lo que se ofrece a su lujuria: la bomba estalla, y el embriagado libertino se atreve a saborear los más dulces placeres en el seno del incesto y de la infamia.

Tras esto se marchó a comer: después de tales hazañas, necesitaba reponerse. Por la tarde continuaba tanto la clase como la corrección. De haberlo deseado, podía contemplar las nuevas escenas, pero fueron suficientes para convencerme y decidir mi respuesta a las ofertas de aquel malvado. La época en que debía dársela se aproximaba. Dos días después de estos acontecimientos, él mismo vino a pedírmela a mi habitación. Me sorprendió en la cama. El pretexto de ver si quedaba alguna huella de mis heridas le ofreció, sin que yo pudiera oponerme, el derecho de examinarme desnuda, y como llevaba haciéndolo por lo menos dos veces al día desde hacía un mes, sin que yo hubiera notado en él nada que pudiera herir mi pudor, no creí que debiera resistirme. Pero, esta vez, Rodin tenía otras intenciones: cuando ha llegado al objeto de su culto, pasa uno de sus muslos alrededor de mi cintura, y lo aprieta tanto que me encuentro, por decirlo de algún modo, indefensa.

—Thérèse —me dice entonces paseando sus manos de modo como para despojarme de toda duda—, ya estás restablecida, querida, ahora puedes demostrarme la gratitud que veo que rebosa tú corazón. La manera es fácil, sólo necesito esto —prosiguió el traidor inmovilizándome con todas las fuerzas de que disponía...—. Sí, sólo esto, esta es mi recompensa, nunca exijo otra cosa de las mujeres... Pero —prosiguió— es de los más hermosos que he visto en mi vida... ¡Qué redondeces!... i qué elasticidad!... ¡qué piel tan fina!... ¡Oh, qué ganas tengo de disfrutarlo!...

Al decir eso, Rodin, verosímilmente ya dispuesto a la ejecución de sus proyectos, se ve obligado a soltarme un momento para acabar de realizarlos. Yo aprovecho la libertad que me concede, y, soltándome de sus brazos, le digo:

—Señor, le ruego que se convenza de que no hay nada en el mundo que pueda obligarme a los horrores que parecéis desear. Estoy de acuerdo en que os debo agradecimiento, pero no lo satisfaré al precio de un crimen. Soy pobre y muy desdichada, sin duda; pero no importa, ahí tenéis el escaso dinero que poseo —continué ofreciéndole mi miserable bolsa—, tomad el que consideréis oportuno, y dejadme abandonar esta casa, por favor, ya que estoy en condiciones de hacerlo.

Rodin, sorprendido de una resistencia que no esperaba en una joven desprovista de recursos, y que, según una injusticia común en los hombres, suponía deshonesta por el solo hecho de que se hallaba en la miseria, Rodin, digo, me mira con atención:

—Thérèse —continúa al cabo de un instante—, es bastante inoportuno que te hagas la vestal conmigo... Creo que tenía derecho a algunas complacencias por tu parte. No importa, conserva tu dinero, pero no me abandones. Me satisface mucho tener a una joven decente en mi casa, ¡las que me rodean lo son tan poco!... Ya que si en este caso te muestras tan virtuosa, confío en que lo serás también en todos. Mis intereses coincidirán, mi hija te quiere, acaba de suplicarme hace sólo un momento que te pidiera que no nos abandonaras. Quédate, pues, con nosotros, te invito a ello.

—Señor —le contesté—, no sería feliz. Las dos mujeres que os sirven aspiran a todos los sentimientos que vos queráis concederles. Me verían con celos, y tarde o temprano me vería obligada a abandonaros. —No te preocupes —me contestó Rodin—, no temas ninguno de los efectos de los celos de estas mujeres. Yo sabré mantenerlas en su sitio guardando el tuyo, y sólo tú poseerás mi confianza sin que ello te procure ningún riesgo. Pero para seguir siendo digna de ella, es bueno que sepas que la primera cualidad que exijo de ti, Thérèse, es una discreción a toda prueba. Aquí ocurren muchas cosas, muchas que contrariarán tus principios virtuosos. Hay que verlo todo, hija mía, oírlo todo, y jamás decir nada... Quédate conmigo, Thérèse. Quédate, hija mía. Recibiré con alegría que no te marches. En medio de los muchos vicios a que me arrastran un temperamento fogoso, una mente desenfrenada y un corazón muy inclinado al vicio, tendré por lo menos el consuelo de contar con un ser virtuoso cerca de mí, y en cuyo seno me arrojaré como a los pies de un dios, cuando esté ahíto de mis excesos...

«¡Oh, cielos!», pensé en aquel momento, «así que la virtud es necesaria, indispensable para el hombre, ¡ya que el propio vicioso se siente obligado a tranquilizarse con ella, y utilizarla como amparo!» Recordando a continuación las peticiones que me había hecho Rosalie de que no la abandonara, y creyendo descubrir en Rodin algunos buenos principios, me comprometí decididamente a seguir en su casa.

—Thérèse —me dijo Rodin al cabo de unos días—, voy a colocarte al lado de mi hija. Así, no tendrás que mezclarte con mis otras dos doncellas, y te doy trescientas libras de sueldo.

Una colocación semejante era una especie de fortuna en mi situación. Inflamada por el deseo de devolver a Rosalie al bien, y tal vez a su mismo padre, si adquiría algún poder sobre él, no me arrepentí en absoluto de lo que acababa de hacer... Después de hacerme vestir, Rodin me llevó al instante ante su hija, anunciándole que me entregaba a ella. Rosalie me recibió con exaltadas muestras de júbilo, y me instalé inmediatamente.

No pasaron ocho días sin que comenzara a trabajar en las conversiones que deseaba, pero el empecinamiento de Rodin rompía todas mis medidas.

—No creas —contestaba a mis sabios consejos— que la especie de homenaje que he rendido a la virtud en tu persona sea una prueba de que la aprecio, ni de que la prefiero al vicio. Si así lo supusieras, Thérèse, te equivocarías. Aquellos que, a partir de lo que he hecho contigo, sostuvieran por esa actitud la importancia o la necesidad de la virtud, caerían en un gran error, y me molestaría mucho que tú creyeras que esta es mi manera de pensar. La caseta que me sirve de amparo en la caza cuando los rayos ardientes del sol se clavan a plomo en mi persona, no es ciertamente un monumento útil, su necesidad sólo es circunstancial. Yo me expongo a una especie de peligro, encuentro algo que me protege de él, lo utilizo, pero ¿es por ello menos inútil?, ¿puede ser menos despreciable? En una sociedad totalmente viciosa, la virtud no serviría de nada. Como las nuestras no son así, es absolutamente preciso burlarla, o utilizarla, a fin de tener menos que temer de los que

la siguen. Si nadie la adoptara, se volvería inútil. Así que no me equivoco cuando sostengo que su necesidad sólo depende de la opinión o de las circunstancias. La virtud no es una cosa de un valor incontestable, sólo es una manera de comportarse, que varía según los climas y que, por consiguiente, no tiene nada de real: eso basta para entender su futilidad. Sólo lo constante es realmente bueno; lo que cambia perpetuamente no puede aspirar al carácter de bondad. He ahí por qué se ha puesto la inmutabilidad en el rango de las perfecciones de lo Eterno. Pero la virtud está totalmente privada de esta característica: no existen dos pueblos en la superficie del globo que sean virtuosos de la misma manera. Así que la virtud no tiene nada de real, nada de intrínsecamente bueno, y no merece para nada nuestro culto. Hay que utilizarla como un apoyo, adoptar astutamente la del país en que se vive, a fin de que los que la practican por gusto, o deben reverenciarla por su condición, nos dejen tranquilos, y a fin de que esta virtud, respetada donde vivís, nos proteja, por su preponderancia como *convención* social de los atentados de quienes profesan el vicio. Pero repito una vez más que todo eso es circunstancial, y nada de ello asigna un mérito real a la virtud. Virtud que, por otra parte, resulta imposible para determinados hombres. Ahora bien, ¿cómo me convencerás de que una virtud que combate o que contraría las pasiones puede hallarse en la naturaleza? Y si no está ahí, ¿cómo puede ser buena? Serán, sin duda, los hombres movidos por los vicios opuestos a esas virtudes los preferibles, ya que serán los únicos modos... las únicas maneras de ser que se adecuarán mejor a su fisico o a sus órganos; existirán, pues, según esta hipótesis, unos vicios muy útiles. No obstante, ¿cómo lo será la virtud si me demuestras que pueden serlo sus contrarios? Te han argumentado en contra de eso que la virtud es útil para los demás, y, en ese sentido, es buena; pues si se da por supuesto que sólo se hace lo que es bueno para los demás, yo, a mi vez, sólo recibiré de ellos el bien. Este razonamiento es un sofisma; a cambio del poco bien que recibo de los demás, debido a que practican la virtud, con la obligación de practicarla a mi vez me creo un millón de sacrificios que no compensan en absoluto. De modo que, al recibir menos de lo que doy, hago un mal negocio; sufro más de las privaciones que soporto por ser virtuoso que bienes recibo de los que lo son; al no ser en absoluto equitativo el acuerdo, no debo someterme a él, y convencido, siendo virtuoso, de no hacer a los demás tanto bien como pesares recibiré obligándome a serlo, ¿no será mejor que renuncie a procurarles una dicha que debe costarme tanto mal? Resta ahora el daño que puedo hacer a los demás siendo vicioso, y el mal que a mi vez recibiré si todo el mundo se me asemeja. Estoy de acuerdo en que al admitir una total circulación de los vicios, corro seguramente un peligro; pero el pesar provocado por lo que arriesgo está compensado por el placer de lo que hago arriesgar a los demás; con lo que ya tenemos la igualdad restablecida, a partir de entonces todo el mundo es más o menos igualmente feliz: cosa que no ocurre, y no podría ocurrir, en una sociedad en la que unos son buenos y los otros malos, porque esta mezcla crea trampas perpetuas que no existen en el otro caso. En la sociedad mezclada, todos los intereses son diversos: ahí está la fuente de una infinidad de desdichas. En la otra asociación, todos los intereses son iguales, cada individuo que la compone está dotado de los mismos gustos, de las mismas inclinaciones, todos caminan hacia el mismo objetivo, todos son dichosos. Pero, os dicen los necios, «el mal no nos hace felices». No, cuando se ha convenido ensalzar el bien; pero despreciad, envileced lo que llamáis el bien, y sólo reverenciaréis lo que cometíais la necedad de llamar el mal. Todos los hombres sentirán placer en cometerlo, no porque esté permitido (eso sería a veces una razón para disminuir su atractivo),

sino porque las leyes ya no lo castigarán, y disminuyen, por el temor que inspiran, el placer con que la naturaleza ha dotado al crimen.

»Imagino una sociedad en la que se convenga que el incesto (supongamos este delito entre otros muchos), que el incesto, digo, sea un crimen: los que se entreguen a él serán desdichados, porque la opinión, las leyes, el culto, todo acudirá a condenar sus placeres; y los que deseen cometer este mal, y no se atrevan por culpa de esos frenos, serán igualmente desdichados. Así que la ley que proscriba el incesto, sólo habrá ocasionado infortunados. Que en la sociedad vecina el incesto no sea en absoluto un crimen, los que no lo deseen no serán desdichados, y los que lo deseen serán dichosos. Así que la sociedad que haya permitido esta acción será más conveniente para los hombres que la que la haya convertido en crimen. Ocurre lo mismo con todas las restantes acciones torpemente consideradas como criminales: observándolas bajo este punto de vista, creáis una multitud de desdichados; permitiéndolas, nadie se queja; pues el que ama una acción determinada se entrega a ella en paz, y aquel a quien no le interesa, o permanece en una especie de indiferencia que no es nada dolorosa, o se compensa de la lesión que ha podido recibir por la multitud de otras lesiones con que carga a su vez a aquellos de los que ha tenido queja. Por consiguiente todo el mundo, en una sociedad criminal, se siente o muy feliz, o en un estado de despreocupación que no tiene nada de penoso; así que no hay nada bueno, nada respetable, nada adecuado para causar la felicidad en lo que se denomina la virtud. Que los que la sigan no se enorgullezcan, por tanto, de esta especie de homenaje que el tipo de constitución de nuestras sociedades nos obliga a tributarle: es un asunto meramente circunstancial y convencional; pero, en realidad, este culto es quimérico, y la virtud que lo alcanza un instante no es por ello más hermosa.

Tal era la lógica infernal de las desdichadas pasiones de Rodin, pero Rosalie, más dulce y mucho menos corrompida, Rosalie, que detestaba los horrores a que era sometida, se entregaba más dócilmente a mis opiniones. Yo deseaba ardorosamente hacerle cumplir sus primeros deberes religiosos; para ello habría debido confiarme a algún sacerdote, y Rodin no quería ninguno en su casa; le horrorizaban tanto como el culto que profesaban: por nada en el mundo habría soportado a alguno cerca de su hija; y acompañar a esta joven a un director era igualmente imposible: Rodin jamás dejaba salir a Rosalie sin compañía. Hubo que esperar, pues, a que se presentara alguna ocasión; y, mientras llegaba, yo instruía a la joven. Enseñándole a saborear las virtudes, le descubría las de la religión, le desvelaba sus santos dogmas y sus sublimes misterios: juntaba de tal modo esos dos sentimientos en su joven corazón que los hacía indispensables para la dicha de su vida.

—Señorita —le decía un día recogiendo las lágrimas de su compunción—, ¿puede el hombre cegarse hasta el punto de creer que no está destinado a un fin mejor? ¿No basta con que haya sido dotado del poder y de la facultad de conocer a su Dios para convencerse de que este favor sólo le ha sido concedido para cumplir los deberes que le impone? Ahora bien, ¿cuál puede ser la base del culto debido al Eterno, si no es la virtud de la que él mismo es el ejemplo? ¿Puede el Creador de tantas maravillas tener otras leyes que el bien? Y nuestros corazones ¿pueden complacerle si el bien no es su elemento? Me parece que con las almas sensibles no cabría utilizar otros motivos de amor hacia este Ser supremo que los que inspira la gratitud. ¿No es un favor habernos hecho disfrutar de las bellezas de este universo, y no le debemos alguna gratitud por tal beneficio? Pero una razón aún más poderosa establece y verifica la cadena universal de nuestros

deberes; ¿por qué nos negaríamos a cumplir los que exige su ley, si son los mismos que consolidan nuestra dicha con los hombres? ¿No es dulce sentir que nos hacemos dignos del Ser supremo sólo con ejercer las virtudes que deben realizar nuestro contento en la Tierra, y los medios que nos hacen dignos de vivir con nuestros semejantes son los mismos que nos dan después de esta vida la seguridad de renacer al lado del trono de Dios? ¡Ah, Rosalie, cómo se ciegan los que quieren arrebatarnos esta esperanza! Engañados, seducidos por sus miserables pasiones, prefieren negar las virtudes eternas que abandonar lo que puede hacerles dignos de ellas. Prefieren decir: «Nos engañan», que confesar que se engañan ellos mismos. La idea de las pérdidas que deparan turbaría sus indignas voluptuosidades; ¿les parece menos espantoso aniquilar la esperanza del cielo que privarse de lo que debe ganársela? Pero cuando estas tiránicas pasiones se debilitan en ellos, cuando el velo se desgarra, cuando ya nada contraste en su corazón corrompido aquella voz imperiosa de Dios que su delirio desconocía, ¡cómo debe ser, oh, Rosalie, el cruel retorno a ellos mismos! ¡Y cómo el remordimiento que lo acompaña debe hacerles pagar caro el instante de error que los cegaba! Ese es el estado en el que hay que juzgar al hombre para regular su propia conducta: no es ni en la ebriedad, ni en el arrebato de una fiebre ardiente donde debemos creer lo que dice, sino cuando su razón apaciguada, gozando de toda su energía, busca la verdad, la adivina y la ve. Entonces deseamos por nosotros mismos al Ser santo antes desconocido; le imploramos, nos consuela; le rezamos, nos escucha. ¿Eh? ¿Por qué negaría entonces, por qué desconocería, ese objeto tan necesario para la felicidad? ¿Por qué preferiría decir con el hombre extraviado: «No hay Dios», cuando el corazón del hombre razonable me ofrece, en cualquier instante, las pruebas de la existencia de ese Ser divino? ¿No es mejor, pues, soñar con los locos que pensar justamente con los cuerdos? Todo se desprende, en cualquier caso, de este primer principio: en tanto que existe un Dios, ese Dios merece un culto, y la base principal de ese culto es incontestablemente la virtud.

De estas primeras verdades, yo deducía fácilmente las demás, y Rosalie, deísta, no tardó en ser cristiana. Pero ¿qué medio, repito, para añadir un poco de práctica a la moral? Rosalie, obligada a obedecer a su padre, ya no podía hacerlo sin mostrar repugnancia, y, con un hombre como Rodin, ¿no podía ser eso peligroso? Era intratable; ninguno de mis razonamientos se sostenía contra él, pero, si bien yo no conseguía convencerle, por lo menos no me quebrantaba.

Sin embargo, una escuela semejante, unos peligros tan permanentes y tan reales, me hicieron temblar por Rosalie, hasta el punto que no me creí nada culpable comprometiéndola a escapar de esa casa perversa. Me parecía que existía un menor daño en arrancarla del seno de su incestuoso padre que en dejarla al arbitrio de todos los riesgos que podía correr. Ya había abordado ligeramente esta materia, y puede que no estuviera muy lejos de conseguirlo cuando, de repente, Rosalie desapareció de la casa, sin que me fuera posible saber su paradero. Interrogué a las mujeres de la casa, o al propio Rodin; y me aseguraron que había ido a pasar el verano a casa de una parienta, a diez leguas de allí. Me informé en la vecindad, donde primero se asombraron ante semejante pregunta hecha por alguien de la casa, y luego me contestaron lo mismo que Rodin y sus criadas: la habían visto, la habían abrazado la víspera, el mismo día de su partida; y en todas partes recibía las mismas respuestas. Cuando preguntaba a Rodin por qué me había sido ocultada esta partida, por qué no había seguido a mi ama, me aseguraba que la única razón había sido evitar una escena dolorosa para ambas, y que seguramente no tardaría en

ver a la que amaba. Tuve que conformarme con estas respuestas, pero convencerme era más difícil. ¿Era presumible que Rosalie, Rosalie que me quería tanto, hubiera consentido en abandonarme sin decirme una palabra? Y, a partir de lo que yo sabía del carácter de Rodin, ¿no había que temer por la suerte de la desdichada? Así que decidí ponerlo todo en práctica para saber qué había sido de ella, y para conseguirlo todos los medios me parecieron buenos.

Desde la mañana siguiente, hallándome sola en casa, recorro cuidadosamente todos los rincones; creo escuchar unos gemidos en el fondo de una bodega muy oscura... Me acerco, una pila de madera parece ocultar una puerta estrecha y hundida; avanzo apartando todos los obstáculos... se oyen nuevos sonidos; creo descubrir la voz... Pongo mayor atención... ya no dudo.

—¡Thérèse! —escucho finalmente—, oh, Thérèse, ¿eres tú?

—Sí, mi querida y tierna amiga... —exclamo, reconociendo la voz de Rosalie—, sí, soy Thérèse que el cielo envía a ayudarte...

Y mis múltiples preguntas apenas dejan a la cautivadora joven el tiempo de contestarme. Me entero finalmente de que unas horas antes de su desaparición, Rombeau, el amigo, el colega de Rodin, la había examinado desnuda, y que había recibido de su padre la orden de prestarse, con ese Rambeau, a los mismos horrores que Rodin exigía cada día de ella; que se había resistido, pero que Rodin, furioso, la había agarrado y presentado él mismo a los desbordados ataques de su colega; que, después, los dos amigos habían hablado largo rato en voz baja, dejándola siempre desnuda, y apareciendo a intervalos a examinarla de nuevo, a disfrutarla siempre de la misma manera criminal, o maltratarla de cien maneras diferentes; que definitivamente, después de cuatro o cinco horas de esta sesión, Rodin le había dicho que la enviaría al campo a casa de una de sus parientas; pero que era preciso irse inmediatamente y sin hablar con Thérèse, por unas razones que le explicaría al día siguiente en ese lugar, donde no tardaría en acompañarla. Había dado a entender a Rosalie que se trataba de una boda para ella, y que por esa razón su amigo Rambeau la había examinado, a fin de ver si estaba capacitada para ser madre. Rosalie había partido efectivamente acompañada de una anciana; había cruzado la aldea y se había despedido de pasada de varios conocidos; pero al echarse la noche, su guía la había devuelto a la casa de su padre donde había entrado a medianoche. Rodin, que la esperaba, la había agarrado, le había tapado la boca con la mano y, sin decir palabra, la había enterrado en esta bodega; allí, por otra parte, la habían alimentado y tratado bastante bien.

—Me temo lo peor —añadió la pobre muchacha—; el comportamiento de mi padre conmigo desde hace un tiempo, sus discursos, lo que ha precedido al examen de Rambeau, todo, Thérèse, demuestra que esos monstruos quieren utilizarme para algunas de sus experiencias, y terminarán con tu pobre Rosalie.

Tras de las lágrimas que corrieron abundantemente por mis ojos, pregunté a la pobre muchacha si sabía dónde guardaban la llave de la bodega: lo ignoraba, pero no creía, sin embargo, que tuvieran la costumbre de llevársela. La busqué por todas partes; fue inútil; y llegó la hora de reaparecer sin que yo pudiera dar a la querida niña más ayuda que unos consuelos, algunas esperanzas, y lágrimas. Me hizo jurar que volvería al día siguiente; se lo prometí, asegurándole incluso que si, por aquel entonces, no había descubierto nada satisfactorio en lo que la concernía, abandonaría inmediatamente la casa, presentaría una denuncia, y la sustraería, al precio que fuera, a la suerte horrible que la amenazaba.

Subo; Rombeau cenaba aquella noche con Rodin. Decidida a todo para esclarecer la suerte de mi ama, me oculto cerca de la habitación donde se hallaban los dos amigos, y su conversación basta para convencerme del proyecto horrible que les ocupa a ambos.

—Jamás —dijo Rodin— la anatomía llegará a su último grado de perfección sin que se realice el examen de los vasos de una niña de catorce o quince años, expirada de una muerte cruel. Sólo de esta contracción podemos obtener un análisis completo de una parte tan interesante.

—Ocurre lo mismo —prosiguió Rombeau— con la membrana que asegura la virginidad; es absolutamente necesaria una muchacha para este examen. ¿Qué se observa en la edad de la pubertad? Nada; las menstruaciones desgarran el himen, y todas las investigaciones son inexactas. Tu hija es exactamente lo que necesitamos; aunque tenga quince años, todavía no ha tenido las primeras reglas; el modo en que hemos gozado de ella no acarrea ningún daño a esta membrana, y la trataremos con toda comodidad. Me encanta que al fin te hayas decidido.

—Así es —replicó Rodin—; es odioso que unas fútiles consideraciones detengan el progreso de las ciencias. ¿Se dejaron los grandes hombres cautivar por tan despreciables cadenas? Y cuando Miguel Angel quiso pintar un Cristo al natural, ¿se torturó la conciencia por crucificar a un joven, y copiarlo en sus angustias? Pero cuando se trata de los progresos de nuestro arte, ¡de qué gran necesidad deben ser estos mismos medios! ¡Y cómo puede haber el menor mal en permitírselos! Un individuo sacrificado para salvar a un millón; ¿podemos vacilar a este precio? El homicidio tratado por las leyes no tiene nada en común con el que vamos a cometer, y acaso el objetivo de estas leyes, que se consideran tan sabias, ¿no es el sacrificio de uno para salvar a mil?

—Es la única manera de instruirse —dijo Rombeau—, y en los hospitales, donde yo he trabajado toda mi juventud, he visto hacer mil experiencias semejantes. A causa de los vínculos que te encadenan a esta criatura, confieso que temía que te echaras atrás.

—¡Cómo! ¡,Porque es mi hija? ¡Menudo motivo! —exclamó Rodin—. ¡,Qué rango imaginas, pues, que este título debe tener en mi corazón? La contemplo como un poco de semen fructificado con el mismo origen y más o menos el mismo peso que aquel que me gusta perder en mis placeres. Jamás he hecho más caso de uno que de otro. Somos dueños de recuperar lo que hemos dado; jamás el derecho de disponer de sus hijos ha sido negado por ningún pueblo de la Tierra. Los persas, los medas, los armenios, los griegos lo disfrutaban en toda su amplitud. Las leyes de Licurgo, el modelo de los legisladores, no sólo dejaban a los padres todos los derechos sobre sus hijos, sino que condenaban incluso a muerte a aquellos que los padres no querían alimentar, o a los que estaban mal conformados. Una gran parte de los salvajes matan a sus hijos al poco de nacer. Casi todas las mujeres de Asia, de África y de América abortan sin que nadie las censure; Cook descubrió esta costumbre en todas las islas de los mares del Sur. Rómulo permitió el infanticidio; la ley de las Doce Tablas también lo toleró y, hasta Constantino, los romanos exponían o mataban impunemente a sus criaturas. Aristóteles aconseja este supuesto crimen; la secta de los estoicos lo consideraba elogiable; todavía es muy practicado en China. Cada día se encuentran en las calles sobre los canales de Pekín más de diez mil individuos inmolados o abandonados por sus padres, y sea cual sea la edad del hijo, en este sabio imperio, un padre, para librarse de él, sólo necesita ponerlo en manos de un juez. Según las leyes de los partos, se mataba al hijo, a la hija o al hermano, incluso en la edad núbil; César encontró esta costumbre generalizada entre los galos;

varios pasajes del Pentateuco demuestran que estaba permitido matar a los hijos en el pueblo de Dios; y el propio Dios, en suma, se lo exigió a Abraham. Durante mucho tiempo se creyó, afirma un famoso moderno, que la prosperidad de los imperios dependía de la esclavitud de los hijos; esta opinión tenía como base los principios de la más sana razón. ¡Sería un contrasentido que un monarca se sintiera autorizado a sacrificar veinte o treinta mil súbditos suyos en un solo día por su propia causa, y un padre no pueda, cuando lo estime conveniente, convertirse en dueño de la vida de sus hijos! ¡Qué absurdo! ¡Qué inconsecuencia y qué debilidad en los que están atados a semejantes cadenas! La autoridad del padre sobre sus hijos, la única real, la única que ha servido de base a todas las demás, nos es dictada por la voz de la misma naturaleza, y el estudio profundo de sus operaciones nos ofrece en todos los instantes ejemplos de ello. El zar Pedro no dudaba en absoluto de este derecho; lo utilizó, y dirigió una declaración pública a todas las jerarquías de su imperio por la que decía que, de acuerdo con las leyes divinas y humanas, un padre tenía el derecho total y absoluto de condenar a muerte a sus hijos, sin apelación ni consulta con nadie. Sólo en nuestra bárbara Francia una falsa y ridícula piedad creyó tener que arrumbar este derecho. No —prosiguió Rodin acaloradamente—, no, amigo mío, jamás entenderé que un padre que quiso dar la vida no sea libre de dar la muerte. El valor ridículo que concedemos a esta vida es lo que nos hace disparatar el tipo de acción que lleva a un hombre a librarse de su semejante. Creyendo que la existencia es el mayor de los bienes, imaginamos estúpidamente que es un crimen sustraerlo a los que la disfrutan; pero el cese de esta existencia, o por lo menos lo que le sigue, no es un mal, de la misma manera que la vida no es un bien; o mejor dicho si nada muere, si nada se destruye, si nada se pierde en la naturaleza, si todas las partes descompuestas de cualquier cuerpo sólo esperan la disolución para reaparecer inmediatamente bajo nuevas formas, ¿qué indiferencia no habrá en la acción del homicidio, y cómo se osará considerarla mal? Aunque sólo se debiera a mi sola fantasía, lo vería como algo de lo más simple: con mucha mayor razón cuando se hace necesaria para un arte tan útil a los hombres...

Cuando puede ofrecer luces tan grandes, ya no es un mal, amigo mío, ya no es una fechoría, es la mejor, la más sabia, la más útil de las acciones, y sólo en negársela podría existir un crimen.

—¡Ah! —dijo Rombeau, lleno de entusiasmo por tan horribles máximas—, estoy de acuerdo contigo, querido mío. Me encanta tu sensatez, pero me asombra tu indiferencia, te creía enamorado.

—¡Yo! ¿Prendado de una joven?... Vamos, Rombeau, suponía que me conocías mejor; me sirvo de esas criaturas cuando no tengo nada mejor; la extrema inclinación que siento por los placeres del tipo que tú me ves saborear me hace apreciar todos los templos donde este tipo de incienso puede ofrecerse, y para multiplicarlos asimilo a veces una joven a un hermoso muchacho; pero por poco que uno de esos individuos hembras haya desgraciadamente alimentado demasiado tiempo mi ilusión, experimento una fuerte repugnancia, y sólo conozco un medio de satisfacerla deliciosamente... Ya me entiendes, Rombeau; Chilperico, el más voluptuoso de los reyes de Francia, pensaba lo mismo. Decía claramente que en último término se podía utilizar una mujer, pero con la expresa condición de exterminarla una vez se hubiera gozado de ella.* Desde hace cinco años esta putita sirve a mis placeres: ya es hora de que pague el cese de mi ebriedad con el de su existencia.

* Ved una obrita titulada *Los jesuitas de buen humor. (N. del A.)*

La cena terminaba; por las actitudes de aquellos dos elementos, por sus frases, por sus actos, por sus preparativos, por su estado, en fin, que bordeaba el delirio, vi perfectamente que no había un instante que perder, y que el momento de la destrucción de la desdichada Rosalie estaba fijado para aquella misma noche. Corro a la bodega, decidida a morir o a liberarla.

—Oh, querida amiga —exclamé—, no podemos entretenernos ni un minuto... ¡esos monstruos!... es para esta noche... están a punto de llegar...

Y diciendo eso, hago los más violentos esfuerzos por derribar la puerta. Uno de mis empujones hace caer algo, acerco la mano, es la llave, la recojo, me apresuro a abrir... abrazo a Rosalie, la urjo a escapar, le digo que me siga, se precipita... ¡Santo cielo! estaba escrito que la virtud debía sucumbir, y que los sentimientos de la más tierna compasión serían duramente castigados... Rodin y Rombeau, informados por la gobernanta, aparecen repentinamente; el primero cogió a su hija en el momento en que franqueó el umbral de la puerta, más allá de la cual sólo le faltaban unos pasos para hallar la libertad.

—¿Dónde vas, desgraciada? —exclama Rodin deteniéndola, mientras Rombeau se apodera de mí...— ¡Vaya, vaya! —prosigue mirándome—, ¡esta bribona es la que favorecía tu huida! Thérèse, éste es el resultado de tus grandes principios virtuosos... ¡arrebatar una hija a su padre!

—Sin duda —contesté con firmeza—, y seguiré haciéndolo mientras ese padre sea tan bárbaro como para conspirar contra los días de su hija.

—¡Ah, ah!, espionaje y seducción —continuó Rodin—; ¡los vicios más peligrosos en una criada! Subamos, subamos, hay que juzgar ese caso.

Rosalie y yo, arrastradas por los dos malvados, subimos a los aposentos; las puertas se cierran. La desdichada hija de Rodin es atada a las columnas de una cama, y toda la rabia de esos dementes se dirige contra mí; me veo abrumada por las más duras invectivas, y se dictan las más horribles sentencias; se trata nada menos que de diseccionarme en vida, para examinar los latidos de mi corazón, y realizar sobre esta parte unas observaciones impracticables sobre un cadáver. Mientras tanto me desnudan, y me convierto en la víctima de los manoseos más impúdicos.

—En primer lugar —dice Rombeau—, soy de la opinión de atacar fuertemente la fortaleza que tus buenas acciones respetaron... ¡Es soberbia!, admira la suavidad, la blancura de esas dos medias lunas que impiden la entrada: no hubo jamás virgen más fresca.

—¡Virgen! Casi lo es —dice Rodin—. Sólo una vez, a pesar suyo, la violaron, y a partir de entonces nada. Cédeme el lugar un instante...

Y el cruel introduce el homenaje de esas caricias duras y feroces que degradan al ídolo en lugar de honrarlo. Si allí hubiera habido varas, habría sido cruel mente tratada. Las mencionaron, pero no las encontraron, se contentaron con lo que la mano es capaz de hacer; me dejaron en carne viva... cuanto más me defendía, más me sujetaban; y al ver, no obstante, que iban a decidirse por cosas más serias, me arrojé a los pies de mis verdugos, les ofrecí mi vida, y les pedí el honor.

—Pero si ya no eres virgen —dijo Rombeau—, ¿qué importa? No serás culpable de nada, vamos a violarte como ya lo has sido, y por tanto ni el menor pecadillo sobre tu conciencia; te lo habrán arrebatado todo por la fuerza...

Y el infame, consolándome de tan cruel manera, ya me colocaba sobre un canapé.

—No —dijo Rodin frenando la efervescencia de su compadre de quien yo estaba a punto de convertirme en víctima—, no, no perdamos nuestras fuerzas con esta criatura, piensa que no podemos dejar para otro momento las operaciones proyectadas sobre Rosalie, y necesitamos nuestro vigor para realizarlas: castiguemos de otro modo a esta desdichada. —Diciendo esto, Rodin pone un hierro al fuego—. Sí —prosigue—, castiguémosla mil veces más que si arrebatáramos su vida, marquémosla, manchémosla: este envilecimiento, unido a todas las cicatrices que tiene en el cuerpo, la llevará a la horca o a morir de hambre; por lo menos sufrirá hasta entonces, y nuestra venganza por más prolongada será más deliciosa.

Rombeau me coge, y el abominable Rodin me aplica debajo del hombro el hierro candente con que se señala a los ladrones.

—Y ahora que esta puta se atreva a que la vean —prosigue el monstruo—, que se atreva, y mostrando esta letra ignominiosa, legitimaré suficientemente los motivos que me han llevado a despedirla con tanto secreto y prontitud.

Me vendan, me visten, me tonifican con unas gotas de licor, y, aprovechando la oscuridad de la noche, los dos amigos me conducen al linde del bosque y allí me abandonan cruelmente, después de haberme mostrado una vez más el peligro de una recriminación, si me atrevo a realizarla en el estado de envilecimiento en que me hallo.

Cualquier otra persona se habría preocupado muy poco de esta amenaza; dado que me era posible demostrar que el tratamiento que acababa de sufrir no era obra de ningún tribunal, ¿qué podía temer? Pero mi debilidad, mi timidez natural, el miedo a mis infortunios de París y del castillo de Bressac, todo ello me aturdió y me asustó; sólo pensé en huir, mucho más afectada por el dolor de abandonar a una víctima inocente en manos de esos dos depravados dispuestos sin duda a inmolarla, que herida por mis propios males. Más horrorizada, más afligida que físicamente maltratada, me puse en marcha a partir de aquel mismo instante; pero, al no orientarme y no preguntar nada, no hice sino girar alrededor de París, y al cuarto día de mi viaje sólo me encontraba en Lieursaint. Sabiendo que ese camino podía llevarme a las provincias meridionales, decidí entonces seguirlo y alcanzar así, cuando pudiera, esas tierras lejanas, imaginándome que la paz y el reposo tan cruelmente negados en mi patria me esperaban quizás en el extremo de Francia. ¡Error fatal! ¡Cuántos infortunios me quedaban todavía por sufrir!

Por muchas penas que hubiera soportado hasta entonces, conservaba por lo menos mi inocencia. Víctima únicamente de los atentados de vacíos monstruos, prácticamente podía seguir creyéndome dentro de la clase de las jóvenes honradas. En realidad, sólo había sido realmente mancillada por una violación cometida cinco años atrás, cuyas huellas se habían cerrado... Una violación consumada en un instante en que mis sentidos abotargados ni siquiera me habían permitido sentirla. ¡.Qué más podía reprocharme? Nada, ay, nada sin duda, y mi corazón era puro; eso me enorgullecía en exceso, mi presunción tenía que ser castigada, y los ultrajes que me esperaban serían tales que pronto ya no me sería posible, por poco que participara en ellos, albergar en el fondo de mi corazón los mismos motivos de consuelo.

Esta vez llevaba toda mi fortuna encima: unos cien escudos, suma resultante de lo que había salvado de casa de Bressac y de lo que había ganado en la de Rodin. En el colmo de mi infortunio, seguía sintiéndome contenta de que no me hubieran arrebatado esos recursos; me congratulaba de que con la frugalidad, la templanza y la economía a las que estaba acostumbrada, con ese dinero me mantendría por lo menos hasta que me hallara en

situación de conseguir alguna nueva colocación. La abominación que acababan de cometer conmigo no se veía; imaginaba que podría disimularla siempre y que esta mancha no me impediría ganarme la vida. Tenía veintidós años, buena salud, una cara que, para mi desdicha, sólo recibía elogios; unas virtudes que, aunque siempre me hubieran perjudicado, seguían consolándome, como acabo de deciros, y me hacían confiar en que al fin el cielo les concedería si no recompensa, por lo menos alguna interrupción a los males que me habían procurado. Llena de esperanza y de coraje, seguí mi camino hasta Sens, donde descansé unos días. En una semana me repuse por entero; tal vez podría encontrar una colocación en esa ciudad, pero imbuida de la necesidad de alejarme, reanudé la marcha con la intención de buscar fortuna en. el Delfinesado; había oído hablar mucho de esa tierra, me imaginaba encontrar en ella la felicidad. Veremos cómo lo conseguí.

En ninguna circunstancia de mi vida, me habían abandonado los sentimientos religiosos. Despreciando los vanos sofismas de los incrédulos, creyéndolos todos emanados del libertinaje mucho más que de una firme persuasión, les oponía mi conciencia y mi corazón, y en ambos encontré todo lo que necesitaba para responder a ellos. Forzada a menudo por mis desdichas a descuidar mis deberes piadosos, reparaba esos errores tan pronto como encontraba la ocasión.

Salí de Auxerre el 7 de agosto, jamás olvidaré la fecha; cuando había recorrido unas dos leguas, y el calor comenzaba a incomodarme, subí a una pequeña prominencia cubierta de un bosquecillo, poco alejada del camino, con la intención de refrescarme y dormitar un par de horas, con menos gasto que en una posada y mayor seguridad que en el camino real; me instalé al pie de una encina, y después de un almuerzo frugal, me entrego a las dulzuras del sueño. Lo había disfrutado largo rato con tranquilidad, cuando al reabrirse mis ojos me complazco en contemplar el paisaje que se presenta a mí en la lontananza. En medio de un bosque, que se extendía a la derecha, creí ver a unas tres o cuatro leguas de mí un pequeño campanario que se alzaba modestamente en el aire... «¡Amable soledad», me dije, «cómo envidio tu morada! Debes de ser el asilo de algunas dulces y virtuosas reclusas que sólo se ocupan de Dios... de sus deberes; o de algunos santos eremitas consagrados únicamente a la religión... Alejados de esta sociedad perniciosa en la que el crimen vigilando incesantemente en torno de la inocencia la degrada y la aniquila... ¡Ah!, estoy segura de que todas las virtudes deben habitar ahí, y cuando los crímenes del hombre las exilian de la superficie de la Tierra, allí, en ese retiro solitario, es donde van a sepultarse en el seno de unos seres afortunados que las miman y las cultivan día a día.»

Estaba ensimismada en estas reflexiones, cuando una joven de mi edad, que pastoreaba unos corderos en la planicie, se ofreció de repente a mi vista; la interrogo sobre aquella morada, me dice que lo que veo es un convento de benedictinos, ocupado por cuatro solitarios cuya religión, continencia y sobriedad nada iguala. «Una vez por año», me dice la joven, «hay una peregrinación a una Virgen milagrosa, de la que las personas piadosas obtienen cuanto quieren.» Singularmente conmovida por el deseo de ir cuanto antes a implorar algunas ayudas a los pies de esta santa Madre de Dios, le pregunto a la joven si ella quiere acompañarme a rezar; me contesta que le es imposible porque su madre la espera, pero que el camino es fácil. Me lo indica, me asegura que el superior de aquella casa, el más respetable y el más santo de los hombres, me recibirá maravillosamente bien, y me ofrecerá todas las ayudas que pueda necesitar.

—Se llama padre Severino —continuó la joven—; es italiano, pariente próximo del Papa que le colma de favores; es dulce, honesto, servicial, de cincuenta y cinco años de edad, de los que ha pasado más de dos tercios en Francia... Estaréis contenta, señorita —prosiguió la pastora—; os edificaréis en esa santa soledad, y volveréis de ella mejor que nunca.

Inflamando aún más ese relato mi celo, me resultó imposible resistir el violento deseo que sentía de visitar aquella santa iglesia y reparar allí con algunos actos piadosos las negligencias de que era culpable. Por mucha necesidad que tuviera yo misma de caridades, le di un escudo a la joven, y me puse en camino de Santa María de los Bosques: así se llamaba el convento al que dirigía mis pasos.

Tan pronto como hube descendido a la llanura, ya no divisé el campanario; sólo tenía para guiarme el bosque, y comencé entonces a creer que la lejanía de la que había olvidado de informarme era muy diferente al cálculo que había hecho de ella; pero nada me desanima, llego al límite del bosque, y viendo que todavía queda bastante luz, decido sumirme en él, imaginando siempre que conseguiría llegar al convento antes de la noche. Sin embargo ninguna traza humana se presenta ante mis ojos... Ni una casa, y por todo camino un sendero poco hollado que seguía al azar. Había ya recorrido por lo menos cinco leguas y todavía no veía nada delante de mí, cuando, habiendo cesado el astro de iluminar por completo el universo, me pareció escuchar el tañido de una campana... Atiendo, camino hacia el ruido, me apresuro; el sendero se ensancha un poco, descubro al fin unos setos e, inmediatamente después, el convento. Nada tan agreste como aquella soledad, sin ninguna vivienda en la vecindad, la más próxima a seis leguas, y unos bosques inmensos rodeaban la casa por todos lados; estaba situada en una hondonada, había tenido que descender mucho para alcanzarla, y ésa era la razón que me había hecho perder de vista el campanario, una vez llegué a la llanura. La cabaña de un jardinero se levantaba junto a los muros del convento; allí había que dirigirse antes de entrar. Pregunto a esa especie de portero si me permite hablar con el superior; se informa de qué quiero de él; le explico que un deber religioso me atrae a ese piadoso retiro, que me sentiría muy consolada de todos los esfuerzos realizados para llegar allí si pudiera arrojarme un instante a los pies de la milagrosa Virgen y de los santos eclesiásticos en cuya casa se conserva la divina imagen. El jardinero llama, y entra en el convento; pero como es tarde y los padres cenaban, tarda algún tiempo en regresar. Reaparece al fin con uno de los religiosos:

—Señorita —me dice—, ahí tiene al padre Clément, ecónomo de la casa; viene a comprobar si lo que desea merece interrumpir al superior.

Clément, cuyo nombre no se ajustaba de ningún modo a su rostro, era un hombre de cuarenta y ocho años, de una gordura inmensa y una estatura gigantesca, la mirada sombría y feroz, que sólo se expresaba con palabras duras y voz ronca, una verdadera cara de sátiro, el exterior de un tirano; me eché a temblar... Entonces, sin que me fuera imposible impedirlo, el recuerdo de mis antiguos infortunios se ofreció en rasgos ensangrentados a mi memoria turbada...

—¿Qué deseas? —me dice el monje, con cara de pocos amigos—. ¿Te parece que éstas son horas de acudir a una iglesia con ese aire de aventurera que presentas?

—Santo varón —digo prosternándome—, he creído que siempre era hora de presentarse en la casa de Dios; vengo de muy lejos para llegar a ella, llena de fervor y de

devoción, quiero confesarme si es posible, y cuando el interior de mi conciencia os sea conocido, veréis si soy digna o no de prosternarme ante los pies de la santa Imagen.

—Pero no es hora de confesarse —dice el monje suavizándose—; ¿dónde pasarás la noche? No tenemos hospicio... hubiera sido mejor que vinieras por la mañana.

Le cuento entonces los motivos que lo habían impedido, y, sin contestarme, Clément se fue a referirlo al superior. Unos minutos después, se abre la iglesia; el propio padre Severino sale a mi encuentro frente a la cabaña del jardinero, y me invita a entrar con 61 en el templo.

El padre Severino, del que conviene daros una idea inmediatamente, era un hombre de cincuenta y cinco años, tal como me habían dicho, pero con una hermosa fisonomía, el aspecto todavía lozano, de complexión vigorosa, membrudo como Hércules, y todo ello sin dureza; una especie de elegancia y de blandura reinaba en su conjunto, y permitía ver que había debido poseer, en su juventud, todos los atractivos que forman un buen mozo. Tenía los ojos más hermosos del mundo, nobleza en las facciones, y el tono más honesto, gracioso y educado. Un cierto acento agradable que no alteraba ninguna de sus palabras permitía reconocer, sin embargo, su patria, y confieso que todas las gracias externas de ese religioso me repusieron un poco del miedo que me había ocasionado el otro.

—Querida hija —me dijo graciosamente—, aunque la hora no sea adecuada, y no tengamos la costumbre de recibir tan tarde, oiré sin embargo tu confesión, y pensaremos después en los medios de hacerte pasar la noche decentemente, hasta el momento en que mañana puedas saludar a la santa Imagen que te ha traído hasta aquí.

Entramos en la iglesia, las puertas se cierran, se enciende una lámpara cerca del confesonario. Severino me dice que me coloque; se sienta y me invita a confiarme a él con total seguridad.

Absolutamente tranquila con un hombre que me parecía tan dulce, después de haberme arrodillado, no le oculto nada. Le confieso todas mis faltas; le comunico todos mis infortunios; le muestro incluso la marca vergonzosa con que me ha señalado el bárbaro Rodin. Severino lo escucha todo con la mayor atención, me hace incluso repetir algunos detalles con aire de piedad y de interés; pero, sin embargo, algunos gestos y algunas palabras lo traicionaron: ¡ay de mí!, sólo después me di cuenta; cuando me sentí más tranquila respecto a este acontecimiento, me resultó imposible no recordar que el monje se había permitido repetidas veces unos gestos que demostraban que la pasión tenía mucho que ver en las preguntas que me hacía, y que esas preguntas no sólo se detenían con complacencia en los detalles obscenos, sino que se demoraban incluso con afectación sobre los cinco puntos siguientes:

Primero, si era cierto que yo era huérfana y nacida en París. Segundo, si era verdad que no tenía parientes, ni amigos, ni protección, ni nadie a quien pudiera escribir. Tercero, si sólo había confiado a la pastora que me había hablado del convento la intención que tenía de ir allí, y si no había acordado con ella reencontrarme a la vuelta. Cuarto, si era cierto que no había visto a nadie después de mi violación, y si estaba segura de que el hombre que había abusado de mí lo había hecho tanto del lado que la naturaleza condena como del que permite. Quinto, si creía que no había sido seguida, y que nadie me había visto entrar en el convento.

Después de haber contestado a esas preguntas, con el aire más modesto, más sincero y más ingenuo, el monje, levantándose y cogiéndome de la mano, me dijo:

—¡Bien! Ven, hija mía, te proporcionaré la dulce satisfacción de comulgar mañana a los pies de la Imagen que acabas de visitar: comencemos por proveer tus primeras necesidades.

Y me lleva al fondo de la iglesia...

—¡Cómo! —le dije entonces con una especie de inquietud que me dominaba a pesar mío...

— ¡Cómo, padre! ¿En el interior del templo?

—¿Dónde si no, encantadora peregrina? —me respondió el monje, introduciéndome en la sacristía...— ¡Acaso tienes miedo de pasar la noche con cuatro santos eremitas!... Oh, ya verás cómo encontraremos los medios de distraerte, querido ángel; y aunque no te procuremos grandes placeres, por lo menos servirás a los nuestros en muy amplia medida.

Estas palabras me sobresaltan; un sudor frío se apodera de mí, me tambaleo; era de noche, ninguna luz guía nuestros pasos, mi imaginación horrorizada me hace ver el espectro de la muerte moviendo su guadaña sobre mi cabeza; mis rodillas flaquean... En este instante el lenguaje del monje cambia de repente, me sostiene, insultándome:

—Puta —me dice—, hay que seguir; no intentes aquí ni quejas ni resistencias, todo sería inútil.

Las crueles palabras me devuelven las fuerzas, siento que estoy perdida si desfallezco; me levanto...

—¡Ay, cielos! —digo al traidor—, ¡tendré que ser de nuevo la víctima de mis buenos sentimientos, será de nuevo castigado como un crimen mi deseo de acercarme a lo que la religión tiene de más respetable!...

Seguimos caminando, y nos metemos por pasillos oscuros de los que nada puede hacerme conocer la situación ni las salidas. Yo precedía al padre Severino; su respiración era profunda, no paraba de hablar; parecía borracho; de cuando en cuando, me paraba con el brazo izquierdo enlazado en torno a mi cuerpo, mientras su mano derecha, deslizándose por detrás debajo de mis faldas, recorría con impudor esa parte deshonesta–– que, asimilándonos a los hombres, es el único objeto de los homenajes de aquellos que prefieren ese sexo en sus vergonzosos placeres. En varias ocasiones la boca del libertino se atreve incluso a recorrer esos lugares, hasta su reducto más secreto; después reanudamos la marcha. Aparece una escalera; al cabo de treinta o cuarenta escalones, se abre una puerta, unos reflejos de luz golpean mis ojos, entramos en una sala fascinante y magníficamente iluminada; allí veo tres monjes y cuatro muchachas en torno a una mesa servida por otras cuatro mujeres completamente desnudas: el espectáculo me hace temblar. Severino me empuja, y entro en la sala con él.

—Señores —dice al entrar—, permitid que os presente un auténtico fenómeno. Aquí tenéis una Lucrecia que lleva a la vez sobre sus hombros la marca de las mujeres de mala vida, y en la conciencia todo el candor y toda la ingenuidad de una virgen... Una sola violación, amigos míos, y de eso hace seis años; de modo que es casi una vestal... a decir verdad, como tal os la entrego... y, además, de las más hermosas... i Oh! Clément, ¡cómo te perderás en esas bellas masas!... ¡qué elasticidad, amigo mío!, ¡qué encarnación!

—¡Ah!, ¡s...! —dice Clément, medio borracho, levantándose y avanzando hacia mí—; el encuentro es agradable, y quiero examinar los hechos.

Os dejaré el menor tiempo posible en suspenso sobre mi situación, señora, dijo Thérèse, pero la necesidad en que estoy de describir las nuevas personas con las que me encuentro

me obliga a cortar por un instante el hilo del relato. Ya conocéis al padre Severino, y sospecháis sus gustos; ¡ay!, su depravación en esa materia era tal que jamás había saboreado otros placeres; y ¡qué inconsecuencia, sin embargo, en las operaciones de la naturaleza, ya que junto a la extravagante fantasía de elegir únicamente los senderos, ese monstruo estaba dotado de facultades tan gigantescas que hasta las rutas más holladas le hubieran parecido demasiado estrechas!

Ya os dibujé antes el esbozo de Clément. Sumad, al exterior que he descrito, la ferocidad, la provocación, la trapacería más peligrosa, la intemperancia en todos los puntos, el ingenio satírico y mordaz, el corazón corrompido, los gustos crueles de Rodin con sus escolares, ningún sentimiento, ninguna delicadeza, ni pizca de religión, un temperamento tan gastado que desde hacía cinco años era incapaz de buscar otros placeres que aquellos que le aconsejaba la barbarie, y tendréis la más completa imagen de ese depravado.

Antonin, el tercer actor de las detestables orgías, tenía cuarenta años; pequeño, flaco, muy vigoroso, tan temiblemente dotado como Severino y casi tan malvado como Clément; entusiasta de los placeres de su colega, pero por lo menos entregándose a ellos con una intención menos feroz; pues si Clément, al utilizar la extravagante manía, sólo tenía el objetivo de vejar y de tiranizar a una mujer, sin poder disfrutar de ella de otra manera, Antonin, usándolo con deleite en toda la pureza de la naturaleza, sólo ponía en práctica el episodio flagelante para dar a la que honraba con sus favores más fogosidad y más energía. El uno, en una palabra, era brutal por gusto, y el otro por refinamiento.

Jérôme, el más anciano de los cuatro solitarios, también era el más desenfrenado; todos los gustos, todas las pasiones, todas las desviaciones más monstruosas, se daban cita en el alma de ese fraile; juntaba a los caprichos de los demás el de gustarle recibir en su cuerpo lo que sus compañeros distribuían a las mujeres, y si azotaba (cosa que ocurría frecuentemente) era siempre a condición de ser tratado, a su vez, de igual manera; por otra parte, todos los templos de Venus le resultaban semejantes, pero como sus fuerzas comenzaban a flaquear, prefería de todos modos, desde hacía unos años, aquel que, sin exigir nada del agente, dejaba al otro la tarea de despertar las sensaciones y producir el éxtasis. La boca era su templo favorito y, mientras se entregaba a sus placeres predilectos, una segunda mujer se ocupaba de excitarlo con ayuda de las varas. El _carácter de ese hombre era, además, tan hipócrita y tan malvado como el de los otros, y fuera cual fuese el aspecto que el vicio podía mostrar estaba seguro de encontrar seguidores y templos en esa infernal casa. Lo entenderéis más fácilmente, señora, cuando os explique cómo estaba montada. Se habían reunido unos fondos prodigiosos para dotar a la orden con ese retiro obsceno que contaba con más de cien años de antigüedad, y que estaba siempre ocupado por los cuatro religiosos más ricos, más prominentes de la orden, los de mejor cuna, y de un libertinaje harto importante como para exigir ser sepultados en ese oscuro refugio, del que jamás salía el secreto, como veréis después de las explicaciones que restan por daros. Volvamos a los retratos.

Las ocho mujeres que se hallaban entonces en la cena eran tan dispares por la edad que me resultaría imposible haceros un retrato de conjunto; me veo necesariamente obligada a unos cuantos detalles. Esta singularidad me asombró. Las describiré por el orden de su juventud.

La más joven de las mujeres tenía apenas diez años: una carita agraciada, bonitos rasgos, el aire humillado de su suerte, triste y asustada.

La segunda tenía quince años: la misma turbación en el semblante, el aire del pudor envilecido, pero una cara encantadora, y en su conjunto muy seductora.

La tercera tenía veinte años: digna de un pintor, rubia, los más bellos cabellos del mundo, de finas facciones, regulares y dulces; parecía la más domesticada.

La cuarta tenía treinta años: era una de las más bellas mujeres que jamás había visto; adornada con el candor, la honestidad, la decencia en el porte, y todas las virtudes de un alma dulce.

La quinta era una mujer de treinta y seis años, preñada de tres meses; morena, muy vivaracha, con hermosos ojos, pero que había perdido, por lo que me pareció, cualquier remordimiento, cualquier decencia, cualquier comedimiento.

La sexta era de la misma edad: gruesa como una torre, alta en proporción, con bellos rasgos, un auténtico coloso cuyas formas estaban degradadas por la gordura. Como estaba desnuda cuando la vi, distinguí fácilmente que no había una sola parte de su enorme cuerpo que no mostrara la huella de la brutalidad de los depravados cuyos placeres le hacía servir su mala estrella.

La séptima y la octava eran dos bellísimas mujeres de unos cuarenta años.

Prosigamos ahora la historia de mi llegada a aquel impuro lugar.

Como ya os he dicho, entre todos avanzaron hacia mí; Clément es el más atrevido y su infecta boca no tarda en pegarse a la mía; me aparto con horror, pero me dan a entender que todas mis resistencias no son más que remilgos inútiles, y que lo mejor que puedo hacer es imitar a mis compañeras.

—Ya puedes imaginar —me dice el padre Severino— que no serviría de nada intentar resistirte en el retiro inabordable en que te hallas. Dices que has pasado muchas desgracias; para una joven virtuosa faltaba, sin embargo, la mayor de todas ellas en la lista de tus infortunios. ¿No era ya hora de que esa altiva virtud naufragara?, ¿es posible seguir siendo casi virgen a los veintidós años? Aquí tienes compañeras que, como tú, quisieron resistirse al entrar y que, como tú harás prudentemente, acabaron por someterse cuando vieron que su defensa sólo podía llevarlas a malos tratos. Pues es bueno decírtelo, Thérèse —continuó el superior, mostrándome disciplinas, varas, férulas, azotes, cuerdas y otras mil variedades de instrumentos de tortura...—. Sí, es bueno que lo sepas: eso es lo que utilizamos con las muchachas rebeldes; tú misma comprobarás si merece la pena que te convenzamos de ello. Por otra parte, ¿qué reclamarías aquí? ¿La equidad?, no la conocemos; ¿la humanidad?, nuestro único placer es violar sus leyes; ¿la religión?, no existe para nosotros, nuestro desprecio por ella aumenta debido a que la conocemos más; ¿parientes... amigos... jueces? No hay nada de todo eso en este lugar, querida muchacha; sólo encontrarás aquí el egoísmo, la crueldad, el desenfreno, y la impiedad más argumentada. De modo que tu única salida es la sumisión más absoluta; dirige tus miradas al asilo impenetrable en que te encuentras, jamás ningún mortal apareció por estos lugares; aunque el convento fuera tomado, registrado, quemado, nadie descubriría este retiro: es un pabellón aislado, enterrado, rodeado por todas partes por seis muros de un increíble espesor, y tú estás en él, hija mía, en medio de cuatro libertinos que seguramente no tienen ganas de perdonarte nada y a los que tus ruegos, tus lágrimas, tus palabras, tus genuflexiones o tus gritos sólo conseguirán excitar más. ¿A quién recurrirás, por consiguiente? ¿Será a ese Dios al que acabas de implorar con tanto celo, y que, para recompensarte de tu fervor, te precipita aún con mayor decisión en la trampa? ¿A ese Dios quimérico al que nosotros mismos ofendemos aquí cada día insultando sus vanas

leyes?... Date cuenta de una vez, Thérèse, de que no existe ningún poder, sea cual sea la naturaleza que quieras suponerle, que pueda conseguir arrancarte de nuestras manos, y no existe, ni en el orden de las cosas posibles ni en el de los milagros, ningún tipo de medio que pueda conseguirte conservar por más tiempo esta virtud de la que te sientes tan orgullosa; que pueda, en fin, impedir que te conviertas en todos los sentidos, y de todas las maneras, en víctima propiciatoria de los excesos libidinosos a los que los cuatro vamos a abandonarnos contigo... Así que desnúdate, puta, ofrece tu cuerpo a nuestras lujurias, que sea mancillado al instante, o los tratos mas crueles te demostrarán los riesgos en que incurre una miserable como tú al desobedecernos.

Sentía que este discurso... esta orden terrible me dejaba sin recursos; pero ¿no me habría convertido en culpable si no intentara lo que me sugería mi corazón, y aun permitía mi estado? Así que me arrojo a los pies del padre Severino, utilizo toda la elocuencia de un alma desesperada, para suplicarle que no abuse de mi situación. Los lloros más amargos acaban por inundar sus rodillas, y me atrevo a intentar con ese hombre cuanto imagino de más fuerte, cuanto creo más patético... ¿De qué servía todo ello, Dios mío? ¿Acaso podía yo ignorar que las lágrimas son un incentivo más a los ojos del libertino?, ¿podía dudar de que todo lo que hiciera para conmover a esos bárbaros no conseguiría más que excitarlos?...

—Atrápala... —dice Severino enfurecido—, apodérate de ella, Clément, que se desnude en un minuto, y que aprenda que entre personas como nosotros la compasión no sirve para sofocar la naturaleza.

Clément echa espumarajos; mis . resistencias lo habían enardecido; me atrapa con un movimiento seco y nervioso; salpicando sus frases y sus gestos con espantosas blasfemias, en un minuto hace saltar mis ropas. —Hermosa criatura —dice el superior paseando sus dedos por mis caderas—; ¡que me aplaste Dios si jamás he visto otra mejor hecha! Amigos —prosigue el monje—, pongamos orden en nuestras acciones; ya conocéis nuestras fórmulas de acogida, que las sufra todas, sin la menor excepción. Y que mientras tanto las otras ocho mujeres se coloquen alrededor de nosotros, para prevenir las necesidades, o para excitarlas.

Inmediatamente forman un círculo, me sitúan en el centro, y allí, durante más de dos horas, soy examinada, valorada, manoseada por los cuatro frailes, recibiendo sucesivamente de cada uno de ellos elogios o críticas.

—Me permitiréis, señora, —dijo sonrojándose nuestra bella prisionera—, ocultaros una parte de los detalles obscenos de la odiosa ceremonia. Que vuestra imaginación suponga todo lo que el desenfreno puede dictar en tal caso a unos malvados; que los vea pasar sucesivamente de mis compañeras a mí, comparar, relacionar, confrontar, discurrir, y sólo obtendrá verosímilmente una débil imagen de lo que realizaron en estas primeras orgías, muy suaves, sin duda, en comparación con todos los horrores que no tardaría en experimentar.

—Vamos —dice Severino cuyos deseos prodigiosamente exaltados ya no pueden contenerse, y que en este horrible estado parece un tigre dispuesto a devorar a su víctima––, que cada uno de nosotros la someta a su placer favorito.

Y el infame, colocándose en un canapé en la actitud propicia para sus execrables proyectos, haciéndome sostener por dos de sus frailes, intenta solazarse conmigo de aquella manera criminal y perversa que sólo nos hace semejarnos al sexo que no

poseemos degradando el propio. Pero, o ese impúdico está demasiado vigorosamente dotado, o la naturaleza se rebela en mí ante la mera sospecha de esos placeres: no consigue vencer los obstáculos; tan pronto como se presenta, es inmediatamente rechazado... Abre, empuja, desgarra, todos sus esfuerzos son inútiles; el furor de ese monstruo se dirige contra el altar que sus deseos no pueden alcanzar; lo golpea, lo pellizca, lo muerde. Nuevas posibilidades nacen del seno de tales brutalidades; las carnes reblandecidas ceden, el sendero se entreabre, el ariete penetra. Yo lanzo unos gritos espantosos. La masa entera no tarda en ser engullida, y la culebra, arrojando inmediatamente un veneno que le arrebata las fuerzas, cede finalmente, llorando de rabia, a los movimientos que yo hago para soltarme. En toda mi vida no había sufrido tanto.

Se adelanta Clément; está armado con varas; sus pérfidas intenciones estallan en sus ojos:

—Me toca a mí —le dice a Severino—, me toca a mí vengaros, padre mío; me toca a mí corregir a esta pécora por resistirse a vuestros placeres.

No necesita que nadie me sostenga; uno de sus brazos me rodea y me aprieta contra una de sus rodillas, de manera que, presionando mi vientre, pone mas al descubierto lo que servirá a sus caprichos. Al principio tantea sus golpes, parece que sólo tenga la intención de prepararse; pronto, inflamado de lujuria, el depravado golpea con todas sus fuerzas: nada queda a salvo de su ferocidad; de la mitad de las caderas hasta las pantorrillas, todo es recorrido por el traidor; atreviéndose a mezclar el amor con esos crueles momentos, su boca se pega a la mía y quiere absorber los suspiros que los dolores me arrancan... Mis lágrimas corren, las devora, sucesivamente besa y amenaza, pero sigue golpeando; mientras actúa, una de las mujeres le excita; arrodillada delante de él, lo trabaja diferentemente con cada una de sus manos, y cuanto más lo consigue, con más violencia me llegan sus golpes. Estoy a punto de ser desgarrada cuando nada anuncia todavía el final de mis males: de nada sirve que se prodigue por todas partes. El final que yo espero sólo dependerá de su delirio. Una nueva crueldad lo determina: mi pecho está a la merced de ese hombre brutal, le excita, hunde en él sus dientes, el antropófago lo muerde: este exceso provoca la crisis, el incienso se escapa. Unos gritos espantosos y unas terribles blasfemias han señalado su arrebato, y el fatigado monje me abandona a Jérôme.

No seré más peligroso para tu virtud que Clément —me dice el libertino acariciando el altar ensangrentado donde acaba de sacrificar el otro fraile—, pero quiero besar esos surcos; si yo también soy capaz de entreabrirlos, les debo algún honor. Quiero aún más ––prosigue; hundiendo uno de sus dedos en el lugar donde se había metido Severino—, quiero que la gallina ponga, y quiero devorar su huevo... ¿Está ahí?... ¡Sí, pardiez!... ¡Oh, hija mía, qué delicado es!...

Su boca sustituye los dedos... Me explican lo que tengo que hacer, lo hago con asco. En la situación en que me encuentro, ¡ay de mí, no me está permitido negarme! El indigno está contento... traga, y después, haciéndome arrodillar delante de él, se pega a mí en esa posición; su ignominiosa pasión se satisface en un lugar que me impide cualquier protesta. Mientras actúa así, la mujer gorda lo azota, y otra, situada a la altura de su boca, cumple el mismo deber al que yo he acabado de ser sometida.

No basta —dice el infame—, quiero que cada una de mis manos... siempre nos quedamos cortos...

Las dos jóvenes más bonitas se acercan, obedecen: estos son los excesos a que la saciedad ha conducido a Jérôme. En cualquier caso, las impurezas le llenan de felicidad,

y mi boca, al cabo de media hora, recibe finalmente, con una repugnancia que os será fácil adivinar, el asqueroso homenaje de aquel hombre depravado.

Aparece Antonin.

—Vamos a ver —dice— esta virtud tan pura; estropeada por un solo asalto, ya no debe notarse.

Sus armas están en ristre, se serviría gustosamente de los procedimientos de Clément. Ya os he dicho que la fustigación activa le gusta tanto como al otro monje, pero como está apresurado le parece suficiente el estado en que me ha dejado su compañero. Me examina, disfruta, y dejándome en la postura que todos ellos prefieren, manosea un instante las dos medias lunas que impiden la entrada. Zarandea furiosamente los pórticos del templo, no tarda en llegar al santuario: el asalto, aunque tan violento como el de Severino, realizado en un sendero menos estrecho, no es sin embargo tan rudo de soportar. El vigoroso atleta coge mis dos caderas, y supliendo los movimientos que yo no puedo hacer me sacude contra su cuerpo con vigor; diríase, por los esfuerzos redoblados de ese Hércules, que, no contento con ser dueño de la plaza, quiere reducirla a polvo. Unos ataques tan terribles, y tan nuevos para mí, me hacen sucumbir; pero, sin inquietarse por mis penas, el cruel vencedor sólo piensa en aumentar sus placeres; todo le circunda, todo le excita, todo contribuye a sus voluptuosidades. Frente a él, subida a mis caderas, la joven de quince años, con las piernas abiertas, ofrece a su boca el mismo altar en el que realiza su sacrificio conmigo, sorbe gustosamente el precioso jugo de la naturaleza cuya emisión acaba ésta de conceder a la chiquilla. Una de las viejas, arrodillada delante de las caderas de mi vencedor, las mueve, y avivando sus deseos con su lengua impura, consigue su éxtasis, mientras que para calentarse aún más el libertino excita a una mujer con cada una de sus manos. No hay uno de sus sentidos que no sea provocado, ni uno que no contribuya a la perfección de su delirio; lo alcanza, pero mi constante horror por todas sus infamias me impide compartirlo... Lo consigue solo, sus gestos, sus gritos, todo lo anuncia, y me siento inundada, a pesar mío, por las pruebas de una llama que sólo contribuyo a encender en una sexta parte. Me desplomo finalmente sobre el trono donde acabo de ser inmolada, sintiendo únicamente mi existencia a través del dolor y de las lágrimas... de la desesperación y de los remordimientos...

Entonces el padre Severino ordena a las mujeres que me den de comer, pero muy lejos de prestarme a estas atenciones, un acceso de furiosa pena asalta mi alma. Yo, que ponía toda mi gloria, toda mi felicidad, en mi virtud, yo, que me consolaba de todos los males de la fortuna, con tal de ser siempre decente, no puedo soportar la horrible idea de verme tan cruelmente mancillada por aquellos de quienes debía esperar el máximo socorro y consuelo: mis lágrimas manan en abundancia y mis gritos hacen resonar la bóveda. Ruedo por los suelos, me golpeo los pechos, me meso los cabellos, invoco a mis verdugos, y les suplico que me den muerte... ¿Creeréis, señora, que tan espantoso espectáculo sólo consigue excitarlos más?

—¡Ah! —dice Severino—, nunca he disfrutado de una escena más hermosa. Ved, amigos míos, en qué estado me pone; es increíble lo que consiguen de mí los dolores femeninos.

—Sigamos con ella —dice Clément—, y para enseñarle a gritar de este modo que, en este segundo asalto, la bribona sea tratada con mayor crueldad.

Dicho y hecho; Severino toma la iniciativa pero, por mucho que dijera, sus deseos necesitaban un grado de excitación superior, y, sólo después de haber utilizado los

crueles medios de Clément, consiguió reunir las fuerzas necesarias para la realización de su nuevo crimen. ¡Qué exceso de ferocidad, Dios mío! ¡Cómo era posible que esos monstruos la llevaran al punto de elegir el instante de una crisis de dolor moral por la violencia que sentía para hacerme sufrir otro dolor fisico tan bárbaro!

—Sería injusto que no utilizara como principal con esta novicia lo que tanto nos sirve como accesorio —dice Clément comenzando a actuar—, y os aseguro que no la trataré mejor que vosotros.

—Un momento —dice Antonin al superior al que veía a punto de cogerme de nuevo—; mientras vuestro celo va a exhalarse en las partes traseras de esta hermosa joven, me parece que yo puedo incensar al Dios opuesto; la pondremos entre los dos.

Me colocan de tal manera que todavía puedo ofrecer la boca a Jérôme; se lo exigen. Clément se coloca en mis manos; me veo obligada a masturbarlo. Todas las sacerdotisas rodean el espantoso grupo. Cada una de ellas presta a los actores lo que sabe que más debe enardecerlo. Sin embargo, yo soporto todo; el peso entero recae exclusivamente sobre mí. Severino da la señal, los tres restantes no tardan en seguirle, y ya me tenéis, por segunda vez, indignamente mancillada por las pruebas de la repugnante lujuria de unos indignos bribones.

—Es más que suficiente para un primer día —dice el superior—; ahora hay que demostrarle que sus compañeras no son mejor tratadas que ella.

Me suben a un sillón elevado, y, desde allí, me veo obligada a presenciar los nuevos horrores con los que terminan las orgías.

Los frailes forman un pasillo; todas las hermanas desfilan delante, y reciben un azote de cada uno de ellos; después son obligadas a excitar sus verdugos con la boca mientras éstos las atormentan y las insultan.

La más niña, la de diez años, se coloca sobre el canapé, y cada religioso acude a hacerle sufrir el suplicio que prefiera; a su lado se pone la joven de quince años, con la que aquel que acaba de infligir el castigo debe disfrutar inmediatamente a su capricho; hace de comodín: la mas vieja debe acompañar al fraile que actúa, a fin de servirle, bien en esta operación, bien en el acto que debe concluirla. Severino sólo utiliza la mano para golpear a la que se le ofrece, y corre a englutirse en el santuario que le deleita y que le presenta la que han colocado a su lado; armada con un manojo de ortigas, la vieja le devuelve lo que acaba de hacer; del interior de esas dolorosas titilaciones nace la ebriedad del libertino... Preguntado si se consideraría cruel, aducirá que no ha hecho nada que él mismo no haya previamente soportado.

Clément pellizca levemente las carnes de la chiquilla: el goce ofrecido al lado le resulta prohibido, pero le tratan como él ha tratado; y deja a los pies del ídolo el incienso que ya no tiene fuerzas para arrojar dentro del santuario.

Antonin se divierte magullando fuertemente las partes carnosas del cuerpo de su víctima; excitado por los saltos que da, se abalanza a la parte ofrecida a sus placeres predilectos. Es, a su vez, magullado y golpeado, y su ebriedad es el fruto de los tormentos.

El viejo Jérôme sólo se sirve de sus dientes, pero cada mordisco deja una huella de la que la sangre mana inmediatamente; después de una docena, el comodín le presenta la boca; satisface en ella su furia, mientras que él mismo es mordido con idéntica fuerza.

Los monjes beben y recuperan las fuerzas.

La mujer de treinta y seis años, preñada de tres meses, tal como os he contado, es encaramada sobre un pedestal de ocho pies de altura, en el que sólo puede colocar una pierna, viéndose obligada a tener la otra suspendida en el aire; a su alrededor hay unos colchones rellenos de espinos, de acebos, de abrojos, de tres pies de espesor; y se le ha dado una vara flexible para sostenerse. Es fácil ver, por una parte, el esfuerzo que pone en no caer, y, por otra, la imposibilidad de mantener el equilibrio: esta alternativa divierte a los frailes. Alineados los cuatro a su alrededor, cada uno de ellos tiene una o dos mujeres que los excitan de maneras diversas durante el espectáculo. Por muy embarazada que esté, la desdichada permanece en esa actitud durante un cuarto de hora; al fin le fallan las fuerzas, cae sobre los espinos, y nuestros malvados, borrachos de lujuria, ofrecerán por última vez sobre su cuerpo el abominable homenaje de su ferocidad... Luego se retiran.

El superior me confia a manos de aquella mujer, de treinta años de edad, de la que ya os he hablado: la llamaban Omphale. Le habían asignado el cometido de instruirme y de instalarme en mi nuevo domicilio, pero aquella primera noche no vi ni escuché nada. Anonadada y desesperada, sólo quería reposar un poco. Descubrí en la habitación adonde me destinaba a otras mujeres que no estuvieron en la cena; dejé para el día siguiente el examen de todos esos nuevos cuerpos, y sólo me ocupé de buscar un poco de descanso. Omphale me dejó tranquila, y se acostó en su cama. Así que estoy en la mía, todo el horror de mi suerte se presenta aún más vivamente ante mí; no acababa de creerme todas las abominaciones que había sufrido, ni aquellas de las que había sido testigo. ¡Ay de mí!, si alguna vez mi imaginación se había extraviado por esos placeres, yo los creía castos como el Dios que los inspiraba, ofrecidos por la naturaleza para servir de consuelo a los humanos, los suponía nacidos del amor y de la delicadeza. Estaba muy lejos de creer que el hombre, a ejemplo de los animales feroces, sólo pudiera disfrutar haciendo temblar a su compañera... Después, volviendo sobre la fatalidad de mi suerte... «¡Oh, justo cielo!», me decía, «¡así que ahora es absolutamente cierto que ningún acto virtuoso emanará de mi corazón sin que vaya inmediatamente seguido de un dolor! ¿Y qué daño hacía yo, Dios santo, deseando cumplimentar en este convento algunos deberes religiosos? ¿He ofendido al cielo por querer rezar? ¡Incomprensibles designios de la Providencia, dignaos», proseguí, «mostraros a mis ojos si no queréis que me rebele contra vosotros!» Unas amargas lágrimas siguieron a estas reflexiones, y todavía estaba inundada por ellas cuando se hizo de día; entonces Omphale se acercó a mi cama.

—Querida compañera —me dijo—, vengo a exhortarte que tengas valor. Yo lloré como tú los primeros días, y ahora me he acostumbrado. Tú te acostumbrarás como yo he hecho. Los comienzos son terribles. No es únicamente la necesidad de satisfacer las pasiones de esos depravados lo que constituye el suplicio de nuestra vida, es la pérdida de nuestra libertad, la manera cruel con que se nos trata en esta espantosa casa.

Los infelices se consuelan al ver a otros a su lado. Por agudos que fueran mis dolores, los mitigué un instante, para rogar a mi compañera que me informara de los males que debía esperar.

—Un momento —me dijo mi maestra—, levántate, comencemos por recorrer nuestro retiro, contempla a las nuevas compañeras, y después hablaremos.

Obedeciendo los consejos de Omphale, vi que estaba en una cámara muy grande en la que había ocho camitas de indiana bastante limpias; al lado de cada cama había un cuarto de aseo, pero todas las ventanas que iluminaban tanto los cuartos como la cámara dista-

ban dos metros del suelo y estaban provistos de barrotes por dentro y por fuera. En el centro de la cámara principal había una gran mesa clavada en el suelo, para comer o para trabajar; tres puertas más forradas de hierro cerraban la cámara; ninguna cerradura a nuestro lado, cerrojos enormes al otro.

—¿Esta es nuestra prisión? —le dije a Omphale.

—¡Sí, querida mía! —me contestó—; es nuestra única vivienda; las ocho mujeres restantes tienen cerca de aquí una cámara semejante, y sólo nos comunicamos cuando les place a los monjes reunirnos.

Entré en el cuarto de aseo que me estaba destinado; ocupaba unos tres metros cuadrados; la luz procedía, como en la otra habitación, de una ventana altísima y totalmente recubierta de hierro. Los únicos muebles eran un bidé, un lavabo y un retrete. Salí; mis compañeras, impacientes por verme, me rodearon; eran siete: yo hacía la octava. Omphale, que vivía en la otra cámara, sólo estaba en ésta para instruirme; se quedaría allí si yo lo quería, y una de las de esta cámara la sustituiría en la suya; exigí este arreglo, y así se hizo. Pero antes de pasar al relato de Omphale, me parece esencial describiros las siete nuevas compañeras que me deparaba la suerte; lo haré por orden de edad, como en el caso de las primeras.

La más joven tenía doce años, una fisonomía muy viva y muy graciosa, los más hermosos cabellos y la boca más bonita.

La segunda tenía dieciséis años; era una de las rubias más hermosas que nunca había visto, unas facciones realmente deliciosas, y todas las gracias, toda la gentileza de su edad, mezcladas con una especie de expresión, fruto de su tristeza, que la hacía aún mil veces más bella.

La tercera tenía veintitrés años; muy bonita, pero un exceso de descaro y de impudor degradaba, en mi opinión, los encantos con que la había dotado la naturaleza.

La cuarta tenía veintiséis años; estaba moldeada como una Venus; con unas formas, sin embargo, un tanto exageradas; una blancura deslumbrante; la fisonomía dulce, franca y risueña, hermosos *ojos,* la boca un poco grande, pero con una dentadura admirable, y soberbios cabellos rubios.

La quinta tenía treinta y dos años; estaba preñada de cuatro meses, un rostro ovalado, un poco triste, con grandes ojos llenos de expresión, muy pálida, una salud delicada, una voz tierna, y escasa lozanía; libertina por naturaleza: se agotaba, me dijeron, a sí misma.

La sexta tenía treinta y tres años; una mujer alta, bien plantada, el rostro más hermoso del mundo, bellas carnes.

La séptima tenía treinta y ocho años; un auténtico modelo de estatura y de belleza; era la decana de mi cámara; Omphale me previno de su maldad, y principalmente del gusto que sentía por las mujeres.

—Ceder es la auténtica manera de gustarle —me dijo mi compañera—; resistírsele es concitar sobre la propia cabeza todos los males que pueden afligirnos en esta casa. Ya verás qué haces.

Omphale pidió a Ursule, que así se llamaba la decana, permiso para instruirme; Ursule le consintió con la condición de que fuera a besarla. Me acerqué a ella: su lengua impura quiso reunirse con la mía, mientras sus dedos se empeñaban en provocar unas sensaciones que estaba muy lejos de conseguir. A pesar mío, sin embargo, tuve que prestarme a todo, y cuando creyó haber vencido, me despidió a mi cuarto de aseo, donde Omphale me habló de la siguiente manera:

—Todas las mujeres que viste ayer, querida Thérèse, y las que acabas de ver, se dividen en cuatro clases de cuatro mujeres cada una de ellas. La primera es llamada la clase de la infancia: abarca las mujeres desde la más tierna edad hasta los dieciséis años; las distingue un traje blanco.

»La segunda clase, cuyo color es el verde, se llama la clase de la juventud; comprende las mujeres de dieciséis a veinte años.

»La tercera clase es la edad del juicio; viste de azul; va de los veintiuno a los treinta; es en la que estamos nosotras dos.

»La cuarta clase, vestida de castaño dorado, está destinada a la edad madura; la forman todas las que pasan de los treinta años.

»Estas mujeres o bien se mezclan indistintamente en las cenas de los reverendos padres, o aparecen allí por clases: todo depende del capricho de los frailes, pero, al margen de las cenas, están mezcladas en las dos cámaras, como puedes juzgar por las que ocupan la nuestra.

»La instrucción que tengo que darte, me dijo Omphale, se resume en cuatro capítulos principales: en el primero trataremos de lo que se refiere a la casa; en el segundo, pondremos lo que concierne al comportamiento de las mujeres, sus castigos, su nutrición, etcétera, etcétera; el tercer capítulo te instruirá acerca de la organización de los placeres de los monjes, de la manera como las mujeres lo ejecutan; el cuarto te expondrá la historia de las bajas y de los cambios.

»No te describiré en absoluto, Thérèse, los alrededores de esta horrible casa, los conoces tan bien como yo; te hablaré sólo del *interior;* me lo han mostrado a fin de que pueda dar su imagen a las recién llegadas, de cuya educación me encargo, y quitarles mediante esta descripción cualquier deseo de evadirse. Ayer, Severino te explicó una parte: no te engañó en absoluto, querida mía. La iglesia y el pabellón contiguo forman lo que es propiamente el convento; pero tú ignoras cómo está situado el cuerpo de edificio que habitamos, cómo se llega a él; es así. En el fondo de la sacristía, detrás del altar, hay una puerta oculta en el revestimiento de madera que se abre mediante un resorte; esa puerta es la entrada de un estrecho pasillo, tan oscuro como largo, con unas sinuosidades que tu terror al entrar te impidieron, sin duda, descubrir; al principio ese pasillo desciende, porque es preciso que pase debajo de un foso de diez metros de profundidad, luego sube a lo largo de la anchura del foso, y sólo queda a seis pies debajo del suelo; así es como llega a los subterráneos de nuestro pabellón, alejado del otro aproximadamente un cuarto de legua. Seis espesos recintos impiden que sea posible descubrir el alojamiento, incluso para alguien encaramado al campanario de la iglesia; la razón de eso es muy sencilla: el pabellón es muy bajo, no alcanza los ocho metros, y los recintos, compuestos unos de murallas, otros de seto vivo muy espeso, tienen cada uno de ellos más de quince de altura: desde cualquier lugar que se mire, esta parte sólo puede ser tomada, por tanto, como un bosquecillo, pero jamás como una vivienda; tal como acabo de decir, la salida del oscuro pasillo que te he mencionado se efectúa por una trampilla que da a los subterráneos, y de la que es imposible que te acuerdes por el estado en que debías estar al cruzarla. Este pabellón, querida mía, se compone en conjunto de unos subterráneos, una planta baja, un entresuelo y un primer piso; la parte superior es una bóveda muy espesa cubierta por una cubeta de plomo llena de tierra, en la que están plantados unos arbustos siempre verdes que, combinando con los setos que nos rodean, confieren al conjunto un aspecto de macizo aún más real. El subterráneo consta de una

gran sala en el centro y ocho gabinetes alrededor, dos de los cuales sirven de calabozos para las mujeres que han merecido tal castigo, y los seis restantes de bodegas; encima se encuentran la sala de las cenas, las cocinas, las antecocinas, y dos gabinetes donde van los frailes cuando quieren aislar sus placeres y saborearlos con nosotras, al margen de las miradas de sus compañeros. El entresuelo se compone de ocho cámaras, cuatro de las cuales disponen de un cuarto de baño; son las celdas donde duermen los monjes, y donde nos introducen cuando su lubricidad nos destina a compartir sus camas; las otras cuatro son las de los hermanos legos, uno de los cuales es nuestro carcelero, el segundo el criado de los frailes, el tercero el cirujano, que tiene en su celda cuanto se necesita para las necesidades urgentes, y el cuarto el cocinero; estos cuatro hermanos son sordomudos; así que dificilmente esperarás de ellos, como ves, consuelo o ayuda; además, jamás se paran con nosotras, y nos está prohibidísimo hablarles. La parte superior del entresuelo forma los dos serrallos; absolutamente idénticos entre sí; son, como ves, una gran cámara en la que hay ocho cuartos de aseo. Así que imagina, querida hija, en el supuesto de que rompiéramos las rejas de nuestras ventanas, y bajáramos por ellas, todavía estaríamos lejos de poder escapar, ya que restarían por franquear cinco setos vivos, una gruesa muralla y un amplio foso: si llegáramos a vencer estos obstáculos, ¿dónde daríamos entonces? En el patio del convento que, cuidadosamente cerrado, no nos ofrecería tampoco en un primer momento una salida muy segura. Confieso que otro medio de evasión, menos peligroso quizá, consistiría en encontrar en los subterráneos la boca del pasillo que conduce a él; pero ¿cómo llegar a esos subterráneos, perpetuamente encerradas como estamos? E incluso en el caso de que halláramos esa abertura, lleva a un rincón perdido, desconocido por nosotras y protegido asimismo por rejas cuya llave sólo tienen ellos. Y si pese a todo llegáramos a vencer todos estos inconvenientes y alcanzáramos el pasadizo, no por ello el camino sería más seguro para nosotras; está lleno de trampas que sólo ellos conocen, y en las que quedarían inevitablemente atrapadas las personas que quisieran recorrerlo sin ellos. Así pues, hay que renunciar a la evasión, es imposible, Thérèse; cree que si fuera practicable, hace mucho tiempo que yo habría abandonado este detestable lugar, pero no se puede. Los que están aquí sólo salen con la muerte; y de ahí nace la impudicia, la crueldad y la tiranía con que nos tratan esos malvados; nada les inflama, nada les excita más la imaginación que la impunidad que les promete este inabordable retiro; seguros de no tener más testigos de sus excesos que las mismas víctimas que los satisfacen, convencidísimos de que sus extravíos jamás serán revelados, los llevan a los más odiosos extremos; liberados del freno de las leyes, después de haber roto los de la religión y desconocer los del remordimiento, no hay atrocidad que no se permitan, y en esta apatía criminal sus abominables pasiones se sienten tan voluptuosamente estimuladas que nada les excita tanto, dicen, como la soledad y el silencio, como la debilidad de una parte y la impunidad de la otra. Los frailes se acuestan regularmente todas las noches en este pabellón, se dirigen a él a las cinco de la tarde, y regresan al convento a la mañana siguiente a eso de las nueve, a excepción de uno que, por turno, pasa aquí el día: se le llama el regente de guardia. Pronto veremos su función. En cuanto a los cuatro hermanos, no se mueven jamás; tenemos en cada cámara un timbre que comunica con la celda del carcelero; sólo la decana tiene derecho a apretarlo, pero cuando lo hace debido a sus necesidades, o a las nuestras, acude al instante. Los propios padres traen al regresar cada día las provisiones necesarias, y las entregan al cocinero que

las utiliza de acuerdo con sus órdenes; en los subterráneos hay un manantial, y abundancia de vinos de todo tipo en las bodegas.

»Pasemos al segundo capítulo, que se refiere al comportamiento de las mujeres, a su alimento, a su castigo.

»Nuestro número es siempre el mismo; se toman las disposiciones necesarias para que siempre seamos dieciséis: ocho en cada cámara; y, como ves, siempre con el uniforme de nuestra clase. No acabará el día sin que te den los hábitos de aquella en la que tú ingresas; pasamos todo el día en una bata del color que nos corresponde; de noche, en levita del mismo color, peinadas lo mejor que podemos. La decana de la cámara tiene todo el poder sobre nosotras, desobedecerla es un crimen; está encargada de la tarea de inspeccionarnos antes de que nos dirijamos a las orgías, y si algo no está en el estado deseado, ella y nosotras somos castigadas. Podemos cometer varios tipos de faltas. Cada una de ellas tiene su castigo especial cuya tarifa se exhibe en las dos cámaras; el regente de día, el que viene, como te explicaré inmediatamente, a darnos órdenes, designar las mujeres de la cena, visitar nuestras habitaciones, y recibir las quejas de la decana, este fraile, digo, es el que reparte de noche el castigo que cada una ha merecido. He aquí el inventario de los castigos al lado de las culpas que nos los procuran.

»No levantarse por la mañana a la hora debida: treinta latigazos (pues casi siempre nos castigan con este suplicio; era bastante lógico que un episodio de los placeres de esos libertinos se convirtiera en su corrección predilecta); ofrecer, bien por error, bien por cualquier otra causa posible, una parte del cuerpo, en el acto de los placeres, distinta a la que deseaban: cincuenta latigazos; ir mal vestida, o mal peinada: veinte latigazos; no haber avisado de que se tiene la regla: sesenta latigazos; el día en que el cirujano ha comprobado tu preñez: cien latigazos; negligencia, imposibilidad, o rechazo en las proposiciones lujuriosas: doscientos latigazos. ¡Y cuántas veces su infernal maldad nos atrapa en falta sobre eso, sin que nosotras tengamos el más mínimo yerro! ¡Cuántas veces uno de ellos pide de repente lo que sabe perfectamente que se acaba de conceder a otro, y que no se puede repetir inmediatamente! No por ello hay que dejar de sufrir el castigo; jamás son escuchadas nuestras protestas, o nuestras quejas; hay que obedecer o aceptar el castigo. Faltas de conducta en la cámara o desobediencia a la decana: sesenta latigazos; la apariencia de lloros, de pena, de remordimiento, la sospecha misma del más mínimo retorno a la religión: doscientos latizagos. Si un monje te elige para saborear contigo la última crisis del placer y él no puede alcanzarla, sea falta suya, cosa que es muy común, o tuya: al acto, trescientos latigazos. La más mínima apariencia de repugnancia a las proposiciones de los monjes, sean de la naturaleza que sean: doscientos latizagos; un intento de evasión, una revuelta: nueve días de calabozo, completamente desnuda, y trescientos latigazos por día; murmuraciones, malos consejos, malas conversaciones entre nosotras, así que son descubiertos: trescientos latigazos; proyectos de suicidio, negativa a alimentarse como es debido: doscientos latigazos; faltar al respeto a los frailes: ciento ochenta latigazos. Esos son nuestros únicos delitos, por el resto podemos hacer lo que queramos, acostarnos juntas, pelearnos, pegarnos, llegar a los últimos excesos de la ebriedad y de la gula, jurar, blasfemar: todo eso da igual, nada se nos dice por esas faltas; sólo somos reprendidas por las que acabo de mencionarte, pero las decanas pueden evitarnos muchos de esos inconvenientes, si quieren. Desgraciadamente, esta protección sólo se compra con unas complacencias a menudo más molestas que las penas por ellas garantizadas; las de ambas salas tienen los mismos gustos, y sólo concediéndoles favores

se consigue controlarlas. Si se les niegan, multiplican sin motivo la suma de tus errores, y los monjes a los que servimos, lloviendo sobre mojado, lejos de reprocharles su injusticia, las estimulan incesantemente a repetirla; ellas mismas están sometidas a todas estas reglas, y además muy severamente castigadas, si se las sospecha indulgentes. No es que estos libertinos necesiten todo eso para torturarnos, pero les resulta muy cómodo dotarse de pretextos; este aire de naturalidad presta encantos a su voluptuosidad, y la incrementa. Al entrar aquí cada una de nosotras tiene una pequeña provisión de ropa; nos dan media docena de cada cosa, y nos la renuevan cada año, pero hay que entregar lo que nosotras traemos; no se nos permite conservar nada. Las quejas de los cuatro legos de que te he hablado son atendidas como las de la decana; basta su simple delación para que se nos castigue; pero por lo menos no nos piden nada, y no son tan temibles como las decanas, muy exigentes y muy peligrosas cuando el capricho o la venganza dirige sus comportamientos. Nuestro alimento es muy bueno y siempre muy abundante; si de ello no obtuvieran unas dosis de voluptuosidad, es posible que este tema no funcionara tan bien, pero como sus sucios desenfrenos ganan con ello, no descuidan nada para atiborrarnos de comida: los que prefieren azotamos, nos tienen más rollizas, más gordas, y los que, como te decía Jerôme ayer, prefieren ver poner la gallina, están seguros, mediante una alimentación abundante, de una mayor cantidad de huevos. En consecuencia, nos sirven cuatro veces al día; para desayunar, entre las nueve y las diez, nos dan siempre un ave con arroz, frutas frescas o compotas, té, café o chocolate; a la una se nos sirve el almuerzo; cada mesa de ocho es servida de igual manera: un sabroso potaje, cuatro entrantes, un asado y cuatro dulces; postres en cualquier estación. A las cinco y media, se sirve la merienda: pasteles o frutas; la cena es sin duda excelente, si es la de los monjes; si no asistimos a ella, como entonces sólo somos cuatro por cámara, se nos sirve a la vez tres platos de asado y cuatro postres; tenemos cada una de nosotras una botella de vino blanco, otra de tinto, y media botella de licor al día; las que no beben son libres de dárselo a las demás; las hay entre nosotras muy glotonas que beben enormemente, que se emborrachan, y todo eso sin que nadie las riña; las hay también a las que estas cuatro comidas no bastan; no tienen más que llamar, y se les trae inmediatamente lo que piden.

»Las decanas obligan a comer en las comidas, y si se persistiera en no querer hacerlo, por el motivo que fuera, a la tercera vez serás severamente castigada. La cena de los monjes se compone de tres platos de asado, de seis entrantes seguidos por una pieza fría y ocho postres, fruta, tres tipos de vinos, café y licores. A veces, nos sentamos las ocho a la mesa con ellos; otras obligan a cuatro de nosotras a servirles, y cenamos después; ocurre también de vez en cuando que sólo toman cuatro mujeres para cenar; en tal caso, suelen ser clases enteras, y cuando somos ocho, siempre hay dos de cada clase. Inútil decirte que jamás nos visita nadie; ningún extraño, bajo ningún pretexto, entra en este pabellón. Si caemos enfermas, nos cuida el único lego cirujano, y si morimos, es sin ninguna ayuda religiosa; nos arrojan a uno de los espacios formados por los setos, y eso es todo; pero por una insigne crueldad, si la enfermedad llega a ser demasiado grave, o se teme el contagio, no esperan a que muramos para enterrarnos; se nos llevan y nos colocan donde te he dicho, todavía en vida; desde los dieciocho años estoy aquí, he visto más de diez ejemplos de esta insigne ferocidad; dicen a eso que es mejor perder una que arriesgar dieciséis; que, además, la pérdida de una mujer es tan leve, tan fácilmente reparable, que no hay por qué lamentarla.

»Pasemos a la satisfacción de los placeres de los frailes y a todo lo que se refiere a esta parte.

»Aquí nos levantamos a las nueve en punto de la mañana, en cualquier estación; nos acostamos más o menos tarde, según la cena de los monjes. Apenas nos hemos levantado, viene a visitarnos el regente de día, se sienta en un gran sillón, y allí, cada una de nosotras está obligada a colocarse delante de él con las faldas arremangadas por el lado que prefiere; toca, besa, examina, y cuando todas han cumplido este deber, designa a las que deben asistir a la cena; les ordena el estado en que deben encontrarse, recoge las quejas por parte de la decana, y se imponen los castigos. Rara vez sale sin una escena de lujuria en la que utiliza habitualmente a las ocho. La decana dirige estos actos libidinosos, y por nuestra parte reina la más total sumisión. Antes del desayuno, ocurre con frecuencia que uno de los reverendos padres reclama en su cama a una de nosotras; el hermano carcelero trae un papel con el nombre de la que quiere; aunque el regente de día la ocupara entonces, no tiene derecho a retenerla, se va, y regresa cuando la despiden. Acabada esta primera ceremonia, desayunamos; desde ese momento hasta la noche, ya no tenemos nada que hacer; pero a las siete en verano y a las seis en invierno, vienen a buscar a las que han sido designadas; el propio hermano carcelero las conduce, y, después de la cena, las que no han sido retenidas por la noche vuelven al serrallo. Con frecuencia no queda ninguna, y envían a buscar para la noche a otras nuevas; y se las avisa igualmente, con varias horas de antelación, del traje con que deben presentarse; a veces sólo se acuesta la mujer de retén.

—La mujer de retén —la interrumpí—, ¿qué es este nuevo cargo?

—Ahora te lo digo —me contestó mi narradora—. Todos los primeros de mes, cada fraile adopta una mujer que durante este período debe servirle tanto de criada como de comodín a sus indignos deseos; sólo están exceptuadas las decanas, debido al deber de su cámara. No pueden cambiarlas a lo largo del mes, ni retenerlas dos meses seguidos; nada tan cruel ni tan duro como las tareas de ese servicio, y no sé cómo te acostumbrarás a él. Así que suenan las cinco de la tarde, la mujer de retén baja al lado del monje que sirve, y ya no le abandona hasta la mañana siguiente, a la hora en que él pasa al convento. Ella lo recupera a su vuelta; estas pocas horas las utiliza en comer y en descansar, pues tiene que velar las noches que pasa al lado de su amo; te lo repito, esta desdichada está ahí para servir de comodín a todos los caprichos que se le pueden ocurrir al libertino: bofetones, azotes, insultos, placeres, tiene que soportarlo todo; debe pasar de pie la noche en la habitación de su dueño y siempre dispuesta a ofrecerse a las pasiones que puedan agitar al tirano; pero la más cruel, la más ignominiosa de estas servidumbres, es la terrible obligación que tiene de presentar su boca o su pecho a una u otra necesidad de ese monstruo; no utiliza jamás ningún otro recipiente: tiene que recibirlo todo, y la más leve repugnancia es castigada inmediatamente con los tormentos más bárbaros. En todas las escenas de lujuria, son esas mujeres las que ayudan a los placeres, las que los cuidan y limpian todo lo que ha podido ser manchado: ¿un monje lo ha sido al acabar de gozar de una mujer? A la boca de la siguiente le corresponde reparar este desorden. ¿Quiere ser excitado? Es tarea de esta desdichada; lo acompaña a todos los lugares, lo viste, lo desnuda, le sirve, en una palabra, en todos sus instantes, siempre lo hace mal, y siempre la pegan; en las cenas, su lugar está, o detrás de la silla de su amo, o, como un perro, a sus pies, debajo de la mesa, o de rodillas, entre sus muslos, excitándole con la boca; a veces le sirve de asiento o de candelabro; otras veces estarán las cuatro alrededor de la mesa, en

las actitudes más lujuriosas, pero al mismo tiempo más incómodas. Si pierden el equilibrio, corren el peligro de caer sobre unas espinas puestas cerca de allí, o de partirse un miembro, o incluso de matarse, cosa de la que ya hay algún ejemplo; y durante ese tiempo los malvados se divierten, se propasan, se embriagan a placer de comida, de vino, de lujuria y de crueldad.

—¡Oh, cielo santo! ——dije a mi compañera estremeciéndome horrorizada—. ¡Cómo es posible llegar a tales excesos! ¡Qué infierno!

—Escucha, Thérèse, escucha, criatura, estás lejos todavía de saberlo todo —dijo Omphale—. El estado de preñez, reverenciado en el mundo, es una reprobación segura entre esos infames, no evita los castigos, ni las guardias; es, por el contrario, un vehículo para las penas, las humillaciones, los pesares. ¡Cuántas veces a fuerza de golpes hacen abortar a aquellas cuyo fruto no están decididos a recoger! Y si lo recogen, es para disfrutar de él: lo que ahora te digo debe bastarte para pensar en evitar este estado el mayor tiempo posible.

—Pero ¿se puede hacer?

—Sin duda, hay unas esponjas... Pero si Antonin las descubre, no hay modo de escapar a su indignación; lo más seguro es sofocar la impresión de la naturaleza desarmando la imaginación y, con semejantes malvados, eso no es difícil.

»Por otra parte —prosiguió mi maestra—, aquí hay relaciones y parentescos que tú no imaginas, y que es bueno explicarte, pero esto al entrar en el cuarto capítulo, o sea el de nuestras reclutas, nuestras bajas y nuestros cambios, voy a iniciarlo para incluir en él este pequeño detalle.

»No ignoras, Thérèse, que los cuatro monjes que forman este convento están a la cabeza de la orden, los cuatro son de familias distinguidas, y los cuatro muy ricos por cuenta propia. Al margen de los fondos considerables puestos por la orden de los benedictinos para el mantenimiento de este voluptuoso retiro, al que todos tienen la esperanza de llegar algún día, los que están aquí añaden además a esos fondos una parte considerable de sus bienes; ambas cosas reunidas alcanzan a más de cien mil escudos por año, que sólo sirven para el reclutamiento o los gastos de la casa. Cuentan con doce mujeres de absoluta confianza, encargadas únicamente de la tarea de entregarles cada mes una persona, entre los doce y los treinta años, ni por debajo, ni por encima. La persona debe estar carente de cualquier defecto y dotada de las máximas cualidades posibles, pero principalmente de un origen distinguido. Estos secuestros, bien pagados, y siempre realizados muy lejos de aquí, no provocan ningún inconveniente; jamás he visto que surgieran quejas. Sus extremas precauciones les ponen al cubierto de todo; no aspiran en absoluto a las primicias; una joven ya seducida, o una mujer casada, les gusta igualmente; pero es preciso que el rapto se haya producido, que sea comprobado; esta circunstancia les excita; quieren estar seguros de que sus crímenes cuestan lágrimas; devolverían a una joven que se entregara a ellos voluntariamente; si tú no te hubieras defendido prodigiosamente, si no hubieran descubierto un fondo real de virtud en ti, y por consiguiente la certeza de un crimen, no te hubieran conservado ni veinticuatro horas. Así, pues, todo lo que hay aquí, Thérése, es de la mejor cuna; ahí donde me ves, querida amiga, yo soy la hija única del conde de ***, secuestrada en París a la edad de doce años, y destinada a poseer un día cien mil escudos de dote; fui arrebatada de los brazos de mi gobernanta que me devolvía a solas en un coche, de una finca de mi padre a la abadía de Panthémont, en donde era educada; mi gobernanta desapareció; verosímilmente estaba

comprada; me trajeron aquí en diligencia. Todas las demás están en el mismo caso. La muchacha de veinte años pertenece a unas de las familias más distinguidas del Poitou. La de dieciséis es hija del barón de ***, uno de los más grandes señores de la Lorena; condes, duques y marqueses son los padres de la de veintitrés, de la de doce y de la de treinta y dos; ni una, en suma, que no pueda reclamar los títulos más importantes, y ni una que no sea tratada con la más extrema ignominia. Pero estos infames no se contentan con tamaños horrores; han querido deshonrar el seno mismo de su propia familia. La joven de veintiséis, una de las más bellas sin duda, es la sobrina de Clément, y la de treinta y seis es la sobrina de Jérôme.

»En cuanto una nueva joven llega a esta cloaca impura, en cuanto está sustraída para siempre del universo, dan de baja inmediatamente a otra, y ahí está, querida muchacha, ahí está el complemento de nuestros dolores; el más cruel de nuestros males es ignorar lo que nos ocurre, en estas terribles e inquietantes bajas. Es absolutamente imposible decir lo que pasa al abandonar estos lugares. Tenemos todas las pruebas que nuestra soledad nos permite adquirir de que las mujeres dadas de baja por los monjes no reaparecen jamás; ellos mismos nos previenen, no nos ocultan que este retiro es nuestra tumba; pero ¿nos asesinan? ¡Justo cielo!, ¿el homicidio, el más execrable de los crímenes sería, pues, para ellos, como para aquel célebre mariscal de Retz,* una especie de placer cuya crueldad, exaltando su pérfida imaginación, consigue sumir sus sentidos en la más viva ebriedad? Acostumbrados a disfrutar únicamente con el dolor, a deleitarse sólo con los tormentos y los suplicios, ¿es posible que se extravíen hasta el punto de creer que redoblándolos, que mejorando la primera causa del delirio, tuvieran inevitablemente que hacerlo más perfecto, y entonces, tan sin principios como sin fe, tan sin modales como sin virtudes, los tunantes, abusando de las desdichas en que sus primeros desmanes nos sumieron, se solacen con unos segundos que nos arrancan la vida? No sé... Si se les pregunta sobre ello, balbucean y a veces dicen que no y a veces que sí; lo que hay de seguro es que ninguna de las que han salido, por muchas promesas que nos hayan hecho de denunciar a estas personas y de contribuir a nuestra liberación, ninguna, repito, ha cumplido su palabra... Una vez más, ¿acallan nuestras denuncias, o nos colocan fuera de la situación de hacerlas? Cuando preguntamos a las que llegan noticias de las que nos han abandonado, jamás saben nada. ¿Qué les ocurre, pues, a estas desdichadas? Eso es lo que nos atormenta, Thérése, ahí está la fatal incertidumbre que amarga nuestros días. Llevo dieciocho años en esta casa, he visto salir de ella más de doscientas mujeres... ¿Dónde están? ¿Por qué todas han jurado ayudarnos y ninguna ha mantenido su palabra?

* Ved la *Historia de Bretaña,* por mosén Lobineau. (N. *del A.)*

»Nada, además, justifica nuestra jubilación; la edad, el cambio de facciones, todo da igual, el capricho es su única regla. Hoy despedirán a las que acariciaron ayer; y conservarán durante diez años a aquellas de las que están más hartos; ésta es la historia de la decana de nuestra sala; lleva doce años en la casa, la siguen celebrando, y he visto, para mantenerla, despedir a criaturas de quince años cuya belleza habría puesto celosas a las Gracias. La que se fue, hace ocho días, no tenía dieciséis años cumplidos: hermosa como la propia Venus, sólo llevaban un año disfrutando de ella, pero quedó preñada, y ya te he dicho, Thérése, en esta casa es una gran culpa. El mes pasado, despidieron a una de diecisiete años. Hace un año, a una de veinte, preñada de ocho meses; y últimamente a otra en el instante en que sentía los primeros dolores del parto. No te imagines que el

comportamiento tenga alguna importancia: las he visto que se adelantaban a sus deseos, y que se iban al cabo de seis meses; y a otras, malhumoradas y embusteras, las conservaban un gran número de años. Así que es inútil recomendar a las recién llegadas un tipo cualquiera de conducta; la fantasía de estos monstruos rompe todos los frenos y se convierte en la única ley de sus actos.

»Cuando debes ser despedida, te avisan por la mañana, nunca antes, el regente del día aparece a las nueve como de costumbre, y supongo que te dice: "Omphale, el convento te despide, vendré a buscarte por la noche". Después prosigue su tarea. Pero en el examen ya no te ofreces a él, luego sale; la despedida abraza a sus compañeras, les promete mil y mil veces que las ayudará, que presentará una denuncia, que contará lo que ocurre; suena la hora, aparece el fraile, la mujer se va, y ya no se vuelve a oír hablar más de ella. Sin embargo, la cena se celebra como de costumbre, las únicas observaciones que hemos hecho esos días es que los monjes llegan rara vez a los últimos episodios del placer, diríase que se cuidan, sin embargo beben mucho más, a veces hasta la ebriedad; nos despiden mucho antes, no se queda ninguna mujer para acostarse, y las muchachas de retén se retiran al serrallo.

—Bueno, bueno —le dije a mi compañera—, si nadie os ha ayudado es porque sólo habéis tratado con criaturas débiles, intimidadas, o con niñas que no se han atrevido a nada por vosotras. Yo no tengo miedo de que nos maten, por lo menos no lo creo, es imposible que unos seres razonables puedan llevar el crimen hasta este punto... Sé muy bien que... Después de todo lo que he visto, quizá no debiera justificar a los hombres como lo hago, pero es imposible, querida, que puedan realizar unos horrores cuya misma idea es inconcebible. ¡Oh!, querida compañera —continué con calor—, ¿quieres hacer conmigo esta promesa a la que juro no faltar?... ¿Quieres?

—Sí.

—¡Pues bien! Te juro por lo más sagrado, por el Dios que me anima y al que únicamente adoro..., te prometo que o moriré en el empeño, o destruiré a estos infames; ¿me prometes tú otro tanto?

—¿Lo dudas? —me contestó Omphale—, pero puedes estar segura de la inutilidad de tus promesas. Otras más indignadas que tú, más firmes, mejor preparadas, amigas perfectas, en una palabra, que habrían dado su sangre por nosotras, han faltado a los mismos juramentos. Permíteme pues, querida Thérèse, permite a mi cruel experiencia que considere los nuestros como inútiles, y que no cuente con ellos.

—¿Y los monjes —dije a mi compañera— también cambian, llegan a menudo otros nuevos?

—No —me contestó—. Hace diez años que Antonin está aquí, Clément lleva dieciocho viviendo, Jérôme está aquí desde hace treinta, y Severino desde hace veinticinco. Este superior, nacido en Italia, es pariente próximo del Papa, con el que mantiene muy buenas relaciones, y sólo desde que él está aquí los supuestos milagros de la Virgen aseguran la reputación del convento e impiden a los maldicientes examinar desde demasiado cerca lo que ocurre aquí; pero la casa ya estaba montada como la ves, cuando él llegó. Hace más de cien años que subsiste igual y todos los superiores que han venido han conservado un orden tan ventajoso para sus placeres. Severino, el hombre más libertino de su siglo, se hizo instalar aquí para llevar una vida acorde con sus gustos. Su intención es mantener los privilegios secretos de esta abadía todo el tiempo que pueda. Pertenecemos a la diócesis de Auxerre, pero lo sepa el obispo o no, jamás lo vemos aparecer, jamás pone los pies en

el convento. En general, aquí viene muy poca gente, salvo en época de la fiesta, que es la de la Virgen de agosto. Por lo que dicen los monjes, en esta casa no aparecen diez personas por año; sin embargo, es verosímil que cuando se presentan algunos extraños, el superior se preocupe de recibirlos bien; los impresiona con sus apariencias de religión y de austeridad, se van contentos, elogiando el monasterio, y la impunidad de estos malvados se apuntala así sobre la buena fe del pueblo y la credulidad de los devotos.

Omphale acababa de terminar su instrucción, cuando sonaron las nueve. La decana no tardó en llamarnos, y llegó, en efecto, el regente de día. Era Antonin, y nos colocamos en fila según la costumbre. Arrojó una breve mirada sobre el conjunto, nos contó, y después se sentó; entonces fuimos una tras otra a arremangar nuestras faldas delante de él, de un lado por encima del ombligo, del otro hasta la mitad de la cintura. Antonin recibió este homenaje con la indiferencia de la saciedad, no se alteró; después, mirándome, me preguntó cómo me sentía en la aventura. Al verme contestar con unas lágrimas, dijo riendo:

—Se acostumbrará; no hay casa en Francia donde se forme mejor a las jóvenes que en ésta.

Tomó la lista de las culpables de manos de la decana, y, después, dirigiéndose de nuevo a mí, me hizo estremecer. Cada gesto, cada movimiento con que parecía que debía someterme a esos libertinos, era para mí como una sentencia de muerte. Antonin me ordena que me siente en el borde de una cama, y, en esta posición, dice a la decana que venga a desnudar mi garganta y levantar mis faldas hasta debajo de mi seno; él mismo abre mis piernas al máximo, se sienta delante de este panorama, una de mis compañeras se coloca sobre mí en la misma postura, de modo que es el altar de la generación lo que se ofrece a Antonin en lugar de mi cara, y si disfruta, tendrá estos encantos a la altura de su boca. Una tercera joven, arrodillada delante de él, le excita con la mano, y una cuarta, totalmente desnuda, le señala con los dedos, encima de mi cuerpo, donde debe pegarme. Insensiblemente esta joven me masturba a mí, y lo que ella me hace, Antonin, con cada una de sus manos, lo hace igualmente a derecha

e izquierda a las otras dos jóvenes. Imposible imaginar los disparates, los discursos obscenos con que se excita el depravado; alcanza finalmente el estado que desea, le conducen a mí. Pero todas le siguen, todas intentan inflamarle mientras se dispone a gozar, dejando totalmente al desnudo sus partes posteriores. Omphale, que se apodera de ellas, no omite nada para excitarlas: frotes, besos, masturbaciones, lo hace todo. Antonin encendido se precipita sobre mí...

—Quiero preñarla de golpe —dice enfurecido.

Estos extravíos determinan lo fisico. Antonin, cuya costumbre era prorrumpir en gritos terribles en este último instante de su ebriedad, los lanza espantosos: todas lo rodean, todas le sirven, todas colaboran en incrementar su éxtasis, y el libertino lo alcanza en medio de los episodios más extravagantes de la lujuria y de la depravación.

Este tipo de grupos se producía con frecuencia; era una regla que cuando un monje disfrutara del modo que fuera, todas las jóvenes lo rodearan, a fin de abarcar sus sentidos por todas partes, y de que la voluptuosidad pudiera, si se me permite expresarme así, penetrar más seguramente en él por todos sus poros.

Antonin salió, trajeron el desayuno; mis compañeras me obligaron a comer, yo lo hice para no disgustarlas. Apenas habíamos terminado cuando el superior entró: al vernos

todavía a la mesa, nos dispensó de las ceremonias que debían ser para él las mismas que acabábamos de ejecutar para Antonin.

—Hay que pensar en vestirla —dijo al verme.

Al mismo tiempo, abre un armario y arroja sobre mi cama varios trajes del color indicado para mi clase y unos cuantos montones de ropa blanca.

—Pruébate todo eso —me dijo—, y entrégame lo que te pertenece.

Le obedezco, pero, imaginando lo que iba a ocurrir, había apartado prudentemente mi dinero durante la noche y lo había ocultado en mis cabellos. A cada pieza de ropa que me saco, las ardientes miradas de Severino se dirigen al atractivo descubierto, y sus manos no tardan en pasearse por él. Al fin, medio desnuda, el fraile me coge, me coloca en la posición útil para sus placeres, o sea exactamente opuesta a la que acaba de colocarme Antonin; quiero pedirle gracia, pero viendo ya el furor en sus ojos, pienso que es más segura la obediencia; me paro, lo rodean, sólo ve a su alrededor el altar obsceno que le deleita; sus manos lo aprietan, su boca se pega a él, sus miradas lo devoran... llega al colmo del placer.

—Si os parece bien, señora —dijo la bella Thérèse—, voy a limitarme a explicaros aquí la historia resumida del primer mes que pasé en ese convento, o sea las anécdotas principales de ese período; el resto sería una repetición. La monotonía de aquella estancia la arrojaría sobre mis relatos, e inmediatamente después debo pasar, según creo, al acontecimiento que al fin me sacó de aquella impura cloaca.

Aquel primer día no estaba en la cena, se habían limitado a nombrarme para pasar la noche con el padre Clément; siguiendo la costumbre, me dirigí a su celda instantes antes de que él regresara, y el hermano carcelero me condujo y me encerró allí.

Llega, tan excitado por el vino como por la lujuria, seguido de la joven de veintiséis años que tenía entonces de retén a su lado. Sabedora de lo que tengo que hacer, me arrodillo así que le oigo. Se me acerca, me contempla en esta humillación, me ordena después que me levante y que lo bese en la boca; saborea ese beso varios minutos y le da toda la expresión... toda la expresión que pueda imaginarse. Durante ese tiempo, Armande (era el nombre de la que le servía) me desnudaba minuciosamente, cuando la parte inferior de los riñones, por la que había comenzado, queda al descubierto, se apresura a darme la vuelta y a exponer a su tío el lado predilecto de sus gustos. Clément lo examina, lo toca, luego, sentándose en un sillón, me ordena que me acerque para dárselo a besar; Armande está ante sus rodillas, le excita con la boca, Clément coloca la suya en el santuario del templo que le ofrezco, y su lengua se pierde en el sendero que halla en el centro; sus manos apretaban los mismos altares en Armande, pero, como las ropas que la joven conservaba le molestaban, le ordena que se las quite, lo que hizo inmediatamente, y la dócil criatura recuperó al lado de su tío una posición en la cual, excitándolo únicamente con la mano, estaba más al alcance de la de Clément. El monje impuro, siempre ocupado conmigo, me ordena entonces que de en su boca libre curso a las ventosidades que pudieran llenar mis entrañas; esta fantasía me pareció repugnante, pero aún estaba lejos de conocer todas las irregularidades del desenfreno: obedezco y me resiento inmediatamente del efecto de esta intemperancia. El monje, más excitado, se vuelve más ardiente, muerde súbitamente en seis lugares los globos de carne que le presento; lanzo un grito y doy un salto, se levanta, se me acerca, con la cólera en los ojos,

y me pregunta si sé lo que he arriesgado estorbándole: le doy mil excusas, me agarra por el corsé que todavía llevaba en el pecho y lo arranca, junto con mi camisa, en menos tiempo del que tardo en contarlo... Agarra mi pecho con ferocidad, y lo aprieta a la vez que me insulta; Armande le desnuda, y ya estamos los tres desnudos. Por un instante, se ocupa de Armande; le asesta con la mano unas furiosas bofetadas; la besa en la boca, le muerde la lengua y los labios, ella grita, a veces el dolor arranca de los ojos de la joven unas lágrimas involuntarias; la hace subir a una silla y exige de ella la misma acción que ha deseado conmigo. Armande le satisface, yo le masturbo con una mano; durante esta lujuria, le azoto ligeramente con la otra, muerde igualmente a Armande, pero ella se contiene y no se atreve a moverse. Sin embargo, los dientes del monstruo aparecen grabados en las carnes de la hermosa joven. Se ven en varios lugares; volviéndose después bruscamente me dijo:

—Thérèse, vas a sufrir cruelmente —no necesitaba decirlo, su mirada lo anunciaba en exceso—; te azotaré por todas partes, sin exceptuar nada.

Y al decir eso, había vuelto a agarrar mi pecho que manoseaba con brutalidad; frotaba los pezones con las puntas de sus dedos y me producía unos dolores muy vivos. Yo no me atrevía a decirle nada por miedo a irritarle aún más, pero el sudor cubría mi frente, y mis ojos, a pesar mío, se cubrían de lágrimas. Me gira, me obliga a arrodillarme en el borde de una silla, con las manos sosteniendo el respaldo, sin soltarlo ni un minuto, bajo las penas más graves. Viéndome al fin así, perfectamente a su alcance, ordena a Armande que le traiga unas varas, ella le ofrece un fino y largo puñado; Clément las coge, y ordenándome que no me mueva, comienza con una veintena de golpes en los hombros y en la parte superior de los riñones; me deja un instante, va a coger a Armande y la coloca a seis pies de mí, también de rodillas, en el borde de una silla. Nos dice que nos azotará a las dos juntas, y que la primera de las dos que soltará la silla, lanzará un grito, o derramará una lágrima será inmediatamente sometida por él al suplicio que le parezca. Propina a Armande el mismo número de golpes que acaba de darme a mí, y exactamente en los mismos sitios; me toma de nuevo, besa todo lo que acaba de herir, y alzando sus varas me dice:

—Pórtate bien, tunanta, serás tratada como la peor de las miserables.

Con estas palabras recibo cincuenta golpes, pero que sólo van, exclusivamente, de la mitad de la espalda hasta la parte inferior de los riñones. Corre hacia mi compañera y la trata igual; no decíamos palabra; sólo se oían unos gemidos sordos y contenidos, y teníamos la suficiente fuerza para contener las lágrimas. Por mucho que estuvieran muy inflamadas las pasiones del fraile, no se percibía todavía, sin embargo, ninguna señal; a intervalos se masturbaba fuertemente sin que nada se levantara. Acercándose a mí, observa por unos minutos los dos globos de carne todavía intactos y que iban a soportar a su vez el suplicio, los manosea, no puede dejar de entreabrirlos, de cosquillearlos, de besarlos mil veces más.

—Vamos —dice—, valor...

Una granizada de golpes cae: al instante sobre esas masas y las magulla hasta los muslos. Extremadamente animado por los saltos, sobresaltos, rechinamientos, con torsiones que el dolor me arranca, examinándolos y cogiéndolos con deleite, se precipita a expresar, sobre mi boca que besa con ardor, las sensaciones que le agitan...

—Esta muchacha me gusta —exclama—, ¡jamás había fustigado a ninguna que me diera tanto placer!

Y retorna a la sobrina, a la que trata con idéntica barbarie. Quedaba la parte inferior, desde la superior de los muslos hasta las pantorrillas, y golpea ambas cosas con el mismo ardor.

—¡Vamos! —sigue diciendo, dándome la vuelta—. Cambiemos de mano y visitemos esto.

Me da una veintena de golpes, desde el centro del vientre hasta la parte inferior de los muslos, y después, obligándome a separarlos, golpeó rudamente el interior del antro que yo le abría con mi actitud.

—Ahí está —dijo— el pájaro que voy a desplumar. Como algunos azotes, pese a las precauciones que tomaba, habían penetrado muy adentro, no pude retener mis gritos.

—¡Ja, ja! —dijo riendo el malvado—. He descubierto el lugar sensible; pronto, pronto, lo visitaremos con más detenimiento.

Mientras tanto, su sobrina es colocada en la misma postura y tratada de la misma manera; la golpea igualmente en los lugares más delicados del cuerpo de una mujer; pero sea por costumbre, sea por valor, sea por el miedo de recibir tratamientos más rudos, tiene la fuerza de contenerse, y sólo se le descubren algunos estremecimientos y algunas contorsiones involuntarias. Se veía, sin embargo, un cierto cambio en el estado fisico del libertino, y aunque las cosas tuvieran todavía muy poca consistencia, a fuerza de sacudidas la anunciaban incesantemente.

—Arrodíllate —me dijo el monje—, voy a azotarte en el pecho.

—¿En el pecho, padre?

—Sí, en esas dos masas lúbricas que sólo azotadas me excitan.

Y las apretaba, las comprimía violentamente mientras hablaba.

—¡Oh, padre! Esta parte es muy delicada, me mataréis.

—¡,Qué importa, con tal de satisfacerme?

Y me asesta cinco o seis golpes que afortunadamente detengo con las manos. Al verlo, las ata a mi espalda; sólo dispongo de las expresiones de mi rostro y de mis lágrimas para implorar gracia, ya que me había ordenado duramente que me callara. Así que intenté enternecerlo... pero en vano. Suelta fuertemente una docena de golpes sobre mis dos senos a los que ya nada protege; los espantosos cintarazos imprimen inmediatamente unos trazos de sangre; el dolor me arrancaba unas lágrimas que caían sobre las huellas de la rabia de aquel monstruo, y las hacían, decía, mil veces más atractivas todavía... Las besaba, las devoraba, y volvía de cuando en cuando a mi boca, a mis ojos inundados por los lloros, que chupaba con la misma lubricidad.

Armande se presenta, le ata las manos, ofrece un seno de alabastro y de la más hermosa redondez; Clément hace como si lo besara, pero en realidad lo muerde... Y después golpea, y las bellas carnes tan blancas y tan rollizas, no tardan en ofrecer a los ojos de su verdugo más que heridas y surcos ensangrentados.

—Un momento —dijo el fraile enfurecido—, quiero fustigar a un tiempo el más hermoso de los traseros y el más dulce de los senos.

Me pone de rodillas, y colocando a Armande delante de mí, le hace abrir las piernas, de manera que mi boca se halla a la altura de su bajo vientre, y mi pecho entre sus muslos, debajo de su trasero. Con ello, el monje tiene lo que quiere al alcance de la mano, tiene bajo el mismo punto de vista las nalgas de Armande y mis pechos; golpea unas y otros con encarnizamiento, pero mi compañera, para protegerme de unos golpes que son mucho más peligrosos para mí que para ella, tiene la amabilidad de agacharse y así

protegerme, recibiendo ella misma unos azotes que sin duda me hubieran herido. Clément descubre la artimaña y cambia de posición.

No conseguirás nada —dijo encolerizado—, y si hoy quiero perdonarle esa parte, sólo será para maltratarle otra por lo menos tan delicada.

Al levantarme, vi que tantas infamias no habían sido inútiles: el libertino se encontraba en el más brillante de los estados, pero no por ello menos furioso. Cambia de arma, abre un armario que contiene varias disciplinas, saca una con puntas de hierro que me hace estremecer.

—Mira, Thérèse —me dice mostrándomela—, ya verás lo delicioso que es azotar con eso... ya lo notarás, ya lo notarás, bribona, pero de momento prefiero utilizar éste...

Era de cuerdecillas anudadas en doce cabos; al final de cada uno había un nudo más fuerte que los demás y del grosor de un hueso de ciruela.

—¡Venga, el galope...!, ¡el galope! —le dijo a su sobrina.

Esta, que sabía de qué se trataba, se pone inmediatamente de cuatro patas, con la grupa lo más elevada posible, y me dice que la imite: lo hago. Clément cabalga sobre mis riñones, con la cabeza del lado de mi grupa; Armande, ofreciendo la suya, está frente a él: el malvado, viéndonos a ambas perfectamente a su alcance, lanza unos golpes furiosos sobre los encantos que le ofrecemos; pero como, en esta postura, abrimos al máximo la delicada parte que diferencia nuestro sexo del de los hombres, el bárbaro dirige allí sus golpes, las ramas largas y flexibles del látigo que utiliza penetran en el interior con mucha mayor facilidad que las varillas, y dejan allí las huellas profundas de su rabia. Golpea alternativamente a una y a otra: tan buen jinete como intrépido fustigador, . cambia varias veces de montura: estamos agotadas, y las titilaciones de dolor alcanzan tal violencia que ya casi no es posible soportarlas.

—¡Levantaos! —nos dice entonces recuperando las varas—, sí, levantaos y temedme.

Sus ojos brillan, saca espuma por la boca. Igualmente amenazadas en todo el cuerpo, lo esquivamos..., corremos como locas por toda la habitación, nos sigue, golpeando indistintamente a cualquiera de las dos. El malvado nos llena de sangre; al final nos arrincona a ambas entre la cama y la pared. Los golpes aumentan: la desdichada Armande recibe uno en el pecho que la hace tambalearse: este último horror determina el éxtasis, y mientras mi espalda recibe sus efectos crueles, mis riñones se inundan con las pruebas de un delirio cuyos resultados son tan peligrosos.

—Acostémonos —me dice al fin Clément—. Puede que haya sido demasiado para ti, Thérèse, y ciertamente no suficiente para mí. Jamás me canso de esta manía, aunque sólo sea una imagen imperfecta de lo que quisiera realmente hacer. ¡Ah!, querida, no sabes hasta dónde nos lleva :esta depravación, la ebriedad en que nos sume, la violenta conmoción que provoca, por el fluido eléctrico, la excitación producida por el dolor sobre el objeto que sirve nuestras pasiones. ¡Cómo me estimulan sus males! El deseo de aumentarlos..., ahí está el escollo de esta fantasía, ya lo sé, pero ¿este escollo es temible para quien se mofa de todo?

Aunque la mente de Clément siguiera entusiasmada, al ver sus sentidos algo más apaciguados, me atreví, contestando a lo que acababa de decir, a reprocharle la depravación de sus gustos; y creo que la manera como ese libertino los justificó merece tener un espacio en las confesiones que exigís de mí.

—La cosa, sin duda, más ridícula del mundo, mi querida Thérèse —me dijo Clément—, es querer discutir sobre los gustos del hombre, contrariarlos, censurarlos o castigarlos, si

no encajan en las leyes del país en que se vive, o en sus convenciones sociales. ¡Y qué! ¡Los hombres jamás entenderán que no hay ningún tipo de gusto, por extravagante, por criminal incluso que quepa suponerlo, que no dependa del tipo de estructura que hemos recibido de la naturaleza! Dicho eso, me pregunto con qué derecho un hombre se atreverá a exigir a otro que cambie sus gustos o que los adecue al orden social. ¿Con qué derecho incluso las leyes, que sólo están hechas para la felicidad del hombre, se atreverán a sancionar a quien no puede corregirse, o que sólo lo conseguiría a expensas de esa felicidad que deben conservarle las leyes? Incluso en el caso de que deseara cambiar de gustos, ¿podría hacerlo? ¡,Está en nuestra mano modificarnos? ¿Podemos ser otra cosa de lo que somos? ¿Se lo exigirías a un hombre contrahecho, y esta inconformidad de nuestros gustos es algo diferente respecto a la moral de lo que es respecto al fisico la imperfección del hombre contrahecho?

»Te concedo que entremos en detalles. La inteligencia que te reconozco, Thérèse, te pone en situación de entenderlos. Veo que dos irregularidades te han sor prendido entre nosotros. Te maravillas de la sensación estimulante experimentada por algunos de nuestros compañeros por cosas vulgarmente reconocidas como fétidas o impuras, y también te extraña que nuestras facultades voluptuosas puedan ser estimuladas por unas acciones que, en tu opinión, sólo llevan el emblema de la crueldad. Analicemos ambos gustos, e intentemos, si es posible, convencerte de que no hay nada mas sencillo en el mundo que los placeres que provocan.

»Tú pretendes que es extraño que unas cosas sucias y crapulosas puedan producir en nuestros sentidos la excitación esencial para el complemento de su delirio; pero antes de asombrarse por ello, querida Thérèse, hay que entender que los objetos no tienen más valor ante nuestros ojos que el que les da nuestra imaginación. Así que es muy posible, a partir de esta verdad constante, que no sólo las cosas más extravagantes, sino incluso las más viles y más horribles, puedan afectarnos muy sensiblemente. La imaginación del hombre es una facultad de su mente a la que, mediante el órgano de los sentidos, van a pintarse y modificarse los objetos, para formar a continuación sus pensamientos, debido a la primera impresión de estos objetos. Pero esta imaginación, resultante ella misma del tipo de organización de que está dotado el hombre, sólo adopta los objetos recibidos de tal o cual manera, y sólo crea a continuación los pensamientos a partir de los efectos producidos por el choque de los objetos percibidos. Una comparación facilitará ante tus ojos lo que te expongo. ¿Has visto, Thérèse, espejos de formas diferentes? Unos disminuyen los objetos, otros los aumentan. Los hay que los vuelven espantosos, y otros que les prestan encantos. ¿Te imaginas ahora que si cada uno de esos espejos uniera la facultad creadora a la facultad objetiva ofrecería, de un mismo hombre que se contemplara en él, retratos totalmente diferentes? ¿Y estos retratos responderían a la manera como ha percibido el objeto? Si a las dos facultades que acabamos de atribuir a este espejo, uniéramos ahora la de la sensibilidad, ¿no tendría hacia este hombre, visto por él de tal o cual manera, el tipo de sentimiento que le fuera posible concebir para la clase de ser que habría descubierto? El espejo que lo hubiera visto bello, lo amaría; el que lo hubiera visto espantoso, lo odiaría. Y, sin embargo, se trataría siempre del mismo individuo.

»Así es la imaginación del hombre, Thérèse; el mismo objeto se representa para ella bajo tantas formas como diferentes modos posee, y es a partir del efecto recibido por esta imaginación del objeto, sea cual fuere, que se decide a amarlo o a odiarlo. Si el choque

del objeto percibido le sorprende de manera agradable, lo ama, lo prefiere, aunque ese objeto no contenga en sí ningún atractivo real; y si dicho objeto, aunque de un valor seguro a los ojos de otro, sólo ha afectado la imaginación a que nos referimos de manera desagradable, se alejará de él, porque cualquiera de nuestros sentimientos se forma y se realiza debido al producto de los diferentes objetos sobre la imaginación. Nada sorprendente, a partir de ahí, que lo que gusta vivamente a unos pueda disgustar a otros, e, inversamente, que la cosa más extravagante encuentre, sin embargo, partidarios... El hombre contrahecho también encuentra unos espejos que lo hacen bello.

»Ahora bien, si admitimos que el goce de los sentidos depende siempre de la imaginación, y está regulado siempre por la imaginación, ya no habrá que sorprenderse de las numerosas variaciones que la imaginación sugerirá en tales goces, de la infinita variedad de gustos y de pasiones diferentes que parirán las diferentes desviaciones de esta imaginación. Dichos gustos, aunque lujuriosos, no deberán sorprender más que los de tipo sencillo; no hay ninguna razón para considerar una fantasía de mesa menos extraordinaria que una fantasía de cama; y en uno u otro género, no es más asombroso idolatrar una cosa que la generalidad de los hombres considera detestable de lo que lo es amar otra generalmente reconocida como buena. La unanimidad demuestra la conformidad en los órganos, pero nada en favor de la cosa amada. Las tres cuartas partes del universo pueden considerar delicioso el aroma de una rosa, sin que eso pueda servir de prueba, ni para condenar a la cuarta parte que podría considerarlo malo, ni para demostrar que ese aroma sea realmente agradable.

»Así pues, si existen seres en el mundo cuyos gustos chocan con todos los prejuicios admitidos, no sólo no hay que asombrarse en absoluto de ellos, no sólo no hay que sermonearlos, ni castigarlos; sino que hay que servirlos, contentarlos, aniquilar todos los frenos que los estorban, y darles, si se quiere ser justo, todos los medios de satisfacerse sin peligro; porque ha dependido tan poco de ellos tener este gusto extravagante como ha dependido de ti ser inteligente o estúpido, estar bien hecho o ser jorobado. En el seno de la madre se fabrican los órganos que deben hacernos susceptibles de tal o cual fantasía; los primeros objetos descubiertos, las primeras conversaciones oídas acaban de determinar el resorte: se forman los gustos, y ya nada en el mundo puede destruirlos. Por mucho que se empeñe la educación, no cambia nada, y el que debe ser un malvado lo es con tanta seguridad, por buena que sea la educación que se le haya dado, como corre con toda seguridad hacia la virtud aquel cuyos órganos se encuentran dispuestos para el bien, aunque el maestro haya fallado. Ambos han actuado de acuerdo con su estructura, de acuerdo con las impresiones que habían recibido de la naturaleza, y el primero es tan poco digno de castigo como el segundo de recompensa.

»Lo más singular es que, en tanto que sólo se trata de cosas fútiles, no nos asombramos de la diferencia de gustos, pero así que se trata de la lujuria, he aquí que todo se alborota. Las mujeres siempre preocupadas de sus derechos, las mujeres, a las que su debilidad y su escaso valor obligan a no perder nada, se estremecen a cada instante de que se les quite algo, y si desgraciadamente se ponen en práctica en el goce unos procedimientos que chocan su culto, lo llaman crímenes dignos del cadalso. Y, sin embargo, ¡qué injusticia! ¿El placer de los sentidos debe hacer mejor a un hombre que los restantes placeres de la vida? En pocas palabras, ¿el templo de la generación debe fijar mejor nuestras inclinaciones, despertar con mayor seguridad nuestros deseos, que la parte del cuerpo, o más contraria o más alejada de él, que la emanación de ese cuerpo, o más fétida o más

repugnante? ¡Me parece que no tiene por qué parecer más asombroso ver a un hombre practicar la singularidad en los placeres del libertinaje de lo que debe serlo verle utilizarla en las otras funciones de la vida! Una vez más, en ambos casos su singularidad es el resultado de sus órganos: ¿es culpa suya que lo que os afecta sea nulo para él, o que sólo se conmueva con lo que os repugna? ¿Qué hombre no reformaría al instante sus gustos, sus afectos, sus inclinaciones en el plano general, y no le gustaría ser como todo el mundo en lugar de singularizarse, si fuera dueño de hacerlo? Pretender castigar a un hombre semejante es la más estúpida y la más bárbara de las intolerancias; no es mas culpable hacia la sociedad, sean cuales fueren sus extravíos, de lo que lo es, como acabo de decir, aquel que llegó al mundo tuerto o tullido. Y es tan injusto castigar o burlarse de éste como afligir al otro o reírse de él. El hombre dotado de gustos singulares es un enfermo; es, si lo prefieres, una mujer con humores histéricos. ¿Se te ha ocurrido jamás la idea de castigar o contrariar a ninguno de los dos? Seamos igualmente justos con el hombre cuyos caprichos nos sorprenden; absolutamente semejante al enfermo o a la histérica, es como ellos digno de compasión y no de censura. Esta es, en el plano moral, la excusa de las personas de que tratamos; sin duda, en el plano fisico, la encontraríamos con idéntica facilidad, y cuando la anatomía se perfeccione se demostrará fácilmente, a través de ella, la relación de la estructura del hombre con los gustos que la habrán afectado. Pedantes, verdugos, carceleros, legisladores, canalla tonsurada, ¿qué haréis cuando lleguemos a ese punto? ¿En qué se convertirán vuestras leyes, vuestra moral, vuestra religión, vuestras horcas, vuestro paraíso, vuestros dioses, vuestro infierno, cuando se demuestre que tal o cual curso de licores, tal suerte de fibras, tal grado de acritud en la sangre o en los humores animales bastan para convertir a un hombre en el objeto de vuestros castigos o de vuestras recompensas? Prosigamos: ¿los gustos crueles te asombran?

¿Cuál es el objetivo del hombre que disfruta? ¿No es el de dar a sus sentidos toda la excitación de que son capaces, a fin de llegar mejor y más cálidamente, por medio de ello, a la última crisis... crisis preciosa que caracteriza el placer de bueno o de malo, según la mayor o menor actividad con que se ha alcanzado esta crisis? Ahora bien, ¿no es un sofisma insostenible atreverse a afirmar que es necesario para mejorarla que sea compartida por la mujer? ¿Acaso no es evidente que la mujer no puede compartir nada con nosotros sin arrebatárnoslo, y que todo lo que ella roba debe ser necesariamente a nuestras expensas? Y me pregunto entonces, ¿qué necesidad hay de que una mujer goce cuando nosotros gozamos? ¿Existe en esta actitud otro sentimiento que el halago que recibe el orgullo? ¿Y no se obtiene de una manera mucho más estimulante la. percepción de este sentimiento orgulloso obligando, al contrario, con dureza a esta mujer a dejar de gozar, a fin de hacernos gozar, a fin de que nada le impida ocuparse de nuestro goce? ¿La tiranía no halaga el orgullo de una manera mucho más viva que las buenas obras? En una palabra, ¿el que impone no es el amo con mucha mayor seguridad que el que comparte? Pero ¿cómo se le pudo ocurrir a un hombre razonable que la delicadeza tuviera algún valor en materia de placer? Es absurdo querer defender que sea necesaria; jamás añade nada al placer de los sentidos: digo más, lo perjudica. Amar es una cosa muy diferente a disfrutar; la prueba está en que se ama todos los días sin disfrutar, y con mayor frecuencia aún se disfruta sin amar. Toda la delicadeza que mezclemos a las voluptuosidades de que hablamos sólo puede darse al goce de la mujer a expensas del goce del hombre, y mientras éste se procura por hacer gozar, seguramente no goza, o su goce sólo es

intelectual, o sea quimérico y muy inferior al de los sentidos. No, Thérèse, no, no cesaré de repetirlo, es completamente inútil que un goce sea compartido para ser vivo; y para que este tipo de placer sea tan excitante como puede llegar a ser, es, por el contrario, muy esencial que el hombre sólo goce a expensas de la mujer, que tome de ella (sea cual fuere la sensación que ella experimente) todo cuanto pueda incrementar la voluptuosidad que él quiere disfrutar, sin la más leve consideración a los efectos que pueda provocar en la mujer, pues estas consideraciones le turbarán: o querrá que la mujer comparta, y entonces él ya no goza, o temerá que ella sufra, y ya le tenemos alterado. Si el egoísmo es la primera ley de la naturaleza, es muy probablemente en los placeres de la lubricidad más que en cualquier otro lugar que esta celeste madre desea que sea nuestro único móvil. Es una desdicha despreciable que, para el incremento de la voluptuosidad del hombre, tenga que descuidar o turbar la de la mujer, pues si bien esta turbación le hace ganar algo, lo que pierde el objeto que le sirve no le afecta en nada. Debe resultarle indiferente que este objeto sea feliz o desdichado, con tal de que le resulte deleitable; no existe realmente ningún tipo de relación entre este objeto y él. Sería, pues, una locura ocuparse de las sensaciones de este objeto a expensas de las propias; absolutamente imbécil si, para modificar estas sensaciones ajenas, renuncia al mejoramiento de las propias. Dicho eso, si el individuo de que hablamos está desdichadamente estructurado de manera que sólo se conmueve si produce, en el objeto que le sirve, sensaciones dolorosas, confesarás que debe entregarse a ellas sin remordimientos, ya que está ahí para disfrutar, prescindiendo de todo lo que pueda resultar para ese objeto... Insistiremos sobre este punto: sigamos avanzando por orden.

»Así pues, los placeres aislados tienen atractivos, pueden tener más que todos los restantes. ¡Vaya!, si no fuera así, ¿cómo gozarían tantos ancianos, tantas personas o contrahechas o llenas de defectos? Están más que seguras de que no son amadas; más que convencidas de que es imposible que se comparta lo que ellos sienten: ¿sienten por ello menor voluptuosidad? ¿Desean únicamente la ilusión? Totalmente egoístas en sus placeres, sólo les ves ocupados en tomar, sacrificarlo todo para recibir, sin sospechar jamás, en el objeto que les sirve, otras propiedades que las pasivas. Así que no es en absoluto necesario dar placer para recibirlo; y, por tanto, la situación feliz o desgraciada de la víctima de nuestro desenfreno es completamente indiferente para la satisfacción de nuestros sentidos. No tiene ninguna importancia el estado en que pueda hallarse su corazón y su mente; da igual que a este objeto le guste o le horrorice lo que le hacéis, puede amarte o detestarte: todas estas consideraciones son inútiles en tanto que sólo se trata de los sentidos. Estoy de acuerdo en que las mujeres pueden establecer unas máximas contrarias; pero las mujeres, que sólo son las máquinas de la voluptuosidad, que sólo deben de ser sus comodines, son recusables siempre que sea preciso establecer un sistema real sobre este tipo de placer. ¡,Existe un solo hombre razonable que esté deseoso de hacer compartir su goce a las prostitutas? ¿Y no existen, en cambio, millones de hombres que reciben grandes placeres de estas criaturas? Son otros tantos individuos persuadidos de lo que digo, que lo ponen en práctica, sin dudarlo, y que censuran ridículamente a aquellos que legitiman sus acciones por buenos principios, porque el universo está lleno de estatuas en movimiento que van, vienen, actúan, comen, digieren, sin enterarse jamás de nada.

»Una vez demostrado que los placeres aislados son tan deliciosos como los otros, y probablemente mucho más, es mucho más sencillo entonces, por consiguiente, que este

goce, tomado independientemente del objeto que nos sirve, no sólo esté muy alejado de lo que pueda gustarle, sino que sea incluso contrario a sus placeres. Voy más lejos: puede llegar a ser un dolor impuesto, una vejación, un suplicio, sin que eso tenga nada de extraordinario, sin que de ahí resulte otra cosa que un incremento de placer mucho más seguro para el déspota que atormenta o veja. Intentemos demostrarlo.

»La emoción de la voluptuosidad sobre nuestra alma no es más que una especie de vibración producida por medio de unas sacudidas que la imaginación inflamada por el recuerdo de un objeto lúbrico hace experimentar a nuestros sentidos, bien a través de la presencia de este objeto, o bien, y aún mejor, por la irritación que siente este objeto en el género que nos conmueve más fuertemente. Así pues, nuestra voluptuosidad, ese cosquilleo inefable que nos extravía, que nos transporta al punto más elevado de felicidad que pueda alcanzar el hombre, sólo se encenderá siempre por dos causas: ya descubriendo real o ficticiamente en el objeto que nos sirve el tipo de belleza que más nos halaga, ya viendo experimentar a este objeto la más fuerte sensación posible. Ahora bien, no hay ningún tipo de sensación más viva que la del dolor; sus impresiones son seguras, jamás engañan como las del placer, perpetuamente interpretadas por las mujeres y casi nunca sentidas. ¡Cuánto amor propio, por otra parte, cuánta juventud, fuerza, salud hace falta para estar seguro de producir en una mujer esta dudosa y poco satisfactoria impresión de placer! La de dolor, por el contrario, no exige nada: cuantos más defectos tenga un hombre, cuanto más viejo y menos seductor sea mejor la conseguirá. Respecto al objetivo, será alcanzado con mucha mayor seguridad, ya que hemos establecido que no le afecta, quiero decir que jamás se excitan mejor los sentidos que cuando se ha producido en el objeto que nos sirve la mayor impresión posible, no importa por qué camino. Así pues, quien haga nacer en una mujer la impresión más tumultuosa, quien altere al máximo toda la estructura de esta mujer, habrá conseguido decididamente asegurarse la mayor dosis posible de voluptuosidad, porque el choque resultante de las impresiones de los demás sobre nosotros, que debe estar en proporción con la impresión producida, será necesariamente más activo si la impresión de los demás ha sido penosa que si ha sido suave y blanda. Y, a partir de ahí, el egoísta voluptuoso que está persuadido de que sus placeres sólo serán vivos en la medida que sean enteros, impondrá, pues, cuando sea su dueño, la más fuerte dosis posible de dolor al objeto que le sirve, absolutamente seguro de que la voluptuosidad que obtendrá estará en proporción con la más viva impresión que habrá producido.

—Estos sistemas son espantosos, padre —le dije a Clément—, llevan a unos gustos crueles, a unos gustos horribles.

—¿Y qué importa? —contestó el bárbaro—. Una vez más, ¡,somos los dueños de nuestros gustos? ¿No debemos ceder al dominio de los que hemos recibido de la naturaleza de igual manera que la orgullosa cabeza del roble se dobla bajo la tempestad que la azota? Si la naturaleza se sintiera ofendida por esos gustos, no nos los inspiraría; es imposible que podamos recibir de ella un sentimiento hecho para ultrajarla, y, en esta extrema certidumbre, podemos entregarnos a nuestras pasiones, del tipo que sean, por mucha violencia que puedan contener, segurísimos de que todos los inconvenientes que provoca su choque no son más que unos designios de la naturaleza de los que somos los órganos involuntarios. ¿Y qué nos importan las consecuencias de estas pasiones? Cuando queremos deleitarnos con una acción cualquiera, nadie piensa en las consecuencias.

No os hablo de las consecuencias —le interrumpí bruscamente—, se trata de la cosa en sí. Seguramente si sois el más fuerte, y por unos atroces principios de crueldad sólo os gusta disfrutar a través del dolor, con la intención de aumentar vuestras sensaciones, llegaréis insensiblemente a producirlas sobre el objeto que os sirve con un grado de violencia capaz de arrebatarle la vida.

—De acuerdo; eso significa que por unos gustos concedidos por la naturaleza yo habré servido sus designios porque ella, que siempre opera sus creaciones a través de destrucciones, sólo me inspira la idea de éstas últimas cuando necesita las primeras. Significa que de una porción de materia oblonga habré formado tres o cuatro mil redondas o cuadradas. ¡Oh, Thérèse! ¡,Eso son crímenes? ¿Se puede denominar así lo que sirve a la naturaleza? ¿El hombre tiene la potestad de cometer crímenes? Y cuando, prefiriendo su felicidad a la de los demás, derriba o destruye todo lo que encuentra a su paso, ¿ha hecho otra cosa que servir a la naturaleza cuyas primeras y más seguras inspiraciones le dictan ser feliz, sin que importe a expensas de quien? El sistema del amor al prójimo es una quimera que debemos al cristianismo y no a la naturaleza; el secuaz del Nazareno, atormentado, desdichado y por consiguiente en un estado de debilidad que debía hacerle reclamar la tolerancia y la humanidad, tuvo que establecer necesariamente esta relación fabulosa entre un ser y otro: preservaba su vida consiguiendo que triunfara. Pero el filósofo no admite estas relaciones gigantescas; ve y considera sólo a sí mismo en el universo, y sólo a sí mismo lo refiere todo. Si perdona o acaricia un instante a los demás, sólo es en relación con el provecho que cree sacar de ello. ¿No los necesita, predomina con su fuerza? Entonces abjura para siempre jamás de esos bonitos sistemas de humanidad y de beneficencia a los cuales sólo se sometía por política. Ya no teme quedarse con todo, hacerse con todo lo que le rodea, y pese a lo que puedan costar a los demás sus goces, los satisface sin examen ni remordimientos.

—¡Pero el hombre de quien habláis es un monstruo!

—El hombre de quien hablo es el de la naturaleza.

—¡Es un animal feroz!

—Bien, el tigre o el leopardo de los que este hombre es, si te parece, la imagen, ¿no han sido como él creados por la naturaleza y creados para cumplir las intenciones de la naturaleza? El lobo que devora al cordero cumple los proyectos de esta madre común, de la misma manera que el malhechor que destruye el objeto de su venganza o de su lubricidad.

—¡Oh! Por mucho que digáis, padre, jamás admitiré esta lubricidad destructiva.

—Porque temes convertirte en objeto de ella: eso es egoísmo. Cambiemos de papel y la concebirás; pregunta al cordero, tampoco querrá que el lobo pueda devorarlo; pregunta al lobo para qué sirve el cordero: «Para alimentarme», contestará. Unos lobos que comen corderos, unos corderos devorados por los lobos, el fuerte que sacrifica al débil, el débil víctima del fuerte, así es la naturaleza, así son sus opiniones, así sus planes: una acción y una reacción perpetuas, una multitud de vicios y de virtudes, un perfecto equilibrio, en una palabra, resultante de la igualdad del bien y del mal en la Tierra; equilibrio esencial para el mantenimiento de los astros, de la vegetación, y sin el cual todo sería inmediatamente destruido. Oh, Thérèse, la naturaleza se sentiría muy sorprendida si pudiera por un instante razonar con nosotros, y le dijéramos que esos crímenes que la sirven, que esos desmanes que exige y que ella nos inspira, están castigados por unas leyes que se nos asegura que son la imagen de las suyas. Imbéciles, nos contestaría, duerme, bebe,

come y comete sin miedo tales crímenes cuando te parezca: todas tus supuestas infamias me complacen, y las quiero, ya que te las inspiro. ¡A ti te corresponde decidir lo que me irrita, o lo que me deleita! Entérate de que no hay nada en ti que no me pertenezca, nada que yo no haya colocado ahí por unas razones que no te conviene conocer; que la más abominable de tus acciones sólo es, al igual que la más virtuosa de otra persona, una de las maneras de servirme. Así que no te contengas, búrlate de tus leyes, de tus convenciones sociales y de tus dioses; atiéndeme sólo a mí, y convéncete de que si existe un crimen que me afecta, es la oposición que pusieras con tu resistencia o tus sofismas a lo que te inspiro.

—¡Oh, santo cielo! —exclamé—, hacéis que me estremezca. Si no hubiera crímenes contra la naturaleza, ¿de dónde procedería la invencible repugnancia que experimentamos por ciertos delitos?

—Esta repugnancia no está dictada por la naturaleza —replicó vivamente el malvado—; no tiene otra fuente que la falta de costumbre. ¿Acaso no ocurre lo mismo con determinados manjares? Aunque sean excelentes, ¿no nos repugnan sólo por la falta de costumbre? ¿Nos atreveremos a decir, a partir de ahí, que esos manjares no son buenos? Intentemos dominarnos, y no tardaremos en apreciar su sabor. Nos repugnan los medicamentos, aunque, sin embargo, nos resulten saludables. Acostumbrémonos también al mal, y no tardaremos en encontrarle sólo encantos. Esta repugnancia momentánea es más una astucia, una coquetería de la naturaleza, que una advertencia de que la cosa la ultraja: así nos prepara a los placeres del triunfo; con ello aumenta los de la acción misma. Hay más, Thérèse, hay más: cuanto más espantosa nos parece una acción, cuanto más contraría nuestros hábitos y nuestras costumbres, cuantos más frenos rompe, cuanto más sorprende nuestras convenciones sociales, cuanto más hiere lo que creemos ser las leyes de la naturaleza, más útil es, por el contrario, a esta misma naturaleza. Siempre recupera los derechos que le arrebata sin cesar la virtud con los crímenes. Si el crimen es liviano, y difiere, por tanto, menos de la virtud, restablecerá mas lentamente el equilibrio indispensable para la naturaleza; pero cuanto mas capital sea, más iguala los pesos, más ataca el dominio de la virtud, que sin ello lo destruiría todo. Que cese, pues, de asustarse el que medita una fechoría, o el que acaba de cometerla: cuanta más amplitud tenga su crimen, mejor habrá servido a la naturaleza.

Estos espantosos sistemas me hicieron pensar inmediatamente en los sentimientos de Omphale sobre la manera de cómo saldríamos de aquella terrible casa. Así que fue a partir de entonces cuando adopté los proyectos que me veréis ejecutar a continuación. De todos modos, para acabar de aclararme, no pude dejar de seguir planteando algunas preguntas al padre Clément.

—Por lo menos —le dije— no seguís manteniendo eternamente a las desdichadas víctimas de vuestras pasiones. Cuando os cansáis de ellas, ¿las despedís?

—Seguro, Thérèse —me contestó el monje—, tú sólo has entrado en esta casa para salir de ella, cuando los cuatro nos pongamos de acuerdo en concederte el retiro. Lo tendrás sin duda.

—¿Pero no teméis —continué— que mujeres más jóvenes y menos discretas puedan revelar a voces lo que ocurre aquí?

—Es imposible.

—¿Imposible?

—Por completo.

—¿Podríais explicármelo?

—No, ahí está nuestro secreto; pero todo cuanto puedo asegurarte es que, discreta o no, te será absolutamente imposible, cuando estés fuera de aquí, decir una sola palabra sobre lo que ocurre. De modo que ya ves, Thérèse, no te recomiendo ninguna discreción; una política forzosa no encadena en absoluto mis deseos...

Y, con estas palabras, el fraile se durmió. A partir de ese instante ya me resultó imposible dejar de ver que las medidas mas violentas se tomaban con las des dichadas despedidas y que la terrible seguridad de que se vanagloriaba sólo era el fruto de su muerte. Me afiancé más que nunca en mi decisión; no tardaremos en ver el efecto.

Así que Clément se durmió, Armande se acercó a mí.

—No tardará en despertarse enfurecido —me dijo—; la naturaleza sólo adormece sus sentidos para otorgarles, después de un poco de reposo, una energía mucho mayor; una escena más, y quedaremos tranquilas hasta mañana.

—Pero —le dije a mi compañera— ¿tú no duermes unos instantes?

—¿Puedo hacerlo? —me contestó Armande—, si no velara de pie alrededor de su cama, y mi negligencia fuera descubierta, sería capaz de apuñalarme.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Cómo! Incluso durmiendo, ¿este malvado quiere que lo que le rodea siga sufriendo?

—Sí —me contestó mi compañera—, la barbarie de esta idea es lo que le proporciona el furioso despertar que vas a ver. En eso es como aquellos escritores perversos cuya corrupción es tan peligrosa, tan activa, que sólo tienen por objetivo, al imprimir sus espantosos sistemas, extender más allá de su vida la suma de sus crímenes. Ya no pueden cometer más, pero sus malditos escritos harán cometerlos, y esta dulce idea que se llevan a la tumba les consuela de la obligación en que les pone la muerte de renunciar al mal.

—¡Qué monstruos! —exclamé.

Armande, que era una criatura muy dulce, me besó derramando unas cuantas lágrimas, y después comenzó a pasear alrededor de la cama de aquel desalmado.

En efecto, al cabo de dos horas el monje se despertó con una prodigiosa agitación, y me tomó con tanta fuerza que creí que iba a ahogarme. Su respiración era viva y jadeante, sus ojos brillaban, pronunciaba sin parar palabras que no eran más que blasfemias o invectivas libertinas. Llama a Armande, le pide las varas, y vuelve a fustigarnos a las dos, pero de una manera aún mas vigorosa de como lo había hecho antes de dormirse. Tenía el aspecto de querer terminar conmigo; yo lanzo unos agudos gritos; para abreviar mis penas, Armande le excita violentamente, él se extravía, y el monstruo, al fin determinado por las más violentas sensaciones, pierde con los chorros abrasadores de su semen tanto su ardor como sus deseos.

El resto de la noche todo fue tranquilo. Al levantarse, el monje se contentó con tocarnos y examinamos a las dos; y como se iba a decir su misa, regresamos al serrallo. A la decana se le antojó desearme en el estado de inflamación en que suponía que yo debía hallarme; anonadada como estaba, ¿podía defenderme? Hizo lo que quiso, lo suficiente para convencerme de que hasta una mujer, en semejante escuela, perdiendo inmediatamente toda la delicadeza y todo el pudor de su sexo, sólo podía volverse, a ejemplo de sus tiranos, obscena o cruel.

Dos noches después, me acosté con Jérôme; no os describiré sus horrores, fueron aún más espantosos. ¡Qué escuela, Dios mío! Finalmente, al cabo de una semana, pasé por

todos. Entonces Omphale me preguntó si no era cierto que Clément era el más temible de todos.

—¡Ay! —contesté—, en medio de una multitud de horrores y de porquerías que tanto repugnan y tanto indignan, es muy difícil que me pronuncie sobre el mas odioso de estos malvados. Estoy harta de todos, y quisiera ya verme fuera, sea cual sea el destino que me espera.

—Es posible que no tarden en satisfacerte —me contestó mi compañera—. Estamos cerca de la época de la fiesta: rara vez se produce esta circunstancia sin pro porcionarles víctimas. O seducen a unas jóvenes a través del confesonario, o, si pueden, las secuestran. Unas cuantas nuevas reclutas que siempre suponen otros tantos despidos...

La famosa fiesta llegó... ¿Podéis creer, señora, a qué monstruosa impiedad se entregaron los monjes para este acontecimiento? Pensaron que un milagro visible au mentaría el brillo de su reputación; en consecuencia revistieron a Florette, la más joven de las mujeres, con todos los ornamentos de la Virgen; y por medio de unos cordones que no se veían la ataron a la pared de la hornacina, y le ordenaron que, de repente, alzara los brazos compungida hacia el cielo cuando se elevara la hostia. Como esta criaturita estaba amenazada con los peores castigos si pronunciaba la más mínima palabra, o interpretaba mal su papel, lo hizo a las mil maravillas, y el simulacro tuvo todo el éxito que cabía esperar. El pueblo proclamó el milagro, dejó ricas ofrendas a la Virgen, y se fue más convencido que nunca de la eficacia de las gracias de la madre celestial. Nuestros libertinos quisieron, para redoblar sus impiedades, que Florette apareciera en las orgías de la noche con las mismas ropas que le habían proporcionado tantos homenajes, y cada uno de ellos inflamó sus odiosos deseos al someterla, bajo este disfraz, a la irregularidad de sus caprichos. Excitados por este primer crimen, los sacrílegos no se contentaron con él: hacen desnudar a la niña, la acuestan boca abajo sobre una gran mesa, encienden unos velones, colocan la imagen de nuestro Salvador en medio del lomo de la joven y se atreven a consumar sobre sus nalgas el más tremendo de nuestros misterios. Yo me desvanecí ante este espectáculo horrible, me fue imposible soportarlo. Severino, al verme en ese estado, dice que para domarme era preciso que yo sirviera de altar a mi vez. Se apoderan de mí; me colocan en el mismo lugar que Florette; el sacrificio se consuma, y la hostia... ese símbolo sagrado de nuestra augusta religión... Severino se apodera de ella, la hunde en el local obsceno de sus placeres sodomitas..., la oprime injuriosamente..., la aprieta ignominiosamente bajo los golpes redoblados de su dardo monstruoso, ¡y arroja, blasfemando, sobre el cuerpo mismo de su Salvador, los chorros impuros del torrente de su lubricidad!

Me retiraron inmóvil de sus manos; tuvieron que transportarme a mi habitación donde lloré ocho días consecutivos el horrible crimen para el que había servido a pesar mío. Este recuerdo sigue destrozando mi alma, no puedo pensar en ello sin estremecerme... Para mí la religión es el efecto del sentimiento; todo lo que la ofende, o la ultraja, hace brotar la sangre de mi corazón.

La época de la renovación mensual estaba a punto de llegar, cuando Severino entra una mañana, a eso de las nueve, en nuestra habitación. Parecía muy excitado; una especie de extravío se dibujaba en sus ojos. Nos examina, nos coloca sucesivamente en su posición predilecta, y se detiene especialmente en Omphale. Permanece varios minutos contemplándola en esta posición, se excita sordamente, besa lo que se le presenta, hace ver que está en estado de consumar, y no consuma nada. Después la hace levantar, dirige

sobre ella unas miradas en las que se dibujan la rabia y la maldad; luego, soltándole un vigoroso puntapié en el bajo vientre, la manda a veinte pasos de distancia.

—La sociedad te despide, ramera —le dijo—; está harta de ti. Prepárate para la entrada de la noche, yo mismo vendré a buscarte.

Y sale. Así que se ha ido, Omphale se levanta; se arroja llorando a mis brazos.

—¡Ya ves! —me dijo—. Por la infamia, por la crueldad de los preliminares, ¿puedes no imaginarte todavía los finales? ¡Qué será de mí, Dios mío!

—Cálmate —le dije a la desdichada—, ahora estoy decidida a todo. Sólo aguardo la oportunidad, y es posible que se presente antes de lo que crees. Divulgaré estos horrores; y si es cierto que su comportamiento es tan cruel como tenemos motivo para pensar, intenta ganar un poco de tiempo, y te arrancaré de sus manos.

En el caso de que Omphale quedara en libertad, juró también que me ayudaría, y lloramos las dos. La jornada pasó sin novedades; a eso de las cinco, subió el propio Severino.

—Vamos —le dijo bruscamente a Omphale—, ¿estás preparada?

—Sí, padre —contestó ella sollozando—; permitidme que abrace a mis compañeras.

—Es inútil —dijo el monje—, no tenemos tiempo para una escena de llantos. Nos esperan, vayámonos. Entonces ella preguntó si tenía que llevarse su ropa. —No —dijo el superior—, ¿acaso no es todo de la casa? Ya no necesitarás nada de eso.

Rectificando después, como alguien que ha hablado demasiado:

—Esta ropa te será inútil, ya encargarás a medida otra que te sentará mejor. Limítate, pues, únicamente a lo que llevas encima.

Le pregunté al monje si quería permitirme acompañar a Omphale sólo hasta la puerta de la casa... Me contestó con una mirada que me hizo retroceder de terror... Omphale sale, arroja sobre nosotras una mirada llena de inquietud y de lágrimas, y así que se ha ido, me precipito desesperada sobre mi cama.

Habituadas a estos acontecimientos, o cegadas respecto a sus consecuencias, mis compañeras se emocionaron menos que yo, y el superior regresó al cabo de una hora: venía a buscar las de la cena. Yo formaba parte de ellas; sólo debía haber cuatro mujeres, la joven de doce años, la de dieciséis, la de veintitrés y yo. Todo se desarrolló más o menos como los otros días; observé únicamente que las mujeres de guardia no estaban, que los monjes se hablaron con frecuencia al oído, que bebieron mucho, que se limitaron a excitar violentamente sus deseos, sin permitirse jamás consumarlos, y que nos despidieron a una hora muy temprana, sin quedarse con ninguna para dormir... ¿Qué deducciones extraer de estas observaciones? Las hice porque en semejantes circunstancias te fijas en todo, pero ¿qué augurar de ahí? ¡Ah!, era tal mi perplejidad que no se presentaba ninguna idea a mi mente sin que fuera inmediatamente rebatida por otra; acordándome de las frases de Clément estaba autorizada a temerlo todo; y luego, la esperanza... esa engañosa esperanza que nos consuela, que nos ciega y que de ese modo nos hace casi tanto bien como daño, finalmente llegaba la esperanza para tranquilizarme... ¡Esos horrores quedaban tan lejos de mí que me resultaba imposible suponerlos! Me acosté en este terrible estado; persuadida a veces de que Omphale no faltaría al juramento; convencida al instante siguiente de que los crueles procedimientos que adoptarían con ella le quitarían cualquier capacidad de sernos útil. Y esa fue mi última opinión cuando vi terminar el tercer día sin haber oído hablar todavía de nada.

Al cuarto día volví a estar entre las de la cena; eran numerosas y selectas. Aquel día estaban allí las ocho mujeres más hermosas; me habían hecho el honor de incluirme entre ellas. También estaban las mujeres de retén. Nada más entrar vimos a nuestra nueva compañera.

—Aquí tenéis a la que la sociedad destina como sustituta de Omphale, señoritas —nos dijo Severino.

Y diciendo eso, arrancó del busto de la joven las mantillas y las gasas que lo cubrían, y vimos a una joven de quince años, con la más agradable y más delicada de las caras: alzó graciosamente sus bellos ojos sobre cada una de nosotras; aún seguían húmedos de lágrimas, pero con expresión más viva; su talle era flexible y ligero, su piel de una blancura deslumbrante, los más hermosos cabellos del mundo, y algo tan seductor en su conjunto que era imposible verla sin sentirse inmediatamente atraído hacia ella. Se llamaba Octavie; no tardamos en saber que era hija de excelente familia, nacida en París y saliendo del convento para casarse con el conde de ***: había. sido raptada en su carruaje con dos gobernantas y tres lacayos; ignoraba qué había sido de su séquito; la habían tomado sola a la entrada de la noche, y, después de haberle vendado los ojos, la habían llevado donde la veíamos sin que le hubiera resultado posible saber nada más.

Nadie le había dicho todavía una palabra. Nuestros cuatro libertinos, un instante en éxtasis ante tantos encantos, sólo tuvieron fuerza para admirarlos. El imperio de la belleza obliga al respeto; a pesar de su corazón, el malvado más corrompido le rinde una especie de culto que jamás infringe sin remordimientos; pero unos monstruos como los que tratábamos languidecen poco debajo de tales frenos.

Vamos, bella criatura —dijo el superior atrayéndola con impudor hacia el sillón en el que se hallaba sentado—, vamos, muéstranos si el resto de tus encantos responde a los que la naturaleza ha colocado con tanta abundancia en tu fisonomía.

Y como la hermosa muchacha se turbaba y se sonrojaba, e intentaba alejarse, Severino, agarrándola bruscamente por el cuerpo, le dijo:

—Comprende, mi pequeña e ingenua Agnès, que lo que quiero decirte es que te desnudes inmediatamente. Y el libertino, con estas palabras, le mete una mano debajo de las faldas sosteniéndola con la otra; se acerca Clément, arremanga hasta encima de los riñones las ropas de Octavie, y expone, con este gesto, los atractivos más dulces y más apetitosos que sea posible ver; Severino, que toca, pero que no ve, se agacha para mirar, y ya los tenemos a los cuatro de acuerdo en que jamás han visto nada tan hermoso. Sin embargo, la modesta Octavie, poco acostumbrada a semejantes ultrajes, derrama lágrimas y se defiende:

—Desnudémosla, desnudémosla dice Antonin—, es imposible ver algo semejante.

Ayuda a Severino, y al instante los encantos de la joven aparecen ante nuestros ojos, sin velo. Jamás hubo sin duda una piel más blanca, jamás unas formas tan afortunadas... ¡Dios, qué crimen!... ¡Tanta belleza, tanta frescura, tanta inocencia y tanta delicadeza tenían que convertirse en la presa de aquellos bárbaros! Octavie, avergonzada, no sabe dónde escapar para ocultar sus encantos, por doquier sólo encuentra unos ojos que los devoran, unas manos brutales que los manosean; se forma un corro alrededor de ella, y, al igual que yo había hecho, lo recorre en todos los sentidos. El brutal Antonin no tiene la fuerza de resistir; un cruel atentado decide el homenaje, y el incienso humea a los pies del dios. Jérôme la compara con nuestra joven compañera de dieciséis años, la más bonita del serrallo sin duda; y empareja los dos altares de su culto.

—¡Ah! ¡Cuánta blancura y cuánta gracia! —dice, tocando a Octavie—. ¡Pero cuánta gentileza y frescura hay también en éste! A decir verdad —prosigue el fraile al rojo vivo––, estoy indeciso.

Después, apretando su boca sobre los atractivos que *sus ojos* comparan, exclamó:

—Octavie, tú tendrás la manzana; sólo depende de ti, dame el precioso fruto de este árbol adorado por mi corazón... ¡Oh!, sí, sí, dádmelo una de las dos, y aseguro para siempre el premio de la belleza a la que me haya servido antes.

Severino ve que ya es hora de pensar en cosas más serias: absolutamente incapaz de esperar, se apodera de la infortunada, y la coloca de acuerdo con sus deseos. Sin confiar todavía demasiado en sus capacidades, reclama la ayuda de Clément. Octavie llora y nadie la escucha; el fuego reluce en las miradas del impúdico monje, señor de la plaza, diríase que sólo examina las entradas para atacar con mayor seguridad; no utiliza ningún truco, ningún preparativo; ¿se cogerían las rosas con tanto gusto, si se apartaran las espinas? Por enorme que sea la desproporción entre la conquista y el asaltante, éste emprende inmediatamente el combate; un grito desgarrador anuncia la victoria, pero nada enternece al enemigo. Cuanta más gracia implora la cautiva, con mayor fuerza la empuja, y por mucho que la desdichada se debata, no tarda en ser sacrificada.

—Jamás hubo laurel más difícil —dice Severino al retirarse—; por vez primera en mi vida he llegado a pensar que zozobraría cerca del puerto... ¡Ah, qué angosto y qué caluroso! Es el Ganímedes de los dioses.

—Tengo que devolverla al sexo que tú acabas de manchar —dijo Antonin, cogiéndola por allí, y sin dejar que se levantara—. Hay más de una brecha en la muralla.

Y acercándose con fiereza, en un instante llega al santuario. Se escuchan nuevos gritos.

—¡Dios sea loado! —dijo el libertino—. Habría dudado de mi éxito sin los gemidos de la víctima, pero mi triunfo está asegurado, pues veo sangre y lágrimas.

—A decir verdad —dijo Clément, adelantándose con las varas en la mano—, yo tampoco alteraré esta dulce posición, favorece en demasía mis deseos.

La mujer de retén de Jérôme y la de treinta años sostenían a Octavie: Clément mira, toca; la joven asustada le implora y no le enternece.

—¡Oh, amigos míos! —dice el monje exaltado—. ¡,Cómo no fustigar a la colegiala que nos muestra un culo tan hermoso?

El aire comenzó a sonar inmediatamente con los silbidos de las varas y el sordo ruido de sus azotes sobre las bellas carnes; se mezclan a ellos los gritos de Octa vie y les responden las blasfemias del monje; ¡qué escena para esos libertinos entregados, en medio de todas nosotras, a mil obscenidades! Aplauden, le animan: mientras tanto la piel de Octavie cambia de color, los tintes del rosicler más vivo se juntan con el resplandor de los lirios; pero lo que tal vez divertiría un instante al Amor, si la moderación dirigiera el sacrificio, se vuelve a fuerza de rigor en un crimen espantoso contra sus leyes. Ya nada detiene al pérfido monje; cuanto más se queja la joven alumna, más estalla la severidad del regente; desde la mitad de los riñones hasta la parte baja de los muslos, todo es tratado con idéntica severidad, y al fin sobre los vestigios sangrantes de sus placeres el pérfido apaga sus fuegos.

—Yo seré menos salvaje que todo eso —dijo Jérôme agarrando a la bella, y pegándose a sus labios de coral—. Este es el templo donde voy a sacrificar... y en esta boca encantadora...

Me callo... Es el reptil impuro ajando una rosa, mi comparación os lo dice todo.

El resto de la velada fue semejante a todo lo que ya sabéis, de no ser que la belleza, la edad conmovedora de la joven, excitando aún más a esos malvados, redoblaron todas sus infamias, y la saciedad mucho más que la conmiseración, llevando a la desdichada a su cámara, le devolvió al menos por unas pocas horas la calma que necesitaba.

Yo habría deseado poder consolarla esa primera noche, pero obligada a pasarla con Severino, era yo, por el contrario, la que se hallaba en el caso de sentir gran necesidad de ayuda. Había tenido la desgracia, no de gustar, la palabra no sería adecuada, sino de excitar más vivamente que cualquier otra los infames deseos de este sodomita; ahora me deseaba casi todas las noches. Agotado por ésta, sintió necesidad de experimentos: temiendo sin duda no haberme hecho todavía suficiente daño con la espantosa espada de que estaba dotado, imaginó esta vez perforarme con uno de esos artefactos de religiosas que la decencia no me permite nombrar y que era de un grosor desmesurado. Hubo que prestarse a todo. El mismo hacía penetrar el arma en su querido templo; a fuerza de empujones entró muy adentro; grito: el monje se divierte; después de unas cuantas idas y venidas, retira de golpe y con violencia el instrumento y se engulle él mismo en la sima que acaba de entreabrir... ¡Vaya capricho! ¿No es exactamente lo contrario de todo lo que los hombres pueden desear? Pero ¡,quién puede definir el alma de un libertino? Hace mucho que sabemos que allí está el enigma de la naturaleza: todavía no nos ha dado la clave.

A la mañana, encontrándose algo más fresco, quiso probar otro suplicio. Me mostró una máquina mucho más gruesa todavía: estaba hueca y provista de un émbolo que despedía el agua con una fuerza increíble por una abertura que daba al chorro más de tres pulgadas de circunferencia. Este enorme instrumento tenía nueve de perímetro por doce de largo. Severino lo hizo llenar de agua muy caliente y quiso hundírmelo por delante. Horrorizada ante semejante proyecto, me arrojo a sus rodillas para pedirle gracia, pero él se halla en una de esas malditas situaciones en las que la piedad ya no se atiende, y en las que las pasiones, mucho más elocuentes, ponen en su lugar, sofocándola, una crueldad muchas veces peligrosa. El fraile me amenaza con toda su cólera si no me presto; debo obedecer. La pérfida máquina penetra dos tercios, y el desgarro que me produce unido a su extremo calor, están a punto de desmayarme. Durante ese tiempo, el superior, sin cesar de insultar las partes que ofende, se hace masturbar por su doncella. Después de un cuarto de hora de este frote que me lacera, suelta el émbolo que arroja el agua hirviente a lo más profundo de la matriz... Me desvanezco. Severino se extasiaba... Había alcanzado un delirio por lo menos igual a mi dolor.

—Eso no es nada —dijo el traidor, cuando hube recuperado los sentidos—, aquí a veces tratamos estos encantos con mucha mayor dureza... Una ensalada de espinas, ¡diantre!, con su pimienta, con su vinagre, hundida dentro con la punta de un cuchillo, eso es lo que les conviene para remozarlos. A la primera falta que cometas, te condeno a ello— dijo el malvado manoseando una vez más el único objeto de su culto.

Pero dos o tres homenajes, después de los excesos de la víspera, le habían dejado para el arrastre: me despidió.

Al regresar, encontré a mi nueva compañera hecha un mar de lágrimas; hice cuanto pude por calmarla, pero no es fácil entender rápidamente un cambio de situación tan espantoso. Esta joven poseía, además, un gran fondo de religión, de virtud y de sensibilidad, con lo que su estado le parecía aún más terrible. Omphale tenía razón al decirme que la veteranía no influía en nada en los despidos; que dictados simplemente

por la fantasía de los monjes, o por su temor de algunas pesquisas posteriores, cabía sufrirlo tanto al cabo de ocho días como al cabo de veinte años. Octavie sólo llevaba cuatro meses con nosotras, cuando Jéróme vino a anunciarle su partida, aunque fuera él quien más había gozado de ella durante su estancia en el convento, y hubiera podido quererla y desearla más. La pobre niña se fue, haciéndonos las mismas promesas que Omphale; tampoco ella las cumplió.

A partir de entonces, sólo me ocupé del proyecto que había concebido desde la partida de Omphale; decidida a todo por escapar de esa guarida salvaje, nada me asustó para conseguirlo. ¿Qué podía temer llevando a cabo mi intención? La muerte. ¿Y de qué estaba segura permaneciendo? De la muerte. Y si lo conseguía, me salvaba. Así que no había nada que discutir, pero necesitaba, antes de esta empresa, que los funestos ejemplos del vicio recompensado se reprodujeran una vez más bajo mis ojos; estaba escrito en el gran libro de los destinos, en ese libro oscuro que ningún mortal alcanza a comprender, estaba grabado en él, digo, que todos aquellos que me habían atormentado, humillado, esclavizado, pagaran incesantemente ante mis miradas el precio de sus fechorías, como si la Providencia se empeñara en mostrarme la inutilidad de la virtud... Funestas lecciones que, sin embargo, no me corrigieron, y que, aunque tuviera que seguir escapando de la espada colgada sobre mi cabeza, no me impedirían seguir siendo siempre la esclava de esta divinidad de mi corazón.

Una mañana, sin que lo esperáramos, Antonin apareció en nuestra habitación y nos anunció que el reverendo padre Severino, pariente y protegido del Papa, acababa de ser nombrado por Su Santidad general de la orden de los benedictinos. Y al día siguiente, en efecto, el religioso partió sin vernos: esperaban, nos dijeron, otro muy superior en los excesos a todos los que se quedaban; nuevos motivos para acelerar mis gestiones.

El día después de la marcha de Severino, los monjes se habían decidido a licenciar a otra de mis compañeras; elegí para mi evasión el mismo día en que vinieron a anunciar la baja de aquella miserable, a fin de que los monjes más ocupados se fijaran menos en mí.

Estábamos al comienzo de la primavera; la longitud de las noches todavía favorecía en algo mis diligencias. Llevaba dos meses preparándolas sin que nadie se lo imaginara; serraba poco a poco, con una mediocre tijera que había encontrado, las rejas de mi cuarto de aseo; mi cabeza ya pasaba fácilmente por ellas, y, con la ropa de cama que me daban, había trenzado una cuerda más que suficiente para salvar los siete u ocho metros de altura que Omphale me había dicho que tenía el edificio. Cuando se llevaron mis ropas, había tenido la precaución, como ya os dije, de apartar mi pequeña fortuna que ascendía a cerca de seis luises, y siempre la había ocultado cuidadosamente. La escondí en el pelo y, como casi toda nuestra cámara estaba en la cena aquella noche, a solas con una de mis compañeras que se acostó así que las otras hubieron bajado, entré en el cuarto de aseo; allí, destapando el agujero que había tenido el cuidado de cubrir todos los días, até mi cuerda a uno de los barrotes que estaba intacto, y, dejándome deslizar por ese medio, no tardé en tocar el suelo. No era eso lo que más me preocupaba: los seis recintos de muros o de setos vivos, de que me había hablado mi compañera, me inquietaban mucho más.

Una vez allí, descubrí que cada espacio o avenida circular dejado entre uno y otro seto no tenía más de ocho pies de anchura, y esta proximidad permitía imaginar a primera vista que todo lo que se hallaba en este lado sólo era un macizo boscoso. La noche era muy oscura; al contornear la primera avenida circular para investigar si encontraría una abertura en el seto, pasé por debajo de la sala de las cenas. Ya no estaban allí; mi

inquietud aumentó; proseguí, sin embargo, mis investigaciones. Llegué así a la altura de la ventana de la gran sala subterránea que se hallaba debajo de la de las orgías ordinarias. Descubrí en ella mucha luz, fui lo bastante atrevida como para acercarme; por mi situación, tenía que agacharme. Mi desdichada compañera estaba tendida sobre un caballete, los cabellos sueltos y destinada sin duda a algún espantoso suplicio en el que encontraría, como libertad, el eterno fin de sus desgracias... Me estremecí, pero lo que mis miradas acabaron de descubrir aún me asombró más: Omphale, o no lo sabía todo, o había callado algo; descubrí en ese subterráneo cuatro jóvenes desnudas, que me parecieron muy hermosas y muy jóvenes, y que sin duda no eran de las nuestras. Así que en este horrible asilo había más víctimas de la lubricidad de esos monstruos... otras desdichadas desconocidas por nosotras... Me apresuré a huir, y seguí girando hasta llegar al lado opuesto del subterráneo: no habiendo encontrado todavía la brecha, decidí hacer una. Sin que nadie se hubiera dado cuenta, me había provisto de un largo cuchillo: trabajé. Pese a mis guantes, mis manos no tardaron en quedar desgarradas, pero nada me detuvo. El seto tenía más de dos pies de espesor, lo entreabrí, y ya estaba en la segunda avenida. Allí me sorprendió notar bajo mis pies una tierra blanda y flexible en la que me hundía hasta el tobillo: cuanto más avanzaba por el tupido bosquecillo, más profunda era la oscuridad. Curiosa por saber a qué obedecía el cambio del suelo, lo toco con mis manos... ¡Oh, santo cielo! ¡Cojo la cabeza de un cadáver! ¡Dios mío!, pensé asustada, es aquí sin duda, como me habían dicho, el cementerio donde esos verdugos arrojan a sus víctimas; ¡casi ni se toman la molestia de cubrirlas de tierra!... ¡Puede que este cráneo sea el de mi querida Omphale, o el de la desdichada Octavie, tan hermosa, tan dulce, tan buena, y que sólo ha aparecido en la tierra como las rosas de las que sus encantos era la imagen! ¡Yo misma, ay, aquel hubiera sido mi lugar! ¡Por qué no sufrir mi suerte! ¡,Qué ganaría en ir a buscar nuevos reveses? ¡,Acaso no he cometido ya suficientes males? ¿No me he convertido en el motivo de un número más que suficiente de crímenes? ¡Ah, cumplamos mi destino! ¡Oh, tierra, ábrete para engullirme! ¡Cuando alguien se halla tan desamparada, tan pobre, tan abandonada como yo, por qué hay que tomarse tantos trabajos para seguir vegetando unos instantes más entre los monstruos!... Pero no, debo vengar la virtud aherrojada... Ella lo espera de mi valor... No nos dejemos abatir... sigamos: es esencial que el universo se libre de unos malvados tan peligrosos como éstos. ¿Debo temer perder a tres o cuatro hombres a cambio de salvar a millones de individuos que su política o su ferocidad sacrifica?

Atravieso, pues, el seto en que me encuentro; era más espeso que el anterior; a medida que iba avanzando eran más impenetrables. Consigo, sin embargo, agujerearlo, y más allá un suelo firme... ya nada que me anunciara los mismos horrores que acababa de encontrar. Alcanzo de ese modo el borde del foso sin haber descubierto la muralla que me había anunciado Omphale; seguramente no existía, y es verosímil que los monjes hablaran de ella para aterrorizarnos aún más. Menos encerrada más allá del séxtuplo recinto, diferenciaba mejor los objetos: la iglesia y el cuerpo de un edificio que tenía adosado se ofrecieron inmediatamente a mis miradas. El foso bordeaba uno y otro. Evité intentar franquearlo por este lado; recorrí los bordes, y viéndome al fin ante uno de los senderos del bosque, decidí cruzarlo por allí e introducirme por ese sendero una vez que hubiera pasado al otro lado. El foso era muy profundo, pero, para mi suerte, estaba seco. Como el revestimiento era de ladrillo, no había ningún medio de deslizarme por él, así que me arrojé. Un poco aturdida por la caída, tardé unos instantes en levantarme...

Prosigo, alcanzo el otro lado sin obstáculo, pero ¿cómo trepar por él? A fuerza de buscar un lugar accesible, encuentro al final uno donde unos cuantos ladrillos rotos me permitían a la vez la facilidad de servirme de los otros como escalones y la de hundir, para sostenerme, la punta de mi pie en el suelo. Ya estaba casi en la cima, cuando, desmoronándose todo bajo mi peso, caigo al foso debajo de los escombros que había arrastrado. Me creí muerta. Aquella caída, realizada involuntariamente, había sido más ruda que la anterior. Además, estaba enteramente recubierta de los materiales que me habían seguido; algunos de ellos me habían golpeado la cabeza, me sentía totalmente fracasada... «¡Oh, Dios mío!», me dije desesperada; «no sigamos; quedémonos aquí; es una advertencia del cielo; no quiere que siga: mis ideas me engañan sin duda; es posible que el mal sea útil en la Tierra, y cuando la mano de Dios lo desea, ¡quizás es un error oponerse a él!» Pero, prontamente rebelada contra un sistema demasiado desdichado fruto de la corrupción que me había rodeado, me libero de los escombros que me cubren, y encontrando mayor facilidad en subir por la brecha que acabo de hacer, a causa de los nuevos agujeros que se han formado en ella, lo intento una vez más, me animo, me hallo en un instante en la cima. Todo eso me había alejado del sendero que había descubierto, pero habiéndome fijado bien en él, lo alcanzo de nuevo y escapo a la carrera. Antes del final del día, ya me hallaba fuera del bosque, y a no tardar sobre aquel montículo desde el cual, seis meses atrás, para mi desdicha, había divisado el terrible convento. Descanso allí unos minutos, estaba empapada; mi primera preocupación es arrojarme de rodillas y de nuevo pedir perdón a Dios por las faltas involuntarias que había cometido en aquel odioso receptáculo del crimen y de la impureza; lágrimas de pesar no tardaron en manar de mis ojos. «¡Ay!», me dije «¡yo era mucho menos criminal cuando abandoné, el pasado año, este mismo sendero, guiada por un principio de devoción tan funestamente burlado! ¡Oh, Dios, en qué estado puedo contemplarme ahora!» Levemente calmadas estas funestas reflexiones por el placer de verme libre, proseguí mi camino hacia Dijon, imaginando que sólo en esa capital mis denuncias podían ser legítimamente admitidas...

Aquí la señora de Lorsange quiso obligar a Thérèse a recuperar el aliento, por lo menos durante unos minutos; lo necesitaba; el calor que ponía en su narración, las llagas que esos funestos relatos volvían a abrir en su alma, todo, en fin, la obligaba a unos cuantos momentos de tregua. El señor de Corville hizo traer unos refrescos, y al cabo de un poco de reposo, nuestra heroína prosiguió, como veremos a continuación, el detalle de sus deplorables aventuras.

Segunda parte

Estaba en mi segundo día, absolutamente tranquila respecto a los temores que había sentido al principio de ser perseguida; hacía un calor extraordinario, y siguiendo mi costumbre ahorrativa, me había alejado del camino para encontrar una sombra donde pudiera efectuar una ligera comida que me permitiera aguardar la noche. Un bosquecillo a la derecha del camino, en medio del cual serpenteaba un límpido arroyuelo, me pareció adecuado para refrescarme. Tranquilizada por el agua pura y fresca, alimentada con un poco de pan, la espalda apoyada en un árbol, dejaba circular por mis venas un aire puro y sereno que me descansaba, y calmaba mis sentidos. Allí, meditaba sobre aquella fatalidad casi sin parangón que, pese a las espinas que me rodeaban en la carrera de la virtud, me

llevaba siempre, sea como fuere, al culto de esa divinidad, y a unos actos de amor y de resignación hacia el Ser Supremo del que emana, y del cual es la imagen. Una especie de entusiasmo acababa de apoderarse de mí: «¡Ay!», me decía, «ese buen Dios al que adoro no me abandona, ya que en ese mismo instante acabo de encontrar los medios para reparar mis fuerzas. ¿Acaso no le debo a El este favor? ¿Y no existen en la Tierra seres a los que se les niega? Así que no soy totalmente desgraciada, ya que los hay que todavía son más de compadecer que yo... ¡Ah! ¿Acaso no lo soy mucho menos que las desdichadas a las que dejo en esa guarida del vicio de la que la bondad de Dios me ha hecho salir como por una especie de milagro? ... ». Y llena de gratitud, me había prosternado; contemplando el sol como la obra mas hermosa de la divinidad, como la que mejor manifiesta su grandeza, arrancaba de la sublimidad de ese astro nuevos motivos de oraciones y de acciones de gracias, cuando de repente me siento agarrada por dos hombres que, después de cubrirme la cabeza para impedirme ver y gritar, me atan como a una criminal y me arrastran sin decir palabra.

Caminamos así cerca de dos horas sin que me sea posible ver qué camino emprendemos, cuando uno de mis guías, oyéndome respirar con esfuerzo, propone a su camarada liberarme del velo que me oprime la cabeza; él lo permite, respiro y descubro finalmente que estamos en medio de un bosque donde seguimos un camino bastante ancho, aunque poco frecuentado. Mil funestas ideas se presentan entonces a mi mente, temo que se han apoderado de mí los agentes de aquellos indignos frailes... temo que me devuelven a su odioso convento.

—¡Ah! —le digo a uno de mis guías—, señor, ¿puedo suplicaros que me digáis dónde me lleváis? ¡.Puedo preguntaros qué pretendéis hacer conmigo?

—Cálmate, hija mía —me dice el hombre—, y no te asustes por las precauciones que nos vemos obligados a tomar. Te llevamos hacia un buen amo. Graves problemas le obligan a buscar camareras para su esposa sólo con este aparatoso misterio, pero estarás bien allí.

—¡Ay, señores! —contesté—, si estáis procurando mi felicidad, es inútil que me forcéis: soy una pobre huérfana, muy digna de compasión, sin duda. No pido más que un empleo: si me lo dais, ¡,por qué teméis que pueda escapar?

—Tiene razón —dice uno de los guías—, dejémosla más cómoda, atémosle solamente las manos.

Lo hacen, y prosigue la caminata. Al verme tranquila, responden incluso a mis preguntas, y acabo por enterarme de que el amo al que me destinan se llama el conde de Gernande, nacido en París, pero propietario de considerables bienes en esta comarca, y con más de quinientas mil libras de renta, que come a solas, me dice uno de los guías.

—¿A solas?

—Sí, es un hombre solitario, un filósofo; jamás ve a nadie. A cambio, es uno de los mayores glotones de Europa; no existe otro en el mundo que sea capaz de competir con él. Es inútil que te lo cuente, ya lo verás.

—Pero ¿qué significan estas precauciones, señor?

—Te lo cuento. Nuestro amo tiene la desgracia de tener una mujer que se ha vuelto loca. Hay que vigilarla, no sale jamás de su habitación, nadie quiere servirla. Por mucho que te lo hubiéramos propuesto, si hubieras sabido algo, jamás habrías aceptado. Nos vemos obligados a secuestrar jóvenes a la fuerza para ejercer este funesto empleo.

—¡Cómo! ¡,Estaré cautiva al lado de esa dama?

—A decir verdad, sí, por eso te tenemos así, pero estarás bien... tranquilízate, perfectamente bien. Salvo esa molestia, no te faltará nada.

—¡Ah, justo cielo! ¡Qué opresión!

—Vamos, vamos, criatura, valor, un día saldrás y con una fortuna encima.

Mi guía no había terminado sus palabras, cuando descubrimos el castillo. Era un soberbio y vasto edificio en medio del bosque, pero le faltaba mucho a ese gran edificio para estar tan poblado como su tamaño permitía. Sólo vi un poco de movimiento, un poco de afluencia en torno de las colinas situadas en unos porches, en la mitad del cuerpo del edificio. Todo el resto estaba tan solitario como la situación del castillo: nadie se fijó en nosotros cuando entramos; uno de mis guías se fue a las cocinas, y el otro me presentó al conde. Estaba en el fondo de un vasto y soberbio aposento, envuelto en un batín de satén de las Indias, echado en una otomana, y tenía a su lado dos jóvenes tan indecentemente, o, mejor dicho, tan ridículamente vestidos, peinados con tanta elegancia y tanto arte, que al principio los tomé por muchachas; un examen más detenido me hizo finalmente reconocerlos como dos muchachos, uno de los cuales podía tener quince años, y el otro dieciséis. Me pareció que tenían un rostro encantador, pero en tal estado de blandura y de abandono, que al principio creí que estaban enfermos.

—Aquí tenéis a una joven, monseñor —dijo mi guía—. Nos parece que os conviene: es dulce, honrada, y sólo pide colocarse. Confiamos en que os contentará.

—Está bien —dijo el conde, sin mirarme apenas—. Al retirarte, cierra la puerta, Saint-Louis, y di que nadie entre si no llamo.

Después el conde se levantó y se acercó a examinarme. Mientras él me observa, yo puedo describiroslo: la singularidad del retrato merece por un instante vuestras miradas. El señor de Gemande era entonces un hombre de cincuenta años, de unos seis pies de altura, y una obesidad monstruosa. Nada más terrible que su rostro, la longitud de su nariz, la espesa oscuridad de sus cejas, sus ojos negros y malvados, su gran boca casi desdentada, su frente tenebrosa y desnuda, el sonido de su voz terrible y ronca, sus enormes brazos y manos; todo contribuye a hacer de él un individuo gigantesco, cuya cercanía inspira más miedo que seguridad. No tardaremos en ver si la moral y los actos de esta especie de centauro respondían a su terrible caricatura. Después de un examen de lo más brusco y de lo más insolente, el conde me preguntó mi edad.

Y añadió a esta primera pregunta otras sobre mi persona. Le puse al corriente de todo lo que me concernía. Ni siquiera olvidé la deshonra que había recibido de Rodin; y cuando le hube descrito mi miseria, cuando le hube demostrado que la desdicha me había perseguido constantemente, el malvado me dijo con dureza:

—¡Tanto mejor, tanto mejor! Así serás más flexible aquí. Es un minúsculo inconveniente que la desdicha persiga a esta raza abyecta del pueblo que la naturaleza condena a arrastrarse cerca de nosotros por el mismo suelo: así es más activa y menos insolente, cumple mejor sus deberes hacia nosotros.

—Pero, señor, ya os he contado mi cuna, no es en absoluto abyecta.

—Sí, sí, ya me conozco la historia. Siempre se hace uno pasar por mucho cuando no es nada, o está en la miseria. Es preciso que las ilusiones del orgullo acudan a consolar de los embates de la fortuna; luego nos toca a nosotros creernos lo que nos parezca de esas cunas abatidas por los golpes de la suerte. Por otra parte, todo eso me da igual: te he encontrado al aire libre, y más o menos vestida como una sirvienta. De modo que así te tomo, si te parece bien. Sin embargo —prosiguió con dureza aquel hombre—, sólo de ti

depende ser feliz; ten paciencia, discreción, y en unos pocos años te despediré de aquí en situación de prescindir de servir.

Entonces cogió mis dos brazos, y arremangándome las mangas hasta el codo, los examinó con atención preguntándome cuántas veces me habían sangrado.

—Dos veces, señor —le contesté, bastante sorprendida por esa pregunta; y le cité las épocas, refiriéndole las circunstancias de mi vida en que eso había ocurrido.

Apoya sus dedos sobre las venas como cuando se quiere hincharlas para realizar esa operación, y cuando alcanzan el punto que él desea, les aplica la boca chupándolas. A partir de entonces, ya no dudé de que el libertinaje estaba relacionado con las prácticas de ese mal hombre, y los tormentos de la inquietud se despertaron en mi corazón.

—Tengo que saber cómo estás hecha —prosiguió el conde, mirándome con un aire que me hizo temblar—. Para el puesto que vas a ocupar, es preciso que no tengas ningún defecto. Así que muéstrame cómo eres.

Me defendí; pero el conde, entregando a la cólera todos los músculos de su terrible rostro, me anuncia duramente que me aconseja que no me haga la mojigata con él, porque dispone de medios seguros para convencer a las mujeres.

—Lo que me has contado —me dijo— no anuncia una virtud muy elevada. Así que tus resistencias quedarían tan fuera de lugar como ridículas.

Con esas palabras, hace un signo a sus muchachos, que, acercándoseme inmediatamente, se ocupan de desnudarme. Con unos individuos tan débiles, tan des madejados como los que me rodean, la defensa no es seguramente difícil; pero ¿de qué serviría? El antropófago que me los enviaba me habría pulverizado, de haber querido, de un puñetazo. Así que comprendí que tenía que ceder. Me desnudan en un instante. Tan pronto como acaban, descubro que provoco las risas de los dos Ganímedes.

—Amigo mío —le decía el más joven al otro—, ¡no está mal una joven!... ¡Pero qué lástima que ahí esté vacía!

—¡Oh! —decía el otro—, no hay nada tan infame como ese vacío. No tocaría a una mujer ni que me fuera la fortuna en ello.

Y mientras mi parte delantera era tan ridiculizada por sus sarcasmos, el conde, íntimo partidario del trasero (¡ay!, desdichadamente como todos los libertinos), examinaba el mío con la mayor atención. Lo manipulaba duramente, lo manoseaba con fuerza; y, pellizcando unos trozos de carne con sus cinco dedos, los reblandecía hasta magullarlos. Después me ordenó caminar unos pasos, y volver hacia él a reculones, a fin de no perder la perspectiva que se le ofrecía. Cuando llegué a su lado, me hizo agachar, levantar, apretar, abrir. A menudo se arrodillaba ante esta parte que era la única que le interesaba. La besaba en varios lugares diferentes, a veces incluso en el orificio más secreto; pero todos estos besos eran del tipo de la succión, no daba ni uno que no tuviera esta acción por objetivo: era como si mamara de cada una de las partes donde se posaban sus labios. Fue durante este examen cuando me preguntó muchos detalles sobre lo que me habían hecho en el convento de Santa María de los Bosques, y sin darme cuenta de que lo excitaba doblemente con esos relatos, tuve el candor de hacérselos todos con ingenuidad. Hizo acercar a uno de los jóvenes y, colocándolo a mi lado, soltó el nudo corredizo de un gran lazo de cinta rosa que sostenía un calzón de gasa blanca, y dejó al descubierto todos los encantos velados por esa prenda. Después de unas suaves caricias en el mismo altar donde el conde sacrificaba conmigo, cambió de repente de objeto y comenzó a chupar al muchacho en la parte que caracterizaba su sexo. No dejaba de tocarme: fuera costumbre

en el joven, fuera habilidad por parte del sátiro, en muy pocos minutos, la naturaleza vencida derramó en la boca de uno lo que salía del miembro del otro. Así es como ese libertino agotaba a los desdichados niños que tenía consigo, cuyo nombre no tardaremos en conocer; así es como los debilitaba, y ésta era la causa del estado de languidez en que los había encontrado. Veamos ahora qué hacía para poner a las mujeres en el mismo estado, y cuál era la auténtica razón del retiro en que tenía a la suya.

El homenaje que me había rendido el conde había sido largo, pero sin la menor infidelidad al templo que había elegido para sí: ni sus manos, ni sus besos, ni sus deseos se apartaron de él un solo instante. Después de haber igualmente chupado al otro joven, y haber recogido y devorado de la misma manera su semen, me dijo, llevándome a un gabinete vecino, sin dejarme recoger mis ropas.

—Ven, voy a mostrarte de qué se trata.

No conseguí disimular mi turbación, fue espantoso; pero no había manera de hacer cambiar la cara a mi suerte, tenía que beber hasta la hez el cáliz que me habían ofrecido.

Otros dos jóvenes de dieciséis años, no menos bellos ni exhaustos que los dos primeros que habíamos dejado en el salón, tejían un tapiz en aquel gabinete. Se levantaron cuando entramos.

Narcisse —le dijo el conde a uno de ellos—, ésta es la nueva camarera de la condesa. Tengo que probarla, dame mis lancetas.

Narcisse abre un armario, y saca inmediatamente de él todo lo necesario para sangrar. Dejo que vos misma penséis cómo me puse. Mi verdugo vio mi apuro, y se limitó a reírse.

—Colócala, Zéphire —dijo el señor de Gernande al otro joven.

Y aquel niño, al acercarse a mí, me dijo sonriendo: No tenga miedo, señorita, eso sólo puede hacerle bien. Póngase así.

Se trataba de estar ligeramente apoyada sobre las rodillas, en el borde de un taburete colocado en el centro de la habitación, con los brazos atados por dos cintas colgadas del techo.

Así que estoy colocada, el conde se me acerca, con la lanceta en la mano. Apenas respiraba, sus ojos soltaban chispas, su rostro daba miedo. Venda mis dos brazos, y en menos de un abrir y cerrar de ojos pincha los dos. Tan pronto como ve la sangre, lanza un grito acompañado de dos o tres blasfemias. Se sienta a seis pies, frente a mí. El ligero ropaje que le cubre no tarda en abrirse: Zéphire se arrodilla entre sus piernas, le chupa; y Narcisse, con los dos pies sobre el sillón de su amo, le presenta para mamar el mismo objeto que él ofrece a chupar al otro. Gernande agarraba los riñones de Zéphire, lo abrazaba, lo apretaba contra sí, pero lo abandonaba de vez en cuando para arrojarme unas miradas encendidas. Mientras tanto mi sangre manaba a grandes chorros y caía sobre dos cuencos blancos colocados debajo de mis brazos. No tardé en debilitarme.

—¡Señor, señor! —exclamé—, tened piedad de mí, me mareo...

Y me tambaleé; retenida por las cintas, no pude caer; pero como mis brazos se movían y mi cabeza flotaba sobre mis hombros, mi cara se inundó de sangre. El conde estaba en plena ebriedad... Sin embargo, no presencié el final de la operación, me desmayé antes de que llegara a buen fin; ¿es posible que sólo pudiera alcanzarlo viéndome en este estado, es posible que su éxtasis supremo dependiera de este cuadro de muerte? Sea como fuere, cuando recuperé el sentido, me encontré en una cama excelente y con dos viejas a mi lado. Así que me vieron con los ojos abiertos, me ofrecieron un caldo, y cada tres horas,

durante dos días, sabrosas sopas. En aquel momento, el señor de Gernande me hizo decir que me levantara y que fuera a hablarle al mismo salón donde me había recibido al llegar. Me acompañaron allí: seguía estando un poco débil, pero por lo demás bastante bien; llegué.

—Thérèse —me dijo el conde, haciéndome sentar—, repetiré muy pocas veces pruebas semejantes contigo; tu persona me es útil para otros menesteres; pero era esencial que te hiciera conocer mis gustos y la manera como acabarás un día en esta casa, si me traicionas, si desgraciadamente te dejas sobornar por la mujer a cuyo lado voy a colocarte.

»Esta mujer es la mía, Thérése, y este título es sin duda el más funesto que pueda tener, ya que le obliga a prestarse a la pasión extravagante de la que tú acabas de ser víctima. No imagines que la trato así por venganza, por desprecio, o por algún sentimiento de odio: es simplemente la historia de las pasiones. Nada iguala el placer que experimento al derramar su sangre... cuando mana me siento embriagado; jamás he disfrutado de ninguna mujer de otra manera. Hace tres años que me casé con ella y exactamente cada cuatro días sufre el tratamiento que tú has experimentado. Su gran juventud (sólo tiene veinte años) y los cuidados especiales que se le dan, todo eso la sostiene; y como se la repara en la misma medida de lo que se la obliga a perder, se va manteniendo bastante bien. Con una sujeccion semejante, ya puedes darte cuenta de que no puedo dejarla salir, ni dejar que nadie la vea. Así que la hago pasar por loca, y su madre, la única pariente que le queda, que vive en su castillo a seis leguas de aquí, está tan convencida de ello que ni siquiera se atreve a venir a verla. La condesa implora con mucha frecuencia su perdón, no hay nada que no haga por enternecerme; pero jamás lo conseguirá. Mi lujuria ha decretado su arresto, es invariable, seguirá así mientras pueda: nada le faltará en toda su vida, y como me gusta agotarla, la aguantaré lo más posible; cuando ya no pueda aguantar, ¡mala suerte! Es la cuarta, pronto tendré una quinta, nada me inquieta tan poco como la suerte de una mujer; ¡hay tantas en el mundo, y es tan agradable cambiarlas!

»En cualquier caso, Thérèse, tu trabajo es cuidarla: pierde regularmente dos paletas de sangre cada cuatro días, ahora ya no se desmaya; la costumbre le confiere fuerzas, su agotamiento dura veinticuatro horas, está bien los tres días restantes. Pero puedes entender fácilmente que esta vida le disgusta; no hay nada que no haga por librarse de ella, nada que no emprenda para conseguir comunicar su auténtica situación a su madre. Ya ha seducido a dos de sus camareras, pero sus maniobras fueron descubiertas con el tiempo suficiente para impedir que triunfaran: ella ha sido la causa de la pérdida de las dos desdichadas, ahora se arrepiente de ello, y, aceptando la invariabilidad de su suerte, ha tomado una decisión, y promete no volver a intentar seducir las personas de las que la rodearé. Pero este secreto, lo que puede ocurrir si me traicionan, todo eso, Thérèse, me obliga a colocar a su lado a personas secuestradas como tú lo has sido, a fin de evitar con ello las persecuciones. No habiéndote quitado a nadie, no teniendo que responder de ti a nadie, estoy más capacitado para castigarte, si lo mereces, de una manera que, aunque te arrebate la vida, no me pueda suponer pesquisas ni ningún tipo de sospechas. A partir de este momento, ya no existes en el mundo, dado que puedes desaparecer de él por el más ligero acto de mi voluntad: esta es tu suerte, hija mía, ya ves; afortunada si te portas bien, muerta si intentas traicionarme. En cualquier otro caso, te pediría una respuesta: en la situación en que te encuentras no tengo ninguna necesidad de hacerlo; estás en mi poder, tienes que obedecerme, Thérèse... Pasemos a ver a mi mujer.

Sin nada que objetar a un discurso tan preciso, seguí a mi amo. Cruzamos una larga galería, tan sombría y tan solitaria como el resto del castillo; se abre una puerta, entramos en una antecámara en la que reconozco a las dos viejas que me atendieron durante mi desfallecimiento. Se levantaron y nos introdujeron en un soberbio aposento donde encontramos a la desdichada condesa bordando en un bastidor sobre una tumbona; se levantó cuando vio a su marido.

—Sentaos —le dijo el conde—, os permito que me escuchéis así. Aquí está, al fin, una camarera que os he encontrado, señora —prosiguió—. Confío en que os acordaréis de la suerte que habéis hecho correr a las otras, y que no intentaréis sumir a ésta en las mismas desdichas.

—Eso sería inútil —dije entonces, llena de deseos de servir a esa infortunada, y queriendo disimular mis intenciones—; sí, señora, me atrevo a asegurarlo delante de vos, sería inútil, no diréis una sola palabra sin que yo la comunique inmediatamente a vuestro señor esposo, y tened por seguro que no arriesgaré mi vida por serviros.

—No intentaré nada que pueda colocaros en esa situación, señorita —dijo la pobre mujer, que todavía no entendía los motivos que me hacían hablar así—; estad tranquila: sólo pido vuestros cuidados.

—Serán enteramente para vos, señora —contesté—, pero nada más.

Y el conde, encantado conmigo, me estrechó la mano diciéndome al oído:

—Bien, Thérèse, has hecho tu fortuna si te portas como dices.

Después el conde me mostró mi habitación, contigua a la de la condesa, y me hizo observar que el conjunto de este apartamento, cerrado por unas puertas excelentes y rodeado de dobles rejas en todas sus aberturas, no dejaba ninguna esperanza de evasión.

—Aquí hay una terraza —prosiguió el señor de Gernande, acompañándome a un pequeño jardín que estaba a la altura del apartamento—, pero no creo que su altura te dé ganas de medir sus muros. La condesa puede venir a respirar el aire fresco siempre que quiera, tú la acompañaras... Adiós.

Regresé al lado de mi dueña, y como en un principio las dos nos examinamos sin hablar, en este primer instante la estudié lo bastante bien como para poder describirla.

La señora de Gernande, con diecinueve años y medio de edad, poseía el mas bello talle, el más noble y más majestuoso que había podido ver; ni uno de sus gestos, ni uno de sus ademanes que no fuera una gracia, ni una de sus miradas que no fuera un sentimiento. Sus ojos eran de la más bella negrura: aunque fuera rubia, nada igualaba su expresión; pero una especie de languidez, consecuencia de sus infortunios, que suavizaba su resplandor, los hacía mil veces más interesantes; tenía la piel muy blanca, y los más hermosos cabellos, la boca muy pequeña, demasiado quizá, me hubiera sorprendido un poco que le hubieran encontrado este defecto: era una bonita rosa todavía poco crecida, pero los dientes de una frescura... ¡los labios de un rosicler!... diríase que el Amor la había coloreado con matices robados a la diosa de las flores. Su nariz era aquilina, estrecha, ceñida por arriba, y coronada por dos cejas de ébano; la barbilla perfectamente bonita, un rostro, en una palabra, bellamente ovalado, en cuyo conjunto reinaba una especie de encanto, de ingenuidad, de candor, que habrían hecho tomar esa cara encantadora, más por la de un ángel que por la fisonomía de una mortal. Sus brazos, su seno, su trasero eran de un esplendor... de una redondez capaz de servir de modelo a los artistas; un vello suave y negro cubría el monte de Venus, sostenido por dos muslos torneados; y, cosa que me sorprendió, pese a la ligereza del talle de la condesa, pese a sus

desdichas, nada alteraba su lozanía: sus nalgas redondas y rollizas eran tan carnosas, tan abundantes, tan firmes como si su cintura hubiera sido más marcada y ella hubiera vivido siempre en el seno de la felicidad. Mostraba, sin embargo, sobre todo ello espantosas marcas del libertinaje de su esposo, pero, lo repito, nada alterado... la imagen de un bello lirio donde la abeja ha dejado algunas manchas. A tantos dones, la señora de Gemande sumaba un carácter dulce, una mente novelesca y tierna, ¡un corazón de una sensibilidad!... Instruida, con talento... un arte innato para la seducción, a la que sólo su infame esposo era capaz de resistir, un sonido de voz encantador y mucha piedad. Así era la desdichada esposa del conde de Gernande, así era la criatura angelical contra la que había conspirado; parecía que cuantas más cosas inspiraba, más encendía su ferocidad, y que la abundancia de dones que había recibido de la naturaleza sólo servía de motivos suplementarios para las crueldades de aquel malvado.

—¿Qué día fuisteis sangrada, señora? —le dije, a fin de mostrarle que estaba al corriente de todo.

—Hace tres días —me dijo—, y me toca mañana...

—A continuación, con un suspiro—: Sí, mañana... señorita, mañana... seréis testigo de esa bonita escena.

—¿Y la señora no se debilita?

—¡Oh, cielos! Aún no he cumplido veinte años, y estoy segura de que no se está más débil a los setenta. Pero me consuela saber que eso terminará; es absolutamente imposible que viva mucho tiempo así: iré a reunirme con mi padre, iré a buscar en los brazos del Ser Supremo un reposo que los hombres me han negado tan cruelmente en la Tierra.

Estas palabras me rasgaron el corazón; queriendo mantener mi personaje, disimulé mi turbación, pero, en el fondo de mí misma, me prometí a partir de entonces perder mil veces la vida, si era preciso, a cambio de arrebatar del infortunio a esta desdichada víctima de los excesos de un monstruo.

Era el momento de la cena de la condesa. Las dos viejas vinieron a avisarme de que la hiciera pasar a su gabinete: se lo dije. Ella estaba acostumbrada a todo aquello, salió inmediatamente, y las dos viejas, ayudadas por los dos lacayos que me habían detenido, sirvieron una comida suntuosa en una mesa donde mi cubierto estaba colocado en frente del de mi dueña. Los lacayos se retiraron, y las dos viejas me avisaron de que ellas no se moverían de la antecámara a fin de estar a disposición de recibir las órdenes de la señora sobre todo lo que ella pudiera desear. Advertí a la condesa, se sentó, y me invitó a hacer lo mismo con un aire de amistad y de afabilidad que acabó de conquistarme el alma. Sobre la mesa había por lo menos veinte platos.

—A este respecto, ya veis que me cuidan, señorita —me dijo.

—Sí, señora —contesté—, y sé que la voluntad del señor conde es que no os falte nada.

—¡Oh, sí! Pero como los motivos de estas atenciones son tan crueles, me conmueven poco.

La señora de Gernande agotada, y vivamente estimulada por la naturaleza a unas constantes reparaciones, comió mucho. Quiso unas perdices y un ánade de Rouen que le sirvieron inmediatamente. Después de la comida, fue a tomar el aire en la terraza, pero cogida de mi mano: le hubiera sido imposible dar diez pasos sin esta ayuda. Fue en ese momento cuando me enseñó todas las partes de su cuerpo que acabo de describiros; me mostró sus brazos, estaban llenos de cicatrices.

—¡Ah!, no acaba ahí —me dijo—, no hay una sola parte de mi desdichada persona de la que no le guste ver correr la sangre.

Y me mostró sus pies, su cuello, la parte inferior de su seno y otras zonas carnosas igualmente cubiertas de cicatrices. El primer día me limité a algunas protestas suaves, y nos acostamos.

El siguiente era el día fatal de la condesa. El señor de Gernande, que sólo realizada esta operación al final de su cena, terminada siempre antes que su mujer, me hizo decir que me sentara a la mesa con él; allí fue, señora, donde vi operar a aquel ogro de una manera tan terrible que, pese a estar viéndolo, me costó esfuerzo creerlo. Cuatro lacayos, entre los que estaban los dos que me habían conducido al castillo, servían la asombrosa comida. Merece ser detallada: voy a hacerlo sin exagerar; seguramente no habían añadido nada para mí. Así que lo que vi era la historia de todos los días.

Sirvieron dos sopas, una de pasta al azafrán, y la otra de cangrejos con caldo de jamón; en medio un solomillo de buey a la inglesa, ocho entremeses, cinco grandes entrantes, cinco disfrazados y más ligeros, una cabeza de jabalí en medio de ocho platos de asados, a los que siguieron dos servicios de dulces, y dieciséis platos de frutas; helados, seis tipos de vino, cuatro clases de licores, y café. El señor de Gernande probó todos los platos, y algunos los vació por completo; bebió doce botellas de vino, cuatro de Borgoña, con los primeros platos, y cuatro de *champagne* en el asado; el tokai, el mulseau, el hermitage y el madeira fueron consumidos con la fruta. Terminó con dos botellas de licores de las Islas y diez tazas de café.

Tan fresco al levantarse como si acabara de despertarse, el señor de Gernande me dijo:

—Vamos a sangrar a tu ama; te pido que me digas si lo hago tan bien con ella como contigo.

Dos muchachos a los que todavía no había visto, de la misma edad que los anteriores, nos esperaban a la puerta de los aposentos de la condesa: fue allí donde el conde me contó que tenía doce que le cambiaban cada año. Estos me parecieron aún más lindos que ninguno de los que había visto anteriormente: estaban menos exhaustos que los demás; entramos... Todas las ceremonias que aquí voy a detallaros, eran las que exigía el conde: se respetaban regularmente todos los días, y lo máximo que se cambiaba era el local de las sangrías.

La condesa, envuelta simplemente en una tela de muselina flotante, se arrodilló así que el conde entró. —¿Estáis preparada? —le preguntó su esposo.

—A todo, señor —contestó humildemente—: sabéis perfectamente que soy vuestra víctima, y que no tenéis más que mandar.

Entonces el señor de Gernande me dijo que desnudara a su mujer y que se la trajera. Por mucha repugnancia que yo sintiera ante todos estos horrores, ya sabéis señora, que no tenía otra opción que la más total resignación. Vedme siempre, os lo suplico, como una esclava en todo lo que os he contado y en todo lo que me queda por referiros: sólo me prestaba a ello cuando no podía hacer otra cosa, pero no actuaba de buena gana en nada de todo ello.

Así que despojé a mi ama de su túnica y la conduje desnuda al lado de su esposo, ya instalado en un gran sillón: al corriente del ceremonial, ella se subió al sillón, y ella misma le presentó a besar aquella parte favorita que tanto había celebrado en mí, y que me parecía interesarle igualmente en todos los seres y en todos los sexos.

—Abrase pues, señora —le dijo brutalmente el conde...

Y celebró largo tiempo lo que deseaba ver haciéndole tomar sucesivamente diferentes posiciones. Entreabría, cerraba; con la punta del dedo, o con la lengua, cosquilleaba el estrecho orificio; y otras veces, arrastrado por la ferocidad de sus pasiones, cogía un pellizco de carne, lo apretaba y lo arañaba. Así que había producido una leve herida, su boca se posaba inmediatamente sobre ella. Durante estos crueles preliminares, yo aguantaba a su desdichada víctima, y los dos garzones completamente desnudos se relevaban a su lado; sucesivamente de rodillas entre sus piernas, utilizaban las bocas para excitarlo. Fue entonces cuando vi, no sin una asombrosa sorpresa, que aquel gigante, aquella especie de monstruo, cuyo mero aspecto bastaba para echarse a temblar, apenas era, sin embargo, un hombre: la más menuda, la más ligera excrecencia de carne, o, para que la comparación sea más exacta, lo que se le vería a un niño de tres años, era lo máximo que se descubría en aquel individuo tan enorme y tan corpulento, por otra parte, en todo; pero no por ello sus sensaciones eran menos vivas, y cada vibración de placer significaba para él un ataque de espasmo. Después de esta primera sesión, se tendió sobre el canapé, y quiso que su mujer, a caballo sobre él, mantuviera el trasero sobre su cara, mientras que con su boca le devolvería, por medio de la succión, los mismos ultrajes que acababa de recibir de los jóvenes Ganímedes, los cuales eran excitados, a derecha e izquierda, con sus manos; las mías trabajaban durante ese rato en su trasero: lo cosquilleaba, lo masturbaba en todos los sentidos. Como esta actitud, proseguida durante más de un cuarto de hora, no producía ningún efecto, hubo que cambiarla; por orden del conde, tendí a la condesa sobre una tumbona, acostada de espaldas, con los muslos abiertos al máximo. La visión de lo que se entreabría colocó al conde en una especie de rabia; mira... sus miradas despiden fuego, blasfema; se precipita como un loco furioso sobre su mujer, la pincha con su lanceta en cinco o seis lugares del cuerpo, pero todas estas heridas eran superficiales, apenas dejaban escapar una o dos gotas de sangre. Estas primeras crueldades cesaron finalmente para ser sustituidas por otras. El conde se tranquiliza, deja respirar un instante a su mujer; y ocupándose de sus dos favoritos, los obligaba a chuparse mutuamente, o bien los colocaba de tal modo que a la vez que él chupaba a uno, el otro le chupaba a él, y el que le chupaba volvía con su boca a prestar el mismo servicio al que era chupado: el conde recibía mucho, pero no daba nada. Su saciedad y su impotencia eran tales que ni los mayores esfuerzos conseguían sacarle de su embotamiento: parecía sentir unas titilaciones muy violentas, pero no se manifestaba nada; a veces me ordenaba que yo misma chupara a sus miñones y que corriera inmediatamente a devolver a su boca el incienso que recogiera. Al fin los arroja a los dos sobre la desdichada condesa. Los jóvenes se acercan, la insultan, llevan su insolencia hasta golpearla, y abofetearla, y cuanto más la molestan, más elogiados y aplaudidos son por el conde.

Gernande estaba entonces ocupado conmigo; yo me colocaba frente a él, con mis riñones a la altura de su cara, y él rendía homenaje a su dios, pero no me hizo daño; no sé por qué tampoco atormentó a sus Ganímedes: sólo se metía con la condesa. Es posible que el honor de pertenecerle fuera un título para ser maltratada por él; es posible que sólo le impulsaran a la crueldad los vínculos que conferían fuerza a sus ultrajes. Cabe suponerlo todo en semejantes cabezas, y apostar casi siempre a que lo que les parezca un crimen mayor será lo que más los excite. Al fin nos coloca a sus jóvenes y a mí a los lados de su mujer, entremezclados los unos con los otros: aquí un hombre, allí una mujer, y los cuatro ofreciéndole el trasero; los examina primero de frente, un poco distante,

después se acerca, toca, compara, acaricia; los jóvenes y yo no teníamos que sufrir nada, pero cada vez que llegaba a su mujer, la molestaba, la vejaba de una u otra manera. La escena cambia de nuevo: hace colocar a la condesa boca abajo sobre un canapé, y tomando sucesivamente a cada uno de los jóvenes, él mismo los introduce en el estrecho camino ofrecido por la posición de la señora de Gernande: les permite calentarse, pero el sacrificio sólo debe consumarse en su boca; los chupa igualmente a medida que sale. Mientras el uno actúa, se hace chupar por el otro, y su lengua se pierde en el trono de voluptuosidad que le presenta el agente. Este acto es largo, el conde se enfada, se levanta, y quiere que yo sustituya a la condesa; le suplico insistentemente que no me lo exija, no hay manera. Coloca a su mujer de espaldas a lo largo del canapé, me hace pegarme a ella, con los riñones vueltos hacia él, y allí ordena a sus muchachos que me sondeen por el camino prohibido: me los presenta, sólo se introducen guiados por sus manos; es preciso entonces que yo excite a la condesa con mis dedos, y que la bese en la boca. Para él, su ofrenda es la misma; como cada uno de sus miñones sólo puede actuar mostrándole uno de los más dulces objetos de su culto, lo aprovecha lo mejor que puede, y al igual que con la condesa hace que el que me perfora, después de unas cuantas idas y venidas, acuda a derramar en su boca el incienso encendido por mí. Cuando los jóvenes han terminado, se pega a mis riñones y parece querer sustituirlos.

—¡Esfuerzos superfluos! —exclama—... ¡No es eso lo que necesito!... ¡Acción!... ¡Acción!... Por lamentable que parezca mi estado... ya no aguanto más... ¡Vamos, condesa, vuestros brazos!

La cogió entonces con ferocidad, la coloca como había hecho conmigo, los brazos colgados del techo por dos cintas negras: yo estoy encargada de colocarle las vendas; examina las ataduras: viéndolas poco apretadas, las aprieta más, a fin, dice, de que la sangre salga con mayor fuerza; pulsa las venas, y pincha las dos casi al mismo tiempo. La sangre salta muy lejos: él se extasía; y colocándose de nuevo de frente, mientras que los dos manantiales manan, me hace arrodillarme entre sus piernas, a fin de que le chupe; él hace lo mismo a cada uno de sus queridos, sucesivamente, sin apartar la mirada de los chorros de sangre que lo excitan. Por mi parte, convencida de que el instante en que la crisis que espera se produzca significará el cese de los tormentos de la condesa, pongo todo mi esfuerzo en precipitar esa crisis, y me vuelvo, como veis, señora, ramera por beneficencia y libertina por virtud. Al fin llega el desenlace tan esperado, del que yo no conocía ni sus peligros ni su violencia; la última vez que se había producido, estaba desvanecida... ¡Oh, señora! ¡Qué extravío! Gernande llevaba cerca de diez minutos en pleno delirio, debatiéndose como un hombre enfermo de epilepsia, y lanzando unos gritos que se oirían a una legua de distancia; sus juramentos eran excesivos, y golpeando todo lo que le rodeaba, desplegaba unos esfuerzos terribles. Los dos miñones caen patas arriba; quiere arrojarse sobre su mujer, le retengo; acabo de chupársela: la necesidad que siente de mí hace que me respete; al fin lo devuelvo a la razón, desprendiéndole de aquel fluido encendido, cuyo calor, cuyo espesor, y sobre todo cuya abundancia, le ponen en tal estado de frenesí, que yo creía que iba a expirar; siete u ocho cucharas apenas habrían bastado para contener la dosis, y el potaje más espeso describiría mal su consistencia; con todo ello nada de erección, la apariencia misma del agotamiento: son unas contradicciones que explicarán los médicos mejor que yo. El conde comía en exceso, y sólo se desahogaba cada vez que sangraba a su mujer, o sea cada cuatro días. ¿Estaba ahí

la causa del fenómeno? Lo ignoro, y no atreviéndome a explicar lo que no entiendo, me limitaré a referir lo que vi.

Mientras tanto corro hacia la condesa, restaño su sangre, la desato y la coloco sobre un canapé en un gran estado de debilidad; pero el conde, sin preocuparse, sin dignarse arrojar ni una mirada sobre la desdichada víctima de su rabia, sale bruscamente con sus miñones, dejándome ordenarlo todo como yo quiera. Esta es la fatal indiferencia que caracteriza, mejor que cualquier otra cosa, el alma de un auténtico libertino: ¿sólo está arrastrado por la fogosidad de sus pasiones? El remordimiento se dibujará en su rostro, cuando vea en estado de calma los funestos efectos del delirio; ¿su alma está enteramente corrompida? Semejantes consecuencias no le horrorizarán en absoluto: las contemplará sin pena y sin pesar, quizás incluso todavía con alguna emoción por las infames voluptuosidades que las produjeron.

Hice acostar a la señora de Gernande. Por lo que ella me dijo, esta vez había perdido mucho más que de costumbre; pero se le prodigaron tantos cuidados y tantos reconstituyentes que, al cabo de dos días, ya no lo parecía. Aquella misma noche, así que ya no tuve nada que hacer al lado de la condesa, Gernande me comunicó que fuera a hablar con él. Cenaba; yo tenía que servir aquella cena consumida por él con aún mayor intemperancia que el almuerzo; cuatro de sus miñones se sentaban a su mesa, y allí, regularmente todas las noches, el libertino bebía hasta emborracharse: pero veinte botellas de los más excelentes vinos apenas bastaban para conseguirlo, y más de una vez le vi vaciar treinta. Sostenido por sus favoritos, el libertino se acostaba luego cada noche en la cama con dos de ellos. Pero él no daba nada por su parte, y todo ello no eran más que vehículos que le preparaban para la gran escena.

Mientras tanto, yo había descubierto el secreto de agradar de manera increíble a aquel hombre: confesaba espontáneamente que pocas mujeres le habían gustado tanto. Con ello adquirí derecho a su confianza, de la que sólo me aproveché para servir a mi ama.

Una mañana que Gernande me había hecho ir a su gabinete para comunicarme unos nuevos proyectos de libertinaje, después de haberle escuchado y aplaudido calurosamente, quise, viéndole bastante tranquilo, intentar enternecerle sobre la suerte de su desdichada esposa:

—¿Es posible, señor —le dije—, que podáis tratar a una mujer de esta manera, independientemente de todos sus vínculos con vos? Dignaos pensar en las gracias conmovedoras de su sexo.

—¡Oh, Thérèse! —me contestó el conde—. Sé inteligente. ¿Cómo puedes utilizar como razones para calmarme las que precisamente más me excitan? Atiéndeme, querida muchacha —prosiguió haciéndome sentar a su lado—, sean cuales sean los insultos que me oirás proferir contra tu sexo, no te acalores. Dame razones, y si son buenas, me rendiré a ellas.

»¿Con qué derecho, por favor, pretendes, Thérèse, que un marido esté obligado a procurar la felicidad de su mujer? ¿Y qué títulos se atreve a alegar esa mujer para exigirlo de su marido? La necesidad de hacerse recíprocamente felices sólo puede existir legalmente entre dos seres igualmente dotados de la facultad de hacerse daño, y por consiguiente entre dos seres de idéntica fuerza. Una asociación semejante sólo puede producirse si se establece inmediatamente el pacto entre esos dos seres de comportarse entre sí de modo que el uso de sus respectivas fuerzas no pueda dañar a ninguno de los dos; pero es imposible que exista esta convención entre el ser fuerte y el ser débil. ¿Con

qué derecho exigirá el último que el otro le trate con miramientos? ¿Y por qué imbecilidad se comprometería el primero a hacerlo? Puedo consentir en no utilizar mis fuerzas contra aquel que es capaz de hacérseme temible con las suyas; pero ¿por qué motivo debilitaría sus efectos con el ser cuya naturaleza me sirve? Tú me contestarás: ¿por piedad? Ese sentimiento sólo es compatible con el ser que se me asemeja, y como es egoísta su efecto sólo se produce con la condición tácita de que el individuo que me inspirará conmiseración también la sienta respecto a mí: pero si yo lo domino constantemente con mi superioridad, al serme inútil su conmiseración, jamás debo, por poseerla, consentir en ningún sacrificio. ¿No sería un engaño sentir piedad del pollo que degüellan para mi cena? Un individuo tan inferior a mí, privado de cualquier relación conmigo, jamás puede inspirarme ningún sentimiento. Pues bien, las relaciones de la esposa con el marido no tienen una consecuencia diferente que la del pollo conmigo; ambos son unos animales familiares que hay que utilizar, que hay que emplear para el uso indicado por la naturaleza, sin diferenciarlos en lo más mínimo. Vaya, me pregunto que si la intención de la naturaleza fuera la de que vuestro sexo hubiera sido creado para la dicha del nuestro, y viceversa, ¿habría cometido, esta naturaleza ciega, tantas inepcias en la construcción de uno y otro sexo?, ¿les habría conferido mutuamente unos errores tan graves de los que debían resultar indefectiblemente el alejamiento y la antipatía mutuas? Sin ir a buscar unos ejemplos más lejos, con la conformación que tú me conoces, dime, por favor, Thérèse, ¿a qué mujer podría yo hacer feliz, y, a la inversa, qué hombre podrá encontrar dulce el goce de una mujer, si no está dotado de las gigantescas proporciones necesarias para contentarla? ¿Serán, en tu opinión, las cualidades morales las que la compensarán de los defectos fisicos? ¿Y qué ser razonable, conociendo una mujer a fondo, no exclamará con Eurípides: «Aquel de los dioses que ha puesto la mujer en el mundo, puede vanagloriarse de haber producido la peor de todas las criaturas, y la más molesta para el hombre?». Si, por consiguiente, está demostrado que los dos sexos no se convienen mutuamente en absoluto, y que no existe querella fundada, por parte de uno, que no convenga inmediatamente al otro, es falso, pues, a partir de ahí, que la naturaleza los haya creado para su felicidad recíproca. Puede haberles permitido el deseo de juntarse para concurrir al objetivo de la propagación, pero en absoluto el de unirse con la intención de que el uno procure la felicidad del otro. Así, pues, no teniendo el más débil ningún título a reclamar para obtener la piedad del más fuerte, y no pudiendo ya oponerle que puede hallar su felicidad en él, no tiene otra opción que la sumisión; y como, pese a la dificultad de esta felicidad mutua, está en la esencia de los individuos de uno y otro sexo trabajar en procurársela, el más débil debe reunir sobre él, mediante esta sumisión, la única dosis de felicidad que le sea dable recoger, y el más fuerte debe trabajar en la propia, por la vía de opresión que le plazca emplear, ya que está demostrado que la única dicha de la fuerza reside en el ejercicio de las facultades del fuerte, es decir en la más completa opresión. Así, esa felicidad que los dos sexos no pueden encontrar conjuntamente, la encontrarán, el uno con su obediencia ciega, el otro con la más absoluta energía de su dominación. ¡Qué!, si no estuviera en la intención de la naturaleza que uno de los sexos tiranizara al otro, ¿acaso no los habría creado de fuerza igual? Al hacer a uno de ellos inferior al otro en todos los puntos, ¿no ha indicado de manera suficiente que su voluntad era que el más fuerte utilizara los derechos que ella le daba? Cuanto más extiende éste su autoridad, más desdichada hace, con ello, a la mujer unida a su suerte, y mejor ejecuta así los designios de la naturaleza. No es a partir de las quejas

del ser débil que hay que juzgar el procedimiento; en tal caso los juicios sólo podrían ser viciosos, ya que sólo tomaríais, al hacerlos, las ideas del débil: hay que juzgar la acción por el poder del fuerte, por la amplitud que ha dado a su poder, y cuando los efectos de esta fuerza recaen sobre una mujer, examinar entonces lo que es una mujer, la manera como este ser despreciable ha sido vista, tanto en la antigüedad como en nuestros días, por las tres cuartas partes de los pueblos de la Tierra.

»Ahora bien, ¿qué veo al proceder con sangre fría a este examen? Una criatura enclenque, siempre inferior al hombre, infinitamente menos hermosa que él, menos ingeniosa, menos buena, constituida de una manera asquerosa, enteramente opuesta a lo que puede gustar al hombre, a lo que debe deleitarle..., un ser malsano las tres cuartas partes de su vida, incapaz de satisfacer a su esposo todo el tiempo en que la naturaleza le obliga al embarazo, de un humor agrio, desabrido, imperioso; tirana, si se le conceden unos derechos, baja y rastrera si se la cautiva; pero siempre falsa, siempre malvada, siempre peligrosa; una criatura tan perversa en fin, que fue muy seriamente discutido durante varias sesiones del concilio de Mâcon, si este individuo extravagante, tan diferente del hombre como del hombre lo es el simio de la selva, podía pretender al título de criatura humana, y se debía razonablemente concedérselo. Pero ¿fue esto un error del siglo, y la mujer había sido mejor vista en los que lo precedieron? ¿Los persas, los medas, los babilonios, los griegos, los romanos honraban a este sexo odioso que hoy nos atrevemos a convertir en nuestro ídolo? ¡Ay!, lo veo oprimido en todas partes, en todas partes alejado rigurosamente de la administración, en todas partes despreciado, envilecido, encerrado; en una palabra, tratadas en todas partes las mujeres como unas bestias que se utilizaban en el instante necesario, y que se encierran acto seguido en el redil. Si me detengo un momento en Roma, oigo al sabio Catón gritarme desde el seno de la antigua capital del mundo: "Si los hombres estuvieran sin mujeres, seguirían conversando con los dioses". Escucho a un senador romano comenzar su arenga con estas palabras: "Señores, si nos fuera posible vivir sin mujeres, entonces conoceríamos la auténtica felicidad". Oigo a los poetas cantar en los teatros de Grecia: "¡Oh, Júpiter! ¿Qué razón pudo obligarte a crear mujeres? ¿No podías dar el ser a los humanos por unos caminos mejores y más cuerdos, por unos medios, en una palabra, que nos hubieran evitado el azote de las mujeres?". Veo a estos mismos pueblos, los griegos, sentir por ese sexo tal desprecio que se precisan leyes para obligar a un espartano a la propagación, y que una de las penas de estas sabias repúblicas es obligar al malhechor a vestirse de mujer, es decir, a disfrazarse del ser más vil y más despreciado que conocen.

»Sin seguir buscando ejemplos en unos siglos tan alejados de nosotros, ¿con qué mirada este desgraciado sexo es visto todavía ahora en la superficie del globo? ¿Cómo es tratado? Lo veo, encerrado en toda Asia, servir allí de esclavo a los bárbaros caprichos de un déspota que lo molesta, lo atormenta, y se ríe de sus dolores. En América, veo unos pueblos naturalmente humanos, los esquimales, practicar entre los hombres todos los actos posibles de beneficencia, y tratar a las mujeres con toda la dureza imaginable; las veo humilladas, prostituidas a los extranjeros en una parte del universo, servir de moneda en otra. En África, mucho más envilecidas sin duda, las veo ejerciendo la función de bestias de carga, trabajar la tierra, sembrarla y servir a sus maridos de rodillas. ¿Seguiré al capitán Cook en sus nuevos descubrimientos? ¿La encantadora isla de Otaïti, donde el embarazo es un crimen que vale a veces la muerte a la madre, y casi siempre al hijo, me ofrecerá unas mujeres más dichosas? En otras islas descubiertas por ese mismo marino,

las veo golpeadas y vejadas por sus propios hijos, y al propio marido juntarse a su familia para atormentarla con mayor rigor.

»i Oh, Thérèse!, no te asombres en absoluto de todo eso, no te sorprendas más del derecho absoluto que tuvieron, en todos los tiempos, los esposos sobre sus mujeres: cuanto más próximos están los pueblos a la naturaleza, mejor siguen sus leyes; la mujer no puede tener con su marido otras relaciones que las del esclavo con su dueño; carece decididamente de ningún derecho para pretender a títulos más queridos. No hay que confundir con unos derechos algunos ridículos abusos que, degradando nuestro sexo, enaltecieron por un instante el vuestro: hay que buscar la causa de estos abusos, proclamarla, y retornar más constantemente después a los sabios consejos de la razón. Y ahí tienes, Thérèse, la causa del respeto momentáneo que obtuvo tiempo atrás tu sexo, y que sigue engañando, sin que se den cuenta, a los que prolongan este respeto.

»Antaño en las Galias, o sea en la única parte del mundo que no trataba del todo a las mujeres como esclavas, ellas tenían el hábito de profetizar, de decir la buena ventura: el pueblo se imaginó que triunfaban en este oficio gracias al comercio íntimo que sostenían sin duda con los dioses; a partir de ahí fueron, por decirlo de algún modo, asociadas al sacerdocio, y disfrutaron de una parte de la consideración dedicada a los sacerdotes. La Caballería se estableció en Francia sobre estos prejuicios, y considerándolos favorables a su espíritu, los adoptó; pero ocurrió con esto como con todo: las causas se apagaron y los efectos se mantuvieron; la Caballería desapareció, y los prejuicios que había alimentado se incrementaron. El antiguo respeto concedido a unos títulos quiméricos no pudo ni siquiera aniquilarse, cuando se disipó lo que sustentaba estos títulos: dejamos de respetar a las brujas, pero se veneró a las rameras, y lo que es peor, seguimos degollándonos por ellas. Que semejantes banalidades cesen de influir sobre la mente de los filósofos, y, devolviendo las mujeres a su auténtico lugar, vean únicamente en ellas, tal como indica la naturaleza, tal como admiten los pueblos más sabios, unos individuos creados para sus placeres, sometidos a sus caprichos, cuya debilidad y maldad sólo deben merecer de ellos el desprecio.

»Pero no únicamente, Thérèse, todos los pueblos de la tierra disfrutaron de los derechos más amplios sobre sus mujeres, ocurrió incluso que las condenaban a muerte así que venían al mundo, conservando únicamente el pequeño número necesario para la reproducción de la especie. Los árabes, conocidos con el nombre de koreihs, enterraban a sus hijas a partir de la edad de siete años, en una montaña cerca de La Meca, porque un sexo tan vil les parecía, decía, indigno de ver el día. En el serrallo del rey de Aquem, por la mera sospecha de infidelidad, por la más ligera desobediencia en el servicio de las voluptuosidades del príncipe, o tan pronto como inspiran repugnancia, los más espantosos suplicios les sirven al instante de castigo. En las orillas del Ganges, están obligadas a inmolarse ellas mismas sobre las cenizas de sus esposos, como inútiles al mundo, así que sus amos ya no pueden disfrutar de ellas. En otras partes se las expulsa como animales salvajes, y es un honor matar muchas de ellas; en Egipto, se las inmola a los dioses; en Formosa, se las pisotea si quedan embarazadas. Las leyes germanas sólo condenaban a diez escudos de multa a quien mataba a una mujer ajena, a nada si era la propia o una cortesana. En todas partes, repito, en una palabra, en todas partes, veo las mujeres humilladas, maltratadas, por doquier sacrificadas a la superstición de los sacerdotes, a la barbarie de los esposos o a los caprichos de los libertinos. Y porque yo tenga la desdicha de vivir en un pueblo todavía lo bastante grosero como para no

atreverse a abolir el más ridículo de los prejuicios, ¿me privaré de los derechos que la naturaleza me concede sobre ese sexo?, ¿renunciaré a todos los placeres que nacen de esos derechos?... No, no, Thérèse, eso no es justo: ocultaré mi conducta, ya que es necesario, pero me desquitaré en silencio, en el retiro en que me exilio, de las cadenas absurdas a que me condena la legislación, y allí trataré a mi mujer como autoriza el derecho en todos los códigos del universo, en mi corazón y en la naturaleza.

—¡Oh, señor! —le dije—, vuestra conversión es imposible.

—Por consiguiente no te aconsejo que la emprendas, Thérèse —me contestó Gernande—: el árbol es demasiado viejo para ser doblegado; a mis años es posible dar unos cuantos pasos más en el camino del mal, pero ni uno solo en el del bien. Mis principios y mis gustos hicieron mi felicidad desde mi infancia, fueron siempre la única base de mi comportamiento y de mis acciones: tal vez vaya más lejos, percibo que es posible, pero retroceder, no; siento demasiado horror por los prejuicios de los hombres, odio con excesiva sinceridad su civilización, sus virtudes y sus dioses, para sacrificarles jamás mis inclinaciones.

A partir de este momento vi perfectamente que no tenía otra posición que tomar, tanto para escapar de esta casa como para liberar a la condesa, que utilizar la astucia y ponerme de acuerdo con ella.

Al cabo de un año de estar a su lado, yo le había dejado leer en demasía en mi corazón como para que ella no se convenciera del deseo que yo sentía de servirla, y como para que no adivinara lo que en un principio me había hecho actuar de manera diferente. Me abrí más, ella se entregó: acordamos nuestros planes. Se trataba de informar a su madre, de abrirle los ojos sobre las infamias del conde. La señora de Gemande no tenía la menor duda de que esta dama infortunada correría inmediatamente a romper las cadenas de su hija; pero cómo conseguirlo, ¡estábamos tan bien encerradas, tan vigiladas! Acostumbrada a salvar muros, medí con la mirada los de la terraza: apenas tenían treinta pies; ninguna valla apareció ante mis ojos; creo que una vez al pie de esas murallas, nos hallábamos en los caminos del bosque; pero como la condesa había llegado de noche a su apartamento, y jamás había salido de él, no pudo confirmar mis ideas. Me decidí a intentar la escalada. La señora de Gernande escribió a su madre la carta más idónea del mundo para enternecerla y decidirla a acudir en ayuda de una hija tan desdichada; yo metí la carta en mi seno, abracé a la querida y cautivadora mujer, y ayudada después por nuestras sábanas, así que se hizo de noche, me dejé deslizar a la parte inferior de esa fortaleza. ¡Qué fue de mí, oh, cielos, cuando descubrí que faltaba mucho para que estuviera fuera del recinto! Sólo me hallaba en el parque, y en un parque rodeado de muros cuya visión me había sido ocultada por el espesor de los árboles y por su cantidad: esos muros tenían más de cuarenta pies de altura, completamente sembrados de cristales en la cresta, y de un espesor prodigioso... ¿Qué sería de mí? El día estaba a punto de aparecer: ¿qué pensarían de mí al verme en un lugar en el que sólo podía estar con el proyecto seguro de una evasión? ¿Podía escapar al furor del conde? ¿Qué probabilidad había de que aquel ogro no se abrevara con mi sangre para castigarme por una falta semejante? Regresar era imposible, la condesa había retirado las sábanas; llamar a las puertas, significaba traicionarse aún con mayor seguridad: poco faltó entonces para que no perdiera la cabeza por completo y no cediera con violencia a los efectos de la desesperación. Si había descubierto alguna compasión en el alma del conde, es posible que la esperanza me hubiera engañado por un instante, pero un tirano, un bárbaro, un hombre

que detestaba a las mujeres y que, decía, llevaba mucho tiempo buscando la ocasión de inmolar una, haciéndole perder su sangre, gota a gota, para ver cuántas horas podría vivir así... Era indudable que yo iba a servir para la prueba. Sin saber, pues, qué hacer conmigo, descubriendo peligros en todas partes, me arrojé a los pies de un árbol, decidida a esperar mi suerte, y resignándome en silencio a las voluntades del Eterno... Llega al fin el día: ¡santo cielo!, el primer objeto que se presenta ante mí... es el propio conde: había hecho un calor terrible durante la noche; había salido para tomar el aire. Cree engañarse, cree ver un espectro, retrocede: rara vez es el valor la virtud de los traidores. Me levanto temblorosa, me precipito a sus rodillas.

—¿Qué haces ahí, Thérèse? —me dice.

—¡Oh, señor, castigadme! —contesté—, soy culpable, y no tengo nada que decir.

Desgraciadamente había olvidado, en mi turbación, romper la carta de la condesa: se lo imagina, me la pide, quiero negarme; pero Gernande, viendo asomar la carta fatal por el pañuelo de mi seno, la coge, la devora, y me ordena que le siga.

Regresamos al castillo por una escalera oculta que daba debajo de los porches; todavía reinaba en él el mayor de los silencios; después de unos cuantos rodeos, el conde abre un calabozo y me arroja a él.

—Joven imprudente —me dijo entonces—, ya te había prevenido de que el crimen que acabas de cometer se castigaba aquí con la muerte: prepárate, pues, a sufrir el castigo en que has querido incurrir. Mañana, al levantarme de la mesa, vendré a despedirte.

Me precipito de nuevo a sus rodillas, pero cogiéndome por los cabellos, me arrastra por el suelo, me obliga a dar así dos o tres vueltas a mi prisión, y acaba por arrojarme contra las paredes como para aplastarme.

—Merecerías que te abriera ahora mismo las cuatro venas —dijo al cerrar la puerta—, y si demoro tu suplicio, puedes estar bien segura de que sólo es para hacerlo más horrible.

Está fuera, y yo en la más violenta agitación. No os describo la noche que pasé; los tormentos de la imaginación unidos a los males fisicos que las primeras crueldades de aquel monstruo acababan de hacerme padecer, la convirtieron en una de las más espantosas de mi vida. No es posible imaginar las angustias de un desdichado que espera su suplicio en cualquier momento, a quien se le ha arrebatado la esperanza, y que no sabe si el minuto que respira será el último de sus días. Inseguro acerca de su suplicio, se lo imagina de mil maneras a cual más horrible; el más mínimo ruido que escucha le parece ser el de sus verdugos; su sangre se detiene, su corazón se apaga, y la espada que terminará con sus días es menos cruel que esos funestos instantes en que la muerte le amenaza.

Es muy probable que el conde comenzara por vengarse de su mujer; el acontecimiento que me salvó os convencerá de ello como a mí: ya llevaba treinta y seis horas en la crisis que acabo de describiros sin que me hubiera llegado la menor ayuda, cuando se abrió mi puerta y apareció el conde; estaba solo, el furor brillaba en sus ojos.

—Ya debes imaginarte —me dijo— el tipo de muerte que sufrirás: es preciso que tu sangre perversa mane con todo detalle; serás sangrada tres veces por día, quiero ver cuanto tiempo podrás vivir de esta manera. Es una experiencia que ardía en deseos de hacer, ya lo sabes, te agradezco que me ofrezcas los medios.

Y el monstruo, sin ocuparse de momento de más pasiones que de su venganza, me hace tender un brazo, me pincha, y venda la herida después de dos paletas de sangre. Apenas había terminado, cuando se oyen unos gritos.

—¡Señor!... ¡señor! —le dijo al aparecer una de las viejas que nos servían—, venid cuanto antes, la señora se muere, quiere hablar con vos antes de entregar su alma.

Y la vieja regresa corriendo al lado de su ama.

Por acostumbrado que esté al crimen, es raro que la noticia de su cumplimiento no asuste al que acaba de cometerlo. Este terror venga a la virtud: es el instante en que recupera sus derechos. Gemande sale desorientado, se olvida de cerrar las puertas. Me aprovecho de la circunstancia, por más debilitada que esté por un ayuno de más de cuarenta horas y por una sangría: me precipito fuera de mi calabozo, todo está abierto, atravieso los patios, y ya estoy en el bosque sin que nadie me haya descubierto. «Adelante», me dije, «adelante con valor; si el fuerte desprecia al débil, existe un Dios poderoso que protege a éste y que no le abandona jamás.» Pletórica con estas ideas, avanzo con ardor, y antes de que la noche se cierre, me encuentro en una choza a cuatro leguas del castillo. Me restaba un poco de dinero, me hice cuidar lo mejor que pude: unas pocas horas me restablecieron. Salí de allí al arrancar el día, y habiéndome hecho indicar el camino, y renunciando a todos los proyectos de denuncias, tanto antiguas como nuevas, me encaminé hacia Lyon adonde llegué al octavo día, muy débil, muy enferma, pero afortunadamente sin ser perseguida. Allí sólo pensé en restablecerme antes de llegar a Grenoble, donde siempre había pensado que me aguardaba la felicidad.

Un día que hojeaba por casualidad una gaceta extranjera, ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer una vez mas en ella el crimen coronado, y descubrir en lo más alto a uno de los principales autores de mis males! Rodin, aquel cirujano de Saint—Marcel, aquel infame que me había castigado tan cruelmente por haber querido evitarle el asesinato de su hija, acababa, decía el diario, de ser nombrado primer cirujano de la emperatriz de Rusia, con unos emolumentos considerables. «¡Que sea afortunado el malvado», me dije, «que lo sea, ya que así lo quiere la Providencia! Y tú, desdichada criatura, sufre, sufre sin quejarte, ya que está dicho que las tribulaciones y las penas deben ser el espantoso patrimonio de la virtud; no importa, jamás me cansaré de ella.»

No habían terminado todavía para mí esos ejemplos sorprendentes del triunfo de los vicios, ejemplos tan descorazonadores para la virtud, y la prosperidad del personaje que estaba a punto de reencontrar tenía que contrariarme y sorprenderme más que cualquier otra, sin duda, ya que era uno de los hombres de los que había recibido los más sangrantes ultrajes. Sólo me ocupaba ya de mi partida, cuando recibí una noche un billete que me fue entregado por un lacayo vestido de gris, absolutamente desconocido por mí; al entregármelo, me dijo que su amo le había encarecido que obtuviera sin falta una respuesta mía. El billete decía así:

«Un hombre que tiene algunas deudas con vos, que cree haberos reconocido en la plaza de Bellecour, arde en deseos de veros y reparar su conducta: apresuraos a encontrarle; tiene cosas que deciros, que tal vez le absolverán de lo que os debe».

El billete no iba firmado, y el lacayo no daba mayores explicaciones. Después de comunicarle que estaba decidida a no responder nada si no sabía quién era su amo, me dijo:

—Es el señor de Saint—Florent, señorita. Tuvo el honor de conoceros hace tiempo en los alrededores de París. Según dice, le prestasteis unos servicios de los que arde en deseos de compensaros. Ahora está a la cabeza del comercio de esta ciudad, y disfruta a

la vez de una consideración y de un patrimonio que le ponen en la situación de demostraros su gratitud. Os espera.

No tardé en tomar una decisión. Si este hombre no tenía buenas intenciones conmigo, me decía, ¿sería verosímil que me escribiera, que me hablara de esta manera? Siente remordimientos por sus infamias anteriores, recuerda con espanto haberme arrancado lo que yo más quería, y haberme reducido, por el encadenamiento de sus horrores, al más cruel estado en que pueda hallarse una mujer... Sí, sí, no hay duda, son remordimientos, sería culpable hacia el Ser supremo si no me prestara a aplacarlos. ¿Me hallo en situación, además, de rechazar la ayuda que se presenta? ¿No debo más bien apresurarme a coger todo lo que se me ofrece para consolarme? Este hombre quiere verme en su mansión: su fortuna debe rodearle de personas delante de las cuales se respetará demasiado para atreverse a faltarme una vez más, y en el estado en que me hallo, ¡Dios mío!, ¡,puedo inspirarle otra cosa que conmiseración? Aseguré, pues, al lacayo de Saint—Florent que a las once de la mañana del día siguiente tendría el placer de ir a saludar a su amo, que lo felicitaba por los favores que había recibido de la Fortuna, que estaba muy lejos de haberme tratado a mí como a él.

Regresé a la posada, pero tan preocupada por lo que quería contarme aquel hombre que no pegué ojo en toda la noche. Llego finalmente a la dirección indicada: una mansión soberbia, una multitud de lacayos, las miradas humillantes de esta rica canalla sobre el infortunio que desprecia, todo ello se impone y estoy a punto de retirarme, cuando el mismo lacayo que me había hablado la víspera me aborda y me conduce, tranquilizándome, a un suntuoso gabinete donde reconozco perfectamente a mi verdugo, aunque entonces con cuarenta y cinco años de edad, y cerca de nueve sin haberlo visto. No se levanta en absoluto, pero ordena que nos dejen solos, y me indica con un gesto

que vaya a sentarme en una silla al lado del vasto sillón que lo contiene.

—He querido volverte a ver, hija mía —dijo, con el tono humillante de la superioridad—, no porque crea tener grandes deudas contigo, ni porque una molesta reminiscencia me obligue a unas reparaciones de las cuales me creo por encima; sino porque recuerdo que en el escaso tiempo en que nos conocimos, me demostraste tu inteligencia: la necesitarás para lo que voy a proponerte, y si aceptas, la necesidad que entonces tendré de ti te permitirá encontrar en mi fortuna los recursos que te son necesarios, y que en vano podrías contar sin eso.

Quise contestar con algunos reproches a la frivolidad de este comienzo; Saint—Florent me impuso silencio. —Dejemos a un lado lo ocurrido —me dijo—, es la historia de las pasiones, y mis principios me llevan a creer que ningún freno debe detener su fogosidad; cuando hablan, hay que servirlas, ésa es mi ley. Cuando los ladrones con los que estabas me atraparon, ¿me viste quejarme de mi suerte? Consolarse y actuar astutamente, si se es el más débil, disfrutar de todos sus derechos si se es el más fuerte, ése es mi sistema. Tú eras joven y bonita, Thérèse, nos hallábamos en el fondo de un bosque, no hay voluptuosidad en el mundo que inflame mis sentidos como la violación de una virgen: lo eras, te violé; es posible que hubiera hecho algo peor, si lo que intentaba no hubiera tenido éxito, y tú me hubieras puesto resistencia. Pero te robé, te dejé sin recursos en plena noche, en un camino peligroso; dos motivos provocaron este nuevo delito: necesitaba dinero, no lo tenía; en cuanto a la otra razón que pudo llevarme a esta actitud, te la explicaría inútilmente, Thérèse, y no la entenderías. Sólo los seres que conocen el

corazón del hombre, que han estudiado sus dobleces, que han desenredado los rincones más impenetrables de este dédalo oscuro, podrían explicarte esta especie de extravío.

—¡Cómo, señor!, os había ofrecido dinero... acababa de haceros un favor... ser pagada por todo lo que había hecho por vos con una traición tan negra... ¿decís que es algo que puede entenderse, que puede justificarse?

—¡Pues sí, Thérèse, pues sí! La prueba de que es algo que puede justificarse es que al acabar de robarte, de maltratarte... (porque te pegué, Thérèse), ¡pues bien!, a veinte pasos de allí, pensando en el estado en que te dejaba, reencontré inmediatamente en esas ideas fuerzas para nuevos ultrajes, que, sin eso, tal vez jamás hubiera hecho. Tú sólo habías perdido una de tus primicias... ya me iba, retrocedí, y te hice perder la otra... ¡Así que es cierto que en determinadas almas la voluptuosidad puede nacer en el seno del crimen! ¿Qué digo? Lo cierto es que sólo el crimen la despierta y determina, y que no existe una sola voluptuosidad en el mundo que no inflame y que no mejore...

—¡Oh, señor, qué horror!

—¿Acaso no podía cometer otro mayor?... Estuve a punto, te lo confieso; pero estaba convencido de que ibas a quedar reducida a los últimos extremos: esta idea me satisfizo, te abandoné. Dejemos eso, Thérèse, y pasemos al objeto que me ha hecho desear verte.

»Este gusto increíble que siento por las dos virginidades de una jovencita no me ha abandonado en absoluto, Thérèse —continuó Saint—Florent ; ocurre con esto como con todos las restantes extravíos del libertinaje: cuanto más envejeces, más fuerza adquieren; de los antiguos delitos nacen nuevos deseos, y nuevos crímenes de estos deseos. Todo eso carecería de importancia, querida, si lo que se utiliza para satisfacerlo no fuera en sí mismo muy culpable. Pero como la necesidad del mal es el primer móvil de nuestros caprichos, cuanto más criminal es lo que nos empuja, más excitados nos sentimos. Una vez ahí, sólo deploramos la mediocridad de los medios: cuanto más se extiende su atrocidad, más excitante se vuelve nuestra voluptuosidad, y más nos hundimos así en el cenagal sin el más leve deseo de salir de él.

»Es mi historia, Thérèse; cada día, mis sacrificios precisan dos jovencitas. ¿He disfrutado?, no sólo no vuelvo a ver los objetos, sino que se hace incluso esencial para la absoluta satisfacción de mis fantasías que estos objetos salgan inmediatamente de la ciudad: saborearía mal los placeres del día siguiente si imaginara que las víctimas de la víspera siguen respirando el mismo aire que yo. El medio de liberarme de ellas es fácil. ¿Lo creerías, Thérése? Son mis excesos los que llenan el Languedoc y la Provenza de la multitud de objetos de libertinaje que encierra su seno:* una hora después de que estas jovencitas me hayan servido, unos emisarios de confianza las embarcan y las venden a las alcahuetas de Nîmes, de Montpellier, de Toulouse, de Aix y de Marsella. Este comercio, en el que llevo dos tercios del beneficio, me compensa ampliamente de lo que los sujetos me cuestan, y así satisfago dos de mis más queridas pasiones, la lujuria y la codicia. Pero los descubrimientos y las seducciones me dan trabajo; además, la clase de sujetos es extremadamente importante para mi lubricidad: quiero que todas ellas procedan de estos asilos de la miseria en los que la necesidad de vivir y la imposibilidad de conseguirlo, absorbiendo el valor, el orgullo y la delicadeza, enervando finalmente el alma, determina, en la esperanza de una subsistencia indispensable, a todo lo que parece tener que asegurarla. Hurgo despiadadamente en todos estos reductos: no puedes imaginar lo que me dan. Voy más lejos, Thérèse: la actividad, la industria, un poco de bienestar, enfrentándose a mis sobornos, me arrebatarían una gran parte de los sujetos; yo opongo a

estos escollos el crédito de que disfruto en esta ciudad, provoco unas oscilaciones en el comercio, o unas carestías en los víveres, que, multiplicando las clases de pobreza, quitándole por una parte los medios de trabajo, y dificultándole por otra los de la vida, aumentan en proporción igual la suma de los sujetos que la miseria me entrega. La astucia es conocida, Thérèse: estas escaseces de leña, de trigo y de otros comestibles, que han estremecido a París durante tantos años, no tenían otro objetivo que los que me animan; la avaricia, el libertinaje, estas son las pasiones que, desde el seno de los dorados artesonados, tienden una maraña de redes hasta el humilde techo del pobre. Pero, por mucha habilidad que ponga en práctica para apretar por un lado, si mis manos diestras no arrancan rápidamente del otro, me quedo sin nada que llevarme a la boca, y la máquina funciona tan mal como si yo no agotara mi imaginación en recursos y mi crédito en operaciones. Así que necesito una mujer lista, joven, inteligente, que, habiendo pasado ella misma por los espinosos senderos de la miseria, conozca mejor que nadie los medios de seducir a las que transitan por ellos; una mujer cuya mirada penetrante adivine la adversidad en sus géneros más tenebrosos, y cuya mente sobornadora decida a las víctimas a escapar de la opresión por los medios que yo presento; una mujer inteligente finalmente, tan carente de escrúpulos como de piedad, que no descuide nada para triunfar, ni siquiera cortar los escasos recursos que, apoyando todavía la esperanza de estas infortunadas, les impide decidirse. Yo tenía una excelente, y segura: acaba de morir. Es imposible imaginar hasta donde llevaba esta inteligente criatura su desvergüenza; no solamente aislaba a esas miserables hasta el punto de obligarlas a acudir a implorarlas de rodillas, sino que si esos medios no aparecían con suficiente rapidez para acelerar su caída, la malvada no vacilaba en robarlas. Era un tesoro: yo sólo necesito dos sujetos por día, ella me hubiera dado diez, de haberlos querido. Se deducía de ahí que yo tenía las mejores opciones, y que la superabundancia de materia prima de mis operaciones me compensaba de la mano de obra. A esa mujer hay que sustituir, querida; tendrás cuatro a tus órdenes, y dos mil escudos de emolumentos: ya te lo he dicho, contesta, Thérèse, y sobre todo que unas quimeras no te impidan aceptar tu dicha cuando el azar y mi mano te la ofrecen.

* Que no se tome esto por una fábula: este desdichado personaje ha existido en el mismo Lyon. Lo que se cuenta aquí de sus maniobras es exacto: ha costado el honor de quince o veinte mil pequeñas desdichadas: terminada su operación, las embarcaban sobre el Ródano, y las ciudades que se mencionan han sido durante treinta años pobladas de objetos de excesos por las víctimas de este malvado. En este episodio, sólo hay de novelesco el nombre. *(N. del A.)*

—¡Oh, señor! —dije a aquel hombre deshonesto, estremeciéndome ante sus discursos–—, ¿cómo es posible que podáis concebir tales voluptuosidades, y que os atreváis a proponerme servirlas? ¡Qué horrores acabáis de hacerme oír! Hombre cruel, bastaría con que fuerais desdichado sólo dos días y veríais como estos sistemas de inhumanidad no tardarían en aniquilarse en vuestro corazón: la prosperidad es lo que os ciega y os endurece; os aburrís con el espectáculo de los males de los que os creéis al amparo, y como confiáis en no sentirlos jamás, os suponéis en el derecho de infligirlos; ¡ojalá jamás me llegue la felicidad si es capaz de corromperme hasta este punto! ¡Oh, cielo santo! ¡No contentarse con abusar del infortunio! ¡Llevar la audacia y la ferocidad hasta incrementarlo, hasta prolongarlo, por la única satisfacción de vuestros deseos! ¡Qué

crueldad, señor! Los animales más feroces no nos dan ejemplos de una barbarie semejante.

—Te equivocas, Thérèse, no hay astucias que el lobo no invente para atraer al cordero a sus trampas: estas tretas están en la naturaleza, y la beneficencia no cuenta entre ellas; sólo es una característica de la debilidad preconizada por el esclavo para enternecer a su amo y predisponerle a una mayor dulzura. Sólo se anuncia en el hombre en dos casos: si es el más débil, o si teme serlo. La prueba de que esta supuesta virtud no existe en la naturaleza es que es ignorada por el hombre más próximo a ella. El salvaje, despreciándola, mata sin piedad a su semejante, bien por venganza, bien por avidez... ¿Acaso no respetaría esa virtud si estuviera inscrita en su corazón? Pero jamás apareció, jamás se encontrará allí donde los hombres sean iguales. La civilización, al depurar a los individuos, al distinguir los rangos, al ofrecer un pobre a los ojos de un rico, al hacer temer a éste una variación de estado que podía precipitarle en la nada del otro, colocó inmediatamente en su mente el deseo de aliviar al infortunado para ser aliviado a su vez, en el caso de que perdiera sus riquezas. Entonces nació la beneficencia, fruto de la civilización y del temor: así pues, sólo es una virtud circunstancial, pero no, en absoluto, un sentimiento de la naturaleza que jamás emplazó en nosotros otro deseo que el de satisfacernos, al precio que fuera. Sólo confundiendo así todos los sentimientos, y sin analizar jamás nada, podemos cegarnos sobre todo y privarnos de todos los goces.

—¡Ah, señor! —le interrumpí acaloradamente—. ¿Puede haber alguno más dulce que el de aliviar el infortunio? Dejemos a un lado el horror de sufrirlo uno mismo: ¿existe una satisfacción más grande que la de complacer?... Disfrutar de las lágrimas de la gratitud, compartir el bienestar que se acaba de esparcir entre unos desdichados que, semejantes a vos, carecían sin embargo de las cosas que para vos son vuestras primeras necesidades, oírles entonar vuestros elogios y llamaros padre, reinstaurar la serenidad sobre unas frentes oscurecidas por el desfallecimiento, por el abandono y por la desesperación. No, señor, ninguna voluptuosidad en el mundo puede igualarla: es la de la propia divinidad, y la dicha que promete a quienes la hayan servido en la tierra sólo será la de ver o de hacer dichosos en el cielo. Todas las virtudes nacen de ésa, señor; se es mejor padre, mejor hijo, mejor esposo, cuando se conoce el encanto de aliviar el infortunio. Al igual que los rayos del sol, diríase que la presencia del hombre caritativo esparce, en todo lo que lo rodea, la fertilidad, la dulzura y la alegría; y el milagro de la naturaleza, a partir de este foco de la luz celeste, es el alma honesta, delicada y sensible cuya felicidad suprema es trabajar en favor de la de los demás.

—¡Cuentos, Thérèse! Los placeres del hombre están en relación con el tipo de órganos que ha recibido de la naturaleza; los del individuo débil, y por consiguiente de todas las mujeres, deben llevar a unas voluptuosidades morales, más excitantes, para tales seres, que las que sólo influirían sobre un fisico totalmente desprovisto de energía: ocurre lo contrario con las almas fuertes, que, mucho mejor complacidas con los choques vigorosos impresos sobre lo que las rodea de lo que lo estarían por las impresiones delicadas percibidas por esos mismos seres que existen a su alrededor, prefieren inevitablemente, a partir de esta constitución, lo que afecta a los demás en sentido doloroso a lo que sólo los conmovería de una manera más dulce. Esta es la única diferencia entre las personas crueles y las personas bondadosas; unas y otras están dotadas de sensibilidad, pero cada cual a su manera. Yo no niego que existan goces en ambas clases, pero sostengo, al igual que, sin duda, muchos filósofos, que los del individuo constituido de la manera más

vigorosa serán incontestablemente más vivos que todos los de su adversario; y una vez establecidos estos sistemas, puede y debe encontrarse un tipo de hombres que encuentre tanto placer en todo lo que inspira la crueldad como los otros lo saborean en la beneficencia. Pero estos serán unos placeres suaves, y los otros unos placeres muy vivos: los primeros serán los más seguros, los más auténticos sin duda, ya que caracterizan las inclinaciones de todos los hombres todavía en la cuna de la naturaleza, y de los mismos niños, antes de que hayan conocido el dominio de la civilización; los otros sólo serán el efecto de esta civilización, y por tanto unas voluptuosidades engañosas y sin ninguna finura. Por otra parte, hija mía, como estamos aquí menos para filosofar que para consolidar una determinación, sé tan amable como para darme tu última palabra... ¿Aceptas, o no, el encargo que te propongo?

—Con toda seguridad lo rechazo, señor —respondí levantándome—... Soy muy pobre... ¡oh, sí, muy pobre, señor!; pero, más rica por los sentimientos de mi corazón que por todos los dones de la Fortuna, jamás sacrificaré los primeros para poseer los otros: sabré morir en la indigencia, pero no traicionaré la virtud.

—Vete —me dijo fríamente aquel hombre detestable—, y sobre todo que no tenga que temer indiscreciones tuyas: no tardarías en ir a dar a un lugar donde ya no tendría que temerlas.

Nada estimula tanto la virtud como los temores del vicio: mucho menos tímida de lo que habría supuesto, me atreví, prometiéndole que no tendría nada que temer de mí, a recordarle el robo que me había hecho en el bosque de Bondy, y contarle que, en la circunstancia en que me hallaba, ese dinero me resultaba indispensable. Entonces el monstruo me contestó duramente que sólo de mí dependía ganarlo, y que me negaba a ello.

—No, señor —contesté con firmeza os lo repito, moriré mil veces antes que salvar mis días a este precio.

Y yo —dijo Saint—Florent no hay nada que no prefiriera a la pena de dar mi dinero sin que se lo ganen: pese al rechazo que has tenido la insolencia de darme, quiero pasar todavía un cuarto de hora contigo. Vamos, pues, al tocador, y unos instantes de obediencia pondrán tus fondos en una mejor situación.

—Tengo tan pocas ganas de servir a vuestros excesos en un sentido como en otro, señor —repliqué altivamente—: no es caridad lo que os pido, hombre cruel; no, no os concedo este goce; sólo reclamo lo que se me debe, lo que me robasteis de la más cruel de las maneras... Quédatelo, cruel, quédatelo, si te parece: contempla sin compasión mis lágrimas; escucha sin conmoverte, si eres capaz, los tristes acentos de la necesidad, pero recuerda que si cometes esta nueva infamia, habré comprado, al precio que vale, el derecho de despreciarte para siempre.

Furioso, Saint—Florent me ordenó que saliera, y pude leer en su horrible cara que, sin las confidencias que me había hecho, y cuya propagación temía, tal vez hubiera pagado con algunas brutalidades de su parte el atrevimiento de haberle hablado demasiado sinceramente... Salí. En aquel mismo instante llevaban al libertino una de las desdichadas víctimas de su sórdida crápula. Una de aquellas mujeres, cuya horrible condición me proponía compartir, le traía una pobre chiquilla de unos nueve años, con todos los atributos del infortunio y de la languidez... «¡Oh, cielos!» pensé al verlo, «¡cómo es posible que semejantes objetos puedan inspirar otros sentimientos que la piedad! ¡Infeliz el ser depravado que pueda sospechar unos placeres en un seno consumido por la

necesidad; que quiera recoger besos de una boca reseca por el hambre, y que sólo se abre para maldecirlo!»

Corrieron mis lágrimas: hubiera querido arrebatar esta víctima al tigre que la esperaba, pero no me atreví. ¿Habría podido? Regresé rápidamente a mi posada, tan humillada por un infortunio que me suscitaban tales proposiciones como rebelada contra la opulencia que se atrevía a hacerlas.

Salí de Lyon al día siguiente para tomar el camino del Delfinesado, imbuida siempre de la loca esperanza de que un poco de dicha me aguardaba en esta provincia. Así que estuve a dos leguas de Lyon, a pie como de costumbre, con un par de camisas y unos cuantos pañuelos en mis bolsillos, me encontré con una anciana que me abordó con aire de dolor y que me imploró una limosna. Lejos de la dureza de la que tan crueles ejemplos acababa de recibir, sin conocer otra dicha en el mundo que la de complacer a un desdichado, saqué al instante mi bolsa con la intención de sacar de ella un escudo y dárselo a esta mujer; pero la indigna criatura, mucho más rápida que yo, aunque en un primer momento la hubiera juzgado vieja y sin fuerzas, salta ágilmente sobre mi bolsa, se apodera de ella, me derriba de un vigoroso puñetazo en el estómago, y sólo reaparece a mis ojos a cien pasos de allí, rodeada de cuatro tunantes que me amenazan si me atrevo a avanzar.

«¡Dios mío!», exclamo con amargura, «¡así que es imposible que mi alma se abra a algún sentimiento virtuoso sin que yo sea al instante castigada con los más severos castigos!» En ese momento fatal me abandonó todo mi valor: todavía hoy pido muy sinceramente perdón al cielo; pero la desesperación me cegó. Me sentí tentada de abandonar una carrera en la que se ofrecían tantas espinas: se presentaban dos opciones, la de juntarme con los bribones que acababan de robarme, o la de retroceder a Lyon para aceptar allí la proposición de Saint-Florent. Dios me concedió la gracia de no sucumbir, y aunque la esperanza que encendió de nuevo en mí fuera engañosa, ya que me seguían esperando tantas adversidades, le agradezco, sin embargo, que me hubiera apoyado: la fatal estrella que me condujo, aunque inocente, al cadalso, no me valdrá más que la muerte; otras opciones me hubiesen valido la infamia y la primera es mucho menos cruel que las restantes.

Sigo dirigiendo mis pasos hacia la ciudad de Vienne, decidida, para llegar a Grenoble, a vender allí lo que me quedaba. Caminaba entristecida, cuando, a un cuarto de legua de esa ciudad, descubro en la llanura, a la derecha del camino, dos jinetes que maltrataban a un hombre a los pies de sus caballos, y que, después de haberlo dejado como muerto, escaparon a galope tendido; este espantoso espectáculo me enterneció hasta las lágrimas. «¡Ay!», me dije, «he aquí un hombre más digno de lástima que yo; a mí me queda por lo menos la salud y la fuerza, puedo ganarme la vida, y si este desdichado no es rico, ¿qué será de él?»

Por mucho que hubiera debido precaverme de los impulsos de la conmiseración, por funesta que resultara para mí entregarme a ellos, no pude vencer el extremo deseo que experimentaba de acercarme a ese hombre y de prodigarle mis auxilios. Corro hacia él, respira gracias a mis cuidados un poco de aguardiente que llevaba conmigo: abre finalmente los ojos, y sus primeras palabras son de agradecimiento; todavía más deseosa de serle útil, desgarro una de mis camisas para vendar sus heridas y restañar su sangre: sacrifico por este desgraciado una de las pocas pertenencias que me quedan. Cumplidos estos primeros cuidados, le hago beber un poco de vino; el infortunado ha recuperado por

completo el sentido; lo observo y le conozco mejor. Aunque fuera a pie, y con un equipaje bastante ligero, no parecía sin embargo de pobre condición, tenía algunos objetos de valor, unas sortijas, un reloj, unas cajas, aunque todo ello muy estropeado por su aventura. Me pregunta, así que puede hablar, quién es el ángel benefactor que le aporta esta ayuda, y qué puede hacer por demostrarle su gratitud. Poseyendo todavía la simplicidad de creer que un alma encadenada por el reconocimiento debería ser mía sin rodeos, creo poder disfrutar con seguridad del dulce placer de hacer compartir mis lágrimas a quien acaba de derramarlas en mis brazos: le pongo al corriente de mis desdichas, las escucha con interés, y cuando he llegado a la última catástrofe que acaba de sucederme, cuyo relato le permite ver el estado de miseria en que me hallo, exclama:

—¡Qué feliz soy de poder por lo menos agradecer cuanto acabáis de hacer por mí! Me llamo Roland —prosigue el aventurero—, poseo un castillo muy hermoso en la montaña, a unas quince leguas de aquí, os invito a seguirme; y para que esta propuesta no alarme vuestra delicadeza, voy a contaros inmediatamente en qué me seréis útil. Yo soy soltero, pero tengo una hermana a la que amo apasionadamente, que se ha entregado a mi soledad, y que la comparte conmigo: necesito alguien para servirla; acabamos de perder a la que desempeñaba este empleo, os ofrezco su puesto.

Di las gracias a mi protector, y me tomé la libertad de preguntarle por qué eventualidad un hombre como él se exponía a viajar sin séquito, y, tal como acababa de ocurrirle, a ser molestado por unos malandrines.

—Un poco cargado de peso, aunque joven y vigoroso, hace varios años —me dijo Roland— que tengo la costumbre de viajar de mi casa a Vienne de esta manera. Con ello mejoran mi salud y mi bolsa: no es que esté en la obligación de vigilar mis gastos, porque soy rico; no tardaréis en ver la prueba, si me hacéis el favor de venir a mi casa; pero el ahorro jamás estropea nada. En cuanto a los dos hombres que acaban de ofenderme, son dos gentilhombres del cantón, a los que gané cien luises la pasada semana, en una casa de juego de Vienne; me conformo con su palabra, hoy los encuentro, les pido lo que me deben, y así es como me tratan.

Yo deploraba con ese hombre la doble desgracia de que era víctima, cuando me propuso continuar el viaje: —Gracias a vuestros cuidados, me siento algo mejor —me dijo Roland—; la noche se acerca, lleguemos a una posada que debe estar a dos leguas de aquí. Mediante los caballos que allí tomaremos mañana, podremos llegar a mi casa por la noche.

Absolutamente decidida a aprovechar unos auxilios que el cielo parecía enviarme, ayudo a Roland a ponerse en marcha, le sostengo durante el camino, y encontramos efectivamente a dos leguas de allí la posada que había indicado. Allí cenamos correctamente los dos juntos; después de la comida, Roland me confía a la dueña de la posada, y de mañana, montando dos mulas de alquiler que escoltaba el criado de la posada, cruzamos la frontera del Delfinesado, encaminándonos siempre hacia las montañas. Como la tirada era demasiado larga para hacerla en un día, nos detuvimos en Virieu, donde recibí los mismos cuidados y las mismas consideraciones de mi amo, y al día siguiente proseguimos nuestra marcha siempre en la misma dirección. A las cuatro de la tarde, llegamos al pie de las montañas: allí, haciéndose el camino casi impracticable, Roland recomendó al mulero que no se separara de mí por miedo a un accidente y penetramos en las gargantas. No hicimos más que dar vueltas, subir y bajar durante más de cuatro leguas, y hasta tal punto habíamos abandonado cualquier morada y cualquier

camino hollado, que me creí al final del universo. A mi pesar, una cierta inquietud se apoderó de mí; Roland no pudo dejar de notarla, pero no decía palabra, y su silencio aún me asustaba más. Al fin divisamos un castillo encaramado en la cresta de una montaña, al borde de un precipicio espantoso, en el que parecía a punto de desplomarse: ningún camino parecía llevar a él; el que seguíamos, utilizado únicamente por las cabras, totalmente lleno de guijarros, llegaba sin embargo a esa terrorífica guarida, que se parecía más a un asilo de ladrones que a la morada de personas virtuosas.

—Ahí está mi casa —me dijo Roland, así que creyó que el castillo había tropezado con mis miradas.

Y cuando yo le expliqué mi asombro por verle habitar una soledad semejante, me contestó con brusquedad:

—Es lo que me conviene.

Esta respuesta reduplicó mis temores: nada escapa en la desdicha; una palabra, una inflexión más o menos acusada en aquellos de quienes dependemos, sofoca o reanima la esperanza. Pero como ya no podía tomar una opción diferente, me contuve. A fuerza de dar vueltas, la antigua mansión apareció de repente ante nosotros: a lo máximo nos separaba de ella un cuarto de legua. Roland se apeó de su mula, y, diciéndome que hiciera otro tanto, devolvió las dos al criado, le pagó y le ordenó que se volviera. Este nuevo gesto aún me inquietó más; Roland se dio cuenta.

—¿Qué os pasa, Thérèse? —me dijo, mientras nos encaminábamos a su casa—. No os halláis fuera de Francia; este castillo está en las fronteras del Delfmesado, depende de Grenoble.

—De acuerdo, señor —contesté—; pero ¿cómo se os ha ocurrido estableceros en un sitio tan peligroso?

—Es que los que lo habitan no son personas muy honradas —dijo Roland—; es muy posible que no te sientas edificada por su conducta.

—¡Ah, señor! —le dije temblando—. Me hacéis estremecer, ¿adónde me estáis llevando?

—Te llevo a servir unos monederos falsos de los que soy el jefe —me dijo Roland, cogiéndome del brazo y haciéndome cruzar a la fuerza un pequeño puente levadizo que se bajó a nuestra llegada y se alzó inmediatamente después—. ¿Ves este pozo? —prosiguió así que hubimos entrado, mostrándome una grande y profunda gruta situada en el fondo del patio, donde cuatro mujeres desnudas y encadenadas hacían mover una rueda—; ahí tienes a tus compañeras, y ahí tienes tu trabajo, gracias a que trabajarás diariamente diez horas en hacer girar esta rueda, y satisfarás al igual que esas mujeres todos los caprichos a los que me complazca someterte, se te darán seis onzas de pan negro y un plato de habas por día. En cuanto a tu libertad, renuncia a ella; no la tendrás jamás. Cuando mueras agotada, serás arrojada al agujero que ves al lado del pozo, con otras sesenta u ochenta bribonas de tu ralea que allí te esperan, y sustituida por una nueva.

—¡Oh, Dios todopoderoso! —exclamé, arrojándome a los pies de Roland—. Dignaos recordar, señor, que os he salvado la vida; que, conmovido un instante por el agradecimiento, parecisteis ofrecerme la dicha, y que compensáis mis servicios precipitándome a un eterno abismo de males. ¿Es justo lo que estáis haciendo, y el remordimiento no acude ya a vengarme en el fondo de vuestro corazón?

—¿Qué entiendes, dime, por este sentimiento de agradecimiento con el que imaginas haberme cautivado? —dijo Roland—. Razona mejor, pobre criatura; ¿qué hiciste cuando acudiste en mi ayuda? Entre la posibilidad de proseguir tu camino y la de acercarte a mí, ¿no elegiste la última como un gesto inspirado por tu corazón? Te entregabas, pues, a un goce. ¿Por qué diablos pretendes que yo estoy obligado a recompensarte por los placeres que te concedes? ¿Y cómo se te ocurrió jamás que un hombre que, como yo, nada en el oro y en la opulencia, se dignara rebajarse a deber algo a una miserable de tu ralea? Aunque me hubieras devuelto la vida, yo no te debería nada, ya que sólo has actuado por y para ti: es trabajar, esclava, a trabajar! Descubre que la civilización, incluso alterando los principios de la naturaleza, no le arrebata, sin embargo, sus derechos. Creó en su origen unos seres fuertes y unos seres débiles, con la intención de que éstos estuvieran siempre subordinados a los otros. La astucia y la inteligencia del hombre variaron la posición de los individuos, y ya no fue la fuerza fisica la que determinó los rangos, sino la del oro; el hombre más rico se convirtió en el más fuerte, y el más pobre en el más débil. Pese a los cambios de los motivos que sustentaban el poder, la prioridad del fuerte siempre estuvo en las leyes de la naturaleza, a la que le daba igual que la cadena que cautivaba al débil fuera sostenida por el más rico o por el más vigoroso, y que aplastara al más débil o al más pobre. Pero, Thérèse, la naturaleza desconoce estos gestos de gratitud con los que tú quieres crearme unas obligaciones; jamás constó entre sus leyes que el placer a que uno se entregaba complaciendo a otro, se convirtiera en un motivo para el que recibía de relajar sus derechos respecto al primero. ¿Ves en los animales, que nos sirven de ejemplo, estos sentimientos que tú reclamas? Cuando yo te domino por mis riquezas o por mi fuerza, Les natural que te abandone mis derechos, bien porque has disfrutado complaciéndome, o bien porque, siendo desafortunada, has imaginado que ganarías algo con tu actitud? Aunque el servicio fuera prestado de igual a igual, jamás el orgullo de un alma elevada se dejará inclinar por la gratitud; ¿no queda para siempre humillado el que recibe?, ¿y la humillación que experimenta no compensa suficientemente al bienhechor que, sólo por ello, se sitúa encima del otro? ¿No es un goce para el orgullo elevarse por encima de su semejante? ¿Necesita todavía más el que complace? Y si el complacimiento, humillando a quien lo recibe, se convierte en un fardo para él, ¿con qué derecho obligarlo a conservarlo? ¿Por qué tengo yo que consentir en dejarme humillar cada vez que me encuentran las miradas del que me ha complacido? Así pues, la ingratitud, en lugar de ser un vicio, es la virtud de las almas altivas, con tanta seguridad como la gratitud es la de las almas débiles: que me complazcan tanto como quieran, si alguien descubre en ello un placer, pero que no exijan nada de mí.

Después de estas palabras, a las que Roland no me dio tiempo de contestar, obedeciendo sus órdenes dos

criados se apoderan de mí, me desnudan, y me encadenan con mis compañeras, a las que me veo obligada a ayudar inmediatamente, sin que ni siquiera se me permita descansar de la extenuante marcha que acabo de hacer. Roland se me acerca entonces, me manosea brutalmente en todas las partes que el pudor impide nombrar, me abruma con sarcasmos e impertinencias respecto a la marca infamante e inmerecida que Rodin había grabado sobre mí, y armándose después con un vergajo que estaba siempre ahí me propina veinte vergajazos en el trasero.

—Así es como serás tratada, bribona —me dijo—, cuando faltes a tu deber. No te hago esto por ninguna falta que ya hayas cometido, sino sólo para mostrarte cómo me comporto con las que las cometen.

Lanzo unos gritos estridentes debatiéndome bajo mis grilletes; mis contorsiones, mis aullidos, mis lágrimas, las crueles expresiones de mi dolor sólo sirven de diversión a mi verdugo...

—¡Ah!, ya verás lo que te espera, buscona —dijo Roland—. Tus penas no han hecho sino comenzar, y quiero que conozcas hasta los más bárbaros refinamientos de la desdicha.

Me deja.

Seis oscuros reductos, situados debajo de una gruta alrededor del vasto pozo, y que se cerraban como calabozos, nos servían de retiro durante la noche. Como ésta llegó poco después de que yo estuviera en la funesta cadena, vinieron a soltarme, igual que a mis compañeras, y nos encerraron después de darnos la ración de agua, de habas y de pan que había mencionado Roland.

Apenas estuve sola, me abandoné a mis anchas al horror de mi situación. ¿Es posible, me decía, que existan hombres tan duros como para sofocar en su interior el sentimiento de la gratitud?... Una virtud a la que yo me entregaría con tanto placer, si alguna vez un alma honrada me colocara en el caso de sentirla, ¿es posible, pues, que sea ignorada por algunos seres, y quienes la sofocan con tanta inhumanidad pueden ser otra cosa que unos monstruos?

Estaba sumida en esas reflexiones, cuando de repente oigo abrir la puerta de mi calabozo: es Roland. El malvado viene a acabar de ultrajarme utilizándome para sus odiosos caprichos: ya podéis suponer, señora, que debían ser tan feroces como sus actitudes, y que para un hombre semejante los placeres del amor mostraban necesariamente los tintes de su odioso carácter. Pero ¿cómo abusar de vuestra paciencia para contaros nuevos horrores? ¿Acaso ya no he manchado en exceso vuestra imaginación con infames relatos? ¿Debo atreverme a más?

—Sí, Thérèse —dijo el señor de Corville—, sí, exigimos de ti estos detalles, tú los enmascaras con una decencia que lima todo su horror, y sólo queda lo que es útil para quien quiera conocer al hombre. Nadie imagina lo útiles que son estas descripciones para el desarrollo del espíritu. Es posible que sigamos siendo tan ignorantes en esta ciencia por el estúpido pudor de quienes quisieron escribir sobre estas materias. Encadenados por absurdos temores, sólo nos hablan de unas puerilidades conocidas por todos los necios, y no se atreven, llevando una mano osada al corazón humano, a ofrecer ante nuestros ojos sus gigantescos extravíos.

—Bien, señor, voy a obedeceros —continuó Thérèse conmovida—, y comportándome como ya he hecho, intentaré ofrecer mis esbozos bajo los colores menos repugnantes.

Roland, a quien tengo que comenzar por describiros, era un hombre pequeño, rechoncho, de treinta y cinco años de edad, de un vigor incomprensible, velludo como un oso, el aspecto sombrío, la mirada feroz, muy moreno, de facciones viriles, una nariz larga, la barba hasta los ojos, cejas negras y espesas, y esa parte que diferencia a los hombres de nuestro sexo de una tal longitud y de un grosor tan desmesurado, que no sólo jamás nada semejante se había ofrecido a mis ojos, sino que incluso era absolutamente cierto que jamás la naturaleza había. creado nada tan prodigioso: mis dos manos apenas podían abrazarlo, y su longitud era la de mi antebrazo. A ese fisico, Roland sumaba todos

los vicios que pueden ser los frutos de un temperamento fogoso, de mucha imaginación, y de una opulencia siempre excesivamente considerable para no haberle sumido en grandes defectos. Roland consumía su fortuna; su padre, que la había comenzado, le había dejado muy rico, con lo cual ese joven ya había vivido mucho: hastiado de los placeres normales, ya sólo recurría a los horrores; sólo ellos conseguían devolverle unos deseos extenuados por un exceso de goces; todas las mujeres que le servían estaban entregadas a sus excesos secretos, y para satisfacer los placeres algo menos deshonestos en los que el libertino pudiera encontrar la sal del crimen que le deleitaba más que nada, Roland tenía su propia hermana como querida, y era con ella que acababa de apagar las pasiones que encendía a nuestro lado.

Estaba casi desnudo cuando entró; su rostro, muy inflamado, mostraba a un tiempo pruebas de la gula intemperante a la que acababa de entregarse, y de la abominable lujuria que le dominaba. Me mira un instante con unos ojos que me hacen estremecer.

—Quítate la ropa —me dijo, arrancándome él mismo la que había recuperado para cubrirme durante la noche—... sí, quítate todo eso y sígueme. Antes te he hecho sentir lo que arriesgabas dándote a la pereza; pero si te entraran ganas de traicionarnos, como el crimen sería mucho mayor, el castigo debería ser proporcional. Así pues, ven a ver de qué tipo sería.

Yo me hallaba en un estado difícil de describir, pero Roland, sin dar a mi ánimo el tiempo de estallar, me coge inmediatamente del brazo y me arrastra. Me conducía con la mano derecha; con la izquierda sostenía una pequeña linterna que nos iluminaba débilmente. Después de varias vueltas nos hallamos a la puerta de una bodega; la abre, y haciéndome pasar en primer lugar, me dice que baje mientras él cierra esta primera cerca; obedezco. A unos cien peldaños hallamos una segunda, que se abre y cierra de la misma manera; pero después de ésta, ya no había escalera: sólo un pequeño camino tallado en la roca, lleno de sinuosidades, y cuya pendiente era extremadamente pronunciada. Roland no decía palabra, su silencio aún me horrorizaba más. Nos iluminaba con su linterna. Así viajamos cerca de un cuarto de hora. El estado en que me encontraba me hacía sufrir aún más vivamente la horrible humedad de aquellos subterráneos. Al final habíamos bajado tanto, que no temo exagerar afirmando que el lugar al que llegamos debía estar a más de ochocientos pies en las entrañas de la tierra. A derecha e izquierda del sendero que recorríamos había varios nichos, en los que vi unos cofres que contenían las riquezas de aquellos malhechores. Al final se presenta una última puerta de bronce, y estuve a punto de quedarme patidifusa al descubrir el espantoso local al que me conducía aquel indecente; viéndome vacilar, me empuja con rudeza, y así entro, sin quererlo, en aquel espantoso sepulcro. Imaginaos, señora, un panteón redondo, de veinticinco pies de diámetro, cuyos muros tapizados de negro sólo estaban decorados por los más lúgubres objetos, esqueletos de todo tipo de tamaños, osamentas en forma de aspa, cráneos, haces de varas y de látigos, sables, puñales, pistolas: ésos eran los horrores que se veían en los muros que iluminaba una lámpara de tres mechas, colgada de una de las esquinas de la bóveda. De la cimbra partía una larga soga que caía a tres o cuatro metros del suelo en medio de aquel calabozo, y que, como no tardaréis en ver, sólo estaba ahí para servir espantosas maniobras. A la derecha había un ataúd que entreabría el espectro de la Muerte armado con una guadaña amenazadora; tenía al lado un reclinatorio; y encima se veía un crucifijo, colocado entre dos velones negros. A la izquierda, la efigie en cera de una mujer desnuda, tan natural que durante largo rato me confundió: estaba atada a una

cruz por la parte delantera, de modo que se veían fácilmente todas sus partes posteriores, cruelmente magulladas; la sangre parecía manar de varias heridas y correr a lo largo de sus muslos; mostraba la más bella cabellera del mundo, su hermosa cabeza estaba vuelta hacia nosotros y parecía implorar su merced: se distinguían todas las contorsiones del dolor grabarías en su bello rostro, y hasta las lágrimas que lo inundaban. Ante el aspecto de la terrible imagen, estuve a punto de desmayarme por segunda vez; el fondo del panteón estaba ocupado por un amplio sofá negro, desde el cual se abrían a las miradas todas las atrocidades de aquel lúgubre lugar.

—Aquí es donde perecerás, Thérèse —me dijo Roland—, si alguna vez concibes la fatal idea de abandonar mi casa. Sí, aquí es donde yo mismo vendré a matarte, donde te haré sentir las angustias de la muerte mediante todo lo más duro que me resulte posible inventar.

Al pronunciar esta amenaza, Roland se excitó; su agitación y su desorden le asemejaban al tigre dispuesto a devorar su presa: fue entonces cuando descubrió el temible miembro de que estaba dotado; me lo hizo tocar y me preguntó si había visto algo semejante. —Tal como es, puta —me dijo enfurecido—, te lo meteré, sin embargo, por la parte más estrecha de tu cuerpo, aunque tenga que partirte en dos. Mi hermana, mucho más joven que tú, lo sostiene en ese mismo lugar. Yo jamás disfruto de otra manera de las mujeres: así que también tendré que perforarte.

Y para no dejarme dudas sobre el local a que se refería, introdujo en él tres dedos armados con uñas muy largas, diciéndome:

—Sí, ahí, Thérèse, ahí hundiré inmediatamente ese miembro que te espanta. Penetrará en toda su longitud, te desgarrará, te ensangrentará, y yo me sentiré lleno de ebriedad.

Echaba espumarajos de la boca al decir estas palabras, mezcladas con juramentos y blasfemias odiosas. La mano con la que rozaba el templo que parecía querer atacar se extravió entonces por todas las partes contiguas, las arañaba. Me hizo lo mismo en el pecho, lo magulló de tal manera que durante quince días sufrí unos dolores horribles. Después me colocó en el borde del sofá, frotó con alcohol aquel musgo con que la naturaleza adornó el altar donde nuestra especie se regenera. Le prendió fuego y lo quemó. Sus dedos agarraron la excrecencia de carne que corona ese mismo altar, la restregó con dureza; desde allí, metió sus dedos en el interior, y sus uñas irritaban la membrana que lo tapiza. Ya sin poder contenerse, me dijo que puesto que me tenía en su guarida, era mejor que ya no me saliera de ella, que eso le evitaría el esfuerzo de bajarme de nuevo. Me arrojé a sus rodillas, me atreví a recordarle una vez más los servicios que yo le había prestado... Descubrí que le excitaba aún más al volver a hablarle de unos derechos que yo suponía a su piedad; me dijo que me callara, derribándome sobre las baldosas de un rodillazo asestado con todas sus fuerzas en el hueco de mi estómago.

—¡Vamos! —me dijo, levantándome por los cabellos—, ¡vamos! Prepárate; es seguro que voy a inmolarte...

—¡Ay, señor!

—No, no, tienes que morir. No quiero oírte reprocharme más tus miserables favores; no me gusta deber nada a nadie, son los demás quienes deben depender por completo de mí... Morirás, te digo, métete en este ataúd, que yo vea si cabes en él.

Me lleva allí, me encierra, luego sale del panteón, y finge que me deja allí. Jamás me había creído tan cerca de la muerte. ¡Ay!, no tardaría en verla, sin embargo, bajo un aspecto todavía más real. Roland regresa, me saca del ataúd.

—Estarás muy bien ahí dentro —me dice—; diríase que está hecho a tu medida; pero dejarte acabar ahí tranquilamente, sería una muerte demasiado hermosa. Voy a hacerte sentir otra diferente que no deja de tener también sus dulzuras. ¡Vamos!, implora a tu Dios, ramera, ruégale que acuda a vengarte, si realmente tiene poder...

Me arrojo sobre el reclinatorio y mientras en voz alta abro mi corazón al Eterno, Roland incrementa sobre las partes traseras que le expongo sus vejaciones y sus suplicios de una manera aún más cruel. Con todas sus fuerzas flagela estas partes con unas disciplinas armadas con puntas de acero, cada uno de cuyos azotes hacía saltar mi sangre hasta la bóveda.

—¡Así que tu Dios no te ayuda! —proseguía blasfemando—. Permite sufrir a la virtud infortunada, la abandona en manos de la maldad. ¡Ah! ¡Qué Dios, Thérèse, qué clase de Dios es ese Dios! Ven —me dijo a continuación—, ven, ramera, ya has rezado bastante ––y al mismo tiempo me coloca sobre el estómago, en el borde del sofá que estaba al fondo del gabinete—; ya te lo he dicho, Thérèse, ¡tienes que morir!

Se apodera de mis brazos, los ata sobre mis riñones, luego pasa alrededor de mi cuello un cordón de seda negra cuyos dos extremos, siempre sostenidos por él, pueden, apretándolos a su voluntad, comprimir mi respiración y mandarme al otro mundo en el mayor o menor tiempo que se le antoje.

—Este tormento es más dulce de lo que te crees, Thérèse —me dijo Roland—; sólo sentirás la muerte en medio de inefables sensaciones de placer. La compresión que esta cuerda efectuará sobre la masa de tus nervios encenderá los órganos de la voluptuosidad. Es un efecto seguro. Si todas las personas condenadas a este suplicio supieran en qué ebriedad hace morir, menos asustados de este castigo que de sus crímenes, los cometerían con mayor frecuencia y con mucha mayor seguridad. Esta deliciosa operación, Thérèse, al comprimir también el local donde voy a introducirme —añade acercándose a una ruta criminal, tan digna de semejante malvado—, doblará también mis placeres.

Pero inútilmente intenta abrirla; por más que prepare los accesos, demasiado monstruosamente proporcionado para conseguirlo, sus intentos son siempre rechazados. Entonces es cuando su furor supera los límites; sus uñas, sus manos, sus pies sirven para vengarle de las resistencias que le opone la naturaleza. Se acerca de nuevo, la espada encendida resbala por los bordes del canal vecino, y del vigor del empujón penetra en él cerca de la mitad; yo lanzo un grito. Roland, furioso por el error, se retira con rabia, y en esta ocasión golpea la otra puerta con tanto vigor que el dardo humedecido se sume en ella desgarrándome. Roland aprovecha los éxitos de este primer empujón; sus esfuerzos se hacen más violentos; gana terreno; a medida que avanza, el cordón fatal que me ha pasado alrededor del cuello se estrecha, yo lanzo unos aullidos espantosos; el feroz Roland, a quien le divierten, me anima a aumentarlos, demasiado seguro de su insuficiencia, demasiado dueño de detenerlos cuando quiera; se excita con sus sonidos agudos. Sin embargo, la ebriedad está a punto de apoderarse de él, las compresiones del cordón se modulan según los grados de su placer; poco a poco mi voz se apaga; los apretones se hacen entonces tan vivos que mis sentidos flaquean sin perder por ello la sensibilidad; rudamente zarandeada por el enorme miembro con que Roland desgarra mis entrañas, pese al espantoso estado en que me encuentro, me siento inundada por los chorros de su lujuria; todavía oigo los gritos que lanza al derramarlos. Le sucede un instante de estupor, no sé lo que me pasa, pero pronto mis ojos vuelven a abrirse a la luz, me siento libre, despejada, y mis órganos parecen renacer.

—Así me gusta, Thérèse —me dice mi verdugo—. Apuesto a que, si quieres ser sincera, sólo has sentido placer.

—¡Horror, señor, repugnancia, angustia y desesperación!

—Me engañas, conozco los efectos que acabas de sentir; pero me da igual cuáles hayan sido. Me imagino que ya debes conocerme bastante como para estar bien segura de que, en lo que hago contigo, tu voluptuosidad me preocupa infinitamente menos que la mía, y la voluptuosidad que busco ha sido tan intensa, que voy a seguir con ella un rato más. Sólo de ti, ahora, Thérèse —me dijo el insigne libertino—, sólo de ti dependerá tu vida.

Pasa entonces alrededor de mi cuello la cuerda que colgaba del techo; una vez fuertemente fijada, ata al taburete sobre el que yo ponía los pies y que me había levantado hasta allí, un cordel cuyo cabo sostiene, y se coloca en un sillón frente a mí. Yo tengo en las manos una afilada podadera que debo utilizar para cortar la cuerda en el momento en que, mediante el cordel que él empuña, tire del taburete debajo de mis pies.

Ya lo ves, Thérèse —me dijo entonces—, si tú fallas, yo no fallaré. Así que no me equivoco al decirte que tu vida depende de ti.

Se excita; llega el momento de su ebriedad en que debe tirar del taburete cuya desaparición me deja colgada del techo. Hace cuanto puede por disimular ese instan te; estaría encantado si yo careciera de maña; pero por mucho que haga, lo adivino, la violencia de su éxtasis lo traiciona, le veo realizar el fatal movimiento, el taburete se escapa, yo corto la cuerda y caigo al suelo, totalmente suelta; allí, aunque a más de doce pies de él; ¿lo creeríais, señora?, siento mi cuerpo inundado por las pruebas de su delirio y de su frenesí.

Otra en mi lugar, aprovechando el arma que tenía en las manos, se hubiera sin duda arrojado sobre aquel monstruo; pero ¿de qué me habría valido ese rasgo de valor? Sin contar con las llaves de aquellos subterráneos, ignorando sus vericuetos, moriría antes de conseguir salir de ellos; además Roland iba armado; así que me levanté, dejando el arma en el suelo, para que él no concibiera sobre mí la más ligera sospecha; no la tuvo; había saboreado el placer en toda su amplitud, y contento de mi dulzura, de mi resignación, mucho más quizá que de mi destreza, me indicó que saliera, y subimos.

Al día siguiente, examiné mejor a mis compañeras. Las cuatro mujeres tenían de veinticinco a treinta años; aunque embrutecidas por la miseria y deformadas por el exceso de trabajo, conservaban todavía algunos restos de belleza; sus talles eran bellos, y la más joven, llamada Suzanne, con unos ojos encantadores, conservaba una bellísima cabellera; Roland la había tomado en Lyon, había conseguido sus primicias, y después de haberla arrebatado a su familia, bajo los juramentos de desposarla, la había traído a aquel espantoso castillo. Llevaba allí tres años, y, aún más que sus compañeras, era el objeto de las ferocidades del monstruo: a fuerza de vergajazos, sus nalgas se habían vuelto tan callosas y duras como una piel de vaca secada al sol; tenía un cáncer en el seno izquierdo y un absceso en la matriz que le causaba unos dolores increíbles. Todo eso era la obra del pérfido Roland; cada uno de aquellos horrores era el fruto de sus lubricidades.

Fue ella quien me contó que Roland estaba en vísperas de irse a Venecia, si las sumas considerables que acababa de hacer llegar últimamente a España le reportaban las letras de cambio que esperaba para Italia, porque jamás quiso transportar su oro al otro lado de las montañas; no lo enviaba nunca: hacía llegar sus monedas falsas a un país diferente de aquel donde se proponía habitar; de ese modo, poseedor únicamente en el lugar donde quería establecerse de los papeles de otro reino, sus bribonadas jamás podían descubrirse.

Pero todo podía fallar en un instante, y el retiro que meditaba dependía absolutamente de esta última negociación, en la que había comprometido la mayor parte de sus tesoros. Si Cádiz aceptaba sus piastras, sus cequíes, sus luises falsos, y le mandaba a cambio de ello unas letras sobre Venecia, Roland viviría feliz el resto de su vida; si el fraude era descubierto, bastaba un solo día para poner patas arriba el endeble edificio de su fortuna.

—¡Ay! —dije al enterarme de esos detalles—, por una vez la Providencia será justa, no permitirá el éxito de un monstruo semejante, y todas nosotras seremos vengadas...

¡Dios mío! ¡Cómo podía razonar así a partir de la experiencia que había adquirido!

Al mediodía, nos daban dos horas de reposo que aprovechábamos para ir, siempre por separado, a respirar y comer en nuestras habitaciones; a las dos, nos ataban de nuevo y nos hacían trabajar hasta la noche, sin que jamás se nos permitiera entrar en el castillo. Si íbamos desnudas, no sólo era a causa del calor, sino más aún a fin de poder recibir mejor los vergajazos que de vez en cuando venía a asestarnos nuestro feroz amo. En invierno, nos daban un pantalón y un chaleco tan ajustados a la piel, que no por ello nuestros cuerpos quedaban menos expuestos a los golpes de un malvado cuyo único placer consistía en torturarnos.

Pasaron ocho días sin que viera a Roland; al noveno, se presentó en el trabajo, y pretendiendo que Suzanne y yo girábamos la rueda con excesiva laxitud, nos repartió treinta vergajazos a cada una, desde la mitad de los riñones hasta las pantorrillas.

A la medianoche de aquel mismo día, el malvado vino a visitarme a mi calabozo, y excitándose con el espectáculo de sus crueldades, introdujo de nuevo su terrible porra en el antro tenebroso que yo le exponía por la postura en que me tenía examinando los vestigios de su rabia. Cuando sus pasiones quedaron satisfechas, quise aprovechar el instante de calma para suplicarle que cambiara mi suerte. ¡Ay! Yo ignoraba que si en tales almas el momento del delirio hace aún más activa la inclinación que sienten por la crueldad, no por ello la calma les devuelve en mayor medida a las dulces virtudes del hombre honesto; es un fuego más o menos avivado por los alimentos con que se le alimenta, pero que debajo de la ceniza no para de arder.

—¿Y con qué derecho pretendes que alivie tus cadenas? —me contestó Roland—. ¿Se debe a las fantasías que se me antoja pasar contigo? ¿Acaso me prosterno a tus pies para pedirte unos favores por cuya concesión tú puedas implorar algunas compensaciones? Yo no te pido nada, lo tomo, y no veo por qué, dado que utilizo un derecho sobre ti, deba resultar de ahí que tenga que abstenerme de un segundo. No existe el más mínimo amor en mi acción: el amor es un sentimiento caballeresco al que soberanamente desprecio, y cuyas influencias jamás conoció mi corazón. Me sirvo de una mujer por necesidad, de la misma manera que para una necesidad diferente nos servimos de un recipiente redondo y hueco, pero sin conceder jamás a ese individuo, que mi dinero y mi autoridad someten a mis deseos, ni estima ni ternura; debiendo únicamente lo que me quito de mí mismo, y sin exigir otra cosa de él que la sumisión, no puedo estar obligado a partir de ahí a concederle ninguna gratitud. Pregunto a los que quisieran obligarme a ello si un ladrón que arrebata la bolsa a un hombre en un bosque, porque es más fuerte que él, debe algún reconocimiento a ese hombre por el mal que acaba de ocasionarle. Ocurre lo mismo con el ultraje hecho a una mujer: puede ser un motivo para hacerle un segundo, pero jamás una razón suficiente para otorgarle compensaciones.

—¡Oh, señor! —le dije—. ¿Hasta qué punto lleváis vuestra maldad?

—Hasta la última fase —me contestó Roland—: no existe un único extravío en el mundo a que no me haya entregado, ni un crimen que no haya cometido, así como tampoco ninguno que mis principios no excusen o legitimen. He sentido incesantemente por el mal una especie de atracción que siempre redundaba en beneficio de mi voluptuosidad; el crimen enciende mi lujuria; cuanto más espantoso es, más me excita; disfruto cometiéndolo del mismo tipo de placer que la gente normal saborea únicamente en la lubricidad, y me he encontrado cien veces, pensando en el crimen, entregándome a él, o acabando de cometerlo, completamente en el mismo estado en que se está al lado de una hermosa mujer desnuda; excitaba mis sentidos de la misma manera, y lo cometía para inflamarme, al igual que uno se acerca a un bello objeto con las intenciones de la impudicia.

—¡Oh, señor!, lo que decís es espantoso, pero he visto ejemplos de ello.

—Hay mil, Thérèse. No debemos imaginar que sea la belleza de una mujer lo que más excita la mente de un libertino: es más bien el tipo de crimen a que han vinculado las leyes su posesión. La prueba está en que, cuanto más criminal es esa posesión, más excitados nos sentimos. El hombre que disfruta de una mujer que roba a su marido, de una hija que arrebata a sus padres, se siente mucho más complacido sin duda que el marido que disfruta de su mujer; y cuanto más respetables parecen los vínculos que rompe, más aumenta la voluptuosidad. Si es su madre, si es su hermana, si es su hija, añade nuevos atractivos a los placeres experimentados. ¿Alguien ha saboreado todo eso? Quisiéramos que los diques aumentaran aún para encontrar más dificultades y más atractivos en salvarlas. Ahora bien, si el crimen sazona un goce, es posible también que, separado de él, él mismo sea goce; así pues, existirá entonces un goce seguro exclusivamente en el crimen. Pues es imposible que lo que resulta picante, no lo contenga en sí, y en gran cantidad. Por lo que supongo que el rapto de una joven para uno mismo proporcionará un placer muy vivo, pero el rapto por cuenta ajena dará todo el placer con que el goce de esa joven se veía mejorado por el rapto. El rapto de un reloj, de una bolsa, lo darán igualmente, y si he habituado mis sentidos a sentirse conmovidos por una cierta voluptuosidad por el rapto de una joven, en tanto que rapto, este mismo placer y esta misma voluptuosidad aparecerán en el rapto del reloj, en el de la bolsa, etc. Y eso es lo que explica la fantasía de tantas personas honradas que roban sin necesitarlo. Nada más simple, a partir de ahí, tanto que se saborean los mayores placeres en todo lo que sea criminal como que se conviertan, por todo lo que cabe imaginar, los goces simples en lo más criminales posible. Comportándose así, no se hace más que añadir a este goce la dosis de picante que le faltaba y que era indispensable para la perfección de la felicidad. Ya sé que tales sistemas llevan muy lejos, y es posible incluso que dentro de poco te lo demuestre, Thérèse, pero ¿qué importa con tal de que se disfrute? ¿Hay, por ejemplo, querida joven, algo más simple y mas natural que verme gozar de ti? Pero tú te opones, me pides que no lo haga; diríase que por las obligaciones que tengo contigo tuviera que concederte lo que exiges. Sin embargo, no me rindo a nada, no escucho nada, rompo todos los nudos que cautivan a los necios, te someto a mis deseos, y convierto el más simple y más monótono de los goces en otro realmente delicioso. Sométete, pues, Thérèse, sométete; y, si alguna vez regresas a este mundo bajo el carácter del más fuerte, abusa de tus derechos, y conocerás el más vivo y picante de todos los placeres.

Después de decir estas palabras Roland salió, y me dejó en unas reflexiones que, como podéis imaginar, no eran nada favorables para él.

Ya llevaba seis meses en esa casa, sirviendo de cuando en cuando los insignes excesos de aquel malvado, cuando una noche le vi entrar en mi habitación con Suzanne.

—Acompáñame, Thérèse —me dijo—, me parece que ya hace mucho que no te he hecho bajar al panteón que tanto te asustaba. Seguidme las dos, pero no con fiéis en subir. Es absolutamente necesario que allí se quede una; ya veremos sobre cuál caerá la suerte. Me levanto, dirijo unos ojos alarmados sobre mi compañera, veo que las lágrimas ruedan de los suyos... salimos.

Tan pronto como nos encerramos en el subterráneo, Roland nos examina a las dos con miradas feroces. Se complacía en repetirnos nuestra sentencia y en con vencernos a ambas de que allí se quedaría con toda seguridad una de las dos.

—Vamos —dijo sentándose y haciéndonos permanecer de pie delante de él—, ocupaos cada una de vosotras sucesivamente del desencantamiento de este tullido, y ay de la que consiga devolverle su energía.

—Es una injusticia —dijo Suzanne—; la que mejor os excite debe ser la que obtenga el perdón.

—En absoluto —dijo Roland—; así que quede demostrado quién es la que me inflama mejor, se afirma que es la misma cuya muerte me proporcionará más placer... y a mí sólo me interesa el placer. Por otra parte, si concediera el perdón a la que me excite antes, lo intentaríais una y otra con tal ardor que es posible que sumierais mis sentidos en el éxtasis antes de que el sacrificio fuera consumado, y no debe ser así.

—Es querer el mal por el mal, señor —le dije a Roland—. El complemento de vuestro éxtasis es lo único que debéis desear, y si lo conseguís sin crimen, ¿por qué queréis cometerlo?

—Porque sólo así lo alcanzaré de manera deliciosa, y porque jamás desciendo a esta bodega si no es para cometer uno. Sé perfectamente bien que lo conseguiría sin eso, pero lo quiero para conseguirlo.

Y, durante este diálogo, habiéndome elegido para comenzar, lo excito por delante con una mano, con la otra por detrás, mientras él toca a su capricho todas las partes de mi cuerpo que se le ofrecen a través de mi desnudez.

—Todavía falta mucho, Thérèse —me dijo tocándome las nalgas— para que estas hermosas carnes estén en el mismo estado de callosidad y de mortificación que las de Suzanne. Aunque abrasáramos las de esta querida joven, seguro que no lo notaría; pero tú, Thérèse, pero tú.... son todavía rosas que abrazan lirios: ya lo conseguiremos, ya lo conseguiremos.

No podéis imaginaros, señora, cómo me tranquilizó esta amenaza: sin duda Roland no se daba cuenta, al hacerla, de la tranquilidad que esparcía en mí, pero ¿acaso no quedaba claro que, si proyectaba someterme a nuevas crueldades, no tenía ganas todavía de inmolarme? Ya os he dicho, señora, que todo afecta en la desgracia, y a partir de entonces me sentí aliviada. ¡Otro incremento de dicha! Yo no conseguía nada, y aquella masa enorme, blandamente replegada debajo de sí misma, resistía a todas mis sacudidas. Suzanne, en la misma posición, era manoseada en los mismos lugares; pero como sus carnes estaban mucho más endurecidas; Roland la trataba aún con menos consideraciones, pese a que Suzanne fuera más joven.

—Estoy convencido —decía nuestro perseguidor— de que ni los látigos más terribles conseguirían ahora arrancar una gota de sangre de ese culo.

Nos hizo agachar a las dos, y alcanzando con nuestra posición inclinada los cuatro caminos del placer, su lengua coleó en los dos más estrechos, y el malvado escupió en los otros. Nos cogió por delante, nos hizo arrodillarnos entre sus muslos, de modo que nuestros pechos se hallaran a la altura de lo que le excitábamos.

—¡Oh!, en lo que se refiere al pecho —dijo Roland— Suzanne te gana. Jamás tuviste unas tetas tan hermosas. ¡Mira, fíjate lo dotada que está!

Y diciendo eso, apretaba el seno de aquella desdichada hasta magullarlo entre sus dedos. Entonces ya no era yo quien lo excitaba, Suzanne me había sustituido. Apenas se encontró en sus manos cuando el dardo, saliendo del carcaj, ya amenazaba vivamente todo lo que lo rodeaba.

—Suzanne —dijo Roland—, un éxito terrible... Me temo, Suzanne, que es tu sentencia —proseguía aquel hombre feroz pellizcándole y arañándole los pezones.

En cuanto a los míos, sólo los chupaba y mordisqueaba. Coloca finalmente a Suzanne de rodillas en el borde del sofá. Le hace agachar la cabeza, y disfruta de ella en esta posición, de la espantosa manera que le es natural: reavivada por nuevos dolores, Suzanne se debate, y Roland, que sólo quiere escaramuzas, satisfecho con algunas correrías, viene a refugiarse en mí en el mismo templo donde ha sacrificado en el de mi compañera, a la que no cesa de vejar y de maltratar durante todo ese rato.

—Es una buscona que me excita cruelmente —me dijo—; no sé lo que me gustaría hacerle.

—¡Oh, señor, tened piedad de ella! —le dije—. Es imposible que sus dolores sean más intensos.

—¡Oh, claro que sí! —dijo el malvado—. Se podría... ¡Ah!, si yo tuviera aquí al famoso emperador Kie, uno de los peores malvados que la China haya visto en el trono,* está claro que haríamos algo más. Entre su mujer y él, inmolando cada día sus víctimas, se dice que los dos las hacían vivir veinticuatro horas en las más crueles angustias de la muerte, y en tal estado de dolor que en todo momento estaban dispuestas a entregar el alma sin llegar a conseguirlo, gracias a los cuidados crueles de esos monstruos que, haciéndolas flotar de ayudas en tormentos, sólo les recordaban este minuto a la luz para ofrecerles la muerte en el siguiente... Yo soy demasiado suave, Thérèse, no sé nada de todo eso, sólo soy un colegial.

* El emperador chino Kie tenía una mujer tan cruel y tan disoluta como él; no les costaba nada derramar sangre, y por su exclusivo placer, hacían correr todos los días raudales; tenían, en el interior de su palacio, un gabinete secreto donde las víctimas eran inmoladas bajo sus *ojos* mientras ellos gozaban. Théo, uno de los sucesores de ese príncipe, tuvo como él una mujer muy cruel; habían inventado una columna de bronce que ponían al rojo vivo, y a la que ataban a las infortunadas bajo sus ojos: «La princesa, cuenta el historiador de quien sacamos estas líneas, se divertía infinitamente con las contorsiones y los gritos de las tristes víctimas; no estaba contenta si su marido no le ofrecía frecuentemente este espectáculo». *(Hist. des Conj.,* tomo VII, página 43.) (N. *del A.)*

Roland se retira sin concluir el sacrificio, y me hace casi tanto daño con esta precipitada retirada como el que había hecho al introducirse. Se arroja a los brazos de Suzanne, y, sumando el sarcasmo al ultraje, le dijo:

—¡Amable criatura, con qué delicia recuerdo los primeros instantes de nuestra unión! ¡Jamás mujer alguna me dio placeres más intensos; jamás amé a nadie como
a ti!... Abracémonos, Suzanne, vamos a separarnos, por mucho tiempo quizá.
—Monstruo —le dijo mi compañera rechazándole horrorizada— aléjate; no sumes a los tormentos que me inflinjes la desesperación de oír tus horribles palabras. Tigre, satisfaz tu rabia, pero respeta por lo menos mis desdichas.
Roland la tomó, la acostó sobre el sofá, con los muslos muy abiertos, y el taller de la generación absolutamente a su alcance.
—Templo de mis antiguos placeres —exclamó el infame—, tú que me procuraste algunos tan dulces cuando recogí tus primeras rosas, es preciso que te haga también mis adioses...
¡Malvado! Introdujo sus uñas, y revolviéndolas durante varios minutos en el interior, a lo largo de los cuales Suzanne lanzaba los gritos más agudos, las retiró cubiertas de sangre. Saciado por esos horrores, y notando que ya no le era posible contenerse, me dijo:
—Vamos, Thérèse, vamos, querida muchacha, acabemos todo esto con una pequeña escena del juego de cortar la cuerda.*

Este juego, que ha sido descrito anteriormente, era muy utilizado por los celtas de los que descendemos (vease la *Histoire des Celtes*, del Sr. Peloutier); casi todos esos extravíos de excesos, estas pasiones singulares del libertinaje, en parte descritas en este libro, y que hoy provocan ridículamente la atención de las leyes, era antes o unos juegos de nuestros antepasados que valían mas que nosotros, o unas costumbres legales, o unas ceremonias religiosas: ahora las convertimos en crímenes. ¡En cuántas ceremonias piadosas de los paganos se utilizaba la fustigación! Varios pueblos utilizaban estos mismos tormentos o pasiones para instalar a sus guerreros, eso se llamaba Hus*canaver* (véanse las ceremonias religiosas de todos los pueblos de la tierra). Estas bromas, cuyo inconveniente puede ser como máximo la muerte de una ramera, ¡son ahora crímenes capitales! ¡Vivan los progresos de la civilización! ¡Cómo cooperan a la felicidad del hombre, y cuánto más afortunados somos que nuestros abuelos! *(N. del A.)*

Ese era el nombre de la funesta broma que ya os he descrito, la primera vez que os hablé de la bodega de Roland. Me subo al trípode, el malvado me ata la cuerda al cuello, se coloca frente a mí; Suzanne, aunque en un estado espantoso, le excita con sus manos; al cabo de un instante, él tira del taburete sobre el que se posan mis pies, pero armada con la podadera, corto inmediatamente la cuerda y caigo al suelo sin el menor daño.
—Bien, bien —dijo Roland—, ahora te toca a ti, Suzanne. Todo está dicho, y te perdono si te salvas con la misma destreza.
Suzanne se coloca en mi lugar. ¡Oh, señora!, permitid que pase por alto los pormenores de esa espantosa escena... La desdichada ya no volvió.
—Salgamos, Thérèse —me dijo Roland—; sólo volverás aquí cuando sea tu turno.
—Cuando queráis, señor, cuando queráis —contesté—. Prefiero la muerte a la vida espantosa que me dais. ¿Acaso puede resultarnos valiosa la vida a unas desdichadas como nosotras?...
Y Roland me encerró en mi calabozo. Al día siguiente mis compañeras me preguntaron qué había pasado con Suzanne. Se lo conté. No se asombraron; todas esperaban la misma

suerte, y todas, siguiendo mi ejemplo, viendo en ello el fin de sus males, la deseaban con urgencia.

Así pasaron dos años, Roland en sus excesos habituales, yo en la horrible perspectiva de una muerte cruel, cuando finalmente se divulgó por el castillo la noticia de que no sólo los deseos de nuestro amo habían sido satisfechos, no sólo recibía con destino a Venecia la inmensa cantidad de pagarés que había deseado, sino que le pedían otros seis millones más de falsas monedas cuyos fondos le harían llegar a su voluntad a Italia. Era imposible que el malvado gozara de una suerte mayor; se iba con más de dos millones de renta, sin contar las esperanzas que podía concebir. Este era el nuevo ejemplo que me ofrecía la Providencia, la nueva manera con la que quería convencerme una vez más de que la prosperidad sólo correspondía al crimen y el infortunio a la virtud.

Así estaban las cosas cuando Roland vino a buscarme para bajar por tercera vez a la bodega. Me estremecí al recordar las amenazas que me había hecho la última vez que habíamos ido allí.

—Tranquilízate —me dijo—, no tienes nada que temer, se trata de algo que sólo me concierne a mí... una voluptuosidad especial de la que quiero disfrutar y que no te hará correr ningún riesgo.

Le sigo. Así que ha cerrado todas las puertas, Roland me dice:

—Thérèse, en toda la casa sólo me atrevo a confiar en ti para este asunto. Necesitaba una mujer muy honrada... Confieso que sólo te he encontrado a ti, a quien prefiero antes incluso que a mi hermana...

Llena de sorpresa, le ruego que se explique.

—Escúchame —me dice—; mi fortuna está hecha, pero por muchos favores que haya recibido de la suerte, ésta puede abandonarme de un momento a otro. Es posible que me espíen, es posible que se apoderen de mí en el traslado que voy a hacer de mis riquezas, y, si esta desgracia se produce, lo que me espera, Thérèse, es la soga; el mismo placer que me encanta hacer saborear a las mujeres me servirá de castigo. Estoy convencido, en la medida en que es posible estarlo, de que esta muerte es infinitamente más dulce que cruel; pero, como las mujeres a las que he hecho experimentar las primeras angustias jamás han querido ser sinceras conmigo, quiero conocer la sensación sobre mi propia persona. Quiero saber, por mi propia experiencia, si es o no cierto que esta compresión determina, en el que la experimenta, el nervio erector de la eyaculación. Una vez convencido de que esta muerte no es más que un juego, la afrontaré con mucho mayor valor, pues no es el final de mi existencia lo que me asusta: mis principios están basados en eso, y absolutamente convencido de que la materia sólo puede convertirse en materia, temo tan poco el infierno como espero el paraíso; pero sí me asustan los tormentos de una muerte cruel; no me gustaría sufrir al morir: probémoslo pues. Tú harás conmigo todo lo que he hecho contigo; voy a desnudarme; subiré al taburete, atarás la cuerda, me excitaré un momento, luego, así que veas que las cosas adquieren una cierta consistencia, retirarás el taburete, y quedaré colgado. Me dejarás así hasta que veas o la emisión de mi semen o los síntomas del dolor. En el segundo caso, me soltarás inmediatamente; en el otro, dejarás actuar la naturaleza, y no me soltarás hasta después. Ya ves, Thérèse, voy a poner mi vida en tus manos: tu libertad, tu fortuna, será el precio de tu buen comportamiento.

—¡Ah, señor! —le contesté—, qué proposición tan extravagante.

—No, Thérèse, te lo exijo —replicó desnudándose—, pero pórtate bien. ¡Ya ves qué prueba te doy de mi confianza y de mi estima!

¿De qué hubiera servido titubear? ¿Acaso no era mi dueño? Por otra parte, me parecía que el daño que me disponía a hacer sería inmediatamente compensado por el extremo cuidado que pondría en preservarle la vida. Yo iba a ser la dueña de su vida, pero pese a cualesquiera que fueran sus intenciones respecto a mí, con toda seguridad sólo serviría para devolvérsela.

Nos preparamos: Roland se calienta con algunas de sus caricias normales; sube al taburete, yo lo ato; quiere que durante ese tiempo lo insulte, le reproche todos los horrores de su vida: lo hago. Su dardo no tarda en amenazar el cielo... él mismo me indica que retire el taburete..., obedezco. Creedme, señora, nada más cierto que lo que había imaginado Roland: en su rostro sólo se dibujaron unos síntomas de placer, y casi al mismo instante unos chorros rápidos de semen se lanzaron a la bóveda. Cuando todo está esparcido, sin que yo haya ayudado en nada, corro a soltarlo, cae desvanecido, pero a fuerza de cuidados consigo que pronto recupere el sentido.

—¡Oh, Thérèse! —me dijo al volver a abrir los ojos—, no puedes imaginarte qué sensaciones; están por encima de todo lo que se pueda decir: que hagan ahora con migo lo que quieran, desafío la espada de Temis. Me creerás aún más culpable hacia la gratitud, Thérèse —me dijo Roland atándome las manos a la espalda—, pero qué quieres, querida mía, a mi edad nadie se corrige... Querida criatura, acabas de devolverme a la vida, y jamás he conspirado tan fuertemente contra la tuya; lamentaste la suerte de Suzanne, pues bien, voy a reunirte con ella; voy a sepultarte viva en la bodega donde ella expiró.

No os describiré mi estado, señora, podéis imaginarlo. Por más que llore, por más que gima, ya no me escucha. Roland abre el panteón fatal, hace descender una lámpara, a fin de que yo pueda divisar mejor la multitud de cadáveres que lo llenan, pasa después una cuerda por debajo de mis brazos, atados, como ya os he dicho, a mi espalda, y mediante esta cuerda me baja a veinte pies del fondo del panteón y a unos treinta de donde él estaba: en esta posición sufría horriblemente, era como si me arrancaran los brazos. ¡Qué espanto se apoderaba de mí, y qué perspectiva se me ofrecía! ¡Trozos de cadáveres en medio de los cuales acabaría mis días y cuyo olor ya me infectaba! Roland amarra la cuerda a un bastón fijado a través del agujero y, después, armado con un cuchillo, oigo que se excita.

Vamos, Thérèse —me dice—, encomienda tu alma a Dios, el instante de mi delirio coincidirá con aquel en que te arrojaré a este sepulcro, donde te sumiré en el eterno abismo que te espera. ¡Ah, ah... Thérèse, ah...! Y noté mi cabeza cubierta de las pruebas de su éxtasis sin que, afortunadamente, hubiera cortado la cuerda: me saca de allí.

—¡Bien! —me dice—, ¿has sentido miedo?

—¡Oh, señor!

—Así es como morirás, Thérèse, tenlo por seguro, y me encanta acostumbrarte a ello.

Subimos... ¿Tenía que quejarme, tenía que alegrarme? ¡Vaya recompensa por lo que acababa de hacer por él! Pero ¿podía hacer otra cosa el monstruo? ¿Acaso no podía arrebatarme la vida? ¡Oh, qué hombre!

Roland preparó al fin su marcha. Vino a verme la víspera a medianoche; me arrojo a sus pies, le conjuro con las más vivas instancias que me devuelva la libertad y que le añada el mínimo dinero necesario para llevarme a Grenoble.

—¡A Grenoble! Claro que no, Thérèse, nos denunciarías.

—¡Bien, señor! —le dije regando sus rodillas con mis lágrimas—, os juro que jamás iré allí, y para que os convenzáis, dignaos a llevarme con vos a Venecia; es posible que allí encuentre unos corazones menos duros que en mi patria, y una vez que os hayáis decidido a llevarme allí, os juro por lo más santo que hay en el mundo que jamás volveré a importunaros.

—No te daré ni una ayuda ni un céntimo —me contestó duramente aquel insigne tunante—; todo lo que atañe a la piedad, a la conmiseración, a la gratitud, queda tan lejos de mi corazón que, aunque fuera tres veces más rico de lo que soy, nadie me vería dar un escudo a un pobre: el espectáculo del infortunio me excita, me divierte, y cuando no puedo hacer el mal por mí mismo, disfruto deliciosamente del que comete la mano de la suerte. Sobre ese punto tengo unos principios de los que no me apartaré, Thérèse; el pobre está en el orden de la naturaleza: al crear a los hombres con fuerzas dispares, ésta nos ha convencido del deseo que tenía de que esta desigualdad se mantuviera, incluso en los cambios que nuestra civilización aportara a sus leyes; aliviar al individuo es aniquilar el orden establecido; es oponerse al de la naturaleza, es invertir el equilibrio que es la base de sus más sublimes acuerdos; es contribuir a una igualdad peligrosa para la sociedad; es estimular la indolencia y la holgazanería; es enseñar al pobre a robar al rico, cuando a éste se le antoje rehusar su ayuda. Y ello a través de la costumbre en que esas ayudas habrán puesto al pobre de obtenerlas sin trabajo.

—¡Oh, señor, qué duros son estos principios! ¿Hablaríais de igual manera si no hubierais sido siempre rico?

—Es posible,Thérèse; cada cual tiene su manera de ver las cosas; ésta es la mía, y no la cambiaré. Nos quejamos de los mendigos en Francia: si quisiéramos, pronto no quedaría ni uno; bastaría con ahorcar a siete u ocho mil para que esta infame calaña no tardara en desaparecer. El cuerpo político debe tener sobre eso las mismas reglas que el cuerpo fisico. ¿Un hombre devorado por los parásitos los dejaría subsistir sobre él por conmiseración? ¿Acaso no arrancamos en nuestros jardines la planta parásita que daña al vegetal útil? ¿Por qué, en este caso, querer actuar de manera diferente?

—Pero la religión —exclamé—, señor, la beneficencia, la humanidad...

—Son los escollos de todo lo que aspira a la felicidad —dijo Roland—. Si yo he consolidado la mía, sólo es sobre los escombros de todos estos infames prejuicios del hombre; sólo es burlándome de las leyes divinas y humanas; sólo es sacrificando al débil siempre que lo encontraba en mi camino; sólo abusando de la buena fe pública; sólo arruinando al pobre y robando al rico, he alcanzado el escarpado templo de la divinidad que incensaba. ¡,Por qué no me imitaste? El estrecho sendero de ese templo se ofrecía tanto a mis ojos como a los tuyos. Las quiméricas virtudes que tú le has preferido ¿te han consolado de tus sacrificios? Ya no tienes tiempo, desdichada, ya no tienes tiempo, llora sobre tus faltas, sufre e intenta encontrar, si es que puedes, en el seno de los fantasmas que reverencias, lo que el culto que tú les has dado te ha hecho perder.

Con estas palabras, el cruel Roland se precipita sobre mí y me veo obligada a servir una vez más a las indignas voluptuosidades de un monstruo que aborrecía con tanta razón; esta vez creía que iba a estrangularme. Cuando su pasión quedó satisfecha, tomó el vergajo y me asestó más de cien latigazos por todo el cuerpo, asegurándome que tenía mucha suerte de que no dispusiera de tiempo para ir más lejos.

Al día siguiente, antes de irse, aquel desdichado nos ofreció una nueva escena de crueldad y de barbarie, como ninguna de las que brindan los anales de los Andrónico, de

los Nerón, de los Tiberio y de los Venceslao. Todo el mundo en el castillo creía que la hermana de Roland se iría con él: la había hecho vestir en consecuencia, pero en el momento de subir al caballo, la lleva hacia nosotras.

—Ese es tu lugar, vil criatura —le dijo, ordenándole que se desnudara—. Quiero que mis camaradas se acuerden de mí dejándoles en prenda la mujer de la que me creían más enamorado; pero como aquí sólo se precisan un número determinado, ya que voy a emprender un camino peligroso en el que tal vez mis armas me resulten útiles, tengo que probar mis pistolas sobre una de esas busconas.

Al decir esto, amartilla una de sus armas, la acerca al pecho de cada una de nosotras y, regresando finalmente a su hermana, dijo, abrasándole los sesos:

—¡Vete, puta, vete a contarle al diablo que Roland, el más rico de los malvados de la Tierra, es el que deseaba con mayor insolencia tanto la mano del cielo como la suya!

La infortunada, que no expiró inmediatamente, se debatió largo rato bajo sus grilletes: horrible espectáculo que el infame contempló con sangre fría y del que se apartó para alejarse definitivamente de nosotras.

Todo cambió al día siguiente de la marcha de Roland. Su sucesor, hombre dulce y razonable, nos hizo soltar al instante.

—Este no es trabajo para un sexo débil y delicado —nos dijo con bondad—; es cosa de animales hacer funcionar esta máquina. El oficio que tenemos es bastante criminal sin necesidad de ofender aún más al Ser supremo con unas atrocidades gratuitas.

Nos instaló en el castillo, y me colocó, sin exigir nada de mí, en posesión de las tareas que realizaba la hermana de Roland. Las restantes mujeres fueron ocupadas en la talla de piezas de moneda, tarea mucho menos fatigante sin duda y de la que, sin embargo, se veían recompensadas, al igual que yo, con buenas habitaciones y una excelente nutrición.

Al cabo de dos meses, Dalville, sucesor de Roland, nos informó de la feliz llegada de su colega a Venecia: ya estaba instalado, había hecho su fortuna, disfrutaba de todo el descanso y de toda la felicidad que había podido desear. La suerte del que le sustituía no fue ni con mucho la misma. El desdichado Dalville era honesto en su profesión: y eso bastaba para que no tardaran en aplastarlo.

Un día que todo estaba tranquilo en el castillo, pues bajo las leyes de aquel buen amo, el trabajo, aunque criminal, se efectuaba, sin embargo, con alegría, las puertas fueron reventadas, los fosos escalados y la casa, antes de que nuestra gente pudiera pensar en su defensa, se llenó con más de sesenta jinetes de la gendarmería. Hubo que rendirse; no cabía hacer otra cosa. Nos encadenaron como animales; nos ataron sobre unos caballos y nos llevaron a Grenoble. «¡Oh, santo cielo!», me dije al entrar allí, «será, pues, el cadalso mi suerte en esta ciudad en la que había cometido la locura de creer que la felicidad debía nacer para mí... ¡Oh, presentimientos humanos, qué engañosos sois!»

El proceso de los monederos falsos no tardó en ser sentenciado; todos fueron condenados a la horca. Cuando vieron la marca que yo llevaba, casi ni se toma ron el esfuerzo de interrogarme, y ya iba a ser tratada como los demás, cuando finalmente intenté conseguir alguna compasión del magistrado famoso, honra de aquel tribunal, juez íntegro, ciudadano querido, filósofo iluminado, cuya sabiduría y cuya beneficiencia grabarán para siempre su célebre nombre en letras de oro en el templo de Temis. Me escuchó; convencido de mi buena fe y de la verdad de mis desdichas, se dignó poner en mi proceso algo más de atención que sus colegas... Oh, gran hombre, te debo mi

homenaje, la gratitud de una infortunada no será nada onerosa para ti, y el tributo que te ofrezco, dando a conocer tu corazón, será siempre el más dulce goce del suyo.

El señor S*** se convirtió en mi propio abogado; mis protestas fueron atendidas, y su viril elocuencia iluminó las mentes. Las declaraciones generales de los monederos falsos que iban a ejecutar acabaron por apoyar el celo del que quería interesarse por mí: fui declarada seducida, inocente, plenamente liberada de acusación, con una total libertad de hacer lo que se me antojara. Mi protector sumó a estos servicios el de conseguirme una colecta que me valió más de cincuenta luises; al fin veía brillar ante mis ojos la aurora de la felicidad; al fin mis presentimientos parecían cumplirse, y me creía al término de mis males cuando le agradó a la Providencia convencerme de que todavía me hallaba muy lejos de ello.

Al salir de la cárcel, me había alojado en una posada delante del puente del Isère, al lado de los arrabales, donde me habían asegurado que viviría honestamente. Mi intención, de acuerdo con el consejo del señor S***, era permanecer allí un tiempo para intentar colocarme en la ciudad, o regresar a Lyon, si no lo conseguía, con las cartas de recomendación que el señor S*** tenía la bondad de ofrecerme. En esta posada comía en lo que se llama la mesa redonda, cuando al segundo día descubrí que era extremadamente observada por una gruesa señora muy bien vestida, que se hacía dar el título de baronesa: a fuerza de examinarla a mi vez, creí reconocerla y nos dirigimos simultáneamente una hacia la otra, como dos personas que se han conocido, pero que no pueden recordar dónde.

Al fin, la baronesa, llevándome aparte, me dijo:

—Thérèse, ¿me equivoco? ¿No sois la que salvé hace diez años de la Conciergerie, y no reconocéis a la Dubois?

Poco contenta con este descubrimiento, contesté, sin embargo, con cortesía, pues estaba tratando con la mujer más inteligente y más astuta que existió en Francia: no hubo manera de escapársele. La Dubois me colmó de amabilidades, me dijo que se había interesado por mi suerte como toda la ciudad, pero que si hubiera sabido que se trataba de mí, no habría habido ningún tipo de gestiones que no hubiera hecho ante los magistrados, varios de los cuales, según pretendía, eran amigos suyos. Débil como de costumbre, me dejé llevar a la habitación de esa mujer y le conté mis desdichas.

—Querida amiga —me dijo, abrazándome una vez más—, si he deseado verte con mayor intimidad es para contarte que disfruto de una gran fortuna, y que cuanto tengo está a tu servicio; mira —me dijo, abriéndome unos joyeros llenos de oro y de diamantes—, ahí están los frutos de mi ingenio; si hubiera incensado la virtud como tú, a estas alturas estaría encerrada o ahorcada.

—Oh, señora —le dije—, si sólo debéis todo eso a unos crímenes, la Providencia, que siempre acaba por ser justa, no os lo dejará disfrutar largo tiempo.

—Estás en un error —me dijo la Dubois—, no te creas que la Providencia favorece siempre la virtud; que un breve instante de prosperidad no te ciegue hasta este punto. Para el mantenimiento de las leyes de la Providencia tanto da que Pablo siga el mal, como que Pedro se entregue al bien; la naturaleza necesita una suma igual de uno y de otro, y una mayor práctica del crimen que de la virtud es la cosa del mundo que le resulta más indiferente. Escucha, Thérèse, escúchame con un poco de atención —prosiguió esa corruptora, sentándose y haciéndome poner a su lado—; tú eres inteligente, hija mía, y me gustaría convencerte de una vez.

»No es la opción que el hombre hace de la virtud lo que le permite encontrar la felicidad, querida muchacha, pues la virtud sólo es, al igual que el vicio, una de las maneras de comportarse en el mundo; así pues, no se trata de seguir la una más que la otra; se trata de caminar siempre por el camino principal; el que se aparta de él siempre se equivoca. En un mundo enteramente virtuoso, yo te aconsejaría la virtud, porque al estar las recompensas vinculadas a ella, allí reside infaliblemente la felicidad; en un mundo totalmente corrompido, siempre te aconsejaré el vicio. El que no sigue el camino de los demás perece inevitablemente; choca con todo lo que encuentra, y como es el más débil, es absolutamente inevitable que no resista. Las leyes quieren restablecer el orden y encaminar los hombres a la virtud, pero es en vano; demasiado prevaricadoras para conseguirlo, demasiado insuficientes para alcanzarlo, los apartarán un instante del camino hollado, pero jamás llegarán a hacerlos abandonar. Cuando el interés general de los hombres les llevará a la corrupción, el que no quiera corromperse con ellos luchará, pues, en contra del interés general; ahora bien, ¿qué felicidad puede esperar aquel que contraría perpetuamente el interés de los demás? Me dirás que es el vicio lo que contraría el interés de los hombres. Te lo concedería en un mundo compuesto de una parte igual de buenos y de malvados, porque entonces el interés de unos choca visiblemente con el de los otros. Pero eso no es así en una sociedad totalmente corrompida; mis vicios, entonces, al ofender únicamente al vicioso, determinan en él otros vicios que le compensan, y los dos nos sentimos dichosos. La vibración se hace general; es una multitud de choques. y de lesiones mutuas en las que cada cual, recuperando inmediatamente lo que acaba de perder, se encuentra incesantemente en una posición dichosa. El vicio sólo es peligroso para la virtud que, débil y tímida, jamás se atreve a emprender nada; pero cuando ya no exista en la Tierra, cuando su fastidioso reinado haya concluido, el vicio entonces, ofendiendo únicamente al vicioso, hará aflorar otros vicios, pero ya no alterará las virtudes. ¿Cómo no ibas a fracasar mil veces en tu vida, Thérèse, adoptando continuamente a contrapelo el camino contrario al que seguía todo el mundo? Si te hubieras entregado al torrente, habrías encontrado, como yo, un puerto. Aquel que quiere remontar un río ¿recorrerá en un mismo día tanto camino como el que lo desciende? Me hablas siempre de la Providencia; pues bien, ¿quién te demuestra que esta Providencia prefiere el orden y, por consiguiente, la virtud? ¿No te ofrece ejemplos incesantes de sus injusticias e irregularidades? Enviando a los hombres la guerra, la peste y el hambre, habiendo creado un universo vicioso en su totalidad, ¿manifiesta ante tus ojos su extremo amor por el bien?, ¿por qué quieres que los individuos viciosos le disgusten si ella misma sólo actúa a través de vicios, cuando todo es vicio y corrupción en sus obras, todo crimen y desorden en sus voluntades? Pero ¿de dónde provienen, además, esos impulsos que nos arrastran al mal? ¿No es su mano la que nos los ofrece? ¿Hay una sola de nuestras sensaciones que no provenga de ella? ¿Uno solo de nuestros deseos que no sea obra suya? ¿Es razonable, por tanto, decir que nos permitiría o nos daría inclinaciones hacia algo que le perjudicaría, o que le resultaría inútil? Así pues, si los vicios le sirven, ¿por qué querríamos nosotros resistirnos? ¿Con qué derecho nos empeñaríamos en destruirlos? ¿Y a santo de qué sofocaríamos su voz? Un poco más de filosofía en el mundo no tardaría en ponerlo todo en orden, y haría ver a los magistrados y a los legisladores que los crímenes que censuran y castigan con tanto rigor tienen a veces un grado de utilidad mucho mayor que esas virtudes que predican sin practicarlas ellos mismos y sin recompensarlas jamás.

—Pero aunque yo fuera lo bastante débil, señora —contesté—, para abrazar vuestros espantosos sistemas, ¿cómo conseguiríais sofocar el remordimiento que harían nacer a cada instante en mi corazón?

—El remordimiento es una quimera —me dice la Dubois—; sólo es, mi querida Thérèse, el murmullo imbécil de un alma bastante tímida como para no atreverse a aniquilarlo.

—¿Aniquilarlo? ¿Es posible?

—Nada más fácil. Sólo nos arrepentimos de lo que no solemos hacer; repite con frecuencia lo que te ocasiona remordimientos y no tardarás en apagar los; enfréntales la llama de las pasiones, las poderosas leyes del interés, y no tardarás en disiparlos. El remordimiento no demuestra el crimen, denota únicamente un alma fácil de subyugar; si llega una orden absurda que te prohibe salir al instante de esta habitación, tú no saldrás de ella sin remordimientos, por muy claro que esté que no haces, sin embargo, ningún mal en salir de ella. Así pues, no es cierto que sólo el crimen provoca remordimientos. Convenciéndose de la nulidad de los crímenes, de lo necesarios que son respecto al orden general de la naturaleza, sería posible, por tanto, vencer con tanta facilidad el remordimiento que se sentiría después de haberlos cometido como podrías tú sofocar el que nacería de tu salida de esta habitación después de la orden ilegal que habrías recibido de permanecer en ella. Es necesario comenzar por un análisis exacto de todo lo que los hombres denominan crimen para convencerse de que sólo caracterizan así la infracción de sus leyes y de sus costumbres nacionales; lo que se denomina crimen en Francia, deja de serlo a doscientas leguas de allí; no existe ninguna acción que sea real y universalmente considerada como crimen en toda la Tierra; ninguna que, viciosa o criminal aquí, no sea loable y virtuosa a algunas millas de aquí; todo es cuestión de opinión y de geografia, y es absurdo, por tanto, querer limitarse a practicar unas virtudes que son crímenes en otro lugar, y escapar de unos crímenes que son acciones excelentes bajo otro clima. Ahora te pregunto si puedes, después de estas reflexiones, conservar todavía remordimientos por haber cometido, por placer o por interés, un crimen en Francia que es una virtud en la China; si debo sentirme muy desdichada, molestarme prodigiosamente, por practicar en Francia unas acciones que me harían quemar en el Siam. Ahora bien, si el remordimiento sólo existe en razón de la prohibición, si sólo nace de los restos del freno y en absoluto de la acción cometida, ¿es un gesto muy sabio dejarlo subsistir en sí? ¿No es estúpido no sofocarlo inmediatamente? Si nos acostumbramos a considerar como indiferente la acción que tiende a provocar remordimientos; si la juzgamos así gracias al estudio reflexivo de los hábitos y costumbres de todas las naciones de la Tierra; y, como consecuencia de este esfuerzo, repetimos esta acción, sea cual sea, con la mayor frecuencia posible; o, mejor aún, la realizamos con mayor fuerza que la que tratamos, a fin de acostumbrarnos mejor a ella, el hábito y la razón no tardarán en destruir el remordimiento; no tardarán en aniquilar ese movimiento tenebroso, fruto exclusivo de la ignorancia y de la educación. Sentiremos a partir de entonces que nada es un crimen real, arrepentirse, una estupidez, y una pusilanimidad no atreverse a hacer todo lo que pueda sernos útil o agradable, sean cuales sean los diques que haya que abatir para conseguirlo. Tengo cuarenta y cinco años, Thérèse; cometí mi primer crimen a los catorce años. Aquél me liberó de todos los lazos que me estorbaban; a partir de entonces no he cesado de correr en pos de la fortuna por un camino que estuvo sembrado de crímenes; no hay ni uno que no haya cometido, o hecho cometer... y jamás he conocido el remordimiento. Sea

como fuere, llego al final, dos o tres golpes afortunados más y salto, del estado de mediocridad en que debía acabar mis días, a más de cincuenta mil libras de renta. Te lo repito, querida, jamás en esta ruta afortunadamente recorrida el remordimiento me ha hecho sentir sus espinas; un espantoso revés me sumiría al instante de la cima al abismo, no lo lamentaría, me quejaría de los hombres o de mi torpeza, pero siempre quedaría en paz con mi conciencia.

—De acuerdo, señora —contesté—, pero razonemos un instante a partir de vuestros mismos principios; ¿con qué derecho pretendéis exigir que mi conciencia sea tan firme como la vuestra, cuando no ha estado acostumbrada desde la infancia a vencer los mismos prejuicios? ¿A título de qué exigís que mi mente, que no está organizada como la vuestra, pueda adoptar los mismos sistemas? Admitís que existe una suma de bien y de mal en la naturaleza, y que se precisa, por consiguiente, una cierta cantidad de seres que practican el bien, y otra que se entregan al mal. Así pues, la opción que yo tomo está en la naturaleza; y ¿de dónde exigiríais a partir de ahí que yo me apartara de las reglas que prescribe? Encontráis, me decís, la dicha en el camino que recorréis: ¡bien!, señora, ¿por qué yo no puedo encontrarla igualmente en el que yo sigo? No creáis por otra parte que la vigilancia de las leyes deje en reposo largo tiempo al que las infringe; acabáis de ver un ejemplo clamoroso de ello: de los quince bribones con los que yo vivía, uno se salva, catorce perecen ignominiosamente...

—¿Y eso es lo que tú llamas una desgracia? —continuó la Dubois—. Pero ¿qué significa esta ignominia para el que ya no tiene principios? Cuando se ha superado todo, cuando el honor sólo es para nosotros un prejuicio, la reputación, algo indiferente, la religión, una quimera, la muerte, un aniquilamiento total, ¿no es lo mismo perecer en un cadalso que en la cama? En el mundo hay dos tipos de malvados, Thérèse: aquel a quien una fortuna poderosa, un crédito prodigioso, pone al amparo de este fin trágico, y aquel que no lo evitará si lo atrapan. Este último, nacido sin bienes, debe tener un único deseo, si es inteligente: llegar a rico al precio que sea. Si lo consigue, tiene lo que ha querido, debe estar contento; si es ajusticiado, ¿qué lamentará, ya que no tiene nada que perder? Así pues, las leyes son nulas a los malvados, puesto que no alcanzan al que es poderoso, y es imposible que las tema el miserable, ya que su espada es su único recurso.

—¿Y creéis —continué— que la Justicia celestial no espera en el otro mundo al que el crimen no ha atemorizado en éste?

—Creo —replicó la peligrosa mujer— que si existiera un Dios, habría menos mal en la Tierra; creo que si este mal existe, o estos desórdenes han sido ordenados por ese Dios, y se trata entonces de un ser bárbaro, o es incapaz de impedirlos: a partir de ese momento, se trata de un dios débil, y en ambos casos de un ser abominable, un ser cuya cólera debo desafiar y cuyas leyes despreciar. Ay, Thérèse. ¿No es mejor el ateísmo que uno u otro de ambos extremos? Ese es mi sistema, querida muchacha, lo sigo desde la infancia, y seguramente no renunciaré a él en toda la vida.

—Me hacéis estremecer, señora —dije levantándome—, perdonad que no pueda seguir escuchando ni vuestros sofismas ni vuestras blasfemias.

—Un momento, Thérèse —dijo la Dubois, reteniéndome—, si no puedo vencer tu razón, que cautive por lo menos tu corazón. Te necesito, no me niegues tu ayuda; ahí tienes mil luises, te pertenecerán así que el golpe esté dado.

Escuchando aquí únicamente mi inclinación a hacer el bien, pregunté inmediatamente a la Dubois de qué se trataba, a fin de prevenir, si podía, el crimen que se disponía a cometer.

—Es lo siguiente —me dijo—: ¿te has fijado en el joven negociante de Lyon que lleva cuatro o cinco días comiendo aquí?

—¿Quién? ¿Dubreuil?

—Exactamente.

—¿Y qué?

—Está enamorado de ti, me lo ha contado en secreto; tu aire modesto y dulce le gusta infinitamente, ama tu candor y le encanta tu virtud. Este amante novelesco tiene ochocientos mil francos en oro o en papel moneda en un cofrecito al lado de su cama. Déjame hacer creer a este hombre que tú consientes en escucharle: que eso sea cierto o no, ¿qué te importa? Yo le animaré a proponerte un paseo fuera de la ciudad, le convenceré de que su historia contigo progresará durante ese paseo; tú le entretienes, le mantienes alejado el mayor tiempo posible, intervalo durante el cual yo le robaré, sin llegar a escapar; sus pertenencias ya estarán en Turín, y yo seguiré todavía en Grenoble. Emplearemos toda la astucia posible en disuadirle de que se fije en nosotras, aparentaremos ayudarle en sus pesquisas; mientras tanto anunciaré mi marcha, a él no le asombrará nada; tú me seguirás, y los mil luises te serán entregados al tocar las tierras del Piamonte.

—Acepto, señora —le dije a la Dubois, absolutamente decidida a avisar a Dubreuil del robo que querían hacerle—; pero ¿os dais cuenta —añadí para engañar mejor a la malvada— que si Dubreuil está enamorado de mí, puedo, avisándole, o entregándome a él, sacar mucho más de lo que me ofrecéis por traicionarle?

—¡Bravo! —me dijo la Dubois—, eso es lo que yo llamo una buena alumna. Empiezo a creer que el cielo te ha dado más arte que a mí para el crimen. Bien —prosiguió ella escribiendo—, ahí tienes mi billete de veinte mil escudos: atrévete a negarte ahora.

—Me guardaré mucho, señora —dije recogiendo el billete—, pero atribuid únicamente a mi desdichado estado y a mi debilidad el error que cometo en rendirme a vuestras seducciones.

—Yo quería rendir un homenaje a tu inteligencia —me dijo la Dubois—, si prefieres que acuse de ello a tu desdicha, haré lo que quieras. Sírveme siempre, y estarás contenta.

Todo se arregló; a partir de aquella misma noche, yo comencé a poner mejor cara a Dubreuil, y descubrí efectivamente que sentía alguna predilección por mí.

Nada más molesto que mi situación: sin duda estaba muy lejos de prestarme al crimen propuesto, aunque me hubieran ofrecido una cantidad diez mil veces mayor de oro; pero denunciar a aquella mujer era penoso para mí; me repugnaba extremadamente exponer a morir a una criatura a la que diez años antes había debido mi libertad. Habría querido encontrar el medio de impedir el crimen sin provocar su castigo, y con cualquier otra que no una consumada malvada como la Dubois, lo habría conseguido. Eso fue, pues, lo que decidí, ignorando que las sordas maniobras de aquella horrible mujer no sólo derrumbarían todo el edificio de mis honestos proyectos, sino que me castigarían incluso por haberlo concebido.

En el día prescrito para el proyectado paseo, la Dubois nos invitó a los dos a cenar en su habitación; aceptamos, y terminada la cena, Dubreuil y yo bajamos para ocupar el

carruaje que nos habían preparado; como la Dubois no nos acompañó, me encontré a solas con Dubreuil un instante antes de partir.

—Señor —le dije apresuradamente—, escuchadme con atención; no digáis nada, y sobre todo cumplid rigurosamente lo que voy a aconsejaros: ¿tenéis algún amigo seguro en esta posada?

—Sí, tengo un joven socio con el que puedo contar como si fuera yo mismo.

—Bien, señor, id inmediatamente a ordenarle que no abandone vuestra habitación ni un minuto mientras nosotros estemos de paseo.

—Pero yo tengo la llave de esa habitación. ¿Qué significa este exceso de precaución?

—Es más esencial de lo que creéis, señor: tomadla, os lo ruego, o no salgo con vos. La mujer con la que hemos cenado es una malvada: organiza la excursión que vamos a hacer juntos para robaros con mayor comodidad durante ese tiempo. Apresuraos, señor, nos está observando, es peligrosa. Entregad la llave a vuestro amigo; que se instale en vuestra habitación, y que no se mueva hasta que nosotros no hayamos vuelto. Os explicaré todo el resto así que estemos en el coche.

Dubreuil me hace caso, me estrecha la mano para darme las gracias, corre a dar las órdenes relativas al aviso que recibe, y regresa. Salimos, durante el camino le relato toda la aventura, le cuento las mías, y le informo acerca de las desdichadas circunstancias de mi vida que me han hecho conocer a una mujer semejante. Aquel joven honrado y sensible me demuestra el más vivo agradecimiento por el servicio que quiero prestarle; se interesa por mis infortunios, y me propone suavizarlos con el don de su mano.

—Me siento demasiado feliz de poder reparar los errores que la Fortuna ha cometido con vos, señorita —me dice—; yo soy mi propio dueño, no dependo de nadie. Me voy a Ginebra para una inversión considerable de unas cantidades que vuestros buenos consejos me salvan, así que vendréis conmigo. Al llegar allí me convertiré en vuestro esposo, y sólo apareceréis en Lyon bajo este título, o si lo preferís, señorita, si sentís alguna desconfianza, sólo en mi propia patria os daré mi apellido.

Tal ofrecimiento me halagaba demasiado para que me atreviera a rechazarlo; pero tampoco me convenía aceptarlo sin hacer escuchar a Dubreuil todo lo que podría hacerle arrepentirse; me agradeció mi delicadeza, y me urgió con mayor insistencia... ¡Qué infeliz criatura era yo! ¡Era preciso que la dicha sólo se me ofreciera para llenarme más vivamente de pena al no poderla aprovechar jamás! ¡Era preciso que ninguna virtud pudiera nacer en mi corazón sin ocasionarme tormentos!

Nuestra conversación ya nos había llevado a dos leguas de la ciudad, y nos disponíamos a bajar para disfrutar de la frescura de unas alamedas al borde del Isère, por las que teníamos la intención de pasear, cuando de repente Dubreuil me dice que se sentía muy mal... Baja, y le sorprenden unos espantosos vómitos; le hago subir inmediatamente al coche, y regresamos apresuradamente a la ciudad. Dubreuil está tan mal que hay que llevarle a su habitación; su estado sorprende a su socio al que encontramos allí, y que, siguiendo sus órdenes, no había salido de ella. Llega un médico. ¡Cielos, Dubreuil está envenenado! Así que me entero de la fatal noticia, corro al apartamento de la Dubois. ¡La infame había desaparecido! Entro en mi habitación, el armario ha sido forzado, el poco dinero y las ropas que poseo desaparecidos. Me aseguran que la Dubois emprendió hace tres horas el viaje a Turín. No había ninguna duda de que era la autora de esta multitud de crímenes: se había presentado en el cuarto de Dubreuil; irritada por encontrar gente, se había vengado conmigo, y había envenenado a Dubreuil, cenando, para que, a la vuelta,

si hubiera conseguido robarle, aquel desdichado joven, más preocupado por su vida que por perseguir a la que robaba su fortuna, la dejara escapar con seguridad, y yo pudiera resultar más sospechosa que ella en vista de que el accidente de su muerte ocurría en mis brazos. Nada nos probó sus combinaciones, pero ¿cabía imaginar que fueran otras?

Vuelvo corriendo a ver a Dubreuil: no me dejan aproximarme; protesto por esta negativa, me cuentan la causa. El desdichado expira, y ya sólo se ocupa de Dios. Sin embargo, me ha exculpado; yo soy inocente, asegura; prohibe expresamente que me persigan; muere. Apenas ha cerrado los ojos, su socio se apresura a darme la noticia, rogándome que esté tranquila. ¡Ay! ¿Podía estarlo? ¿Podía no llorar amargamente la muerte de un hombre que se había ofrecido tan generosamente a sacarme del infortunio? ¿Podía dejar de deplorar un robo que me devolvía a la miseria, de la que acababa de salir? «¡Espantosa criatura!», exclamé; «si es ahí donde conducen tus principios, ¿hay que sorprenderse de que los aborrezcamos, y las personas honradas los castiguen?» Pero yo razonaba en tanto que parte lesionada, y la Dubois, que sólo veía su dicha y su interés en lo que había hecho, sacaba sin duda otras conclusiones.

Se lo confié todo al socio de Dubreuil, que se apellidaba Valbois, tanto lo que habían urdido contra su amigo como lo que me había ocurrido a mí misma. Se compadeció de mí, lamentó muy sinceramente las desgracias de Dubreuil y censuró el exceso de delicadeza que me había impedido ir a denunciar el caso tan pronto como me hube enterado de los proyectos de la Dubois. Decidimos que aquel monstruo, que sólo necesitaba cuatro horas para ponerse en país seguro, llegaría allí antes de que nosotros avisáramos para hacerla perseguir; que nos costaría mucho dinero; que el dueño de la posada, vivamente comprometido en la denuncia que hiciéramos, y defendiéndose con violencia, acabaría tal vez por aplastarme a mí, a mí... que sólo parecía respirar en Grenoble como escapada del cadalso. Estas razones me convencieron y me asustaron tanto que decidí abandonar esta ciudad sin despedirme del señor S***, mi protector. El amigo de Dubreuil aprobó esta decisión; no me ocultó que si toda esta aventura se desvelaba, las declaraciones que se vería obligado a hacer me comprometerían, fueran cuales fuesen sus precauciones, tanto a causa de mi intimidad con la Dubois como por mi último paseo con su amigo; que me aconsejaba, por consiguiente, a partir de ahí, que me fuera inmediatamente sin ver a nadie, convencida de que por su parte jamás actuaría en contra de mí, pues me creía inocente, y sólo culpable de mostrar debilidad en todo lo que acababa de ocurrir.

Al pensar en las opiniones de Valbois admití que eran buenas, en la medida en que estaba tan convencido de que yo tenía un aspecto culpable, como seguro de que no lo era; que lo único que hablaba en mi favor, la recomendación hecha a Dubreuil en el instante del paseo, mal explicada, se me había dicho, por él en el momento de su muerte, no llegaría a ser una prueba tan triunfante como para que yo contara con ella; con lo cual me decidí prontamente. Se lo comuniqué a Valbois.

—Me gustaría —me dijo— que mi amigo me hubiera encargado algunas disposiciones favorables para vos, las cumpliría con el mayor placer, me gustaría también que me hubiera dicho que era a vos a quien debía el consejo de vigilar su habitación; pero no ha hecho nada de todo eso. Así que me veo obligado a limitarme a la mera ejecución de sus órdenes. Las desgracias que habéis sufrido por él me decidirían, si pudiera, a hacer algo por mi cuenta, señorita, pero comienzo el comercio, soy joven, mi fortuna es limitada, estoy obligado a rendir al instante las cuentas de Dubreuil a su familia; permitidme, pues,

que me ciña al único pequeño servicio que os ruego que aceptéis: aquí tenéis cinco luises, y allí una honrada comerciante de Chalon—sur—Saône, mi patria. Esta regresa allí tras haber parado veinticuatro horas en Lyon donde la reclaman algunos asuntos; os pongo en sus manos. Señora Bertrand —continuó Valbois, llevándome hacia esta mujer—, ésta es la joven de la que os hablé; os la recomiendo, desea colocarse. Os ruego con la misma insistencia que si se tratara de mi propia hermana que os toméis todas las molestias posibles para encontrarle en nuestra ciudad algo que convenga a su persona, a su nacimiento y educación; para que hasta entonces no le suponga ningún gasto, yo os responderé de todo la primera vez que nos veamos. Adiós, señorita —prosiguió Valbois pidiéndome permiso para abrazarme—; la señora Bertrand parte mañana al despuntar el día; seguidla, y que algo más de felicidad pueda acompañaros en una ciudad donde tal vez tenga la satisfacción de volveros a ver pronto.

La honradez de ese joven, que básicamente no me debía nada, me hizo derramar lágrimas. Los buenos tratos son muy dulces cuando se lleva tanto tiempo experimentando otros odiosos. Acepté sus dones jurándole que trabajaría hasta estar en situación de podérselos devolver algún día. «¡Ay!», pensé al retirarme, «aunque la práctica de una nueva virtud acaba de precipitarme en el infortunio, por lo menos, por primera vez en mi vida, la esperanza de un consuelo se ofrece en ese abismo espantoso de males, donde la virtud sigue precipitándome.»

Era pronto: la necesidad de respirar me hizo bajar al muelle del Isère, con la intención de pasear por él unos instantes; y, como ocurre casi siempre en tales casos, mis reflexiones me llevaron muy lejos. Encontrándome en un lugar aislado, me senté allí para pensar con mayor comodidad. Mientras tanto llegó la noche sin que yo pensara en retirarme, cuando de repente me sentí agarrada por tres hombres. Uno me coloca la mano en la boca, y los otros dos me arrojan precipitadamente a un carruaje, suben a él conmigo, y hendimos los aires durante tres horas largas, sin que ninguno de esos bandidos se dignara a decirme una sola palabra ni contestar a ninguna de mis preguntas. Las cortinas están bajadas, no veía nada. El carruaje llega cerca de una casa, se abren las puertas para recibirlo, y se cierran inmediatamente. Mis guías me arrastran, me hacen atravesar así estancias sombrías, y me dejan finalmente en una, cerca de la cual hay una habitación en la que descubro luz.

—Quédate ahí —me dijo uno de mis raptores retirándose con sus compañeros—, no tardarás en ver a conocidos tuyos.

Y desaparecen, cerrando con cuidado todas las puertas. Casi al mismo tiempo, la de la habitación en la que percibía la claridad se abre, y veo salir de ella, con una vela en la mano... ¡oh, señora!, adivinad quién podía ser... ¡la Dubois!... la Dubois en persona, aquel monstruo espantoso, devorado sin duda por el más ardiente deseo de venganza.

—Ven, encantadora joven —me dijo arrogantemente—, ven a recibir la recompensa de las virtudes a que te has entregado a mi costa... —Y estrechándome la mano con cólera—: ¡Ah, malvada! ¡Te enseñaré a traicionarme!

—No, no señora —le dije precipitadamente—, no, yo no os he traicionado en absoluto. Informaos, no he hecho la menor denuncia que pueda preocuparos, no he dicho la mas mínima palabra que pueda comprometeros.

—Pero ¿acaso no te has opuesto al crimen que preparaba? ¿No lo has impedido, indigna criatura? Es preciso que recibas tu castigo...

Y como ya entrábamos, no tuvo tiempo de decir más. La estancia donde me hacían pasar era tan suntuosa como magníficamente iluminada. Al fondo, sobre una otomana, había un hombre con una bata de tafetán flotante, de unos cuarenta años, y al que no tardaré en describiros.

—Monseñor —dijo la Dubois presentándome a él—, aquí tenéis a la joven que queríais, aquella por la que se interesa todo Grenoble... la famosa Thérèse, en una palabra, condenada a ser colgada con los monederos falsos, liberada después a causa de su inocencia y de su virtud. Admitid mi habilidad en serviros, monseñor; hace cuatro días me hablasteis del extremo deseo que teníais de inmolarla a vuestras pasiones; y hoy os la entrego. Es posible que la prefiráis a la bonita pensionista del convento de las benedictinas de Lyon, que también habéis deseado, y que nos llegará dentro de un instante: aquélla tiene su virtud fisica y moral, ésta sólo tiene la de los sentimientos; pero forma parte de su existencia, y no encontraréis en parte alguna una criatura más llena de candor y de honestidad. Una y otra son vuestras, monseñor: o las despedís a las dos esta noche, o a una hoy, y a la otra mañana. En cuanto a mí, os abandono: las bondades que tenéis conmigo me han obligado a comunicaros mi aventura de Grenoble. ¡Un hombre muerto, monseñor, un hombre muerto! Tengo que escapar.

—¡Ah, no, no, encantadora mujer! —exclamó el señor de la casa—, no, quédate y no temas nada cuando yo te protejo: tú eres el alma de mis placeres; sólo tú posees el arte de satisfacerlos y de excitarlos, y cuanto más aumentas tus crímenes más se excita mi cabeza por ti... Pero esta Thérèse es bonita... —Y dirigiéndose a mí—: ¿Qué edad tienes, hija mía?

—Veintiséis años, monseñor —contesté—, y muchas penas.

—Sí, penas, desgracias; ya lo sé, es lo que me divierte, es lo que he querido. Vamos a poner orden en todo eso, terminaremos con todas tus desdichas; te aseguro que dentro de veinticuatro horas ya no serás desdichada... —Y con espantosas carcajadas, agregó—: ¿No es verdad, Dubois, que tengo un medio seguro para terminar con los infortunios de una joven?

—Sin duda —dijo aquella odiosa criatura—; y si Thérèse no fuera amiga mía no os la habría traído; pero es justo que la recompense por lo que ha hecho por mí.

Nunca imaginaríais, monseñor, cuán útil me ha sido esta querida criatura en mi última empresa de Grenoble. Vos os habéis dignado encargaros de mi gratitud, y os ruego que me hagáis quedar bien.

La oscuridad de aquellas frases, las que la Dubois me había dirigido al entrar, la clase de hombre con que trataba, la joven que anunciaban, todo llenó al instante mi imaginación de una turbación que sería difícil describiros. Un sudor frío se desprende de mis poros, y estoy a punto de desmayarme: ése es el momento en que el comportamiento de aquel hombre acaba finalmente por iluminarme. Me llama, comienza por dos o tres besos en los que nuestras bocas se ven obligadas a unirse: atrae mi lengua, la chupa, y mete la suya en el fondo de mi garganta para absorber hasta mi respiración. Me hace inclinar la cabeza sobre mi pecho, y alzando mis cabellos, observa atentamente la nuca de mi cuello.

—¡Oh, es delicioso! —exclama, apretando fuertemente esta parte—. Jamás he visto nada tan bien unido: será delicioso separarlo.

Esta última frase despejó todas mis dudas: comprobé claramente que me encontraba una vez más con uno de esos libertinos de pasiones crueles, cuyas voluptuosidades

predilectas consisten en disfrutar de los dolores o de la muerte de las desdichadas víctimas que les buscan a base de dinero, y que corría el peligro de perder la vida.

En aquel instante llaman a la puerta; sale la Dubois y trae inmediatamente a la joven lionesa de la que acababa de hablar.

Intentaré esbozaros ahora los dos nuevos personajes con los que me veréis. El monseñor, de quien jamás supe el nombre ni la condición, era, como ya os he dicho, un hombre de cuarenta años, fino, delgado, pero vigorosamente formado; unos músculos casi siempre hinchados, elevándose sobre sus brazos cubiertos de un pelo áspero y negro, anunciaban en él la fuerza y la salud; tenía el rostro encendido, los ojos pequeños, negros y malvados, una dentadura hermosa, y la inteligencia en todas sus facciones; su talle esbelto por encima de lo mediocre, y el aguijón del amor, que tuve excesivas ocasiones de ver y de sentir, unía a la longitud de un pie más de ocho pulgadas de circunferencia. Este instrumento, seco, nervioso, siempre espumeante, y sobre el que se veían gruesas venas que lo hacían todavía más temible, se mantuvo en ristre durante las cinco o seis horas que duró esta sesión, sin descender un solo minuto. Yo no había encontrado nunca un hombre tan peludo: se parecía a los faunos que nos pinta la fábula. Sus manos secas y duras terminaban con unos dedos que tenían la fuerza de un torno; en cuanto a su carácter, me pareció duro, brusco, cruel, su inteligencia propensa a un tipo de sarcasmos y de bromas propicios a incrementar los males que estaba segura que había que esperar de un hombre semejante.

Eulalie era el nombre de la joven lionesa. Bastaba verla para adivinar su origen y su virtud: era hija de una de las mejores casas de la ciudad donde las sicarias de la Dubois la habían secuestrado, bajo el pretexto de reunirla con un amante que ella idolatraba; poseía, junto con un candor y una ingenuidad encantadores, una de las más deliciosas fisonomías que puedan imaginarse. Eulalie, con apenas dieciséis años, tenía una auténtica cara de virgen; su inocencia y su pudor embellecían a porfía sus facciones: tenía escaso color, pero eso la hacía aún más seductora; y el resplandor de sus bellos ojos negros devolvía a su bonita cara todo el fuego del que esa palidez parecía privarla en un principio; su boca, un poco grande, estaba dotada de los más bellos dientes; su seno, ya muy formado, parecía aún más blanco que su tez; parecía formada para ser pintada, pero no a expensas de la gordura; sus formas eran redondeadas y abundantes, todas sus carnes firmes, dulces y rollizas. La Dubois pretendió que era imposible ver un culo más bonito: poco conocedora de esta parte, me permitiréis que no me manifieste. Un vello suave sombreaba su parte delantera; unos cabellos rubios, soberbios, flotando sobre todos estos encantos, los hacían aún más excitantes; y para completar su obra maestra, la naturaleza, que parecía complacerse en formarla, la había dotado del carácter más dulce y más amable. ¡Tierna y delicada flor, destinada a embellecer por un instante la tierra para ser inmediatamente marchitada!

—¡Oh, señora! —le dijo a la Dubois al reconocerla—, ¡así es como me habéis engañado!... i Santo cielo! ¿Dónde me habéis conducido?

—Ahora lo verás, hija mía —le dijo el señor de la casa atrayéndola bruscamente hacia él y comenzando ya con sus besos, mientras una de mis manos le masturbaba por orden suya.

Eulafe quiso defenderse, pero la Dubois, empujándola sobre el libertino, le quitó toda posibilidad de escapar. La sesión fue larga; cuanto más fresca era la flor, más le gustaba

al impuro abejorro libarla. A sus multiplicados chupetones siguió el examen del cuello; y noté que al palparlo el miembro que yo excitaba adquiría aún mayor energía.

—Bien —dijo monseñor—, son dos víctimas que me colmarán de gusto: serás bien pagada, Dubois, porque me has servido bien. Pasemos a mi tocador: síguenos, querida mujer, síguenos —prosiguió mientras nos condujo—; te irás esta noche, pero te necesito para la velada.

La Dubois se resigna, y pasamos al gabinete de los placeres de aquel disoluto, donde nos hace desnudarnos a todas.

¡Oh, señora!, no comenzaré a describiros las infamias de las que fui a la vez testigo y víctima. Los placeres de aquel monstruo eran los de un verdugo. Sus únicas voluptuosidades consistían en cortar cabezas. Mi desdichada compañera... ¡Oh, no, señora...! ¡Oh, no!, no me exijáis que termine... Yo iba a tener la misma suerte; estimulado por la Dubois, aquel monstruo se disponía a hacer mi suplicio más horrible todavía, cuando una necesidad común de reparar sus fuerzas les obliga a instalarse en la mesa... ¡Qué exceso! Pero ¿debo lamentarlo, ya que me salvó la vida? Ahítos de vino y de comida, ambos cayeron borrachos como cubas sobre los restos de su cena. Tan pronto como los veo así, me precipito sobre unas enaguas y una manteleta que la Dubois acababa de quitarse para estar aún más inmodesta a *los ojos* de su patrón, tomo una vela, me precipito a la escalera: aquella casa desprovista de criados no ofrece nada que se oponga a mi evasión, encuentro a uno, le digo con aire aterrorizado que corra hacia su amo que se muere, y alcanzo la puerta sin encontrar más resistencia. Ignoraba los caminos, no me habían dejado verlos, tomo el primero que se me ofrece... Es el de Grenoble; todo nos sirve cuando la Fortuna se digna a sonreírnos un momento; en la posada seguían acostados, me introduzco secretamente en ella y me dirijo apresuradamente a la habitación de Valbois. Llamo, Valbois se despierta y casi no me reconoce en el estado en que me hallo; me pregunta qué me pasa; le cuento los horrores de los que acabo de ser a un tiempo víctima y testigo.

—Podéis hacer detener a la Dubois —le digo—, no está lejos de aquí, es posible que pueda indicaros el camino... ¡Desgraciada! Independientemente de todos sus crímenes, ha vuelto a robarme mis ropas y los cinco luises que me disteis.

—¡Oh, Thérèse! —me dijo Valbois—, sois sin duda la mujer más desdichada que hay en el mundo, pero fijaros, sin embargo, honesta criatura, en como, en medio de los males que os abruman, una mano celestial os mantiene. Que esto sea para vos un motivo suplementario para ser siempre virtuosa, jamás las buenas acciones carecen de recompensa. No persigamos a la Dubois, mis razones para dejarla en paz son las mismas que os exponía ayer. Reparemos únicamente el mal que os ha hecho. Aquí tenéis, en primer lugar, el dinero que os ha robado.

Una hora después una costurera me trajo dos trajes completos y ropa interior.

—Pero hay que irse, Thérèse —me dijo Valbois—, hay que irse hoy mismo. La Bertrand cuenta con ello. Le he rogado que se retrasara unas horas por vos, así que acompañadla.

—¡Oh, virtuoso joven! —exclamé, cayendo en los brazos de mi bienhechor—. ¡Ojalá el cielo os devuelva algún día todos los bienes que me ofrecéis!

Vamos, Thérèse —me contestó Valbois abrazándome—, yo ya disfruto de la dicha que me deseáis, puesto que la vuestra es obra mía... Adiós.

Así es como abandoné Grenoble, señora, y si bien no encontré en esa ciudad toda la felicidad que yo había supuesto, en ninguna como en ella descubrí tantas personas honradas reunidas para lamentar o calmar mis males.

Mi guía y yo íbamos en una pequeña carreta cubierta tirada por un caballo al que dirigíamos desde el fondo del carruaje. Allí estaban las mercancías de la se ñora Bertrand, y una chiquilla de quince meses a la que todavía amamantaba, y por la que, para mi desdicha, no tardé en sentir un afecto tan grande como el que podía darle la que la había parido.

La tal Bertrand era, por otra parte, una mujer bastante mala, suspicaz, charlatana, chismosa aburrida y necia. Bajábamos regularmente cada noche sus pertenencias a la posada, y dormíamos en la misma habitación. Hasta Lyon, todo fue muy bien, pero durante los tres días que aquella mujer necesitaba para sus negocios, tuve en esa ciudad un encuentro que estaba muy lejos de esperar.

Me paseaba una tarde por el muelle del Ródano con una de las camareras de la posada a la que había pedido que me acompañara, cuando descubrí de repente al reverendo padre Antonin de Santa María de los Bosques, superior ahora de la casa de su orden situada en esa ciudad. Aquel fraile me aborda, y después de haberme agriamente reprochado en voz baja mi huida, y de haberme dado a entender que corría grandes peligros de ser atrapada, si lo comunicaba al convento de Borgoña, añadió, ablandándose, que no diría nada si quería seguirle en aquel mismo instante con la joven que me acompañaba, y que le parecía interesante. Luego, haciendo en voz alta la misma proposición a esa criatura, el monstruo dijo:

—Os pagaremos bien a las dos. En nuestra casa somos diez, y os prometo por lo menos un luis de cada uno, si vuestra complacencia carece de límites.

Ante estas frases, me sonrojé prodigiosamente. Por un momento, intento hacer creer al fraile que se equivoca: al no conseguirlo, hago gestos para contenerlo, pero nada impresiona a aquel insolente, y sus solicitaciones van siendo cada vez más cálidas. Al fin, tras nuestros rechazos reiterados de seguirle, se limita a pedirnos insistentemente nuestra dirección. Para liberarme de él, le doy una falsa. La escribe en su cartera, y nos abandona asegurándonos que no tardará en vernos.

Al regresar a la posada, expliqué como pude la historia de esta desdichada relación a la joven que me acompañaba; pero sea que lo que le dije no la satisficiera, sea que tal vez estuviera muy enfadada por un acto virtuoso por mi parte que la privaba de una aventura en la que habría ganado tanto, se fue de la lengua. Tuve harta ocasión de darme cuenta de ello por los comentarios de la Bertrand, con motivo de la desdichada catástrofe que pronto voy a contaros. Sin embargo, el fraile no apareció, y nos fuimos.

Por salir tarde de Lyon, aquel primer día tuvimos que dormir en Villefranche, y allí fue, señora, donde me ocurrió la terrible desgracia que hoy me hace aparecer ante vos como una criminal, sin que lo haya sido más en esta funesta circunstancia de mi vida que en ninguna de todas aquellas en que me habéis visto tan injustamente vapuleada por los golpes de la suerte, y sin que otra cosa me haya conducido al abismo que la bondad de mi corazón y la maldad de los hombres.

Llegadas a las seis de la tarde a Villefranche, nos habíamos apresurado a cenar y a acostarnos, a fin de emprender una marcha más prolongada el día siguiente; no hacía ni dos horas que reposábamos cuando fuimos despertadas por una humareda espantosa; persuadidas de que el fuego no estaba lejos, nos levantamos apresuradamente. ¡Santo

cielo!, los progresos del incendio ya eran más que terroríficos, abrimos semidesnudas nuestra puerta y sólo oímos a nuestro alrededor el estruendo de las paredes que se desploman, el ruido de las vigas que se parten, y los gritos espantosos de los que caen en las llamas. Envueltas por esas llamas devoradoras, ya no sabemos adónde huir; para escapar a su violencia, nos precipitamos en su foco, y nos vemos inmediatamente confundidas con la multitud de desdichados que buscan, como nosotras, su salvación en la huida. Descubro entonces que mi guía, más preocupada de sí misma que de su hija, ni siquiera ha pensado en salvarla de la muerte; sin avisarla, corro a nuestra habitación a través de las llamas que me asaltan y me queman en varios lugares; cojo a la pobre criaturita; me precipito a devolvérsela a su madre, apoyándome en una viga medio consumida: me falla el pie, mi primer gesto es adelantar las manos; este impulso de la naturaleza me fuerza a soltar el precioso fardo que sostengo... Se me escapa, y la desdichada niña cae al fuego bajo los ojos de su madre. En ese instante me cogen también a mí... me arrastran; demasiado conmovida para distinguir nada, ignoro si son ayudas o peligros lo que me rodea, pero para mi desgracia no tardo en averiguarlo cuando, arrojada a un silla de posta, me encuentro al lado de la Dubois que, colocándome una pistola en la sien, me amenaza con abrasarme los sesos si pronuncio una palabra...

—¡Ah, malvada! —me dice—, te tengo en mis manos, y esta vez no te escaparás.

—¡Oh, señora, vos aquí! —exclamé.

—Todo lo que acaba de ocurrir es obra mía —me contestó aquel monstruo—; con un incendio te salvé los días, y con un incendio los perderás. De haber hecho falta, te habría perseguido hasta los infiernos, para apoderarme de ti. Monseñor se puso furioso cuando se enteró de tu evasión; yo cobro doscientos luises por cada joven que le procuro, y no solamente no quiso pagarme a Eulalie, sino que me amenazó con toda su cólera si no te devolvía. Te descubrí y te perdí por dos horas en Lyon. Ayer, llegué a la posada una hora después que tú, le prendí fuego a través de unos aláteres que siempre tengo contratados; quería abrasarte o apoderarme de ti; te he tenido, te conduzco a una casa que tu huida ha precipitado en la turbación y en la inquietud, y te devuelvo a ella para ser tratada de cruel manera. Monseñor ha jurado que no habría suplicios bastante espantosos para ti, y no bajaremos del carruaje hasta que estemos en su casa. ¡Pues bien, Thérèse! ¿Qué piensas ahora de la virtud?

—¡Oh, señora! Que muchas veces es la presa del crimen; que es dichosa cuando triunfa; pero que en el cielo debe ser el único objeto de las recompensas de Dios, si las maldades del hombre consiguen aplastarla en la Tierra.

—No pasarás mucho tiempo sin saber, Thérèse, si existe realmente un Dios que castigue o que recompense las acciones de los hombres... Ah, si en la nada eterna donde vas a entrar inmediatamente te permitiera pensar, ¡cómo lamentarías los sacrificios infructuosos que tu testadurez te ha obligado a ofrendar a unos fantasmas que no te han pagado con otra cosa que con desgracias!... Thérèse, todavía estás a tiempo, ¿quieres ser mi cómplice? Te salvo, es más fuerte que yo verte naufragar incesantemente en los peligrosos caminos de la virtud. ¡Cómo! ¿Todavía no has sido suficientemente castigada por tu bondad y tus falsos principios? ¿Qué infortunios necesitas, pues, para corregirte? ¿Qué ejemplos te son necesarios para convencerte de que el partido que tomas es el peor de todos, y que, tal como te he dicho cien veces, sólo cabe esperar reveses cuando, tomando a la multitud a contracorriente, pretendes ser la única virtuosa en una sociedad totalmente corrompida? Das por supuesto un Dios vengador: desengáñate, Thérèse,

desengáñate, el Dios que te forjas sólo es una quimera cuya necia existencia sólo apareció en la cabeza de los dementes; es un fantasma inventado por la maldad de los hombres, que no tiene más objetivo que engañarlos, o armarlos a los unos contra los otros. El servicio más importante que se habría podido prestarles hubiera sido degollar inmediatamente al primer impostor que se ocupó de hablarles de Dios. ¡Cuánta sangre habría evitado en el universo un solo homicidio! Vamos, vamos, Thérèse, la naturaleza siempre atenta, siempre activa, no tiene ninguna necesidad de un dueño para dirigirla. Y si este dueño existiera efectivamente, después de todos los defectos con que ha llenado sus obras, ¿merecería de nosotros otra cosa que desprecio e insultos? ¡Ah, si tu Dios existe, Thérèse, cómo lo odio, cómo lo aborrezco! Sí, si su existencia fuera real, lo confieso, el único placer de irritar perpetuamente al que se revistiera de ella sería la más preciosa compensación de la necesidad en que me hallaría entonces de prestarle algún crédito... Una vez más, Thérèse, ¿quieres ser mi cómplice? Se presenta un golpe soberbio, con valor lo ejecutaremos; te salvo la vida si colaboras. El señor a cuya casa vamos, y al que conoces, se aísla en la casa de campo donde realiza sus orgías; lo exige su especial índole; un solo criado vive con él, cuando la visita para sus placeres: el hombre que corre delante de esta silla, tú y yo, querida muchacha, somos tres contra dos. Cuando ese libertino esté en el ardor de sus voluptuosidades, yo me apoderaré del sable con que quita la vida de sus víctimas, tú le retendrás, le mataremos, y mi hombre mientras tanto acogotará a su criado. En esa casa hay dinero oculto; más de ochocientos mil francos, Thérèse, estoy segura, el golpe vale la pena... Elige, sensata criatura, elige: la muerte, o servirme. Si me traicionas, si le comunicas mi proyecto, te acusaré a ti sola, y no tengas la menor duda de que me creerá por la confianza que siempre tuvo conmigo... Piénsalo bien antes de contestarme; ese hombre es un malvado: así pues, asesinándole, no hacemos si no ayudar a las leyes cuyo rigor ha merecido. No hay día, Thérèse, en que ese depravado no asesine a una joven: ¿es, pues, ultrajar la virtud castigar al crimen? ¿Y la proposición que te hago alarmará una vez más tus esquivos principios?

—No lo dudéis, señora —contesté—, no es con la intención de corregir el crimen que me proponéis esta acción, es con el exclusivo motivo de cometer vos misma otro. Así que sólo puede haber un gran mal en hacer lo que decís, y ninguna apariencia de legitimidad. Pero hay más: aunque sólo tuvierais el proyecto de vengar a la humanidad de los horrores de ese hombre, haríais mal en hacerlo así, esta tarea no os incumbe: las leyes están hechas para castigar a los culpables, dejémoslas actuar, el Ser supremo no ha confiado su espada a nuestras débiles manos. Sólo nos serviríamos de ella para ultrajarlas.

—¡Pues bien! Morirás, indigna criatura —replicó la Dubois enfurecida—, morirás. No sueñes con escapar a tu suerte.

—Qué me importa —contesté con tranquilidad—, me liberaré de todos mis males. No hay nada en la muerte que me asuste, es el último sueño de la vida, es el reposo del desdichado...

Y como, ante estas palabras, aquel animal feroz se arrojó contra mí, creí que iba a estrangularme; me dio varios golpes en el seno, pero me soltó, sin embargo, en cuanto grité, por el temor de que el postillón me escuchara.

Mientras tanto avanzábamos con gran rapidez; el hombre que corría delante hacía preparar nuestros caballos, y no nos parábamos en ninguna posta. En el momento de los relevos, la Dubois cogía su arma y me la apretaba contra el corazón... ¿Qué podía hacer?

A decir verdad, mi debilidad y mi situación me abatían hasta el punto de preferir la muerte a los esfuerzos por escapar de ella.

Estábamos a punto de entrar en el Delfimesado, cuando seis hombres a caballo, galopando a rienda suelta detrás de nuestro carruaje, lo alcanzaron y, sable en mano, obligaron a nuestro postillón a detenerse. A treinta pasos del camino había una choza donde esos jinetes, que no tardamos en reconocer como de la gendarmería, ordenan al postillón que conduzca el carruaje. Cuando está allí, nos hacen bajar, y todos entramos en casa del campesino. La Dubois, con un descaro inimaginable en una mujer cubierta de crímenes, y que está detenida, preguntó con altanería a esos caballeros si la conocían, y con qué derecho utilizaban esos modales con una mujer de su rango.

—No tenemos el honor de conoceros, señora —dijo el oficial—; pero estamos convencidos de que lleváis en el coche a una desdichada que prendió fuego ayer a la principal posada de Villefranche. —Después, examinándome—: Coincide con su descripción, señora, no nos equivocamos; tened la bondad de entregárnosla y de contarnos cómo una persona tan respetable como parecéis ser ha podido encargarse de semejante mujer.

—Es una historia de lo más simple —contestó la Dubois, aún más insolente—, y no pretendo ocultárosla, ni tomar partido por esta joven, si es cierto que es culpable del espantoso crimen que referís. Ayer, yo me alojaba como ella en esa posada de Villefranche, salí en medio de la confusión, y cuando subía al coche esta joven se precipitó hacia mí implorando mi compasión, diciéndome que acababa de perderlo todo en aquel incendio y que me suplicaba que la llevara conmigo hasta Lyon donde confiaba en colocarse. Atendiendo mucho menos a mi razón que a mi corazón, asentí a sus demandas; una vez en mi silla, se ofreció a servirme; de nuevo imprudentemente, consentí a ello, y la llevaba al Delfinesado donde están mis bienes y mi familia. Sin duda es una lección, ahora reconozco todos los inconvenientes de la piedad; me corregiré. Aquí la tenéis, señores, aquí la tenéis; ¡Dios me libre de interesarme por un monstruo semejante! La abandono a la severidad de las leyes, y os suplico que ocultéis cuidadosamente la desgracia que tuve de creerla un instante.

Quise defenderme, quise denunciar a la verdadera culpable; mis discursos fueron tratados de recriminaciones calumniosas de las que la Dubois sólo se defendía con una sonrisa despectiva. ¡Oh, funestos ejemplos de la miseria y de la prevención, de la riqueza y de la insolencia! ¿Era posible que una mujer que se hacía llamar la señora baronesa de Fulconis, que exhibía el lujo, que se atribuía tierras y una familia, cabía que una mujer semejante pudiera resultar culpable de un crimen en el que no parecía tener el más pequeño interés? Por el contrario, ¡,acaso todo no me condenaba a mí? Yo carecía de protección, era pobre, resultaba evidente que era culpable.

El oficial me leyó las denuncias de la Bertrand. Era ella quien me había acusado; yo había incendiado la posada para robarla con mayor comodidad; había arroja do su hija al fuego, para que la desesperación en que este suceso iba a sumirla, cegándola sobre el resto, no le permitiera ver mis maniobras: yo era además, había añadido la Bertrand, una mujer de mala vida, escapada de la horca en Grenoble, y de la que ella se había neciamente encargado por un exceso de complacencia hacia un joven de su pueblo, mi amante sin duda. Públicamente y en pleno día había acosado a unos frailes en Lyon: en una palabra, no había nada que esa indigna criatura no hubiera aprovechado para perderme, nada que la calumnia agriada por la desesperación no hubiera inventado para

envilecerme. A petición de aquella mujer, habían realizado un examen jurídico en el lugar de los hechos. El fuego había comenzado en un henil donde varias personas habían declarado que yo había entrado la noche de aquel día funesto, y eso era cierto. Buscando un excusado mal señalado por la sirvienta a la que me dirigí, había entrado en aquel desván, sin encontrar el lugar deseado, y había permanecido allí el tiempo suficiente para hacer sospechar aquello de lo que me acusaban, o para ofrecer por lo menos probabilidades; y, como sabemos, esto son pruebas en este siglo. Así que por mas que me defendiera, el oficial sólo me respondió estrechando los grilletes.

—Pero, señor —dije antes aún de dejarme encadenar—, si hubiera robado a mi compañera de viaje en Villefranche, el dinero debería estar en mi poder: que se me registre.

Esta ingenua defensa sólo provocó risas; me aseguraron que yo no estaba sola, que era seguro que tenía unos cómplices a los que había entregado las cantidades robadas, al escapar. Entonces la malvada Dubois, que conocía la marca que yo había tenido la desdicha de recibir tiempo atrás en casa de Rodin, fingió por un instante la conmiseración.

—Señor —le dijo al oficial—, se cometen cada día tantos errores sobre todas esas cosas que me perdonaréis la idea que se me ocurre: si esta joven es culpable del acto de que la acusan, a buen seguro no es su primer delito; no se llega en un día a fechorías de esta naturaleza. Examine a esta joven, señor, se lo ruego... si por casualidad encontrara sobre su desdichado cuerpo... pero si nada la acusa, permitidme que la defienda y la proteja.

El oficial aceptó la comprobación... estaba a punto de realizarse...

—Un momento, señor —dije, oponiéndome a ello—; esta investigación es inútil. La señora sabe perfectamente que yo llevo esta espantosa marca; sabe perfectamente también qué infortunio la ocasionó: este subterfugio por su parte es un acrecentamiento de horrores que se desvelarán, así como todo el resto, en el mismo templo de Temis. Conducidme allí, señores: aquí tenéis mis manos, cubridlas de cadenas; sólo el crimen se sonroja de llevarlas, a la virtud desgraciadamente la hacen gemir, y no la horrorizan.

—En verdad, no habría creído —dijo la Dubois— que mi idea tuviera tanto éxito; pero como esta criatura agradece mis bondades hacia su persona con insidiosas acusaciones, me ofrezco a regresar con ella, si es preciso. —Esta iniciativa es totalmente inútil, señora baronesa —dijo el oficial—, nuestras pesquisas sólo tienen a esta joven por objeto: sus confesiones, la marca que la mancilla, todo la condena. Sólo la necesitamos a ella, y os pedimos mil excusas por haberos molestado tanto tiempo. Fui inmediatamente encadenada, arrojada a la grupa trasera de uno de esos jinetes, y la Dubois se fue acabando de insultarme con el don de unos cuantos escudos dejados por conmiseración a mis guardianes para ayudar a mi situación en la triste morada que iba a habitar en espera de mi instalación.

¡Oh, virtud!» exclamé, cuando me vi en esa espantosa humillación, «¡podías recibir un insulto mas sensible! ¡Era posible que el crimen osara afrontarte y vencerte con tanta insolencia e impunidad!»

Pronto llegamos a Lyon; me precipitaron desde mi llegada en el calabozo de los criminales, y allí fui inscrita como incendiaria, mujer de mala vida, infanticida y ladrona.

En la posada había habido siete personas abrasadas; yo misma había pensado estarlo; había querido salvar una niña; iba a perecer: pero aquella que era la causa de este horror escapaba a la vigilancia de las leyes, a la justicia del cielo; triunfaba, se preparaba para

nuevos crímenes, mientras que, inocente y desdichada, yo no tenía más perspectiva que el deshonor, la mancilla y la muerte.

Acostumbrada desde hacía tanto tiempo a la calumnia, a la injusticia y al infortunio, habituada desde mi infancia a no entregarme a un sentimiento virtuoso si no era asegurada de encontrar en él espinas, mi dolor fue más estúpido que desgarrador, y lloré menos de lo que habría creído. Sin embargo, como es natural para la criatura que sufre buscar todos los medios posibles de salir del abismo en que le ha sumido su infortunio, pensé en el padre Antonin; por muy mediocre ayuda que esperara de él, no me negué al deseo de verlo: pregunté por él, apareció. No le habían dicho qué persona le deseaba; simuló no reconocerme; entonces le dije al guardián que era efectivamente posible que no se acordara de mí, ya que sólo había dirigido mi conciencia siendo yo muy joven, pero que por esta razón pedía una conversación secreta con él. Ambos consintieron. Así que me quedé a solas con aquel religioso, me arrojé a sus rodillas, las regué con mis lágrimas, suplicándole que me salvara de la cruel situación en que estaba; le demostré mi inocencia; no le oculté que las frases inconvenientes que me había dirigido unos días antes habían indispuesto contra mí a la persona a la que había sido recomendada, y que ahora resultaba ser mi acusadora. El fraile me escuchó muy atentamente.

—Thérèse —me dijo a continuación—, no te enfades como de costumbre, cuando transgreden tus malditos prejuicios. Ya ves adónde te han llevado, y ahora puedes convencerte fácilmente de que es cien veces mejor ser tunanta y feliz que buena e infortunada. Tu caso tiene muy mal cariz, querida hija, es inútil ocultártelo: esta Dubois de la que me hablas, que tiene el mayor de los intereses en tu pérdida, colaborará seguramente en ella bajo mano; la Bertrand continuará; todas las apariencias te acusan, y en nuestros días bastan las apariencias para ser condenado a la muerte. Así que eres una mujer perdida, eso está claro. Un único medio puede salvarte; yo tengo buenas relaciones con el intendente, y tiene mucha influencia sobre los jueces de esta ciudad; le diré que eres mi sobrina, y te reclamaré a este título: anulará todo el proceso; pediré que te devuelvan a mi familia; te haré secuestrar, pero será para encerrarte en nuestro convento del que no saldrás en toda tu vida... y allí, no te lo oculto, Thérèse, esclava sumisa de mis caprichos, los satisfarás todos sin mayor reflexión; te entregarás también a los de mis compañeros: en una palabra, serás mía como la más sumisa de las víctimas... Ya me oyes: la tarea es ruda; ya sabes cuáles son las pasiones de los libertinos de nuestra clase: decídete pues, y no demores tu respuesta.

—Váyase, padre —contesté horrorizada—, váyase, sois un monstruo al atreveros a abusar tan cruelmente de mi situación para colocarme entre la muerte y la infamia. Sabré morir si es preciso, pero será por lo menos sin remordimientos.

—¡Como quieras! —me dijo aquel hombre cruel retirándose—; jamás he sabido forzar a la gente a ser feliz... La virtud te ha funcionado tan bien hasta ahora, Thérèse, que tienes razón en incensar sus altares... Adiós: procura sobre todo no llamarme otra vez.

Salía; pero un impulso superior a mis fuerzas me empuja a sus rodillas.

—Tigre —exclamé llorando—, abre tu corazón de roca a mis espantosos males, y no me impongas para acabar con ellos unas condiciones más espantosas para mí que la muerte...

La violencia de mis gestos había hecho desaparecer los velos que cubrían mi seno; estaba desnudo, mis cabellos flotaban en desorden sobre él, inundado por mis lágrimas. Inspiro, de este modo, deseos a aquel hombre deshonesto... deseos que quiere satisfacer al

instante. Se atreve a mostrarme hasta qué punto mi estado los excita; se atreve a concebir esos placeres en medio de las cadenas que me rodean, debajo de la espada que me espera para herirme... Yo estaba arrodillada... me derriba, se precipita conmigo sobre la miserable paja que me sirve de lecho. Quiero gritar, hunde con rabia un pañuelo en mi boca; ata mis brazos: dueño de mí, el infame me examina por todas partes... todo se convierte en la presa de sus miradas, de sus manoseos y de sus pérfidas caricias; satisface finalmente sus deseos.

—Escucha —me dice soltándome y recomponiéndose—, tú no quieres que yo te sea útil, ¡allá tú!, te dejo. Ni te ayudaré ni perjudicaré, pero si se te ocurre decir una sola palabra de lo que acaba de ocurrir, acusándote de los crímenes mas enormes te quito al instante cualquier medio de poder defenderte: piénsalo bien antes de hablar. Me creen dueño de tu confesión... ya me entiendes: se nos permite revelarlo todo cuando se trata de un criminal. Entiende bien la intención de lo que voy a decir al guardián, o acabo de aplastarte en un instante.

Llama, aparece el carcelero:

—Señor —le dijo aquel traidor—, esta buena mujer se confunde, ha querido hablar de un padre Antonin que está en Burdeos. Yo no la conozco de nada ni la he visto nunca: me ha rogado que oyera su confesión, lo he hecho, me despido de los dos, y estaré siempre dispuesto a volver si se considera importante mi ministerio.

Antonin sale después de decir esas palabras, y me deja tan confundida por su astucia como indignada por su insolencia y su libertinaje.

Sea como fuere, mi estado era demasiado horrible como para no hacer uso de todo; volví a acordarme del señor de Saint—Florent. Me resultaba imposible creer que ese hombre pudiera malquererme por el comportamiento que yo había tenido con él; en otro tiempo le había prestado un servicio bastante importante, me había tratado de una manera harto cruel como para imaginar que no se negaría a reparar sus errores conmigo en una circunstancia tan esencial ni a reconocer por lo menos, en la medida de sus posibilidades, lo de honesto que yo había hecho por él. El fuego de las pasiones podía haberle cegado en las dos épocas en que yo le había conocido, pero en este caso ningún sentimiento, en mi opinión, debía impedirle ayudarme... ¿Me renovaría sus últimas proposiciones? ¡,Pondría las ayudas que yo iba a exigir de él al precio de los espantosos servicios que me había explicado? ¡Pues bien!, aceptaría, y una vez libre, ya encontraría la manera de escapar al tipo de vida abominable al que habría tenido la bajeza de comprometerme. Imbuida por estas reflexiones, le escribo, le relato mis desdichas, le suplico que venga a verme. Pero yo no había pensado suficientemente sobre el alma de este hombre, cuando había sospechado que la beneficencia era capaz de penetrar en ella; no me había acordado suficientemente de sus máximas horribles, o, llevándome siempre mi desdichada debilidad a juzgar a los demás a partir de mi corazón, había supuesto intempestivamente que ese hombre debía comportarse conmigo como sin duda yo lo habría hecho con él.

Llega; y como yo había pedido verle a solas, le dejan en libertad en mi habitación. Me había sido fácil ver, por las señales de respeto que se le habían prodigado, cuál era su preponderancia en Lyon.

—¡Cómo! ¡,Eres tú? —me dijo arrojando sobre mí una mirada llena de desprecio—, la letra me había confundido; la creía de una mujer más honesta que tú, y a la que habría ayudado con todo mi corazón. Pero ¡.qué quieres que haga por una imbécil de tu clase? Conque eres culpable de cien crímenes a cuál más espantoso, y cuando se te propone un

medio de ganarte honestamente la vida, ¿lo rechazas testarudamente? Jamás nadie llevó la estupidez tan lejos.

—¡Oh, señor! —exclamé—, yo no soy culpable.

—¡,Qué hace falta, pues, para serlo? —replicó agriamente aquel hombre duro—. La primera vez en mi vida que te veo es en medio de una banda de ladrones que quieren asesinarme; ahora, en las prisiones de esta ciudad, acusada de tres o cuatro nuevos crímenes, y, según se dice, llevando sobre tus hombros la marca garantizada de los antiguos. Si a eso le llamas ser honrada, cuéntame lo que hace falta para no serlo.

—¡Santo cielo, señor! —contesté—. ¡,Cómo podéis reprocharme la época de mi vida en que os conocí? ¿No me tocaría más bien a mí haceros sonrojar? Bien sabéis, señor, que yo estaba a la fuerza con los bandidos que os asaltaron; querían arrebataros la vida, yo os la salvé, facilitando vuestra evasión y escapándonos los dos. ¿Qué hicisteis vos, hombre cruel, para agradecerme este favor? ¿Es posible que podáis recordarlo sin horror? Quisisteis asesinarme; me aturdisteis con golpes espantosos y, aprovechando el estado en que me habíais dejado, me arrancasteis lo que yo tenía de más querido; con un refinamiento inigualable en crueldad, me robasteis el poco dinero que poseía, ¡como si hubierais deseado que la humillación y la miseria acabaran de aplastar a vuestra víctima! Lo conseguisteis, bárbaro; sin duda vuestros éxitos son totales; vos me habéis sumido en la desgracia, vos habéis entreabierto el abismo donde no he cesado de caer desde aquel desdichado instante. De todos modos, lo olvido todo, señor, sí, todo se borra en mi memoria, os pido incluso perdón por atreverme a reprochároslo, pero ¿podríais ocultaros que me debéis algunas compensaciones, alguna gratitud por vuestra parte? ¡Ah! Dignaos no cerrar a ella vuestro corazón cuando el velo de la muerte se extiende sobre mis tristes días; no es a ella a quien temo, sino a la ignominia; salvadme del horror de morir como una criminal: todo lo que exijo de vos se limita a esta única gracia, no me la neguéis, y el cielo y mi corazón os recompensarán por ello algún día.

Estaba inundada en lágrimas, arrodillada ante aquel hombre feroz, y lejos de leer en su rostro el efecto que yo debía esperar de las conmociones con que contaba sacudir su alma, sólo distinguía en él una alteración de músculos causada por este tipo de lujuria cuyo germen es la crueldad. Saint—Florent estaba sentado delante de mí; sus ojos negros y malvados me miraban de una manera espantosa, y veía que su mano realizaba unos toqueteos que demostraban que el estado en que yo le ponía estaba muy lejos de ser el de la piedad. De todos modos, disimuló y, levantándose, me dijo:

—Escucha, todo tu proceso está aquí en manos del señor de Cardoville; no necesito decirte el puesto que ocupa; te basta con saber que sólo de él depende tu suerte. Es íntimo amigo mío desde la infancia, voy a hablarle; si accede a determinados acuerdos, vendrán a buscarte al caer la noche, a fin de que te vea en su casa o en la mía. En el secreto de un interrogatorio semejante, le será mucho mas fácil volverlo todo en tu favor de lo que podría hacer aquí. Si se consigue esta gracia, justificate cuando le veas, demuéstrale tu inocencia de una manera que le persuada; es todo lo que puedo hacer por ti. Adiós, mantente preparada para cualquier acontecimiento, y sobre todo no me hagas dar pasos en falso.

Saint-Florent salió. Nada igualaba mi perplejidad; había tan poca concordancia entre las frases de aquel hombre, el carácter que yo le conocía, y su comporta miento actual, que temí una nueva trampa; pero dignaos juzgarme, señora: ¿podía titubear en la cruel posición en que me hallaba?, ¿no debía agarrar apresuradamente cuanto tuviera la apariencia

de una ayuda? Así que me decidí a seguir a los que vinieran a buscarme: si tenía que prostituirme, me defendería lo mejor posible; ¿que me llevaban a la muerte? ¡Bienvenida!: por lo menos, no sería ignominiosa, y me liberaría de todos los males. Suenan las ocho, aparece el carcelero; tiemblo.

—Sígueme; vengo de parte de los señores de Saint-Florent y de Cardoville; procura aprovechar, como es debido, el favor que el cielo te ofrece. Aquí tenemos a muchos que desearían una gracia semejante y que jamás la conseguirán.

Me arreglo lo mejor que puedo, sigo al carcelero que me entrega en manos de dos grandes truhanes cuyo feroz aspecto reduplica mi miedo. No dicen una sola palabra: el simón avanza, y bajamos en una vasta mansión que reconozco inmediatamente como la de Saint-Florent. La soledad en que todo parece estar no hace más que incrementar mi temor. Mientras tanto, mis guías me cogen del brazo, y subimos al cuarto piso, a unos pequeños aposentos que me parecieron tan decorados como misteriosos. A medida que avanzábamos, todas las puertas se cerraban detrás de nosotros, y así llegamos a un salón en el que no descubrí ninguna ventana: allí se encontraban Saint—Florent y el hombre que me dijo ser el señor de Cardoville, de quien dependía mi caso. Este personaje grueso y rechoncho, con una cara sombría y feroz, podía tener unos cincuenta años. Aunque estuviera en bata, era fácil ver que era un magistrado. Todo él desprendía un gran aspecto de severidad; me impresionó. ¡Cruel injusticia de la Providencia, es posible, por tanto, que el crimen asuste a la virtud! Los dos hombres que me habían traído, y que distinguía mejor a la luz de las velas que iluminaban aquella habitación, no tenían más de veinticinco o treinta años. El primero, que se llamaba La Rose, era un buen mozo moreno, con las proporciones de un Hércules: me pareció el mayor; el menor tenía unos rasgos más afeminados, unos bellísimos cabellos castaños y unos enormes ojos negros; medía por lo menos cinco pies y seis pulgadas, digno de un pintor, y la piel más hermosa del mundo: le llamaban Julien. A Saint—Florent, ya lo conocéis: tanta rudeza en las facciones como en el carácter, y sin embargo no era mal parecido.

—¿Todo está cerrado? —dijo Saint-Florent a Julien.

—Sí, señor —contestó el joven—: por orden vuestra hemos dado permiso a vuestros hombres, y el portero, que es el único que vigila, sabe que no tiene que abrir a nadie.

Estas pocas palabras me pusieron al corriente de todo, me estremecí; pero ¿qué podía hacer con cuatro hombres delante de mí?

—Sentaos ahí, amigos míos —dijo Cardoville, besando a los dos jóvenes—. Os utilizaremos cuando sea necesario.

—Thérèse —dijo entonces Saint-Florent mostrándome a Cardoville—, éste es tu juez, el hombre del que dependes. Hemos razonado sobre tu caso, pero parece que tus crímenes son de tal índole que el arreglo es muy difícil.

—Tiene cuarenta y dos testigos en contra —dijo Cardoville sentado sobre las rodillas de Julien, besándolo en la boca, y permitiendo a sus dedos los manoseos más inmodestos sobre el joven—; ¡hace mucho tiempo que no hemos condenado a muerte a nadie cuyos crímenes estén mejor comprobados!

—¿Yo, crímenes comprobados?

—Comprobados o no —dijo Cardoville levantándose y acercándose descaradamente a hablarme bajo la nariz—, serás quemada, p..., si con una entera resignación, con una obediencia ciega, no te prestas inmediatamente a todo lo que queramos exigir de ti.

—Más horrores —exclamé—; ¡de acuerdo! ¡Sólo cediendo a las infamias podrá triunfar la inocencia de las trampas que le tienden los malvados!

—Eso es natural —replicó Saint-Florent ; es preciso que el más débil ceda a los deseos del más fuerte, y si no que sea víctima de su maldad: ésta es tu historia, Thérèse, obedece pues.

Y al mismo tiempo el libertino me arremangó ágilmente las faldas. Yo retrocedí, lo rechacé con horror, pero mi gesto me hizo caer en los brazos de Cardoville que, aprisionando mis manos, me expuso indefensa, a partir de aquel momento, a los atentados de su compañero... Cortaron los lazos de mis faldas, desgarraron mi corsé, mi chal, mi camisa, y en un instante me hallé bajo las miradas de aquellos monstruos tan desnuda como si acabara de llegar al mundo.

—¿Resistencia? —se decían entre sí mientras procedían a desnudarme—... ¿Resistencia?... ¿Esta ramera cree que puede resistírsenos?

Y no había prenda de ropa arrancada que no fuera seguida de algunos golpes.

Así que estuve en el estado que querían, sentados los dos en unos sillones cimbrados y que, al juntarse, encerraban, en el espacio vacío, al desdichado individuo colocado allí, me examinaron a sus anchas: mientras uno observaba la parte delantera, el otro escrutaba el trasero; después se cambiaban una y otra vez. Así fui inspeccionada, manoseada, besada durante más de media hora, sin que a lo largo de este examen olvidaran ningún episodio lúbrico, y, a juzgar por los prelimînares, creí ver que los dos tenían más o menos las mismas fantasías.

—¡Qué! —dijo Saint—Florent a su amigo—. ¿No te había dicho que tenía un hermoso culo?

—¡Sí, pardiez! Su trasero es sublime —dijo el magistrado mientras lo besaba—. He visto muy pocos lomos tan bien torneados. ¡Qué duro, qué fresco!... ¿Cómo es posible con una vida tan agobiada?

—Es que jamás se ha entregado por voluntad propia. Ya te lo he dicho, ¡nada tan divertido como las aventuras de esta joven! Para poseerla siempre han te nido que violarla (y entonces hunde sus cinco dedos juntos en el peristilo del templo del Amor), pero la han poseído... es una lástima, porque es excesivamente ancho para mí. Acostumbrado a las primicias, jamás podría conformarme con eso.

A continuación, dándome la vuelta, realizó la misma ceremonia con mi trasero, al que encontró el mismo inconveniente.

—¡Bien! —dijo Cardoville—, ya sabes el secreto. —Así la utilizaré —contestó Saint—Florent—, y tú, que no necesitas el mismo recurso, tú, que te contentas con una actividad ficticia que, por dolorosa que resulte para una mujer, perfecciona, sin embargo, en amplia medida el goce, confío en que la poseerás después de mí. —Eso está bien —dijo Cardoville—, mientras te miro, me ocuparé de esos preludios que tanto endulzan mi voluptuosidad: haré de mujer con Julien y La Rose, mientras tu masculinizarás a Thérèse, y supongo que lo uno vale por lo otro.

—Mil veces mejor sin duda; ¡estoy tan harto de las mujeres!... ¿Supones que me sería posible gozar de esas rameras sin los episodios que nos aguijonean tanto a los dos?

Habiéndome mostrado con estas palabras que el estado de los dos impúdicos exigía placeres más sólidos, se levantaron y me hicieron poner de pie sobre un amplio sillón, con los codos apoyados en el respaldo del asiento, las rodillas sobre los brazos, y todo el trasero totalmente inclinado hacia ellos. Tan pronto como me coloqué así se quitaron los

calzones, se arremangaron la camisa, y quedaron así, a excepción de los zapatos, totalmente desnudos de cintura abajo; se mostraron en ese estado a mis ojos, se pasearon una y otra vez delante de mí intentando enseñar su culo, y afirmando que lo que yo podía ofrecerles era algo muy diferente. Los dos estaban efectivamente hechos como mujeres en esta parte: Cardoville, sobre todo, ofrecía su blancura y su corte, su elegancia y su gordura. Se masturbaron un instante delante de mí, pero sin eyaculación. Cardoville parecía normal, pero Saint-Florent era un monstruo. Me estremecí cuando pensé que éste era el dardo que me había inmolado. ¡Oh, cielo santo! ¿Cómo un hombre de estas dimensiones necesitaba primicias? ¿Lo que dirigía tales fantasías podía ser otra cosa que la ferocidad? ¡Pero qué nuevas armas iban, ay, a presentárseme! Julien y La Rose, a quienes todo eso excitaba claramente, avanzan con la pica en la mano... ¡Oh, señora! Nunca nada semejante había manchado todavía mi vista, y pese a cuales hayan sido mis descripciones anteriores esto superaba todo lo que yo haya podido describir, de la misma manera que el águila imperiosa domina sobre la paloma. Los dos disolutos no tardaron en apoderarse de aquellos dardos amenazadores; los acarician, los masturban, se los acercan a la boca, y el combate se vuelve de pronto más serio. SaintFlorent se agacha sobre el sillón en que me encuentro, de modo que mis nalgas abiertas se hallan exactamente a la altura de su boca; las besa, su lengua se introduce en uno y otro templo. Cardoville goza de él, ofreciéndose a su vez a los placeres de La Rose cuyo espantoso miembro se engulle inmediatamente en el reducto que le presentan, Julien, colocado debajo de Saint—Florent, lo excita con su boca agarrando sus caderas, y acompasándolas a las sacudidas de Cardoville que, tratando a su amigo a golpes, no le abandona sin que el incienso haya humedecido el santuario. Nada igualaba los delirios de Cardoville una vez que la crisis se apoderaba de sus sentidos: abandonándose con blandura al que le sirve de esposo, pero empujando con fuerza al individuo que le sirve de mujer, el insigne libertino, con unos estertores semejantes a los de un hombre que agoniza, pronunciaba entonces unas blasfemias espantosas. Saint—Florent, por su parte, se contuvo, y el cuadro se descompuso sin que él hubiera aportado nada.

—En verdad —dijo Cardoville a su amigo—, me sigues dando tanto placer como cuando sólo tenías quince años... No cabe duda —prosiguió volviéndose y besan do a La Rose— de que este guapo mozo sabe excitarme bien... ¿No me has encontrado hoy muy ancho, querido ángel?... ¿Creerás, Saint—Florent, que es la trigésimo sexta vez que lo hago hoy?... A la fuerza tenía que salir. Para ti, querido amigo —continuó ese hombre abominable colocándose en la boca de Julien, con la nariz pegada a mi trasero y el suyo ofrecido a SaintFlorent—, para ti la treinta y siete.

Saint-Florent disfrutó de Cardoville, La Rose disfrutó de Saint—Florent, y éste, al cabo de una breve carrera, quema con su amigo el mismo incienso que había recibido. Si bien el éxtasis de Saint—Florent era más concentrado, no por ello era menos vivo, menos ruidoso, menos criminal que el de Cardoville; uno exclamaba a gritos todo lo que se le ocurría, el otro contenía sus arrebatos sin que por ello fueran menos activos; seleccionaba sus palabras, pero con ello eran aún más sucias y más impuras: en una palabra, el extravío y la rabia parecían ser las características del delirio del primero; la maldad y la ferocidad se encontraban descritas en el otro.

—Vamos, Thérèse, reanímanos —dijo Cardoville—; ya ves que las antorchas están apagadas, hay que encenderlas de nuevo.

Mientras Julien se disponía a disfrutar de Cardoville, y La Rose de Saint—Florent, los dos libertinos, agachados sobre mí, debían alternativamente colocar en mi boca sus dardos embotados; cuando yo se lo chupaba a uno, tenía que sacudir y masturbar con mis manos al otro, después con el licor espiritoso que me habían dado debía humedecer el miembro mismo y todas las partes contiguas; pero no debía limitarme únicamente a chupar, era preciso que mi lengua girara en torno a los glandes, y que mis dientes los mordisquearan al mismo tiempo que mis labios los apretaban. Mientras tanto nuestros dos pacientes eran vigorosamente sacudidos; Julien y La Rose se alternaban, a fin de multiplicar las sensaciones producidas por la frecuencia de las entradas y de las salidas. Cuando dos o tres homenajes se hubieron finalmente derramado en aquellos templos impuros, descubrí alguna consistencia: Cardoville, aunque de mayor edad, fue el primero en anunciarla; una bofetada con toda la fuerza de sus manos en una de mis tetas fue la recompensa. Saint—Florent le siguió de cerca; una de mis orejas casi arrancada fue el premio de mis esfuerzos. Se repusieron, y poco después me advirtieron de que me preparara a ser tratada como me merecía. A partir del espantoso lenguaje de los libertinos, vi claramente que las vejaciones iban a caer sobre mí. Implorarles en el estado en que acababan de ponerse uno y otro sólo habría servido para excitarlos más: así que me colocaron, desnuda como estaba, en medio de un círculo que formaron los cuatro sentados alrededor de mí. Yo estaba obligada a pasar delante de cada uno de ellos y recibir la penitencia que se le antojara ordenarme; los jóvenes no fueron más compasivos que los viejos, pero Cardoville se distinguió sobre todo por unas bromas refinadas a las que Saint—Florent, pese a lo cruel que era, le costó acercarse.

Un poco de reposo siguió a tan crueles orgías; me dejaron respirar por unos instantes; yo estaba molida pero, cosa que me sorprendió, curaron mis heridas en menos tiempo del que habían empleado en hacerlas; no quedó de ellas ni la más mínima huella. Las lubricidades continuaron.

Había instantes en que todos esos cuerpos parecían formar sólo uno, y en los que Saint-Florent, amante y querida, recibía con abundancia lo que el impotente Cardoville sólo prestaba con parsimonia. Al momento siguiente, sin actuar ya, pero ofreciéndose en todas las posiciones, tanto su boca como su culo servían de altares a espantosos homenajes. Cardoville no puede soportar tantos cuadros libertinos. Viendo a su amigo completamente en ristre, acude a ofrecerse a su lujuria: Saint-Florent disfruta de él; yo afilo las flechas, las acerco a los lugares donde deben hundirse, y mis nalgas expuestas sirven de perspectiva a la lubricidad de unos, y de comodín a la crueldad de los otros. Al fin nuestros dos libertinos, remansados por el esfuerzo que tienen que reparar, salen de allí sin ninguna pérdida, y en un estado que me asusta más que nunca.

Vamos, La Rose —dijo Saint—Florent—, coge a esta bribona y estréchamela.

Yo no comprendía esta expresión: una cruel experiencia me descubrió pronto su sentido. La Rose me cogió, me coloca las caderas sobre un banquillo que no tiene ni un pie de diámetro; allí, sin otro punto de apoyo, mis piernas caen de un lado, y mi cabeza y mis brazos del otro. Fijan mis cuatro miembros en el suelo con la mayor separación posible; el verdugo que debe estrechar los accesos se arma con una larga aguja en cuya punta hay un hilo encerado, y sin preocuparse por la sangre que derramará, ni por los dolores que me ocasionará, el monstruo, frente a los dos amigos divertidos por ese espectáculo, cierra, mediante una costura, la entrada del templo del Amor. Así que ha terminado, me da la vuelta, mi vientre se apoya en el banquillo; mis miembros cuelgan,

los fijan de igual manera, y el indecente altar de Sodoma se atranca del mismo modo. No os menciono mis dolores, señora, tendréis que imaginároslos; estuve a punto de desmayarme.

—Así es como las quiero —dijo Saint—Florent, cuando me hubieron colocado de nuevo sobre las caderas y vio claramente a su alcance la fortaleza que quería invadir—. Acostumbrado a recoger únicamente primicias, ¿cómo sin esta ceremonia podría yo recibir algún placer de esta criatura?

Saint-Florent tenía la más violenta de las erecciones, le almohazaban para prolongarla; se adelanta, con la pica en la mano; bajo sus miradas, para excitarlo aún más, Julien disfruta de Cardoville; Saint—Florent me ataca: inflamado por las resistencias que encuentra, empuja con un vigor increíble; los hilos se rompen, los tormentos del infierno no igualan los míos; cuanto más vivos son mis dolores, más excitantes parecen los placeres de mi perseguidor. Todo cede finalmente a sus esfuerzos, me siento desgarrada, el reluciente dardo ha tocado fondo, pero Saint-Florent, que quiere ahorrar su fuerzas, se limita a alcanzarlo; me dan la vuelta, idénticos obstáculos; el cruel los observa masturbándose, y sus feroces manos maltratan los alrededores para hallarse en mejor estado de atacar la plaza. Se presenta allí, la pequeñez natural del local hace mucho' más vivos los ataques, mi temible vencedor no tarda en romper todos los frenos; estoy ensangrentada; pero ¿qué le importa al triunfador? Dos vigorosos golpes de riñones le sitúan en el santuario, y el malvado consuma allí un espantoso sacrificio cuyos dolores no habría podido soportar ni un instante más.

—¡Para mí! —dice Cardoville, haciéndome soltar—, yo no coseré a esta querida muchacha pero voy a colocarla en un lecho de campaña que le devolverá todo el calor y toda la elasticidad que su temperamento o su virtud nos niega.

La Rose saca inmediatamente de un gran armario una cruz diagonal de una madera muy espinosa. Encima de allí es donde quiere que me coloque el insigne disoluto; pero ¿con qué procedimiento mejorará su cruel goce? Antes de atarme, el propio Cardoville introduce en mi trasero una bola plateada del grosor de un huevo; la hunde en él a fuerza de pomada; desaparece. Así que está en mi cuerpo, la noto hincharse, y volverse ardiente; sin atender mis protestas, soy fuertemente agarrotada sobre aquel agudo caballete. Cardoville me penetra pegándose a mí; aprieta mi espalda, mis riñones y mis nalgas contra las púas que lo sostienen. Julien se coloca también allí. Obligada a soportar el peso de los dos cuerpos, y sin tener más apoyo que esos malditos nudos que me dislocan, podéis imaginaros fácilmente mis dolores; cuanto más rechazo a los que me aprietan, más me empujan sobre las rugosidades que me laceran. Mientras tanto, la terrible bola, que ha subido hasta mis entrañas, las crispa, las abrasa y las desgarra. Lanzo unos gritos tremendos: no hay expresiones en el mundo que puedan describir lo que siento. Sin embargo, mi verdugo disfruta; su boca, pegada a la mía, parece respirar mi dolor para incrementar sus placeres: es imposible imaginar su ebriedad, pero, a ejemplo de su amigo, notando sus fuerzas a punto de dispersarse, quiere llegar a sentirlo todo antes de que le abandonen. Me dan la vuelta, la bola que me han hecho devolver producirá en la vagina el mismo incendio que encendió en los lugares que abandona; desciende, arde en el fondo de la matriz: vuelven a atarme sobre el vientre a la pérfida cruz, y unas partes mucho más delicadas se irritarán con los nudos que las reciben. Cardoville penetra por el sendero prohibido; lo perfora mientras los demás disfrutan de igual manera de él. El

delirio se apodera finalmente de mi perseguidor, sus espantosos gritos anuncian el cumplimiento de su crimen; estoy inundada, me sueltan

—Vamos, amigos míos —dice Cardoville a los dos jóvenes—, apoderaos de esta ramera, y gozad de ella a vuestro antojo; es vuestra, os la dejamos.

Los dos libertinos se apoderan de mí. Mientras uno disfruta de la parte delantera el otro se hunde en el trasero; cambian de sitio una y otra vez; estoy aún más desgarrada por su prodigioso tamaño de lo que lo he estado por el rompimiento de las barricadas artificiales de Saint-Florent; y él y Cardoville se divierten con esos jóvenes mientras ellos se ocupan de mí. Saint-Florent sodomiza a La Rose que me trata de la misma manera, y Cardoville hace otro tanto con Julien que se excita conmigo en un lugar más decente. Soy el centro de esas abominables orgías, soy su punto fijo y su resorte; cada uno de ellos por cuatro veces, La Rose y Julien han rendido su culto a mis altares, mientras que Cardoville y Saint—Florent, menos vigorosos o más exhaustos, se contentan con un sacrificio en los de mis amantes. Es el último, ya era hora, estaba a punto de desvanecerme.

—Mi compañero te ha hecho mucho daño, Thérèse —me dice Julien—, y yo voy a repararlo todo.

Provisto de un frasco de esencia, me frota repetidas veces. Las huellas de las atrocidades de mis verdugos se desvanecen, pero nada apacigua mis dolores; jamás los sentí tan intensos.

—Con el arte que tenemos en hacer desaparecer los vestigios de nuestras crueldades, las que quieran denunciarnos no lo tendrán nada fácil, ¿no es verdad, Thérèse? —me dice Cardoville—. ¿Qué pruebas ofrecerían de sus acusaciones?

—¡Oh! —dice Saint—Florent , la encantadora Thérèse no está para denuncias; en vísperas de ser ella misma inmolada, son oraciones lo que debemos esperar de ella, y no acusaciones.

—Que no haga ni lo uno ni lo otro —replicó Cardoville—; nos inculparía sin ser atendida: la consideración y la preponderancia que tenemos en esta ciudad no permitirían que se prestara atención a unas denuncias que siempre llegarían a nosotros. Y de las que en todo momento seríamos los dueños. Eso haría su suplicio más cruel y más largo. Thérèse debe sentir que nos hemos divertido con su persona por la razón natural y simple que lleva a la fuerza a abusar de la debilidad; debe sentir que no puede escapar a su juicio; que éste debe ser sufrido; que lo sufrirá: que sería inútil que divulgara su salida de la prisión esta noche: no la creerían; el carcelero, totalmente de nuestra parte, la desmentiría inmediatamente. Así pues, es necesario que esta hermosa y dulce muchacha, tan imbuida de la grandeza de la Providencia, le ofrezca en paz todo lo que acaba de sufrir y todo lo que todavía le espera; serán otras tantas expiaciones a los espantosos crímenes que la entregan a las leyes. Viste tus ropas, Thérèse, todavía no es de día, los dos hombres que te han traído te devolverán a tu cárcel.

Quise decir una palabra, quise arrojarme a las rodillas de aquellos ogros, bien para suavizarlos, bien para pedirles la muerte. Pero me arrastraron y me arrojaron a un simón donde mis dos guías se encierran conmigo; así que estuvieron allí unos infames deseos los inflaman una vez más.

—Aguántamela —dijo Julien a La Rose—, quiero sodomizarla; nunca he visto un trasero en el que me sintiera tan voluptuosamente comprimido; te prestaré el mismo servicio.

El proyecto se realiza, por mucho que yo intente defenderme, Julien triunfa, y con espantosos dolores sufro esta nueva embestida: el grosor excesivo del asaltante, el desgarramiento de estas partes, los fuegos con que aquella maldita bola ha devorado mis intestinos, todo contribuye a hacerme sentir unos dolores renovados por La Rose tan pronto como su camarada ha terminado. Así que, antes de llegar, fui una vez más víctima del libertinaje criminal de los dos indignos lacayos. Finalmente entramos. El carcelero nos recibió; estaba solo, todavía era de noche, nadie me vio entrar.

—Acuéstate, Thérèse —me dijo, devolviéndome a mi calabozo—, y si alguna vez quisieras decir a alguien que esta noche has salido de la cárcel, recuerda que te desmentiré, y que esta inútil acusación no te resolverá ningún problema...

¡Y yo había lamentado abandonar este mundo!», me dije en cuanto me encontré sola. ¡Temía abandonar un universo formado por tales monstruos! ¡Ah! Que la mano de Dios me arranque de él en este mismo instante, de la manera que mejor le parezca: no me quejaré. El único consuelo que le puede restar al infortunado nacido entre tantas bestias feroces es la esperanza de abandonarlas cuanto antes.

A la mañana siguiente, no oí hablar de nada, y decidida a abandonarme a la Providencia, vegeté sin querer tomar ningún alimento. El día después, Cardoville se presentó a interrogarme; no pude dejar de estremecerme al ver con qué sangre fría aquel bribón venía a ejercer la justicia, él, el más malvado de los hombres, él que, en contra de todos los derechos de esa justicia de la que se revestía, acababa de abusar tan cruelmente de mi inocencia y de mi infortunio.

Por mucho que defendiera mi causa, el arte de aquel hombre deshonesto convirtió en crímenes todas mis defensas. Cuando, según aquel juez inicuo, todos los cargos de mi proceso quedaron bien probados, tuvo la impudicia de preguntarme si conocía en Lyon a un rico particular llamado señor de Saint-Florent; contesté que sí lo conocía.

—Bien —dijo Cardoville—, no necesito más: este señor de Saint-Florent, que confiesas conocer, también te conoce perfectamente; ha declarado que te vio en una banda de ladrones donde fuiste la primera en robarle su dinero y su cartera. Tus camaradas querían salvarle la vida, tú les aconsejaste que se la quitaran; de todos modos consiguió huir. Ese mismo señor de Saint-Florent añade que, unos años después, te reconoció en Lyon y te permitió ir a saludarle a su casa a instancias tuyas, a cambio de tu palabra de una excelente conducta actual, y que allí, mientras te sermoneaba, mientras te estimulaba a persistir por el buen camino, llevaste la insolencia y el crimen hasta elegir estos instantes de beneficencia suya para robarle un reloj y cien luises que había dejado sobre la chimenea...

Y Cardoville, aprovechando el despecho y la cólera a que me llevaban unas calumnias tan atroces, ordenó al escribano que escribiera que yo admitía estas acusaciones con mi silencio y con las impresiones de mi rostro.

Me precipito al suelo, hago resonar la bóveda con mis gritos, golpeo mi cabeza contra las losas, con la intención de encontrar allí una muerte más cercana, y no hallando expresiones para mi rabia:

—¡Malvado! —exclamé—. ¡Apelo al Dios justo que me vengará de tus crímenes, descubrirá la inocencia, te hará arrepentirte del indigno abuso que cometes de tu autoridad!

Cardoville llama; dice al carcelero que se me lleve, dado que, turbada por mi desesperación y mis remordimientos, no estoy en situación de seguir el interrogatorio;

pero que, además, ha terminado ya que he confesado todos mis crímenes. ¡Y el malvado sale tranquilamente! ¡Y un relámpago no lo fulmina del todo!...

El caso avanzó velozmente, guiado por el odio, la venganza y la lujuria; fui rápidamente condenada y conducida a París para la confirmación de mi sentencia. ¡En este camino fatal, y convertida, aunque inocente, en la peor de los criminales, es cuando las reflexiones más amargas y más dolorosas acabaron de desgarrar mi corazón! «¡Bajo qué astro fatal debo haber nacido», me decía, «para que me sea imposible concebir un solo sentimiento honesto que no me suma inmediatamente en un océano de infortunios! ¡Y cómo es posible que esta Providencia iluminada cuya justicia me complazco en adorar, castigándome por mis virtudes, me presente al mismo tiempo en la cumbre a los que me aplastaban con sus crímenes!»

Un usurero, en mi infancia, quiere impulsarme a cometer un robo; me niego: se enriquece. Caigo en una banda de ladrones, escapo de ella junto con un hombre al que salvo la vida: como recompensa, me viola. Llego a casa de un señor disoluto que me hace devorar por sus perros, por no haber querido envenenar a su tía. Paso, de allí, a casa de un cirujano incestuoso y homicida a quien intento evitar una acción horrible: el verdugo me marca como a una criminal; sus fechorías se consuman sin duda: él triunfa en todo, y yo estoy obligada a mendigar mi pan. Quiero acercarme a los sacramentos, quiero implorar con fervor al Ser supremo del que recibo, pese a todo, tantos males; el augusto tribunal donde espero purificarme en uno de nuestros más santos misterios se convierte en el teatro ensangrentado de mi ignominia: el monstruo que abusa de mí y que me manosea se eleva a los más altos honores de su orden, y yo recaigo en el abismo espantoso de la miseria. Intento salvar a una mujer del furor de su marido: el cruel quiere hacerme morir derramando mi sangre gota a gota. Quiero ayudar a un pobre: me roba. Ofrezco ayuda a un hombre desmayado: el ingrato me hace dar vueltas a una rueda como una bestia, y me ahorca para deleitarse; los favores de la suerte le rodean, y yo estoy a punto de morir en el cadalso por haber trabajado a la fuerza en su casa. Una mujer indigna quiere seducirme para una nueva fechoría: pierdo por segunda vez los escasos bienes que poseo, por salvar los tesoros de su víctima. Un hombre sensible quiere compensarme de todos mis males con el ofrecimiento de su mano: expira en mis brazos antes de poder hacerlo. Me arriesgo en un incendio para arrebatar de las llamas a una niña que no me pertenece: la madre de esta niña me acusa y me incoa un proceso criminal. Caigo en las manos de mi más mortal enemiga, que quiere llevarme a la fuerza a casa de un hombre cuya pasión consiste en cortar cabezas: si evito la espada de aquel malvado, es para recaer bajo la de Temis. Imploro la protección de un hombre al que he salvado la fortuna y la vida; me atrevo a esperar de él alguna gratitud; me atrae a su casa, me somete a horrores, convoca allí al juez inicuo del que depende mi caso; los dos abusan de mí, los dos me ultrajan, los dos aceleran mi pérdida: la fortuna los colma de favores, y yo corro a la muerte.

Eso es lo que los hombres me han hecho sentir, eso es lo que me ha enseñado su peligroso trato; ¿es sorprendente que mi alma agriada por la desdicha, asqueada de ultrajes y de injusticias, sólo aspire a romper sus lazos?

—Mil excusas, señora —dijo aquella joven infortunada concluyendo aquí sus aventuras—; mil perdones por haber manchado vuestra mente con tantas obscenidades, por haber abusado durante tanto tiempo, en una palabra, de vuestra paciencia. Es posible que haya ofendido al cielo con unos relatos impuros, haya renovado mis heridas, haya turbado vuestro reposo. Adiós, señora, adiós; el astro se alza, mis guardianes me llaman,

dejadme correr a mi suerte, ya no la temo, acortará mis tormentos. Este último instante del hombre sólo es terrible para el ser afortunado cuyos días han transcurrido sin nubes; pero la desdichada criatura que sólo ha respirado el veneno de las víboras, cuyos pasos tambaleantes sólo han pisado espinos, que sólo ha visto la antorcha del día como el viajero extraviado ve temblando los surcos del rayo; aquella a quien sus crueles reveses han arrebatado padres, amigos, fortuna, protección y ayuda; aquella que ya sólo tiene en el mundo lágrimas para abrevarse y tribulaciones para alimentarse; aquélla, digo, ve avanzar la muerte sin temerla, la desea incluso como un puerto seguro en el que renacerá la tranquilidad para ella, en el seno de un Dios demasiado justo para permitir que la inocencia, envilecida en la Tierra, no encuentre en otro mundo la compensación de tantos males.

El honesto señor de Corville no había podido oír esta historia sin sentirse profundamente conmovido; en cuanto a la señora de Lorsange en quien, como hemos dicho, los monstruosos errores de su juventud no habían apagado en absoluto la sensibilidad, estaba a punto de desmayarse.

—Señorita —le dijo a Justine—, es difícil oíros sin sentir por vos el más vivo interés; pero, ¡,tengo que confesarlo?, un sentimiento inexplicable, mucho más tierno del que describo, me arrastra invenciblemente hacia vos y convierte vuestros males en míos propios. Me habéis disfrazado vuestro nombre, me habéis ocultado vuestro nacimiento; os conjuro a que confeséis vuestro secreto; no os imaginéis que sea una vana curiosidad lo que me lleva a hablaros así... ¡Gran Dios! ¿Es posible lo que sospecho?... ¡Oh, Thérèse! ¿Y si fuerais Justine?... ¿Y si fuerais mi hermana?

—¡Justine! Señora, ¡vaya nombre! —Tendría ahora vuestra edad...

—¡Juliette! ¿Te estoy oyendo a ti? —dijo la desdichada prisionera arrojándose a los brazos de la señora de Lorsange...— i Tú... mi hermana!... ¡Ah, moriré mucho menos infeliz, ya que, al menos, he podido abrazarte una vez más!...

Y las dos hermanas, estrechamente abrazadas, ya sólo escuchaban sus sollozos, ya sólo se expresaban a través de las lágrimas.

El señor de Corville no pudo retener las suyas; sintiendo que se le hace imposible no sentir por este caso el mayor interés, pasa a otra habitación, escribe al canciller, describe con trazos encendidos el horror de la suerte de la pobre Justine a la que seguiremos llamando Thérèse; se hace fiador de su inocencia, pide que hasta el esclarecimiento del proceso, la supuesta culpable no tenga otra prisión que su castillo, y se compromete a devolverla a la primera orden de aquel jefe soberano de la justicia; se da a conocer a los dos guardianes de Thérèse, les confía su carta, les responde de la prisionera; es obedecido, Thérèse le es entregada; un carruaje avanza.

—Acercaos, criatura harto desdichada —dijo entonces el señor de Corville a la interesante hermana de la señora de Lorsange—, acercaos, todo cambiará para vos. No podrá decirse que vuestras virtudes quedan siempre sin recompensa, y que la hermosa alma que habéis recibido de la naturaleza sólo encuentra siempre el cautiverio: seguidnos, ahora sólo dependéis de mí...

Y el señor de Corville explica en pocas palabras lo que acaba de hacer.

Hombre respetable y amado dijo la señora de Lorsange arrojándose a las rodillas de su amante—, este es el rasgo más hermoso que habéis tenido en todos vuestros días; a quien conoce realmente el corazón del hombre y el espíritu de la ley le corresponde vengar la ¡no—

cencia oprimida. Ahí tenéis, señor, ahí tenéis a vuestra prisionera: ve, Thérèse, ve, corre, vuela al instante a arrojarte a los pies de este protector equitativo que no te abandonará como los demás. ¡Oh, señor, si me resultaban queridos los lazos del amor con vos, cuanto más lo serán ahora, reforzados por la más tierna estimación!...

Y las dos mujeres abrazaban sucesivamente las rodillas de un amigo tan generoso y las regaban con sus lágrimas.

Llegaron en pocas horas al castillo: allí, el señor de Corville y la señora de Lorsange se ocuparon ambos a porfía de hacer pasar a Thérèse del exceso de la desdicha al colmo del bienestar. La alimentaban con deleite de los manjares más suculentos; la acostaban en los mejores lechos, querían que mandara en su casa, ponían en ello, en suma, toda la delicadeza que cabía esperar de dos almas sensibles. Consiguieron curarla en pocos días, la bañaron, la vistieron, la embellecieron; era el ídolo de los dos amantes, competían en ver cual de los dos le —haría olvidar cuanto antes sus desgracias. Mediante algunos cuidados, un excelente cirujano se encargó de hacer desaparecer aquella marca ignominiosa, fruto cruel de la maldad de Rodin. Todo respondía a las atenciones de los bienhechores de Thérèse: las huellas del infortunio ya se borraban de la frente de la amable joven; las Gracias ya restablecían en ella su dominio. A los colores lívidos de sus mejillas de alabastro sucedían las rosas de su edad, marchitas por tantos pesares. La risa, borrada de sus labios desde hacía tantos años, reapareció en ellos finalmente bajo el ala de los placeres. Las mejores noticias acababan de llegar de la Corte; el señor de Corville había puesto toda Francia en movimiento, había reavivado el celo del señor S***, que se había unido a él para describir las desdichas de Thérèse y para devolverle una tranquilidad a la que era tan acreedora. Llegaron finalmente las cartas del Rey que purgaban a Thérèse de todos los procesos injustamente incoados contra ella, le devolvían el título de honesta ciudadana, imponían para siempre silencio a todos los tribunales del reino donde se había intentado difamarla, y le concedían mil escudos de pensión a cuenta del oro requisado en el taller de los monederos falsos del Delfmesado. Tuvieron la intención de apoderarse de Cardoville y de Saint—Florent; pero obedeciendo a la fatalidad de la estrella relacionada con todos los perseguidores de Thérèse, uno, Cardoville, acababa de ser nombrado, antes de que sus crímenes fueran conocidos, a la intendencia de ***, el otro a la intendencia general del comercio de las Colonias; cada uno de ellos estaba ya en su destino, las órdenes sólo encontraron familias poderosas que no tardaron en buscar los medios para calmar la tempestad, y tranquilos en el seno de la fortuna, las fechorías de esos monstruos fueron pronto olvidadas.*

En lo que se refiere a Thérèse, así que se enteró de tantas cosas agradables para ella, poco faltó para que expirara de alegría, derramó varios días consecutivos unas lágrimas muy dulces, en el seno de sus protectores, cuando de repente su humor cambió, sin que fuera posible adivinar la causa. Se volvió sombría, inquieta, ensimismada; a veces lloraba en medio de sus amigos, sin que ni ella misma pudiera explicar la causa de sus penas.

* En cuanto a los frailes de Santa María de los Bosques, la supresión de las órdenes religiosas descubrirá los crímenes atroces de esta horrible calaña. *(N. del A.)*

—No he nacido para tanta felicidad —le decía a la señora de Lorsange—... Oh, querida hermana, es imposible que dure mucho tiempo.

Por más que le aseguraran que todas sus historias habían terminado y que ya no debía sentir más inquietud, nada conseguía calmarla; diríase que esta triste criatura, únicamente

destinada a la desdicha, y sintiendo la mano del infortunio siempre colgada sobre su cabeza, previera ya los últimos golpes que iban a aplastarla.

El señor de Corville seguía viviendo en el campo; estaban a fines del verano, planeaban un paseo que la proximidad de una espantosa tormenta parecía poder estorbar; el exceso de calor había obligado a dejarlo todo abierto. El relámpago brilla, el granizo cae, los vientos silban, el fuego del cielo agita las nubes, las sacude de una manera terrible; parecía que la naturaleza, aburrida de sus obras, estuviera dispuesta a mezclar todos los elementos para obligarlos a unas formas nuevas. La señora de Lorsange, asustada, suplica a su hermana que lo cierre todo, lo más rápidamente posible; Thérèse, apresurada en calmar a su hermana, corre hacia las ventanas que ya se rompen; quiere luchar por un minuto contra el viento que la rechaza: al instante el resplandor del rayo la derriba en el centro del salón.

La señora de Lorsánge lanza un grito espantoso y se desmaya; el señor de Corville pide ayuda; los cuidados se dividen, devuelven a la señora de Lorsange a la luz, pero la desdichada Thérèse está herida de manera que ni la menor esperanza puede subsistir para ella; el rayo había entrado por el seno derecho; después de haber consumido su pecho y su cara, había salido por el centro del vientre. La visión de aquella miserable criatura infundía horror: el señor de Corville ordena que se la lleven...

—No —dijo la señora de Lorsange levantándose con la mayor calma—; no, dejadla bajo mis miradas, señor; necesito contemplarla para afirmarme en las decisiones que acabo de tomar. Escuchadme, Corville, y no os enfrentéis sobre todo a la decisión que tomo, a unos proyectos de los que nada en el mundo podría distraerme ahora. Las increíbles desdichas que experimentó esta infortunada, aunque siempre haya respetado sus deberes, tienen algo de demasiado extraordinario como para no abrirme los ojos sobre mí misma; no os imaginéis que me ciego con los falsos resplandores de felicidad que hemos visto disfrutar, en el transcurso de las aventuras de Thérèse, a los malvados que la han hollado. Estos caprichos del cielo son unos enigmas que no nos corresponde a nosotros desvelar, pero que jamás deben seducirnos. *¡Oh, amigo mío! la prosperidad del crimen sólo es una prueba a la que la Providencia quiere someter la virtud; es como el rayo cuyos fuegos falaces sólo embellecen un instante la atmósfera para precipitar en los abismos de la muerte al desdichado que han deslumbrado.* Aquí tenemos el ejemplo bajo nuestros ojos; las increíbles calamidades, los reveses terroríficos e ininterrumpidos de esta encantadora joven, son una advertencia que el Eterno me da para escuchar la voz de mis remordimientos y arrojarme al fin en sus brazos. ¿Qué castigo debo yo temer de él, yo, a quien el libertinaje, la irreligiosidad y el abandono de todos los principios han señalado cada instante de la vida? ¿Qué es lo que debo esperar, cuando así ha sido tratada aquella que no tuvo en todos sus días un solo error verdadero que reprocharse? Separémonos, Corville, ya es hora; ninguna cadena nos ata, olvidadme, y considerad oportuno que vaya con un arrepentimiento eterno a abjurar a los pies del Ser Supremo de las infamias con que me he manchado. Este espantoso golpe era necesario para mi conversión en esta vida, lo era para la dicha que me atrevo a esperar en la otra. Adiós, señor; la última señal que espero de vuestra amistad es no hacer ningún tipo de pesquisas para saber qué ha sido de mí. ¡Oh, Corville!, os aguardo en un mundo mejor, vuestras virtudes deben conduciros a él; ojalá las maceraciones en las que voy a pasar para expiar mis crímenes, los desdichados años que me quedan, puedan permitirme volver a veros un día.

La señora de Lorsange abandona inmediatamente la casa; toma algún dinero consigo, se precipita a un carruaje, abandona al señor de Corville el resto de sus bienes señalándole unos legados piadosos, y vuela a París, donde entra en las carmelitas, de las que al cabo de muy pocos años se convierte en ejemplo y edificación, tanto por su elevada piedad como por la sabiduría de su mente y la regularidad de sus costumbres.

El señor de Corville, digno de obtener los mejores empleos de su patria, los consiguió, y sólo fue honrado con ellos para hacer a la vez la dicha de los pueblos, la gloria de su amo, al que sirvió bien, *aunque ministro, y* la fortuna de sus amigos.

¡Oh, vosotros, que derramasteis lágrimas sobre las desdichas de la virtud; vosotros, que compadecisteis a la infortunada Justine; perdonando los lápices, quizás un poco fuertes que nos hemos visto obligados a emplear, ojalá podáis sacar, al menos, de esta historia el mismo fruto que la señora de Lorsange! ¡Ojalá os convenzáis con ella de que la auténtica felicidad sólo está en el seno de la virtud, y que si, con unas intenciones que no nos corresponde a nosotros profundizar, Dios permite que sea perseguida en la Tierra, es para compensarla en el cielo con las más halagüeñas recompensas!


Marqués de Sade
Las 120 Jornadas
de Sodoma

MARQUÉS DE SADE

LAS 120 JORNADAS DE SODOMA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
Introducción
Reglamentos
Serrallo de muchachas
Serrallo de muchachos
Los ocho jodedores

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE
Notas

Suplicios como suplemento.

PRIMERA PARTE

Las 150 pasiones simples o de primera clase que comprenden las treinta jornadas de noviembre empleadas en la narración de la Duelos, se entremezclan con los acontecimientos escandalosos del Castillo en forma de diario durante el mencionado mes.

INTRODUCCION

Las guerras considerables que Luis XIV tuvo que sostener durante su reinado, agotando el Tesoro del Estado y las facultades del pueblo, encontraron sin embargo el secreto de enriquecer a una enorme cantidad de sanguijuelas siempre al acecho de las calamidades públicas provocándolas en lugar de apaciguarlas, para poder sacar más ventajas. El final de ese reinado, tan sublime por otra parte, es acaso una de las épocas del imperio francés en que se vio el mayor número de estas fortunas oscuras que sólo brillan por un lujo y unas orgías tan secretas como ellas. En las postrimerías de dicho reinado y poco antes de que el regente hubiese tratado a través del famoso tribunal conocido por el nombre de Sala de Justicia de hacer restituir lo mal adquirido por esa tarifa de arrendadores de contribuciones, cuatro de ellos imaginaron la singular orgía de que hablaremos. Sería un error creer que sólo la plebe se había Ocupado de esta exacción, puesto que estaba acaudillada por tres grandes señores. El duque de Blangis y su hermano el obispo de..., que habían hecho inmensas fortunas, son pruebas incontestables de que la nobleza no desdeñaba más que los otros los medios de enriquecerse por este camino. Estos dos ilustres personajes, íntimamente ligados por los placeres y los negocios con el célebre Durcet y el presidente Curval, fueron los primeros que

imaginaron la orgía cuya historia narramos, y tras comunicársela a esos dos amigos, los cuatro fueron los actores de los famosos desenfrenos.

Desde hacía más de seis años estos cuatro libertinos, unidos por la similitud de sus riquezas y sus gustos, habían imaginado estrechar sus lazos mediante alianzas en las que el desenfreno tenía más parte que cualquier otro de los motivos que generalmente forman estos vínculos. He aquí cuáles habían sido sus arreglos: el duque de Blangis, viudo de tres esposas, de una de las cuales le quedaban dos hijas, habiendo advertido que el presidente Curval mostraba ciertos deseos de casarse con la mayor, a pesar de estar bien enterado de las familiaridades que el padre se había permitido can ella, el duque, digo, imaginó de pronto esta triple alianza.

-Tú quieres a Julie por esposa -dijo a Curval-. Te la doy sin vacilar, pero con una condición: que no te muestres celoso, y que ella, aunque sea tu mujer, siga concediéndome los mismos favores de siempre, y, además, que te unas a mí para convencer a nuestro común amigo Durcet para que me entregue a su hija Constance, la cual ha suscitado en mí los mismos sentimientos que tú experimentas por Julie.

-Pero no ignoras que Durcet es tan libertino como tú... -dijo Curval.

-Sé todo lo que puede saberse -contestó el duque-. ¿Crees que a nuestra edad y con nuestra manera de pensar detienen esas cosas? ¿Crees que yo quiero una mujer para hacerla mi amante? La quiero para que sirva a mis caprichos, para que vele y encubra una infinidad de pequeñas orgías secretas que el manto del matrimonio tapa de maravilla. En un palabra: la quiero como tú quieres a mi hija. ¿Te imaginas que ignoro el fin que persigues y tus deseos? Nosotros los libertinos tomamos mujeres para que sean nuestras esclavas; su calidad de esposas las hace más sumisas que si fuesen amantes. Tú sabes cómo se aprecia el despotismo en los placeres que gozamos.

En este momento entró Durcet. Los dos amigos lo pusieron al corriente de la conversación, y el arrendador de contribuciones, encantado por la oportunidad que se le ofrecía de confesar sus sentimientos por Adéldide, hija del presidente, aceptó al duque como yerno a condición de que él se convirtiera en yerno de Curval. No tardaron en concertarse los tres matrimonios, las dotes fueron inmensas y las cláusulas iguales.

El presidente, tan culpable como sus dos amigos, confesó, sin que esto molestase a Durcet, su pequeño comercio secreto con su propia hija, ante lo cual los tres padres, deseosos de conservar cada uno sus derechos, convinieron, para ampliarlos más aún, en que las tres jóvenes, únicamente ligadas por los bienes y el nombre de sus esposos, pertenecerían, corporalmente, y por igual, a cada uno de ellos, bajo pena de los castigos más severos si infringían alguna de las cláusulas a las que se las sujetaban.

En vísperas de concluir el contrato, el obispo de..., compañero de placeres de los dos amigos de su hermano, propuso que se añadiera una cuarta persona a la alianza, si es que querían dejarlo participar en las otras tres. Esta persona, la segunda hija del duque, y por consiguiente, su sobrina, le pertenecía más de lo que se creía. Había tenido enredos con su cuñada, y los dos hermanos sabían sin lugar a dudas que la existencia de esta joven que se llamaba Aline se debía ciertamente más al obispo que al duque; el obispo, que se había preocupado de Afine desde el día de su nacimiento, no la había visto llegar a la edad de los encantos sin haber querida gozarlos, como es de suponer. Sobre este punto, pues, estaba a la par de sus cofrades y su propuesta comercial tenía el mismo grado de avaricia o de degradación; pero como los atractivos y la juventud de la muchacha supe-asan os de sus tres compañeras, la proposición fue aceptada sin vacilar. El obispo, como los otros tres, cedió sin dejar de conservar sus derechos, y, así, cada uno de nuestros cuatro personajes se encontró

pues marido de cuatro mujeres. Para comodidad del lector, recapitulemos la situación basada en el convenio:

El duque, padre de Julie, se convirtió en el esposo de Constance, hija de Durcet.

Durcet, padre de Constance, se convirtió en el esposo de Adélaïde, hija del presidente;

El presidente, padre de Adélaïde, se convirtió en el esposo de Julie, hija mayor del duque.

El obispo, tío y padre de Aline, se convirtió en el esposo de las otras tres al ceder Aline a sus amigos, sin renunciar a los derechos que tenía sobre ella.

Estas felices bodas se celebraron en una magnífica propiedad que el duque poseía en el Borbonés, y dejo a los lectores que se imaginen las orgías que se celebraron allí; la necesidad de describir otras nos priva del placer que hubiéramos experimentado pintando éstas.

A su regreso, la asociación de nuestros cuatro amigos se hizo más estable, y como es importante darlos a conocer bien, un pequeño detalle de sus arreglos lúbricos servirá, creo' yo, para arrojar luz sobre los caracteres de esos desenfrenados, mientras esperamos el momento de tratarlos por separado para desarrollarlos todavía mejor.

La sociedad disponía de una bolsa común que administraba por turno uno de los miembros durante seis meses, pero los fondos de esta bolsa, que sólo debían emplearse para los placeres, eran inmensos. Su excesiva fortuna les permitía a este respecto cosas muy singulares y el lector no debe sorprenderse cuando se le diga que había destinados dos millones anuales para atender únicamente a los placeres de la buena mesa y la lujuria.

Cuatro famosas alcahuetas para las mujeres y otros tantos alcahuetes para los hombres se dedicaban por entero a encontrar, en la capital y en las provincias, todo lo que de un modo o de otro podía satisfacer su sensualidad. Por regla general hacían juntos cuatro cenas cada semana -en cuatro diferentes casas de campo situadas en los cuatro extremos de París. En la primera de estas cenas, destinada únicamente a los placeres de sodomía, sólo se admitía a hombres. En ella se veía regularmente a dieciséis jóvenes entre veinte y treinta años cuyas inmensas facultades hacían gozar a nuestros cuatro héroes, en calidad de mujeres, los más sensuales placeres. Eran escogidos exclusivamente por la talla de su miembro, y era casi necesario que ese soberbio miembro fuese de tal magnificencia que nunca hubiese podido penetrar en ninguna mujer; ésta era una condición esencial. Y como no se escatimaban gastos para la despensa, rara era la vez que no estuviese repleta. Pero con el fin de gozar a la vez de todos los placeres, añadíanse a estos dieciséis maridos el mismo número de donceles mucho más jóvenes y que tenían que cumplir las funciones de mujeres. Estos eran escogidos entre la edad de doce años y la de dieciocho, y, para ser admitidos, era necesario poseer una lozanía, un rostro, una gracia, un porte, una inocencia y un candor muy superiores a todo lo que nuestros pinceles podrían pintar. Ninguna mujer podía ser recibida en estas orgías masculinas, donde se realizaba todo lo que Sodoma y Gomorra inventaron de más lujurioso.

La segunda cena estaba consagrada a las muchachas de buen tono que, obligadas a renunciar a su orgulloso lujo y a la insolencia ordinaria de su comportamiento, eran obligadas debido a las sumas recibidas, a entregarse a los caprichos más irregulares, y hasta a los ultrajes, de los libertinos. Por lo regular eran doce, y como París no hubiera podido abastecer, para variar este género con la frecuencia precisa se alternaban estas veladas con otras, donde sólo se admitía el mismo número de damas distinguidas, desde la clase de los procuradores hasta la de los oficiales. Hay más de cuatro o cinco mil mujeres en París que pertenecen a una u otra de estas clases, a las que la necesidad o el lujo obliga a tomar parte en este tipo de fiestas; sólo es cuestión de estar bien servido para encontrar mujeres de éstas, y como nuestros libertinos lo estaban en gran medida, encontraban a menudo maravillas en esta clase singular. Pero por más que se fuese una mujer honrada, era preciso someterse a

todo, y el libertinaje que nunca admite límites se enardecía de una manera particular imponiendo horrores e infamias a lo que la naturaleza y las convenciones sociales parecían inclinadas a apartar de tales pruebas. Se iba allá, era necesario hacerlo todo, y como nuestros cuatro miserables tenían todos los gustos del más crapuloso e insigne desenfreno, este consentimiento esencial a sus deseos no era poca cosa.

La tercera cena estaba destinada a los seres más viles y mancillados que puedan existir. A quien conoce las desviaciones del desenfreno este refinamiento le parecerá algo muy sencillo; resulta muy voluptuoso revolcarse por decirlo así en la basura con seres de esta clase; en ella se encuentra el abandono más completo, la más monstruosa crápula, el envilecimiento más completo, y estos placeres, comparados con los que se gozaron la víspera o con las criaturas distinguidas que nos los proporcionaron, hacen más picantes uno y otro exceso. En este caso, como la orgía era más completa, nadase había olvidado para hacerla más numerosa y excitante. Tomaban parte, durante seis horas, unas cien putas, y muy a menudo no todas las cien salían enteras. Pero no nos anticipemos; estos refinamientos tienen detalles de los que no podemos ocuparnos aún.

La cuarta cena estaba reservada a las vírgenes, cuya edad oscilaba entre los siete y los quince años. Su condición daba lo mismo, sólo se trataba de su rostro, que tenía que ser encantador, y en cuanto a la seguridad de sus primicias, era necesario que éstas fuesen auténticas.

¡Increíble refinamiento del libertinaje! No se trataba de que ellos deseasen ciertamente coger todas aquellas rosas. ¿Cómo hubieran podido hacerlo si ellas eran ofrecidas siempre en número de veinte, y si de nuestros cuatro libertinos solamente dos se encontraban en estado de poder entregarse al acto de que se trata, y uno de los otros dos, el arrendador de contribuciones, no experimentaba ninguna erección y el obispo no podía en absoluto gozar más que de una manera susceptible, convengo en ello, de deshonrar a una virgen pero que la dejaba siempre entera? No importa. Era necesario que las veinte primicias estuvieran allí, y las que no resultaban perjudicadas por ellos se convertían ante ellos en presa de ciertos criados tan libertinos como sus amos y que siempre tenían cerca por más de una razón.

Independientemente de estas cuatro cenas, había todos los viernes una secreta y particular, mucho menos numerosa que las otras cuatro, aunque tal vez infinitamente más cara. A dicha cena sólo se admitían cuatro señoritas de alcurnia, raptadas de casa de sus padres a fuerza de engaños y de dinero. Las mujeres de nuestros libertinos participaban casi siempre en esta orgía, y su extrema sumisión, sus cuidados, sus servicios, la hacían siempre más excitante. En cuanto a la comida de estas cenas, es inútil decir que era tan abundante como exquisita. Ninguna de aquellas cenas costaba menos de diez mil francos y se acumulaba allí todo lo que Francia y el extranjero pueden ofrecer de más raro y exquisito. Los vinos y los licores eran de primera calidad y abundantes, las frutas de todas las estaciones se encontraban allí hasta en invierno, y se puede asegurar, en una palabra, que la mesa del primer monarca de la tierra no estaba servida con tanto lujo y magnificencia.

Volvamos ahora sobre nuestros pasos y pintemos lo mejor que nos sea posible, para el lector, a cada uno de estos cuatro personajes, no embelleciéndolos para seducir o cautivar, sino con los mismos pinceles de la naturaleza, la cual, a pesar de todo su desorden, es a menudo sublime, incluso cuando más se deprava. Porque, osemos decirlo de paso, si el crimen carece de esa clase de delicadeza que se encuentra en la virtud, ¿no tiene continuamente un carácter de grandeza y de sublimidad que lo hace superior siempre a los atractivos monótonos y afeminados de la virtud? Nos hablarán ustedes de la utilidad del uno y de la otra. ¿Pero es que nos incumbe escrutar las leyes de la naturaleza, debemos decidir nosotros

si, el vicio siéndole tan necesario como la virtud, no nos inspira quizás en igual proporción la inclinación hacia uno u otra en razón de sus necesidades? Pero prosigamos.

El duque de Blangis, dueño a los dieciocho años de una fortuna ya inmensa y que se acrecentó después por las rentas que percibió, sufrió todos los numerosos inconvenientes que surgen en torno a un joven rico, con influencia, y que no se niega nada; casi siempre en tal caso la medida de las fuerzas se convierte en la de los vicios, y uno se contiene tanto menos cuanto mayores son las facilidades de procurarse todo. Si el duque hubiese recibido de la naturaleza algunas cualidades primitivas, tal vez éstas hubiesen equilibrado los peligros de su posición, pero esta madre extravagante que parece a veces entenderse con la fortuna para que ésta favorezca todos los vicios que da a ciertos seres de los cuales espera cuidados muy diferentes de los que la virtud supone, y esto porque ella necesita tanto éstas como aquellos, la naturaleza, digo, al destinar a Blangis una riqueza inmensa, le había precisamente ofrecido también todos los impulsos, todas las inspiraciones necesarias para abusar de su fortuna. Con un espíritu muy negro y perverso, le había dado el alma más vil y más dura, acompañada de los desórdenes en los gustos y los caprichos de donde nacía el espantoso libertinaje al que el duque se sentía tan singularmente inclinado. Había nacido falso, duro, imperioso, bárbaro, egoísta, tan pródigo para sus placeres como avaro cuando se trataba de ser útil, mentiroso, glotón, borracho, cobarde, sodomita, incestuoso, asesino, incendiario, ladrón, y ni una sola virtud compensaba tantos vicios. ¡Qué digo!: no solamente no respetaba ninguna, sino que todas las virtudes le causaban horror, y a menudo se le oía decir que un hombre, para ser verdaderamente feliz en este mundo, no sólo debería entregarse a todos los vicios, sino además no permitirse nunca ninguna virtud, y que no se trataba solamente de obrar mal siempre, sino también de no hacer nunca el bien.

El duque decía:

-Hay mucha gente que sólo se entrega al mal cuando es impulsada por sus pasiones; una vez recobrados de sus extravíos, sus almas regresan tranquilamente a los caminos de la virtud y pasan sus vidas de combates en errores y de errores en remordimientos sin que sea posible afirmar qué papel han representado en la tierra. Tales seres, continuaba, deben ser desgraciados: siempre flotantes, siempre indecisos, su vida transcurre odiando por la mañana lo que han hecho por la noche. Muy seguros de arrepentirse de los placeres de que disfrutan, se estremecen al permitírselos, de manera que se convierten ala vez en virtuosos en el crimen y criminales en la virtud. Mi carácter, más firme, añadía nuestro héroe, no se desmentirá nunca de esta manera: no dudo nunca en mis decisiones, y como siempre estoy seguro de hallar el placer en lo que hago, jamás el arrepentimiento mella lo que me atrae. Inmutable en mis principios, porque me formé sólidamente en ellos desde mis años mozos, obro siempre de acuerdo con ellos. Por ellos he conocido el vacío y la nada de la virtud; la odio, y nunca caeré en ella. Mis principios me han convencido de que el vicio está hecho para que el hombre experimente esa vibración moral y física que es la fuente de las más deliciosas voluptuosidades, a las que me entrego. Desde pronto me coloqué por encima de las quimeras de la religión, convencido de que la existencia del creador es un escandaloso absurdo en el que ni siquiera los niños creen. Ni siquiera necesito forzar mis inclinaciones para complacerlas. He recibido de la naturaleza estas inclinaciones, y no quiero irritarla frenándolas; si la naturaleza me las ha concedido malas es porque eran necesarias para sus designios. Yo sólo soy en sus manos una máquina que ella hace funcionar a placer, y ni uno solo de mis crímenes deja de servirle; cuantos más crímenes me aconseja, más necesita, y sería yo un necio si me opusiera a ella. Por lo tanto, sólo tengo contra mí a las leyes, pero las desafío. Mi oro y mi influencia me ponen por encima de esos azotes vulgares que sólo deben

golpear al pueblo.

Si se le objetaba al duque que en todos los hombres existen ideas acerca de lo justo y lo injusto que no podían ser más que fruto de la naturaleza, porque se encontraban también en todos los pueblos, hasta en los que no estaban civilizados, contestaba que estas ideas eran siempre relativas, que el más fuerte encontraba siempre muy justo lo que el débil consideraba como injusto y que si se les cambiaba de lugar, ambos al mismo tiempo cambiarían igualmente de manera de pensar, de donde concluía que lo único realmente justo era lo que causaba placer e injusto lo que causaba aflicción; que en el momento en que tomaba cien luises del bolsillo de un hombre, realizaba una cosa muy justa para él, aunque el hombre robado la considerase todo lo contrario; que todas estas ideas, por ser arbitrarias, servían para encadenar a los tontos. Mediante estos razonamientos el duque justificaba todos sus desafueros y, como tenía mucho ingenio, sus argumentos parecían decisivos. Adecuando, pues, su conducta a su filosofía, el duque, desde su mocedad, se había abandonado sin freno a los extravíos más vergonzosos y extraordinarios. Su padre, que había muerto joven, lo había dejado, como he dicho, dueño de una fortuna inmensa, pero había puesto una cláusula en su testamento en virtud de la cual el joven dejaría gozar a su madre, mientras viviera, de una gran parte de dicha fortuna. Tal condición disgustó pronto a Blangis, y como criminal consideró que sólo el veneno podía ayudarlo, decidió emplearlo inmediatamente. Pero como el bribón comenzaba entonces la carrera del vicio, no se atrevió a obrar personalmente: encargó a una de sus hermanas, con la que mantenía relaciones criminales, la ejecución del envenenamiento, dándole a entender que si tenía éxito le entregaría parte de la fortuna que él recibiría como consecuencia de la muerte de la madre. Pero la joven se horrorizó ante tal proyecto, y el duque, viendo que su secreto mal confiado podía traicionarlo, decidió al punto añadir a su víctima a la que había querido hacer su cómplice; las llevó a una de sus heredades, de donde las dos desgraciadas mujeres no regresaron nunca. Nada alienta tanto como un primer crimen impune. Después de esta prueba, el duque rompió todos sus frenos. En cuanto alguien oponía a sus deseos el más ligero obstáculo, el veneno era empleado inmediatamente. De los asesinatos necesarios pasó pronto a los de la voluptuosidad; concibió esta desgraciada perversión que nos hace encontrar placer en los males de los demás; se dio cuenta de que una conmoción violenta impuesta a un adversario cualquiera proporciona al conjunto de nuestros nervios una vibración cuyo efecto, al irritar los espíritus animales que circulan en la concavidad de dichos nervios, los obliga a presionar los nervios erectores y a producir, tras esta sacudida, lo que se llama una sensación lúbrica. En consecuencia, empezó a cometer robos y asesinatos, teniendo como único principio el desenfreno y el libertinaje, de la misma manera que otro, para inflamar estas mismas pasiones, se contenta con ir a una casa pública. A los veintitrés años, junto con tres de sus compañeros de vicio, a los cuales había inculcado su filosofía, decidió detener una diligencia en pleno camino real, violar tanto a las mujeres como a los hombres, asesinarlos después, apoderarse del dinero del que no tenían ninguna necesidad y encontrarse los tres, aquella misma noche, en un baile de la Opera a fin de tener una coartada. Este crimen fue cometido: dos encantadoras señoritas fueron violadas y asesinadas en los brazos de su madre, y a eso pueden añadirse muchos otros horrores, pero nadie sospechó nada. Cansado de una esposa encantadora que su padre le había dado antes de morir, el joven Blangis no tardó en mandarla a hacer compañía a los manes de su madre, de su hermana y de sus otras víctimas, y esto para poder casarse con una doncella muy rica, pero públicamente deshonrada, y que él sabía bien que era la amante de su hermano. Era la madre de Aline, una de las protagonistas de nuestra novela, de la cual se ha hablado antes. Esta segunda esposa, pronto sacrificada como la primera, dio paso a una tercera, que pronto

también corrió la misma suerte que la segunda. Decíase que era su corpulencia lo que mataba a todas sus mujeres, y como su gigantismo era exacto en todos sus puntos, el duque dejaba que se propalase un rumor que velaba la verdad. Aquel coloso horrible daba la impresión, en efecto, de Hércules o de un centauro: el duque tenía una estatura de cinco pies y once pulgadas, miembros de gran fuerza y energía, articulaciones dotadas de tremendo vigor, nervios elásticos, y añádase a esto un rostro viril y fiero, grandes ojos negros, hermosas cejas oscuras, nariz aquilina, hermosos dientes, un aspecto de salud y frescura, robustos hombros, anchas espaldas, aunque bien torneadas, bellas caderas, nalgas soberbias, las más hermosas piernas del mundo, un temperamento de hierro, una fuerza de caballo y el miembro de un verdadero mulo, sorprendentemente velludo, dotado de la facultad de lanzar su esperma tantas veces como quisiera en un día, incluso a la edad de cincuenta años, que era los que tenía a la sazón, una erección casi continua de dicho miembro cuyo tamaño era de ocho pulgadas de circunferencia por doce de largo, y tendremos el verdadero retrato del duque de Blangis. Pero si esta obra maestra de la naturaleza era violento en sus deseos, ¿en qué se convertía, Dios mío, cuando la embriaguez de la voluptuosidad hacía presa en él? No era un hombre, sino un tigre furioso. ¡Desgraciado aquel que entonces servía a sus pasiones! Gritos espantosos, blasfemias atroces salían de su pecho hinchado, sus ojos llameaban, su boca soltaba espuma, relinchaba, se lo podía tomar por el dios de la lubricidad. Fuese cual fuese su manera de gozar entonces, sus manos necesariamente no sabían lo que hacían, y se le había visto más de una vez estrangular a una mujer en el momento de su pérfida descarga. Vuelto en sí, la despreocupación más completa sobre las infamias que acababa de permitirse tomaba pronto el lugar de su extravío, y de esta indiferencia, de esta especie de apatía, nacían casi inmediatamente nuevas chispas de voluptuosidad.

El duque, en su juventud había llegado a descargar su miembro dieciocho veces en un mismo día, sin que se lo viera más agotado la última vez que la primera. Siete u ocho veces seguidas no lo asustaban, a pesar de haber cumplido el medio siglo. Desde hacía casi veinticinco años se había habituado a la sodomía pasiva, cuyos ataques sostenía con el mismo vigor con que los devolvía activamente, un momento después, él mismo, cuando le gustaba cambiar de papel. En una apuesta había soportado hasta cincuenta y cinco asaltos en un día. Dotado, como hemos dicho, de una fuerza prodigiosa, le bastaba una mano para violar a una muchacha, cosa que había hecho varias veces. Un día apostó que ahogaría a un caballo entre sus piernas, y el animal reventó en el momento que el duque había indicado. Sus excesos en la mesa superaban, si ello es posible, los de la cama. La cantidad de víveres que tragaba era casi inconcebible. Hacía regularmente tres comidas al día, tan copiosas como largas, regadas con diez botellas de vino de Borgoña; había llegado a beberse treinta y estaba dispuesto a apostar contra cualquiera que llegaría hasta cincuenta, pero su embriaguez cobraba el cariz de sus pasiones, cuando los licores o los vinos le subían a la cabeza, se ponía tan furioso que era preciso amarrarlo. Y con todo eso, quién lo hubiera dicho, de tal modo es verdad que el alma responde bien mal a las disposiciones corporales, un niño resuelto hubiera espantado a aquel coloso, porque cuando para deshacerse de su enemigo no podía emplear sus trampas o la traición, se convertía en un ser tímido y cobarde, y la idea del combate menos peligroso incluso en igualdad de fuerzas, lo hubieran hecho huir hasta el fin del mundo. Sin embargo, como era costumbre, había intervenido en una o dos campañas militares, con tan poca honra que había tenido que abandonar el servicio. Sosteniendo su bajeza con tanto ingenio como descaro, pretendía altaneramente que siendo la cobardía un deseo de conservarse, era perfectamente imposible que la gente sensata la considerase como un defecto.

Conservando absolutamente los mismos rasgos morales y adaptándolos a una existencia física infinitamente inferior a la que acaba de ser trazada, tendremos el retrato del obispo de..., hermano del duque de Blangis. La misma negrura de alma, la misma inclinación al crimen, el mismo desprecio por la religión, el mismo ateísmo, la misma bellaquería, el espíritu más flojo y sin embargo más hábil y artero en perder a sus víctimas, pero con un talle más esbelto y ligero, un cuerpo canijo, de salud vacilante, nervios delicados, un refinamiento mayor en los placeres, facultades mediocres, un miembro muy común, incluso pequeño, pero manejado con tanta habilidad y eyaculando siempre tan poco que su imaginación continuamente inflamada lo hacía susceptible, como en el caso de su hermano, de gozar del placer con tanta frecuencia como éste; por otra parte, sus sensaciones eran de tal finura, sus nervios se excitaban hasta tal extremo, que a menudo se desmayaba en el instante de su descarga y casi siempre perdía el conocimiento.

Tenía cuarenta y cinco años, cara de rasgos delicados, muy bellos ojos, pero una boca perversa y dientes podridos, cuerpo blanco y sin vello, trasero pequeño y bien formado y un miembro de cinco pulgadas de circunferencia, por seis de largo. Idólatra de la sodomía, tanto la activa como la pasiva, y más de ésta que aquélla, se pasaba la vida haciéndose dar por el culo, y este placer, que nunca exige un gran consumo de fuerza, se acomodaba con lo menguado de sus medios. Más adelante hablaremos de sus otros gustos. Por lo que respecta a los placeres de la mesa, los llevaba casi tan lejos como su hermano, pero ponía en ellos un poco más de sensualidad. Monseñor, tan infame como su hermano mayor, tenía por otra parte ciertos rasgos que lo ponían al mismo nivel sin duda que las célebres hazañas del héroe que acabamos de pintar. Nos contentaremos con citar una, que bastará para que el lector vea de qué podía ser capaz tal hombre, y lo que sabía y podía hacer habiendo hecho lo que va a leerse:

Uno de sus amigos, hombre muy rico, había tenido en otro tiempo amores con una hija de buena familia de la que había tenido dos hijos, un niño y una niña. Sin embargo, nunca había podido casarse con ella, y la muchacha se casó con otro. El amante de esta desgraciada murió joven, pero dueño de una inmensa fortuna; sin parientes por los que sintiera afecto, decidió dejar sus bienes a los dos desgraciados frutos de sus amores.

En el lecho de muerte, confió su proyecto al obispo y le entregó las dos grandes dotes, que puso en dos carteras iguales, encomendándole la educación de los dos huérfanos y le pidió que entregase a cada uno de ellos lo que le correspondía cuando fueran mayores de edad. Al mismo tiempo, pidió al prelado que manejara los fondos de sus pupilos para que su fortuna se doblara. Le testimonió al mismo tiempo que deseaba que la madre ignorase siempre lo que hacía por sus hijos, y exigía que nunca se hablase del asunto con ella. Tomadas estas disposiciones, el moribundo cerró los ojos, y monseñor se vio dueño de cerca de un millón en billetes de banco y de dos niños. El miserable no dudó mucho en tomar su partido: el moribundo sólo había hablado con él, la madre debía ignorarlo todo, los hijos sólo tenían cuatro o cinco años. Hizo público que su amigo, antes de morir, había dejado sus bienes a los pobres, y desde ese mismo momento el infame se apoderó de ellos. Pero no era bastante arruinar a los dos infelices niños: el obispo, que nunca cometía un crimen sin maquinar otro inmediatamente, hizo retirar, con el consentimiento de su amigo, estos niños de la oscura pensión donde eran educados y los colocó en casa de personas de su confianza, decidido a convertirlos pronto en víctimas de sus pérfidas voluptuosidades. Cuidó de ellos hasta que llegaron a la edad de trece años. El primero que los cumplió fue el muchacho; se sirvió de él, lo sometió a todas sus orgías, y como era muy guapo se divirtió con él durante

unos ocho días. Pero la chiquilla no tuvo tanto éxito: llegó siendo fea a la edad prescrita, sin que nada detuviera sin embargo al lúbrico furor de nuestro canalla. Satisfechos sus deseos, temió que si dejaba vivir a aquellos muchachos descubriesen algo del secreto que se refería a ellos. Los condujo, pues, a una finca de su hermano, y convencido de encontrar en un nuevo crimen las chispas de lubricidad que el placer acababa de hacerle perder, inmoló a los dos a sus pasiones feroces y acompañó su muerte con episodios tan picantes y tan crueles que su voluptuosidad renació en el seno de los tormentos a que los sometió. El secreto es desgraciadamente demasiado seguro, y no hay libertino anclado en el vicio que no sepa en qué medida el asesinato influye en los sentidos y en qué medida determina una descarga voluptuosa. Esta es una verdad que el lector debe asimilar antes de emprender la lectura de una obra que tiene que desarrollar este sistema.

Tranquilo, después de perpetrados sus crímenes, monseñor regresó a París dispuesto a gozar del fruto de sus fechorías, y sin el menor remordimiento por haber traicionado las intenciones de un hombre incapaz, por su situación, de experimentar ni pena ni placeres.

El presidente Curval era el decano de la sociedad; de sesenta años de edad y singularmente gastado por el desenfreno, parecía un esqueleto. Era alto, enjuto, delgado, de ojos azules de apagado mirar, boca lívida y malsana, mentón saliente y nariz larga. Cubierto de vello como un sátiro, de espalda recta y nalgas blandas y colgantes, que parecían dos sucios paños de cocina oscilando encima de sus muslos, cuya piel aparecía magullada a fuerza de latigazos y tan curtida que no notaba cuando se la pellizcaban. En medio de todo esto veíase, sin que tuviera que separarse la carne, un orificio inmenso cuyo enorme diámetro, olor y color le hacían parecer más un catalejo que el agujero de un culo. Y, para colmo, entraba en los hábitos de este puerco de Sodoma dejar siempre esta parte de su cuerpo en tal estado de suciedad que velase siempre alrededor del ano un redondel de porquería de dos pulgadas de espesor. En la parte inferior del vientre tan arrugado como lívido y fofo, se veía en un bosque de pelos un instrumento que, en estado de erección, podía tener unas ocho pulgadas de largo por siete de circunferencia; pero dicho estado era muy raro y era necesaria toda una serie de circunstancias furiosas para lograr que se irguiera. Sin embargo, tenía aún erecciones por lo menos dos o tres veces por semana, y el presidente entonces enfilaba indistintamente todos los agujeros, aunque el del trasero de un joven era el que más le gustaba. El presidente se había hecho circuncidar, de modo que la cabeza de su miembro no estaba nunca cubierta, ceremonia que facilitaba mucho el placer y a la cual todas las personas voluptuosas deberían someterse. Aunque dicha ceremonia tiene por objeto mantener esta parte limpia, en el caso de Curval no era así: tan sucia como la otra, aquella cabeza pelona, naturalmente grande, resultaba por lo menos una pulgada más ancha que la circunferencia del miembro. Igualmente sucio en toda su persona, el presidente, que a esto añadía inclinaciones tan cochinas como su persona, era un personaje tan apestoso que acercarse a él no podía agradar a todo el mundo. Pero sus compinches no eran gente susceptible de escandalizarse por tan poca cosa y no le hablaban de ello. Pocos hombres había habido tan listos y desenfrenados como el presidente, pero completamente hastiado, absolutamente embrutecido, sólo le quedaban ya la depravación y la crápula del libertinaje. Se necesitaban más de tres horas 'de excesos, y de excesos de los más infames, para obtener de él un cosquilleo voluptuoso. En cuanto a la eyaculación, aunque tuviera lugar más a menudo que la erección, y casi una vez cada día, era difícil obtenerla o se lograba efectuando cosas tan singulares y a menudo tan crueles o sucias, que los agentes de su placer renunciaban a ello a menudo, lo que suscitaba en él una especie de cólera lúbrica que a veces surtía mejores efectos que los anteriores esfuerzos. Curval se encontraba tan hundido en el lodazal del vicio y del libertinaje, que le hubiera resultado

imposible hablar de otra cosa. Siempre tenía tanto a flor de labios como en el corazón, las más soeces expresiones, que entremezclaba con rudas blasfemias e imprecaciones surgidas del verdadero horror que experimentaba, como sus compañeros, por todo lo que se refería a la religión. Este desorden del espíritu, acrecentado aún por la embriaguez casi continua en la que le gustaba sentirse le daba desde hacía algunos años un aire de imbecilidad y de embrutecimiento que, según afirmaba, le era muy agradable.

Tan glotón como borracho, era el único que podía competir con el duque, y a lo largo de esta historia lo veremos realizar proezas que asombrarán sin duda a nuestros famosos comedores.

Desde hacía diez años, Curval no ejercía su cargo, no solamente porque estuviera incapacitado para ello: aunque hubiese podido desempeñarlo, creo que le habrían rogado que se abstuviera de ello todo la vida.

Curval había llevado una vida muy libertina, todos los extravíos le eran familiares, y quienes lo conocían particularmente sospechaban que debía a dos o tres asesinatos execrables la inmensa fortuna que poseía. Sea lo que fuere, es muy verosímil para la historia que sigue que esta especie de exceso tenía el arte de conmoverlo intensamente, y fue a causa de esta aventura, que, desgraciadamente, tuvo poca repercusión, por lo que fue excluido de la Corte. Vamos a contarla para dar al lector una idea de su carácter.

Cerca del palacio de Curval vivía un pobre mozo de cuerda, padre de una bella muchacha, que cometía la ridiculez de ser un hombre dotado de sentimientos. Más de veinte veces mensajes de todas clases habían tratado de corromper a aquel infeliz y a su mujer con proposiciones relativas a su hija, sin poder doblegarlos, y Curval, inspirador de aquellas embajadas, irritado por los continuos rechazos, no sabía qué hacer para gozar de la muchacha y para someterla a sus libidinosos caprichos. Cuando por fin decidió simplemente hundir al padre con el objeto de poder llevar a la hija a su cama. El medio fue tan bien concebido como ejecutado. Dos o tres bribones pagados por el presidente se cuidaron del asunto, y antes que terminara el mes el desgraciado mozo de cuerda se vio envuelto en un crimen imaginario supuesta mente cometido ante la puerta de su casa y que lo condujo pronto a los calabozos de la Conciergerie. El presidente, como podemos suponer, se encargó en seguida de este asunto, y como no tenía deseos de que el caso se alargara, en tres días, gracias a sus bribonadas y a su dinero, el desgraciado mozo de cuerda fue condenado al suplicio de la rueda, sin que hubiese cometido otro crimen que el de defender su honor y el de su hija.

Tras esto, el asedio volvió a empezar. Se habló con la madre, se le hizo ver que estaba en sus manos la suerte de su marido, que si daba satisfacción al presidente era claro que arrancaría a su marido de la suerte terrible que lo esperaba. Ya no era posible dudar. La mujer fue a aconsejarse; se sabía perfectamente a quien acudiría, y como los consejeros habían sido comprados, contestaron de inmediato que no había tiempo que perder. La desgraciada mujer lleva ella misma llorando a su hija a los pies de su juez; éste promete todo lo que se le pide, pero en realidad estaba muy lejos de cumplir su palabra. No solamente temía que el marido puesto en libertad armase ruido al advertir a qué precio había sido salvado, sino que el canalla experimentaba un placer más agudo haciéndose entregar lo que deseaba sin dar nada a cambio.

Sobre todo esto se habían ofrecido a su espíritu episodios de maldad que aumentaban su pérfida lubricidad. Y he aquí lo que maquinó para poner a la escena toda la infamia y la excitación que pudo:

Su palacio se encontraba delante de un lugar donde a veces se ejecutaba a criminales en

París, y como el delito se había cometido en aquel barrio, consiguió queda ejecución tuviese lugar sobre esta plaza en cuestión. A la hora indicada, hizo que la madre y la hija se encontrasen en palacio. Todo estaba bien cerrado por el lado de la plaza, de modo que en los aposentos donde tenía a sus víctimas no se veía nada de lo que estaba a punto de suceder. El canalla, que sabía la hora exacta de la ejecución, escogió aquel momento para desflorar a la muchacha en los brazos de su madre, y todo fue dispuesto con tanta habilidad y precisión, que el miserable eyaculaba en el culo de la doncella en el momento en que el padre expiraba. Una vez hubo terminado, dijo a sus dos doncellas, abriendo una ventana que daba a la plaza:

-Venid a ver... Venid a ver cómo he cumplido mi palabra.

Y las dos desgraciadas vieron, una de ellas a su padre y la otra a su marido, expirando bajo el hierro del verdugo. Ambas cayeron desmayadas, pero Curval lo había previsto todo. Este desmayo era su agonía: ambas fueron envenenadas y nunca volvieron a abrir los ojos. Por más que se cuidó de envolver este crimen, en las sombras del más profundo misterio algo trascendió: se ignoró la muerte de las dos mujeres, pero se sospechó vivamente de prevaricación en_ el asunto del marido. El motivo fue a medias conocido, y el resultado de todo ello fue su retiro. Desde aquel momento, Curval, sin necesidad ya de guardar el decoro, se precipitó en un nuevo océano de errores y crímenes. Se hizo buscar víctimas por todas partes para inmolarlas a la perversidad de sus gustos. Por un refinamiento de crueldad atroz, y sin embargo fácil de comprender, la clase del infortunio era la preferida para lanzar los efectos de su pérfida rabia. Tenía algunas mujeres que le buscaban noche y día, en las buhardillas y zahurdas todo lo de más desvalido que la miseria podía ofrecer, y bajo el pretexto de socorrer, las envenenaba, cosa que era uno de sus pasatiempos favoritos, o bien las atraía a su casa y las inmolaba él mismo a la perversidad de sus gustos. Hombres, mujeres, niños, todo era bueno para su pérfida rabia, y cometía excesos que lo hubieran podido llevar mil veces al cadalso si su nombre y su oro no lo hubiesen evitado. Fácil es comprender que un ser así se hallaba tan apartado de la religión como sus compañeros; la detestaba sin duda tan soberanamente como ellos, pero había hecho más para extirparla de los corazones, porque, aprovechándose del ingenio que poseía para escribir contra ella: era el autor de varias obras cuyos efectos habían sido prodigiosos, y estos éxitos, que recordaba continuamente, eran una de sus más caras voluptuosidades.

Cuanto más multiplicamos los objetos de nuestros goces... (1).

(a)... los débiles años de la infancia.

(b) Durcet tiene cincuenta y tres años, es bajo, gordo y robusto, rostro agradable y fresco, la piel muy blanca, todo el cuerpo y principalmente las caderas y las nalgas, completamente como de una mujer, su culo es rozagante, firme y rollizo, pero excesivamente abierto por el hábito de la sodomía, su pito es extraordinariamente pequeño, apenas tiene dos pulgadas de circunferencia por cuatro de largo, nunca se empalma, sus descargas son escasas y penosas, poco abundantes y siempre precedidas de espasmos que lo ponen en un estado de furor que lo lleva al crimen, tiene senos como una mujer, una voz dulce y agradable y es muy honrado en sociedad, aunque tenga una cabeza tan depravada como la de sus amigos. Compañero de escuela del duque, todavía se divierten juntos diariamente. Uno de los grandes placeres de Durcet consiste en hacerse cosquillear el ano por el enorme miembro del duque.

Tales son, en una palabra, querido lector, los cuatro criminales con los cuales voy a hacerte pasar algunos meses. Te los he descrito lo mejor que he podido para que los conozcas a fondo y para que nada te asombre en el relato de sus diferentes extravíos. Me ha sido imposible entrar en el detalle particular de sus gustos, porque al relatarlos hubiera

perjudicado el interés de la obra y a su plan principal. Pero a medida que el relato avance, no habrá más que seguirlos con atención y se descubrirán más fácilmente sus pecados habituales y la clase de manía voluptuosa que más les agrada a cada uno. Todo lo que ahora puede decirse grosso modo, es que eran generalmente susceptibles al placer de la sodomía, que los cuatro se hacían encular regularmente e idolatraban los culos.

(1) Colóquese aquí el retrato de Durcet que se encuentra en el cuaderno 18, encuadernado en rosa, y después de haber terminado este retrato con las palabras de los cuadernos... (a), prosígase así (b):

El duque, sin embargo, debido a su gran corpulencia y más bien, sin duda, por crueldad que por gusto, jodía también coños con el mayor placer.

El presidente también lo hacía a veces, pero más raramente.

En cuanto al obispo, los detestaba tan soberanamente que su sola presencia lo habría desempalmado por seis meses. Sólo había jodido uno en su vida, el de su cuñada, y con la intención de tener un hijo que pudiese procurarle un día los placeres del incesto. Ya hemos visto cómo logró sus propósitos.

Por lo que respecta a Durcet, idolatraba el culo por lo menos con tanto ardor como el obispo, pero gozaba de él de una manera más accesoria; sus ataques favoritos se dirigían contra un tercer templo. Más adelante nos será descifrado este misterio. Terminemos con los retratos esenciales para la comprensión de esta obra y demos ahora a los lectores una idea de las cuatro esposas de estos respetables maridos.

¡Qué contraste! *Constance*, la esposa del duque e hija de Durcet, era una mujer alta, delgada, digna de ser pintada, y formada como si las Gracias se hubiesen complacido en embellecerla, pero la elegancia de su talle no superaba en nada a su frescor, era rolliza, y las formas más deliciosas, que se ofrecían bajo una piel más blanca que los lirios, suscitaban la idea de que el mismo Amor se había tomado la molestia de modelarla. Su rostro era un poco alargado, de rasgos extraordinariamente nobles, con más majestad que gentileza y más autoridad que finura. Sus ojos eran grandes, negros, y llenos de fuego, su boca extremadamente pequeña, y adornada con los más hermosos dientes que se pudiese sospechar, tenía la lengua delgada, estrecha, de un bello color rojo, y su aliento era más dulce que el olor de las rosas. Sus senos eran rotundos, firmes y blancos como el alabastro, sus flancos descendían deliciosamente hasta el culo más artísticamente formado que la naturaleza había producido desde hacía mucho tiempo. Era completamente redondo, no muy grande pero firme, blanco, rollizo, y sólo se entreabría para ofrecer el agujerito más limpio, más gracioso y más delicado. Un leve matiz rosado coloreaba este culo, encantador asilo de los más dulces placeres de la lubricidad. Pero, ¡gran Dios!, ¡cuán poco tiempo conservó tantos atractivos! Cuatro o cinco ataques del duque marchitaron pronto todas las gracias, y Constance, después de su matrimonio, pronto no fue más que la imagen de un hermoso lirio que la tempestad acaba de tronchar. Dos muslos redondos y perfectamente- moldeados sostenían otro templo menos delicioso sin duda pero que ofrecía al partidario de éste tanto atractivos que sería inútil que mi pluma tratara de pintarlos. Constance era más o menos virgen cuando el duque se casó con ella, y su padre, el único hombre que ella había conocido, la había dejado, como se ha dicho, perfectamente entera por ese lado. Los más hermosos cabellos negros que caían en bucles naturales por encima de sus hombros y, cuando se quería, llegaban hasta el lindo vello del mismo color que sombreaba ese coñito

voluptuoso, se convertían en un nuevo adorno que hubiera hecho mal en omitir, y acababa de prestar a aquella criatura angélica, que debía tener unos veintidós años, todos los encantos que la naturaleza puede prodigar a una mujer. A todos sus atractivos Constance añadía un espíritu justo, agradable y más elevado de lo que podía esperarse de la triste situación en que la había colocado la suerte y cuyo horror ella sentía completamente, y con una sensibilidad menos delicada hubiera sido sin duda más feliz.

Durcet, que la había educado más como una cortesana que como una hija, y que sólo se había preocupado por darle más buenas maneras que moralidad, no había podido sin embargo destruir en su corazón los principios de honradez y virtud con que la naturaleza la había dotado. No tenía religión, nunca se le había hablado de ella, jamás se le había permitido que la practicase, pero todo esto no había apagado en ella ese pudor, esa modestia natural que es independiente de las quimeras religiosas y que, en un alma honesta y sensible, difícilmente se desvanecen. No había abandonado nunca la casa de su padre, y el miserable la había utilizado para sus crapulosos placeres desde la edad de doce años. Ella encontró mucha diferencia en los que el duque gozaba con ella, su físico se alteró sensiblemente a causa de ello, y al día siguiente de haber sido desvirgada sodomíticamente por el duque cayó gravemente enferma. Creyóse que el recto había sido absolutamente perforado, pero su juventud, su salud y el efecto de algunos medicamentos devolvieron pronto al duque el uso de esta vía prohibida, y la desgraciada Constance, obligada a habituarse a este suplicio diario, y que no era el único, se restableció completamente y se acostumbró a todo.

Adélaïde, mujer de Durcet e hija del presidente, era quizás una belleza superior a Constance, pero de un tipo completamente distinto. Tenía veinte años, bajita, delgada, fina y frágil, hecha para ser pintada, y con los más hermosos cabellos rubios que puedan verse. Un aire de interés y sensibilidad envolvía toda su persona, especialmente en los rasgos de su cara, le daba el aspecto de una heroína de novela. Sus ojos, extraordinariamente grandes, eran azules y expresaban a la vez ternura y decencia. Dos largas y finas cejas, regularmente trazadas, adornaban una frente poco elevada pero de una nobleza y un atractivo tal que era el templo del pudor mismo. Su nariz estrecha, un poco apretada en la parte superior, descendía insensiblemente en una forma semiaquilina. Sus labios eran delgados y de un color rojo vivo, y su boca, un poco grande, era el único defecto de su celeste rostro, sólo se abría para dejar ver treinta y dos perlas que la naturaleza parecía haber sembrado entre rosas. Tenía el cuello un poco largo, singularmente modelado, y por una costumbre bastante natural, la cabeza siempre inclinada hacia el hombro derecho, sobre todo cuando escuchaba. ¡Pero cuánta gracia la prestaba esta interesante actitud! Su pecho era pequeño muy redondo y firme, pero apenas podían llenar una mano. Eran como dos pequeñas manzanas que el Amor, retozando, había llevado allí tras haberlas robado del jardín de su madre. Tenía el pecho ligeramente hundido y muy delicado, el vientre liso y como si de raso y un montecito rubio con poco vello servía de peristilo al tempo donde Venus parecía exigir su homenaje. Este templo era estrecho, hasta el punto de que no se podía introducir en él un dedo sin hacerla gritar de dolor, y sin embargo, gracias al presidente, desde hacía cerca de dos lustros, la pobre niña no era virgen, ni por este lado ni por el otro, delicioso, del que aún no hemos hablado. ¡Cuántos atractivos poseía este segundo templo, qué bella era la línea de sus flancos, qué corte de nalgas, cuánta blancura y rosicler reunidos! Pero el conjunto resultaba un poco pequeño. Delicada en todas sus formas, Adélaïde era más bien el esbozo que el modelo de belleza, parecía que la naturaleza sólo hubiese querido indicar en Adélaïde lo que había realizado tan majestuosamente en Constance. Si se entreabría ese culo delicioso, un botón de

rosa se ofrecía entonces a uno, y era en toda su frescura y en el rosicler más suave cómo la naturaleza quería presentarlo; ¡pero qué estrecho, qué pequeño!, tanto, que sólo con infinitos trabajos había podido triunfar el presidente, dos o tres veces nada más, en sus ataques.

Durcet, menos exigente, la hacía poco desgraciada sobre este objeto, pero desde que ella era su mujer, ¡con cuántas complacencias crueles, con qué cantidad de otras sumisiones peligrosas tenía que comprar este pequeño beneficio! Y por otra parte, entregada a los cuatro libertinos, en virtud del convenio establecido, ¡cuántos crueles asaltos la esperaban, de la índole de los que agradaban a Durcet, y a todos los otros!

Adélaïde tenía un espíritu acorde con su rostro, es decir, extremadamente romanticón; eran los lugares solitarios los que con más placer, buscaba, y en ellos derramaba a menudo lágrimas involuntarias, lágrimas que no se sabe bien a qué obedecen y que diríase que el presentimiento arranca a la naturaleza. Había perdido, hacía poco tiempo, a una amiga que idolatraba, y esta terrible pérdida estaba continuamente presente en su imaginación. Como ella conocía a su padre perfectamente bien, y sabía hasta donde llevaba sus extravíos, estaba persuadida de que su joven amiga había sido víctima de las maldades del presidente, porque éste nunca había podido convencerla de que le concediese ciertas cosas, lo cual nada tenía de inverosímil. Pensaba que algún día sufriría la misma suerte, cosa que nada tenía de improbable. El presidente no se había tomado, en cuanto a la religión, ninguna molestia con ella, como había hecho Durcet con Constance, se había limitado a dejar que naciera y, se fomentara, el prejuicio, pensando que sus discursos y sus libros la destruirían fácilmente. Se engañó: la religión es el alimento de un alma como la que tenía Adélaïde. Por más que el presidente predicó y la hizo leer a la joven, continuó siendo una devota, y todos los extravíos del presidente, que ella no compartía, que odiaba y de los que era víctima, estaban lejos de aniquilar las quimeras que constituían la felicidad de su vida. Se ocultaba para rezar a Dios, se escondía para cumplir sus deberes de cristiana, y siempre era castigada severamente por su padre o por su marido cuando cualquiera de ellos la descubría entregada a sus devociones.

Adélaïde lo aguantaba todo con paciencia, persuadida de que el Cielo la premiaría algún día. Por otra parte, su carácter era tan dulce como su espíritu, y su bondad, una de las virtudes que la hacían más detestable para su padre, no tenía límites. Curval, irritado contra esa clase vil de la indigencia, sólo intentaba humillarla, envilecerla más o encontrar víctimas en ella. Su generosa hija, al contrario, se hubiera privado de su propio sustento para que lo tuviera el pobre y a menudo se la había visto ir a llevar a hurtadillas todas las cantidades destinadas para sus placeres. Por fin, Durcet y el presidente la reprendieron y frenaron tan bien, que la corrigieron de este abuso, y la privaron de todos sus medios. Adélaïde, no teniendo más que lágrimas para ofrecer a los infortunados, iba todavía a derramarlas sobre sus males, y su corazón impotente, pero siempre sensible, no podía dejar de ser virtuoso. Un día se enteró de que una desgraciada mujer iba a llevar a prostituir a su hija al presidente, debido a su extrema miseria. Ya se disponía el encantado libertino a gozar de este placer, que era uno de sus preferidos; enseguida Adélaïde hizo vender secretamente uno de sus trajes, dispuso que se entregara el dinero a la madre y, mediante esta ayuda y un sermón, pudo apartarla del crimen que iba a cometer. Al enterarse de esto el presidente, y como su hija todavía no estaba casada, la hizo objeto de tales violencias que la muchacha tuvo que guardar cama durante quince días, sin que ello cambiara en nada los tiernos sentimientos de aquella alma sensible.

Julie, mujer del presidente e hija mayor del duque, hubiera eclipsado a las dos precedentes de no haber sido por un defecto capital para muchas personas y que tal vez había sido

decisivo en la pasión que Curval experimentaba por ella, tan es verdad que los efectos de las pasiones son inconcebibles y que su desorden, fruto del hastío y la saciedad, sólo se puede comparar con sus extravíos. Julie era alta, bien formada, aunque gruesa y rolliza, con los más bellos ojos oscuros posibles, nariz encantadora, rasgos salientes y graciosos, cabellos muy castaños, cuerpo blanco y deliciosamente regordete, un culo que hubiera podido servir de modelo para el que esculpió Praxíteles, el coño caliente, estrecho y de un goce tan agradable como puede serlo un local así, bellas piernas y encantadores pies; pero la boca peor ornada, los dientes más podridos, y llevaba el cuerpo tan sucio, principalmente los dos templos de la lubricidad, que ningún otro ser, lo repito, ningún otro ser excepto el presidente, poseedor del mismo defecto y amándolo, ningún otro ser seguramente, a pesar de sus atractivos, se hubiera liado con Julie. Pero Curval estaba loco por ella; sus más divinos placeres los libaba en aquella boca repugnante, entraba en delirio cuando la besaba, y en cuanto a su natural suciedad, estaba bien lejos de reprochársela, al contrario, la estimulaba y finalmente había obtenido que ella se divorciara completamente del agua. A estos defectos, Julie añadía algunos otros, pero menos desagradables sin duda: era muy glotona, inclinada a las borracheras, poco virtuosa y creo que, si se hubiese atrevido, el puterío no la hubiese asustado. Educada por el duque en una ignorancia total de principios y maneras, ella adoptaba esta filosofía; pero por un efecto muy extravagante del libertinaje, sucede a menudo que una mujer que tiene nuestros defectos nos gusta mucho menos en nuestros placeres que otra que sólo tiene virtudes: una se nos parece, y no la escandalizamos; la otra se asusta, lo cual resulta un atractivo mucho más seguro.

El duque, a pesar de lo enorme de su construcción había gozado de su hija, pero se había visto obligado a esperarla hasta los quince años, y a pesar de eso no había podido evitar que saliese muy estropeada de la aventura, y de tal manera que, teniendo deseos de casarla, se había visto obligado a interrumpir sus placeres y a contentarse con ella con placeres menos peligrosos aunque igualmente cansados. Julie ganaba poco con el presidente, cuyo miembro, como sabemos era muy gordo, y por otra parte, aunque ella era sucia por negligencia, no le gustaba la inmundicia de las orgías del presidente, su querido esposo.

Aline, hermana menor de Julia y realmente hija del obispo estaba muy lejos de las costumbres, del carácter y de los defectos de su hermana.

Era la más joven de las cuatro, apenas había cumplido los dieciocho años; tenía un rostro fresco y casi travieso, ojos oscuros llenos de vivacidad y expresivos, nariz pequeña y una boca deliciosa, talle bien formado aunque un poco ancho, bien carnoso, la piel un poco morena pero suave y bonita, el culo un poco grande pero bien moldeado, el conjunto de las nalgas más voluptuoso que pueda presentarse a los ojos del libertino, un monte oscuro y bonito, el coño un poco bajo, lo que se llama a la inglesa, pero perfectamente estrecho y cuando fue ofrecida a la asamblea era totalmente virgen. Lo era todavía cuando se celebró la partida del placer cuya historia escribimos, y ya veremos cómo fueron destruidas estas primicias. Por lo que respecta a las del culo, el obispo gozaba de él tranquilamente cada día, pero sin haber logrado dar gusto a su querida hija, la cual, a pesar de su aspecto travieso y risueño, sólo se prestaba sin embargo por obediencia y no había demostrado aún que el más ligero placer le hiciera compartir las infamias de que era diariamente víctima. El obispo la había dejado en una ignorancia absoluta, apenas sabía leer y escribir e ignoraba completamente lo que era la religión. Su espíritu natural era pueril, contestaba con chuscadas, jugaba, quería mucho a su hermana, detestaba soberanamente al obispo y temía al duque como al fuego. El día de las bodas, cuando se vio desnuda en medio de cuatro hombres, lloró y dejó que hicieran con ella lo que quisiesen sin placer y sin ánimos. Era sobria, muy

limpia y sin otro defecto que el de la pereza, reinando la indolencia en todas sus acciones y en toda su persona, a pesar del aire de vivacidad que había en sus ojos. Odiaba al presidente casi tanto como a su tío, y Durcet, que no tenía miramientos con ella, era sin embargo el único que, al parecer, no le inspiraba ninguna repugnancia.

Tales eran, pues, los ocho principales personajes con los cuales te haremos vivir, querido lector. Es hora ya de que te descubramos el objeto de los placeres singulares que se proponían:

Es aceptado por los verdaderos libertinos que las sensaciones transmitidas por el órgano del oído son las que halagan más e impresionan más vivamente; en consecuencia, nuestros cuatro criminales, que querían que la voluptuosidad penetrase en sus corazones lo más profundamente posible, habían imaginado a tal efecto una cosa bastante singular.

Se trataba, después de haberse rodeado de todo lo que mejor podía satisfacer a los otros sentidos mediante la lubricidad, de hacer que se narrara con todo lujo de detalles, y por orden, todos los diferentes extravíos de esta orgía, todas sus ramificaciones, todos sus escarceos, lo que se llama, en una palabra, en el idioma del libertinaje, todas las pasiones. Es difícil imaginar hasta qué punto las varía el hombre cuando su imaginación se inflama, su diferencia entre ellos, excesiva en todas sus manías, en todos sus gustos,' lo es todavía más en este caso y quien pudiese fijar y detallar estos extravíos haría tal vez uno de los mejores trabajos sobre las costumbres, y quizás uno de los más interesantes. Se trataba, pues, en primer lugar, de hallar personas en condiciones de dar cuenta de todos esos excesos, de analizarlos, alargarlos, detallarlos y, a través de todo ello, comunicar interés al relato. Tal fue, en consecuencia, el partido que se tomó. Después de un sin fin de informaciones y averiguaciones, hallaron cuatro mujeres que estaban ya de vuelta —era lo que se necesitaba, puesto que en esta situación la experiencia era lo más esencial-. Cuatro mujeres, digo, que habían pasado sus vidas en orgías desenfrenadas, y que se hallaban en situación de ofrecer un relato exacto de sus aventuras; y como se había procurado escogerlas dotadas de cierta elocuencia y de una contextura de espíritu apta para lo que de ellas se exigía, después de haber sido escuchadas una y otra vez, las cuatro se encontraron en disposición de contar, cada una en las aventuras de su vida, los extravíos más extraordinarios del libertinaje, y esto dentro de tal orden, que la primera, por ejemplo, introduciría en el relato de los acontecimientos de su vida las ciento cincuenta pasiones más sencillas y las desviaciones menos rebuscadas o las más ordinarias, la segunda, en un mismo marco, un número igual de pasiones más singulares y de uno o varios hombres con varias mujeres, la tercera, igualmente, en su historia, debería introducir ciento cincuenta manías de las más criminales e insultantes para las leyes, la naturaleza y la religión, y como todos estos excesos conducen al asesinato, y estos asesinatos cometidos por el libertinaje varían hasta el infinito, y tantas veces como la imaginación inflamada del libertino adopta diferentes suplicios, la cuarta tendría que añadir a los acontecimientos de su vida el relato detallado de ciento cincuenta diferentes torturas de esas. Mientras tanto, nuestros libertinos, rodeados, como he dicho antes, de sus mujeres y de varios otros sujetos de toda índole, deberían escuchar, se inflamarían y acabarían por apagar, con sus mujeres o con esos diferentes sujetos, el incendio que las narradoras hubiesen producido. Nada hay sin duda más voluptuoso en este proyecto como la manera lujuriosa con que se procedió, y por esta manera y los diferentes relatos que formarán esta obra, es por lo que yo aconsejo, después de esta exposición, que toda persona devota lo deje enseguida si no quiere ser escandalizada, porque el plan es poco casto y nosotros respondemos por anticipado que la ejecución del mismo lo será mucho menos. Como las cuatro actrices de

que se trata aquí representan un papel muy importante en estas memorias, creemos, aunque por ello tengamos que pedir excusas al lector, estar obligados a pintarlas. Ellas contarán, actuarán. Después de esto, ¿es posible dejarlas en el anonimato? No se esperen retratos de bellezas, aunque hubo sin duda el proyecto de servirse físicamente y moralmente de estas cuatro criaturas; sin embargo, no fueron ni sus atractivos ni su edad lo determinante aquí, sino únicamente su espíritu y su experiencia, y en este sentido era imposible ser mejor servido de lo que se fue.

La señora Duclos era el nombre de la que se encargó del relato de las ciento cincuenta pasiones simples. Era una mujer de cuarenta y ocho años, bastante fresca todavía, que tenía grandes restos de belleza, hermosos ojos, piel muy blanca y uno de los más hermosos y rollizos culos que se puedan ver, la boca fresca y limpia, los senos soberbios, hermosos cabellos castaños, cintura ancha, pero esbelta, y todo el aire de una muchacha distinguida. Había pasado su vida, como se verá luego, en sitios donde había podido estudiar lo que iba a relatar, y se veía que lo haría con ingenio, facilidad e interés.

La señora Champville era una mujer alta de unos cincuenta años, delgada, bien formada, de porte y mirada muy voluptuosos; fiel imitadora de Safo, esto se delataba hasta en sus menores movimientos, en los gestos más sencillos y en sus más cortas frases. Se había arruinado manteniendo a mujeres, y sin esta inclinación a la cual sacrificaba generalmente todo lo que podía ganar en el mundo, hubiese podido vivir de una manera holgada. Había sido durante mucho tiempo una prostituta, y desde hacía algunos años practicaba a su vez el oficio de alcahueta, pero se limitaba a cierto número de individuos, todos disolutos y de cierta edad; jamás recibía a gente joven, y esta conducta prudente y lucrativa apuntalaba un poco sus negocios. Había sido rubia, pero un color menos brillante empezaba a aparecer en su cabellera. Sus ojos eran muy hermosos, azules y con una expresión muy agradable. Su boca era bella, todavía fresca y con toda su dentadura, sus senos eran casi inexistentes, un vientre sin nada de particular, nunca había inspirado deseo, el monte de Venus un poco prominente y el clítoris saliente, de unas tres pulgadas, cuando se calentaba al hacerle cosquillas en esta parte de su cuerpo, podía tenerse la seguridad de ver que casi se desmayaba, especialmente si el servicio se lo hacía una mujer. Su culo era muy fofo y resabiado, completamente fláccido y marchito, y tan curtido por hábitos libidinosos que nos contará su historia, que podía hacerse en él todo lo que uno quisiera sin que ella lo advirtiese. Cosa bastante singular y muy rara en París sobre todo, es que era virgen por ese lado, como una muchacha que sale del convento, y quizás sin la maldita orgía en que tomó parte con gente que sólo quería cosas extraordinarias, y a quién por consiguiente agradó ésta, tal vez, digo, sin dicha orgía esta particular virginidad hubiera muerto con ella.

La Martaine, una gorda mamá de cincuenta y dos años, mujer rozagante y sana y dotada de las más voluminosas y bellas posaderas que puedan tenerse ofrecía todo lo contrario de la aventura. Su vida había transcurrido en el desenfreno sodomita, y estaba tan familiarizada con ello que sólo gozaba por ese lado. Como una malformación de la naturaleza (estaba obstruida) le había impedido conocer otra cosa, se había entregado a esta clase de placer, arrastrada por esta imposibilidad de hacer otra cosa y por sus primeros hábitos, y continuaba en la práctica de esta lubricidad en la que se asegura que era aún deliciosa, desafiándolo todo y no temiendo nada. Los más monstruosos instrumentos no la asustaban, hasta los prefería, y la continuación de estas memorias nos la presentará tal vez combatiendo valerosamente bajo las banderas de Sodoma como el más intrépido de los bribones. Tenía unos rasgos

bastante graciosos, pero un aire de languidez y debilidad empezaba a marchitar sus atractivos, y sin su gordura, que aún la sostenía, hubiera podido pasar por muy avejentada.

En lo que atañe *a la Desgranges*, era el vicio y la lujuria personificados: alta, delgada, de cincuenta y seis años, un aspecto lívido y descarnado, con los ojos apagados y los labios muertos, ofrecía la imagen del crimen a punto de perecer por falta de fuerzas. Muchos años atrás había sido morena y decíase que había poseído un hermoso cuerpo; mas poco a poco se había convertido en un esqueleto que sólo podía inspirar repugnancia. Su culo marchito, usado, marcado, desgarrado, parecía más bien cartón cuero que piel humana, y el agujero era tan ancho y arrugado que un grueso miembro podía penetrarlo a pelo sin que ella lo advirtiera. Para colmo de atractivos, esta generosa atleta de Citerea, herida en varios combates, tenía una teta de menos y tres dedos cortados. Cojeaba, le faltaban seis dientes y un ojo. Tal vez sepamos qué clase de ataques había soportado para salir tan maltrecha; pero lo cierto es que nada la había corregido, y si su cuerpo era la imagen de la fealdad, su alma era el receptáculo de todos los vicios y de todas las fechorías más inauditas: incendiaria, parricida, incestuosa, sodomita, tortillera, asesina, envenenadora, culpable de violaciones, robos, abortos y sacrilegios, se podía afirmar con razón que no había un solo crimen en el mundo que aquella bribona no hubiese cometido o hecho cometer. En la actualidad era alcahueta; era una de las abastecedoras tituladas de la sociedad, y como a su mucha experiencia unía una jerga bastante agradable, había sido escogida para ser la cuarta narradora, es decir, aquella en cuyo relato se encontrarían más horrores e infamias. ¿Quién mejor que una criatura que los había cometido todos podía representar aquel personaje?

Halladas estas mujeres, y halladas en todo tal como se las deseaba, fue preciso ocuparse de los accesorios. Al principio se había deseado rodearse de un gran número de objetos lujuriosos de los dos sexos, pero cuando se hubo comprobado que el local donde esta lúbrica fiesta podría efectuarse cómodamente era aquel mismo castillo en Suiza que pertenecía a Durcet y al que había mandado a la pequeña Elvire, que este castillo no muy grande no podría albergar a tantos habitantes y que además podía resultar indiscreto y peligroso llevar allá tanta gente, se limitaron a treinta y dos las personas, incluidas las narradoras, a saber: cuatro de esta clase, ocho muchachas, ocho- muchachos, ocho hombres dotados de miembros descomunales para las voluptuosidades de la sodomía pasiva y cuatro sirvientes. Pero todo esto se deseaba refinado; transcurrió un año entero dedicado a tales de talles, se gastó muchísimo dinero, y he aquí las precauciones que se tomaron respecto a las ocho muchachas con el fin de disponer de lo más delicioso que podía ofrecer Francia: dieciséis alcahuetas inteligentes, con dos ayudantes cada una de ellas, fueron enviadas a las dieciséis principales provincias de Francia, aparte de otra que trabajaba sólo en París con el mismo objeto. Cada una de estas celestinas fue citada en una de las fincas del duque, cerca de París, en donde debían presentarse todas en la misma semana, diez meses después de su partida, ese fue el tiempo que se les dio para su búsqueda. Cada una de ellas tenía que llevar nueve personas, lo cual significaba un total de ciento cuarenta y cuatro muchachas, de las cuales sólo ocho serían escogidas.

Se había recomendado a las alcahuetas que sólo prestaran atención a la alcurnia, virtud y delicioso rostro; debían buscar principalmente en las casas honestas, y no se les permitía ninguna muchacha que no hubiese sido robada o de un convento de pensionistas de calidad o del seno de su familia, y de una familia distinguida. Toda la que no estuviera por encima de la clase burguesa, y que dentro de las clases superiores no fuese muy virtuosa y perfectamente virgen, era rechazada sin misericordia; muchos espías vigilaban las gestiones

de estas mujeres e informaban inmediatamente a la sociedad acerca de lo que hacían.

Por la persona que cumplía las mencionadas condiciones se pagaba treinta mil francos, con todos los gastos pagados. Es inaudito lo que todo aquello costó. En lo que concierne a la edad, se había fijado entre los doce y quince años, y todo lo que estuviese por encima o por debajo era absolutamente rechazado. Mientras tanto, de la misma forma, los mismos medios y los mismos gastos, situando igualmente la edad entre doce y quince años, diecisiete agentes de sodomía recorrían la capital y las provincias, y su cita en la finca del duque se había fijado para un mes después de la elección de las muchachas. En cuanto a los jóvenes que designaremos desde ahora con el nombre de jodedores, fue la medida de su miembro lo único que se tuvo en cuenta: no se quería nada por debajo de diez o doce pulgadas por siete y medio de circunferencia. Ocho hombres trabajaron en este asunto en todo el reino, y se les citó para un mes después de la entrevista de los jóvenes. Aunque la historia de estas elecciones y entrevistas se aparte de nuestro tema, no queda fuera de propósito decir algunas palabras aquí para mejor dar a conocer aún el genio de nuestros cuatro héroes; me parece que todo lo que sirve para describirlos y arrojar luz sobre una orgía tan extraordinaria como la que vamos a describir no puede ser considerado como un entremés.

Cuando llegó el momento de la entrevista de las jóvenes, la gente se dirigió a la finca del duque. Como algunas alcahuetas no habían podido llegar al número de nueve, otras habían perdido algunos individuos por el camino, sea por enfermedad o por fuga, sólo llegaron ciento treinta a la cita, ¡pero cuántos atractivos, gran Dios!, nunca, creo, se vieron tantos reunidos. Se dedicaron trece días a este examen, y cada día se pasaba revista a diez. Los cuatro amigos formaban un círculo en medio del cual aparecía la muchacha, primero vestida tal como estaba en el momento de su rapto, y la alcahueta que la había corrompido contaba la historia; si faltaba algo a las condiciones de nobleza y virtud, la muchacha era rechazada sin ahondar más en el asunto, se marchaba sola y sin ningún tipo de socorro, y la alcahueta perdía todo el dinero que le hubiese costado la muchacha. Tras haber dado la alcahueta toda clase de detalles, se retiraba y se procedía a interrogar a la doncella para saber si lo que se había dicho de ella respondía a la verdad. Si todo era cierto, la alcahueta regresaba y levantaba las faldas de la muchacha por detrás a fin de mostrar sus nalgas a la asamblea; era lo primero en examinar. El menor defecto en esta parte motivaba su rechazo instantáneo; si por el contrario nada faltaba a este tipo de atractivos, se la hacía desnudar completamente y, en tal estado, la muchacha pasaba y volvía a pasar, cinco a seis veces seguidas, de uno a otro de los libertinos, los cuales la hacían girar, la manoseaban, la olían, la alejaban, le examinaban sus virginidades, pero todo esto de una manera fría, y sin que la ilusión de los sentidos viniera a turbar el examen. Tras esto, la chiquilla se retiraba, y al lado de su nombre escrito en un billete, los examinadores ponían *aceptada o rechazada, y* firmaban la nota; luego estos billetes se ponían en una caja, sin que ninguno de ellos se comunicasen sus ideas. Una vez examinadas todas, se abría la caja: para que una muchacha fuera aceptada era necesario que tuviese en su billete los cuatro nombres de los amigos a su favor. Si faltaba uno, era rechazada, y todas, inexorablemente, como he dicho, se marchaban a pie, sin ayuda y sin guía, excepto una docena quizás con las cuales se divirtieron nuestros libertinos, después de haber efectuado la elección, y después cedieron a sus respectivas alcahuetas.

En la primera vuelta hubo cincuenta personas rechazadas, fueron repasadas las otras ochenta, pero con más esmero y severidad; el más leve defecto significaba la inmediata exclusión. Una de ellas, bella como el día, fue rechazada porque tenía un diente un poco más alto que los otros; otras veinte muchachas fueron excluidas también porque sólo eran hijas de burgueses. Treinta saltaron en la segunda vuelta, no quedaban, pues, más que cincuenta.

Se resolvió no proceder a un tercer examen sin antes haber perdido el semen gracias a aquellas cincuenta mujeres, a fin de que la calma perfecta de los sentidos redundara en una elección más segura. Cada uno de los amigos se rodeó de un grupo de doce o trece de aquellas muchachas. Los grupos, dirigidos por las alcahuetas, iban de uno a otro. Se cambiaron tan artísticamente las actitudes, todo estuvo tan bien dispuesto, hubo en una palabra tanta lubricidad, que el esperma eyaculó, las cabezas se calmaron y treinta de ese último número desaparecieron aquel mismo día. Sólo quedaban veinte; todavía había doce de más. Se calmaron por nuevos medios, por todos los que se creía que harían nacer el hastío, pero las veinte permanecieron, ¿y qué hubiera podido suprimirse de un número de criaturas tan singularmente celestes que hubiérase dicho eran obra de la divinidad? Fue necesario, por lo tanto, entre bellezas iguales, buscar en ellas algo que pudiera al menos asegurar a ocho de ellas una especie de superioridad sobre las otras doce, y lo que propuso el presidente sobre esto era digno de su desordenada imaginación. No importa, el expediente fue aceptado; se trataba de saber cuál de ellas haría mejor una cosa que se les haría hacer a menudo. Cuatro días bastaron para decidir ampliamente esta cuestión, doce fueron despedidas, pero no en blanco como las otras; se gozó de ellas durante ocho días, y de todas las maneras. Luego, como he dicho, fueron cedidas a las alcahuetas, las cuales se enriquecieron pronto con la prostitución de personas tan distinguidas como aquellas. En cuanto a las ocho escogidas, fueron alojadas en un convento hasta el instante de la partida, y para reservarse el placer de gozar de ellas en el momento escogido, no fueron tocadas.

No me entretendré en pintar a estas bellezas: eran todas tan parejamente superiores que mis pinceles resultarían necesariamente monótonos; me contentaré con nombrarlas y afirmar de veras que es perfectamente imposible imaginarse tal conjunto de gracias, atractivos y perfecciones, y que si la naturaleza quisiera dar al hombre una idea de lo que ella puede formar de más sabio, no le presentaría otros modelos.

La primera se llamaba *Augustine:* tenía quince años, era hija de un barón del Languedoc y había sido robada de un convento de Montpellier.

La segunda se llamaba *Fanny:* era hija de un consejero del parlamento de Bretaña y robada del castillo mismo de su padre.

La tercera se llamaba *Zelmire:* tenía quince años, era hija del conde de Terville, que la idolatraba. La había llevado con él de caza a una de sus tierras de la Beauce y, habiéndola dejado sola, unos momentos en el bosque, fue raptada inmediatamente. Era hija única y, con una dote de cuatro cientos mil francos, debía casarse al año siguiente con un gran señor. Fue la que lloró y se apenó más por el horror de su suerte.

La cuarta se llamaba *Sophie:* tenía catorce años y era hija de un gentilhombre de holgada fortuna que vivía en sus tierras del Berry. Había sido raptada durante un paseo con su madre, la cual, al tratar de defenderla, fue arrojada a un río, donde la hija la vio morir, ante sus ojos.

La quinta se llamaba *Colombe:* era de París, hija de un consejero del Parlamento; tenía trece años y había sido raptada cuando regresaba con su aya, por la tarde, de su convento, a la salida de un baile infantil. El aya había sido apuñalada.

La sexta se llamaba *Hébé:* tenía doce años, era la hija de un capitán de caballería, hombre de alta condición que vivía en Orléans. La joven había sido seducida y raptada del convento donde se educaba; dos religiosas habían sido sobornadas con dinero. Era imposible imaginarse nada más seductor y más lindo.

La séptima se llamaba *Rosette:* tenía trece años, era hija de un teniente general de Chalon-sur-Saône. Su padre acababa de morir, ella se encontraba en el campo con su madre, y fue

raptada, ante los mismos ojos de su familia, por unos individuos disfrazados de ladrones.

La última se llamaba Mimi *o Michette:* tenía doce años, era hija del marqués de Senanges y había sido raptada en las tierras de su padre en el Borbonés mientras paseaba en una calesa acompañada de dos o tres mujeres del castillo, que fueron asesinadas. Como puede verse, los aprestos de estas voluptuosidades costaban mucho dinero y no pocos crímenes; con tales gentes, los tesoros importaban poco, y en cuanto a los crímenes, vivíase entonces en un siglo en que los asesinos no eran buscados y castigados como lo fueron después. Por lo tanto, todo salió a pedir de boca, y tan bien que nuestros libertinos no fueron nunca inquietados y apenas hubo pesquisas.

Llegó el momento del examen de los jóvenes. Como ofrecían más facilidades, su número fue mayor. Fueron presentados ciento cincuenta, y no exageraré al afirmar que por lo menos igualaban en belleza a las muchachas, tanto por sus deliciosos rostros como por sus gracias infantiles, su candor, su inocencia y su infantil nobleza. Eran pagados a treinta mil francos cada uno, el mismo precio que las muchachas, pero los alcahuetes no arriesgaban nada, porque como la caza era más fina y mucho más del gusto de nuestros amigos, se había decidido que no se ahorraría ningún gasto, que serían devueltos algunos, pero como antes serían utilizados se les pagaría igualmente.

El examen se efectuó como el de las mujeres, se pasó revista a diez cada día, con la precaución muy prudente, y que se había descuidado con las jóvenes, con la precaución, digo, de eyacular siempre mediante el ministerio de los diez presentados antes de proceder al examen. Casi se había querido excluir al presidente, porque se desconfiaba de la depravación de sus gustos; habían creído ser engañados en la elección de las mujeres por su maldita inclinación a la infamia y la degradación: él prometió no entregarse a sus excesos, y si cumplió su palabra no fue verosímilmente sin gran trabajo, porque una vez que la imaginación desbocada o depravada se ha acostumbrado a esa índole de ultrajes al buen gusto y a la naturaleza, ultrajes que la halagan tan deliciosamente, es muy difícil volver a llevarla al buen camino: parece que el deseo de servir sus gustos le arrebata la facilidad de ser dueña de sus juicios. Despreciando lo que es verdaderamente bueno, y sólo queriendo lo que es horrible, actúa como piensa y la vuelta a sentimientos más verdaderos le parece un insulto hecho contra principios de los cuales le disgustaría apartarse. Cien jóvenes fueron recibidos por unanimidad en las primeras sesiones, y fue necesario reconsiderar cinco veces los juicios emitidos para escoger el pequeño número que tenía que ser admitido. Por tres veces seguidas quedaron cincuenta jóvenes, tras lo cual se tuvo que acudir a medios singulares para rebajar el prestigio de los ídolos, se hiciera lo que se hiciera con ellos, y limitarse a los que deberían ser admitidos. Imaginóse disfrazarlos de muchachas: veinticinco desaparecieron tras esta astucia, que prestando a un sexo al que se idolatraba el aspecto de aquel del que se estaba hastiado los desvaloró y les arrebató casi toda la ilusión. Pero nada pudo hacer variar el escrutinio a los veinticinco últimos. Por más que se hizo, por más que se perdió semen, por más que no se escribió ningún nombre en billetes hasta el momento de la descarga, por más que se emplearon los medios seguidos con las muchachas, se mantuvieron los mismos veinticinco y tomóse el partido de sortearlos. He aquí los nombres que se dieron a los que permanecieron, con su lugar de nacimiento, edad y detalles de sus aventuras, ya que renuncio a hacer sus retratos: los rasgos del Amor no eran seguramente más delicados, y los modelos donde el Albano iba a escoger los rostros de sus ángeles divinos eran ciertamente muy inferiores.

Zélamir tenía trece años: era el hijo único de un gentilhombre de Poitou que lo educaba con toda suerte de cuidados en sus tierras. Lo habían enviado a Poitiers para que visitara a una pariente, acompañado por un solo criado, y nuestros rateros, que lo esperaban, asesinaron al criado y se apoderaron del niño.

Cupidon tenía la misma edad que el anterior: se encontraba en el colegio de la Flèche. Hijo de un gentilhombre de los alrededores de esta ciudad cursaba en ella sus estudios. Fue espiado y, raptado durante un paseo que los escolares daban el domingo. Era el muchacho más lindo de todo el colegio.

Narcisse tenía doce años; era caballero de Malta. Lo habían raptado en Rouen, donde su padre desempeñaba un cargo honorable y compatible con la nobleza; cuando fue raptado, viajaba hacia el colegio de Louis-le-Grand de París.

Zéphyr el más delicioso de los ocho, suponiendo que la excesiva belleza de todos hubiese hecho posible la elección, era de París, donde estudiaba en un célebre internado. Su padre era un oficial general que hizo todo lo posible en el mundo para recobrarlo sin conseguirlo; el dueño del internado había sido sobornado con dinero, y había entregado a siete muchachos, de los cuales seis habían sido desechados. Zéphyr había enloquecido al duque, quien aseguró que si hubiese sido necesario un millón para encular a aquel chiquillo, lo hubiera desembolsado inmediatamente. Se reservó las primicias, que le fueron concedidas. ¡Oh tierno y delicado niño, qué desproporción y suerte horrenda te estaba deparada!

Céladon era hijo de un magistrado de Nancy; fue raptado en Lunéville, a donde había ido para visitar a una tía. Acababa de cumplir catorce años. Fue el único seducido por medio de una chiquilla de su edad que se encontró el medio de lograr que se acercara a él. La pequeña bribona lo hizo caer en la trampa fingiendo que sentía amor por él, y como no era muy bien vigilado, el golpe tuvo éxito.

Adonis tenía quince años; fue raptado en el colegio Plessis, donde estudiaba. Era hijo de un presidente del Parlamento que por más que se quejó, hizo gestiones y removió cielo y tierra, como se habían tomado toda clase de precauciones, le fue imposible descubrir nada. Curval, que estaba loco por el muchachito desde que, dos años atrás, lo había conocido en casa de su padre, había facilitado los medios y los informes necesarios para corromperlo. Sorprendió mucho que un gusto tan razonable se albergase en una cabeza tan depravada, y Curval, orgulloso de ello, aprovechó la ocasión para hacer ver a sus compañeros que todavía tenía, como podía advertirse, buen gusto. El niño lo reconoció y lloró, pero el presidente lo consoló diciéndole que sería él quien lo desvirgaría, y mientras le proporcionaba este conmovedor consuelo, le ponía su enorme verga sobre las nalgas. Lo pidió, en efecto, a la asamblea, y lo obtuvo sin dificultad.

Hyacinthe tenía catorce años; era hijo de un oficial retirado en una pequeña ciudad de la Champagne. Fue raptado durante una cacería, cosa que le gustaba con locura, y a la que su padre cometía la imprudencia de dejarle ir solo.

Giton tenía trece años y fue criado en Versalles entre los pajes de la gran caballeriza. Era hijo de un hombre distinguido del Nivernais, quien lo había llevado allí no hacía seis meses. Fue raptado simplemente mientras paseaba solo por la avenida de Saint-Cloud. Se convirtió en la pasión del obispo, a quien le fueron destinadas sus primicias.

Tales eran las deidades masculinas que nuestros libertinos preparaban para su lubricidad; en su momento y lugar veremos el uso que de ellas hicieron. Quedaban ciento cuarenta y dos sujetos, pero no se bromeó con esta caza como con la otra: ninguno fue despedido sin haber servido.

Nuestros libertinos pasaron con ellos un mes en el castillo del duque. Como el día de la

partida estaba cerca y todo andaba de cabeza, las diversiones eran continuas. Cuando estuvieron hartos, encontraron un medio cómodo de desembarazarse de los muchachos: venderlos a un corsario turco. Por este medio se borraban todas las huellas y se resarcían en parte de los gastos. El turco fue a recogerlos cerca de Mónaco, donde llegaron en pequeños grupos que fueron conducidos a la esclavitud, destino terrible indudablemente, pero que no dejó de divertir en gran manera a nuestros cuatro criminales.

Llegó el momento de escoger a los jodedores. Los rechazados de esta clase no causaban ninguna molestia; de una edad razonable, se deshacían de ellos pagándoles el viaje de regreso y las molestias, y volvían a sus casas. Los ocho alcahuetes de éstos, por otra parte, habían tenido menos dificultades, ya que las medidas estaban más o menos fijadas y no había ningún problema con las condiciones. Habían llegado cincuenta; entre los veinte más gordos se escogieron los ocho más jóvenes y guapos, y de estos ocho, como sólo se mencionarán a los cuatro que lo tenían más grande, me contentaré con nombrarlos.

Hercule, verdaderamente formado como el dios cuyo nombre llevaba, tenía veintiséis años y estaba dotado de un miembro de ocho pulgadas de circunferencia por trece de largo. Nada se había visto nunca que fuese tan bello ni tan majestuoso como aquel instrumento casi siempre en erección y cuyas ocho descargas, se hizo la prueba de ello, llenaban una pinta. Por otra parte, era muy dulce y tenía un rostro muy interesante.

Antinoüs, así llamado porque, como el bardaje de Adriano, al más hermoso pito del mundo añadía el culo más voluptuoso, lo que es muy raro; su instrumento medía ocho pulgadas de circunferencia por doce de largo. Tenía treinta años y la cara más bonita del mundo.

Brise-cul tenía un miembro tan divertidamente formado que le era casi imposible dar por detrás sin rasgar el culo, y de ahí le venía el nombre que llevaba. La cabeza de su pito, que semejaba el corazón de un buey, tenía ocho pulgadas por tres de circunferencia. El miembro sólo tenía ocho, pero estaba retorcido de tal manera que rasgaba el ano cuando penetraba en él, y esta cualidad, tan apreciada por libertinos tan hastiados como los nuestros, hacía que fuese muy solicitado.

Bande-au.ciel, llamado así porque su erección era continua, hiciese lo que hiciese, tenía un miembro de once pulgadas de largo por siete pulgadas once líneas de circunferencia. Se habían rechazado otros más grandes que el de él porque aquéllos levantaban la cabeza difícilmente, mientras que éste, fuesen las que fueren las eyaculaciones que hubiese tenido en un día, estaba en el aire a la menor caricia.

Los otro cuatro eran más o menos del mismo porte y aspecto. Durante quince días se divirtieron con los cuarenta y dos sujetos rechazados, y tras haberles hecho muchas trastadas fueron despedidos, bien pagados.

Sólo faltaba pues escoger a las cuatro sirvientas, lo cual era sin duda lo más pintoresco. El presidente no era el único que tenía gustos depravados; sus tres amigos, y Durcet principalmente, eran un tanto adeptos a esa manía de crápula y desenfreno que encuentra más atractivo en una persona vieja, repugnante y sucia que con lo que la naturaleza ha formado de más divino. Sería difícil explicar esta fantasía, pero existe en mucha gente; el desorden de la naturaleza lleva consigo una especie de excitante que obra sobre el sistema nervioso con tanta o mayor eficacia como sus más singulares bellezas. Por otra parte, está demostrado que es el horror, la villanía, la cosa horrible la que gusta cuando uno está excitado y en erección. Ahora bien ¿dónde se encuentra esto mejor que en una persona

viciada? Ciertamente, si es la cosa sucia lo que gusta en el acto de la lubricidad, cuanto más sucia es esta cosa más debe gustar, y ella es seguramente mucho más sucia en la persona viciada que en la persona intacta o perfecta.

En cuanto a esto no hay la más ligera duda. Por otra parte, la belleza es lo sencillo, la fealdad es lo extraordinario, y todas las imaginaciones ardientes prefieren sin duda lo extraordinario en la lubricidad a lo simple. La belleza, la frescura sólo impresionan en un sentido sencillo; la fealdad, la degradación pegan con más fuerza, la conmoción es más intensa, la agitación es por lo tanto más viva; no hay que sorprenderse pues, tras esto, de que mucha gente prefiera gozar con una mujer vieja, fea, e incluso maloliente que con una muchacha bonita y lozana, de igual modo que no debemos asombrarnos, digo, de que un hombre prefiera, en sus paseos, el suelo árido y abrupto de las montañas a los senderos monótonos de los llanos. Todas estas cosas dependen de nuestra conformación, de nuestros órganos, de la manera en que se ven afectados, y no somos más dueños de cambiar nuestros gustos sobre esto que de variar las formas de nuestros cuerpos.

Sea como fuere, tal era, como se ha dicho, el gusto dominante del presidente y casi, en verdad, de sus tres compinches, porque todos habían coincidido unánimemente en la elección de las sirvientas, elección que sin embargo, como se verá, denotaba en la organización este desorden y depravación que se acaba de describir.

Así, pues, se hizo buscar en París, con el mayor cuidado, las cuatro criaturas que se necesitaban para desempeñar tal cargo, y por desagradable que pueda ser su retrato, el lector me permitirá sin embargo que lo trace: es demasiado esencial para la parte que se refiere a las costumbres, cuyo desarrollo es uno de los principales objetivos de esta obra.

La primera se llamaba *Marie;* había sido sirvienta de un famoso bandido recientemente aprehendido, y había sido azotada y marcada a cuenta suya. Tenía cincuenta y ocho años, era casi calva, nariz torcida, ojos empañados y legañosos, boca grande y con sus treinta y dos dientes, realmente, pero amarillentos como el azufre; era alta, flaca, había tenido catorce hijos, que había ahogado, decía ella, para evitar que se convirtieran en malos sujetos. Su vientre era ondulado como el oleaje marino y un absceso le devoraba una nalga.

La segunda se llamaba *Louison;* tenía sesenta años, era pequeña, jorobada, tuerta y coja, pero era dueña de un hermoso culo para su edad y la piel todavía hermosa. Perversa -como el diablo, y siempre dispuesta a cometer todos los horrores y todos los excesos que pudieran ordenarle.

Thérése tenía sesenta y dos años; era alta, delgada parecía un esqueleto, no tenía un solo pelo en la cabeza; ni un diente en la boca, y exhalaba por esta abertura de su cuerpo un hedor capaz de tumbar a un caballo. Tenía el culo acribillado de cicatrices y las nalgas tan prodigiosamente blandas que podían enrollarse a un bastón; el agujero de este hermoso culo se parecía a la boca de un volcán por la anchura y por el olor era un verdadero orinal; según ella misma decía, en su vida se había limpiado el culo, donde había aún, sin lugar a dudas, mierda de su infancia. Por lo que respecta a su vagina, era el receptáculo de todas las inmundicias y de todos los horrores, un verdadero sepulcro cuya fetidez hacía desmayarse. Tenía un brazo torcido y cojeaba de una pierna.

Fanchon era el nombre de la cuarta; había sido seis veces colgada en efigie y no existía un solo crimen en la tierra que no hubiese cometido. Tenía sesenta y nueve años, era chata, baja y gorda, bizca, casi sin frente, una bocaza con sólo dos dientes a punto de caer, una eresipela le cubría el trasero y unas hemorroides grandes como puños le colgaban del ano, un chancro horrible devoraba su vagina y uno de sus muslos estaba completamente quemado. Estaba

borracha las tres cuartas partes del año y, en su embriaguez, como sufría del estómago, vomitaba por todas partes. El agujero de su culo, a pesar del bulto de hemorroides que lo adornaba, era tan ancho de una manera natural que lanzaba pedos y otras cosas muy a menudo, sin advertirlo. Independientemente del servicio de la casa durante la lujuriosa estancia, estas cuatro mujeres debían tomar parte además en todas las asambleas, para las diferentes necesidades y servicios de la lubricidad que se les pudiera exigir.

Avanzado ya el verano, y una vez hecho todo lo que antecede sólo quedó ocuparse del transporte de las diferentes cosas que debían, durante los cuatro meses que se moraría en las tierras de Durcet, contribuir a hacer más cómoda y agradable la estancia allí. Se hizo llevar una gran cantidad de muebles y espejos, víveres, vinos, licores de todas clases, se mandaron obreros, y poco a poco fueron llevadas las personas que Durcet, que se había adelantado recibía, alojaba y establecía a medida que llegaban.

Pero ya es hora que le hagamos al lector una descripción del famoso templo destinado a tantos sacrificios lujuriosos durante los cuatro meses previstos. Verá con qué cuidado se había elegido un retiro apartado y solitario, como si el silencio, el alejamiento y la tranquilidad fuesen los vehículos poderosos del libertinaje, y como si todo lo que comunica por estas cualidades un terror religioso a los sentidos tuviera evidentemente que prestar a la lujuria un atractivo más. Vamos a describir este retiro no como era en otro tiempo, sino en el estado de embellecimiento y soledad perfecta en que lo habían puesto nuestros cuatro amigos.

Para llegar hasta allá era necesario antes detenerse en Bâle; se atravesaba luego el Rin, más allá del cual el camino se estrechaba hasta el punto de que se hacía preciso abandonar los vehículos. Poco después se penetraba en la Selva Negra, hundíase en ella durante quince leguas por un sendero difícil, tortuoso y absolutamente impracticable sin guía. Una miserable aldea de carboneros y guardabosques se ofrecía a la vista. Allí empezaban las tierras de Durcet, a quien pertenecía la aldea; como los habitantes de aquel villorrio son casi todos ladrones o contrabandistas, fue fácil para Durcet hacerse amigo de ellos, y la primera orden que recibieron fue la de no dejar llegar a nadie hasta el castillo después del primero de noviembre, fecha en que todo el grupo estaría reunido. Armó a sus fieles vasallos, les concedió algunos privilegios que solicitaban desde hacía mucho tiempo, y se cerró la barrera. En realidad, la descripción siguiente hará ver cómo, una vez bien cerrada aquella puerta, era difícil llegar a Silling, nombre del castillo de Durcet:

En cuanto se había dejado atrás la carbonería se empezaba a escalar una montaña tan alta como el monte Saint-Bernard y de un acceso infinitamente más difícil, porque sólo a pie se puede llegar a la cumbre. No es que los mulos no puedan pasar por allí, pero los precipicios rodean de tal modo el sendero que hay que seguir que resulta muy peligroso montar los animales; seis de los que transportan los víveres y los equipajes perecieron, así como dos obreros que habían querido montar dos de los mulos. Se requieren cerca de cinco buenas horas para alcanzar la cumbre de la montaña, la cual ofrece allí otra particularidad que, por las precauciones que se tomaron, se convirtió en una nueva barrera de tal modo infranqueable que sólo los pájaros podían pasarla. Este singular capricho de la naturaleza consiste en una hendidura de más de treinta toesas en la cumbre de la montaña, entre la parte septentrional y la meridional, de manera que, sin ayudas, una vez que se ha escalado la montaña resulta imposible descender. Durcet había hecho unir estas dos partes, separadas por una abismo de más de mil pies, por un hermoso puente de madera que se quitó cuando hubieron llegado los últimos equipajes, y desde aquel momento desapareció toda posibilidad

de comunicarse con el castillo de Silling. Porque al descender por la parte septentrional se llega a una llanura de unas doscientas áreas, rodeada de rocas por todas partes cuyas cimas se pierden en las nubes, rocas qué envuelven la llanura como un muro sin una sola brecha. Este paso, llamado el camino del puente, es pues el único que puede descender y comunicar con la llanura, y una vez destruido, no hay habitante en la tierra, sea de la especie que sea, capaz de abordar la llanura.

Ahora bien, es en medio de esta llanura tan bien cercada tan bien defendida, donde se encuentra el castillo de Durcet. Un muro de treinta pies de altura lo rodea también, más allá del muro un foso lleno de agua y muy profundo defiende todavía un último recinto que forma una galería circular, una poterna baja y angosta penetra finalmente en un gran patio interior alrededor del cual se levantan todos los alojamientos; estos alojamientos, vastos y muy bien amueblados tras los últimos arreglos, ofrecen en el primer piso una gran galería. Obsérvese que voy a describir los aposentos no tal como podían haber sido en otro tiempo, sino tal como acaban de ser arreglados y distribuidos de acuerdo con el plan formado. Desde la galería se penetraba en un comedor muy hermoso, con armarios en forma de torres que, comunicando con las cocinas, servían para que pudiera servirse la comida caliente, de un modo rápido y sin necesidad de criado. Desde ese comedor de tapices, estufas, otomanas, cómodos sillones y todo lo que podía hacerlo tan cómodo como agradable, se pasaba a un salón sencillo y sin rebuscamiento, pero muy caliente y lleno de lujosos muebles; este salón comunicaba con un gabinete para reuniones destinado a los relatos de las narradoras. Era, por decirlo así, el campo de batalla de los combates previstos, la sede de las asambleas lúbricas, y como había sido dispuesto en consecuencia, merece una pequeña descripción particular:

Tenía una forma semicircular, en la parte curva había cuatro nichos de espejos, con una excelente otomana en cada uno de ellos; estos cuatro nichos, por su construcción, estaban completamente delante del diámetro que cortaba el círculo, un trono de cuatro pies estaba adosado al muro que formaba el diámetro y estaba destinado a la narradora; posición que la situaba no solamente delante de los cuatro nichos destinados a sus auditores, sino que además teniendo en cuenta que el círculo era pequeño, no la alejaba demasiado de ellos, que la podían escuchar sin perder una sola palabra, puesto que ella se encontraba como el actor en el escenario y los auditores se hallaban colocados en los nichos como si estuvieran en el anfiteatro. El trono disponía de unas gradas en las que se encontrarían los participantes de las orgías llevados allí para calmar la irritación de los sentidos producida por los relatos: estas gradas, así como el trono, estaban cubiertas de alfombras de terciopelo negro con franjas de oro, y los nichos estaban forrados de una tela semejante e igualmente enriquecida, pero de color azul oscuro. Al pie de cada uno de los nichos había una puerta que daba a un excusado destinado a dar paso a las personas cuya presencia se deseaba y que se hacía venir de las gradas, en el caso de que no se quisiera ejecutar delante de todo el mundo la voluptuosidad para la realización de la cual se llamaba a la persona. Estos excusados estaban llenos de canapés y de todos los otros instrumentos necesarios para las indecencias de toda especie. A ambos lados del trono había una columna aislada que llegaba hasta el techo; estas dos columnas estaban destinadas a sostener a la persona que hubiese cometido alguna falta y necesitara una corrección. Todos los instrumentos necesarios para este castigo estaban colgados en la columna, y su contemplación imponente servía para mantener una subordinación tan esencial en las fiestas de aquella índole, subordinación de donde nace casi todo el atractivo de la voluptuosidad en el alma de los perseguidores.

Este salón comunicaba con un gabinete que, en aquella parte, componía la extremidad de

los alojamientos. Este gabinete era una especie de saloncito, extremadamente silencioso y secreto, muy caliente, oscuro durante el día, y se destinaba para los combates cuerpo a cuerpo o para ciertas otras voluptuosidades secretas que serán explicadas o continuación. Para pasar a la otra ala era necesario retroceder y, una vez en la galería, en cuyo extremo se veía una hermosa capilla, se volvía a pasar al ala paralela, donde terminaba el patio interior. Allí se encontraba una antecámara muy bella que comunicaba con cuatro hermosos aposentos, cada uno con saloncito y excusado; bellísimas camas turcas de damasco de tres colores adornaban estos aposentos, cuyos excusados ofrecían todo lo que puede desear la lubricidad más sensual y refinada. Estas cuatro estancias fueron destinadas a los cuatro amigos, y como eran muy calientes y cómodas, estuvieron perfectamente alojados. Como sus mujeres tenían que ocupar los mismos aposentos que ellos, no se les destinó alojamientos particulares.

En el segundo piso había más o menos el mismo número de aposentos, pero distribuidos de una manera diferente; se encontraba primero, a un lado, un vasto aposento adornado con ocho nichos con una pequeña cama en cada uno, y este aposento era el de las jóvenes, al lado del cual se encontraban dos pequeñas habitaciones para dos de las viejas que debían cuidarlo. Más allá había dos bonitas habitaciones iguales, destinadas a dos de las narradoras. A la vuelta, se encontraba otro aposento de ocho nichos como trasalcoba para los ocho jóvenes, también con dos habitaciones contiguas para las dos dueñas destinadas a vigilarlos; y más allá, otras dos habitaciones semejantes, para las otras dos narradoras. Más arriba de las habitaciones que hemos descrito, había ocho lindas celdas donde se alojaban los ocho jodedores, aunque éstos no estaban precisamente destinados a dormir mucho en sus camas. En la planta baja se encontraban las cocinas, con seis cubículos para los seis seres que se ocupaban de este trabajo, las cuales eran tres famosas cocineras: se las había prefirido a los hombres para una orgía como aquella, con razón, creo yo. Eran ayudadas por tres muchachas robustas, pero nada de todo esto aparecía en los placeres, nada de todo esto estaba destinado a ellos y si las reglas que se habían impuesto sobre esto fueron infringidas es debido a que nada frena al libertinaje y que el verdadero modo de ampliar y multiplicar los deseos consiste en querer imponerle límites. Una de estas tres sirvientas debía cuidarse del numeroso rebaño que se había traído, porque, excepto las cuatro viejas destinadas al servicio interior, no había ningún criado más que estas tres cocineras y sus ayudantes. Pero la depravación, la crueldad, el asco, la infamia, todas estas pasiones previstas o sentidas habían erigido otro local del cual es urgente dar una idea, ya que las leyes esenciales para el interés del relato impiden que lo describamos por completo.

Una piedra fatal se levantaba artísticamente al pie del altar del pequeño templo cristiano que se encontraba en la galería; había allí una escalera de caracol, muy angosta y empinada, que descendía por trescientos peldaños a las entrañas de la tierra hasta llegar a un calabozo abovedado, cerrado con tres puertas de hierro, y donde se hallaba todo lo que el arte más cruel y la más refinada barbarie pueden inventar de más atroz, tanto para asustar a los sentidos como para infligir horrores. Y allí, ¡cuánta tranquilidad, y hasta qué punto debía sentirse tranquilizado el miserable al que el crimen conducía hasta aquel lugar junto con su víctima! Estaba en su casa, se encontraba fuera de Francia, en un país seguro, al fondo de un bosque inhabitable, en un reducto de este bosque que por las medidas tomadas sólo podían abordar las aves del cielo, y estaba allí en el fondo de la entrañas de la tierra. ¡Desgraciada, mil veces desgraciada la criatura que en tal abandono se encontraba a merced de un canalla sin ley y sin religión, a quien el crimen divertía y que no tenía allí otros intereses que sus pasiones y que no debía tomar otras medidas que las leyes imperiosas de sus pérfidas

voluptuosidades! No sé qué ocurrirá allí, pero lo que puedo decir ahora sin perjudicar el interés del relato es que cuando se hizo al duque la descripción de aquello, descargó tres veces seguidas.

Finalmente estando preparado, todo perfectamente dispuesto, el personal alojado, el duque, el obispo, Curval y sus mujeres, junto con los cuatro jodedores, se pusieron en marcha (Durcet y su mujer así como el resto, se habían anticipado, como se ha dicho antes), y no sin infinitas dificultades llegaron por fin al castillo el día 29 de octubre, por la noche. Durcet, que había ido delante de ellos, hizo cortar el puente de la montaña tan pronto como hubieron pasado. Pero esto no fue todo: habiendo el duque examinado el local decidió que, puesto que los víveres estaban ya en el interior del castillo y que ya no había ninguna necesidad de salir, era necesario prevenir los ataques exteriores poco temidos y las evasiones interiores, que lo eran más, era necesario, digo, tapiar todas las puertas por las que se penetraba en el interior y encerrarse completamente en el lugar como en una ciudadela sitiada, sin dejar la más pequeña salida para el enemigo o para el desertor. El consejo fue ejecutado, se atrincheraron hasta tal punto que no era posible saber el lugar dónde habían estado las puertas, y se establecieron dentro.

Después de los arreglos que se acaban de leer, los dos días que faltaban aún para el primero de noviembre fueron consagrados a dejar descansar a todo el personal para que apareciese fresco en las escenas orgiásticas que iban a comenzar, y los cuatro amigos trabajaron en un código de leyes que fue firmado por los jefes y anunciado a los súbditos inmediatamente después de haber sido redactado. Antes de entrar en materia, es esencial que lo demos a conocer a nuestro lector, quien después de la exacta descripción que le hemos hecho de todo, sólo tendrá que seguir ahora ligera y voluptuosamente el relato sin que nada turbe su comprensión o embarace su memoria.

REGLAMENTOS

Todos los días la hora de levantarse será a las diez de la mañana. En tal momento los cuatro jodedores que no hayan estado de servicio la noche anterior visitarán a los amigos, llevando cada uno de ellos un muchachito; pasarán sucesivamente de una habitación a otra. Actuarán de acuerdo con las órdenes y deseos de los amigos, pero al principio los muchachitos que llevarán con ellos sólo servirán de acompañamiento, porque queda decidido y acordado que las ocho virginidades de los coños de las muchachas no serán violadas hasta el mes de diciembre, y las de sus culos, así como las de los culos de los ocho muchachos, lo serán a lo largo de el mes de enero, y eso con el fin de acrecentar la voluptuosidad mediante el hostigamiento de un deseo inflamado sin cesar y nunca satisfecho, estado que debe necesariamente conducir a un cierto furor lúbrico que los amigos se esfuerzan en provocar como una de las situaciones más deliciosas de la lubricidad.

A las once los amigos se dirigirán al aposento de las muchachas donde se servirá el almuerzo consistente en chocolate o carne asada con vino español u otros reconfortantes manjares. Este almuerzo será: servido por las ocho muchachas desnudas, ayudadas por las dos viejas Marie y Louison adscritas al serrallo de las doncellas, estando las otras dos al de los muchachos. Si los amigos tienen ganas de cometer actos impúdicos con las muchachas durante el almuerzo, antes o después, ellas se prestarán a dichos deseos con la resignación que se les supone y a la cual no faltarán sin un duro castigo. Pero se

conviene en que no habrá juegos secretos o particulares en tal ocasión y que si se quiere hacer el crápula durante un rato, será entre sí y ante todo el que asista al almuerzo.

Las muchachas por regla general deberán ponerse de rodillas cada vez que vean o se encuentren con un amigo, y permanecerán en esta posición hasta que se les diga que se levanten; sólo las esposas y las viejas estarán sometidas a estas leyes: los demás quedan dispensados de ello, pero todo el mundo se verá obligado a llamar monseñor a cada uno de los amigos.

Antes de salir de la habitación de las muchachas, el amigo encargado del turno del mes (como lo que se intenta es que cada mes se encargue uno de los amigos de todos los detalles, el turno debe ser el siguiente: Durcet durante el mes de noviembre, el obispo en diciembre, el presidente en enero y el duque en febrero), aquel, pues, de los amigos al que le toque el mes, antes de salir del aposento de las muchachas, las examinará una tras otra para comprobar si están en situación adecuada, lo cual será comunicado cada mañana a las viejas y arreglado de acuerdo con la necesidad que haya de tenerlas en tal o cual estado.

Como está severamente prohibido ir a otro excusado que el de la capilla, que ha sido arreglado y destinado para esto, y prohibido ir allí sin un permiso particular, el cual es a menudo negado, por ello el amigo que esté de turno examinará con cuidado, inmediatamente después del almuerzo, todos los excusados particulares de las muchachas, y en el caso de alguna contravención, la delincuente será condenada a un castigo aflictivo.

De allí se pasará al aposento de los muchachos a fin de efectuar las mismas visitas y condenar igualmente a los delincuentes a la pena capital. Los cuatro muchachos que por la mañana no hayan estado con los amigos, los recibirán ahora cuando lleguen a sus habitaciones y se quitarán los calzones delante de ellos, los otros cuatro ' permanecerán de pie y esperarán las órdenes que puedan serles dadas. Los señores se divertirán o no con estos cuatro, que no habrán visto hasta entonces, pero lo que hagan será público; nada de solitarios a tales horas.

A la una, aquellos o aquellas de las muchachas o de los muchachos, grandes y pequeños, que hayan obtenido el permiso de ir a satisfacer necesidades apremiantes, es decir, las gordas -y este permiso sólo se concederá muy raramente, y a todo lo más a una tercera parte de los interesados-, aquellos, digo, se dirigirán a la capilla donde todo ha sido artísticamente dispuesto para las voluptuosidades inherentes al caso. Allí encontrarán a los cuatro amigos, que esperarán hasta las dos, y nunca hasta más tarde, y que los colocarán como lo juzguen conveniente para las voluptuosidades de esta índole que les vengan en gana.

De dos a tres, se servirán las dos primeras mesas que comen a la misma hora, una en el gran aposento de las muchachas, la otra en el de los muchachos. Los encargados de servir en estas dos mesas serán las criadas de la cocina. La primera mesa estará compuesta por las ocho muchachas y las cuatro viejas; la segunda por las cuatro esposas, los ocho muchachos y las cuatro narradoras. Durante esta comida, los señores se dirigirán al

salón donde charlarán hasta las tres. Poco antes de esta hora, los ocho jodedores se presentarán en este salón lo más arreglados y peripuestos posible.

A las tres se servirá la comida a los señores y los cuatro jodedores serán los únicos que gozarán del honor de ser admitidos. Esta comida será servida por las cuatro esposas, todas ellas desnudas, ayudadas por las cuatro viejas vestidas de magas: serán éstas quienes sacarán los platos de los tornos donde los pondrán las sirvientas y los entregarán a las esposas que los pondrán sobre la mesa. Los ocho jodedores, durante la comida, podrán manosear todo lo que quieran los cuerpos desnudos de las esposas, sin que éstas puedan negarse o defenderse; podrán también llegar a insultarlas y a servirse de ellas con la verga empinada, apostrofándolas con todas las invectivas que quieran.

Se levantarán de la mesa a las cinco. Entonces los cuatro amigos solamente (los jodedores se retirarán hasta la hora de la reunión general), los cuatro amigos, digo, pasarán al salón, donde dos muchachitos y dos muchachas, que variarán todos los días, les servirán desnudos café y licores; aquél no será todavía el momento en que podrán permitirse voluptuosidades que puedan enervar: habrá que limitarse a la simple broma.

Poco antes de las seis, los cuatro muchachitos que acaban de servir se retirarán para ir a vestirse de prisa. A las seis en punto, los señores pasarán al gran gabinete destinado a los relatos y que ha sido descrito antes. Cada uno de ellos se colocará en su nicho y los demás observarán el orden siguiente: en el trono se sentará la narradora, en las gradas del mismo estarán los dieciséis jóvenes, colocados de tal forma que haya cuatro, dos muchachos y dos muchachas, frente a los nichos; de esta manera cada nicho, tendrá su grupo independiente, este grupo está asignado al nicho ante el que está sin que el nicho de al lado pueda tener pretensiones sobre él, y estos grupos variarán todos los días, ningún nicho tendrá siempre el mismo. Cada individuo del grupo llevará en un brazo una cadena de flores artificiales que estará amarrada al nicho, de modo que cuando el ocupante del nicho quiera a un muchacho o muchacha de su grupo sólo tendrá que tirar de la guirnalda y el escogido correrá hacia él.

Detrás de cada grupo de cuatro habrá una vieja, que estará a las órdenes del jefe del nicho.

Las tres narradoras que no estén de turno mensual se sentarán en una banqueta al pie del trono, sin estar dedicadas a nada especial pero a las órdenes de todo el mundo. Los cuatro jodedores que estén destinados a pasar la noche con los amigos podrán no asistir a la reunión; permanecerán en sus habitaciones ocupados en prepararse para la noche y las hazañas que ésta exige. Los otros cuatro estarán a los pies de cada uno de los amigos, en los nichos, en cuyos sofás el amigo se hallará al lado de una de las esposas de turno. Esta esposa estará siempre desnuda, el. jodedor llevará chaleco y calzones de tafetán rosa, la narradora del mes irá vestida de cortesana elegante, así como sus tres compañeras, y los muchachos y muchachas de los cuatro grupos irán vestidos de modos distintos y elegantes; un grupo a la moda asiática, otro a la española, otro a la turca y el cuarto a la griega y al día siguiente cambiará, pero todos estos vestidos serán de tafetán y de gasa; la parte baja del cuerpo nunca estará ajustada con nada, y bastará desprender un alfiler para que queden desnudos.

En cuanto a las viejas, irán alternativamente vestidas con hábitos grises de religiosas, disfrazadas de hadas, magas y, a veces, de viudas. Las puertas de los gabinetes que dan a los nichos estarán siempre entreabiertas, y el gabinete, muy calentado por las estufas de comunicación, dispondrá de todos los muebles necesarios para las diferentes orgías. Cuatro velas arderán en cada uno de dichos gabinetes, y cincuenta en el salón.

A las seis en punto, la narradora empezará su relato, que los amigos podrán interrumpir cuando bien les parezca; este relato durará hasta las diez de la noche, y durante todo este tiempo, como su objeto es inflamar la imaginación, serán permitidas todas las lubricidades, excepto sin embargo aquellas que infrinjan el orden y los arreglos dispuestos para las desfloraciones, que no podrán ser variados; pero por lo demás podrá hacerse lo que se quiera con el jodedor, la esposa, el grupo de cuatro y la vieja, y hasta con las narradoras si se sienten inclinados a tal capricho, y esto podrá tener lugar en el nicho o en el gabinete contiguo. El relato será suspendido mientras duren los placeres de aquel cuyas necesidades lo interrumpan, y se continuará cuando haya terminado.

A las diez se servirá la cena. Las esposas, las narradoras y las ocho muchachas irán rápidamente a cenar aparte, ya que las mujeres nunca serán admitidas en la cena de los hombres, y los amigos cenarán con los cuatro jodedores que no estén de servicio por la noche y cuatro muchachos. Los otros cuatro servirán, ayudados por las viejas.

Terminada la cena, se pasará al salón de la reunión para la celebración de lo que se llama las orgías. Allí se encontrarán todos, los que hayan cenado aparte, y los que hayan cenado con los amigos, pero siempre excepto los cuatro jodedores del servicio de noche.

El salón estará muy calentado e iluminado por candelabros de cristal. Todos estarán desnudos: narradoras, esposas, muchachas, muchachos, viejas, jodedores, amigos, todos mezclados, todos tumbados sobre cojines en el suelo, y semejantes a los animales, se cambiarán, se mezclarán, se cometerán incestos y adulterios, se sodomizará y siempre, salvo las desfloraciones, se entregarán a todos los excesos y a todos los desenfrenos que mejor puedan excitar la imaginación. Cuando tengan que efectuarse estas desfloraciones, será el momento de proceder a ellas, y una vez haya sido desflorado un muchachito se podrá gozar de él cuándo y de la manera que se quiera.

A las dos en punto de la madrugada, cesarán las orgías, los cuatro jodedores destinados al servicio de noche, ataviados con elegantes saltos de cama, vendrán a buscar a cada uno de los amigos, el cual se llevará consigo a una de las esposas, o a uno de los muchachos desflorados cuando los haya, o a una narradora, o bien a una vieja para pasar la noche entre ella y su jodedor, y todo a su gusto, pero con la cláusula de someterse a arreglos ingeniosos de los que pueda resultar que cada uno cambie todas las noches o pueda cambiar.

Tal será el orden y acomodo de cada día. Independientemente de esto, cada una de las diecisiete semanas que debe durar la estancia en el castillo será marcada con una fiesta. Primero, se celebrarán matrimonios, cuya fecha y lugar se indicarán. Pero como los primeros de estos matrimonios se efectuarán entre los chiquillos más jóvenes y no podrán consumarse, no dislocarán en nada el orden establecido para las desfloraciones.

Como los matrimonios entre mayores sólo se realizarán después de las desfloraciones, su consumación no perjudicará tampoco nada, ya que, al obrar, sólo gozarán de lo que ya había sido recogido.

Las cuatro viejas responderán de la conducta de los cuatro muchachitos cuando cometan faltas, se quejarán al amigo que esté de turno y se procederá en común a aplicar los castigos, los sábados por la noche, a la hora de las orgías. Se llevará una lista exacta de dichos castigos hasta entonces.

Por lo que respecta a las faltas cometidas por las narradoras recibirán la mitad de castigo que los muchachos, porque su talento sirve y hay que respetar siempre al talento. En cuanto a los castigos de las esposas o de las viejas, serán siempre dobles que los de los muchachos.

Toda persona que se niegue a hacer cosas que se le hayan pedido, aunque se halle en la imposibilidad de hacerlas, será severamente castigada; a ella le toca prever y tomar sus precauciones.

La menor risa o la menor falta de atención o de respeto o sumisión en- las orgías, se considerará como una de las faltas más graves y más cruelmente castigadas.

Todo hombre sorprendido en flagrante delito con una mujer, será castigado con la pérdida de un miembro cuando no haya recibido autorización de gozar de la mujer.

El más pequeño acto religioso por parte de alguien, sea quien sea, será castigado con la muerte.

Se encarece expresamente a los amigos que en las reuniones sólo empleen las palabras más lascivas, más libertinas y las expresiones más soeces, las más fuertes y blasfemas.

El nombre de Dios sólo se pronunciará acompañado siempre de invectivas o imprecaciones, y se repetirá lo más a menudo posible.

En cuanto al tono de voz, será siempre el más brutal, más duro y más imperioso con las mujeres y los muchachos, pero sumiso, puto y depravado con los hombres que los amigos, representando con ellos el papel de mujeres, deben considerar como sus maridos.

Aquel de los señores que falte a todas estas cosas, o que crea tener un adarme de razón y sobre todo quiera pasar un día sin acostarse borracho, pagará diez mil francos de multa.

Cuando un amigo tenga una gran necesidad, una mujer de la clase que él juzgue a propósito lo acompañará, para atender a los cuidados que puedan ser indicados durante este acto.

Ninguno de los sujetos, hombres o mujeres, podrá entregarse a los deberes de limpieza, sean cuales sean, y sobre todo los de después de la necesidad mayor, sin un permiso expreso del amigo que esté de turno, y si se le niega y, a pesar de esto, lo hace, recibirá uno de los más rudos castigos.

Las cuatro esposas no gozarán de ninguna clase de prerrogativas sobre las otras mujeres; al contrario, serán siempre tratadas con más rigor e inhumanidad, y a menudo serán empleadas en los trabajos más viles y penosos, tales como por ejemplo la limpieza de los retretes comunes y particulares de la capilla. Estos retretes serán vaciados cada ocho días, siempre por ellas, y serán castigadas con rigor si se resisten o lo hacen mal.

Si un sujeto cualquiera emprende una evasión durante el tiempo de la reunión, será al instante castigado con la muerte, sea quien fuere.

Las cocineras y sus ayudantes serán respetadas, y cualquiera de los señores que infringa esta ley pagará mil luises de multa. En cuanto a las multas, su importe será empleado, al regresar a Francia, para los primeros gastos de una nueva partida del tipo de esta o de cualquier otro.

Promulgados estos reglamentos el día 30, el duque pasó la mañana del 31 verificándolo todo; ensayándolo todo y, sobre todo, examinando con cuidado el lugar con el objeto de ver si no era susceptible de ser asaltado o de favorecer alguna evasión.

Una vez hubo comprobado que se requeriría ser pájaro o diablo para salir o entrar de allí, informó al grupo de amigos de su cometido y dedicó la noche del 31 a arengar a las mujeres. Estas se reunieron por orden suyo en el salón de los relatos, y habiendo subido a la tribuna o especie de trono destinado a la narradora, he aquí poco más o menos el discurso que les dirigió:

"Seres débiles y encadenados, únicamente destinados a nuestros placeres, no habréis pensado, creo, que ese dominio tan ridículo como absoluto que se os deja en este mundo os sería concedido en estos lugares. Mil veces más sometidas de lo que lo estarían las esclavas, sólo debéis esperar humillación, y la obediencia debe ser la única virtud que os aconsejo tengáis aquí: es la única que conviene a vuestro estado. No os engañéis confiando en vuestro encantos; demasiado hastiados de tales trampas, fácilmente podéis imaginar que no sería con nosotros con quienes podrían tener éxito dichos cebos. Recordad siempre que nos serviremos de todas vosotras, pero ninguna debe acariciar la idea de poder suscitar en nosotros sentimientos de piedad. Indignados contra los altares que han podido arrancarnos algunos granos de incienso, nuestro orgullo y libertinaje los destruyen en cuanto la ilusión ha satisfecho los sentidos, y el desprecio casi siempre seguido del odio reemplaza inmediatamente en nosotros el prestigio de la imaginación. ¿Qué ofreceréis, por otra parte, que nosotros no sepamos de memoria, qué ofreceréis que no pisoteemos a menudo en el instante del delirio?

"Es inútil que os lo oculte, vuestro trabajo será rudo penoso y riguroso, y las menores faltas serán inmediatamente castigadas con penas corporales y aflictivas. Debo pues recomendaros exactitud, sumisión y una abnegación total para atender sólo a nuestros deseos; que éstas sean vuestras únicas leyes, volad delante de ellos, anticipaos a ellos y suscitadlos. No porque tengáis mucho que ganar con esta conducta, sino más bien porque

perderíais mucho si no la observarais.

"Examinad vuestra situación, lo que sois, lo que somos nosotros, y que estas reflexiones os hagan estremecer: os encontráis fuera de Francia, en lo más profundo de un bosque inhabitable, más allá de las escarpadas montañas cuyos pasos han sido destruidos inmediatamente después de haberlas traspuesto. Estáis encerradas en una ciudadela impenetrable, nadie sabe que estáis aquí, alejadas de vuestros amigos y parientes, estáis ya muertas para el mundo, y sólo respiráis para nuestros placeres. ¿Y a qué seres estáis ahora subordinadas? A criminales profundos y reconocidos que no tienen otro dios que su lubricidad, otras leyes que su depravación, otro freno que sus orgías, unos truhanes sin Dios, sin principios y sin religión, el menos criminal de los cuales ha cometido más infamias que las que podría yo contar, y para quien la vida de una mujer, qué digo de una mujer, de todas las que viven en la superficie del globo, le importa tanto como la destrucción de una mosca. Habrá pocos excesos a los que no nos entreguemos, que ninguno os repugne, ofreceos sin pestañear y oponed a todos la paciencia, la sumisión y el valor. Si desgraciadamente alguna de vosotras sucumbe a la intemperancia de nuestras pasiones, que tome su partido valientemente; no estamos en este mundo para vivir eternamente, y lo mejor que puede ocurrirle a una mujer es morir joven. Se os han leído reglamentos muy sabios y adecuados a vuestra seguridad y a nuestros placeres, obedecedlos ciegamente, y esperad lo peor de nosotros si nos irritáis con una mala conducta. Algunas de vosotras tienen lazos con nosotros, lo sé, que tal vez os enorgullecen, y de los cuales esperáis indulgencia; sería un gran error que confiarais en ellos: ningún lazo es sagrado a los ojos de gente como nosotros, y cuanto más sagrado os parezcan, más excitará la perversidad de nuestras almas el romperlos. Hijas, esposas, es pues a vosotras a quienes me dirijo en estos momentos: no esperéis ninguna prerrogativa de nuestra parte, os advertimos que seréis tratadas incluso con más rigor que las demás, y esto precisamente para haceros ver cuán despreciables son para nosotros los lazos con que tal vez nos creéis atados.

"Por lo demás, no esperéis que os especifiquemos siempre las órdenes que queramos que ejecutéis; un gesto, un guiño, a menudo un simple sentimiento interno nuestro os lo indicará, y seréis tan castigadas por no haberlos adivinado o previsto como si, después de haber sido notificadas, los hubieseis desobedecido. A vosotras os toca comprender nuestros impulsos, nuestras miradas, nuestros gestos, captar la expresión, y sobre todo no engañaros respecto a nuestros deseos; pues, supongamos por ejemplo que este deseo fuese el ver una parte de vuestro cuerpo y que, torpemente, ofrecierais otra, os podéis imaginar hasta qué punto un error de tal índole turbaría nuestra imaginación y todo lo que se arriesga enfriando la cabeza de un libertino que, supongo, sólo esperase un culo para su eyaculación y se le ofreciese, imbécilmente, un coño.

"En general, ofreceos siempre poco por delante, recordad que esta parte infecta que la naturaleza sólo formó desatinadamente, es siempre la que más nos repugna. Y en cuanto a vuestros culos, hay aún precauciones que deben ser tomadas, tanto para al ofrecerlo disimular el antro odioso que lo acompaña como para evitar mostrarnos en ciertos momentos ese culo en el estado en que otra gente desearía siempre encontrarlo; debéis entenderme, y por otra parte recibiréis de las cuatro dueñas instrucciones ulteriores que acabarán de explicarlo todo.

"En una palabra, temblad, adivinad, obedeced, prevenid, y con esto, si no sois muy afortunadas, por lo menos no seréis quizás del todo desgraciadas. Por otra parte, nada de intrigas entre vosotras, ningún vínculo, nada de esa imbécil amistad de las muchachas que, al reblandecer por un lado el corazón, lo hacen por el otro más reacio y menos dispuesto a la

sola y simple humillación a que os destinamos; pensad que de ningún modo os consideramos como criaturas humanas, sino únicamente como animales que se alimentan para el servicio que se espera de ellos y que se muelen a golpes cuando se niegan a dicho servicio.

"Habéis visto hasta qué punto se os prohibe todo lo que puede parecer un acto de religión cualquiera; os prevengo que habrá pocos crímenes más severamente castigados que éste. Sabemos perfectamente que todavía hay entre vosotras algunas imbéciles que no pueden aceptar la idea de abjurar de ese infame Dios y de aborrecer la religión: éstas serán cuidadosamente examinadas, no os lo oculto, y no se ahorrará ningún acto extremo, si, desgraciadamente, son descubiertas en flagrante delito religioso. Que estas tontas criaturas se persuadan, se convenzan de que la existencia de Dios es una locura que no tiene hoy en el mundo más de veinte seguidores, y que la religión que invocan no es más que una fábula ridículamente inventada por bribones cuyo interés en engañarnos es evidente ahora. En una palabra, decidid vosotras mismas: si existiera un Dios, y ese Dios fuese todopoderoso, ¿permitiría que la virtud que lo honra y que profesais fuese sacrificada, como lo será, al vicio y al libertinaje? ¿Permitiría, ese Dios todopoderoso, que una débil criatura como yo, que ante sus ojos no soy más que una pústula de sarna para un elefante, permitiría, digo, que esta débil criatura lo insultase, lo ultrajara, lo desafiara, se enfrentase a él y lo ofendiera como lo hago cuando quiero en cada instante del día?".

Pronunciado este pequeño sermón, el duque bajó de la cátedra y, excepto las cuatro viejas y las cuatro narradoras que sabían bien que ellas estaban allí más como sacrificadoras y sacerdotisas que como víctimas, excepto estas ocho digo, las otras se deshicieron en lágrimas, y el duque, importándole eso muy poco, las dejó conjeturar, cuchichear y quejarse entre ellas, con la seguridad que las ocho espías le darían buena cuenta de todo, y se fue a pasar la noche con Hercule, uno de la tropa de jodedores que se había convertido en su más íntimo favorito como amante, ya que el pequeño Zéphyr seguía ocupando como querida el primer lugar en su corazón. Debiendo al día siguiente encontrarse las cosas tal como habían sido dispuestas, cada cual se las arregló como pudo para pasar la noche, y en cuanto dieron las diez de la mañana, el escenario del libertinaje se abrió tal como había sido rigurosamente prescrito hasta el día 28 de febrero incluido.

Es ahora, querido lector, cuanto tienes que preparar tu corazón y tu espíritu para el relato rnás impuro que haya sido nunca hecho desde que el mundo existe, ya que no se ha encontrado un libro parecido ni entre los antiguos ni entre los modernos. Imagínate que todo el placer aceptado o prescrito por esta bestia de la cual hablas sin cesar y sin conocerla, y que llamas naturaleza, que estos placeres, digo, serán expresamente excluidos de este libro y que si por azar los encuentres irán acompañados de algún crimen o coloreados por alguna infamia.

Sin duda, muchos de los extravíos que verás pintados te disgustarán, lo sé, pero habrá algunos que te enardecerán hasta el punto de costarte semen, que es lo que se requiere; ¿si no lo hubiésemos dicho todo, analizado todo, cómo querrías que hubiésemos podido adivinar lo que te conviene? Eres tú quien tiene que tomarlo o dejarlo y abandonar el resto, otro hará lo mismo que tú, y poco a poco todo habrá encontrado su lugar. Supón una magnífica comida donde se ofrecen seiscientos platos a tu apetito; ¿los comerás todos? No, sin duda, pero este número prodigioso amplía los límites de tu elección, y encantado por este aumento de facultades, no regañas al anfitrión que te regala. Haz lo mismo aquí: escoge y deja el resto sin declamar contra él, sólo porque no tiene el talento de complacerte. Piensa que

complacerá a otros, y sé filósofo.

En cuanto a la diversidad, puedes estar seguro de que es exacta, estudia bien la pasión que te parezca que no se diferencia en nada de otra, y verás que esta diferencia existe, y que por leve que sea, tiene ese refinamiento, ese tacto que distingue y caracteriza al libertinaje del que se trata en este libro.

Por lo demás estas seiscientas pasiones se han fundido en el relato de las narradoras. Una cosa más que debemos prevenir al lector; sería demasiado monótono enumerarlas una a una sin incorporarlas al relato. Pero como algún lector poco ducho en estas materias podría tal vez confundir las pasiones designadas con la aventura o el simple acontecimiento de la vida de la narradora, se han diferenciado cuidadosamente cada una de estas pasiones con una señal al margen, encima del cual está el nombre que puede darse a esta pasión. Esta señal es la línea justa donde comienza el relato de esta pasión, y hay siempre un párrafo aparte donde termina.

Pero como hay muchos personajes en acción en esta especie de drama, que a pesar de la atención que se ha tenido en pintarlos y nombrarlos a todos... haremos un índice que contendrá el nombre y la edad de cada actor con un breve esbozo de su retrato; cuando se encuentre un nombre que nos embrolle los relatos, se podrá recurrir a este índice y a los retratos más detallados si el breve esbozo no basta para que se recuerde de quién se trata.

PERSONAJES DE LA NOVELA DE LA ESCUELA DEL LIBERTINAJE

El duque de Blangis, de cincuenta años de edad, formado como un sátiro, dotado de un miembro monstruoso y de una fuerza prodigiosa; se le puede considerar como el receptáculo de todos los vicios y de todos los crímenes. Mató a su madre, a su hermana y a tres de sus mujeres.

El obispo de... es su hermano; tiene cuarenta y cinco años; más delgado y delicado que el duque, con una boca desagradable. Es un bribón, hombre hábil, fiel seguidor de la sodomía activa y pasiva, desprecia absolutamente cualquier otra clase de placer, hizo morir cruelmente a dos niños para los cuales un amigo había dejado en sus manos una considerable fortuna; tiene una sensibilidad nerviosa tan aguda que casi se desmaya al descargar.

El presidente Curval, sesenta años; es un hombre alto y enjuto, flaco, de ojos hundidos y apagados, boca podrida, la imagen andante de la crápula y del libertinaje, de una suciedad horrible relacionada con la voluptuosidad. Fue circunciso, su erección es rara y difícil, aunque tiene lugar y eyacula todavía casi todos los días. Tiene preferencia por los hombres; sin embargo, no desprecia nunca una virgen. Sus gustos tienen de singular la inclinación por la vejez y por todo lo cochino. Está dotado de un miembro casi tan grueso como el del duque. Desde hace algunos años está como embrutecido por el desenfreno y bebe mucho. Debe su fortuna a asesinatos y es principalmente culpable de uno horrible y que puede encontrarse en el detalle de su retrato. Al eyacular experimenta una especie de cólera lúbrica que lo lleva a la crueldad.

Durcet, financiero, cincuenta y tres años, gran amigo y compañero de escuela del duque; es bajito y rechoncho, pero su cuerpo es fresco hermoso y de piel blanca. Tiene todos los

gustos y la finura de una mujer; privado a causa de la pequeñez de su consistencia de darles placer, las imita y se hace joder muchas veces al día. Le gusta el goce de la boca, es el único placer en el que actúa como agente. Sus únicos dioses son sus placeres a los que está siempre dispuesto a sacrificarlo todo. Es delicado, astuto y ha cometido muchos crímenes; ha envenenado a su madre, a su mujer y a su sobrina para hacerse de una fortuna. Su alma es firme y estoica, absolutamente insensible a la piedad. No tiene erecciones y sus eyaculaciones son raras. Sus instantes de crisis están precedidos por una especie de espasmo que lo lanza a una cólera lúbrica peligrosa para aquellos o aquellas que sirven a sus pasiones.

Constance es la mujer del duque e hija de Durcet; tiene veintidós años, es una belleza romana, con más majestad que finura, maciza pero bien formada, un cuerpo soberbio, el culo singularmente hermoso y digno de servir de modelo, los cabellos y los ojos muy negros. Tiene ingenio y se da cuenta profundamente de todo el horror de su destino. Un gran fondo de virtud natural que nada ha podido destruir.

Adélaïde, esposa de Durcet e hija del presidente; es una linda muñeca, tiene veinte años, es rubia, con los ojos muy tiernos y de un azul vivo, tiene todo el aspecto de una heroína de novela. Su cuello es largo y bien torneado; la boca un poco grande es su único defecto. Pequeños senos y pequeño culo, pero todo esto, aunque delicado, es blanco y bien moldeado. De espíritu romántico, corazón tierno, excesivamente virtuosa y devota y se oculta para cumplir con sus deberes cristianos.

Julie, mujer del presidente e hija mayor del duque; tiene veinticuatro años, gorda, rolliza, con hermosos ojos castaños, linda nariz, rasgos acusados y agradables, pero una boca horrible. Poco virtuosa e incluso con grandes disposiciones para la suciedad, la borrachera, la glotonería y el puterío. Su marido la quiere a causa de su defecto de la boca; esta singularidad entra dentro de los gustos del presidente. Nunca se le han inculcado principios morales ni religión.

Aline, su hermana menor, considerada como hija del duque, aunque en realidad es hija del obispo y de una de las mujeres del duque; tiene dieciocho años, rostro pícaro y muy agradable, muy lozana, ojos castaños, nariz respingona, aire travieso aunque profundamente indolente y holgazana. No parece tener todavía temperamento y detesta sinceramente todas las infamias de que es víctima. El obispo la desvirgó por detrás a los diez años. Ha sido dejada en una ignorancia crasa, no sabe leer ni escribir, detesta al obispo y teme mucho al duque. Quiere mucho a su hermana, es sobria y limpia, contesta chuscamente y de un modo pueril, tiene un culo encantador.

La Duclos, primera narradora; tiene cuarenta y ocho años, es todavía hermosa, lozana y con el más hermoso culo que pueda tenerse. Morena, ancha de cintura y regordeta.

La Champville, tiene cincuenta años; es delgada, bien formada y ojos lúbricos, es lesbiana y todo en ella lo delata. Su oficio actual es el de alcahueta. Fue rubia, tiene hermosos ojos, el clítoris largo y cosquilloso, un culo muy gastado a fuerza de servir y, sin embargo, es virgen por este lado.

La Martaine tiene cincuenta y dos años; alcahueta, es una mamá gorda, rozagante y sana,

está obstruida y sólo ha conocido el placer de Sodoma para el que parece haber sido especialmente creada, porque tiene, a pesar de su edad, el más hermoso culo posible; es muy gordo y tan acostumbrado a las introducciones que aguanta los mayores miembros sin pestañear. Tiene todavía bonitos rasgos, que empiezan sin embargo a marchitarse.

La Desgranges tiene cincuenta y seis años; es la mujer más malvada que haya existido nunca; es alta, delgada, pálida, había sido morena, es la personificación del crimen. Su culo marchito parece de papel arrugado, con un enorme orificio. Tiene sólo una teta, le faltan tres dedos y seis dientes, "fructus belli". No existe un solo crimen que no haya cometido o hecho cometer, habla bien, tiene ingenio y es actualmente una de las alcahuetas tituladas de la sociedad.

Marie, la primera de las dueñas, tiene cincuenta y ocho años; está azotada y marcada, fue criada de ladrones. Ojos turbios y legañosos, nariz torcida, dientes amarillentos, una nalga roída por un absceso. Parió y mató a catorce niños.

-*Louison*, la segunda dueña, tiene sesenta años; es bajita, jorobada, tuerta y coja, pero tiene aún un hermoso culo. Está siempre dispuesta a cometer crímenes y es extremadamente perversa. Tanto ella como Marie están al servicio de las muchachas; las dos que siguen, a los muchachos.

Thérèse tiene sesenta y dos años, parece un esqueleto, sin pelo ni dientes, boca hedionda, el culo acribillado de heridas y con un agujero muy ancho. Es de una suciedad y un hedor atroces, tiene un brazo torcido y cojea.

Fanchon, de sesenta y nueve años, fue ahorcada seis veces en efigie y ha cometido todos los crímenes imaginables; es bizca, chata, de baja estatura, gruesa, casi sin frente y sólo tiene dos dientes. Una eresipela le cubre el culo, un bulto de hemorroides le sale del agujero, un chancro le devora la vagina tiene un muslo quemado y un cáncer le roe el seno. Siempre está borracha y vomita, suelta pedos y se caga por todas partes y en cualquier momento, sin advertirlo.

SERRALLO DE MUCHACHAS

Augustine, hija de un barón del Languedoc, quince años, cara linda y despierta.

Fanny, hija de un consejero de Bretaña, catorce años, aire dulce y tierno.

Zélmire, hija del conde de Tourville, señor de Beauce, quince años, aspecto noble y un alma muy sensible.

Sophie, hija de un gentilhombre de Berry, rasgos encantadores, catorce años.

Colombe, hija de un consejero del Parlamento de París trece años, muy lozana.

Hébé, hija de un oficial de Orléans, aire muy libertino y ojos encantadores, tiene doce

años.

Rosette y Michette, ambas tienen aire de hermosas vírgenes. Una tiene trece años y es hija de un magistrado de Chalon-sur-Saône, la otra tiene doce y es hija del marqués de Sénanges; fue raptada en el Borbonés, en casa de su padre.

Sus talles, el resto de sus atractivos y principalmente sus culos están por encima de toda descripción. Fueron escogidas entre ciento treinta.

SERRALLO DE MUCHACHOS

Zelamir, trece años, hijo de un gentilhombre de Poitou.

Cupidon, la misma edad, hijo de un gentilhombre de cerca de La Flèche.

Narcisse, doce años, hijo de un hombre destacado de Rouen, caballero de Malta.

Zéphyr, quince años, hijo de un oficial general de París. Está destinado al duque.

Céladon, hijo de un magistrado de Nancy. Tiene catorce años.

Adonis, hijo de un presidente de la Cámara de París, quince años, destinado a Curval.

Hyacinthe, catorce años, hijo de un oficial retirado en la Champagne.

Giton, paje del rey, doce años, hijo de un gentilhombre del Nivernés.

Ninguna pluma podría describir las gracias, los rasgos y los encantos secretos de esos ocho niños, porque están por encima de toda ponderación, y escogidos como sabemos, entre un gran número.

LOS OCHO JODEDORES

Hercule, veintiséis años, bastante guapo, pero muy perverso, favorito del duque; su pito tiene ocho pulgadas dos líneas de circunferencia por trece de largo. Eyacula mucho.

Antinoüs tiene treinta años, hombre hermoso; su pito tiene ocho pulgadas de circunferencia por doce de largo.

Brise-cul, veintiocho años, parece un sátiro; su pito está torcido, la cabeza o glande es enorme, tiene ocho pulgadas tres líneas de circunferencia y el cuerpo del pito ocho pulgadas por trece de largo. Esta majestuosa verga es completamente curva.

Bande-au-ciel tiene veinticinco años, es muy feo, pero sano y vigoroso; gran favorito de Curval. Siempre en erección, su pito tiene siete pulgadas once líneas de circunferencia por

once de largo.

Los otros cuatro tienen vergas de nueve a diez y once pulgadas de largo por siete y medio y siete pulgadas nueve líneas de circunferencia, y están entre los veinticinco y treinta años.

Fin de la introducción. Omisión que he hecho en esta introducción

1°. Hay que decir que Hercule y Bandeau-ciel son el uno muy mala persona y el otro muy feo, y que ninguno de los ocho ha podido gozar nunca de hombre ni de mujer.

2°. Que la capilla sirve de retrete, y detallarla de acuerdo con este uso.

3°. Que las alcahuetas y los alcahuetes, en sus expediciones, tenían a matones bajo sus órdenes.

4°. Detallar un poco los senos de las sirvientas y hablar del cáncer de Fanchon. Describir también un poco más los rostros de los dieciséis niños.

PRIMERA JORNADA

El día 1° de noviembre se levantaron a las 10 de la mañana, tal como estaba prescrito por los reglamentos, de los cuales se habían jurado mutuamente no apartarse en nada. Los cuatro jodedores que no habían compartido el lecho de los amigos les llevaron, en cuanto se hubieron levantado, a Zéphyr a la habitación del duque, Adonis a la de Curval, Narcisse a la de Durcet y Zélamir a la del obispo. Los cuatro eran muy tímidos, todavía embarazados, pero, alentados por sus guías, desempeñaron bastante bien sus deberes, y el duque eyaculó. Los otro tres, más reservados y menos pródigos de su semen, se hicieron penetrar tanto como él, pero no pusieron nada del suyo.

A las once se pasó al aposento de las mujeres, donde las ocho jóvenes sultanas se presentaron desnudas y sirvieron así el chocolate. Marte y Louison, que presidían este serrallo, las ayudaban y dirigían. Se manoseó, se besó mucho, y las ocho pobres pequeñas y desgraciadas víctimas de la más insigne lubricidad, se ruborizaban, se tapaban con las manos, tratando de defender sus encantos, y lo mostraban todo en seguida, al advertir que su pudor excitaba y molestaba a sus amos. El duque, que pronto estuvo con el miembro en alto, midió el contorno de su instrumento con la cintura delgada y ligera de Michette, y sólo hubo tres pulgadas de diferencia. Durcet, que estaba de turno, efectuó los exámenes y las visitas prescritas; a Hébé y Colombe, culpables de algunas faltas, se les impuso inmediatamente un castigo que debería ser aplicado el sábado próximo a la hora de las orgías. Lloraron, pero no conmovieron.

De allí se pasó al de los muchachos. Los cuatro que no habían aparecido por la mañana, a saber, Cupidon, Céladon, Hyacinthe y Giton, se quitaron los calzones, de acuerdo con las órdenes, y se divirtieron unos momentos con lo que sus ojos contemplaron. Curval besó a los cuatro en la boca y el chispo les meneó el pito un rato, mientras el duque y Durcet hacían

otra cosa. Las visitas se efectuaron, nadie fue encontrado en falta.

A la una, los amigos se trasladaron a la capilla donde, como se sabe, se había establecido la sala de los retretes. Como las necesidades que se preveían para la noche habían hecho que se negaran muchos permisos, sólo comparecieron Constance, la Duelos, Augustine, Sophie, Zélamir, Cupidon y Louison. Los demás la habían pedido, pero se les había obligado a reservarse para la noche. Nuestros cuatro amigos, situados alrededor del mismo asiento, construido a propósito, hicieron colocar sobre dicho asiento a los siete sujetos, uno tras otro, y se retiraron después de haberse cansado del espectáculo. Descendieron al salón donde, mientras las mujeres comían, charlaron entre ellos hasta el momento en que se les sirvió. Los cuatro amigos se colocaron entre dos jodedores, siguiendo la regla que se habían impuesto de no admitir nunca mujeres a su mesa, y las cuatro esposas desnudas ayudadas por viejas vestidas en hábitos grises, sirvieron la más magnífica y suculenta comida que se pueda hacer. Nada más delicado y hábil que las cocineras que habían llevado consigo, las cuales estaban tan bien pagadas y disponían de tantos suministros que todo iba a pedir de boca. Aquella comida, que tenía que ser menos abundante que la cena, se compuso de cuatro servicios soberbios de doce platos cada uno. El vino de Borgoña fue escanciado con los entremeses, el Burdeos se sirvió con los primeros platos, el champaña con los asados, el *ermitage* con los platos ligeros y el tokay y el madeira durante los postres.

Poco a poco las cabezas se calentaron; los jodedores a los cuales en aquellos momentos les habían sido concedidos todos los derechos sobre las esposas, las maltrataron un poco. Constance, incluso, fue empujada y golpeada además por no haber traído inmediatamente un plato a Hercule, el cual, advirtiendo que contaba con el favor del duque, creyó poder llevar la insolencia hasta el punto de golpear y molestar a su esposa, cosa que sólo hizo reír al duque. Curval, muy borracho a la hora de los postres, lanzó un plato al rostro de su mujer, que hubiera resultado descalabrada si no lo hubiese esquivado. Durcet, advirtiendo que a uno de sus vecinos se le empalmaba, no se le ocurrió otra ceremonia, aunque estaban en la mesa, que desabrocharse los calzones y ofrecer su culo. El vecino lo enfiló y efectuada la operación, continuaron bebiendo como si nada hubiese sucedido. El duque imitó pronto con Bande-au-ciel la pequeña infamia de su antiguo amigo y apostó, aunque el pito era enorme, beberse tres botellas de vino a sangre fría mientras lo enculaban. ¡Qué práctica, qué calma, qué sangre fría en el libertinaje! Ganó la apuesta, pero como antes de aquellas tres botellas había bebido ya quince, se levantó de allí un poco aturdido. El primer objeto que se presentó a sus ojos fue su mujer, que lloraba por los malos tratos de Hercule, y esta vista lo animó hasta tal punto que se lanzó con ella a excesos que aún no podemos mencionar. El lector, que se da cuenta de lo incómodos que nos sentimos en estos comienzos para poner orden en nuestros materiales, nos perdonará que dejemos todavía sin desvelar muchos pequeños detalles.

Finalmente se pasó al salón, donde nuevos placeres y nuevas voluptuosidades esperaban a nuestros campeones. Allí, el café y los licores les fueron presentados por una cuadrilla encantadora: estaba compuesta por los guapos muchachos Adonis y Hyacinthe y por las muchachas Zelmire y Fanny. Thérése, una de las dueñas, los dirigía, porque era una regla que allí donde se encontrasen reunidos dos o tres jóvenes los condujera una dueña.

Nuestros cuatro libertinos, medio borrachos, pero decididos sin embargo a observar sus leyes, se contentaron con besos y caricias, pero que sus cabezas libertinas supieron sazonar con todos los refinamientos del desenfreno y la lubricidad. Durante un momento creyóse que el obispo iba a perder el semen ante las cosas muy extraordinarias que exigía de Hyacinthe, mientras Zelmire le meneaba la verga. Ya sus nervios se estremecían y su crisis de

espasmo se apoderaba de todo su cuerpo, pero se contuvo, rechazó los tentadores objetos que estaban a punto de triunfar sobre sus sentidos y, sabiendo que había aún trabajo por hacer, se reservó por lo menos hasta el final de la jornada. Se bebieron seis clases diferentes de licores y tres tipos de café, y cuando sonó por fin la hora, las dos parejas se retiraron para ir a vestirse.

Nuestros amigos hicieron una siesta de un cuarto de hora, y se pasó al salón del trono. Tal era el nombre dado al aposento destinado a los relatos. Los amigos se colocaron en sus canapés, teniendo el duque a sus pies a su querido Hercule, cerca de él, desnuda, a Adélaïde, mujer de Durcet e hija del presidente, y formando cuadrilla enfrente de él y unida a su nicho por medio de guirnaldas, según explicamos antes, estaban Zéphyr, Giton, Augustine y Sophie, disfrazados de pastores, presididos por Louison vestida de campesina y representando el papel de madre de ellos.

Curval tenía a sus pies a Bande-au-ciel, en su canapé a Constance, mujer del duque e hija de Durcet, y por cuadrilla a cuatro jóvenes españoles, cada sexo vestido con su traje y lo más elegantemente posible, a saber: Adonis, Céladon, Fanny y Zelmire, presididos por Fanchon como dueña.

El obispo tenía a sus pies a Antinoüs, su sobrina Julie en el canapé, y a cuatro salvajes casi desnudos como cuadrilla. Eran Cupidon y Narcisse como muchachos, y, Hébé y Rosette como muchachas, presididos por una vieja amazona representada por Thérèse.

Durcet tenía a Brise-cul por jodedor, cerca de él a Aline, hija del obispo, y enfrente a cuatro pequeñas sultanas, con la singularidad de que en este caso los muchachos iban vestidos de muchachas, y este arreglo contribuía a destacar los encantadores rostros de Zélamir, Hyacinthe, Colombe y Michette. Una vieja esclava árabe, representada por Marie, conducía esta cuadrilla.

Las tres narradoras, magníficamente vestidas a la manera de señoritas distinguidas de París, se sentaron en la parte baja del trono, en un canapé colocado allí con ese propósito, y Mme Duelos, narradora del mes, ataviada con una bata ligera y muy elegante, muy pintada y llena de diamantes, subió al estrado y empezó así el relato de los acontecimientos de su vida, en el cual debía introducir detalladamente las ciento cincuenta primeras pasiones designadas con el nombre de *pasiones simples:*

> No es poca cosa, señores, presentarse ante un círculo como el vuestro. Acostumbrados a todo lo que las letras producen de más fino y delicado, ¿cómo podréis soportar el relato informe y burdo de una desgraciada criatura como yo, que nunca ha recibido otra educación que la que el libertinaje me ha dado? Pero vuestra indulgencia me tranquiliza; no exigís más que la naturalidad y la verdad, y a título de esto me atreveré a aspirar a vuestros elogios.
>
> Mi madre tenía veinticinco años cuando me trajo al mundo, y era yo su segundo hijo; el primero era una niña que tenía seis años más que yo. Su nacimiento no era ilustre. Era huérfana de padre y madre, lo fue desde muy pequeña, y como sus padres vivían cerca de los Recoletos de París, cuando se vio abandonada y sin ningún recurso, obtuvo de esos buenos padres el permiso de ir a pedir limosna en su iglesia. Pero como era tierna y joven, pronto fue advertida y, poco a poco, de la iglesia subió a las habitaciones de donde pronto descendió embarazada. A tales aventuras debió el ser mi hermana, y es muy verosímil que mi nacimiento no tuviese otro origen.
>
> Sin embargo los buenos padres, contentos con la docilidad de mi madre y viendo como ella fructificaba para la comunidad, la recompensaron por sus trabajos

concediéndole el alquiler de las sillas de su iglesia; colocación que mi madre obtuvo después que, con el permiso de los padres, se casó con el aguador de la casa, el cual nos adoptó inmediatamente a mi hermana y a mí y sin la más leve repugnancia.

Nacida en la iglesia, yo vivía, por decirlo así, más bien en ella que en nuestra casa; ayudaba a mi madre a colocar las sillas, secundaba a los sacristanes en sus diferentes faenas, hubiera ayudado a decir misa si hubiese sido necesario, aunque sólo había cumplido cinco años.

Un día que yo volvía de mis santas ocupaciones, mi hermana me preguntó si no había encontrado aún al padre Laurent...

-No -le contesté.

- ¡Y bien! -me dijo-, te acecha, lo sé, quiere que veas lo que me ha mostrado. No huyas de él, míralo sin asustarte, no te tocará, pero te hará ver algo muy divertido, y si le dejas hacer te recompensará generosamente. Somos quince, de aquí y de los alrededores, a quienes él les ha mostrado la cosa. Es su único placer y nos ha dado regalos a todas.

Ya comprenderéis, señores, que no era necesario más, no solamente para no huir del padre Laurent, sino incluso para buscarlo; el pudor habla en voz muy queda a la edad que yo tenía a la sazón, ¿y su silencio al salir de las manos de la naturaleza no era una prueba evidente de que ese sentimiento ficticio se relaciona mucho menos con esta primera madre que con la educación? Volé al punto hacia la iglesia y al atravesar un pequeño patio que se encontraba entre el portal de la iglesia, del lado del convento, y el convento, me topé de narices con el padre Laurent. Era un religioso de unos cuarenta años de edad, de hermoso rostro. Me para.

-¿A dónde vas, Françon? -me dice.

-A colocar las sillas, padre.

-Bueno, bueno, ya las colocará tu madre. Ven, ven a este cuarto -me dijo, atrayéndome hacia un lugar retirado-, te haré ver algo que no has visto nunca.

Lo sigo, cierra la puerta tras nosotros y, colocándome delante de él:

-Mira, Françon -me dice, sacándose de sus calzones un pito monstruoso que pensé que me haría caer de terror-, mira, niña -continuó diciendo, meneándosela-, ¿has visto nunca algo semejante a esto.., a esto que se llama un pito, pequeña, sí, un pito... y sirve para joder, y lo que verás correr ahora es la simiente con que tú estás hecha. Se la he mostrado a tu hermana y se la muestro a todas las chiquillas de tu edad... Tráeme chiquillas, tráeme, haz como tu hermana que me ha traído más de veinte... Les mostraré mi pito y les lanzaré mi semen a la cara... Esta es mi pasión, hija mía, no tengo otra... y ahora lo verás.

Un instante después me sentí completamente cubierta de un rocío blanco que me manchó por entero y del cual algunas gotas me saltaron a los ojos, porque mi cabecita se encontraba justo a la altura de los botones de su calzón. Sin embargo, Laurent, gesticulando, exclamaba: - ¡Ah, el hermoso semen... el hermoso semen que pierdo! Te he cubierto con él. Y luego, calmándose poco a poco, metióse su instrumento en su lugar, tranquilamente, y se marchó, después de deslizarme una docena de monedas en la mano al tiempo que me recomendaba que la trajera a algunas de mis pequeñas compañeras.

Me apresuré, como podéis imaginar fácilmente, a ir a contar a mi hermana todo lo ocurrido, que me limpió por todas partes con gran cuidado para que nadie se diera cuenta de nada y como era ella la que me habia conseguido esta bonita fortuna, me

pidió la mitad de mi ganancia. Con la enseñanza de este ejemplo, y de la ganancia compartida, no dejé de buscar todas las niñas pequeñas que pude para el padre Laurent. Pero habiéndole traído una que ya conocía la rechazó, tras darme tres monedas; para alentarme.

-Nunca las veo dos veces, hija mía -me dijo-. Tráeme niñas que no conozca, nunca las que te digan que han estado aquí conmigo.

Tuve más cuidado; en tres meses le hice conocer más de veinte chiquillas, con la cuales el padre Laurent empleó, para su placer, los mismos procedimientos que había usado conmigo. Con la condición de escogerlas desconocidas, cumplí otra repecto a su edad que me había recomendado infinitamente: era necesario que no tuvieran menos de cuatro años ni más de siete. Y mi pequeña fortuna iba creciendo, cuando mi hermana, al advertir que marchaba sobre sus pasos, me amenazó con que se lo contaría todo a mi madre si no abandonaba mi bonito negocio, y así dejé al padre Laurent.

Sin embargo, como mis funciones me llevaban siempre a los alrededores del convento, el mismo día de mi séptimo cumpleaños, me topé con un nuevo amante cuya manía, aunque muy infantil, era sin embargo un poco más seria. Este se llamaba el padre Louis, era más viejo que Laurent y tenía un no sé qué de más libertino. Me pescó en la puerta de la iglesia y me hizo subir a su habitación. Al principio, opuse alguna resistencia, pero habiéndome asegurado que mi hermana, hacía tres años, había subido a su cuarto, y que todos los días recibía a muchachitas de mi edad, lo seguí. Apenas llegamos a su celda, cerró la puerta, y vertiendo jarabe en una taza, me hizo beber tres grandes vasos seguidos. Efectuado este preparativo, el reverendo, más cariñoso que su cofrade, se puso a besarme y, bromeando, desató mis faldas y, levantándome la camisa sobre mi corpiño, a pesar de mi breve defensa, se apoderó de todas mis partes delanteras que acababa de poner al descubierto, y tras haberlas manoseado y examinado, me preguntó si no tenía ganas de orinar. Singularmente excitada a esta necesidad por la gran dosis de bebida que acababa de hacerme tragar, le aseguré que sí tenía muchas ganas, pero que no quería hacerlo delante de él.

- ¡Oh, joder, sí bribonzuela! -exclamó el libertino-. ¡Oh, joder sí que lo harás delante de mí, y lo que es peor, sobre mí! Y sacándose la verga, añadió: -Mira, éste es el instrumento que inundarás, tienes que mear encima.

Entonces, cogiéndome y colocándome entre dos sillas, con una pierna sobre una de ellas y lo más separadas que pudo, me dijo que me agachara. Cuando me tuvo en esta actitud, colocó un orinal debajo de mí, sentóse en un pequeño taburete a la altura del orinal, con su miembro en la mano y rozando mi coño. Una de sus manos sostenía mis caderas y con la otra se la meneaba, y como por esta postura mi boca se hallaba paralela a la suya, la besaba.

- ¡Vamos, pequeña, mea! -me dijo-. Inunda ahora mi pito con ese bello licor cuya tibia salida tanto poder tiene sobre mis sentidos. ¡Mea corazón, mea y trata de inundar mi semen!

Louis se animaba, se excitaba, era fácil ver que esta operación singular era la que mejor halagaba sus sentidos; el más dulce éxtasis vino a coronarlo en el momento en que las aguas con que había llenado mi estómago surgieron en abundancia, y llenamos, ambos a la vez, el mismo orinal, él de esperma y yo de orina. Terminada la operación, Louis me endilgó casi el mismo discurso que Laurent, quería hacer una alcahueta de su pequeña puta, y aquella vez, preocupándome un poco de las

amenazas de mi hermana, proporcioné a Louis, audazmente, todas las niñas que conocía. Hizo hacer la misma cosa a todas, y como las volvía a ver dos o tres veces sin inconvenientes, y me pagaba aparte, independientemente de lo que sacaba de mis compañeras, antes de seis meses me vi en posesión de una pequeña suma de la que gozaba yo sola, con la única precaución de ocultarme de mi hermana.

-Duclos -interrumpió aquí el presidente-, ¿no se te ha prevenido que es necesario, en tus relatos, que proporciones toda clase de detalles, pues no podemos juzgar sobre la relación que la pasión que narras guarda con las costumbres y el carácter del hombre a no ser que no disfraces ninguna circunstancia, ya que los menores detalles sirven infinitamente a lo que esperamos de tus narraciones para la irritación de nuestros sentidos?

-Sí, monseñor -contestó la Duclos-, se me ha prevenido que no olvide ningún detalle y que mencione los más mínimos pormenores siempre que puedan servir para arrojar luz sobre los caracteres o la clase social. ¿He cometido alguna omisión de esta clase?

-Sí -dijo el presidente-. No tengo ninguna idea acerca del pito de tu segundo recoleto, ni ninguna acerca de su eyaculación. Por otra parte, ¿te acarició el coño y lo tocó con su pito? Ya ves, ¡cuantos detalles olvidados!

-Perdón -dijo la Duclos-, voy a reparar mis faltas actuales y a estar más atenta en lo sucesivo. El padre Louis tenía un miembro muy corriente, más largo que grueso y, en general, sin nada de particular; recuerdo que se empalmaba con dificultad y que cobraba cierta consistencia sólo en el momento de la crisis. No me refregó el coño, se contentó con abrirlo lo más que pudo con sus dedos, para que la orina saliese más fácilmente. Le acercó su pito dos o tres veces, y su descarga fue muy cerrada, corta y sin otros desvaríos que los siguientes: " ¡Ah, joder, mea pues, hija mía, mea pues, hermosa fuente, mea pues, mea pues... ¿No ves que ya descargo?" Y entremezclaba todo esto con besos sobre mi boca que no tenían nada de libertino.

-Eso es, Duclos --dijo Durcet-, el presidente tenía razón; no podía imaginar nada con el primer relato, pero ahora concibo perfectamente al tipo.

-¡Un momento, Duelos! -dijo el obispo, viendo que ella se disponía a continuar el relato-. En cuanto a mí, tengo una necesidad un poco más viva que la de mear, y siento, desde hace un rato, que esto aprieta y que es necesario que eso salga.

Y al mismo tiempo atrajo hacia él a Narcisse. El fuego salía de los ojos del prelado, su pito se había pegado a su vientre, espumaba, era un semen contenido que quería salir y sólo podía lograrlo por medios violentos. Arrastró a su sobrina y al muchachito al gabinete. Todo se detuvo. Una descarga estaba consideraba como algo demasiado importante para que no se suspendiese todo en el momento en que se quería lograrla, y para que no ocurriera todo con objeto de que se efectuase deliciosamente. Pero esta vez la naturaleza no respondió a los deseos del prelado, y algunos minutos después de haberse encerrado, en el gabinete, salió de él furioso, en el mismo estado de erección, y dirigiéndose a Durcet, que estaba de turno:

-Me tendrás a ese bribón castigado el sábado -le dijo, empujando violentamente al muchacho lejos de sí-, y que el castigo sea severo, te lo ruego.

Se comprendió bien entonces que el muchacho no había podido satisfacerlo, y Julie fue a contar a su padre, en voz baja, lo que había ocurrido.

- ¡Y! ¡Toma otro, pardiez! -le dijo el duque-. Escoge a uno de nuestras cuadrillas, si el tuyo no te satisface.

- ¡Oh! Mi satisfacción, ahora, estaría muy alejada de lo que deseaba hace un rato. --dijo el prelado-. Tú sabes a donde nos conduce un deseo frustrado; prefiero contenerme, pero que no traten con miramientos a ese bribón, es todo lo que recomiendo...

- ¡Oh! Te garantizo que será reprendido -dijo Durcet-. Es bueno que el primero sirva de ejemplo a los demás. Me molesta verte en este estado; ensaya otra cosa, hazte joder.

-Monseñor -dijo la Martaine-, me siento en condiciones de satisfaceros, y si su grandeza quisiera...

¡Oh, no, no, pardiez! -contestó el obispo-. ¿Acaso no sabéis que hay ocasiones en que no se desea un culo de mujer? Esperaré, esperaré..., que la Duelos prosiga; ya descargaré esta noche, con uno que sea de mi gusto. Prosigue, Duelos.

Y una vez que los amigos hubieron reído la franqueza libertina del obispo, "Hay ocasiones en que no se desea un culo de mujer", La narradora prosiguió el relato así:

Acababa de cumplir siete años cuando un día en que, siguiendo mi costumbre, había llevado a Louis una de mis pequeñas compañeras, encontré en su habitación a otro religioso, cofrade suyo. Como esto no había sucedido nunca, me sorprendí y quise retirarme, pero como Louis me tranquilizó, entramos osadamente mi compañera y yo.

-Mira, padre Geoffroy -dijo Louis a su amigo, empujándome hacia éste-, ¿no te dije que era bonita?

-Sí, en verdad lo es -contestó Geoffroy haciéndome sentar sobre sus rodillas y besandome-. ¿Cuantos años tienes, pequeña?

-Siete, padre.

-Es decir, cincuenta menos que yo -dijo el buen padre, besándome otra vez.

Y durante este corto diálogo, se preparaba el jarabe y, como de costumbre, se nos hizo beber tres grandes vasos a cada una, pero como yo no estaba acostumbrada a beberlo, cuando llevaba mi caza a Louis, porque sólo hacía beber a la niña que le llevaba, y por lo regular yo no me quedaba y me marchaba en seguida, me sorprendió la precaución esta vez, y en un tono de gran inocencia, le dije:

-¿Por qué me hace usted beber, padre? ¿Quiere usted que orine?

-Sí, hija mía -dijo Geoffroy, que me seguía teniendo entre sus muslos y paseaba ya sus manos sobre mis partes delanteras-, sí, queremos que orines, y es conmigo con quien tendrá lugar la aventura, tal vez un poco diferente de la que te ocurrió una vez aquí. Ven a mi celda, dejemos al padre Louis con tu pequeña amiga y ocupémonos de lo nuestro. Cuando hayamos terminado, nos reuniremos aquí.

Salimos; Louis me recomendó en voz baja que fuera complaciente con su amigo, que no me arrepentiría de ello. La celda de Geoffroy se encontraba poco alejada de la de Louis, y llegamos a ella sin ser vistos. Apenas entramos, Geoffroy, tras haber cerrado bien, me dijo que me quitara las faldas. Obedecí, el mismo me levantó la camisa hasta el ombligo y, habiéndome hecho sentar en el borde de la cama, me separó los muslos todo lo posible y me inclinó hacia atrás, de modo que presentara todo el vientre y mi cuerpo sólo se sostenía sobre la rabadilla. Me pidió que permaneciera en esta posición y que empezara a orinar en cuanto me golpeara ligeramente con la mano uno de mis muslos. Entonces, contemplándome en tal posición y abriéndome con una de sus manos los labios del coño, con la otra se desabrochó los calzones y empezó a menearse con movimientos rápidos y violentos un pequeño miembro, negro y desmedrado que no parecía muy dispuesto a responder a lo que parecía exigirse de ella. Para determinarlo a ello con más éxito, nuestro hombre creyó conveniente proporcionarle un mayor hostigamiento mientras procedía a su costumbre favorita, y en consecuencia se arrodilló entre mis piernas, examinó

> durante unos momentos el interior del pequeño orificio que yo le ofrecía, aplicó a él su boca varias veces murmurando entre dientes ciertas palabras lujuriosas que no recuerdo porque entonces no las conocía, y continuó meneándose su miembro, que no daba más señales de vida. Finalmente, sus labios se pegaron herméticamente sobre los de mi coño, recibí la señal convenida, y descargando en la boca del buen hombree lo superfluo de mis entrañas, lo inundé con chorros de una orina que tragó con la misma rapidez que yo la lanzaba a su gaznate. De súbito, su miembro se desenvolvió y su fiera cabeza se lanzó sobre uno de mis muslos. Sentí que lo regaba orgullosamente con las estériles marcas de su débil vigor. Todo había sido tan bien combinado, que tragaba las últimas gotas en el momento en que su pito, asombrado de su victoria, lloraba lágrimas de sangre. Geoffroy se levantó, vacilante, y creí advertir que no tenía por su ídolo, cuando el incienso se apagaba, un culto tan fervoroso como cuando el delirio, inflamando su homenaje, sostenía aún el prestigio. Me entregó doce monedas con bastante brusquedad, me abrió su puerta, sin pedirme como los otros que le trajera niñas (a buen seguro que se las proporcionaba en otra parte) y, señalándome el camino de la celda de su amigo, me dijo que fuera allá, porque como la hora de su oficio lo apremiaba no podía acompañarme, y se encerró en su celda sin darme tiempo a que le contestara.

- ¡Y!, Verdaderamente -dijo el duque-, hay mucha gente que no puede soportar el momento de la pérdida de la ilusión. Diríase que el orgullo sufre por el hecho de dejarse ver por una mujer en semejante estado de debilidad y que la repugnancia nace de la mortificación que entonces se experimenta.

-No --dijo Curval, a quien Adonis, arrodillado, meneaba la verga, y que dejaba pasear sus manos sobre el cuerpo de Zelmire-, no, amigo mío, el orgullo no tiene nada que ver aquí; pero el objeto que básicamente no tiene más valor que el que le presta nuestra lubricidad, se muestra absolutamente como es cuando la lubricidad está apagada. Cuanto más violenta ha sido la excitación, más desmerece el sujeto cuando esta excitación no lo sostiene, como estamos más o menos fatigados en razón del mayor o menor ejercicio que hemos hecho, y esa repugnancia que experimentamos entonces no es más que el sentimiento de un alma harta a la cual le disgusta la felicidad porque acaba de fatigarla.

-Pero sin embargo, esta repugnancia -dijo Durcet- suscita a menudo un sentimiento de venganza del que se han visto funestas consecuencias.

-Entonces, es otra cosa -dijo Curval-, y como la continuación de los relatos nos ofrecerá tal vez ejemplos de lo que acabáis de decir, no anticipemos las disertaciones que estos hechos provocarán de una manera natural.

-Presidente, di la verdad --dijo-Durcet-: en vísperas de extraviarte tú mismo, creo, que en estos momentos deseas más prepararte para sentir cómo se goza que disertar acerca de cómo se cansa uno.

-Nada de eso... ni una palabra -dijo Curval-, soy un hombre de gran sangre fría... Es muy cierto -prosiguió, besando a Adonis en la boca- que este muchachito es encantador... pero no se puede joderlo; no conozco nada peor que vuestras leyes... hay que limitarse a cosas... a cosas... Vamos, vamos prosigue, Duelos, porque siento que haré una tontería, y quiero que mi ilusión se mantenga al menos hasta la hora de ir a acostarme.

El presidente, que veía que su miembro empezaba a alborotarse, mandó a los dos muchachitos a su lugar y, volviendo a tenderse cerca de Constance que, por linda que fuera sin duda no lo excitaba tanto, ordenó por segunda vez a Duelos que prosiguiera, la cual

obedeció al punto en los siguientes términos:

Fui al encuentro de mi pequeña compañera. La operación de Louis había sido realizada y, poco contentas ambas, abandonamos el convento, yo con la casi resolución de no volver más. El tono de Geoffroy había humillado mi pequeño amor propio, y sin profundizar acerca de donde venía la repugnancia, no me gustaban las repeticiones ni las consecuencias. Sin embargo, estaba escrito en mi destino que tendría aún algunas aventuras en el convento, y el ejemplo de mi hermana, que había tenido, me dijo, enredos con más de catorce, debía convencerme de que no me hallaba al final de mis líos galantes. Me di cuenta de ello tres meses después de esta última aventura ante las solicitudes que me hizo uno de aquellos buenos reverendos, hombre de unos sesenta años. No hubo astucia que no inventara para decidirme a ira su habitación. Uno tuvo éxito, tanto que una hermosa mañana de domingo, sin saber cómo ni por qué, me encontré en su celda. El viejo disoluto al que llamaban padre Henri, me encerró con él en cuanto me vio entrar y me abrazó de todo corazón.

- ¡Ah, bribonzuela! -exclamó, transportado de alegría-. Ya te tengo, ya te tengo, esta vez no te escaparás.

Hacía mucho frío; mi naricilla estaba llena de mocos, como sucede a menudo con los niños. Quise sonarme.

- ¡Oh, no, no! -dijo Henri, oponiéndose seré yo, seré yo el que haga esta operación.

Y, tras tumbarme en la cama con la cabeza un poco inclinada, se sentó cerca de mí y puso mi cabeza sobre sus rodillas. Dijérase que de esta manera devoraba con los ojos esta secreción de mi, cerebro. -¡Oh, la linda mocosa, cómo la voy a sorber! -decía, medio desmayado. Inclinándose entonces sobre mi cabeza, y metiendo toda mi nariz en su boca, no solamente devoró todos los mocos con los que yo estaba cubierta, sino que también lanzó lúbricamente la punta de su lengua dentro de los agujeros de mi nariz alternativamente y con tanto arte que provocó dos o tres estornudos que redoblaron el chorreo que deseaba y devoraba con tanto apremio. Pero de éste, señores, no me pidáis más detalles, pues nada vi, y sea que no hizo nada o se lo hizo en sus calzones, el caso es que nada advertí, y en la multitud de sus besos y sus lamidas nada delató un éxtasis más intenso, cosa que me hace creer que no eyaculó. No fui arremangada más, ni siquiera sus manos se extraviaron, y os aseguro que la fantasía de aquel viejo libertino podría ejercer con la muchacha más honrada y más ignorante sin que ella pudiera sospechar la menor lubricidad.

No ocurría lo mismo con aquel que la casualidad me ofreció el mismo día en que cumplí nueve años. El padre Etienne, tal era el nombre del libertino, había dicho ya a mi hermana varias veces que me condujera hasta él, y ella había insistido para que yo fuera a verlo, pero sin querer acompañarme, por miedo de que nuestra madre, que ya sospechaba algo, no se enterara cuando yo me hallase cara a cara con él, en un rincón de la iglesia, cerca de la sacristía. El libertino se lo tomó con tantas ganas y empleó razones tan persuasivas que no tuvo que arrastrarme por la oreja. El padre Etienne era un hombre de unos cuarenta años, de tez fresca, gallardo y vigoroso. Apenas nos encontramos en su habitación me preguntó si sabía menear un pito.

- ¡Ay! -le contesté, ruborizándome-. No sé siquiera qué quiere usted decir.

- ¡Y bien!, voy a enseñártelo, pequeña -me dijo, besándome de todo corazón en la boca y en los ojos-. Mi único placer consiste en enseñar a las chiquillas, y las lecciones que les doy son tan excelentes que no las olvidan nunca. Empieza por aflojarte las

faldas, porque si te enseño cómo hay que dar placer es justo que te enseñe al mismo tiempo qué debes hacer para recibirlo, y es necesario que nada nos estorbe para esta lección. ¡Vamos, empezemos por ti! Lo que ves aquí -me dijo, poniéndome mi mano sobre el pubis-' se llama un coño, y he aquí lo que debes hacer para proporcionarte unos cosquilleos deliciosos. Hay que frotar ligeramente con un dedo esta pequeña elevación que sientes aquí Y que se llama el clítoris.

Y luego, haciéndome actuar:

-Es así, pequeña, mientras una de tus manos trabaja aquí, un dedo de la otra debe introducirse imperceptiblemente en esta deliciosa hendidura...

Y colocándome la mano:

-Eso es, si... ¡Y bien!, ¿no sientes nada? -continuó mientras hacia que ejecutase su lección.

-No, padre, se lo aseguro -contesté con inocencia.

- ¡Vaya! señorita, es que debes ser todavía demasiado joven, pero dentro de un par de años ya verás el placer que te causará esto.

- ¡Espere! -le dije-. Creo que siento algo.

Y frotaba tanto como podía en los lugares que me había dicho... Efectivamente, algunas leves titilaciones voluptuosas acababan de convencerme de que la receta no era una quimera, y el gran uso que hice después de este caritativo método ha acabado de convencerme más de una vez de la habilidad de mi maestro.

-Ahora me toca a mí -me dijo Etienne-, pues tus placeres excitan mis sentidos, y es preciso que yo los comparta, angel mío. Toma -me dijo, haciéndome empuñar un instrumento tan monstruoso que mis dos pequeñas manos apenas podían rodearlo-, toma, hija mía, esto se llama un pito y este movimiento -continuó diciendo, al tiempo que hacía mover mi puño con rápidas sacudidas-, este movimiento se llama menear. Así, pues, en esos momentos, me estás meneando el pito. ¡Vamos, hija mía, vamos, menea con todas tus fuerzas! Cuanto más rápidos y fuertes sean tus movimientos, más apresurarás el instante de mi embriaguez. Pero fíjate en una cosa esencial -añadió, dirigiendo siempre mis sacudidas-, procura que la cabeza esté siempre descubierta. No la cubras nunca con esta piel que llamamos el prepucio; si el prepucio recubriera esta parte que llamamos el glande, todo mi placer desaparecería. ¡Vamos, pequeña -añadió mi maestro-, deja que yo haga contigo lo que tú haces conmigo.

Y arrimándose a mi pecho mientras decía esto, en tanto yo seguía meneándosela, colocó sus dos manos tan hábilmente, movió sus dedos con tanto arte, que el placer hizo finalmente presa en mí, y es a él a quien debo en verdad la primera lección. Entonces, como la cabeza empezó a darme vueltas, interrumpí mi faena, y el reverendo, que no había terminado, consintió en renunciar un instante a su placer para ocuparse sólo del mío; y cuando me lo hubo hecho conocer completamente, me hizo volver a la tarea que mi éxtasis me había obligado a interrumpir, y me recomendó encarecidamente que no me distrajera y que sólo me ocupase de él. Lo hice con toda mi alma. Era justo: le debía cierto agradecimiento. Efectuaba yo mi trabajo con tan buena voluntad y cumplía tan bien todo lo que me ordenaba, que el monstruo vencido por los meneos vomitó finalmente todo su rabia y me cubrió con su veneno. Etienne entonces pareció transportado por el delirio más voluptuoso; besaba mi boca con ardor, me manoseaba el coño y el extravío de sus frases anunciaba todavía mejor su desorden. Las "f..." y las "b..." unidas a las más cariñosas palabras caracterizaban este delirio que duró mucho tiempo, y del que el galante Etienne, muy diferente de su

> cofrade el tragador de orina, sólo salió para decirme que era encantadora y para rogarme que volviera a verlo, y que me trataría siempre como iba a hacerlo: deslizándome un escudo en la mano, me acompañó hasta el lugar donde nos habíamos encontrado y me dejó, maravillada y encantada de una nueva buena suerte que, al reconciliarme con el convento, me hizo tomar la resolución de regresar a menudo desde entonces, persuadida de que, a medida que creciera, más agradables aventuras me esperaban. Pero no era ese mi destino; acontecimientos más importantes me esperaban en un nuevo mundo, y al regresar a casa me enteré de unas noticias que turbaron pronto la embriaguez que me había producido mi última historia.

En este momento se oyó sonar una campana en el salón: la que anunciaba que la cena estaba servida. Por lo tanto, la Duelos, generalmente aplaudida en los interesantes comienzos de su historia descendió de la tribuna y, tras haber arreglado todos un poco el desorden en que se encontraban, se ocuparon de nuevos placeres dirigiéndose apresuradamente a buscar los que Como ofrecía.

Aquella comida fue servida por las ocho muchachitas desnudas. En el momento en que se cambió de salón, ya estaban preparadas, porque habían tenido la precaución de salir algunos minutos antes. Los invitados debían ser veinte: los cuatro amigos, los ocho jodedores y los ocho muchachos. Pero el obispo, siempre furioso contra Narcisse, no quiso permitir que éste tomase parte en la fiesta, y como se había convenido que se tendrían mutuas y recíprocas complacencias, nadie se preocupó de pedir la revocación de la sentencia, y el muchachito fue encerrado solo en un cuarto oscuro, en espera del momento de las orgías, en que monseñor tal vez se reconciliaría con él. Las esposas y las narradoras se fueron a cenar rápidamente a fin de estar dispuestas para las orgías, las viejas dirigieron el servicio de las ocho muchachitas, Y se sentaron a la mesa.

Esta cena, mucho más fuerte que la comida, fue servida con mayor magnificencia, brillo y esplendor. Hubo primero un servicio de sopa de cangrejo y entremeses compuestos de más de veinte fuentes. Veinte entradas los sustituyeron, que pronto lo fueron a su vez por otros veinte principios finos compuestos únicamente por pechugas de ave de corral y caza, cocinados de todo tipo de formas. Vino después un servicio de asado donde apareció todo lo más raro que pueda imaginarse. A continuación llegó un plato de repostería fría que pronto dejó sitio a veintiséis dulces de todos los tipos y formas. Se retiró esto y fue sustituido por una guarnición completa de pasteles dulces fríos y calientes. Por último apareció el postre que ofreció un número prodigioso de frutas a pesar de la estación, después los helados, el chocolate y los licores, que se tomaron en la mesa. Por lo que respecta a los vinos, habían variado en cada servicio; en el primero, borgoña, en el segundo y tercero, dos clases de vinos de Italia, en el cuarto, vino del Rin, en el quinto, vinos del Ródano, en el sexto, champaña espumoso y vinos griegos de dos clases con dos diferentes servicios. Las cabezas se habían calentado mucho, tanto en la comida como en la cena, no estaba permitido abusar de las sirvientas; éstas, siendo la quintaesencia de lo que ofrecía aquella comunidad, debían ser tratadas con miramientos, pero, en revancha, se permitieron con ellas toda suerte de porquerías.

El duque, achispado, dijo que sólo quería beber ya orina de Zelmire, de la que se echó entre pecho y espalda dos grandes vasos, que ella llenó subida a la mesa, en cuclillas sobre su plato: "¡Qué gracia tiene beber meados de virgen! -dijo Curval. Y, llamando a Fanchon, prosiguió-: Ven, puta, quiero beber de la misma fuente." Y Curval, colocando su cabeza entre las piernas de la vieja bruja, tragó golosamente los chorros impuros de la orina

envenenada que ella le soltó en el estómago. Finalmente, las conversaciones se animaron, se tocaron diferentes puntos sobre las costumbres y la filosofía, y dejo al lector que considere si la moral fue muy refinada. El duque inició un elogio del libertinaje y demostró que se encontraba en la naturaleza y que cuanto más se multiplicaban sus extravíos, más la servían. Su opinión fue recibida generalmente con aplausos, y luego todos se levantaron para ir a poner en práctica los principios que se acaban de exponer. Todo estaba ya dispuesto en el salón de las orgías: las mujeres estaban ya desnudas, acostadas sobre montones de cojines colocados en el suelo, entremezcladas con los jóvenes putos que se habían levantado de la mesa con este propósito poco después de los postres. Nuestros amigos se dirigieron hacia allá tambaleándose; dos viejas los desnudaron, y nuestros cuatro compinches cayeron en medio del rebaño como lobos que asaltan un redil. El obispo, cuyas pasiones se habían excitado cruelmente ante los obstáculos que habían encontrado durante el día, se apoderó del culo sublime de Antinoüs, mientras Hercule lo enfilaba, y, vencido por esta última sensación y por el servicio importante y tan deseado que Antinoüs sin duda le hacía, descargó finalmente chorros de semen tan impetuosos que se desmayó en el éxtasis. Los vapores de Baco acabaron de encadenar los sentidos que entorpecía el exceso de lujuria, y nuestro héroe pasó del desmayo a un sueño tan profundo que tuvo que ser trasladado a la cama. El duque se despachó por su lado. Curval, recordando el ofrecimiento que había hecho la Martaine al obispo, le exigió que lo cumpliera, y descargó mientras lo enfilaban. Mil otros horrores, mil otras infamias acompañaron y siguieron a las descritas, y nuestros tres valientes campeones, ya que el obispo no estaba ya en este mundo, nuestros valerosos atletas, digo, escoltados por los cuatro jodedores del servicio de noche que no se encontraban allí pero que vinieron a buscarlos, se retiraron con las mismas mujeres que habían tenido en los canapés durante la narración. Infelices víctimas de su brutalidad a las que es verosímil creer que ultrajaron más que acariciaron, y a las cuales, sin duda, dieron más repugnancia que placer. Tal fue la historia de la primera jornada.

SEGUNDA JORNADA

Se levantaron a la hora de costumbre. El obispo, completamente repuesto de sus excesos, y que desde las cuatro de la mañana estaba escandalizado de que lo hubiesen dejado acostarse solo, había tocado el timbre para que Julie y el jodedor que le había sido destinado vinieran a ocupar su puesto. Llegaron inmediatamente, y el libertino se echó en sus brazos en busca de nuevas obscenidades.

Después de haber tomado el desayuno como de costumbre en el aposento de las muchachas, Durcet realizó la visita y, a pesar de lo que pudiera decirse, todavía encontró nuevas delincuentes. Michette era culpable de un tipo de falta y Augustine, a quien Curval había hecho decir que se mantuviera durante todo el día en un determinado estado, se encontraba en el estado completamente contrario; ella no recordaba nada, y pedía perdón por ello, y prometía que no volvería a suceder más, pero el cuadrumvirato fue inexorable, y ambas fueron inscritas en la lista de castigos del siguiente sábado.

Singularmente descontentos por la torpeza de todas aquellas muchachas en el arte de la masturbación, impacientes por lo que habían experimentado sobre esto la víspera, Durcet propuso establecer una hora por la mañana, durante la cual se darían lecciones al respecto, y que por turno, cada uno de ellos se levantaría una hora más temprano, y como el momento del ejercicio sería establecido desde las nueve hasta las diez, se levantaría, digo, a las nueve

para ir a dedicarse a este ejercicio. Decidióse que aquel que realizase esta función se sentaría tranquilamente en medio del serrallo, en un sillón, y que cada muchacha, conducida y guiada por la Duelos, la mejor meneadora que había en el castillo, se acercaría a sentarse encima de él, que la Duelos dirigiría su mano, sus movimientos, le enseñaría la mayor o menor rapidez que hay que imprimir a las sacudidas de acuerdo con el estado del paciente, que prescribiría sus actitudes, sus posturas durante la operación, y que se impondrían castigos reglamentados para aquella que al cabo de la primera quincena no lograra dominar perfectamente este arte, sin necesidad de más lecciones. Sobre todo, les fue concretamente recomendado, según los principios del padre recoleto, mantener el glande siempre descubierto durante la operación, y que la mano vacante se ocupase sin cesar durante todo el tiempo en cosquillear los alrededores, según las diferentes fantasías de los interesados.

Este proyecto del financiero gustó a todos, la Duelos, informada, aceptó el trabajo, y desde aquel mismo día dispuso en su aposento un consolador con el que ellas pudiesen ejercitar constantemente sus dedos y mantenerlos en la agilidad requerida. Se le encargó a Hercule el mismo trabajo con los muchachos, que más hábiles siempre en este arte que las muchachas, porque sólo se trata de hacer a los otros lo que hacen a sí mismos, sólo necesitaron una semana para convertirse en los más deliciosos meneadores que fuese posible encontrar. Entre ellos, aquella mañana, no se encontró a nadie en falta, y como el ejemplo de Narcisse, la víspera, había tenido como consecuencia que se negaran casi todos los permisos, sucedió que en la capilla sólo se encontraron la Duelos, dos jodedores, Julie, Thérèse, Cupidon y Zelmire. A Curval se le empalmó mucho, se había enardecido asombrosamente por la mañana con Adonis, en la visita de los muchachos, y creyóse que eyacularía al ver las cosas que hacían Thérése y los jodedores, pero se contuvo.

La comida fue como siempre, pero el querido presidente, que bebió y se comportó disolutamente durante el ágape, se inflamó de nuevo a la hora del café, servido por Augustine y Michette, Zélamir y Cupidon, dirigidos por la vieja Fanchon, a quien, por capricho, se le había ordenado que estuviera desnuda como los muchachos. De este contraste surgió el nuevo furor lúbrico de Curval, quien se entregó a algunos desenfrenos con la vieja y Zélamir que le valieron por fin la pérdida de su semen.

El duque, con el pito empalmado, abrazaba a Augustine; rebuznaba, denostaba, deliraba, y la pobre pequeña, temblando, retrocedía como la paloma ante el ave de presa que la acecha, dispuesta a capturarla. Sin embargo, se contentó con algunos besos libertinos y con darle una primera lección, como anticipo de la que empezaría a tomar al día siguiente. Y como los otros dos, menos animados, habían empezado ya sus siestas, nuestros dos campeones los imitaron. Se despertaron a las seis para pasar al salón de los relatos.

Todas las cuadrillas de la víspera estaban cambiadas, tanto los individuos como los vestidos, y nuestros amigos tenían por compañeras de canapé, el duque a Aline, hija del obispo y por consiguiente, ¡por lo menos, sobrina del duque!, el obispo a su cuñada Constance, mujer del duque e hija de Durcet; Durcet a Julie, hija del duque y mujer del presidente, y Curval, para despertarse y reanimarse un poco, a su hija Adélaïde, mujer de Durcet, una de las criaturas del mundo a quien más le gustaba molestar a causa de su virtud y devoción. Empezó con algunas bromas perversas, y habiéndole ordenado que tomara durante la sesión una postura adecuada a sus gustos pero muy incómoda para aquella pobre mujercita, la amenazó con toda su cólera si la cambiaba un solo momento. Cuando todo estuvo listo, Duelos subió a su tribuna y reanudó así el hilo de su relato

Hacía tres días que mi madre no había aparecido por la casa, cuando su marido,

inquieto más por sus efectos y su dinero que por la criatura, decidió entrar en su habitación, donde tenían la costumbre de guardar todo lo más precioso, ¡pero cuál no fue su asombro cuando en vez de encontrar lo que buscaba halló sólo un billete de mi madre en el que le decía que se resignara a su pérdida, porque habiéndose decidido a separarse de él para siempre, y careciendo de dinero, le había sido necesario coger todo lo que se llevaba! En cuanto al resto, sólo él y los malos tratos que le había dado tenían la culpa, si lo abandonaba, y que le dejaba las dos hijas, que bien valían lo que se llevaba. Pero el buen hombre estaba lejos de considerar que lo uno valiese como lo otro, y nos despidió graciosamente, rogándonos que no durmiéramos en la casa, prueba cierta de que discrepaba con mi madre.

Bastante poco afligidas por una situación que nos dejaba en plena libertad, a mi hermana y a mí, para entregarnos tranquilamente a un género de vida que empezaba a gustamos, sólo pensamos en llevarnos nuestras escasas pertenencias y en despedirnos de nuestro querido padrastro que había tenido a bien dárnoslas. Mientras decidíamos lo que debíamos hacer, nos alojamos mi hermana y yo en una pequeña habitación de los alrededores. Allí lo primero que hicimos fue preguntarnos acerca de la suerte de nuestra madre. Teníamos la seguridad de que se encontraba en el convento, decidida a vivir secretamente en la celda de algún padre, o haciéndose mantener en algún rincón de las cercanías, cosa que no nos preocupaba demasiado, cuando un hermano del convento nos trajo un billete que hizo cambiar nuestras conjeturas. Dicho billete decía en sustancia que lo mejor que nos podía aconsejar era que fuésemos al convento en cuanto anocheciera, a la celda del padre guardián, el mismo que escribía el billete; que él nos esperaría en la iglesia hasta las diez de la noche y nos conduciría al lugar donde se encontraba nuestra madre, cuya felicidad actual y calma nos haría compartir gustosamente. Nos exhortaba vivamente a que no faltásemos a la cita y, sobre todo, a ocultar nuestros movimientos con gran cuidado; porque era esencial que nuestro padrastro no se enterase de nada, en bien de nuestra madre y de nosotras mismas.

Mi hermana, que a la sazón había cumplido quince años y qUe, por consiguiente, tenía más vivacidad y razonaba más que yo, que sólo tenía entonces nueve, después de haber despedido al Portador del billete y contestado que reflexionaría sobre el asunto arriba, no dejó de extrañarse de todas aquellas maniobras.

-Françon -me dijo-, no vayamos. Hay gato encerrado en todo esto. Si esta proposición fuese franca, ¿por qué mi madre no hubiera escrito ella misma un billete junto a éste o al menos no lo hubiera firmado? ¿Y con quién podría estar en el convento, mi madre? El padre Adrien, su mejor amigo, no está allí desde hace tres años, más o menos. Desde entonces, ella no va al convento, más que de paso, y no tiene ningún asunto allí. ¿Por qué azar hubiera buscado ella este retiro? El padre guardián no es ni ha sido nunca su amante. Sé que ella lo ha divertido dos o tres veces, pero no se trata de un hombre capaz de liarse con una mujer sólo por eso, porque es inconstante y hasta brutal con las mujeres una vez que se le ha pasado el capricho. Por lo tanto, ¿a qué viene que ahora muestre tanto interés por nuestra madre? Te digo que hay gato encerrado en este asunto. Nunca me ha gustado ese viejo guardián; es malo, duro y brutal. Una vez me atrajo a su habitación, donde estaba con tres más, y después de lo que me sucedió allí, juré no volver a poner los pies en su celda. Créeme, dejemos ahí todos esos monjes bribones. No quiero ocultarte más tiempo, Françon, que tengo una conocida, me atrevo a decir una buena

amiga. Se llama Mme Guérin, hace dos años que la trato, y desde entonces no ha transcurrido una semana sin que me hiciese participar en una buena juerga. Pero no juergas de doce miserables monedas como las del convento; no hay una sola que no me haya reportado tres escudos por lo menos. Mira, aquí tienes una prueba de ello -prosiguió mi hermana mostrándome una bolsa que contenía por lo menos diez luises-; como puedes advertir, tengo de qué vivir. Y bien, si quieres seguir mi consejo, haz como yo. La Guérin te recibirá, no te quepa la menor duda, te vio hace ocho días, cuando vino a buscarme para una juerga, y me ha encargado que te lo propusiese también y que por muy joven que fueses ella siempre hallaría dónde colocarte. Haz como yo, te digo, y pronto nos veremos libres de apuros. Por lo demás, es todo lo que puedo decirte, pues, excepto esta noche que pagaré tus, gastos, no cuentes más conmigo, pequeña. Cada cual para sí, en este mundo. He ganado esto con mi cuerpo y mis dedos, haz tú lo mismo. Y si el pudor te lo impide, vete al diablo, y sobre todo no vengas a buscarme, porque después de lo que acabo de decirte, si te viera morir de sed, no te daría un vaso de agua. Por lo que respecta a mi madre, muy lejos de estar enojada por la suerte que haya corrido, sea cual sea, te diré que me regocijo de ello, y que mi único deseo es que la muy puta se encuentre tan lejos que no la vuelva a ver nunca. Sé hasta qué punto ella me perjudicó en mi oficio, y todos los hermosos consejos que me daba mientras, la muy ramera se comportaba tres veces peor. Amiga mía, que el diablo se la lleve y sobre todo que no la traiga, eso es todo lo que le deseo.

No teniendo, en verdad, el corazón más tierno ni mejor alma que mi hermana, aprobaba sinceramente todas las invectivas con que ella llenó a esa excelente madre, y, tras agradecer a mi hermana el conocimiento que me proporcionaba, le prometí seguirla a casa de aquella mujer y, una vez adoptada, dejar de serle una carga. Como mi hermana, me negaba a ir al convento.

-Si efectivamente ella es feliz, tanto mejor -dije-; en tal caso, nosotras podremos serlo por nuestro lado, sin necesidad de compartir su suerte. Y si se trata de una trampa que se nos tiende, es necesario evitar caer en ella.

Después de eso mi hermana me abrazó.

- ¡Vaya! -dijo-. Veo ahora que eres una buena chica. Bien, bien, ten la seguridad de que haremos fortuna. Yo soy linda y tú también, ganaremos lo que se nos antoje, amiga mía. Pero es necesario no atarse, no lo olvides. Hoy uno, mañana otro, es preciso ser puta, niña mía, puta en el alma y en el corazón. En cuanto a mí -continuó diciendo-, lo soy tanto, puedes verlo ahora, que no hay confesión, sacerdote, consejo ni representación que puedan apartarme del vicio. Estaría dispuesta, rediós, a mostrar mi culo en la plaza del mercado con tanta tranquilidad como me bebo un vaso de vino. Imítame, Françon, complaciéndolos, una saca todo lo que quiere de los hombres; el oficio es un poco duro al principio, pero una se hace a ello. Hay tantos hombres como gustos. Primero, hay que ser capaz de cualquier cosa, uno quiere una cosa, otro quiere otra. Pero ¿qué importa? Una está allí para obedecer y someterse, enseguida se acaba, y queda el dinero.

Yo me sentía turbada, lo confieso, al escuchar palabras tan licenciosas en la boca de una muchacha tan joven y que siempre me había parecido tan decente. Pero como mi corazón compartía su sentido, no tardé en decirle que estaba no solamente dispuesta a imitarla en todo, sino hasta en portarme peor que ella, si era necesario. Encantada conmigo, mi hermana me abrazó de nuevo, y como empezaba a ser tarde

mandamos a buscar una pularda y buen vino, cenamos y dormimos juntas, decididas a ir al día siguiente por la mañana a casa de la Guérin para rogarle que nos recibiera como pupilas.

Fue durante la mencionada cena cuando mi hermana me enseñó todo lo que yo ignoraba todavía acerca del libertinaje. Se me exhibió completamente desnuda, y puedo asegurar que era una de las más bellas criaturas que había entonces en París. Hermosa Piel, una gordura agradable y, a pesar de esto, el talle más esbelto e interesante, los más bellos ojos azules y todo el resto digno de lo mencionado. Me enteré también del tiempo que hacía que la Guérin se había fijado en aquellos atractivos y del placer con que se la ofrecía a sus clientes, quienes, jamás cansados de ella, la volvían a pedir una y otra vez. Al meternos en la cama caímos en la cuenta de que nos habíamos olvidado de dar una respuesta al padre guardián, quien seguramente se enojaría por nuestra negligencia y a quien era preciso tratar con miramientos mientras estuviésemos en el barrio. ¿Pero cómo reparar aquel olvido? Ya eran más de las once, y decidimos dejar las cosas tal como estaban.

Al parecer, la aventura le interesaba mucho al guardián, por lo que es de creer que trabajaba más para él que para la pretendida felicidad de que nos hablaba, porque apenas dieron las doce llamaron con suavidad a nuestra puerta. Era el padre guardián en persona; nos esperaba, dijo, desde hacía dos horas, y por lo menos hubiéramos podido hacerle llegar una respuesta, y tras haberse sentado en nuestra cama, nos dijo que nuestra madre había decidido pasar el resto de sus días en un pequeño aposento secreto que tenían en el convento y donde le daban la mejor comida del mundo, amenizada con la compañía de los grandes personajes de la casa que solían pasar la mitad del día con ella y con otra mujer joven, compañera de mi madre; que sólo dependía de nosotras aumentar el número, pero como éramos demasiado jóvenes para establecernos, él nos tomaría sólo por tres años, al cabo de los cuales, juraba que nos devolvería nuestra libertad y mil escudos a cada una; que nuestra madre le había encargado que nos dijera que le causaríamos un gran placer si íbamos a compartir su soledad.

-Padre -le contestó descaradamente mi hermana-, le agradecemos su proposición. Pero a nuestra edad no tenemos ningún deseo de encerramos en un claustro para convertirnos en putas de sacerdotes, ya lo hemos sido demasiado.

El guardián insistió en sus proposiciones, y lo hizo con un fuego que demostraba bien a las claras hasta qué punto deseaba lograr sus propósitos. Advirtiendo al fin que no se salía con la suya, dijo lanzándose casi furiosamente, sobre mi hermana.

-Y bien, puta, satisfáceme pues una vez más por lo menos, antes que me vaya.

Y, tras haberse desabrochado sus calzones, montó encima de mi hermana, quien no opuso ninguna resistencia, convencida de que si satisfacía su necesidad se desembarazaría de él más pronto. Y el libertino, sujetándola debajo de sus rodillas, agitó un instrumento duro y bastante grueso a unos centímetros de la cara de mi hermana.

- ¡Linda cara -exclamó-, linda carita de puta, cómo voy a inundarte de leche, ah, rediós!

Y al cabo de unos instantes las esclusas se abrieron, el esperma eyaculó y todo el rostro de mi hermana, principalmente la nariz y la boca se encontraron cubiertos por las pruebas del libertinaje de nuestro hombre, cuya pasión no hubiera sido satisfecha de un modo tan barato si su proyecto hubiese tenido éxito. El religioso, más

calmado, sólo pensó ya en marcharse, y después de habernos arrojado un escudo sobre la mesa, y encendido de nuevo su linterna, dijo:

-Sois unas pequeñas imbéciles, sois unas pequeñas tiparracas. Dejáis escapar vuestra fortuna. ¡Que el cielo os castigue haciéndoos caer en la miseria y tenga yo el placer de veros hundidas en ella como venganza, esos son mis últimos deseos!

Mi hermana, que se limpiaba la cara, le devolvió todas sus tonterías, y cuando la puerta volvió a cerrarse para no abrirse ya hasta la mañana siguiente, pasamos al menos el resto de la noche tranquilas.

-Lo que has visto -me dijo mi hermana- es una de sus pasiones favoritas. Le gusta con locura descargar sobre la cara de las muchachas. Si se limitara a ello, bueno..., pero el bribón tiene otros gustos y tan peligrosos que temo...

Pero mi hermana, vencida por el sueño, se durmió antes de acabar la frase, y como el día siguiente nos trajo otras aventuras, dejamos de pensar en aquélla.

Por la mañana nos levantamos y, tras habernos arreglado bien, nos dirigimos a casa de la señora Guérin. Esta heroína vivía en la calle Soli, en un apartamento muy limpio del primer piso, que compartía con seis señoritas entre dieciséis y veintidós años, todas muy lozanas y lindas. Permitidme, señores, que no os las describa más que a medida que sea necesario. La Guérin, encartada del proyecto que había conducido a mi hermana a su casa después que hacía tanto que la deseaba, nos recibió y alojó a ambas con gran placer.

-Aunque es muy joven -le dijo mi hermana, señalándome-, le servirá bien, se lo aseguro. Es dulce, gentil, tiene buen carácter y un alma decididamente inclinada al puterío. Tiene usted muchos disolutos entre sus amistades que desean niñas, he aquí una que corresponde a lo que necesitan... empléela.

La Guérin, volviéndose hacia mí, me preguntó entonces si estaba decidida a todo.

-Sí, señora -le contesté, en un tono ligeramente descarado que le gustó-, a todo para ganar dinero.

Fuimos presentadas a nuestras nuevas compañeras, que ya conocían a mi hermana y que por amistad le prometieron que cuidarían de mí. Luego cenamos todas juntas, y en una palabra así fue, señores, mi primera instalación en el burdel.

No transcurrió mucho tiempo sin que empezara mi práctica en él: aquella misma noche llegó un viejo comerciante envuelto en una capa con quien la Guérin me emparejó para mi estreno.

- ¡Oh! A propósito, -dijo la Guérin presentándome al viejo libertino-, las queréis sin pelo, señor Duelos, le aseguro que ésta no tiene ni uno.

-En efecto -contestó el viejo original, contemplándome-. parece muy niña. ¿Cuantos años tienes, pequeña? -Nueve, señor.

-¡Nueve años!... Bien, bien, señora Guérin, usted sabe que son así como las quiero. Y más jóvenes aún, si usted las tuviera. Las tomaría pardiez, recién destetadas.

Y la Guérin, tras retirarse, riéndose de la expresión, nos dejó solos. Entonces el viejo libertino, acercándose, me besó dos o tres veces en la boca. Acompañando una de mis manos con la suya, hizo que sacara de su bragueta su verga no muy empalmada y, actuando constantemente sin hablar demasiado, me desabrochó las faldas, me acostó en el canapé, me subió la camisa hasta el pecho y, montando sobre mis dos muslos, que había abierto completamente, con una mano me entreabría el

coño todo lo que podía, mientras con la otra se la meneaba con todas sus fuerzas. "El lindo pajarito", decía, agitándose y suspirando de placer. "Cómo lo domesticaría si aún pudiera, pero ya no puedo; por más que hiciera, ni en cuatro años se endurecería este bribón de pito. Ábrete, ábrete, pequeña, separa bien los muslos." Y al cabo de un cuarto de hora, por fin, advertí que el hombre suspiraba más hondamente. Algunos " ¡rediós! " añadieron cierta energía a sus expresiones y sentí los bordes de mi coño inundados del esperma cálido y espumoso que, como el bribón no podía lanzar dentro, se esforzaba en hacerlo penetrar dentro con los dedos.

Hecho esto, partió como un rayo, y todavía me encontraba ocupada en limpiarme cuando mi galán abría ya la puerta de la calle. Este fue el principio, señores, que me valió el nombre de Duelos. Era costumbre en aquella casa que cada pupila adoptase el nombre del primer hombre que la ocupaba, y yo me sometía tal uso.

-¡Un momento! -dijo el duque-. No he querido interrumpir hasta que no hubiese una pausa, pero ya que has hecho una, explícame un poco dos cosas: primera, si tuviste noticias de tu madre o si jamás supiste lo que fue de ella; segunda, dime si las causas de la antipatía que os inspiraba a tu hermana y a ti eran naturales o tenían una causa. Esto tiene relación con la historia del corazón humano, a lo que nos dedicamos de una manera particular.

-Monseñor -contestó la Duelos-, ni mi hermana ni yo tuvimos nunca la menor noticia de esa mujer.

-Bien -dijo el duque-. En ese caso está claro, ¿no es verdad Durcet?

-Sin la menor duda -contestó el financiero-. Y tuvisteis suerte en no caer en la trampa, porque no hubierais regresado jamás.

- ¡Es inaudito --lijo Curval-, cómo se propaga esta manía!

-Es que es muy deliciosa, a fe mía --lijo el obispo.

-¿Y el segundo punto? -preguntó el duque, dirigiéndose a la narradora.

-El segundo punto, monseñor, es decir, el motivo de nuestra antipatía, difícilmente a fe mía sería capaz de explicarla, pero era tan violenta en nuestros dos corazones que nos confesamos una a otra que hubiéramos sido capaces de envenenarla en el caso de no poder llegar -a desembarazarnos de ella de otro modo. Nuestra aversión era completa, y como ella no daba ningún motivo para ello, lo más verosímil es pensar que este sentimiento era obra de la naturaleza.

-¿Y quién lo duda? -dijo el duque-. Cada día vemos que la naturaleza nos inspira la inclinación más violenta hacia lo que los hombres llaman crimen, y aunque la hubieseis envenenado veinte veces, esta acción dentro de vosotras sólo hubiera sido el resultado de esa inclinación que ella os inspiraba hacia el crimen, inclinación que cobraba en vosotras la forma de una invencible antipatía. Es una locura imaginar que debamos nada a nuestras madres. ¿Y sobre qué se fundaría nuestro agradecimiento?: ¿Sobre lo que gozaba cuando era jodida? Seguramente, no es para menos. En cuanto a mí, yo sólo veo en ello motivos de odio y desprecio. ¿Nos da la felicidad al darnos la vida?... Lejos de esto. Nos arroja a un mundo lleno de escollos, y a nosotros nos toca salir de apuros como podamos. Recuerdo que tuve una madre en otro tiempo que me inspiraba más o menos los mismos sentimientos que la Duelos sentía por la suya: la aborrecía. Cuando me fue posible, la mandé al otro mundo, y nunca he gozado una voluptuosidad más viva que cuando cerró los ojos para no volverlos a abrir más.

En este momento se escucharon unos sollozos terribles en una de las cuadrillas. Era en la del duque, sin lugar a dudas. Al investigar, vióse que la joven Sophie tenía los ojos arrasados en lágrimas. Dotada de un corazón muy distinto al de aquellos canallas, la conversación trajo a su espíritu el recuerdo querido de aquella que le había dado el ser y había muerto defendiéndola cuando fue raptada. Y esta idea cruel había venido a su tierna imaginación acompañada sólo de abundantes lágrimas.

- ¡Ah, pardiez! -dijo el duque- ¡Buena cosa es ésa! ¿Lloras a tu madre, no es verdad, pequeña mocosa? Acércate, acércate, para que te consuele.

Y el libertino, enardecido por los preliminares y por estas palabras y por el efecto que tenían, mostró un triunfal pito que parecía querer una eyaculación. Mientras tanto, Marie (era la dueña de la cuadrilla), trajo a la muchacha. Sus lágrimas corrían abundantemente y el hábito de novicia que le habían puesto aquel día prestaba aún más encanto a un dolor que la embellecía. Era imposible ser más linda.

- ¡Jodido Dios -dijo el duque, levantándose como un frenético-, qué linda tajada para hincarle el diente! Quiero hacer lo que la Duelos acaba de contarnos, quiero mojarle el coño con mi leche... ¡Que la desnuden!

Y todo el mundo esperaba en silencio el desenlace de aquella pequeña escaramuza.

-¡Oh, señor, señor! -exclamó Sophie, lanzándose a los pies del duque-. Respetad al menos mi dolor, gimo por la muerte de una madre que me fue muy querida, que murió defendiéndome y a la que no veré nunca más. ¡Tened piedad de mis lágrimas y concededme por lo menos una noche de descanso!

- ¡Ah! ¡Joder! -exclamó el duque, empuñando su verga que amenazaba al cielo-. Nunca hubiera creído que esta escena fuese tan voluptuosa. Desnúdala, desnúdala, pues -decía a Marie, furioso-; ya debería estar desnuda.

Y Aline, que se encontraba en el sofá del duque, lloraba a lágrima viva, mientras se oía gemir a la tierna Adélaïde en el nicho de Curval, quien, lejos de compartir el dolor de aquella bella criatura, la regañaba violentamente por haber abandonado la posición en que la había colocado, y por otra parte, contemplaba con el más vivo interés el desenlace de aquella deliciosa escena.

Mientras tanto, desnudan a Sophie, sin el menor miramiento por su dolor, la colocan en la actitud que acababa de relatar la Duelos y el duque anuncia que va a descargar. Pero ¿cómo hacerlo? Lo que acababa de relatar Duelos había sido realizado por un hombre con el miembro mustio y la descarga de su fofo pito podía dirigirse a voluntad. Pero no era el mismo caso ahora: la amenazadora cabeza del miembro del duque no quería inclinarse y continuaba amenazando al cielo; hubiera sido preciso, por decirlo así, colocar a la muchachita encima. Nadie sabía qué hacer, y sin embargo, cuantos más obstáculos surgían, más juraba y blasfemaba el irritado duque. Finalmente, la Desgranges acudió en su ayuda. Nada de lo que se refería al libertinaje era desconocido para aquella vieja bruja; cogió a la niña y la colocó tan hábilmente sobre sus rodillas que, se colocase como se colocase el duque, la punta de su pito rozaba la vagina. Dos sirvientas acudieron para sujetar las piernas de la muchachita, la cual, si hubiese tenido que ser desvirgada, nunca hubiera podido ofrecer un coño más hermoso. Pero eso no era todo aún: era necesaria una mano hábil para hacer desbordar el torrente y dirigirlo justamente a su destino. Blangis no quería correr el riesgo de utilizar la mano de un muchacho torpe para una operación tan importante.

-Toma a Julie -dijo Durcet-; quedarás contento de ella. Empieza a menearla como un ángel.

- ¡Oh, joder! -exclamó el duque-. Esa puta fallará, la conozco. Basta con que yo sea su

padre, tendrá un miedo espantoso.

-Te aconsejo un muchacho, a fe mía -dijo Curval-. Toma a Hercule; tiene una muñeca muy hábil.

-Sólo quiero a la Duelos -dijo el duque-. Es la mejor de todas las meneadoras, permitidle que deje su puesto unos momentos y que venga.

La Duelos llega, muy orgullosa de una preferencia tan notable. Se arremanga hasta el codo y empuñando el enorme instrumento de Monseñor, empieza a sacudirlo, con la cabeza siempre descubierta, a menearlo con tal arte, a agitarlo con sacudidas tan rápidas y al mismo tiempo tan adecuadas al estado en que veía al paciente, que finalmente la bomba estalla sobre el mismo agujero que debe cubrir. Lo inunda, el duque grita, blasfema y se debate. Duelos no se detiene; sus movimientos están condicionados al grado del placer que proporcionan. Antinoüs, colocado allí a propósito, hace penetrar delicadamente el esperma en la vagina a medida que fluye, y el duque, vencido por las más deliciosas sensaciones, ve, expirando de voluptuosidad, cómo se deshincha poco a poco entre los. dedos de su meneadora el fogoso miembro cuyo ardor acaba de inflamarlo tan poderosamente. Se echa de nuevo sobre el sofá, la Duelos regresa a su lugar, la muchachita se limpia, se consuela y vuelve a su cuadrilla, y el relato prosigue, dejando a los espectadores persuadidos de una verdad de la cual, creo, estaban imbuidos desde hacía tiempo, a saber, que la idea del crimen supo siempre inflamar los sentidos y conducirnos a la lubricidad.

> Quedé muy asombrada -dijo la Duelos, reanudando el hilo de su discurso- al ver que todas mis compañeras se reían al encontrarse conmigo, y me preguntaban si me había limpiado bien y mil otras cosas que demostraban que ellas sabían muy bien lo que yo acababa de hacer. No me dejaron mucho rato en la inquietud, y mi hermana, conduciéndome a una habitación contigua a aquella donde se celebraban comúnmente las orgías, y donde yo había sido encerrada, me mostró un agujero a través del cual se veía el canapé y todo lo que ocurría en el cuarto. Me dijo que aquellas señoritas se divertían fisgando por el agujero lo que hacían los hombres a sus compañeras, y que yo misma era dueña de ir allá cuando quisiera, siempre que no estuviera ocupado. Porque sucedía a menudo, decía ella, que aquel respetable agujero sirviese para misterios acerca de los cuales sería instruida en su momento y lugar. No transcurrieron ocho días sin que sacase provecho de ese placer, y una mañana en que habían preguntado por una tal Rosalie, una de las más bellas rubias que imaginarse pueda, tuve la curiosidad de observar qué le harían. Me oculté, y he aquí la escena de que fui testigo.
>
> El hombre que estaba con ella no debía tener más de veintiséis o treinta años. En cuanto ella entró, la hizo sentarse en un taburete muy alto y destinado para la ceremonia. Tan pronto como estuvo sentada, le quitó todas las horquillas que sostenían su pelo e hizo flotar hasta el suelo un bosque de cabellos rubios, soberbios, que adornaba la cabeza de aquella hermosa muchacha. Sacó luego un peine de su bolsillo, los peinó, los desenredó, los acarició y besó, entremezclando cada acción con elogios sobre la belleza de aquella cabellera, que era lo único que le ocupaba. Finalmente se sacó de la bragueta un pequeño pito seco y muy tieso que envolvió rápidamente con los cabellos de su dulcinea, y meneándosela con el moño, eyaculó mientras pasaba su otra mano alrededor del cuello de Rosalie y la besaba en la boca. Desenvolvió su verga muerta, vi los cabellos de mi compañera sucios de semen; ella los limpió se los volvió a atar, y nuestros amantes se separaron.

Al cabo de un mes, mi hermana fue llamada por un personaje que nuestras señoritas me dijeron que fuera a contemplar a través del agujero porque tenía una extravagante fantasía. Se trataba de un individuo de unos cincuenta años; apenas había entrado cuando, sin preliminares de ninguna clase, sin caricias, mostró su trasero a mi hermana, la cual, al tanto de la ceremonia, hizo que se inclinara sobre la cama, se apodera del fofo y arrugado culo, hunde sus cinco dedos en el orificio y empieza a sacudirlo de una manera tan énergica que la cama crujía. Mientras tanto, nuestro hombre, sin mostrar nada más, se agita, se menea, sigue los movimientos, se presta a ellos con lubricidad y grita que descarga y que goza el mayor de los placeres. La agitación había sido violenta, en verdad, porque mi hermana estaba cubierta de sudor; ¡pero qué menguados episodios y qué imaginación tan estéril!

Si bien el hombre que me fue presentado poco después no fue más caprichoso, por lo menos partía más voluptuoso y su manía, para mí, tenía más el colorido del libertinaje. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años bajo y gordo, pero fresco y alegre. Como todavía no había visto a ningún hombre con un gusto como el suyo, mi primer movimiento fue el de arremangarme hasta el ombligo: un perro al que se le muestra un bastón no hubiera puesto una cara más larga. - ¡Eh! ¡Por tu vida! Dejemos tranquilo el coño, querida, te lo ruego -me dijo, bajándome las faldas tan rápidamente como yo las había subido-. Esas putillas -prosiguió, de buen humor- sólo le muestran a uno sus coños. Serás la causa de que no descargue en toda la noche.., mientras no me haya quitado de la cabeza tu jodido coño. Y diciendo esto hizo que me volviera de espaldas y levantó metódicamente los refajos por detrás. En esta posición, y conduciéndome él mismo, sin soltar las faldas levantadas, para ver tos movimientos de mi culo mientras caminaba, hizo que me acercase a la cama, sobre la que me acostó de bruces. Entonces examinó mi trasero con la más escrupulosa atención, ocultando con una mano el coño, que parecía temer más que al fuego. Finalmente, tras haberme pedido que disimulara todo lo que pudiera esta indigna parte (empleo su expresión), con sus dos manos manoseó durante un buen rato y con lubricidad mi trasero; lo separaba, lo juntaba, acercaba a él su boca y una vez o dos hasta sentí que la colocaba sobre el agujero, pero no se estremecía aparentemente, no había señales de nada. Sin embargo, cuando se sintió dispuesto, preparóse para el desenlace de la operación. -Tiéndete completamente en el suelo -me dijo, arrojando algunos cojines- allá, sí, eso es... con las piernas bien separadas, el culo un poco levantado y el agujero lo más entreabierto que te sea posible -añadió, al ver mi docilidad. Y entonces, tomando un taburete, lo colocó entre mis piernas y fue a sentarse en él de manera que su pito, que finalmente sacó de su bragueta, pudiese ser meneado a la altura del agujero que incensaba. Entonces sus movimientos se hicieron más rápidos, con una mano se meneaba y con la otra separaba mis nalgas, y algunas alabanzas sazonadas con muchos juramentos componían su discurso. - ¡Oh, santo Dios! ¡Qué hermoso culo! ¡Cómo voy a inundarlo! Y cumplió su palabra. Me sentí toda mojada; el libertino pareció quedar anonadado tras su éxtasis. ¡Tan verdad es que el homenaje rendido a ese templo tiene siempre más ardor que el que se ofrece en el otro!; y se fue, tras haberme prometido que regresaría porque había satisfecho muy bien sus deseos. Efectivamente, regresó al día siguiente, pero su inconstancia le hizo preferir a mi hermana; fui a observarlos y vi que empleaba absolutamente los mismos procedimientos, a los que mi hermana se prestaba con la misma complacencia.

-¿Tenía un culo hermoso tu hermana? –preguntó Durcet.

-Podréis juzgar por un solo detalle, monseñor -dijo la Duelos-. Un famoso pintor, a quien le habían encargado una Venus de hermosas nalgas, un año después, le pidió que le sirviera de modelo, porque decía, había estado buscando en todas las casas de alcahuetas de París sin haber encontrado lo que necesitaba.

-Puesto que ella tenía quince años, y que aquí hay muchachas de tal edad, compáranos su trasero -dijo el financiero- con alguno de los culos que tienes aquí ante tu vista.

Duelos fijó los ojos en Zelmire y dijo que le era imposible encontrar nada, no solamente respecto al culo si no a la cara, que pudiera competir con su hermana.

-Bueno, Zelmire -dijo el financiero- ven, pues, a presentarme tus nalgas.

Ella pertenecía precisamente a su cuadrilla. La encantadora muchacha se acercó temblando. Es colocada al pie del canapé, acostada de bruces; levantan su grupa con las--cojines y el pequeño orificio se ofrece completo.

El libertino empalmado besa y manosea lo que se le presenta. Ordena a Julie que se la menee. Es obedecido, sus manos se extravían sobre otras partes, la lubricidad lo embriaga, su pequeño instrumento, bajó las sacudidas voluptuosas de Julie, parece endurecerse un momento, el canalla blasfema, la leche fluye y suena la hora de la cena.

Como en todas las comidas, reinaba la misma profusión, haber descrito una es como haberlas descrito todas. Pero como casi todo el mundo había eyaculado, en esta cena fue preciso restablecer fuerzas, y por lo tanto, se bebió mucho. Zelmire, que era llamada la hermana de la Duelos, fue extraordinariamente festejada en las orgías y todo el mundo quiso besar su culo. El obispo dejó en él algo de semen, los otros tres compañeros volvieron a excitarse y se fueron a acostar como la víspera, es decir, cada cual con las mujeres que habían tenido en los canapés y cuatro jodedores que no habían aparecido desde la cena.

TERCERA JORNADA

El duque se levantó a las nueve. Era él quien debía comenzar a prestarse a las lecciones que la Duelos tenía que dar a las muchachas. Se instaló en un sillón y experimentó durante una hora los diversos manoseos, masturbaciones, poluciones y posiciones diversas de cada una de aquellas muchachas, conducidas y guiadas por su maestra, y, como es fácil imaginar, su temperamento fogoso se excitó mucho con tal ceremonia. Tuvo que hacer increíbles esfuerzos para no perder su semen, pero, bastante dueño de sí mismo, supo contenerse y regresó triunfalmente para fanfarronear de que había soportado un asalto que mucho dudaba que sus amigos hubieran podido sostener con la misma flema que él. Esto dio lugar a algunas apuestas y a una multa de cincuenta luises que sería impuesta a quien descargase durante las lecciones.

En vez del almuerzo y dulas visitas, aquella mañana se empleó en disponer el cuadro de las diecisiete orgías proyectadas para el final de cada semana, así como en la última fijación de los desvirgamientos que ahora podían establecer mejor que antes después de haber conocido mejor a las personas. Como dicho cuadro establecía de una manera decisiva todas las operaciones de la campaña, hemos creído necesario ofrecer una copia al lector; nos ha parecido que, sabiendo, después de haberlo leído, el destino de las personas, se interesaría más por ellas en el resto de las operaciones.

CUADRO
DE LOS PROYECTOS DEL RESTO DEL VIAJE

El día 7 de noviembre, fin de la primera semana, se procederá por la mañana al casamiento de Michette y Giton, y los dos esposos, que por la edad no pueden unirse, como tampoco las parejas de los tres himeneos siguientes, serán separados por la moche, sin tener en cuenta la ceremonia que sólo habrá servido para divertir durante el día. La misma noche se procederá al castigo de las personas marcadas en la lista del amigo de turno durante el mes.

El día 14 se procederá al matrimonio de Narcisse y Hébé, con las mismas cláusulas anteriores.

El 21 se efectuará el matrimonio de Colombe y Zélamir.

El 21, igualmente, el de Cupidon y Rosette.

El 4 de diciembre (los relatos de la Champville habrán estimulado las expediciones siguientes), el duque desvirgará a Fanny.

El día 5 de diciembre, dicha Fanny será casada con Hyacinthe, el cual gozará de su joven esposa delante de la reunión. Tal será la fiesta de la quinta semana, y por la noche habrá los castigos ordinarios, porque los casamientos se celebrarán por la mañana.

El día 8, Curval desvirgará a Michette.
El 11, el duque desvirgará a Sophie.

El 12, para celebrar la fiesta de la sexta semana, Sophie será casada con Céladon, de acuerdo con las mismas cláusulas anteriores. Lo cual no se repetirá en los siguientes.

El 15, Curval desvirgará a Hébé.

El 18, el duque desvirgará a Zelmire, y el 19, para celebrar la fiesta de la séptima semana, Adonis se casará con Zelmire.

El 20, Curval desvirgará a Colombe.

El 25, día de Navidad, el duque desvirgará a Augustine, y el 26, fiesta de la octava semana, Zéphyr se casará con Augustine.

El 29, Curval desvirgará a Rosette, y se ha dispuesto todo para que Curval, que tiene un miembro más pequeño que el duque, posea a las más jóvenes.

El día 1 de enero, primer día en que los relatos de la Martaine habrán hecho soñar en nuevos placeres, se procederá a las desfloraciones sodomitas en el orden siguiente:

El primero de enero, el duque sodomizará a Hébé.

El día 2, para celebrar la novena semana, Hébé, después de haber sido desvirgada por delante por Curval y por detrás por el duque, será entregada a Hercule, quien gozará de ella de la manera que le ordene la reunión.

El día 4, Curval enculará a Zélamir.

El día 6, el duque dará por detrás a Michette, y el 9, para celebrar la fiesta de la décima semana, esta Michette, que habrá sido desvirgada por el coño por Curval, y por el culo por el duque, será entregada a Brise-cul para que goce de ella, etc.

El día 11, el obispo enculará a Cupidon.

El 13, Curval enculará a Zelmire.

El 15, el obispo enculará a Colombe.

El 16, para la fiesta de la onceava semana, Colombe, que habrá sido desvirgada por el coño por Curval y por el culo por el obispo, será entregada a Antinoüs, quien gozará de ella, etc.

El día 17, el duque enculará a Giton.

El día 19, Curval enculará a Sophie.

El día 21, el obispo enculará a Narcisse.

El 22, el duque enculará a Rosette.

El 23, en la fiesta de la doceava semana, Rosette será entregada a Bande-au-ciel.

El día 25, Curval dará por culo a Agustine.

El 28, el obispo dará por culo a Fanny.

El día 30, para la fiesta de la treceava semana, el duque se casará con Hercule como marido y con Zéphyr como mujer, y el matrimonio se efectuará, así como los tres otros siguientes, delante de todo el mundo.

El 6 de febrero, para la fiesta de la catorceava semana, Curval se casará con Brise-cul como marido y con Adonis como mujer.

El 13 de febrero, para la fiesta de la quinceava semana, el obispo se casará con Antinoüs como marido y con Céladon como mujer.

El 20 de febrero, para la fiesta de la dieciseisava semana, Durcet tendrá a Bande-au-ciel como marido y a Hyacinthe como mujer.

Por lo que respecta a la fiesta de la diecisieteava semana, que cae el 27 de febrero, víspera del final de los relatos, se celebrará por medio de sacrificios para los cuales los señores se reservan *in petto* la elección de las víctimas.

Mediante estos arreglos, desde el 30 de enero se habrán efectuado todos los desvirgamientos, excepto los de los cuatro muchachos que los señores deberán tomar como mujer, y que se reservan intactos hasta el final con el objeto de hacer durar la diversión hasta el fin del viaje.

A medida que los sujetos sean desvirgados, reemplazarán a las esposas en los canapés durante los relatos, y, por la noche, estarán cerca de los señores, alternativamente, según su elección, con los cuatro últimos bardajes que los señores se reservan como mujeres en el último mes.

En el momento en que una muchacha o un muchacho desvirgado haya reemplazado a una esposa en el canapé, esta esposa será repudiada. Desde ese momento su descrédito será general, y sólo tendrá sitio entre las sirvientas.

Respecto a Hébé, de doce años de edad, de Michette, de doce años de edad, de Colombe, de trece años y de Rosette, también de trece años, a medida que sean entregadas a los jodedores y vistas . por ellos, caerán igualmente en descrédito, sólo serán admitidas en las voluptuosidades duras y brutales, tendrán un sitio entre las esposas repudiadas y serán tratadas con el más extremo rigor. Desde el 24 de enero, las cuatro se encontrarán en el mismo plano de igualdad.

Con este cuadro se ve que el duque habrá tenido los coños vírgenes de Fanny, Sophie, Zelmire, Augustine y los culos de Hébé, Michette, Giton, Rosette y Zéphyr.

Que Curval habrá tenido el desvirgamiento de los coños de Michette, Hébé, Colombe, Rosette y los de los culos de Zélamir, Zelmire, Sophie, Augustine y Adonis.

Que Durcet que ya no jode, habrá tenido únicamente el desvirgamiento del culo de Hyacinthe, con el que se casará como mujer.

Y que el obispo, que sólo jode en el culo, habrá tenido los desvirgamientos sodomitas de Cupidon, Colombe, Narcisse, .Fanny y Céladon.

Habiendo dedicado todo el día a disponer estos arreglos y a charlar, y sin que nadie hubiese caído en falta, todo transcurrió sin acontecimientos hasta la hora del relato, en que, siendo los arreglos los mismos, aunque siempre variados, la célebre Duelos subió a su tribuna y prosiguió en los siguientes términos su relato de la víspera:

> Un joven cuya manía, aunque muy poco libertina, en mi opinión, no por eso era menos singular, se presentó en casa de Mme Guérin, poco después de la última aventura de que hablé ayer. Necesitaba una nodriza joven y lozana; la mamaba y eyaculaba sobre los muslos de aquella buena mujer mientras se atiborraba con su leche. Su pito me pareció muy mediocre y toda su persona bastante desmedrada, y su descarga fue tan dulce como su operación.
>
> Al día siguiente se presentó otro en la misma habitación cuya manía seguramente

os parecerá más divertida. Quería que la mujer estuviese envuelta con. velo que le ocultara completamente todo el pecho y la figura; la única parte del cuerpo que deseaba ver, y que tenía que ser de una calidad superior, era el culo, ya que todo el resto le era indiferente y se sabía que le hubiera disgustado contemplarlo. Mme Guérin hizo venir de fuera una mujer de una gran fealdad y de unos cincuenta años de edad, pero cuyas nalgas estaban cortadas como las de Venus. Nada más hermoso podía ofrecerse a la vista.

Yo quise ver esta escena; la vieja dueña, bien envuelta, fue a colocarse en seguida de bruces sobre el borde de la cama. Nuestro libertino, de unos treinta años y seguramente hombre de toga, le levanta las faldas hasta los costados, se extasía ante las bellezas de su gusto que le son ofrecidas. Manosea, separa las soberbias nalgas, las besa con ardor y, con la imaginación inflamada más por lo que supone que por lo que hubiera visto sin duda si la mujer hubiese estado sin velo y fuese incluso bonita, cree tener trato con la misma Venus, y al cabo de poco rato, ya con el miembro endurecido a fuerza de sacudidas, lanza una lluvia benéfica sobre las dos nalgas que están bajo su mirada. Su descarga fue viva e impetuosa. Estaba sentado delante del objeto de su culto; una de sus manos lo abría mientras que con la otra lo machacaba, y gritó diez veces: - ¡Qué hermoso culo! ¡Ah, qué delicia inundar de semen semejante culo! En cuanto terminó levantóse y se marchó sin manifestar el menor deseo de saber con quien había tratado.

Un joven clérigo solicitó a mi hermana, poco tiempo después. Era joven y guapo, pero casi no podía distinguirse su pito, tan pequeño y blando era. La tumbó casi desnuda en un canapé, se colocó de rodillas entre sus muslos, sosteniéndole las nalgas con las dos manos, y empezó a cosquillearle el pequeño agujero de su trasero. Luego su boca se pegó al coño de mi hermana. Le cosquilleó el clítoris con la lengua, y obró de un modo tan hábil, hizo un empleo tan acompasado y tan igual de sus dos movimientos, que en tres minutos la sumergió en el delirio; vi como su cabeza se inclinaba, su mirada se extraviaba y la bribona exclamó: "- ¡Oh, mi querido abad, me haces morir de placer!"

El clérigo tenía por costumbre tragar todo el líquido que su libertinaje hacía fluir. No falló y, meneándosela, agitándose a su vez mientras obraba contra el canapé donde estaba mi hermana, le vi esparcir por el suelo la evidencia de su virilidad. Me tocó al día siguiente, y os puedo asegurar, señores, que es una de las más dulces operaciones que he vivido en mi vida: el bribón del abad tuvo mis primicias, y el primer semen que perdí en mi vida fue en su boca. Más diligente que mi hermana en devolverle el placer que me daba, agarré maquinalmente su pito flotante y mi pequeña mano le devolvió lo que su boca me hacía experimentar con tanta delicia.

En este punto el duque no pudo impedir interrumpir. Singularmente excitado por las masturbaciones a las que se había prestado por la mañana, creyó que ese tipo de lubricidad ejecutado con la deliciosa Augustine cuyos despiertos y bribones ojos anunciaban un temperamento muy precoz, le haría perder un semen que ya picaba excesivamente a sus cojones. Ella pertenecía a su cuadrilla, le gustaba bastante, había sido destinada a él para la desfloración, la llamó. Esa noche estaba vestida de marmota y encantadora bajo este disfraz. La dueña le remangó las faldas y la colocó en la postura que había descrito Duelos. El duque se apoderó primero de las nalgas,, se arrodilló, introdujo un dedo en el ano, que cosquilleó ligeramente, agarró el clítoris que esta amable niña tenía ya muy marcado, chupó. Los de

Languedoc tienen temperamento; Augustine fue una prueba de ello: sus bonitos ojos se animaron, suspiró, sus muslos se levantaron maquinalmente, y el duque tuvo la suerte de obtener un semen joven que sin duda corría por primera vez.

Pero no se obtienen dos dichas seguidas. Hay libertinos endurecidos hasta tal punto por el vicio, que cuanto más simple y delicada es la cosa que hacen, menos se excita su maldita cabeza. Nuestro querido duque era de estos, tragó el esperma de esta deliciosa niña sin que el suyo quisiese correr. Y hasta hubo un momento, pues nada es tan inconsecuente como un libertino, un momento, digo, en que iba a acusar por ello a esta pobre desgraciada, que totalmente confundida por haber cedido a la naturaleza, ocultaba su cabeza entre las manos e intentó huir de su puesto.

- ¡Qué me traigan otra! -dijo el duque, lanzando furiosas miradas a Augustine-. Las chuparé todas antes que no perder mi semen.

Trajeron a Zelmire, la segunda muchacha de su cuadrilla, que igualmente le correspondía por derecho. Tenía la misma edad que Augustine, pero la pena de su situación encadenaba en ella todas las facultades de un placer que tal vez sin eso la naturaleza le hubiese permitido igualmente disfrutar. Le levantan las faldas por encima de los muslos, más blancos que el alabastro; muestra un montecito cubierto de una pelusilla que empieza

a brotar. Se deja colocar en la forma requerida, pero por más que haga el duque, nada logra. Se levanta furioso al cabo de un cuarto de hora y, corriendo hacia su gabinete con Hercule y Narcisse, dice:

- ¡Ah, joder! Veo que no es la caza que necesito -refiriéndose a las dos muchachas- y que sólo tendré éxito con ésta.

Se ignoran cuáles fueron los excesos a los que se entregó, pero al cabo de unos instantes se oyeron gritos y rugidos que demostraban que había logrado la victoria, y que los muchachos eran, para una eyaculación, vehículos más seguros que las más adorables muchachas. Mientras tanto, el obispo se había encerrado con Giton, Zélamir y Bande-au-ciel, y cuando se hubieron escuchado los gritos suscitados por su descarga, los dos hermanos, que seguramente se habían entregado a los mismos excesos, regresaron para escuchar más tranquilamente el relato de nuestra narradora:

> Transcurrieron casi dos años sin que se presentasen en casa de la Guérin más personajes o gente de gustos demasiado comunes, excepto los que he contado ya, cuando fui avisada de que me arreglara y, sobre todo, lavase bien mi boca. Obedecí y bajé cuando me lo ordenaron. Un hombre de unos cincuenta años, gordo y robusto, se encontraba con la Guérin.
>
> -Ahí puede verla usted -dijo-. Señor, no tiene más que doce años y es limpia como si saliese del vientre de su madre, puedo responder de ello.
>
> El cliente me examinó, me hizo abrir la boca, inspeccionó mis dientes, respiró mi aliento y, satisfecho de todo, sin duda, pasó conmigo al templo destinado a los placeres. Nos sentamos uno enfrente del otro, y muy cerca. Nada podía imaginarse de más serio que mi pretendiente, nada más frío ni flemático. Me miraba de soslayo, me contemplaba con los ojos medio cerrados y me preguntaba yo a qué conduciría todo aquello, cuando, rompiendo finalmente el silencio, me dijo que guardara en la boca la mayor cantidad posible de saliva. Obedecí, y cuando consideró que mi boca debía estar llena, se lanza con ardor a mi cuello, pasa su brazo alrededor de mi cabeza con el fin de sujetarla, y pegando sus labios a los míos, bombea, chupa y traga con avidez todo el líquido que yo había acumulado, que parecía colmarlo de éxtasis. Atrae

mi lengua con el mismo furor, y cuando la siente seca y advierte que ya no hay nada en mi boca, me ordena que vuelva a empezar mi operación. Repite la suya, vuelvo a efectuar la mía, y así durante ocho o diez veces seguidas.

Chupó mi saliva con tal furor que sentía una opresión en el pecho. Creí que por lo menos algunas chispas de placer coronarían su éxtasis, pero me equivocaba. Su flema, que sólo se desmintió un poco en los instantes de sus ardientes succiones, volvía a ser la misma cuando terminaba, y cuando le hube dicho que ya no podía más, volvió a mirarme de reojo, a fijar sus ojos en mí como al principio, se levantó sin decir una sola palabra, pagó a la Guérin y se marchó.

- ¡Ah! ¡santo Dios, santo Dios! -dijo Curval-. Yo soy más feliz que él, porque descargo.

Todas las cabezas se levantaron, y todos vieron al querido presidente haciendo a Julie, su mujer, que aquel día tenía por compañera en el canapé, lo mismo que la Duelos acababa de relatar. Sabíase que esta pasión era bastante de su gusto, junto con algunos otros episodios que Julie le proporcionaba y que la joven Duelos no había proporcionado a su cliente, si hay que creer al menos los refinamientos que aquel exigía y que el presidente estaba lejos de desear.

-Un mes después -dijo la Duelos, a quien se le había ordenado que prosiguiera-, tuve tratos con un chupador de un camino completamente contrario. Este era un viejo abad que, después de haberme previamente besado y acariciado el trasero durante más de media hora, hundió su lengua en el agujero, hizo que penetrara con fuerza, la volvió y revolvió con tanto arte que creía casi sentirla dentro de mis entrañas. Pero éste, menos flemático, tras separar mis nalgas con una mano, con la otra se la meneaba muy voluptuosamente, y descargó atrayendo hacia sí mi ano con tanta violencia, y cosquilleando tan lúbricamente, que yo compartí su éxtasis. Cuando terminó, examinó todavía unos momentos mis nalgas, miró ese agujero que acababa de ensanchar, no pudo impedir besarlo una vez más y se marchó, no sin antes haberme asegurado que regresaría a menudo porque había quedado muy contento de mi culo. Cumplió la palabra, y durante cerca de seis meses me visitó tres o cuatro veces por semana para practicar la misma operación, a la que me había acostumbrado tanto que no la realizaba sin hacerme experimentar gran placer. Este detalle, por otra parte, le era bastante indiferente, porque nunca me pareció que se diese por enterado o que lo desease. Quien sabe incluso, pues los hombres son muy raros, si no le hubiese quizás disgustado.

Aquí Durcet, a quien este relato acababa de inflamar, quiso, como el viejo abad, chupar el agujero de un culo, pero no el de una muchacha. Llamó a Hyacinthe, que era el que le gustaba más. Lo coloca bien, le besa el culo, se casca el pito, se agita. Por la vibración de sus nervios, por el espasmo que precede siempre a su descarga, hubiera podido creerse que su perversa y pequeña anchoa, que Aline meneaba con fuerza, iba finalmente a soltar su simiente, pero el financiero no era tan pródigo de su semen y ni siquiera se empalmó. Se les ocurre cambiarle de objeto, se le ofrece Céladon, pero nada se gana con ello. La feliz campana que anunciaba la cena salva el honor del financiero.

-No esculpa mía -dice, riendo, a sus compañeros-. Como habéis visto, iba a obtener la victoria; pero esta maldita comida la ha retrasado. Vamos a cambiar de voluptuosidad; cuando Baco me haya coronado, seré más ardiente en los combates del amor.

La cena, tan suculenta como alegre, y tan lúbrica como siempre, fue seguida de orgías y se cometieron muchas pequeñas infamias. Hubo muchas bocas y culos chupados, pero una de las cosas en que se divirtieron más consistió en el juego de ocultar el rostro y el pecho de las muchachas y apostar a reconocerlas examinando sólo sus nalgas. El duque se equivocó varias veces, pero los otros tres tenían tal experiencia de los culos que no erraron una sola vez. Luego se acostaron, y el día siguiente les trajo nuevos placeres y algunas nuevas reflexiones.

CUARTA JORNADA

Los amigos, con el fin de distinguir bien en cada instante del día a aquellos jóvenes o muchachas cuyas virginidades debían pertenecerles, decidieron hacerles llevar en todos sus diversos atavíos una cinta en los cabellos, que indicaría a quienes pertenecían. Por lo tanto, el duque adoptó el rosa y el verde y todo aquel que llevase una cinta rosa delante le pertenecía por el coño, del mismo modo que quien llevase una cinta verde detrás sería de él por el culo. Desde entonces, Fanny, Zelmire, Sophie y Augustine lucieron un lazo rosa a un lado de su peinado, y Rosette, Hébé, Michette, Giton y Zéphyr se prendieron una cinta verde detrás de sus cabellos, como prueba de los derechos que el duque tenía sobre sus culos.

Curval escogió el negro para la parte delantera y el amarillo para el trasero, de manera que Michette, Hébé, Colombe y Rosette llevaron siempre desde entonces un lazo negro delante, y Sophie, Zelmire, Augustine, Zelamir y Adonis llevaban un amarillo en el moño.

Durcet marcó sólo por detrás, con una cinta lila, a Hyacinthe, y el obispo, que sólo tenía para él cinco primicias sodomitas, ordenó a Cupidon, Narcisse, Céladon, Colombe y Fanny que llevaran un lazo violeta detrás.

Nunca, cualquiera que fuese el atavío que se llevara, debían quitarse estas cintas, para que de una ojeada, al ver a aquellas jóvenes personas con un color por delante y otro por detrás, pudiera distinguirse en seguida quién tenía derechos sobre su culo o quien los tenía sobre su coño.

Curval, que había pasado la noche con Constance, por la mañana se quejó vivamente de ella. No se sabía muy bien cuál era el motivo de sus quejas; es necesario tan poco para disgustar a un libertino. Disponíase a hacer que se le incluyera en los castigos para el sábado próximo, cuando esta hermosa muchacha declaró que estaba embarazada; y debía estarlo de su marido, ya que Curval sólo había tenido trato carnal con ella desde hacía cuatro días. Esta noticia divirtió mucho a nuestros libertinos, por las voluptuosidades clandestinas que vieron les proporcionaría. El duque no salía de su asombro. Sea como fuere, el acontecimiento le valió a Constance la exección de la pena que hubiera tenido que sufrir por haber disgustado a Curval. Querían dejar que la pera madurase, una mujer preñada los divertía, y el partido que sacarían de ello divertía mucho más lúbricamente su pérfida imaginación. Fue dispensada del servicio de la mesa, de los castigos y de algunos otros pequeños detalles que su estado no hacía ya voluptuoso vérselos cumplir, pero fue obligada a estar en el canapé y a compartir hasta nueva orden el lecho de quien quisiera elegirla.

Fue Durcet quien aquella mañana se prestó a los ejercicios de masturbaciones, y como su pito era extraordinariamente pequeño, requirió mucho esfuerzo de las alumnas. Sin embargo, se trabajó; pero el pequeño financiero, que había hecho durante toda la noche el oficio de mujer, no pudo soportar el de hombre. Fue duro, intratable, y el arte de aquellas ocho encantadoras alumnas dirigidas por la más hábil maestra no logró siquiera hacerle levantar

cabeza. Salió de allí con aire triunfal, y como la impotencia comunica siempre un poco de ese humor que se llama "rabieta" en libertinaje, sus visitas fueron asombrosamente severas. Rosette, entre las muchachas, y Zélamir, entre los jóvenes, fueron las víctimas: uno de ellos no estaba de la manera en que debía encontrarse -este enigma se explicará desPués-, y el otro se había desgraciadamente desprendido de algo que le había sido ordenado que guardara.

Sólo aparecieron en los lugares públicos la Duelos, Marie, Aline y Fanny, dos jodedores de la segunda clase y Giton. Curval, que aquel día estaba muy empalmado, se calentó mucho con la Duelos. La comida, donde hubo conversaciones muy libertinas, no lo calmó, y el café, servido por Colombe, Sophie, Zéphyr y su querido amigo Adonis, acabó de encenderlo. Agarró a este último y tumbándole sobre un sofá, le colocó, blasfemando, su enorme miembro entre los muslos, por detrás, y como este enorme instrumento salía más de seis pulgadas por el otro lado, ordenó al joven que menease con fuerza lo que sobresalía, y él, por su parte, se puso a menear al muchacho por encima del pedazo de carne con que lo tenía enfilado. Mientras esto sucedía, presentaba a la reunión un culo tan sucio como grande, cuyo orificio impuro tentó al duque. Viendo que aquel culo estaba a su alcance hundió en él su nervioso instrumento, sin dejar de chupar la boca de Zéphyr, operación que había empezado antes de que se le ocurriera la idea que ahora ejecutaba.

Curval, que no esperaba tal ataque, blasfemó de alegría. Pateó, se tendió, prestóse; en aquel momento, el joven semen del encantador muchacho, cuya verga meneaba, empieza a gotear sobre la enorme cabeza de su instrumento furioso. Aquel cálido semen con que se siente mojado, las reiteradas sacudidas del duque que empezaba también a descargar, todo lo impulsa todo lo determina, y chorros de un esperma espumoso inundan el culo de Durcet, que había acudido a colocarse delante para que no hubiera, dijo, nada perdido, y cuyas nalgas blancas y rollizas fueron dulcemente cubiertas por un licor precioso que hubiera preferido sentir dentro de sus entrañas.

Mientras tanto, el obispo no estaba ocioso; chupaba por turno los agujeros de los culos divinos de Colombe y de Sophie, pero fatigado sin duda por algunos ejercicios nocturnos, no dio señales de vida, y como todos los libertinos a quienes el capricho y la saciedad vuelven injustos, se encolerizó contra las dos deliciosas niñas por faltas cometidas por su débil naturaleza. Luego se durmió un rato, y, llegada la hora de los relatos, fueron a escuchar a la amable Duelos, quien prosiguió su narración de la manera siguiente:

> Había habido algunos cambios en la casa de Mme Guérin -dijo nuestra heroína-. Dos de las muy lindas muchachas, acababan de encontrar a unos cándidos que las mantenían y a los cuales ellas engañaban, como hacemos todas. Para reemplazar esta pérdida, nuestra querida mamá había puesto los ojos en la hija de un tabernero de la calle Saint-Denis, de trece años de edad, y una de las más lindas criaturas que es posible imaginar. Pero la pequeña, buena como piadosa, se resistía a todas las seducciones, cuando la Guérin, tras haberse servido de un medio muy hábil para atraerla un día a su casa, la puso en las manos del personaje singular cuya manía voy a describir. Era un eclesiástico de cincuenta y cinco a cincuenta y seis años, pero fresco y vigoroso y que no aparentaba más de cuarenta. Ningún otro ser en el mundo tenía un talento más singular que este hombre para arrastrar a muchachas al vicio, y como su arte era lo más sublime, hacía de él su único placer. Toda su voluptuosidad consistía en desarraigar los prejuicios de la infancia, lograr que se despreciara la virtud y adornar al vicio con los más bellos colores. Nada era olvidado: cuadros seductores, promesas halagüeñas, ejemplos deliciosos, todo era utilizado, todo era

hábilmente empleado, todo artísticamente adecuado a la edad, al tipo de espíritu de la niña, y nunca fallaba un golpe. En sólo dos horas de conversación estaba seguro de convertir en una puta a la niña más sensata y razonable, y desde hacía treinta años que ejercía este oficio en París, había confesado a la señora Guérin, una de sus mejores amigas, que tenía en su catálogo más de diez mil muchachitas seducidas y arrojadas por él al libertinaje. Prestaba tales servicios a más de quince alcahuetas, y cuando no lo ejercía, buscaba por su propia cuenta, corrompía todo lo que encontraba y lo mandaba en seguida a sus parroquianas. Pero lo realmente extraordinario, señores, y lo que hace que os cite la historia de ese personaje singular, es que él no gozaba nunca del fruto de sus trabajos. Se encerraba solo con la niña, pero todos los recursos que le prestaban su ingenio y su elocuencia contribuían a inflamarlo. Era cosa cierta que la operación le excitaba los sentidos, pero era imposible saber dónde y cómo los satisfacía. Perfectamente observado, nunca se había visto en él otra cosa que un fuego prodigioso en la mirada al terminar sus discursos, algunos movimientos de su mano en la parte delantera de su calzón, que anunciaba una decidida erección producida por la obra diabólica que cometía, y nunca nada más.

Llegó, encerróse con la pequeña tabernera, yo lo observaba; la entrevista fue larga, el seductor estuvo asombrosamente patético, la niña lloró, se animó, pareció ser presa de una especie de entusiasmo; éste fue el momento en que los ojos del personaje se inflamaron más y en que pude observar los gestos sobre su calzón. Poco después, se levantó, la niña le tendió los brazos como para abrazarlo, él la besó como un padre, sin ninguna clase de lubricidad. Salió, y tres horas después la pequeña llegó a casa de Mme Guérin con su paquete.

-¿Y el hombre? -preguntó el duque.

-Después de su lección desapareció -contestó la Duelos.

- ¿Y sin regresar para ver el resultado de sus trabajos? -No, monseñor, estaba seguro del éxito; no había fallado ninguna vez.

- ¡Extraordinario personaje! -dijo Curval-. ¿Qué piensas tú de él, señor duque?

-Creo -contestó éste- que esta seducción era lo único que lo calentaba y que descargaba en sus calzones.

-No -dijo el obispo-, te equivocas, esto no era más que un preparativo para sus desenfrenos, y apostaría cualquier cosa que al salir de allá consumaba otros mayores.

-¿Otros mayores? -dijo Durcet-. ¿Y qué voluptuosidad más deliciosa hubiera podido proporcionarse que la de gozar de su propia obra, puesto que él era el maestro?

- ¡Y bien!, apuesto a que lo he adivinado -dijo el duque-: como tú dices, esto no era más que un preparativo, se excitaba corrompiendo, a muchachas, y luego iba a dar por el culo a los muchachos... ¡Era todo un tipo!, estoy seguro.

Preguntóse a la Duelos si no tenía alguna prueba de lo que se suponía, y si no seducía también a muchachitos. Nuestra narradora contestó que no tenía ninguna prueba y, a pesar del aserto muy verosímil del duque, cada cual tuvo sus dudas acerca del carácter de aquel extraño predicador, y tras haber convenido todos en que su manía era realmente deliciosa, pero que era preciso consumar la obra o hacer algo peor después, la Duelos reanudó el hilo de su narración:

Al día siguiente del de la llegada de nuestra joven novicia, que se llamaba

Henriette, llegó un libertino chiflado que nos unió a ambas en la misma escena. Este nuevo libertino no gozaba de más placer que observar por un agujero todas las voluptuosidades un poco singulares que sucedían en una habitación contigua, le gustaba sorprenderlas y encontraba en los placeres de los otros un alimento divino para su lubricidad. Se le situó en la habitación de que he hablado y a la cual yo iba tan a menudo como mis compañeras a espiar para divertirme con las pasiones de los libertinos. Fui destinada a entretenerlo mientras él atisbaba, y la joven Herriette pasó al otro aposento con el chupador del agujero del culo del que os hablé ayer. La pasión muy voluptuosa de aquel libertino era el espectáculo que deseaba darse a mi atisbador, y para inflamarlo mejor e hiciese su escena más caliente y agradable de ver, se le previno que la muchacha que se le daría *era* una novicia y que era con él con quien se estrenaría. Quedó convencido de ello ante el aire de pudor e inocencia de la pequeña tabernera. Se comportó todo lo lúbrico y cochino que era posible serlo en sus ejercicios libidinosos lejos de pensar que eran observados. En cuanto a mi hombre, con el ojo pegado al agujero, una mano sobre mis nalgas y la otra en su pito, que meneaba poco a poco, parecía regir su éxtasis de acuerdo con lo que veía. "- ¡Ah, qué espectáculo! -decía de vez en cuando-. ¡Qué hermoso culo tiene esa pequeña y qué bien lo besa ese tipo-" Finalmente,, cuando el amante de Henriette hubo descargado, el mío me tomó entre sus brazos y, después de haberme besado un momento, me dio la vuelta, me sobó, besó, lamió lúbricamente mi culo y me inundó las nalgas con las pruebas de su virilidad.

--¿Meneándose la verga él mismo? -preguntó el duque.

-Sí, monseñor -contestó la Duelos-, y meneando un pito, os L) aseguro, que por su increíble pequeñez no vale la pena de ser mencionado.

El personaje que se presentó después -prosiguió diciendo la Duelos- no merecería quizás figurar en mi lista si no me pareciera digno de ser citado por la circunstancia, creo yo que bastante singular, que mezclaba a sus placeres, muy sencillos por otra parte, y que os hará ver hasta qué punto el libertinaje degrada en el hombre todos los sentimientos de pudor, virtud y honestidad. Ese hombre no quería ver, quería ser visto. Y sabiendo que había hombres cuya fantasía consistía en sorprender las voluptuosidades de los otros, rogó a la Guérin que hiciera ocultar a un hombre de tales gustos, y que él le daría el espectáculo de sus placeres. La Guérin avisó al hombre a quien yo había divertido algunos días atrás en el agujero, y sin decirle que el hombre que contemplaría sabía perfectamente que sería visto, cosa que hubiera interrumpido sus voluptuosidades, le hizo creer que sorprendería cómodamente el espectáculo que iba a ofrecérsele.

El atisbador fue encerrado en la habitación del agujero con mi hermana, y yo me reuní con el otro. Este era un joven de unos veintiocho años, guapo y lozano. Instruido acerca del lugar donde se encontraba el agujero, se colocó delante del mismo con naturalidad e hizo que yo me situara a su lado. Yo se la meneaba. En cuanto se le puso duro, se levantó, mostró al atisbador su pito, se volvió de espaldas, mostró su culo, me subió las faldas, enseñó el mío, arrodillóse delante, me meneó el ano con la punta de su nariz, me apartó las nalgas para que todo se viera perfectamente y descargó meneándose él mismo la verga mientras me tenía arremangada por detrás ante el agujero, de tal manera que el que lo ocupaba veía a la vez

> en aquel momento decisivo mis nalgas y el pito furioso de mi amante. Si éste se deleitó, Dios sabe lo que el otro experimentó; mi hermana dijo que estaba en el séptimo cielo y que confesó que nunca había gozado tanto, y según eso sus nalgas fueron inundadas tanto por lo menos como lo habían sido las mías.

-Si el joven poseía una hermosa verga y un hermoso culo -dijo Durcet-, había motivos para tener una bonita descarga.

-Tuvo que ser deliciosa -dijo la Duelos-, porque su verga era larga, y bastante gruesa, y su culo de piel suave, rollizo, bellamente formado, como el del dios del amor.

-¿Abriste sus nalgas? -dijo el obispo-. ¿Mostraste el agujero al atisbador?

-Sí, monseñor -contestó la Duelos-, él mostró el mío y yo ofrecí el suyo, que él presentó de la manera más lúbrica del mundo.

-He presenciado una docena de escenas como ésta en mi vida -dijo Durcet-, que me han valido mucho semen. Me refiero a las dos maneras, ya que es tan bonito sorprender como querer serlo.

> Un personaje, más o menos del mismo gusto -prosiguió diciendo la Duelos- me condujo a las Tullerías algunos meses después. Quería que pescara hombres y que les meneara la verga bajo sus propias narices, en medio de un montón de sillas entre las que se había ocultado. Y tras habérselas meneado así a siete u ocho tipos, él se instaló sobre un banco en una de las avenidas más concurridas, arremangó mis faldas por detrás, mostró mi culo a los paseantes, se sacó la verga y me ordenó que se la meneara delante de todos los transeúntes, lo cual, aunque era de noche, armó tal escándalo que en los momentos en que dejaba salir su semen cínicamente había aproximadamente más de diez personas alrededor de nosotros y nos vimos obligados a huir para no ser detenidos.
>
> Cuando conté a la Guérin nuestra historia, se echó a reír y me dijo que había conocido a un hombre en Lyon (donde hay muchachos que hacen el oficio de chulos), había un hombre, digo, con una manía tan singular como la mencionada. Se disfrazaba tomó los alcahuetes públicos, llevaba gente a dos muchachas que pagaba y mantenía para eso, luego se ocultaba en un rincón para proceder a su práctica, la cual, dirigida por la muchacha escogida para ello, no dejaba de enseñarle el pito y las nalgas del libertino, única voluptuosidad que era del gusto de nuestro falso alcahuete y que tenía la virtud de hacerlo eyacular.

Como la Duelos, aquella noche, terminó temprano su relato, empleóse el resto de la velada, antes del momento del servicio, en algunas lubricidades escogidas; y como las cabezas estaban excitadas sobre el cinismo, delante de los demás. El duque ordenó a la Duclos que se desnudara completamente, hizo que se inclinara, se apoyara en el respaldo de una silla y ordenó a la Desgranges que le meneara la verga sobre las nalgas de su compañera, de manera que la cabeza de su miembro rozara el orificio del culo de la Duclos a cada sacudida. A esto se añadieron algunos episodios que el orden de las materias no nos permite revelar aún; pero sí diremos que el ojete de la narradora fue completamente regado y que el duque, muy bien servido y completamente rodeado, descargó lanzando rugidos que demostraron hasta qué punto se había excitado. Curval se hizo dar por el culo, el obispo y Durcet, por su parte, efectuaron con uno y otro sexo cosas muy extrañas, y luego sirvióse la cena.

Después de la cena se bailó, los dieciséis jóvenes, cuatro jodedores y las cuatro esposas

pudieron formar tres contradanzas, pero todos los participantes de este baile estaban desnudos y nuestros libertinos, indolentemente acostados en sofás, se divirtieron deliciosamente con todas las diferentes bellezas que les ofrecían por turno las diversas actitudes que la danza obligaba a tomar. Tenían cerca de ellos a las narradoras que los manoseaban con más o menos rapidez, de acuerdo con el mayor o menor placer que experimentaban, pero agotados por las voluptuosidades del día, nadie eyaculó, y cada cual se fue a la cama a restaurar las fuerzas, necesarias para entregarse al día siguiente a nuevas infamias.

QUINTA JORNADA

Fue Curval quien aquella mañana se prestó a las masturbaciones de la escuela, y como las muchachas empezaban a progresar, trabajo le costó resistir las sacudidas multiplicadas, las actitudes lúbricas y variadas de aquellas ocho encantadoras muchachas. Pero como quería reservarse abandonó el lugar, desayunaron y se estableció aquella mañana que los cuatro jóvenes amantes de los señores, a saber, Zéphyr, favorito del duque, Adonis, el amado de Curval, Hyacinthe, amigo de Durcet, y Celadon, querido del obispo, serían desde entonces admitidos en todas las comidas al lado de sus amantes, en cuyas habitaciones dormirían regularmente todas las noches, favor que compartirían con las esposas y los jodedores, con lo cual se ahorró una ceremonia que era costumbre celebrar por la mañana y que consistía en que los cuatro jodedores que no se habían acostado llevasen cuatro jóvenes. Llegaron solos, y cuando los señores pasaban al apartamento de los muchachos eran recibidos con las ceremonias prescritas sólo por los cuatro que se quedaban.

El duque, quien desde hacía dos o tres días estaba enamoriscado de la Duclos, cuyo culo encontraba soberbio y cuyo hablar le agradaba, exigió que ella se acostase también en su habitación, y habiendo tenido éxito este ejemplo, Curval admitió igualmente en la suya a la vieja Fanchon, que le gustaba mucho. Los otros dos esperaron todavía algún tiempo para llenar este cuarto lugar de favor en sus aposentos por la noche.

Aquella misma mañana dispúsose que los cuatro jóvenes amantes que acababan de ser escogidos llevarían por regla general, siempre que no se viesen obligados a vestir un disfraz, como en la cuadrilla, llevarían, digo, el traje que voy a describir: se trataba de una especie de sobretodo ligero y estrecho, suelto como un uniforme prusiano, pero mucho más corto, pues sólo llegaba hasta la mitad de los muslos. Dicho sobretodo se abrochaba en el pecho y en los faldones, como todos los uniformes, era de satén rosa forrado de tafetán blanco, las solapas y bocamangas eran de satén blanco también, y debajo había una especie de chaqueta corta o chaleco y los calzones igualmente de satén blanco. Pero estos calzones estaban abiertos en forma de corazón por la parte de atrás desde la cintura, de modo que pasando la mano por esta rendija se podía manosear el culo sin la menor dificultad; sólo un gran lazo de cinta cerraba esta abertura, y cuando queríase que esta parte del muchacho quedase al descubierto, bastaba deshacer el lazo, el cual tenía el color escogido por el amigo a quien pertenecía la virginidad del muchacho. Los cabellos, levantados en rizos a los lados, caían absolutamente libres por detrás, sólo atados con una cinta del color prescrito. Polvos muy perfumados y de un tinte entre gris y rosa coloreaban sus cabelleras, sus cejas muy cuidadas y comúnmente pintadas de negro, y un poco de colorete en sus mejillas, acababan de realzar el esplendor de su belleza; iban destocados, medias de seda blanca con bordados cubrían sus piernas, que unos zapatos grises atados con grandes lazos rosas, calzaban admirablemente. Una corbata

de gasa color crema voluptuosamente anudada armonizaba con una pechera de encaje. Al verlos así engalanados podía asegurarse sin duda que nada había más encantador en el mundo. Desde el momento en que fueron adoptados de esta manera, todos los permisos de la índole de los que a veces se concedían por la mañana fueron absolutamente prohibidos, pero por otra parte se les concedieron tantos derechos sobre las esposas como los que tenían los jodedores: podían maltratarlas a placer, no solamente en las comidas, sino en cualquier momento del día, con la seguridad de que nunca se les reprocharía nada.

Hecho esto, se procedió a las visitas ordinarias; la bella Fanny, a la cual Curval había mandado decir que se encontraba en cierto estado, se halló en un estado contrario (lo que sigue nos explicará todo esto); fue apuntada en el cuaderno de los castigos. Entre los jóvenes se descubrió que Giton había hecho algo que estaba prohibido; fue igualmente apuntado. Cumplidas las funciones de la capilla, de poca monta, se sentaron a la mesa.

Fue la primera comida en que fueron admitidos los cuatro amantes. Se sentaron al lado de quien los amaba, quien los tenía a su derecha, con el jodedor favorito a la izquierda. Estos encantadores invitados alegraron la comida; los cuatro eran muy gentiles, de gran dulzura y empezaban a ponerse a tono con la casa. El obispo, que estaba muy animado aquel día, no dejó de besar a Céladon casi todo el tiempo que duró la comida, y como ese muchachito debía formar parte de la cuadrilla que servía el café, salió poco después de los postres. Cuando monseñor, a quien se le habían calentado los cascos, volvió a verlo desnudo en el salón contiguo, no aguantó más.

-¡Dios! -dijo, encendido-. Ya que no puedo enfilarlo por el culo, por lo menos le haré lo que Curval hizo ayer a su bardaje.

Y, cogiendo al pequeño, lo acostó de bruces y deslizóle la verga entre los muslos. El libertino estaba en las nubes, el vello de su miembro frotaba el lindo ojete que hubiera querido perforar; una de sus manos manoseaba las nalgas del delicioso amorcito y con la otra le meneaba la verga. Pegó su boca a la del hermoso muchachito, aspiraba el aire de su pecho y tragaba su saliva. El duque, para excitarlo con el espectáculo de su libertinaje, se colocó delante de él succionando el orificio del culo de Cupidon, el segundo de los muchachitos que servía el café aquel día. Curval se le acercó, y, bajo sus ojos, se hizo menear la verga por Michette; Durcet le ofreció las nalgas separadas de Rosette. Todos se esforzaban por darle el éxtasis al que aspiraba; éste tuvo lugar, sus nervios se estremecieron, sus ojos brillaron, hubiera sido terrible para cualquiera que ignorase cuáles eran en él los efectos espantosos de la voluptuosidad. Finalmente el semen brotó y esparcióse sobre las nalgas de Cupidon, que en el último instante túvose el cuidado de colocar debajo de su pequeño camarada para recibir las pruebas de virilidad que sin embargo no le eran debidas.

Llegó la hora de los relatos, y todos se colocaron. Debido a una singular disposición, todos los padres tenían aquel día a su hija en sus canapés, cosa que no los asustó de ningún modo, y la Duelos prosiguió así:

> Como no me habéis exigido, señores, que os rindiese exacta cuenta de lo que-me sucedió día a día en casa de la Guérin, sino que me refiriese simplemente a acontecimientos un poco singulares que hayan podido señalar algunos de mis días, dejaré en silencio algunas anécdotas poco interesantes de mi infancia que sólo nos ofrecerían repeticiones monótonas de lo que ya habéis oído, y os manifestaré que acababa de cumplir dieciséis años, no sin tener una gran experiencia del oficio que ejercía, cuando me cayó en suerte un libertino cuya fantasía diaria merece ser contada. Era un grave presidente de cerca de cincuenta años y que, según la señora

Guérin, la cual me dijo que lo conocía desde hacía muchos años, se entregaba regularmente todas las mañanas a la fantasía con cuyo relato os voy a entretener. Como su alcahueta ordinaria acababa de retirarse, lo había recomendado antes a los cuidados de nuestra querida matrona, y fue conmigo con quien debutó en su casa.

Se colocaba solo cerca del agujero del que ya he hablado; en mi habitación se encontraba un ganapán o un savoyardo, un hombre del pueblo, en una palabra, pero limpio y sano; era todo lo que el hombre exigía, puesto que la edad y la figura no tenían importancia para él. Me encontré bajo su mirada, lo más cerca posible del agujero, en el acto de menear la verga del ganapán, quien consideraba delicioso ganar dinero de aquella manera. Después de haberme prestado sin ninguna objeción a todo lo que el buen hombre podía desear de mí, le hice eyacular en un platillo de porcelana, que corrí a llevar a la otra habitación. Mi hombre me esperaba, en éxtasis, se lanzó hacia el platillo, tragó la leche tibia, mientras fluía la suya propia; con una mano yo excitaba su eyaculación y con la otra recibía lo que caía y llevaba rápidamente a la boca del libertino, para que tragase su semen a medida que salía.

Eso era todo. No me tocó ni me jodió nunca, ni una sola vez me arremangó: se levantaba del sillón con tanta flema como pasión había demostrado, tomaba su bastón y se marchaba diciendo que yo se la meneaba muy bien y que había comprendido perfectamente sus gustos. Al día siguiente trajeron otro ganapán, porque era necesario que cada día se le cambiara de tipo, así como era preciso cambiar la mujer. Mi hermana trató con él; salió contento, para volver a comenzar al día siguiente, y durante todo el tiempo que estuve en casa de la Guérin ni una sola vez faltó a la ceremonia a las nueve en punto de la mañana, sin que nunca tocara a una muchacha, aunque le habían mostrado algunas que eran muy lindas.

-¿Quería ver el culo del ganapán? -preguntó Curval. -Sí, monseñor -contestó la Duelos-, era preciso, cuando se estaba masturbando al hombre cuya eyaculación tragaba, hacerle dar vueltas; y era necesario también que el ganapán hiciera dar vueltas a la mujer en todos los sentidos.

- ¡Oh, ahora lo entiendo -dijo Curval-, antes no!

Poco tiempo después -prosiguió diciendo la Duelos- llegó al serrallo una mujer de unos treinta años, bastante linda, pero pelirroja como Judas. Al principio creímos que era una nueva compañera, mas pronto nos confesó que solo venía para una orgía. El hombre a quien iba destinada esta nueva heroína, llegó pronto; se trataba de un importante financiero, bastante guapo, cuya singularidad, puesto que se le destinaba una puta que seguramente nadie más hubiera querido, cuya singularidad, digo, despertó en mí el deseo de ir a observarlos. Apenas se encontraron en la habitación, la puta se desnudó y nos mostró un cuerpo blanco y rollizo.

-¡Vamos, salta, salta! -le dijo el financiero-. ¡Caliéntate, sabes muy bien que quiero que se sude!

Y he aquí que la pelirroja empieza a saltar y brincar por la habitación como una cabra joven, y nuestro hombre la examina mientras se la menea, y todo eso sin que yo pueda adivinar aún el objeto de la aventura. Cuando la mujer estuvo toda cubierta de sudor, se acercó al libertino, levantó un brazo y le dio a oler el sobaco, cuyos pelos goteaban.

-¡Ah, eso, eso es! -dijo nuestro hombre mirando con ardor aquel brazo mojado-.

¡Qué embriagador aroma!

Luego, arrodillándose ante ella, olió y respiró en el interior de la vagina y en el ojete del culo, pero volvía siempre a los sobacos, sea porque esta parte le gustaba más, sea porque encontraba más husmo; siempre era allí donde su boca y nariz se pegaban con más avidez. Finalmente una verga bastante larga aunque poco gruesa, verga que se meneaba vigorosamente desde hacía más de una hora sin ningún resultado, empezó a levantar cabeza. La puta se coloca adecuadamente, el financiero, por detrás, la mete su anchoa bajo la axila, ella aprieta el brazo, formando así un localito bastante angosto; mientras tanto, a juzgar por su actitud, gozaba de la contemplación y del olor de la otra axila, de la que se apodera, hunde en ella su instrumento y descarga, lamiendo, devorando esta parte que le proporciona tanto placer.

-¿Y era necesario -preguntó el obispo- que esta criatura fuese completamente pelirroja?

-Completamente -contestó la Duelos-. Esas mujeres, como no ignoráis, monseñor, tienen en esta parte un husmo infinitamente más intenso, y el sentido del olfato era sin duda el que una vez hostigado por cosas fuertes despertaba mejor en él los órganos del placer.

-Sea -replicó el obispo-, pero me parece que me hubiera gustado. más oler el culo de esa mujer que sus sobacos.

-Ambas cosas tienen sus atractivos erijo Curval-,, y te aseguro que si lo hubieses catado hubieras encontrado que es muy delicioso.

-Es decir, señor presidente -dijo el obispo-, que este guisado es de tu gusto también...

-Pero ya lo he probado -dijo Curval-, y con algunos aditamentos te aseguro que siempre me valía una eyaculación.

-Bueno, adivino esos aditamentos: debías oler el culo -dijo el obispo.

-Bueno, bueno -interrumpió el duque-, no le hagas una confesión, monseñor; nos diría cosas que no debemos escuchar todavía. Prosigue, Duelos, y no dejes que estos charlatanes te interrumpan otra vez.

Hacía seis semanas -prosiguió la narradora- que la Guérin había prohibido absolutamente a mi hermana que se lavara y exigía de ella que se mantuviera en el estado más sucio e impuro que le fuera posible, sin que barruntásemos sus motivos, cuando finalmente llegó un viejo verde que, medio borracho, preguntó groseramente a la Guérin si la puta estaba bien sucia. "¡Oh, le respondo de ello!", contestó la Guérin. Se les encierra juntos, vuelo yo hacia mi agujero y veo a mi hermana sentada a horcajadas, desnuda, en un gran bidet lleno de champaña y a nuestro hombre, armado con una gran esponja, inundándola, limpiándola y recogiendo con cuidado todas las gotas que corrían por su cuerpo o goteaban de la esponja.

Hacía tanto tiempo que mi hermana no se había lavado ninguna parte de su cuerpo, ni siquiera el culo, que el vino adquirió pronto un color turbio y sucio y un olor que no debía ser precisamente agradable. Pero cuanto más se corrompía el licor con la suciedad del cuerpo de mi hermana, más agradaba a nuestro libertino. Lo cató, encontróle delicioso, tomó un vaso y en media docena de rasadas tragó el repugnante vino con el cual acababa de lavar un cuerpo lleno de cochambre desde hacía tiempo. Cuando hubo bebido, cogió a mi hermana, la colocó sobre el lecho y derramó sobre las nalgas y el ojete entreabierto los chorros de la impúdica simiente que habían hecho hervir los impuros detalles de su repugnante manía.

Pero otra manía, más sucia aún, debía incesantemente ofrecerse a nuestras miradas. Había en la casa una de esas mujeres llamadas "recaderas" cuyo oficio consiste en correr día y noche Para levantar nuevas piezas de caza. Esta criatura, de unos cuarenta años de edad, añadía a sus muy marchitos atractivos, que nunca habían sido muy seductores, el terrible defecto de que le hedían los pies. Tal era positivamente lo que convenía al marqués de... Llega, le presentan a la dama, Louise, que tal era su nombre; la encuentra deliciosa y en cuanto la tiene en el santuario de los placeres, la hace descalzar. Louise, a quien se había recomendado especialmente que no se cambiara las medias ni los zapatos durante más de un mes, ofrece al marqués un pie infecto que hubiera hecho vomitar a cualquiera; pero era precisamente por lo que tenía de sucio y repugnante por lo que inflamaba los sentidos de nuestro hombre. Lo coge, lo besa con ardor, su boca aparta cada uno de los dedos y su lengua recoge con el más vivo entusiasmo esa materia negruzca y hedionda que la naturaleza deposita entre los dedos y que la incuria multiplica. No solamente la saca con la lengua sino que se la traga, la saborea, y el semen que pierde meneándose su verga es prueba inequívoca del excesivo placer que experimenta.

- ¡Eso sí que no lo comprendo! -dijo el obispo. -Será preciso, pues, que te lo haga entender -dijo Curval.

- ¡Cómo! ¿Te gustaría...? -dijo el obispo.

-Miradme -dice Curval.

Todos se levantan, lo rodean y ven a aquel increíble libertino, que tenía todos los gustos de la más crapulosa lujuria, besar el repugnante pie de la Fanchon, esta sucia y vieja sirvienta que hemos descrito antes, y extasiándose de lujuria mientras lo chupa.

-Yo comprendo todo esto -dice Durcet-; sólo se necesita estar hastiado para comprender esas infamias; la saciedad se las inspira al libertinaje, que las ejecuta inmediatamente. Se está cansado de la cosa sencilla, la imaginación se encrespa y la pequeñez de nuestros medios, la debilidad de nuestras facultades, la corrupción de nuestro espíritu nos conducen a tales abominaciones.

Tal era sin duda la historia -prosiguió diciendo la Duclosdel viejo comendador Carrières, uno de los mejores clientes de la Guérin. Sólo le interesaban las mujeres taradas por el libertinaje, por la naturaleza o por la mano de la justicia; en una palabra, sólo las aceptaba si eran tuertas, ciegas, cojas, jorobadas, lisiadas, mancas, sin dientes, con algunos miembros mutilados, azotadas, estigmatizadas o marcadas por cualquier acto de justicia, y siempre de edad madura.

En la escena que pude observar, se le había dado una mujer de cincuenta años, marcada por ladrona pública y, además, tuerta. Esta doble degradación le pareció un tesoro. Se encierra con ella, hace que se desnude, besa en sus espaldas las señales ciertas de su envilecimiento, chupa con ardor cada surco de esa llaga que él llamaba honorable. Hecho esto, todo su entusiasmo se concentró en el agujero del culo, entreabrió las nalgas, besó con delicia el marchito ojete, lo chupó largo rato y, montando sobre las espaldas de la mujer, refregó con su verga las marcas de la justicia que ella llevaba, alabándola por haber merecido tal distinción; y luego, inclinándose sobre su culo, consumó el sacrificio volviendo a besar el altar donde acababa de rendir un homenaje tan largo y derramando un abundante semen sobre las marcas halagadoras que le habían encendido la imaginación.

- ¡Dios! -dijo Curval, a quien la lubricidad enloquecía aquel día-. Vi, cómo da fe de ello mi verga en erección, hasta que junto me ha calentado el relato de esa pasión.

Y llamando a la Desgranges, añadió:

-Ven, mujerzuela impura. Ven, tú que te pareces tanto a la que acaba de ser descrita. Ven a darme el mismo placer que ella proporcionó al comendador.

La Desgranges se acerca, Durcet, amigo de tales excesos, ayuda al presidente a desnudarla. Primero, ella ofrece algunas dificultades; se sospecha la verdad, es regañada por ocultar una cosa que la hará ser más apreciada por la sociedad de amigos. Finalmente su espalda maltratada aparece mostrando una V y una M, lo cual corrobora que ha sufrido dos veces las marcas infamantes cuyos vestigios sin embargo encienden los impúdicos deseos de nuestros libertinos.

El resto de aquel cuerpo usado y marchito, aquel culo de tafetán chino, aquel ojete infecto y grande, la mutilación de un pezón y de tres dedos, aquella pierna corta que la obliga a cojear, aquella boca desdentada, todo esto calienta y anima a nuestros dos libertinos. Durcett la chupa por delante, Curval por detrás, y mientras que criaturas de la más esplendorosa belleza y frescura se encuentran allí bajo sus ojos, dispuestas a satisfacer sus menores deseos, es con lo que la naturaleza y el crimen han deshonrado, han marchito, es con la criatura más sucia y repugnante con la que nuestros dos calaveras, en éxtasis, gozarán los más deliciosos placeres... Después de esto resulta difícil explicar al hombre. Ambos parecían disputarse aquel cadáver anticipado, como dos perros encarnizándose con una carroña, después de haberse entregado a los más sucios excesos, dos hombres que finalmente descargan su semen, y que a pesar del agotamiento debido al placer, tal vez hubieran buscado inmediatamente otros del mismo tipo de crápula e infamia si la hora de la cena no los hubiese avisado para ocuparse de otros placeres.

El presidente, desesperado porque había eyaculado, y porque en esos casos sólo se reanimaba con excesos de comida y bebida, comió como un cerdo. Quiso que el pequeño Adonis menease la verga de Bande-au-ciel y le hizo tragar el semen, y poco satisfecho de esta última infamia, que se ejecutó inmediatamente, se levantó y dijo que su imaginación le sugería cosas más deliciosas que todo aquello y, sin más explicaciones, arrastró consigo a Fanchon, Adonis y Hercule, se encerró en el camerín del fondo y no volvió a aparecer hasta la hora de las orgías, pero en un estado tan brillante que estuvo todavía en situación de proceder a otros mil horrores distintos, pero que en el orden esencial que nos hemos propuesto no nos permite aún pintarlos a nuestros lectores.

Llegó la hora de acostarse. Curval, el inconsecuente Curval, que teniendo aquella noche a la divina Adélaïde, su hija, como compañera de cama y podía pasar con ella la más deliciosa de las noches, fue hallado al día siguiente echado sobre la repuganante Fanchon, con la cual había cometido nuevos horrores toda la noche, mientras Adonis y Adélaïde, privados de su lecho, se encontraban, él en una pequeña cama muy alejada, y ella, sobre un colchón colocado en el suelo.

SEXTA JORNADA

A monseñor le tocó el turno de ir a presentarse a la sesión de masturbaciones; fue. Si las discípulas de la Duelos hubiesen sido hombres, verosímilmente monseñor no hubiera resistido. Pero tener una pequeña hendidura en la parte baja del vientre era para él un

enorme insulto, y aunque las mismas Gracias lo hubiesen rodeado, en cuanto aparecía esa maldita hendidura, era suficiente para calmarlo. Resistió, pues, como un héroe, y creo que a pesar de que las operaciones continuaron no llegó a ponérsele dura.

Era fácil advertir que existían grandes deseos de encontrar a las ocho jóvenes en falta a fin de proporcionarse para el día siguiente, que era el funesto sábado de los castigos, a fin de proporcionarse, digo, para tal momento, el placer de castigarlas a las ocho. Había ya seis; la dulce y bella Zelmire fue la séptima y, de buena fe, ¿lo había merecido? ¿El placer de castigarla no era mayor que cualquier consideración de equidad? Dejaremos el caso sobre la conciencia de Durcet, y nos contentaremos con narrar. Una dama muy hermosa vino también a aumentar la lista de las delincuentes: la tierna Adélaïde. Durcet, su esposo, quería, afirmaba, dar ejemplo siendo más estricto con ella que con otra cualquiera, y había sido culpable con él mismo. El la había llevado a cierto lugar, donde los servicios que ella tenía que prestarle, después de ciertas funciones naturales, no eran muy limpios; no todo el mundo es tan depravado como Curval, y aunque se tratase de su hija, ésta no compartía sus gustos. Ella se resistió, o se comportó mal, o bien sólo hubo ganas de molestar por parte de Durcet. El caso es que ella fue inscrita en el libro de los castigos, con gran satisfacción de la reunión.

Como no había aportado nada la visita hecha al apartamento de los jóvenes, se pasó a los placeres secretos de la capilla, placeres tanto más picantes y singulares cuanto que incluso se rechazaba a los que pedían ser admitidos el permiso de ir a proporcionárselos. Aquella mañana sólo se vio allí a Constance, a los dos jodedores subalternos y a Michette.

Durante el almuerzo, Zéphyr, de quien cada vez se estaba más contento por los encantos que parecían embellecerlo cada día más, y por el libertinaje voluntario a que se entregaba, Zéphyr, digo, insultó a Constance, quien, aun cuando no servía aparecía siempre a la hora del almuerzo. La llamó "fabricante de niños" y le dio algunos golpes en el vientre para enseñarle, dijo, a huevar con su amante, luego besó al duque, lo acarició, le meneó un momento la verga y supo tan bien calentarlo que Blangis juró que no pasaría la tarde sin que lo mojase de semen y el hombrecito lo provocaba diciendo que le desafiaba a hacerlo. Como estaba de servicio para el café, salió a la hora de los postres y volvió a aparecer desnudo para servir al duque. En el momento en que abandonó la mesa, el duque, muy animado, debutó con algunas tunantadas; le chupó la boca y la verga, lo colocó sobre una silla ante él con el trasero a la altura de su boca y lo estuvo hurgando de esta manera durante un cuarto de hora. Finalmente su pito se rebeló, levantó la cabeza orgullosa, y el duque vio que el homenaje exigía por fin incienso. Sin embargo, todo estaba prohibido, excepto lo que se había hecho la víspera; el duque resolvió, pues, imitar a sus compañeros. Tumba a Zéphyr sobre el canapé, le. mete su instrumento entre los muslos, pero sucede lo que le sucedió a Curval: el instrumento sobresale seis pulgadas.

-Haz lo que yo hice -le dice Curval-. Menea la verga del muchacho sobre tu pito, de modo que su semen riegue tu glande.

Pero el duque encontró más placentero enfilar dos a la vez. Ruega a su hermano que acomode allí a Augustine, con las nalgas contra los muslos de Zéphyr, y el duque, jodiendo, por decirlo así, a la vez a una muchacha y a un joven, para añadir a ello más lubricidad, menea el pito de Zéphyr sobre las lindas nalgas redondas y blancas de Augustine y las inunda con ese semencito infantil que, como puede imaginarse, excitado por una cosa tan linda, no tarda en fluir abundantemente.

Curval, que halló el caso interesante, y que veía el culo del duque entreabierto y como suspirando por un pito, como son todos los culos de todos los individuos en los momentos en que su pito está empalmado, fue a devolverle lo que había recibido la antevíspera, y el

querido duque, en cuanto sintió las voluptuosas sacudidas de esta intromisión, soltó su semen casi en el mismo momento en que Zéphyr eyaculaba su verga orgullosa y nerviosa, amenazó al obispo, que se masturbaba entre los muslos de Giton, con hacerle experimentar la misma suerte que acababa de infligir al duque. El obispo lo desafía, el combate se entabla, el obispo es enculado y pierde entre los muslos del lindo muchachito que acaricia un semen libertino tan voluptuosamente provocado. Mientras tanto, Durcet, espectador benévolo, disponiendo sólo de Hébé y de la dueña, no perdía su tiempo y se entregaba silenciosamente a infamias que debemos mantener aún secretas. Finalmente llegó la calma, se quedaron dormidos, y a las seis, cuando nuestros actores fueron despertados, se dirigieron hacia los nuevos placeres que les preparaba la Duelos.

Aquella noche se cambió de sexo a las cuadrillas: las muchachas de marinero y los muchachos de modistillas, su vista era encantadora, nada excita tanto la lubricidad como este pequeño trueque voluptuoso; es agradable encontrar en un muchachito lo que lo asemeja a una muchachita, y ésta es mucho más interesante cuando, para complacer, imita el sexo que se desearía que tuviera. Aquel día, cada cual tenía a su mujer en el canapé; recíprocamente se felicitaban de un orden tan religioso, y como todo el mundo estaba dispuesto a escuchar, la Duelos reanudó el relato de sus lúbricas historias como se verá:

Había en casa de la Guérin una mujer de unos treinta años, rubia, un poco rolliza, pero singularmente blanca y lozana, la llamaban Aurore, tenía una boca encantadora, hermosos dientes y la lengua voluptuosa, pero ¿quién lo creería?, sea por defecto de educación o por debilidad del estómago, aquella adorable boca tenía el defecto de soltar a cada momento una cantidad prodigiosa de gases, y sobre todo cuando había comido mucho había veces que no cesaba de eructar durante una hora flatos que habrían hecho dar vueltas a un molino. Pero con razón se dice que en ese mundo no hay defecto que no encuentre su admirador, y aquella hermosa mujer, por razón del suyo, tenía uno de los más ardientes; se trataba de un sabio y serio doctor de la Sorbona que, cansado de demostrar inútilmente la existencia de Dios en la escuela, iba a veces a convencerse en el burdel de la existencia de la criatura humana. El día fijado, avisaba a Aurore para que comiera como una desenfrenada. Presa de curiosidad por tan devota entrevista, corro a mi agujero, y estando los amantes juntos, tras algunas caricias preliminares, dirigidas todas a la boca, veo que nuestro dómine coloca delicadamente a su querida compañera sobre una silla, se sienta delante de ella y, poniendo en sus manos sus deplorables reliquias, le dice:

-Actúa, mi hermosa pequeña. Actúa; ya sabes los medios de hacerme salir de este estado de languidez, utilízalos deprisa, pues me siento con grandes ganas de gozar.

Aurore recibe en una mano el blando instrumento del doctor y con la otra le coge la cabeza, pega su boca a la del hombre y suelta en su bocaza unos sesenta eructos, uno tras otro. Nada puede describir el éxtasis del servidor de Dios; estaba en las nubes, jadeaba, tragaba todo lo que le lanzaban, hubiérase dicho que habría lamentado perder el más mínimo aliento, y durante todo aquel tiempo sus manos manoseaban los pechos y se metían debajo de las faldas de mi compañera, pero estas caricias sólo eran episódicas; el objeto único y capital era aquella boca que lo colmaba de suspiros. Finalmente, con la verga dura, debido a los cosquilleos voluptuosos que aquella ceremonia le hacía experimentar, descargó sobre la mano de mi compañera y luego escapa diciendo que nunca en su vida había gozado tanto.

Un hombre más extraordinario exigió de mí, poco tiempo después, una

particularidad que no merece ser silenciada. La Guérin me había hecho comer aquel día, casi forzándome, de una manera tan copiosa como había visto hacer algunos días antes a mi compañera en el almuerzo. Había tenido cuidado en hacerme servir todo lo que sabía me gustaba más, en el mundo, y habiéndome dicho, al levantarme de la mesa, todo lo que era necesario hacer con el viejo libertino con el que iba a unirme, me hizo tragar tres granos de un emético disueltos en un vaso de agua caliente. El libertino llega, era un cliente del burdel a quien ya había visto algunas veces sin ocuparme demasiado acerca de lo que buscaba allí. Me besa, hunde su lengua sucia y repugnante en mi boca, cuyo mal olor acentúa el efecto del vomitivo. Ve que mi estómago se rebela y él se muestra extasiado. " ¡Valor, pequeña! -exclama-. ¡Valor! No me dejaré perder ni una sola gota". Prevenida sobre todo lo que tenía que hacer, lo siento en un canapé, hago que incline su cabeza sobre uno de los bordes; tenía abiertos los muslos, le desabrocho la bragueta, cojo una verga blanda y corta que no anuncia ninguna erección, se la sacudo, el hombre abre la boca; sin dejar de meneársela, recibiendo los manoseos de sus manos impúdicas que se pasean por mis nalgas, le lanzo a quemarropa dentro de la boca toda la digestión imperfecta de un almuerzo que el emético me hacía devolver. Nuestro hombre está en las nubes, se extasía, traga, va a buscar él mismo sobre mis labios la impura eyaculación que lo embriaga, sin perder una gota, y cuando cree que la operación va a cesar, provoca su continuación con los cosquilleos de su lengua; y su verga, aquella verga que apenas toco, tan abrumada estoy por la crisis, aquella verga que sólo se endurece sin duda después de tales infamias, se hincha, se levanta y deja, llorando, sobre mis dedos la prueba nada sospechosa de las impresiones que aquella suciedad le proporciona.

- ¡Ah, rediós! -dice Curval-. He aquí una deliciosa pasión, sin embargo, podría refinarse más.

-¿Cómo? -pregunta Durcet, con una voz entrecortada por los suspiros de la lubricidad.

-¿Cómo? -dice Curval-, ¡eh! Pues mediante la elección de la mujer y de la comida, ¡vive Dios!

-De la mujer... ¡Ah, comprendo! Tú desearías para eso a una Fanchon.

- ¡Eh! Sin duda alguna.

-¿Y la comida? -preguntó Durcet, mientras Adélaïde se la meneaba.

-¿La comida? -contestó el presidente-. ¡Eh! Rediós, la obligaría a devolver lo que yo le daría del mismo modo.

-¿Es decir -preguntó el financiero, cuya cabeza empezaba a extraviarse-, que tú devolverías en la boca de la mujer, la cual se tragaría lo tuyo y después lo devolvería?

-Exactamente.

Y como ambos corrieron hacia sus gabinetes, el presidente con Fanchon, Augustine y Zélamir, Durcet con la Desgranges, Rosette y Bande-au-ciel, hubo que esperar cerca de media hora para continuar los relatos de la Duclos. Por fin, regresaron.

-Acabas de hacer porquerías -dijo el duque a Curval, que había regresado primero.

-Algunas -contestó el presidente-, son la felicidad de mi vida, y por lo que a mí respecta, sólo estimo la voluptuosidad en tanto que sea la más puerca y repugnante.

-Pero por lo menos ha habido eyaculación, ¿no es verdad?

- ¡Ni hablar! -dijo el presidente-. ¿Crees que nos parecemos a ti y que, como tú, hay eyaculación a cada momento? Dejo esas hazañas para ti y para los vigorosos campeones como Durcet -añadió, viendo regresar a éste sosteniéndose apenas sobre sus piernas a causa

del agotamiento.

-Es verdad -dijo el financiero-, no lo he aguantado, esa Desgranges es tan sucia, en su persona y en sus palabras, se presta tan fácilmente a todo lo que uno quiere...

- ¡Vamos, Duelos! -dijo el duque-. Prosigue tu relato, pues si no le cortamos la palabra, el pequeño indiscreto nos dirá todo lo que ha hecho, sin reflexionar en lo horrible que resulta vanagloriarse así de los favores que se reciben de una linda mujer.

Y la Duelos, obedeciendo, reanudó así el hilo de su historia:

> Puesto que a los señores les gustan tanto estas rarezas, dijo nuestra historiadora, lamento que no hayan refrenado un instante su entusiasmo, porque lo que tengo que contar aún esta noche surtirá mayores efectos. Lo que el señor presidente considera que faltaba para perfeccionar la pasión que acabo de narrar se encontraba palabra por palabra en la pasión que seguía; me molesta que no se me diera tiempo para acabarla. El viejo presidente Saclanges ofrece de un extremo a otro las singularidades que el señor Curval parecía desear. Se había escogido para enfrentarse con él a nuestra decana; era una alta y robusta muchacha de unos treinta y seis años, borracha, mal hablada, pendenciera, procaz, aunque, por otra parte, era bastante hermosa; el presidente llega, se le sirve cena, los dos se emborrachan, los dos pierden el control, los dos vomitan dentro de sus respectivas bocas, tragan y se devuelven mutuamente lo que se prestan, caen finalmente sobre los restos de la cena y sobre la porquería con que acaban de regar el suelo. Entonces me mandan a mí, porque mi compañera estaba ya fuera de sí y sin fuerzas. Sin embargo, era el momento más importante del libertino; lo hallo en el suelo, con la verga levantada y dura como una barra de hierro; empuño el instrumento, el presidente balbucea y blasfema, me atrae a él, chupa mi boca y descarga como un toro revolcándose una y otra vez sobre sus basuras.
>
> Aquella misma muchacha nos dio poco después el espectáculo de una fantasía por lo menos tan sucia; un gordo monje que la pagaba muy bien se colocó a horcajadas sobre su vientre, los muslos de mi compañera estaban todo lo abiertos que era posible y fijados a unos grandes muebles, para que no pudieran moverse. En esta posición, se sirvieron algunos manjares sobre el bajo vientre de la mujer, a pelo y sin plato. El buen hombre coge algunos pedazos con su mano, los hunde en el coño abierto de su dulcinea, los revuelve una y otra vez y se los come sólo cuando se encuentran completamente impregnados de las sales que la vagina le proporciona.

-He aquí una manera de almorzar completamente nueva -dijo el obispo.

-Y que no os gustaría, ¿verdad, monseñor? -dijo la Duelos.

-¡No, me cago en dios! -contestó el servidor de la iglesia-. No me gusta lo suficiente el coño para eso.

-Bueno -dijo nuestra narradora-, escuchad entonces el relato que cerrará mis narraciones de esta noche, estoy segura de que os divertirá más.

> Hacía ocho años que vivía yo en casa de Mme Guérin. Acababa de cumplir diecisiete años, y durante todo aquel tiempo no había habido un solo día sin que viera todas las mañanas a cierto recaudador de impuestos con el que se tenían toda clase de atenciones. Era un hombre de unos sesenta años, gordo, bajo, y que se parecía bastante al señor Durcet. Como él, tenía lozanía y era entrado en carnes. Necesitaba una nueva muchacha cada día y las de la casa sólo le servían como mal

menor o cuando la de fuera faltaba a la cita. El señor Dupont, tal era el nombre de nuestro financiero, era tan exigente en la elección de las muchachas como en sus gustos, no quería de ninguna manera que la muchacha fuera una puta, excepto en los casos obligados, como he dicho; era necesario que fuesen obreras, empleadas de tiendas, sobre todo de modas. La edad y el color de la tez estaban también reglamentados, tenían que ser rubias, entre los quince y los dieciocho años, ni más ni menos, y por encima de todas las cualidades era preciso que tuvieran el culo bien moldeado y, de una lisura tan absoluta que el más pequeño grano en el ojete era un motivo de exclusión. Cuando eran vírgenes, las pagaba doble.

Aquel día se esperaba para él una joven encajera de dieciséis años cuyo culo era considerado como un verdadero modelo, pero él ignoraba que se le había preparado este regalo, y como la joven mandó aviso de que no la esperaran porque aquella mañana no había podido zafarse de sus padres, la Guérin, que sabía que Dupont no me había visto nunca, me ordenó que me vistiera de burguesa, que tomase un coche al final de la calle y que llegara a la casa un cuarto de hora después que hubiese llegado Dupont, ante quien debería representar mi papel, haciéndome pasar por una empleada de una casa de modas. Pero por encima de todo, lo más importante era que me llenase el estómago con media libra de anís y después con un gran vaso de un licor balsámico que ella me dio y cuyo efecto debía ser el que se verá en seguida. Todo se realizó lo mejor que se pudo; felizmente habíamos dispuesto de algunas horas para que nada faltase. Llego poniendo cara de boba, me presentan al financiero, quien al principio me mira atentamente, pero como yo estaba muy alerta, no pudo descubrir en mí nada que desmintiera la historia que le habían contado.

-¿Es virgen? -preguntó Dupont.

-No por aquí -dijo la Guérin, poniendo una mano sobre mi vientre-, pero lo es por el otro lado, respondo de ello.

Y mentía descaradamente. Pero no importa, nuestro hombre se tragó la mentira, que es lo que se necesitaba.

-Arremángala, arremángala -dijo Dupont.

Y la Guérin levantó mis faldas por detrás, haciéndome inclinar ligeramente hacia ella, y descubrió al libertino el templo entero de su homenaje. El hombre mira, toca un momento mis nalgas, las abre con sus dos manos, y satisfecho sin duda de su examen, dice que el culo está en condiciones de ser aceptado. Luego me hace algunas preguntas sobre mi edad y mi oficio y, contento con mi pretendida inocencia y el aire de ingenuidad que adopto, me hace subir a su aposento, porque tenía uno en casa de la Guerín, donde sólo entraba él y no podía ser observado desde ninguna parte. En cuanto entramos, cierra la puerta con cuidado y, tras haberme contemplado unos momentos, me pregunta en un tono bastante brutal, carácter que marca toda la escena, me pregunta, digo, si es realmente verdad que nunca me han jodido por el culo. Como formaba parte de mi papel ignorar semejante expresión, me hice repetir, asegurándole que no comprendía lo que quería decir, y cuando por gestos me dio a entender lo que quería decir de una manera en que no había medio de seguir demostrando ignorancia, le contesté, asustada y pudorosa, que nunca me había prestado a tales infamias. Entonces me dijo que quitara solamente las faldas, y en cuanto hube obedecido, dejando que mi camisa continuase ocultando la parte de delante, él la levantó por detrás todo lo que pudo debajo de mi corsé, y como al desnudarme mi pañuelo del cuello había caído y mis pechos quedaron al descubierto,

se enfadó.

- ¡Qué el diablo se lleve tus tetas! -exclamó-. ¿Quién te pide las tetas? Esto es lo que me hace perder la paciencia con todas esas criaturas, siempre esa impúdica manía de mostrar las tetonas.

Y cubriéndome rápidamente, me acerqué a él como para pedirle excusas, pero advirtiendo que le mostraba la parte delantera de mi cuerpo en la actitud que iba a tomar, se enfureció una vez más:

- ¡Eh!, no te muevas de como te había colocado, ¡dios! -dijo, agarrándome por las caderas y poniéndome de modo que sólo le presentase el culo-. Quédate así, joder, me importan un bledo tus pechos y tu coño, lo único que necesito es tu culo.

Mientras decía esto se levantó y me condujo al borde de la cama, sobre la cual me instaló tumbada sobre el vientre, luego, sentándose en un taburete muy bajo, entre mis piernas, se encontró en esta disposición con que su cabeza estaba justamente a la altura de mi culo. Me mira un instante más, luego, no encontrándome aún tal como quería, se levantó para colocarme un cojín bajo el vientre, para que mi culo quedara más atrás, vuelve a sentarse, me examina, y todo esto con la mayor sangre fría, con la flema de un deliberado libertinaje. Al cabo de un momento, se apodera de mis dos nalgas, las abre, pone su boca abierta en el agujero sobre el cual la pega herméticamente y, en seguida, siguiendo la orden que había recibido e impulsada por la necesidad que de ello tenía, le largo a la garganta el pedo más ruidoso que había recibido en su vida, se aparta furioso.

- ¡Vaya, pequeña insolente -me dijo-, tienes la desfachatez de lanzar un pedo dentro de mi boca!

- ¡Oh, señor -le contesté, disparando una segunda andanada-, así es como trato a los que me besan el culo!

-Bueno, suelta pedos, suelta pedos, bribona, ya que no puedes retenerlos, suelta tantos pedos como quieras y puedas.

Desde aquel momento, ya no me contuve más, nada puede expresar la necesidad de soltar ventosidades que me dio la droga que había bebido, y nuestro hombre, extasiado, ora los recibe en la boca, ora en las narices. Al cabo de un cuarto de hora de semejante ejercicio, se acuesta finalmente en el canapé, me atrae hacía él, siempre con mis nalgas sobre su nariz, me ordena que se la menee en este posición, sin interrumpir un ejercicio que le proporciona divinos placeres. Suelto pedos, meneo una verga blanda y no más larga ni gruesa que un dedo, a fuerza de sacudidas y de pedos, el instrumento finalmente se endurece. El aumento de placer de nuestro hombre, el instante de su crisis, me es anunciado por un redoblamiento de iniquidad de su parte; es su lengua ahora lo que provoca mis pedos, es ella la que se mete hasta el fondo de mi ano, como para provocar las ventosidades, es sobre ella donde quiere que los suelte, desvaría, me doy cuenta de que pierde la cabeza, y su pequeño instrumento riega tristemente mis dedos con siete u ocho gotas de un esperma claro y gris que lo calman por fin. Pero como en él la brutalidad fomentaba el extravío y lo reemplazaba inmediatamente, apenas me dio tiempo para que me vistiera. Gruñía, rezongaba, en una palabra, me ofrecía la imagen odiosa del vicio cuando ha satisfecho su pasión, y esa inconsecuente grosería que, cuando el prestigio se ha desvanecido, trata de vengarse despreciando el culto usurpado por los sentidos.

-He aquí un hombre que me gusta más que todos los que lo han precedido -dijo el

obispo-: ¿no sabes si al día siguiente tuvo a su pequeña novicia de dieciséis años?

-Sí, monseñor, la tuvo, y al otro día una virgen de quince, aún más linda. Como pocos hombres pagaban tanto, pocos eran tan bien servidos.

Como esta pasión había calentado cabezas tan acostumbradas a los desórdenes de esta especie, y recordado un gusto al que ofrendaban de una manera tan completa, no quisieron esperar más para practicarla. Cada uno recogió lo que pudo y tomó un poco de todas partes, llegó la hora de la cena, en la que se insertaron casi todas las infamias que acababan de escuchar, el duque emborrachó a Thérèse y la hizo vomitar en su boca, Durcet hizo lanzar pedos a todo el serrallo y recibió más de sesenta durante la velada. En cuanto a Curval, por cuya cabeza pasaban toda clase de caprichos, dijo que quería hacer sus orgías solo y fue a encerrarse en el camarín del fondo con Fanchon, Marie, la Desgranges y treinta botellas de champaña. Tuvieron que sacar a los cuatro, los encontraron nadando en las olas de su porquería y al presidente dormido, con la boca pegada a la de la Desgranges, quien aún vomitaba en ella. Los otros tres se habían despachado a su gusto en cosas parecidas o distintas; habían celebrado sus orgías bebiendo, habían emborrachado a sus bardajes, los habían hecho vomitar, habían obligado a las muchachas a soltar pedos, habían hecho qué sé yo qué, y sin la Duelos, que no había perdido el juicio y lo puso todo en orden y los mandó a acostarse, es muy verosímil que la aurora de dedos rosados, al entreabrir las puertas del palacio de Apolo, los hubiera encontrado sumergidos en su porquería, más semejantes a cerdos que a hombres.

Necesitados de descanso, cada uno se acostó solo, para recobrar en el seno de Morfeo un poco de fuerzas para el día siguiente.

SEPTIMA JORNADA

Los amigos no se preocuparon más de ir cada mañana a prestarse a una hora de lección de la Duelos. Fatigados de los placeres de la noche, temiendo además que esta operación les hiciera eyacular demasiado temprano, y juzgando además que esta ceremonia los hartaba muy de mañana en perjuicio de las voluptuosidades y con personas que tenían interés en tratar con miramientos, convinieron en que cada mañana les sustituiría uno de los jodedores.

Las visitas se efectuaron, de las ocho muchachas sólo faltaba una para que hubiesen pasado todas por la lista de los castigos, era la bella e interesante Sophie, acostumbrada a respetar todos sus deberes; por ridículos que pudieran parecer, los respetaba, pero Durcet, que había prevenido a Louison, su guardiana, ;upo tan bien hacerla caer en la trampa, que fue declarada culpable e inscrita por consiguiente en el libro fatal. La dulce Mine, igualmente examinada con rigor, fue también declarada culpable, con lo cual la lista de la noche se llenó con los nombres de las ocho muchachas, de las dos esposas y de los cuatro muchachos.

. Cumplidas estas obligaciones, ya sólo se pensó en ocuparse del matrimonio que debía celebrarse en la proyectada fiesta del final de la primera semana. Aquel día no se concedió ningún permiso para las necesidades públicas en la capilla, monseñor se revistió pontificalmente, y todos se dirigieron hacia el altar. El duque, que representaba al padre de la muchacha, y Curval, que representaba al del muchacho, condujeron a Michette y a Giton respectivamente. Ambos iban magníficamente ataviados en traje de ciudad, pero en sentido contrario, es decir, el muchacho iba vestido de mujer, y la muchacha, de hombre. Desgraciadamente, nos vemos obligados, por el orden que hemos dado a las materias, a retrasar todavía por algún tiempo el placer que sin duda experimentaría el lector al enterarse

de los detalles de esta ceremonia religiosa; pero ya llegará sin duda el momento en que podremos informarlo de esto.

Pasaron al salón, y fue mientras esperaban la hora del almuerzo, cuando nuestros cuatro libertinos, encerrados solos con la encantadora pareja, los hicieron desnudarse y los obligaron a cometer juntos todo lo que su edad les permitió respecto a las ceremonias matrimoniales, excepto la introducción del miembro viril en la vagina de la muchachita, la cual hubiera podido efectuarse porque el muchacho tenía una erección muy intensa, y que no se permitió tal cosa para que nada marchitara una flor destinada a otros usos. Sin embargo, se les permitió que se tocaran y acariciaran, la joven Michette se la meneó a su maridito, y Giton, con ayuda de sus amos, masturbó muy bien a su mujercita. Sin embargo, ambos empezaron a darse cuenta de la esclavitud en que se encontraban para que la voluptuosidad, incluso la que su edad permitía experimentar, pudiera nacer en sus pequeños corazones.

Se comió, los dos esposos fueron al festín, pero a la hora del café, cuando las cabezas se habían ya calentado, fueron desnudados, como lo estaban Zelamir, Cupidon, Rosette y Colombe, que aquel día estaban encargados de servir el café. Y en ese momento del día como estaba de moda la jodienda entre los muslos, Curval se apoderó del marido, y el duque de la mujer, y los enmuslaron a los dos. El obispo, después de haber tomado café, se envició con el encantador culo de Zelamir, que chupaba mientras lanzaba pedos, y pronto lo enfiló en el mismo estilo, mientras Durcet efectuaba sus pequeñas infamias en el hermoso culo de Cupidon. Nuestros dos principales atletas no eyacularon, mas pronto se apoderaron de Rosette y de Colombe y las enfilaron como los galgos y entre los muslos, de la misma manera que acababan de hacer con Michette y Giton, ordenando a estas encantado

ras niñas que meneasen con sus lindas manos, según las instrucciones recibidas, los monstruosos extremos de las vergas que sobresalían de sus vientres; y mientras tanto, los libertinos manoseaban tranquilamente los orificios de los culos frescos y deliciosos de sus pequeños goces. Sin embargo, no se eyaculaba; sabiendo que habría placeres deliciosos aquella noche, se contuvieron. A partir de aquel momento, se desvanecieron los derechos de los jóvenes esposos, y su matrimonio, aunque formalmente efectuado, no fue más que un juego; cada uno de ellos regresó a la cuadrilla que le estaba destinada, y todos fueron a escuchar a la Duclos, que continuó así su historia:

Un hombre que tenía más o menos los mismos gustos que el financiero que acabó el relato de ayer, empezará, si lo aprobáis, señores, el relato de hoy. Era un relator del Consejo de Estado, de unos sesenta años de edad, y que añadía a la singularidad de sus fantasías la de querer sólo mujeres más viejas que él. La Guérin le dio una vieja alcahueta, amiga suya, cuyas nalgas arrugadas semejaban un viejo pergamino para humedecer el tabaco. Tal era el objeto que debía servir para que nuestro libertino efectuara sus ofrendas. Se arrodilla delante de aquel culo decrépito, lo besa amorosamente; se le lanzan algunos pedos en la nariz, se extasía, abre la boca, se le lanzan más pedos y su lengua va a buscar con entusiasmo el viento espeso que se le destina. Pero no puede resistir al delirio a que lo arrastra tal operación. Saca de su bragueta una verga vieja, pálida y arrugada como la divinidad a la que inciensa. -¡Ah! pee pee, queridita -exclama, meneándose la verga con todas sus fuerzas-. Pee, corazón, sólo de tus pedos espero el desencantamiento de este enmohecido instrumento. La alcahueta redobla sus esfuerzos, y el libertino, ebrio de voluptuosidad, deja entre las piernas de su diosa dos o tres desgraciadas gotas de esperma a las que debía todo su éxtasis.

¡Oh terrible efecto del ejemplo! ¡Quién lo hubiera dicho! En aquel momento, como si se hubieran dado la señal para ello, nuestros cuatro libertinos llaman a las dueñas de sus cuadrillas. Se apoderan de sus viejos y feos culos, solicitan pedos, los obtienen y se encuentran a punto de ser tan felices como el viejo relator del Consejo de Estado, pero el recuerdo de los placeres que los esperan en las orgías los contiene, y despiden a las dueñas.

La Duclos prosigue su relato:

> No haré hincapié en lo que viene ahora, señores, porque sé que tiene pocos seguidores entre vosotros, pero como me habéis ordenado que lo diga todo, obedezco. Un hombre muy joven y gallardo tuvo la fantasía de hurgarme el coño cuando tenía la regia; yo me encontraba tumbada de espalda, con los muslos abiertos, él se había arrodillado delante de mí y chupaba, con sus dos manos debajo de mis nalgas, que levantaba para que mi coño estuviera a su alcance. Tragó mi semen y mi sangre, porque obró con tanta habilidad y era tan guapo que descargué. El mismo se meneaba la verga, se hallaba en el séptimo cielo, diríase que nada en el mundo podía causarle más placer, y me convenció de ello la ardiente y calurosa eyaculación que pronto soltó. Al día siguiente vio a Aurore, poco después a mi hermana, al cabo de un mes nos había pasado revista a todas y prosiguió así hasta despachar sin duda todos los burdeles de París.
>
> Esta fantasía, convendréis en ello, señores, no es sin embargo más singular que la de un hombre, amigo en otro tiempo de la Guérin, la cual le proporcionaba la materia que necesitaba, y cuya voluptuosidad nos aseguró que consistía en tragar abortos; se le avisaba cada vez que una pupila de la casa se encontraba en tal caso, él acudía y se tragaba el embrión, extasiado de la voluptuosidad.

-Yo conocí a ese hombre -dijo Curva]-, su existencia y sus gustos son la cosa más cierta del mundo.

-Sea -dijo el obispo-, pero también es cierto que yo no lo imitaría nunca.

-¿Y por qué razón? -preguntó Curval-. Estoy seguro de que eso puede producir una descarga, yo si Constance quiere dejarme hacer, le prometo, ya que está embarazada, provocar la llegada de su señor hijo antes de término y de comérmelo como si fuese una sardina.

- ¡Oh, sabemos el horror que le inspiran las mujeres embarazadas! -contestó Constance-. Sabemos perfectamente que usted se deshizo de la madre de Adélaïde porque estaba embarazada por segunda vez, y si Julie quiere seguir mis consejos, se cuidará.

-Cierto es que detesto la progenitura -dijo el presidente-, y que cuando la bestia está repleta me inspira una furiosa repugnancia; mas pensar que maté a mi mujer por eso, podría engañarte; has de saber, puta, que no necesito ningún motivo para matar a una mujer, y sobre todo una vaca como tú, a la que te impediría que parieras tu ternero si me pertenecieses.

Constance y Adélaïde se echaron a llorar, lo cual empezó a poner en evidencia el odio secreto que el presidente sentía por aquella encantadora esposa del duque, quien, lejos de sostenerla en esta discusión, contestó a Curval que debía perfectamente saber que la progenitura le gustaba tan poco como a él, y que si Constance estaba embarazada, todavía no había parido. Aquí las lágrimas de Constance se hicieron más abundantes; se encontraba en el canapé de su padre, Durcet, quien, por todo consuelo, le dijo que si no se callaba

inmediatamente la sacaría afuera a patadas en el culo a pesar de su estado. La infeliz mujer hizo caer sobre su corazón lastimado las lágrimas que se le reprochaban y se limitó a decir: 64 ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy! Pero es mi destino, al que me resigno". Adélaïde, que tenía los ojos llenos de lágrimas, era hostigada por el duque, que deseaba hacerla llorar más, logró contener sus sollozos, y como esta escena un poco trágica, aunque muy regocijante para el alma perversa de nuestros libertinos, llegó a su fin, la Duelos reanudó el relato en los siguientes términos:

> Había en casa de la Guérin una habitación bastante agradablemente construida y que nunca servía más que para un solo hombre; tenía doble techo, y esta especie de entresuelo bastante bajo, donde sólo podía permanecer acostado, servía para instar al libertino de singular especie cuya pasión calmé yo. Se encerraba con una muchacha en esta especie de escotilla, y su cabeza se situaba de manera que estaba a la misma altura de un agujero que daba a la habitación superior; la muchacha encerrada con el mencionado hombre no tenía otra faena que la de menearle la verga, y yo, colocada arriba, tenía que hacer lo mismo a otro hombre, el agujero era poco ostensible y estaba abierto como por descuido, y yo, por limpieza o para no ensuciar el piso, tenía que hacer caer, al masturbar a mi hombre, el semen a través del agujero, y así lanzarlo al rostro del que estaba al otro lado. Todo estaba construido con tal ingenio que nada se veía y la operación tenía un gran éxito: en el momento en que el paciente recibía sobre sus narices el semen de aquel que estaba arriba, él soltaba el suyo, y todo estaba dicho.
>
> Sin embargo, la vieja de la que acabo de hablar, volvió a presentarse, pero tuvo que tratar con otro campeón. Este, hombre de unos cuarenta años, hizo que se desnudara y le lamió en seguida todos los orificios de su viejo cadáver: culo, coño, boca, nariz, axilar, orejas, nada fue olvidado, y el malvado, a cada lamida, tragaba todo lo que había recogido. No se limitó a esto, hizo que mascara pedazos de pastel, que tragó también a pesar de que ella los hubiese triturado. Quiso también que conservara en la boca tragos de vino, con los que ella se lavó y gargarizó, y que él luego se tragó igualmente, y mientras tanto, su verga había tenido una erección tan prodigiosa que el semen parecía listo para dispararse sin necesidad de provocarlo. Cuando se sintió en trance de soltarlo, volvió a precipitarse sobre su vieja, le hundió profundamente la lengua en el agujero del culo y descargó como una fiera.

- ¡Y, dios! -exclamó Curval-. ¿Es necesario ser joven y linda para hacer que el semen corra? Una vez más diré que, en los placeres, es la cosa sucia lo que provoca la eyaculación, y cuanto más sucia, más voluptuosidad ofrece.

-Son las sales -dijo Durcet- que se exhalan del objeto de voluptuosidad las que irritan a nuestros espíritus animosos y los ponen en movimiento; ahora bien, ¿quién duda de que todo lo que es viejo, sucio y hediondo contiene una gran cantidad de estas sales y, por consiguiente, más medios para suscitar y determinar nuestra eyaculación?

Se discutió todavía durante un rato esta tesis, pero como había mucho trabajo por hacer después de la cena, se sirvió un poco antes de la hora, y en los postres, las jóvenes castigadas volvieron al salón donde deberían soportar los castigos junto con los cuatro muchachos y las dos esposas igualmente condenadas, lo que representaba un total de catorce víctimas. A saber: las ocho muchachas conocidas, Adélaïde y Aline, y los cuatro muchachos, Narcisse, Cupidon, Zélamir y Giton. Nuestros amigos, ya ebrios ante la idea de las voluptuosidades tan

de su gusto que los esperaban, terminaron de calentarse la cabeza con una prodigiosa cantidad de vinos y licores, y se levantaron de la mesa para pasar al salón, donde los esperaban los pacientes, en tal estado de embriaguez, furor y lubricidad que no existe nadie seguramente con deseos de encontrarse en el lugar de aquellos desgraciados delincuentes.

En las orgías, aquel día, sólo debían asistir los culpables y las cuatro viejas encargadas del servicio. Todos estaban desnudos, todos se estremecían, todos lloraban, todos esperaban su suerte, cuando el presidente, sentándose en un sillón, preguntó a Durcet el nombre y la falta de cada persona. Durcet, tan borracho como su compañero, tomó la libreta y quiso leer, pero como todo lo veía borroso y no lo lograba, el obispo lo reemplazó, y aunque tan ebrio como su compañero, pero llevando mejor el vino, leyó en voz alta alternativamente el nombre de cada culpable y su falta; el presidente pronunciaba inmediatamente una sentencia de acuerdo con las fuerzas y la edad del delincuente, siempre muy dura. Terminada esta ceremonia, se impusieron los castigos. Lamentamos muchísimo que el orden de nuestro plan nos impida describir aquí los lúbricos castigos, pero rogamos a nuestros lectores que nos perdonen; estamos seguros de que comprenderán la imposibilidad en que nos encontramos de satisfacerlos por ahora. No perderán nada con ello.

La ceremonia fue muy larga: catorce personas tenían que ser castigadas, y hubo episodios muy agradables. Todo fue delicioso, no hay duda, puesto que nuestros cuatro canallas descargaron y se retiraron tan fatigados, tan borrachos de vino y de placeres, que sin la ayuda de los cuatro jodedores que vinieron a buscarlos no hubieran podido llegar nunca a sus aposentos, donde, a pesar de todo lo que acababan de hacer, les esperaban todavía nuevas lubricidades.

El duque, que aquella noche tenía que acostarse con Adélaïde, no quiso. Ella formaba parte del número de las castigadas, y tan bien castigada que, habiendo eyaculado en su honor, no quiso saber nada de ella aquella noche, y tras ordenarle que se acostara en un colchón en el suelo dio su lugar a la Duelos, que como nunca disfrutaba de su favor.

OCTAVA JORNADA

Como los castigos de la víspera habían impresionado mucho, al día siguiente no se encontró ni pudo encontrarse a nadie en falta. Continuaron las lecciones con los jodedores, y como no hubo ningún acontecimiento hasta la hora del café, empezaremos a hablar de este día a partir de entonces. El café era servido por Augustine, Zelmire, Narcisse y Zéphyr. Se reanudaron las jodiendas entre los muslos, Curval se apoderó de Zelmire y el duque de Augustine, y después de haber admirado y besado sus lindas nalgas, que aquel día, no sé por qué, tenían una gracia, unos atractivos, un sonrosado que no habían sido advertidos antes, después, digo, que nuestros libertinos hubieron acariciado y besado aquellos encantadores culitos, se exigieron pedos, como el obispo, que tenía a Narcisse, había obtenido ya algunos, se oían los que Zéphyr soltaba en la boca de Durcet..., ¿por qué no imitarlos? Zelmire había tenido éxito, pero Augustine, por más que hizo, por más que se esforzó, por más que el duque la amenazó con un castigo semejante al que había soportado la víspera, nada soltó, y la pobre pequeña había empezado ya a llorar cuando un pedito la tranquilizó; el duque respiró y, satisfecho por aquella prueba de docilidad de la niña que tanto amaba, le endilgó su enorme instrumento entre los muslos y, retirándolo en el momento de la descarga, le inundó completamente las dos nalgas. Curval había hecho lo mismo con Zelmire, pero el obispo y Durcet se contentaron con lo que se llama la "pequeña oca y, después de la siesta, pasaron al

salón, donde la bella Duelos, engalanada aquel día con todo lo que mejor podía hacer olvidar su edad, parecía verdaderamente hermosa bajo las luces, y hasta tal punto que nuestros libertinos, excitados, no le permitieron continuar sin que antes no hubiese mostrado sus nalgas a la reunión.

-Verdaderamente tiene un hermoso culo -dijo Curval.

-Y bueno, amigo mío -dijo Durcet-. Te aseguro que he visto pocos que sean mejores.

Y recibidos estos elogios, nuestra narradora se bajó las faldas y reanudó el hilo de su historia de la manera que el lector leerá, si se toma la molestia de continuar, cosa que le aconsejamos en interés de sus placeres.

> Una reflexión y un acontecimiento fueron la causa, señores, de que lo que me falta por contaros no se encuentre ya en el mismo campo de batalla; la reflexión es muy sencilla: fue el desgraciado estado de mi bolsa lo que la suscitó. Después de nueve años de vivir en casa de la Guérie, aunque gastara poco, no había podido ahorrar ni cien luises; aquella habilísima mujer, mirando siempre por sus intereses, encontraba siempre el medio de guardar para ella las dos terceras partes de las entradas y rebañaba todo lo que podía del otro tercio. Este manejo me disgustó y, vivamente solicitada por otra alcahueta llamada Fournier para que me fuera con ella, y sabiendo que la Fournier recibía en su casa a viejos calaveras de más tono y más ricos que los que recibía la Guérin, me decidí a despedirme de ésta para irme con la otra. En cuanto al acontecimiento que vino a apoyar mi reflexión, fue la pérdida de mi hermana; la quería mucho y no fue posible quedarme más tiempo en una casa donde todo me la recordaba sin poder encontrarla.
>
> Desde hacía seis meses mi querida hermana era visitada por un hombre alto, enjuto y negro, cuyo rostro me desagradaba infinitamente. Se encerraban juntos, y no sé qué hacían en la habitación, porque mi hermana nunca quiso decírmelo, y nunca se colocaban en el sitio donde yo hubiera podido observarlos. Sea como fuere, una hermosa mañana, mi hermana se presentó en mi habitación, me besó y me dijo que su fortuna estaba hecha, que era la mantenida de aquel tipo que no me gustaba nada, y todo lo que supe es que todo lo que ella iba a ganar debíase a la belleza de sus nalgas. Dicho esto, me dio su dirección, arregló cuentas con la Guérin, nos besó a todas y se fue. Como podéis imaginar, dos días después me presenté en la dirección indicada, pero allí no sabían ni de qué hablaba yo; me di perfectamente cuenta de que mi hermana había sido engañada, porque no podía creer que desease privarme del placer de verla. Cuando me lamenté de lo que ocurría con la Guérin, advertí que ésta sonreía malignamente y rehuía explicarse. De aquí deduje que ella estaba en el misterio de toda la aventura, pero que no quería que yo lo descubriese. Todas estas cosas me afectaron mucho y me hicieron tomar mi partido, y como no tendré ocasión de volver a hablaros de mi hermana, os diré, señores, que a pesar de las pesquisas que hice, de las precauciones que tomé para descubrir su paradero me ha sido imposible volver a saber qué había sido de ella.

-Creo que veinticuatro horas después de haberse despedido de ti había dejado de existir -dijo la Desgranges-. Ella no te engañaba, sino que fue ella misma la engañada, pero la Guérin sabía de qué se trataba.

- ¡Dios del Cielo! -exclamó entonces la Duclos-. ¿Qué estás diciendo? ¡Ay! Aunque no la

veía, acariciaba la idea de que estaba viva.

-Andabas muy equivocada -dijo la Desgranges-, pero no te había mentido; fue la belleza de sus nalgas, la asombrosa superioridad de su culo lo que le valió la aventura en la que creyó encontrar su suerte y significó su muerte.

-¿Y el hombre alto y enjuto? -preguntó la Duclos.

-Era sólo un intermediario, no trabajaba por su propia cuenta.

-Sin embargo -dijo la Duclos-, la había visto asiduamente durante seis meses.

-Para engañarla -contestó la Desgranges-. Pero prosigue tu relato. Estas aclaraciones podrían aburrir a esos señores. Como esta historia me atañe, ya les daré buena cuenta de ella.

-Nada de sentimentalismos, Duclos -dijo secamente el duque al. ver que la 'narradora se esforzaba por retener sus lágrimas involuntarias-. Aquí no hay lugar para penas de esa índole y aunque se hundiese toda la naturaleza no lanzaríamos ni un solo suspiro; dejemos las lágrimas para los imbéciles y los niños, pero que jamás mancillen las mejillas de una mujer razonable y que estimamos.

Después de oír estas palabras nuestra heroína se contuvo y pronto reanudó su relato.

> Debido a las dos causas que acabo de explicar, tomé mi partido, señores, y como la Fournier me ofrecía mejor alojamiento, una mesa mejor servida, partidas de placer más caras aunque más penosas, y siempre partes iguales en los beneficios, sin ningún recorte, me decidí inmediatamente. La señora Fournier ocupaba entonces una casa entera y su serrallo estaba compuesto por cinco lindas muchachas; yo fui la sexta. Seguramente aprobaréis que haga aquí lo que he hecho respecto a la casa de la Guérin, es decir, que describa a mis compañeras a medida que representen un papel.
>
> Desde el día siguiente al de mi llegada, se me dio trabajo, porque había mucha clientela en casa de la Fournier, y cada una de nosotras se ocupaba cinco o seis veces al día; pero sólo os hablaré, como he hecho hasta ahora, de las escenas que puedan llamar vuestra atención por su singularidad o extravagancia.
>
> El primer hombre que vi en mi nueva casa fue un pagador de rentas, hombre de unos cincuenta años. Me hizo arrodillar, con la cabeza inclinada sobre la cama, y él se instaló igualmente sobre la cama, arrodillado, de modo que como su verga rozaba mi boca, que me había ordenado mantuviese muy abierta, no perdí una sola gota de su eyaculación, y el libertino se divirtió extraordinariamente ante las contorsiones y los esfuerzos que yo hacía para no vomitar aquel repugnante gargarismo.
>
> Ahora, señores, prosiguió la Duelos, contaré seguidas, aunque sucedieron en épocas diferentes, cuatro aventuras de este mismo tipo que sucedieron en casa de la señora Fournier. Estos relatos, bien lo sé, no disgustarán a Durcet, quien me agradecerá que lo entretenga durante el resto de esta sesión con algo que es de su gusto y que me proporcionó el honor de conocerlo por primera vez.

- ¡Vaya! -dijo Durcet-. ¿Me darás un papel en tu historia?

-Si me lo permitís, señor -contestó la Duelos-, y con el ruego de que aviséis a esos señores cuando llegue a vuestro asunto.

-Y mi pudor... ¿qué? ¿Vas a exhibir delante de todas esas muchachas mis indecencias?

Y como todos se echaron a reír ante el temor burlón del financiero, la Duelos prosiguió:

> Un libertino tan viejo y tan repugnante como el que acabo de describir, me dio la

segunda representación de esta manía; hizo que me tumbara desnuda sobre una cama, se tendió en sentido contrario sobre mí, puso su verga dentro de mi boca y su lengua en mi coño, y en esta posición exigió que le diese las titilaciones de voluptuosidad que pretendía debían proporcionarme su lengua. Yo chupaba como una condenada. Se trataba de mi virginidad para él, lamió, removió y se afanó en todas sus maniobras infinitamente más para él que para mí. Sea como sea, yo me sentía neutra, feliz de no sentirme asqueda, y el libertino descargó; operación que, siguiendo las indicaciones de la Fournier, hice que fuera lo más lúbrica posible, apretando mis labios, chupando, exprimiendo en mi boca el jugo que soltaba y pasando mi mano sobre sus nalgas para cosquillearle el ano, episodio que él me sugirió y en el que puso todo lo que pudo de su parte... Cuando el asunto hubo terminado, el hombre se marchó, no sin antes asegurarle a la Fournier que nunca se había topado antes con una muchacha como yo que lo hubiese satisfecho tanto.

Poco después de esta aventura, curiosa por saber qué venía a hacer en la casa una vieja bruja de más de setenta años y que llegaba con el aire de esperar algún trabajo, se me dijo que efectivamente lo hacía. Presa de curiosidad por saber qué diablos podría hacer tal esperpento, pregunté a mis compañeros si no. había allí una habitación desde donde se pudiera atisbar, como en casa de la Guérin. Habiéndoseme contestado que sí la había, una de las muchachas me condujo a ella, y como había lugar para dos nos instalamos allí, y he aquí lo que vimos y lo que oímos, porque, como las dos habitaciones sólo estaban separadas por un tabique era muy fácil no perderse ni una palabra. La vieja llegó primero y, tras haberse contemplado en el espejo, se arregló, como si creyera que sus encantos tendrían todavía algún éxito. Al cabo de unos minutos, vimos llegar al Dafnis de aquella nueva Cloe, éste debía tener a lo sumo sesenta años, era un pagador de rentas que vivía holgadamente y le gustaba más gastar su dinero con pelanduscas de desecho como aquella que con lindas muchachas, y esto en razón de aquella singularidad del gusto que vosotros, señores, comprendéis tan bien y explicáis mejor. El hombre se adelanta y mira de arriba abajo a su dulcinea, la cual le hace una profunda reverencia.

-No hagas tantas historias, vieja puta -dijo el libertino- y desnúdate... Pero antes, a ver, ¿tienes dientes?

-No, señor, no me queda ni uno -dijo la vieja, mostrando su boca infecta-. Podéis mirar...

Entonces nuestro hombre se aproxima y, cogiéndole la cabeza le da en los labios uno de los más ardientes besos que he visto dar en mi vida; y no solamente besaba, sino que chupaba, devoraba, hundía amorosamente su lengua hasta la putrefacta garganta, y la buena vieja, que desde hacía mucho tiempo no se había encontrado en semejante fiesta, se lo devolvía con ternura... que me resultaría muy difícil describir.

- ¡Vamos, desnúdate! -dijo el financiero.

Y mientras tanto se desabrocha la bragueta y se saca un miembro negro y arrugado que no tenía trazas de aumentar mucho de tamaño. Cuando la vieja se ha desnudado del todo, y ofrece a su amante un viejo cuerpo amarillento y arrugado, seco, colgante y descarnado, cuya descripción, sean cuales sean las fantasías que podríais tener sobre este punto, os causaría demasiado horror para que yo me atreva a emprenderla; pero lejos de sentirse asqueado, nuestro libertino se extasía; coge a la vieja, la atrae hacia él sobre el sillón donde estaba meneándosela mientras esperaba que ella se desnudara, le hunde otra vez la lengua dentro de la boca y, volviéndola de

espaldas, ofrece su homenaje al reverso de la medalla. Vi perfectamente cómo manoseaba sus nalgas, es decir, los dos pingos que caían ondeantes sobre sus muslos. Pero fuesen como fuesen, el hombre las separó, pegó voluptuosamente sus labios a la cloaca inmunda que encerraban, hundió en ella su lengua varias veces, y todo eso mientras la vieja trataba de dar un poco de consistencia al miembro muerto que meneaba.

-Vamos al grano -dijo el platónico enamorado-. Sin mi plato fuerte, todos tus esfuerzos serían inútiles. ¿Has sido advertida?

-Sí, señor.

-¿Y sabes qué es lo que tienes que tragar?

-Sí, corderito; sí, palomo. Tragaré, devoraré todo lo que tú hagas.

Entonces el libertino la echa sobre la cama boca abajo, y en esta posición le mete en el pico su floja verga, se la hunde hasta los cojones, le toma las dos piernas de su goce y se las coloca sobre los hombros, de modo que su hocico se encuentra rozando las nalgas de la vieja. Su lengua se instala al fondo del agujero delicioso; la abeja que busca el néctar de la rosa no chupa, de una lanera más voluptuosa; la vieja, por su parte, también chupa, nuestro hombre se agita. - ¡Ah, joder! -exclama al cabo de un cuarto de hora de este ejercicio libidinoso-. ¡Chupa, chupa, puta! ¡Chupa y traga!, ¡redios!, ya llego, ¿no te das cuenta? Y besando todo lo que se ofrece a él, muslos, vagina, nalgas, ano, todo es lamido, todo es chupado, la vieja traga, y el pobre vejestorio que se retira tan mustio como antes, y que verosímilmente ha descargado sin erección, sale avergonzado de su extravío, y gana lo más rápidamente posible la puerta para no tener que ver, sereno, el cuerpo, repugnante que acaba de seducirlo.

-¿Y la vieja? -pregunta el duque.

-La vieja tosió, escupió, se sonó, se vistió lo más rápidamente que pudo y salió.

Pocos días después, le tocó a la misma compañera que me había proporcionado el placer de esta escena. Era una muchacha de unos dieciséis años, rubia y con la cara más interesante del mundo; no dejé de ir a contemplarla mientras trabajaba. El hombre con quien debía unirse era por lo menos tan viejo como el pagador de rentas. Hizo que se pusiera de rodillas entre sus piernas, le fijó la cabeza agarrándola por las orejas y le hundió en la boca una verga que me pareció más sucia y repugnante que un trapo de cocina arrastrado por un arroyo. Mi pobre compañera, al ver acercarse a sus labios frescos aquella porquería, quiso apartar la cabeza, pero no en vano la tenía nuestro hombre bien agarrada por las orejas como a un perro.

- ¡Vamos, puta! -le dijo- ¿Te haces la difícil?

Y, amenazándola con llamar a la Fournier, quien seguramente le había recomendado que fuera complaciente, logró vencer sus resistencias. Ella abre los labios, retrocede, vuelve a abrirlos y finalmente traga, hipando, con su boca gentil, aquella reliquia infame. Desde aquel momento, ya sólo se oían los insultos del criminal.

- ¡Ah, bribona! -dijo el hombre furioso-. ¡Cuántos aspavientos haces para chupar la más hermosa verga de Francia! ¿Crees que nos vamos a lavar todos los días para ti? ¡Vamos, puta, chupa, chupa el confite!

Y excitándose, a medida que hablaba, con la repugnancia que inspiraba a su

compañera, tanto es verdad, señores, que el asco que nos proporcionáis se convierte en un aguijón para vuestro goce, el libertino se extasía y deja en la boca de aquella pobre muchacha pruebas inequívocas de su virilidad. Pero la muchacha, menos complaciente que la vieja, no traga nada, y mucho más asqueada que aquélla, vomita al punto todo lo que tenía en su estómago, y nuestro libertino, abrochándose, sin preocuparse de ella, se burla entre dientes de las consecuencias crueles de su libertinaje.

Llegó mi vez, pero más afortunada que las dos precedentes, era al amor mismo al que estaba destinada, y sólo me quedó, después de haberlo gozado, el asombro de encontrar gustos tan extraños en un joven tan bien formado para agradar. Llega, me pide que me desnude, se tiende sobre la cama, me ordena que me ponga en cuclillas sobre su cara y que trate, con mi boca, de hacer descargar una verga muy mediocre pero que me recomienda y cuyo semen me ruega que trague, en cuanto lo sienta correr.

-Pero no permanezcas ociosa entre tanto -añade el pequeño libertino-, que tu coño inunde mi boca de orina, la cual te prometo tragar como tú tragas mi semen, y, además, que tu hermoso culo lance pedos contra mi nariz.

Le obedezco y cumplo a la vez mis tres cometidos con tanto arte que la pequeña anchoa descarga pronto todo su furor en mi boca, y trago la eyaculación mientras mi adonis hace otro tanto con mi orina, y todo eso sin dejar de respirar los pedos con que no dejo de perfumarlo.

-En verdad, señorita -dijo Durcet-, te hubieras podido ahorrar el revelar las puerilidades de mi mocedad.

- ¡Ah! ¡Ah! -dijo el duque riendo-. ¿Cómo es posible que tú, que hoy apenas te atreves a mirar un coño, lo hicieras mear en otro tiempo?

-Es verdad -dijo Durcet-, me avergüenzo de ello; es terrible tener que reprocharse vilezas de esta índole, ahora, amigo mío, cuando siento todo el peso de los remordimientos..., ¡deliciosos culos! -exclamó en su entusiasmo, besando el de Sophie, que había atraído hacia sí para manosearlo unos momentos-. ¡Culos divinos, cuánto me reprocho el incienso de que os he privado! ¡Oh culos deliciosos, os prometo un sacrificio expiatorio, juro ante vuestros altares no volver a extraviarme en mi vida!

Y habiéndolo calentado un poco aquel hermoso trasero, el libertino colocó a la novicia en una posición muy indecente, sin duda, pero en la cual podía, como se ha visto antes, hacer mamar su pequeña anchoa mientras él chupaba el ano más lozano y más voluptuoso del mundo. Pero Durcet, demasiado hastiado para poder entregarse a tal placer, encontraba muy raramente su vigor; por más que fue chupado, por más que se le hizo, tuvo que retirarse en el mismo estado de desfallecimiento, y denostando y blasfemando contra la muchacha, tuvo que aplazar para otro momento más oportuno los placeres que la naturaleza le rechazaba a la sazón.

No todo el mundo era tan desgraciado; el duque, que había pasado a su gabinete con Colombe, Zélamir, Brise-cul y Thérése, lanzó rugidos que demostraban su felicidad, y Colombe, que escupía con toda su fuerza en el momento de salir, no dejó la menor duda sobre el templo que había sido incensado. En cuanto al obispo, con las nalgas de Adélaïde sobre su nariz y la verga del hombre en su boca, se divertía haciendo lanzar pedos a la joven, mientras Curval, de pie, haciendo soplar su enorme corneta a Hébé eyaculaba locamente.

Se sirvió la cena. El duque sostuvo la tesis de que si la felicidad consistía en la completa

satisfacción de todos los placeres de los sentidos, era muy difícil ser más feliz de lo que ellos eran.

-Esta afirmación no es la de un libertino -dijo Durcet-. ¿Cómo puedes ser feliz, desde el momento en que puedes satisfacerte en todo momento? La felicidad no consiste en el_ goce, sino en el deseo, en romper los frenos que se oponen a ese deseo. Ahora bien, ¿se halla todo eso aquí, donde sólo tengo que desear para tener? En cuanto a mí, puedo jurar que desde que estoy aquí, mi semen no ha corrido ni una sola vez en homenaje a los objetos presentes. Sólo se ha derramado por los que no están, y por otra parte, creo, falta algo esencial para nuestra felicidad. Es el placer de la comparación, placer que sólo puede provenir del espectáculo de los desgraciados, y aquí no los hay. Es lo esencial para nuestra dicha. De la contemplación de aquel que no goza de lo que yo tengo y que sufre nace el encanto de poder decir: soy pues más feliz que él; allí donde los hombres sean iguales y donde esas diferencias no existan, la felicidad no existirá nunca. Es el caso de un hombre que sólo aprecia la salud cuando ha estado enfermo.

-En este caso -dijo el obispo-, tú basarías un placer real en poder contemplar las lágrimas de aquellos que están abrumados por la miseria.

-Por supuesto -contestó Durcet-. No hay en el mundo tal vez voluptuosidad más sensual que ésta de que has hablado.

-¿Qué, sin aliviarla? -dijo el obispo, deseoso de que Durcet se extendiera sobre un tema tan del gusto de todos, y que era tan capaz de tratar a fondo.

-¿Qué entiendes por aliviar? -dijo Durcet-. Pero la voluptuosidad que nace para mí de esa dulce comparación entre su estado y el mío no existiría si yo los aliviara, porque entonces, al sacarlos de su miseria, les haría gozó durante unos momentos de una felicidad que, al ponerlos a la par conmigo, eliminaría todo el goce de la comparación.

-Bueno, según eso -dijo el duque-, sería preciso de alguna manera, para establecer mejor esta diferencia esencial de la felicidad, sería preciso, digo, agravar su situación.

-Sin duda alguna -dijo Durcet-, y eso explica las infamias que se me han reprochado toda la vida. La gente que ignoraba mis motivos me llamaba duro, feroz y bárbaro, pero burlándose de todas sus denominaciones yo seguía mi camino, hacía, convengo en ello, lo que los mentecatos llaman atrocidades, pero establecía goces de comparaciones deliciosas, y era feliz.

-Confiesa el hecho --lijo el duque- de que más de veinte veces hundiste a desgraciados para halagar en este sentido tus gustos perversos.

-¿Más de veinte veces? -dijo Durcet-. Más de doscientas, amigo mío, y podría sin exageración citar a más de cuatrocientas familias reducidas hoy a la mendicidad y que no representan nada para mí.

-¿Has sacado algún provecho de ellas, por lo menos? -preguntó Curval.

-Casi siempre, pero a menudo también lo he hecho sólo por esta perversidad que casi siempre despierta en mí a los órganos de la lubricidad; haciendo el mal tengo erecciones, encuentro en el mal un atractivo lo bastante excitante como para despertar en mí todas las sensaciones del placer, y a él me entrego por él mismo, sin otro interés ajeno.

-Ese gusto es el que mejor puedo concebir -dijo Curval-. Cien veces he dado mi voto cuando estaba en el Parlamento para hacer ahorcar a desgraciados que yo sabía eran inocentes, y nunca cometí esas pequeñas injusticias sin experimentar dentro de mí un cosquilleo voluptuoso, allá donde los órganos del placer de los testículos se inflaman pronto. Juzgad lo que he sentido cuando he hecho algo peor.

-Es cierto -dijo el duque, que empezaba a calentarse manoseando a Zéphyr- que el

crimen tiene suficiente encanto como para inflamar todos los sentidos sin que se esté obligado a echar mano de otros recursos, y nadie concibe como yo que las canalladas, incluso las más alejadas del libertinaje, puedan causar la erección como las que le son propias. Yo que os estoy hablando, he tenido erecciones robando, asesinando, incendiando, y estoy perfectamente seguro de que no es el objeto del libertinaje lo que nos anima, sino la idea del mal, y que en consecuencia es sólo por el mal por lo que tenemos erecciones y no por el objeto, de tal suerte que si el objeto estuviese desprovisto de la posibilidad de empujarnos a hacer el mal no tendríamos erecciones a causa de éste.

-Nada es más cierto -dijo el obispo-, y de ahí nace la certidumbre del mayor placer por la cosa más infame y de cuyo sistema uno no debe apartarse, a saber, que cuanto más quiera uno suscitar el placer en el crimen, más necesario será que el crimen sea horrible, y en cuanto a mí, señores, si me es permitido citarme, os confieso que estoy a punto de no volver a experimentar esa sensación de que habláis, de no experimentarla, digo, por los pequeños crímenes, y si éste que cometo no reúne tanta negrura, tanta atrocidad, tanto engaño y traición como sea posible, la sensación ya no nace.

-Bueno -dijo Durcet-, ¿es posible cometer crímenes tal como se conciben y como dices tú? En lo que a mí se refiere, confieso que mi imaginación siempre ha estado en eso más allá de mis medios; siempre he concebido más de lo que he realizado, y siempre me he quejado de la naturaleza que, al darme el deseo de ultrajar, me quitaba los medios de hacerlo.

-Sólo se pueden cometer dos o tres crímenes en este mundo -dijo Curval-, y una vez cometidos, todo queda dicho. El resto es inferior y no se experimenta nada. Cuántas veces, ¡redios!, no he deseado que se pudiera atacar al sol, privar de él al universo o aprovecharlo para abrasar al mundo; esos serían crímenes, y no los pequeños extravíos a que nos entregamos que se limitan a metamorfosear al cabo del año a una docena de criaturas en montículos de tierra.

Y con todo esto, como las cabezas se calentaban, lo que ya habían sufrido dos o tres muchachas, y las vergas empezaban a endurecerse, se levantaron de la mesa para ir a derramar en las lindas bocas los chorros de aquel licor cuyo picor demasiado fuerte hacía proferir tantos horrores. Aquella noche se limitaron a los placeres de la boca, pero inventaron cien maneras de variarlos, y cuando se hartaron fueron a tratar de buscar en algunas horas de descanso las fuerzas necesarias para volver a empezar.

NOVENA JORNADA

La Duelos advirtió aquella mañana que creía prudente ofrecer a las muchachas otros blancos para el ejercicio de la masturbación que no fuesen los jodedores que se empleaban o bien que cesaran las lecciones, por considerar que las muchachas estaban suficientemente instruidas. Dijo, con mucha razón y verosimilitud, que emplear a aquellos jóvenes conocidos por el nombre de jodedores podía ser causa de intrigas que era prudente evitar, que además aquellos jóvenes, no valían absolutamente nada para aquel ejercicio, porque descargaban en seguida, y que ello redundaba en perjuicio de los placeres que esperaban los culos de aquellos señores. Se decidió, pues, que las lecciones cesaran, y tanto más cuanto que entre las muchachas había algunas que sabían menear las vergas de maravilla; Augustine, Sophie y Colombe hubieran podido medirse, por la habilidad y ligereza de sus muñecas, con las más famosas meneadoras de la capital. De todas ellas, Zelmire era la menos hábil: no porque no fuese rápida y diestra en todo lo que ella hacía, sino porque su carácter tierno y melancólico

no le permitía olvidar sus penas y siempre estaba triste y pensativa. En la visita de la comida de aquel día, su dueña la acusó de haber sido sorprendida la noche anterior rezando a Dios antes de acostarse; fue llamada, se la interrogó y le preguntaron cuál era el tema de sus oraciones; al principio ella se negó a confesarlo, pero luego, al verse amenazada, confesó llorando que rogaba a Dios que la librase de los peligros que la acechaban y, sobre todo, que no se atentara contra su virginidad. El duque, entonces, le declaró que merecía la muerte, y le hizo leer el artículo del reglamento sobre esto.

-Pues bien -dijo ella-, máteme. El Dios a quien invoco tendrá al menos piedad de mí, máteme antes de deshonrarme, y esta alma que le consagro por lo menos volará pura hasta su seno, me veré libre del tormento de ver y escuchar tantos horrores cada día.

Una respuesta como ésta, tan llena de virtud, candor y amenidad, provocó unas prodigiosas erecciones en nuestros libertinos. Algunos opinaban que se la desvirgase inmediatamente, pero el duque, recordándoles los inviolables compromisos contraídos, se contentó con condenarla, de acuerdo con sus compañeros a un violento castigo para el sábado siguiente, y mientras tanto que se acercase de rodillas y chupara durante un cuarto de hora la verga a cada uno de ellos, con la advertencia de que en caso de reincidencia, sería juzgada con todo el rigor de las leyes y seguramente perdería la vida. La pobre niña cumplió la primera parte de la penitencia, pero el duque, a quien la ceremonia le había excitado, y que después del fallo le había manoseado prodigiosamente el culo, soltó villanamente todo su semen en aquella linda boquita, y amenazóla con estrangularla si rechazaba una sola gota, y la pobre desgraciada se lo tragó todo, no sin' una gran repugnancia. Los otros tres fueron chupados a su vez, pero no eyacularon nada, y después de las ceremonias ordinarias de la visita al aposento de los muchachos y a la capilla, que aquella mañana produjo tan poco porque casi todo el mundo había sido rechazado, comieron y pasaron al café.

Este era servido por Fanny, Sophie, Hyacinthe y Zélamire; Curval imaginó joder a Hyacinthe sólo entre los muslos y obligar a Sophie a que se colocara entre los muslos de Hyacinthe y chupara la parte saliente de su pito. La escena fue agradable y voluptuosa, meneó e hizo descargar al hombrecillo en la nariz de la muchacha, y el duque, que a causa de la longitud de su verga, era el único que podía imitar esta escena, se despachó de la misma forma con Zélamire y Fanny, pero el joven todavía no eyaculaba, por lo cual se vio privado de un episodio muy interesante del que Curval gozaba. Después de ellos, Durcet y el obispo se las entendieron con los cuatro muchachitos y también se las hicieron chupar, pero ninguno descargó y, tras una corta siesta, pasaron al salón de los relatos donde ya se encontraba dispuesto todo el mundo, y la Duelos reanudó el hilo de sus narraciones:

> Con cualquier otro que no fuerais vosotros, señores -dijo esta amable mujer, temería tocar el tema de las narraciones que nos ocuparán toda esta semana, pero por crapuloso que sea, vuestros gustos me son demasiado conocidos para estar segura de que en vez de disgustaras os seré agradable. Escucharéis, os lo prevengo, porquerías abominables, pero vuestros oídos ya están acostumbrados a ello, vuestros corazones las aprueban y desean, y sin más demora entro en materia.
>
> En casa de la señora Fournier teníamos un antiguo cliente llamado el caballero, no sé por qué ni cómo, que solía venir todas las noches para una ceremonia tan sencilla como extraña: se desabrochaba la bragueta y era preciso que una de nosotras, por turno, cagara en sus calzones. Volvía a abrocharse inmediatamente y salía llevándose su paquete. Mientras se lo proporcionaban, nuestro hombre se meneaba la verga un rato, pero nunca se le vio eyacular y no se sabía a donde iba con su

mojón así embraguetado.

- ¡Oh! ¡Pardiez! -dijo Curval, que siempre que oía algo tenía ganas de hacerlo-. Quiero que alguien se cague en mis calzones y conservarlo durante toda la velada.

Y ordenando a Louison que acudiera a hacerle este favor, el viejo libertino dio a la reunión la representación efectiva de aquello cuyo relato había escuchado.

- ¡Vamos, sigue! -dijo flemáticamente a la Duelos, colocándose cómodo en su canapé-. Este asunto sólo incomodará a Aline, mi encantadora compañera en esta velada, en cuanto a mí, me acomodo a ello perfectamente.

Y la Duelos prosiguió así:

Prevenida, dijo, de todo lo que ocurriría con el libertino que me enviaban, me vestí de muchacho y, como sólo tenía veinte años, una hermosa cabellera y un lindo rostro, el atavío me sentaba maravillosamente. Antes de encontrarme con él, había tenido la precaución de hacer, en mis calzones, lo que el señor presidente acaba de hacerse en lo suyos. Mi hombre me esperaba en la cama, yo me acerco a él, me besa dos o tres veces muy lúbricamente en la boca, me dice que soy el más lindo muchachito que ha visto en su vida, y mientras tanto, sin dejar de piropearme, trata de desabrocharme los calzones. Yo me defiendo un poco, sólo con la intención de inflamar sus deseos, él insiste, logra sus propósitos, pero cómo describir el éxtasis que hace presa en él cuando ve el paquete que llevo y el embarrado de mis nalgas.

- ¡Cómo, pequeño bribón! ¿Te has cagado en los calzones?... ¿Cómo puedes hacer tales cochinadas?

Y dicho esto, teniéndome siempre de bruces y con los calzones bajados, se menea la verga, se agita, se echa sobre mi espalda y lanza su eyaculación sobre el paquete de caca, mientras hunde su lengua en mi boca.

- ¡Eh! ¡Qué! -dijo el duque-. ¿No tocó nada, no manoseó nada de lo que sabes?

-No, monseñor -contestó la Duclos-. Lo cuento todo y no oculto ningún detalle; pero tened un poco de paciencia y paulatinamente llegaremos a lo que os referís.

-Vamos a ver a un tipo muy divertido -me dijo una de mis compañeras-. Ese no tiene necesidad de compañía, se divierte solo.

Fuimos al agujero, enteradas de que en la habitación contigua, a donde tenía que dirigirse, había un orinal en el que se nos había ordenado que defecáramos durante cuatro días y que contenía por lo menos una docena de cagadas. Nuestro hombre llega; era un viejo arrendador de unos setenta años; se encierra, va derecho al orinal que sabe que contiene los perfumes cuyo goce ha pedido. Lo coge y, sentándose en un sillón, examina amorosamente durante una hora todas las riquezas de que se le ha hecho dueño; huele, toca, palpa, los saca uno tras otro para tener el placer de contemplarlos mejor. Finalmente, extasiado, saca de su bragueta un pellejo negro que sacude con todas sus fuerzas; con una mano menea y hunde la otra en el orinal, lleva a ese instrumento que se festeja un pasto susceptible de inflamar sus deseos; pero no se le empalma. Hay ocasiones en que hasta la naturaleza se muestra reacia ante los excesos que más nos deleitan. Por más que el hombre hizo, nada se levantó; pero a fuerza de sacudidas, hechas con la misma mano que acababa de ser hundida en los mismos excrementos, la eyaculación se produce, el hombre se envara, se tumba en la

cama, huele, respira, frota su verga y descarga sobre el montón de mierda que también acaba de deleitarlo.

Otro hombre cenó conmigo, y quiso que en la mesa hubiera doce platos llenos de los mismos manjares, mezclados con los de la comida. Los olió uno tras otro y me ordenó que, después de haber comido, le meneara la verga sobre el plato que le había parecido más apetecible.

Un joven relator del Consejo de Estado pagaba por las lavativas que hacía; cuando me tocó, me administró siete seguidas con sus propias manos. Después de haberme administrado una, me hacía subir a una escalera doble, él se colocaba debajo y yo devolvía sobre su verga, que no dejaba de menearse, todo el líquido con que acababa de regar mis entrañas.

Fácil es imaginar que aquella velada se dedicó toda a porquerías más o menos de la índole que acabamos de escuchar, y esto es más fácil de creer por cuanto este gusto era general en los cuatro amigos, y aunque Curval fue quien lo llevó más lejos, los otros tres no se quedaron cortos. Las ocho defecaciones de las muchachas fueron colocadas entre los platos de la cena, y en las orgías sin duda se fue todavía más allá en eso con los muchachos, y de este modo terminó el noveno día, cuyo fin se vio llegar con tanto más placer cuanto que creíase que al día siguiente escucharían sobre el tema que les gustaba otros tantos relatos mucho más detallados.

DECIMA JORNADA

(RECUERDA VELAR MEJOR AL PRINCIPIO LO QUE ACLARARAS AQUI)

Cuanto más avanzamos, mejor podemos iluminar a nuestro lector sobre ciertos hechos que nos hemos visto obligados a velar al principio. Ahora, por ejemplo, podemos decirle cuál era el objeto de las visitas de la mañana a los aposentos de los muchachitos, la causa que obligaba a castigarlos cuando en estas visitas se encontraba a algunos culpables, y cuáles eran las voluptuosidades que se disfrutaban en la capilla: les estaba estrictamente prohibido a las personas de uno y otro sexo que fueran a los retretes sin un permiso expreso, a fin de que esas necesidades así retenidas pudieran servir a las necesidades de los que lo deseasen. La visita servía para enterarse acerca de si alguien había faltado a esta orden; el amigo que estaba de turno examinaba con cuidado todos los orinales de la habitación, y si hallaba uno que estuviera lleno, el culpable quedaba inmediatamente inscrito en el libro de los castigos. Sin embargo, se concedía una facilidad a aquellos, o aquellas que ya no podían aguantarse: podían ir unos momentos, antes de comer, a la capilla, donde se había instalado un retrete rodeado de manera que nuestros libertinos pudieran gozar del placer que la satisfacción de esta necesidad podía proporcionarles, y el resto que había podido aguantar el paquete, lo perdía en el transcurso del día de la manera que más gustaba a los amigos, y siempre seguramente de un modo acerca del cual se escucharán los detalles, ya que dichos detalles se referirán a todas las maneras de entregarse a esta nueva clase de voluptuosidad.

Había todavía otro motivo que merecía castigo, y era éste: lo que se llama la ceremonia del bidet no agradaba precisamente a nuestros amigos; Curval, por ejemplo, no podía soportar que las personas que tenían tratos con él se lavasen; Durcet, compartía esta manía,

por lo cual ambos avisaban a la dueña de las personas con las cuales preveían que se divertirían al día siguiente, y a estas personas se les prohibía absolutamente que efectuaran abluciones o frotamientos de la índole que fuera, y los otros dos, que no abominaban de esto, aunque no les fuera esencial como a los dos primeros, se prestaban a la ejecución de este episodio, y si después del aviso de estar impuro, un sujeto decidía estar limpio, quedaba al instante inscrito en la lista de los castigos.

Tal fue el caso de Colombe y de Hébé esta mañana; ambas habían cagado la víspera en las orgías, y sabiendo que estarían de servicio a la hora del café del día siguiente, Curval, que contaba divertirse con las dos y que había avisado que las haría lanzar pedos, había recomendado que se dejaran las cosas en el estado en que se encontraban. Cuando las muchachas fueron a acostarse, no hicieron nada. Durante la visita, Durcet, avisado, quedó muy sorprendido al encontrarlas muy limpias; ellas se excusaron diciendo que se habían olvidado de ello, pero no por eso dejaron de ser inscritas en el libro de los castigos.

Aquella mañana no se concedió ningún permiso para ir a la capilla. (El lector recordará en adelante lo que queremos decir). Preveíase demasiado la necesidad que se tendría de aquello por la noche durante el relato para no reservarlo todo para entonces.

Aquel día se interrumpieron igualmente las lecciones de masturbación a los jóvenes; eran inútiles ya y todos sabían menearla como las más hábiles putas de París. Zéphyr y Adonis se distinguían sobre todo por su destreza y rapidez, y hay pocos pitos que no hubiesen eyaculado hasta la sangre meneados por sus manecitas, tan diestras como deliciosas.

No hubo nada de nuevo hasta la hora del café; estaba servido por Giton, Adonis, Colombe y Hébé; estos cuatro niños estaban atiborrados de cuantas drogas pueden provocar ventosidades, y Curval que se había propuesto hacer peer, recibió pedos en gran cantidad. El duque se hizo chupar la verga por Giton, cuya boquita apenas podía contener el enorme miembro que se le presentaba. Durcet cometió pequeños horrores de su gusto con Hébé, y el obispo jodió a Colombe entre los muslos. Dieron las seis, se pasó al salón, donde, todo dispuesto, la Duelos empezó a contar !o que va leerse:

> Acababa de llegar a casa de la Fournier una nueva compañera que, por el papel que va a representar en el detalle de la pasión que sigue, merece que la describa al menos a grandes trazos. Era una joven modista, pervertida por el seductor del que os he hablado cuando la Guérin y que trabajaba también para la Fournier. Tenía catorce años, los cabellos castaños, los ojos marrones y llenos de fuego, el rostro más voluptuoso que sea posible ver, la piel blanca como el lirio y suave como el satén, bastante bien formada, aunque un poco gorda, ligero inconveniente que tenía por resultado el culo más rozagante y lindo, el más rollizo y blanco que haya existido en París. El hombre que le mandaron, como pude ver a través del agujero, la estrenaría, ya que la chiquilla era virgen, y seguramente por todos los lados. Un bocado como aquel sólo se entrega a un gran amigo de la casa: en aquel caso se trataba del viejo abad de Fierville, tan conocido por sus riquezas como por sus orgías, gotoso hasta la punta de los dedos. Llega todo infatuado, se instala en la habitación, examina todos los utensilios que le serán necesarios, lo prepara todo y llega la pequeña; la llamaban Eugénie. Un poco asustada de la figura grotesca de su primer amante, ella baja los ojos y se ruboriza.
>
> -Acércate, acércate -le dice el libertino-, y muéstrame tus nalgas.
>
> -Señor... -dice la niña, aturrullada.

-Vamos, vamos -dice el viejo libertino-; no hay nada peor que estas pequeñas novicias; no conciben que uno desee ver un culo. ¡Vamos, arremángate, arremángate!

Y la pequeña, temiendo disgustar a la Fournier, a la cual había prometido ser muy complaciente, se arremanga a medias por detrás.

-Más arriba, más arriba -dice el viejo calavera-. ¿Crees que me voy a tomar ese trabajo yo mismo?

Finalmente el bello culo aparece entero. El abad lo contempla, ordena a la muchachita que se mantenga erguida, luego le dice que se incline, le hace cerrar las piernas, luego que las mantenga abiertas y, apoyándola contra la cama, frota un momento con rudeza todas sus partes delanteras, que ha descubierto, contra el hermoso culo de Eugénie, como para electrizarse, como si quisiera atraer hacia sí un poco del calor de aquella bella criatura. De esto pasa a los besos, se arrodilla para hacerlo más cómodamente y, teniendo con sus dos manos las lindas nalgas lo más abiertas posible, acaricia los tesoros con los labios y la lengua.

-No me han engañado --dijo-, tienes un hermoso culo. ¿Cuándo cagaste por última vez?

-Hace un rato -contestó la pequeña-. La señora, antes de mandarme subir, me hizo tomar esta precaución.

- ¡Ah! ¡Ah!... De manera que no tienes nada en el vientre... -dijo el libertino-. Bueno, vamos a comprobarlo.

Y, tomando la jeringa, la llenó de leche, y regresó junto a la chiquilla, apunta, la cánula e inyecta la lavativa. Eugénie, que había sido prevenida, se presta a todo, pero apenas el remedio se halla dentro de vientre el viejo va a acostarse en el canapé, de bruces, ordena a Eugénie que se ponga a horcajadas sobre él y le eche toda la cosa en la boca. La tímida criatura se coloca como se le ha ordenado, empuja, el libertino empieza a masturbarse, con su boca fuertemente adherida al agujero para no perder una sola gota del precioso licor que suelta. Lo traga todo con gran cuidado, y apenas ¡lega al último trago, pierde el semen que lo sume en el delirio. ¿Pero qué es ese mal humor, esa repugnancia que hace Presa en todos los libertinos después de la caída de sus ilusiones? El abad, rechazando a la pequeña después de haber terminado, se abrocha, afirma que ha sido engañado al prometerle que se le haría cagar a aquella niña, que seguramente no había cagado nada y que él ha tragado la mitad de sus excrementos. Hay que puntualizar que el abad solo quería la leche. Rezonga, blasfema, lanza pestes, dice que no pagará nada, que no regresará jamás, que no vale la pena ir allá para pequeñas mocosas como aquélla, y se va, no sin antes soltar otras invectivas que ya encontraré ocasión de citar en otra pasión en la que constituyen su esencia y que aquí sólo son accesorias.

- ¡Qué hombre más delicado pardiez! -dijo Curval-. ¡Enfadarse porque recibió un poco de mierda, cuando hay quienes se la comen!

- ¡Paciencia! ¡Paciencia, monseñor! -dijo la Duclos-. Permitidme que mi relato siga el orden que habéis exigido y veréis que llegamos a los singulares libertinos a que habéis aludido.

Dos días después me toco a mí. Como se me había avisado, me contuve durante treinta y seis horas. Mi héroe era un viejo capellán del rey, gotoso, como el precedente: una tenía que acercársele desnuda, pero con el coño y los pechos

cuidadosamente cubiertos. Esto me había sido recomendado de una manera especial, tras haberme dicho que si el hombre, desgraciadamente, descubría algo de estas partes del cuerpo, no lograría nunca que descargara. Me acerco, él examina atentamente mi culo, me pregunta cuál es mi edad, si es verdad que tengo muchas ganas de cagar, de qué clase es mi mierda, si es blanca, si es dura y mil otras preguntas que parecían animarlo, porque poco a poco, mientras hablaba, su verga se levanta y me la muestra. Este pito de unas cuatro pulgadas de largo por dos o tres de circunferencia, a pesar de su animación,, tenía una aire tan humilde y lastimoso, que casi se necesitaba un lupa para advertir que existía; sin embargo, a requerimiento del hombre, la cojo y, advirtiendo que mis sacudidas excitaban sus deseos, se puso en situación de consumar el sacrificio.

-¿Pero es de veras, pequeña, que tienes ganas de cagar? Porque no me gusta que me engañen; veamos, veamos si realmente hay mierda en tu culo.

Y dicho esto, me hunde el dedo del medio de su mano derecha hasta mis cimientos, mientras que con la izquierda sostenía la erección que yo había suscitado en su verga. Aquel dedo buzo no tuvo necesidad de ir muy lejos para convencerse de la necesidad real que yo le había asegurado que experimentaba; apenas hubo tocado, fue presa del éxtasis.

- ¡Oh, redios! -dijo-, no me ha engañado; la gallina va a poner y yo acabo de tocar el huevo.

El disoluto, encantado, me besa el trasero y, al ver que yo lo apremio, porque ya no puedo aguantar más, me hace subir a una especie de armatoste muy semejante al que tenéis aquí en la capilla, señores; una vez allí, con mi culo perfectamente expuesto ante sus ojos, podía yo cagar en un orinal colocado un poco debajo de mí, a dos o tres dedos de su nariz. Este armatoste había sido hecho para él, y lo usaba con frecuencia, porque venía casi cada día a casa de la Fournier, para ocuparse tanto con extrañas como con mujeres de la casa. Un sillón colocado debajo del círculo que sostenía mi culo, era el trono del personaje.

En cuanto me ve en esta postura, se sitúa en su lugar y me ordena que empiece. Viene el preludio de algunos pedos; los respira Finalmente aparece la mierda; se extasía y grita excitado:

- ¡Caga, pequeña, caga, angel mío! ¡Hazme ver la mierda que sale de tu hermoso culo!

Y ayudaba con sus dedos a que saliera, apretando el ano para facilitar la explosión; mientras tanto, se meneaba la verga, observaba, se embriagaba de voluptuosidad, y al transportarlo por fin el exceso de placer, sus gritos, sus suspiros, sus manoseos, todo me convencía de que llegaba el último episodio del placer, de lo cual me convenzo volviendo la cabeza y viendo su pito en miniatura descargar algunas gotas de esperma en el mismo orinal que acababa yo de llenar. Este se marchó sin mal humor, me aseguró incluso que me haría el honor de volver a verme, aunque yo estaba persuadida de lo contrario, pues sabía que nunca veía dos veces a la misma muchacha.

- Comprendo perfectamente eso -dijo el presidente, que besaba el culo de Aline, su compañera de canapé-. Es preciso estar como estamos, es preciso verse reducido a la escasez que nos abruma para hacer cagar más de una vez un mismo culo.

- Señor presidente -dijo el obispo-, tu voz entrecortada me demuestra que se te ha puesto

dura.

- ¡Ah! ¡Nada de eso! -dijo Curval-. Estoy besando la nalgas de tu hija, que ni siquiera ha tenido la amabilidad de soltar un simple pedo.

- Tengo más suerte que tú -contestó el obispo-, porque tu mujer, que acaba de dedicarme la más bella y copiosa cagada...

- ¡Silencio, señores, silencio! -dijo el duque, cuya voz parecía ahogada por algo que le cubría la cabeza-.

¡Silencio, pardiez! Estamos aquí para escuchar y no para obrar.

-Es decir, no haces nada -repuso el obispo-. ¿Y es para escuchar para lo que te has instalado debajo de tres o cuatro culos?

-Bueno, tiene razón. Prosigue, Duclos. Será más prudente para nosotros escuchar tonterías que hacerlas, hay que reservarse para luego.

Iba la Duclos a proseguir sus relatos, cuando se oyeron los rugidos acostumbrados y las blasfemias corrientes de las descargas del duque, el cual, rodeado de su cuadrilla, perdía lubricamente su semen, excitado por Augustine, y haciendo con Giton, Zéphyr y Sophie pequeñas cochinadas, muy semejantes a las que salían en los relatos.

- ¡Ah, santo Dios! -dijo Curval-. No puedo soportar esos malos ejemplos; no hay nada que haga descargar tanto como ver que alguien descarga, y he aquí a esa putita -dijo, dirigiéndose a Aline- que no podía hacer nada hace un rato y ahora hace todo lo que se quiere... No importa, me contendré... ¡Ah!, por más que cagues, puta, por más que cagues, no descargaré.

-Veo bien, señores -dijo la Duclos-, que después de haberos pervertido corre de mi cuenta volveros a la razón, y para lograrlo voy a reanudar mi relato, sin esperar vuestras órdenes.

- ¡Oh, no, no! -dijo el obispo-. Yo no soy tan reservado como el señor presidente; el semen me pica y tengo que soltarlo.

Y tras haber dicho esto, se le vio hacer delante de todo el mundo ciertas cosas que el orden que nos hemos prescrito no nos permite revelar todavía, pero cuya voluptuosidad hizo derramar pronto el esperma que bullía en sus cojones. Durcet, entregado completamente al culo de Thérèse, no oyó nada, y puede creerse que la naturaleza le negaba lo que concedía a los otros, porque no permaneció mudo generalmente cuando le concedía sus favores. La Duclos, al ver que reinaba la calma prosiguió el relato de sus lúbricas aventuras:

> Un mes después, vi a un hombre que casi era preciso violar para una operación muy semejante a la que acabo de contar. Cago en un plato y se lo coloco bajo la nariz, en el sillón donde se encontraba instalado leyendo un libro, como si no hubiese advertido mi presencia. Me insulta, me pregunta cómo soy tan insolente para hacer semejantes cosas delante de él, pero cuando huele la mierda la mira y la manosea, yo me excuso por haberme tomado tal libertad, él sigue diciéndome tonterías y acerca la mierda a su nariz, no sin decirme que ya volveríamos a vernos otra vez y que sabría cómo las gastaba.
>
> Un cuarto personaje sólo empleaba para semejantes fiestas a viejas de setenta años; lo vi actuar con una que tenía por lo menos ochenta. Estaba acostado en un canapé, la matrona, a horcajadas encima de él, le soltó el paquete sobre el vientre, mientras le meneaba una vieja y arrugada verga que casi no descargó nada.
>
> En casa de la señora Fournier había otro mueble bastante singular: era un especie de silla agujereada en la que un hombre podía instalarse de tal manera que su cuerpo

aparecía en otra habitación y su cabeza se encontraba en el lugar del orinal. Yo estaba a su lado, arrodillada entre sus piernas y chupándole entretanto la verga con gran afición. Esta singular operación consistía en que un hombre del pueblo, alquilado para eso, y sin saber a ciencia cierta qué hacía, entrase por el lado donde estaba el asiento de la silla, se sentase encima y soltase su paquete de mierda, el cual caía a bocajarro sobre la cara del paciente que yo trataba; pero era necesario que aquel hombre fuese precisamente de baja condición y crapuloso; era preciso, además, que fuese viejo y feo, sin lo cual no era aceptado por el cliente, quien lo veía antes de la operación. No vi nada, pero lo oí todo: el instante del choque fue el de la eyaculación de mi hombre, su semen se disparó hacia mi gaznate a medida que la mierda le cubría el rostro, y lo vi salir de la habitación en un estado que me confirmó que lo habían servido bien. El azar, una vez terminada la representación, me hizo topar con el gentilhombre que acababa de actuar; era un bueno y honrado auvernés un peón albañil que estaba encantado de haberse ganado un escudo con una ceremonia que le había aliviado el vientre y le resultaba más dulce y agradable que cargar la gaveta. Era espantosamente feo y' debía tener más de cuarenta años.

-Reniego de Dios -dijo Durcet-. Eso es.

Y, tras haber dicho esto, pasó a su gabinete con el más viejo de los jodedores, Thérése y la Desgranges. Unos minutos después se le oyó rebuznar, y al regresar, no quiso comunicar a la compañía los excesos a los que se había entregado.

Se sirvió una cena que por lo menos fue tan libertina como de costumbre. Como los amigos, habían tenido la idea, después de aquella cena, de ir cada uno por su lado, en vez de divertirse juntos unos momentos, como tenían por costumbre hacer, el duque ocupó el tocador del fondo con Hercule, la Martaine, su hija Julie, Zelmire, Hébé, Zelamire, Cupidon y Marie.

Curval se apoderó del salón de los relatos con Constance, que se estremecía cada vez que tenía que encontrarse con él, y a la que estaba lejos de tranquilizar, con Fanchon, la Desgranges, Brise-cul, Augustine, Fanny, Narcisse y Zéphyr.

El obispo pasó al salón de reuniones con la Duelos, quien aquella noche fue infiel al duque para vengarse de la infidelidad que cometía él llevándose a la Martaine, con Aline, Bande-au-ciel, Thérèse, Sophie, la encantadora muchachita Colombe, Céladon y Adonis.

Durcet se quedó en el comedor, tras quitar las mesas, donde se extendieron alfombras y colocaron cojines. Se encerró allí, digo, con Adélaïde, su querida esposa, Antinoüs, Louison, Champville, Michette, Rosette, Hyacinthe y Giton.

Un recrudecimiento de lubricidad, más que otra causa, había sin duda dictado aquel arreglo, porque las cabezas se calentaron tanto durante aquella velada, que por unanimidad nadie se acostó, y resulta difícil imaginar cuántas suciedades e infamias hubo en cada habitación.

Al amanecer quisieron regresar a la mesa, aunque se había bebido mucho durante la noche, fueron al comedor en tropel, mezclados, y las cocineras que fueron despertadas prepararon huevos revueltos, chincara, sopa de cebolla y tortillas. Volvieron a beber, pero Constance era presa de una tristeza que nada podía calmar. El odio de Curval contra ella crecía al mismo tiempo que su vientre, como había podido comprobar durante las orgías de aquella noche, pero aunque él no la había golpeado, porque se había convenido que la dejarían engordar en paz, la había colmado de malos tratos; ella quiso quejarse de esto a Durcet y al duque, su padre y su marido, pero éstos la mandaron al diablo y le dijeron que

debía tener algún defecto desconocido para ellos que disgustaba al más virtuoso y honrado de los humanos; eso fue, todo lo que ella obtuvo. Tras esto, fueron a acostarse.

UNDECIMA JORNADA

Se levantaron muy tarde y, suprimiendo aquel día todas las ceremonias usuales, se sentaron a la mesa al levantarse de la cama. El café, servido por Giton, Hyacinthe, Augustine y Fanny, fue bastante tranquilo, aunque Durcet se empecinó en que Augustine lanzara pedos y el duque trató de meter su verga en la boca de Fanny. Pero como del deseo a su realización, para aquellos personajes, no había más que un paso, fueron satisfechos; felizmente Augustine iba preparada y pudo lanzar una docena de pedos en la boca del pequeño financiero que casi tuvieron la virtud de ponérsela dura. En cuanto a Curval y al obispo, se limitaron a manosear las nalgas de los dos muchachitos, y se pasó al salón de los relatos.

-Mira, -me dijo un día la pequeña Eugénie, que empezaba a familiarizarse con nosotras, y a quien seis meses de burdel habían hecho más linda-, mira, Duclos -me dijo, levantándose las faldas-, cómo quiere la Fournier que tenga el culo todo este día.

Y diciendo esto me hizo ver una capa de mierda de una pulgada de espesor que cubría el bonito agujerito de su culo.

-¿Y qué quiere que hagas con eso? -le pregunté.

-Es para un viejo caballero que vendrá esta noche –contestó ella- y desea ver mierda en mi culo.

-Bueno -contesté-, quedará contento, porque es imposible tener más.

Y la muchacha me dijo que, después de haber cagado, la Fournier se había encargado de esparcirle la mierda. Llena de curiosidad por ver aquella escena, cuando llamaron a la linda criatura corrí al agujero. Era un monje, pero de los de categoría; pertenecía a la orden de Císter, gordo, alto, vigoroso y frisaba en los sesenta años. Acaricia a la niña, la besa en la boca, y tras haberle preguntado si iba muy limpia, le levanta las faldas para verificar un estado constante de limpieza que Eugénie le había asegurado, aunque ella sabía muy bien que era todo lo contrario, pero le habían dicho que hablara así.

- ¡Cómo, pequeña bribona! -le dijo el monje, viendo cómo estaba la cosa-. ¿Cómo te atreves a decirme que vas limpia con un culo como ése lleno de mierda? Hace más de quince días por lo menos que no te has limpiado el culo; eso me apena de veras; pero como lo quiero ver limpio, será necesario que me ocupe yo mismo del asunto.

Y dicho esto, apoya a la muchacha contra la cama y, arrodillándose, le abre las dos nalgas con las manos. Al principio parecía que sólo deseaba observar la situación, se muestra sorprendido, poco a poco se acerca, con la lengua arranca pedazos, sus sentidos se inflaman, su verga se levanta, la nariz, la lengua, la boca, todo parece trabajar a la vez, su éxtasis parece tan delicioso que apenas puede hablar y el semen sube por fin; coge su verga, la menea y, descargando, termina de limpiar tan completamente aquel ano, que nadie hubiera dicho que hubiese estado tan sucio poco antes.

Pero el libertino no se quedó allí y aquella voluptuosa manía no era para él más

que el prólogo; se levanta, besa otra vez a la chiquilla, le muestra un gordo y feo culo y le ordena que lo sacuda y socratice, operación que tiene por consecuencia ponérsela dura de nuevo, entonces se apodera del culo de mi compañera, lo colma con nuevos besos, y como lo que hizo luego no es de mi incumbencia ni encaja en estos relatos preliminares, estaréis de acuerdo en que deje a la señora Martaine que os hable de los extravíos de un miserable que ella conoció demasiado bien, y Para evitar las preguntas que me podríais hacer, señores, a las cuales no me sería permitido contestar, de acuerdo con vuestras leyes, paso a otro detalle.

- ¡Sólo una cosa, Duclos! -dijo el duque-; hablaré con palabras disimuladas para que tus respuestas no infrinjan nuestras leyes. ¿El monje la tenía gorda y era la primera vez que Eugénie...?

-Sí, monseñor, era la primera vez, y el monje la tenía casi tan gorda como vos.

- ¡Ah, joder! -dijo Durcet-. ¡Qué hermosa escena! ¡Cómo me hubiera gustado verla!

Quizás hubierais tenido la misma curiosidad -dijo la Duelos, prosiguiendo su relato- por el personaje que pasó por mis manos algunos días después. Provista de un orinal que contenía ocho o diez cagadas de diversas procedencias (le hubiera molestado mucho saber quiénes eran sus autores), era preciso que mis manos le Trotasen todo el cuerpo con esa aromática pomada. Nada fue respetado, ni siquiera la cara, y cuando llegué a la verga que se estaba meneando al mismo tiempo, el infame cerdo, que se contemplaba complacido ante un espejo, me dejó en las manos las pruebas de su triste virilidad.

Y he aquí, señores, que finalmente se rendirá homenaje en el verdadero templo. Se me había avisado que estuviese lista, estuve aguantándome durante dos días. Esta vez se trataba de un comendador de la orden de Malta que, para esta operación, se ocupaba todos los días con una muchacha diferente; la escena se desarrollaba en su casa.

- ¡Qué hermosas nalgas! -me dijo, besando mi trasero-. Pero, niña, -prosiguió- tener un bello culo no lo es todo, además es preciso que ese bello culo cague. ¿Tienes ganas?

- ¡Tantas que casi me muero, señor! -le contesté.

- ¡Oh, pardiez, es delicioso! -dijo el comendador-. Esto es servir bien a la clientela ¿Pero no desearías cagar, pequeña, en el orinal que te voy a traer?

-A fe mía, señor -le contesté-, tengo tantas ganas que cagaría en cualquier parte, hasta en su boca...

- ¡Ah, en mi boca! ¡Eres una chiquilla deliciosa! Bueno, mi boca será el único orinal que os ofreceré.

- ¡Oh! Bien, dádmela, señor, dádmela de prisa -respondí-, porque ya no aguanto más.

Se instala, me pongo a horcajadas sobre él, le meneo la verga, él sostiene mis caderas con las manos y recibe, trozo a trozo, lo que voy depositando en su pico. Mientras tanto, se extasía, mi puño apenas bastaba para hacer surgir los chorros de semen que pierde; sigo meneándosela, termino de cagar, nuestro hombre se encuentra en el séptimo cielo y dejo satisfecho de mí a quien por lo menos tiene la amabilidad de hacer decir a la Fournier que le mande otra muchacha al día siguiente.

El que sigue, con más o menos los mismos episodios, añadía el de conservar la

caca en la boca más rato. La convertía en líquido, se enjuagaba con ello la boca y luego la escupía.

Un quinto personaje tenía un capricho más extraño aún, si es posible, quería cuatro cagadas sin una sola gota de orina en el orinal. Se le encerraba solo en la habitación donde se encontraba su tesoro, nunca tomaba a ninguna mujer con él, y era preciso tener buen cuidado de que todo estuviera bien cerrado, para que no pudiera ser visto desde ninguna parte, entonces operaba, pero me resulta imposible deciros, señores, qué hacía, porque nunca nadie lo vio; todo lo que se sabe es que cuando se regresaba a la habitación después de haber él salido, se encontraba el orinal muy vacío y muy limpio; pero lo que hacía de las cuatro cagadas, creo que ni el mismo diablo hubiera podido contestar. Podía arrojarlas a otro sitio pero tal vez hacía con ellas otra cosa.

Lo que puede hacer pensar que no hacía con la mierda ninguna otra cosa que podríais sospechar, es que dejaba a la Fournier el cuidado de proporcionarle las cuatro cagadas sin jamás informarse de dónde venían y sin hacer nunca sobre ellas la menor recomendación. Un día, para ver si lo que íbamos a decirle lo alarmaría, alarma que hubiera podido darnos alguna pista sobre la suerte de las cagadas, le dijimos que los mojones de excremento que se le habían dado aquel día procedían de personas enfermas y atacadas de viruela. Se echó a reír con nosotras, sin enfadarse, lo que es verosímil sin embargo que hubiese hecho si hubiese empleado los mojones en otra cosa distinta a la de tirarlos. Cuando algunas veces queríamos llevar más lejos nuestras preguntas nos hacía callar, y nunca supimos más.

Es todo lo que tengo que deciros por esta noche -dijo la Duelos-, y espero que mañana podré entrar en un nuevo orden de cosas, por lo menos en lo que respecta a mi existencia; pues en lo que atañe a ese gusto encantador que idolatráis, os podré entretener, señores, todavía durante dos o tres días, por lo menos.

Las opiniones se dividieron acerca de la suerte de los mojones de excrementos del hombre de quien se había hablado, y mientras argumentaban, hicieron hacer algunos; y el duque, que deseaba que todo el mundo viera cómo le gustaba la Duelos, hizo ver a toda la reunión la manera libertina en que se divertía con ella y la facilidad, destreza y prontitud acompañada de las frases más ingeniosas con que lo satisfacía ella.

La cena y las orgías fueron bastantes tranquilas, y como no hubo ningún acontecimiento notable hasta la velada que siguió, empezaremos la historia de la duodécima jornada por los relatos con que la Duelos lo distrajo.

DUODECIMA JORNADA

El nuevo estado en el que voy a entrar -dijo la Duelos- me obliga, señores, a referirme a mi persona; uno se imagina mejor los placeres que se describen cuando la persona que los facilita es conocida. Yo acababa de cumplir veintiún años. Era morena, pero mi tez, a pesar de esto, era de una agradable blancura. La abundante cabellera que cubría mi cabeza descendía en ondulantes bucles naturales hasta la

parte inferior de mis muslos. Tenía los ojos que podéis ver y siempre se han juzgado lindos. Tenía un talle, lleno, pero grácil y esbelto. Por lo que se refiere a mi trasero, esta parte tan interesante para los libertinos de hoy, todo el mundo lo consideraba superior a todo lo que puede verse de más sublime al respecto, y pocas mujeres en París lo tenían tan bien formado; era lleno, redondo, blando y rollizo, sin que su gordura disminuyese en nada su elegancia, el más leve movimiento ponía al descubierto en seguida esta pequeña rosa que estimáis tanto, señores, y que yo pienso como vosotros, es el atractivo más delicioso de una mujer. Aunque hacía mucho tiempo que me entregaba al libertinaje, era imposible ser más lozana, tanto a causa del buen temperamento que me había dado la naturaleza como por mi extrema cordura sobre los placeres que podían echar a perder mi lozanía o perjudicar a mi temperamento. Los hombres me gustaban poco y sólo había tenido un afecto; únicamente mi cabeza era libertina, pero lo era extraordinariamente, y después de haberos descrito mis atractivos justo es que os entretenga un poco con mis vicios. He amada a las mujeres, señores, no lo oculto. Pero no en el grado en que las amaba mi querida compañera, la señora Champville, quien os dirá, sin duda, que se ha arruinado por ellas, pero yo siempre las he preferido a los hombres en mis placeres, y lo que ellas me proporcionaban tuvo siempre sobre mis sentidos un poder más fuerte que las voluptuosidades masculinas. Aparte de eso, he tenido el defecto de que me gusta robar: es inaudito hasta qué punto he llevado esta manía. Completamente convencida de que todos los bienes deben ser iguales en la tierra y que sólo la fuerza y la violencia se oponen a esa igualdad, primera ley de la naturaleza, he tratado de corregir la suerte y de restablecer el equilibrio lo mejor que me ha sido posible. Y sin esta maldita manía tal vez me encontraría aún con el bienhechor mortal del cual os hablaré.

-¿Y has robado mucho en tu vida? -le preguntó Durcet.

-De un modo asombroso, monseñor; si no hubiese gastado siempre lo que robaba, hoy sería una mujer muy rica.

-¿Pero robabas con agravantes? -preguntó Durcet-. ¿Con rotura de puerta, abuso de confianza, engaño manifiesto?

-Hubo de todo -contestó la Duclos-; no creía tener que detenerme en tales detalles, a fin de no interrumpir el orden de mi relato, pero como advierto que esto puede divertiros, no me olvidaré de estos pormenores en lo sucesivo.

A este defecto se me ha reprochado siempre añadir otro, el tener mal corazón. ¿Pero es mía la culpa? ¿No se debe a la naturaleza que tengamos nuestros vicios así como nuestras perfecciones? ¿Y puedo acaso reblandecer este corazón mío que ella ha hecho insensible? No recuerdo haber llorado nunca por mis males y menos aún por los de los otros, amé a mi hermana, y su pérdida no me causó la menor pena, habéis sido testigos de la tranquilidad con la que me he enterado de su desaparición. A Dios gracias vería hundirse el universo sin derramar una sola lágrima.

-Así hay que ser -dijo el duque-. La compasión es la virtud de los tontos, y si se analiza bien, se advierte que sólo ella es la causa de que mengüen nuestras voluptuosidades. Pero con este defecto debes haber cometido crímenes, porque la insensibilidad conduce a ellos directamente.

-Monseñor -contestó la Duclos-, las reglas que habéis prescrito para nuestros relatos me privan de enteraros acerca de muchas cosas; habéis dejado ese cuidado a mis compañeras.

Sólo puedo deciros lo siguiente: cuando ellas se describan como unas criminales, tened la seguridad de que yo nunca he sido mejor que ellas.

-He aquí, lo que se llama hacerse justicia -dijo el duque-. Vamos, prosigue; es preciso contentarse con lo que nos digas, puesto que te hemos limitado nosotros mismos, pero recuerda que a solas conmigo no te perdonaré estas leves faltas de conducta.

-No os ocultaré nada, monseñor. Y ojalá podáis, después de haberme escuchado, no arrepentiros de haber concedido un poco de benevolencia a un sujeto tan malo. Y prosigo:

A pesar de todos estos defectos, y más que nada el de desconocer completamente el sentimiento humillante del agradecimiento, que yo sólo aceptaba como un peso injurioso sobre la humanidad, y que degrada completamente al orgullo que hemos recibido de la naturaleza, con todos estos defectos, digo, mis compañeras me querían y era la más buscada por los hombres.

Esta era mi situación cuando un arrendador general llamado d'Aucourt llegó para una juerga a la casa de la Fournier; como era uno de sus clientes, aunque más bien para muchachas de fuera que para las de nuestro burdel, se tenían grandes miramientos con él, y la señora, que deseaba que lo conociéramos, me avisó con dos días de anticipación para que le guardara lo que sabéis y que le gustaba más que a ninguno de los otros hombres que había yo conocido, podréis juzgarlo por lo que viene: d'Aucourt llega y, tras haberme contemplado, regaña a la Fournier por no haberle proporcionado antes una criatura tan linda. Le doy las gracias por su gentileza, y subimos. D'Aucourt era un hombre de unos cincuenta años, alto y gordo, pero con un rostro agradable, con ingenio, y, cosa que me agradaba mucho en él, de una dulzura y buen carácter que me encantaron desde el primer momento.

-Debes tener el culo más hermoso del mundo -me dijo d'Aucourt, atrayéndome hacia él y metiéndome la mano por debajo de las faldas que al punto dirigió al trasero-. Soy un buen conocedor y las muchachas de tu tipo tienen casi siempre un hermoso culo. ¡Y bien! ¡no lo decía yo! -prosiguió diciendo, después de haberme palpado unos momentos-. ¡Qué fresco y redondo!

Y, haciéndome dar vuelta rápidamente y levantándome las faldas hasta las caderas, se puso a examinar el altar al que se dirigían sus deseos.

- ¡Pardiez! -exclamó-. Es verdaderamente uno de los más bellos culos que he visto en mi vida, y he visto muchos... ¡Abre! Veamos esta fresa... déjame chuparla... devorarla.., es realmente un culo muy hermoso... Bueno, dime, pequeña... ¿no te han avisado...?

-Sí, Señor.

-¿Te han dicho que quiero que cagues?

-Sí, señor.

-¿Pero... tu salud? -prosiguió el financiero.

- ¡Oh! es excelente, señor.

-Es que yo voy un poco lejos -continuó el arrendador general-y si no estuvieras muy sana, me arriesgaría.

-Señor -le contesté-, puede hacer absolutamente todo lo quiera, le respondo de mí como de un niño recién nacido; puede usted obrar con toda tranquilidad.

Después de este preámbulo, d'Aucourt hizo que me inclinara hacia él, siempre con las nalgas separadas, y pegando su boca a la mía, chupó mi saliva durante un cuarto de hora; descansaba para lanzar algún "¡joder!" y volvía a su amoroso chupar.

-Escupe, escupe dentro de mi boca -me decía de vez en cuando-. Llénamela bien de saliva.

Y entonces sentí su lengua que giraba en torno a mis encías, que se hundía tanto como podía y parecía atraer todo lo que encontraba en mi boca.

- ¡Vamos! -dijo-. Se me ha puesto dura, manos a la obra. Entonces volvió a dedicarse a mis nalgas, tras ordenarme que animara su pito. Puse al descubierto un pequeño y gordo instrumento de cinco pulgadas de largo por tres de grueso, muy duro y enfurecido.

-Quítate las faldas -me dijo d'Aucourt-, yo me quitaré los calzones, es necesario que tanto tus nalgas como las mías estén -descubiertas para la ceremonia que vamos a realizar.

Luego, tras verse obedecido, dijo:

-Levanta la camisa bajo el corsé y muestra bien el trasero... Acuéstate de bruces en la cama.

Entonces él se sentó en una silla y se puso de nuevo a acariciar mis nalgas, cuya contemplación, al parecer, lo extasiaba; en una ocasión las apartó y sentí que su lengua penetraba profundamente, para verificar, dijo, de una manera incontestable si era verdad que la gallina tenía ganas de poner; utilizo sus mismas palabras. Sin embargo, yo no lo tocaba, él mismo agitaba ligeramente su pequeño y seco miembro que yo acababa de poner al descubierto.

-Vamos, pequeña -dijo-, manos a la obra; la mierda está a punto, la he sentido, no olvides que tienes que cagar poco a poco y esperar siempre que haya devorado un pedazo antes de producir otros; mi operación es larga, pero no la apresures. Un golpecito sobre las nalgas te avisará de que tienes que empujar, pero siempre lentamente.

Tras haberse instalado lo más cómodamente posible cerca del objeto de su culto, pega la boca al ojete y yo le largo un pedazo de mierda del tamaño de un pequeño huevo. El lo chupa, lo revuelve una y mil veces dentro de su boca, lo masca, lo saborea y al cabo de dos o tres minutos veo claramente que lo traga; empujo de nuevo, se efectúa la misma ceremonia, y como mis ganas eran prodigiosas, diez veces seguidas su boca se llena y se vacía, sin que en ningún momento parezca hartarse.

-Se terminó, señor -le digo, finalmente-; ahora empujaría inútilmente.

-Sí, pequeña dijo-. ¿Has terminado? Entonces es preciso que yo descargue, sí, que descargue sacudiendo tu hermoso culo... ¡Oh! ¡rediós! ¡Qué placer me das! Nunca había comido mierda más deliciosa, se lo aseguraría al mundo entero ¡Dame, dame, angel mío, dame este hermoso culo, para que lo chupe, para que lo devore una vez más!

Y hundiendo un palmo de lengua y masturbándose él mismo, el libertino esparce su semen sobre mis piernas, no sin que un tropel de palabras groseras y de juramentos necesarios, al parecer, completaran su éxtasis.

Cuando hubo terminado, se sentó, hizo que me colocase cerca de él y, comtemplándome con interés, me preguntó si no estaba cansada de la vida del burdel y si no me gustaría encontrar a alguien que desease apartarme de aquella casa; viéndolo cazado, me hice la difícil, y para ahorraros pormenores que os aburrirían, sólo diré que, al cabo de una hora de discusión, me dejé persuadir y decidióse que a partir del día siguiente me trasladaría a vivir a su casa, con una paga de veinte luises mensuales y la manutención; que, como era viudo, yo podría ocupar sin

inconvenientes un entresuelo de su palacio; que allí tendría una sirvienta y la compañía de tres amigos suyos y de sus queridas, con los cuales él se reunía para cenas libertinas cuatro veces por semana, ora en casa de uno, ora en casa de otro; que mi única ocupación consistiría en comer mucho, y siempre lo que él ordenara que me fuese servido, porque al hacer lo que hacía era esencial que me hiciese alimentar a su manera, que comiera bien, digo, que durmiera bien para que mis digestiones fuesen regulares, que debería purgarme todos los meses y cagar dos veces diarias en su boca; que hacerlo dos veces no debía asustarme, porque llenándome de comida, como haría, seguramente tendría ganas de hacerlo tal vez tres veces en lugar de dos. El financiero, como prenda de lo convenido, me regaló un hermoso diamante, me besó, me dijo que me pusiera de acuerdo con la Fournier y que estuviera lista al día siguiente por la mañana, en que vendría a buscarme él mismo. Mis despedidas pronto estuvieron hechas; mi corazón no experimentaba ninguna pena, porque ignoraba el arte de querer, pero mis placeres echarían de menos a Eugénie, con la cual mantenía desde hacía seis meses relaciones muy íntimas. Finalmente partí. D'Aucourt me recibió maravillosamente y me instaló él mismo en el lindo aposento donde debería vivir, y pronto me encontré perfectamente establecida. Estaba condenada a hacer cuatro comidas, de las cuales se suprimían muchas cosas que me apetecían, tales como pescado, ostras, embutidos, huevos y toda clase de productos de la leche; pero la falta de todo esto quedaba tan bien compensada que en verdad no podía quejarme. La base de mi alimentación consistía en una gran variedad de carne de ave y de caza preparada de muchas maneras, poca carne de vacuno, ningún tipo de grasa, muy poco pan y fruta. Era necesario comer de todo esto por la mañana y por la tarde, sin pan, que en los últimos tiempos me fue completamente suprimido, como también tuve que prescindir de la sopa. El resultado de tal dieta, como lo había previsto d'Aucourt, eran dos defecaciones diarias, muy blandas y, según él, de un sabor muy exquisito, lo que no se hubiera logrado con una comida ordinaria; debía ser verdad, esto, porque el hombre era un entendido en este asunto. Nuestras operaciones se efectuaban a la hora de levantarse y de acostarse. Los detalles eran poco más o menos los que he descrito: empezaba siempre por chupar durante largo tiempo mi boca, que era necesario ofrecerle en su estado natural y sin lavarla nunca; sólo podía enjuagármela después. Por otra parte, el hombre no eyaculaba cada vez; nuestro arreglo no exigía ninguna fidelidad por parte de él. D'Aucourt, me tenía en su casa como un plato fuerte, como la tajada de buey, pero no por esto dejaba de salir a divertirse cada mañana en otra parte.

Dos días después de mi llegada, vinieron a cenar sus compañeros de juerga, y como cada uno de los tres tenía, dentro de la manía que analizamos, una característica especial, seguramente aprobaréis, señores, que me dedique un poco a contar las fantasías a las que se entregaban.

Los invitados llegaron. El primero era un viejo consejero del Parlamento, hombre de unos sesenta años, llamado d'Erville; tenía por amante a una mujer de cuarenta, muy hermosa, cuyo único defecto era cierta gordura; se llamaba la señora de Cange. El segundo era un militar retirado de cuarenta y cinco años que se llamaba Desprès, su amante era una linda criatura de veintiséis años, rubia, con el más hermoso cuerpo que pueda verse; se llamaba Marianne. El tercero era un viejo abad de sesenta años llamado Du Coudrais, y cuya amante era un lindo doncel de dieciséis años, bello como el día, y que hacía pasar por sobrino suyo.

Se cenaba en el entresuelo, del cual yo ocupaba una parte; la cena fue tan alegre como exquisita, y observé que la señorita y el doncel estaban sometidos más o menos a la misma dieta que yo. Los caracteres se manifestaron libremente durante la cena; era imposible ser más libertino de lo que era d'Erville, sus ojos, sus frases, sus gestos, todo anunciaba el desenfreno, todo delataba al libertinaje; Desprès parecía un hombre tranquilo, pero la lujuria era también el eje de su vida; en cuanto al abad, era el más completo ateo que se pueda ver: las blasfemias volaban de sus labios en cada palabra; respecto a las señoritas, imitaban a sus amantes, eran charlatanas y no obstante de un trato agradable; el doncel me pareció tan tonto como guapo era; y la Cange, que parecía estar un poco prendada de él, por más que le lanzaba de vez en cuando tiernas miradas, no obtenía ningún resultado.

Toda la compostura se desvaneció a la hora de los postres, en los que las palabras se volvieron tan sucias como las acciones: d'Erville felicitó a d'Aucourt por su nueva adquisición y le preguntó si yo tenía un culo hermoso y si cagaba bien.

- ¡Pardiez -le contestó mi financiero-, podrás comprobarlo cuando se te antoje! ¡Ya sabes que entre nosotros los bienes son comunes y que nos prestamos de buena gana tanto nuestras queridas como nuestras bolsas.

-¡Ah, pardiez! -contestó d'Erville-. ¡Acepto!

Y cogiéndome al momento de la mano me propuso que pasara a un gabinete. Como yo dudaba, la Cange me dijo, descaradamente:

-¡Vaya, vaya, señorita, nada de remilgos! Durante su ausencia, yo me cuidaré de su amante.

Y como d'Aucourt, a quien yo consulté con la mirada, me dirigió un gesto de aprobación, seguí al viejo consejero. El es, señores, el que nos va a ofrecer los dos o tres siguientes episodios de la inclinación de que tratamos y que deben componer la mayor parte de mi relato de esta noche.

En cuanto estuve encerrada con d'Erville, que estaba muy excitado por los vapores de Baco, me besó en la boca con gran entusiasmo y me lanzó tres o cuatro hipos de vino de Ai que casi me hicieron vomitar lo que, por otra parte, parecía tener ganas de ver salir. Me arremangó, examinó mi trasero con toda la lubricidad de un libertino consumado y luego me dijo que ya no le sorprendía la elección de d'Aucourt, porque yo tenía uno de los más bellos culos de París. Me rogó que debutara con algunos pedos, y cuando hubo recibido media docena, volvió a besarme en la boca, mientras me manoseaba y me abría con fuerza las nalgas.

-¿Tienes ganas? -me preguntó.

-Muchas -contesté.

- ¡Y! Muy bien, hermosa niña -me dijo-, caga en este plato.

A este efecto había traído, uno de porcelana blanca, que sostuvo mientras yo empujaba y él examinaba con atención cómo salía la cagada de mi culo, espectáculo delicioso que lo embriagaba, decía, de placer. Cuando hube terminado, recogió el plato, respiró con delicia el delicioso manjar que contenía, tocó, besó, olfateó el mojón y luego, diciendo que no aguantaba más y que la lubricidad lo embriagaba- ante la contemplación de un pedazo de mierda más delicioso que ninguno de los que había visto nunca en su vida, me rogó que le chupara la verga. Aunque esta operación no tenía nada de agradable, el temor de enojar a d'Aucourt me hizo aceptar. Se instaló en un sillón, con el plato colocado sobre una mesa cercana contra la cual apoyó medio cuerpo, con la nariz cerca de la mierda,.alargó sus piernas, yo me

instalé en un asiento bajo, cerca de él, y habiendo sacado de su bragueta, una imitación de verga blandengue en vez de un miembro real, a pesar de mi repugnancia, me puse a chupetear aquella bella reliquia, esperando que por lo menos adquiriría un poco de consistencia dentro de mi boca. Pero me equivocaba: en cuanto me apoderé de ella, el libertino empezó su operación: devoró más bien que comió el lindo y pequeño huevo que acababa de poner para él; fue cuestión de tres minutos, durante los cuales sus movimientos, sus contorsiones me anunciaron una voluptuosidad de las más ardientes y expresivas. Pero por más que hizo, nada se levantó y el feo y pequeño instrumento, después de haber llorado de despecho en mi boca, se retiró más avergonzado que nunca y dejó a su dueño en ese abatimiento, en ese abandono, en ese agotamiento que es la funesta consecuencia de las grandes voluptuosidades.

Regresamos.

- ¡Ah, me cago en Dios! -dijo el consejero-. Nunca había visto cagar así.

Sólo estaba¡. allí, cuando regresamos, el abad y su sobrino, y como se encontraban en plena función, puedo daros detalles. Por más que entre los amigos se cambiaran las queridas, Coudrais, satisfecho, no tomaba jamás otra pareja y no cedía jamás la suya; le habría sido imposible, me dijo, divertirse con una mujer; ésta era la única diferencia que había entre d'Aucourt y él. También la utilizaba para la ceremonia y cuando nos presentamos el doncel estaba apoyado en la cama, ofreciendo el culo a su querido tío, el cual, de rodillas, recibía amorosamente en su boca lo que le daban y tragaba la materia a medida que salía, y todo esto mientras se masturbaba una verguita que colgaba entre sus muslos. El abad descargó a pesar de nuestra presencia y jurando que aquel niño cagaba todos los días y cada vez mejor.

Marianne y d'Aucourt, que se divertían juntos, reaparecieron pronto, seguidos por Desprès y la Cange, que, según dijeron, no habían hecho más que retozar, mientras esperaban.

-Porque -dijo Desprès- ella y yo somos viejos amigos, y en cambio, tú, hermosa reina, que te veo por primera vez, me inspiras un ardiente deseo de divertirme contigo.

-Pero, señor -le contesté-, el señor consejero lo ha tomado todo; nada tengo para ofrecer ahora.

- ¡Eh! Bueno -me contestó, riendo-, no te pido nada; yo lo Proporcionaré todo; sólo necesito tus dedos.

Curiosa por saber qué significaba ese enigma, lo sigo, y, en cuanto nos hemos encerrado me pide que le deje besar mi culo sólo por un momento. Se lo ofrezco, y después de dos o tres chupadas al agujero, se desabrocha los pantalones y me pide que le devuelva lo que acaba de prestarme. La actitud que había adoptado me inspiraba algunas sospechas; estaba a horcajadas en una silla, apoyado en el respaldo y teniendo bajo él una vasija preparada para recibir. Con lo cual, al verlo dispuesto a hacer por su parte la misma operación, le pregunté qué necesidad había de que yo le besase el trasero.

-La mayor, corazón -me contestó-, pues mi culo, que es el más caprichoso de todos los culos, no caga nunca más que cuando es besado.

Obedecí, pero sin arriesgarme, y él, al darse cuenta de ello, me dijo imperiosamente:

-Más cerca, pardiez, más cerca, niña. ¿Acaso te da miedo un poco de mierda?

Al fin, por condescendencia, llevé mis labios hasta las cercanías del agujero; pero, en cuanto los sintió, se dispara, y la irrupción fue tan violenta que una de mis mejillas quedó completamente manchada. No hubo necesidad más que de un solo chorro para llenar la vasija; en mi vida había visto yo tal cagada: llenaba hasta el borde de una profunda ensaladera. Nuestro hombre se apodera de ella, se tiende al borde de la cama, me presenta su culo todo mierdoso, me ordena que se lo masturbe con fuerza mientras él va a devolver a sus entrañas lo que acaba de sacar de ellas. Por sucio que estuviese aquel trasero, tuve que obedecer. "Sin duda su amante lo hace -me dije-; no debo ser más remilgada que ella." Hundí tres dedos en el cenagoso orificio que se me presentaba; nuestro hombre se siente en las nubes, se sumerge en sus propios excrementos, chapotea en ellos, se alimenta de ellos, una de sus manos sostiene la vasija, la otra sacude una verga que se muestra majestuosamente entre sus muslos; yo multiplico mis cuidados, que tienen éxito, me doy cuenta, cuando aprieto su ano, que los músculos erectores están a punto de lanzar el semen, no me conturbo, la ensaladera se vacía y mi hombre descarga.

De regreso al salón, encontré de nuevo a mi inconstante d'Aucourt con la bella Marianne; el bribón se había tirado a las dos. Sólo le quedaba el paje, con el que creo que asimismo se hubiera muy bien arreglado si el celoso abad hubiese consentido en cedérselo. Cuando todos estuvimos reunidos se habló de desnudarnos y de hacer algunas extravagancias unos delante de los otros. Me complació el proyecto, porque me facilitaría la ocasión de ver el cuerpo de Marianne, que tenía muchas ganas de examinar; era delicioso, firme, blanco, esbelto, y su trasero, que manoseé dos o tres veces bromeando, me pareció una verdadera obra maestra.

-¿De qué le sirve una muchacha tan bonita- le dije a Desprès- para el placer que según parece usted prefiere?

- ¡Ah! -me contestó-. Tú no conoces todos nuestros misterios.

No me fue posible enterarme de más y, aunque viví más de un año con ellos, ni el uno ni el otro quisieron aclararme nada; he ignorado siempre el resto de sus entendimientos secretos, los cuales, de la clase que fuesen, no impiden que el gusto que el amante de Marianne satisfizo conmigo sea de ningún modo una pasión completa y digna bajo todos los aspectos de tener lugar en esta recopilación. Por otra parte, el resto pasaría de ser episódico y ciertamente ha sido o será contado en nuestras veladas.

Después de algunos libertinajes bastante indecentes, algunos pedos, algunos pequeños restos más de mierda, muchas habladurías y grandes blasfemias por parte del abad que al decirlas parecía hallar una de sus más perfectas voluptuosidades, nos vestimos y, cada uno por su lado fuimos a acostarnos. A la mañana siguiente aparecí como de ordinario al despertar de d'Aucourt, sin que nos reprochásemos ninguna de nuestras pequeñas infidelidades de la víspera. Me dijo que, después de mí, no conocía ninguna mujer que cagase mejor que Marianne; le hice algunas preguntas sobre lo que hacía aquélla con un amante que se bastaba tanto a sí mismo, pero me replicó que eso era un secreto que ni el uno ni el otro habían querido revelar nunca. Y reanudamos, mi amante y yo, nuestra vida habitual.

No estaba tan encerrada en casa de d'Aucourt que no me fuese permitido salir alguna vez; confiaba completamente, decía él, en mi honradez, debía comprender el peligro a que le expondría si perturbaba mi salud, y me dejaba dueña de todo. Por lo

tanto, le guardé fe y homenaje respecto a esa salud por la que tenía egoístamente tanto interés, pero en cuanto al resto me permití hacer casi todo lo que me proporcionase dinero. En consecuencia, insistentemente solicitada por la Fournier para que fuese a realizar trabajos en su casa, me entregué a todos aquellos en los que me aseguraba un provecho honrado. Ya no era una pupila suya, era una señorita mantenida por un arrendador general que para complacerla, se dignaba ir a pasar una hora en su casa... Juzgad cómo debía pagarse esto. Fue en el curso de esas infidelidades pasajeras donde encontré al nuevo partidario de la mierda del que voy a hablaros.

-Un momento -dijo el obispo-. No quise interrumpirte hasta que hicieras una pausa, pero, ya que ahora la has hecho, ruego que nos aclares dos o tres puntos esenciales de esta última juerga: cuando celebrasteis las orgías después de los encuentros por parejas, el abad, que hasta entonces sólo había acariciado a su bardaje, ¿fue infiel a éste y os manoseó? ¿Y los otros, fueron infieles a su mujer para acariciar al jovenzuelo?

-Monseñor -dijo la Duclos-, el abad no abandonó a su muchachito; apenas si nos dirigió alguna mirada, aunque estuviésemos desnudas a su lado. Pero se divirtió con los culos de d'Aucourt, de Després y de d'Erville; los besó, los palpó, d'Aucourt y d'Erville le cagaron en la boca, y se tragó más de la mitad de esas defecaciones. Pero en cuanto a las mujeres, no las tocó. No fue igual el caso de los otros tres amigos con respecto al bardaje al que besaron, le lamieron el agujero del culo, y Desprès se encerró con él para no sé qué operación.

-Bien -dijo el obispo-, ya ves que no lo habías dicho y esto que no nos contaste representa una pasión más, puesto que ofrece la imagen de la afición de un hombre que hacía que otros hombres, aunque de bastantes años, le cagasen en la boca.

-Esto es cierto, monseñor -dijo la Duelos-, me hacéis darme cuenta de mi error, pero no lo siento porque por medio de esto he llegado al fin de mi velada, que ya se alargaba demasiado. Cierta campana que vamos a oír me hubiera convencido de que no tenía tiempo de terminar con la historia que iba a empezar, la cual, con vuestra venia, dejaremos para mañana.

Efectivamente, sonó la campana y, como nadie había descargado durante la velada y todas las vergas estaban, sin embargo, levantadas, fueron a cenar prometiéndose firmemente resarcirse en las orgías. Pero el duque no pudo esperar tanto, y tras ordenar a Sophie que viniese a presentarle las nalgas, hizo cagar a la bella y se tragó la mierda como postre. Durcet, el obispo y Curval, todos igualmente ocupados, exigieron la misma operación, uno a Hyacinthe, el segundo a Céladon y el tercero a Adonis. Como este último no pudo satisfacer fue inscrito en el libro fatal de los castigos y Curval, blasfemando como un condenado, se vengó con el culo de Thérese, que le soltó inmediatamente la cagada más completa que fuese posible ver. Las orgías fueron libertinas y Durcert, renunciando a las cagadas de la juventud, dijo que para aquella noche sólo quería las de sus tres viejos amigos. Lo contentaron, y el pequeño libertino eyaculó como un semental mientras devoraba la mierda de Curval. La noche vino a poner un poco de calma a tanta intemperancia y a devolver a nuestros libertinos los deseos y las fuerzas.

DECIMOTERCERA JORNADA

El presidente, que aquella noche se había acostado con su hija Adélaïde, después de haberse divertido con ella hasta el momento de su primer sueño la relegó a un colchón

colocado en el suelo cerca de su cama para que dejase el lugar a la Fanchon, a la que siempre quería tener cerca cuando la lujuria lo despertaba, lo que sucedía casi todas las noches; hacia las tres de la madrugada se despertaba sobresaltado, juraba y blasfemaba como un condenado. Entonces era presa de una especie de furor lúbrico que a veces resultaba peligroso. Por esto le gustaba tener entonces a su lado a aquella vieja Fanchon, quien poseía al máximo el arte de calmarlo, fuese ofreciéndose ella misma, fuese presentándole en seguida alguno de los objetos que dormían en su habitación.

Aquella noche el presidente recordó al instante algunas infamias cometidas con su hija al dormirse y para reanudarlas la reclamó inmediatamente pero ella no estaba allí. Júzguese la confusión y el ruido que suscita en seguida un acontecimiento semejante. Curval se levanta furioso, pide a su hija, se encienden velas, se busca, se registra, la muchacha no aparece. El primer impulse, fue pasar al aposento de las mujeres. Visitan todas las camas y la interesante Adélaïde es encontrada por fin en bata, sentada junto a la cama de Sophie.

Estas dos muchachas tan encantadoras a las que les unía un carácter de ternura igual, una piedad, unos sentimientos virtuosos, de candor y de amenidad absolutamente idénticos, habían concebido la una por la otra la más bella ternura y se consolaban mutuamente de la suerte horrenda que las atribulaba. No se había sospechado de eso hasta entonces, pero las averiguaciones hicieron descubrir que no era aquella la primera vez que sucedía y se supo que la mayor le inspiraba a la otra los mejores sentimientos y sobre todo la alentaba a no alejarse de la religión y de sus deberes hacia un Dios que algún día las consolaría de todos sus males.

Dejo que el lector juzgue el furor y los arrebatos de Curval cuando descubrió allí a la hermosa misionera; la agarró por los cabellos, llenándola de injurias, la arrastró hacia su habitación, donde la amarró a la columna de la cama y la dejó allí hasta la mañana para que reflexionase sobre su locura. Todos los amigos acudieron a presenciar la escena; es fácil imaginarse cuán aprisa hizo inscribir Curval a las dos delincuentes en el libro de los castigos. El duque era partidario de una corrección inmediata, y la que proponía no era precisamente dulce; pero como el obispo le hizo alguna objeción muy razonable respecto a lo que quería hacer, Durcet se contentó con inscribirlas. No había manera de emprenderlas contra las viejas, puesto que los señores aquella noche las habían hecho ir a acostarse todas a su habitación. Esto puso de manifiesto pues, ese defecto de la administración y se dispuso que en lo sucesivo se quedara siempre al menos una vieja en el aposento de las mujeres y una en el de los muchachos. Volvieron a acostarse y Curval, a quien la cólera sólo le había puesto más cruelmente impúdico, hizo a su hija cosas que todavía no podemos decir pero que, al precipitar su descarga, por lo menos le hicieron dormirse tranquilo.

Al día siguiente todas las putillas estaban tan asustadas que no se halló a ninguna delincuente y entre los muchachos solamente al pequeño Narcisse, a quien Curval había prohibido, desde la víspera, que se limpiase el culo, pues quería encontrarlo mierdoso a la hora del café, que el niño debía servir aquel día, y que desgraciadamente olvidó la orden y se limpió el ano con mucho cuidado. Por más que dijo que su falta era reparable, puesto que tenía ganas de cagar, le contestaron que se las guardase y que no por esto dejaría de ser inscrito en el libro fatal; acto que el temible Durcet efectuó al instante bajo sus ojos, haciéndole sentir toda la enormidad de su falta, que sería quizás suficiente para impedir la descarga del señor Presidente.

Constance, a la que ya no molestaban respecto a eso a causa de su estado, la Desgranges y Brise-cul fueron los únicos que obtuvieron permiso para la capilla y todo el resto recibió la

orden de reservarse para la noche.

El suceso de la noche fue tema de conversación durante la comida: se burlaron del presidente por dejar escapar de tal manera los pájaros de su jaula; el champaña le devolvió la alegría y pasaron al café. Narcisse, Céladon, Zelmire y Sophie lo sirvieron; esta última estaba muy avergonzada; le preguntaron cuántas veces había sucedido aquello y respondió que era nada más la segunda, y que la señora Durcet le daba tan buenos consejos que en verdad era muy injusto castigar a ambas por eso. El presidente le aseguró que lo que ella llamaba buenos consejos eran muy malos en su situación y que la devoción que le metía en la cabeza sólo serviría para que se la castigase todos los días; que allí donde se encontraba no debía tener otros dueños ni otros dioses que sus tres compañeros y él, ni otra religión que la de servirlos y obedecerlos ciegamente en todo. Y, mientras la sermoneaba, la hizo hincarse de rodillas entre sus piernas y le ordenó que le chupase el pito, lo que la pobre pequeña infeliz ejecutó temblando. El duque, siempre partidario de joder entre los muslos, a falta de algo mejor enfilaba a Zelmire de esta manera, mientras hacía que ella cagase en su mano y devorando a medida que recibía, y todo esto en tanto que Durcet hacía que Celadon eyaculase en su boca y que el obispo hacía cagar a Narcisse. Se entregaron a algunos minutos de siesta y, después, acomodados en el salón de historia, la Duelos reanudó su relato así:

> El galán octogenario que la Fournier me destinaba era, señores, un contador, bajito, regordete y con una cara muy desagradable. Colocó una vasija entre los dos, nos situamos espalda contra espalda, cagamos ambos a la vez, él se apoderó de la vasija, con sus dedos mezcló las dos defecaciones y se las tragó, mientras yo le hacía eyacular en mi boca. Apenas si miró mi trasero. No lo besó, pero su éxtasis no fue menos intenso; pataleó, blasfemó mientras tragaba y eyaculaba, y se retiró después de darme cuatro luises por aquella extraña ceremonia.
>
> Sin embargo, mi financiero cada día depositaba en mí más confianza y más amistad, y esa confianza, de la que no tardé en abusar pronto fue la causa de nuestra eterna separación... Un día en que me había dejado sola en su gabinete observé que, para salir, llenaba su bolsa en un cajón grande y enteramente colmado de oro. " ¡Oh, qué captura!", dije para mis adentros. Y, concebida la idea de apoderarme de aquella suma desde aquel instante, observé con la mayor atención todo lo que podría facilitar que me la apropiara: d'Aucourt no cerraba aquel cajón, pero se llevaba la llave del gabinete y, al ver que aquella puerta y aquella cerradura eran muy ligeras, imaginé que necesitaría poco esfuerzo para hacerlas saltar con facilidad. Adoptado el proyecto, sólo me ocupé de aprovechar apresuradamente la primera vez que d'Aucourt se ausentase por todo el día, como solía hacer dos veces por semana, los días de la bacanal particular a la que iba con Desprès y el abad para cosas que la señora Desgranges acaso les dirá, pero que no son de mi incumbencia. Aquel instante favorable se presentó pronto; los criados, tan libertinos como su amo, nunca dejaban de irse a sus juergas aquel día, de manera que me encontré casi sola en la casa. Llena de impaciencia por ejecutar mi proyecto, me acerco inmediatamente a la puerta del gabinete, la abro de un puñetazo, corro al cajón, encuentro en él la llave: como sabía. Saco todo lo que contiene; no era menos de tres mil luises. Me lleno los bolsillos, registro los otros cajones; encuentro un estuche muy valioso, me apodero de él. Pero ¡qué encontré en los otros cajones de aquel famoso escritorio!... ¡Feliz d'Aucourt! Qué suerte para ti que tu imprudencia sólo fuese descubierta por mí; había allí lo suficiente para hacerle condenar a la rueda, señores, es todo lo

que puedo deciros. Independientemente de los billetes claros y explícitos que Desprès y el abad le dirigían hablando de sus bacanales secretas, estaban todos los enseres que podían servir para aquellas infamias... Pero me detengo, los límites que me habéis prescrito me impiden revelaros más, y la Desgranges os explicará todo eso. En cuanto a mí, realizado el robo, me largué estremeciéndome interiormente por todos los peligros a que quizás estuve expuesta frecuentando a semejantes malvados. Me fui a Londres y, puesto que mi estancia en aquella ciudad donde viví seis meses a todo tren no os ofrecería, señores, ninguno de los detalles que os interesan, me permitiréis que pase ligeramente sobre esta parte de los acontecimientos de mi vida. En París sólo había conservado el contacto con la Fournier y, al informarme ésta de todo el jaleo que armaba el financiero en torno a aquel desdichado robo, resolví por fin hacerlo callar, escribiéndole secamente que la que había encontrado el dinero también había encontrado otra cosa y que si se decidía a continuar sus persecuciones yo consentía en ello, pero que ante el mismo juez al que declararía lo que había en los cajones pequeños lo citaría para que declarase lo que contenían los grandes. Nuestro hombre se calló y como unos seis meses después estalló el escándalo de los desenfrenos de los tres, que a su vez huyeron al extranjero, no teniendo ya nada que temer volví a París y, si debo confesaros mi insensatez, señores, volví tan pobre como me había ido, de tal manera que me vi obligada a entrar de nuevo en casa de la Fournier. Puesto que sólo tenía veintitrés años, no me faltaron las aventuras; voy a dejar de lado aquéllas que no son de vuestra esfera y proseguir, con vuestra venia, señores, únicamente con aquellas que sé tienen para vosotros algún interés ahora.

Ocho días después de mi regreso fue colocado en el aposento destinado a los placeres un tonel completamente lleno de mierda. Mi adonis llega; es un santo eclesiástico, pero tan hastiado de los placeres que ya no era susceptible de conmoverse más que con el exceso que voy a describiros. Entra; yo estaba desnuda. Contempla un momento mis nalgas, luego, después de haberlas tocado con bastante brutalidad, me dice que lo desnude y lo ayude a meterse en el tonel. Lo dejo desnudo, lo sostengo, el viejo puerco se mete en su elemento y al cabo de un momento, por un agujero preparado, hace salir su verga casi en erección y me ordena que lo masturbe a pesar de las horribles inmundicias de que está cubierto. Obedezco, él sumerje la cabeza en el tonel, chapotea, traga, aúlla, eyacula y va a echarse dentro de una bañera donde lo dejo en las manos de dos sirvientas de la casa que estuvieron limpiándolo durante un cuarto de hora.

Poco después apareció otro. Ocho días antes yo había cagado y meado en un bacín cuidadosamente conservado; esta condición era necesaria para que los excrementos estuvieran en el punto que deseaba nuestro libertino. Era un hombre de unos treinta y cinco años del que sospeché que estaba metido en las finanzas. Al entrar me pregunta dónde está el bacín; se lo presento, él lo respira:

-¿Es cierto que hace ocho días que está hecho? -me pregunta.

-Puedo responderle de ello, señor -le dije-; ya ve que está ya casi mohoso.

- ¡Oh! Es lo que necesito -me dice-; nunca tendrá demasiado moho para mí. Enséñame, por favor, el hermoso culo -que ha cagado esto.

Se lo presento.

-Vamos -dice-, colócalo bien enfrente, de manera que lo tenga como perspectiva mientras devoro su obra.

Nos colocamos, él saborea, se extasía, vuelve a su operación y devora en un minuto aquel manjar delicioso sin interrumpirse más que para contemplar mis nalgas, pero sin ninguna otra clase de episodio, pues ni siquiera se sacó la verga de la bragueta.

Un mes más tarde, el libertino que se presentó no quiso tratos más que con la propia Fournier. ¡Y qué objeto elegía, gran Dios! Tenía entonces sesenta y ocho años cumplidos; una erisipela le comía toda la piel y los ocho dientes podridos que le decoraban la boca le comunicaban un olor tan fétido que resultaba imposible hablarle de cerca; pero esos defectos precisamente eran lo que encantaban al amante con quien tenía que habérselas. Curiosa por semejante escena, corrí al agujero: el adonis era un médico viejo, aunque más joven que ella. En cuanto la tiene con él, la besa en la boca durante un cuarto de hora, luego le hace presentar su viejo nalguero arrugado que parecía la ubre de una vaca vieja, lo besa y lo chupa con avidez. Traen una jeringa y tres medias botellas de licores; el émulo de Esculapio mete por medio de la jeringa la anodina bebida en las entrañas de su Iris; ella la recibe, la guarda, mientras el médico no deja de besarla y lamerla por todas las partes de su cuerpo.

- ¡Ah, amigo mío! -dice por fin la vieja mamá-. No puedo más, no puedo más, prepárate, amigo mío, tengo que devolvértelo.

El escolar de Salerno se arrodilla, saca de su pantalón un trapo negro y arrugado que sacude con énfasis, la Fournier le pega su asqueroso gran trasero sobre la boca, empuja, el médico bebe, algún pedazo de excremento se mezcla sin duda con el líquido, todo es tragado, el libertino descarga y cae de espaldas, borracho perdido. Era así como aquel desenfrenado satisfacía a la vez dos pasiones: su borrachera y su lujuria.

-Un momento -dijo Durcet-. Esa clase de excesos siempre me la levantan. Desgranges -añadió-, supongo que tienes un culo muy parecido al que la Duelos acaba de pintar; ven a aplicármelo sobre la cara.

La vieja alcahueta obedeció.

- ¡Suelta, suelta! -le dijo Durcet, cuya voz parecía ahogada bajo aquel duplicado de espantosas nalgas-.

¡Suelta, maldita, si no es líquido será sólido y me lo tragaré de todas maneras!

Y la operación termina mientras el obispo hace lo propio con Antinoüs, Curval con Fanchon y el duque con Louison. Pero nuestros cuatro atletas, curtidos por todos sus excesos, se entregaron a éstos con su flema acostumbrada, y las cuatro cagadas fueron tragadas sin que se vertiese por ninguna parte ni una sola gota de semen.

-Vamos, termina ahora, Duelos -dijo el duque-; si no estamos más tranquilos, por lo menos estamos menos impacientes y nos hallamos en condiciones de oírte.

- ¡Ay, señores! -dijo nuestra heroína-. Lo que me queda por contaros esta noche creo que es excesivamente simple para el estado en que os veo. ¡No importa! Le toca el turno a esta historia y debe conservar el lugar que le corresponde:

El héroe de la aventura era un viejo brigadier de los ejércitos del rey; había que desnudarlo del todo, después fajarlo como a un niño y, estando así, yo debía cagar en un plato ante él y hacerle comer mis excrementos con la punta de los dedos, como si fuese una papilla. Todo se ejecuta, nuestro libertino lo come todo y descarga en sus pañales mientras imita los lloros de un niñito.

-Recurramos a los niños, pues -dijo el duque-, ya que nos dejas con una historia de niños; Fanny -continuó el duque-, ven a cagarte en mi boca y acuérdate de chuparme la verga entretanto, pues todavía tengo que descargar.

-Hágase tal como se requiere -dijo el obispo-. Acércate, Rosette; ya oíste lo que le han ordenado a Fanny; haz lo mismo.

--Que la misma orden te sirva -dijo Durcet a Hébé, quien se acercó también.

-Hay que seguir la moda, pues -dijo Curval-. ¡Augustine! Imita a tus compañeras y haz, hija mía, haz que se viertan a la vez mi semen en tu gaznate y tu mierda en mi boca.

Todo se ejecutó y todo, por esa vez, resultó; se oyeron por todas partes pedos mierdosos y eyaculaciones y, satisfecha la lujuria, fueron a contentar el apetito. Pero en las orgías se quiso ser refinado y se mandó a la cama a todos los niños. Aquellas horas deliciosas sólo fueron empleadas con los cuatro jodedores escogidos, las cuatro sirvientas y las cuatro narradoras. Se emborracharon completamente y cometieron horrores de una asquerosidad tan total que no podría describirlos sin perjudicar los cuadros menos libertinos que todavía me quedan por ofrecer a los lectores. Curval y Durcet fueron llevados sin conocimiento, pero el duque y el obispo, tan serenos como si no hubiesen hecho nada, no dejaron de ir a entregarse por el resto de la noche a sus voluptuosidades ordinarias.

DECIMOCUARTA JORNADA

Aquel día se dieron cuenta de que el tiempo venía a favorecer todavía más los infames proyectos de nuestros libertinos y a sustraerlos, mejor aún que su misma precaución, a los ojos del universo entero; había caído una espantosa cantidad de nieve que, al llenar el, valle que los rodeaba, parecía impedir que hasta los animales se acercaran al retiro de los cuatro criminales, pues en cuanto a los seres humanos no podía existir ni uno solo que se atreviese a llegar hasta ellos. Es inimaginable cómo sirven a la voluptuosidad tales seguridades y lo que se emprende cuando uno puede decir: "Estoy solo aquí, estoy en el confín del mundo, sustraído a todas las miradas y sin que pueda resultar posible para ninguna criatura llegar hasta mí; ya no hay frenos, ya no hay barreras." Desde aquel momento los deseos se disparan con un ímpetu que ya no conoce límites y la impunidad que los favorece acrecienta deliciosamente toda su embriaguez. No hay ahí más que Dios y la conciencia; ahora bien, ¿qué fuerza puede tener el primer freno a los ojos de un ateo de corazón y de pensamiento, y qué poder puede tener la conciencia sobre aquel que se ha acostumbrado tan bien a vencer sus remordimientos que éstos se convierten para él casi en goces? Infeliz rebaño entregado a los dientes asesinos de tales bribones, cuánto te hubieras estremecido si la experiencia que te faltaba te hubiese permitido el empleo de estas reflexiones.

Aquel día era el de la fiesta de la segunda semana; sólo se ocuparon en celebrarla. El matrimonio que debía realizarse era el de Narcisse y Hébé, pero lo cruel era que los dos esposos debían ser castigados aquella misma noche; así, del seno de los placeres del himeneo había que pasar a las amarguras de la escuela, ¡qué pena! El pequeño Narcisse, que era inteligente, lo observó, pero no por esto se dejó de proceder a las ceremonias de costumbre. El obispo ofició, se unió a los dos esposos y se les permitió que se hicieran, ante todo el mundo, lo que quisieran; pero, quién lo creería,, la orden era ya demasiado amplia y el hombrecito, que se instruía muy bien, encantado con las formas de su mujercita, al no poder lograr metérsela iba a desvirgarla con los dedos si lo hubiesen dejado. Los amigos se

opusieron a ello a tiempo y el duque, apoderándose de ella, la jodió entre los muslos inmediatamente, mientras el obispo hacía otro tanto con el esposo.

Comieron, los novios fueron admitidos en el festín y, como los hicieron comer prodigiosamente, ambos al levantarse de la mesa satisficieron cagando el uno a Durcet y el otro a Durval, los cuales devoraron con delicia aquellas pequeñas digestiones infantiles.

El café fue servido por Augustine, Fanny, Céladon y Zéphyr. El duque ordenó a Augustine que masturbase a Zéphyr y a éste que le cagase en la boca al mismo tiempo que descargaba; la operación salió de maravilla, tanto que el obispo quiso que Céladon hiciera lo mismo: Fanny lo masturbó y el hombrecito recibió la orden de cagar en la boca de monseñor al mismo tiempo que sintiese fluir su semen. Pero por este lado no se logró un éxito tan brillante como por el otro; el niño no pudo de ninguna manera cagar al mismo tiempo que eyaculaba y, puesto que aquello no era más que una prueba y los reglamentos no ordenaban nada sobre ello, no se infligió ningún castigo.

Durcet hizo cagar a Augustine, y el obispo, que tenía una firme erección, se hizo chupar por Fanny mientras ésta le cagaba en la boca; descargó y luego como su crisis había sido violenta, trató brutalmente a Fanny y, desgraciadamente no logró hacerla castigar aunque parecía tener muchas ganas de ello. No había nadie tan inclinado a hacer rabiar como el obispo; en cuanto había eyaculado, habría mandado de buena gana al diablo el objeto de su goce; esto era sabido, y las muchachas, las esposas y los muchachos nada temían tanto como hacerle perder el semen.

Después de la siesta, se pasó al salón donde, una vez acomodados todos, la Duelos reanudó así su narración:

> A veces yo acudía a citas en la ciudad y, como generalmente éstas eran más lucrativas, la Fournier trataba de procurarse el mayor número de ellas que fuese posible.
>
> Me mandó un día a casa de un viejo caballero de Malta, quien abrió ante mí una especie de armario todo lleno de compartimentos en cada uno de los cuales había un bacín de porcelana que contenía una cagada; aquel viejo disoluto estaba liado con una de sus hermanas, abadesa de uno de los conventos más notables de París; esa buena muchacha, a requerimiento suyo, le mandaba todas las mañanas cajas llenas de cagadas de sus más bonitas pensionistas. El ordenaba todo aquello y cuando yo llegué me mandó que tomara el número que indicó y que era el más viejo. Se lo presenté.
>
> - ¡Ah! -dijo-. Es el de una muchacha de dieciséis años bella como el día. Mastúrbame mientras lo como.
>
> Toda la ceremonia consistía en sacudirlo y presentarle las nalgas mientras él devoraba, después poner en la misma vasija mí cagada en lugar de la que acababa de tragarse. Me contemplaba mientras lo hacía, me limpiaba el culo con la lengua y eyaculaba mientras me chupaba el ano. Luego se cerraban los cajones, yo recibía mi paga y nuestro hombre, a quien yo hacía la visita a primeras horas de la mañana, volvía a dormirse como si no hubiese pasado nada.
>
> Otro, a mi entender más extraordinario: era un viejo fraile. Entra, pide ocho o diez cagadas de los primeros llegados, muchachas o muchachos, le daba igual. Las mezcla, las amasa, muerde en medio y eyacula en tanto que devora por lo menos la mitad de aquello, mientras yo se la chupo.
>
> El tercero, es el que sin duda me ha producido más repugnancia en mi vida; me

ordenó abrir bien la boca. Yo estaba desnuda, acostada en el suelo sobre un colchón, y él a horcajadas sobre mí; me echa su mojón en el gaznate y el cochino lo come en mi boca mientras me riega las tetas con su semen.

- ¡Ah! ¡Ah! Es divertido, ése -dijo Curval-; pardiez, precisamente tengo ganas de cagar, tengo que ensayarlo. ¿A quién tomaré, señor duque?

-¿A quién? -replicó Blangis-. A fe mía, te recomiendo a Julie, mi hija; la tienes aquí, a mano, te gusta su boca, sírvete de ella.

-Gracias por el consejo -dijo Julie, ceñuda-. ¿Qué te he hecho, para que digas esas cosas contra mí?

- ¡Eh! Ya que esto la enoja -dijo el duque- y que es una hija bastante buena, toma a Sophie; es lozana, es bonita, sólo tiene catorce años.

-Sea, vamos, decidido por Sophie -dijo Curval, cu-o yo pito turbulento empezaba a enderezarse.

Fanchon acerca a la víctima, el corazón de esta pobre pequeña infeliz se subleva ya de antemano. Curval se ríe de ella, acerca su gran trasero asqueroso y sucio a la encantadora carita, y nos da la idea de un sapo que va a marchitar una rosa. Lo masturban, la bomba sale, Sophie no pierde ni una migaja y el crápula se acerca a sorber lo que ha dado y se lo traga todo en cuatro bocados mientras se la menean sobre el vientre de la pobre infortunada, la cual, lista la operación, vomita hasta las tripas en las narices de Durcet, que acudió a recibirlo con solemnidad y se masturbó mientras el vómito lo cubría.

-Vamos, Duelos, prosigue -dijo Curval- y regocíjate del efecto de tus discursos; ya ves cuán eficaces son.

Entonces la Duelos, encantada en el fondo de su alma de tener tanto éxito con sus relatos, continuó en estos términos:

El hombre a quien vi después de aquel cuyo ejemplo acaba de seduciros -dijo la Duelos- exigía absolutamente que la mujer que le era presentada tuviese una indigestión; en consecuencia, la Fournier, que no me había advertido nada, durante la comida me hizo tomar cierta droga que aflojó mi digestión y la hizo fluida como si mi evacuación fuese consecuencia de una medicina.

Nuestro hombre llegó y, después de algunos besos preliminares al objeto de su culto, cuyo retraso yo no podía aguantar a causa de los cólicos que empezaban a atormentarme, me dejó libre de obrar; los efectos salieron, yo tenía agarrada su verga, se extasió, lo tragó todo, me pidió más; le proporcioné una segunda andanada, seguida pronto de una tercera, y la anchoa libertina dejó por fin en mis dedos pruebas inequívocas de la sensación que había gozado.

Al día siguiente despaché a otro personaje cuya manía estrafalaria encontrará quizás partidarios entre vosotros, señores. Lo introdujeron primero en una estancia contigua a aquella donde acostumbrábamos a actuar y en la que estaba ese agujero tan cómodo para las observaciones. El se arregla solo. Otro actor me esperaba en la habitación de al lado: era un cochero de fiacre que habían atrapado al azar y que estaba advertido de todo; como yo también lo estaba, representamos bien nuestros personajes. Se trataba de hacer cagar al faetón enfrente mismo del orificio de la pared, a fin de que el libertino escondido no perdiese nada de la operación. Yo recibí la cagada en una vasija, ayudé a que fuese depuesta entera, separé las nalgas, oprimí el ano, no olvidé nada de lo que pudiera hacerle cagar cómodamente; en cuanto mi

hombre hubo terminado, le agarré la verga y lo hice eyacular sobre su mierda, y todo dentro de la perspectiva de nuestro observador; por fin, listo el plato, vuelo a la otra estancia.

- ¡Tome, señor, coma pronto -exclamé-, está caliente!

No se lo hizo repetir; cogió el plato, me ofreció su pito, que yo masturbé, y el rufián se tragó todo lo que le presenté, mientras su semen salía bajo los movimientos elásticos de mi mano diligente.

-¿,Y qué edad tenía el cochero? -preguntó Curval.

-Unos treinta años -contestó la Duelos.

- ¡Oh! ¡Sólo esto! -replicó Curva!-. Durcet te dirá, cuando quieras, que nosotros conocimos a un hombre que hacía lo mismo y exactamente en las mismas circunstancias, pero con un hombre de sesenta a setenta

años que había que sacar de entre la peor crápula de las heces del pueblo.

-Pero sólo es bonito así -dijo Durcet, cuyo pequeño pito empezaba a levantar la nariz después de la aspersión de Sophie-; apuesto cuando se quiera, a que lo hago con el veterano de los inválidos.

-Estás empalmado, Durcet -dijo el duque-, te conozco: cuando empiezas a ponerte sucio, es que tu sementito hierve. ¡Toma! Yo no soy el veterano de los inválidos, pero para satisfacer tu intemperancia te ofrezco lo que tengo en las entrañas, y creo que será copioso.

- ¡Oh, redios! -dijo Durcet-. Esto es una suerte, mi querido duque.

El duque actor se acerca, Durcet se arrodilla bajo las nalgas que van a colmarlo de gozo; el duque empuja, el financiero traga y, transportado por aquel exceso de crápula, descarga jurando que jamás experimentó tanto placer.

-Duelos -dijo el duque-, ven a devolverme lo que he dado a Durcet.

-Monseñor -respondió nuestra narradora-, ya sabéis que lo hice esta mañana y que incluso lo tragasteis.

-¡Ah, es verdad, es verdad! -dijo el duque-. Bueno, Martaine, debo recurrir a ti, pues, porque no quiero un culo de niño; siento que mi semen quiere salir y, no obstante, no lo hará más que con cierto esfuerzo, por lo cual quiero algo singular.

Pero Martaine se hallaba en el mismo caso que la Duelos, pues Curval la había hecho cagar por la mañana.

-¡Cómo, recristo! -exclamó el duque-. ¿No encontraré una cagada, esta noche?

Y entonces Thérése avanzó y fue a ofrecerle el culo más sucio, más ancho y más apestoso que fuese posible ver.

- ¡Ah! Pásame esto -dijo el duque, acomodándose-, ¡y si en el desorden en que me hallo este culo infame no produce efecto, ya no sé a qué tendré que recurrir!

Thérèse empuja, el duque recibe; el incienso era tan horrendo como el templo del que se exhalaba, pero cuando se tiene una erección como la del duque nunca se queja uno del exceso de porquería. Embriagado de voluptuosidad, el rufián lo traga todo y hace saltar a las narices de la Duclos, que lo masturba, las pruebas más indiscutibles de su vigor masculino.

Sentáronse a la mesa, las orgías fueron consagradas a las penitencias; aquella semana había siete delincuentes: Zelmire, Colombe, Hébé, Adonis, Adélaïde, Sophie y Narcisse; la tierna Adélaïde no fue tratada con dulzura. Zelmire y Sophie se llevaron también las marcas del trato que sufrieron y, sin dar más detalles, porque las circunstancias no nos lo permiten aún, todos fueron a acostarse y a recuperar en brazos de Morfeo las fuerzas necesarias par volver a ofrecer sacrificios a Venus.

DECIMOQUINTA JORNADA

El día siguiente al de las correcciones rara vez ofrecía algún culpable. No hubo ninguno aquel día, pero, estrictos siempre en cuanto a los permisos de cagar por la mañana, sólo se concedió este favor a Hercule, Michette, Sophie y la Desgranges, y Curval creyó descargar viendo cómo obraba esta última. A la hora del café se hicieron pocas cosas, se contentaron con manosear algunas nalgas y chupar algunos agujeros de culo y, al dar la

hora, fueron inmediatamente a instalarse en el salón de historia donde la Duelos reanudó la suya en estos términos:

Acababa de llegar a casa de la Fournier una muchacha de unos doce a trece años, fruto una vez más de las seducciones de aquel hombre singular de quien os he hablado; pero dudo que desde hacía mucho tiempo hubiese corrompido nada tan lindo, tan lozano y tan bonito. Era rubia, alta para su edad, hecha como para pintarla, rasgos tiernos y voluptuosos, los ojos más bellos que puedan verse y en toda su encantadora persona un conjunto dulce e interesante que acababa de hacerla más hechicera. Pero ¡a qué envilecimiento iban a ser entregados tantos atractivos y qué principio vergonzoso se les preparaba! Era hija de una vendedora de lencería de palacio muy acomodada, y ciertamente estaba destinada a una suerte más dichosa que la de hacer de puta, Pero cuanta más felicidad hacían perder a sus víctimas sus pérfidas seducciones, más gozaba nuestro hombre. La pequeña Lucile estaba destinada a satisfacer desde su llegada los caprichos sucios y repugnantes de un hombre que, no contento con tener el gusto más depravado, quería además ejercerlo en una virgen.

Llegó: era un viejo notario colmado de oro y que poseía, con la riqueza, toda la brutalidad que dan la avaricia y la lujuria cuando se reúnen en un alma vieja. Le enseñan la niña; por bonita que fuese ésta, su primer movimiento es de desdén; rezonga, jura entre dientes que ahora ya no es posible encontrar en París una muchacha bonita; pregunta por fin si verdaderamente es virgen, le aseguran que sí, le ofrecen mostrárselo.

-¿Yo, ver un coño, señora Fournier, yo, ver un coño? No lo piensa usted, supongo. ¿Me ha visto usted contemplar muchos desde que vengo a su casa? Me sirvo de ellos, es verdad, pero de una manera, creo, que no demuestra que les tenga mucho afecto.

- ¡Y bien!, señor -dijo la Fournier-, en este caso confíe en nosotras, le juro que es tan virgen como una recién nacida.

Subimos y, como podéis imaginaros, curiosa yo por aquella entrevista, voy a establecerme ante mi agujero. La pobre pequeña Lucile tenía una vergüenza que sólo podría describirse con las expresiones superlativas que sería necesario emplear para describir la procacidad, la brutalidad y el malhumor de su sexagenario amante.

- ¡Y bien!, ¿qué haces ahí, de pie como una imbécil? -le dice en tono brusco-. ¿Tengo que decirte que te levantes las faldas? ¿No hace ya dos horas que debería haber visto tu culo?... ¡Bueno, vamos!

-Pero, señor, ¿qué debo hacer?

- ¡Ah, redios! ¿Esto se pregunta?... ¿Qué debes hacer? Tienes que levantarte la falda y enseñarme las nalgas.

Lucile obedece temblando y descubre un culito blanco y lindo como debía ser el de la misma Venus.

-Hum... Hermosa medalla -dice el brutal individuo-... Acércate...

Luego, le agarra duramente las dos nalgas, las separa y le pregunta:

-¿Estas bien segura que nunca te han hecho nada por aquí? - ¡Oh, señor! Nunca me ha tocado nadie. - ¡Vamos!, pee.

-Pero, señor, no puedo.

- ¡Y bien!, esfuérzate.

Ella obedece, un ligero viento se escapa y resuena en la boca emponzoñada del viejo libertino, que se deleita con ello mientras murmura.

-¿Tienes ganas de cagar? -prosigue el libertino.

-No, señor.

- ¡Oh, bien! Yo sí las tengo, y copiosamente, para que lo sepas; por lo tanto, prepárate a satisfacerme... Quítate esas faldas.

Desapaceren.

-Túmbate en este sofá, con los muslos muy altos y la cabeza bien baja.

Lucile se coloca, el viejo notario la dispone de manera que sus piernas muy separadas dejen su lindo coñito lo más abierto posible y tan bien colocado a la altura del trasero de nuestro hombre que éste pueda servirse de él como orinal. Tal era su celeste intención y, para hacer más cómodo el recipiente, empieza a abrirlo con sus dos manos con toda su fuerza. Se acomoda, empuja, un trozo de cagada se posa en el santuario donde el amor mismo no hubiera rehusado tener un templo. Se vuelve y con sus dedos hunde tanto como puede en la vagina entreabierta el sucio excremento que acaba de depositar. Vuelve a acomodarse, expele un segundo, luego un tercero y siempre con cada uno la misma ceremonia de introducción. Por fin, con el último, lo hizo con tanta brutalidad que la pequeña lanzó un grito y quizás perdió en aquella repugnante operación la flor preciosa con que la naturaleza la había adornado para entregarla solamente en el himeneo. Aquél era el instante de gozo para nuestro libertino: haber llenado de mierda el joven y lindo coñito, introducírsela y volver a introducírsela, era su delicia suprema; mientras actúa se saca de la bragueta una especie de verga blanda, la sacude y logra, mientras sigue ocupado en su repugnante tarea, derramar en el suelo algunas gotas de su esperma escaso y mustio, cuya pérdida debería lamentar por ser debida solamente a semejantes infamias. Terminado el asunto se larga, Lucile se lava, y ya está dicho todo.

Me endilgaron a uno, poco tiempo después, cuya manía me Pareció más repugnante; era un viejo consejero de la alta cámara. No solamente había que contemplarle mientras cagaba, sino ayudarlo, facilitar con mis dedos la salida de la materia apretando, abriendo y comprimiendo a propósito el ano, y hecha la operación limpiar cuidadosamente con mi lengua toda la parte que se había ensuciado.

- ¡Ah, pardiez! He aquí, en efecto, una tarea bien fatigosa -dijo el obispo-. ¿Acaso estas cuatro damas que se hallan aquí y que son, no obstante, nuestras esposas, nuestras hijas o nuestras sobrinas, no tienen esta obligación todos los días? ¿Y para qué diablos serviría, por favor, la lengua de una mujer, si no fuese para limpiar culos? Por mi parte, no le conozco otro empleo.

Constance -prosiguió el obispo, dirigiéndose a la bella esposa del duque que estaba entonces en su sofá- de muestra un poco a la Duelos tu habilidad en este aspecto; toma: aquí

tienes mi culo bien sucio, no ha sido limpiado desde la mañana, te lo guardaba. Vamos, despliega tus facultades.

Y la infeliz, demasiado acostumbrada a esos horrores, los ejecuta como una mujer consumada. ¡Qué no producirán, gran Dios, el miedo y la esclavitud!

- ¡Oh, pardiez! -dijo Curval, presentando su asqueroso agujero cenagoso a la encantadora Aline-. No serás tú el único en dar ejemplo aquí. Vamos, putita -dijo a la bella y virtuosa muchacha-, supera a tu compañera.

Y la orden se ejecuta.

-Vamos, continúa, Duclos -dijo el obispo-; sólo queríamos demostrarte que tu hombre no exigía nada singular y que una lengua de mujer no es buena más que para limpiar un culo.

La amable Duclos se echó a reír y continuó con lo que se va a leer:

> Me permitiréis, señores -dijo-, que interrumpa por un instante los relatos de las pasiones para comunicaros un acontecimiento que no tiene ninguna relación con ellas; sólo se refiere a mí, pero como me habéis ordenado que siga los sucesos interesantes de mi historia aun cuando no tengan que ver con la descripción de los gustos, he creído que éste es de tal tipo que no debía quedar en silencio.
>
> Hacía mucho tiempo que estaba en casa de la señora Fournier, era la más antigua de su serrallo y aquella en quien tenía más confianza. Con la mayor frecuencia era yo quien arreglaba las citas y quien recibía los fondos. Aquella mujer me había hecho de madre, me había socorrido en diferentes necesidades, me había escrito fielmente a Inglaterra, me había abierto amistosamente su casa a mi regreso, cuando mi trastornada situación me hizo desear en ella un nuevo asilo. Veinte veces me había prestado dinero y, a menudo, sin exigirme su devolución. Llegó el momento de de mostrarle mi reconocimiento y de responder a la extremada confianza que me tenía, y vosotros juzgaréis, señores, cómo mi alma se abría a la virtud y le daba acceso fácil: la Fournier cayó enferma y su primer cuidado fue el de hacerme llamar.
>
> -Duclos, hija mía, te quiero -me dijo-, tú lo sabes y voy a probártelo con la extremada confianza que pondré en ti en este momento. Te considero, a pesar de tu mala cabeza, incapaz de engañar a una amiga, heme aquí muy enferma, soy vieja, y no sé, por consiguiente, lo que va ser de mí. Tengo parientes que van a echarse encima de mi sucesión, quiero cuanto menos sustraerles cien mil francos que tengo en oro en este cofrecito; toma, hija mía -dijo-, aquí los tienes, te los entrego exigiéndote que dispongas de ellos del modo que voy a prescribirte.
>
> -Oh, mi querida madre -le dije tendiéndole los brazos-, estas precauciones me llenan de desolación; seguramente serán inútiles, pero si desgraciadamente llegasen a ser necesarias, le juro que cumpliré sus intenciones con exactitud.
>
> -Lo creo, hija mía -me dijo-, y por esto he puesto mis ojos en ti; este-cofrecito, pues, contiene cien mil francos en oro; tengo algunos escrúpulos, querida amiga, algunos remordimientos por la vida que he llevado, por la cantidad de muchachas que he arrojado al crimen y he arrebatado a Dios; quiero, pues, emplear dos medios para hacer a la divinidad menos severa conmigo: el de la limosna y el de la oración. Las dos primeras partes de esta suma, que serán de quince mil francos cada una, las entregarás una a los capuchinos de la calle Saint-Honoré, a fin de que esos buenos padres celebren a perpetuidad una misa por la salvación de mi alma; la otra parte, de la misma cantidad, en cuanto yo haya cerrado los ojos, la entregarás al cura de la parroquia para que la distribuya en limosnas entre los pobres del barrio. Es una cosa

excelente la limosna, hija mía; nada como ella redime a los ojos de Dios los pecados que hemos cometido en la tierra. Los pobres son sus hijos y El quiere que todos sean socorridos; nada le complace tanto como las limosnas. ¡Esta es la verdadera manera de ganar el cielo, hija mía! En cuanto a la tercera parte, será de sesenta mil libras, que entregarás, inmediatamente después de mi muerte, al llamado Petignon, aprendiz de zapatero, calle del Bouloir; ese desdichado es mi hijo, él no lo sospecha, es un bastardo adulterino, quiero darle a ese infeliz huérfano, al morir, pruebas de mi ternura. En lo que respecta a las otras diez mil libras restantes, mi querida Duclos, te ruego que te las guardes como una pequeña prueba de mi afecto por ti y para compensarte de las molestias que te ocasionará el empleo del resto. Ojalá pudiera esta pequeña suma ayudarte a tomar un partido y a abandonar el indigno oficio que ejercemos, en el cual no hay salvación ni esperanzas de conseguirla jamás.

Encantada interiormente de tener en mis manos una suma tan considerable y bien decidida, por miedo a confundirme en las divisiones, de no hacer más que una única parte para mí sola, me eché con lágrimas artificiales en los brazos de mi vieja matrona, repitiéndole mis juramentos de fidelidad, y ya no me ocupé sino de los medios de impedir que un cruel retorno de la salud le hiciera cambiar su decisión. Este medio se presentó ya al día siguiente: el médico ordenó un emético y, como era yo quien la cuidaba, fue a mí a quien entregó el paquete, advirtiéndome que había en él dos tomas, que tuviese buen cuidado de separarlas, porque la haría reventar si se lo daba todo a la vez y que no le administrase la segunda dosis más que en el caso de que la primera no produjese suficiente efecto. Prometí al esculapio que tendría todo el cuidado posible y, en cuanto hubo vuelto la espalda, desterrando de mi corazón todos aquellos fútiles sentimientos de agradecimiento que hubieran detenido a un alma débil, apartando de mí' todo arrepentimiento y toda debilidad y sin tener en consideración más que mi oro, que el dulce encanto de poseerlo, y el delicioso cosquilleo que se experimenta siempre cada vez que se proyecta una mala acción, pronóstico cierto del placer que proporcionará, sin entregarme a nada más que a todo eso, digo, vertí inmediatamente las dos tomas en un vaso de agua y presenté la bebida a mi dulce amiga, la cual, después de tragarla bien segura encontró pronto en ella la muerte que yo había tratado de procurarle.

No puedo describiros lo que sentía al ver el éxito de mi obra; cada uno de los vómitos con los que su vida se exhalaba producía una sensación verdaderamente deliciosa en toda mi organización; la escuchaba, la miraba, estaba exactamente en plena embriaguez. Ella me tendía los brazos, me dirigía un último adiós, y yo gozaba y hacía ya mil proyectos con aquel oro que iba a poseer. No fue largo; la Fournier reventó aquella misma noche y yo fui dueña del bolsón.

-Duclos -dijo el duque-, sé sincera: ¿te masturbaste, la sensación fina y voluptuosa del crimen alcanzó al órgano de la voluptuosidad?

-Sí, monseñor, os lo confieso; y aquella misma noche descargué mi flujo cinco veces seguidas.

-Es verdad, pues -dijo el duque, con exaltación-, es verdad que el crimen por sí mismo tiene tal atractivo que, independientemente de toda voluptuosidad, puede bastar para que se inflamen todas las pasiones y para arrojar en el mismo delirio que los propios actos lúbricos.

¿Y luego...?

-Y bien, señor duque, hice enterrar honorablemente a la patrona, heredé al bastardo

Petignon, me guardé muy bien de hacer celebrar misas y todavía más de distribuir limosnas, especie de acción por la que siempre he sentido verdadero horror, por muy bien que hubiese hablado de ella la Fournier. Sostengo que es necesario que haya desgraciados en el mundo, que la naturaleza lo quiere, lo exige, y que es ir contra sus leyes pretender que se restablezca el equilibrio, si ella ha querido el desorden.

-;Pero, cómo, Duclos -dijo Durcet-, tienes principios! Me complace mucho verte así; todo alivio procurado al infortunio es un crimen real contra el orden de la naturaleza. La desigualdad que ha puesto entre nuestros individuos demuestra que esta discordancia le gusta puesto que la ha establecido, y que la quiere tanto en las fortunas como en los cuerpos. Y al igual que le está permitido al débil repararla por medio del robo, le está también permitido al fuerte restablecerla negando sus socorros. El universo no subsistiría ni un instante si el parecido entre todos los seres fuese exacto, de esta desemejanza nace el orden que lo conserva y lo conduce todo, Por lo tanto, hay que guardarse muy bien de perturbarla; por otra parte, creyendo hacer un bien a esa desdichada clase de hombres, se hace mucho daño a otra, Pues el infortunio es el criadero a donde el rico va a buscar los objetos de su lujuria o de su crueldad; le privo de esta rama de su placer al impedir con mis socorros que esta clase se le entregue. No he beneficiado, pues, con mis limosnas más que débilmente a una parte de la raza humana, y perjudicado extraordinariamente a la otra. Considero, pues, la limosna, no sólo como una cosa mala en sí misma, sino además la considero como un crimen real hacia la naturaleza, la cual, al indicarnos las diferencias, no ha pretendido de ningún modo que las anulemos. Así, lejos de ayudar al pobre, de consolar a la viuda y de socorrer al huérfano, si obro según las verdaderas intenciones de la naturaleza no solamente los dejaré en el estado en que ella los ha puesto, sino que incluso ayudaré a sus objetivos prolongándoles ese estado y oponiéndome vivamente a que salgan de él, y en cuanto a esto consideraré que todos los medios me son permitidos.

¡Cómo! -dijo el duque-, ¿incluso robarlos o arruinarlos?

-Ciertamente -dijo el financiero-; incluso aumentar su número, puesto que su clase sirve a otra y que, al multiplicarlos, si causo algo de pena a una, haré mucho bien a la otra.

-He aquí un sistema bien duro, amigos míos -dijo Curval-. Sin embargo, dicen, ¡es tan dulce hacer bien a los desdichados!

- ¡Error! -replicó Durcet-. Este goce no se sostiene frente el otro; el primero es quimérico, el otro es real; el primero se debe a los prejuicios, el otro se funda en la razón; uno, por medio del orgullo, la más falsa de todas nuestras sensaciones, puede cosquillear el corazón por un instante, el otro es un verdadero goce del espíritu que inflama todas las pasiones por lo mismo que contradice las opiniones comunes. En una palabra, uno me pone en erección -añadió Durcet-, mientras que con el otro siento muy poca cosa.

-Pero ¿es necesario referirlo siempre todo a los sentidos? -preguntó el obispo.

-Todo, amigo mío -dijo Durcert-; sólo ellos deben guiarnos en todas las acciones de la vida, porque sólo su voz es verdaderamente imperiosa.

-Pero de este sistema pueden nacer miles y miles de crímenes -dijo el obispo.

- ¡Eh! ¡Qué me importa el crimen -respondió Durcet-, con tal que me deleite! El crimen es un modo de la naturaleza, una manera con la que mueve al hombre. ¿Por qué no quieres que me deje mover por ella en este sentido tanto como en el de la virtud? Ella tiene necesidad del uno y de la otra y tan bien la sirvo con el uno como con la otra. Pero henos enfrascados en una discusión que nos llevaría demasiado lejos, se acerca la hora de la cena y a la Duclos le falta mucho para terminar su tarea. Prosigue, encantadora muchacha, prosigue, y cree que acabas de confesarnos una acción y unos sistemas que te han ganado para siempre

nuestra estima, así como la de todos los filósofos.

> Mi primera idea, después del entierro de mi buena patrona, fue tomar su casa y regirla como había hecho ella. Comuniqué este proyecto a mis compañeras, las cuales, todas, y sobre todo Eugénie, que continuaba siendo mi bien amada, prometieron considerarme como su mamá. Ya no era tan joven para no poder aspirar a tal título, tenía cerca de treinta años y toda la cordura que se precisaba para dirigir el convento. Así, señores, no es como mujer pública como terminaré el relato de mis aventuras, sino como abadesa, bastante joven y bastante linda para practicar tal oficio yo misma, como ocurrió a menudo y como tendré cuidado de ponerlo de manifiesto cada vez que se presente la ocasión. Todos los clientes de la Fournier siguieron siéndolo, y tuve la habilidad de atraer aún a otros, tanto por la limpieza de mis aposentos como por la excesiva sumisión de mis pupilas a todos los caprichos de los libertinos y por la feliz elección de mis individuos.
>
> El primer cliente que llegó fue un viejo tesorero de Francia, antiguo amigo de la Fournier; le di a la joven Lucile, con la cual Pareció entusiasmado. Su manía usual, tan sucia como desagradable para la muchacha, consistía en cagar sobre la misma cara de su dulcinea, ensuciarla todo el rostro con su mierda y después besarla, chuparla en tal estado. Lucile, por amistad a mí, dejó hacer al viejo sátiro todo lo que quiso, el cual le eyaculó sobre el vientre y luego besó varias veces su repugnante obra.
>
> Poco después vino otro cliente, que le correspondió a Eugénie. Se hacía llevar un tonel lleno de mierda, en el que sumergía a la muchacha, desnuda, y le lamía todas las partes del cuerpo tragaba la porquería hasta que ella quedaba tan limpia como cuando la había tomado. Este hombre era un famoso abogado, muy rico y conocido y que como poseía escasas facultades para gozar de las mujeres, compensaba su inferioridad mediante este libertinaje, que le había gustado siempre.
>
> El marqués de..., antiguo cliente de la Fournier, vino poco después de su muerte para testimoniarme su benevolencia. Me aseguró que continuaría visitándonos, y, como prueba de ello, aquella misma noche se ocupó con Eugénie. La pasión de aquel viejo libertino consistía en besar primero prodigiosamente la boca de la muchacha; tragaba tanta saliva de ella como podía, luego le besaba las nalgas durante un cuarto de hora, le hacía lanzar pedos y finalmente pedía lo importante. Al terminar guardaba la cagada en su boca y, haciendo inclinar sobre él a la muchacha, que con una mano lo tenía cogido y con la otra se la meneaba, mientras gozaba el placer de esta masturbación cosquilleando el agujero mierdoso, era preciso que la muchacha comiese la mierda que acababa de dejarle en la boca. Aunque pagaba muy caro este capricho, encontraba pocas muchachas que quisieran prestarse a ello; por eso el marqués empezó a cortejarme; estaba tan interesado en ser mi cliente que yo podía contar con su asiduidad.

En aquel momento, el duque, excitado, dijo que antes que sonara la llamada para la cena quería efectuar esta última fantasía. Y he aquí lo que hizo: ordenó a Sophie que se acercara, recibió su cagada en la boca, luego obligó a Zélamir a que se comiera la mierda de Sophie. Esta manía hubiera podido convertirse en un goce para cualquier otro que no hubiese sido Zélamir; pero al no estar suficientemente formado para tomarle gusto, sólo experimentó repugnancia, y quiso retirarse. Pero como el duque lo amenazó con toda su cólera si continuaba un minuto más con sus melindres, obedeció las órdenes. La idea fue juzgada tan

agradable que todos lo imitaron más o menos, porque Durcet pretendió que era necesario compartir los favores, y que no era justo que los muchachitos comiesen la mierda de las muchachas mientras que éstas no tenían nada para ellas, y en consecuencia, hizo que Zéphyr cagara dentro de su boca y ordenó a Augustine que acudiese a comer tal mermelada, cosa que la bella e interesante muchacha hizo, presa de una terrible náusea.

Curval imitó este cambio y recibió la cagada de su querido Adonis, que Michette se comió no sin imitar la repugnancia de Augustine; en cuanto al obispo, imitó a su hermano e hizo cagar a la delicada Zelmire, al tiempo que obligaba a Céladon a tragar la confitura. Hubo detalles repugnantes de mucho interés para libertinos que consideraban que los tormentos infligidos son goces. El obispo y el duque descargaron, los otros dos, o no pudieron o no quisieron, y pasaron a la cena. En ella se ponderó mucho la acción de la Duelos.

-Ha tenido el valor de darse cuenta -dijo el duque, que la protegía decididamente- de que el agradecimiento era una quimera, y que sus lazos no debían detener ni interrumpir los efectos del crimen,'porque el sujeto que nos ha servido no tiene ningún derecho sobre nuestro corazón; sólo ha trabajado para él, su sola presencia es una humillación para un alma fuerte, y es preciso odiarlo o deshacerse de él.

-Eso es tan verdad -dijo Durcet- que nunca veremos que un hombre de ingenio trate de buscar el agradecimiento. Convencido de que se creará enemigos, no lo intentará.

-Quien os sirve no trabaja para daros placer -dijo el obispo-, sino para ponerse por encima de vos mediante sus servicios. ¿Qué merece, pues, tal proyecto? Al servirnos no dice: os sirvo porque quiero haceros bien, sino que afirma: os complazco para rebajaros y para ponerme encima de vos.

-Esas reflexiones -dijo Durcet- demuestran pues el abuso de los servicios que se hacen y cuán absurda es la práctica del bien. Pero, se nos dice, es para uno mismo; que ello sea para aquellos cuya debilidad de alma puede prestarse a esos pequeños goces, pero los que son como nosotros serían muy bobos si se prestasen a tal cosa.

Como estas teorías calentaron las cabezas de los amigos, se bebió mucho y fueron a celebrar las orgías, para las cuales nuestros indefectibles libertinos imaginaron mandar a acostarse a los muchachitos y pasar una parte de la noche bebiendo, sólo con las cuatro viejas y las cuatro narradoras, y entregarse, a cual mejor, a toda clase de infamias y atrocidades. Como entre aquellas doce interesantes personas no había una sola que no mereciera la cuerda o la rueda varias veces, dejo al lector que se imagine todo lo que allí se dijo. De las palabras se pasó a los actos, el duque se calentó, y no sé por qué ni cómo, pero el caso es que, según se dijo, Thérése llevó durante algún tiempo sus marcas. Sea como fuere, dejemos a nuestros actores pasar de sus bacanales al casto lecho de sus esposas, que les habían sido preparados para aquella noche, y veamos qué pasó al día siguiente.

DECIMOSEXTA JORNADA

Todos nuestros héroes se levantaron frescos como si llegaran de confesarse, excepto el duque, que empezaba a agotarse un poco. Se acusó de ello a la Duclos; era seguro que esa mujer había adquirido enteramente el arte de procurarle voluptuosidades y que él confesó que no descargaba lúbricamente más que con ella. Tan verdad es que para esas cosas todo depende absolutamente del capricho, que la edad, la belleza, la virtud, todo esto no tiene ninguna influencia, que sólo es cuestión de cierto tacto, que con más frecuencia poseen las bellezas otoñales que aquellas, carentes de experiencia, a las que la primavera corona todavía

con todos sus dones.

Había también otra criatura en el grupo que empezaba a hacerse muy amable y muy interesante, era Julie. Ya anunciaba imaginación, desenfreno y libertinaje. Suficientemente política para comprender que necesitaba protección, bastante falsa para acariciar incluso a aquellos que quizás en el fondo no le importaban nada, se hacía amiga de la Duclos para tratar de mantenerse siempre un poco en el favor de su padre, de quien sabía que tenía influencia en el grupo. Cada vez que le tocaba el turno de acostarse con el duque, se unía tan bien a la Duclos, empleaba tanta habilidad y tanta complacencia, que el duque tenía siempre la seguridad de obtener eyaculaciones deliciosas cuando aquellas dos criaturas se aplicaban a procurárselas. Sin embargo, se hastiaba prodigiosamente de su hija y quizás ésta, sin el auxilio de la Duclos, que la apoyaba con toda su influencia, no hubiera logrado jamás sus objetivos. Su marido, Curval, estaba más o menos en el mismo caso; y, aunque por medio de su boca y de sus besos impuros obtuvo todavía de él algunas eyaculaciones, la repugnancia, sin embargo, persistía; habríase dicho que hasta nacía bajo el mismo fuego de los impúdicos besos. Durcet la estimaba poco y sólo había logrado hacerlo eyacular dos veces desde que estaban reunidos. Ya no le quedaba por lo tanto, más que el obispo, a quien gustaba mucho su jerga libertina y le encontraba el culo más hermoso del mundo; cierto es que lo poseía como el de la propia Venus. Se arrimó, pues, de ese lado, puesto que quería absolutamente complacer, al precio que fuese; como sentía la extrema necesidad de una protección, quería obtenerla.

Aquel día sólo aparecieron en la capilla Hébé, Constance y la Martaine, y por la mañana no se halló a nadie en falta. Cuando los tres sujetos hubieron hecho su deposición, Durcet tuvo ganas de lo mismo. El duque, quien desde la mañana rondaba en torno a su trasero, aprovechó aquel momento para satisfacerse y se encerraron en la capilla únicamente con Constance, a la que hicieron quedarse para el servicio. El duque se satisfizo, y el pequeño financiero le cagó completamente en la boca. Aquellos señores no se contentaron con esto, y Constance dijo al obispo que los dos juntos habían cometido infamias durante media hora seguida. Ya lo he dicho... eran amigos de la infancia y desde entonces no habían dejado de recordar su placer de colegiales. En cuanto a Constance, sirvió de poco en aquella reunión; limpió culos, chupó y masturbó algunas vergas, a todo lo más.

Se pasó al salón donde, después de un poco de conversación entre los cuatro amigos, fueron a anunciarles la comida. Fue espléndida y libertina como de ordinario y, después de algunos manoseos y besos libertinos y varias frases escandalosas que la sazonaron, se pasó al salón, donde se encontraban Zéphyr y Hyacinthe, Michette y Colombe, para servir el café. El duque jodió a Michette entre los muslos, y Curval a Hyacinthe; Durcet hizo cagar a Colombe y el obispo metió la verga en la boca de Zéphyr; Curval, volviendo a acordarse de una de las pasiones descritas la víspera por la Duelos, quiso cagar en el coño de Colombe; la vieja Thérése, que participaba en el café, la colocó, y Curval actuó. Pero, como hacía unas defecaciones prodigiosas y proporcionadas a la inmensa cantidad de víveres con que se atiborraba cada día, casi todo se derramó en el suelo y sólo, por así decir, ensució, superficialmente aquel lindo coñito virgen que no parecía destinado por la naturaleza, indudablemente a placeres tan cochinos.

El obispo, deliciosamente masturbado por Zéphyr, perdió su semen filosóficamente, uniendo al placer que sentía el del delicioso cuadro de que era espectador; estaba furioso, regañó a Zéphyr, regañó a Curval, se metió con todo el mundo. Le hicieron tragar un gran vaso de elixir para reparar sus fuerzas, Michette y Colombe lo acostaron en un sofá para que hiciera la siesta y no se separaron de él. Despertó bastante restablecido y, para devolverle

mejor aún sus fuerzas, Colombe lo chupó un rato: su instrumento volvió a mostrar la nariz, y se pasó al salón de historia. Aquel día el obispo tenía a Julie en su sofá; como la quería bastante, esta vista le devolvió un poco el buen humor. El duque tenía a Aline, Durcet a Constance y el presidente a su hija. Todo estaba dispuesto, la bella Duelos se instaló en su trono y empezó de esta manera:

Es completamente falso decir que el dinero adquirido por medio de un crimen no aporta la felicidad. Ningún sistema es tan falso, respondo de ello; todo prosperaba en mi casa; nunca la Fournier había tenido tantos clientes. Fue entonces cuando se me pasó por la cabeza una idea algo cruel, lo confieso, pero que, no obstante, me atrevo a presumir de ello, señores, no os desagradará de ningún modo. Me pareció que cuando no se ha hecho a alguien el bien que debía hacérsele, había cierta voluptuosidad malvada en hacerle el mal, y mi pérfida imaginación me inspiró esta travesura libertina contra aquel mismo Petignon, hijo de mi benefactora, a quien había sido encargada de entregar una fortuna bien atractiva, sin duda, para el infeliz y que yo empezaba ya a derrochar en locuras. He aquí lo que suscitó la ocasión de ello: aquel desdichado zapatero, casado con una pobre mujer de su condición, tenía como único fruto de aquel himeneo infortunado una hija de unos doce años, y que, según me había sido descrita, unía a los rasgos infantiles todos los atributos de la más tierna belleza. Aquella niña, a la que criaban pobremente, pero con todo el cuidado que podía permitir la indigencia de sus padres, que estaban encantados con ella, me pareció una excelente presa.

Petignon no iba jamás a la casa, ignoraba los derechos que tenía sobre ella; pero en cuanto la Fournier me hubo hablado de él, mi primer cuidado fue el de hacerme informar sobre él y todas sus circunstancias, y fue así como me enteré de que poseía un tesoro en su casa. Al mismo tiempo, el conde de Mesanges, libertino famoso y de profesión, de quien la Desgranges tendrá sin duda más de una vez ocasión de hablaros, se dirigió a mí para que le procurase una virgen que llegase a los trece años, y esto al precio que fuese. Ignoro lo que quería hacer con ella, pues en este aspecto no era considerado como un hombre muy riguroso, pero ponía como condición, después de que unos expertos hubiesen comprobado la virginidad de la muchacha, comprármela por una suma prescrita, y que a partir de aquel momento no trataría ya con nadie más, teniendo en cuenta, decía, que la niña sería llevada a otro país y no volvería jamás a Francia.

Como el marqués era uno de mis clientes, y pronto lo veréis en escena en persona, puse manos a la obra para satisfacerlo, y la pequeña de Petignon me pareció ser positivamente lo que él necesitaba. Pero ¿cómo llevársela? La niña no salía nunca, la instruían en su misma casa, la guardaban con una sensatez y una circunspección que no dejaba ninguna esperanza. No me era posible por entonces emplear a aquel famoso corruptor de muchachas de quien he hablado; estaba en aquel momento en el campo, y el marqués me metía prisa. No encontré, pues, más que un medio, el cual no podía servir mejor para la pequeña maldad secreta que me llevaba a cometer aquel crimen, ya que lo hacía más grave. Resolví crearles problemas al marido y a la mujer, tratar de hacerlos encerrar a ambos y así, encontrándose con la pequeña menos vigilada o en casa de amigos, me sería fácil atraerla a mi trampa. Les lancé, pues, un procurador amigo mío, hombre hábil de quien estaba segura para semejantes golpes de mano; se informó, desenterró acreedores, los excitó, los apoyó, y dicho

brevemente, a los ocho días marido y mujer estaban en la cárcel. A partir de aquel momento todo se volvió fácil; una diestra secuaz se acercó pronto a la niña abandonada en casa de unos vecinos pobres, y la trajo a mi casa. Todo respondía en su exterior: tenía la piel más dulce y más blanca, los pequeños atractivos más redondeados, mejor formados... En una palabra, era difícil encontrar una niña más bonita que aquella.

Como me costaba unos veinte luises contantes y sonantes y el marqués quería dar por ella una suma prescrita, después de cuyo pago no quería ni oír hablar del asunto ni tratar con nadie, se la dejé en cien luises, y puesto que era esencial para mí que mis manejos no trascendieran nunca, me contenté con ganar sesenta luises en aquel negocio, ya que entregué aún veinte de ellos a mi procurador para que enredara las cosas de tal manera que el padre y la madre de la niña no pudiesen tener noticias de su hija durante mucho tiempo. Las tuvieron; la huida de la hija fue imposible de ocultar. Los vecinos culpables de negligencia se excusaron como pudieron y, por lo que hace al querido zapatero y a su esposa, mi procurador obró tan bien que jamás pudieron remediar ese accidente, porque murieron ambos en la cárcel después de once años de cautiverio. Yo gané doblemente con aquella pequeña desgracia, ya que al mismo tiempo que me aseguraba la posesión de la niña que había vendido, también me aseguraba la de sesenta mil francos que me habían entregado para él. En cuanto a la niña, el marqués me había dicho la verdad; jamás volví a oír hablar de ella, y será probablemente la señora Desgranges quien terminará su historia.

Es hora de volver a la mía y a los acontecimientos cotidianos que pueden ofreceros los detalles voluptuosos cuya lista hemos interrumpido.

- ¡Oh, pardiez! -dijo Curval-, me gusta con locura tu prudencia; hay aquí una maldad reflexiva, un orden que me complace a más no poder. Y además la travesura de haber ido a dar el último golpe a una víctima a la que sólo accidentalmente habías lastimado, me parece un refinamiento de infamia que puede colocarse al lado de nuestras obras maestras.

-Yo quizás hubiera hecho algo peor -dijo Durcet-, pues al final esas personas podían obtener su liberación; hay tantos bobos en el mundo que sólo sueñan en socorrer a esa clase de gente. Mientras durasen, su vida significaba inquietudes para ti.

-Señor -dijo la Duclos-, cuando no se tiene en el mundo la influencia de que vos gozáis, y hay que emplear gente inferior para las bribonadas, la circunspección es a menudo necesaria y uno entonces no se atreve a realizar todo lo que quisiera hacer.

-Justo, justo -dijo el duque-; no podía hacer nada más, ella.

Y esa amable criatura reanudó así la continuación de su relato:

Es horrendo, señores -dijo la bella mujer-, tener que hablaros aún de ignominias parecidas a las que os expongo desde hace varios días; pero habéis exigido que reúna todo lo que a ellas se refiera y que no deje nada velado. Tres ejemplos más de esas atroces porquerías y pasaremos a otras fantasías.

El primero que os citaré es el de un viejo director de presidios que tenía alrededor de sesenta y seis años. Hacía desnudar completamente a la mujer y, después de haberle acariciado un momento las nalgas con más brutalidad que delicadeza, la obligaba a cagar ante él en el suelo, en medio de la habitación. Cuando había gozado de la perspectiva, iba a su vez a dejar su deposición en el mismo lugar, luego mezclaba ambas con sus manos, obligaba a la mujer a acercarse a gatas para

comer la bazofia, mostrando siempre bien el trasero que debía haber tenido el cuidado de conservar mierdoso. El se masturbaba durante la ceremonia y eyaculaba cuando todo había sido comido. Pocas muchachas, como comprenderéis, señores, consentían en someterse a tales cochinadas y, no obstante, él las quería jóvenes y lozanas... Yo las encontraba, porque todo se encuentra en París, pero se las hacía pagar caras.

El segundo ejemplo de los tres que me quedaban por mencionar de este género exigía asimismo una absoluta docilidad por parte de la mujer; pero como el libertino la quería extremadamente joven, me era más fácil encontrar niñas que mujeres hechas que se prestasen a semejantes cosas. Entregué al que voy a citaros una pequeña florista de trece a catorce años, muy bonita; él llega, hace que la muchacha se quite solamente lo que cubre de cintura para abajo; le manoseó por un instante el trasero, le hizo lanzar un pedo, luego se aplicó él mismo cuatro o cinco lavativas, que obligó a la niña a recibir en su boca y a tragar a medida que el chorro caía en su gaznate. Durante aquel tiempo, colocado como a horcajadas sobre el pecho de la niña, con una mano se masturbaba una verga bastante grande y con la otra le machacaba el monte, que para esto debía siempre estar despojado del más leve pelo. Este del que os hablo quiso aún repetir por sexta vez porque no había eyaculado. La niña vomitaba a medida que le pedía que parase, pero él se rió en sus narices y siguió con lo suyo; y hasta la sexta no vi manar su semen.

Por último un viejo banquero viene a proporcionarnos el último ejemplo de estas asquerosidades como principal episodio, porque os advierto que, como accesorios, volveremos a verlas a menudo. Necesitaba una mujer hermosa, pero de cuarenta a cuarenta y cinco años, y con senos extremadamente fláccidos. En cuanto estuvo con ella la hizo desnudarse nada más de la cintura para arriba y, manoseándole brutalmente las tetas, exclamó: " ¡Bellas ubres de vaca! ¿Para qué pueden ser buenas unas tripas como estas, sino para limpiar mi culo?" Luego las oprimía, las apretaba una contra otra, las frotaba, las escupía y a veces les ponía encima su pie mugriento diciendo sin cesar que unos senos eran una cosa bien infame y que no concebía a qué había destinado la naturaleza esos pellejos ni por qué había estropeado y deshonrado con ellos el cuerpo de la mujer. Después de todos esos despropósitos, se desnudó completamente. ¡Pero, Dios, qué cuerpo! ¡Cómo describirlo, señores! No era más que una úlcera que goteaba pus incesantemente desde los pies a la cabeza y cuyo olor infecto llegaba hasta la habitación contigua donde yo me hallaba; tal era, no obstante, la bella reliquia que había que chupar.

-¿Chupar? -dijo el duque.

Sí, señores -dijo la Duclos-, chuparlo de la cabeza a los pies sin dejar un solo espacio del tamaño de un luis de oro donde no hubiese pasado la lengua; la mujer que yo le había dado, a pesar de haber sido advertida, en cuanto vio aquel cadáver ambulante retrocedió horrorizada.

- ¡Cómo, zorra! -dijo él-. ¿Parece que te repugno? Sin embargo, tienes que chuparme, tu lengua ha de lamer absolutamente todas las partes de mi cuerpo. ¡Ah, no te hagas tanto la melindrosa; otras lo han hecho; vamos, vamos, nada de remilgos!

Mucha razón tiene quien dice que el dinero obliga a todo; la infeliz que yo le había entregado se hallaba en la más extrema miseria, y había dos luises para ganar:

hizo todo lo que se requería y el viejo gotoso, encantado de sentir una lengua dulce pasearse por su repugnante cuerpo y suavizar la acritud que lo devoraba, se masturbaba voluptuosamente durante la operación. Cuando ésta hubo terminado y, como supondréis muy bien, no fue sin terribles náuseas por parte de aquella infortunada, cuando hubo terminado, digo, la hizo acostarse en el suelo de espaldas, se puso a horcajadas sobre ella, se le cagó sobre los senos y, apretándolos el uno contra el otro, se limpió con ellos el trasero. Pero de eyaculación no vi nada, y supe algún tiempo después que necesitaba varias operaciones semejantes para hacerlo eyacular; y, como era un hombre que no acostumbraba ir dos veces al mismo lugar, no volví a verlo, de lo cual, en verdad, me alegré mucho.

-A fe mía -dijo el duque-, encuentro muy razonable el fin de la operación de aquel hombre, y nunca he comprendido que unas tetas pudiesen servir realmente para otra cosa que para limpiar culos.

-Es cierto -dijo Curval, que manoseaba con bastante brutalidad las de la tierna y delicada Aline-, es cierto, en verdad, que las tetas son una cosa bien infame. No las veo, nunca sin enfurecerme. Al ver esto, siento cierta náusea, cierta repugnancia... Sólo el coño me hace experimentar otra más intensa.

Y, al mismo tiempo, se metió en su gabinete arrastrando por el seno a Aline y haciéndose seguir por Sophie y Zelmire, las dos mujeres de su serrallo, y por la Fanchon. No se sabe lo que hizo, pero se oyó un gran grito de mujer y poco después los aullidos de su descarga. Volvió, Aline lloraba y sostenía un pañuelo sobre su seno y, como todos esos acontecimientos no producían nunca sensación o, cuanto más, la de la risa, la Duclos reanudó inmediatamente su historia:

Despaché yo misma -dijo-, algunos días después, a un viejo fraile cuya manía, más fatigosa para la mano, no era, sin embargo, tan repugnante para el corazón. Me entregó un gran trasero asqueroso cuya piel parecía pergamino; había que amasárselo, manoseárselo, apretárselo con todas las fuerzas, pero cuando llegué al agujero nada le parecía bastante violento; había que agarrar los pellejos de aquella parte, frotarlos, pellizcarlos, agitarlos fuertemente entre mis dedos, y sólo con la energía de la operación derramaba su semen. Además se masturbaba él mismo y ni siquiera me levantó las faldas. Pero aquel hombre debía tener un furioso hábito de aquella manipulación, pues su trasero, por otra parte blando y colgante, estaba sin embargo revestido de una piel tan gruesa como el cuero.

Al día siguiente, sin duda por los elogios que hizo en su convento de mi manera de obrar, me trajo a uno de sus cofrades, en cuyo culo tenía que aplicar manotazos con todas mis fuerzas; pero éste, más libertino y más observador, previamente visitaba con cuidado las nalgas de la mujer, y mi culo fue besado, lamido diez o doce veces seguidas, cuyos intervalos se llenaban con manotazos en el suyo. Cuando su piel se hubo vuelto escarlata, su verga se enderezó y puedo certificar que era uno de los más bellos instrumentos que yo hubiese manoseado. Entonces me la puso en la mano y me ordenó que lo masturbase mientras continuaba pegándole con la otra mano.

-O me equivoco -dijo el obispo- o nos encontramos en el artículo de las fustigaciones pasivas.

-Sí, monseñor -dijo la Duclos-, y ya que mi tarea de hoy ha terminado, aceptaréis que deje para mañana el comienzo de los gustos de esta naturaleza de los que deberemos ocuparnos durante varias veladas consecutivas.

Como faltaba aún cerca de media hora para la cena, Durcet dijo que, para abrir el apetito, quería tomar algunas lavativas; se sospechó la intención, todas las mujeres se estremecieron, pero la sentencia estaba lanzada, no se retrocedería. Thérése, que aquel día le servía, aseguró que sabía administrarlas de maravilla; de la afirmación pasó a la prueba y, en cuanto el pequeño financiero tuvo las entrañas cargadas, indicó a Rosette que debía acercarse a tender el pico. Hubo un poco de resistencia, un poco de dificultades, pero fue necesario obedecer y la pobre pequeña se tragó dos lavativas, sin perjuicio de devolverlas después, lo cual, como puede imaginarse, no tardó en suceder. Felizmente llegó la hora de la cena, pues sin duda hubiera vuelto a las andadas. Pero la noticia cambió la disposición de todos los ánimos y fueron a ocuparse en otros placeres. En las orgías se hicieron algunas cagadas sobre tetas y se hicieron cagar muchos culos; el duque se comió ante todo el mundo la cagada de la Duelos mientras esta hermosa mujer lo chupaba y las manos del disoluto se perdían un poco por todas partes, su semen salió con abundancia y después que Curval lo imitó con la Champville se habló por fin de ir a acostarse.

DECIMOSEPTIMA JORNADA

La terrible antipatía del presidente por Constance estallaba a diario: había pasado la noche con ella por un arreglo particular con Durcet, a quien pertenecía, y al día siguiente presentó contra ella las más amargas quejas.

-Ya que a causa de su estado -dijo- no se quiere someterla a las correcciones ordinarias por temor de que dé a luz antes del instante en que nos disponemos a recibir ese fruto, por lo menos, redios -decía-, habría que encontrar un medio de castigar a esta puta cuando hace tonterías.

Pero, y véase lo que es el maldito espíritu de los libertinos, cuando se analiza aquella falta prodigiosa, adivina, oh lector, lo que era: se trataba de que desgraciadamente se había puesto de frente cuando se le pedía el trasero, y estas faltas no se perdonan. Pero lo peor aún era que negaba el hecho, pretendía con bastante fundamento que aquello era una calumnia del presidente, quien no buscaba más que perderla, y que nunca se acostaba con él sin que inventase mentiras parecidas: pero como las leyes a este respecto eran formales, y nunca se creía a las mujeres, se planteó la cuestión de saber cómo se castigaría en adelante a aquella mujer sin riesgo de malograr su fruto. Se decidió que por cada delito se la obligaría a comerse una cagada y, en consecuencia, Curval exigió que empezase inmediatamente. Fue aprobado. Estaban entonces almorzando en el aposento de las muchachas, Constance recibió la orden de presentarse, el presidente cagó en medio de la estancia y se le mandó que fuese, a gatas, a comer lo que aquel hombre cruel acababa de hacer. Ella cayó de rodillas, pidió perdón, mas nada enterneció a los hombres; la naturaleza había puesto bronce en lugar de corazón dentro de aquellos vientres. Nada más agradable que los melindres que hizo la pobre mujercita antes de obedecer, y Dios sabe cuánto los divertían. Por fin tuvo que decidirse, el corazón le brincó a mitad de la tarea, a pesar de lo cual tuvo que terminarla, y se lo tragó todo.

Cada uno de nuestros malvados, excitados por aquella escena, se hacía masturbar, mientras la contemplaba, por una niña, y Curval, singularmente excitado por la operación, y a quien Augustine masturbaba de maravilla, sintiendo que iba a descargar llamó a Constance

que apenas había terminado su triste almuerzo:

-Ven, puta -le dijo-; cuando se ha engullido el pescado hay que ponerle salsa, es blanca, ven a recibirla.

Tuvo también que pasar por esto, y Curval, que mientras actuaba hacía cagar a Augustine, soltó lo suyo en la boca de aquella desdichada esposa del duque mientras engullía la mierdita fresca y delicada de la interesante Augustine.

Se hicieron las visitas, Durcet encontró mierda en el orinal de Sophie. La joven se excusó diciendo que se había sentido indispuesta.

-No --lijo Durcet, revolviendo los excrementos-, no es verdad: una cagalera de indigestión está deshecha, y éste es un mojón muy sano.

Cogió inmediatamente su funesto cuaderno, inscribió en él el nombre de aquella encantadora criatura, quien se fue a ocultar sus lágrimas y a deplorar su situación. Todo el resto estaba en regla, pero, en el aposento de los muchachos, Zélamir, que había cagado la víspera en las orgías y a quien se le había ordenado no limpiarse el culo, se lo había limpiado sin permiso. Todo aquello eran delitos capitales: Zélamir fue inscrito. A pesar de lo cual Durcet le besó el culo y se hizo chupar la verga por él un instante, luego se pasó a la capilla donde se vio cagar a dos jodedores subalternos, a Fanny, Aline, Thérèse y la Champville. El duque recibió en su boca la cagada de Fanny y se la comió, el obispo la de los dos jodedores, una de las cuales tragó, Durcet la de la Champville y el presidente la de Aline,-que, a pesar de su descala, mandó al lado de la de Augustine.

La escena de Constance había calentado las cabezas, pues hacía mucho tiempo que no se habían permitido tales extravagancias por la mañana. Se habló de moral durante la comida. El duque dijo que no concebía cómo las leyes de Francia condenaban el libertinaje, ya que al ocupar el libertinaje a los ciudadanos los distraía de cábalas y revoluciones; el obispo dijo que las leyes no condenaban positivamente el libertinaje sino sus excesos. Entonces se analizaron éstos y el duque demostró que ninguno de ellos era peligroso, ninguno podía ser sospechoso para el gobierno y que, por lo tanto, no solamente era cruel, sino hasta absurdo querer atacar tales minucias.

De las palabras se pasó a los hechos, el duque, medio borracho, se abandonó en los brazos de Zéphyr y chupó durante una hora la boca de ese hermoso niño, mientras Hercule, aprovechando la situación, hundía su enorme instrumento en el ano del duque. Blangis se dejó, y sin otra acción, sin otro movimiento que el de besar, cambió de sexo sin darse cuenta. Sus compañeros, por su lado, se entregaron a otras infamias, y pasaron a tomar el café. Como se acababan de hacer muchas tonterías, el rato del café fue bastante tranquilo y quizás el único en todo el viaje donde no se vertiera semen. La Duelos, ya en su estrado, esperaba a la compañía, y cuando ésta se hubo acomodado empezó de la manera siguiente:

Acababa de sufrir una pérdida en mi casa que me afectaba en todos los aspectos. Eugénie, a quien quería apasionadamente y que me era singularmente útil a causa de sus extraordinarias complacencias para todo lo que podía producirme dinero, Eugénie, digo, me había sido arrebatada del modo más singular, un criado, después de haber pagado la suma convenida, vino a buscarla, dijo, para una cena en el campo, de la que traería quizás siete u ocho luises. Yo no me hallaba en casa cuando aquello sucedió, pues jamás la habría dejado salir así con un desconocido, pero se dirigieron sólo a ella, y aceptó... No he vuelto a verla en mi vida.

-Ni la verá usted -dijo la Desgranges-. La juerga que le propusieron era la última de su vida y a mí me corresponderá ofrecer el desenlace de esta parte de la novela de aquella

hermosa muchacha.

- ¡Ah! ¡Gran Dios! -exclamó la Duelos-... Una muchacha tan bella, de veinte años, con la cara más fina y más agradable.

-Y añada a ello -dijo la Desgranges- el cuerpo más hermosa de París. Todos esos atractivos le fueron funestos, pero siga usted y no nos adelantemos a las circunstancias.

Fue Lucile -dijo la Duelos- quien la sustituyó en mi corazón y en mi cama, pero no en las ocupaciones de la casa; pues le faltaba mucho para tener su sumisión y su complacencia.

Fuese como fuese, a sus manos confié poco después al prior de los benedictinos, quien venía de cuando en cuando a visitarme y por lo común se divertía con Eugénie. Este buen padre, después de haber masturbado el coño con su lengua y haber chupado la boca, requería que le azotaran ligeramente con varas solamente el miembro y los cojones y eyaculaba sin empalmarse, sólo con el roce, sólo con la aplicación de las varas sobre aquellas partes. Su mayor placer, entonces, consistía en ver a la muchacha hacer saltar en el aire, con el extremo de las varas, las gotas de semen que salían de su verga.

Al día siguiente despaché yo misma a uno a quien había que aplicar cien azotes bien contados en el trasero; antes besaba el trasero de la mujer y, mientras recibía los azotes, se masturbaba él mismo.

Algún tiempo después, un tercero me quiso también a mí; pero éste era más ceremonioso en todos los puntos: se me avisó ocho días antes, y era preciso que ese tiempo no me lavese ninguna parte de mi cuerpo y principalmente ni el coño, ni el culo, ni la boca, que desde el momento del aviso pusiese en remojo, en un orinal lleno de orina y de mierda, al menos tres puñados de varas. Llegó él por fin, era un viejo receptor de impuestos, hombre muy acomodado, viudo sin hijos y que se entregaba muy a menudo a semejantes juergas. La primera cosa de que se informó era de si había cumplido exactamente la abstinencia de abluciones que me había prescrito; le aseguré que sí y, para convencerse de ello, empezó por aplicarme un beso en los labios que sin duda lo satisfizo, pues subimos, y yo sabía que si al darme aquel beso, estando yo en ayunas, hubiese reconocido el empleo de alguna limpieza, no hubiera querido consumar el encuentro. Subimos pues, contempló a las varas en el orinal donde yo las había colocado, luego me ordenó desnudarme y vino a olfatear con cuidado todas las partes de mi cuerpo que me había más expresamente prohibido lavarme; como yo lo había cumplido con exactitud, sin duda encontró en ella el hedor que deseaba, pues le vi calentarse en sus arreos y luego le oí exclamar: " ¡Ah! ¡Joder! Está bien esto, esto es lo que quiero". Entonces, a mi vez, le manoseé el trasero; era exactamente un cuero hervido, tanto por el color como por la dureza de la piel. Después de haber por un instante acariciado, manoseado y entreabierto aquellas nalgas ásperas, me apoderé de las varas y, sin limpiarlas, empecé a arrearle con ellas diez azotes con todas mis fuerzas; pero, no sólo no hizo ningún movimiento, sino que parecía que mis golpes ni siquiera rozaban aquella inexpugnable ciudadela. Después de aquella primera tanda, le hundía tres dedos en el ano y lo sacudí con toda mi fuerza, pero nuestro hombre era igualmente insensible por todas partes; ni siquiera se estremeció. Realizadas aquellas dos primeras ceremonias, fue él quien actuó; me apoyé con el vientre sobre la cama, él se arrodilló, separó mis nalgas y paseó su lengua alternativamente por los dos agujeros, los cuales

sin duda, según sus órdenes, no debían ser muy aromáticos. Después de haberme chupado bien, lo volví a azotar y lo socraticé, él volvió a hincarse y lamerme, y así sucesivamente por lo menos quince veces. Por fin, instruida en cuanto a mi papel y guiándome por el estado de su pito, que observaba con gran atención sin tocarlo, en una de sus arrodilladas le suelto mi cagada en las narices. El se echa para atrás, me dice que soy una insolente y eyacula masturbándose él mismo y lanzando unos gritos que hubieran oído desde la calle sin la precaución que había tenido para impedir que trascendieran. Pero la cagada cayó al suelo, él no hizo más que verla y olerla, no la recibió en su boca ni la tocó; había recibido por lo menos doscientos azotes y, puedo atestiguarlo.., sin que lo pareciese, sin que su trasero encallecido por una prolongada costumbre conservase ni la más ligera marca.

- ¡Oh, pardiez! -dijo el duque-. He ahí un culo, presidente, que puede compararse al tuyo.

-Muy cierto -dijo Curval, balbuceando, porque Aline lo masturbaba-, es muy cierto que el hombre de quien se habla tiene positivamente mis nalgas y mis gustos, pues yo apruebo infinitamente la ausencia de bidet, pero la querría más prolongada; querría que no se hubiese tocado el agua al menos durante tres meses.

-Presidente, estás empalmado -dijo el duque.

-¿Tú crees? -dijo Curval-. Toma, a fe mía, pregúntaselo a Aline, ella te dirá qué hay, pues por mi parte estoy tan acostumbrado a ese estado que nunca me doy cuenta de cuando cesa ni de cuando comienza. Todo lo que puedo asegurarte es que en el momento en que te hablo quisiera una puta muy impura; quisiera que saliese para mí del retrete, que su culo oliese bien a mierda y que su coño oliese a pescado. ¡Eh, Thérèse! Tú cuya mugre se remonta hasta el diluvio, tú que desde el bautizo no te has limpiado el culo y cuyo infame coño apesta a tres leguas a la redonda, ven a traer todo esto a mi nariz, te lo ruego, y añade a ello hasta una cagada, si quieres.

Thérèrse se acerca, con sus atractivos sucios, repugnantes y marchitos frota la nariz del presidente, deja en ella, además, la defecación deseada, Aline masturba, el libertino descarga, y la Duelos reanuda así su narración:

Un viejo solterón que recibía todos los días a una muchacha nueva para la operación que os diré, me hizo rogar por una de mis amigas que fuese a verlo, y al mismo tiempo fui instruida sobre el ceremonial acostumbrado con aquel depravado. Llegué, me examinó con aquella ojeada flemática que da el hábito del libertinaje, ojeada segura, y que en un minuto aprecia el objeto que se le ofrece.

-Me han dicho que tienes un culo hermoso -me dijo- y, como desde hace casi sesenta años tengo una debilidad decidida por las bellas nalgas, quiero ver si sostienes tu reputación... Levántate las faldas.

Aquellas palabras enérgicas eran una orden suficiente; no solamente ofrecí la medalla, sino que la aproximé lo más posible a la nariz de aquel libertino de profesión. Primero me mantuve erguida, poco a poco me incliné y le mostré el objeto de su culto bajo todas las formas que más podían gustarle. A cada movimiento sentía las manos del libertino que se paseaban por la superficie y perfeccionaban la situación, fuese consolidándola, fuese modificándola un poco más a su gusto.

-El agujero es muy ancho -me dijo-, te habrás prostituido furiosamente en el sentido sodomita durante tu vida.

- ¡Ay, señor!, -le contesté-, vivimos en un siglo en que los hombres son tan

caprichosos que para agradarles no hay más remedio que prestarse un poco a todo.

Entonces sentí que su boca se pegaba herméticamente al agujero entre mis nalgas y que su lengua trataba de penetrar en el orificio; aproveché el instante con habilidad, como me había sido recomendado, e hice deslizarse sobre su lengua la ventosidad mejor nutrida y más blanda. El procedimiento no le desagradó en absoluto, pero no lo conmovió más; al fin, después de media docena de ellos, se levantó, me condujo al rincón de su cama y me muestra un cubo de mayólica en el que se remojaban cuatro manojos de varas. Encima del cubo colgaban varias disciplinas con clavos de gancho dorado.

-Armate -me dijo el disoluto- con estas armas, aquí tienes mi culo: como ves, es seco, flaco y muy endurecido. Toca.

Y cuando lo hube obedecido:

-Ya ves -continuó-, es un viejo cuero endurecido bajo los golpes que no se calienta más que con los excesos más increíbles. Me mantendré en esta actitud -dijo, tendiéndose a los pies de su cama, sobre el vientre y con las piernas en el suelo-; sírvete, por turno, de estos dos instrumentos, las varas y las disciplinas. Será largo pero verás una señal segura de la proximidad del desenlace. En cuanto veas que a este culo le pasa algo extraordinario, has de estar lista para hacer lo mismo que haga él; cambiaremos de lugar, Yo me hincaré ante tus bellas nalgas, tú harás lo que me habrás visto hacer, y yo eyacularé. Pero, sobre todo, no te impacientes, Porque, te lo advierto una vez más, va para largo.

Empecé, cambié de instrumento como me había recomendado. Pero ¡qué flema, gran Dios! Yo estaba empapada de sudor; Para pegar más cómodamente, me había hecho desnudarme el brazo hasta el cuello. Llevaba más de tres cuartos de hora pegando con toda la fuerza, ya con las varas, ya con las disciplinas, y no veía que mi tarea adelantase. Nuestro disoluto, inmóvil, no se movía más que si estuviese muerto; hubiérase dicho que saboreaba en silencio los movimientos internos de la voluptuosidad que recibía con aquella operación, pero ningún vestigio exterior, ninguna apariencia de que influyese ni siquiera sobre su piel. Por fin dieron las dos, y estaba trabajando desde las once; de pronto, le vi levantar el lomo, separa las nalgas, yo paso y vuelvo a pasar las varas por ellas a determinados intervalos, mientras continuaba azotándolo; salió una cagada, yo azoté, mis golpes hacen volar la mierda hacia el suelo.

-Vamos, valor -le dije-, llegamos a puerto.

Entonces nuestro hombre se levantó lleno de furor; su verga dura y rebelde se pegaba a su vientre.

-Imítame -me dijo-, imítame, sólo necesito mierda para darte el semen.

Yo me incliné rápidamente en su lugar, él se arrodilló como había dicho y yo le puse en la boca un huevo que para este fin guardaba desde hacía casi tres días. Al recibirlo, su semen salió, él se echó hacia atrás aullando de placer, pero sin tragarse ni conservar más de un segundo la cagada que yo acababa de depositarle. Por otra parte, exceptuandoos a vosotros, señores, que sin duda sois modelos en este género, he visto a pocos hombres con crispaciones tan agudas; casi se desmayó al derramar su semen. La sesión me produjo dos luises.

Pero apenas llegué a casa encontré a Lucile ocupada con otro viejo, quien, sin ningún contacto preliminar, se hacía simplemente fustigar, con varas empapadas en vinagre, desde los riñones hasta el extremo de las piernas, y dirigidos los golpes con

toda la fuerza que alcanzaba el brazo, y éste terminaba la operación haciéndose chupar. La mujer se arrodillaba ante él cuando le daba la señal y, haciendo flotar los viejos cojones gastados sobre sus tetas, cogía el viejo instrumento blanducho en su boca, donde el pecador arrepentido no tardaba en llorar sus faltas.

Y como la Duelos terminó aquí lo que tenía que decir durante la velada y la hora de la cena todavía no había llegado, mientras se esperaba se hicieron algunas tunantadas.

-Debes estar rendido, presidente -dijo el duque a Curval-. Ya te he visto eyacular dos veces hoy y no estás acostumbrado a perder en un día tal cantidad de semen.

-Apostemos por la tercera -dijo Curval, que manoseaba las nalgas de la Duelos.

- ¡Oh, lo que quieras! -dijo el duque.

-Pero pongo una condición -dijo Curval-, es que todo me será permitido.

- ¡Oh, no! -replicó el duque-, sabes muy bien que hay cosas que hemos prometido no hacer antes de la época en que nos sean indicadas; hacernos joder era una de ellas, antes de proceder a ello debíamos esperar que nos fuese citado, en el orden establecido, algún ejemplo de esta pasión; y, sin embargo, en las representaciones de todos, señores, pasamos por encima de esto. Hay muchos goces particulares que hubiéramos debido prohibirnos igualmente hasta el momento de su narración y que toleramos con tal que sucedan en nuestras alcobas o en nuestros gabinetes. Tú acabas de entregarte a ellos, hace un momento, con Aline. ¿Acaso fue por nada por lo que lanzó un grito agudo y por lo que ahora tiene su pañuelo sobre el pecho? ¡Bien! Escoge, pues, entre esos goces misteriosos o los que nos permitimos públicamente, y que tu tercera eyaculación se deba nada más a este tipo de cosas, y apuesto cien luises a que no la consigues.

Entonces el presidente preguntó si podía pasar a la sala del fondo con los sujetos que bien le pareciesen, se le concedió, con la única condición de que la Duelos estaría presente y que sólo a ella se atendrían en cuanto a la certeza de la descarga.

-Vamos -dijo el presidente-, acepto.

Y, para empezar, se hizo dar ante todo el mundo, por la Duelos, quinientos latigazos; hecho esto, se llevó consigo a su querida y fiel amiga Constance, a quien, sin embargo, se le rogó que no hiciese nada que pudiese perjudicar su preñez; añadió a su hija Adélaïde, Augustine, Zelmire, Céladon, Zéphyr, Thérése, Fanchon, la Champville, la Desgranges y la Duelos, con tres joded ores.

- ¡Oh, joder! -exclamó el duque-, no habíamos convenido en que te sirvieras de tantos sujetos.

Pero el obispo y Durcet, poniéndose de parte del presidente, aseguraron que no importaba el número. El presidente, pues, fue a encerrarse con su tropa, y al cabo de media hora, que el obispo, Durcet y Curval, con los sujetos que les quedaron, no pasaron orando a Dios, al cabo de media hora, digo, Constance y Zelmire volvieron llorando y el presidente las siguió pronto con el resto de su tropa, sostenido por la Duelos, quien dio testimonio de su vigor y certificó que en buena justicia merecía una corona de mirto. El lector aprobará que no le revelemos lo que el presidente había hecho, las circunstancias no nos lo permiten todavía; pero había ganado la apuesta y esto entonces era lo esencial.

-He aquí cien luises -dijo, al recibirlos- que me servirán para pagar una multa a la cual temo ser pronto condenado.

Esta es otra cosa que rogamos al lector nos permita no explicarle hasta que ocurra el suceso, pero que vea sólo cómo aquel malvado preveía sus faltas por anticipado y cómo tomaba su partido en cuanto al castigo que debían acarrearle sin tomarse la más mínima

molestia para prevenirlas o evitarlas.

Puesto que sólo sucedieron cosas ordinarias desde aquel instante hasta el comienzo de las narraciones del día siguiente, vamos a transportar inmediatamente al lector a aquel momento.

DECIMOOCTAVA JORNADA

La Duelos, bella, arreglada y más brillante que nunca, empezó así los relatos de su décimooctava velada:

> Acababa yo de hacer la adquisición de una criatura gorda y alta llamada Justine; tenía veinticinco años, más de cinco pies de estatura, robusta como una criada de taberna, pero de bellas formas, bonita tez y el cuerpo más hermoso del mundo. Como en mi casa abundaban esa especie de viejos disolutos que no encuentran ninguna noción de placer más que en los suplicios que se les aplican, creí que semejante pupila me sería sin duda de gran ayuda. Al día siguiente de su llegada, para poner a prueba sus facultades fustigadoras que me habían elogiado prodigiosamente, la enfrenté con un viejo comisario de barrio a quien había que fustigar con toda la fuerza desde la parte baja del pecho hasta las rodillas y luego desde la mitad de la espalda hasta las pantorrillas, y esto hasta que sangrara por todas partes. Terminada la operación, el libertino levantaba simplemente las faldas de la muchacha y le colocaba su paquete sobre las nalgas. Justine se portó como una verdadera heroína de Citerea, y nuestro disoluto vino a confesarme que poseía yo un tesoro y que en su vida había sido fustigado como por aquella bribona.
>
> Para demostrarle el caso que le hacía, pocos días después la junté con un viejo inválido de Citerea que se hacía dar más de mil latigazos en todas las partes del cuerpo indistintamente y, cuando estaba todo ensangrentado, la mujer debía mearse en su propia mano y frotarle con la orina todos los lugares más lastimados del cuerpo. Aplicada esta loción, se volvía a empezar la tarea, entonces él eyaculaba, la muchacha recogía en la mano, cuidadosamente, el semen que él soltaba y lo friccionaba por segunda vez con aquel nuevo bálsamo. Iguales éxitos por parte de mi nueva adquisición, Y cada día -más elogios; pero no fue posible emplearla con el campeón que se presentó aquella vez:
>
> Aquél hombre singular no quería nada femenino más que el vestido, pero en realidad debía ser un hombre y, para explicarme mejor, el libertino quería recibir la paliza de un hombre vestido de mujer. ¡Y cuál era el arma de que se servía! No penséis que eran varas, era un manojo de tallos de mimbre con el que había que desgarrarle bárbaramente las nalgas. En realidad, como aquel asunto olía un poco a sodomía, yo no debía meterme en él demasiado; sin embargo, puesto que se trataba de un antiguo cliente de la Fournier, un hombre verdaderamente adicto desde siempre a nuestra casa y que por su posición podía prestarnos algún servicio, no hice remilgos, y tras disfrazar lindamente a un muchacho de dieciocho años que a veces nos hacía recados y que tenía un rostro muy agraciado, se lo presenté armado con un manojo de mimbres.
>
> Nada más agradable que la ceremonia (ya imaginaréis que quise verla): Empezó por contemplar bien a su fingida doncella y, como la encontró sin duda muy de su

agrado, comenzó con cinco o seis besos en la boca que olían a herejía a una legua de distancia; hecho esto mostró sus nalgas y, con aire aún de tomar por mujer al muchacho, le dijo que se las manoseara y amasara con cierta dureza; el muchachito, a quien yo había instruido bien, hizo todo lo que se le pedía.

-Vamos -dijo el disoluto-, azótame y, sobre todo, no tengas miramientos conmigo.

El muchacho tomó el manojo de mimbres, propinó entonces con su brazo vigoroso cincuenta golpes seguidos sobre las nalgas que se le ofrecían, el libertino, ya intensamente marcado por los latigazos de aquellos mimbres, se abalanza sobre su fustigadora masculina, le levanta las faldas, una mano reconoce el sexo, la otra agarra ávidamente las dos nalgas, de momento no sabe cuál templo incensará primero, por fin se decide por el culo y pega a él su boca con ardor. ¡Oh, qué diferencia del culto que rinde la naturaleza a aquel que se dice que la ultraja! Dios justo, si aquella tarea fuese real, ¿habría tanto ardor en el homenaje? Jamás un culo de mujer ha sido besado como lo fue el de aquel jovencito; tres o cuatro veces la lengua del libertino desapareció enteramente dentro del ano; por fin, volviendo a colocarse, exclamó:

- ¡Oh, querido niño, continúa tu operación!

Vuelve a ser flagelado, pero, corno estaba más animado, sostiene aquel segundo ataque con mucha fuerza. Llega a sangrar, su verga se levanta y la hace empuñar apresuradamente por el joven objeto de sus transportes. Mientras éste lo manosea, el otro quiere hacerle un favor semejante, vuelve a levantarle las faldas, pero esta vez va tras del pito; lo toca, lo masturba, lo sacude y pronto lo introduce en su boca. Después de estas caricias preliminares, se ofrece por tercera vez a los golpes. Esta última escena lo enfureció completamente; echó a su adonis sobre la cama, se tendió sobre él, oprimió a la vez las dos vergas, pegó la boca a los labios del hermoso muchacho y cuando hubo logrado calentarlo con sus caricias, le procura el placer divino al mismo tiempo que lo saborea él mismo; ambos eyaculan a la vez. Nuestro libertino, encantado con la escena, trató de borrar mis escrúpulos y me hizo prometer que le proporcionaría a menudo el mismo placer fuese con el mismo joven, fuese con otros. Yo quise esforzarme por su conversión, le aseguré que tenía muchachas hechizadoras que lo azotarían igualmente bien; no quiso ni siquiera mirarlas.

-Lo creo -dijo el obispo-. Cuando se tiene decididamente el gusto por los hombres no se cambia; la distancia es tan extremada que uno no se siente tentado a hacer la prueba.

-Monseñor -dijo el presidente-, planteas aquí una tesis que merecería una disertación de dos horas. -Y que siempre terminaría a favor de mi afirmación -dijo el obispo-, porque es indiscutible que un muchacho vate más que una mujer.

-No hay réplica -dijo Curval-, pero se te podría decir sin embargo, que pueden hacerse algunas objeciones al sistema y que, para los placeres de cierta clase, como, por ejemplo, de los que nos hablarán Martaine y Desgranges, una mujer es mejor que un muchacho.

-Lo niego -dijo el obispo-, incluso para ésos a que te refieres, el muchacho es mejor que la mujer. Considéralo por el lado del mal, que constituye casi siempre el verdadero atractivo del placer, el crimen te Parecerá mayor con un ser absolutamente de tu especie que con uno que no lo sea, y a partir de aquel momento la voluptuosidad es doble.

-Sí -dijo Curval-, pero ese despotismo, ese dominio ese delirio que nace del abuso que se hace de la fuerza contra el débil...

-Se encuentra en ello también -respondió el obispo-. Si la víctima es del todo tuya, este dominio en esos casos, que tú crees mejor establecido con una mujer que con un hombre, no procede sino del prejuicio, no procede sino de la costumbre que somete más ordinariamente aquel sexo que el otro a tus caprichos. Pero renuncia por un instante a esos prejuicios de opinión y que el otro esté perfectamente bajo tus cadenas, con la misma autoridad, encontrarás mayor la idea del crimen y necesariamente tu lubricidad será doble.

-Yo pienso como el obispo -dijo Durcet-. Una vez está bien establecido el dominio, creo que es más delicioso ejercer el abuso de la fuerza con un semejante que con una mujer.

-Señores -dijo el duque-, quisiera que dejarais vuestras discusiones para la hora de comer y que estas horas destinadas a escuchar las narraciones no las empleaseis en sofismas.

-Tiene razón -dijo Curval-. Anda, Duelos, prosigue. Y la amable directora de los placeres de Citerea reanudó su relato en los términos siguientes:

> Un viejo escribano del parlamento -dijo- fue a visitarme una mañana y, como estaba acostumbrado desde los tiempos de la Fournier a no tratar más que conmigo, no quiso cambiar de método. Se trataba de abofetearle por grados, mientras se le masturbaba; es decir, al principio suavemente, luego un poco más fuerte a medida que su pito tomaba consistencia y por fin con todas las fuerzas cuando eyaculaba. Yo había llegado a comprender tan bien la manía de ese personaje que a las veinte bofetadas ya hacía salir su semen.

- ¡A las veinte! -dijo el obispo-. ¡Caramba, yo no necesitaría tantas para soltarlo de una vez!

-Como ves, amigo mío -dijo el duque-, cada uno tiene su manía, nunca debemos condenar ni asombrarnos de la de nadie; vamos, Duelos, otra y termina.

> La que me queda por contaros esta noche -dijo la Duelos-, la supe por una de mis amigas; esta vivía desde hacía dos años con un hombre que no tenía nunca erección hasta después de haberle sido aplicados veinte papirotazos en la nariz, haberle tirado de las orejas hasta hacerle brotar sangre, mordido las nalgas, el pito y los cojones. Excitado por los duros cosquilleos de esos preliminares, tenía una erección de semental y eyaculaba, blasfemando como un demonio, casi siempre sobre la cara de aquella de quien acababa de recibir un trato tan singular.

Como todo lo que acababa de decirse sólo calentó el cerebro de los señores en lo referente a las fustigaciones masculinas, aquella noche únicamente se imitó esa fantasía; el duque se hizo pegar por Hercule hasta sangrar, Durcet por Bande-au-ciel, el obispo por Antinoüs y Curva] por Brise-cul. El obispo, que no había hecho nada en todo el día, dícese que eyaculó durante las orgías comiéndose la cagada de Zelmire, que se hacía guardar desde dos días antes. Y fueron a acostarse.

DECIMONOVENA JORNADA

Por la mañana, como resultado de ciertas observaciones hechas sobre la mierda de los sujetos destinados a las lubricidades, se decidió que convenía ensayar una cosa de la que la

Duelos había hablado en sus narraciones: me refiero a la supresión del pan y de la sopa en todas las mesas, excepto en la de los señores. Esos dos objetos fueron suprimidos; en cambio se dobló la ración de aves y de caza. No tardaron ni ocho días en darse cuenta de una diferencia esencial en los excrementos; eran más blandos, más suaves, de una delicadeza infinitamente mayor, y se apreció que el consejo de d'Aucourt a la Duelos era el de un libertino verdaderamente consumado en tales materias. Se pretendió que acaso resultaría de ello una cierta alteración en los alientos.

- ¡Eh! ¡Qué importa! -replicó Curval, a quien el duque hacía la objeción-; es un error decir que para dar placeres es necesario que la boca de una mujer o de un muchacho esté absolutamente sana. Hagamos a un lado toda manía, os concederé tanto como queráis que aquel que quiere una boca hedionda sólo obra por depravación, pero concededme por vuestra parte que una boca sin el más mínimo olor no da ninguna clase de placer al besarla. Es necesario siempre que haya cierta sal, algo de picante en esos placeres, y ese picante sólo se encuentra en un poco de suciedad. Por muy limpia que esté la boca, el amante que la chupa comete ciertamente una cochinada y no se da cuenta de que es precisamente esta cochinada lo que le complace. Dad al impulso un grado más de fuerza y querréis que aquella boca tenga algo de impuro. Que no huela a podredumbre o a cadáver, está bien, pero que solamente tenga olor a leche o a niños, esto es lo que afirmo que no debe ser. Así, el régimen que imponemos tendrá cuanto más el inconveniente de alterar un poco sin corromper, y es todo lo que se requiere.

Las visitas de la mañana no rindieron nada.., todos se cuidaban. Nadie pidió permiso para ir al retrete, y se sentaron a la mesa. Adélaïde, que servía, a quien Durcet solicitó que echase un pedo en una copa de champaña, no pudo hacerlo y al instante fue inscrita en el libro fatal por aquel bárbaro marido que desde el principio de la semana no hacía sino buscar la ocasión de hallarla en falta.

Pasaron al café; estaba servido por Cupidon, Giton, Michette y Sophie, el duque jodió a Sophie entre los muslos mientras la hacía cagar en su mano y se embarraba la cara con ello, el obispo hizo lo mismo con Giton y Curval con Michette, en cuanto a Durcet, metió el miembro en la boca de Cupidon después de hacerlo cagar. No hubo eyaculaciones y, hecha la siesta, fueron a escuchar a la Duelos.

> Un hombre a quien no habíamos visto aún -dijo esa amable mujer- vino a proponernos una ceremonia bastante singular: se trataba de amarrarlo al tercer peldaño de una escalera doble; se le ataban los pies a este tercer peldaño el cuerpo donde quedase y las manos, levantadas, en lo más alto de la escalera. Estaba desnudo en aquella posición. Había que flagelarlo con toda la fuerza del brazo y con el mango de las varas, cuando las puntas se habían gastado. Estaba desnudo, no era necesario tocarlo en absoluto, tampoco él mismo se tocaba, pero al cabo de cierta dosis su monstruoso instrumento se levantaba como un resorte, se lo veía danzar entre los escalones como el badajo de una campana y poco después, impetuosamente, lanzaba su semen al centro de la habitación. Se le desataba, pagaba, y todo había terminado.
>
> Nos mandó al día siguiente a uno de sus amigos a quien había que picotear el pito y los cojones, las nalgas y los muslos, con una aguja de oro. No descargaba hasta que estaba todo ensangrentado. Yo misma lo despaché y, como me decía continuamente que pinchase con más fuerza, fue al hundirle la aguja casi hasta la cabeza en el glande cuando vi caer su semen sobre mi mano. Cuando lo soltaba se abalanzó sobre mi boca, que chupó prodigiosamente, y se acabó.

El tercero, también conocido de los dos primeros, me ordenó que lo flagelase con cardos en todas las partes del cuerpo indistintamente. Lo dejé sangrando; se miró en un espejo y sólo al verse en aquel estado soltó su semen, sin tocar nada, sin manosear nada, sin exigirme nada de mí.

Aquellos excesos me divertían mucho y gozaba de una secreta voluptuosidad al servirlos; asimismo, todos los que se entregaban a ellos estaban encantados conmigo. Fue más o menos en la época de' aquellas tres escenas cuando un señor danés, quien me fue enviado para diferentes sesiones de placer que no son de mi competencia, cometió la imprudencia de venir a mi casa con diez mil francos en diamantes, igual cantidad en alhajas y quinientos luises de plata constantes y sonantes. La presa era demasiado buena para dejarla escapar; entre Lucile y yo robamos al gentilhombre hasta el último céntimo. Quiso denunciarme, pero como yo sobornaba cuantiosamente a la policía y en aquellos tiempos con oro se hacía de ella lo que se quería, el gentilhombre recibió la orden de callarse y sus efectos me pertenecieron, menos algunas alhajas que debía ceder a los oficiales para gozar tranquilamente del resto. Nunca me había sucedido cometer un robo sin que al día siguiente me ocurriera algo dichoso; esta buena suerte fue un nuevo cliente, pero uno de esos clientes diarios que se pueden considerar como la mejor tajada de una casa.

Era un viejo cortesano que, cansado de los homenajes que recibía en el palacio de los reyes, gustaba de ir a cambiar de papel entre las putas. Quiso empezar conmigo; yo debía hacerle recitar su lección y a cada falta que cometía era condenado a arrodillarse y a recibir ya en la mano, ya en el trasero fuertes azotes con una férula de cuero como la que emplean los maestros en la clase. Me correspondía darme cuenta de cuándo estaba excitado; entonces me apoderaba de su pito y lo sacudía diestramente mientras lo regañaba, llamándolo pequeño libertino, pequeño malvado y otras invectivas infantiles que lo hacían eyacular voluptuosamente. Cinco veces a la semana debía ejecutarse semejante ceremonia en mi casa, pero siempre con una nueva muchacha bien instruida, y yo recibía por ello veinticinco luises al mes.

Conocía tantas mujeres en París, que me fue fácil prometerle lo que pedía y cumplirlo; durante diez años tuve en mi pensión a aquel encantador colegial, quien hacia aquella época se decidió por ir a tomar otras lecciones al infierno.

Sin embargo, yo aumentaba en años y, aunque mi cara era del tipo que se conserva, empezaba a darme cuenta de que ya no era por capricho por lo que los hombres querían tratar conmigo. No obstante, tenía aún buenos clientes, a pesar de mis treinta y seis años, y el resto de las aventuras en que tomé parte ocurrieron para mí entre aquella edad y los cuarenta.

A pesar, digo, de mis treinta y seis años, el libertino cuya manía voy a contaros para terminar esta velada no quiso tratar con nadie más que conmigo. Era un cura de unos sesenta años, pues yo nunca recibía sino a personas de cierta edad, y cualquier mujer que quiera hacer fortuna en nuestra profesión me imitará sin duda en esto. El santo hombre llegó y, en cuanto estuvimos juntos, me pidió que le dejase ver mis nalgas.

-He aquí el culo más hermoso del mundo -me dijo-. Pero, desgraciadamente, no será el que me procure la pitanza que voy a devorar. Toma -dijo, poniéndome sus nalgas entre las manos-: aquí tienes el que me la procurará... Hazme cagar, por favor.

Cogí un orinal de porcelana que coloqué sobre mis rodillas, el cura se puso a la altura conveniente, yo le apreté el ano, lo entreabrí y le proporcioné, en una palabra,

todas las diferentes agitaciones que imaginé que habrían de apresurar su evacuación. Esta tiene lugar, una cagada enorme llena el recipiente, se lo ofrezco al libertino, se abalanza, lo agarra, devora y eyacula al cabo de un cuarto de hora de la más violenta azotaina propinada por mí sobre aquellas mismas nalgas que acaban de poner un huevo tan hermoso. Todo era tragado; había acompasado tan bien su tarea que su eyaculación no se producía hasta el último bocado. Durante todo el tiempo en que lo había azotado, no había dejado de excitarlo con frases así;

-Vamos, bribonzuelo -le decía-, cochinito; ¿puedes comer de esta manera? ¡Ah! Voy a enseñarte, picaruelo, a entregarte a tales infamias.

Y con estos procedimientos y estas palabras era como el libertino llegaba al colmo del placer.

Aquí, antes de cenar, Curval quiso ofrecer al grupo el espectáculo real del que la Duelos sólo había presentado la pintura. Llamó a Fanchon, ésta lo hizo cagar y el libertino lo devoró mientras esa vieja bruja lo azotaba con todas sus fuerzas. Como aquella lubricidad calentó las cabezas, por todas partes reclamaron mierda y entonces Curval, que no había eyaculado, mezcló su cagada con la de Thérèse, a quien hizo cagar inmediatamente.

El obispo, acostumbrado a servirse de los goces de su hermano, hizo lo mismo con la Duelos, el duque con Marie y Durcet con Louison. Era atroz, inaudito, lo repito, servirse de una viejas zorras como aquéllas, cuando tenían a sus órdenes objetos tan bonitos; pero, ya se sabe, la saciedad nace en el seno de la abundancia y en medio de las voluptuosidades uno se deleita con los suplicios.

Realizadas aquellas cochinadas que sólo costaron una descarga, la del obispo, fueron a sentarse a la mesa. Ya puestos a hacer porquerías, sólo quisieron en las orgías a las cuatro viejas y las cuatro narradoras, y despidieron al resto. Se dijo tanto, se hizo tanto, que al fin todo el mundo se marchó y nuestros libertinos fueron a acostarse solamente en los brazos del agotamiento y la embriaguez.

VIGESIMA JORNADA

La noche anterior había sucedido algo muy divertido: el duque, enteramente borracho, en vez de irse a su habitación, se había metido en la cama de la joven Sophie y, a pesar de lo que pudo decirle ésta, que sabía muy bien que lo que él hacía iba contra las reglas, no renunció, siguiendo afirmando que estaba en su cama con Aline, quien debía ser su mujer para la noche. Pero como con Aline podía tomarse ciertas libertades que le estaban aún prohibidas con Sophie, cuando quiso colocarla en posición para divertirse a su modo y la pobre niña, a quien no se había hecho todavía nada semejante, sintió la enorme cabeza del pito del duque golpear en la puerta estrecha de su joven trasero y tratar de derribarla, la pobre pequeña se puso a lanzar gritos horrendos y escapó, completamente desnuda, hacia el centro de la habitación. El duque la siguió blasfemando como un diablo, confundiéndola todavía con Aline. - ¡Maldita! -le decía-. ¿Acaso es la primera vez? Creyendo atraparla en su huida, cayó sobre la cama de Zelmire, que confundió con la suya y besó a la muchacha pensando que Aline había entrado en razón. El mismo procedimiento con ésta que con la otra, pues decididamente el duque quería lograr sus fines; pero cuando Zelmire se dio cuenta del proyecto, imitó a su compañera, lanzó un grito terrible y escapó.

Sin embargo, Sophie, que había sido la primera en escapar, al comprender que no había

otro medio de poner orden en la situación más que yendo en busca de luz Y de alguien con los sentidos calmados que pudiese acudir a poner todo en orden había ido al encuentro de la Duclos. Pero ésta, que en las orgías se había emborrachado como una bestia, estaba tumbada, casi sin conocimiento, en mitad de la cama del duque, y no pudo hacer nada. Desesperada y sin saber a quién recurrir en aquella circunstancia, mientras todas sus compañeras pedían auxilio, se atrevió a entrar en el aposento de Durcet, que estaba acostado con Constance, su hija, y le dijo lo que sucedía. Constance se arriesgó a levantarse, a pesar de los esfuerzos que hacía Durcet, borracho, para retenerla, diciéndole que quería descargar; cogió una vela y fue a la habitación de las muchachas: las encontró a todas en camisa en medio de la estancia y al duque persiguiéndolas una tras otra convencido de que era siempre la misma, a la que tomaba por Aline, de la que decía que aquella noche era bruja. Por fin Constance le hizo ver su error, le rogó que le permitiera conducirlo a su alcoba donde encontraría a Aline muy sumisa a todo lo que él quisiera exigirle y el duque, quien enteramente borracho y de muy buena fe no tenía otro propósito en realidad que el de dar por el culo a Aline, se dejó llevar; esa hermosa joven lo recibió y se acostaron; Constance se retiró y volvió la calma al aposento de las muchachas.

Durante todo el día siguiente se rieron mucho de esa aventura nocturna y el duque pretendía quE si, desgraciadamente, en tal caso hubiese destruido una virginidad, no hubiera incurrido en multa porque estaba borracho; le aseguraron que estaba equivocado y que efectivamente la habría pagado.

Se desayunó como de ordinario en el aposento de las sultanas, las cuales confesaron todas que habían tenido un miedo terrible. Sin embargo, a pesar de la revolución no se descubrió ninguna falta; también entre los muchachos todo estaba en orden, y como ni la comida ni el café ofrecieron nada extraordinario, se pasó al salón de historia, donde la Duelos, bien repuesta de sus excesos de la víspera, divirtió aquella noche a la asamblea con los cinco relatos siguientes:

> Fui también yo -dijo-, señores, quien sirvió en la cita que voy a contaras. Se trataba de un médico; su primer cuidado fue visitar mis nalgas y, como las encontró soberbias, pasó más de una hora sin hacer otra cosa que besarlas. Por fin, me confesó sus pequeñas debilidades: yo debía cagar; ya lo sabía y me había preparado en consecuencia. Llené un orinal de porcelana blanca que utilizaba para tales menesteres. En cuanto se vio dueño de mi cagada, se abalanzó y la devoró; apenas empezó, me armé de un vergajo -tal era el instrumento con el que había que acariciarle el trasero-, lo amenacé, le pegué, le eché en cara las infamias a que se entregaba, y el libertino, sin escucharme, mientras tragaba, eyaculó y escapó con la rapidez del rayo después de echar un luis sobre la mesa.
>
> Poco después puse a otro en las manos de Lucile, a quien no costó poco hacerlo descargar. En primer lugar era necesario queda cagada que se le presentaba fuese de una vieja mendiga y, para convencerlo, la vieja estaba obligada a obrar ante él. Le llevé una de setenta años, llena de úlceras y de erisipela, que desde hacía quince años no tenía ya ningún diente en sus encías. "Está bien, es excelente -dijo-, así es como las quiero". Luego se encerró con Lucile y la cagada, y esta muchacha, tan diestra como complaciente, debía excitarlo a comerse aquella mierda infame. El la olía, la miraba, la tocaba, pero le costaba mucho decidirse. Entonces Lucile, recurriendo a los grandes medios, pone la pala en el fuego, la retira completamente roja y le anuncia que le quemará las nalgas para decidirlo a lo que le exige si no lo hace

inmediatamente. Nuestro hombre se estremece, intenta una vez más: la misma repugnancia. Entonces Lucile, sin más miramientos, le baja los pantalones, expone un asqueroso culo todo marcado, todo excoriado por operaciones semejantes y le asa ligeramente las nalgas. El disoluto lanza un juramento, Lucile repite, acaba por quemarlo fuertemente en medio del trasero, el dolor lo decide por fin, toma un bocado, ella vuelve a excitarlo con nuevas quemaduras, y al fin todo es tragado. Aquel fue el instante de su eyaculación, y he visto pocas más violentas; profirió gritos, se revolcó por el suelo; le creí loco o con un ataque de epilepsia. Encantado de nuestras buenas maneras, el libertino me prometió ser cliente, pero con la condición de darle siempre la misma mujer y siempre diferentes viejas.

--Cuanto más repugnantes sean -me dijo-, mejor te las pagaré. No te imaginas -añadió- hasta dónde llega mi depravación en esto; casi no me atrevo a admitirlo yo mismo.

Sin embargo, uno de sus amigos, que me envió al día siguiente, a mi parecer, llegaba mucho más lejos que él, pero con la única diferencia de que en vez de asarle las nalgas había que golpeárselas con unas pinzas enrojecidas al fuego, con esta única diferencia, digo, necesitaba la cagada del más viejo, más sucio y más repugnante de todos los mozos de cuerda. Para esta operación, le gustó enormemente un viejo criado de ochenta años que teníamos en la casa desde hacía una inmensidad de tiempo, y se tragó deliciosamente su cagada caliente mientras Justine lo apaleaba con unas pinzas que casi no se podían tocar por lo ardientes. Y además había que pellizcarle con ellas grandes trozos de carne y asárselos casi.

Otro se hacía pinchar las nalgas, el vientre, los cojones y el pito con una gran lezna de zapatero remendón, aproximadamente con las mismas ceremonias, es decir, hasta que se comía los excrementos que yo le presentaba en un orinal sin que quisiera saber de quién eran.

Uno no se imagina, señores, hasta dónde llevan los hombres su delirio en el fuego de su imaginación. ¿No vi a uno que, siempre según los mismos principios, exigía que yo lo apalease con grandes bastonazos en las nalgas hasta que se hubiese comido los excrementos que hacía sacar, en su presencia, de la fosa del retrete?; y su pérfida eyaculación no manaba en mi boca hasta que había devorado aquel fango impuro.

-Todo se comprende -dijo Curval, palpando las nalgas de la Desgranges-; estoy persuadido de que se puede llegar todavía más lejos.

-¿Más lejos? -dijo el duque, quien manoseaba con cierta fuerza el trasero desnudo de Adélaïde, su mujer del día-. ¿Y qué diablos quieres que se haga?

- ¡Algo peor! -dijo Curval-. ¡Algo peor! Opino que nunca se ha hecho lo suficiente en todas esas cosas.

-Yo pienso como él -dijo Durcet, a-quien Antinoüs daba por el culo- y siento que mi cabeza refinaría más aún todas esas cochinadas.

-Apuesto a que sé lo que Durcet quiere decir -dijo el obispo, que todavía no actuaba.

-¿Y qué diablos es, pues? -dijo el duque.

Entonces el obispo se levantó, habló en voz baja a Durcet, quien dijo que así era, y fue a repetirlo a Curval, quien exclamó: - ¡Eh! Sí, verdaderamente. Y al duque, quien exclamó: -Ah, joder! Nunca se me hubiera ocurrido ésta. Como aquellos señores no se explicaron más, nos ha sido imposible saber a qué se referían. Y si lo supiéramos, creo que haríamos bien, por

pudor, en mantenerlo bajo un velo, pues hay muchas cosas que sólo deben indicarse, ya que una prudente circunspección lo exige; se podrían encontrar oídos castos, y estoy infinitamente persuadido de que el lector nos agradece ya toda la prudencia que empleamos con él; cuanto más avanzaremos, más dignos nos haremos a este respecto, de sus más sinceros elogios, esto podemos ya casi asegurarlo. En fin, dígase lo que se quiera, cada uno tiene que salvar su alma, y qué castigo, en este mundo y en el otro, no merece aquel que sin ninguna moderación se complace, por ejemplo, en divulgar todos los caprichos, todos los gustos, todos los horrores secretos a que están sujetos los hombres en el fuego de su imaginación; esto sería revelar ciertos secretos que deben permanecer ocultos para la dicha de la humanidad; sería emprender la corrupción general de las costumbres y precipitar a nuestros hermanos en Jesucristo a todos los extravíos a que podrían llevar semejantes cuadros; y Dios, que ve el fondo de nuestros corazones, ese Dios poderoso que ha creado el cielo y la tierra y que ha de juzgarnos un día, sabe si desearíamos tener que oírle reprocharnos tales crímenes.

Se terminaron algunos horrores ya empezados; Curval, por ejemplo, hizo cagar a Desgranges, los otros hicieron la misma cosa con diferentes sujetos o bien otras cosas que no eran mejores, y se pasó a la cena. Durante las orgías, Duelos, que había oído a los señores disertar sobre la nueva dieta indicada antes, y cuyo objeto era hacer más abundante y más delicada la mierda, les dijo que en aficionados como ellos la asombraba ver que ignoraban el verdadero secreto de conseguir cagadas muy abundantes y muy delicadas. Interrogada sobre la manera en que debía hacerse, dijo que el único modo era el de provocar de inmediato una ligera indigestión al sujeto, no haciéndole comer cosas contrarias o malsanas, sino obligándolo a comer precipitadamente fuera de las horas de sus comidas. Aquella misma noche se hizo la experiencia: fueron a despertar a Fanny, de la que no se habían preocupado y que había ido a acostarse después de la cena, la obligaron a comerse inmediatamente cuatro grandes bizcochos y, a la mañana siguiente, proporcionó una de las más grandes y más bellas cagadas que se hubiesen conseguido hasta entonces. Por lo tanto, fue adoptado aquel sistema, con la condición, sin embargo, de no dar pan, lo que la Duelos aprobó y que no podía menos de mejorar los frutos que produciría el otro secreto. No pasó día sin que se produjeran así medias indigestiones alas muchachas y a los lindos muchachitos, y lo que se obtuvo de ello no puede ni imaginarse. Lo digo de paso, a fin de que si algún aficionado quiere emplear este secreto pueda estar bien seguro de que no hay otro mejor.

Como el resto de la velada no produjo nada extraordinario, fueron a dormir para prepararse a celebrar, al día siguiente, las bodas brillantes de Colombe y Zélamir, que debían constituir la celebración de la fiesta de la tercera semana.

VIGESIMO PRIMERA JORNADA

Desde la mañana se ocuparon de aquella ceremonia, según lo acostumbrado, pero no sé si fue hecho adrede o no, pero la joven desposada resultó culpable a primera hora de la mañana. Durcet aseguró que había encontrado mierda en su orinal; ella se defendió, dijo que, para hacerla castigar, la vieja había ido a hacer aquello, y que a menudo les hacían esas trampas cuando tenían ganas de castigarlas. A pesar de lo que dijo, no fue escuchada y, puesto que su maridito estaba ya en la lista, se divirtieron mucho con el placer de corregirlos a ambos.

Sin embargo, los jóvenes esposos fueron conducidos con gran pompa, después de la misa, al gran salón de recepciones donde debía completarse la ceremonia antes de la hora de

la comida; eran ambos de la misma edad, y la muchacha, desnuda, fue entregada a su marido, a quien se le permitía hacer con ella lo que quisiese. Nada es tan elocuente como el ejemplo; era imposible recibirlos peores y más contagiosos. El joven salta disparado sobre su mujercita y, puesto que tenía una erección muy fuerte, aunque no descargase todavía, la habría enfilado inevitablemente; pero por muy ligera que hubiese sido la brecha, los señores ponían toda su gloria en evitar que nada alterase a aquellas tiernas flores que sólo ellos querían coger. Por lo cual el obispo, deteniendo el entusiasmo del joven, se aprovechó de la erección y se hizo meter en el culo el instrumento ya muy bonito y muy formado con el que Zélamir iba a enfilar a su joven mitad. ¡Qué diferencia para aquel muchacho, Y qué diferencia entre el culo tan ancho del viejo obispo y el joven coño estrecho de una virgencita de trece años! Pero se trataba de gente con la que no se podía razonar.

Curval se apoderó de Colombe y la jodió entre los muslos por delante mientras le lamía los ojos, la boca, las ventanas de la nariz y toda la cara. Sin duda durante aquel tiempo se le hizo algún favor, pues eyaculó, y Curval no era hombre para perder su semen en tales ingenuidades.

Se comió, los dos esposos fueron admitidos al café como lo habían sido a la comida, y este café fue servido aquel día por la élite de los sujetos; quiero decir por Augustine, Zelmire, Adonis y Zéphyr. Curval, que quería tener otra erección, exigió absolutamente algo de mierda y Augustine le soltó la más bella cagada que pueda hacerse. El duque se hizo chupar por Zelmire, Durcet por Colombe y el obispo por Adonis. Este último, cuando hubo despachado al obispo, se cagó en la boca de Durcet. Pero nada de semen; éste se hacía más raro, no se habían contenido al principio y, puesto que se sentía la extrema necesidad que se tendría de él hacia el fin, ahora lo ahorraban. Se pasó al salón de historia, donde la bella Duelos, invitada a mostrar su trasero antes de empezar, después de haberlo expuesto libertinamente a los ojos de la reunión, reanudó así el hilo de su discurso:

> Otro rasgo de mi carácter, señores --dijo esa bella mujer-, tras el cual, cuando os lo haya hecho conocer suficientemente, tendréis a bien juzgar lo que os ocultaré en lo que os haya dicho, y dispensarme de hablaros más de mí.
>
> La madre de Lucile acababa de, caer en una miseria espantosa y fue por un azar extraordinario como aquella encantadora muchacha, que no había tenido noticias de su madre desde que se había escapado de su casa, se enteró de la desdichada situación: una de nuestras alcahuetas, que estaba al acecho de una muchacha que uno de mis clientes me pedía con la misma intención que el marqués de Mesanges cuando me pidió una, es decir, comprarla para no volver a saber yo nada de ella, una de nuestras alcahuetas, digo, vino a comunicarme, cundo yo estaba en la cama con Lucile, que había encontrado a una niña de quince años, indudablemente virgen, extremadamente bonita y que se hallaba en tal estado de miseria que habría que tenerla algunos días engordándola antes de venderla. Entonces hizo la descripción de la vieja con quien había encontrado a la muchacha, y del estado de espantosa indigencia en que se hallaba aquella madre. Por sus características, por los detalles de la edad y de la cara, por todo lo que se refería a la niña, Lucile tuvo el presentimiento secreto de que podría muy bien tratarse de su madre y su hermana. Sabía que ésta había quedado de corta edad con su madre cuando ella se fugó, y me pidió permiso para ir a comprobar sus sospechas.
>
> Mi espíritu infernal me sugirió entonces un pequeño horror cuyo efecto encendió tan profundamente mi físico que, sin poder calmar el ardor de mis sentidos, hice salir

inmediatamente a nuestra alcahueta y empecé por rogar a Lucile que me masturbase. Luego, deteniéndome en medio de la operación:

-¿Para qué quieres ir a casa de esa vieja -le dije- y cuál es tu propósito?

-¡Eh! -dijo Lucile, que no se había apoderado todavía de mi corazón-. Pues... aliviarla, si puedo, y principalmente si es mi madre.

- ¡Imbécil! -le repliqué, rechazándola-. Vete a sacrificarte tú sola ante tus indignos prejuicios populares y pierde, al no atreverte a desafiarlos, la más bella ocasión de irritar tus sentidos por medio de un horror que te hará descargar durante diez años...

Lucile, asombrada, me miró, y entonces comprendí que había que explicarle una filosofía que estaba muy lejos de entender. Lo hice, le hice comprender cuán viles son los lazos que nos encadenan a los autores de nuestros días; le demostré que una madre, por habernos llevado en su seno, en vez de merecer de nuestra parte algún agradecimiento, sólo merece el odio, puesto que sólo para su placer y a riesgo de exponernos a todas las desdichas que podían caemos encima en el mundo, nos había, no obstante, dado la vida, con la única intención de satisfacer su brutal lujuria. Añadí a eso todo lo que se podía decir para exponer este sistema que dicta el buen sentido y que aconseja el corazón cuando no está absorbido por los prejuicios de la infancia.

-¿Y qué te importa -añadí- que esa criatura sea feliz o desdichada? ¿Sufres tú algo por su situación? Aparta estos lazos viles cuyo absurdo acabo de probarte y entonces, cuando aisles completamente a esa criatura, cuando la separes completamente de ti, verás que no solamente su infortunio ha de serte indiferente, sino que el aumentarlo puede llegar a ser muy voluptuoso. Pues al fin le debes odio, esto queda demostrado, y te vengas; cometes lo que los tontos llaman una mala acción, y sabes el poder que siempre ejerció el crimen sobre todos los sentidos. He aquí, pues, dos motivos de placer en los ultrajes que quiero que hagas: las delicias de la venganza y las que se saborean siempre al hacer el mal.

Sea que aplicase con Lucile más elocuencia de la que empleo aquí para exponeros el hecho, sea que su espíritu, ya muy libertino y muy corrompido, advirtiese inmediatamente a su corazón de la voluptuosidad que contenían mis principios, el caso es que los saboreó y vi colorearse sus hermosas mejillas con esa llama libertina que no deja nunca de aparecer cada vez que se rompe un freno.

- ¡Bueno! -me dijo-. ¿Qué hay que hacer?

-Divertirnos con eso -le contesté-, y sacar dinero; en cuanto al placer, lo tienes seguro, puesto que puedo hacer que tu vieja madre y tu hermana sirvan para dos diferentes arreglos que nos resultarán muy lucrativos.

Lucile acepta, yo la masturbo para excitarla mejor aún al crimen, y ya no nos ocupamos más que de los arreglos. Trataré ante todo de detallaras el primer plan, puesto que forma parte de la clase- de gustos que tengo que relataros, aunque lo separe un poco de su lugar para seguir el orden de los acontecimientos, y cuando conozcáis esta primera rama de mis proyectos, os enteraré de la segunda.

Había un hombre de la buena sociedad, muy rico, de mucha influencia y de un desenfreno de espíritu que va más allá de todo lo que pueda decirse. Puesto que yo sólo lo conocía bajo el título de conde, os parecerá bien, aunque pueda estar enterada de su nombre, que os lo designe solamente con ese título. El conde se hallaba en toda la plenitud de las pasiones, más de treinta y cinco años, sin fe, sin ley, sin dios, sin religión y, sobre todo, dotado, como vosotros, señores, de un horror invencible por lo que se denomina sentimiento de la caridad; decía que era más fuerte que él el

comprenderla y que no admitía que se pudiese imaginar un ultraje a la naturaleza hasta el punto de perturbar el orden que ella ha puesto en las diferentes clases de sus individuos, elevando a uno, por medio de auxilios, en lugar de otro, y empleando en esos auxilios absurdos e indignantes las sumas que uno podría emplear mucho más agradablemente en sus placeres. Imbuido de esos sentimientos, no se limitaba a esto; no sólo encontraba un goce real en la negativa del auxilio, sino que incluso mejoraba este goce con ultrajes al infortunio. Una de sus voluptuosidades, por ejemplo, consistía en hacerse buscar con cuidado esos asilos tenebrosos donde la indigencia hambrienta come del modo que puede un pan regado 'con sus lágrimas y debido a sus trabajos. Se le empalmaba no sólo yendo a gozar de la amargura de tales lágrimas, sino hasta... hasta aumentando la fuente de ellas y arrancando si podía aquel desdichado sostén de la vida de los infortunados. Y ese gusto no era una fantasía, era un furor; no había para él, decía, delicias más intensas, nada podía irritar e inflamar tanto su alma como aquellos excesos. No era, según me aseguró un día, el fruto de la depravación, desde la infancia estaba poseído por esa extraordinaria manía y su corazón, perpetuamente endurecido ante los plañideros acentos de la desgracia, no había concebido jamás sentimientos más dulces.

Como es esencial que conozcáis al sujeto, debéis saber ante todo que el mismo hombre tenía tres pasiones diferentes: la que voy a contaros, una que os explicará la Martaine, recordándoos al individuo por su título, y una más atroz aún que la Desgranges os reservará sin duda para el final de sus relatos, como seguramente una de las más fuertes que tendrá para contaros. Pero empecemos por lo que me concierne.

En cuanto hube avisado al conde sobre el infortunado albergue que le había descubierto y las posibilidades que ofrecía, saltó de alegría. Pero como negocios de la mayor importancia para su fortuna y su progreso que descuidaba tanto menos cuanto que veía en ellos una especie de apoyo a sus extravíos, como sus negocios, digo, iban a ocuparlo casi quince días y no quería perderse a la niña, prefirió perder algo del placer que se prometía con la primera escena y asegurarse la segunda. En consecuencia, me ordenó hacer raptar inmediatamente a la niña al precio. que fuese y entregarla en la dirección que me indicó. Y, para no manteneros por más tiempo en suspenso, señores, os diré que aquella dirección era la de la Desgranges, quien le proveía para sus terceras juergas secretas. Luego fijamos el día.

Entretanto, fuimos al encuentro de la madre de Lucile, tanto Para preparar el reconocimiento con su hija como para buscar el modo de raptar a su hermana. Lucile, bien instruida, sólo reconoció a su madre para insultarla, decirle que era la causa de que ella se hubiese entregado al libertinaje y mil otras frases parecidas que desgarraban el corazón de aquella pobre mujer y le empañaban todo el placer que le daba el reencuentro con su hija. Creí que en ese principio estaba mi ocasión e hice ver a la madre que después de haber retirado del libertinaje a su hija mayor me ofrecía para salvar a la segunda. Pero el ardid no tuvo éxito, la desgraciada lloró y dijo que por nada del mundo se le arrebataría el único socorro que le quedaba en su segunda hija, que era vieja, inválida, que recibía los cuidados de la niña y que privarla de ella sería arrancarle la vida. Aquí, lo confieso con vergüenza, señores, pero sentí en el fondo de mi corazón un pequeño impulso que me hizo comprender que mi voluptuosidad se acrecentaría a partir del refinamiento de horror que en este caso iba a poner en mi crimen y, después de haber advertido a la vieja que a los pocos días su

hija iría a hacerle una segunda visita con un hombre influyente que podría prestarle grandes servicios, nos retiramos y sólo me ocupé en emplear mis recursos ordinarios para apoderarme de aquella joven muchacha. La había examinado bien, valía la pena: quince años, un lindo talle, un cutis bellísimo y rasgos muy bonitos. Tres días después llegó y, tras haberla examinado por todas las partes de su cuerpo y no haber encontrado en él nada que no fuese encantador, bien formado y lozano, a pesar de la mala nutrición a que estaba condenada desde hacía tanto tiempo, la hice pasar a manos de la señora Desgranges, con quien tenía tratos por primera vez en mi vida.

Nuestro hombre regresó por fin de sus negocios; Lucile lo llevó a casa de su madre y es ahora cuando empieza la escena que debo pintaros. Encontraron a la vieja madre en la cama, sin fuego, aunque a la mitad de un invierno muy frío, cerca de la cama tenía una taza de madera con un poco de leche, dentro de la cual se orinó el conde en cuanto entró. Para impedir toda especie de intromisión y ser completamente dueño del reducto, el conde había situado en la escalera a dos grandes bribones que tenía a sueldo, los cuales deberían oponerse enérgicamente a toda subida o bajada fuera de lugar.

-Vieja bribona -le dijo el conde-, venimos con tu hija, aquí presente, la cual, a fe mía, es una puta muy bonita, venimos, vieja bruja para aliviar tus males, pero tienes que describírnoslos. Vamos -dijo, sentándose y empezando a palpar las nalgas de Lucile-, vamos, detállanos tus sufrimientos.

- ¡Ay! -exclamó la buena mujer-. Viene usted con esta zorra más bien para insultarlos que para aliviarlos.

-Zorra -dijo el conde-, ¿te atreves a insultar a tu hija?

Vamos -añadió, levantándose y arrancando a la vieja de su camastro-, fuera de la cama inmediatamente y pídele perdón de rodillas por el insulto que acabas de dirigirle.

No había manera de resistirse.

-Y tú, Lucile, levántate las faldas, haz que tu madre te bese las nalgas, que yo esté bien seguro de que las besa y que la reconciliación se establezca.

La insolente Lucile frotó su culo contra el viejo rostro de su pobre madre. Colmándola de inconveniencias, el conde le permitió a la vieja volver a acostarse y reanudó la conversación. "Te repito una vez más -continuó-, que si me cuentas todas tus aflicciones las aliviaré. Soy un verdadero maestro en eso".

Los desgraciados creen todo lo que se les dice, les gusta lamentarse; la vieja expresó todo lo que sufría y se quejó sobre todo amargamente de que le hubieran robado a la hija, acusando enérgicamente a Lucile de saber dónde estaba, ya que la dama con quien había venido a verla hacía poco tiempo le había propuesto encargarse de ella y deducía de esto, con bastante razón, que aquella dama era quien la había raptado. No obstante, el conde, frente al culo de Lucile, a quien había hecho quitarse las faldas, besando de cuando en cuando aquel hermoso culo y masturbándose escuchaba, interrogaba, pedía detalles y regulaba todos los estremecimientos de su pérfida voluptuosidad según las respuestas que oía. Pero cuando la vieja dijo que la ausencia de su hija, que con su trabajo le procuraba de qué vivir, la conduciría insensiblemente a la tumba, ya que carecía de todo y desde hacía cuatro días sólo se sostenía con aquel poco de leche que acababan de malograrle:

-¡Y bien, zorra! -dijo, mientras dirigía su semen sobre la anciana y continuaba apretando con fuerza las nalgas de Lucile-. ¡Y bien! ¡Reventarás, puta, la desdicha no

será muy grande!

Y al acabar de soltar su esperma:

-Si esto sucede -añadió- habrá una sola y única cosa que tendré que lamentar, que es no precipitar yo mismo ese instante.

Pero no todo se había dicho, el conde no era hombre para calmarse con una eyaculación; Lucite, que representaba su papel, en cuanto él hubo terminado se ocupó de que la vieja no viese sus maniobras y el conde, que hurgaba por todas partes, se apoderó de un vaso de plata, único resto del pequeño bienestar de que había gozado en otro tiempo aquella infeliz, y se lo metió en el bolsillo. Aquel doble ultraje le produjo nueva erección, sacó a la vieja de la cama, la desnudó y le ordenó a Lucile que lo masturbase sobre el cuerpo marchito de la vieja matrona. No hubo más remedio que soportar esto también, y el malvado disparó su semen sobre aquella carne vieja, mientras redoblaba sus injurias y decía a la pobre desgraciada que podía estar segura de que no se contentaría con aquello y que pronto tendría noticias suyas y de su hijita, de la cual le hacía saber que estaba en sus manos. Acompañó aquella última eyaculación con transportes de lujuria vivamente inflamados por los horrores que su pérfida imaginación le hacía ya concebir sobre aquella desdichada familia, y salió. Pero a fin de no tener que volver a hablar de este asunto, escuchad, señores, hasta qué punto colmé la medida de mi maldad. El conde, al ver que podía tener confianza en mí, me instruyó sobre la segunda escena que preparaba para la vieja y su hijita, me dijo que debía entregársela inmediatamente y que, además, puesto que quería reunir a toda la familia, le cediese también a Lucile, cuyo hermoso cuerpo lo había conmovido intensamente y cuya pérdida no me lo ocultó, proyectaba, así como la de las otras dos.

Yo quería a Lucile, pero amaba todavía más el dinero, y como el conde me pagaba un precio exorbitante por aquellas tres criaturas, consentí en todo. Cuatro días después, Lucile, su hermanita y la anciana madre estuvieron reunidas; le corresponderá a la señora Desgranges explicaros de qué modo. Por mi parte, reanudo el hilo de mis relatos interrumpido por esta anécdota que hubiera debido contaros al final de mis narraciones, como una de las más fuertes.

-Un momento -dijo Durcet-, no escucho esas cosas con sangre fría; tienen un poder sobre mí que sería difícil describir. Estoy reteniendo mi semen desde la mitad del relato, aceptad que lo pierda.

Y se precipitó a su gabinete con Michette, Zélamir, Cupidon, Fanny, Thérèse y Adélaïde; al cabo de unos minutos se le oyó aullar y Adélaïde volvió llorando y diciendo que era desgraciada por el hecho de que calentaran todavía más la cabeza de su marido con relatos como aquéllos, y que la que debería ser la víctima era aquella misma que los contaba. Durante aquel tiempo, el duque y el obispo no habían perdido el tiempo, pero como la manera en que habían obrado era también de aquellas que las circunstancias nos obligan a velar, rogamos a nuestros lectores que tengan a bien permitirnos bajar la cortina y pasar inmediatamente a los cuatro relatos que le quedaban por exponer a la Duclos para terminar su vigésimo primera velada.

Ocho días después de la marcha de Lucile despaché a un libertino dotado de una manía bastante agradable. Advertida de antemano desde hacía varios días, había dejado acumularse en mi silla orinal una gran cantidad de excrementos y además había rogado a alguna de

nuestras damiselas que añadiese los suyos. Llega nuestro hombre disfrazado de saboyano, era por la mañana, barre mi habitación, se apodera del orinal de la silla, sube a los excusados para vaciarlo (operación que, entre paréntesis, lo ocupó bastante tiempo), vuelve, me muestra lo bien que lo ha limpiado y me pide su paga. Pero yo, advertida sobre el ceremonial, me echo sobre él blandiendo el palo de la escoba.

-¿Tu paga, bandido? -le digo-. ¡Toma, aquí tienes tu paga!

Y le propino por lo menos una docena de garrotazos. Quiere huir, lo sigo, el libertino, a quien le había llegado el momento, eyacula por todo lo largo de h. escalera, mientras grita a voz en grito que lo destrozan, que lo matan y que se encuentra en casa de una bribona y no, como creía, de una mujer honrada.

Otro quería que le introdujera en el canal de la uretra un bastoncito nudoso que traía para este fin en un estuche; había que sacudir vivamente el bastoncito, del que se hundían tres pulgadas, y con la otra mano masturbarle el miembro desmochado; _en el instante de su eyaculación, había que retirar el bastón, levantarse las faldas por delante y él descargaba sobre el monte.

Un cura a quien vi seis meses después quería que dejase gotear la cera de una vela encendida sobre el pito y los cojones; sólo con esta sensación eyaculaba sin que una se viese obligada a tocarlo, pero nunca tenía erección y, para que saliese su semen, era necesario que todo quedase cubierto de cera sin que se reconociese en ello una forma humana.

Un amigo de este último se hacía clavar alfileres de oro en el culo y cuando éste, así adornado, se parecía a una cacerola más que a un nalguero, se sentaba para sentir mejor los pinchazos, se le presentaban las nalgas bien separadas, él mismo se masturbaba Y eyaculaba sobre el agujero del culo.

-Durcet -dijo el duque-, me gustaría bastante ver tu bello culo gordezuelo todo cubierto de ese modo de alfileres de oro, estoy persuadido de que sería extremadamente interesante.

-Señor duque -dijo el financiero-, sabes que desde hace cuarenta años tengo a gloria y honor imitarte, ten la bondad de darme ejemplo y te respondo de que lo seguiré.

-¡Dios! -dijo Curval, a quien no se le había oído todavía-. ¡Cúan dura me la ha puesto la historia de Lucile! Me estaba callado, pero no dejaba de pensar. Aquí lo tenéis -dijo mostrando su verga pegada contra el vientre-, ved si miento; tengo una impaciencia furiosa por saber el desenlace de la historia de aquellas tres fulanas; supongo que deben estar reunidas en una misma tumba.

-Poco a poco, poco a poco -dijo el duque-, no apresuremos los acontecimientos. Porque tienes una erección, señor presidente, quisieras que te hablasen enseguida de rueda y de horca; te pareces mucho a la gente que lleva tu toga, de quien se dice que siempre se les pone la verga erecta cada vez que condenan a muerte.

-Dejemos el estado y la toga -dijo Curval-, el hecho es que estoy encantado con los procedimientos de la Duclos, que la encuentro una mujer hechicera y que su historia del conde me ha puesto en un horrible estado, un estado tal en el que creo que iría de buena gana al camino real a detener y robar una diligencia.

-Hay que poner orden en esto, presidente -dijo el obispo-; de lo contrario no estaríamos aquí seguros y lo menos que podrías hacer sería condenarnos a todos a ser ahorcados.

-No, a vosotros no, pero confieso que condenaría de buena gana a estas señoritas y principalmente a la señora duquesa aquí presente, que está acostada como un becerro en mi sofá y que, porque tiene un poco de semen modificado dentro de su matriz, se imagina que no se la puede tocar ya.

- ¡Oh! -dijo Constance-. Seguramente no es con usted con quien contaría, en mi estado,

para obtener semejante respeto, demasiado se sabe cuánto detesta usted a las mujeres preñadas.

- ¡Oh! Prodigiosamente -afirmó Curval-, es la verdad.

Y en su transporte iba a cometer, creo, algún sacrilegio sobre aquel hermoso vientre, cuando Duclos se apoderó de él.

-Venga, venga -dijo-, señor presidente; ya que soy yo quien ha hecho el daño, quiero repararlo.

Y pasaron juntos a la sala del fondo, seguidos de Augustine, Hébé, Cupidon y Thérèse. No se tardó mucho en oír bramar al presidente y, a pesar de todos los cuidados de la Duclos, la pequeña Hébé volvió hecha un mar de lágrimas; había incluso algo más que lágrimas, pero no nos atrevemos aún a decir lo que era; las circunstancias no nos lo permiten. Un poco de paciencia, amigo lector, y pronto ya no te ocultaremos nada.

Curval volvió, gruñendo todavía entre dientes, diciendo que todas esas leyes hacían que no se pudiese eyacular a gusto, etc., y fueron a sentarse a la mesa. Después de la cena se encerraron para las correcciones; aquella noche eran poco numerosas, sólo estaban en falta Sophie, Colombe, Adélaïde y Zélamir. Durcet, quien desde el principio de la velada se había acalorado intensamente contra Adélaïde, no tuvo miramientos con ella; Sophie, a quien se le habían sorprendido lágrimas durante el relato de la historia del conde, fue castigada por su primer delito y por éste, y el pequeño matrimonio del día, Zélamir y Colombe, fue tratado, dícese, por el duque y Curval con una severidad que llegaba casi a la barbarie.

El duque y Curval, singularmente animados, dijeron que no querían acostarse, hicieron servir licores y pasaron la noche bebiendo con las cuatro narradoras y Julie, cuyo libertinaje, que aumentaba cada día, hacía de ella una criatura muy amable y merecía ser colocada en el rango de los objetos por los cuales se tenían consideraciones. Los siete fueron encontrados al día siguiente borrachos perdidos por Durcet, que fue a visitarlos. Se encontró a la hija desnuda entre el padre y el marido y en una actitud que no demostraba ni virtud ni tan solo decencia en el libertinaje; parecía, en fin, para no mantener al lector en suspenso, que habían gozado de ella los dos a la vez. La Duclos, quien al parecer había servido de segunda parte, estaba tirada borracha perdida cerca de ellos, y los demás estaban unos sobre otros en un rincón junto al gran fuego que habían tenido cuidado de mantener toda la noche.

VIGESIMO SEGUNDA JORNADA

Como resultado de aquellas bacanales nocturnas se hicieron muy pocas cosas aquel día, se olvidó la mitad de las ceremonias, se comió distraídamente y no fue sino casi hasta el café cuando empezaron a reconocerse. Fue servido por Rosette y Sophie, Zélamir y Giton. Curval, para reponerse, hizo cagar a Giton, y el duque se tragó los excrementos de Rosette; el obispo se hizo chupar la verga por Sophie y Durcet por Zélamir, pero nadie eyaculó. Pasaron al salón, la bella Duclos, muy indispuesta por los excesos de la víspera, sólo se ofreció brevemente y sus relatos fueron tan cortos, mezcló en ellos tan pocos episodios, que hemos decidido suplirla y hacer para el lector el extracto de lo que dijo a los amigos:

Siguiendo la costumbre, describió cinco pasiones: la primera fue la de un hombre que se hacía masturbar el culo con un consolador de estaño que se llenaba de agua caliente y que se le inyectaba en el momento de su eyaculación, a la cual procedía por sí mismo y sin que se le tocase.

El segundo tenía la misma manía, pero se obraba con un número mucho mayor de

instrumentos; se empezaba con uno muy pequeño, se aumentaba poco a poco hasta llegar al último, cuyo tamaño era enorme, y hasta éste no eyaculaba.

Mucho mayor misterio era necesario para el tercero: Para empezar el juego se hacía meter una jeringa enorme en el trasero, al retirarla cagaba, se comía lo que acababa de hacer y entonces se le azotaba. Hecho esto, se le volvía a meter el instrumento en el trasero, se le retiraba de nuevo y esta vez era la puta quien cagaba y quien le azotaba mientras él comía lo que ella había hecho; se le introducía por tercera vez el instrumento, por fin soltaba su semen sin que se le tocase y terminaba de comer el mojón de la muchacha.

Duelos, en el cuarto relato, habló de un hombre que se hacía atar con cordeles todas las articulaciones; para hacer más deliciosa su descarga, incluso se le apretaba el cuello y en este estado soltaba su semen frente al culo de la puta.

Y, en la quinta narración, se refirió a otro que se hacía atar fuertemente el glande con una cuerda, al otro lado de la habitación una mujer desnuda se pasaba entre sus muslos el extremo de la cuerda y tiraba de ella hacia adelante, mientras presentaba las nalgas al paciente, descargaba así.

La narradora, verdaderamente agotada al terminar su tarea, pidió permiso para retirarse; le fue concedido. Se entretuvieron todavía unos minutos y fueron a la mesa, pero todo se resentía aún del desorden de nuestros dos principales actores. En las orgías fueron tan juicio-sos como era posible en semejantes libertinos, y todo el mundo se fue a la cama bastante tranquilo.

VIGESIMO TERCERA JORNADA

- ¡Es posible rebuznar, es posible aullar como lo haces tú cuando descargas! -dijo el duque a Curval, cuando volvió a verlo el día veintitrés por la mañana-. ¿Con quién diablos te las habías, para gritar de esa manera? Nunca he visto eyaculaciones de tal violencia.

- ¡Ah, pardiez! -dijo Curval-. Está bien que tú, a quien se oye desde una legua de distancia, me dirijas semejante reproche: esos gritos, amigo mío, provienen de la extremada sensibilidad de la organización; los objetos de nuestras pasiones producen una conmoción tan viva en el fluido eléctrico que corre por nuestros nervios, el choque recibido por los espíritus animales que componen este fluido tiene tal grado de violencia, que toda la máquina se sacude y ya no se es dueño de retener los gritos bajo aquellos terribles estremecimientos del placer, más de lo que se podrían contener bajo las poderosas emociones del dolor.

-He aquí algo bien definido, pero ¿cuál era el delicado objeto que ponía de tal modo en vibración tus espíritus animales?

-Chupaba violentamente el pito, la boca y el agujero del culo de Adonis, mi compañero de cama, desesperado de no poderle hacer aún más, y esto mientras Antinoüs, ayudado por tu querida hija Julie, trabajaba, cada uno de ellos a su forma para hacer evacuar este licor cuyo derrame ha ocasionado esos gritos que han herido tus oídos.

-De modo que hoy -continuó el duque- estás ya agotado.

-De ninguna manera -replicó Curval-. Si te dignas seguirme y hacerme el honor de observarme, verás que me conduciré, por lo menos, tan bien como tú.

Estaban hablando así cuando Durcet llegó a anunciar que el desayuno estaba servido. Pasaron al aposento de las muchachas, donde se vio a aquellas ocho sultanitas desnudas presentando tazas de café negro; entonces el duque preguntó a Durcet, director del mes, por qué había café negro por la mañana.

-Será con leche cuando queráis -dijo el financiero-. ¿Lo deseas?

-Sí -dijo el duque.

-Augustine -dijo Durcet-, sirve leche al señor duque.

Entonces la joven, ya preparada, colocó su lindo culito sobre la taza del duque y vertió en ella, por el ano, tres o cuatro cucharadas de una lecha muy clara y nada sucia. Se rieron mucho de la broma y todos pidieron leche. Todos los culos estaban preparados como el de Augustine; era una agradable sorpresa que el director de los placeres del mes quiso proporcionar a sus amigos. Fanny vertió leche en la taza del obispo, Zelmire en la de Curval y Michette en la del financiero; tomaron una segunda taza y las otras cuatro sultanas hicieron la primera tanda; se juzgó muy buena la broma. Esta calentó la cabeza del obispo, quien quiso algo más que leche, y la bella Sophie lo satisfizo. Aunque todas tenían ganas de cagar, se les había recomendado mucho que se contuvieran durante la operación de la leche y que la primera vez no diesen absolutamente nada más que leche.

Pasaron al aposento de los muchachos; Curval hizo cagar a Zélamir y el duque a Giton. Los excusados de la capilla no proporcionaron más que a dos jodedores subalternos, Constance y Rosette: en esta última se había ensayado la víspera la vieja histeria de las indigestiones; le había costado terriblemente contenerse durante el café y entonces soltó la más soberbia cagada que se pueda ver. Felicitaron a la Duelos por su secreto, el cual en lo sucesivo aplicaron todos los días con el mayor éxito. La broma del desayuno animó la conversación de la comida e hizo imaginar cosas del mismo género, de las que quizás tendremos ocasión de hablar en lo que sigue.

Pasaron al café, servido por cuatro jóvenes sujetos de la misma edad: Zelmire, Augustine, Zéphyr y Adonis, todos de quince años. El duque jodió a Augustine entre los muslos mientras le cosquilleaba el ano, Curval hizo lo mismo con Zelmire, el duque con Zéphyr y el financiero jodió a Adonis por la boca. Augustine dijo que esperaba que en aquella hora la hiciesen cagar, y que no aguantaba más; era también una de aquellas con las que la víspera se habían puesto a prueba las indigestiones. Curval le tendió al instante el pico, en el cual la encantadora niña depositó una cagada monstruosa que el presidente se tragó en tres bocados, no sin perder entre las manos de Fanchon, que lo sacudía, un caudaloso río de semen.

- ¡Bueno! -dijo al duque-. Ya ves que los excesos de la noche no ocasionan ningún perjuicio al placer del día, y tú te quedas atrás, señor duque.

-No me quedaré por mucho tiempo -dijo ése, a quien Zelmire, igualmente apremiada, prestaba el mismo servicio que Augustine acababa de prestar a Curval.

Y en el mismo instante el duque se echa hacia atrás, lanza gritos, traga mierda y eyacula furiosamente.

-Ya basta -dijo el obispo-; que dos de nosotros por lo menos conserven sus fuerzas para los relatos.

Durcet, que no disponía como aquellos dos señores de semen a voluntad, consintió en ello de todo corazón Y después de una breve siesta fueron a instalarse en el salón, donde la interesante Duelos reanudó en los términos siguientes el hilo de su brillante y lasciva historia:

> ¿Cómo es, señores -dijo aquella hermosa mujer-, que haya Personas en el mundo a quienes el libertinaje ha entumecido el corazón de tal modo, ha embrutecido todos los sentimientos de honor y delicadeza de tal forma que únicamente se les ve complacerse y divertirse con lo que los degrada y envilece? Diríase que su goce no se encuentra más que en el seno del oprobio, que no puede existir para ellos más que en

lo que los acerca al deshonor y la infamia. En lo que voy a contaros, señores, en los diferentes ejemplos que os presentaré como prueba de mi afirmación, no aleguéis la sensación física; sé que ésta se encuentra en ello, pero podéis estar bien seguros de que sólo existe de alguna manera por el impulso poderoso que le da la sensación moral y que si se proporcionara a esas personas la misma sensación física sin añadir todo lo que sacan de la moral, no se lograría conmoverlas.

Iba muy a menudo a mi casa un hombre cuyo nombre y calidad ignoraba, pero sabía muy bien, sin embargo, que era un hombre de condición. El tipo de mujer con quien lo juntaba le daba perfectamente igual: hermosa o fea, vieja o joven, todo le era indiferente; sólo se trataba de que representase bien su papel, y he aquí cuál era éste: él llegaba ordinariamente por la mañana, entraba como por distracción en una estancia donde una muchacha estaba sobre una cama, con las faldas levantadas hasta la mitad del vientre y en la actitud de una mujer que se masturbaba. En cuanto lo veía entrar, la mujer, como sorprendida, saltaba de la cama.

-¿Qué vienes a hacer aquí, bandido? -le decía-. ¿Quién te ha dado permiso, bribón, para molestarme?

El se excusaba, no era escuchado y ella, mientras lo agobiaba con un nuevo diluvio de los más duros e hirientes insultos, se le abalanzaba y le propinaba fuertes puntapiés en el culo, con los cuales le era tanto más difícil no dar en el blanco por cuanto que el paciente, lejos de rehuirla, no dejaba nunca de darse la vuelta y presentarle el trasero, aunque fingía querer evitar los golpes y querer huir. Se le pegaba más, él pedía piedad, los golpes y los insultos eran todas las respuestas que recibía y, en cuanto se sentía suficientemente excitado, sacaba rápidamente su miembro de una bragueta que hasta aquel instante había conservado cuidadosamente abrochada, se aplicaba ligeramente tres o cuatro golpes con la muñeca y eyaculaba huyendo mientras continuaban los insultos y las patadas.

Un segundo, más duro o más acostumbrado a esa especie de ejercicio, no quería proceder a él más que con un cargador o un mozo de cuerda que estaba contando su dinero. El libertino entraba furtivamente, el palurdo gritaba: ¡al ladrón!; desde aquel momento, como en el otro caso, se distribuían los golpes y los insultos, pero con la diferencia de que éste se había bajado los pantalones y quería recibir de lleno, en medio de las nalgas desnudas, los puntapiés que se le aplicaban, y era necesario que el asaltante llevase un grueso zapato con clavos lleno de lodo. En el momento de su eyaculación, éste no se esquivaba; de pie, los pantalones caídos, en medio de la habitación, se sacudía con toda su fuerza, desafiaba los golpes de su enemigo y, en el último instante, lo retaba a hacerle pedir cuartel, lo insultaba a su vez y juraba que se moría de placer. Cuanto más vil era el hombre que yo le daba, cuanto más pertenecía a las heces del pueblo, cuanto más grosera y sucia era su bota, más lo colmaba de voluptuosidad; había que poner en esos refinamientos el mismo cuidado que debería emplearse para maquillar y embellecer a una mujer.

Un tercero quería encontrarse en lo que en una casa se llama el serrallo, en el momento en que dos hombres pagados y apostados expresamente se pondrían a disputar. Esos hombres se volvían contra él, que suplicaba piedad, se hincaba de rodillas, no era escuchado y uno de los dos campeones se le abalanzaba y lo colmaba de bastonazos hasta que entraba en una habitación preparada, dentro de la cual escapaba. Allí lo recibía una muchacha, lo consolaba, lo acariciaba como se haría con un niño que acude a quejarse, se levantaba las faldas, le mostraba el trasero, y el liber-

tino eyaculaba encima.

Un cuarto exigía los mismos preliminares, pero en cuanto los garrotazos empezaban a llover sobre sus espaldas se masturbaba ante todo el mundo. Entonces se suspendía un instante la última operación, aunque los garrotazos y las invectivas siguiesen, luego, cuando se le veía animarse y que su semen estaba dispuesto a salir, se abría una ventana se le agarraba por la mitad del cuerpo, y-se-le arrojaba por ella sobre un estercolero preparado a propósito, lo cual constituía una caída de a lo sumo seis pies. Aquel era el instante de su eyaculación; su moral estaba excitada por los actos precedentes y su físico no se excitaba más que con el ímpetu de la caída, así que su semen no manaba nunca sino sobre el estercolero. No se le volvía a ver; desaparecía inmediatamente por una puertecita que había abajo, cuya llave tenía.

Un hombre pagado para esto y que actuaba de camorrista, entraba bruscamente en la habitación donde el que nos proporciona el quinto ejemplo estaba encerrado con una muchacha a quien besaba el trasero mientras esperaba la ejecución. El camorrista las emprendía contra el primo, al derribar la puerta le preguntaba insolentemente con qué derecho tomaba así a su amante, luego, empuñando la espada, le decía que se defendiese. El primo, todo confuso, caía de rodillas, pedía perdón, besaba el suelo, besaba los pies de su enemigo y le juraba que podía llevarse a su amante y que por su parte no tenía ganas de batirse por una mujer. El camorrista, más insolente aún ante las suavidades de su adversario, se ponía más imperioso: trataba a su enemigo de cobarde, de rastrero, de cagón, y lo amenazaba con cortarle la cara con la hoja de su espada. Cuanto más malo se volvía uno, más se humillaba el otro. Por fin, después de algunos instantes de discusión, el asaltante ofrecía una componenda a su enemigo:

-Ya veo que eres un rastrero -le decía-. Te perdono, pero a condición de que me beses el culo.

- ¡Oh, señor! Todo lo que usted quiera -decía el otro, encantado-. Se lo besaré incluso mierdoso, si usted quiere, con tal que no me haga ningún daño.

El camorrista, rezongando, exponía inmediatamente su trasero, el primo, más que feliz, se echaba encima con entusiasmo y mientras el joven le soltaba en las narices media docena de pedos, el viejo disoluto, en el colmo de su gozo, derramaba su semen muriéndose de placer.

-Todos esos excesos se comprenden -dijo Durcet, tartamudeando, porque se había empalmado oyendo aquellas bajezas-. Nada más simple que gustar del envilecimiento y encontrar goces en el desprecio. El que ama con ardor las cosas que deshonran encuentra placer en ser despreciado y debe empalmarse cuando le dicen que lo es. La bajeza es un goce muy conocido por ciertas almas. Uno gusta de escuchar lo que se complace en merecer y es imposible saber hasta dónde puede llegar en esto el hombre que ya no se sonroja de nada. Este es el caso de ciertos enfermos que se complacen en sus achaques.

-Todo es cuestión de cinismo -dijo Curval, mientras manoseaba las nalgas de la Fanchon- ¿Quién no sabe que el mismo castigo produce entusiasmos y no hemos visto a hombres que se empalmaban en el instante en que se los deshonraba públicamente; todo el mundo conoce la historia del marqués de... el cual, en cuanto se le comunicó la sentencia que lo condenaba ser quemado en efigie, se sacó el miembro del pantalón y exclamó: "Jodido dios, ya estoy en el punto que quería, ya estoy lleno de oprobio y de infamia, dejadme, dejadme, tengo que descargar", y lo hizo al instante.

--Esos son hechos -dijo el duque-. Pero explicadme su causa.

-Está en nuestro corazón -replicó Curval-. Una vez que el hombre se ha degradado, se ha envilecido con los excesos, ha hecho que su alma tome una inclinación viciosa de la que ya nada puede sacarla. En cualquier otro caso, la vergüenza serviría de contrapeso a los vicios a que su espíritu le aconsejaría entregarse; pero en éste ya no es posible: es el primer sentimiento que ha desterrado lejos de sí, y del estado en que se halla de no sonrojarse ya al de amar todo lo que le hace enrojecer, no hay más que un paso. Todo lo que afectaba desagradablemente, al encontrar un alma preparada diferentemente, se metamorfosea en placer y desde aquel momento todo cuanto recuerde el nuevo estado que se adopta no puede ser ya sino forzosamente voluptuoso.

- ¡Pero cuánto camino se ha de haber andado en el vicio para llegar a eso! -dijo el obispo.

-Lo admito -dijo Curval-; pero este camino se recorre imperceptiblemente, sólo se sigue sobre flores; un exceso trae otro, la imaginación siempre insaciable nos lleva pronto al extremo y, como sólo ha recorrido su carrera endureciendo el corazón, en cuanto llega a la meta ese corazón, que antes contenía algunas virtudes, no reconoce ya ninguna. Acostumbrado a cosas más intensas, se sacude prontamente las primeras impresiones blandas y carentes de dulzura que lo habían embriagado hasta entonces y, puesto que se da cuenta de que la infamia y el deshonor serán el resultado de sus nuevos impulsos, para no tener que temerlos empieza por familiarizarse con ellos. Apenas los ha acariciado ya los ama, porque participan de la naturaleza de sus nuevas conquistas, y no cambia ya.

-He aquí, pues, lo que hace tan difícil la corrección -dijo el obispo.

-Debes decir imposible, amigo mío. ¿Y cómo los castigos infligidos a quien se quiere corregir lograrían convertirlo, puesto que, aparte de ciertas privaciones, el estado de envilecimiento que caracteriza la situación en que se le coloca al castigarlo le gusta, lo divierte, lo deleita, y goza interiormente de haber llegado lo bastante lejos para merecer semejante trato?

- ¡Oh! ¡Qué enigma es el hombre! -dijo el duque.

-Sí, amigo mío -afirmó Curval-. Y eso es lo que ha hecho decir a un hombre de mucha inteligencia que es mejor joderlo que comprenderlo.

Y como la cena vino a interrumpir a nuestros interlocutores, fueron a sentarse a la mesa sin haber hecho nada durante la velada. Pero Curval, en los postres, con una erección de todos los diablos, declaró que quería violar una virginidad aunque tuviese que pagar veinte multas y, apoderándose en seguida de Zelmire, que le estaba destinada, iba a llevársela a la sala cuando los tres amigos se interpusieron, le suplicaron que se sometiese a lo que él mismo había prescrito y puesto que ellos, que tenían al menos las mismas ganas de infringir aquellas leyes, se sometían no obstante a ellas, él debía imitarlos cuanto menos por deferencia. Y, como habían mandado rápidamente en busca de Julie, que le gustaba, ésta se apoderó de él, con la Champville y Bril-e-cul, y los tres pasaron al salón, donde los otros amigos se les reunieron pronto para empezar las orgías y los encontraron con las manos en la masa, y Curval soltando por fin su semen en medio de las posturas más lúbricas y los episodios más libertinos.

Durcet, en las orgías, se hizo pegar dos o trescientos puntapiés en el trasero por las viejas, el obispo, el duque Y Curval por los jodedores, y nadie se quedó, antes de ir a la cama, sin perder más o menos cantidad de esperma, según las facultades que había recibido de la naturaleza. Como se temía alguna reiteración de la fantasía desfloradora que Curval acababa de anunciar, se tuvo el cuidado de hacer que las viejas durmieran en el aposento de las muchachas y de los muchachos. Pero tal cuidado no fue necesario, y Julie, que se apoderó de

Curval para toda la noche, lo devolvió al grupo al día siguiente más suave que un guante.

VIGESIMO CUARTA JORNADA

La devoción es una verdadera enfermedad del alma. Por mucho que se haga, no se corrige; es más fácil de introducirse en el alma de los desdichados porque los consuela, porque les ofrece quimeras para consolarlos de sus males, es mucho más difícil aún extirparla de estas almas que de las otras. Este era el caso de Adélaïde: cuanto más se desplegaba a sus ojos el cuadro del desenfreno y del libertinaje, más se arrojaba ella en brazos de ese Dios consolador que esperaba fuese un día su libertador de los males a los que demasiado veía que la arrastraría su desgraciada situación. Nadie se daba cuenta mejor que ella de su estado, su espíritu le presagiaba cuando menos todo lo que debía seguir al funesto comienzo de que ya era víctima, aunque ligeramente; comprendía perfectamente que a medida que los relatos fuesen más fuertes, los procedimientos de los hombres para con sus compañeras y ella se volverían más feroces. Todo eso, le dijesen lo que fuese, le hacía buscar con avidez tanto como podía el trato con su querida Sophie. Ya no osaba ir a su encuentro de noche; los señores se habían dado demasiada cuenta de ello y se oponían demasiado bien a que tal salida de tono tuviera lugar en adelante, pero en cuanto tenía un instante corría al lado de su amiga, y aquella misma mañana cuyo diario escribimos se levantó muy temprano del lado del obispo con quien durmió y fue a la estancia de las muchachas a platicar con su querida Sophie. Durcet, que a causa de sus funciones del mes se levantaba también más temprano que los demás, la encontró allí y le declaró que no podía dejar de dar cuenta de ello y que el grupo decidiría lo que le pareciese bien. Adélaïde lloró, era su única arma, y se sometió. La única gracia que se atrevió a pedir a su marido fue que tratase de no hacer castigar a Sophie, la cual no podía ser culpable, ya que era ella quien había ido a su encuentro, y no Sophie quien fue a verla a ella. Durcet dijo que comunicaría el hecho tal como era y que no disfrazaría nada; nadie puede enternecerse menos que un corrector que tiene el mayor interés en la corrección. Este era el caso: no había nada tan bonito como castigar a Sophie. ¿Por qué motivo lo habría evitado Durcet?

Se reunieron y el financiero dio cuenta de lo sucedido. Era una reincidencia; el presidente se acordó de que cuando estaba en el palacio sus ingeniosos compañeros pretendían que, puesto que una reincidencia probaba que la naturaleza obraba en un hombre con más fuerza que la educación y los principios, que, por consiguiente, al reincidir demuestra que, por así decirlo, no es dueño de sí mismo, había que castigarlo doblemente, y por lo tanto, quiso razonar de acuerdo con esto con tanto ingenio como sus antiguos condiscípulos y declaró que como resultado había que castigar a las dos muchachas con todo el rigor de las ordenanzas. Pero como estas ordenanzas aplicaban pena de muerte en un caso semejante, y ellos tenían ganas de divertirse todavía algún tiempo con las damas antes de llegar a tal punto, se contentaron con hacerlas llegar, arrodillarse y leerles el artículo de la ordenanza para hacerles sentir a lo que se habían arriesgado al exponerse a tal delito. Hecho esto, se les aplicó una penitencia triple que la que habían sufrido el sábado anterior, se les hizo jurar que-aquello no sucedería más, se les prometió que si repetía se emplearía con ellas todo el rigor, y se las inscribió en el libro fatal.

La visita de Durcet hizo inscribir todavía tres nombres más; dos entre las muchachas y uno entre los muchachos. Esto era el resultado de la nueva experiencia de las pequeñas indigestiones; daban buen resultado, pero había casos en que aquellos pobre niños no podían

contenerse y se ponían a cada instante en situación de ser castigados; era lo que sucedió con Fanny y Hébé entre las sultanas y Hyacinthe entre los muchachos. Lo que encontraron en su orinal fue enorme y Durcet se divirtió largo rato con ello. Nunca se habían pedido tantos permisos durante la mañana y todo el mundo elogiaba a la Duelos por haber indicado semejante secreto. A pesar de la multitud de permisos pedidos, sólo se les concedieron a Constance, Hercule, dos jodedores subalternos, Augustine, Zéphyr y la Desgranges. Se divirtieron con ello un minuto, y se sentaron a la mesa.

-Ya ves -dijo Durcet a Curval- el error que cometiste al dejar que instruyeran a tu hija en la religión; ahora ya no se le puede hacer renunciar a esas imbecilidades. Bien te lo dije, cuando era tiempo.

-A fe mía -dijo Curval-, creí que conocerlas sería para ella una razón más para detestarlas, y que con la edad se convencería de la imbecilidad de esos dogmas infames.

-Esto que dices es bueno para las cabezas razonables -dijo el obispo-. Pero no hay que confiar en ello cuando se trata de una niña.

-Nos veremos obligados a llegar a acciones violentas -dijo el duque, quien sabía muy bien que Adélaïde lo escuchaba.

-Llegaremos -dijo Durcet-. Yo le aseguro de antemano que si no tiene más que a mí por abogado, será mal defendida. -

-¡Oh! Lo creo, señor -dijo Adélaïde, llorando-; sus sentimientos hacia mí son bastante conocidos.

-¿Sentimientos? -dijo Durcet-. Empiezo, mi bella esposa, por advertirte que no los he tenido nunca por ninguna mujer, y menos, ciertamente, por ti, que eres - la mía, que por ninguna otra. Odio la religión, así como a todos los que la practican y te advierto que de la indiferencia que siento por ti pasaré pronto a la más violenta aversión si continúas reverenciando las infames y execrables quimeras que fueron siempre objeto de mi desprecio.

Hay que haber perdido el juicio para admitir a un Dios, y haber llegado a ser completamente imbécil para adorarlo. En una palabra, te declaro, ante tu padre y estos señores, que no habrá extremo al que no llegue contigo si te atrapo otra vez en semejante falta. Tenías que hacerte monja, si querías adorar a tu estúpido Dios; allá hubieras rezado a tu placer.

- ¡Ah! -replicó Adélaïde, gimiendo-. ¡Monja, gran Dios, monja, pluguiera al cielo que lo fuese!

Y Durcet, que se encontraba entonces frente a ella, impacientado por la respuesta, le tiró de canto una fuente de plata a la cara, que la habría matado de haberle dado en la cabeza, pues el choque fue tan violento que la fuente se dobló al dar contra la pared.

-Eres una criatura insolente -dijo Curval a su hija, quien, para evitar la fuente, se había protegido entre su padre y Antinoüs-. Merecerías que te diese cien patadas en el vientre.

Y, rechazándola lejos de sí con un puñetazo:

-Ve a pedir perdón de rodillas a tu' marido -le dijo-, o te aplicaremos inmediatamente el más cruel de los castigos.

Ella, anegada en lágrimas, fue a arrojarse a los pies de Durcet, pero éste, que se había puesto en erección al lanzar la fuente y decía que no hubiera querido ni por mil luises errar el golpe, declaró que era necesaria de inmediato una corrección general y ejemplar, sin perjuicio de la del sábado; que pedía que por esta vez, sin establecer precedente, se despidiera a los niños del café y que esta operación se realizase a la hora en que tenían costumbre de divertirse después de tomar el café. Todo el mundo consintió en ello, Adélaïde y sólo las dos viejas Louison y Fanchon, las más malvadas de las cuatro y las más temidas de las mujeres,

pasaron al salón del café, donde las circunstancias nos obligan a correr la cortina sobre lo que sucedió. Lo que hay de cierto es que nuestros cuatro héroes eyacularon y que se le permitió a Adélaïde que fuera a acostarse. Corresponde al lector hacer su combinación y aceptar, si le place, que lo transportemos en seguida a las narraciones de la Duclos. Todos instalados junto a las esposas, exceptuando al duque, que aquella noche debía tener a Adélaïde a su lado y la hizo sustituir por Augustine, todos, pues, instalados, la Duelos reanudó de este modo el hilo de su historia:

Un día -dijo aquella bella muchacha- en que yo sostenía ante una de mis compañeras en alcahuetería que había visto ciertamente, en cuanto a flagelaciones pasivas, todo lo más fuerte que sea posible ver, puesto que había azotado y visto azotar a hombres con espinas y vergajos:

- ¡Oh, pardiez! -me dijo ella-. Para convencerte de que te falta mucho para haber visto lo que hay de más fuerte en este género, te mandaré mañana a uno de mis clientes.

Me hizo avisar por la mañana la hora de la visita y el ceremonial que debíase observar con aquel viejo arrendador de postas, que se llamaba, lo recuerdo, señor de Grancourt, le preparé todo lo necesario, la cosa estaba dispuesta. Llegó y, después de habernos encerrado, le dije:

-Señor, estoy desesperada por la noticia que debo comunicarle, pero está usted prisionero y no saldrá más de aquí. Me desespera que el parlamento haya puesto los ojos en mí para ejecutar su sentencia, pero así lo ha querido y tengo su orden en mi bolsillo. La persona que le ha mandado a mi casa le ha tendido una trampa, pues sabía bien de qué se trataba y, verdaderamente, hubiera podido evitarle esta escena. Por otra parte, conoce usted su asunto; uno no puede entregarse impunemente a los negros y horrendos crímenes que usted ha cometido y me parece usted bastante dichoso de que le salga tan barato.

Nuestro hombre había escuchado mi arenga con la mayor atención y, en cuanto hube terminado, se arrojó llorando, a mis pies suplicando que le tuviese consideración.

-Sé muy bien -dijo- que he faltado en gran manera. He ofendido gravemente a Dios y a la justicia; pero ya que es usted, buena dama, la encargada de mi castigo, le pido encarecidamente que tenga piedad.

-Señor -le repliqué-, yo cumpliré mi deber. ¿Cómo sabe usted si yo misma no soy observada y si soy dueña de ceder a la compasión que usted me inspira? Desnúdese y sea dócil, es todo lo que puedo decirle.

Grancourt obedeció y en un minuto estuvo desnudo como la mano. Pero ¡gran Dios, qué cuerpo ofrecía a mi vista! No puedo compararlo más que a un tafetán multicolor. No había un lugar en aquel cuerpo enteramente marcado que no llevase la prueba de un desgarramiento.

Sin embargo, yo había puesto al fuego unas disciplinas de hierro guarnecidas de puntas agudas que me habían sido enviadas por la mañana con las instrucciones. Aquel arma homicida estaba al rojo más o menos en el mismo instante en que Grancourt quedó desnudo. Me apoderé de ella y empecé a flagelarlo, al principio levemente, luego con un poco más de fuerza y por fin con toda la energía, indistintamente, desde el cuello hasta los talones, en un momento tuve a mi hombre sangrante.

-Eres un malvado -le decía, pegando-; un bandido que ha cometido toda clase de crímenes. No hay nada sagrado para ti y hasta se dice que últimamente has envenenado a tu madre.

-Esto es verdad, señora, esto es verdad -decía mientras se masturbaba-. Soy un monstruo, soy un criminal; no hay infamia que no haya cometido y que no esté dispuesto a cometer de nuevo. Vaya, sus golpes son inútiles; no me corregiré jamás, encuentro demasiada voluptuosidad en el crimen. Aunque me matase volvería a cometerlo. El crimen es mi elemento, es mi vida, en él he vivido y en él quiero morir.

Comprenderéis cómo, animada por sus palabras, multiplicaba yo los insultos y los golpes. Sin embargo, se le escapa un "joder": era la señal; al oír aquella palabra doblo mi energía y trato de pegarle en los lugares más sensibles. El da volteretas, salta, se me escapa y se arroja, mientras eyacula, a una cuba de agua tibia preparada expresamente para purificarlo de aquella sangrienta ceremonia. ¡Oh! De momento, cedí a mi compañera el honor de haber visto más que yo a ese respecto, y creo que podíamos muy bien considerarnos las dos únicas mujeres de París que hubiesen visto tanto, pues nuestro Grancourt no variaba nunca, hacía más de veinte años que iba cada tres días a casa de aquella mujer para semejante expedición.

Poco después, aquella misma amiga me mandó a la casa de otro libertino cuya fantasía, según creo, os parecerá por lo menos igualmente singular. La escena se desarrollaba en su casita de Roule. Fui introducida en una habitación bastante oscura donde veo a un hombre en la cama y, en medio de la habitación, un ataúd.

-Aquí ves -me dijo nuestro libertino- a un hombre en su lecho de muerte y que no ha querido cerrar los ojos sin rendir una vez más homenaje al objeto de su culto. Adoro los culos y quiero morir besa-ido uno de ellos. En cuanto cierre los ojos, tú misma me colocarás en este ataúd, después de haberme amortajado, y lo clavarás. Mis intenciones son las de morir así en el seno del placer y ser servido en este último instante por el propio objeto de mi lujuria. Vamos -continuó con una voz débil y entrecortada-, date prisa, pues me hallo en el último momento.

Me acerqué, me di la vuelta, le mostré mis nalgas.

- ¡Ah! ¡Hermoso culo! --dijo-. ¡Cuánto me alegro de llevarme a la tumba la idea de un trasero tan bonito!

Y lo manoseaba, lo entreabría, y lo besaba, como el hombre más sano del mundo.

- ¡Ah! -dijo, al cabo de un instante, dejando su tarea y volviéndose del otro lado-. Sabía que no iba a gozar mucho tiempo de este placer; expiro, acuérdate de lo que te he encomendado.

Dicho eso, exhaló un gran suspiro, se puso rígido y representó tan bien su papel que el diablo me lleve si no lo creí muerto. No perdía la cabeza: curiosa por ver el fin de una ceremonia tan agradable, lo amortajé. El no se movió más y, fuese que tuviera un secreto para aparecer de aquel modo, fuese que mi imaginación estaba impresionada, el caso es que estaba rígido y frío como una barra de hierro; sólo su pito daba alguna señal de existencia, pues estaba duro y pegado contra su vientre y parecía destilar a su pesar algunas gotas de semen. En cuanto lo tuvo empaquetado en una sábana, lo llevé, y esto no fue de ninguna manera lo más fácil, pues del modo en que se mantenía rígido pesaba más que un buey. Lo conseguí, sin embargo, lo tendí dentro del ataúd. En cuanto estuvo allí me puse a recitar el oficio de difuntos y, por fin, clavé la tapa. Ese era el instante de la crisis: apenas oyó los martillazos se

puso a gritar como un loco:

- ¡Ah! ¡Sagrado nombre de un dios, descargo! Escapa, puta, escapa, pues si te atrapo eres muerta.

El miedo se apoderó de mí, me precipité a la escalera, donde encontré a un ayuda de cámara hábil y al corriente de las manías de su amo, quien me dio dos luises y entró precipitadamente a la habitación del paciente para librarlo del estado en que yo lo había puesto.

-He aquí un gusto divertido -dijo Durcet-. ¡Y bien, Curval!, ¿lo comprendes, éste"

De maravilla -dijo Curval-, ese personaje es un hombre que quiere familiarizarse con la idea de la muerte y que no ha encontrado mejor medio para ello que enlazarla con una idea libertina. Es completamente seguro que ese hombre morirá manoseando culos.

-Lo que hay de cierto -dijo la Champville- es que se trata de un verdadero impío; lo conozco y tendré ocasión de haceros ver cómo la emprende con los más santos misterios de la religión.

-Así debe ser -dijo el duque-. Es un hombre que se burla de todo y quiere acostumbrarse a pensar y a obrar del mismo modo en sus últimos momentos.

-En cuanto a mí -dijo el obispo-, encuentro en esta pasión algo muy picante, y no os oculto que me produce erección. Continúa, Duelos, continúa, pues siento que haría alguna tontería y no quiero hacer ninguna más por hoy.

Bueno -dijo la bella muchacha-, aquí va uno menos complicado; se trata de un hombre que me ha seguido durante más de cinco años por el único placer de hacerse coser el agujero del culo. Se tumbaba boca abajo en una cama, yo me sentaba entre sus piernas, armada de una aguja y un trozo de hilo grueso encerado y le cosía exactamente el ano todo alrededor y la piel de esa parte estaba tan endurecida y tan acostumbrada a las puntadas que mi labor no hacía manar ni una gota de sangre. El mismo se masturbaba durante todo el tiempo y eyaculaba como un diablo a la última puntada. Disipada su embriaguez, yo descosía rápidamente mi labor y aquí terminaba todo.

Otro se hacía frotar con alcohol todos los lugares de su cuerpo donde la naturaleza había puesto pelos, luego yo encendía aquel líquido espirituoso que consumía al instante todos los pelos. Eyaculaba al verse en llamas, mientras yo le enseñaba mi vientre, mi monte y el resto, pues ése tenía el mal gusto de no mirar nunca más que lo de delante.

-Pero ¿quién de vosotros, señores, ha conocido a Mirecourt, hoy presidente de la cámara y en aquel tiempo consejero?

-Yo -respondió Curval.

-Pues bien -dijo la Duelos-, señor, ¿sabe usted cuál era y cuál es aún, según creo, su pasión?

-No, y como pasa o quiere pasar por devoto, me complacerá mucho conocerla.

-Y bien -respondió Duelos- quiere que se le tome por un asno...

- ¡Ah, caray! -dijo el duque a Curval-, a mi amigo le gusta eso. Apostaría a que este hombre cree que va a juzgar. Bueno, ¿y luego? -dijo el duque.

-Luego, monseñor, hay que llevarlo del cabestro, pasearlo así durante una hora por la habitación, él rebuzna, una lo monta y lo azota por todo el cuerpo con una varilla, como para

hacerlo correr. El apresura el paso y, como se masturba durante aquel tiempo, en cuanto eyacula, lanza gritos, cocea y tira al suelo a la mujer, patas arriba.

- ¡Oh! -exclamó el duque-. Esto es más divertido que lúbrico. Y dime, por favor, Duelos, ¿ese hombre te dijo si tenía algún compañero del mismo gusto?

-Sí -contestó la amable Duelos, participando ingeniosamente en la broma y bajando de su estrado porque su tarea estaba cumplida-, sí monseñor; me dijo que tenía muchos amigos así, pero que no todos querían dejarse montar.

Terminada la sesión, se quiso hacer alguna tontería antes de cenar; el duque apretaba fuertemente a Augustine contra sí.

-No me asombra -decía, mientras le manoseaba el clítoris y le hacía empuñar su pito, no me asombra que a veces Curval tenga tentaciones de romper el pacto y violar una virginidad, pues siento que en este momento, por ejemplo, de buena gana mandaría al diablo la de Augustine.

-¿Cuál? -preguntó Curval.

-A fe mía, las dos -dijo el duque-; pero hay que ser juicioso, si esperamos así haremos mucho más deliciosos nuestros placeres. Vamos, niña continuó-, déjame ver tus nalgas, quizás esto haga cambiar la naturaleza de mis ideas... ¡Dios, qué hermoso culo tiene esta putita! Curval, ¿qué me aconsejas que haga con él?

-Una vinagreta -contestó Curval.

- ¡Dios lo quisiera! -dijo el duque-. Pero paciencia... Ya verás que todo vendrá a su tiempo.

-Mi queridísimo hermano -dijo el prelado con la voz entrecortada-, dices unas cosas que huelen a semen.

- ¡Eh! ¡Verdaderamente! Es que tengo muchas ganas de perderlo.

- ¡Eh! ¿Quién te lo impide? -dijo el obispo.

- ¡Oh! Muchas cosas -replicó el duque-. En primer lugar, no hay mierda y yo la quisiera, y luego, no sé: tengo ganas de muchísimas cosas...

-¿Y de qué? -preguntó Durcet, a quien Antinoüs se le cagaba en la boca.

-¿De qué? -dijo el duque-. De una pequeña infamia a la cual tengo que entregarme.

Y pasando al salón del fondo con Augustine, Zélamir, Cupidon, Duclos, Desgranges y Hercule, al cabo de un minuto se oyeron gritos y blasfemias que probaban que el duque acababa por fin de calmar su cabeza y sus cojones. No se sabe muy bien lo que le hizo a Augustine, pero, a pesar de su amor por ella, se la vio regresar llorando y con uno de sus dedos envuelto. Lamentamos no poder aún explicar todo eso, pero es cierto que los señores, bajo cuerda y antes que fuesen exactamente permitidas, se entregaban a cosas que todavía no les habían sido contadas, y con esto faltaban formalmente a las convenciones que habían establecido; pero cuando una sociedad entera comete las mismas faltas, por lo general les son perdonadas. El duque volvió, y vio con placer que Durcet y el obispo no habían perdido el tiempo y que Curval, entre los brazos de Brise-cul, hacía deliciosamente todo lo que se puede hacer con lo que había podido reunir junto a él de objetos voluptuosos.

Las orgías fueron como de ordinario, y se acostaron. Aun estando Adélaïde tan lisiada, el duque, que debía tenerla aquella noche, la quiso, y como había salido de las orgías un poco borracho, como de costumbre, se dijo que no había tenido miramientos con ella. En fin, la noche pasó como todas las precedentes, es decir, en el seno del delirio y del libertinaje, y cuando vino la rubia aurora, como dicen los poetas, a abrir las puertas del palacio de Apolo, este dios, bastante libertino a su vez, sólo subió a su carro de azur para venir a iluminar nuevas lujurias.

VIGESIMO QUINTA JORNADA

Una nueva intriga sin embargo se creaba, en sordina, dentro de los muros impenetrables del castillo de Silling, pero ésta no tenía consecuencias tan peligrosas como la de Adélaïde y de Sophie. Esta nueva asociación se tramaba entre Aline y Zelmire; la conformidad del carácter de estas dos jóvenes había contribuido mucho a unirlas: ambas dulces y sensibles, con dos años y medio de diferencia en su edad, cuanto más, mucho de infantil, mucho de bonachón en su carácter, en una palabra, ambas casi con las mismas virtudes y ambas casi con los mismos vicios, pues Zelmire, dulce y tierna, era indolente y perezosa como Aline. En una palabra, se entendían tan bien que por la mañana del día veinticinco fueron encontradas en la misma cama, y he aquí como tuvo lugar esto: Zelmire, destinada a Curval, dormía en la habitación de éste, como se sabe. Aquella misma noche, Aline era compañera de cama de Curval; pero Curval, que regresó de las orgías enteramente borracho, no quiso acostarse más que con Bande-au-ciel y gracias a esto las dos palomitas abandonadas y reunidas por ese azar se metieron, por temor al frío, en la misma cama, donde se presumió que su meñique había rascado en otro lugar fuera del codo.

Curval, al abrir los ojos por la mañana y ver aquellos dos pájaros en el mismo nido, les preguntó qué hacían allí, y tras ordenarlas que fueran inmediatamente ambas a su cama, las olfateó por debajo del clítoris y reconoció claramente que aún estaban ambas llenas de flujo. El caso era grave: allí se quería que aquellas señoritas fuesen víctimas de la impudicia, pero se exigía que entre ellas reinase la decencia - ¡pues qué no exigirá el libertinaje en sus perpetuas inconsecuencias!-, y si alguna vez se condescendía a permitirles ser impuras entre ellas, era necesario que fuese por orden y ante los ojos de los señores. Por lo tanto, el caso fue presentado al consejo y las dos delincuentes, que no pudieron o no osaron negar, recibieron la orden de mostrar cómo lo hacían y demostrar ante todo el mundo cuál era su pequeña habilidad particular. Lo hicieron sonrojándose mucho, lloraron, pidiendo perdón por lo que habían hecho. Pero era demasiado dulce tener aquella linda parejita para castigar el sábado siguiente, para que se pensara en tenerles piedad; y fueron inmediatamente inscritas en el fatal libro de Durcet, el cual, entre paréntesis, aquella semana se llenaba muy agradablemente.

Realizada aquella diligencia, se terminó el desayuno y Durcet hizo sus visitas. Las fatales indigestiones produjeron una delincuente más: la pequeña Michette. No podía más, decía, la habían hecho comer demasiado la víspera, y otras mil pequeñas excusas infantiles que no le impedirían ser inscrita. Curval, que la tenía muy empinada, se apoderó del orinal y devoró todo lo que contenía. Y dirigiendo luego a la muchacha su mirada colérica, dijo:

- ¡Oh, sí! ¡Pardiez, bribonzuela! ¡Oh! ¡Sí, pardiez, serás corregida, y por mi propia mano! No está permitido cagar así; no tenías más que advertirnos, por lo menos; bien sabes que no hay ninguna hora en que no estemos dispuestos a recibir mierda.

Y le manoseaba con fuerza las nalgas mientras la regañaba.

Los muchachos estaban intactos, no fue concedido ningún permiso para la capilla y todo el mundo sentóse a la mesa. Durante la comida se discutió mucho sobre el acto de Aline: la creían una santita y, de pronto, ahí estaban las pruebas de su temperamento. "¡Ah! Bien, amigo mío -dijo Durcet al obispo-, ¿hay que fiarse del aspecto de las mujeres, ahora?" Se convino unánimemente en que no hay nada más engañoso y que, como todas ellas eran falsas, no se servían nunca de su inteligencia más que para serlo con más destreza. Estas afirmaciones hicieron recaer la conversación sobre las mujeres, y el obispo, que las detestaba,

se entregó a todo el odio que le inspiraban. Las rebajó al nivel de los animales más viles y probó que su existencia era tan perfectamente inútil en el mundo que podrían ser todas barridas de la faz de la tierra sin perjudicar en nada los fines de la naturaleza, la cual, puesto que antaño había encontrado el medio de crear sin ellas, volvería a encontrarlo cuando sólo existiesen los hombres.

Se pasó a tomar el café; estaba presentado por Augustine, Michette, Hyacinthe y Narcisse. El obispo, uno de cuyos grandes y simples placeres era el 'de chupar el pito de los niños, se divertía en este juego con Hyacinthe desde hacía algunos minutos cuando, de pronto, exclamó retirando su boca llena: " ¡Ah! ¡Redios, amigos míos, he aquí una virginidad! Es la primera vez que este bellacuelo eyacula, estoy seguro de ello". Y en efecto, nadie había visto aún a Hyacinthe llegar a tal cosa; incluso se le creía demasiado joven para lograrla. Pero tenía catorce años cumplidos, la edad en que la naturaleza acostumbra colmarnos con sus favores, y nada había más real que la victoria que el obispo se imaginaba haber conseguido. Sin embargo, se quiso constatar el hecho, todos quisieron ser testigos de la aventura y sentáronse en semicírculo en torno al joven. Augustine, la más célebre meneadora del serrallo, recibió la orden de manipular al niño ante la reunión, y él tuvo permiso para acariciarla en la parte del cuerpo que deseara. No hay espectáculo más voluptuoso que ver a una muchacha de quince años, hermosa como el día, prestarse a las caricias de un muchacho de catorce y excitarlo a descargar con la más deliciosa polución.

Hyacinthe, quizás ayudado por la naturaleza, pero más ciertamente aún por los ejemplos que tenía ante los ojos, no tocó, no manoseó ni besó más que las lindas nalguitas de su meneadora y al cabo de un instante sus hermosas mejillas se colorearon, lanzó dos o tres suspiros y su pequeño y lindo pito arrojó a tres pies de distancia cinco o seis chorros de un semencillo dulce y blanco como la nata que fue a caer sobre el muslo de Durcet, que se hallaba más cerca de él y se hacía masturbar por Narcisse, mientras contemplaba la operación. Bien comprobado el hecho, acariciaron y besaron al niño por todas partes, cada uno de ellos quiso recoger una pequeña porción de aquel joven esperma y, como les pareció que a su edad y como estreno seis descargas no eran demasiado, a las dos que acababan de producir nuestros libertinos le hicieron añadir una cada uno, que el muchacho les vació en la boca.

El duque, calentado por aquel espectáculo, se apoderó de Augustine y le meneó el clítoris con la lengua hasta hacerla descargar dos o tres veces, a lo que llegó muy pronto la bribonzuela, llena de fuego y de bríos. Mientras el duque masturbaba así a Augustine, no había nada tan placentero como ver a Durcet yendo a recoger los síntomas del placer que no procuraba él, besar mil veces en la boca a aquella hermosa criatura, y tragarse, por así decirlo, la voluptuosidad que otro hacía circular por sus sentidos. Era tarde, hubo que prescindir de la siesta y pasar al salón de historia, donde la Duelos esperaba hacía mucho rato; cuando todo el mundo se hubo acomodado, prosiguió el relato de sus aventuras en los términos siguientes:

> Ya he tenido el honor de decíroslo, señores, es muy difícil comprender todos los suplicios que el hombre inventa contra sí mismo para encontrar de nuevo en su envilecimiento o en sus dolores esas chispas de placer que la edad avanzada o la saciedad le han hecho perder. ¿Lo creeríais? Una persona de esta especie, un hombre de sesenta años, singularmente hastiado de todos los placeres de la lubricidad, ya no podía despertarlos en sus sentidos más que haciéndose quemar con una vela en todas las partes de su cuerpo, principalmente aquellas que la naturaleza destina a esos

placeres. Apagaban la vela aplicándosela con fuerza sobre las nalgas, la verga, los cojones y, sobre todo, en el agujero del culo: entretanto él besaba un trasero, y cuando le habían repetido quince o veinte veces esta dolorosa operación, eyaculaba chupando el ano que su atormentadora le presentaba.

Vi a otro, poco después, que me obligaba a servirme de una almohaza de caballo y a pasársela por todo el cuerpo, exactamente como se haría con el animal que acabo de nombrar. Cuando su cuerpo estaba todo ensangrentado, lo frotaba con alcohol, y este segundo dolor lo hacía descargar abundantemente sobre mi pecho, tal era el campo de batalla que él quería regar con su semen. Yo me arrodillaba ante él, oprimía su verga contra mis tetas y sobre ellas esparcía él satisfecho el acre flujo de sus cojones.

Un tercero, se hacía arrancar uno a uno todos los pelos de sus nalgas. Durante la operación se masturbaba sobra un cagajón caliente que yo acababa de hacer. Luego, en el instante en que unas gotas me anunciaban la proximidad de la crisis, era necesario, para provocarla, que le diese en cada nalga un tijeretazo que lo hiciese sangrar. Tenía el culo lleno de esas llagas y a duras penas encontré un sitio intacto para infligirle las dos heridas; en aquel momento su nariz se sumergía en la mierda, se ensuciaba con ella toda la cara, y chorros de esperma coronaban su éxtasis.

El cuarto, me metía la verga en la boca y me ordenaba mordérsela con todas mis fuerzas; entretanto le desgarraba las dos nalgas con un peine de hierro de púas muy agudas y luego, en el momento en que sentía que su miembro estaba a punto de eyacular, lo cual me era anunciado por una muy ligera y muy débil erección, entonces, digo, le separaba prodigiosamente las dos nalgas y acercaba el agujero de su culo a la llama de una vela colocada en el suelo para este fin. Solamente la sensación de la quemadura de esa vela en su ano decidía la emisión. Entonces yo redoblaba mis mordiscos y pronto mi boca quedaba llena.

-¡¡Un momento! -dijo el obispo-. Hoy no oiré hablar de descarga dentro de una boca sin que esto me recuerde la buena suerte que acabo de tener y disponga mis sentidos a placeres de la misma clase.

Al decir esto atrae hacia sí a Bande-au-ciel, quien aquella noche estaba apostado cerca de él, y se pone a chuparle el pito con toda la lubricidad de un vicioso.

Sale el chorro, él se lo traga, y pronto repite la operación con Zéphyr. Estaba empalmado, y las mujeres raramente se encontraban bien a su lado cuando era presa de tal crisis. Desgraciadamente, era Aline, su sobrina.

-¿Qué haces tú aquí, zorra -le dijo-, si son hombres lo que quiero?

Aline quiere esquivarlo, él la agarra por los cabellos y, arrastrándola a su gabinete junto con Zelmire y Hébé, las dos muchachas de su serrallo:

-Ya veréis, ya veréis -dijo a sus amigos-, cómo voy a enseñar a esas perras a que me pongan coños bajo la mano cuando lo que quiero son pitos.

Fanchon, por orden suya, siguió a las tres doncellas. Un momento después se oyó gritar agudamente a Aline y los rugidos de la eyaculación de monseñor mezclarse a los acentos dolorosos de su querida sobrina. Todos volvieron... Afine lloraba, se apretaba y estrujaba el trasero.

-¡Ven a enseñarme esto! -le dijo el duque-. Me gusta con locura ver las huellas de la brutalidad de mi señor hermano.

Afine mostró no sé qué, pues siempre me ha sido imposible descubrir lo que pasaba

dentro de aquellos infernales gabinetes, pero el duque exclamó: " ¡Ah, joder! Es delicioso, creo que voy a hacer lo mismo". Pero como Curval le indicó que era tarde y que tenía un proyecto de diversión que comunicarle en las orgías, para el cual necesitaría toda su cabeza y todo su semen, rogaron a la Duelos que expusiera el quinto relato con el que debía terminar su velada, y ella prosiguió en esta forma:

> Entre el número de esa gente extraordinaria -dijo la hermosa mujer-, cuya manía consiste en hacerse envilecer y degradar, había cierto presidente de la cámara del tesoro llamado Foucolet. Es imposible imaginar hasta dónde llevaba su manía ese individuo; era necesario darle una muestra de todos los suplicios. Yo lo colgaba, pero la cuerda se rompía a tiempo y él caía sobre unos colchones; al momento siguiente lo tendía sobre una cruz de San Andrés y fingía romperle los miembros con una barra de cartón; le marcaba el hombro con un hierro casi candente que le dejaba una ligera huella; le azotaba la espalda, exactamente como hace el verdugo, y había que mezclar a todo eso insultos atroces, amargos reproches de diferentes crímenes, de los cuales, durante cada una de esas operaciones, en camisa y con un cirio en la mano, pedía perdón muy humildemente a Dios y a la justicia; en fin, la sesión terminaba sobre mi trasero, donde el libertino vertía su semen cuando su cabeza llegaba al último grado de ardor.

- ¡Eh! ¡Bueno! ¿Me dejas descargar en paz, ahora que la Duelos ha terminado? -dijo el duque a Curval.

-No, no -replicó el presidente-. Guárdate tu semen; te digo que lo necesito para las orgías.

- ¡Oh! Soy tu servidor -dijo el duque-. ¿Me tomas por un hombre gastado y te imaginas que un poco de semen que pierda ahora me impedirá ceder y corresponder a todas las infamias que se te pasarán por la cabeza dentro de cuatro horas? No temas, estaré siempre dispuesto, pero ha sido del agrado de mi señor hermano darme un pequeño ejemplo de atrocidad que me disgustaría mucho no ejecutar con Adélaïde, tu querida y amable hija.

Y, empujando en seguida a ésa dentro del gabinete con Thérèse, Colombe y Fanny, las mujeres de la cuadrilla, hizo indudablemente lo que el obispo había hecho a su sobrina, y eyaculó con los mismos episodios, pues, como antes, se oyó un grito terrible de la joven víctima y el rugido del disoluto. Curval quiso juzgar cuál de los dos hermanos se había portado mejor; hizo que se acercaran las dos mujeres y, examinados con atención los dos traseros, decidió que el duque sólo había imitado al otro superándolo.

Sentáronse a la mesa y habiendo, llenado de gases por medio de alguna droga, las entrañas de todos los comensales, hombres y mujeres, jugaron después de la cena a lanzarse pedos: los amigos estaban, los cuatro, acostados de espaldas sobre sofás, la cabeza levantada, y los demás iban por turno a peerles en la boca. La Duelos estaba encargada de contar y marcar y, puesto que había treinta y seis pedorros o pedorras contra sólo cuatro que tragaban, alguno de ellos recibió hasta ciento cincuenta pedos. Era para esa lúbrica ceremonia para lo que Curval quería que el duque se reservase, pero esto resultaba perfectamente inútil; era el duque demasiado amigo del libertinaje para que un nuevo exceso no le produjera siempre el mayor efecto en cualquier situación que se le propusiera, y no por ello dejó de descargar completamente por segunda vez bajo los suaves pedos de la Fanchon. En cuanto a Curval, los pedos de Antinoüs fueron los que le costaron su semen, mientras que Durcet perdió el suyo excitado por los de Martaine, y el obispo excitado por los de

Desgranges. Pero las jóvenes beldades no obtuvieron nada, tan verdad es que todo concuerda y que siempre han de ser los crápulas quienes ejecuten las cosas infames.

VISGESIMO SEXTA JORNADA

Como nada era más delicioso que los castigos, nada proporcionaba tantos placeres, y de esa clase de placeres que se habían prometido no gozar hasta que las narraciones permitiesen, al desarrollarlos, entregarse a ellos más ampliamente, se inventó todo para tratar de hacer caer a los sujetos en faltas que procurasen la voluptuosidad de castigarlos; a tal efecto, los amigos se reunieron en sesión extraordinaria aquella mañana para discutir la cuestión y añadieron diversos artículos al reglamento cuya infracción necesariamente había de ocasionar castigos. En primer lugar, se prohibió expresamente a las esposas, a los muchachos y a las muchachas, lanzar pedos si no era en la boca de los amigos. En cuanto sintieran ganas de ello debían inmediatamente ir al encuentro de uno de aquellos y administrarle lo que retenían; a los delincuentes se les aplicó un fuerte castigo aflictivo. Se prohibió asimismo el uso de bidets y el limpiarse los culos; se ordenó a todos los sujetos en general, y sin ninguna excepción, que nunca se lavaran y sobre todo que se limpiaran el culo después de cagar; que cuando se les encontrase el culo limpio, el sujeto debería probar que era uno de los amigos quien se lo había limpiado, y citarlo. Mediante lo cual el amigo, interrogado, teniendo la facilidad de negar el hecho cuando quisiera, se procuraría a la vez dos placeres: el de limpiar un culo con su lengua y el de hacer castigar al sujeto que acababa de proporcionarle este placer... Veremos ejemplos de ello.

Luego se introdujo una nueva ceremonia: desde la hora del café por la mañana, desde que se entraba en la habitación de las mujeres y aun cuando después de eso se pasaba a la de los muchachos, cada sujeto, uno tras otro, debía abordar a cada uno de los amigos y decirle en voz alta e inteligible: "Me cago en Dios. ¿Quiere usted mi culo, que tiene mierda?", y aquellos o aquellas que no pronunciasen la blasfemia y la proposición en voz alta serían inscritos inmediatamente en el libro fatal. Es fácil imaginarse cuánto sufrieron la devota Adélaïde y su joven discípula Sophie para pronunciar tales infamias, y esto era infinitamente divertido.

Establecido todo eso, se admitieron delaciones; este medio bárbaro de multiplicar las vejaciones, admitido por todos los tiranos, fue adoptado calurosamente. Se decidió que todo sujeto que presentase una queja contra otro obtendría la supresión de la mitad de su castigo a la primera falta que cometiese. Lo cual no comprometía a nada absolutamente, porque el sujeto que se presentaba a acusar a otro ignoraba siempre hasta dónde habría de llegar el castigo del que se le prometía perdonarle la mitad; con lo que era muy fácil darle todo lo que se le quería dar y encima convencerlo de que había salido ganando. Se decidió y se publicó que la delación sería admitida sin pruebas y que bastaría ser acusado por quien fuera para ser inscrito al instante. Además, se aumentó la autoridad de las viejas, y por la menor queja de ellas, verídica o falsa, el sujeto era condenado inmediatamente. En una palabra, se impuso sobre el pequeño pueblo toda la vejación, toda la injusticia que pueda imaginarse, seguros como estaban de obtener sumas tanto mayores de placeres cuanto mejor se ejerciese la tiranía.

Hecho eso, visitaron los retretes. Colombe fue hallada culpable; dio por excusa lo que le habían hecho comer la víspera entre las comidas, y que no había podido resistir, que era muy desdichada, que era la cuarta semana seguida que recibía castigo. El hecho era cierto y no po-

día acusarse de ello más que a su culo, que era el más lozano, el mejor formado y el más lindo que se haya visto. Objeto que no se había limpiado y que esto por lo menos debía valerle algo. Durcet la examinó y, habiéndole encontrado efectivamente un parche muy grande y muy grueso de mierda, se le aseguró que no sería tratada con tanto rigor. Curval, en erección, se apoderó de ella, le limpió completamente el ano, se hizo traer la defecación que se comió, mientras se hacía masturbar por ella, entremezclando la comida con muchos besos en la boca y mandatos perentorios de tragarse todo lo que él le transmitía de su propia obra. Visitaron a Augustine y Sophie, a las que se había recomendado que después de sus defecaciones de la víspera se mantuviesen en el estado más impuro. Sophie estaba en regla, aunque hubiese dormido cerca del obispo como su posición le exigía, pero Augustine presentaba la mayor limpieza. Segura de su respuesta, avanzó orgullosamente y dijo que bien se sabía que, como de costumbre, había dormido en la habitación del señor duque y que antes de dormirse éste la había hecho ir a su cama, donde le había chupado el agujero del culo mientras ella le meneaba el pito con la boca. El duque, interrogado, dijo que no se acordaba de tal cosa (aunque fuese cierto), que se había dormido con la verga en el culo de la Duelos, hecho que podía averiguarse. Se trató el caso con toda la seriedad y la gravedad posible, mandaron llamar a la Duelos, quien, al ver de lo que se trataba, certificó todo lo que había declarado el duque y sostuvo que Augustine sólo había sido llamada por un instante a la cama de monseñor, quien se había cagado en su boca para comer en ella su cagada. Augustine quiso sostener su tesis y disputó con la Duelos, pero se le impuso silencio y fue inscrita, aunque era totalmente inocente.

Pasaron a la habitación de los muchachos, donde Cupidon fue hallado en falta; había hecho en su orinal la más bella cagada que pueda verse. El duque se la apropió y la devoró, mientras el joven le chupaba el pito.

Negaron todos los permisos de capilla y pasaron al comedor. La bella Constance, a la que a veces se dispensaba de servir a causa de su estado, como aquel día se encontraba bien apareció desnuda, y su vientre, que empezaba a hincharse un poco, calentó mucho la cabeza de Curval, y al ver que se ponía a manosear algo duramente las nalgas y los senos de la pobre criatura, por la cual se notaba cada día que su horror aumentaba, a ruegos de ella y por el deseo que tenían de conservar su fruto al menos hasta cierta época, le dieron permiso para que aquel día no apareciese más que a las narraciones, de las cuales nunca se la eximía. Curval comenzó de nuevo a decir horrores sobre las ponedoras de niños y afirmó que si fuese el dueño establecería la ley de la isla de Formosa, donde las mujeres encintas antes de los treinta años son machacadas en un mortero con su fruto, y que aunque se impusiera aquella ley en Francia habría aún dos veces más de población de la necesaria.

Pasaron a tomar el café, que fue presentado por Sophie, Fanny, Zélamir y Adonis, pero servido de una manera muy singular: se lo hacían tragar con la boca. Sophie sirvió al duque, Fanny a Curval, Zelamir al obispo y Adonis a Durcet. Tomaban un sorbo en su boca, se la enjuagaban con él y lo vertían así en el gaznate de aquel a quien servían. Curval, que se había levantado de la mesa muy caliente, se puso otra vez en erección con esa ceremonia y cuando terminó se apoderó de Fanny y le descargó en la boca, ordenándole que se lo tragase bajo amenaza de las penas más graves, lo cual hizo la desdichada criatura sin atreverse siquiera a parpadear. El duque y sus otros dos amigos hicieron lanzar pedos o cagar Y, después de la siesta, fueron a escuchar a la Duelos, quien reanudó así sus relatos:

Voy a pasar rápidamente -dijo aquella amable mujer- sobre las dos últimas aventuras que

me quedan por contaros referentes a esos hombres singulares que no encuentran su voluptuosidad más que en el dolor que se les hace experimentar, y luego cambiaremos de tema, si os parece bien.

El primero, mientras yo lo masturbaba, ambos desnudos y de pie, quería que por una agujero practicado en el techo nos arrojaran, durante todo el tiempo de la sesión, chorros de agua casi hirviente sobre el cuerpo. En vano quise hacerle ver que, no teniendo la misma pasión que él, iba a resultar también la víctima, él me aseguró que no me haría ningún daño y que aquellas duchas eran excelentes para la salud. Lo creí y le dejé hacer, y, como estaba en su casa, no pude disponer el grado de calor del agua; ésta casi hervía. No se puede imaginar el placer que experimentó al recibirla. En cuanto a mí, mientras operaba en él lo más rápidamente que podía, gritaba, os lo confieso, como un gato escaldado; mi piel se desprendió, y me prometí firmemente no volver jamás a casa de aquel hombre.

- ¡Ah, pardiez! -dijo el duque-. Me entran ganas de escaldar así a la bella Aline.

-Monseñor -le respondió humildemente Aline-, no soy un cerdo.

La ingenua franqueza de su respuesta infantil hizo reír a todo el mundo, y se preguntó a la Duelos cuál era el segundo y último ejemplo del mismo género que había de citar.

> No era ni mucho menos tan penoso para mí -dijo la Duelos--; sólo se trataba de protegerse la mano con un buen guante, luego coger con esta mano grava ardiente en un brasero y, llena así la mano, había que frotar a mi hombre con aquella grava casi encendida desde el cuello hasta los talones. Su cuerpo estaba tan singularmente endurecido por aquel ejercicio que parecía de cuero. Cuando se llegaba a la verga, había que cogerla y masturbarla en medio de un puñado de la arena ardiente; muy pronto se ponía en erección. Entonces, con la otra mano, yo colocaba bajo sus cojones la pala toda roja y preparada a propósito. Ese frotamiento, aquel calor devorador que mordía sus testículos, quizás un poco de manoseo de mis dos nalgas, que debía tener siempre a la vista durante la operación, todo eso le hacía eyacular y tenía buen cuidado de hacer caer su esperma sobre la pala roja, donde con delicia la veía quemarse.

-Curval -le dijo el duque-, ese es un hombre al que, a mi parecer no le gusta la población más que a ti.

-Esto creo -contestó Curval-. No te ocultaré que me gusta la idea de querer quemar su semen.

- ¡Oh! Adivino todas las ideas que te sugiere -dijo el duque-. Y aunque hubiese ya germinado lo quemarías con placer, ¿verdad?

-A fe mía, eso me temo -dijo Curval, mientras hacía no sé qué a Adélaïde que la hizo proferir un grito estridente.

-¿Qué te pasa, puta -dijo Curval a su hija-, para chillar de esta manera?... ¿No ves que el duque me habla de quemar, de vejar, de reprender el semen germinado? ¿Y qué eres tú, por favor, sino un poco de semen que germinó al salir de mis cojones? Vamos, prosigue, Duelos -añadió Curval-, pues siento que el lloriqueo de esta zorra me haría descargar, y no quiero.

> Henos aquí -dijo la heroína- ante detalles que, por tener caracteres de singularidad más picantes, acaso os gusten todavía más. Ya sabéis que es costumbre en París exponer a los muertos a las puertas de las casas. Había un hombre que me pagaba doce francos cada vez que podía conducirlo por la noche ante uno de esos

espectáculos lúgubres; toda su voluptuosidad consistía en acercarse conmigo lo más posible, al borde mismo del ataúd podíamos, y allí yo debía masturbarlo de manera que su semen eyaculase sobre el ataúd. De este modo recorríamos durante la velada tres o cuatro, según el número que yo había descubierto, y en todos practicábamos la misma operación sin que él me tocase más que el trasero mientras lo masturbaba. Era un hombre de unos treinta años, y practiqué con él durante más de diez años, en el transcurso de los cuales estoy segura de haberlo hecho eyacular sobre más de dos mil ataúdes.

-Pero ¿decía algo durante su operación? -preguntó el duque-. ¿Te dirigía alguna palabra o la dirigía al muerto?

-Insultaba al muerto -contestó la Duelos-; le decía: toma, bribón, toma, pillo, toma, infame, ¡llévate mi semen contigo a los infiernos!

-Singular manía -dijo Curval.

-Amigo mío -dijo el duque-, ten la certeza de que aquel hombre era uno de los nuestros y que indudablemente no se quedaba ahí.

-Tiene usted razón, monseñor -dijo la Martaine-, y yo tendré ocasión de volver a presentarles una vez más a ese actor en escena.

La Duelos, aprovechando entonces el silencio, prosiguió así:

Otro, que llevaba mucho más lejos una fantasía más o menos parecida, quería que yo tuviese espías al acecho para avisarle cada vez que era enterrada en algún cementerio una muchacha muerta sin enfermedad peligrosa, - condición, ésta, que más me recomendaba. En cuanto le había hallado lo que quería, y siempre me pagaba muy caro el descubrimiento, salíamos por la noche, nos introducíamos en el cementerio como podíamos, nos dirigíamos en seguida a la fosa indicada por el espía, cuya tierra era la más recientemente removida, trabajábamos los dos rápidamente para apartar con nuestras manos todo lo que cubría el cadáver y, en cuanto él podía tocarlo, yo le masturbaba encima mientras él manoseaba el cuerpo por todas partes, principalmente en las nalgas, si podía. A veces volvía a tener una segunda erección, pero entonces se cagaba y me hacía cagar sobre el cadáver y soltaba su semen encima al tiempo que seguía palpando todas las partes del cuerpo que podía alcanzar.

- ¡Oh! Esto lo comprendo -dijo Curval-, y si debo haceros una confesión, es que lo he practicado alguna vez en mi vida. Verdad es que yo añadía a ello algunos episodios que no es hora todavía de revelarlos. Sea lo que sea, hace que se me empalme; abre tus muslos, Adélaïde...

Y no sé lo que pasó, pero el sofá se dobló bajo el peso, se oyó una descarga bien constatada y creo que, muy simple y virtuosamente, el señor presidente acababa de cometer un incesto.

-Presidente -dijo el duque-, apuesto a que creíste que estaba muerta.

-Sí, ciertamente -contestó Curval-, pues sin esto no hubiera eyaculado.

Y la Duelos, viendo que ya no se decía nada más, terminó así su velada:

Para no cansaros, señores, con ideas tan lúgubres, voy a terminar la velada con el relato de la pasión del duque de Bonnefort. Ese joven señor, a quien divertí cinco o seis veces, y que veía a menudo a una de mis amigas para la misma operación, exigía

que una mujer armada de un consolador, desnuda, se masturbase ante él por delante y por detrás durante tres horas seguidas sin interrupción. Hay un reloj que nos regula y si una deja la tarea antes de la vuelta completa de la tercer hora, no recibe su paga. El está delante de ti, te observa, te da vueltas y más vueltas por todos lados, te exhorta a desmayarte de placer y si, transportada por los efectos de la operación, una llega realmente a perder el conocimiento en medio del placer, es seguro que con ello apresura el del hombre. Si no sucede así, en el momento preciso en que el reloj da la tercer hora él se acerca a ti y te descarga en las narices

-A fe mía -dijo el obispo-, no veo por qué, Duelos, no has preferido dejarnos con las ideas precedentes en vez de con ésta. Aquellas tenían algo de picante que nos irritaba con fuerza, en cambio, una pasión de agua de rosas como ésta con la cual terminas tu velada no nos deja nada en la cabeza.

-Tiene razón ella -dijo Julie, que estaba con Durcet-. Por mi parte, le doy las gracias por ello, pues nos dejarán a todas acostarnos más tranquilas no teniendo en la cabeza esas malas ideas que la señora Duelos desarrolló antes.

- ¡Ah! En esto podrías muy bien equivocarte, bella Julie -dijo Durcet-, pues yo sólo me acuerdo de lo anterior cuando lo nuevo me aburre y, para demostrároslo, vosotras tened la bondad de seguirme.

Y Durcet se metió en su gabinete con Sophie y Michette para eyacular no sé muy bien cómo, pero de una manera que no le gustó a Sophie, pues profirió un grito terrible y volvió roja como la cresta de un gallo.

- ¡Oh! -dijo el duque-. Lo que es a ésta no tenías ganas de tomarla por muerta, pues acabas de hacerle dar una furiosa señal de vida.

-Ha gritado de miedo -dijo Durcet-. Pregúntale lo que le hice y ordénale que te lo diga en voz baja.

Sophie se acercó al duque para decírselo.

- ¡Ah! exclamó el duque, en voz alta-. ¡No había por qué gritar tanto, ni por qué descargar!

Y, como sonó el aviso de la cena, se interrumpieron todos los dichos y todos los placeres para ir a gozar de los de la mesa. Las orgías se celebraron con bastante tranquilidad, y fueron a acostarse virtuosamente, sin que hubiese la menor señal de borrachera, lo cual era extremadamente raro.

VIGESIMO SEPTIMA JORNADA

Desde la mañana empezaron las delaciones autorizadas la víspera, y las sultanas, al ver que sólo faltaba Rosette para que las ocho sufriesen corrección, no dejaron de ir a acusarla. Aseguraron que había echado pedos durante toda la noche y como eran las muchachas las que querían fastidiar, tuvo contra ella a todo el serrallo y fue inscrita inmediatamente. El resto transcurrió de maravilla y, excepto Sophie y Zelmire, que balbucearon un poco, los amigos fueron abordados decididamente con el nuevo cumplido: "Me cago en Dios ¿quiere usted mi culo, que tiene mierda?"; y, en efecto, la había exactamente por todas partes pues, por miedo a la tentación de la limpieza, las viejas habían retirado toda vasija, toda toalla y toda el agua. Como el régimen de la carne sin pan empezaba a calentar todas aquellas boquitas que no se lavaban, aquel día se percibió que había ya una gran diferencia en los

alientos.

-¡Ah, pardiez! -dijo Curval, lamiendo a Augustine-. Esto ahora significa algo, por lo menos. ¡Uno se empalma besando esto!

Todo el mundo convino unánimemente en que así era infinitamente mejor.

Puesto que no hubo nada de nuevo hasta el café, vamos a trasladar enseguida a él al lector. Fue servido por Sophie, Zelmire, Giton y Narcisse. El duque dijo que estaba perfectamente seguro de que Sophie tenía que descargar y que era absolutamente necesario hacer la experiencia. Dijo a Durcet que observase y, después de tumbarla en un sofá, la acarició a la vez en los bordes de la vagina, en el clítoris y en el agujero del culo, primero con los dedos, luego con la lengua; la naturaleza triunfó: al cabo de un cuarto de hora aquella hermosa muchacha se turbó, se sonrojó, suspiró, Durcet hizo observar todos estos movimientos a Curval y al obispo, quien no podía creer que ella descargase todavía, y en cuanto al duque pudo convencerse de ello más que los otros, puesto que aquel joven coñito se empapó enteramente y la pequeña pilluela le mojó de flujo todos los labios. El duque no pudo resistirse a la lubricidad de su experiencia; se levantó, se inclinó sobre la muchacha y le descargó sobre el monte entreabierto, introduciendo con sus dedos lo más que pudo el esperma en el interior del coño. Curval, calentado por el espectáculo, la agarró y le pidió otra cosa que no era flujo; ella presentó su lindo culito, el presidente pegó a él su boca y el lector inteligente adivinará fácilmente lo que recibió. Durante aquel tiempo, Zelmire divertía al obispo: le chupaba y le manoseaba el miembro. Y todo eso mientras Curval se hacía masturbar por Narcisse, cuyo trasero besaba con ardor. Sólo fue el duque, sin embargo, quien perdió el semen; la Duelos había anunciado para aquella velada relatos más bonitos que los precedentes y quisieron reservarse para oírlos. Llegada la hora se acomodaron, y he aquí cómo se expresó aquella interesante prostituta:

> Un hombre de quien nunca conocí, señores -dijo-, ni el medio ni la existencia, y que por esto no podré describiros más que muy imperfectamente, me hizo rogar por medio de un mensaje que fuese a su casa, calle Blanche-du-Rempart, a las nueve de la noche. Me advertía en su billete que no abrigara ninguna desconfianza y que, aun cuándo no se me diese a conocer, yo no tendría ningún motivo de queja. Dos luises acompañaban la carta y, a pesar de mi acostumbrada prudencia, que ciertamente debía haberse opuesto a aquella diligencia, puesto que no conocía a quien me la encargaba, lo arriesgué todo, fiándome enteramente de no sé qué presentimiento que parecía susurrarme que no tenía nada que temer. Llegó un lacayo me advierte que debo desnudarme completamente y que sólo en ese estado podría introducirme en el aposento de su amo, ejecuto la orden y en cuanto el lacayo me vio en la forma deseada me coge de la mano, y tras hacerme atravesar dos o tres aposentos, llama por fin a una puerta. Esta se abre, entro,..el lacayo se retira y la puerta vuelve a cerrarse, pero no había la más mínima diferencia en cuanto a la luz entre un horno y el lugar donde había sido introducida, y ni la luz ni el aire entraban en absoluto por ningún lado en aquella estancia. Apenas estuve dentro, un hombre desnudo se acerca a mí y me agarra sin pronunciar una sola palabra; no pierdo la cabeza, persuadida de que todo aquello tenía por objeto un poco de semen que debía hacer chorrear para verme libre de todo aquel nocturno ceremonial; llevo inmediatamente mi mano a su bajo vientre con el designio de hacer perder pronto al monstruo un veneno que lo volvía tan malo. Encuentro una verga muy gruesa, muy dura y extremadamente encrespada, pero al instante son apartados mis dedos, parece que no se quiere que

toque ni compruebe, y se me sienta en un taburete. El desconocido se planta junto a mí, agarra mis tetas una después de la otra, las aprieta y comprime con tanta violencia que le digo, bruscamente: "Me hace usted daño". Entonces cesa, me levanta, me acuesta boca abajo en un sofá alto, se sienta entre mis piernas por detrás y se pone a hacer a mis nalgas lo que acababa de hacer a mis tetas; las palpa y las comprime con una violencia sin igual, las abre, las cierra, las amasa, las besa mordisqueándolas, chupa el agujero de mi culo y, como estas compresiones reiteradas ofrecían menos peligro por este lado que por el otro, no me opuse a nada y, dejando hacer, procuraba adivinar cuál podía ser el objeto de aquel misterio en cosas que me parecían tan simples, cuando, de pronto, oigo que mi hombre lanza gritos espantosos:

-Huye, puta jodida, huye -me dijo-, huye, zorra, descargo y no respondo de tu vida.

Podéis creer que mi primer movimiento fue el de ponerme en pie; ante mí un débil resplandor: era la de la luz que se introducía por la puerta por la que había entrado; me precipito a ella, encuentro al lacayo que me había recibido, me arrojo a sus brazos, él me devuelve mis ropas, me da dos luises, y me largo muy contenta de haber salido del trance con tan poco daño.

-Tenía usted motivo para felicitarse -dijo la Martaine-, pues aquello no era más que un diminutivo de su pasión ordinaria. Yo os haré ver al mismo hombre, señores -continuó esa mamá-, bajo un aspecto más peligroso.

-No tan funesto como bajo el que lo presentaré yo a estos señores -dijo la Desgranges-, y me uno a la señora Martaine para asegurarle que fue usted muy afortunada de salir así, pues el mismo hombre tenía pasiones mucho más singulares.

-Esperemos pues, para razonar sobre ello, que sepamos toda su historia -dijo el duque-. Y apresúrate, Duelos, a contarnos otra para quitarnos de los sesos una especie de individuo que no dejaría de calentárnoslos.

El que vi después, señores -prosiguió la Duelos-, quería una mujer con unos senos muy bellos y, como ésta es una de mis cualidades, después de habérselos mostrado me prefirió a todas mis pupilas. Pero ¿qué uso de mis senos y de mi figura pretendía hacer el insigne libertino? Me acuesta, desnuda, sobre un sofá, se coloca a horcajadas sobre mi pecho, pone su miembro entre mis dos tetas, me ordena que lo apriete tanto como pueda y al término de una breve carrera el asqueroso individuo los inunda de semen, lanzándome a la cara más de veinte escupitajos seguidos, muy espesos.

-Bueno -dijo refunfuñando Adélaïde al duque, que acababa de escupirle en las narices-, no veo qué necesidad hay de imitar esa infamia. ¿Acabará usted? -añadió, secándose la cara y dirigiéndose al duque, que no descargaba.

-Cuando me parezca bien, mi hermosa niña -replicó el duque-. Acuérdate por una vez en la vida de que estás aquí para obedecer y dejar hacer. Vamos, prosigue, Duelos, pues quizás haría algo peor y, como adoro a esta bella criatura -dijo, en tono de sorna-, no quiero ultrajarla del todo.

No sé, señores -dijo la Duelos, reanudando el hilo de sus relatos-, si habéis oído

hablar de la pasión del comendador de Saint-Elme. Tenía una casa de juego donde todos aquellos que iban a arriesgar su dinero eran rudamente desplumados; pero lo que tiene eso de muy extraordinario es que el comendador se empalmaba cuando los timaba: a cada trampa que les armaba, descargaba en sus pantalones, y una mujer a quien conocí muy bien y que él mantuvo durante largo tiempo me contó que a veces la cosa lo calentaba hasta el punto que se veía obligado a ir a buscar en ella el alivio para el ardor que lo devoraba. Y no se limitaba a eso; todo tipo de robo tenía para él igual atractivo y ningún objeto estaba seguro cerca de él. Si se sentaba a vuestra mesa, robaba los cubiertos; si entraba en vuestro gabinete, se llevaba vuestra alhajas; si estaba cerca de vuestro bolsillo, os sustraía vuestro estuche o vuestro pañuelo. Todo le venía bien con tal que pudiese robarlo, y todo le provocaba erección y hasta eyaculación en cuanto se lo había apropiado.

Pero ése era ciertamente menos extraordinario que el presidente del parlamento con el que tuve tratos poco tiempo después de mi llegada a la casa de la Fournier y que siguió siendo cliente mío, pues al ser su caso bastante delicado, no quería entenderse con nadie más que conmigo.

El presidente tenía alquilado un pequeño apartamento, todo el año, en la plaza de Grève; lo ocupaba sólo una vieja sirvienta, como portera, la cual tenía como única consigna la de limpiar el apartamento y hacer avisar al presidente en cuanto se veía en la plaza algún preparativo de ejecución. Enseguida el presidente me hacía advertir que estuviese dispuesta, venía a recogerme, disfrazado y dentro de un coche de punto, y nos íbamos a su apartamentito. La ventana de aquella habitación estaba dispuesta de tal manera que dominaba exactamente y de muy cerca el patíbulo; el presidente y yo nos situábamos allí, detrás de una celosía, sobre uno de cuyos travesaños él apoyaba unos potentes gemelos y, mientras esperábamos que apareciese el paciente, el representante de Ternis, sobre una cama, se divertía besándome las nalgas, episodio que, entre paréntesis, le gustaba extraordinariamente. Por fin, cuando el alboroto nos anunciaba la llegada de la víctima, el hombre de toga volvía a su lugar junto a la ventana y me hacía ocupar el mío a su lado, con la orden de manosearle y masturbarle la verga proporcionando mis sacudidas a la ejecución que él iba a presenciar, de tal manera que el esperma no se escapase hasta el momento en que el paciente entregase su alma a Dios. Todo se arreglaba, el criminal subía al patíbulo, el presidente contemplaba; cuanto más se acercaba el paciente a la muerte, más furioso se ponía en mis manos el miembro del malvado. Por fin caían los golpes, era el instante de su descarga: " ¡Ah!, ¡redios! -exclamaba entonces-. ¡Recristo, me cago en dios! ¡Cómo quisiera ser yo su verdugo, y cómo habría pegado mejor que éste! Por otra parte, las impresiones de sus placeres se medían según el género del suplicio, un ahorcado no le producía más que una sensación muy simple, un hombre apaleado lo hacía delirar, pero si era quemado o descuartizado, se desmayaba de placer. Hombre o mujer, le daba igual.

-Solamente -decía- una mujer preñada me produciría un poco más de efecto, pero, desgraciadamente, esto no es posible.

-Pero, señor -le dije un día-, usted con su cargo contribuye a la muerte de esta víctima infortunada.

-Sin duda -me respondió-, y es lo que hace que me divierta más, en mis treinta años de ejercer de juez, nunca he votado más que por la pena de muerte.

-¿Y no cree usted -le dije- que debería reprocharse un poco la muerte de esa

gente como un homicidio?

-Bueno -contestó-, ¿es necesario ser tan escrupuloso?

-Sin embargo -dije-, esto es lo que el mundo calificaría de horror.

- ¡Oh! -me replicó-. Hay que saber tomar partido sobre el horror de todo lo que nos hace tener una erección, y por una razón bien sencilla, que esa cosa, por horrenda que quieras suponerla, deja de ser horrible para uno en cuanto le hace descargar; ya no lo es, por lo tanto, sino a los ojos de los demás, pero ¿quién me asegura que la opinión de los demás, casi siempre falsa sobre todos los objetos, no lo es igualmente en este caso? No hay -prosiguió- nada fundamentalmente bueno ni nada fundamentalmente malo; todo es sólo relativo según nuestras costumbres, nuestras opiniones y nuestros prejuicios. Establecido este punto, es extremadamente posible que una cosa del todo indiferente en sí misma sea, no obstante, indigna a tus ojos y muy deliciosa a los míos y, ya que me place, teniendo en cuenta 'a dificultad de asignarle un lugar justo, ya que me divierte, ¿no sería yo un loco si me privase de ella sólo porque tú la condenas? Vamos, vamos, querida Duelos, la vida de un hombre es una cosa tan poco importante que se puede jugar con ella, si nos agrada, como se haría con la de un gato o la de un perro; le corresponde al más débil defenderse, más o menos dispone de las mismas armas que nosotros. Y tú que eres tan escrupulosa -añadió mi hombre-, ¿qué dirías pues de la fantasía de uno de mis amigos?

Y aceptaréis, señores, que ese gusto que el presidente me contó constituya el quinto relato y último de esta velada.

El presidente me dijo que aquel amigo no quería tratos más que con mujeres que iban a ser ejecutadas. Cuanto más próximo está el momento en que le pueden ser entregadas de aquel en que deben perecer, mejor las paga. Pero siempre ha de ser después de haberles sido comunicada su sentencia. Por su posición tiene a su alcance esa clase de situaciones afortunadas para él, nunca le faltan, y yo le he visto pagar hasta cien luises por una entrevista de tal especie. Sin embargo, no goza de las mujeres, sólo les exige que muestren sus nalgas y caguen; afirma que no hay nada que iguale al sabor de la mierda de una mujer a la que se acaba de producir tal trastorno. No hay nada que no se imagine para procurarse tales entrevistas y, además, como comprenderéis muy bien, no quiere ser conocido. A veces pasa por el confesor, a veces por un amigo de la familia de la condenada, y siempre envuelve sus proposiciones la esperanza de serles últil si se muestran complacientes.

-Y cuando ha terminado, cuando se ha satisfecho, ¿cómo imaginas que termina su operación, mi querida Duelos? -me decía el presidente-... Con la misma cosa que yo, querida amiga; reserva su semen para el desenlace y lo suelta al verlas deliciosamente expirar.

- ¡Ah! Es bien malvado -le dije.

-¿Malvado? -me interrumpió-... Nada de esto, hija mía. Nada es malvado si te da una erección, y el único crimen en este mundo es el de negarte algo respecto a eso.

-En efecto, no se negaba nada -dijo la Martaine- y me ufano de anunciar que la señora Desgranges y yo tendremos ocasión de divertir a la compañía con alguna anécdotas lúbricas y criminales del mismo personaje.

- ¡Ah! ¡Qué bien! -dijo Curval-. Porque he ahí un hombre que ya me gusta mucho. Así es como hay que pensar en cuanto a los placeres, y su filosofía me gusta infinitamente. Es increíble hasta qué punto el hombre, ya reprimido en todas sus diversiones, en todas sus fa-

cultades, trata de restringir todavía más los límites de su existencia por indignos prejuicios. No nos imaginamos, por ejemplo, cuánto ha limitado todas sus delicias aquel que erige el homicidio en crimen; se ha privado de cien placeres, cada uno más delicioso que el otro, al atreverse a adoptar la quimera odiosa de ese prejuicio. ¿Y qué diablos puede importarle a la naturaleza uno, diez, veinte, quinientos hombres de más o de menos en el mundo? Los conquistadores, los héroes, los tiranos, ¿se imponen a sí mismos esta ley absurda de no hacer a los demás lo que no queremos que se nos haga? En verdad, amigos míos, no os lo oculto, pero me estremezco cuando oigo a los tontos decirme que esta es la ley de la naturaleza, etc... ¡Santo cielo! Avida de homicidios y de crímenes, para hacerlos cometer e inspirarlos es para lo que la naturaleza establece su ley, y la única que ella imprime en el fondo de nuestros corazones es la de satisfacernos a costa de no importa quién. Pero, paciencia, quizás tendré pronto una ocasión mejor de hablaron ampliamente de estas materias, las he estudiado a fondo, y espero que, al comunicároslas, os convenceré como yo lo estoy de que la única manera de servir a la naturaleza es seguir ciegamente sus deseos de cualquier especie que sean, porque, al serle tan necesario el vicio como la virtud para el mantenimiento de sus leyes, sabe aconsejarnos alternativamente lo que en aquel momento se vuelve necesario para sus fines. Sí, amigos míos, os hablaré otro día de todo esto, pero de momento necesito perder mi semen, pues ese diablo de hombre con las ejecuciones de la Grève me ha hinchado los cojones.

Y pasó a la sala del fondo con Desgranges y Fanchon, sus dos buenas amigas, porque eran tan malvadas como él, haciéndose seguir los tres por Aline, Sophie, Hébé, Antinoüs y Zéphyr. Ignoro lo que el libertino imaginó en medio de aquellas siete personas, pero fue largo, se le oyó gritar mucho: "Vamos, pues, girad, pero no es esto lo que os pido", y otras frases de enojo mezcladas con blasfemias a las que se le sabía muy propenso durante aquellas escenas de libertinaje, y por fin las mujeres reaparecieron muy coloradas, muy despeinadas y con aspecto de haber sido furiosamente sobadas en todos los sentidos. Durante aquel tiempo el duque y sus dos amigos no habían perdido el tiempo, pero el obispo era el único que había eyaculado, y de una manera tan extraordinaria que todavía no nos está permitido decirla.

Fueron a sentarse a la mesa, donde Curval filosofó un poco más, pues en él las pasiones no influían en nada sobre los sistemas; firme en sus principios, era tan impío, tan ateo, tan criminal cuando acababa de perder su semen como en medio del fuego del temperamento, y así es como deberían ser todas las personas sensatas. El semen no debe jamás dictar, ni dirigir los principios; son los principios los que deben establecer la manera de perderlo. Y, se esté o no empalmado, la filosofía independiente de las pasiones debe ser siempre la misma.

La diversión de las orgías consistió en una comprobación en la que no se había pensado aún y que, sin embargo, era interesante; se trató de decidir quién tenía el trasero más bello entre las mujeres y quién entre los muchachos. En consecuencia, primero hicieron colocar a los ocho muchachos en fila, de pie, pero un poco inclinados, -pues Asta es la verdadera manera de examinar bien un culo y juzgarlo. El examen fue muy prolongado y muy severo, se combatieron mutuamente las opiniones, se cambiaron, se observaron quince veces seguidas los objetos de la deliberación y la manzana fue otorgada, de modo general, a Zéphyr; se estuvo unánimemente de acuerdo en que era físicamente imposible encontrar algo más perfecto y mejor modelado.

Pasaron a las mujeres; se colocaron en la misma postura, la discusión fue, al principio, muy larga, pues era casi imposible decidir entre Augustine, Zelmire y Sophie. Augustine, más alta, mejor formada que las otras dos, hubiera indudablemente ganado quizás ante los pin-

tores; pero los libertinos requieren más gracia que exactitud, más carne que regularidad. Tuvo contra ella cierta demasía de flacura y de delicadeza; las otras dos ofrecían una carne tan fresca, tan rolliza, unas nalgas tan blancas y redondas, una curva del lomo tan voluptuosamente modelada, que triunfaron sobre Augustine. Pero ¿cómo decidir entre las dos que quedaban? Diez veces las opiniones empataron.

Por fin ganó Zelmire; reunieron a las dos encantadoras criaturas, las besaron, las manosearon, las masturbaron durante toda la velada, ordenaron a Zelmire que masturbase a Zéphyr, quien, eyaculando maravillosamente, proporcionó el espectáculo del mayor placer en el placer; a su vez él masturbó a la joven que se desmayó en sus brazos, y todas aquellas escenas de indecible lubricidad hicieron perder el semen al duque y a su hermano, pero sólo emocionaron débilmente a Curval y Durcet, quienes convinieron en que necesitaban escenas menos color de rosa para conmover su vieja alma gastada, y que todas aquellas chanzas sólo eran buenas para los jóvenes. Por fin fueron a acostarse y Curval trató en el seno de algunas nuevas infamias, de resarcirse de aquellas tiernas pastorelas de que acababan de hacerlo testigo.

VIGESIMO OCTAVA JORNADA

Era el día de una boda y el turno de Cupidon y Rosette para ser unidos por los lazos del himeneo y, por una singularidad otra vez fatal, ambos se hallaban en el caso de ser castigados por la noche. Como aquella mañana no se halló a nadie en falta, toda aquella parte del día fue empleada para la ceremonia de las nupcias y, en cuanto ésta terminó, la pareja fue reunida en el salón para ver lo que harían los dos juntos. Como los misterios de Venus se celebraban a menudo ante los ojos de aquellos niños, aunque ninguno hubiese servido todavía en tales misterios, poseían la suficiente teoría para poder ejecutar con esos objetos más o menos lo que había que hacer. Cupidon, que tenía una fuerte erección, colocó su pito entre los muslos de Rosette, la cual se dejaba hacer con todo el candor de la más completa inocencia; el muchacho se esmeraba tanto que iba posiblemente a salir triunfante, cuando el obispo, cogiéndolo entre sus brazos, se hizo meter a sí mismo lo que el niño hubiera preferido, creo, meter a su mujercita; mientras perforaba el amplio culo del obispo, miraba a aquélla con unos ojos que demostraban su pesadumbre, pero ella a su vez pronto estuvo ocupada, pues el duque la jodió entre los muslos. Curva] se acercó a manosear lúbricamente el trasero del pequeño jodedor del obispo y, como encontró aquel lindo culito en el estado deseable, lo lamió y sacudió. Durcet, por su parte, hacía lo mismo a la niña que el duque tenía agarrada por delante.

Sin embargo, nadie descargó, y se dirigieron a la mesa; los dos jóvenes esposos, que habían sido admitidos en ella, fueron a servir el café, con Augustine y Zélamir. Y la voluptuosa Augustine, confusa por no haberse llevado la víspera el premio de la belleza, como enfurruñada había dejado que reinase en su tocado un desorden que la hacía mil veces más interesante. Curval se conmovió y, examinándole las nalgas, le dijo:

-No concibo cómo esta bribonzuela no ganó ayer la palma, pues el diablo me lleve si existe en el mundo un culo más hermoso que éste.

Al mismo tiempo lo entreabrió y preguntó a Augustine si estaba dispuesta a satisfacerlo. "¡Oh, sí! -dijo ella-. ¡Y completamente, pues ya no aguanto más la necesidad!" Curval la acuesta sobre un sofá, y arrodillándose ante el hermoso trasero en un instante ha devorado la cagada.

¡En nombre de Dios! -dijo, volviéndose hacia sus amigos y mostrándoles su verga pegada al vientre-. Me hallo en un estado en que emprendería furiosamente cualquier cosa.

-¿Qué cosa? -le preguntó el duque, que se complacía en hacerle decir horrores cuando se encontraba en aquel estado.

-¿Qué cosa? -repitió Curval-. Cualquier infamia que se quiera proponerme, aunque tuviese que descuartizar la naturaleza y dislocar el universo.

- ¡Ven, ven! -dijo Durcet, que le veía lanzar miradas furiosas a Augustine-. Vamos a escuchar a la Duelos, es la hora; pues estoy persuadido de que si ahora te soltaran las riendas, hay una pobre putilla que pasaría un cuarto de hora muy malo.

- ¡Oh, sí! -dijo Curval, encendido-. Muy malo, de esto puedo responderte firmemente.

-Curval -dijo el duque, que la tenía tan furiosamente empalmada como él al acabar de hacer cagar a Rosette-, que nos entreguen ahora el serrallo y dentro de dos horas habremos dado buena cuenta de él.

El obispo y Durcet, más calmados de momento, les cogieron a cada uno del brazo y fue de aquella manera, es decir, con los pantalones bajados y el pito al aire, como esos libertinos se presentaron ante el grupo reunido en el salón de historia, dispuestos a escuchar los nuevos relatos de la Duelos, la cual empezó, a pesar de prever por el estado de aquellos dos señores que pronto sería interrumpida, en estos términos:

Un caballero de la corte, hombre de unos treinta y cinco años, acababa de hacerme pedir -dijo Duelos- una de las muchachas más bonitas que pudiese encontrar. No me había advertido de su manía y, para satisfacerle, le entregué a una joven costurera que no había ejercido nunca y que era sin discusión una de las más bellas criaturas imaginables. Los pongo en contacto y, curiosa por observar lo que sucedería, voy inmediatamente a pegarme a mi agujero.

-¿Dónde diablos -empezó él a decir- ha ido a buscar la señora Duelos una asquerosa zorra como tú?... ¡En el lodo, sin duda!... Estabas tratando de atrapar a algunos soldados de la guardia cuando han ido a buscarte.

Y la joven, avergonzada, pues no había sido advertida de nada, no sabía qué actitud adoptar.

- ¡Vamos! ¡Desnúdate ya! -continuó el cortesano-. ¡Qué torpe eres!... No he visto en mi vida una puta más fea y más idiota... ¡Bueno, vamos! ¿Acabaremos hoy?... ¡Ah! He aquí ese cuerpo que tanto me alabaron. Qué tetas.., parecen ubres de una vaca vieja.

Y las manoseaba brutalmente.

-¡Y este vientre! ¡Qué arrugado está!... ¿Es que has hecho veinte hijos?

-Ni uno, señor, se lo aseguro.

- ¡Oh! Sí, ni uno solo, así es como hablan todas esas zorras; si uno las escucha, son todavía vírgenes... Vamos, date la vuelta, muestra ese culo infame... ¡Qué nalgas fláccidas y repugnantes! ¡Sin duda ha sido a puntapiés como te han puesto así el trasero!

Y observad si os place, señores, que era el más hermoso trasero que fuese posible ver. Sin embargo, la joven empezaba a turbarse; yo casi distinguía las palpitaciones de su corazoncito y veía que una nube velaba sus bellos ojos. Y cuánto más turbada Parecía ella, más la mortificaba el maldito bribón. Me sería imposible deciros todas las tonterías que le dirigió; nadie se atrevería a decir cosas más ofensivas a la más vil y más infame de las criaturas. Por fin el corazón le dio un salto y brotaron las lágrimas; era para aquel momento para cuando el libertino, que se la meneaba con todas sus fuerzas, había reservado el ramillete de sus letanías. Es imposible repetiros todos los horrores que le dirigió referidos a

su cutis, a su talle, a sus rasgos, al olor infecto que según él exhalaba, a su porte, a su inteligencia; en una palabra, buscó todo, inventó todo cuanto pudiera desesperar su orgullo, y le vertió el semen encima mientras vomitaba tales atrocidades que un ganapán no se atrevería a pronunciar. De aquella escena resultó algo muy agradable, y es que sirvió de sermón a aquella joven; juró que jamás en su vida volvería a exponerse a semejante aventura y ocho días después supe que se había metido en un convento para el resto de su existencia. Se lo conté al hombre, quien se divirtió prodigiosamente con ello y me pidió enseguida que le proporcionase la manera de hacer alguna otra conversión.

Otro -prosiguió la Duclos- me ordenaba que le buscase muchachas extremadamente sensibles y que estuviesen esperando una noticia que, si tomaba un mal cariz, hubiese de causarles una gran aflicción. Me costaba mucho encontrarlas de ese género, porque es difícil inventarlo. Nuestro hombre era un conocedor, por el tiempo que llevaba practicando el mismo juego, y de una ojeada se daba cuenta de si el golpe que asestaba daba en el blanco. Yo no lo engañaba, y le daba siempre muchachas que se hallasen efectivamente en la disposición de espíritu que él deseaba. Un día, le proporcioné una que esperaba de Dijon noticias de un joven a quien idolatraba y que se llamaba Valcourt. Los puse en contacto.

-¿De dónde es usted, señorita? -le pregunta en tono correcto nuestro libertino.

-De Dijon, señor.

-¿De Dijon? ¡Ah, caramba! Acabo de recibir una carta de allá en la que me comunican una noticia que me tiene desolado.

-¿Y cuál es? -pregunta con interés la muchacha-. Como conozco a toda la ciudad, esta noticia acaso me interese.

- ¡Oh, no! -replica nuestro hombre-, sólo me interesa a mí; es la noticia de la muerte de un joven por el que yo tenía el más vivo interés; acababa de casarse con una muchacha que mi hermano, que está en Dijon, le había procurado, una muchacha de la que estaba muy enamorado, y al día siguiente de la boda murió repentinamente.

-¿Su nombre, señor, por favor?

-Se llama Valcourt; era de París, de tal calle, tal casa... ¡Oh! Usted seguramente no lo conoce.

Y al instante la joven cae y se desmaya.

- ¡Ah! ¡Joder! -dice entonces nuestro libertino, extasiado, desabrochándose el pantalón y masturbándose sobre ella-. ¡Ah! ¡Dios, así la quería! Vamos, nalgas, nalgas, sólo necesito nalgas para descargar.

Le da vuelta, le levanta las faldas, inmóvil como está ella, le lanza siete u ocho chorros de semen sobre el trasero y escapa, sin inquietarse por las consecuencias de lo que dijo ni de lo que le pasará a la desdichada.

-¿Y reventó, ella? -preguntó Curval, a quien estaban jodiendo.

-No -contestó la Duclos-, pero sufrió una enfermedad que le duró más de seis semanas.

- ¡Oh! ¡Qué bueno es eso! -dijo el duque-. Pero yo -prosiguió aquel malvado- quisiera que su hombre hubiese escogido el momento en que ella tuviese la regla para darle aquella noticia.

-Sí -dijo Curval-. Dilo mejor, señor duque: estás en erección, lo veo desde aquí, y quisiera, simplemente, que la muchacha hubiese muerto al instante.

-Y bien, así sea -dijo el duque-. Ya que lo quieres así, consiento, no soy muy escrupuloso en cuanto a la muerte de una muchacha.

-Durcet -dijo el obispo-, si no mandas a estos dos pillos a que descarguen, esta noche habrá alboroto.

¡Ah, pardiez! -dijo Curval al obispo-. Temes mucho por tu rebaño. ¿Dos o tres más o menos, qué importaría? Vamos, señor duque, vamos a la sala, vamos juntos y con compañía, pues ya veo que esos señores no quieren que esta noche se les escandalice.

Dicho y hecho; y nuestros dos libertinos se hacen seguir por Zelmire, Augustine, Sophie, Colombe, Cupidon, Narcisse, Zélamir y Adonis, escoltados por Brise-cul, Bande-au-ciel, Thérése, Fanchon, Constance y Julie. Pasado un instante se oyeron dos o tres gritos de mujeres y los aullidos de nuestros dos malvados que soltaban su semen a la vez. Augustine volvió con su pañuelo sobre la nariz, que sangraba, y Adélaïde con un pañuelo sobre su seno. En cuanto a Julie, siempre bastante libertina y bastante hábil para salir de todo sin peligro, reía como una loca, y decía que sin ella no abrían descargado nunca. El grupo regresó. Zélamir y Adonis tenían aún las nalgas llenas de semen y, como aseguraron a sus amigos que se habían portado con toda la decencia y el pudor posibles a fin de que no se les pudiera hacer ningún reproche, y ahora, perfectamente calmados, estaban en disposición de escuchar, se ordenó a la Duclos que continuara y ella lo hizo en esta forma:

> -Siento -dijo la hermosa mujer- que el señor de Curval se haya apresurado tanto a satisfacer sus necesidades, pues tenía para contarle dos historias de mujeres preñadas que acaso le habrían producido algún placer. Conozco su gusto por ese tipo de mujeres y estoy segura de que si todavía tuviese alguna veleidad, estos dos cuentos lo divertirían.

-Cuenta, cuenta de todas maneras -dijo Curval-. ¿No sabes muy bien que el semen nunca ha influido sobre mis sentimientos y que el instante en que estoy más enamorado del mal es siempre aquel en que acabo de hacerlo?

> Pues bien -dijo la Duclos-, conocía a un hombre que tenía la manía de ver parir a una mujer; se masturbaba mientras la contemplaba en sus dolores y eyaculaba sobre la cabeza del niño en cuanto podía divisarla.
>
> Un segundo colocaba a una mujer encinta de siete meses sobre un pedestal aislado de más de quince pies de altura. La mujer, estaba obligada a mantenerse erguida y sin perder la cabeza, pues si desgraciadamente hubiese sentido vértigos ella y su fruto se habrían aplastado irremisiblemente. El libertino de quien os hablo, muy poco conmovido por la situación de aquella infeliz a la que pagaba para esto, la retenía allí hasta haber descargado, y se masturbaba ante ella exclamando: " ¡Ah! ¡La bella estatua, el bello ornamento, la bella emperatriz!"

-Tú habrías sacudido la columna, ¿no es cierto, Curval? -dijo el duque.

-¡Oh! Nada de eso, te equivocas; conozco demasiado el respeto que se debe a la naturaleza y a sus obras. La más interesante de todas ¿no es la propagación de nuestra especie?, ¿no es una especie de milagro que debemos adorar incesantemente, y que debe inspirarnos por las que lo hacen el interés más tierno? ¡Por lo que a mí respecta, no veo nunca a una mujer encinta sin enternecerme! Imaginaos lo que es una mujer que, como un horno, hace germinar una pizca de moco en el fondo de su vagina. ¿Hay nada tan bello, tan tierno como eso? Constance, ven, por favor, ven para que yo bese en ti el altar donde se opera ahora un misterio tan profundo.

Y, como ella se encontraba positivamente en su nicho, no tuvo que ir muy lejos en busca del templo cuyo culto quería servir. Pero hay motivo para creer que no se practicó de

ninguna manera como lo entendía Constance, la cual, por otra parte, sólo a medias se fiaba de él, pues inmediatamente se la oyó lanzar un grito que no parecía en absoluto consecuencia de un culto o un homenaje. Y la Duclos, viendo que se producía una pausa, terminó sus relatos con el cuento siguiente:

> Conocí a un hombre -dijo la bella mujer- cuya pasión consistía en oír a los niños lanzar fuertes gritos; necesitaba a una madre, que tuviera un hijo de tres o cuatro años cuanto más. Exigía que la madre pegara rudamente al niño ante él y cuando la criaturita, irritada por aquel trato, empezaba a proferir grandes chillidos, la madre tenía que apoderarse de la verga del disoluto y sacudirla con fuerza frente al niño, en cuyas narices él descargaba el semen en cuanto lo veía llorar desesperadamente.

-Apuesto a que ese hombre --lijo el obispo a Curval- no era más partidario de la propagación que tú.

-Lo creo -dijo Curval-. Además debía ser, según el principio de una dama muy inteligente, según se dice, debía ser, digo, un gran malvado; pues, según oí decir a aquella dama, todo hombre que no ama a los animales, ni a los niños, ni a las mujeres encintas, es un monstruo que debería ser condenado a la rueda. He aquí pronunciado mi proceso ante el tribunal de esa vieja comadre -dijo Curval-, pues yo, ciertamente, no amo ninguna de esas tres cosas.

Y como era ya tarde y la interrupción había ocupado gran parte de la velada, se pasó a la mesa. Durante la cena se debatieron las cuestiones siguientes: a saber, para qué servía la sensibilidad en el hombre y si era útil o no para su felicidad. Curval demostró que sólo resultaba peligrosa y que era el primer sentimiento que debíase debilitar en los niños, acostumbrándolos pronto a los espectáculos más feroces. Y después que cada uno discutió la cuestión de modo diferente; se volvió a la opinión de Curval. Después de cenar, el' duque y él dijeron que había que mandar a la cama a las mujeres y los niños y celebrar las orgías sólo entre hombres; todo el mundo aceptó ese proyecto, se encerraron con los ocho jodedores y pasaron casi toda la noche haciéndose joder y bebiendo licores. Fueron a acostarse dos horas antes del alba y el día siguiente trajo los acontecimientos y las narraciones que el lector encontrará si se toma la molestia de leer lo que sigue.

VIGESIMO NOVENA JORNADA

Existe un proverbio -y los proverbios son una cosa muy buena-, hay un proverbio, digo, que pretende que el apetito entra comiendo. Este dicho, grosero como es, tiene no obstante un sentido muy extenso: quiere decir que a fuerza de cometer horrores se desean otros nuevos, y que cuanto más se cometen más se desean. Era el caso de nuestros insaciables libertinos. Con una dureza imperdonable, con un detestable refinamiento del desenfreno, habían condenado, como se ha dicho, a sus desgraciadas esposas a prestarles, al salir del retrete, los cuidados más viles y más sucios. No se contentaron con eso, sino que aquel mismo día se proclamó una nueva ley (que pareció ser obra del libertinaje sodomita de la víspera), una nueva ley, digo, que establecía que ellas servirían a partir del 1° de diciembre, de orinal a sus necesidades y que estas necesidades, en una palabra, grandes y pequeñas, no se harían nunca sino en sus bocas; que cada vez que los señores quisieran satisfacer sus necesidades, les seguirían cuatro sultanas para prestarles, hecha la necesidad, el servicio que

antes les prestaban las esposas y del que ahora ya serían incapaces, puesto que iban a servir para algo más grave; que las sultanas oficiantes serían Colombe para Curval, Hébé para el duque, Rosette para el obispo y Michette para Durcet; y que la menor falta en una u otra de aquellas operaciones, fuese en lo concerniente a las esposas o a la que correspondería a las cuatro muchachas, sería castigada con severísimo rigor.

Las pobres mujeres, apenas enteradas de esa nueva orden, lloraron y se desolaron, desgraciadamente sin enternecer. Se prescribió que cada mujer serviría solamente a su marido, y Aline al obispo, y que para esta operación no estaría permitido cambiarlas. Dos viejas, por turno, fueron encargadas de encontrarse presentes para el mismo servicio, y la hora se fijó invariablemente para la noche al salir de las orgías; se convino en que se procedería siempre en común, que mientras se operase, las cuatro sultanas, esperando cumplir con su servicio, presentarían sus nalgas, y que las viejas irían de un ano al otro para oprimirlo, abrirlo y excitarlo por fin a la obra. Promulgado este reglamento, se procedió aquella mañana a las correcciones que no se habían aplicado la víspera, debido al deseo que surgió de celebrar las orgías entre hombres.

La operación se realizó en el aposento de las sultanas, donde fueron expedidas las ocho y, tras ellas, Adélaïde, Aline y Cupidon, que estaban también los tres en la lista fatal. La ceremonia, con los detalles y todo el protocolo de costumbre en tales casos, duró casi cuatro horas, al cabo de las cuales bajaron a comer con la cabeza calentada, sobre todo la de Curval quien prodigiosamente aficionado a aquellas operaciones, nunca procedía a ellas sin la más segura erección. En cuanto al duque, había descargado, lo mismo que Durcet. Este último, que empezaba adquirir en el libertinaje un humor muy molesto contra su querida esposa Adélaïde, no la corrigió sin violentas sacudidas de placer que le costaron el semen.

Después de la comida se pasó al café; bien hubiérase querido ofrecer en él culos nuevos, dando como hombres a Zéphyr y Giton y muchos otros, si se hubiese deseado. Esto se podía hacer, pero en cuanto a sultanes era imposible. Fueron pues, siguiendo simplemente el orden de la lista, Colombe y Michette las que sirvieron el café. Curval, examinando el trasero de Colombe cuyo color abigarrado, en parte obra suya, le producía deseos muy singulares, le metió la verga entre los muslos por atrás, sacudiendo mucho las nalgas; a veces, su miembro, retrocediendo, chocaba como sin querer contra el lindo agujero que bien hubiera querido él perforar. Lo miraba, lo observaba.

- ¡Rediós! -dijo a sus amigos-. Doy inmediatamente doscientos luises a la sociedad si se me deja joder este culo.

Sin embargo, se contuvo y ni siquiera descargó. El obispo hizo que Zéphyr descargase en su boca y perdió su semen mientras se tragaba el de aquel delicioso niño; en cuanto a Durcet, se hizo dar de puntapiés en el trasero por Giton, lo hizo cagar, y permaneció virgen. Pasaron al salón de historia, donde aquella noche, según una ordenación que se repetía bastante a menudo, cada padre tenía a su hija en su sofá, y se escucharon con los pantalones abajo, los cinco relatos de nuestra querida narradora.

> Parecía que, después del modo exacto con que yo había cumplido los legados piadosos de la Fournier, la dicha afluía a mi casa -dijo aquella bonita mujer-; nunca había tenido tan ricos conocidos.
>
> El prior de los benedictinos, uno de mis mejores clientes, vino a decirme un día que, habiendo oído hablar de una fantasía bastante singular y hasta habiéndola visto ejecutar a uno de sus amigos que era aficionado a ella, quería probarla a su vez, y, en consecuencia, me pidió una mujer que fuese muy peluda. Le entregué una corpulenta

criatura de veintiocho años que tenía mechones de una vara de largo en los sobacos y en la entrepierna. "Es lo que necesito" me dijo. Y como estaba muy ligado conmigo y con mucha frecuencia nos habíamos divertido juntos, no se ocultó a mis ojos. Hizo colocar a la mujer desnuda medio acostada sobre un sofá, con los dos brazos en alto, y él, armado de unas tijeras muy afiladas, se puso a trasquilar hasta el cuero los dos sobacos de aquella criatura. De los sobacos pasó a la entrepierna, que esquiló asimismo, con tanta decisión que en ninguno de los lugares sobre los que había operado parecía no haber habido jamás ni el más leve vestigio de pelo. Terminado su trabajo, besó las partes esquiladas y regó con su semen aquel monte pelado, extasiándose ante su obra.

Otro exigía una ceremonia sin duda mucho más rara: era el duque de Florville; recibí la orden de conducir a su casa a una de las mujeres más hermosas que pudiese encontrar. Nos recibió un ayuda de cámara y entramos en la mansión por una puerta lateral.

-Arreglemos a esta bella niña -me dijo el criado- como conviene para que el señor duque pueda divertirse con ella... Seguidme.

Por vueltas y corredores tan sombríos como inmensos, llegamos por fin a un aposento lúgubre, alumbrado nada más por seis cirios colocados en el suelo en torno a un colchón de satén negro; toda la estancia estaba tapizada de luto y, al entrar, nos asustamos.

-Tranquilizaos -nos dijo nuestro guía-, no sufriréis ningún daño, pero -dijo a la joven-, préstese usted a todo y, principalmente, ejecute bien lo que voy a ordenarle.

Hizo desnudar a la mujer, deshizo su peinado y dejó colgando sus cabellos, que eran soberbios. Luego la acostó sobre el colchón, en medio de los cirios, le recomendó que se hiciera la muerta y, sobre todo, que tuviera buen cuidado durante toda la escena de no moverla y respirar lo menos posible.

-Porque si mi amo, por desgracia, que se figurará que usted está realmente muerta, se diese cuenta de la ficción, saldría furioso y sin duda se quedaría usted sin cobrar.

En cuanto hubo colocado a la damisela sobre el colchón, en la actitud de un cadáver, le hizo dar a su boca y a sus ojos las impresiones del dolor, dejó flotar sus cabellos sobre el seno desnudo, colocó cerca de ella un puñal y embadurnó el lado del corazón con sangre de pollo, con la forma de una herida ancha como la mano.

Sobre todo no tenga usted ningún temor -repitió a la joven-, no ha de decir nada, hacer nada, no se trata más que de permanecer inmóvil y no respirar sino en los momentos en que lo vea usted menos cerca. Retirémonos ahora -me dijo el criado-. Venga, señora; a fin de que no esté intranquila por su damisela, voy a situarla en un lugar desde donde podrá oír y observar toda la escena.

Salimos, dejando a la muchacha muy emocionada al principio, pero no obstante un poco tranquilizada por las palabras del ayuda de cámara. Me conduce a un gabinete contiguo al aposento donde iba a celebrarse el misterio y, a través de un tabique mal ajustado sobre el cual estaba aplicado el tapizado negro, pude oírlo todo. Observar me era todavía más fácil, pues aquel tapizado era sólo de crespón, a través del cual distinguía todos los objetos como si hubiese estado en la habitación misma.

El ayuda de cámara tiró del cordón de una campanita; era la señal, y algunos minutos después vimos entrar a un hombre alto, seco y flaco, de unos sesenta años. Iba enteramente desnudo bajo una bata flotante de tafetán de la India. Se detuvo al

entrar. Es conveniente deciros que nuestras observaciones eran una sorpresa, pues el duque, que se creía absolutamente solo, estaba muy lejos de pensar que alguien lo miraba.

- ¡Ah! El bello cadáver... -exclamó enseguida-, la bella muerta... ¡Oh! ¡Dios mío! -añadió, al ver la sangre y el puñal-. Acaba de ser asesinada en este instante... ¡Ah! ¡Dios, cuán empalmado debe estar el que ha cometido este golpe!

Y, masturbándose:

-Cómo hubiera deseado vérselo cometer.

Y manoseando el vientre de la mujer:

-¿Estaría preñada?... No, desgraciadamente.

Y continuando el manoseo:

- ¡Qué hermosas carnes! Todavía están calientes... El bello pecho...

Entonces se inclinó sobre ella y le besó la boca con un furor increíble.

-Todavía babea... -dijo-. ¡Cuánto me gusta esta saliva!

Por segunda vez le metió la lengua hasta el gaznate. Era imposible representar el papel mejor de lo que lo hacía aquella muchacha; no se movió más que un tronco y mientras el duque se acercó a ella no solo el aliento. Por fin él la agarró y, dándole la vuelta sobre el vientre, dijo:

-Tengo que ver este hermoso culo.

Y, en cuanto lo hubo visto:

- ¡Ah! ¡Redios, qué hermosas nalgas!

Y entonces las besó, las entreabrió,- le vimos claramente meter su lengua en el lindo agujero.

-He aquí, palabra -exclamó entusiasmado-, uno de los cadáveres más soberbios que he visto en mi vida. ¡Ah! ¡Cuán feliz será el que le ha privado a esta muchacha de la vida, y qué placer ha de haber sentido!

Esta idea le hizo descargar; estaba acostado junto a ella, la apretaba, sus muslos pegados a las nalgas, y le echó el semen en el agujero del culo con increíbles muestras de placer y gritando como un demonio mientras perdía su esperma:

- ¡Ah! ¡Joder, joder, cómo quisiera haberla matado!

Ese fue el fin de la operación; el libertino se levanté y desapareció; era hora de que fuésemos a levantar a nuestra moribunda. No podía más; la contención, el susto, todo había absorbido sus sentidos y estaba a punto de representar de veras el personaje que acababa de imitar tan bien. Nos marchamos con cuatro luises que nos entregó el criado, el cual, como os imaginaréis, nos robaba al menos la mitad.

- ¡Vive Dios -exclamó Curval-, qué pasión! Ahí por lo menos hay sal, hay picante.

-La tengo erecta como la de un asno -dijo el duque-. Apuesto a que ese personaje no se contentó con esto.

-Puede usted estar seguro de ello, señor duque -dijo la Martaine-. Alguna vez hubo más realidad. Es de lo que la señora Desgranges y yo tendremos ocasión de convenceros.

-¿Y qué diablos haces tú, entretanto? -dijo Curval al duque.

-Déjame, déjame -dijo el duque-. Estoy jodiendo a mi hija, y la creo muerta.

- ¡Ah, malvado! -dijo Curval-. Tienes, pues, dos crímenes en la mollera.

- ¡Ah! Joder -dijo el duque- bien querría que fuesen más reales...

Y su esperma impuro se escapó dentro de la vagina de Julie.

-Vamos, sigue, Duclos -dijo en cuanto hubo terminado-, sigue, querida amiga, y no dejes

que el presidente descargue, pues veo que va a cometer incesto con su hija; el pilluelo se mete malas ideas en la cabeza, sus padres me lo confiaron y debo vigilar su conducta, no quiero que se pervierta.

- ¡Ah! Ya no hay tiempo -dijo Curval-, ya no hay tiempo, descargo. ¡Ah, redios! ¡La hermosa muerta!

Y el malvado, al penetrar en Adélaïde, se figuraba como el duque, que jodía a su hija asesinada; increíble extravío del espíritu de un libertino que no puede oír nada, ver nada, sin querer imitarlo al instante.

-Duelos, continúa -dijo el obispo-, pues el ejemplo de estos bribones es seductor y, en el estado en que me hallo, quizás obraría peor que ellos.

Algún tiempo después de aquella aventura, fui sola a casa de otro libertino -dijo la Duelos-cuya manía, quizás más humillante, no era, sin embargo, tan sombría. Me recibe en un salón cuyo piso estaba cubierto con una alfombra muy hermosa, me hace desnudarme y me ordena que me coloque a cuatro patas:

-Veamos -dice, refiriéndose a los dos grandes daneses que tenía a su lado-, veamos cuál de mis perros o tú será el más rápido... ¡Corre a buscar!

Y al mismo tiempo lanza al suelo unas grandes castañas asadas y, hablándome como a un animal:

-Tráemelo, tráemelo -me dice.

Corro gateando tras la castaña con el propósito de entrar en la idea de su fantasía y devolvérsela, pero los dos perros, lanzándose detrás de mí, pronto me adelantan; atrapan la castaña y se la llevan al amo.

-Eres francamente torpe -me dice entonces el amo-. ¿Tienes miedo de que mis perros te coman? No temas nada, no te harán ningún daño, pero interiormente se burlarán de ti si te ven menos hábil que ellos. Vamos, tu desquite... ¡Tráemela!

Nueva castaña lanzada y nueva victoria de los perros contra mí; en fin, el juego duró dos horas, durante las cuales sólo fui lo bastante hábil una sola vez para atrapar la castaña y llevarla con la boca al que la había arrojado. Pero triunfase o no, nunca aquellos animales adiestrados para ese juego me hacían ningún daño; Parecían, al contrario, burlarse y divertirse conmigo como si yo fuera de su especie.

-Bueno -dijo el patrón-, basta de trabajar; hay que comer.

Llamó, entró un criado de confianza.

-Trae la comida de mis animales -le dijo.

El criado trajo una artesa de madera de ébano que dejó en el suelo. Estaba llena de una especie de picadillo de carne muy delicado.

-Vamos -me dijo-, come con mis perros, y procura que no sean tan listos con la comida como lo han sido en la carrera. No se podía replicar ni una palabra, había que obedecer; todavía a gatas, metí la cabeza en la artesa y, como todo era muy limpio y bueno, me puse a comer con los perros, los cuales, muy cortésmente, me dejaron mi parte sin la más mínima disputa. Aquél era el instante de la crisis de nuestro libertino; la humillación, el rebajamiento a que sometía a una mujer, lo calentaba increíblemente. Entonces dijo, masturbándose:

-La golfa, la zorra, come con mis perros. Así es como habría que tratar a todas las mujeres y si lo hiciéramos no serían tan impertinentes; animales domésticos como estos perros, ¡qué razón tenemos para tratarlas mejor que a ellos! ¡Ah. zorra! ¡ Ah, puta! -exclamó entonces, avanzando y soltándome su semen sobre el trasero ¡Ah, golfa, te he hecho comer con mis perros!

Eso fue todo. Nuestro hombre desapareció, yo me vestí rápidamente y encontré dos luises sobre mi manteleta, suma acostumbrada con la que sin duda el disoluto solía pagar sus placeres.

Aquí, señores 'continuó la Duclos-, me veo obligada a retroceder y contaros, para terminar la velada, dos aventuras que me ocurrieron en mi juventud. Como son algo fuertes, hubieran estado desplazadas en el curso de los suaves acontecimientos con los cuales me ordenasteis empezar; he debido, pues, guardarlos para el desenlace.

Sólo tenía a la sazón dieciséis años y estaba todavía en casa de la Guérin; me habían introducido en el gabinete inferior de la vivienda de un hombre de gran distinción, tras decirme simplemente que esperara, que estuviese tranquila, y obedeciera estrictamente al señor que vendría a divertirse conmigo. Pero se guardaron muy bien de informarme más; no hubiera tenido tanto miedo si hubiese estado prevenida, y nuestro libertino, ciertamente, no tanto placer. Hacía aproximadamente una hora que estaba en el gabinete, cuando por fin abrieron. Era el propio dueño.

-¿Qué haces aquí, bribona? -me dijo con aire de sorpresa-¡A estas horas en mi aposento! ¡Ah, puta! -exclamó, agarrándome por el cuello hasta hacerme perderla respiración-. ¡Ah, zorra! ¡Vienes a robarme!

Llama, al instante aparece un criado confidente.

-La Fleur -le dice el amo, encolerizado-, aquí hay una ladrona que he encontrado escondida; desnúdala completamente y prepárate a ejecutar las órdenes que te daré.

La Fleur obedece, en un instante estoy desnuda y mis ropas arrojadas afuera a medida que me las quitan.

-Vamos -dijo el libertino a su criado-, vete ahora a buscar un saco, cóselo con esta zorra dentro y ve a tirarla al río.

El criado sale a buscar el saco. Os dejo suponer que aproveché aquel intervalo para arrojarme a los pies del patrón y suplicarle que tuviese piedad, asegurándole que era la señora Guérin, su ordinaria alcahueta, la que me metió allí personalmente, pero que no soy una ladrona. El libertino, sin escuchar nada, agarra mis dos nalgas y manoseándolas con brutalidad dice:

-¡Ah, joder! Voy a hacer que los peces se coman este hermoso culo.

Fue el único acto de lubricidad que pareció permitirse y aun sin exponer nada a mi vista que pudiese hacerme creer que el libertino tenía algo que ver en la escena. El criado vuelve con el saco y, a pesar de mis súplicas, me meten dentro, lo cosen y La Fleur me carga sobre sus hombres. Entonces oí los efectos del trastorno de la crisis en nuestro libertino; verosímilmente había empezado a masturbarse en cuanto me metieron en el saco. En el mismo instante en que La Fleur me cargó, el semen del malvado salió.

-Al río, al río, oyes, La Fleur -decía tartamudeando de placer-. Sí, al río, y meterás una piedra en el saco para que la puta se ahogue más pronto.

Dicho todo, salimos, pasamos a una habitación contigua donde La Fleur, después de descoser el saco, me devolvió mis ropas, me dio dos luises, algunas pruebas inequívocas de una manera de conducirse en el placer muy diferente de la de su amo, y volví a casa de la Guérin, a quien reproché con violencia por no haberme prevenido, y que para reconciliarse conmigo me hizo prestar dos días más tarde el servicio siguiente, sobre el que me advirtió todavía menos.

Se trataba, más o menos como en lo que acabo de contaros, de encontrarse en el gabinete del aposento de un arrendador general, pero esta vez estaba con el mismo criado que había ido a buscarme a casa de la Guérin de parte de su amo. Mientras esperábamos la

llegada del dueño, el criado se divertía enseñándome varias alhajas que había en un escritorio de aquel gabinete.

-Pardiez -me dijo el honrado mensajero-, si te quedases con algo de esto no habría ningún mal en ello; el viejo es bastante rico; apuesto a que no sabe la cantidad ni el valor de las alhajas que guarda en este escritorio. Créeme, no te contengas, y no temas que sea yo quien te traicione.

¡Ay! Yo estaba más que dispuesta a seguir aquel pérfido consejo; ya conocéis mis inclinaciones, os las he confesado; puse pues la mano sobre una cajita de siete u ocho luises, pues no me atreví a apoderarme de un objeto más valioso. Esto era todo lo que deseaba el pillo del criado y, para no tener que volver a hablar de esto, después supe que si me hubiese negado a tomarlo él hubiera deslizado sin que yo me diese cuenta uno de aquellos objetos en mi bolsillo. Llega el amo, me recibe muy bien, el criado sale y quedamos solos. Este no hacía como el otro, sino que se divertía de veras; me besó mucho el trasero, se hizo azotar, se hizo echar pedos en la boca, metió su miembro en la mía y, en una palabra, se sació de lubricidades de todo género y especie, excepto la de delante; a pesar de todo, no descargó. No había llegado el momento de ello, todo lo que acababa de hacer era para él nada más que episodios, vais a ver el desenlace.

- ¡Ah, pardiez! -me dijo-. Olvidaba que un criado está esperando en mi antecámara una alhajita que acabo de prometer enviar al instante a su amo. Permíteme que cumpla mi palabra y en cuanto termine proseguiremos la tarea.

Culpable de un pequeño delito que acababa de cometer por instigación de aquel maldito criado, podéis pensar cómo me hicieron estremecer esas palabras. Por un momento quise retenerlo, luego reflexioné que era mejor disimular y arriesgarme. Abre el escritorio, busca, registra y, al no encontrar lo que necesita, me dirige miradas furiosas.

-Zorra -me dice por fin-, sólo tú y un criado del que estoy muy seguro, habéis estado aquí desde hace un rato; el objeto falta, por lo tanto, sólo tú puedes haberlo tomado.

- ¡Oh, señor! -le dije temblando-. Tenga la seguridad de que soy incapaz...

- ¡Vamos, maldita sea! -dijo, lleno de cólera (hay que observar que su pantalón estaba aún desabrochado y su verga pegada a su vientre; esto sólo hubiera debido hacerme comprender e impedirme tanta inquietud, pero yo no veía ni me daba cuenta de nada)-. Vamos; golfa, hay que encontrar el objeto.

Me ordena que me desnude; veinte veces me hinco a sus pies para rogarle que me ahorre la humillación de aquel registro, nada lo conmueve, nada lo enternece, me arranca él mismo las ropas, colérico, y, en cuanto quedo desnuda, registra mis bolsillos y, como supondréis, no tarda en encontrar la cajita.

- ¡Ah, malvada! -me dice-. Ya estoy convencido, pues, golfa, vas a las casas para robar.

Llamó a su hombre de confianza:

-¡Ve -le dijo, acalorado-, ve a buscar inmediatamente al comisario!

- ¡Oh, señor! -exclamé-. Tenga piedad de mi juventud; he sido seducida, no lo he hecho por propio impulso, me han tentado...

-¡Bueno! -dijo el libertino-, darás todas estas razones al hombre de la justicia, pero yo quiero ser vengado.

El criado sale, el hombre se deja caer en un sillón, todavía con su miembro erecto, presa de gran agitación y dirigiéndome mil invectivas.

-Esta golfa, esta malvada -decía-, yo que quería recompensarla como es debido, venir así a mi casa para robarme... ¡Ah! ¡Pardiez, vamos a ver!

Al mismo tiempo llaman a la puerta y veo entrar a un hombre con toga.

-Señor comisario -dijo el patrón-, aquí tiene a una bribona que le entrego, y se la entrego desnuda, como la hice ponerse para registrarla; aquí tiene a una muchacha de un lado, sus ropas de otro, y además el efecto robado, y sobre todo, hágala ahorcar, señor comisario.

Entonces fue cuando se reclinó en su sillón mientras descargaba.

-Sí, hágala ahorcar, maldita sea, que la vea colgada, maldita sea, señor comisario, que la vea colgada, es todo lo que le exijo.

El fingido comisario me lleva junto el objeto y mis ropas, me hace pasar a una habitación contigua, se abre la toga y veo al mismo criado que me había recibido e instigado al robo, a quien la confusión en que me hallaba me había impedido reconocer.

-Y bien -me dijo-, ¿has tenido mucho miedo?

- ¡Ay! -le contesté-. No puedo más.

-Ya acabó -me dijo-, y aquí tienes, para compensarte.

Y al mismo tiempo me entrega de parte de su amo el mismo efecto que yo había robado, me devuelve mis ropas y me conduce de regreso a casa de la señora Guérin.

-Esa manía es agradable -dijo el obispo-, se puede sacar de ella el mayor partido para otras cosas, y con menos delicadeza, pues debo deciros que soy poco partidario de la delicadeza en el libertinaje. Con menos de ella, digo yo que se puede aprender en este relato la manera segura de impedirle a una puta que se queje, cualquiera que sea la iniquidad de los procedimientos que se quieran emplear con ella. No hay más que tenderle acechanzas de ese modo, hacer que caiga en ellas y, en cuanto se está seguro de haberla hecho culpable, uno puede a su vez hacer todo lo que quiera, no deberá temer ya que ella se atreva a quejarse, tendrá demasiado miedo de ser detenida o recriminada.

-Es cierto -dijo Curval- que yo en el lugar del financiero me hubiera permitido algo más, y bien hubiera podido ser, mi encantadora Duelos, que no hubieses salido del trance tan bien librada.

Como los relatos de aquella velada habían sido largos, llegó la hora de la cena sin que hubiese habido tiempo de entregarse antes un poco a la crápula. Fueron, pues, a la mesa, bien decididos a resarcirse después de cenar. Cuando todo el mundo estuvo reunido, se decidió constatar por fin cuáles eran las muchachas y los muchachos que podían ponerse en el rango de hombres y mujeres. Para decidir la cuestión, se habló de masturbar a todos los de uno y otro sexo sobre los cuales hubiese alguna duda; entre las mujeres se estaba seguro de Augustine, de Fanny y de Zelmire; estas tres encantadoras criaturitas, de catorce y quince años, descargaban todas a los más, leves manoseos; Hébé y Michette, que no tenían más que doce años, ni siquiera estaban en el caso de ser probadas; por lo tanto, sólo se trataba de probar, entre las sultanas, a Sophie, Colombe y Rosette, la primera de catorce años, las otras dos de trece.

De los muchachos, se sabía que Zéphyr, Adonis y Céladon eyaculaban como hombres hechos y derechos; Giton y Narcisse eran demasiado jóvenes para ponerlos a prueba, no se trataba, pues, más que de Zélamir, Cupidon y Hyacinthe. Los amigos formaron círculo en torno a un montón de amplios cojines que se colocaron en el suelo; la Champville y la Duelos fueron nombradas para las poluciones; la primera, en su calidad de lesbiana, debía masturbar a las tres muchachas y la otra, como maestra en el arte de sacudir vergas, debía hacerlo a los muchachos. Entraron en el círculo formado por los sillones de los amigos, lleno de cojines, y se les entregó a Sophie, Colombe, Rosette, Zélamir, Cupidon y Hyacinthe; cada amigo, para excitarse durante el espectáculo, tenía a un niño entre sus muslos, el duque a Augustine, Curva] a Zelmire, Durcet a Zéphyr y el obispo a Adonis.

La ceremonia empezó por los muchachos; la Duelos, con los senos y las nalgas al

descubierto, el brazo desnudo hasta el codo, aplicó todo su arte a masturbar, uno tras otro, a cada uno de aquellos deliciosos ganimedes. Era imposible emplear más voluptuosidad; agitaba su mano con una ligereza... sus movimientos eran de una delicadeza y una violencia... ofrecía a aquellos muchachos su boca, su seno o sus nalgas, con tanto arte que indudablemente los que no descargasen sería porque no eran capaces todavía de ello. Zélamir y Cupidon se empalmaron, pero por más que se hizo no salió nada. En cuanto a Hyacinthe, la conmoción fue inmediata a la sexta sacudida; el semen saltó sobre el seno de la Duelos y el niño se extasió manoseándole el trasero, observación que fue tanto más notable por cuanto durante toda la operación no se le ocurrió tocarla por delante.

Se pasó a las muchachas; la Champville, casi desnuda, muy bien peinada y elegantemente arreglada, no parecía tener más de treinta años, aunque llegaba a los cincuenta. La lubricidad de aquella operación, de la cual, como lesbiana consumado', pensaba sacar el mayor placer, animaba sus grandes ojos negros, que siempre los había tenido muy hermosos. Puso por lo menos tanto arte en su papel como la Duelos lo había puesto en el suyo, acarició a la vez el clítoris, la entrada de la vagina y el ano, pero la naturaleza no desarrolló nada en Colombe y Rotte; no se produjo ni siquera la más leve señal de placer. No fue así con la bella Sophie; al décimo roce de los dedos, desfalleció sobre el seno de la Champville; pequeños suspiros entrecortados, sus hermosas mejillas animadas por el más tierno encarnado, sus labios que se entreabrían y humedecían, todo demostró el delirio con que acababa de colmarla la naturaleza, y fue declarada mujer. El duque, con una erección extraordinaria, ordenó a la Champville que la masturbase por segunda vez, y en el instante de su descarga el crápula fue a mezclar su impuro semen con el de la joven virgen. En cuanto a Curval, había resuelto el asunto entre los muslos de Zelmire, y los otros dos con los jovencitos que tenían entre las piernas.

Fueron a acostarse y, como la mañana siguiente no trajo ningún acontecimiento que pueda merecer un lugar en esta recopilación, ni tampoco la comida ni el café, se pasó en seguida al salón, donde la Duelos, vestida magníficamente, apareció en la tribuna para terminar, con los cinco relatos siguientes, la serie de las ciento cincuenta narraciones que le había sido encomendada para los treinta días del mes de noviembre.

TRIGESIMA JORNADA

Ignoro, señores -dijo la hermosa mujer- si habéis oído hablar de la fantasía tan singular como peligrosa del conde de Lernos, pero como cierta relación que tuve con él me puso en el caso de conocer a fondo sus maniobras y, como las encuentro muy extraordinarias, he creído que deberían formar parte del número de las voluptuosidades que me habéis ordenado detallaros. La pasión del conde de Lernos consiste en instar al mal a todas las jóvenes y mujeres casadas que puede, e independientemente de los libros que emplea para seducirlas, no hay medio que no invente para entregarlas a hombres; o favorece sus inclinaciones uniéndolas al objeto de sus anhelos, o les encuentra amantes, si no los tienen. Posee una casa exprofeso donde se reúnen todas las parejas que él arregla. Los une, les asegura tranquilidad y reposo, y se mete en un gabinete secreto para gozar del placer de verlos actuar. Pero es inaudito hasta qué punto multiplica esos desórdenes y todo lo que pone en práctica para formar aquellos pequeños matrimonios. Tiene acceso a casi todos los conventos de París, a las casas de una gran cantidad de mujeres casadas y, lo hace tan

bien que no pasa día que no tenga en su casa tres o cuatro citas. Nunca deja de sorprender sus deleites sin que ellos lo sospechen, pero una vez ante el agujero de su observatorio, como se halla siempre solo, nadie sabe cómo procede a su descarga, ni de qué naturaleza es ésta; solamente se sabe que lo hace, esto es todo, y he creído que era digno de seros contado.

La fantasía del viejo presidente Desportes os divertirá quizás todavía más. Advertida de la etiqueta que se observaba habitualmente en casa de ese habitual libertino, llego hacia las diez de la mañana y, completamente desnuda, voy a presentarle mis nalgas Para que las bese a un sillón donde se encontraba gravemente sentado, y a las primeras le lanzo un pedo en las narices. Mi presidente, irritado, se levanta, agarra un manojo de varas que tenía cerca y empieza a correr tras de mí, que trato ante todo de escapar.

-Impertinente -me dice, persiguiéndome aún-; te enseñaré a venir a mi casa a cometer infamias de esta especie.

El persiguiéndome y yo huyendo; llego por fin a un pasadizo estrecho, me introduzco en él como en un refugio inaccesible, pero pronto me atrapa. Las amenazas del presidente se multiplican al verse dueño de mí; agita las varas, me amenaza con pegarme: yo me acurruco, me agacho, me hago no más grande que un ratón, este aire de pavor y de envilecimiento determina por fin su semen y el crápula lo lanza sobre mi seno, aullando de placer.

-¡Cómo! ¿Sin darte un solo azote con las varas? -dijo el duque.

-Sin ni siquiera bajarlas sobre mí -responde la Duelos.

-He ahí a un hombre bien paciente -dijo Curval-; amigos míos, convenid en que nosotros no lo somos tanto cuando tenemos en la mano el instrumento de que habla la Duelos.

-Un poco de paciencia, señores -dijo la Champville-, pronto os haré ver casos del mismo tipo que no serán tan pacientes como el presidente de que nos habla aquí la señora Duelos.

Y ésta, viendo que el silencio que se observaba le daba ocasión de reanudar su relato, prosiguió de la siguiente manera:

Poco tiempo después de esa aventura, fui a casa del marqués de Saint-Giraud, cuyo capricho consistía en poner a una mujer desnuda en un columpio y hacerla mecerse así a gran altura. A cada sacudida una le pasaba ante las narices, él la espera, y en aquel momento hay que lanzar un pedo o bien recibir un manotazo en el culo. Yo lo satisfice lo mejor que pude: recibí algunos manotazos, pero le lancé muchos pedos. Y cuando, al cabo de una hora de aquella aburrida y fatigosa ceremonia, descargó por fin el disoluto, el columpio se detuvo y fui despedida.

Tres años más o menos después de haberme convertido en dueña de la casa de la Fournier, vino un hombre a hacerme una singular proposición: se trataba de encontrar algunos libertinos que se divirtieran con su esposa y su hija, con la única condición de esconderlo en un rincón desde donde pudiese ver todo lo que les harían. El las entregaría, dijo, y no sólo serían para mí el dinero que ganase con ellas, sino además que él me daría dos luises por cada vez que las hiciera actuar; sólo se trataba además de una cosa, era que quería para su esposa hombres que tuvieran un determinado gusto y para su hija hombres con otra especie de fantasía: para su mujer, debían ser hombres que le cagasen sobre las tetas, y para su hija, que le levantaran las faldas y expusieran su trasero frente al agujero por el que él observaría, a fin de que

pudiese contemplarlo a sus anchas, y que después le eyaculasen el semen en la boca. Para ninguna otra pasión que no fuese una de esas dos, no entregaba su mercancía. Después de haberle exigido la promesa de que él respondía de cuanto sucediese en el caso de que su mujer y su hija llegasen a quejarse de haber venido a mi casa, acepté todo lo que quería y le prometí que las personas que él me traería serían provistas como deseaba. Al día siguiente me trajo su mercancía: la esposa era una mujer de treinta y seis años, no muy bonita, pero alta y bien hecha, con aire de, dulzura y de modestia; la señorita tenía quince años, era rubia, un poco gorda y con la fisonomía más tierna y más agradable del mundo...

-En verdad, señores –dijo la esposa-, nos obligáis a hacer unas cosas...

-Lo siento mucho -dijo el crápula-, pero ha de ser así; creedme, decidíos, porque no retrocederé. Y si resistís en lo más mínimo a las proposiciones y acciones a las cuales vamos a someteros, tú, señora, y tú, señorita, os llevo mañana mismo a las dos al confín de una región de donde no volveréis en toda vuestra vida.

Entonces la esposa derramó algunas lágrimas y, como el hombre a quien yo la destinaba estaba esperando, le rogué que pasara al aposento que se le reservaba, mientras que su hija permanecería bien guardada en otra habitación con mis muchachas, hasta que le llegara el turno. En aquel momento cruel hubo todavía algún lloriqueo, y yo comprendí que era la primera vez que aquel marido brutal exigía tal cosa a su mujer; y, desgraciadamente, el inicio era duro pues, independientemente del gusto barroco del personaje a quien la entregaba, era éste un viejo libertino muy imperioso y brusco, que no la trataría decentemente.

-Vamos, basta de lloros -le dijo el marido, cuando entrábamos-. Piensa que te observo y que si no satisfaces ampliamente al hombre honrado a quien se te entrega, entraré yo mismo para obligarte.

Ella entra y el marido y yo pasamos a la estancia desde la que se podía ver todo. No es posible imaginar hasta qué punto aquel viejo malvado se calentó el cerebro al contemplar a su desdichada esposa víctima de la brutalidad de un desconocido; se deleitaba con cada cosa que se exigía de ella; la modestia, el candor de aquella pobre mujer humillada bajo los atroces procedimientos del libertino que se divertía con ella, eran para él un espectáculo delicioso. Pero cuando la vio brutalmente tirada en el suelo y el viejo esperpento a quien yo la entregué se le cagó sobre el pecho, y vio las lágrimas y la repugnancia de su esposa ante la proposición y la ejecución de aquella infamia, no se aguantó más, y la mano con que yo lo masturbaba quedó instantáneamente llena de semen. Por fin terminó aquella primera escena, y si ésta le había dado placer, fue otra cosa cuando pudo gozar de la segunda. No fue sin grandes dificultades y, sobre todo, sin fuertes amenazas, como logramos hacer pasar a la muchacha, testigo de las lágrimas de su madre e ignorante de lo que le habían hecho. La pobre pequeña oponía toda clase de dificultades; por fin, la decidimos. El hombre a quien la entregué estaba perfectamente instruido sobre todo lo que debía hacer; era uno de mis clientes ordinarios a quien gratifiqué con aquella buena suerte y que, por agradecimiento, consintió en todo lo que le exigí.

- ¡Oh, qué hermoso culo! -exclamó el padre libertino en cuanto el culo de su hija nos lo expuso enteramente al desnudo-. ¡Oh! ¡Radios, qué bellas nalgas!

-¡Cómo! -le dije-. ¿Es la primera vez que usted lo ve, pues?

-Sí, verdaderamente -me dijo-, he necesitado este recurso para gozar de este espectáculo; pero si bien es la primera vez que veo ese hermoso trasero, prometo que

no será la última.

Yo lo masturbaba con energía, él se extasiaba; pero cuando vio la indignidad que se le exigía a aquella tierna virgen, cuando vio las manos de un consumado libertino pasearse por aquel bello cuerpo que nunca había sufrido tal contacto, cuando vio que la hacía arrodillarse, que la obligaba a abrir la boca, que introducía en ella una gruesa verga y que eyaculaba dentro de ella, se echó hacia atrás blasfemando como un poseído, jurando que en toda su vida no había saboreado tanto placer y dejando entre mis dedos pruebas ciertas de tal placer. Terminado todo, las pobres mujeres se retiraron llorando mucho, y el marido, demasiado entusiasmado con las escenas, encontró sin duda la manera de decidirlas a ofrecerle a menudo tal espectáculo, pues los recibí en mi casa durante más de seis años y, según la orden que recibía del marido, hice pasar a las dos infelices criaturas por todas las diferentes pasiones que os he relatado, menos acaso diez o doce que no les era posible satisfacer porque no ocurrían en mi casa.

-Hay muchas maneras de prostituir a una esposa y una hija -dijo Curval-. ¡Cómo si esas zorras estuvieran hechas para otra cosa! ¿No han nacido para nuestros placeres y no deben desde ese momento satisfacerlos como sea? He tenido muchas mujeres -dijo el presidente-, tres o cuatro hijas, de las que sólo me queda, gracias a Dios, Adélaïde, a quien el señor duque jode en este momento, según creo, pero si alguna de esas criaturas se hubiese negado a las prostituciones a que las he sometido regularmente, que sufra el infierno en vida o sea condenado, lo que es peor, a no joder más que coños durante toda mi existencia, si no les hubiese saltado la tapa de los sesos.

-Presidente, estás empalmado -dijo el duque-; tus jodidas reflexiones siempre te descubren.

-¿Empalmado? No -dijo el presidente-, pero ha llegado el momento de hacer cagar a Sophie, y espero que su mierda deliciosa producirá quizás algo. ¡Oh, a fe mía, más de lo que creí! -dijo Curval, después de haber se tragado la cagada-. Mirad, por el dios en el que me jodo, mi verga tomé consistencia. ¿Quién de vosotros, señores, quiere pasar conmigo a la sala?

-Yo -dijo Durcet, llevándose a Aline, a la que manoseaba desde hacía una hora.

Nuestros libertinos se hicieron seguir por Augustine Fanny, Colombe, Hébé, Zélamir, Adonis, Hyacinthe y Cupidon, a los que añadieron a Julie y dos viejas, la Martaine y la Champville, Antionüs y Hercule, y reaparecieron triunfantes al cabo de media hora, tras haber descargado cada uno de ellos en los más dulces excesos de la crápula y el libertinaje.

-Vamos -dijo Curval a la Duelos-, ofrécenos el desenlace, mi querida amiga. Y si me produce una nueva erección podrás ufanarte de un milagro, pues, a fe mía, hace más de un año que no había perdido tanto semen de una vez. Es verdad que...

-Bueno -dijo el obispo-; si te escuchamos será mucho peor que la pasión que debe contarnos la Duelos. Así, pues, como no hay que ir de lo fuerte a lo débil, acepta que te hagamos callar y que escuchemos a nuestra narradora.

Enseguida la bella mujer terminó sus relatos con la pasión siguiente:

Es hora por fin, señores, de contaros la pasión del marqués de Mesanges, a quien recordaréis vendí la hija del desdichado zapatero que perecía en la prisión con su pobre mujer mientras yo gozaba del legado que le dejó su madre. Puesto que fue Lucile quien lo satisfizo, será, si os place, en sus labios donde pondré el relato:

"Llego a la casa del marqués -me dijo aquella encantadora criatura- hacia las diez de la mañana. En cuanto entro, todas las puertas se cierran:

-¿Qué vienes a hacer aquí, bribona? -me dice el marqués, furioso-. ¿Quién te ha dado permiso para venir a interrumpirme?

Y como usted no me había advertido de nada, puede imaginar fácilmente hasta qué punto me asustó aquella recepción.

-Vamos, desnúdate -prosiguió el marqués-. Ya que te tengo zorra, no saldrás nunca de mi casa... Vas a perecer; te encuentras en tu último instante.

Entonces me deshice en lágrimas, me arrojé a los pies del marqués, pero no hubo ningún modo de doblegarlo. Y como yo no me apresuraba suficientemente a desnudarme, él mismo rasgó mis ropas al arrancármelas por la fuerza de mi cuerpo. Pero lo que terminó de asustarme fue verlo echar las ropas al fuego a medida que me las quitaba.

-Todo esto ya es inútil -decía mientras pieza por pieza echaba al fuego de un vasto hogar todo lo que me quitaba-. Ya no necesitas vestido, manteleta, justillo, sólo necesitas un ataúd.

En un momento estuve completamente desnuda; entonces el marqués, que no me había visto nunca, contempló por un instante mi trasero, lo manoseó, blasfemando, lo entreabrió, lo volvió a cerrar, pero no lo besó.

-Vamos, puta -dijo-, ya está, vas a seguir la misma suerte de tus ropas, y voy a amarrarte a esos morillos; sí, joder, sí redios, quemarte viva, zorra, tener el placer de respirar el olor que exhalará tu carne quemada.

Y al decir esto cae desfalleciente en un sillón y eyacula lanzando su semen sobre mis ropas que todavía arden. Llama, acuden, un criado se me lleva y encuentro en una estancia contigua con qué vestirme completamente, con trajes dos veces más hermosos que los que él consumió".

Tal es el relato que me hizo Lucile; queda por saber, ahora, si fue para eso o para algo peor para lo que empleó a la joven virgen que le vendí.

-Para algo peor -dijo la Desgranges-; hizo usted bien en procurar que conocieran un poco a ese marqués, pues yo tendré ocasión de hablar de él a estos señores.

-Ojalá pueda usted, señora -dijo la Duelos a la Desgranges-, y ustedes, mis queridas compañeras -añadió dirigiendo la palabra a sus otras dos camaradas-, hacerlo con más sal, más ingenio y más gracia que yo. Es su turno, el mío ha terminado, y no tengo más que rogar a los señores que se dignen excusar el aburrimiento que quizás les he causado con la monotonía casi inevitable de semejantes narraciones que, fundidas todas dentro de un mismo marco, no pueden sobresalir mucho sino por sí mismas.

Después de esas palabras, la bella Duelos saludó respetuosamente a la compañía y descendió de la tribuna para acercarse al sofá de los señores, donde fue generalmente aplaudida y acariciada. Se sirvió la cena, a la que fue invitada, favor que no había sido concedido aún a ninguna mujer. Fue tan amable en la conversación como divertida había sido en el relato de su historia, y para recompensarla del placer que había procurado a la reunión fue nombrada directora de los dos serrallos, con la promesa que le hicieron aparte los cuatro amigos de que cualesquiera que fuesen los extremos a que se llegara contra las mujeres en el curso del viaje, ella sería siempre respetada y conducida en seguridad a su casa de París, donde la sociedad la resarciría vastamente del tiempo que le había hecho perder, y de los esfuerzos que había hecho para procurarle placeres. Curval, el duque y ella se

emborracharon los tres de tal manera durante la cena que no quedaron en condiciones de poder pasar a las orgías; dejaron que Durcet y el obispo las hicieran a su guisa, y fueron a celebrarlas aparte en la sala del fondo con la Champville, Antinoüs, Brise-cul, Thérèse y Louison, donde puede afirmarse que se hicieron y dijeron tantos horrores e infamias por lo menos como los otros dos amigos pudieron inventar por su lado.

A las dos de la madrugada todos fueron a acostarse, y así fue como terminó el mes de noviembre y la primera parte de esta lúbrica e interesante narración, de la cual no haremos esperar la segunda al público, si vemos que acoge bien la primera.

FALTAS QUE HE COMETIDO

He revelado demasiado las historias de retrete, al principio; no hay que desarrollarlas hasta después de los relatos que hablan de ellas.

Hablado demasiado de la sodomía activa y pasiva; hay que velar esto, hasta que los relatos hablen de ello.

Cometí un error al hacer a la Duelos sensible a la muerte de su hermana; esto no responde al resto de su carácter, cambiar eso.

Si dije que Aline era Virgen al llegar al castillo, me equivoqué: no lo es, y no debe serlo. El obispo la ha desvirgado por todas partes.

Como no he podido releerme, esto debe estar seguramente lleno de otras faltas.

Cuando lo pase a limpio, uno de mis primeros cuidados ha de ser el de tener siempre a mi lado un cuaderno de notas, donde apuntaré exactamente cada suceso y cada retrato a medida que los escriba, pues sin esto me enredaría horriblemente a causa de la multitud de los personajes.

En la segunda parte, hay que partir del principio de que Augustine y Zéphyr duermen ya en la habitación del duque desde la primera parte, como Adonis y Zelmire en la de Curval, Hyacinthe y Fanny en la de Durcet, Céladon y Sophie en la del obispo, aunque todos estos conserven aún su virginidad.

SEGUNDA PARTE

Las 150 pasiones de segunda clase o dobles que comprenden treinta y una jornadas de diciembre empleadas en la narración de la Champville, a las que se ha añadido el diario exacto de los acontecimientos escandalosos del Castillo durante ese mes.

(Plan)

El 1° de DICIEMBRE la Champville empieza los relatos y cuenta las ciento cincuenta historias siguientes (las cifras preceden a las narraciones):

1. Sólo quiere desvirgar a niñas de tres a siete años de edad, pero por el coño. Es él quien desvirga a la Champville a la edad de cinco años.
2. Hace amarrar en forma de bola a una niña de nueve años y la desvirga por

detrás.

3. Quiere violar a una muchacha de doce a trece años y solamente la desvirga poniéndole la pistola contra el pecho.

4. Quiere masturbar a un hombre sobre el coño de la virgen, el semen le sirve de pomada, después encoña a la virgen sujeta por el hombre.

5. Quiere desvirgar a tres niñas consecutivas, una en pañales, otra de cinco años, la otra de siete.

DIA DOS. 6. No quiere desvirgar más que de nueve a trece años. Su pito es enorme; es necesario que cuatro_ mujeres le sujeten a la virgen. Es el mismo de la Martaine, que sólo da por el culo a los de tres años, el mismo del infierno.

7. Hace desvirgar por su criado, ante él, a las de diez o doce años, y durante la operación solamente les toca el culo; manosea ora el de la virgen, ora el del criado. Eyacula sobre el culo del criado.

8. Quiere desvirgar a una muchacha que ha de casarse al día siguiente.

9. Quiere que el matrimonio se celebre y desvirgar a la esposa entre la misa y la hora de acostarse.

10. Quiere que su criado, hombre muy hábil, vaya por todas partes a casarse con muchachas, que se las lleve. El amo las jode, luego las vende a alcahuetas.

DIA TRES. 11. Sólo quiere desvirgar a las dos hermanas. 12. Se casa con la muchacha, la desvirga, pero la ha engañado, en cuanto el asunto está terminado la planta.

13. No jode a la doncella más que instantes después de haber sido desflorada por un hombre, ante él. Quiere que tenga el sexo todo untado de esperma.

14. Desvirga con un consolador y eyacula sobre la abertura que acaba de hacer, sin introducirse.

15. No quiere más que doncellas de buena posición y las paga a peso de oro. Ese será el duque, quien confesará haber desvirgado a más de cinco mil durante treinta años.

DIA CUATRO. 16. Obliga a un hermano a joder a su hermana ante él, y la jode después; antes hace cagar a los dos.

17. Obliga a un padre a joder a su hija después que él la ha desvirgado.

18. Lleva a su hija de nueve años a un burdel y allí la desvirga mientras la alcahueta la sujeta. Ha tenido doce hijas y así las ha desvirgado a todas.

19. No quiere desvirgar más que a mujeres de treinta a cuarenta años.

20. Sólo quiere desvirgar a monjas y gasta inmensas cantidades de dinero para conseguirlas; las consigue.

En este día cuatro por la noche, y aquella misma noche, en las orgías, el duque desvirga a Fanny, sujeta por las cuatro viejas y servido él por la Duelos. La jode dos veces seguidas, ella se desmaya, la posee por segunda vez sin conocimiento.

EL DIA CINCO, como consecuencia de esas narraciones, para celebrar la fiesta de la quinta semana, casan a Hyacinthe y Fanny, y el matrimonio se consuma ante todo el mundo.

21. Quiere que la madre sujete a su hija, jode primero a la madre y después desvirga a la niña sostenida por la madre. Es el mismo del veinte de febrero de la Desgranges.

22. No le gusta nada más que el adulterio; hay que buscarle mujeres sensatas y

públicamente fieles a su matrimonio, las hace tener repugnancia por sus maridos.

23. Quiere que el mismo marido le prostituya a su mujer y que la sostenga mientras él la jode.

Los amigos imitarán esto inmediatamente.

24. Coloca a una mujer casada sobre una cama, la encoña mientras la hija de esa mujer, colocada en perspectiva encima, le hace besar su coño; al instante siguiente posee a la hija mientras besa el agujero del culo de la madre. Cuando besa el sexo de la hija, la hace orinar; cuando besa el culo de la madre la hace cagar.

25. Tiene cuatro hijas legítimas y casadas; quiere joder a las cuatro; embaraza a las cuatro con el fin de tener un día el placer de desvirgar a las niñas que ha tenido de su hija y que el marido cree suyas.

Sobre esto cuenta el duque, pero no halla seguidores porque el caso no despierta pasiones ya que no puede repetirse, cuenta digo, que conoció a un hombre que había jodido a tres hijas que había tenido de su madre, de las cuales tenía una hija que había casado con su hijo, de modo que al joder a ésta jodía a su hermana, a su hija y a su nuera, y obligaba a su hijo a poseer a su hermana y a su madrastra. Curval cuenta otra historia de un hermano y una hermana que proyectaron entregarse mutuamente sus hijos; la hermana tenía un muchacho y una niña, y el hermano igual. Se mezclaron de tal manera que poseían alternativamene a sus sobrinos y a sus hijos, y a veces jodían entre sí los primos hermanos o los hermanos y hermanas, mientras lo hacían igualmente los padres, es decir, el hermano y la hermana.

Por la noche, el coño de Fanny es entregado a la asamblea, pero como el obispo y el señor Durcet no joden coños, solamente es poseída por Curval y el duque. Desde aquel momento la muchacha lleva una cintita en el cuello y, después de la pérdida de sus dos virginidades, llevará una ancha cinta rosa.

DIA SEIS DE DICIEMBRE. 26. Se hace masturbar mientras alguien masturba el clítoris de una mujer y quiere descargar al mismo tiempo que la mujer, pero lo hace sobre las nalgas del hombre que masturba a la mujer.

27. Besa el agujero del culo mientras una segunda muchacha le masturba el culo y la tercera el pito: las tres se cambian a fin de que cada una de ellas le haga besar el agujero de su culo, cada una masturbe el miembro y cada una el trasero. Tienen que tirarse pedos.

28. Lame un coño mientras jode a una segunda mujer por la boca y una tercera le lame el culo, y cambia también como el anterior. Es necesario que los coños descarguen, y él se traga el flujo.

29. Chupa un trasero sucio de mierda, hace masturbar su culo mierdoso con la lengua y se masturba sobre un culo mierdoso. Luego las tres muchachas se cambian.

30. Hace que dos mujeres se masturben ante él y jode alternativamente a las dos desde atrás, mientras ellas continúan lesbianizándose.

Se descubre aquel día que Zéphyr y Cupidon se masturban, pero todavía no se han dado por el culo; son castigados. Fanny es muy jodida en el coño durante las orgías.

DIA SIETE. 31. Quiere que una muchacha alta corrompa a una baja, que la

masturbe, que le dé malos consejos y termine por sujetársela mientras él la jode, sea virgen o no.

32. Quiere cuatro mujeres; jode a dos por el coño y a dos por la boca, teniendo cuidado de no meter el miembro en la boca de una más que al sacarlo del coño de la otra. Durante todo aquel tiempo una quinta mujer lo sigue y le masturba el trasero con un consolador.

33. Quiere doce muchachas, seis jóvenes y seis viejas, y si es posible que sean seis madres y seis hijas. Les acaricia el coño, el culo y la boca; cuando se lo hace al coño quiere orina, cuando está en la boca quiere saliva, cuando en el trasero quiere pedos.

34. Emplea ocho mujeres para masturbarlo, todas colocadas de modo diferente. Habrá que describir esto.

35. Quiere ver a tres hombres y tres mujeres joderse en diferentes posturas.

DIA OCHO. 36. Forma doce grupos de dos muchachos cada uno, pero éstas van arregladas de tal manera que sólo muestran sus culos; todo el resto del cuerpo está oculto. Se masturba contemplando todas aquellas nalgas.

37. Hace que seis parejas se masturben a la vez en una sala de espejos; cada pareja está compuesta por dos mujeres que se masturban en actitudes lúbricas y variadas. El está en el centro del salón,, contempla las parejas y su reflejo en los espejos y, en medio de aquello, eyacula, masturbado por una vieja. Ha besado las nalgas de aquellas parejas.

38. Hace que cuatro busconas se emborrachen y se peleen ante él y quiere que cuando estén así, bien borrachas, le vomiten en la boca; elige las más viejas y más feas que sea posible.

39. Hace que una muchacha le cague en la boca, sin comerse los excrementos y, entretanto, otra mujer le chupa el miembro y le masturba el trasero; él caga mientras eyacula en la mano de la que lo socratiza. Las mujeres se cambian.

40. Hace que un hombre se cague en su boca y se come el excremento mientras un niño lo masturba, luego el hombre lo masturba y el niño caga.

Aquella noche, en las orgías, Curval desvirga a Michette, siguiendo la misma costumbre: servido por la Duelos y la muchacha sujeta por las cuatro viejas; esto no se repetirá más.

DIA NUEVE. 41. Jode a una muchacha por la boca después de haberle cagado en ella; encima de ésta hay otra que le tiene la cabeza entre sus muslos y sobre la cara de esa segunda coloca su cagada la tercera, y él, mientras deja su mojón en la boca de la primera, come la mierda que la tercera suelta sobre la cara de la segunda, y después ellas se cambian de manera que cada una represente los tres papeles sucesivamente.

42. Recibe a treinta mujeres en un día y a todas las hace cagar en su boca, se come los excrementos de tres o cuatro de las más bonitas. Repite esta juerga cinco veces a la semana, lo cual hace que vea a siete mil ochocientas muchachas por año. Cuando la Champville lo conoce tiene sesenta años y desde hace cincuenta está realizando ese oficio.

43. Ve a doce cada mañana y se traga las doce cagadas; las recibe a todas juntas.

44. Se mete en una bañera a la que treinta mujeres acuden para orinar y cagar en ella y así llenarla; él eyacula mientras recibe y nada en todo aquello.

45. Caga delante de cuatro mujeres, exige que ellas lo contemplen y lo ayuden a hacerlo; luego quiere que se repartan y se coman sus excrementos, después cada una

de ellas hace una cagada. El las mezcla y se traga las cuatro, pero las mujeres han de ser viejas de por los menos sesenta años.

Aquella noche, el coño de Michette es entregado a la reunión; desde aquel momento lleva la cintita al cuello.

DIA DIEZ. 46. Hace cagar a una muchacha A y a otra B. Luego obliga a B a comerse el excremento de A y a ésta a comerse el de B. Después cagan las dos y él se come ambas cagadas.

47. Quiere una madre y tres hijas, come la mierda de las hijas sobre el culo de la madre y la de la madre sobre el culo de una de las hijas.

48. Obliga a una hija a cagarse en la boca de su madre y a limpiarse el culo con las tetas de su madre; después él come los excrementos en la boca de aquella madre y luego hace cagar a la madre en la boca de su hija, donde también va a comerse la cagada.

(Es mejor poner aquí a un hijo y su madre, para variar con la precedente).

49. Quiere que un padre coma los excrementos de su hijo y él se come los del padre.

50. Quiere que el hermano defeque sobre el coño de su hermana, y él come la cagada, después la hermana ha de cagarse en la boca de su hermano, y él se come el producto.

DIA ONCE. 51. Advierte que hablará de impiedades, y habla de un hombre que quiere que la puta, mientras lo masturba, profiera espantosas blasfemias; él a su vez, las dice horribles. Su diversión durante aquel tiempo consiste en besar el culo; no hace otra cosa.

52. Quiere que la mujer vaya a masturbarlo, por la noche, en una iglesia, principalmente cuando está expuesto al Santísimo Sacramento. Se coloca tan cerca como puede del altar y manosea el culo durante todo el tiempo.

53. Va a confesarse solamente para hacer que a su confesor se le levante; le cuenta infamias y mientras habla se masturba en el confesionario.

54. Quiere que la muchacha vaya a confesarse, espera el momento en que vuelve para joderla por la boca.

55. Jode a una puta durante una misa celebrada en su propia capilla y eyacula en el momento de la elevación.

Aquella noche el duque desflora a Sophie por el coño, y blasfema mucho.

DIA DOCE. 56. Se gana a un confesor, quien le cede su lugar para confesar a dos jóvenes pensionistas; así sorprende su confesión y les da todos los malos consejos que puede.

57. Quiere que su hija vaya a confesarse con un fraile a quien ha sobornado, y colocan a la muchacha de manera que él pueda oírlo todo; pero el fraile exige que su penitente tenga las faldas levantadas durante la confesión, y el trasero está situado de manera que el padre pueda verlo: de este modo oye la confesión de su hija y ve su trasero, todo a la vez.

58. Hace celebrar la misa a unas putas desnudas y él, mientras lo ve, se masturba sobre las nalgas de otra.

59. Hace que su mujer vaya a confesarse con un fraile sobornado, el cual la seduce y la jode ante el marido que está oculto. Si la mujer se niega, él sale y va en

ayuda del confesor.

Aquel día se ha celebrado la fiesta de la sexta semana con las bodas de Céladon y de Sophie; el matrimonio se consuma y por la noche Sophie es entregada para posesión en el coño y lleva la cintita. Debido a este acontecimiento sólo se relatan cuatro pasiones.

DIA TRECE. 60. Jode a las putas sobre el altar donde va a celebrarse la misa; ellas ponen el trasero desnudo sobre la piedra sagrada.

61. Hace poner a una prostituta desnuda a caballo sobre un gran crucifijo; la jode desde atrás en esa actitud y de manera que la cabeza del Cristo frote el clítoris de la puta.

62. Echa pedos y los hace echar dentro del cáliz, se orina en él y obliga a hacer lo mismo, se caga y hace cagar en él, y termina por eyacular dentro del mismo.

63. Hace que un muchacho se cague sobre la patena y él come los excrementos mientras el niño le chupa la verga.

64. Hace que dos muchachas se caguen sobre un crucifijo y él lo hace después de ellas, y lo masturban sobre los excrementos que cubren el rostro del ídolo.

DIA CATORCE. 65. Rompe crucifijos, imágenes de Vírgenes y del Padre Eterno, defeca sobre los trozos y lo quema todo. El mismo hombre tiene la manía de llevarse una puta al sermón y hacerse masturbar mientras se oye la palabra de Dios.

66. Va a comulgar y vuelve a hacerse cagar por cuatro putas en la boca.

67. Hace que la mujer vaya a comulgar y cuando vuelve la jode por la boca.

68. Interrumpe al sacerdote en una misa celebrada en su casa, lo interrumpe, digo, para masturbarse sobre el cáliz, obliga a la muchacha a hacer que el sacerdote eyacule también en él y lo .obliga a tragárselo todo.

69. Lo interrumpe cuando la hostia está consagrada y obliga al sacerdote a joder a la puta con la hostia.

Se descubre aquel día que Augustine y Zelmire se masturban juntas; las dos son rigurosamente castigadas.

DIA QUINCE. 71. Hace que la mujer se tire pedos sobre la hostia, él lo hace también y luego se traga la hostia mientras jode a la puta.

72. El mismo hombre que se hace clavar dentro de un ataúd, y de quien habló la Duelos, obliga a la puta a cagarse sobre la hostia; él lo hace también y luego lo echa todo en el retrete.

73. Masturba con el clítoris de la puta, hace que el flujo caiga encima, luego la introduce y jode a la mujer para a su vez eyacular sobre la forma.

74. La corta con un cuchillo y se hace introducir los pedazos en el culo.

75. Sobre la hostia se hace masturbar y eyacula, y luego, a sangre fría y cuando el semen se ha derramado, se lo da de comer todo junto a un perro.

Aquella misma noche el obispo consagra una hostia y con ella Curval desvirga a Hébé; se la mete en el coño y eyacula encima. Varias otras son consagradas y las sultanas ya desvirgadas son jodidas todas con hostias.

EL DIA DIECISEIS la Champville anuncia que la profanación, que últimamente era la cosa principal de sus relatos, ya no será más que accesoria y que el objeto principal lo

constituirá lo que se llama en el burdel las pequeñas ceremonias en pasiones dobles. Ruega que se recuerde que todo lo que tendrá relación con aquello sólo será accesorio, pero que la diferencia que habrá, no obstante, entre sus relatos y los de la Duelos sobre el mismo objeto es que la Duelos nunca ha hablado sino de un hombre con una mujer y que ella mezclará siempre a varias mujeres con el hombre.

76. Se hace azotar durante la misa por una muchacha, jode a otra por la boca y eyacula en el momento de la elevación.

77. Se hace azotar ligeramente el trasero por dos mujeres, con vergajos; le dan diez azotes cada una y le masturban el agujero del culo entre cada tanda.

78. Se hace azotar por cuatro prostitutas diferentes mientras le echan pedos a la boca; se cambian a fin de que cada una a su vez azote y suelte pedos.

79. Se hace azotar por su mujer mientras jode a su hija, y luego por la hija mientras jode a la esposa; es el mismo de quien la Duelos habló, que prostituye a su mujer y a su hija en el burdel.

80. Se hace azotar por dos prostitutas a la vez, una de ellas por delante y la otra por detrás, y cuando está bien dispuesto jode a una mientras la otra azota y luego a la segunda mientras la primera azota.

La misma noche Hébé es entregada, por el coño, y lleva la cintita; no podrá llevar la cinta grande hasta que haya perdido las dos virginidades.

DIA DIECISIETE. 81. Se hace azotar mientras besa el culo de un muchacho y jode a una prostituta por la boca, luego jode al muchacho por la boca mientras besa el trasero de la mujer, en tanto que recibe latigazos de otra prostituta, luego se hace azotar por el muchacho, jode por la boca a la puta que lo azotaba y se hace azotar por aquella a quien besaba el culo.

82. Se hace azotar por una vieja, jode a un viejo por la boca y hace que le cague en la boca la hija del viejo y la vieja, luego cambia a fin de que cada uno de ellos represente los tres papeles.

83. Se hace azotar mientras se masturba y eyacula sobre un crucifijo apoyado contra las nalgas de una prostituta.

84. Se hace azotar mientras jode desde atrás a una puta, con la hostia.

85. Pasa revista a todo un burdel; recibe latigazos de todas las Putas mientras besa el agujero del culo de la patrona, quien le echa pedos y se le caga en la boca.

DIA DIECIOCHO. 86. Se hace dar de latigazos por cocheros de coches de punto y mozos de cuadra, pasándolos de dos en dos, y haciendo que le eche pedos en la boca el que no azota; pasa en. tre diez y dieciséis durante la mañana.

87. Se hace sujetar por tres prostitutas y la cuarta lo zurra montada sobre él, que está colocado a cuatro patas, las cuatro se cambian y montan sobre él por turno.

88. Se presenta, desnudo, en medio de seis prostitutas; pide perdón, se arrodilla. Cada mujer le ordena una penitencia y él recibe cien latigazos por cada penitencia que se niega a cumplir; la prostituta a la que se ha negado es quien lo azota. Esas penitencias son todas muy sucias: una querrá cagarle en la boca, otra hacerle lamer sus escupitajos en el suelo; ésta se hace lamer el coño cuanto tiene la regla, aquélla entre los dedos de los pies, la otra sus mocos, etc.

89. Quince prostitutas pasan de tres en tres, una de ellas lo azota, otra le chupa,

otra caga; después la que ha cagado azota, la que ha chupado caga y la que ha azotado chupa. Así pasan las quince; él no ve nada, no oye nada, está embriagado. Una alcahueta lo dirige todo. Repite esta juerga seis veces a la semana.

(Esta es encantadora, y os la recomiendo; todo se ha de hacer muy deprisa, cada mujer debe dar veinticinco latigazos y en el intervalo de estos veinticinco azotes la primera chupa y la tercera caga. Si el sujeto quiere que cada mujer le dé cincuenta azotes, habrá recibido en total setecientos cincuenta, lo cual no es demasiado).

90. Veinticinco putas le ablandan el trasero a fuerza de golpearlo y manosearlo; no lo dejan hasta que lo tienen completamente insensible.

Por la noche se azota al duque mientras desvirga el coño de Zelmire.

DIA DIECINUEVE. 91. Se hace juzgar por seis prostitutas, cada una de las cuales tiene su papel. Lo condenan a ser ahorcado. Lo ahorcan, efectivamente, pero la cuerda se rompe: es el instante de su eyaculación. Relaciónese ésta con una de las de la Duelos que se le parece.

92. Hace colocar a seis viejas en semicírculo; tres muchachas lo zurran ante aquel semicírculo de viejas, las cuales le escupen a la cara.

93. Una mujer le masturba el agujero del culo con el mango de los vergajos, otra lo azota en los muslos y en el miembro, por delante; así eyacula sobre las tetas de la azotadora que tiene delante.

94. Dos mujeres lo zurran con vergajos mientras una tercera, hincada de rodillas ante él, lo hace descargar sobre sus tetas.

Aquella noche sólo relata cuatro historias a causa del matrimonio de Zelmire y Adonis, con el que se celebra la séptima semana, y que se consuma, ya que Zelmire ha sido desvirgada la víspera, por delante.

DIA VEINTE. 95. Lucha contra seis mujeres cuyos latigazos finge querer evitar; quiere arrancarles las varas de las manos, pero ellas son más fuertes y lo fustigan, a pesar suyo. Está desnudo.

96. Pasa entre dos filas de doce prostitutas cada una, armadas de varas; es azotado por todo el cuerpo y eyacula después de nueve vueltas.

97. Se hace azotar en la planta de los pies, el pito, los muslos, mientras, tendido sobre un sofá, tres mujeres montan a horcajadas sobre él y le cagan en la boca.

98. Tres mujeres lo azotan alternativamente, una con disciplinas, otra con un vergajo y la tercera con una vara. La cuarta, arrodillada ante él, y a la que el lacayo del libertino masturba el ano, le chupa el miembro y él masturba el del lacayo, a quien hace eyacular sobre las nalgas de la que lo chupa.

99. Se halla entre seis prostitutas; una lo pincha, otra lo pellizca, la tercera lo quema, la cuarta lo muerde, la quinta lo araña y la sexta lo azota. Todo eso por todas partes indistintamente. Descarga en medio de eso.

Aquella noche Zelmire, desvirgada la víspera, es entregada a la reunión para la posesión por delante, es decir, únicamente a Curval y al duque, puesto que son los únicos de la

cuadrilla que joden coños. En cuanto Curval ha poseído a Zelmire, su odio por Constance y por Adélaïde se multiplica; quiere que Constance sirva a Zelmire.

DIA VEINTIUNO. 100. Se hace masturbar por su lacayo mientras la prostituta está sobre un pedestal, desnuda; no debe moverse ni perder el equilibrio mientras el sujeto es masturbado.

101. Se hace masturbar por la alcahueta mientras le manosea las nalgas y la prostituta sostiene entre sus dedos un cabo de vela muy corto que no debe soltar hasta que el libertino haya eyaculado; y tiene buen cuidado de no hacerlo hasta que la mujer se quema.

102. Hace que seis prostitutas estén tendidas boca abajo sobre su mesa, cada una con un cabo de vela en el trasero, mientras cena.

103. Hace que mientras cena una prostituta esté arrodillada sobre guijarros agudos y, si se mueve algo durante la cena, no recibe la paga. Sobre ella hay dos velas invertidas cuya cera caliente le cae por la espalda y las tetas. Si hace el más leve movimiento, es despedida sin paga.

104. La obliga a permanecer dentro de una jaula de hierro muy estrecha durante cuatro días, sin que pueda sentarse ni acostarse; le da de comer a través de los barrotes. Es aquel de quien la Desgranges hablará en el baile de los pavos.

Aquella misma noche Curval desvirga el coño de Colombe.

DIA VEINTIDOS. 105. Hace bailar a una prostituta desnuda dentro de una manta, con un gato que la pellizca, la muerde y la araña cada vez que se cae; tiene que saltar, pase lo que pase, hasta que el hombre eyacula.

106. Frota el cuerpo de una mujer con cierta droga que produce una comezón tan violenta que ella misma se hace sangrar; él la contempla mientras se masturba.

107. Detiene la regla de una mujer por medio de una bebida, y así la pone en peligro de contraer graves enfermedades.

108. Le administra una medicina de caballo que le produce horribles cólicos; la contempla cómo caga y sufre durante todo el día.

109. Unta a una mujer con miel, la amarra, desnuda, a una columna, y suelta sobre ella un enjambre de grandes moscas.

Aquella misma noche Colombe es entregada para posesión por delante.

DIA VEINTITRES. 110. Coloca a la mujer sobre un pivote que gira con prodigiosa rapidez. Está amarrada, desnuda, y gira hasta que él eyacula.

111. Sostiene a una mujer cabeza abajo hasta la eyaculación.

112. Le hace tragar una gran dosis de emético, la convence de que está envenenada y se masturba mientras la ve vomitar.

113. Soba los senos hasta que quedan completamente azules.

114. Soba el culo tres horas diarias durante nueve días consecutivos.

DIA VEINTICUATRO. 115. Hace subir a la prostituta por una escalera de mano hasta veinte pies de altura. Allí se rompe un escalón y la mujer cae, pero sobre colchones ya preparados: en el momento de la caída le eyacula sobre el cuerpo y alguna vez la jode en aquel instante.

116. Propina bofetadas con toda la fuerza y eyacula mientras las da; está sentado en un sillón y la prostituta arrodillada ante él.

117. Le golpea las manos con la férula.

118. Fuertes manotazos en las nalgas hasta que el trasero arde.

119. La hincha con un fuelle de herrero por el agujero del culo.

120. Le da una lavativa de agua casi hirviente, se divierte con sus contorsiones y eyacula sobre su culo.

Aquella noche Aline recibe manotazos en el trasero, de los cuatro amigos, hasta que se le pone escarlata; una vieja la sujeta por los hombros. Propinan también algunos a Augustine.

DIA VEINTICINCO. 121. Busca mujeres devotas, las azota con crucifijos y rosarios, luego las coloca como estatuas de vírgenes sobre un altar, en una postura incómoda de la que no pueden moverse. La mujer debe permanecer allí durante todo el tiempo de una misa muy larga, en la que, en la elevación, debe soltar su mojón sobre la hostia.

122. La hace correr desnuda por un jardín en una noche helada, y a intervalos hay cuerdas tendidas para hacerla caer.

123. En cuanto está desnuda, la arroja como por descuido en una cuba de agua casi hirviendo y no la deja salir hasta que ha eyaculado sobre el cuerpo de la mujer.

124. La hace permanecer cesnuda sobre una columna en medio de un jardín, en pleno invierno, hasta que haya rezado cinco Padrenuestros y cinco avemarías, o bien hasta que él haya derramado su semen, que otra prostituta excita ante aquel espectáculo.

125. Hace cubrir de cola el asiento de un retrete, manda que cague en él; en cuanto ella se sienta, su trasero se pega, durante lo cual, por el otro lado, se coloca un brasero encendido debajo del culo. Ella huye, se desuella y deja toda la piel pegada al asiento.

Aquella noche se obliga a cometer profanaciones a Adélaïde y Sophie, las dos devotas, y el duque desvirga a Augustine, de quien está enamorado hace tiempo; eyacula tres veces seguidas en su vagina. Y en la misma noche propone hacerla correr desnuda por los patios con el frío espantoso que hace. Lo propone con insistencia; los demás no quieren porque es demasiado bonita y desean conservarla y, por otra parte, todavía no está desvirgada por atrás. El duque ofrece doscientos luises a la sociedad por hacerla bajar a la bodega aquella misma noche; es rechazado. Quiere por lo menos que se le den manotazos en el culo, la muchacha recibe veinte manotazos de cada amigo. Pero el duque aplica los suyos con todas sus fuerzas y eyacula, entretanto, por cuarta vez. Se acuesta con ella y la posee tres veces más durante la noche.

DIA VEINTISEIS. 126. Emborracha a la prostituta y ésta se acuesta; en cuanto duerme, su cama es levantada. Hacia la mitad de la noche se inclina para coger el orinal; al no encontrarlo, cae, porque la cama está en el aire y la tira en cuanto ella se inclina. Cae sobre unos colchones preparados; el hombre la espera allí y la jode en cuanto cae.

127. La hace correr desnuda por un jardín, persiguiéndola con un látigo de postillón, con el cual sólo la amenaza. Tiene que correr hasta que cae agotada: es el

instante en que él se echa sobre ella y la jode.

128. Azota a la prostituta por tandas de diez golpes hasta cien, con unas disciplinas de seda negra; besa mucho las nalgas a cada tanda.

129. Azota con varas empapadas en alcohol y eyacula sobre las nalgas de la mujer cuando las ve sangrantes.

La Champville sólo relata cuatro pasiones aquel día porque es el de la fiesta de la octava semana. Se celebra con la boda de Zéphyr y Augustine, que pertenecen al duque y duermen en su habitación; pero el duque quiere que antes de la celebración Curval azote al muchacho mientras él azota a la muchacha. Se realiza esto, cada uno de ellos recibe cien latigazos, pero el duque, más animado que nunca contra Augustine porque lo ha hecho eyacular mucho, la azota hasta hacerle brotar la sangre.

Esta noche habrá que explicar lo que son las penitencias cómo se procede a ellas y qué número de latigazos se reciben; se podrá hacer un cuadro de las faltas donde conste al lado el número de azotes.

DIA VEINTISIETE. 130. Sólo quiere azotar a niñas de cinco a siete años y siempre busca un pretexto para que mejor parezca un castigo.

131. Una mujer va a confesarse con él, es sacerdote; ella dice todos sus pecados y como penitencia él le aplica cien latigazos.

132. Pasa ante cuatro mujeres y les da seiscientos latigazos a cada una.

133. Hace ejecutar la misma ceremonia ante él por dos criados que se relevan; pasan ante veinte mujeres que no están amarradas, reciben seiscientos azotes cada una, él se masturba mientras contempla la operación.

134. Sólo azota a niños de catorce a dieciséis años y después los hace eyacular en su boca. Les da cien azotes a cada uno; siempre ve a dos a la vez.

Aquella noche es entregado el coño de Augustine; Curval la encoña dos veces seguidas y, como el duque, después quiere azotarla. Los dos se encarnizan contra aquella encantadora muchacha; proponen a la sociedad cuatrocientos luises para ser dueños de ella desde esa misma noche, les es denegado.

DIA VEINTIOCHO. 135. Hace entrar a una prostituta en un aposento; entonces dos hombres se le echan encima y la azotan cada uno en una nalga, hasta que sangra. La mujer está amarrada. Cuando eso ha terminado, él masturba a los hombres sobre el trasero ensangrentado de la puta y se masturba él mismo.

136. La mujer está atada al muro de pies y manos. Ante ella, también sujeta al muro, hay una placa de acero de borde afilado que se coloca sobre su vientre; si ella quiere escapar al golpe, tiene que inclinarse hacia delante; entonces se corta. Si quiere escapar a la máquina, tiene que echarse bajo los golpes.

137. Durante nueve días seguidos azota a una prostituta, empieza por aplicarle cien latigazos el primer día y diariamente dobla este número hasta el noveno inclusive.

138. Hace colocar a la puta a gatas, monta a horcajadas sobre ella, de cara a las nalgas, y la sujeta fuertemente entre los muslos. Entonces le zurra el trasero y el coño a la inversa y, como para esta operación se sirve de unas disciplinas, le es fácil dirigir sus golpes al interior de la vagina, y es lo que hace.

139. Quiere a una mujer preñada, la hace curvarse hacia atrás sobre un cilindro que le sostiene la espalda. La cabeza, más allá del cilindro, se apoya hacia atrás sobre una silla. donde queda fija, los cabellos esparcidos, las piernas lo más abiertas posible y su abultado vientre extraordinariamente tenso; así el sexo se abre del todo. A éste y al vientre dirige él sus golpes y cuando ve la sangre pasa al otro lado del cilindro y eyacula sobre la cara.

N. B. Mis borradores señalan las adopciones sólo después de la desvirgación y, en consecuencia, dicen que el duque adopta aquí a Augustine. Comprobar si esto no es falso y si la adopción de las cuatro sultanas no está hecha desde el principio y si no se dice que desde aquel momento duermen en la habitación del que las ha adoptado.

El duque, aquella noche, repudia a Constance, que cae en el mayor descrédito; sin embargo, se le tienen consideraciones a causa de su preñez, sobre la cual tienen proyectos. Augustine pasa por mujer del duque y ya no cumple más que sus funciones de esposa en el sofá y en los retretes. Constance queda relegada a la categoría de las viejas.

DIA VEINTINUEVE. 140. Sólo quiere a muchachas de quince años y las azota, hasta hacerles saltar la sangre, con acebos y ortigas; es muy exigente en la elección de los culos.

141. Sólo azota con un vergajo hasta que las nalgas queden todas magulladas; ve a cuatro mujeres consecutivamente.

142. Azota únicamente con disciplinas de puntas de hierro y no eyacula hasta que la sangre mana de todas partes.

143. El mismo hombre de quien hablará la Desgranges el veinte de febrero quiere mujeres preñadas; las azota con un látigo de postillón con el que arranca grandes trozos de carne de las nalgas y de cuando en cuando suelta algunos latigazos sobre el vientre.

Aquella noche es azotada Rosette y Curval la desvirga por delante. Aquel día se descubre la intriga de Hercule y Julie; ésta se había dejado joder por aquél. Cuando se lo reprochan, contesta de manera libertina; la azotan extraordinariamente. Después como es querida, lo mismo que Hercule que siempre se ha portado bien, se les perdona y se divierten con ellos.

DIA TREINTA. 144. Coloca una vela a cierta altura. La prostituta tiene sujeto a su dedo del corazón de su mano derecha un cabo de vela, muy corto, que la quemará si no se apresura. Con este cabo de vela tiene que encender la vela elevada, pero, como está bastante alta, tiene que saltar para alcanzarla, y el libertino, armado con un látigo de tiras de cuero, la azota con todas sus fuerzas para que salte más alto o para que encienda la otra vela más pronto. Si ella lo consigue, todo ha terminado; de lo contrario, es azotada bárbaramente.

145. Azota alternativamente a su mujer y a su hija y las prostituye en el burdel para que allí las azoten ante sus ojos, pero no es el mismo de quien se ha hablado ya.

146. Azota con varas desde la nuca hasta las pantorrillas; la mujer está amarrada y él le hace sangrar toda la parte de atrás.

147. Sólo azota las tetas; quiere que sean muy grandes. Y paga el doble cuando las mujeres están preñadas.

Aquella noche, el coño de Rosette es entregado para su posesión; cuando Curval y el duque la han jodido a gusto, la azotan, ellos y sus amigos, en el coño. Ella está colocada a gatas y los golpes van dirigidos hacia el interior con unas disciplinas.

DIA TREINTA Y UNO. 148. Sólo azota con varas la cara, exige caras bonitas; es aquel de quien hablará la Desgranges el siete de febrero.

149. Azota con varas todas las partes del cuerpo indistintamente; nada escapa: rostro, coño y senos incluso.

150. Propina doscientos golpes de vergajo sobre la parte posterior de muchachos de dieciséis a veinte años.

151. Está en su habitación, cuatro prostitutas lo calientan y lo azotan; cuando está bien encendido se abalanza hacia la quinta prostituta, desnuda, en una habitación contigua, y la acosa en todo el cuerpo indiferentemente con fuertes golpes de vergajo, hasta que eyacula; pero, a fin que esto suceda pronto y la paciente sufra menos, no lo sueltan hasta que está muy cerca de la eyaculación.

(Comprobar por qué hay una de más).

La Champville es aplaudida, recibe los mismos honores que la Duelos y aquella noche las dos cenan con los amigos. En las orgías, aquella noche, Adélaïde, Afine, Agustine y Zelmire son condenadas a azotes con varas en todo el cuerpo exceptuando los senos, pero, como quieren todavía gozar de ellas al menos durante dos meses, las tratan con miramientos.

TERCERA PARTE

Las 150 pasiones de tercera clase o criminales comprenden treinta y una jornadas de enero, empleadas en la narración de la Martaine, a las cuales se ha añadido el diario de los acontecimientos escandalosos del Castillo durante ese mes.

PRIMERO DE ENERO. 1. Sólo le gusta que le den por el culo y no se sabe dónde encontrarle pitos lo bastante gruesos.

Pero no insiste, dice, en esta pasión, por ser un gusto demasiado simple y demasiado conocido por sus oyentes.

2. Sólo quiere desvirgar a niñas de tres a siete años, por el culo. Es el hombre que la desvirgó de esta manera: tenía cuatro años, estaba enferma, su madre implora el auxilio de aquel hombre. Cuál fue su dureza...

Ese hombre es el mismo de quien habla la Duclos por última vez el 29 de noviembre; es el mismo del 2 de diciembre de la Champville, y el mismo del infierno. Tiene un miembro monstruoso, es un hombre enormemente rico. Desvirga a dos niñas por día: una por delante por la mañana, como dijo la Champville el 2 de

diciembre, y una por detrás por la noche, y todo esto independientemente de sus otras pasiones. Cuatro mujeres sujetaban a la Martaine cuando él la dio por el culo. Su eyaculación es de seis minutos y brama durante ella. Manera hábil y simple de violar aquella virginidad del trasero aunque ella no tenga más que cuatro años.

3. Su madre vende la virginidad del hermanito de la Martaine a otro hombre que no quiere nada más que niños, y que tengan siete años exactos.

4. Tiene trece años y su hermano quince; van a la casa de un hombre que obliga al hermano a poseer a su hermana y él jode por atrás ora al muchacho, ora a la muchacha, mientras los dos están unidos.

Elogia su culo; le dicen que lo deje ver, lo muestra desde la tribuna.

El hombre de quien acaba de hablar es el mismo del 21 de noviembre de la, Duclos, el conde, y el del 27 de febrero de la Desgranges.

5. Se hace joder mientras da por el culo al hermano y a la hermana; es el mismo hombre de quien hablará la Desgranges el 24 de febrero.

Aquella misma noche el duque desvirga el culo de Hébé, que sólo tiene doce años. Le cuesta infinitamente; a ella la sujetan las cuatro viejas y él es servido por la Duelos y la Champville. Y como hay una fiesta al día siguiente, para no perturbar nada esta noche Hébé es entregada a la asamblea para la posesión de su culo, y los cuatro amigos gozan de ella. Se la llevan perdido el conocimiento; ha sido jodida por atrás siete veces.

DIA DOS DE ENERO. 6. Hace que cuatro mujeres le echen pedos en la boca mientras él da por el culo a la quinta, luego cambia. Todas echan pedos y todas son jodidas por atrás; no eyacula más que dentro del quinto culo.

7. Se divierte con tres muchachos; les da por atrás y se hace cagar, cambiando a los tres, y él masturba al que está inactivo.

8. Jode a la hermana por detrás mientras hace que el hermano cague en su boca, luego los cambia, y en uno y otro goce es enculado.

9. Sólo jode por detrás a muchachas de quince años, pero después de haberlas azotado de antemano con todas sus fuerzas.

10. Maltrata y pellizca las nalgas y el agujero del culo durante una hora, luego da por el trasero mientras es azotado vigorosamente.

Aquel día se celebra la fiesta de la novena semana: Hercule se casa con Hébé y la jode en el coño. Curval y el duque enculan, alternativamente, al marido y a la esposa.

DIA TRES DE ENERO. 11. Sólo encula durante la misa y eyacula durante la elevación.

12. Da por detrás mientras pisotea un crucifijo y hace que la prostituta también lo pisotee.

13. El hombre que se divirtió con Eugénie en la onceava sesión de la Duelos, hace defecar, limpia el trasero sucio, tiene un miembro enorme y jode una hostia colocada, al extremo de su instrumento.

14. Da por detrás a un muchacho con la hostia, se hace encular con la hostia; sobre la nuca del muchacho a quien está jodiendo hay otra hostia, sobre la cual caga

un tercer muchacho. Eyacula así, sin cambiar, pero profiriendo espantosas blasfemias.

15. Da por detrás al sacerdote mientras celebra la misa, y cuando ha consagrado, el jodedor se retira un momento: el sacerdote se mete la hostia en el trasero y, encima, el otro vuelve a joderlo.

Por la noche Curval desvirga con una hostia el culo del joven y encantador Zélamir. Antinoüs jode al presidente con otra hostia, mientras el presidente introduce una tercera hostia, con su lengua, en el ano de la Fanchon.

DIA CUATRO. 16. Sólo le gusta dar por detrás a mujeres muy viejas mientras es azotado.

17. Sólo jode a hombres viejos mientras lo joden a él.

18. Tiene un lío establecido con su hijo.

19. Sólo quiere dar por el trasero a monstruos, o negros, o personas contrahechas.

20. Para reunir el incesto, el adulterio, la sodomía y el-sacrilegio, jode por detrás a su hija casada, con una hostia.

Aquella noche es entregado el culo de Zélamir a los cuatro amigos.

DIA CINCO. 21. Se hace joder y azotar alternativamente por dos hombres, mientras él jode a un muchachito y un viejo le deposita en la boca una cagada que él se come.

22. Dos hombres lo joden alternativamente, uno por la boca, otro por el trasero; esto ha de durar tres horas, reloj en mano. Se traga el semen del que lo jode por la boca.

23. Se hace joder por diez hombres a tanto por vez; soporta hasta ochenta veces, durante el día, sin eyacular.

24. Prostituye, para ser jodidas por detrás, a su mujer, su hija Y su hermana, y lo contempla.

25. Emplea a ocho hombres a su alrededor: uno en la boca, uno en el culo, uno en la ingle derecha, uno en la izquierda; masturba a otro con cada mano, el séptimo está entre sus muslos y el octavo se masturba sobre su cara.

Aquella noche el duque desvirga el culo de Michette y le causa horribles dolores.

DIA SEIS. 26. Hace encular a un viejo delante de él; varias veces retiran el miembro del culo del viejo y lo meten en la boca del espectador quien lo chupa, después chupa al viejo, lo acaricia, le da por el trasero, mientras el que acaba de joder al viejo lo jode a su vez y es azotado por el ama de llaves del libertino.

27. Mientras encula a una muchacha de quince años, le aprieta la garganta violentamente a fin de encogerle el ano; entretanto lo azotan con un vergajo.

28. Se hace introducir en el culo bolas de mercurio. Estas bolas suben y bajan y durante el excesivo cosquilleo que ocasionan, él chupa vergas, se traga el semen, hace cagar traseros de prostitutas, se traga la mierda. Pasa dos horas en ese éxtasis.

29. Quiere que el padre lo joda por el trasero mientras él sodomiza al hijo y a la

hija de este hombre.

Por la noche, el culo de Michette es entregado para su posesión. Durcet se lleva a la Martaine a dormir a su habitación, siguiendo el ejemplo del duque que tiene a la Duelos y de Curval que tiene a la Fanchon; ésta adquiere sobre él el mismo dominio lúbrico que tiene la Duelos sobre el duque.

DIA SIETE. 30. Jode a un pavo cuya cabeza está entre los. muslos de una prostituta tumbada boca abajo, de modo que parece que encula a la mujer. Entretanto lo joden a él y en el instante de su eyaculación la mujer corta el cuello del pavo.

31. Jode a una cabra desde atrás mientras lo azotan; hace un hijo a esa cabra, al cual a su vez jode por el culo aunque sea un monstruo.

32. Encula a los machos cabríos.

33. Quiere ver descargar a una mujer masturbada por un perro; y mata al perro de un tiro de pistola sobre el vientre de la mujer, sin herir a ésta.

34. Jode por el trasero a un cisne, metiéndole una hostia Y estrangula al animal mientras eyacula.

Aquella misma noche el obispo da por el culo a Cupidon por primera vez.

DIA OCHO. 35. Se hace meter en un canasto preparado que sólo tiene una abertura, donde coloca su ano frotado con semen de yegua; el canasto representa el cuerpo, recubierto con una piel de ese animal. Un caballo semental, adiestrado para esto, le penetra en el trasero y durante este tiempo, dentro del canasto, jode a una hermosa perra blanca.

36. Posee a una vaca, la hace engendrar y jode al monstruo.

37. Dentro de un canasto igualmente preparado hace meter a una mujer, la cual recibe el miembro de un toro; se divierte con el espectáculo.

38. Tiene cautiva una serpiente que se introduce en el ano y lo sodomiza, mientras él jode por .el trasero a un gato que está .dentro de un cesto y que sujeto por todas partes no puede hacerle ningún daño.

39. Jode a una burra mientras se hace dar por el culo por un asno, dentro de máquinas preparadas que se detallarán.

Por la noche, el culo de Cupidon es entregado para su posesión.

DIA NUEVE. 40. Jode por las narices a una cabra que entretanto le lame los testículos; durante ese tiempo lo zurran y le lamen el trasero alternativamente.

41. Jude a un borrego por el trasero, mientras un perro le lame el ano.

42. Da por el trasero a un perro al que cortan la cabeza mientras él eyacula.

43. Obliga a una puta a masturbar a un asno ante él, y le joden durante el espectáculo.

44. Da por el trasero a un mono encerrado en un canasto; entretanto atormentan al animal para que su ano se contraiga más.

Aquella noche se celebra la fiesta de la décima semana con el matrimonio de Brise-cul y

Michette, que se consuma y causa mucho daño a Michette.

EL DIA DIEZ anuncia que cambiará de pasión y que el látigo, elemento principal anteriormente en el relato de la Champville, ahora no es más que accesorio.

45. Hay que buscar a prostitutas culpables de algunos delitos.

El las asusta, les dice que van a ser detenidas, pero que se encarga de todo si quieren recibir una violenta fustigación. Las prostitutas, asustadas, se dejan azotar hasta que sangran.

46. Hace buscar a una mujer que tenga una hermosa cabellera con el único pretexto de examinarla; pero se la corta traicioneramente y eyacula al verla desesperarse por la desgracia, de la que se ríe mucho.

47. Con mucha ceremonia, ella entra en una habitación a oscuras. No ve a nadie, pero oye una conversación referida a ella, que se detallará, y que es capaz de hacerla morir de miedo. Por fin recibe un diluvio de bofetadas y de puñetazos sin saber de dónde vienen; oye, los gritos de una eyaculación, y la sueltan.

48. Ella entra en una especie de sepulcro bajo tierra sólo iluminado por lámparas; lo ve en todo su horror. En cuanto ha podido observarlo un momento se apagan todas las lámparas, se oye un estruendo horrible de gritos y cadenas, ella se desmaya; en caso contrario, aumenta la causa del espanto con algunos nuevos episodios, hasta que se desmaya. Cuando ha perdido el conocimiento, un hombre cae sobre ella y la posee por el trasero, luego la deja y los criados van a socorrerla. Exige muchachas muy jóvenes y noveles.

49. Ella entra en un lugar parecido, pero que se diferenciará un poco en los detalles. La encierran desnuda en un ataúd, lo clavan y el hombre eyacula con el ruido de los clavos.

Aquella noche, se había hecho que Zelmire estuviese ausente de las narraciones, a propósito. La bajan a la bodega, preparada como las que acaban de ser descritas. Los cuatro amigos se encuentran allí desnudos y armados; ella se desmaya y entonces Curval la desvirga el culo. El presidente ha concebido por aquella muchacha los mismos sentimientos de un amor mezclado con rabia lúbrica que el duque tiene por Augustine.

DIA ONCE. 50. El mismo hombre, el duque de Florville, de quien la Duclos habló en segundo lugar el 29 de noviembre, el mismo también de la quinta narración del 26 de febrero de la Desgranges, quiere que se coloque sobre una cama de satén negro un hermoso cadáver de muchacha que acabe de ser asesinada; la manosea por todas partes y la penetra por el ano.

51. Otro hombre quiere dos, el de una muchacha y el de un

muchacho y encula el cadáver del joven besando las nalgas de la muchacha y hundiendo su lengua en el ano.

52. Recibe a la prostituta en un gabinete lleno de cadáveres de cera muy bien imitados, todos con diferentes heridas. Dice a la prostituta que elija, que va a matarla como aquel de los cadáveres cuya herida le guste más.

53. La amarra a un cadáver real boca contra boca y en esta actitud la azota hasta hacerle saltar la sangre por toda la parte de atrás.

Aquella noche el culo -de Zelmire es entregado para su posesión, pero antes la hará juzgado y le han dicho que la matarán durante la noche; ella lo cree, pero en vez de eso, cuando ha sido bien jodida por detrás, se contentan con propinarle cien latigazos cada uno y Curval se la lleva a acostarse con él donde vuelve a encularla.

> DIA DOCE. 54. Quiere a una mujer que tenga la regla. Ella llega a su lado, pero él está situado cerca de un depósito de agua helada de más de doce pies cuadrados por ocho de profundidad; se ha enmascarado de modo que la prostituta no lo vea. En cuanto llega cerca de él, la echa dentro del depósito y el instante de la caída es el de la eyaculación del hombre; la retiran inmediatamente, pero como tiene la regla no deja de sufrir a menudo una grave enfermedad.
>
> 55. La baja, desnuda, dentro de un pozo muy profundo y la amenaza con llenarlo de piedras; arroja algunos puñados de tierra para asustarla y eyacula en el pozo, sobre la cabeza de la puta.
>
> 56. Hace entrar en su casa a una mujer preñada y la asusta con amenazas y con palabras, la azota, renueva sus malos tratos para hacerla abortar en su misma casa o en cuanto esté de regreso en la suya. Si aborta en su casa, le paga el doble.
>
> 57. La encierra en un calabozo oscuro, entre gatos, ratas y ratones; la convence de que está allí para todo el resto de su vida y va todos los días a masturbarse ante su puerta, haciéndole burla.
>
> 58. Le introduce fuegos de bengala en el ano y las chispas al caer le queman las nalgas.

Aquella noche Curval hace que se reconozca a Zelmire como su esposa y se casa con ella públicamente. El obispo los casa, él repudia a Julie, que cae en el mayor descrédito pero a la que, no obstante sostiene su libertinaje y el obispo la protege un poco hasta que se declarará completamente de su parte, como se verá.

Se percibe esta noche mejor que nunca el odio agresivo de Durcet por Adélaïde; la atormenta, la veja, ella se desespera. Y el presidente, su padre, no la apoya en absoluto.

> DIA TRECE. 59. Amarra a una prostituta a una cruz de San Andrés suspendida en el aire y allí la azota con todas sus fuerzas por toda la parte de atrás. Después de eso la desata y la arroja por una ventana, pero cae sobre colchones preparados; él eyacula al oírla caer. Detallar la escena que le hace para legitimar su acto.
>
> 60. Le administra una droga que le hace ver una habitación llena de objetos horribles. Ve un estanque cuyas aguas llegan hasta ella, se sube a una silla para evitarlas. Le dicen que no tiene otro recurso que echarse a nadar, ella lo hace, pero cae sobre el piso y a menudo se lastima mucho. Es el instante de la eyaculación de nuestro libertino cuyo placer, antes, ha consistido en besar mucho el trasero.
>
> 61. La tiene suspendida de una polea en lo alto de una torre, él tiene la cuerda a su alcance en una ventana de abajo; se masturba, sacude la cuerda y amenaza cortarla cuando eyacule. Durante esto es azotado, y antes ha hecho cagar a la puta.
>
> 62. Está sujeta por cuatro delgadas cuerdas atadas a sus cuatro extremidades. Así suspendida, en la actitud más cruel, se abre bajo ella una trampa que le descubre un brasero ardiente; si las cuerdas se rompen, cae sobre el fuego. Se dan sacudidas a las cuerdas y el malvado corta una de ellas mientras eyacula. A veces la coloca en la

misma actitud, le pone un peso sobre los riñones y levanta mucho las cuatro cuerdas de modo que casi le reviente el estómago y se le quiebren los riñones. La tiene así hasta la eyaculación.

63. La amarra a un taburete, a un pie de distancia sobre su cabeza hay un puñal muy afilado suspendido de un cabello; si el cabello se rompe, el agudísimo puñal le penetra en el cráneo. El hombre se masturba ante ella y goza con las contorsiones que el miedo arranca a su víctima. Al cabo de una hora la suelta y le hace sangrar las nalgas con la punta de aquel mismo puñal, para demostrarle que era muy cortante; eyacula sobre el trasero ensangrentado.

Aquella noche el obispo desvirga el culo de Colombe y la azota hasta hacerle manar sangre porque no puede soportar que una mujer lo haga eyacular.

DIA CATORCE. 64. Da por el culo a una joven novicia que no sabe nada, y cuando eyacula le dispara junto a las orejas dos tiros de pistola que le dejan los cabellos chamuscados.

65. La hace sentarse en un sillón de resortes; con su peso dispara todos los resortes que accionan unos cercos de hierro que la sujetan. Otros resortes, al dispararse, presentan veinte puñales sobre su cuerpo, el hombre se masturba mientras le dice que será apuñalada si imprime al sillón el menor movimiento, y al eyacular derrama su semen sobre ella.

66. La mujer cae, por medio de un columpio, en un gabinete tapizado de negro y amueblado con un reclinatorio, un ataúd y algunas calaveras. Ve a seis espectros armados de mazas, espadas, pistolas, sables, puñales y lanzas, cada uno dispuesto a herirla en un lugar diferente. Ella se tambalea, es presa del miedo; el hombre entra, la agarra y la azota en todo el cuerpo con la mayor fuerza, luego la penetra por detrás y eyacula. Si ella se desmaya cuando él entra, lo cual sucede a menudo, la hace volver en sí a latigazos.

67. Ella entra en la habitación de una torre, ve en medio un gran brasero, sobre una mesa un veneno y un puñal; se le pide que elija entre los tres tipos de muerte. Generalmente elige el veneno. Es un opio preparado, que la hace caer en un profundo sopor, durante el cual el libertino la posee por el culo. Es el mismo hombre de quien habló la Duelos el 27 de noviembre y de quien hablará la Desgranges el 6 de febrero.

68. El mismo hombre de quien la Desgranges hablará el 16 de febrero ejecuta todas las ceremonias para decapitar a la prostituta; cuando va a caer el golpe un cordón retira precipitadamente el cuerpo de la mujer, el sable cae sobre el tajo, donde se hunde tres pulgadas. Si la cuerda no retira a la mujer a tiempo, muere. El eyacula cuando suelta el golpe. Pero antes la ha jodido por atrás, con el cuello sobre el tajo.

Por la noche es entregado el culo de Colombe, pero antes se la amenaza y se finge decapitarla.

DIA QUINCE. 69. Ahorca a la puta, quien está con los pies apoyados sobre un banquito y una cuerda amarrada a éste; él se halla enfrente, instalado en un sillón donde se hace masturbar por la hija de aquella mujer. Al eyacular tira de la cuerda, la mujer, sin apoyo, queda colgada, él sale, acuden unos criados, descuelgan a la

prostituta y por medio de una sangría la hacen volver en sí, pero este auxilio se presta a espaldas del amo. Este va a acostarse con la hija y la sodomiza durante toda la noche mientras le dice que ha ahorcado a su madre; no quiere saber que la víctima ha sido salvada. Dígase que la Desgranges hablará de él.

70. Tira de las orejas a la prostituta y así la pasea por toda la habitación; entonces eyacula.

71. Pellizca furiosamente a la prostituta por todo el cuerpo excepto los senos; la deja toda negra.

72. Le pellizca los senos, se los atormenta y los soba hasta dejárselos enteramente magullados.

73. Con una aguja traza cifras y letras sobre sus tetas, pero la aguja está envenenada, los senos se hinchan y la mujer sufre mucho.

74. Le clava mil o dos mil alfileritos en las tetas y, cuando las tiene cubiertas de ellos, eyacula.

Aquel día se sorprende a Julie, más libertina que nunca, masturbándose con la Champville. El obispo la protege todavía más desde entonces y la admite en su habitación como el duque a la Duelos, Durcet a la Martaine y Curval a la Fanchon. Confiesa que después de haber sido repudiada, como la condenaron a ir a dormir al establo de los animales, la Champville la recogió en su habitación y dormía con ella.

DIA DIECISEIS DE ENERO. 75. Clava grandes alfileres en todo el cuerpo de la prostituta, incluidas las tetas; eyacula cuando la ve cubierta de alfileres. Decir que la Desgranges hablará de éste en su cuarto relato del 27 de febrero.

76. La llena de bebida, luego le cose el coño y el culo; la deja así hasta que la ve desmayarse por la necesidad de orinar o cagar sin poder lograrlo o hasta que la caída y el peso de sus necesidades llegan a romper los hilos.

77. Son cuatro en una habitación y se lanzan a la prostituta como una pelota a puntapiés y a puñetazos hasta que ella cae. Los cuatro se masturban mutuamente y eyaculan cuando la mujer cae.

78. Se le quita y se le devuelve el aire a voluntad dentro de una máquina neumática.

Para festejar la onceava semana aquel día se celebra el matrimonio de Colombe y Antinoüs, que se consuma. El duque, quien jode prodigiosamente a Augustine en el coño, aquella noche es presa de una rabia lúbrica contra ella: la ha hecho sujetar por la Duelos y le ha dado trescientos latigazos desde la mitad de la espalda hasta las pantorrillas y luego ha penetrado en el trasero de la Duelos mientras besaba el culo azotado de Augustine. Después hizo locuras por ella, quiso que cenara a su lado, sólo come de su boca y comete otras mil inconsecuencias libertinas que pintan el carácter de aquellos disolutos.

DIA DIECISIETE. 79. Amarra a la prostituta sobre una mesa, boca abajo, y come una tortilla servida hirviendo sobre sus nalgas, donde pincha fuertemente los trozos con un tenedor muy agudo.

80. Le sujeta la cabeza sobre un brasero con tizones hasta que se desmaya, en cuyo estado la encula.

81. Le quema ligeramente y poco a poco la piel de los senos y de las nalgas con

cerillas de azufre.

82. Apaga velas dentro de su coño, su culo y sobre las tetas, gran número de veces seguidas.

83. Con una cerilla le quema las pestañas, lo cual le impide todo reposo por la noche y poder cerrar los ojos para dormir.

Aquella noche el duque desvirga a Giton, quien se siente mal por ello, ya que el duque es enorme, jode muy brutalmente y Giton sólo tiene doce años.

DIA DIECIOCHO. 84. La obliga, con la pistola en el pecho, a masticar y tragarse un carbón ardiendo, y luego le irriga agua fuerte dentro del coño.

85. La hace bailar desnuda en torno a cuatro pilares preparados; pero el único camino que puede recorrer descalza en torno a esos pilares está alfombrado de hierros agudos, puntas de clavos Y pedazos de vidrio, y hay un hombre situado ante cada pilar con un manojo de varas en la mano con el que la azota por delante o por detrás, según la parte que presenta, cada vez que pasa frente a él. Está obligada a dar cierto número de vueltas, según sea más o menos joven y bonita; las más hermosas son siempre las más vejadas.

86. Le da violentos puñetazos en la nariz hasta que sangra, y continúa a pesar de que esté sangrando; eyacula y mezcla su semen con la sangre que ella pierde.

87. De su cuerpo completamente desnudo le coge trocitos de nalgas, del monte de venus y las tetas, con tenazas de hierro muy calientes. Decir que la Desgranges hablará de éste.

88. Le coloca sobre el cuerpo diferentes montoncitos de pólvora, especialmente en los lugares más sensibles, y los enciende.

Por la noche es entregado el culo de Giton, y después de la ceremonia es fustigado por Curval, el duque y el obispo, que lo han jodido.

DIA DIECINUEVE. 89. Le introduce en el coño un cilindro de pólvora, sin revestimiento de cartón; lo enciende y eyacula al ver la llama. Anteriormente ha besado el culo.

90. La empapa de pies a cabeza con alcohol; lo enciende y se divierte hasta eyacular viendo así a aquella pobre mujer toda encendida. Repite la operación dos o tres veces...

91. Le da una lavativa de aceite hirviente.

92. Le introduce un hierro ardiente en el ano y lo mismo en la vagina, después de haberla azotado bien.

93. Quiere pisotear a una mujer preñada hasta que aborte. Anteriormente la ha azotado.

Aquella misma noche Curval desvirga el culo de Sophie, pero antes es azotada hasta sangrar por cien latigazos de cada uno de los amigos. Curval, en cuanto le ha eyaculado en el culo, ofrece quinientos luises a la sociedad por bajarla a la bodega aquella noche y divertirse con ella a su manera. Se le niega, vuelve a joderla y, al salir de su ano después de aquella segunda eyaculación le pega un puntapié en el trasero que la lanza sobre unos colchones a quince pies de distancia. Durante la misma noche va a vengarse con Zelmire, a la que azota

con todas sus fuerzas.

DIA VEINTE DE ENERO. 94. Finge acariciar a la prostituta que lo masturba, ella no desconfía; pero en el instante de su eyaculación le coge la cabeza y la golpea con fuerza contra la pared. El golpe es tan imprevisto que generalmente la mujer cae desmayada.

95. Están cuatro libertinos reunidos; juzgan a una prostituta y la condenan formalmente. La sentencia es de cien bastonazos aplicados, de veinticinco en veinticinco, por cada uno de los amigos y distribuidos en la primera tanda desde los hombros hasta los riñones, en la segunda desde los riñones hasta las pantorrillas, en la tercera desde el cuello hasta el ombligo, comprendidos los senos, y en la cuarta desde el bajo vientre hasta los pies.

96. Le da un pinchazo de alfiler en cada ojo, en cada pezón y en el clítoris.

97. Le hace gotear cera de España sobre las nalgas, en el coño y en el pecho.

98. La sangra en el brazo y no ataja la hemorragia hasta que se desmaya.

Curval propone sangrar a Constance a causa de su preñez, lo hacen hasta que se desmaya, es Durcet quien la sangra. Aquella noche es entregado el trasero de Sophie y el duque propone sangrarla, cosa que no puede hacerle daño, al contrario, y que con su sangre se haga morcilla para el almuerzo. Se acepta. Es Curval quien la sangra mientras la Duelos lo masturba, y no quiere pinchar hasta que escape su semen; hace una gran abertura, pero la acierta. A pesar de todo esto, Sophie ha gustado al obispo, quien la adopta por mujer y repudia a Aline, quien cae en el mayor descrédito.

VEINTIUNO DE ENERO. 99. La sangra en los dos brazos y quiere que esté de pie cuando mana la sangre; de vez en cuando ataja la hemorragia para azotarla, luego vuelve a abrirle las heridas, todo hasta que se desmaya. No eyacula hasta que ella cae; antes, la hace cagar.

100. La sangra en las cuatro extremidades y en la yugular y se masturba mientras ve manar aquellas cinco fuentes de sangre.

101. Le hace incisiones ligeras en las carnes, principalmente en las nalgas, pero no en los senos.

102. Le hace fuertes incisiones, principalmente en los senos cerca de los pezones, y cerca del ano cuando llega a las nalgas. Luego le cauteriza las llagas con un hierro candente.

103. La amarran a gatas como un animal feroz, cubierto con una piel de tigre. En ese estado se le excita, se le irrita, se le azota, se le pega, se le masturba el culo; frente a él está una prostituta muy gorda, desnuda y sujeta por los pies sobre el piso y por el cuello al techo, de manera que no puede moverse. En cuanto el libertino está bien encendido, lo sueltan, se arroja como una fiera sobre la mujer y la muerde por todas partes, principalmente en el clítoris y los pezones, los cuales generalmente se lleva entre sus dientes. Ruge y grita como un animal y eyacula aullando. La prostituta debe cagar, él come sus excrementos en el suelo.

Aquella misma noche el obispo desvirga a Narcisse, que es entregado también la misma noche para no perturbar la fiesta del 23. El duque, antes de sodomizarlo, le hace cagar en su boca y devolver en ella el semen de sus predecesores. Después de haberlo jodido por detrás,

lo azota.

DIA VEINTIDOS. 104. Arranca dientes y araña las encías con agujas. A veces las quema.

105. Le rompe un dedo de la mano, a veces varios.

106. Le aplana un pie con un vigoroso martillazo.

107. Le disloca una muñeca.

108. Le da un martillazo en los dientes mientras eyacula. Antes su placer ha consistido en chupar mucho la boca.

El duque aquella noche desvirga el culo de Rosette, y en el instante en que el miembro penetra en el trasero, Curval arranca un diente a la niña para que experimente a la vez dos dolores terribles. Es entregada durante la misma noche para no perturbar la fiesta del día siguiente. Cuando Curval le ha eyaculado en el culo (y ha sido el último que ha pasado), cuando lo ha hecho, digo, la tumba de una bofetada dada con toda su fuerza.

EL DIA VEINTITRES, a causa de la fiesta, sólo se exponen cuatro relatos:

109. Le disloca un pie.

110. Le rompe un brazo mientras la encula.

111. Le rompe un hueso de las piernas de un golpe con una barra de hierro y luego la da por el culo.

112. La ata a una escalera de mano doble con los miembros amarrados en posturas extrañas, hay una cuerda fija a la escalera, tiran de esta cuerda, la escalera cae y ella se rompe alguno de los miembros.

Aquel día se efectúa el matrimonio de Bande-au-ciel y de Rosette para celebrar la doceava semana. Aquella noche sangran a Rosette después de haber sido jodida y a Aline, a quien se hace joder por Hercule; las dos son sangradas de manera que su sangre se derrame sobre los muslos y los miembros de nuestros libertinos, quienes se masturban ante aquel espectáculo y eyaculan cuando las dos se desmayan.

DIA VEINTICUATRO. 113. Le corta una oreja. (Tener cuidado de especificar siempre lo que todas esas personas hacen antes).

114. Le rasga los labios y las ventanas de la nariz.

115. Le atraviesa la lengua con un hierro candente, después de habérsela chupado y mordido.

116. Le arranca varias uñas de las manos y de los pies. 1

17. Le corta la punta de un dedo.

Y como la narradora, interrogada, dice que semejante mutilación no tiene ninguna consecuencia grave si se cura inmediatamente, Durcet aquella noche corta la punta del dedo meñique de Adélaïde, contra la cual estalla cada vez más su hostilidad lúbrica. Ante aquello eyacula con transportes insólitos.

La misma noche Curval desvirga el culo de Augustine, aunque sea la mujer del duque. Suplicio que ella experimenta. Rabia de Curval contra ella, después; se pone de acuerdo con el duque para bajarle a la bodega aquella noche y dicen a Durcet que si se lo permiten, ellos

le permitirán enviar inmediatamente también a Adélaïde, pero el obispo les arenga y logra que esperen aún por el mismo interés de su placer. Curval y el duque se contentan, pues, con azotar vigorosamente a Augustine, uno en brazos del otro.

DIA VEINTICINCO. 118. Derrama quince o veinte gotas de plomo fundido, ardiente, en la boca y quema las encías con agua fuerte.

119. Corta un pedazo de la lengua después de haber hecho limpiar con ella el culo mierdoso, luego la posee por detrás cuando está hecha su mutilación.

120. Tiene una máquina de hierro, redonda, que entra en las carnes y las corta, cuando se retira se lleva un pedazo redondo de carne de tanta profundidad como se ha dejado penetrar la máquina, la cual sigue socavando si no se la detiene.

121. Convierte en eunuco a un muchacho de diez a quince años.

122. Con unas tenazas aprieta y arranca los pezones y los corta con tijeras.

Aquella misma noche se entrega el culo de Augustine. Curval, mientras la posee por detrás, quiere besar el pecho de Constance y en el momento de eyacular le arranca el pezón con los dientes, pero corno la curan inmediatamente se asegura que esto no hará ningún daño a su fruto. Curvar dice a sus compañeros, quienes se chancean de su rabia contra esa criatura, que no puede dominar los sentimientos furiosos que ella le inspira.

Cuando le toca al duque el turno de encular a Augustine, la rabia que tiene contra esta hermosa muchacha se manifiesta muy vivamente: si no lo hubiesen vigilado la habría herido en el seno o le habría apretado el cuello con toda su fuerza mientras eyaculaba. Pide otra vez a la asamblea que le permita adueñarse de ella, pero se le- objeta que deben esperarse las narraciones de la Desgranges. Su hermano le ruega que, tenga paciencia hasta que él le dé el ejemplo con Aline, que lo que quiere hacer antes perturbaría todo el orden de las disposiciones; sin embargo, como no puede más, necesita absolutamente aplicar un suplicio a la bella muchacha, se le permite herirla ligeramente en el brazo. Lo hace en la carne del antebrazo izquierdo, chupa la sangre, eyacula, y aquella herida es curada de tal manera que al cuarto día ya no se advierte.

DIA VEINTISEIS. 123. Rompe una botella delgada de vidrio blanco contra la cara de la prostituta atada e indefensa; antes ha chupado mucho su boca y su lengua.

124. Le ata las dos piernas, le sujeta una mano a la espalda, le pone en la otra mano un bastoncito para defenderse, luego la ataca con una espada, le hace varias heridas y eyacula sobre ellas.

125. La tiende sobre una cruz de San Andrés, ejecuta la ceremonia de romperla, le lastima tres extremidades sin fractura y le rompe decididamente un brazo o una pierna.

126. La hace colocar de perfil y dispara un tiro de pistola con bala que le roza los dos senos; apunta de manera que se lleve uno de los pezones.

127. La coloca a gatas a veinte pasos de él y le dispara una bala de fusil en las nalgas.

Aquella noche el obispo desvirga el culo de Fanny.

DIA VEINTISIETE. 128. El mismo hombre de quien hablará la Desgrangés el 24 de febrero hace abortar a una mujer preñada a latigazos en el vientre; quiere verla

parir delante de él.

129. Convierte en eunuco a un muchacho de dieciséis a diecisiete años. Antes lo da por atrás y lo azota.

130. Quiere una virgen, le corta el clítoris con una navaja, luego la desvirga con un cilindro de hierro caliente que hunde a martillazos.

131. Hace abortar a los ocho meses por medio de un brebaje que hace que la mujer dé a la luz enseguida a un niño muerto; otras veces determina un parto por el ano. Pero el niño sale sin vida y la madre arriesga la suya.

132. Corta un brazo.

Aquella noche se entrega el culo de Fanny, Durcet la salva de un suplicio que se le preparaba; la toma por esposa, se hace casar por el obispo y repudia a Adélaïde, a quien se le aplica el suplicio destinado a Fanny, que consistía en romperle un dedo. El duque la encula mientras Durcet le rompe el dedo.

DIA VEINTIOCHO. 133. Corta dos dedos y los cauteriza con un hierro candente.

134. Corta la lengua desde la raíz y cauteriza con un hierro candente.

135. Corta una pierna y, más frecuentemente, la hace cortar mientras él da por el culo.

136. Arranca todos los dientes y pone en su lugar un clavo ardiente que hunde con un martillo; hace esto después de joder a la mujer en la boca.

137. Saca un ojo.

Aquella noche se le azota a Julie con todas las fuerzas y se le pinchan todos los dedos con una aguja. Esta operación se hace mientras el obispo la da por el culo, aunque la quiere bastante.

DIA VEINTINUEVE. 138. Ciega los dos ojos derramando sobre ellos cera derretida.

139. Le corta una teta y cauteriza con un hierro candente. La Desgranges les dirá quién es el hombre que le cortó la teta que le falta y que está segura de que se la come asada.

140. Corta las dos nalgas, después de haberlas enculado y azotado. También se dice que se las come.

141. Corta las dos orejas.

142. Corta todas las extremidades, los veinte dedos, el clítoris, los pezones, la punta de la lengua.

Aquella noche Aline, después de haber sido vigorosamente azotada por los cuatro amigos y enculada por el obispo por última vez, es condenada a que cada uno de los amigos le corte un dedo de cada extremidad.

DIA TREINTA. 143. Le corta varios pedazos de carne de la superficie de todo el cuerpo, los hace asar y la obliga a comerlos con él. Es el mismo hombre del 8 y del 17 de febrero de la Desgranges.

144. Corta las cuatro extremidades de un muchacho, encula al tronco, lo alimenta

bien y lo deja vivir así; como los miembros no han sido cortados muy cerca del tronco, vive mucho tiempo. Durante más de un año lo encula así.

145. Ata fuertemente a la prostituta por una mano y la deja así sin darle alimento; junto a ella hay un gran cuchillo y delante una comida excelente: si quiere comer tiene que cortarse la mano, de lo contrario muere. Antes, la ha jodido por detrás. El la observa por una ventana.

146. Amarra a madre e hija; para que una de las dos viva y haga vivir a la otra, tiene que cortarse la mano. Se divierte con el debate, para ver cuál de las dos se sacrificará por la otra.

Sólo cuenta cuatro historias, porque aquella noche se celebra la fiesta de la- décimo tercera semana, en la que el duque, representando el papel de mujer, se casa con Hercule en calidad de marido y, representando el papel de hombre, con Zéphyr en calidad de mujer. El mozalbete que, como se sabe, es el que tiene el culo más hermoso de los ocho muchachos, se presenta vestido y resulta tan hermoso como el amor. La ceremonia es consagrada por el obispo y se desarrolla ante todo el mundo. Ese muchacho no es desvirgado hasta entonces; el duque goza grandemente con ello, y le cuesta mucho: lo hace sangrar. Durante la operación Hercule lo jode a él.

TREINTA Y UNO DE ENERO. 147. Le saca los ojos y la deja encerrada en una habitación; le dice que ante ella tiene comida, que sólo tiene que ir a buscarla. Pero para esto debe pasar por encima de una placa de hierro que ella no ve y que mantienen siempre al rojo vivo; él se divierte, por una ventana, viendo lo que hará: si se quemará o si preferirá morir de hambre. Antes ha sido muy azotada.

148. Le aplica el suplicio que consiste en atar con cuerdas las cuatro extremidades y elevar a gran altura por medio de esas cuerdas; una vez en alto, la deja caer a plomo: cada caída disloca y rompe todos los miembros, porque no hay otro sostén que el de las cuerdas.

149. Le hace en las carnes profundas heridas, en medio de las cuales derrama pez hirviente y plomo fundido.

150. En el momento en que acaba de dar a luz, la amarra desnuda y la deja sin ningún auxilio; ata ante ella a su hijo, que grita y al que no puede auxiliar. Ha de verlo morir así. Después azota con todas-sus fuerzas a la madre en el coño dirigiendo los golpes a la vagina. Generalmente él es el padre del niño.

151. La llena de agua, luego le cose el coño y el culo así como la boca, y la deja de este modo hasta que el agua revienta los conductos o que ella perece.

(Comprobar por qué hay una de más, y si hay que suprimir una que sea esta última, la cual creo que ya fue hecha).

Aquella misma noche es entregado el culo de Zéphyr y Adélaïde es condenada a una ruda fustigación, después de la cual se la quemará con un hierro candente junto a la vagina, en los sobacos y un poco sobre cada teta. Soporta todo eso como una heroína e invocando a Dios, lo cual irrita todavía más a sus verdugos.

CUARTA PARTE

Las 150 pasiones homicidas o de cuarta clase que comprenden veintiocho jornadas de febrero empleadas en las narraciones de la Desgranges a las que se ha añadido el diario exacto de los acontecimientos escandalosos del Castillo durante ese mes.

Establézcase primeramente que todo cambia de aspecto en este mes. Que las cuatro esposas están repudiadas, que Julie, no obstante, ha hallado piedad junto al obispo, quien la ha tomado en calidad de sirvienta, pero que Aline, Adélaïde y Constance se hallan sin refugio, exceptuando no obstante a esta última: se ha permitido a la Duelos que la albergue con ella porque se quiere conservar su fruto. Pero Adélaïde y Aline duermen en el establo de los animales destinados al alimento. Las sultanas Augustine, Zelmire, Fanny y Sophie son las que sustituyen a las esposas en todas sus funciones, a saber: en los retretes, en el servicio de la comida, en los sofás y en la cama de los señores por la noche. De modo que en esta época he aquí cómo están las habitaciones de los señores durante las noches: independientemente de un jodedor cada uno, por turno, tienen:

El duque, a Augustine, Zéphyr y la Duelos en su cama, con el jodedor; él duerme en medio de los cuatro y Marie en el sofá;

Curval se acuesta del mismo modo entre Adonis, Zelmire, un jodedor y la Fanchon; nadie más.

Durcet duerme entre Hyacinthe, Fanny, un jodedor y la Martaine.

(Comprobar).

Y en el sofá Louison.

El obispo se acuesta entre Céladon, Sophie, un jodedor y Julie, y en el sofá Thérése.

Con esto se ve que los pequeños matrimonios de Zéphyr y Augustine, de Adonis y Zelmire, de Hyacinthe y Fanny, de Céladon y Sophie, que han sido casados todos, pertenecen al mismo dueño. Ya no quedan más que cuatro muchachas en el serrallo femenino, y cuatro muchachos en el masculino. La Champville duerme en el de las mujeres y la Desgranges en el de los muchachos. Aline en el establo, como se ha dicho, y Constance en la habitación de la Duclos, sola, puesto que la Duclos duerme con el duque todas las noches.

La comida es servida siempre por las cuatro sultanas, que representan a las cuatro esposas, y la cena por las cuatro sultanas restantes, una cuadrilla sirve siempre el café; pero las cuadrillas de los relatos frente a cada nicho de cristal ya sólo se componen de un muchacho y una muchacha.

En cada narración Aline y Adélaïde son amarradas a los pilares del salón de historia de que se ha hablado, colocadas con las nalgas frente a los sofás y junto a ellas una mesita con varas siempre dispuestas para azotarlas. Constance tiene permiso para sentarse en la fila de las narradoras. Cada vieja se ocupa de su pareja y Julie, desnuda, anda errante de un sofá a otro para recibir las órdenes y ejecutarlas inmediatamente. Por lo demás, como siempre, un jodedor en cada sofá.

En esta situación la -Desgranges empieza sus relatos. En un reglamento particular los

amigos han establecido que en el curso de este mes Aline, Adélaïde, Augustine y Zelmire serán entregadas a la brutalidad de sus pasiones, en el día prescrito, para inmolarlas solos o bien invitar al sacrificio a aquellos de sus amigos que quieran, sin que los otros se enojen; que en cuanto a Constance, serviría para la celebración de la última semana, como se explicará en su tiempo y lugar. Si el duque y Curval, quienes por esas disposiciones quedarán viudos, quieren tomar para el resto del mes una esposa para las funciones, podrán hacerlo si eligen una de las cuatro sultanas restantes. Pero los pilares quedarán desocupados, puesto que las dos mujeres que los guarnecían ya no estarán.

La Desgranges empieza y, después de haber advertido que ya sólo se tratará de homicidios, dice que tendrá cuidado como se le ha recomendado, de exponer los detalles más minuciosos y, sobre todo, declarar los gustos ordinarios que esos asesinos de libertinaje hacían preceder a sus pasiones, a fin de que se puedan juzgar las relaciones y los encadenamientos y ver cuál es el género de libertinaje simple que, rectificado por cabezas sin costumbres ni principios, puede conducir al asesinato, y a qué tipo de asesinato. A continuación comienza.

DIA PRIMERO. 1. Le gustaba divertirse con una pobre que no hubiese comido desde hacía tres días, y su segunda pasión es la de dejar morir de hambre a una mujer en el fondo de un calabozo sin prestarle el menor auxilio; la observa y se masturba mientras la examina, pero no eyacula hasta el día en que ella perece.

2. La mantiene largo tiempo en el calabozo disminuyendo cada día un poco su ración; antes la hace cagar y come los excrementos en un plato.

3. Le gustaba chupar la boca y tragarse la saliva, y en segundo lugar empareda a la mujer en un calabozo con víveres sólo para quince días; a los treinta días, entra y se masturba sobre el cadáver.

4. La hacía orinar y después la hacía morir lentamente, sin dejarla beber y dándole mucha comida.

5. Azotaba y hacía morir a la mujer impidiéndola dormir,

Aquella misma noche Michette es colgada por los pies después de haber comido mucho, hasta que lo vomita todo sobre Curval, quien se lo traga y se masturba debajo de ella.

DIA DOS. 6. La hacía cagar en su boca y se lo iba comiendo; en segundo lugar, la alimentaba solamente con miga de pan y vino. Al cabo de un mes ella estira la pata.

7. Le gustaba joder el coño; inyecta a la mujer una enfermedad venérea de tan mala índole que ella fallece al poco tiempo.

8. Hacía vomitar en su boca, y después administra por medio de un brebaje una fiebre maligna de la que la mujer muere rápidamente.

9. La hacía cagar y después le daba una lavativa de ingredientes envenenados con agua hirviendo o agua fuerte.

10. Un famoso fustigador coloca a una mujer sobre un pivote en el cual gira sin cesar hasta la muerte.

Por la noche dan una lavativa de agua hirviendo a Rosette cuando el duque acababa de darle por el culo.

DIA TRES. 11. Le gustaba dar bofetadas y en segundo lugar le volteaba el cuello

hacia atrás de manera que la mujer tuviese la cara del mismo lado que las nalgas.

12. Le gustaba la bestialidad, y además gozaba haciendo desvirgar ante él a una muchacha por un semental que la mataba.

13. Le gusta joder por el culo y luego entierra a la mujer hasta medio cuerpo y así la alimenta hasta que la mitad enterrada se pudre.

14. Le gusta masturbar el clítoris, y hace que uno de sus subordinados masturbe a una mujer en el clítoris hasta la muerte.

15. Un fustigador, perfeccionando su pasión, azota hasta la muerte a la mujer en todas las partes del cuerpo.

Aquella noche el duque quiere que Augustine sea masturbada en el clítoris, que tiene muy sensible, por la Duelos y la Champville, que se relevan y la masturban hasta que se desmaya.

DIA CUATRO. 16. Le gustaba apretar el cuello y, en segundo lugar, amarra a la mujer por el cuello. Ante ella hay una abundante comida, pero, para alcanzarla, debe, estrangularse ella misma o bien ha de morir de hambre.

17. El mismo hombre que mató a la hermana de la Duelos, cuyo gusto consiste en manosear las carnes durante largo tiempo, amasa los senos y las nalgas con una fuerza tan enorme que la hace morir con este suplicio.

18. El hombre del cual habló la Martaine el 20 de enero, a quien le gustaba sangrar a las mujeres, las mata con sangrías repetidas.

19. Aquel cuya pasión consistía en hacer correr a una mujer desnuda hasta que cayese, de quien ya se habló, tiene como segunda manía la de encerrar a la mujer dentro de un baño turco ardiendo, donde muere ahogada.

20. Aquel de quien habló la Duclos, al que le gustaba hacerse poner pañales y que la prostituta le diese su mierda en vez de papilla, envuelve a una mujer tan estrechamente en pañales que la hace morir.

Aquella noche, un poco antes de pasar al salón de historia, se encontró a Curval dando por el culo a una de las criadas de la cocina. Paga la multa; la muchacha recibe la orden de presentarse en las orgías donde el duque y el obispo la joden a su vez por el culo, y le dan cada uno doscientos latigazos. Es una saboyana gorda, de veinticinco años, bastante fresca y que tiene un hermoso culo.

DIA CINCO. 21. Como primera pasión le gusta la bestialidad y como segunda coser a la prostituta dentro de una piel de asno fresca, con la cabeza afuera, la alimenta y la deja allí dentro hasta que la piel del animal se encoge y la ahoga.

22. Aquel de quien la Martaine habló el 15 de enero, al que le gustaba colgar como juego, cuelga a la prostituta por los pies y la deja así hasta que la sangre la ahoga.

23. El del 27 de noviembre de la Duelos, al que gusta de hacer emborrachar a la puta, hace morir a la mujer llenándola de agua con un embudo.

24. Le gustaba torturar las tetas y lo perfecciona encasquetando las dos tetas de una mujer en dos especies de ollas de hierro; luego coloca a la criatura, con sus dos tetas así acorazadas, sobre dos braseros, y la deja morir en aquellos dolores.

25. Le gustaba ver nadar a una mujer y como segunda pasión la arroja al agua y la

retira medio ahogada; la cuelga luego por los pies para hacerle expulsar el agua. En cuanto ha vuelto en sí, la vuelve a arrojar al agua, y así varias veces hasta que revienta.

Aquel día, a la misma hora que la víspera, encuentran al duque enculando a otra criada; paga la multa, la criada es mandada a ¡as orgías donde todo el mundo goza de ella, Durcet por la boca, el resto por el culo y hasta por el coño, pues es virgen y es condenada a doscientos latigazos de cada uno. Es una muchacha de dieciocho años, alta y bien hecha, algo pelirroja y con un trasero muy hermoso.

Aquella misma noche Curval dice que es esencial volver a sangrar a Constance, por su' preñez; el duque la jode por el culo y Curval la sangra, mientras Augustine lo masturba sobre las nalgas de Zelmire y alguien lo jode. Clava la lanceta al eyacular, y no yerra.

DIA SEIS. 26. Su primera pasión consistía en arrojar a una mujer, de un puntapié en el culo, sobre un brasero, del que no obstante ella salía muy pronto para no sufrir más que un poco. Perfecciona la operación obligando a la prostituta a estar de pie ante dos fuegos, uno de los cuales la asa por delante y el otro por detrás; la deja así hasta que sus grasas se derriten.

La Desgranges advierte que va a hablar de asesinatos que ofrecen una muerte rápida y casi no hacen sufrir.

27. Le gustaba impedir la respiración con sus manos, fuese apretando el cuello, fuese manteniendo largo rato su mano sobre la boca, y lo perfecciona ahogando entre cuatro colchones.

28. Aquel de quien habló la Martaine y que daba a escoger entre tres clases de muerte (véase el 14 de enero), se levanta la tapa de los sesos con un tiro de pistola, sin permitir elección; encula y al eyacular dispara.

29. Aquel de quien habló la Champville el 22 de diciembre que hacía saltar a la prostituta dentro de una manta con un gato, la precipita desde lo alto de una torre sobre guijarros y eyacula al oír su caída.

30. Aquel al que le gustaba apretar el cuello mientras daba por el culo, de quien habló la Martaine el 6 de enero, encula a la prostituta con un cordón de seda negra en torno al cuello y eyacula al estrangularla; la Desgranges ha de decir que esta voluptuosidad es una de las más. refinadas que un libertino puede procurarse.

Aquel día se celebra la fiesta de la décimo cuarta semana y Curval, como mujer, se casa con Brise-cul, como marido, y en calidad de hombre con Adonis, como mujer; este niño no es desvirgado hasta aquel día, ante todo el mundo, mientras Brise-cul jode a Curval.

En la cena se emborrachan. Se azota a Zelmire y Augustine en los lomos, las nalgas, los muslos, el vientre, el monte y los muslos por delante, luego Curval hace que Adonis joda a su nueva esposa Zelmire y les da por el culo alternativamente a los dos.

DIA SIETE. 31. Primitivamente le gustaba joder a una mujer en sopor y perfecciona el procedimiento haciéndola morir con una fuerte dosis de opio; la encoña durante el sueño de la muerte.

32. El mismo hombre de quien se acaba de hablar y que arroja a la mujer al agua varias veces, tiene además como pasión ahogar a una mujer con una piedra al cuello.

33. Le gustaba abofetear, y como segunda pasión, le derrama plomo fundido en el oído mientras duerme.

34. Le gustaba dar latigazos a la cara; la Champville habló de él el 30 de diciembre.

(Comprobar).

Mata inmediatamente a la prostituta con un fuerte martillazo en la sien.

35.. Le gustaba ver consumirse una vela hasta el final en el ano de una mujer; la ata al extremo de un cable conductor y hace que un rayo, la destroce.

36. Un fustigador. La coloca, en posición agachada, a la boca de un cañón; la bala se la lleva por el culo.

Aquel día se le encontró al obispo jodiendo por detrás a la tercera criada. Paga la multa, la muchacha es mandada a las orgías, el duque y Curval la enculan y enconan, pues es virgen, luego le dan ochocientos latigazos: doscientos cada uno. Es una suiza de diecinueve años muy blanca, bastante gorda, y con un trasero muy bello. Las cocineras se quejan y dicen que el servicio no podrá seguir si se atormenta a las criadas, y las dejan hasta el mes de marzo.

Aquella misma noche se corta un dedo a Rosette y se cauteriza con fuego. Durante la operación está entre Curval y el duque; uno la jode por delante, el otro por atrás. La misma noche Adonis es poseído por detrás, de manera que el duque aquella noche ha jodido a una criada y a Rosette por el coño, a la misma criada por el culo, a Rosette también por el culo han cambiado, y luego a Adonis. Está rendido.

DIA OCHO. 37. Le gustaba azotar todo el cuerpo con un vergajo y es el mismo de quien habló la Martaine, que golpeando hirió ligeramente tres extremidades y rompió sólo una. Le gusta moler completamente a palos a la mujer, pero la ahoga sobre la cruz.

38. Aquel de quien habló la Martaine, que finje cortar el cuello de la prostituta, a la que se retira por medio de una cuerda, lo corta efectivamente al eyacular. Se masturba.

39. El del 30 de enero de la Martaine, que le gustaba inferir heridas, las mete en mazmorras.

40. Le gustaba azotar en el vientre a mujeres preñadas, lo perfecciona dejando caer sobre el vientre de la mujer un peso enorme, que de inmediato la aplasta con su fruto.

41. Le gustaba ver el cuello desnudo de una mujer, apretarlo, atormentarlo un poco; clava un alfiler en cierto punto de la nuca, lo cual la mata instantáneamente.

42. Le gustaba quemar ligeramente con una vela diversas partes del cuerpo. Lo perfecciona echando a la mujer dentro de un horno ardiente, con fuego tan violento que es consumida inmediatamente.

Durcet, que tiene una fuete erección y ha ido dos veces durante los relatos a azotar a Adélaïde en el pilar, propone colocarla atravesada en el fuego, y cuando ella ha tenido tiempo suficiente para estremecerse ante la proposición que por poco es aceptada, como transacción le queman los pezones, uno Durcet su marido y el otro Curval su padre. Ambos eyaculan con esta operación.

DIA NUEVE. 43. Le gustaba clavar alfileres; como segunda pasión, eyacula al dar tres puñaladas al corazón.

44. Le gustaba quemar fuegos artificiales dentro del coño; amarra a una joven delgada y bien formada, como baqueta, a un gran cohete volador, es disparada y vuelve a caer con e! cohete.

45. El mismo llena de pólvora todas las aberturas de. una mujer, pega fuego y todos los miembros son disparados y se separan a la vez.

46. Le gustaba hacer tomar por sorpresa un emético a la mujer; le hace respirar unos polvos, en el tabaco o en un ramo de flores, y cae muerta inmediatamente.

47. Le gustaba azotar los senos y el cuello; lo perfecciona derribándola con un vigoroso golpe de una barra en la garganta.

48. El mismo de quien habló la Duelos el 27 de noviembre y la Martaine el 14 de enero:

(Comprobar).

Ella acaba de cagar ante el libertino, él la regaña, la persigue a latigazos hacia una galería. Se abre una puerta que da a una escalera, ella cree encontrar allí su salvación, se precipita, pero falta un escalón y cae en una bañera de agua hirviendo que la cubre inmediatamente y donde muere escaldada, ahogada y sofocada. Sus gustos consisten en hacer cagar y en azotar a la mujer mientras lo hace.

Aquella noche, al terminar ese relato, Curval ha hecho cagar a Zelmire por la mañana, el duque le pide mierda, esta noche. Ella no puede, es condenada inmediatamente a ser pinchada en el trasero con un aguja de oro hasta que la piel esté toda inundada de sangre, y como es el duque el perjudicado, él es quien opera.

Curval pide mierda a Zéphyr: éste dice que el duque lo ha hecho cagar por la mañana. El duque lo niega, se llama a la Duelos como testigo, quien lo niega, aunque sea verdad. Por consiguiente, Curval tiene el derecho de castigar a Zéphyr aunque sea amante del duque, como éste acaba de castigar a Zelmire aunque sea mujer de Curval. Zéphyr es azotado hasta sangrar por Curval y recibe seis capirotazos en la nariz, que le sangra, lo cual hace reír mucho al duque.

DIA DIEZ. La Desgranges dice que va a hablar de asesinatos a traición en los que la manera es lo principal y el efecto, es decir, la muerte, sólo es accesorio. Por consiguiente, dice que primero tratará de los venenos.

49. Un hombre cuyo gusto era el de joder por detrás y nunca de otra manera envenena a todas sus mujeres; ya contaba veintidós. No las poseía nada más que por el culo y nunca las había desvirgado.

50. Un malvado invita a sus amigos a un festín y, cada vez que les ofrece una comida, envenena a la mitad de ellos.

51. El del 26 de noviembre de la Duclos y del 10 de enero de la Martaine, que es un malvado, finge auxiliar a los pobres, les da víveres, pero están envenenados.

52. Un individuo emplea una droga que, sembrada por el suelo, hace caer muertos a los que la pisan, y se sirve de ella muy a menudo.

53. Un malvado emplea otro polvo que da la muerte en medio de inconcebibles tormentos; los envenenados duran quince días y ningún médico puede remediar

nada. Su mayor placer consiste en ir a verlos cuando se hallan en tal estado.

54. Un malvado con los hombres y con las mujeres emplea otro polvo cuyo efecto es el de dejar sin sentido y como muerto. Creen muerto al sujeto, lo entierran, y muere desesperado dentro de su ataúd cuando, apenas enterrado, recobra el conocimiento. El malvado procura encontrarse sobre el lugar de la tumba para ver si oye algunos gritos; si los oye, se desmaya de placer. Ha hecho morir de este modo a una parte de su familia.

Aquella noche hacen tomar a Julie, engañosamente, un polvo que .le produce horribles retortijones; le dicen que está envenenada, lo cree, se desespera. Durante el espectáculo de sus convulsiones, el duque se ha hecho masturbar ante ella por Augustine. Esta tiene la desdicha de cubrir el glande con el prepucio, una de las cosas que más desagradan al duque; iba a eyacular, eso se lo impide. Dice que quiere cortar un dedo a esta bribona y se lo corta de la mano que ha cometido el error, mientras su hija Julie, que se cree envenenada, lo hace eyacular. Julie queda restablecida la misma noche.

DIA ONCE. 55. Un malvado iba a menudo a visitar a conocidos o amigos y nunca dejaba de envenenar a lo que aquel amigo tenía de más querido en criaturas humanas. Se servía de un polvo que mataba a los dos días entre horribles dolores.

56. Un hombre cuyo gusto consistía en maltratar el pecho, perfeccionaba su afición envenenando a los niños en el mismo pecho de las nodrizas.

57. Le gustaba hacerse devolver en la boca lavativas de leche, y en segundo lugar las administraba envenenadas, las cuales daban la muerte con horribles cólicos de las entrañas.

58. Un malvado de quien tendrá ocasión de volver a hablar el día 13 y el 26 le gustaba pegar fuego a las casas de los pobres, y lo hacía siempre de manera que se quemara mucha gente, principalmente niños.

59. A otro malvado le gustaba matar a mujeres parturientas; iba a verlas llevando con él unos polvos cuyo olor les produce espasmos y convulsiones cuya consecuencia es la muerte.

60. Aquel de quien habló la Duelos en su vigésimo octava velada, quiere ver dar a luz a una mujer; mata al niño al salir del vientre de su madre y ante los ojos de ésta, y esto mientras fingía que lo acariciaba.

Aquella noche, Aline es primero azotada hasta sangrar con cien latigazos de cada amigo, luego le piden mierda; se la ha dado por la mañana a Curval, quien lo niega. Por consiguiente, la queman en los dos senos, en cada palma de las manos, le hacen gotear cera sobre los muslos y el vientre, le llenan de ella el hueco del ombligo, le queman con alcohol el vello del monte. El duque busca querella a Zelmire y Curval le corta dos dedos, uno de cada mano. Augustine es azotada en el monte y en el culo.

DIA DOCE. Los amigos se reúnen por la mañana y deciden que las cuatro viejas les resultas inútiles y pueden ser fácilmente sustituidas en sus funciones por las cuatro narradoras, por lo tanto, deben divertirse con ellas y martirizarlas una tras otra, empezando aquella misma noche. Se propone a las narradoras que ocupen el sitio de las viejas; aceptan, con la condición de que no serán sacrificadas; se lo prometen.

61. Los tres amigos, d'Aucourt, el abad y Després, de quienes, habló la Duelos el 12 de noviembre, se divierten otra vez juntos con esta pasión: quieren a una mujer embarazada de ocho a nueve meses, le abren el vientre, le arrancan el niño, lo queman ante los ojos de la madre, ponen en su lugar, dentro del vientre, un paquete de azufre combinado con mercurio, lo encienden, luego cosen el vientre y dejan morir a la mujer así, ante ellos, entre dolores inauditos, mientras se hacen masturbar por aquella prostituta que tienen con ellos.

(Comprobar el nombre).

62. Le gustaba desvirgar, y lo perfecciona haciendo una gran cantidad de hijos a diversas mujeres, luego, cuando los niños tienen cinco o seis años, los desvirga, sean varones o hembras, y los arroja dentro de un horno ardiendo en cuanto los ha jodido, en el momento mismo de su eyaculación.

63. El mismo hombre de quien habló la Duelos el 27 de noviembre, la Martaine el 15 de enero y ella misma el 5 de febrero, cuyo gusto consistía en ahorcar en broma, ver ahorcar, etc..., este mismo, digo, esconde efectos suyos en los cofres de sus criados y dice que lo han robado. Procura hacerlos ahorcar y si lo consigue va a gozar del espectáculo, de lo contrario los encierra en una habitación y los mata estrangulándolos. Eyacula durante la operación.

64. Un gran aficionado a la mierda, aquel de quien habló la Duelos el 14 de noviembre, tiene en su casa un asiento de retrete preparado; insta a usarlo a la persona a la que quiere hacer morir y, en cuanto está sentada en él, el asiento se hunde y precipita a la persona en una fosa de mierda muy profunda, donde la deja perecer.

65. Un hombre de quien habló la Martaine y que se divertía viendo caer a una prostituta de lo alto de una escalera perfecciona así su pasión:

(Pero comprobar quién es).

Hace colocar a la mujer sobre un caballete frente a un pantano profundo más allá del cual hay un muro que le ofrece un refugio tanto más seguro cuanto que hay una escalera aplicada contra ese muro. Pero hay que echarse al pantano, y ella tiene prisa por hacerlo porque detrás del caballete sobre el cual se halla hay un fuego lento que la alcanza poco a poco. Si el fuego llega a ella, será consumida, y si se echa al agua para evitar el fuego, como no sabe nadar, se ahogará. Alcanzada por el fuego, toma, sin embargo, el partido de echarse al agua e ir hacia la escalera que ve contra el muro. A menudo se ahoga, y entonces todo ha terminado. Si tiene bastante suerte para llegar a la escalera, trepa por ella, pero un escalón preparado, hacia lo más alto, se rompe bajo sus pies cuando llega a él y la precipita dentro de un agujero cubierto de tierra que ella no había visto y que, al ceder bajo su peso, la deja caer sobre un brasero ardiendo donde perece. El libertino, muy cerca del espectáculo, se masturba mientras lo contempla.

66. El mismo de quien habló la Duelos el 29 de noviembre, el mismo que desvirga a la Martaine por detrás a los cinco años, y el mismo también de quien anuncia que volverá a hablar con referencia a la pasión que terminará sus relatos (la del infierno), ese mismo, digo, da por el culo a la muchacha de dieciséis a dieciocho

años más bonita que le pueden encontrar. Un poco antes de su eyaculación suelta un resorte que hace caer sobre el cuello desnudo de la muchacha una máquina de acero dentada que sierra poco a poco y minuciosamente el cuello de la muchacha mientras él logra su eyaculación, que es siempre muy prolongada.

Aquella noche se descubre la intriga de uno de los jodedores subalternos y Augustine; él no la había jodido todavía, pero para lograrlo le proponía una evasión y se la presentaba como muy fácil. Augustine confiesa que estaba a punto de concederle lo que le pedía para salvarse de un lugar donde cree que su vida está en peligro.

La Fanchon es quien lo descubre todo y da cuenta de ello. Los cuatro amigos se abalanzan de improviso sobre el jodedor, lo amarran, lo agarrotan y lo bajan a la bodega, donde el duque lo jode por la fuerza sin pomada, mientras Curval le corta el cuello y los otros dos lo queman con un hierro candente por todas partes.

Esta escena ha ocurrido, después de comer, en lugar del café; pasan al salón de historia como de ordinario y durante la cena se preguntan entre ellos si por el descubrimiento de la conjuración no se concederá gracia a la Fanchon, la cual, como consecuencia de la decisión de la mañana, debía ser vejada aquella misma noche. El obispo se opone a que se la perdone y dice que sería indigno de ellos ceder al sentimiento de gratitud y que estará siempre del lado de las cosas que pueden proporcionar más voluptuosidad a los amigos, así como contrario a aquellas que pueden privarlos de un placer. Por lo tanto, después de haber castigado a Augustine por haberse prestado a la conjuración, primero haciéndola asistir a la ejecución de su amante y luego jodiéndola por el culo y haciéndole creer que van a degollarla también, y definitivamente arrancándole dos dientes, operación que realiza el duque mientras Curval da por el culo a la hermosa muchacha, azotándola por fin, después de todo eso, digo, se hace comparecer a la Fanchon, se la hace defecar, cada amigo le propina cien latigazos, y el duque :a corta la teta- izquierda completamente. Ella protesta mucho de la injusticia del procedimiento.

- ¡Si fuese justo -dice el duque-, no nos levantaría la verga!

Después la curan para que pueda servir para otros suplicios.

Se dan cuenta de que había un pequeño principio de motín general entre los jodedores, a los que aquel acontecimiento del sacrificio de uno de ellos calma por completo. Las otras tres viejas, así como la Fanchon, son destituidas de todo empleo y reemplazadas por las narradoras y Julie. Se estremecen, pero ¿qué medio hay para evitar su suerte?

DIA TRECE. 67. Un hombre a quien le gustaba mucho el culo, atrae a una muchacha a quien dice querer hacia un lugar sobre el agua; la barca está preparada, se parte y la muchacha se ahoga. A veces el mismo hombre obra de modo diferente: tiene preparado un balcón en una estancia muy alta, la muchacha se apoya en él cede el balcón y ella se mata.

68. Un hombre a quien le gustaba azotar y después dar por el culo, perfecciona su acción atrayendo a una mujer a una habitación preparada; se hunde una trampa, ella cae en una bodega donde está el libertino, el cual le clava un puñal en las tetas, en el coño y en el ano en el instante de su caída. Luego la arroja, muerta o viva, a otra bodega cuya entrada cierra con una piedra, y la mujer cae sobre un montón de cadáveres de otras que la han precedido, donde expira rabiosa si no está ya muerta. Y él tiene buen cuidado de no apuñalar más que ligeramente a fin de no matarla y que no muera hasta el último subterráneo. Antes siempre encula, azota y eyacula. Procede

al asesinato, siempre, a sangre fría.

69. Un individuo hace montar a la prostituta sobre un caballo indómito que la arrastra y la mata en los precipicios.

70. Aquel de quien habló la Martaine el 18 de enero, cuya primera pasión consiste en quemar con montones de pólvora, perfecciona la cosa haciendo acostarse a la mujer en una cama preparada. En cuanto está acostada, la cama cae en un brasero ardiente del que no puede salir; él está allí y cuando ella intenta salir la rechaza por medio de fuertes golpes en el vientre con un asador.

71. Aquel de quien habló el día 11, al que le gustaba incendiar las casas de los pobres, trata de atraer a su casa a un hombre o una mujer con el pretexto de darles limosna; hombre o mujer, los da por el culo, luego les rompe los lomos y, así dislocados, los deja morir de hambre en un calabozo.

72. Aquel al que le gustaba echar a una mujer por la ventana sobre un estercolero, de quien habló la Martaine, ejecuta lo que vamos a ver, como segunda pasión: deja acostarse a la prostituta en una habitación que ella conoce y de la que sabe que tiene la ventana muy baja; se le administra opio y en cuanto está bien dormida se la transporta a una habitación igual a la suya pero cuya ventana es muy alta y da sobre agudas piedras, luego se entra precipitadamente en la habitación provocándole gran terror. Le dicen que van a matarla. Ella, que sabe que la ventana es baja, la abre y se arroja precipitadamente, pero cae sobre las agudas piedras desde más de treinta pies de altura y se mata sin ser tocada.

Aquella noche el obispo, en calidad de mujer, se casa con Antinoüs, que hace de marido, y luego como hombre con Céladon en calidad de mujer, y este niño es jodido por detrás por primera vez aquel día.

Esta ceremonia celebra la fiesta de la decimoquinta semana; el prelado quiere que para terminar de festejarla sea fuertemente vejada Aline, contra quien estalla sordamente su rabia libertina; la cuelgan y la descuelgan rápidamente, y todos eyaculan al verla colgada. Una sangría que le hace Durcet la repone y al día siguiente no se nota nada, pero ha crecido una pulgada; cuenta lo que experimentó durante el suplicio. El obispo, para quien todo es fiesta aquel día, corta de raíz una teta a la vieja Louison; entonces las otras dos comprenden bien cuál será su suerte.

DIA CATORCE. 73. Un hombre cuyo gusto simple consistía en azotar a una prostituta, lo perfecciona por el medio de arrancar todos los días del cuerpo de la mujer un pedazo de carne del tamaño de un guisante, pero no se la cura y perece así poco a poco.

La Desgranges advierte que va a hablar de matanzas muy dolorosas, lo principal de las cuales será la extremada crueldad; entonces se le recomienda más que nunca que describa los detalles.

74. Aquel al que le gustaba sangrar saca todos los días media onza de sangre hasta la muerte; éste es muy aplaudido.

75. Aquel al que le gustaba clavar alfileres en el culo asesta todos los días una ligera puñalada. Se detiene la sangre, pero no se cura la herida, y la mujer muere así lentamente. Un fustigador (75) sierra todas las extremidades lentamente y una tras

otra.

76. El marqués de Mesanges, de quien habló la Duelos con referencia a la hija del zapatero Petitgnon, que se la compró a la Duelos, cuya primera pasión consistía en hacerse azotar durante cuatro horas sin eyacular, tiene la segunda que es la de poner a una niña en las manos de un coloso que la suspende por la cabeza sobre un gran brasero que la quema a fuego lento; las niñas han de ser vírgenes.

77. Su primera pasión es la de quemar poco a poco las carnes del pecho y de las nalgas con una cerilla, y la segunda la de pegar en todo el cuerpo de la mujer mechas azufradas que enciende una tras otra, y la contempla morir de este modo.

-No hay muerte más dolorosa, dice el duque, que confiesa haberse entregado a e.;a infamia y haber eyaculado profusamente con ella. Se dice que la- mujer vive seis u ocho horas.

Por la noche es entregado el culo de Céladon; el duque y Curval se divierten con él. Curval quiere que se sangre a Constance por su preñez y lo hace él mismo, corta una teta a Thérése, mientras encula a Zelmire y el duque lo hace a Thérése mientras la operan.

DIA QUINCE. 78. Le gustaba chupar la boca y tragarse la saliva, y lo perfecciona haciendo tragar diariamente, durante nueve días, una pequeña dosis de plomo derretido administrado con un embudo; la mujer muere al noveno día.

79. Le gustaba retorcer un dedo, y como segunda pasión rompe todas las extremidades, arranca la lengua, saca los ojos y deja vivir así, pero disminuyendo todos los días el alimento.

80. Un sacrílego, el segundo de quien habló la Martaine el 3 de enero, amarra a un hermoso joven, con cuerdas, a una cruz muy alta y lo deja allí para que se lo comandos cuervos.

81. Uno que olía los sobacos y los jodía, de quien habló la Duelos, cuelga a una mujer por los sobacos, toda amarrada, y diariamente va a pincharla en alguna parte del cuerpo para que la sangre atraiga a las moscas; la deja morir así poco a poco.

82. Un hombre apasionado por el culo rectifica de esta manera: entierra a la muchacha en un subterráneo donde tiene manutención para tres días; antes la hiere para hacer su muerte más dolorosa. Las quiere vírgenes, y durante ocho días les besa el culo, antes de entregarlas a tal suplicio.

83. Le gustaba joder bocas y culos muy jóvenes; lo perfecciona arrancando el corazón de una muchacha viva, lo agujerea, jode ese agujero aún caliente, devuelve el corazón a su lugar con su semen dentro, se cose la herida y se deja a la muchacha terminar su destino sin auxilio. Lo cual no dura mucho, en este caso.

Aquella noche Curval, siempre animado contra la bella Constance, dice que se puede muy bien dar a luz con un miembro roto y, por consiguiente, se rompe el brazo derecho de esa infortunada. Durcet la misma noche corta una teta a Marie, a quien se ha azotado, y antes la hace cagar.

DIA DIECISEIS. 84. Un fustigador perfecciona su método: disloca poco a poco los huesos, extrae el tuétano y en su lugar vierte plomo derretido.

Aquí el duque exclama que no quiere joder por el culo nunca más en su vida si no es ése

el suplicio que se le destina a Augustine; esta pobre muchacha, a la que él estaba jodiendo por el trasero, lanza gritos y derrama un torrente de lágrimas. Y como con esta escena frustra su eyaculación, le da, mientras se masturba y eyacula solo, una docena de bofetadas cuyo eco retumba por la sala.

85. Un individuo trincha, sobre una máquina preparada, ala mujer en pedacitos; es un suplicio chino.

86. Le gustaban las virginidades, y su segunda pasión es la de empalar a una virgen por el coño con una estaca puntiaguda; está allí como a caballo, le hunden la estaca, le cuelgan una bala de cañón de cada pie, y la dejan morir así lentamente.

87. Un fustigador desuella a la mujer tres veces; unta la piel con una substancia cáustica devoradora que la hace morir entre dolores terribles.

88. Un hombre cuya primera pasión era cortar un dedo, tiene como segunda la de asir un pedazo de carne con unas tenazas candentes; corta con tijeras aquel pedazo de carne, luego quema la herida. Pasa cuatro o cinco días descarnando así el cuerpo, y la mujer muere dolorosamente con aquella cruel operación.

Aquella noche son castigados Sophie y Céladon, que han sido descubiertos divirtiéndose juntos; ambos son azotados en todo el cuerpo por el obispo, a quien pertenecen. 3e cortan dos dedos a Sophie y otros tantos a Céladon, quien se cura en seguida. No dejan por esto de servir, después, a los placeres del obispo.

Vuelven a poner a la Fanchon en escena, y después de haberla azotado con un vergajo, la queman en la planta de los pies, en cada muslo por delante y por detrás, en la frente, en cada mano, y le arrancan los dientes que le quedan. Mientras la operan, el duque tiene casi siempre el miembro dentro de su culo.

Dígase que se ha prescrito por ley no estropear las nalgas hasta el mismo día del último suplicio.

DIA DIECISIETE. 89. El del 30 de enero de la Martaine y del que la misma Desgranges habló el 15 de febrero, corta las tetas y las nalgas de una muchacha, se las come, y coloca sobre las llagas unos emplastos que queman las carnes con tal violencia que la hacen morir. La obliga a comer también de su propia carne, que le acaba de cortar y que ha asado.

90. Un malvado hace hervir a una niña en el interior de una marmita.

91. Otro malvado: la hace asar viva ensartada en el asador, después de haberla poseído por detrás.

92. Un hombre cuya primera pasión era la de hacer joder ante él, por el culo, a muchachas y muchachos por pitos muy grandes, empala por el ano y deja morir así mientras observa las contorsiones de la mujer.

93. Un malvado: amarra a una mujer a una rueda y, sin haberle hecho antes ningún daño, la deja morir así naturalmente.

Aquella noche el obispo, muy encendido, quiere que Aline sea atormentada, pues su rabia contra ella ha llegado al último periodo. La muchacha aparece desnuda, él la hace cagar y la encula, luego, sin eyacular, sale enfurecido de aquel hermoso culo y le da una lavativa de agua hirviendo, la cual la obligan a devolver sobre las narices de Thérèse. Luego cortan a Aline todos los dedos de las manos y de los pies que le quedan, le rompen los dos brazos,

después de quemárselos con un hierro candente. Entonces la azotan y la abofetean, luego el obispo, muy encendido, le corta una teta y eyacula.

Pasan a Thérèse, le queman el interior del coño, las ventanas de la nariz, la lengua, los pies y las manos, y le dan seiscientos azotes con un vergajo. Le arrancan los dientes que le quedan y le queman la garganta por dentro de la boca. Augustine, testigo de aquello, se echa a llorar; el duque la azota en el vientre y en el coño hasta hacerle brotar la sangre.

DIA DIECIOCHO. 94. Tenía como primera pasión hacer incisiones en las carnes, y como segunda hace descuartizar los jóvenes miembros.

95. Un fustigador suspende a la mujer de una máquina que la mete en un gran fuego y la retira inmediatamente, y eso dura hasta que está toda quemada.

96. Le gustaba apagarle velas sobre las carnes; la envuelve en azufre y la emplea como antorcha, cuidando de que el humo no la ahogue.

97. Un malvado: arranca las entrañas de un joven y de una muchacha, mete las entrañas de él en el cuerpo de ella y las de la muchacha en el cuerpo del joven, luego cose las heridas, los amarra espalda contra espalda a un pilar que los sostiene colocado entre ambos, y los contempla mientras mueren así.

98. Un hombre al que le gustaba quemar ligeramente, rectifica haciendo asar sobre una parrilla, dándole vueltas y más vueltas.

Aquella noche es expuesta Michette al furor de los libertinos; primero es azotada por los cuatro, luego cada uno le arranca un diente, le cortan cuatro dedos (uno cada uno), le queman los muslos por delante y por atrás en cuatro lugares, el duque le machaca una teta hasta dejarla toda magullada mientras penetra en el trasero de Giton.

Después aparece Louison, la hacen cagar, le dan, ochocientos azotes de vergajo, le arrancan todos los dientes, la queman en la lengua, en el ano, en el coño, en la teta que le queda y en seis lugares de los muslos.

Cuando todo el inundo está acostado, el obispo va a buscar a su hermano, se llevan a la Desgranges y la Duelos, los cuatro., bajan a Aline al subterráneo, el obispo la posee por el culo, el duque también, le anuncian su muerte y se la aplican por medio de excesivos tormentos que duran hasta el amanecer. Al subir elogian a las dos narradoras y aconsejan a los otros dos que las empleen siempre en los suplicios.

DIA DIECINUEVE. 99. Un malvado: coloca a la mujer sobre una estaca con punta de diamante clavada en la rabadilla, sus cuatro extremidades sujetas al aire sólo por cordeles; los efectos de este dolor hacen reír y el suplicio es horrible.

100. Un hombre que gustaba de cortar un poco de carne del trasero perfecciona el método haciendo serrar a la mujer poco a poco entre dos tablas.

101. Un libertino en uno y otro sexo, hace venir al hermano y a la hermana; dice al hermano que va a hacerlo morir en un horrendo suplicio cuyos preparativos le muestra, pero que, no obstante, le perdonará la vida si quiere antes joder a su hermana y luego estrangularla ante él. El joven acepta y, mientras jode a su hermana, el libertino da por el culo alternativamente al muchacho y a la muchacha. Luego el hermano, por miedo ante la muerte que le presentan, estrangula a su hermana, y en el momento en que la ejecuta se abre una trampa preparada y los dos, ante los ojos del malvado, caen en un brasero ardiente.

102. Un individuo exige que un padre joda a su hija ante él. Luego él jode por el

trasero a la hija sostenida por el padre, a continuación dice al padre que su hija ha de perecer irremisiblemente, pero que puede elegir entre matarla él mismo estrangulándola, lo cual no la hará sufrir nada, o bien, si no quiere matar a su hija, la matará él, pero que lo hará ante los ojos del padre y con espantosos suplicios. El padre prefiere matar a su hija con un cordón apretado en torno al cuello que verla sufrir horribles tormentos, pero cuando se dispone a hacerlo lo amarran, lo agarrotan y desuellan a su hija ante él, después la revuelcan sobre espinas de hierro ardientes, la echan en un brasero y el padre es estrangulado para enseñarle, dice el libertino, a querer estrangular él mismo a su hija. Después lo echan en el mismo brasero.

103. Un gran aficionado a los culos y al látigo reúne a madre e hija. Dice a la hija que matará a su madre si ella no consiente en que le corten ambas manos: la pequeña consiente, se las cortan. Entonces separa a esos dos seres, ata a la hija por el cuello con una cuerda, los pies sobre un taburete, en el taburete hay atada otra cuerda cuyo extremo llega a la habitación donde está la madre. Dicen a la madre que tire de aquella cuerda; ella tira sin saber lo que hace, la llevan inmediatamente a contemplar su obra y en el momento de su desesperación le cortan la cabeza de un sablazo, desde atrás.

Aquella misma noche Durcet, celoso del placer que la noche anterior han tenido los (los hermanos, quiere que sea vejada Adélaïde, a quien, asegura, pronto le tocará el turno. En consecuencia, Curval su padre y Darcet su marido le pellizcan los muslos con tenazas ardientes, mientras el duque le da por el culo sin pomada. Le atraviesan la punta de la lengua, le cortan los dos lóbulos de las orejas, le arrancan cuatro dientes, luego la azotan con todas las fuerzas. Aquella misma noche el obispo sangra a Sophie delante de Adélaïde, su querida amiga, hasta que se desmaya; le mete el miembro en el culo durante la sangría y lo deja allí todo el tiempo.

Se cortan dos dedos a Narcisse mientras Curval lo jode, luego se hace aparecer a Marie, le meten un hierro candente en el culo y en el coño, la queman con un hierro en seis lugares de los muslos, en el clítoris, en la lengua, en la teta que le queda y le arrancan los dientes restantes.

VEINTE DE FEBRERO. 104. El del 5 de diciembre de la Champville, cuyo gusto consistía en hacer prostituir al hijo por la madre para joderlo por atrás, rectifica reuniendo a madre e hijo. Dice a la madre que va a matarla, pero que la perdonará si ella mata a su hijo. Si no lo mata, estrangulan al niño ante ella, y si lo mata la atan sobre el cuerpo de su hijo y la dejan así morir lentamente sobre el cadáver.

105. Un gran incestuoso reúne a las dos hermanas después de haberlas enculado; las amarra sobre una máquina, cada una con un puñal en la mano: la máquina funciona, las muchachas se encuentran y se matan mutuamente.

106. Otro incestuoso quiere una madre y cuatro hijos. Los encierra en un lugar donde pueda observarlos; no les da ningún alimento a fin de ver los efectos del hambre en aquella mujer y a cuál de sus hijos se comerá primero.

107. El del 29 de diciembre de la Champville, al que le gusta azotar a mujeres preñadas, quiere a madre e hija embarazadas ambas; amarra a cada una sobre una plancha de hierro, una encima de otra, se dispara un resorte, las dos planchas se juntan estrechamente con tal violencia que las dos mujeres con sus frutos quedan reducidas a polvo.

108. Un hombre muy malvado se divierte de la manera siguiente: reúne a dos amantes:

-Hay un solo ser en el mundo -dice al amante- que se opone a tu felicidad; voy a ponerlo entre tus manos.

Lo conduce a un habitación oscura en donde una persona duerme en una cama. Vivamente excitado, el joven va a atravesar a aquella persona. En cuanto lo ha hecho, se le hace ver que es su amante a quien ha matado; desesperado, se mata él mismo. Si no lo hace, el malvado lo mata a tiros de fusil, sin atreverse a entrar en la habitación donde está aquel joven furioso y armado. Antes ha jodido al joven y a la muchacha, con la esperanza que les da de servirlos y reunirlos, y después de haber gozado de ellos les hace la jugada.

Aquella noche, para celebrar la décimosexta semana, Durcet como mujer se casa con Bande-au-ciel como hombre, y en calidad de hombre con Hyacinthe en calidad de mujer; mas para las bodas quiere atormentar a Fanny, su esposa femenina. En consecuencia, la queman en los brazos y en los muslos en seis lugares, le arrancan dos dientes, la azotan, obligan a Hyacinthe, que la ama y que es su marido según las disposiciones voluptuosas de las que se ha hablado antes, lo obligan, digo, a cagarse en la boca de Fanny y a ésta a comerse los excrementos.

El duque saca un diente a Augustine e inmediatamente la jode por la boca. La Fanchon reaparece, la sangran y, mientras mana la sangre de su brazo, se lo rompen; luego le arrancan las uñas de los pies y le cortan los dedos de las dos manos.

DIA VEINTIUNO. 109. Anuncia que los que seguirán son malvados que sólo quieren homicidios masculinos. Mete el cañón del fusil, cargado con perdigones grandes, en el culo del muchacho al que acaba de joder y dispara mientras eyacula.

110. Obliga al joven a ver mutilar a su amante ante sus ojos y le hace comer la carne de ella, principalmente las nalgas, las tetas y el corazón. Tiene que comer ese manjar o bien morirse de hambre. En cuanto ha comido, si se decide a ello, le infiere varias heridas en el cuerpo y lo deja morir así, desangrándose, y si no come, muere de hambre.

111. Le arranca los testículos y se los hace comer sin decírselo, después sustituye esos órganos por bolas de mercurio y azufre, las cuales le causan dolores tan violentos que muere. Durante esos dolores lo jode y se los aumenta quemándolo por todas partes con mechas de azufre, rasguñándolo y quemando las heridas.

112. Lo clava por el ano sobre una estaca muy delgada y lo deja que termine así.

113. Mientras sodomiza, levanta el cráneo, retira el cerebro y lo sustituye por plomo fundido.

Aquella noche se entrega el culo de Hyacinthe y antes es vigorosamente fustigado. Es presentado Narcisse; le cortan los dos testículos. Hacen venir a Adélaïde, le pasan un pala calentada al rojo sobre los muslos, por delante, le queman el clítoris, le atraviesan la lengua, le azotan el pecho, le cortan los pezones, le rompen ambos brazos, le cortan los dedos que le quedan, le arrancan el vello del monte, seis dientes y un mechón de cabello. Todos eyaculan excepto el duque, quien, con una furiosa erección, pide ejecutar él solo a Thérèse. Se lo conceden; le quita todas las uñas con un cortaplumas y le quema los dedos con la vela poco a poco, luego le rompe un brazo y, como todavía no eyacula, jode a Augustine y le arranca un

diente mientras le suelta el semen dentro del coño.

DIA VEINTIDOS. 114. Quebranta a un muchacho, luego lo amarra a la rueda donde lo deja expirar; está colocado de manera que muestre de cerca las nalgas, y el bribón que lo atormenta hace poner su mesa bajo la rueda y come allí todos los días hasta que el paciente muere.

115. Desuella a un muchacho, lo frota con miel y lo deja así para que lo devoren las moscas.

116. Le corta el miembro y las tetillas, lo coloca sobre una estaca a la que está clavado por la mano; lo deja así, para que muera lentamente.

117. El mismo hombre que hizo comer a la Duelos con sus perros, hace devorar por un león a un muchacho ante él; le da para defenderse una ligera caña, lo cual sólo anima más al animal contra él. Eyacula cuando todo ha sido devorado.

118. Entrega un muchacho a un semental adiestrado para eso, él lo encula y lo mata. El niño está cubierto por una piel de yegua y tiene el ano untado de flujo de yegua.

La misma noche Giton es entregado a los suplicios: el duque, Curval, Hercule y Brise-cul lo joden sin pomada. Es azotado con todas las fuerzas, le arrancan cuatro dientes, le cortan cuatro dedos (siempre de cuatro en cuatro, para que cada uno actúe), y Durcet le aplasta un testículo entre sus dedos.

Augustine es azotada por los cuatro con toda la fuerza. Su hermoso trasero sangra. El duque sedo jode mientras Curval le corta un dedo, luego Curval la jode también por el trasero mientras el duque le quema con un hierro al rojo seis lugares de los muslos; le corta otro dedo de la mano en el instante en que Curval eyacula y, a pesar de todo esto, no deja de ir a acostarse con el duque. Se rompe un brazo de Marie, se le arrancan las uñas y se le queman los dedos.

Aquella misma noche Durcet y Curval bajan a Adélaide al subterráneo, ayudados por la Desgranges y la Duelos. Curval la jode por el culo por última vez, después la hacen perecer entre suplicios horribles que se detallarán.

DIA VEINTITRES. 119. Coloca a un muchacho dentro de una máquina que tira de él ora hacia arriba, ora hacia abajo, y lo disloca; destrozado, lo sacan y lo vuelven a meter durante varios días consecutivos hasta su muerte.

120. Hace que una bonita prostituta mancille y extenúe a un muchacho; queda agotado, no se le da alimento y muere entre horribles convulsiones.

121. En un mismo día le practica la operación de las piedras, de la trepanación, de la fístula en el ojo y la del ano. Se tiene buen cuidado de frustrarlas todas, luego se lo abandona sin ningún auxilio hasta su muerte.

122. Después de haber cortado completamente el miembro y los testículos de un joven, le forma un sexo de mujer con una maquina de hierro candente que hace el agujero y cauteriza inmediatamente; lo jode por aquella abertura y lo estrangula con sus manos al eyacular.

123. Lo cepilla con una almohaza de caballo; cuando de esta manera lo ha dejado sangrando, lo frota con alcohol, al cual prende fuego, vuelve a almohazarlo otra vez, lo frota con alcohol, lo inflama, y sigue así hasta la muerte.

Aquella misma noche Narcisse es presentado para las vejaciones; le queman los muslos y el miembro, le aplastan ambos testículos.

Toman otra vez a Augustine por solicitud del duque, quien se muestra encarnizado contra ella; le queman los muslos y los sobacos, le hunden un hierro caliente en el coño. Ella se desmaya, lo cual pone aún más furioso al duque, le corta una teta, bebe su sangre, le rompe los dos brazos, le corta todos los dedos de las manos y los cauteriza con fuego. Vuelve a acostarse con ella y, según asegura la Duelos, la jode en el coño y el culo durante toda la noche mientras le asegura que al día siguiente la rematará.

Aparece Louison, le rompen un brazo, le queman la lengua y el clítoris, le arrancan todas las uñas y le queman las puntas de los dedos ensangrentados. Curval la sodomiza en ese estado y, en su rabia, manosea y machaca con todas sus fuerzas una teta de Zelmire mientras eyacula. No contento con tal exceso, la azota con toda la fuerza de su brazo.

DIA VEINTICUATRO. 124. El mismo del cuarto relato de la Martaine del primero de enero quiere joder al padre en medio de sus dos hijos y, al eyacular, con una mano apuñala a uno de esos hijos y con la otra estrangula al segundo.

125. Un hombre cuya pasión consistía en azotar mujeres preñadas en el vientre, en la segunda reúne a seis de esas mujeres que se hallan al término de los ocho meses; las amarra a todas espalda contra espalda, presentando el vientre, abre el de la primera, da cuchilladas al de la segunda, cien puntapiés al de la tercera, cien bastonazos al de la cuarta, quema el de la sexta y luego abate a golpes de maza en el vientre a la que su suplicio todavía no ha matado.

Curval, a quien esa pasión calienta mucho, interrumpe con alguna escena furiosa.

126. El seductor de quien habló la Duelos reúne a dos mujeres; exhorta a una de ellas a que, para salvar su vida, reniegue de Dios y de la religión, pero la han advertido, le han dicho que no lo haga porque si lo hiciese la matarían, y que si no lo hace no tendrá nada que temer. Se resiste, él le hace saltar la tapa de los sesos, "una para Dios", dice. Hace presentarse a la segunda, la cual, impresionada por aquel ejemplo y porque le han dicho que no tiene otra manera de salvar su vida que la de renegar, hace todo lo que se le propone. El le hace saltar la tapa de los sesos: "Otra para el diablo". El malvado repite aquel jueguecito cada semana.

127. A un gran depravado le gusta dar bailes, pero hay un piso preparado que se hunde en cuanto está cargado de gente, y casi todo el mundo perece. Si permaneciese siempre en la misma población sería descubierto, pero cambia de lugar muy a menudo; no es descubierto hasta que lo ha hecho cincuenta veces.

128. El mismo de la Martaine del 27 de enero, al que le gusta hacer abortar, coloca a tres mujeres preñadas en tres posturas crueles, de manera que formen tres grupos bonitos. Las contempla mientras dan a luz en aquella situación, luego les cuelga a sus niños al cuello hasta que el hijo muera o que se lo coman, pues las deja en aquella postura sin alimentarlas. El mismo hombre tenía otra pasión aún: hacía dar a luz a dos mujeres ante él, les vendaba los ojos, mezclaba a los niños, los cuales sólo él reconocía por una marca y les ordenaba que fuesen a reconocerlos; si no se equivocaban las dejaba vivir, si se equivocaban las abría en canal con un sable sobre el cuerpo del niño que creían suyo.

Aquella misma noche es presentado Narcisse en las orgías. Terminan de cortarle todos los dedos de las manos mientras el obispo lo jode y Durcet opera, le meten una aguja ardiendo en el canal de la uretra. Hacen venir a Giton, juegan a la pelota con él y le rompen una pierna mientras el duque lo jode sin eyacular.

Llega Zelmire: le queman el clítoris, la lengua, las encías, le arrancan cuatro dientes, le queman seis lugares de los muslos, delante y detrás, le cortan ambos pezones, todos los dedos de las manos y en aquel estado Curval la posee por el trasero sin eyacular.

Traen a la Fanchon, a quien sacan un ojo.

Durante la noche, el duque y Curval, escoltados por la Desgranges y la Duelos, bajan a Augustine al subterráneo; tenía el trasero muy bien conservado, la azotan, luego cada uno la jode por el trasero sin eyacular, después el duque le hace cincuenta y ocho heridas en las nalgas, en cada una de las cuales vierte aceite hirviendo. Le introduce un hierro al rojo en el coño y en el ano, y la jode sobre las heridas con un condón de piel de foca que desgarra las quemaduras. Hecho esto le descubren los huesos y se los sierran en diferentes lugares, luego descubren sus nervios en cuatro lugares formando cruz, se amarra a un torniquete cada extremo de esos nervios y se hace girar, lo cual le alarga esas partes delicadas y le hace sufrir inauditos dolores.

Le conceden un descanso para hacerla sufrir más, luego reanudan la operación y esta vez le raspan los nervios con un cortaplumas a medida que los alargan. Hecho esto, le practican un agujero en la garganta por el cual le sacan la lengua, le queman a fuego lento la teta que le queda, luego le meten en el coño una mano armada con un escalpelo con el cual rompen el tabique que separa el ano de la vagina; retiran el escalpelo, vuelven a meter la mano, buscan en sus entrañas y la obligan a cagar por el coño, luego por la misma abertura van a romperle la bolsa del estómago. -Luego se dedican a la cara, le cortan las orejas, le queman el interior de la nariz, la ciegan vertiéndole en los ojos cera ardiente, le hacen una incisión en torno al cráneo, la cuelgan por los cabellos, con piedras sujetas a los pies para que caiga y sede arranque el cráneo.

Cuando cayó respiraba todavía y el duque la jodió por delante en aquel estado; eyaculó y se retiró todavía más furioso. La abrieron, le quemaron las entrañas dentro del vientre e introdujeron una mano armada de escalpelo con el que le pincharon el corazón por dentro, en varios lugares. Con esto entregó su alma; así pereció a los quince años y ocho meses una de las más celestes criaturas que haya formado la naturaleza. Etc. Su elogio.

DIA VEINTICINCO. Aquella mañana el duque toma por mujer a Colombe, quien cumple las funciones de tal.

> 129. Un gran aficionado a los traseros jode por detrás a la mujer ante el amante y a éste ante la mujer, luego fija con clavos al hombre sobre el cuerpo de la mujer y los deja morir así, uno sobre el otro y boca contra boca.

Este será el suplicio de Céladon y Sophie, que se aman. Interrumpen los relatos para obligar a Céladon a verter cera derretida sobre los muslos de Sophie; el muchacho se desmaya y el obispo lo jode en este estado.

> 130. El mismo que se divertía arrojando a una puta al agua y sacándola, tiene como segunda afición echar en un estanque a siete u ocho prostitutas y verlas debatirse. Les hace ofrecer una barra al rojo, a la que ellas se agarran, pero él las

rechaza, y para que perezcan más indefectiblemente les ha cortado una extremidad a cada una de ellas antes de echarlas.

131. Su primer gusto era hacer vomitar, lo perfecciona empleando un secreto por medio del cual difunde la peste en una provincia entera; es inaudito la gente que ha hecho ya perecer. Envenenaba también las fuentes y los ríos.

132. Un hombre aficionado al látigo hace meter a tres mujeres preñadas dentro de una jaula de hierro, con un hijo cada una; calientan la jaula por debajo, a medida que la plancha se calienta dan saltos, toman en brazos a sus niños y terminan por caer y morir.

(Se ha hecho referencia a esto en algún lucrar anteriormente. Ver dónde).

133. Le gustaba pinchar con una lezna, lo perfecciona encerrando a una mujer preñada dentro de un tonel lleno de puntas, luego hace rodar el barril rápidamente por un jardín.

Esos relatos de mujeres preñadas han causado tanta aflicción a Constance como placer a Curval. Demasiado ve la mujer la suerte que le espera. Puesto que ésta se acerca, creen poder empezar a vejarla: le queman los muslos en seis lugares, le dejan caer cera en el ombligo y le pinchan las tetas con alfileres.

Aparece Giton, le atraviesan el miembro de parte a parte con una aguja ardiente, le pinchan los testículos, le arrancan cuatro dientes.

Luego llega Zelmire, cuya muerte se aproxima; le meten un hierro candente en el coño, le hacen seis heridas en el pecho y doce en los muslos, le pinchan el ombligo, recibe veinte bofetadas de cada amigo. Le arrancan cuatro dientes, le pinchan un ojo, la azotan y la joden por detrás. Mientras la sodomiza, Curval, su esposo, le anuncia su muerte para el día siguiente; ella se felicita del anuncio diciéndose que será el fin de sus males.

Rosette aparece, le arrancan cuatro dientes, la marcan con un hierro candente sobre los dos omóplatos, le hacen cortes en los dos muslos y en las pantorrillas; luego la dan por el culo mientras le machacan las tetas.

Viene Thérése, le sacan un ojo y le dan cien azotes de vergajo en la espalda.

DIA VEINTISEIS. 134. Un individuo se sitúa al pie de una torre en un lugar guarnecido de puntas de hierro; precipitan hacia él, desde lo alto de la torre, a varios niños de uno y otro sexo a los que antes ha violado por el trasero. Se complace viéndolos atravesados y salpicados con su sangre.

135. El mismo de quien habló el 11 y el 13 de febrero, cuyo gusto consistía en incendiar, tiene también como pasión encerrar a seis mujeres preñadas en un lugar donde están atadas sobre materias combustibles, a las que prende fuego; si ellas quieren escapar, las espera con un asador de hierro., las empuja y las vuelve a echar al fuego. Cuando están medio asadas, se hunde el piso y caen dentro de una gran cuba de aceite hirviendo preparada abajo, donde acaban de perecer.

136. El mismo de la Duelos, que detesta tanto a los pobres, y que compró a la madre de Lucite, a su hermana y a ella misma, y que fue también citado por la Desgranges,

(Comprobarlo).

tiene otra pasión que consiste en reunir a una familia pobre sobre una mina y verla saltar.

137. Un incestuoso, gran aficionado a la sodomía, para añadir este crimen a los del incesto, del asesinato, de la violación, del sacrilegio y del adulterio, se hace joder por su hijo con una hostia dentro del trasero, viola a su hija casada y mata a su sobrina.

138. Un gran partidario de los culos, estrangula a una madre mientras la encula; cuando está muerta, le da la vuelta y la jode en el coño. Al eyacular mata a la hija sobre el seno de su madre a cuchilladas en el pecho, luego jode por el culo a la hija muerta, después, convencido de que no están muertas todavía y que sufrirán, arroja los cadáveres al fuego y eyacula al verlos arder. Es el mismo de quien habló la Duelos el 29 de noviembre al que le gustaba ver a una prostituta sobre una cama de satén negro, también es el mismo de quien habla la Martaine en primer lugar el 11 de enero.

Narcisse es presentado para los suplicios; le cortan una muñeca, hacen lo mismo con Giton.

Queman el interior del coño de Michette, así como a Rosette, y a las dos en el vientre y en las tetas. Pero Curval, que no es dueño de sí a pesar de las convenciones, corta una teta entera a Rosette mientras posee por detrás a Michette.

Luego viene Thérèse, a quien administran cien azotes de vergajo en el cuerpo y le sacan un ojo.

Aquella noche, Curval va a buscar al duque y, escoltados por la Desgranges y la Duelos, hacen bajar a Zelmire a la bodega donde ponen en práctica los suplicios más refinados para hacerla morir; son todos mucho más intensos aún que los de Augustine, y a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, los encuentran todavía operando. Esa bella muchacha muere a los quince años y dos meses. El suyo era el trasero más hermoso del serrallo. Como a la mañana siguiente Curval ya no tiene mujer, toma a Hébé.

DIA VEINTISIETE. Se deja para el día siguiente la celebración de la fiesta de la decimoséptima y última semana, a fin de que esta fiesta coincida con el fin de los relatos, y la Desgranges cuenta las pasiones siguientes:

139. Un hombre de quien habló la Martaine el 12 de enero, que prendía fuegos artificiales en el culo, tiene como segunda pasión el gusto de atar juntas a dos mujeres preñadas en forma de bola y nacerlas rodar por una cantera.

140. Uno al que le gustaba hacer incisiones, obliga a dos mujeres preñadas a pelear dentro de una habitación (las observa sin riesgo), a pelear, digo, a puñaladas; están desnudas, él las amenaza apuntándolas con un fusil, por si no quieren hacerlo. Si se matan, es lo que él quiere, de lo contrario se precipita dentro de la habitación donde se hallan, espada en mano, y cuando ha dado muerte a una abre el vientre de la otra, le quema las entrañas con agua fuerte o con trozos de hierro ardiente.

141. Un hombre que gozaba azotando a mujeres embarazadas en el vientre, rectifica sujetando a una joven embarazada a una rueda y debajo está la madre, atada a un asiento sin poder moverse, con la boca abierta teniendo que recibir en ésta los detritus que emana el cadáver y el hijo, si pare.

142. Aquel de quien habló la Martaine el 16 de enero y al que le gustaba pinchar

el culo, amarra a una prostituta a una máquina guarnecida de puntas de hierro; la jode allá encima de manera que con cada una de sus sacudidas la ensarta, luego le da la vuelta y la jode por detrás para que se hiera también por delante y le empuja la espalda para que las puntas se le hinquen en las tetas. Cuando termina, coloca sobre ella una segunda plancha igualmente llena de puntas, luego se aprietan las dos planchas por medio de tornillos, ella muere así, aplastada y herida por todas partes. Esto se hace poco a poco, a fin de darle mucho tiempo para morir presa de dolores.

143. Un fustigador coloca a una mujer preñada sobre una mesa; la clava sobre aquella mesa hundiendo primero un clavo ardiendo en cada ojo, uno en la boca, uno en cada teta, luego le quema el clítoris y los pezones con una vela y, lentamente, le sierra las rodillas hasta la mitad, le rompe los huesos de las piernas y termina por clavarle un enorme clavo al rojo en el ombligo, con lo que mata al niño y a ella. La quiere próxima al alumbramiento.

Aquella noche son azotadas Julie y la Duelos, pero en broma, porque pertenecen a las conservadas; a pesar de ello, queman a Julie en los muslos y la depilan. Constance, quien debe perecer al día siguiente, comparece, pero ignora todavía su destino; le queman los pezones, le vierten cera sobre el vientre, le arrancan cuatro dientes y. le pinchan con una aguja el blanco de los ojos.

Aparece Narcisse, que también será inmolado al día siguiente, le sacan un ojo y cuatro dientes. Giton, Michette y Rosette, que también acompañarán a Constance a la tumba, pierden cada uno un ojo y cuatro dientes, a Rosette le cortan los pezones y seis pedazos de carne en los brazos y los muslos; le cortan todos los dedos de las manos y le meten un hierro al rojo en el coño y en el culo. Curval y el duque eyaculan dos veces cada uno. Llega Louison, a quien aplican cien azotes de vergajo, le sacan un ojo y la obligan a comérselo. Y ella lo hace.

DIA VEINTIOCHO. 144. Un malvado: hace buscar a dos buenas amigas, las ata una a la otra, boca contra boca, ante ellas hay comida excelente que no pueden alcanzar, él las contempla cómo se devoran mutuamente cuando el hambre las atormenta.

145. Un hombre al que le gustaba azotar a mujeres preñadas encierra a seis de ellas en un círculo formado por aros de hierro, el cual constituye una jaula dentro de la cual están todas cara a cara. Los círculos se comprimen y aprietan poco a poco y así las seis mujeres, con sus frutos, son aplastadas y asfixiadas. Pero ante les ha cortado a todas una nalga y una teta, que les coloca como manteletas.

146. Otro que también tenía el gusto de azotar a mujeres embarazadas ata a dos de ellas, cada una a una pértiga que por medio de una máquina las lanza una contra otra. Así, a fuerza de chocar, se matan mutuamente y él eyacula. Procura obtener a madre e hija o dos hermanas.

147. El conde que mencionó la Duelos y de quien habló también la Desgranges el día 26, el que compró a Lucile, su madre y su hermanita, del que asimismo habló la Martaine en cuarto lugar el 1° de enero, tiene como última pasión la de colgar a tres mujeres sobre tres agujeros: una de ellas es colgada por la lengua y el agujero que tiene debajo es un pozo muy profundo; la segunda cuelga de las tetas, y el agujero bajo ella es un brasero; a la tercera se le ha hecho una incisión circular en el cráneo y está colgada por los cabellos, y el agujero que tiene debajo está guarnecido de punas

de hierro. Cuando el peso del cuerpo de esas mujeres las arrastra, los cabellos se arrancan con la piel del cráneo, las tetas se desgarran y la lengua se parte, no salen de un suplicio sino para pasar a otro. Cuando puede somete a esto a tres mujeres preñadas o bien a una familia, y es para lo que le sirvieron Lucile, su hermana y su madre.

148. Ultima.

(Comprobar por qué faltan estas dos, ambas estaban en los borradores).

El gran señor que se entrega a la última pasión que designaremos con el nombre de infierno ha sido citado cuatro veces. Es el último del 29 de noviembre de la Duelos, es el de la Champville que sólo desvirga a criaturas de nueve años, el de la Martaine que viola por el trasero a los de tres años y aquel de quien la misma Desgranges ha hablado un poco antes.

(Comprobar dónde).

Es un hombre de cuarenta años, de estatura enorme y constitución como la de un mulo; su miembro mide cerca de nueve pulgadas de circunferencia y un-pie de largo, es muy rico, un gran señor, muy duro y muy cruel. Para la práctica de esta pasión tiene una casa en un extremo de París, completamente aislada.

El aposento de su voluptuosidad es un gran salón muy simple, pero forrado y acolchado por todas partes; la única abertura que se ve en esa habitación es una gran ventana que da sobre un vasto subterráneo a veinte pies bajo el piso del salón donde él está, y bajo la ventana hay colchones que reciben a las mujeres a medida que él las arroja a aquella caverna, cuya descripción haremos pronto. Para esta juerga necesita a quince muchachas, y todas entre los quince y los diecisiete años, ni más ni menos; tiene empleadas a seis alcahuetas en París y doce en las provincias para buscarle todo lo que sea posible encontrar de más encantador entre las de esa edad, y a medida que las encuentran las reúnen como en criadero en un convento en el campo del que es el dueño, y de allí sacan a las quince necesarias para su pasión, que practica regularmente cada quince días.

La víspera examina él mismo a las pacientes, el más mínimo defecto las hace desechar; quiere que sean absolutamente modelos de belleza. Llegan conducidas por una alcahueta y se quedan en una habitación contigua al salón de las voluptuosidades. Se las muestran antes en esa primera estancia, desnudas las quince. Las toca, las manosea, las examina, les chupa la boca y las hace cagar a todas, una tras otra, en su boca, pero no se lo traga.

Realizada esta primera operación con una seriedad pavorosa, marca a todas en el hombro, con un hierro al rojo vivo, el número del orden según el cual quiere que se las pasen. Hecho esto, entra en su salón donde permanece un instante solo, sin que se sepa en qué emplea aquel momento de soledad; luego llama, le echan a la muchacha marcada con el número 1. Pero se la echan, exactamente: la alcahueta se la arroja y él la recibe en sus brazos, desnuda. Cierra la puerta, toma unas varas y empieza a azotar el culo; hecho esto la sodomiza con su miembro enorme y nunca necesita ayuda. No eyacula. Retira su verga erecta, toma de nuevo las varas y azota a la muchacha en la espalda, los muslos por delante y por detrás, luego la acuesta y la

desvirga por delante, después toma las varas y la azota con toda su fuerza en el pecho, luego se apodera de sus senos y los machaca con toda su fuerza. Hecho esto le practica seis heridas en las carnes con una lezna, una de ellas en cada teta magullada.

Después abre la ventana que da al subterráneo, coloca a la muchacha de pie; 'dándole el culo, casi en medio del salón y frente a la ventana; allí le da un puntapié tan violento en el culo que la hace saltar por la ventana, desde donde cae sobre los colchones. Pero antes de precipitarlas de ese modo les pone una cinta en torno al cuello, y esta cinta, que significa un suplicio indica el que él imagina que será más apropiado o que resultará más voluptuoso al infligirlo, y es inconcebible el tacto y el conocimiento que tiene de ello.

Todas las muchachas pasan así una tras otra, y todas soportan absolutamente la misma ceremonia, de modo que en su jornada obtiene treinta virginidades y todo eso sin derramar una gota de semen. La caverna donde caen las muchachas está provista de quince juegos diferentes de suplicios espantosos, y un verdugo con máscara y emblema de un demonio preside cada suplicio vestido con el :color que afecta a ese suplicio. La cinta que tiene la muchacha en el cuello responde a uno de los colores referidos a tales suplicios y en cuanto ella cae el verdugo de ese color se apodera de ella y la conduce al suplicio que preside pero no se comienza a aplicárselo a todas hasta la caída de la decimoquinta muchacha. En cuanto ésta ha caído, nuestro hombre, en un estado de furia, que ha desvirgado treinta virginidades sin eyacular, baja casi desnudo y con el pito pegado a su vientre a ese retiro infernal. Entonces todo está dispuesto y todos los tormentos funcionan, y funcionan a la vez.

El primer suplicio es una rueda sobre la cual está la muchacha, que gira sin cesar rozando un círculo guarnecido de hojas de navaja con las que la infeliz se rasguña y corta en todos sentidos a cada vuelta, pero como solamente es rozada, gira al menos durante dos horas antes de morir.

Dos: la muchacha está acostada a dos pulgadas de una plancha al rojo que la funde lentamente.

Tres: es clavada por la rabadilla sobre un hierro ardiendo y cada uno de sus miembros retorcido en una espantosa dislocación.

Cuatro: las cuatro extremidades atadas a cuatro resortes que se alejan poco a poco y tiran de ellas lentamente hasta que por fin se desprende y el tronco cae en un brasero.

Cinco: una campana de hierro al rojo le sirve de gorro sin apoyarse, de manera que sus sesos se funden lentamente y su cabeza se asa poco a poco.

Seis: está encadenada dentro de una cuba de aceite hirviendo.

Siete: de pie, expuesta a una máquina que le dispara seis veces por minuto un dardo, y siempre en un nuevo lugar del cuerpo; la máquina no se detiene hasta que la muchacha está cubierta de dardos.

Ocho: los pies dentro de un horno, y una masa de plomo sobre su cabeza la baja poco a poco a medida que se quema.

Nueve: su verdugo la pincha continuamente con un hierro al rojo; la muchacha está amarrada ante él, así la hiere poco a poco en todo el cuerpo detalladamente.

Diez: está encadenada a un pilar bajo un globo de vidrio y veinte serpientes hambrientas la devoran viva poco a poco.

Once: está colgada por una mano con dos balas de cañón a los pies, sí cae es dentro de un horno.

Doce: es empalada por la boca, los pies sueltos, un diluvio de chispas ardientes le cae continuamente sobre el cuerpo.

Trece: los nervios sacados del cuerpo y atados a unos cordones que los alargan, y durante ese tiempo los pinchan con puntas de hierro ardientes.

Catorce: atenazada y azotada alternativamente en el coño y en el culo con disciplinas de hierro con espuelas de acero ardientes, y de cuando en cuando rasguñada con uñas de hierro candente.

Quince: es envenenada con una droga que le quema y desgarra las entrañas, que le da espantosas convulsiones, le arranca pavorosos aullidos, y será la última en morir; este suplicio es uno de los más terribles.

El malvado se pasea por su caverna desde que desciende, examina durante un cuarto de hora cada suplicio mientras blasfema como un condenado y llena de insultos a la paciente. Cuando por fin no puede más y su semen, retenido durante tanto tiempo, está a punto de escapar, se deja caer en un sillón desde el que puede observar todos los suplicios, dos de los demonios se acercan a él, muestran su culo y lo masturban, y él pierde su semen lanzando rugidos que ahogan totalmente los de sus quince pacientes. Hecho esto sale, dan el golpe de gracia a las que todavía no han muerto, entierran sus cuerpos, y todo ha terminado para la quincena.

Aquí la Desgranges termina sus relatos; es cumplimentada, festejada, etc...

Desde la mañana de aquel día se han hecho preparativos terribles para la fiesta que se está meditando. Curval, que detesta a Constance, por la mañana fue a joderla por delante y, mientras lo hacía, le anunció su sentencia. El café fue presentado por las cinco víctimas, a saber: Constance, Narcisse, Giton, Michette y Rosette.

Durante él se hicieron horrores; al relato que se acaba de leer asistieron, desnudas, las cuadrillas que se pudieron arreglar. Y en cuanto la Desgranges hubo acabado, se hizo comparecer primero a Fanny, le cortaron los dedos que le quedaban en las manos y los pies y fue poseída por detrás, sin pomada, por Curval, el duque y los cuatro primeros jodedores.

Sophie llegó, se obligó a Céladon, su amante, a quemarle el interior del coño, le cortaron todos los dedos de las manos y la sangraron en las cuatro extremidades, le desgarraron la

oreja derecha y le sacaron el ojo izquierdo. Céladon fue obligado a ayudar a todo y a menudo a obrar él mismo, y a la menor mueca era azotado con disciplinas de puntas de hierro. Luego cenaron; la cena fue voluptuosa y en ella sólo bebieron champaña y licores.

El suplicio se llevó a cabo a la hora de las orgías; a los postres fueron avisados los señores de que todo estaba dispuesto, bajaron y encontraron la bodega muy adornada y bien arreglada. Constance estaba acostada sobre una especie de mausoleo y los cuatro niños ornaban los cuatro ángulos. Como sus culos eran todavía muy lozanos, dos amigos obtuvieron todavía gran placer maltratándolos, por fin se empezó el suplicio: Curval abrió él mismo el vientre de Constance mientras poseía a Giton por el trasero, arrancó el fruto ya muy formado y del sexo masculino, luego se continuaron los suplicios de aquellas cinco víctimas, todos los cuales fueron tan crueles como variados.

El 1° de marzo, al ver que las nieves no se derretían todavía, decidieron despachar poco a poco todo lo que quedaba. Los amigos forman nuevos hogares en sus habitaciones y deciden dar una cinta verde a todo el que deba regresar a Francia, bajo la condición de ayudar a los suplicios del resto. No dicen nada a las seis mujeres de la cocina, pero deciden sacrificar a las tres sirvientas, que valen la pena, y salvar a las tres cocineras, por sus habilidades. En consecuencia se hace la lista y se ve que en aquel momento habían sacrificado ya:

- Esposas: Aline, Adélaïde y Constance 3
- Muchachas del serrallo: Augustine,
Michette, Rosette y Zelmire 4
- Muchachos: Giton y Narcisse 2
- Jodedores: uno de los subalternos.... 1
Total 10

Se arreglan, pues, los nuevos hogares. El duque toma con él o bajo su protección:

Hercule, la Duelos y una cocinera 4
Curval toma:
Brise-cul, la Champville y una cocinera .. 4
Durcet toma:
Bande-au-ciel, la Martaine y una cocinera 4
y el obispo:
Antinoüs, la Desgranges y Julie 4
Total 16

y se decide que al instante y por el ministerio de los cuatro amigos, de los cuatro jodedores y de las cuatro narradoras, sin emplear a las cocineras, se apoderarán de todos los que quedan de la manera más traicionera posible, excepto las tres criadas, que no se agarrarán hasta los últimos días, y se hará con los aposentos de arriba cuatro prisiones; que se meterá a los cuatro jodedores subalternos en la más sólida y encadenados, en la segunda a Fanny, Colombe, Sophie y Hébé, en la tercera a Céladon, Zélamir, Cupidon, Zéphyr, Adonis y Hyacinthe y en la cuarta a las cuatro viejas, y que, puesto que se liquidará a un sujeto cada día, cuando se quiera prender a las tres criadas :se las meterá en la prisión que esté, vacía.

Hecho esto, se le encarga a cada narradora de una prisión. Y los señores van a divertirse cuando les place con aquellas víctimas en la prisión, o bien las hacen presentarse en las salas

o en sus habitaciones, según su capricho. En consecuencia, se liquida pues, como acabamos de decir, un sujeto todos los días por el orden siguiente:

1. marzo, la Fanchon.
2. marzo, Louison.
3. marzo, Thérèse.
4. marzo, Marie.
5. marzo, Fanny.

El 6 y el 7, Sophie y Céladon juntos como amantes, y perecen, como se ha dicho, clavados el uno sobre el otro. El 8, uno de los jodedores subalternos.

El 9, Hébé.

El 10, uno de los jodedores subalternos.

El 11, Colombe.

El 12, el último de los jodedores subalternos.

El 13, Zélamir.

El 14, Cupidon.

El 15, Zéphyr.

El 16, Adonis.

El 17, Hyacinthe.

El 18 por la mañana se apoderan de las tres criadas, las encierran en la prisión de las viejas y las despachan el 18, el 19 y el 20.

Total 20

Esta recapitulación muestra el empleo de todos los sujetos, puesto que eran en total 46, a saber:

- Señores 4
- Viejas 4
- En la cocina 6
- Narradoras 4
- Jodedores 8
- Muchachos 8
- Esposas 4
- Muchachas 8

Total 46

De ese total hubo treinta inmolados y dieciséis que regresan a París.

Cuenta del total:

-Sacrificados antes del 1° de marzo en las primeras orgías	10
-Después del 1° de marzo	20
-Y regresan	16 personas
Total	46

Por lo que se refiere a los suplicios de los veinte sujetos últimos y a la vida que se lleva hasta la partida, se detallarán a conveniencia, se dirá antes que los doce restantes comían todos juntos, y los suplicios a voluntad.

NOTAS

No apartase en nada de este plan, en él todo está combinado varias veces y con la mayor exactitud.

Detallar la partida. Y dentro del total mezclar, sobre todo, moral en las cenas.

Al pasar a limpio, tener un cuaderno donde se anotarán los nombres de todos los personajes principales y de todos los que representan un gran papel, tales como los que tienen diversas pasiones y de los que se hablará repetidas veces, como el del infierno; dejar un gran margen junto a su nombre y rellenar este margen con todo lo que al copiar se encontrará análogo a ellos; esta nota es muy esencial, es la única manera de poder ver claro en la obra y evitar las repeticiones.

Suavizar mucho la primera parte; todo está en ella demasiado desarrollado, nunca será demasiado débil ni demasiado velada. Sobre todo no hacer ejecutar nada a los cuatro amigos que no haya sido contado, y este cuidado no se ha tenido.

En la primera parte, decir que el hombre que jode por la boca a la niña prostituida por su padre es el que jode con un pito sucio y del que ya ha hablado ella.

No olvidar poner en diciembre la escena de las niñas que sirven la cena, las cuales vierten licores con sus traseros en las copas de los amigos; se ha anunciado y no se ha hablado de ello en el plan.

SUPLICIOS COMO SUPLEMENTO

-Por medio de un tubo le introducen un ratón en el coño el tubo es retirado, se cose el coño y el animal que no puede salir le devora las entrañas.

-Se le hace tragar una serpiente que también la devora.

En general, pintar a Curval y al duque como dos malvados fogosos e impetuosos, así es como se han presentado en la primera parte y en el plan, y representar al obispo como un malvado frío, calculador y endurecido. Según esto, hacer que hagan todo lo que resulte análogo a esos caracteres.

Recapitular con cuidado sobre los nombres y las cualidades de todos los personajes que las narradoras designan, para evitar las repeticiones.

En el cuaderno de los personajes se destinará una hoja al plano del castillo, estancia por estancia, y en el blanco que se dejará al lado colocar los tipos de cosas que se harán hacer en determinada habitación.

Este manuscrito fue empezado el 22 de octubre de 1785 y terminado en treinta y siete días.

La filosofía en el tocador

Marqués de Sade



Índice

A los libertinos

Primer Diálogo: Señora de Saint-Ange, El Caballero de Mirvel

Segundo Diálogo: Señora de Saint-Ange, Eugenia

Tercer Diálogo: Señora de Saint-Ange, Eugenia, Dolmancé

Cuarto Diálogo: Señora de Saint-Ange, Eugenia, Dolmancé, El Caballero de Mirvel

Quinto Diálogo: Dolmancé, El Caballero, Agustín, Eugenia, Señora de Saint-Ange

Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos

La religión

Las costumbres

Sexto Diálogo: Señora de Saint-Ange, Eugenia, El Caballero

Séptimo y Ultimo Diálogo: Señora de Saint-Ange, El Caballero, Agustín, Dolmancé, Señora de Mistival

LA FILOSOFÍA EN EL TOCADOR

Obra póstuma del autor de

JUSTINE

La madre ordenará
Esta lectura a su hija

A LOS LIBERTINOS[1]

Voluptuosos de todas las edades Y de todos los sexos, a vosotros solos ofrezco esta obra: nutríos de sus principios, que favorecen vuestras pasiones; esas pasiones, de las que fríos e insulsos moralistas os hacen asustaros, no son sino los medíos que la naturaleza emplea para hacer alcanzar al hombre los designios que sobre él tiene; escuchad sólo esas pasiones deliciosas, su órgano es el único que debe conduciros a la felicidad.

Mujeres lúbricas, que la voluptuosa Saint Ange sea vuestro modelo; a ejemplo suyo despreciad cuanto contraría las leyes divinas del placer, que la encadenaron toda su vida.

Muchachas demasiado tiempo contenidas en las ataduras absurdas y peligrosas de una virtud fantástica y de una religión repugnante, imitad a la ardiente Eugenia; destruid, pisotead, con tanta rapidez como ella, todos los preceptos ridículos inculcados por imbéciles padres.

Y a vosotros, amables disolutos, vosotros que desde vuestra juventud no tenéis más freno que vuestros deseos ni otras leyes que vuestros caprichos, que el cínico Dolmancé os sirva de ejemplo; id tan lejos como él si como él queréis recorrer todos los caminos de flores que la lubricidad os prepara; a enseñanza suya, convenceos de que sólo ampliando la esfera de sus gustos y de sus fantasías y sacrificando todo a

[1] Notas del traductor llevan entre paréntesis la indicación «Nota del T»

la voluptuosidad es como el desgraciado individuo conocido bajo el nombre de hombre y arrojado a pesar suyo sobre este triste universo, puede lograr sembrar algunas rosas en las espinas de la vida.

LA FILOSOFÍA EN EL TOCADOR
o
Los preceptores inmorales

DIÁLOGOS
Destinados a la educación de las jóvenes
Señoritas

Primer Dialogo

SEÑORA DE SAINT-ANGE,
EL CABALLERO DE MIRVEL

SRA. DE SAINT-ANGE: Buenos días, hermano. Y bien, ¿el señor Dolmancé?

EL CABALLERO: Llegará a las cuatro en punto y no cenaremos hasta las siete; como ves, tendremos tiempo de sobra para charlar.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Sabes, hermano, que estoy algo arrepentida de mi curiosidad y de todos los proyectos obscenos formados para hoy? En verdad, amigo mío, que eres demasiado indulgente; cuanto más razonable debiera ser, más se excita y vuelve libertina mi maldita cabeza: me lo pasas todo, y eso sólo sirve para echarme a perder... A los veintiséis años ya debiera ser devota, y no soy aún sino la más desenfrenada de las mujeres... Es imposible hacerse una idea de lo que concibo, amigo mío, de lo que querría hacer. Pensaba que limitándome a las mujeres me volvería prudente..., que mis deseos concentrados en mi sexo no se exhalarían ya hacia el vuestro; proyectos quiméricos, amigo mío; los placeres de que quería privarme no han venido sino a ofrecerse con más ardor a mi imaginación, y he visto que cuando, como yo, se ha nacido para el libertinaje, es inútil pensar en imponerse frenos: fogosos deseos los rompen al punto. En fin, querido, soy un animal anfibio; amo todo, me divierto con todo, quiero reunir todos los géneros; pero, confiésalo, hermano mío, ¿no es en mí una extravagancia completa querer conocer a ese singular Dolmancé que, según dices, en toda su vida no ha podido ver a una mujer como el uso lo prescribe; que, sodomita por principio, no sólo es idólatra de su sexo, sino que únicamente cede al nuestro con la cláusula especial de entregarle los queridos atractivos de que está acostumbrado a servirse en los hombres? Mira, hermano, cuál es mi extravagante fantasía: quiero ser el Ganímedes de ese nuevo Júpiter, quiero gozar con sus gustos, con sus desenfrenos, quiero ser la víctima de sus errores: sabes, querido, que hasta ahora nunca me he entregado así más que a ti, por complacencia, o a alguno de mis criados que, pagado para tratarme de esa forma, sólo se prestaba a ello por interés; hoy no es ya ni la complacencia ni el capricho, es sólo el gusto lo que me decide... Entre los procedimientos que me han esclavizado y los que aún me esclavizarán a esa extrava-

gante manía, veo una diferencia inconcebible, y quiero conocerla. Píntame a tu Dolmancé, te lo suplico, a fin de que lo tenga bien metido en la cabeza antes de verle llegar; porque ya sabes que sólo le conozco de haberlo encontrado el otro día en una casa en la que sólo estuve unos minutos con él.

EL CABALLERO: Dolmancé, hermana mía, acaba de cumplir los treinta y seis años; es alto, de rostro muy hermoso, de ojos muy vivos y muy espirituales, pero una cosa algo dura y un poco malvada se pinta a pesar suyo en sus rasgos; tiene los más hermosos dientes del mundo, un poco de molicie en el talle y en el porte, sin duda por la costumbre que tiene de adoptar tan a menudo ademanes femeninos; es de una elegancia extremada, tiene hermosa la voz, talento, y, sobre todo, mucha filosofía en el espíritu.

SRA. DE SAINT-ANGE: Espero que no crea en Dios...

EL CABALLERO: ¡Ah! ¿Cómo dices eso? Es el ateo más célebre, el hombre más inmoral... ¡Oh, es la corrupción más completa y entera, el individuo más malvado y perverso que pueda existir en el mundo!

SRA. DE SAINT ANGE: ¡Cómo me enardece todo eso! ¡Voy a enloquecer por ese hombre! ¿Y sus gustos, hermano mío?

EL CABALLERO: Ya los sabes: las delicias de Sodoma le son tan caras como agente que como paciente; sólo ama a los hombres en sus placeres y si, a pesar de ello, consiente alguna vez en probar mujeres, sólo es a condición de que sean lo bastante complacientes como para cambiar de sexo con él. Yo le he hablado de ti, le he prevenido de tus intenciones; él acepta y te advierte a su vez las cláusulas del trato. Te lo prevengo, hermana mía, te rechazará en seco si pretendes incitarle a otra cosa: «Lo que consiento hacer con vuestra hermana es -según pretende-, una licencia..., una extravagancia con la que uno sólo se mancha raramente y con muchas precauciones.»

SRA. DE SAINT-ANGE: *¡Mancharse..., precauciones!..* ¡Amo hasta la locura el lenguaje de esas amables personas! También entre nosotras las mujeres tenemos palabras exclusivas que, como ésas, prueban el horror profundo de que están penetradas por todo lo que no atañe al culto admitido... ¡Eh! Y dime, querido, ¿te ha poseído? ¡Con tu deliciosa cara y tus veinte años, bien se puede, en mi opinión, cautivar a semejante hombre!

EL CABALLERO: No te ocultaré mis extravagancias con él; tienes demasiada inteligencia para censurarlas. De hecho, me gustan las mujeres, y sólo me entrego a estos gustos extravagantes cuando un hombre amable me acosa. No hay nada que no haga entonces. Estoy lejos de esa altanería ridícula que hace pensar a nuestros jóvenes mequetrefes que hay que responder con bastonazos a proposiciones semejantes; ¿es el hombre dueño de sus gustos? Hay que compadecer a quienes los tienen singulares, pero no insultarlos nunca; su error es el de la naturaleza; no eran dueños de llegar al mundo con gustos diferentes, como nosotros no lo somos de nacer patituertos o bien hechos. Además, ¿os dice un hombre algo desagradable al testimoniaros el deseo que tiene de gozar de vosotros? Indudablemente, no: es un cumplido que os hace; ¿por qué, pues, responder entonces con injurias o insultos? Sólo los tontos pueden pensar así; jamás un hombre razonable hablará de esta materia de modo distinto a como yo lo hago; pero es que el mundo está poblado de sandios imbéciles que creen injuria el declararles que uno los encuentra idóneos para los placeres, y que, echados a perder por las mujeres, siempre celosas de cuanto parece atentar contra sus derechos, se imaginan los quijotes de esos derechos ordinarios, brutalizando a quienes no reconocen toda su extensión.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, amigo mío, bésame! No serías tú mi hermano si pensaras de otro modo; pero, te lo ruego, dame unos pocos detalles tanto sobre el físico de ese hombre como sobre sus placeres contigo.

EL CABALLERO: El señor Dolmancé estaba enterado por uno de mis amigos del soberbio miembro de que sabes que estoy dotado; comprometió al marqués de V.. a invitarme a cenar a su casa. Una vez allí, fue preciso exhibir lo que yo llevaba; la curiosidad pareció ser al principio el único motivo; un culo muy hermoso que se me puso delante, y del que se me rogó que gozara, me hizo ver al punto que sólo el gusto había tenido parte en aquel examen. Previne a Dolmancé de todas las dificultades de la empresa: nada lo asustó: «Soy a prueba de ariete -me dijo-, y no tendréis siquiera la gloria de ser el más temible de los hombres que perforaron el culo que os ofrezco.» El marqués estaba allí; él nos alentaba toqueteando, manoseando, besando todo lo que uno y otro sacábamos a la luz. Me preparo... quiero por lo menos algunos preparativos: «¡Guardaos bien de ello! -me dice el marqués-; le privaríais de la mitad de las sensaciones que Dolmancé espera de vos; quiere que le atraviesen, quiere que le desgarren.» «¡Será satisfecho!», digo yo hundiéndome ciegamente en el abismo... ¿Y puedes creer, hermana mía, que no me costó apenas?... Ni un lamento; mi polla, con lo enorme que es, se hundió sin que me diera cuenta, y toqué el fondo de sus entrañas sin que el maldito pareciese sentirlo. Traté a Dolmancé como amigo; la excesiva voluptuosidad que él gustaba, sus meneos, sus deliciosas palabras, todo me hizo feliz pronto a mí también, y lo inundé. Apenas estuve fuera, Dolmancé, volviéndose desenfrenado hacia mí, rojo como una bacante: «Ves el estado en que me has puesto, querido caballero? -me dijo ofreciéndome una polla seca y amotinada, muy larga y de seis pulgadas por lo menos de contorno-; amor mío, por favor, dígnate servirme de mujer después de haber sido mi amante, y así podré decir que he saboreado en tus brazos divinos todos los placeres del gusto que con tanta imperiosidad ansío.» Encontrando tan pocas dificultades en lo uno como en lo otro, me presté; el marqués, quitándose los calzones ante mis ojos, me conjuró a que yo tuviera a bien ser aún algo hombre con él mientras iba a ser la mujer de su amigo; le traté como a Dolmancé, el cual, devolviéndome centuplicadas todas las sacudidas con que yo abrumaba a nuestro tercero, muy pronto exhaló al fondo de mi culo ese licor encantador con el que yo rociaba, casi al mismo tiempo, el de V..

SRA. DE SAINT-ANGE: Hermano mío, debes de haber gozado los mayores placeres al encontrarte entre dos de esa manera; dicen que es delicioso.

EL CABALLERO: Muy cierto, ángel mío, es el mejor sitio; pero se diga lo que se diga, todo eso no son más que extravagancias que nunca preferiré al placer de las mujeres.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pues bien, querido mío, para recompensar hoy tu delicada complacencia, voy a entregar a tus ardores una jovencita virgen, y más hermosa que el Amor.

EL CABALLERO: ¿Cómo? Con Dolmancé... ¿haces venir una mujer a tu casa?

SRA. DE SAINT-ANGE: Se trata de una educación: es una jovencita que conocí en el convento el pasado otoño, mientras mi marido estaba en las aguas. Allí no pudimos nada, no nos atrevimos a nada, demasiados ojos estaban fijos en nosotras, pero nos prometimos reunirnos cuando fuera posible; ocupada únicamente por ese deseo, para satisfacerlo trabé conocimiento con su familia. Su padre es un libertino... al que he cautivado. Por fin viene la hermosa, la espero; pasaremos dos días juntas..., dos días deliciosos; la mejor parte de ese tiempo la emplearé en educar a esta personilla. Dolmancé y yo meteremos en esa lin-

da cabecita todos los principios del libertinaje más desenfrenado, la abrasaremos con nuestros fuegos, la alimentaremos con nuestra filosofía, la inspiraremos nuestros deseos, y como quiero unir un poco de práctica a la teoría, como quiero que se demuestre a medida que se diserta, he destinado para ti, hermano mío, la cosecha de los mirtos de Citerea, para Dolmancé la de las rosas de Sodoma. Tendré dos placeres a la vez: el de gozar yo misma de esas voluptuosidades criminales y el de dar las lecciones, el de inspirar los gustos a la amable inocente que atraigo a nuestras redes. Y bien, caballero, ¿es digno de mi imaginación este proyecto?

EL CABALLERO: No puede ser concebido más que por ella; es divino, hermana mía, y te prometo cumplir a las mil maravillas el encantador papel que me destinas. ¡Ah, bribona, cómo vas a gozar con el placer de educar a esa niña! ¡Qué delicias para ti al corromperla, al ahogar en ese joven corazón todas las semillas de virtud y de religión que pusieron en él sus institutrices! En verdad que es demasiado vicioso para mí.

SRA. DE SAINT-ANGE: Ten por seguro que no ahorraré nada para pervertirla, para degradarla, para echar por tierra en ella todos los falsos principios de moral con que hayan podido aturdirla; en dos lecciones quiero volverla tan malvada como yo..., tan impía..., tan corrompida. Prevén a Dolmancé, ponle al tanto en cuanto llegue, para que el veneno de sus inmoralidades, al circular en ese joven corazón junto con el que yo lance en él, logre desarraigar en pocos instantes todas las semillas de virtud que podrían germinar sin nosotros.

EL CABALLERO: Era imposible encontrar un hombre mejor para lo que necesitabas: la irreligión, la impiedad, la inhumanidad, el libertinaje, fluyen de los labios de Dolmancé como antaño la unción mística de los del célebre arzobispo de Cambrai[2]; es el seductor más profundo, el hombre más corrompido, el más peligroso... ¡Ay, querida amiga, que tu alumna responda a los cuidados del preceptor y te garantizo que pronto estará perdida!

SRA. DE SAINT- ANGE: Me parece que no tardará mucho con las disposiciones que sé que tiene... EL CABALLERO: Pero, dime, querida hermana, ¿no temes nada de los padres? ¿Y si esa jovencita habla al volver a su casa?

SRA. DE SAINT-ANGE: No temo nada, he seducido al padre..., es mío. ¿Tendré que confesártelo? Me he entregado a él para cerrarle los ojos; ignora mis designios, pero nunca se atreverá a profundizar en ellos... Lo tengo.

EL CABALLERO: ¡Tus medios son horribles!

SRA. DE SAINT-ANGE: Así han de ser para que resulten seguros.

EL CABALLERO: Y dime, por favor, ¿cómo es esa joven?

SRA. DE SAINT-ANGE: Se llama Eugenia, y es la hija de un tal Mistival, uno de los recaudadores[3] más ricos de la capital, de unos treinta y seis años; la madre tiene todo lo más treinta y dos, y la muchacha, quince. Mistival es tan libertino como su mujer devota.

---

[2] Se trata de Fénelon, a cuya «unción mística» alude Sade. [Nota del T.]

[3] En el texto, *traitant,* que el Diccionario Littré define como: «Aquel que se encarga de la cobranza de los dineros públicos en las condiciones reguladas por un tratado.» La elección de este cargo para Mistival no debe ser ajena a lo que de los «recaudadores» dice Montesquieu en *L'Esprit des lois:* los recaudadores romanos «eran ávidos, sembraban desgracias sobre las desgracias y hacían nacer las necesidades públicas de las necesidades públicas... Los recaudadores no tienen por destino más que la riqueza; no merecen ni la gloria y el honor de la nobleza, ni el respeto y la consideración de los magistrados» (XI, 18, y XIII, 20). [Nota del T]

En cuanto a Eugenia, sería en vano, amigo mío, que tratara de pintártela: está por encima de mis pinceles; bástete estar convencido de que ni tú ni yo hemos visto nunca algo tan delicioso en el mundo.

EL CABALLERO: Pero esbózamela al menos, si no puedes pintármela, para que, sabiendo aproximadamente con quién tengo que habérmelas, llene mejor mi imaginación con el ídolo en que debo sacrificar.

SRA. DE SAINTANGE: Bueno, amigo mío: sus cabellos castaños, que a duras penas caben en el puño, le bajan hasta las nalgas; su tez es de una blancura resplandeciente, su nariz algo aguileña, sus ojos de un negro de ébano y de un ardor... ¡Oh, amigo mío, es imposible resistir a esos ojos! ¡No imaginaríais siquiera todas las tonterías que me han hecho hacer!... ¡Si vieras las lindas cejas que los coronan..., los interesantes párpados que los bordean!... Su boca es muy pequeña, sus dientes soberbios, y todo ello de una frescura... Una de sus bellezas es la elegante manera en que su hermosa cabeza está unida a sus hombros, el aire de nobleza que tiene cuando la vuelve... Eugenia es alta para su edad: se la echarían diecisiete años; su talle es un modelo de elegancia y de finura, sus pechos deliciosos... ¡Son, desde luego, dos tetitas más hermosas!... ¡Apenas hay con qué colmar la mano, pero tan dulces..., tan frescas..., tan blancas!... ¡Veinte veces he perdido la cabeza besándolas! ¡Y si hubieras visto cómo se animaba con mis caricias..., cómo sus dos grandes ojos me pintaban el estado de su alma!... Amigo mío, no sé cómo es el resto. ¡Ay, a juzgar por lo que conozco, jamás el Olimpo tuvo divinidad que pudiera comparársele!... Pero ya la oigo..., déjanos, sal por el jardín para no encontrarte con ella y sé puntual a la cita.

EL CABALLERO: El cuadro que acabas de hacerme te responde de mi puntualidad... ¡Oh, cielos! ¡Salir..., dejarte en el estado en que estoy!... Adiós..., un beso, un beso solamente, hermana mía, para satisfacerme al menos hasta entonces. *(Ella lo besa, toca su polla a través del calzón, y el joven sale precipitadamente.*

Segundo Diálogo

SEÑORA DE SAINT-ANGE, EUGENIA.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Eh! Buenos días, hermosa mía; te esperaba con una impaciencia que fácilmente adivinarás si lees en mi corazón.

EUGENIA: ¡Oh, querida mía! Creí que no llegaría nunca, tanta era la prisa que tenía por estar en tus brazos; una hora antes de partir, he temblado de miedo a que fuera imposible venir; mi madre se oponía rotundamente a este delicioso viaje; pretendía que no era conveniente que una joven de mi edad viniese sola; pero mi padre la había golpeado tanto anteayer que una sola de sus miradas ha dejado anonadada a la señora de Mistival; ha terminado por consentir lo que me concedía mi padre, y he acudido corriendo. Me han dado dos días; es absolutamente preciso que tu coche y una de tus criadas me devuelvan pasado mañana.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué breve es ese intervalo, ángel mío! Apenas podré, en tan poco tiempo, expresarte todo lo que me inspiras..., y además tenemos que hablar; ¿no sa-

bes que es en esta entrevista en la que debo iniciarte en los misterios más secretos de Venus[4]? ¿Tendremos tiempo en dos días?

EUGENIA: ¡Ah, si no sé todo, me quedaré!... He venido aquí para instruirme y no me iré sin ser sabia.

SRA. DE SAINT-ANDE, *besándola:* ¡Oh, amor querido, cuántas cosas vamos a hacernos y decirnos una a otra! Pero, a propósito, ¿quieres almorzar, reina mía? Es posible que la lección sea larga.

EUGENIA: Querida amiga, no tengo otra necesidad que oírte; hemos almorzado a una legua de aquí; ahora esperaré hasta las ocho de la tarde sin sentir la menor necesidad.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pasemos, pues, a mi tocador, ahí estaremos más a gusto; ya he prevenido a mis criados; tranquilízate, que a nadie se le ocurrirá interrumpirnos. *(Pasan a él abrazadas.)*

Tercer Dialogo

La escena transcurre en un tocador delicioso

SEÑORA DE SAINT ANDE, EUGENIA, DOLMANCÉ

EUGENIA, *muy sorprendida al ver en el gabinete a un hombre que no esperaba:* ¡Oh! ¡Dios! ¡Querida amiga, esto es una traición!

SRA. DE SAINT-ANGE, *igualmente sorprendida:* ¿Por qué azar estáis aquí, señor? Según creo, no deberíais llegar hasta las cuatro.

DOLMANCÉ: Siempre adelanta uno cuanto puede la dicha de veros, señora: me he encontrado con vuestro señor hermano; se ha dado cuenta de que sería necesaria mi presencia en las lecciones que debéis dar a la señorita; sabía que aquí sería el liceo donde se daría el curso, y me ha introducido secretamente pensando que no lo desaprobaríais; y en cuanto a él, como sabe que sus demostraciones no serán necesarias hasta después de las disertaciones teóricas, no aparecerá hasta entonces.

SRA. DE SAINT-ANGE: De veras, Dolmancé, vaya faena...

EUGENIA: Por la que no me dejo engañar, querida amiga; todo esto es obra tuya... Al menos debías haberme consultado. Y ahora siento una vergüenza que, evidentemente, se opondrá a todos nuestros proyectos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Te aseguro, Eugenia, que la idea de esta sorpresa es únicamente de mi hermano; pero no te asustes: Dolmancé, a quien tengo por un hombre muy amable, y precisamente del grado de filosofía que nos hace falta para tu instruc-

---

[4] La expresión es un recuerdo, probablemente, de los diálogos de Nicolás Chorier: *Aloisioe Sigue Toletano Satyra Sotadica De Arcani Amoris Et Veneris. Aloisia Hispanice Scripsit. Latinitate donavit Joannes Meursius,* cuya primera edición in-8° fue casi completamente secuestrada y quemada. Ha habido edición castellana moderna: *La Academia de las Damas. Llamada «Sátira sotádica de Luisa Sigea sobre los arcanos del amor y de Venus»,* en traducción del latín de Joaquín López Barbadillo (última edición Madrid, 1978). Para Gilbert Lély *La filosofía en el tocador* debe su «ordenamiento» a ese personaje de Chorier, Aloisia Sigea. [Nota del T.]

ción, no puede sino ser útil a nuestros proyectos; respecto a su discreción, te respondo de él como de mí. Familiarízate, pues, querida, con el hombre de mundo en mejor situación de formarte y guiarte en la carrera de la felicidad y de los placeres que queremos recorrer juntas.

EUGENIA, *sonrojándose:* ¡Oh, no por ello estoy menos confusa!...

DOLMANCÉ: Vamos, hermosa Eugenia, tranquilizaos..., el pudor es una vieja virtud de la que, con tantos encantos, debéis saber prescindir a las mil maravillas.

EUGENIA: Pero la decencia...

DOLMANCÉ: Otra costumbre gótica de la que bien poco caso se hace en el día. ¡Contraría tanto a la naturaleza! *(Dolmancé coge a Eugenia, la estrecha entre sus brazos y la besa.)*

EUGENIA, *defendiéndose:* ¡Acabad, señor! En verdad que me tratáis con pocos miramientos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Eugenia, hazme caso, dejemos tanto una como otra de ser gazmoñas con este hombre encantador, no lo conozco más que a ti, y mira cómo me entrego a él. (Lo *besa lúbricamente en la boca.)* Imítame.

EUGENIA: ¡Oh! De acuerdo; ¿de quién tomaría mejores ejemplos? *(Se entrega a Dolmancé, que la besa ardientemente, metiéndole la lengua en la boca.)*

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Qué amable y deliciosa criatura!

SRA. DE SAINT-ANDE, *besándola también:* ¿Habías creído, bribonzuela, que no iba a tener yo mi parte? (Aquí, *Dolmancé, teniendo a las dos en sus brazos, las lame durante un cuarto de hora a las dos y las dos se le entregan y lo rinden.)*

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Estos preliminares me embriagan de voluptuosidad! Señoras mías, ¿querréis creerme? Hace mucho calor: pongámonos cómodos, hablaremos infinitamente mejor.

SRA. DE SAINT-ANGE: De acuerdo; vistámonos estas túnicas de gasa: de nuestros atractivos sólo velarán aquello que hay que ocultar al deseo.

EUGENIA: ¡De veras, querida, me obligáis a unas cosas!...

SRA. DE SAINT-ANDE, *ayudándola a desvestirse:* Totalmente ridículas, ¿no es eso?

EUGENIA: Por lo menos muy indecentes, la verdad... ¡Ay, cómo me besas!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué pecho tan hermoso!... Es una rosa apenas entreabierta. DOLMANCÉ, *contemplando las tetas de Eugenia, sin tocarlas:* Y que promete otros encantos... infinitamente más estimables.

SRA. DE SAINT ANGE: ¿Más estimables?

DOLMANCÉ: ¡Oh, sí, palabra de honor! *(Al decir esto, Dolmancé hace ademán de volver a Eugenia para examinarla por detrás.)*

EUGENIA: ¡Oh, no, no, os lo suplico!

SRA. DE SAINT-ANGE: No, Dolmancé..., no quiero que veáis todavía... un objeto cuyo poder es demasiado imperioso sobre vos para que, teniendo lo metido en la cabeza, podáis luego razonar con sangre fría. Necesitamos de vuestras lecciones, dádnoslas, y los mirtos que queréis coger formarán luego vuestra corona.

DOLMANCÉ: Sea, pero para demostrar, para dar a esta hermosa criatura las primeras lecciones del libertinaje, es necesario, señora, que por lo menos vos tengáis la bondad de prestaros.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡En buena hora!... ¡Bien, mirad, heme aquí completamente desnuda: disertad sobre mí cuanto queráis!

DOLMANCÉ: ¡Ah, qué bello cuerpo! ¡Es la misma Venus... embellecida por las Gracias!

EUGENIA: ¡Oh, querida amiga, qué atractivos! Déjame recorrerlos a placer, déjame cubrirlos de besos. *(Lo hace.)*

DOLMANCÉ: ¡Qué disposiciones tan excelentes! Un poco menos ardor, bella Eugenia; sólo es atención lo que os pido por ahora.

EUGENIA: Vamos, escucho, escucho... Es que es tan hermosa..., tan rolliza, tan fresca... ¡Ay!, qué encantadora es mi amiga, ¿verdad, señor?

DOLMANCÉ: Es bella, decididamente..., perfectamente bella; pero estoy convencido de que vos no le vais a la zaga... Vamos, escuchadme, linda alumnita, porque si no sois dócil usaré con vos los derechos que ampliamente me concede el título de preceptor vuestro.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, sí, sí, Dolmancé, os la entrego; debéis reñirla mucho si no es prudente.

DOLMANCÉ: Bien podría no quedarme sólo en reprimendas.

EUGENIA: ¡Oh, justo cielo! Me asustáis. ¿Y qué haríais entonces, señor?

DOLMANCÉ, *balbuceando y besando a Eugenia en la boca:* Castigos..., palizas, y ese lindo culito bien podría responderme de las faltas de la cabeza. *(Se lo palmea a través de la túnica de gasa con que ahora está vestida Eugenia.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, apruebo el proyecto, pero no lo demás. Comencemos nuestra lección, o el poco tiempo que tenemos para gozar de Eugenia va a pasar en preliminares, y no se hará su instrucción.

DOLMANCÉ, *que va tocando, sobre la Sra. de Saint-Ange, todas las partes que cita:* Comienzo. No hablaré de estos globos de carne: sabéis tan bien como yo que los llaman indistintamente *pechos, senos, tetas; su* uso es de gran virtud en el placer; un amante los tiene ante los ojos cuando goza; los acaricia, los palpa, algunos incluso hacen de ellos la sede del goce y, anidando su miembro entre los dos montes de Venus, que la mujer cierra y comprime sobre ese miembro, al cabo de unos pocos movimientos algunos hombres logran derramar ahí el bálsamo delicioso de la vida, derrame que constituye la mayor dicha de los libertinos... Pero ¿no sería mejor, señora, dar una disertación a nuestra colegiala sobre ese miembro al que habrá que citar constantemente?

SRA. DE SAINT ANGE: Así lo creo.

DOLMANCÉ: Pues bien, señora, voy a tenderme sobre ese canapé; vos os situaréis a mi lado, os apoderaréis del sujeto, y explicaréis vos misma sus propiedades a nuestra joven alumna. *(Dolmancé se coloca y la Sra. de Saint Ange muestra.)*

SRA. DE SAINTANGE: Este cetro de Venus que ves ante tus ojos, Eugenia, es el primer agente de los placeres en amor; se le llama *miembro* por excelencia; no hay ni una sola parte del cuerpo donde no se introduzca. Siempre dócil a las pasiones de quien lo mueve, suele anidar aquí *(toca el coño de Eugenia):* es su ruta ordinaria..., la más usual, pero no la más agradable; buscando un templo más misterioso, es con frecuencia aquí *(separa sus nalgas y muestra el agujero de su culo)* donde el libertino busca gozar: ya volveremos sobre ese goce, el más delicioso de todos; la boca, el seno, las axilas, también le presentan a menudo altares donde arde su incienso; en fin, cualquiera que sea el lugar que prefiera, tras ser agitado unos instantes se le ve lanzar un licor blanco y viscoso cuyo

derramamiento sume al hombre en un delirio lo bastante vivo para procurarle los placeres más dulces que pueda esperar de su vida.

EUGENIA: ¡Oh, cuánto me gustaría ver correr ese licor!

SRA. DE SAINT-ANGE: Podría hacerlo mediante la simple vibración de mi mano; ¿veis cómo se irrita a medida que lo sacudo? Estos movimientos se llaman *masturbación y,* en términos de libertinaje, esta acción se llama *menearla.*

EUGENIA: ¡Oh, querida amiga, déjame menear ese hermoso miembro!

DOLMANCÉ: ¡No aguanto más! Dejadla hacer, señora: esa ingenuidad me la pone horriblemente tiesa.

SRA. DE SAINT-ANGE: Me opongo a tal efervescencia. Dolmancé, sed prudente: al disminuir el derrame de esa semilla la actividad de vuestros espíritus animales aminoraría el calor de vuestras disertaciones.

EUGENIA, *manipulando los testículos de Dolmancé:* ¡Oh, qué molesta estoy, querida amiga, por la resistencia que pones a mis deseos!... Y estas bolas, ¿cuál es su uso y cómo se llaman?

SRA. DE SAINT-ANGE: La palabra técnica es co*jones...,* testículos es la del arte. Estas bolas encierran el depósito de esa semilla prolífica de que acabo de hablarte, y cuya eyaculación en la matriz de la mujer produce la especie humana; pero nos basaremos poco en estos detalles, Eugenia, que dependen más de la medicina que del libertinaje. Una muchacha bonita no debe preocuparse más que de *joder,* nunca de *engendrar.* Pasaremos por alto todo lo que atañe al insulso mecanismo de la procreación, para fijarnos principal y únicamente en las voluptuosidades libertinas, cuyo espíritu no es nada procreador.

EUGENIA: Pero, querida amiga, cuando ese miembro enorme, que apenas cabe en mi mano, penetra, como tú me aseguras que puede hacerlo, en un agujero tan pequeño como el de tu trasero, debe causar un grandísimo dolor a la mujer.

SRA. DE SAINT-ANGE: Bien que esa introducción se haga por delante, bien se haga por detrás, cuando la mujer no está todavía acostumbrada siempre siente dolor. Le ha placido a la naturaleza hacernos llegar a la felicidad sólo por las penas: pero una vez vencidas, nada puede igualar los placeres que se gustan, y el que se experimenta al introducir este miembro en nuestros culos es indiscutiblemente preferible a cuantos puede procurar esa misma introducción por delante. ¡Cuántos peligros, además, no evita una mujer entonces! Menos riesgo para la salud, y ninguno de embarazo. No me extenderé más ahora sobre esta voluptuosidad; el maestro de ambas, Eugenia, la analizará pronto ampliamente y uniendo la práctica a la teoría, espero que te convenza, querida, de que, de todos los placeres del goce, éste es el único que debes preferir.

DOLMANCÉ: Daos prisa con vuestras demostraciones, señora, os lo ruego; no puedo aguantar más; me correré a pesar mío y ese temible miembro, reducido a nada, no podrá serviros en vuestras lecciones.

EUGENIA: ¡Cómo! ¿Se reduce a nada, querida, si pierde esa semilla de que hablas?... ¡Oh, déjame hacérsela perder, para que yo vea lo que ocurre... ¡Y, además, tendré tanto placer en ver correr eso!

SRA. DE SAINT ANGE: No, no, Dolmancé, levantaos; pensad que es el premio a vuestros trabajos y que sólo puedo entregároslo cuando lo hayáis merecido.

DOLMANCÉ: Sea, pero para convencer mejor a Eugenia de todo cuanto vamos a decirle sobre el placer, ¿qué inconveniente habría en que la magrearais delante de mí, por ejemplo?

SRA. DE SAINT-ANGE: Indudablemente, ninguno, y voy a proceder a ello con tanta más alegría cuanto que este episodio lúbrico no podrá sino ayudar a nuestras lecciones. Ponte sobre este canapé, querida.

EUGENIA: ¡Oh, Dios! ¡Qué deliciosa travesura! Pero ¿por qué todos esos espejos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Es para que, al repetir las posturas en mil sentidos distintos, multipliquen hasta el infinito los mismos goces a los ojos de quienes los gustan sobre esta otomana. Ninguna de las partes de ninguno de los dos cuerpos puede ser ocultada por este medio; es preciso que todo esté a la vista: son otros tantos grupos reunidos a su alrededor que el amor encadena, otros tantos imitadores de sus placeres, otros tantos cuadros deliciosos, con los que su lubricidad se embriaga y que sirven para colmarla al punto.

EUGENIA: ¡Qué deliciosa invención!

SRA. DE SAINT-ANGE: Dolmancé, desvestid vos mismo a la víctima.

DOLMANCÉ: No será difícil puesto que no hay más que quitar esta gasa para ver al desnudo los más conmovedores atractivos. *(La desnuda, y sus primeras miradas se dirigen al instante al trasero.)* Ahora voy a verlo, voy a ver este culo divino y precioso que ansío con tanto ardor. ¡Vive Dios, qué relleno y qué frescura, cuánto brillo y elegancia!... ¡Jamás vi uno tan hermoso!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ah, bribón, cómo demuestran tus placeres y tus gustos tus primeros homenajes!

DOLMANCÉ: Pero ¿puede haber en el mundo nada que valga como esto?... ¿Dónde tendría el amor altares más divinos?... ¡Eugenia..., sublime Eugenia, déjame que colme este culo con las más dulces caricias! *(Lo palpa y lo besa transportado.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Deteneos, libertino!... Olvidáis que sólo a mí me pertenece Eugenia, único precio de las lecciones que de vos espera; sólo después de haberlas recibido se convertirá en vuestra recompensa. Suspended esos ardores, o me enfado.

DOLMANCÉ: ¡Ah, bribona, son celos!... Pues bien, entregadme el vuestro; voy a colmarlo de los mismos homenajes. *(Le quita la túnica a la señora de Saint Ange y le acaricia el trasero.)* ¡Ay, qué bello es, ángel mío!... ¡y también qué delicioso! Dejadme que los compare... que admire el uno junto al otro: ¡es Ganímedes al lado de Venus! *(Colma de besos los dos.)* Para dejar siempre ante mis ojos el espectáculo encantador de tantas bellezas, ¿no podríais, señoras, enlazándoos una a otra, ofrecer sin cesar a mis miradas estos culos encantadores que idolatro?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡De mil amores!... Mirad, ¿estáis satisfecho?... *(Se abrazan una a otra, deforma que sus dos culos estén frente a Dolmancé.)*

DOLMANCÉ: No podría estarlo más: es precisamente lo que pedía; ahora agitad esos hermosos culos con todo el fuego de la lubricidad, que suban y bajen a compás, que sigan las impresiones con que el placer va a moverlos... ¡Bien, bien, es delicioso!

EUGENIA: ¡Ay, querida mía, qué placer me das!... ¿Cómo se llama esto que hacemos?

SRA. DE SAINTANGE: Masturbarse, amiga mía.... darse placer; pero mira, cambiemos de postura; examina mi *coño...,* así es como se llama el templo de Venus. Este antro que la mano cubre, examínalo bien: voy a entreabrirlo. Esa elevación que ves que está coronada se llama el *monte:* se guarnece de pelos comúnmente a los catorce o quince años, cuando una muchacha comienza a tener la regla. Esa lengüeta que se encuentra debajo se llama el *clítoris.* Ahí yace toda la sensibilidad de las mujeres: es el foco de toda la mía: no podrían excitarme esa parte sin verme extasiar de placer... Inténtalo... ¡Ay, bribonzuela... cómo lo haces!... ¡Se diría que no has hecho otra cosa en tu vida!... ¡Para!...

¡Para!... No, te digo que no, no quiero entregarme... ¡Ay, contenedme, Dolmancé!... Bajo los dedos hechiceros de esta linda niña, estoy a punto de perder la cabeza.

DOLMANCÉ: Bueno, pues para entibiar, si es posible, vuestras ideas variándolas, masturbadla vos misma; conteneos vos, y que sólo se corra ella... ¡Ahí, sí!... en esta postura; de este modo su lindo culo se encuentra bajo mis manos: voy a *masturbarla* ligeramente con un dedo... Entregaos, Eugenia; abandonad todos vuestros sentidos al placer; que sea el único dios de vuestra existencia; es el único al que una joven debe sacrificar todo, y a sus ojos nada debe ser tan sagrado como el placer.

EUGENIA: ¡Ay, al menos nada es tan delicioso, lo noto!... Estoy fuera de mí... ¡no sé ya ni lo que digo ni lo que hago!... ¡Qué embriaguez se apodera de mis sentidos!

DOLMANCÉ: ¡Cómo descarga la pequeña bribona!... Su ano se aprieta hasta cortarme el dedo... ¡Qué delicioso sería encularla en este instante! *(Se levanta y planta su polla ante el agujero del culo de la joven.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Un poco de paciencia, que sólo nos preocupe la educación de esta querida niña!... Es tan dulce formarla...

DOLMANCÉ: Pues bien, Eugenia, ya lo ves, después de un magreo más o menos largo, las glándulas seminales se hinchan y terminan por exhalar un licor cuyo derrame sume a la mujer en el transporte más delicioso. Eso se llama *descargar.* Cuando tu buena amiga quiera, te haré ver de qué forma más enérgica y más imperiosa ocurre esa misma operación en los hombres.

SRA. DE SAINT-ANGE: Espera, Eugenia, voy a enseñarte ahora una nueva manera de sumir a una mujer en la voluptuosidad más extrema. Separa bien tus muslos... Dolmancé, ya veis que, de la forma en que la coloco, su culo queda para vos. Chupádselo mientras su coño va a serlo por mi lengua, y hagámosla extasiarse entre nosotros de este modo tres o cuatro veces seguidas si se puede. Tu monte es encantador, Eugenia. ¡Cuánto me gusta besar ese vellito!... Tu clítoris, que ahora veo mejor, está poco formado, pero es muy sensible... ¡Cómo te agitas!... ¡Déjame separarte!... ¡Ah, seguramente eres virgen!... Dime el efecto que experimentas cuando nuestras lenguas se introduzcan a la vez en tus dos aberturas. *(Lo hacen.)*

EUGENIA: ¡Ay, querida mía, es delicioso, es una sensación imposible de pintar! Me sería muy difícil decir cuál de vuestras lenguas me sume mejor en el delirio.

DOEMANCÉ: Por la postura en que estoy, mi polla está muy cerca de vuestras manos, señora; dignaos menearla, por favor, mientras yo chupo este culo divino. Hundid más vuestra lengua, señora, no os limitéis a chuparle el clítoris; haced penetrar esa lengua voluptuosa hasta la matriz: es la mejor forma de adelantar la eyaculación de su leche.

EUGENIA, *envarándose: ¡Ay,* no puedo más, me muero! ¡No me abandonéis, amigos míos, estoy a punto de desvanecerme!... *(Se corre en medio de sus dos preceptores.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: Y bien, amiga mía, ¿cómo te encuentras tras el placer que te hemos dado?

EUGENIA: ¡Estoy muerta, estoy rota... estoy anonadada!... Pero explicadme, os lo ruego, dos palabras que habéis pronunciado y que no entiendo; en primer lugar, ¿qué significa matriz?

SRA. DE SAINT-ANGE: Es una especie de vaso, parecido a una botella, cuyo cuello abraza el miembro del hombre y que recibe el semen producido en la mujer por el rezumamiento de las glándulas, y en el hombre por la eyaculación que te haremos ver; y de la mezcla de estos licores nace el germen, que produce unas veces niños y otras niñas.

EUGENIA: ¡Ah!, entiendo; esa definición me explica al mismo tiempo la palabra leche, que al principio no había comprendido bien. Y ¿es necesaria la unión de las simientes para la formación del feto?

SRA. DE SAINT-ANGE: Probablemente, aunque esté probado sin embargo que el feto debe su existencia únicamente al semen del hombre; lanzado solo, sin mezcla con el de la mujer, no lo lograría; el que nosotras proporcionamos no hace más que elaborar; no crea nada, ayuda a la creación sin ser su causa. Muchos naturalistas modernos pretenden incluso que es inútil; por eso, los moralistas, siempre guiados por el descubrimiento de aquéllos, han deducido, con bastante verosimilitud, que en tal caso el niño formado de la sangre del padre sólo a éste debía ternura. Tal afirmación no carece de verosimilitud y, aunque mujer, no se me ocurriría combatirla.

EUGENIA: Encuentro en mi corazón la prueba de lo que me dices, querida, porque amo a mi padre hasta la locura, y siento que detesto a mi madre.

DOLMANCÉ: Semejante predilección no tiene nada de extraño: yo he pensado lo mismo; aún no me he consolado de la muerte de mi padre, mientras que cuando perdí a mi madre, salté de alegría... La detestaba cordialmente. Adoptad sin temor estos mismos sentimientos, Eugenia: son naturales. Formados únicamente por la sangre de nuestros padres, no debemos absolutamente nada a nuestras madres; no han hecho, además, sino prestarse al acto, mientras que el padre lo ha solicitado; el padre por tanto ha querido nuestro nacimiento, mientras que la madre no ha hecho sino consentirlo. ¡Qué diferencia para los sentimientos!

SRA. DE SAINT-ANGE: Existen mil razones más a tu favor, Eugenia. ¡Si hay alguna madre en el mundo que deba ser detestada, es con toda seguridad la tuya! Desabrida, supersticiosa, devota, gruñona... y de una gazmoñería indignante, apostaría a que esa mojigata no ha dado un paso en falso en su vida. ¡Ay, querida, cuánto detesto a las mujeres virtuosas!... Pero ya volveremos sobre ello.

DOLMANCÉ: Ahora ¿no sería necesario que Eugenia, dirigida por mí, aprendiese a devolver lo que vos acabáis de prestarle, y que os magrease ante mis ojos?

SRA. DE SAINT-ANGE: Consiento en ello, lo creo incluso útil; y, sin duda, durante la operación también querréis mi culo, ¿no es así, Dolmancé?

DOLMANCÉ: ¿Podéis dudar, señora, del placer con que le rendiré mis más dulces homenajes?

SRA. DE SAINT-ANGE, *presentándole* las nalgas: Y bien, ¿os parece que estoy bien puesta?

DOLMANCÉ: ¡De maravilla! Así puedo devolveros de la mejor manera posible los mismos servicios con que Eugenia se ha encontrado tan bien. Ahora, pequeña loca, poneos con la cabeza bien metida entre las piernas de vuestra amiga y devolvedle, con vuestra linda lengua, los mismos cuidados que acabáis de obtener de ella. ¡Vaya! Por la postura podría poseer vuestros dos culos; sobaré deliciosamente el de Eugenia, chupando el de su bella amiga. Ahí... bien. ¿Veis cómo nos conjuntamos?

SRA. DE SAINT-ANDE, *extasiándose:* ¡Me muero, vive Dios!... Dolmancé, ¡cuánto me gusta tocar tu hermosa polla mientras me corro!... ¡Quisiera que me inundara de leche!... ¡Masturbad!... ¡Chupadme, santo Dios!... ¡Ay, cuánto me gusta hacer de *puta,* cuando mi esperma eyacula así!... Se acabó, no puedo más... Me habéis saciado los dos... Creo que nunca en mi vida he tenido tanto placer.

EUGENIA: ¡Qué contenta estoy de ser yo la causa! Pero una cosa, querida amiga, acaba de escapársete una palabra, y no la entiendo. ¿Qué entiendes tú por esa expresión de *puta?* Perdón, pero ya sabes que estoy aquí para instruirme.

SRA. DE SAINT-ANGE: Se denomina así, bella mía, a esas víctimas públicas de la depravación de los hombres, siempre dispuestos a entregarse a su temperamento o a su interés; felices y respetables criaturas que la opinión mancilla, pero que la voluptuosidad corona, y que, más necesarias a la sociedad que las mojigatas, tienen el coraje de sacrificar, para servirla, la consideración que esa sociedad osa quitarles injustamente. ¡Vivan aquellas a las que este título honra a sus ojos! Ésas son las mujeres realmente amables, las únicas verdaderamente filósofas. En cuanto a mí, querida mía, que desde hace doce años trabajo por merecerlo, te aseguro que lejos de molestarme, me divierte. Es más: me gusta que me llamen así cuando me follan; esa injuria me calienta la cabeza.

EUGENIA: ¡Oh! Me lo explico, querida; tampoco a mí me molestaría que me lo dijeran, aunque tengo menos méritos para el título; pero ¿no se opone la virtud a semejante conducta, y no la ofendemos al comportarnos como lo hacemos?

DOLMANCÉ: ¡Ah, renuncia a las virtudes, Eugenia! ¿Hay uno solo de los sacrificios que pueden hacerse a esas falsas divinidades que valga lo que un minuto de los placeres que se gustan ultrajándolas? Bah, la virtud no es más que una quimera, cuyo culto sólo consiste en inmolaciones perpetuas, en rebeldías sin número contra las inspiraciones del temperamento. Tales movimientos, ¿pueden ser naturales? ¿Aconseja la naturaleza lo que la ultraja? No seas víctima, Eugenia, de esas mujeres que oyes llamar virtuosas. No son, si quieres, nuestras pasiones las que ellas sirven: tienen otras, y con mucha frecuencia despreciables... Es la ambición, es el orgullo, son los intereses particulares, a menudo incluso sólo la frigidez de un temperamento que no les aconseja nada. ¿Debemos algo a semejantes seres, pregunto? ¿No han seguido ellas sólo las impresiones del amor propio? Por lo que a mí respecta, creo que tanto valen unas como otras; y quien sólo escucha esta última voz tiene más razones sin duda, puesto que ella sola es el órgano de la naturaleza, mientras que la otra lo es sólo de la estupidez y del prejuicio. Una sola gota de leche eyaculada por este miembro, Eugenia, me es más preciosa que los actos más sublimes de una virtud que desprecio.

EUGENIA: *(Tras haberse restablecido levemente la calma durante estas disertaciones, las mujeres, vestidas de nuevo con sus túnicas, están semiacostadas sobre el canapé, y Dolmancé junto a ellas en un gran sillón.)* Pero hay virtudes de más de una especie; ¿qué pensáis vos, por ejemplo, de la piedad?

DOLMANCÉ: ¿Qué puede ser esa virtud para quien no cree en la religión? ¿Y quién puede creer en la religión? Veamos, razonemos con orden, Eugenia: ¿no llamáis religión al pacto que liga al hombre con su creador, y que lo compromete a testimoniarle, mediante un culto, el reconocimiento que tiene por la existencia recibida de ese sublime autor?

EUGENIA: No se puede definir mejor.

DOLMANCÉ: Pues bien, si está demostrado que el hombre sólo debe su existencia a los planes irresistibles de la naturaleza; si está probado que, tan antiguo sobre este globo como el globo mismo, no es, como el roble, como el león, como los minerales que se encuentran en las entrañas de este globo, más que una producción necesitada por la existencia del globo, y que no debe la suya a nadie; si está demostrado que ese Dios, a quien los tontos miran como autor y fabricante único de todo lo que vemos, no es más que el *nec plus ultra* de la razón humana, el fantasma creado en el instante en que esa

razón ya no ve nada más, a fin de ayudar a sus operaciones; si está probado que la existencia de ese Dios es imposible, y que la naturaleza, siempre en acción, siempre en movimiento, saca de sí misma lo que a los tontos place darle gratuitamente; si es cierto, suponiendo que ese ser inerte exista, sería con toda seguridad el más ridículo de los seres, puesto que no habría servido más que un solo día y luego durante millones de siglos estaría en una inacción despreciable; suponiendo que exista como las religiones nos lo pintan, sería con toda seguridad el más detestable de los seres, puesto que permite el mal sobre la tierra cuando su omnipotencia podría impedirlo; si, digo yo, todo esto estuviera probado, como indiscutiblemente lo está, ¿creéis entonces, Eugenia, que la piedad que vincule al hombre con ese Creador imbécil, insuficiente, feroz y despreciable, sería una virtud muy necesaria?

EUGENIA, *a la Sra. de Saint Ange:* ¿Cómo? ¿De veras, amable amiga, que la existencia de Dios sería una quimera?

SRA. DE SAINT-ANGE: Y, a todas luces, una de las más despreciables.

DOLMANCÉ: Hay que haber perdido el sentido para creer en ella. Fruto del pavor de unos y de la debilidad de otros, ese abominable fantasma, Eugenia, es inútil para el sistema de la tierra; infaliblemente la perjudicaría, porque sus voluntades, que debieran ser justas, jamás podrían aliarse con las injusticias, esenciales alas leyes de la naturaleza; porque constantemente debería querer el bien, mientras que la naturaleza sólo tiene que desearlo como compensación del mal que sirve a sus leyes; porque sería preciso que actuase siempre, y la naturaleza, que tiene la acción perpetua por una de sus leyes, no podría sino encontrarse en competencia y oposición perpetua con el. Pero, se dirá a esto, Dios y la naturaleza son la misma cosa. ¿No sería un absurdo? La cosa creada no puede ser igual al agente que crea: ¿es posible que el reloj sea el relojero? Pues bien, continuarían, la naturaleza no es nada, es Dios quien lo es todo. ¡Otra tontería! Necesariamente ha de haber dos cosas en el universo: el agente creador y el individuo creado. Ahora bien, ¿cuál es ese agente creador? Tal es la única dificultad que hay que resolver: ahí tienes la única cuestión que hemos de contestar.

Si la materia actúa, se mueve, por combinaciones que nos son desconocidas; si el movimiento es inherente a la materia, si ésta sola, en fin, puede, debido a su energía, crear, producir, conservar, mantener, equilibrar en las llanuras inmensas del espacio todos los globos cuya vista nos sorprende y cuya marcha uniforme, invariable, nos llena de respeto y de admiración, ¿qué necesidad habrá de buscar un agente extraño a todo esto, puesto que esa facultad activa se encuentra esencialmente en la naturaleza misma, que no es otra cosa que la materia en acción? Vuestra quimera deífica, ¿aclara algo? Desafío a que me lo prueben. Suponiendo que me engañe respecto a las facultades internas de la materia, se me plantea una dificultad por lo menos. ¿Qué hacéis presentándome para resolverla a vuestro Dios? Me planteáis otra más. ¿Y cómo queréis que admita por causa de lo que no comprendo algo que comprendo menos aún? ¿Será en medio de los dogmas de la religión cristiana que he de examinar... donde se me aparecerá vuestro espantoso Dios? Veamos un poco cómo me lo pinta...

¿Qué veo en el Dios de ese culto infame a no ser un inconsecuente y bárbaro que crea hoy un mundo de cuya construcción se arrepiente al día siguiente? ¿Qué veo sino un ser débil que jamás puede hacer que el hombre se pliegue a lo que él querría? Esta criatura, aunque emanada de él, le domina; ¡puede ofenderle y merecer por ello suplicios eternos! ¡Qué ser tan débil ese Dios! ¡Cómo! ¿Ha podido crear todo cuanto vemos y le es imposi-

ble formar un hombre a su guisa? Pero, me responderéis a esto, si lo hubiera creado así, el hombre no habría tenido mérito. ¡Qué simpleza! ¿Y qué necesidad hay de que el hombre merezca de su Dios? De haberlo formado completamente bueno, jamás habría podido hacer el mal, y desde ese momento la obra era digna de un Dios. Es tentar al hombre dejarle que elija. Y Dios, por su presciencia infinita, sabía de sobra lo que de ello resultaría. Desde ese momento, pierde adrede, por tanto, a la criatura que él mismo ha formado. ¡Qué horrible Dios ese Dios! ¡Qué monstruo! ¡Qué perverso más digno de nuestro odio y de nuestra implacable venganza! Sin embargo, poco satisfecho de tan sublime tarea, inunda al hombre para convertirlo; lo quema, lo maldice. Nada de todo esto lo cambia. Un ser más poderoso que ese despreciable Dios, el *Diablo,* que sigue conservando su poder, que sigue pudiendo desafiar a su autor, consigue constantemente, mediante sus seducciones, corromper el rebaño que se había reservado el Eterno. Nada puede vencer la energía de ese demonio en nosotros. ¿Qué imagina entonces, según vosotros, el horrible Dios que predicáis? No tiene más que un hijo, un hijo único que posee de no sé qué comercio carnal; porque igual que el hombre *jode,* éste ha querido que su Dios *joda* también; envía desde el cielo a esa respetable porción de sí mismo. Tal vez alguien imagine que esta sublime criatura ha de aparecer sobre rayos celestiales, en medio del cortejo de los ángeles, a la vista del universo entero... Nada de eso, sino en el seno de una puta judía; es en medio de un cortijo de cerdos donde se anuncia el Dios que viene a salvar la tierra. ¡Ésa es la digna extracción que le prestan! Pero su honorable misión, ¿nos resarcirá? Sigamos un instante al personaje. ¿Qué dice? ¿Qué hace? ¿Qué sublime misión recibimos de él? ¿Qué misterio va a revelar? ¿Qué dogma nos va a prescribir? ¿En qué actos, en fin, va a resplandecer su grandeza?

Veo en primer lugar una infancia ignorada, algunos servicios, indudablemente muy libertinos, prestados por ese bribonzuelo a los sacerdotes del templo de Jerusalén; luego una desaparición de quince años, durante la que el bribón va a envenenarse con todas las enseñanzas de la escuela egipcia, que finalmente introduce en Judea. Apenas reaparece, su demencia empieza por hacerle decir que es hijo de Dios, igual a su padre; a esta alianza asocia otro fantasma que denomina Espíritu Santo, ¡y asegura que estas tres personas no deben ser más que una! ¡Cuanto más sorprende a la razón este ridículo misterio, más afirma el bellaco que hay mérito en adoptarlo..., peligros en aniquilarlo! Asegura el imbécil que es para salvar a todos por lo que él ha tomado carne, aunque Dios, en el seno de un hijo de los hombres; ¡y los sorprendentes milagros que han de vérsele realizar, convencerán pronto de ello al universo! En una cena de borrachos, en efecto, el pícaro cambia, según se dice, el agua en vino; en un desierto, alimenta a varios malvados con provisiones ocultas que sus secuaces tenían preparadas; uno de sus camaradas se hace el muerto, y nuestro impostor lo resucita; se traslada a una montaña, y allí, solamente delante de dos o tres amigos suyos, hace un juego de manos que haría avergonzarse al peor prestidigitador de nuestros días.

Maldiciendo además con entusiasmo a quienes no crean en él, el tunante promete los cielos a todos los tontos que le escuchen. No escribe nada, dada su ignorancia; habla muy poco, dada su imbecilidad; hace aún menos, dada su debilidad, hasta que cansando finalmente a los magistrados, impacientados por sus discursos sediciosos, aunque muy raros, el charlatán se hace crucificar tras haber asegurado a los pillos que le siguen que, cada vez que lo invoquen, descenderá a ellos para que se lo coman. Le torturan, él deja que lo hagan. El señor su padre, ese Dios sublime de quien osa decir que desciende, no le presta

la menor ayuda, y ya tenemos al tunante tratado como el último de los criminales, de los que tan digno era de ser el jefe.

Sus satélites se reúnen: «Estamos perdidos, dicen, y todas nuestras esperanzas se desvanecerán si no nos salvamos con una hazaña, con un golpe de efecto. Emborrachemos a la guardia que rodea a Jesús; robemos su cuerpo, publiquemos que ha resucitado: la estratagema es segura; si conseguimos que crean en esta bribonada, nuestra nueva religión se sostendrá, se propagará, seducirá al mundo entero... ¡Manos a la obra!» Emprenden el golpe, tienen éxito. ¿A cuántos bribones la audacia no ha valido tanto como el mérito? El cuerpo es robado; los tontos, las mujeres y los niños gritan cuanto pueden, y, sin embargo, en aquella ciudad donde tan grandes maravillas acaban de realizarse, en esa ciudad teñida por la sangre de un Dios, nadie quiere creer en ese Dios; no se produce ni una sola conversión. Es más: el hecho es tan poco digno de ser transmitido que ningún historiador habla de él. Sólo los discípulos de ese impostor piensan en sacar partido del fraude, pero no por el momento.

La siguiente consideración es también muy esencial: dejan transcurrir varios años antes de hacer uso de su insigne bribonada; erigen, finalmente, sobre ella el edificio vacilante de su repugnante doctrina. Todo cambio place a los hombres. Cansados del despotismo de los emperadores, se les hacía necesaria una revolución. Escuchan a estos trapaceros, progresan rápidamente: es la historia de todos los errores. Pronto los altares de Venus y de Marte son sustituidos por los de Jesús y María; se publica la vida del impostor; esta insulsa novela encuentra víctimas; se le hace decir cien cosas en las que jamás pensó; algunas de sus ridículas frases se vuelven pronto la base de su moral, y, como esta novedad se predicaba a los pobres, la caridad se convierte en la primera virtud. Se instituyen ritos extravagantes bajo el nombre de *sacramentos,* el más digno y más abominable de los cuales es ése por el cual un sacerdote, cubierto de crímenes, tiene no obstante, por la virtud de algunas palabras mágicas, el poder de hacer llegar a Dios en un trozo de pan.

No lo dudemos; desde su mismo nacimiento este culto indigno habría sido destruido sin remisión si no hubieran empleado contra él otras armas que las del desprecio que merecía; pero se les ocurrió perseguirlo; creció; el medio era inevitable. Que traten de cubrirlo, incluso hoy, de ridículo, y caerá. El hábil Voltaire no empleaba otras armas, y es de todos los escritores el que puede vanagloriarse de haber hecho más prosélitos. En una palabra, Eugenia, ésta es la historia de Dios y de la religión; ved el caso que tales fábulas merecen, y decidíos sobre ellas en consecuencia.

EUGENIA: Mi elección no es difícil; yo desprecio todas esas fantasías repugnantes, e incluso ese Dios, al que aún tenía en consideración por debilidad o por ignorancia, no es para mí más que un objeto de horror.

SRA. DE SAINT-ANGE: Júrame no volver a pensar en ello, no ocuparte nunca de invocarle en ningún momento de tu vida y no volver a él mientras vivas.

EUGENIA, *precipitándose sobre el seno de la señora de Saint Ange:* ¡Ah! ¡Hago el juramento entre tus brazos! ¿No veo acaso que lo que exiges es por mi bien, y que no quieres que semejantes reminiscencias pueden perturbar jamás mi tranquilidad?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Podría tener otro motivo?

EUGENIA: Pero, Dolmancé, según creo ha sido el análisis de las virtudes lo que nos ha llevado al análisis de las religiones. Volvamos a él. ¿No existirán en esa religión, por ridícula que sea, algunas virtudes prescritas por ella, y cuyo culto podría contribuir a nuestra felicidad?

DOLMANCÉ: Bueno, examinémoslo. ¿Será la castidad, Eugenia, esa virtud que vuestros ojos destruyen, aunque vuestro conjunto sea su imagen? ¿Acataríais la obligación de combatir todos los movimientos de la naturaleza? ¿Los sacrificaríais todos al vano y ridículo honor de no tener nunca una debilidad? Sed justa y responded, hermosa amiga: ¿Creéis encontrar en esa absurda y peligrosa pureza de alma todos los placeres del vicio contrario?

EUGENIA: No, palabra de honor que no quiero eso; no siento en mí la menor inclinación a ser casta, sino la mayor disposición al vicio contrario; pero, Dolmancé, la *caridad,* la *beneficencia,* ¿no podrían hacer la felicidad de algunas almas sensibles?

DOLMANCÉ: Lejos de nosotros, Eugenia, las virtudes que no hacen más que ingratos. Pero no te engañes, encantadora amiga: la beneficencia es más un vicio de orgullo que una verdadera virtud del alma; es por ostentación por lo que uno alivia a sus semejantes, nunca por la única mira de hacer una buena acción; se sentirían muy molestos si la limosna que acaban de dar no tuviera toda la publicidad posible. No imagines tampoco, Eugenia, que esta acción tiene tan buen resultado como se piensa: yo, personalmente, la considero la mayor de todas las estafas; acostumbra al pobre a socorros que deterioran su energía; no trabaja si espera vuestras caridades y, desde el momento en que le faltan, se convierte en ladrón o en asesino. Por todas partes oigo exigir medios para suprimir la mendicidad, y mientras se hace todo lo posible para multiplicarla. ¿Queréis no tener moscas en vuestra habitación? No derraméis azúcar para atraerlas. ¿Queréis no tener pobres en Francia? No distribuyáis ninguna limosna, y suprimid antes que nada vuestras casas de caridad. El individuo nacido en el infortunio, viéndose así privado de estos peligrosos recursos, empleará todo el coraje, todos los medios que haya recibido de la naturaleza para salir del estado en que ha nacido; no os importunará más. Destruid, derribad sin piedad esas detestables casas en que tenéis la desfachatez de encubrir los frutos del libertinaje de ese pobre, cloacas espantosas que vomitan cada día a la sociedad un enjambre repugnante de nuevas criaturas que no tienen más esperanza que vuestra bolsa. ¿De qué sirve, pregunto yo, conservar con tantos cuidados a tales individuos? ¿Hay miedo a que Francia se despueble? ¡Ah, no tengamos nunca ese temor!

Uno de los primeros vicios de este gobierno consiste en una población demasiado numerosa, y tales superfluidades no son en modo alguno riquezas para el estado. Estos seres supernumerarios son como las ramas parásitas que, viviendo sólo a expensas del tronco, terminan siempre por extenuarlo. Recordad que siempre que en cualquier gobierno la población es superior a los medios de existencia, ese gobierno languidece. Examinad atentamente Francia: veréis lo que os ofrece. ¿Qué resulta de ello? Ya se ve. El chino, más sabio que nosotros, se guarda mucho de dejarse dominar así por una población demasiado abundante. Nada de asilo para los frutos vergonzosos de su desenfreno: abandona esos horribles resultados como las secuelas de una digestión. Nada de casas para la pobreza: no se la conoce en China. Allí todo el mundo trabaja; allí todo el mundo es feliz, nada altera la energía del pobre y cada uno puede decir como Nerón: Quid *est pauper?*[5]

EUGENIA, *a la Sra. de Saint Ange:* Querida amiga, mi padre piensa lo mismo que el señor: en su vida ha hecho una obra buena. No cesa de reñir a mi madre por las sumas que gasta en tales prácticas. Era de la *Sociedad maternal,* de la *Sociedad filantró*pica: no

[5] En este fragmento hay fuertes relaciones con la tesis que, sobre la beneficencia, expone Rousseau en *La Nueva Eloisa* (VI, ii), aunque, por supuesto, *a contrario.* [Nota del T]

sé de qué sociedad no era; él la ha obligado a dejar todo eso, asegurándola que le dejaría la pensión más módica si se le ocurría volver a caer en semejantes estupideces.

SRA. DE SAINT-ANGE: No hay nada más ridículo y al mismo tiempo más peligroso, Eugenia, que todas esas asociaciones; es a ellas, a las escuelas gratuitas y a las casas de caridad a las que debemos el horrible caos en que estamos ahora. No des jamás limosna, querida, te lo suplico.

EUGENIA: No temas; hace tiempo que mi padre exigió de mí lo mismo, y la beneficencia me tienta demasiado poco para infringir, en esto, sus órdenes..., los impulsos de mi corazón y tus deseos.

DOLMANCÉ: No dividamos esa porción de sensibilidad que hemos recibido de la naturaleza: es aniquilarla más que ampliarla. ¿Qué me importan a mí los males de los demás? ¿No tengo bastante con los míos para ir a afligirme con los que me son extraños? ¡Que el fuego de esa sensibilidad no alumbre nunca otra cosa que nuestros placeres! Seamos sensibles a cuanto los halaga, absolutamente inflexibles con todo lo demás. De ese estado anímico resulta una especie de crueldad no exenta a veces de delicia. No siempre se puede hacer el mal. Privados del placer que da, compensemos al menos esa sensación mediante la pequeña maldad excitante de no hacer nunca el bien.

EUGENIA: ¡Ah, Dios! ¡Cómo me inflaman vuestra lecciones! Creo que me mataría antes que obligarme ahora a hacer una buena acción.

SRA. DE SAINT-ANGE: Y si se presentase una mala, ¿estarías también dispuesta a cometerla?

EUGENIA: Cállate, seductora; no responderé hasta que no hayas terminado de instruirme. Me parece que después de cuanto me decís, Dolmancé, nada es tan indiferente sobre la tierra como cometer en ella el bien o el mal; ¿sólo nuestros gustos, nuestro temperamento, deben ser respetados?

DOLMANCÉ: ¡Ah! No lo dudéis, Eugenia; esas palabras de vicio y virtud sólo nos dan ideas puramente locales. No hay ninguna acción, por singular que podáis suponerla, que sea verdaderamente criminal; ninguna que pueda llamarse realmente virtuosa. Todo es en razón de nuestras costumbres y del clima que habitamos; lo que aquí es crimen, es con frecuencia virtud cien leguas más abajo, y las virtudes de otro hemisferio podrían, a la recíproca, ser crímenes para nosotros. No hay horror que no haya sido divinizado, ninguna virtud que no haya sido reprobada. De tales diferencias puramente geográficas nace el poco caso que debemos hacer de la estima o del desprecio de los hombres, sentimientos ridículos y frívolos, por encima de los cuales debemos ponernos, hasta el punto incluso de preferir sin temor su desprecio, a poco que las acciones que nos lo merezcan tengan alguna voluptuosidad para nosotros.

EUGENIA: Pero me parece, sin embargo, que debe de haber acciones bastante peligrosas, bastante malas en sí mismas como para haber sido generalmente consideradas como criminales, y castigadas por tales de una punta a otra del universo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Ninguna, amor mío, ninguna; ni siquiera la violación o el incesto; ni siquiera el asesinato o el parricidio.

EUGENIA: ¡Cómo! ¿Pueden excusarse en alguna parte tales horrores?

DOLMANCÉ: Han sido honrados, coronados, considerados como excelentes acciones, mientras que en otros lugares la humanidad, el candor, la beneficencia, la castidad, todas nuestras virtudes, en fin, eran miradas como monstruosidades.

EUGENIA: Os suplico que me expliquéis todo eso: exijo un breve análisis de cada uno de esos crímenes, rogándoos que comencéis por explicarme, primero, vuestra opinión sobre el libertinaje de las muchachas, luego sobre el adulterio de las mujeres.

SRA. DE SA1NT-ANGE: Escúchame entonces, Eugenia. Es absurdo decir que tan pronto como una muchacha está fuera del seno de su madre, debe, desde ese momento, convertirse en víctima de la voluntad de sus padres, para permanecer así hasta su último aliento. No es en un siglo en que la amplitud y los derechos del hombre acaban de ser profundizados con tanto cuidado en el que las muchachas jóvenes deben seguir creyéndose esclavas de sus familias, cuando está probado que los poderes de esas familias sobre ellas son absolutamente quiméricos. Escuchemos a la naturaleza sobre tema tan interesante, y que las leyes de los animales, mucho más cercanos a ella, nos sirvan un momento de ejemplo. ¿Se extienden los deberes paternales en ellas más allá de las primeras necesidades físicas? Los frutos del goce del macho y de la hembra ¿no poseen toda su libertad, todos sus deseos? Tan pronto como pueden caminar y nutrirse solos, desde ese instante, ¿les conocen los autores de sus días? Y ellos, ¿creen deber algo a los que les han dado la vida? Indudablemente no. ¿Con qué derecho los hijos de los hombres están, pues, constreñidos a otros deberes? ¿Y qué fundamenta esos deberes si no es la avaricia o la ambición de los padres? Ahora yo pregunto si es justo que una joven que comienza a sentir y a razonar se someta a tales frenos. ¿No es acaso el prejuicio únicamente el que prolonga esas cadenas? No hay nada más ridículo que ver a una joven de quince o dieciséis años, urgida por deseos que está obligada a vencer, esperar, entre tormentos peores que los del infierno, que plazca a sus padres, tras haber hecho desgraciada su juventud, sacrificar aun su edad madura, inmolándola a su pérfida codicia, asociándola, a pesar suyo, a un esposo que o no tiene nada para hacerse amar o lo tiene todo para hacerse odiar.

¡Ay! No, no, Eugenia, tales ataduras serán muy pronto aniquiladas; es preciso que, alejando desde la edad de razón a la joven de la casa paterna, y tras haberle dado una educación nacional, se la deje dueña de convertirse, a los quince años, en lo que quiera. ¿Dará en el vicio? ¿Y qué importa? Los servicios que brinda una joven consintiendo en hacer la felicidad de todos los que a ella se dirigen, ¿no son infinitamente más importantes que los que, aislándose, ofrece a su esposo? El destino de la mujer es ser como la perra, como la loba: debe pertenecer a cuantos quieran algo de ella. Es, evidentemente, ultrajar al destino que la naturaleza impone a las mujeres encadenarlas por el lazo absurdo de un himeneo solitario.

Esperemos que se abran los ojos, y que, al asegurar la libertad de todos los individuos, no se olvide la suerte de las desgraciadas muchachas; pero, si son tan dignas de lástima que resultan olvidadas, deben colocarse ellas mismas por encima de la costumbre y del prejuicio y pisotear audazmente los hierros vergonzosos con que pretenden esclavizarlas; triunfarán entonces al punto de la costumbre y de la opinión; el hombre, vuelto más sabio porque será más libre, sentirá la injusticia que cometía por despreciar a las que así actuaron, y que el hecho de ceder a los impulsos de la naturaleza, mirado como un crimen en un pueblo cautivo, no puede serlo en un pueblo libre.

Parte, por tanto, de la legitimidad de tales principios, Eugenia, y rompe tus cadenas al precio que sea; desprecia las vanas reprimendas de una madre imbécil, a quien legítimamente no debes más que odio y desprecio. Si tu padre, que es un libertino, lo desea, en buena hora: que goce de ti, pero sin encadenarte; rompe el yugo si quiere esclavizar-

te; más de una joven ha actuado de la misma forma con su padre. Jode, en una palabra, jode; para esto has venido al mundo; no pongas límite alguno a tus placeres, a no ser el de tus fuerzas o el de tus deseos; ninguna excepción de lugares, de tiempos ni de personas; a toda hora y en todos los lugares, todos los hombres deben servir a tus voluptuosidades; la continencia es una virtud imposible, de la que la naturaleza, violada en sus derechos, nos castiga al punto con mil desgracias. Mientras las leyes sean las que todavía son, usemos de ciertos velos; la opinión nos obliga a ello; pero compensémonos en silencio de esa castidad cruel que estamos obligadas a tener en público.

Que una muchacha trabaje por conseguir una buena amiga que, libre y de mundo, pueda hacerle gustar secretamente los placeres; que, a falta de esa amiga, trate de seducir a los argos de que está rodeada; que les suplique que la prostituyan, prometiéndoles todo el oro que puedan sacar de su venta, y esos argos por sí mismos, o las mujeres que ellos encuentren, y que se llaman *celestinas,* realizarán al punto las miras de la joven; que entonces arroje polvo a los ojos de cuantos la rodean, hermanos, primos, amigos, padres; que se entregue a todos, si es necesario para ocultar su conducta; que haga incluso, si se lo exigen, sacrificio de sus gustos y de sus afectos, una intriga que le ha desagradado, y a la que se habrá entregado sólo por política, no tardará en llevarla a una situación más agradable, y ya está *lanzada.* Pero que nunca vuelva a los prejuicios de su infancia; amenazas, exhortaciones, deberes, virtudes, religión, consejos, que pisotee todo; que rechace y desprecie obstinadamente cuanto sólo tienda a encadenarla de nuevo, cuanto, en una palabra, no apunte a guiarla al seno de la impudicia.

Las predicciones de desgracias en el camino del libertinaje no son más que una extravagancia de nuestros padres; hay espinas en todas partes, pero las rosas se encuentran por encima de ellas en la carrera del vicio; sólo en los senderos cenagosos de la virtud no las ha hecho nacer nunca la naturaleza. El único escollo a temer en el primero de esos caminos es la opinión de los hombres; pero ¿qué muchacha ingeniosa no ha de superar esa despreciable opinión a poco que reflexione? Los placeres recibidos de la estima, Eugenia, no son más que placeres morales, sólo convenientes a ciertas cabezas; los de la *jodienda* agradan a todos, y estos seductores atractivos nos compensan pronto de ese desprecio ilusorio al que es difícil escapar si se desafia a la opinión pública, pero del que muchas mujeres sensatas se han burlado hasta el punto de hacer de él un placer más. Jode, Eugenia, jode pues, ángel mío: tu cuerpo es tuyo, sólo tuyo; sólo tú en el mundo tienes derecho a gozar de él y a hacer gozar con él a quien bien te parezca.

Aprovecha el tiempo más feliz de tu vida: ¡son demasiado cortos estos felices años de nuestros placeres! Si somos lo bastante afortunadas para haber gozado en ellos, deliciosos recuerdos nos consuelan y nos divierten aún en nuestra vejez. ¿Que los hemos perdido?... Recuerdos amargos, horribles remordimientos nos desgarran y se unen a los tormentos de la edad para rodear de lágrimas y zarzas la funesta proximidad del ataúd...

¿Tienes acaso la locura de la inmortalidad? Pues bien, querida, es jodiendo como permanecerás en la memoria de los hombres. Se ha olvidado pronto a las Lucrecias, mientras que las Teodoras y las Mesalinas son motivo de las conversaciones más dulces y más frecuentes de la vida ¿Cómo pues, Eugenia, no preferir un partido que, coronándonos de flores aquí abajo, nos deja aún la esperanza de culto más allá de la tumba? ¿Cómo, pregunto yo, no preferir este partido a aquel que, haciéndonos vegetar imbécilmente en la tierra, no nos promete después de nuestra existencia más que el desprecio y el olvido?

EUGENIA, *a la Sra. de Saint-Ange:* ¡Ay, amor mío, cómo inflaman mi cabeza y seducen mi alma esos discursos seductores! Estoy en un estado difícil de pintar... Y, dime, ¿podrás presentarme a algunas de esas mujeres... *(turbada)* que me prostituirán, si se lo digo?

SRA. DE SAINT-ANGE: De aquí a que tengas más experiencia, eso sólo me atañe a mí, Eugenia; déjame a mí ese cuidado, y, más aún, todas las precauciones que adopte para cubrir tus extravíos: mi hermano y este amigo seguro que te instruye serán los primeros a quienes quiero que te entregues; luego te buscaremos otros. No te inquietes, querida amiga: ¡te haré volar de placer en placer, te sumergiré en un mar de delicias, te colmaré de ellas, ángel mío, te hartaré de ellas!

EUGENIA, *precipitándose en brazos de la Sra. de Saint Ange:* ¡Oh, querida, te adoro; mira, nunca tendrás una alumna más sumisa que yo; pero me parece que me diste a entender, en nuestras antiguas conversaciones, que era difícil para una joven lanzarse al libertinaje sin que el esposo que debe tomar se dé cuenta.

SRA. DE SAINT-ANGE: Cierto, querida, pero hay secretos que zurcen todas esas brechas. Te prometo hacértelos conocer, y entonces, aunque hayas jodido como Antonieta, me encargo de hacerte tan virgen como el día en que viniste al mundo.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Eres deliciosa! Vamos, sigue instruyéndome. Apresúrate, en tal caso, a enseñarme cuál ha de ser la conducta de una mujer en el matrimonio.

SRA. DE SAINT-ANGE: En cualquier estado, querida, en que se encuentre una mujer, sea doncella, sea mujer, sea viuda, nunca debe tener otra meta, otra ocupación y otro deseo, que hacerse joder de la mañana a la noche: para este único fin es para lo que la ha creado la naturaleza; y si, para cumplir tal intención, exijo de ella pisotear todos los prejuicios de su infancia, si le prescribo la desobediencia más formal a las órdenes de su familia, el desprecio más constante de todos los consejos de sus padres, convendrás, Eugenia, que, de todos los frenos a romper, el que antes le aconsejaré aniquilar será con toda seguridad el del matrimonio.

Considera, en efecto, Eugenia, a una joven apenas salida de la casa paterna, que no conoce nada, que no tiene experiencia alguna, obligada a pasar súbitamente a los brazos de un hombre al que jamás ha visto, obligada a jurar a este hombre, al pie de los altares, una obediencia y una fidelidad injusta, porque en el fondo de su corazón sólo tiene el mayor deseo de faltar a esa palabra. ¿Hay en el mundo, Eugenia, suerte más horrible que ésa? Sin embargo, mírala ahí atada, le plazca o no su marido, tenga él o deje de tener para con ella ternura o malos modos; su honor se basa en sus juramentos; él queda mancillado si ella los infringe; es preciso que ella se pierda o que arrastre el yugo, aunque tenga que morir por ello de dolor. ¡Ah, no, Eugenia, no, no es para ese fin para el que nosotras hemos nacido! Esas leyes absurdas son obra de los hombres, y nosotras no debemos someternos a ellas. El divorcio incluso, ¿es capaz de satisfacernos?

Indudablemente, no. ¿Quién nos responde de encontrar con mayor seguridad en unos segundos lazos la dicha que se nos ha escapado en los primeros? Compensemos por tanto en secreto toda la coacción de ataduras tan absurdas, seguras de que nuestros desórdenes en este punto, sean cuales fueren los. excesos a que podamos llevarlos, lejos de ultrajar a la naturaleza, no son más que un homenaje sincero que le rendimos; ceder a los deseos que sólo ella ha puesto en nosotros no es más que obedecer sus leyes; sólo resistiendo a ellos la ultrajaríamos. El adulterio, que los hombres miran como un crimen, que han osado castigar como tal arrancándonos por él la vida, el adulterio, Euge-

nia, no es más que el pago de un derecho a la naturaleza, del que las fantasías de esos tiranos jamás podrán sustraernos. Pero ¿no es horrible, dicen nuestros esposos, exponernos a querer como a hijos nuestros, a abrazar como a tales, los frutos de vuestros desórdenes? Esa es la objeción de Rousseau[6]; y es, convengo en ello, la única algo especiosa con que puede combatirse el adulterio. Pero ¿no es extremadamente fácil entregarse al libertinaje sin temer el embarazo? ¿No es más fácil todavía destruirlo, si por imprudencia ha ocurrido? Pero como volveremos sobre este tema no trataremos ahora más que el fondo de la cuestión: veremos que el argumento, por especioso que parezca al principio, sólo es, sin embargo, quimérico.

En primer lugar, mientras me acueste con mi marido, mientras su semilla corra hasta el fondo de mi matriz, aunque vea a diez hombres al mismo tiempo que a él, nada podrá probarle nunca que el hijo que nazca no le pertenece; puede ser suyo como puede no serlo, y en caso de incertidumbre no puede ni debe jamás (puesto que ha cooperado a la existencia de esta criatura) tener escrúpulo alguno por conservar esa existencia. Desde el momento en que puede pertenecerle, le pertenece, y cualquier hombre que sufra por sospechas sobre este tema, sería igual de desgraciado aunque su mujer fuera una vestal, porque es imposible responder de una mujer y porque la que ha sido prudente diez años puede dejar de serlo un día. Por tanto, si ese marido es suspicaz, lo será en todos los casos; jamás estará seguro de que el hijo que abraza es verdaderamente el suyo. Y si puede ser suspicaz siempre, no hay ningún inconveniente en legitimar algunas veces las sospechas; para su estado de dicha o de desgracia moral no sería ni más ni menos; por lo tanto, da lo mismo que ocurra. Ahí lo tienes, supongo, en un completo error: ahí lo tienes acariciando el fruto del libertinaje de su mujer: ¿dónde está el crimen? ¿No son comunes nuestros bienes? En tal caso, ¿qué mal hago metiendo en el hogar un hijo que debe gozar de una parte de esos bienes? Será de la mía de la que gozará; no robará nada a mi tierno esposo; esa parte que va a disfrutar, la considero tomada de mi dote; por lo tanto, ni ese hijo ni yo le quitamos nada a mi marido. Si ese hijo hubiera sido suyo, ¿a título de qué habría participado de mis bienes? ¿No sería en razón de lo que hubiera emanado de mí? Pues bien, va a gozar de esa parte en virtud de esa misma razón de alianza íntima. Es porque ese hijo me pertenece por lo que le debo una porción de mis riquezas.

¿Qué reproche tenéis que hacerme, si él también las disfruta? - Pero engañáis a vuestro marido; esa falsedad es atroz. - No, se trata de una devolución, eso es todo; he sido la primera víctima de unos lazos que él me ha forzado a tomar: y me vengo de ello, ¿hay algo más simple? - Pero se trata de un ultraje real hecho al honor de vuestro marido. - ¡Prejuicios! Mi libertinaje no afecta a mi marido para nada; mis faltas son personales. Ese pretendido deshonor estaba bien hacía un siglo; hoy ya estamos de vuelta de esa quimera y mi marido no queda más mancillado por mis desenfrenos de lo que yo podría estarlo por los suyos.

¡Yo joderé con toda la tierra sin hacerle siquiera un rasguño! Esa pretendida lesión no es, por tanto, más que una fábula, de existencia imposible. Una de dos: o mi marido es brutal y celoso, o es un hombre delicado; en la primera hipótesis, lo mejor que puedo hacer es vengarme de su conducta; en la segunda, no podría afligirlo; dado que me gus-

[6] *La Nueva Eloisa* (III, xviii): «¿Hay en el mundo algún hombre honesto que no sienta horror a cambiar el hijo de otro durante la cría? ¿Y es menor crimen cambiarlo en el seno de la madre?» [Nota del T.]

tan los placeres, se sentirá feliz por ello si es honesto; no hay ningún hombre delicado que no goce con el espectáculo de la felicidad de la persona que adora. - Pero si le amáis, ¿os gustaría que hiciera otro tanto? - ¡Ay, desgraciada de la mujer a la que se le ocurra estar celosa de su marido! Que se contente con lo que la da, si le ama; pero que no trate de contradecirle; no sólo no lo conseguiría, sino que se haría detestar enseguida. Si soy razonable, nunca me afligiré por tanto de los desenfrenos de mi marido. ¡Que haga él lo mismo conmigo, y la paz reinará en el hogar!

Resumamos: Sean cuales fueren los efectos del adulterio, aunque sea introducir en el hogar hijos que no pertenecen al esposo, desde el momento en que son de la mujer tienen derechos seguros a una parte de la dote de esa mujer; el marido, si lo sabe, debe mirarlos como a hijos que su mujer hubiera tenido de un primer matrimonio; si no sabe nada, no podrá ser desgraciado, porque es imposible serlo por un mal que se ignora; si el adulterio no tiene secuelas, y si es desconocido por el marido, ningún jurisconsulto podría probar, en ese caso, que pueda ser un crimen; desde ese momento el adulterio no es más que una acción completamente indiferente para el marido, que no la conoce, y perfectamente buena para la mujer, a la que deleita; si el marido descubre el adulterio, entonces no es el adulterio lo que es un mal, porque no lo era hacía un momento, y él no puede cambiar de naturaleza; lo único que hay es el descubrimiento que de él ha hecho el marido; ahora bien, este error sólo a él pertenece: no podría afectar a la mujer.

Quienes antaño castigaron el adulterio eran, por tanto, verdugos, tiranos, celosos que, remitiendo todo a sí mismos, imaginaban injustamente que bastaba con ofenderlos para ser criminal, como si una injuria personal debiera considerarse alguna vez un crimen, y como si en justicia pudiera llamarse crimen a una acción que, lejos de ultrajar a la naturaleza y a la sociedad, sirve evidentemente a la una y a la otra. Hay, sin embargo, casos en que el adulterio, fácil de probar, se vuelve más embarazoso para la mujer, sin ser por ello más criminal; es, por ejemplo, el del esposo que se encuentra en la impotencia o sometido a gustos contrarios a la procreación. Como ella goza mientras su marido no goza nunca, tales excesos se tornan indudablemente más ostensibles entonces; pero ¿debe molestarse ella por esto? Indudablemente, no. La única precaución que debe usar es no hacer hijos, o abortar si tales precauciones le fallan. Si son gustos antifísicos los que la obligan a compensarse por las negligencias de su marido, ante todo tiene que satisfacerle sin repugnancia en sus gustos, sean de la naturaleza que sean; luego, que le haga entender que semejantes complacencias merecen sobradamente algunos miramientos; que pida una libertad total en razón de la que otorga. Entonces el marido niega o consiente; si consiente, como ha hecho el mío, una mujer vive tranquila, redoblando los cuidados y las condescendencias para con sus caprichos; si se niega, hay que espesar los velos, y entonces una jode tranquilamente a su sombra. ¿Que es impotente? Una se separa, pero, en cualquier caso, ha de vivir a gusto; hay que joder siempre, amor mío, porque nosotras hemos nacido para joder, porque cumplimos las leyes de la naturaleza jodiendo, y porque toda la ley humana que contraría las de la naturaleza no merece otra cosa que el desprecio.

Vive muy engañada la mujer a la que nudos tan absurdos como los del himeneo impiden entregarse a sus inclinaciones, que teme bien el embarazo, bien los ultrajes de su esposo, o la mancilla, más vana aún, de su reputación. Acabas de verlo, Eugenia, sí, acabas de sentir cuán engañada está, cómo inmola vilmente a los más ridículos prejuicios tanto su felicidad como todas las delicias de la vida. ¡Ah! ¡Que joda, que joda im-

punemente! Un poco de falsa gloria, algunas frívolas esperanzas religiosas, ¿podrán compensarla de tales sacrificios? No, no, tanto la virtud como el vicio se confunden en la tumba. Al cabo de algunos años, ¿exalta el público más a unos de lo que condena a otros? ¡No, una vez más, no, y no! Y la desgraciada que haya vivido sin placer, expira, ¡ay!, sin compensación.

EUGENIA: ¡Cómo me convences, ángel mío! ¡Cómo triunfas de mis prejuicios! ¡Cómo destruyes todos los falsos principios que mi madre había puesto en mí! ¡Ay! Quisiera estar casada mañana mismo para poner al punto en práctica tus máximas. ¡Qué seductoras son, qué verdaderas, y cuánto las amo! Sólo una cosa me inquieta, querida amiga, en lo que acabas de decirme, y como no lo entiendo te suplico que me lo expliques. Pretendes que tu marido no se comporta, durante el goce, de forma que pueda tener hijos. Dime, por favor, ¿qué es lo que te hace entonces?

SRA. DE SAINT-ANGE: Mi marido era ya viejo cuando me casé con él. Desde la primera noche de bodas me previno de sus fantasías, asegurándome que por su parte jamás pondría obstáculos a las mías. Juré obedecerle, y desde esa época siempre hemos vivido los dos en la más deliciosa libertad. El gusto de mi marido consiste en que se la chupe, y mira el singularísimo episodio que une a esto: mientras que, inclinada sobre él, con mis nalgas a plomo sobre su rostro, absorbo con ardor la leche de sus cojones, tengo que cagarle en la boca... ¡Lo traga!...

EUGENIA: ¡Vaya fantasía extraordinaria!

DOLMANGÉ: Ninguna puede ser calificada así, querida; todas están en la naturaleza; le plugo, al crear a los hombres, diferenciar sus rostros como sus figuras, y no debemos asombrarnos de la diversidad que ha puesto en nuestros trazos más que de la que ha puesto en nuestros afectos. La fantasía de que acaba de hablaros vuestra amiga no puede estar más de moda; una infinidad de hombres, y sobre todo los de cierta edad, se entregan a ella prodigiosamente; ¿os negaríais, Eugenia, si alguien la exigiera de vos?

EUGENIA, *enrojeciendo:* Según las máximas que me son inculcadas aquí, ¿puedo negarme a algo? Sólo pido perdón para mi sorpresa: es ésta la primera vez que oigo todas esas lubricidades; es preciso, en primer lugar, que las conciba; pero de la solución del problema a la ejecución del procedimiento, creo que mis preceptores deben estar seguros de que no habrá nunca más distancia que la que ellos mismos exijan. De cualquier modo, querida, ¿ganas tu libertad a cambio del consentimiento a esta complacencia?

SRA. DE SAINT-ANGE: La libertad más total, Eugenia. Hago por mi parte lo que quiero, sin que él ponga obstáculos, pero no tomo amantes: amo demasiado el placer para eso. ¡Pobre de la mujer que se ata! ¡Basta un amante para perderla, mientras que diez escenas de libertinaje repetidas cada día, si ella lo quiere, se desvanecerán en la noche del silencio tan pronto como estén consumadas! Yo era rica: pagaba a jóvenes que me jodían sin conocerme; me rodeaba de sirvientes encantadores, seguros de gustar los más dulces placeres conmigo si eran discretos, también de ser despedidos si decían una sola palabra. No tienes idea, ángel mío, del torrente de delicias en que me sumergí de esta manera. Ésa es la conducta que siempre prescribiré a todas las mujeres que quieran imitarme. Desde hace doce años que estoy casada, me han jodido más de diez o doce mil individuos... ¡y en mi sociedad me creen mojigata! Cualquier otra habría tenido amantes, y al momento habría estado perdida.

EUGENIA: Esta máxima es la más segura; y será por supuesto la mía; es preciso que, como tú, me case con un hombre rico y sobre todo con un hombre de fantasías... Pero, querida, tu marido, estrictamente ligado a sus gustos, ¿no exigió nunca otra cosa de ti?

SRA. DE SAINT-ANGE: Nunca, desde hace doce años no se ha desdicho un solo día, excepto cuando tengo mis reglas. Una joven muy hermosa, que él ha querido que tome a mi servicio, me reemplaza entonces, y todo va a pedir de boca.

EUGENIA: Pero sin duda él no se queda ahí; ¿no concurren exteriormente otros objetos a diversificar sus placeres?

DOLMANCÉ: No lo dudéis, Eugenia: el marido de la señora es uno de los mayores libertinos de su siglo; gasta más de cien mil escudos anuales en los gustos obscenos que vuestra amiga acaba de pintaros hace un instante.

SRA. DE SAINT-ANGE: A decir verdad, tampoco yo lo dudo; pero ¿qué me importan a mí sus excesos cuando su multiplicidad autoriza y oculta con un velo los míos?

EUGENIA: Sigamos, te lo ruego, el pormenor de las maneras con que una joven, casada o no, puede preservarse del embarazo, porque he de confesarte que ese temor me asusta mucho, sea con el esposo que debo tomar, sea en la carrera del libertinaje; acabas de indicarme una al hablar de los gustos de tu esposo; pero esa forma de gozar, que puede ser muy agradable para el hombre, no me parece que lo sea tanto para la mujer, y es de nuestros goces exentos de unos riesgos que temo de lo que deseo que me hables.

SRA. DE SAINT-ANGE: Una joven nunca se expone a tener hijos mientras no se la deje meter en el coño. Que evite con cuidado esa manera de gozar; que ofrezca en su lugar indistintamente su mano, su boca, sus tetas o el ojete de su culo. Por esta última vía, recibirá mucho placer, e incluso más que por otras partes; de las demás maneras, lo dará.

A la primera de esas formas, quiero decir, a la de la mano, se procede como acabas de ver, Eugenia: una sacude, como si lo bombease, el miembro de su amigo; al cabo de algunos movimientos, el esperma salta; el hombre te besa, te acaricia durante ese tiempo, y cubre con ese licor la parte de tu cuerpo que mejor le place. ¿Que lo quiere hacer metido entre los senos? Nos tendemos en la cama, colocamos el miembro viril en medio de los dos pechos, lo presionamos, y al cabo de unas cuantas sacudidas el hombre se corre de tal modo que nos inunda las tetas y algunas veces la cara. Esta manera es la menos voluptuosa de todas, y sólo puede convenir a mujeres cuyo pecho, a fuerza de servicio, haya adquirido suficiente flexibilidad para apretar el miembro del hombre comprimiéndose sobre él. El goce de la boca es infinitamente más agradable, tanto para el hombre como para la mujer. La mejor forma de gustarlo es que la mujer se tienda a contra sentido sobre el cuerpo de su jodedor; te mete la polla en la boca y, con la cabeza entre tus muslos, te devuelve lo que le haces, introduciéndote su lengua en el coño o sobre el clítoris; cuando se adopta esta postura hay que agarrar, empuñar las nalgas y cosquillearse recíprocamente el agujero del culo, episodio siempre necesario para el complemento de la voluptuosidad. Amantes calientes y llenas de imaginación tragan entonces la leche que exhalan en su boca, y gozan delicadamente de este modo el placer voluptuoso de hacer pasar mutuamente a sus entrañas ese precioso licor, malvadamente escamoteado a su destino usual.

DOLMANCÉ: Esta forma es deliciosa, Eugenia; os recomiendo su ejecución. Echar a perder así los derechos de la propagación y contrariar de esta forma lo que los tontos llaman leyes de la naturaleza, está realmente lleno de encantos. Los muslos, las axilas, sirven a veces también de asilo al miembro del hombre, y le ofrecen reductos donde su semilla puede perderse sin riesgo de embarazo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Algunas mujeres se meten en el interior de la vagina esponjas que, al recibir el esperma, le impiden lanzarse en el vaso que lo haría propagarse; otras obligan a sus jodedores a servirse de una bolsita de piel de Venecia, vulgarmente llamada condón, donde la semilla corre sin riesgo de alcanzar la meta; pero de todas estas maneras, la del culo es la más deliciosa indudablemente. Dolmancé, os dejo que disertéis sobre ella. ¿Quién mejor que vos para pintar un gusto por el que daríais vuestra vida, si su defensa lo exigiera?

DOLMANCÉ: Confieso mi debilidad. Convengo en que no hay ningún goce en el mundo que sea preferible a éste; lo adoro en los dos sexos; pero el culo de un joven muchacho, debo admitirlo, me da aún más voluptuosidad que el de una muchacha. Se llama *bujdrrones*[7] a quienes se entregan a esta pasión; ahora bien, cuando uno es bujarrón, Eugenia, hay que serlo hasta el final. Joder a las mujeres por el culo no es más que serlo a medias: es en el varón donde la naturaleza quiere que el hombre se sirva de esta fantasía; y es especialmente por el hombre por el que nos ha dado gusto. Es absurdo decir que tal manía ultraja a la naturaleza. ¿Puede ser, cuando es la que nos lo inspira? ¿Puede dictar lo que la degrada? No, Eugenia, no; se la sirve tan bien ahí como en otra parte, y quizá de forma más santa incluso. La propagación no es más que una tolerancia por su parte. ¿Cómo podría haber prescrito por ley un acto que la priva de los derechos de su omnipotencia, puesto que la propagación no es más que una secuela de sus primeras intenciones, y dado que, si nuestra especie fuera destruida totalmente, nuevas construcciones rehechas por su mano volverían a hacer surgir las intenciones primordiales cuya realización sería más halagadora aún para su orgullo y para su poder?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Sabéis, Dolmancé, que mediante este sistema llegáis a probar incluso que la extinción total de la raza humana sólo sería un servicio hecho a la naturaleza?

DOLMANCÉ: ¿Quién lo duda, señora?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, santo cielo! Las guerras, las pestes, las hambres, los asesinatos, ¿no serían más que accidentes necesarios a las leyes de la naturaleza, y el hombre, agente o paciente de tales efectos, no sería por tanto más criminal en un caso de lo que sería víctima en el otro?

DOLMANCÉ: Víctima lo es, sin duda cuando se doblega bajo los golpes de la desgracia; pero criminal, nunca. Ya volveremos sobre todas estas cosas; mientras tanto, analicemos para la bella Eugenia el goce sodomita que constituye ahora el objeto de nuestra conversación. La postura más usada para la mujer, en este goce, es acostarse boca abajo, en el borde de la cama, con las nalgas bien separadas, la cabeza lo más bajo posible. El lascivo, tras haber disfrutado un instante con la perspectiva del bello culo que se le ofrece, tras haberlo palmoteado, palpado, a veces incluso latigado, pellizcado

[7] Sade emplea el término *bougres* que Voltaire explica en el *Dictionnaire philosophique:* «Búlgaros: Ya que en el *Dictionnaire enciclopédique* se ha hablado de búlgaros, quizá guste saber a ciertos lectores quiénes eran estas extrañas gentes, que parecieron tan malvadas que se las trató de heréticas, y cuyo nombre se dio luego en Francia a los inconformistas, que no tienen con las damas toda la atención que les deben; de suerte que hoy se llama a estos señores *Boulgares,* suprimiendo la *l* y la *a.* » La palabra castellana *bujarrón* tiene esa misma etimología: el bajo latín *bulgarus,* empleado como insulto por tratarse de herejes pertenecientes a la Iglesia ortodoxa griega. En castellano aparece en 1526, con su significado actual de «sodomita», por conducto de otra lengua romance, probablemente el francés anticuado *bougeron* (s. xv). [Nota del T.]

y mordido, humedece con su boca el lindo ojete que va a perforar, y prepara la introducción con la punta de su lengua; moja asimismo su aparato con saliva o con pomada y lo presenta suavemente al agujero que va a horadar; con una mano lo lleva, con la otra separa las nalgas de su goce; cuando siente su miembro penetrar, es preciso que empuje con ardor, teniendo mucho cuidado de no perder terreno; a veces la mujer sufre entonces, si es nueva y joven; pero sin miramiento alguno para con los dolores que pronto van a convertirse en placeres, el jodedor debe empujar con vivacidad su polla gradualmente, hasta que por fin haya alcanzado la meta, es decir, hasta que el pelo de su aparato frote exactamente los bordes del ano del objeto al que encula. Que prosiga entonces su camino con rapidez: todas las espinas están ya cogidas; sólo quedan las rosas. Para acabar de metamorfosear en placer los restos de dolor que su objeto aún experimenta, si es un joven muchacho que le coja la polla y se la menee; que acaricie el clítoris si es una muchacha; las .titilaciones del placer que provoca cuando encoge prodigiosamente el ano de la paciente, redoblarán los placeres del agente que, colmado de gusto y de voluptuosidad, disparará pronto al fondo del culo de su goce un esperma tan abundante como espeso, que habrán provocado tan lúbricos detalles. Hay otros que no quieren que la paciente goce: es lo que explicaremos en seguida.

SRA. DE SAINT-ANGE: Permitid un momento que sea alumna a mi vez y que os pregunte, Dolmancé, en qué estado debe encontrarse, para complemento de los placeres del agente, el culo del paciente.

DOLMANCÉ: Lleno, por supuesto; es esencial que el objeto que sirve tenga entonces las mayores ganas de cagar, a fin de que la punta de la polla del jodedor, al alcanzar el mojón, se hunda en él y deposite más cálida y blandamente la leche que lo irrita y enardece.

SRA. DE SAINT-ANGE: Me temo que el paciente ha de conseguir así menos placer.

DOLMANCÉ: ¡Error! Ese goce es tal que resulta imposible que algo lo perjudique y que el objeto que lo sirve no se vea transportado al séptimo cielo al gozarlo. Ninguno vale tanto, ninguno puede satisfacer de este modo tan completo a los dos individuos que se le entregan, y es difícil que quienes lo hayan gustado vuelvan a probar otra cosa. Ésas son, Eugenia, las mejores formas de saborear el placer con un hombre sin correr los riesgos del embarazo; porque, estad bien segura de ello, se goza no sólo ofreciendo el culo a un hombre del modo que acabo de explicaros, sino también chupándolo, magreándolo, etc., y he conocido mujeres libertinas que ponían con frecuencia mayores encantos en estos episodios que en los goces reales. La imaginación es el aguijón de los placeres; en los de esta especie, lo regula todo, es el móvil de todo; ahora bien, ¿no se goza por ella? ¿No es de ella de la que proceden las voluptuosidades más excitantes?

SRA. DE SAINT-ANGE: De acuerdo, pero Eugenia debe tener cuidado; la imaginación sólo nos sirve cuando nuestro espíritu se halla totalmente liberado de prejuicios: uno solo basta para enfriarla. Esta caprichosa porción de nuestro espíritu es de un libertinaje que nada puede contener; su mayor triunfo, sus delicias más eminentes, consisten en romper todos los frenos que se le oponen; es enemiga de la regla, idólatra del desorden y de todo lo que lleva los colores del crimen; de ahí procede la singular respuesta que dio una mujer imaginativa que jodía fríamente con su marido:

-¿Por qué tanto hielo?, le decía éste.

-¡Vaya! Pues la verdad, le respondió aquella singular criatura, es *que lo que me hacéis es completamente tonto.*

EUGENIA: Me gusta hasta la locura esa respuesta... ¡Ay, querida, qué disposiciones siento en mí para conocer esos divinos impulsos de una imaginación desordenada! No imaginas, desde que estamos juntas..., sólo desde ese instante, no, no querida, no puedes figurarte todas las ideas voluptuosas que ha acariciado mi espíritu... ¡Ay, cómo comprendo ahora el mal!... ¡Cuánto lo desea mi corazón!

SRA. DE SAINT-ANGE: Que las atrocidades, los horrores, los crímenes más odiosos no te asombren ya, Eugenia: lo más sucio, lo más infame y lo más prohibido es lo que mejor excita la cabeza..., es siempre lo que nos hace descargar con mayores delicias.

EUGENIA: ¡A cuántos extravíos increíbles no habréis debido de entregaros uno y otra! ¡Cuánto me gustaría conocer los detalles!

DOLMANCÉ, *besando y palpando a la joven:* Bella Eugenia, antes preferiría cien veces veros experimentar cuanto yo quisiera hacer que contaros lo que he hecho.

EUGENIA: No sé si sería demasiado para mí prestarme a todo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Yo no te lo aconsejaría, Eugenia.

EUGENIA: Bueno, le perdono a Dolmancé sus detalles; pero tú, mi buena amiga, dime, te lo ruego, qué es lo más extraordinario que has hecho en tu vida.

SRA. DE SAINT-ANGE: Me las he entendido yo sola con quince hombres: he sido jodida noventa veces en veinticuatro horas, tanto por delante como por detrás.

EUGENIA: Eso no son más que desenfrenos, proezas: apuesto a que has hecho cosas más singulares.

SRA. DE SAINT-ANGE: He estado en el burdel.

EUGENIA: ¿Qué quiere decir esa palabra?

DOLMANCÉ: Se llama así a las casas públicas donde, por un precio convenido, cualquier hombre encuentra jóvenes y hermosas muchachas dispuestas a satisfacer sus pasiones.

EUGENIA: ¿Y tú te has entregado allí, querida?

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, he estado allí de puta, he satisfecho durante una semana entera las fantasías de muchos viciosos, y he visto gustos muy singulares; por un principio igual de libertinaje, como la célebre emperatriz Teodora, mujer de Justiniano[8], los atrapé en las esquinas de las calles..., en los paseos públicos, y me jugué a la lotería el dinero ganado en esas prostituciones.

EUGENIA: Querida, conozco tu cabeza, has ido mucho más lejos todavía.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Es eso posible?

EUGENIA: ¡Oh! Sí, sí, y mira cómo lo imagino: ¿no me has dicho que las sensaciones morales más deliciosas nos venían de la imaginación?

SRA. DE SAINTANGE: Sí lo he dicho.

EUGENIA: Pues bien, dejando errar esa imaginación, dándole libertad para franquear los últimos límites que querrían prescribirle la religión, la decencia, la humanidad, la virtud, en fin, todos nuestros presuntos deberes, ¿no es cierto que sus extravíos serían prodigiosos?

---

[8] Véanselas anécdotas de Procopio.

[Fue Procopio un historiador de Justiniano y secretario de Belisario (siglo VI), que dejó unas *Anécdotas, o Historia secreta,* traducidas del griego al latín en 1607 por primera vez. En ellas figuran las aventuras amorosas de Teodora, que tuvo una juventud tormentosa como actriz antes de casarse con el emperador]. [Nota del T]

SRA. DE SAINT-ANGE: Indudablemente.
EUGENIA: Ahora bien, ¿no ha de excitaros más gracias a la inmensidad de sus extravíos?
SRA. DE SAINT ANGE: Nada más cierto.
EUGENIA: Si esto es así, cuanto más agitadas queramos estar, más desearemos conmovernos con violencia, más rienda suelta habrá que dar a nuestra imaginación en las cosas más inconcebibles; nuestro goce mejorará entonces en razón del camino que haya hecho la cabeza, y...
DOLMANCÉ, *besando a Eugenia:* ¡Deliciosa!
SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Qué progresos ha hecho la bribona en tan poco tiempo! Pero ¿sabes, encanto, que se puede ir lejos por el camino que nos trazas?
EUGENIA: Así lo entiendo, y puesto que no me impongo ningún freno, ya ves adónde sospecho que se puede llegar.
SRA. DE SAINT-ANGE: A los crímenes, malvada, a los crímenes más negros y más horribles.
EUGENIA, *en voz baja y entrecortada:* Pero tú dices que no existen... y además, sólo es para calentarse la cabeza: no se hace nada.
DOLMANCÉ: ¡Es, sin embargo, tan dulce hacer lo que uno ha imaginado!
EUGENIA, *ruborizándose:* Pues bien, se hace... No pretenderéis convencerme, queridos preceptores, de que jamás habéis hecho lo que habéis imaginado...
SRA. DE SAINT-ANGE: A veces lo he hecho.
EUGENIA: ¡Ya llegamos!
DOLMANCÉ: ¡Qué cabeza!
EUGENIA, *prosiguiendo:* Lo que te pido es lo que has imaginado, y lo que has hecho tras haberlo imaginado.
SRA. DE SAINT-ANDE, *balbuceando:* Eugenia, algún día te contaré mi vida. Prosigamos nuestra instrucción..., porque me harías decir unas cosas...
EUGENIA: Vamos, ya veo que no me amas lo bastante para abrirme hasta ese punto tu alma; esperaré el plazo que me impones; prosigamos con nuestros detalles. Dime, querida, ¿quién fue el primer mortal al que hiciste dueño de tus primicias?
SRA. DE SAINT ANGE: Mi hermano: me adoraba desde la infancia; desde nuestros años más tempranos nos habíamos divertido con frecuencia sin llegar al final; le había prometido entregarme a él cuando estuviera casada; mantuve mi palabra; felizmente, mi marido no había estropeado nada y él cogió todo. Seguimos dedicándonos a esta intriga, pero sin molestarnos el uno al otro; no por ella dejamos de sumergirnos menos, cada uno por nuestro lado, en los excesos más divinos del libertinaje; incluso nos ayudamos mutuamente: yo le procuro mujeres, y él me hace conocer hombres.
EUGENIA: ¡Delicioso apaño! Pero ¿no es el incesto un crimen?
DOLMANCÉ: ¿Podría considerarse así a las uniones más dulces de la naturaleza, a aquella que ésta nos prescribe y nos aconseja como la mejor? Razonad un momento, Eugenia: ¿cómo pudo la naturaleza humana, tras las grandes catástrofes que experimentó nuestro globo, reproducirse si no por el incesto? ¿No tenemos el ejemplo, y la prueba incluso, en los libros respetados por el cristianismo? Las familias de Adán y de Noé[9], ¿pu-

[9] Adán no fue, como Noé, sino un restaurador del género humano. Un horrible cataclismo dejó a Adán sólo sobre la tierra, igual que dejó a Noé un acontecimiento semejante; pero la tradición de Adán se perdió, y la de Noé se conservó.

dieron perpetuarse de otro modo que por este medio? Hojead y compulsad las costumbres del universo: por doquiera veréis el incesto autorizado, mirado como ley sabia y hecha para cimentar los lazos de la familia. Si el amor, en una palabra, nace del parecido, ¿dónde puede haberlo más perfecto que entre hermano y hermana, que entre padre e hija? Una política mal entendida, causada por el temor a permitir que ciertas familias se volvieran demasiado poderosas, prohibió el incesto en nuestras costumbres; pero no abusemos hasta el punto de tomar por ley de la naturaleza lo que no ha sido dictado más que por el interés y por ambición; sondeemos nuestros corazones: a ellos remito siempre a nuestros pedantes moralistas; interroguemos a ese órgano sagrado, y reconoceremos que no hay nada más delicado que la unión carnal de las familias; cesemos de cegarnos sobre los sentimientos de un hermano por su hermana, de un padre por su hija. En vano uno y otro los disfrazan bajo el velo de una legítima ternura: el amor más violento es el único sentimiento que los inflama, el único que la naturaleza ha puesto en sus corazones. Doblemos, tripliquemos, por tanto, sin temer nada, esos deliciosos incestos, y estemos seguros de que, cuanto más cercano nos sea el objeto de nuestros deseos, más encantos tendremos para gozar.

Uno de mis amigos vive habitualmente con la hija que ha tenido de su propia madre; no hace ocho días desfloró a un muchacho de trece años, fruto de un comercio carnal con esa hija; dentro de algunos años, ese mismo joven se casará con su madre; son los deseos de mi amigo; reserva una suerte análoga a estos proyectos, y sus intenciones, según sé, son gozar también de los frutos que nacerán de ese himeneo; es joven y puede esperar. Ved, tierna Eugenia, con qué cantidad de incestos y de crímenes se habría mancillado este honrado amigo si hubiera algo de verdad en el prejuicio que nos hace admitir el mal en estas relaciones. En resumen, en todo esto parto siempre de un principio: si la naturaleza prohibiese los goces sodomitas, los goces incestuosos, las masturbaciones, etcétera, ¿permitiría que encontráramos en ellos tanto placer? Es imposible que pueda tolerar lo que realmente la ultraja.

EUGENIA: ¡Oh! Comprendo claramente, divinos preceptores míos, que según vuestros principios hay pocos crímenes sobre la tierra, y que podemos entregarnos en paz a todos nuestros deseos, por singulares que puedan parecer a los tontos que, ofendiéndose y alarmándose por todo, toman imbécilmente las instituciones sociales por leyes divinas de la naturaleza. Pero, sin embargo, amigos míos, ¿no admitís al menos que existan ciertas acciones absolutamente escandalosas y decididamente criminales, aunque estén dictadas por la naturaleza? Estoy de acuerdo con vosotros en que esta naturaleza, tan singular en las producciones que ha creado como variada en las inclinaciones que nos da, nos lleva con frecuencia a hechos crueles; pero si, entregados a estas depravaciones, cediésemos a las inspiraciones de esa extravagante naturaleza hasta el punto de atentar, es una suposición, contra la vida de nuestros semejantes, me concederéis, eso espero al menos, que tal acción sería un crimen.

DOLMANCÉ: Eugenia, ni con mucho podemos concederos tal cosa. Siendo la destrucción una de las primeras leyes de la naturaleza, nada de lo que destruye podría ser un crimen. ¿Cómo podría ultrajarla una acción que sirve tan bien a la naturaleza? Esa destrucción, de la que el hombre se vanagloria, no es por otra parte sino una quimera; el asesinato no es una destrucción, quien lo comete no hace más que variar las formas; da

a la naturaleza los elementos de que ésta, con su hábil mano, se sirve para recompensar al punto a otros seres; y como las creaciones no pueden ser más que goce para quien se entrega a ellas, el asesino le prepara, por tanto, uno a la naturaleza; le proporciona materiales que ella utiliza inmediatamente, y la acción que los tontos locamente censuran no es más que un mérito a los ojos de este agente universal. Es a nuestro orgullo al que se le ocurre erigir el asesinato en crimen. Estimándonos las primeras criaturas del universo, hemos imaginado tontamente que toda lesión que sufra esta sublime criatura debería ser por necesidad un crimen enorme; hemos creído que la naturaleza perecería si nuestra maravillosa especie llegara a aniquilarse en este globo, mientras que la total destrucción de la especie, devolviendo a la naturaleza la facultad creadora que ella nos cede, le daría de nuevo una energía de la que nosotros la privamos al propagarnos; ¡pero qué inconsecuencia, Eugenia! ¡Pues qué! Un soberano ambicioso podrá destruir a su capricho y sin el menor escrúpulo a los enemigos que obstaculizan sus proyectos de grandeza; leyes crueles, arbitrarias, imperiosas, podrán incluso asesinar cada siglo millones de individuos... y nosotros, débiles y desgraciadas criaturas, ¿no podremos sacrificar un solo ser a nuestras venganzas o a nuestros caprichos? ¿Hay algo tan bárbaro, tan ridículamente extraño? ¿Y no debemos nosotros, bajo el velo del más profundo misterio, vengarnos ampliamente de semejante inepcia[10]?

EUGENIA: Desde luego... ¡Oh! ¡Cuán seductora es vuestra moral, y cómo me gusta!... Pero, decidme en conciencia, Dolmancé, ¿nunca os habéis satisfecho en ese punto?

DOLMANCÉ: No me forcéis a revelaros mis faltas: su número y su especie me obligarían a ruborizarme demasiado. Quizás un día os las confiese.

SRA. DE SAINT-ANGE: Dirigiendo la espada de las leyes, el malvado se ha servido muchas veces de ella para satisfacer sus pasiones.

DOLMANCÉ: ¡Ojalá no tuviera otros reproches que hacerme!

SRA. DE SAINT-ANDE, *saltando a su cuello:* ¡Hombre divino!... ¡Os adoro!... ¡Qué espíritu y qué valor hay que tener para haber gustado como vos todos los placeres! Sólo al hombre de genio le está reservado el honor de romper todos los frenos de la ignorancia y de la estupidez. ¡Besadme, sois encantador!

DOLMANCÉ: Sed franca, Eugenia, ¿no habéis deseado nunca la muerte a nadie?

EUGENIA: ¡Oh!, sí, sí, y ante mis ojos he tenido cada día una abominable criatura a la que desde hace mucho tiempo quisiera ver en la tumba.

SRA. DE SAINT-ANEE: Apuesto a que adivino quién es.

EUGENIA: ¿De quién sospechas?

SRA. DE SAINT-ANGE: De tu madre.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Deja que oculte mi rubor en tu seno!

DOLMANCÉ: ¡Voluptuosa criatura! ¡Quiero a mi vez abrumarte a caricias que han de ser el premio a la energía de tu corazón y de tu deliciosa cabeza. *(Dolmancé la besa en todo el cuerpo, y le da ligeras palmadas en las nalgas; se le pone tiesa; la Sra. de Saint Ange empuña y menea su polla; las manos de Dolmancé se pierden también de vez en cuando por el trasero de la Sra. de Saint Ange, que se lo presta con lubricidad;*

[10] Por hallarse tratado extensamente este artículo más adelante, nos contentamos con sentar aquí algunas bases del sistema que pronto desarrollaremos.

algo repuesto, Dolmancé continúa.) Pero, ¿por qué no habríamos de poner en práctica esa idea sublime?

SRA. DE SAINT-ANGE: Eugenia, yo detesté a mi madre tanto como tú odias a la tuya, y no dudé. EUGENIA: Me han faltado medios.

SRA. DE SAINT-ANGE: Di mejor el valor.

EUGENIA: ¡Ay! ¡Tan joven todavía!

DOLMANCÉ: Pero ahora, Eugenia, ¿ahora qué haríais?

EUGENIA: Todo... ¡Que me den los medios... y entonces se verá!

DOLMANCÉ: Los tendréis, Eugenia, os lo prometo; pero pongo una condición.

EUGENIA: ¿Cuál? O mejor, ¿cuál es la que no estoy dispuesta a aceptar?

DOLMANCÉ: Ven, perversa, ven a mis brazos; no puedo aguantar más; es preciso que tu encantador trasero sea el precio del don que te prometo, es preciso que un crimen pague el otro. ¡Ven!... ¡O mejor, venid ambas a apagar con oleadas de leche el fuego divino que nos inflama!

SRA. DE SAINT-ANGE: Pongamos, si os place, un poco de orden en estas orgías: es preciso hacerlo hasta en el seno del delirio y de la infamia.

DOLMANCÉ: Nada más sencillo: el objetivo principal, en mi opinión, es que yo me corra dando a esta encantadora muchachita el mayor placer que pueda. Voy a meterle mi polla en el culo mientras, doblada en vuestros brazos, la magreáis como mejor sepáis; en la postura en que os coloco, ella podrá devolvéroslo: os besaréis la una a la otra. Y tras algunas correrías en el culo de esta criatura, variaremos el cuadro. Yo os encularé, señora; Eugenia, encima de vos, con vuestra cabeza entre sus piernas, me dará a chupar su clítoris: de este modo le haré perder leche por segunda vez. Luego, yo me volveré a colocar en su ano; vos me ofreceréis vuestro culo en lugar del coño que ella me ofrecía, es decir, que pondréis, como ella acabará de hacerlo, su cabeza entre vuestras piernas; yo chuparé el ojete de vuestro culo de la misma forma que habré chupado el coño; vos descargaréis, yo haré otro tanto mientras mi mano, abrazando el lindo cuerpecito de esta encantadora novicia, irá a cosquillearle el clítoris para hacerla correrse también.

SRA. DE SAINT-ANGE: Bien, mi querido Dolmancé, pero os faltará algo.

DOLMANCÉ: ¿Una polla en el culo? Tenéis razón, señora.

SRA. DE SAINT-ANGE: Dejémoslo por esta mañana; la tendremos por la tarde: mi hermano vendrá a ayudarnos, y nuestros placeres quedarán colmados. Pongamos manos a la obra.

DOLMANCÉ: Quisiera que Eugenia me la menease un momento. *(Ella lo hace.)* Sí, así es..., un poco más rápido, amor mío..., mantened siempre bien desnuda esa cabeza bermeja, no la recubráis nunca... Cuanto más tenso pongáis el frenillo, mejor es la erección... nunca hay que cubrir la polla que se está meneando... ¡Bien!... De este modo, vos misma preparáis el estado del miembro que va a perforaros... ¿Veis cómo se decide?... ¡Dadme vuestra lengua, bribonzuela!... ¡Que vuestras nalgas se posen sobre mi mano derecha, mientras mi mano izquierda os cosquillea el clítoris!

SRA. DE SAINT ANGE: Eugenia, ¿quieres hacerle gustar el mayor de los placeres?

EUGENIA: Por supuesto..., quiero hacer cualquier cosa para procurárselo.

SRA. DE SAINT ANGE: Pues bien, métete su polla en la boca y chúpala unos instantes.

EUGENIA *lo hace.* ¿Es así?

DOLMANCÉ: ¡Ah, qué boca tan deliciosa! ¡Qué calor!... ¡Vale para mí tanto como el más hermoso de los culos!... Mujeres voluptuosas y hábiles, no neguéis nunca este placer a vuestros amantes; los encadenará a vosotras para siempre... ¡Ah, santo Dios, rediós!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo blasfemas, amigo mío!

DOLMANCÉ: Dadme vuestro culo, señora... Sí, dádmelo que lo bese mientras me chupan, y no os asombréis de mis blasfemias: uno de mis mayores placeres es jurar cuando estoy empalmado. Me parece que mi espíritu, mil veces más exaltado entonces, aborrece y desprecia mucho mejor esa repugnante quimera; quisiera encontrar una forma de denostarlo o de ultrajarlo más; y cuando mis malditas reflexiones me llevan a la convicción de la nulidad de ese repugnante objeto de mi odio, me excito, y querría poder reconstruir al punto el fantasma para que mi rabia se dirigiera al menos contra algo. Imitadme, mujer encantadora, y veréis cómo tales palabras acrecientan de modo infalible vuestros sentidos. Pero ¡rediós!... veo que, por más placer que sienta, debo retirarme inmediatamente de esa boca divina, ¡dejaré ahí mi leche!... Vamos, Eugenia, colocaos; ejecutemos el cuadro que he trazado, y sumerjámonos los tres en la ebriedad más voluptuosa. *(Adoptan la postura.)*

EUGENIA: ¡Cuánto temo, querido, la impotencia de vuestros esfuerzos! La desproporción es demasiado grande.

DOLMANCÉ: Sodomizo todos los días a gente más joven; ayer incluso, un niño de siete años fue desflorado por esta polla en menos de tres minutos... ¡Valor, Eugenia, valor!...

EUGENIA: ¡Ay! ¡Me desgarráis!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Tened cuidado, Dolmancé; pensad que yo respondo de ella!

DOLMANCÉ: Magreadla bien, señora, sentirá menos el dolor; además, ya está todo dicho: la he metido hasta el pelo.

EUGENIA: ¡Oh, cielos! No ha sido sin esfuerzo... Mira el sudor que cubre mi frente, querida... ¡Ay! ¡Dios! ¡Jamás experimenté dolores tan vivos!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Ya estás desflorada a medias, ya has ingresado en el rango de las mujeres; bien puede comprarse esa gloria a cambio de un poco de dolor; además, ¿no te alivian un poco mis dedos?

EUGENIA: ¿Podría resistir sin ellos? Hazme cosquillas, ángel mío... Siento que imperceptiblemente el dolor se metamorfosea en placer... ¡Empujad!... ¡Empujad!... ¡Dolmancé..., me muero!...

DOLMANCÉ: ¡Ay! ¡Santo Dios! ¡Rediós! ¡Recontradiós! Cambiemos, o no aguantaré más... Vuestro trasero, señora, por favor, y colocaos inmediatamente como os he dicho. *(Se colocan, y Dolmancé continúa.)* Aquí me cuesta menos... ¡Cómo entra mi polla!... Pero este bello culo no es menos delicioso, señora.

EUGENIA: ¿Estoy bien así, Dolmancé?

DOLMANCÉ: ¡De maravilla! Este lindo coñito ¡ r—e n se ofrece deliciosamente a mí. Soy un culpable, un infractor, lo sé; estos atractivos no están hechos para mis ojos; pero el deseo de dar a esta niña las primeras lecciones de la voluptuosidad es mayor que cualquier otra consideración. Quiero hacer correr su leche..., quiero agotarla si es posible... *(la lame.)*

EUGENIA: ¡Ay! ¡Me hacéis morir de placer, no puedo resistirlo!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ya me voy! ¡Ay! ¡Jode!... ¡Jode!... ¡Dolmancé, me corro!...

EUGENIA: ¡Yo hago lo mismo, querida! ¡Ay, Dios mío, cómo me chupa!...

SRA. DE SAINTANGE: ¡Jura entonces, putilla, jura!...

EUGENIA: Bien, ¡rediós! ¡Descargo!... ¡Estoy en la más dulce de las embriagueces!...
DOLMANCÉ: ¡A tu sitio!... ¡A tu sitio, Eugenia!... Seré víctima de todos estos cambios de mano. *(Eugenia se coloca.)* ¡Ah, bien! Ya estoy en mi primera guarida..., mostradme el agujero de vuestro culo, quiero lamerlo a mi gusto... ¡Cuánto me gusta besar un culo que acabo de joder!... ¡Ay! Dejadme que os lo chupe bien mientras lanzo mi esperma al fondo del coño de vuestra amiga... ¿Podríais creerlo, señora? Esta vez ha entrado sin esfuerzo... ¡Ay! ¡Joder, joder! No imagináis cómo lo aprieta, cómo lo comprime... ¡Jodido santo dios, qué placer siento!... ¡Ay, ya está, no aguanto más..., mi leche corre... y me muero!...
EUGENIA: También él me hace morir a mí, querida, te lo juro...
SRA. DE SAINTANGE: ¡La muy bribona! ¡Qué pronto se acostumbrará!
DOLMANCÉ: Conozco una infinidad de jovencitas de su edad a las que nada en el mundo podría convencer para gozar de otro modo; sólo cuesta la primera vez; una mujer sólo tiene que probar de esta manera para que no quiera hacer otra cosa... ¡Oh, cielos! Estoy agotado; dejadme que recupere el aliento al menos un instante.
SRA. DE SAINT-ANGE: Así son los hombres, querida, apenas nos miran cuando sus deseos quedan satisfechos; este aniquilamiento los lleva a la desgana, y la desgana pronto al desprecio.
DOLMANCÉ, *fríamente:* ¡Ah, qué injuria, divina belleza! *(Abraza a ambas.)* Sólo estáis hechas para los homenajes, cualquiera que sea el estado en que uno se encuentre.
SRA. DE SAINT-ANGE: Pero consuélate, Eugenia mía: si adquieren el derecho a despreocuparse de nosotras porque están satisfechos, también nosotras tenemos el de despreciarlos cuando su proceder nos fuerza a ello. Si Tiberio sacrificaba a Caprea los objetos que acababan de servir a sus pasiones[11], también Zingua, reina de África, inmolaba a sus amantes[12].
DOLMANCÉ: Estos excesos, perfectamente sencillos y de sobra conocidos por mí, desde luego, nunca deben realizarse, sin embargo, entre nosotros. «Jamás entre sí se comen los lobos», dice el proverbio, y por trivial que sea es exacto. No temáis nada de mí, amigas mías: quizá pudiera haceros mucho mal, pero nunca os lo haré.
EUGENIA: ¡Oh! No, no, querida, me atrevo a responder de ello: Dolmancé nunca abusará de los derechos que sobre nosotras le demos; creo que tiene la probidad de los viciosos: es la mejor; pero volvamos a nuestro preceptor a sus principios y retornemos, os lo suplico, al gran designio que nos inflamaba antes de que nos excitásemos.
SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo! ¡Bribona, todavía piensas en ello! Había creído que la historia nacía sólo de la efervescencia de tu cabeza.
EUGENIA: Es el impulso más nítido de mi corazón, y no quedaré contenta hasta la consumación de ese crimen.
SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh! Bueno, bueno, perdónala; piensa que es tu madre.
EUGENIA: ¡Bonito título!

---

[11] Véanse Suetonio y Dión Casio de Nicea.

[12] Véase la *Histoire de Zingua, reine d'Angola.*
[Zingua, reine d'Angola, histoire africaine, París, 1769, fue escrita por Jean-Louis Castilhon, aunque por error Sade atribuya el libro a un «misionero», que es lo que hace el propio autor en el prólogo, donde cita como fuentes a los misioneros portugueses y en especial al capuchino Antonio de Gaeta.] [Nota del T.]

DOLMANCÉ: Tienes razón: esa madre ¿ha pensado en Eugenia al traerla al mundo? La muy tunanta se dejaba follar porque sentía placer, pero estaba muy lejos de pensar en esta hija. Que actúe como quiera a ese respecto; dejémosla en total libertad y contentémonos con asegurarle que, sea el exceso que fuere al que llegue en este caso, jamás se hará culpable de ningún mal.

EUGENIA: La aborrezco, la detesto, mil razones legitiman mi odio; es preciso que obtenga su vida al precio que sea.

DOLMANCÉ: Pues bien, puesto que tus resoluciones son inquebrantables, quedarás satisfecha, Eugenia, te lo juro; pero permíteme algunos consejos que, antes de actuar, se convierten en lo más necesario para ti. Que jamás se te escape tu secreto, y, sobre todo, actúa sola: nada tan peligroso como los cómplices; desconfiemos siempre de aquellos mismos que creemos que nos son los más adictos. *Nunca,* decía Maquiavelo, *hay que tener cómplices, o hay que deshacerse de ellos en cuanto nos han servido.* Y esto no es todo: resulta indispensable, Eugenia, fingir para los proyectos que maquinas. Acércate más que nunca a tu víctima antes de inmolarla; finge agradarla o consolarla; mímala, comparte sus penas, júrale que la adoras; haz más aún, convéncela: en tales casos, nunca podrá llevarse demasiado lejos la falsedad. Nerón acariciaba a Agripina en la barca misma que debía engullirla[13]: imita este ejemplo, usa toda la trapacería, todas las imposturas que pueda sugerirte tu espíritu. Si la mentira es siempre necesaria a las mujeres, cuando quieren engañar es cuando se vuelve más indispensable.

EUGENIA: Estas lecciones serán retenidas y puestas en práctica sin duda; pero profundicemos, por favor, en esa falsedad que aconsejáis usar a las mujeres; ¿consideráis absolutamente esencial en el mundo tal manera de ser?

DOLMANCÉ: Indudablemente no conozco otra más necesaria en la vida; una verdad cierta va a probaros su indispensabilidad; todo el mundo la emplea; tras esto, yo os pregunto: ¿cómo no ha de fracasar siempre un individuo sincero en medió de una sociedad de gentes falsas? Ahora bien, si es verdad, como pretenden, que las virtudes son de alguna utilidad en la vida civil, ¿cómo queréis que aquel a quien ni la voluntad, ni el poder, ni el don de ninguna virtud, cosa que le ocurre a muchas personas, cómo queréis, repito, que tal ser no esté esencialmente obligado a fingir para obtener a su vez un poco de la porción de felicidad que sus competidores le arrebatan? Y, en la práctica, ¿no es desde luego la virtud, o su apariencia, lo que se vuelve realmente necesario al hombre social[14]? No dudemos que la apariencia sola le basta: poseyéndola, tiene todo lo necesario. Puesto que en sociedad los hombres no hacen más que rozarse, ¿no ha de bastarles con mostrarnos la corteza? Convenzámonos, además, de que la práctica de las virtudes apenas es útil a quien la posee: los demás sacan tan poco de ella que, con tal que quien haya de vivir con nosotros parezca virtuoso, nos da igual que lo sea en realidad o no. Por otra parte, la falsedad es casi siempre un medio seguro de triunfar: quien la posee adquiere necesariamente una especie de prioridad sobre quien comercia o tiene tratos con él: deslumbrándole con falsas apariencias, lo convence: desde ese momento triunfa. Si me doy cuenta de que me han engañado, sólo me culpo a mí, y mi engañador triunfará, sobre todo, porque yo,

[13] Suetonio, *Nerón,* XXXIV. [Nota del T]

[14] Rousseau: *Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres:* «Ser y parecer llegaron a ser dos cosas totalmente diferentes.» [Nota del T.]

por orgullo, no habré de quejarme; su ascendiente sobre mí será siempre notable; tendrá razón cuando yo esté equivocado; progresará, mientras que yo no seré nada; él se enriquecerá mientras que yo me arruinaré; siempre, en fin, por encima de mí, cautivará pronto a la opinión pública; una vez logrado, por más que lo inculpe, ni siquiera me escucharán. Entreguémonos por tanto audazmente y sin cesar a la más insigne falsedad; mirémosla como la llave de todas las gracias, de todos los favores, de todas las reputaciones, de todas las riquezas, y calmemos cumplidamente el pequeño pesar de haber cometido engaños con el excitante placer de ser bribones.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pienso que esto es infinitamente más de lo que requiere esta materia. Una vez convencida, Eugenia debe estar tranquila y animada: que actúe cuando quiera. Pienso que es preciso seguir ahora nuestras disertaciones sobre los diferentes caprichos de los hombres en el libertinaje; este campo ha de ser vasto, recorrámoslo; acabamos de iniciar a nuestra alumna en algunos misterios de la práctica, no descuidemos la teoría.

DOLMANCÉ: Los detalles libertinos de las pasiones del hombre son, señora, poco susceptibles de motivos de instrucción para una joven que, como Eugenia sobre todo, no está destinada al oficio de mujer pública; se casará y, en tal hipótesis, apuesto diez contra uno a que su marido no tendrá estos gustos; si así fuera, no obstante, su conducta es fácil: mucha dulzura y complacencia con él por un lado; por otro, mucha falsedad y compensaciones secretas: estas pocas palabras lo encierran todo. Si, no obstante, vuestra Eugenia desea algunos análisis de los gustos del libertinaje, para examinarlos más someramente, los reduciremos a tres: la sodomía, las fantasías sacrílegas y los gustos crueles. La primera pasión es hoy universal. Sumemos algunas reflexiones a lo que ya hemos dicho. Se divide en dos clases: la activa y la pasiva: el hombre que encula, bien a un muchacho, bien a una mujer, comete sodomía activa; es sodomita pasivo cuando se hace joder. Con frecuencia se ha puesto en tela de juicio cuál de estas dos formas de cometer sodomía era más voluptuosa: con toda seguridad lo es la pasiva, puesto que se goza a la vez de la sensación de delante y de la de atrás; es tan dulce cambiar de sexo, tan delicioso imitar a la puta,, entregarse a un hombre que nos trata como a una mujer, llamar a ese hombre amante, confesarse su querida. ¡Ay, amigas mías, qué voluptuosidad! Pero, Eugenia, limitémonos aquí a algunos consejos de detalle, sólo relativos a las mujeres que, metamorfoseándose en hombres, quieren gozar, siguiendo nuestro ejemplo, de este delicioso placer. Acabo de familiarizaros con esos ataques, Eugenia, y he visto suficiente para estar convencido de que, algún día, haréis progresos en esta carrera. Os exhorto a recorrerla como una de las más deliciosas de la isla de Citerea, perfectamente convencido de que cumpliréis el consejo. Voy a limitarme a dos o tres avisos esenciales para cualquier persona decidida a conocer sólo este género de placeres, o los que le son análogos. En primer lugar, debéis haceros masturbar siempre el clítoris cuando os sodomicen: nada casa mejor que esos dos placeres; evitad el bidé o el roce de telas cuando acabáis de ser jodida de esa forma: conviene que la brecha esté siempre abierta: de ello se derivan deseos y titilaciones que pronto apagan los cuidados de la limpieza; no se tiene idea de hasta qué punto se prolongan las sensaciones. Así, cuando estéis en trance de gozar de esa manera, Eugenia, evitad los ácidos: inflaman las hemorroides y vuelven las introducciones dolorosas; oponeos a que varios hombres os descarguen sucesivamente en el culo: esa mezcla de esperma, aunque voluptuosa para la

imaginación, es con frecuencia peligrosa para la salud; echad siempre fuera las distintas emisiones a medida que se produzcan.

EUGENIA: Pero ¿no sería un crimen si fueran hechas por delante?

SRA. DE SAINT-ANGE: No imagines, pobre loca, que hay el menor mal en prestarse, de la manera que sea, a desviar del principal camino la semilla del hombre, porque la propagación no es en modo alguno el objetivo de la naturaleza: sólo es una tolerancia; y cuando no la aprovechamos, sus intenciones quedan cumplidas mejor. Eugenia, sé enemiga jurada de esa fastidiosa propagación, y desvía sin cesar, incluso en el matrimonio, ese pérfido licor cuya vegetación sólo sirve para estropearnos nuestros talles, para debilitar en nosotras las sensaciones voluptuosas, para marchitarnos, para envejecernos y para perturbar nuestra salud; obliga a tu marido a acostumbrarse a tales pérdidas; ofrécele todas las rutas que puedan alejar el homenaje del templo; dile que detestas los hijos, que le suplicas no hacértelos. Cumple este artículo, querida, porque, te lo aseguro, siento por la propagación un horror tal que dejaría de ser tu amiga en el instante mismo en que estuvieras encinta. Y si esta desgracia te ocurre sin que tú tengas culpa, avísame en las siete u ocho primeras semanas, y te haré echarlo suavemente. No temas el infanticidio; ese crimen es imaginario; nosotras somos siempre dueñas de lo que llevamos en nuestro seno, y no hacemos peor destruyendo esa especie de materia que purgando la otra mediante medicamentos cuando sentimos necesidad de ello.

EUGENIA: ¿Y si el niño estuviera ya hecho?

SRA. DE SAINT-ANGE: Aunque estuviera en el mundo siempre seguiríamos siendo dueñas de destruirlo. No hay sobre la tierra derecho más cierto que el de las madres sobre sus hijos. No hay ningún pueblo que no haya reconocido esa verdad: está basada en la razón, en los principios.

DOLMANCÉ: Tal derecho está en la naturaleza... es indiscutible. La extravagancia del sistema deifico fue la fuente de todos estos groseros errores. Los imbéciles que creían en Dios, convencidos de que nosotros sólo recibíamos la existencia de él, y de que tan pronto como un embrión se hallaba maduro una pequeña alma, emanada de Dios, venía a animarla al punto, esos imbéciles, digo, debieron con toda certeza considerar como un crimen capital la destrucción de esa pequeña criatura porque, según ellos, no pertenecía ya a los hombres. Era obra de Dios: era de Dios; ¿se podía disponer de ella sin pecar? Pero desde que la antorcha de la filosofía ha disipado todas esas imposturas, desde que la quimera divina ha sido pisoteada, desde que, mejor instruidos en las leyes y en los secretos de la física, hemos desarrollado el principio de la generación, y, desde que ese mecanismo artificial no ofrece a los ojos nada más sorprendente que la vegetación del grano de trigo, hemos apelado a la naturaleza contra el error de los hombres. Ampliando la extensión de nuestros derechos, por fin hemos llegado a reconocer que éramos perfectamente libres de volver a tomar lo que sólo de mala gana y por azar habíamos entregado, y que es imposible exigir de un individuo cualquiera que se convierta en padre o en madre si no lo desea; que una criatura de más o de menos sobre la tierra no tenía mayores consecuencias, y que, en resumen, éramos tan palmariamente dueños de ese trozo de carne, por animado que estuviese, como lo somos de las uñas que cortamos de nuestros dedos, de las excrecencias de carne que extirpamos de nuestro cuerpo, o de las digestiones que suprimimos de nuestras entrañas, porque todo ello es de nosotros, porque todo ello está en nosotros, y porque somos absolutamente dueños de lo que de nosotros emana. Cuando desarrollaba para vos, Eugenia, la muy escasa

importancia que la acción del asesinato tenía en la tierra, habréis podido apreciar la pequeña secuela que debe de tener asimismo cuanto atañe al infanticidio, cometido incluso sobre una criatura en la edad de razón; es por tanto inútil volver sobre ello: la excelencia de vuestro ingenio aumentará mis pruebas. La lectura de la historia de las costumbres de todos los pueblos de la tierra, haciéndonos ver que este uso es universal, acabará por convenceros de que sólo sería una imbecilidad admitir como tal esta acción totalmente indiferente.

EUGENIA, *primero a Dolmancé:* No puedo deciros hasta qué punto me convencéis. *(Dirigiéndose luego a la Sra. de Saint Ange.)* Pero dime, querida, ¿has empleado alguna vez el remedio que me ofreces para destruir interiormente el feto?

SRA. DE SAINT-ANGE: En dos ocasiones, y siempre con el mayor éxito; pero debo confesarte que sólo he hecho la prueba en los primeros días; no obstante, dos mujeres que conozco han empleado este mismo remedio en la mitad del embarazo, y me han asegurado que habían obtenido buenos resultados. Cuenta, por tanto, conmigo si te ocurre, querida, pero te exhorto a no ponerte nunca en el caso de necesitarlo: es más seguro. Prosigamos ahora la serie de detalles lúbricos que hemos prometido a esta joven. Continuad, Dolmancé, estamos en las fantasías sacrílegas.

DOLMANCÉ: Supongo que Eugenia está demasiado de vuelta de los errores religiosos para no hallarse íntimamente convencida de que cuanto implica burlarse de los objetos de la piedad de los tontos, apenas tiene alguna clase de consecuencia. Estas fantasías tienen tan pocas que, en la práctica, no deben calentar más que a cabezas muy jóvenes, para quienes toda ruptura de cualquier freno se convierte en goce; es una especie de pequeña venganza que enardece la imaginación y que, sin duda, puede divertir durante unos instantes; pero tales voluptuosidades han de volverse, en mi opinión, insípidas y frías, cuando uno ha tenido tiempo de instruirse y convencerse de la nulidad de objetos que no son sino pobre representación de los ídolos que nosotros escarnecemos. Profanar las reliquias, las imágenes de los santos, la hostia, el crucifijo, todo eso no debe suponer, a ojos del filósofo, más de lo que supondría la degradación de una estatua profana. Una vez que se ha condenado al desprecio tan execrables fruslerías, hay que olvidarlas sin preocuparse más por ellas; de todo ello sólo hay que conservar la blasfemia, no porque en ella haya más realidad, dado que, desde el momento en que no hay Dios, ¿de qué sirve insultar su nombre? Sino porque es esencial pronunciar palabras fuertes o sucias en la embriaguez del placer, y porque las de la blasfemia van bien a la imaginación. No hay que ahorrar nada: hay que adornar esas palabras con el mayor lujo de expresiones; es preciso que escandalicen lo más posible; porque es muy dulce escandalizar: hay en ello, para el orgullo, un pequeño triunfo de ningún modo desdeñable; os lo confieso, señoras mías, es una de mis voluptuosidades secretas: pocos placeres morales hay más activos sobre mi imaginación. Probadlo, Eugenia, y veréis cuáles son sus resultados. Haced gala, sobre todo, de una prodigiosa impiedad cuando os encontréis con personas de vuestra edad que vegetan aún en las tinieblas de la superstición; haced alarde de desenfreno y de libertinaje; fingid que hacéis de puta, dejando ver vuestro pecho; si vais con ellas a lugares secretos, remangaos los vestidos con indecencia; dejadles ver con afectación las partes más secretas de vuestro cuerpo; exigid lo mismo de ellas; seducidlas, sermoneadlas, demostradles lo ridículo de sus prejuicios; hacedles sentirse lo que se dice mal; jurad como un hombre con ellas; si son más jóvenes que vos, tomadlas por la fuerza, divertíos y corrompedlas mediante ejemplos, mediante con-

sejos, mediante todo aquello que os parezca idóneo para pervertirlas; sed asimismo extremadamente libre con los hombres; haced alarde con ellos de irreligión y de impudor: lejos de asustaros por las libertades que tomen, concededles misteriosamente cuanto pueda divertirles sin comprometeros; dejaos magrear por ellos, meneádsela, que os masturben; llegad incluso a poner el culo; pero, puesto que el honor quimérico de las mujeres afecta a las primicias anteriores, haceos más difícil en ellas; una vez casada, tomad criados, nada de amantes, o pagad a algunas personas seguras; desde ese momento todo queda a cubierto; nada podrá dañar vuestra reputación, y sin que se haya podido sospechar nunca de vos, habréis encontrado el arte de hacer cuanto os plazca. Prosigamos:

Son los placeres de la crueldad los que hemos prometido analizar en tercer lugar. Esa clase de placeres es hoy muy común entre los hombres, y éste es el argumento de que se sirven para legitimarla: queremos que nos conmuevan, dicen, ése es el objetivo de todo hombre que se entrega a la voluptuosidad, y queremos serlo por los medios más activos. Partiendo de este punto, no se trata de saber si nuestros procedimientos agradarán o desagradarán al objeto que nos sirve, se trata sólo de hacer estremecerse la masa de nuestros nervios mediante el choque más violento posible; ahora bien, si no puede ponerse en duda que el dolor afecta con más viveza que el placer, los choques sobre nosotros de esa sensación producida en otros tendrán esencialmente una vibración más vigorosa, resonarán con más energía en nosotros, pondrán en circulación más violenta los espíritus animales que, al ser determinados en las regiones bajas por el movimiento de retrogradación que les es esencial, abrasarán de inmediato los órganos de la voluptuosidad y los dispondrán para el placer. Los efectos del placer son siempre falaces en las mujeres: es además muy difícil que un hombre viejo y feo los produzca. ¿Y si lo consiguen? En tal caso son débiles, y los choques mucho menos nerviosos. Por tanto hay que preferir el dolor, cuyos efectos no pueden engañar y cuyas vibraciones son más activas. Pero -objetan a los hombres encaprichados con esta manía-, ese dolor aflige al prójimo; ¿es caritativo hacer daño a los demás para deleitarse uno mismo? Los tunantes os responderán que, acostumbrados como están en el acto del placer a creerse ellos todo y a no creer nada en los demás, están convencidos de que es muy fácil, según los impulsos de la naturaleza, preferir lo que sienten a lo que no sienten de ningún modo. ¿Qué nos importan, se atreven a decir, dolores ocasionales en el prójimo? ¿Los sentimos nosotros? No, al contrario; acabamos de demostrar que producirlos nos depara una sensación deliciosa. ¿Por qué motivo habríamos de tener consideración con un individuo que no nos afecta para nada? ¿Con qué motivo hemos de evitarle nosotros un dolor que nunca nos arrancará una lágrima, cuando es seguro que de ese dolor ha de nacer un gran placer para nosotros? ¿Hemos experimentado alguna vez un solo impulso de la naturaleza que nos aconseje preferir los demás a nosotros, y no debe cada uno mirar para sí mismo en el mundo[15]? Nos habláis de una voz quimérica de esa naturaleza, que nos di-

[15] Nuevamente parece haber aquí un recuerdo de las tesis expuestas por Rousseau en el libro citado anteriormente, sobre la piedad, y en el *Ensayo sobre el origen de las lenguas.* Precisamente en este ensayo, el tema de la piedad se halla en contradicción con lo expresado por Rousseau en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres,* lo cual ha dado lugar a una polémica entre eruditos que en el prólogo a mi edición de esos dos títulos de Rousseau abordo sumariamente dando bibliografía sobre el tema. Rousseau trató en varias ocasiones el tema de la piedad: en el capítulo IX del *Ensayo*

ce que no ha de hacerse a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros; pero ese absurdo consejo sólo nos ha venido de hombres, y de hombres débiles. Al hombre fuerte no se le ocurrirá nunca emplear ese lenguaje. Fueron los primeros cristianos los que, perseguidos diariamente por su estúpido sistema, gritaban a quien quería oírlos: «¡No nos queméis, no nos desolléis! *La naturaleza dice que no hay que hacer a los otros lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros.»* ¡Imbéciles[16]! ¿Cómo la naturaleza, que siempre nos aconseja deleitarnos, que nunca imprime en nosotros otros impulsos ni otras inspiraciones, podría al momento siguiente, por una incoherencia sin ejemplo, asegurarnos que no hemos de pensar en deleitarnos si eso puede causar dolor a los demás? ¡Ah! Hagámosla caso, hagámosla caso, Eugenia; la naturaleza, nuestra madre común, sólo nos habla de nosotros; no hay nada tan egoísta como su voz, y lo que vemos más claro en ella es el inmutable y santo consejo que nos da de deleitarnos, sin importar a expensas de quién. Pero los demás -responden ellos a esto- pueden vengarse... En buen hora, sólo el más fuerte tendrá razón... Pues bien, así estamos en el estado primitivo de guerra y de destrucción perpetua para el que su mano nos creó, y en el que sólo le conviene que estemos.

Así es, mi querida Eugenia, como razonan esas gentes, y yo añado, tras mi experiencia y mis estudios, que la crueldad, lejos de ser un vicio, es el primer sentimiento que imprime en nosotros la naturaleza. El niño rompe su sonajero, muerde la teta de su nodriza, estrangula su pájaro mucho antes de entrar en la edad de la razón[17]. La crueldad está impresa en los animales, en los que, como creo haber dicho, las leyes de la naturaleza se leen más enérgicamente que en nosotros; y está en los salvajes, más próximos a la naturaleza que el hombre civilizado; sería por tanto absurdo concluir que es una secuela de la depravación. Tal sistema es falso, lo repito. La crueldad está en la naturaleza; todos nosotros nacemos con una dosis de crueldad que sólo la educación modifica; pero la educación no está en la naturaleza, perjudica a los efectos sagrados de la naturaleza tanto como el cultivo perjudica a los árboles. Comparad en vuestros vergeles el árbol abandonado a los cuidados de la naturaleza, con ese otro que vuestro arte cuida dominándolo, y veréis cuál es más bello, cuál os da mejores frutos. La crueldad no es otra cosa que la energía del hombre que la civilización no ha corrompido todavía: es por tanto una virtud y un vicio. Eliminad vuestras leyes, vuestros castigos, vuestras costumbres y la crueldad dejará de tener efectos peligrosos, puesto que no obrará nunca sin que pueda ser rechazada al punto por los mismos medios; es en el estado de civilización en el que es peligrosa, porque el ser lesionado carece casi siempre o de la fuerza o de los medios para rechazar la injuria; pero en el estado de incivilización, si actúa sobre el fuerte será rechazada por éste, y si actúa sobre el débil, no hay el menor inconveniente,

sobre el origen de las lenguas, en la primera parte de ese *Discurso sobre la desigualdad* y en el libro IV del *Emilio.* [Nota del T]

16 El término francés *imbécile* mantenía aún en esa época rastros de su sentido latino: debilidad mental. [Nota del T.]

17 El tema del niño cruel, que procede de Hobbes, fue recogido por Rousseau en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad,* inmediatamente después de sus pensamientos sobre la piedad. Era, de todos modos, un tema frecuente de la Enciclopedia: Diderot lo comenta al final de su artículo *Hobbisme.* [Nota del T]

puesto que sólo lesiona a un ser que cede ante el fuerte de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

No analizaremos la crueldad en los placeres lúbricos de los hombres; ya veis, Eugenia, poco más o menos, los diferentes excesos a que pueden llevar, y vuestra ardiente imaginación ha de haceros comprender fácilmente que, en un alma firme y estoica, no deben tener límites. Nerón, Tiberio, Heliogábalo, inmolaban niños para conseguir que se les pusiera dura; el mariscal de Retz, Charolais[18], tío de Condé, cometieron también los asesinatos del desenfreno: el primero confesó en su interrogatorio que no conocía voluptuosidad más poderosa que la que sacaba del suplicio infligido por su limosnero y él a niños de ambos sexos. En uno de sus castillos de Bretaña se hallaron setecientos u ochocientos inmolados. Todo ello es concebible, acabo de probároslo. Nuestra constitución, nuestros órganos, el curso de los licores, la energía de los espíritus animales: he ahí las causas físicas que producen en el mismo momento los Titos o los Nerones, las Mesalinas o las Chantal[19]; no hay por qué enorgullecerse más de la virtud que arrepentirse del vicio, ni tampoco hay por qué acusar a la naturaleza por habernos hecho nacer buenos más que por habernos creado perversos; ella ha actuado según sus miras, sus placeres y sus necesidades: sometámonos. Por tanto sólo examinaré aquí la crueldad de las mujeres, siempre más activa en ellas que en los hombres, por la poderosa razón de la excesiva sensibilidad de sus órganos.

En general distinguimos dos clases de crueldad: la que nace de la estupidez, que, nunca razonada, nunca analizada, iguala al individuo nacido así con la bestia feroz: no proporciona ningún placer, porque quien está inclinado a ella no es susceptible de ningún refinamiento; las brutalidades de un ser así, rara vez son peligrosas; siempre es fácil evitarlas; la otra especie de crueldad, fruto de la extrema sensibilidad de los órganos, sólo es conocida por seres extremadamente delicados, y los excesos a que lleva no son sino refinamientos de su delicadeza; es esa delicadeza, embotada demasiado deprisa por su excesiva finura, la que, para despertar, utiliza todos los recursos de la crueldad. ¡Qué pocas personas conciben estas diferencias! ¡Cuán pocas las que las sienten! Y sin embargo existen, son indudables. Ahora bien, este segundo género de crueldad es el que afecta con más frecuencia a las mujeres. Estudiadlas bien: veréis si no es el exceso de su sensibilidad lo que las ha llevado ahí; veréis si no es la extrema actividad de su imaginación, la fuerza de su espíritu, lo que las vuelve malvadas y feroces; por ello son tan encantadoras; por ello también no hay una sola de esta especie que no desemboque en la locura cuando empieza; por desgracia, la rigidez, o, más bien, la absurdidad de nuestras costumbres, otorga poco alimento a su crueldad; están obligadas a esconderse, a disimular, a cubrir su inclinación por medio de ostensibles actos de beneficencia que en

[18] El mariscal de Retz o Rais (c. 1400-1440), compañero de Juana de Arco, dejó un reguero de crímenes por los que fue ejecutado en Nantes; su figura se convirtió en personaje legendario. Charolais, emparentado con el Príncipe de Condé, murió en julio de 1760, de gota, repentinamente. En el *Journal de Barbier Chronique de la Régence et du regne de Louis* XV (París, 1857), se cuentan varios episodios que ponen de relieve su brutalidad y sus violencias; más adelante, el propio Sade referirá uno de esos episodios, aunque en la obra de Barbier, lo que Sade atribuye a los labios reales, figura en los del Duque de Orleans, que fue quien, evidentemente, las pronunció. [Nota del T]

[19] Sade opone Tito a Nerón, y santa Juana de Chantal a Mesalina. Santa Juana, fundadora de la orden de la Visitación (1572-1741) fue dirigida espiritualmente por san Francisco de Sales. [Nota del T]

el fondo de su corazón detestan; sólo bajo el velo más oscuro, con las precauciones más grandes, ayudadas de algunas amigas seguras, pueden entregarse a sus inclinaciones; y, como hay muchas de esta clase, muchas son las desgraciadas en consecuencia. ¿Queréis conocerlas? Anunciad un espectáculo cruel, un duelo, un incendio, una batalla, un combate de gladiadores; veréis cómo acuden; pero estas ocasiones no son lo suficientemente numerosas para alimentar su furor: se contienen y sufren.

Lancemos una rápida ojeada sobre las mujeres de esa clase. Zingua, reina de Angola, la más cruel de las mujeres, inmolaba a sus amantes nada más gozar de ella; con frecuencia hacía luchar a guerreros ante sus ojos y se convertía en premio del vencedor; para halagar su alma feroz, se divertía mandando machacar en un mortero a todas las mujeres que habían quedado embarazadas antes de los treinta años[20]. Zoé[21], mujer de un emperador chino, no tenía mayor placer que ver ejecutar criminales ante sus ojos; a falta de ellos, hacía inmolar esclavos mientras jodía con su marido, y los impulsos de su descarga eran proporcionales a la crueldad de las angustias que hacía soportar a aquellos desdichados.

Ella fue la que, afinando sobre la clase de suplicio que iba a imponer a sus víctimas, inventó esa famosa columna de bronce hueca que se ponía al rojo vivo tras haber introducido en ella al paciente. Teodora, la mujer de Justiniano, se divertía viendo hacer eunucos; y Mesalina se masturbaba mientras, ante ella, por el mismo procedimiento, se hacía morir por agotamiento a los hombres. Las mujeres de Florida hacían hincharse el miembro de sus esposos y ponían pequeños insectos sobre el glande, lo cual les hacía sufrir horribles dolores; para esta operación los ataban y se reunían varias en torno a un solo hombre para lograr más fácilmente sus propósitos. Cuando vieron a los españoles, ellas mismas sujetaban a sus esposos mientras esos bárbaros europeos los asesinaban. La Voisin y la Brinvilliers envenenaban por el solo placer de cometer un crimen. En resumen, la historia nos proporciona miles de rasgos de la crueldad de las mujeres, y, debido a la inclinación natural que sienten por esos impulsos, desearía que se acostumbraran a usar la flagelación activa, medio por el que los hombres crueles aplacan su ferocidad. Algunas de ellas la utilizan, lo sé, pero no se halla extendida entre ese sexo hasta el punto que yo desearía. Con esta salida brindada a la barbarie de las mujeres, la sociedad ganaría; porque al no poder ser malvadas de esa forma, lo son de otra y, diseminando su veneno en la sociedad, causan la desesperación de sus esposos y de su familia. Su negativa a hacer una buena acción cuando la ocasión se presenta, la de socorrer al infortunado, desarrolla perfectamente, si se quiere, esa ferocidad a que ciertas mujeres son arrastradas por naturaleza; pero eso es poco y a menudo dista mucho de su necesidad de hacer lo peor. Indudablemente habría otros medios con los que una mujer a un tiempo sensible y feroz puede calmar sus fogosas pasiones, pero son peligrosos, Eugenia, y nunca me atreveré a aconsejártelos. ¡Oh, cielos! ¿Qué os pasa, ángel querido?... Señora..., ¡en qué estado se encuentra vuestra alumna!...

EUGENIA, *masturbándose:* ¡Ay, santo Dios! ¡Me volvéis loca!... ¡Aquí tenéis el efecto de vuestras jodidas palabras!...

[20] Véase la *Histoire de Zingua, reine d'Angola,* por un misionero.

[21] Zoé: se ha supuesto que bajo este nombre se alude a la emperatriz Wu Chao. Sobre Teodora, véase la nota 8. La Voisin (c. 1640-1680) y la Brinvilliers (1676) fueron dos envenenadoras de la época. [Nota del T]

DOLMANCÉ: ¡Ayuda, señora, ayuda! ¿Dejaremos correrse a esta hermosa niña sin ayudarla?...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh! ¡Sería injusto! *(Tomándola en sus brazos.)* ¡Adorable criatura, nunca he visto una sensibilidad como la tuya, nunca una cabeza tan deliciosa!...

DOLMANCÉ: Ocupaos de la parte delantera, señora; con mi lengua voy a lamer el lindo agujerito de su culo, mientras doy leves cachetadas en las nalgas; tiene que correrse entre nuestras manos por lo menos siete u ocho veces de esta forma.

EUGENIA, *extraviada:* ¡Ay! ¡Joder! ¡No será difícil!

DOLMANCÉ: Por la postura en que estamos, señoras mías, observo que podríais chuparme la polla por turno; así excitado, procedería con mayor energía a los placeres de nuestra encantadora alumna.

EUGENIA: Querida, te disputo el honor de chupar esta hermosa polla. *(La empuña.)*

DOLMANCÉ: ¡Ay! ¡Qué delicias!... ¡Qué calor voluptuoso!... Pero, Eugenia, ¿os portaréis bien en el momento de la crisis?

SRA. DE SAINT-ANGE: Tragará..., tragará..., respondo de ella; y además, si por niñería... o por no sé qué otro motivo... descuidara los deberes que aquí le impone la lubricidad...

DOLMANCÉ, *muy animado:* ¡No la perdonaría, señora, no la perdonaría!... ¡Un castigo ejemplar..., os juro que sería azotada..., que sería azotada hasta la sangre!... ¡Ay, rediós!... Descargo... ¡Mi leche corre!... ¡Traga!... ¡Traga, Eugenia, que no se pierda ni una sola gota!... Y vos, señora, ocupaos de mi culo, que a vos se ofrece... ¿No veis cómo está entreabierto mi jodido culo? ¿No veis cómo apela a vuestros dedos?... ¡Hostias! Mi éxtasis es completo... ¡Los hundís hasta la muñeca!... ¡Ah, calmémonos, no puedo más..., esta encantadora niña me ha chupado como un ángel!...

EUGENIA: Querido y adorable preceptor, no he perdido ni una sola gota. Bésame, amor, tu leche está ahora en el fondo de mis entrañas.

DOLMANCÉ: Es deliciosa... ¡Y cómo ha descargado la pequeña bribona!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Está inundada! ¡Oh, cielos! ¿Qué oigo?... Llaman: ¿quién puede venir a molestarnos de este modo?... Es mi hermano... ¡Imprudente!...

EUGENIA: Pero, querida, ¡esto es una traición!

DOLMANCÉ: Una traición inaudita, ¿no es así? No temáis nada, Eugenia, sólo trabajamos para vuestros placeres.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ah, pronto quedará convencida! Acércate, hermano mío, y ríete de esta jovencita que se esconde para que no la veas.

Cuarto Diálogo

SEÑORA DE SAINT-ANGE,
EUGENIA, DOLMANCÉ,
EL CABALLERO DE MIRVEL

EL CABALLERO: No temáis nada, os lo ruego, de mi discreción, bella Eugenia; es total; ahí está mi hermana, ahí mi amigo, que pueden responderos de mí.

DOLMANCÉ: Sólo se me ocurre una cosa para terminar de una vez este ridículo ceremonial. Atiende, caballero, estamos educando a esta hermosa joven, le enseñamos

todo cuanto tiene que saber una señorita de su edad, y, para instruirla mejor, unimos siempre algo de práctica a la teoría. Le falta ver una polla descargando: en ese punto estamos: ¿quieres darnos tú el modelo?

EL CABALLERO: Tal propuesta es, desde luego, demasiado halagadora para que la rehúse, y la señorita tiene encantos que decidirán enseguida los efectos de la lección deseada.

SRA. DE SAINT ANGE: ¡Pues bien, vamos! Manos a la obra ahora mismo.

EUGENIA: ¡Oh! De veras que es demasiado fuerte; abusáis de mi juventud hasta un punto..., pero ¿por quién va a tomarme el señor?

EL CABALLERO: Por una muchacha encantadora, Eugenia..., por la criatura más adorable que he visto en mi vida. *(La besa y deja pasear sus manos por sus encantos.)* ¡Oh, Dios! ¡Qué atractivos tan frescos y bonitos! ¡Qué gracias tan encantadoras!... DOLMANCÉ: Hablemos menos, caballero, y hagamos más. Yo voy a dirigir la escena, estoy en mi derecho; el objeto de ésta es mostrar a Eugenia el mecanismo de la eyaculación; pero como es difícil que pueda observar tal fenómeno con sangre fría, vamos a colocarnos los cuatro frente a frente y muy cerca unos de otros. Vos masturbaréis a vuestra amiga, señora; yo me encargaré del caballero. Cuando se trata de masturbar, un hombre es para otro hombre infinitamente mejor que una mujer. Como sabe lo que le conviene, sabe lo que hay que hacer a los otros... Vamos, coloquémonos. *(Se colocan.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿No estamos demasiado cerca?

DOLMANCÉ, *apoderándose ya del caballero:* Nunca podríamos estarlo demasiado, señora; es preciso que el seno y el rostro de vuestra amiga sean inundados por las pruebas de la virilidad de vuestro hermano; es preciso que se corra en sus mismas narices. Dueño de la manga, yo dirigiré los chorros de manera que resulte totalmente cubierta. Mientras tanto, sobadle cuidadosamente todas las partes lúbricas de su cuerpo. Eugenia, poned toda vuestra imaginación en los últimos extravíos del libertinaje; pensad que vais a ver realizarse los más bellos misterios ante vuestros ojos; pisotead todo comedimiento: el pudor no fue nunca una virtud[22]. Si la naturaleza hubiera querido que ocultásemos algunas partes de nuestro cuerpo, ella misma hubiera tenido ese cuidado; pero nos ha creado desnudos; por lo tanto quiere que vayamos desnudos y todo proceder en contra ultraja totalmente sus leyes. Los niños, que todavía no tienen ninguna idea del placer ni, en consecuencia, de la necesidad de hacerlo más vivo mediante la modestia, muestran cuanto llevan. También a veces puede encontrarse una singularidad mayor: hay países donde es habitual el pudor de las vestimentas, sin que en ellos pueda encontrarse la modestia de costumbres. En Otaiti las jóvenes van vestidas, pero se remangan en cuanto se lo piden.

SRA. DE SAINT-ANGE: Lo que me gusta de Dolmancé es que no pierde el tiempo; a la vez que discursea, ved cómo actúa, cómo examina complacido el soberbio culo de mi hermano, cómo menea voluptuosamente la hermosa polla de este

[22] Sade parece aprovechar de Bougainville su *Voyage autour du monde,* publicado en 1771: el suplemento a este viaje, escrito por Diderot, no aparecería hasta un año después de la publicación del texto sadiano. De Bougainville parece haber tomado la cita de la desnudez de las mujeres de Otaiti. [Nota del T]

joven... ¡Vamos, Eugenia, manos a la obra! ¡Ya está la manga de la bomba en el aire; pronto nos inundará!

EUGENIA: ¡Ay, querida amiga, qué miembro tan monstruoso!... ¡Si apenas puedo abarcarlo!... ¡Oh, Dios mío! ¿Son todos tan gordos como éste?

DOLMANCÉ: Sabéis, Eugenia, que el mío es bastante inferior; tales aparatos son temibles para una jovencita; ya veis que éste no os perforaría sin peligro.

EUGENIA, *ya masturbada por la Sra. de Saint-Ange:* ¡Ay, a todos los desafiaría yo para gozar de ellos!...

DOLMANCÉ: Y haríais bien: una joven nunca debe asustarse por una cosa semejante; la naturaleza y los torrentes de placeres con que os colma, os compensan pronto de los pequeños dolores que los preceden. He visto a muchachas más jóvenes que vos aguantar pollas más gordas todavía. Con coraje y paciencia se superan los mayores obstáculos. Es una locura imaginar que, en la medida de lo posible, hay que recurrir a pollas muy pequeñas para desflorar a una joven. Soy de la opinión de que una joven debe, por el contrario, entregarse a los aparatos más gordos que pueda encontrar, a fin de que,

una vez rotos cuanto antes los ligamentos del himen, las sensaciones del placer puedan, de este modo, producirse con mayor rapidez en ella. Cierto que una vez acostumbrada a ese tamaño, sufrirá mucho al volver a otro mediocre; pero si es rica, joven y bella, encontrará todos los que quiera de ese tamaño. Que se limite entonces a ellos; y si se le presentan otros menos gordos y quiere utilizarlos, que se los meta entonces por el culo.

SRA. DE SAINT ANGE: Indudablemente, y para ser aún más feliz, que se sirva de los dos a la vez; que las voluptuosas sacudidas con que ha de agitar al que la encoña sirvan para precipitar el éxtasis del que la encula, e, inundada de leche por los dos, lance la suya muriendo de placer.

DOLMANCÉ: *(Hay que observar que las masturbaciones continúan siempre durante el diálogo.)* Me parece, señora, que en el cuadro que pintáis debería haber dos o tres pollas más; esa mujer que colocáis en la forma que acabáis de decir, ¿no podría tener una polla en la boca y otra más en cada mano?

SRA. DE SAINT-ANGE: Podría tenerlas debajo de las axilas y en el pelo, debería de tener treinta a su alrededor si fuera posible; en esos momentos sería preciso no tener, no tocar, no devorar más que pollas en torno a una, ser inundada por todas en el mismo momento en que una descargue. ¡Ay, Dolmancé, qué puta soy! Os desafío a igualarme en los deliciosos combates de la lujuria... ¡Yo he hecho todo lo que se puede en la materia!...

EUGENIA, *que sigue siendo masturbada por su amiga, como el caballero lo es por Dolmancé:* ¡Ay, querida!... Me vuelves loca... ¡Cómo! ¡Que podré entregarme... a tantos hombres!... ¡Ay, qué delicias!... ¡Cómo me masturbas, querida!... ¡Eres la diosa misma del placer!... Y esta hermosa polla, ¡cómo se hincha!... ¡Cómo se llena y vuelve bermeja su majestuosa cabeza!...

DOLMANCÉ: Está muy cerca del desenlace.

EL CABALLERO: Eugenia..., hermana mía..., acercaos... ¡Ah, qué pechos tan divinos!... ¡Qué nalgas tan suaves y rollizas!... ¡Correos! ¡Correos las dos, mi leche va a unirse a la vuestra!... ¡Cómo corre!... ¡Ay, rediós!... *(Dolmancé, durante esta crisis, tiene la precaución de dirigir las oleadas de esperma de su amigo sobre las dos mujeres, y principalmente sobre Eugenia, que resulta inundada.)*

EUGENIA: ¡Qué bello espectáculo!... ¡Cuán noble y majestuoso!... ¡Heme aquí totalmente cubierta... me ha saltado hasta los ojos!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Espera, amiga mía, déjame recoger esas perlas preciosas; voy a frotar tu clítoris con ellas para provocar más deprisa tu descarga.

EUGENIA: ¡Ay, sí, querida, ay, sí! Esa idea es deliciosa... Hazlo, y me corro en tus brazos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Divina niña, bésame una y mil veces... Déjame chupar tu lengua..., déjame que respire tu voluptuoso aliento cuando está inundado por el fuego del placer... ¡Ah, joder, también yo me corro!... ¡Hermano mío, remátame, te lo ruego!...

DOLMANCÉ: Sí, caballero..., sí; masturbad a vuestra hermana.

EL CABALLERO: Prefiero joderla; todavía la tengo gorda.

DOLMANCÉ: Pues entonces, metédsela, ofreciéndome vuestro culo; yo os joderé durante este voluptuoso incesto. Eugenia, armada con este consolador, me dará por el culo. Destinada a jugar un día todos y cada uno de los distintos papeles de la lujuria, es preciso que vaya preparándose, durante las lecciones que aquí le damos, a cumplirlos todos por igual.

EUGENIA, *poniéndose un consolador:* ¡Oh, encantada! Nunca me cogeréis en falta cuando se trate de libertinaje: ahora es mi único dios, la única regla de mi conducta, la única base de todas mis acciones. *(Encula a Dolmancé.)* ¿Es así, querido maestro?... ¿Lo hago bien?...

DOLMANCÉ: ¡De maravilla!... ¡Realmente la pequeña bribona me encula como un hombre!... ¡Bueno! Me parece que ya estamos perfectamente enlazados los cuatro; ahora sólo se trata de seguir adelante...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, me muero, caballero!... ¡No puedo acostumbrarme a las deliciosas sacudidas de tu hermosa polla!...

DOLMANCÉ: ¡Rediós! ¡Qué placer me da este culo encantador! ¡Ah! ¡Joder, joder! ¡Descarguemos los cuatro a la vez!... ¡Rediós, me muero, desfallezco!... ¡Ay, en mi vida me correré con más voluptuosidad! ¿Has perdido tu esperma, caballero?

EL CABALLERO: Mira este coño, mira qué embadurnado está.

DOLMANCÉ: ¡Ay, amigo mío, y que no tenga yo otro tanto en el culo!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Descansemos, me muero!

DOLMANCÉ, *besando a Eugenia:* Esta encantadora niña me ha jodido como un dios.

EUGENIA: Realmente he vuelto a sentir placer.

DOLMANCÉ: Todos los excesos lo proporcionan cuando uno es libertino, y lo mejor que puede hacer una mujer es multiplicarlos más allá incluso de lo posible.

SRA. DE SAINT-ANGE: He depositado quinientos luises en un notario para el individuo que me enseñe una pasión que no conozca y que pueda sumergir mis sentidos en una voluptuosidad que todavía no haya gozado.

DOLMANCÉ: *(En este punto los interlocutores, nuevamente tranquilos, sólo se preocupan de hablar)* Esa idea es extravagante y la tendré en cuenta, pero dudo, señora, que ese singular deseo tras el que corréis se parezca a los débiles placeres que acabáis de gustar.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Cómo?

DOLMANCÉ: Os juro por mi honor que no conozco nada tan fastidioso como gozar de un coño y cuando, como vos, señora, se ha probado el placer del culo, no concibo que nadie se vuelva a los otros.

SRA. DE SAINT-ANGE: Son viejos hábitos. Cuando una piensa como yo, quiere que la jodan por todas partes, y, cualquiera que sea la parte que un aparato perfore, una es feliz al sentirlo. Soy, sin embargo, de vuestra opinión, y aseguro aquí a todas las mujeres voluptuosas que el placer que se siente jodiendo por el culo superará siempre con mucho al que se experimenta haciéndolo por el coño. Que se remitan para ello a la mujer de Europa que más veces lo ha hecho de las dos maneras: yo les aseguro que no hay la menor comparación, y que difícilmente volverán al de adelante cuando hayan hecho la experiencia del trasero.

EL CABALLERO: Yo no pienso lo mismo. Me presto a lo que sea, pero por gusto, lo único que verdaderamente amo en las mujeres es el altar que indicó la naturaleza para rendirles homenaje.

DOLMANCÉ: ¡Ese lugar es el culo! Querido caballero, si escrutas con cuidado sus leyes, jamás la naturaleza indicó otros altares para nuestro homenaje que el agujero del trasero; permite lo demás, pero ordena éste. ¡Ah, rediós! Si su intención no fuera que jodiésemos los culos, ¿habría proporcionado con tanta exactitud su orificio a nuestros miembros? Ese orificio, ¿no es tan redondo como ellos?

¿Hay un ser lo bastante enemigo del sentido común para imaginar que un agujero ovalado puede haber sido creado por la naturaleza para miembros redondos? Sus intenciones se leen en esa deformidad: nos hace ver claramente con ello que sacrificios demasiado reiterados en esa parte, multiplicando una propagación que ella sólo se limita a tolerar, le desagradarían de modo infalible... Pero prosigamos con nuestra educación. Eugenia acaba de contemplar a placer el sublime misterio de una descarga; quisiera ahora que aprendiese a dirigir sus oleadas.

SRA. DE SAINT-ANGE: En el agotamiento en que ambos estáis, será prepararle un buen trabajo.

DOLMANCÉ: Estoy de acuerdo, por eso me gustaría que viniese, de vuestra casa o de vuestros campos, algún joven muy robusto que nos sirva de maniquí y sobre el que podamos dar las lecciones.

SRA. DE SAINT-ANGE: Tengo precisamente lo que me pedís.

DOLMANCÉ: ¿No será por casualidad un joven jardinero, de rostro delicioso y de unos dieciocho o veinte años, que he visto hace un momento trabajando en vuestro huerto?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Agustín! ¡Sí, precisamente, Agustín, cuyo miembro tiene trece pulgadas de largo por ocho y medio de circunferencia!

DOLMANCÉ: ¡Ah, santo cielo! ¡Qué monstruo!... Yeso ¿eyacula?...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, como un torrente!... Voy a buscarlo.

Quinto Diálogo

DOLMANCÉ, EL CABALLERO, AGUSTÍN, EUGENIA, SRA. DE SAINT-ANGE

SRA. DE SAINT-ANDE, *trayendo a Agustín:* Aquí está el hombre del que os he hablado. Vamos, amigos míos, divirtámonos. ¿Qué sería la vida sin placer? ¡Acércate, pánfilo! ¡Oh, qué tonto! ¿Podéis creer que hace seis meses que trabajo por desbravar a este gran cerdo sin conseguirlo?

AGUSTÍN: ¡Vaya, zeñora! Deciz a veces que empiezo hora no ir tanto mal, y cuando hay terreno barbecho, siempre a mi lo dais.

DOLMANCÉ, *riendo:* ¡Ah, encantador... encantador! Nuestro querido amigo es tan franco como fresco... *(Señalando a Eugenía.)* Agustín, aquí tienes un bancal de flores en barbecho; ¿quieres encargarte?

AGUSTÍN: ¡Ay, caray, señores, tan gentiles pedazoz no están hecho para nozotroz.

DOLMANCÉ: Vamos, señorita.

EUGENIA, *ruborizándose:* ¡Oh, cielos, qué vergüenza!

DOLMANCÉ: Alejad de vos ese sentimiento pusilánime; de todas nuestras acciones, sobre todo de las del libertinaje por sernos inspiradas por la naturaleza, no hay ninguna, sea cual fuere la especie de que podáis suponerla, por la que debamos sentir vergüenza. Vamos, Eugenia, haced acto de putanismo con este joven; pensad que toda provocación de una muchacha a un muchacho es una ofrenda a la naturaleza, y que vuestro sexo nunca la sirve mejor que cuando se prostituye al nuestro: en una palabra, que habéis nacido para ser jodida, y que la mujer que se niega a esta intención de la naturaleza no merece ver la luz. Bajad vos misma los calzones de este joven hasta más abajo de sus bellos muslos, enrolladle la camisa debajo de la chaqueta de modo que la delantera... y el trasero, que tiene, entre paréntesis, muy hermoso, se encuentren a vuestra disposición. Que ahora una de vuestras manos se apodere de ese gran trozo de carne que pronto, lo estoy viendo, va a espantaros por su forma, y que la otra se pasee por las nalgas, y le haga cosquillas, así, en el orificio del culo... Sí, así... *(Para demostrar a Eugenia cómo debe hacerlo, él mismo socratiza a Agustín.)* Descapullad bien esa cabeza rubicunda; no la cubráis nunca al masturbarla; mantenedla desnuda... tensad el frenillo hasta romperlo... ¡Bien! ¿Veis ahora el efecto de mis lecciones?... Y tú, hermoso mío, te lo ruego, no te quedes así con las manos juntas; ¿no tienes en qué ocuparlas?... Paséalas por ese hermoso seno, por esas hermosas nalgas...

AGUSTÍN: Zeñorez, ¿no pudiera yo bezar a zeñorita que me da tanto placer?

SRA. DE SAINT ANGE: Pues bésala, imbécil, bésala cuanto quieras, ¿o es que no me besas a mí cuando me acuesto contigo?

AGUSTÍN: ¡Ah, caray! ¡Qué hermosa boca!... ¡Qué frezca eztáiz!... Me parece tener la nariz zobre laz rozaz de nuestro jardín. *(Mostrando su polla tiesa.)* ¡Veiz, zeñorez, veiz el efecto que ezo ha producido!

EUGENIA: ¡Cielos! ¡Qué larga!...

DOL.MANCÉ: Que vuestros movimientos sean ahora más regulares, más enérgicos... Dejadme el sitio un momento, y mirad bien cómo lo hago. *(Se la menea a Agustín.)* ¿Veis cómo estos movimientos son más firmes y al mismo tiempo más blandos? ... Tomad, seguid, y sobre todo no tapéis el capullo... ¡Bien! Ya está en toda su potencia; examinemos si es cierto que la tiene más gorda que el caballero.

EUGENIA: No hay ninguna duda: ya veis que no puedo empuñarla.

DOLMANCÉ, *mide:* Sí, tenéis razón: trece de longitud por ocho y medio de circunferencia. Nunca la he visto tan gorda. Es lo que se dice una polla soberbia. ¿Y os servís de ella, señora?

SRA. DE SAINT-ANGE: Regularmente todas las noches cuando estoy en este campo.

DOLMANCÉ: Espero que por el culo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Con más frecuencia por el coño.

DOLMANCÉ: ¡Ay, rediós! ¡Qué libertinaje! Pues bien, palabra de honor que no sé si me va a caber.

SRA. DE SAINT-ANGE: No os hagáis el estrecho, Dolmancé; entrará en vuestro culo como entra en el mío.

DOLMANCÉ: Ya lo veremos: me halaga que mi Agustín me haga el honor de lanzarme un poco de leche en el trasero; se lo devolveré; pero prosigamos nuestra lección... Vamos, Eugenia, la víbora va a vomitar su veneno; preparaos; que vuestros ojos estén fijos en la cabeza de este sublime miembro; y cuando, en prueba de su pronta eyaculación, lo veáis hincharse y matizarse del púrpura más bello, que vuestros movimientos adquieran toda la energía de que son capaces; que los dedos que cosquillean el ano se hundan lo más profundo que puedan; entregaos por completo al libertino que goza de vos; buscad su boca para chuparla; que vuestros atractivos vuelen, por así decir, hacia sus manos!... ¡Se corre, Eugenia, ahí tenéis el instante de vuestro triunfo!

AGUSTÍN: ¡Ají! ¡Ají! ¡Ají! ¡Zeñorita, me muero!... ¡No puedo máz!... Ahora máz fuerte, oz lo zuplico... ¡Ay, redióz, no veo nada claro!...

DOLMANCÉ: ¡Más fuerte, más fuerte, Eugenia, sin miramientos, está en la ebriedad!... ¡Ah, qué abundancia de esperma!... ¡Con qué vigor la ha lanzado!... Ved las huellas del primer chorro: ha saltado más de diez pies... ¡Recristo! ¡Ha llenado toda la habitación!... Nunca he visto a nadie correrse así; y decid, señora, ¿os ha jodido esta noche?

SRA. DE SAINT-ANGE: Nueve o diez veces, me parece: hace tiempo que ya no contamos.

EL CABALLERO: Hermosa Eugenia, estáis toda cubierta.

EUGENIA: Quisiera estar inundada. *(A Dolman*cé.) Y bien, maestro mío, ¿estás contento?

DOLMANCÉ: Mucho, para empezar; pero todavía hay algunos episodios que habéis descuidado.

SRA. DE SAINT-ANGE: Esperemos: en ella no pueden ser más que fruto de la experiencia; en cuanto a mí, lo confieso, estoy muy contenta de mi Eugenia; anuncia las mejores disposiciones, y creo que ahora debemos hacerla gozar de otro espectáculo. Hagámosle ver los efectos de una polla en el culo. Dolmancé, voy a ofreceros el mío; yo estaré en brazos de mi hermano; él me la meterá por el coño, vos por el culo, y será Eugenia la que preparará vuestra polla, quien la colocará en mi culo, regulará todos los movimientos y los estudiará a fin de familiarizarse con esta operación que inmediatamente le haremos sufrir a ella misma con la enorme polla de este hércules.

DOLMANCÉ: Me agrada la idea, y ese lindo culito será pronto desgarrado ante nuestros ojos por las violentas sacudidas del bravo Agustín. Apruebo, entre tanto, lo que proponéis, señora, pero si queréis que os trate bien, permitidme añadir una cláusula: Agustín, a quien voy a lograr que se le ponga tiesa con dos pasadas de mano, me enculará mientras yo os sodomizo.

SRA. DE SAINT ANGE: Apruebo de buena gana el arreglo; yo saldré ganando, y para mi alumna serán dos excelentes lecciones en vez de una.

DOLMANCÉ, *apoderándose de Agustín:* Ven aquí, muchachote mío, ven que te reanime... ¡Qué guapo eres!... Bésame, amigo mío..., todavía estás todo mojado de leche, y es leche lo que yo te pido... ¡Rediós, tengo que chuparle el culo a la vez que se la meneo!...

EL CABALLERO: Acércate, hermana; para responder mejor a las intenciones de Dolmancé y a las tuyas, voy a tumbarme en esta cama, te acostarás en mis brazos, exponiéndole a él tus hermosas nalgas lo más separadas posible... Sí, así: ahora ya podemos empezar.

DOLMANCÉ: Todavía no, esperadme, antes tengo que encular a tu hermana, puesto que Agustín me lo insinúa; luego os casaré a vosotros: serán mis dedos los que os unan. No faltemos a ninguno de los principios: pensemos que una alumna nos mira, y que le debemos lecciones precisas. Eugenia, venid a meneármela mientras yo decido al enorme aparato de este mal sujeto; mantened la erección de mi polla masturbándola levemente sobre vuestra nalgas. *(Ella lo pone en práctica.)*

EUGENIA: ¿Lo hago bien?

DOLMANCÉ: Siempre ponéis demasiada blandura en vuestros movimientos; apretad mucho más la polla que meneáis, Eugenia: si la masturbación sólo es agradable porque comprime más que el goce, la mano que coopera tiene que volverse, para el aparato que trabaja, un lugar infinitamente más estrecho que ninguna otra parte del cuerpo... ¡Mejor, mucho mejor, así!... Separad el trasero un poco más, para que, a cada sacudida, la cabeza de mi polla toque el ojete de vuestro culo... ¡Sí, así! Masturba a tu hermana entretanto, caballero; estamos contigo dentro de un minuto... ¡Ah, bien, ya se le pone tiesa a mi hombre!... Vamos, preparaos, señora; abrid ese culo sublime a mi ardor impuro; guía el dardo, Eugenia; ha de ser tu mano la que lo encamine a la brecha; es preciso que sea ella la que lo haga penetrar; cuando esté dentro, cogerás el de Agustín, con el que llenarás mis entrañas; ésos son tus deberes de novicia; en todo ello hay enseñanzas que puedes sacar; por eso te mando que lo hagas.

SRA. DE SAINT ANGE: ¿Mis nalgas están bien para ti, Dolmancé? ¡Ay, ángel mío! ¡Si supieras cómo te deseo, cuánto tiempo hace que quiero que me encule un bujarrón!

DOLMANCÉ: Vuestros deseos van a ser saciados, señora; mas permitid que me detenga un instante a los pies del ídolo: ¡quiero festejarlo antes de introducirme hasta el fondo de su santuario!... ¡Qué culo divino!... ¡Dejadme que lo bese!... ¡Que lo lama mil y mil veces!... Toma, aquí está esta polla que deseas!... ¿La sientes, granuja? Di, di: ¿sientes cómo penetra?...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, métemela hasta el fondo de las entrañas!... ¡Oh, dulce voluptuosidad, cuán poderoso es tu imperio!

DOLMANCÉ: No he jodido otro culo igual en mi vida: ¡es digno del mismo Ganímedes! Vamos, Eugenia, que por vuestros cuidados Agustín me encule al instante.

EUGENIA: Aquí está, os lo traigo. *(A Agustín).* Vamos, angelito, ¿ves el agujero que tienes que perforar?

AGUSTÍN: Veo bien... ¡Maldizión! Ahí zí que hay zitio!... Entraré mejor que en voz, zeñorita; bezarme un poco para entrar mejor.

EUGENIA, *besándole:* ¡Oh, todo lo que quieras.... estás tan fresco!... Pero empuja... ¡Qué pronto ha entrado la cabeza!... Me parece que el resto no tardará mucho...

DOLMANCÉ: ¡Empuja, empuja, amigo mío!... Desgárrame si hace falta... Venga, que mi culo ya está dispuesto... ¡Ay, rediós, qué maza! ¡No he recibido nunca nada semejante!... ¿Cuántas pulgadas quedan fuera, Eugenia?

EUGENIA: Dos apenas.

DOLMANCÉ: ¡Tengo, por tanto, once pulgadas en el culo!... ¡Qué delicia!... ¡Me revienta, no puedo más!... Vamos, caballero, ¿estás listo?...

EL CABALLERO: Prueba y dime lo que te parece.

DOLMANCÉ: Venid, hijos míos, que os case... quiero cooperar lo mejor posible a este divino incesto. *(Introduce la polla del caballero en el coño de su hermana.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, amigos míos, heme aquí jodida por los dos lados!... ¡Rediós! ¡Qué divino placer!... ¡No, no hay nada en el mundo que pueda compararse le!... ¡Ay, joder! ¡Qué pena me da la mujer que no lo haya probado!... ¡Sacúdeme, Dolmancé, sacúdeme!..., fuérzame con la violencia de tus movimientos a precipitarme en la espada de mi hermano, y tú, Eugenia, contémplame; ven a mirarme en el vicio; ven a aprender siguiendo mi ejemplo, a gustarlo con arrobo, a saborearlo con delicia... Mira, amor mío, mira todo lo que hago a la vez: ¡escándalo, seducción, mal ejemplo, incesto, adulterio, sodomía!... ¡Oh, Lucifer, solo y único dios de mi alma, inspírame alguna cosa más, ofrece a mi corazón nuevos extravíos y verás cómo me sumerjo en ellos!

DOLMANCÉ: ¡Voluptuosa criatura! ¡Cómo empujas mi leche, cómo me obligas a correrme con tus frases y con el extremado calor de tu culo!... Todo me fuerza a correrme hora mismo... Eugenia, da ánimos al coraje de mi jodedor; oprime sus flancos, entreabre sus nalgas; ahora ya sabes el arte de reanimar los deseos vacilantes... Tu sola proximidad da energía a la polla que me jode... La siento, sus sacudidas son más vivas... ¡Bribona, tengo que cederte lo que hubiera querido deber sólo a mi culo!... Caballero... te vas, lo siento... ¡Espérame!... ¡Esperadnos!... ¡Oh, amigos míos, corrámonos juntos: es la única felicidad de la vida!...

SRA. DE SAINT ANGE: ¡Ay! ¡Joder, joder! Correos cuando queráis... yo no aguanto más. ¡Rediós en quien me jodo!... ¡Sagrado bujarrón de dios! ¡Descargo!... Inundadme, amigos míos, inundad a vuestra puta..., lanzad las olas de vuestra leche espumosa hasta el fondo de mi alma abrasada: sólo existe para recibirlas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Joder... joder!... ¡Qué increíble exceso de voluptuosidad!... ¡Me muero!... ¡Eugenia, déjame que te bese, que te coma, que devore tu leche mientras pierdo la mía!... *(Agustín, Dolmancé y el caballero le hacen coro; el temor a ser monótonos nos impide transcribir expresiones que, en tales instantes, siempre son parecidas.)*

DOLMANCÉ: ¡Ha sido uno de los mejores goces que he tenido en mi vida! *(Señalando a Agustín.)* Este bujarrón me ha llenado de esperma... ¡Pero bien os lo he devuelto, señora!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, no me habléis, estoy inundada!

EUGENIA: ¡Yo no puedo decir otro tanto! *(Arrojándose retozona en los brazos de su amíga.)* Dices que has cometido muchos pecados, querida; ¡pero yo, gracias a Dios, ni uno solo! ¡Ay, si como mucho tiempo pan con humo como ahora, no tengo que temer ninguna indigestión!

SRA. DE SAINT-ANGE, *estallando de risa:* ¡Qué pícara!

DOLMANCÉ: ¡Es encantadora!... Venid aquí, pequeña, que os azote. *(Le da cachetes en el culo.)* Besadme, que pronto os tocará.

SRA. DE SAINT ANGE: De ahora en adelante, hermano mío, sólo tenemos que ocuparnos de ella; mírala, es tu presa; examina esa encantadora virginidad, pronto te va a pertenecer.

EUGENIA: ¡Oh, por delante no! Me haría mucho daño, por detrás cuanto queráis, como Dolmancé acaba de hacerme hace un rato.

SRA. DE SAINTANGE: ¡Ingenua y deliciosa muchachita! ¡Os pide precisamente lo que tanto cuesta obtener de otras!

EUGENIA: ¡Oh! Y no sin remordimientos; porque no me habéis tranquilizado sobre el crimen enorme que siempre oí decir que había en ello, y, sobre todo, en hacerlo entre hombres, como acaba de ocurrir entre Dolmancé y Agustín. Veamos, veamos, señor, ¿cómo explica vuestra filosofía esta clase de delito? ¿Es horrible, verdad?

DOLMANCÉ: Partid de lo siguiente, Eugenia, y es que no hay nada horroroso en libertinaje, porque todo lo que el libertinaje inspira está inspirado asimismo por la naturaleza; las acciones más extraordinarias, las más extravagantes, las que parecen chocar con más evidencia a todas las leyes, a todas las instituciones humanas (porque en cuanto al cielo, de él no hablo), pues bien, Eugenia, ni siquiera éstas son horrorosas, y ni una sola carece de modelo en la naturaleza; cierto que ésa de que habláis, hermosa Eugenia, es la misma, relativamente, que aquella que se encuentra en una fábula tan singular de la insulsa narración de la santa Escritura, fastidiosa compilación de un judío ignorante durante el cautiverio de Babilonia; pero es falso, y completamente inverosímil, que fuese como castigo a estos extravíos por lo que esas ciudades, o mejor, esas aldeas, perecieron por el fuego; situadas en el cráter de algunos antiguos volcanes, Sodoma y Gomorra perecieron como esas ciudades de Italia que engulleron las lavas del Vesubio: eso es todo el milagro, y, sin embargo, fue de ese suceso tan simple de donde partieron para inventar bárbaramente el suplicio del fuego contra los desgraciados humanos que se entregaban en una parte de Europa a esa fantasía natural.

EUGENIA: ¡Oh, natural!

DOLMANCÉ: Sí, natural, lo repito; la naturaleza no tiene dos voces: una con la misión de condenar diariamente lo que la otra inspira; y es muy cierto que sólo por su órgano reciben los hombres encaprichados con esta manía las impresiones que hacia ella los llevan. Quienes intentan proscribir o condenar este gusto pretenden que perjudica a la procreación. ¡Qué tontos son! Esos imbéciles nunca han tenido en la cabeza otra idea que la procreación, ni han visto nunca otra cosa que crimen en todo lo que se aparta de ella. ¿Está demostrado acaso que la naturaleza tenga tanta necesidad de esa procreación como quisieran hacérnoslo creer? ¿Es totalmente cierto que se la ultraja cada vez que uno se aparta de esa estúpida procreación? Escrutemos un instante, para convencernos de ello, tanto su marcha como sus leyes. Si la naturaleza no hiciera más que crear, y si no destruyese nunca, yo podría creer, con esos fastidiosos sofistas, que el más sublime de todos los actos sería trabajar sin cesar en el que produce, y, por ende, les concedería que la negativa a producir deba ser necesariamente un crimen. La más leve ojeada sobre las operaciones de la naturaleza, ¿no prueba que las destrucciones son tan necesarias para sus planes como las creaciones? ¿Que estas dos operaciones están ligadas y encadenadas tan íntimamente que le resulta imposible a una actuar sin la otra? ¿Que nada nacería, ni nada se regeneraría sin destrucciones? La destrucción es, por tanto, una de las leyes de la naturaleza, igual que la creación.

Admitido este principio, ¿cómo puedo ofender a la naturaleza negándome a crear? Si suponemos como mal tal acción, sería infinitamente más pequeño, desde luego, que el de destruir, que, sin embargo, se encuentra entre sus leyes como acabo de probar. Si por un lado admito la inclinación que la naturaleza me impone hacia tal pérdida, por otro veo que le es necesario y que no hago otra cosa que entrar en sus miras entregándome a ella. ¿Dónde estaría entonces el crimen, os pregunto? Pero los tontos y los procreadores objetan aún lo que es sinónimo, ese esperma procreador no puede haber sido puesto en vuestros riñones para más uso que el de la procreación: volverlo hacia otra parte es una

ofensa. Acabo de probar, en primer lugar, que no, puesto que esta pérdida no equivaldría siquiera a una destrucción, y que la destrucción, mucho más importante que la pérdida, no sería en sí misma un crimen. En segundo lugar, es falso que la naturaleza quiera que este licor espermático esté absoluta y enteramente destinado a producir; si así fuera, no sólo no permitiría que tal derrame se produjera en otros casos, como nos prueba la experiencia, puesto que lo perdemos cuando queremos y donde queremos, sino que, además, se opondría a que tales pérdidas ocurrieran sin coito, como sucede tanto en nuestros sueños como en nuestros recuerdos; avara de un licor tan precioso, nunca permitiría su derrame salvo en el vaso de la propagación; no querría, con toda seguridad, que esta voluptuosidad con que entonces nos corona pudiera ser sentida de nuevo si desviásemos el homenaje; porque no sería razonable suponer que consiente en darnos placer en el momento mismo en que nosotros la abrumamos a ultrajes. Vayamos más lejos: si las mujeres no hubieran nacido para producir, cosa que sería así si tal procreación fuera tan cara a la naturaleza, ocurriría, suponiendo la vida de mujer más larga, que sólo durante siete años, hechas todas las deducciones, se hallaría en condiciones de dar la vida a su semejante. ¡Cómo! ¡La naturaleza está ávida de procreación; todo lo que no tiende a esa meta la ofende, y, en cien años de vida, el sexo destinado a producirla no podrá hacerlo más que durante siete años! ¡La naturaleza sólo quiere propagaciones, y la semilla que presta al hombre para servir a esas propagaciones se pierde siempre que place al hombre! ¡Él encuentra el mismo placer en esta pérdida que en su empleo útil, y nunca el menor inconveniente!...

Cesemos, amigos, cesemos de creer en tales absurdos: hacen estremecerse al sentido común. ¡Ah! Lejos de ultrajar a la naturaleza, convenzámonos bien, por el contrario, de que el sodomita y la tríbada están a su servicio, negándose obstinadamente a una conjunción de la que sólo resulta una progenitura fastidiosa para ella. No nos engañemos, tal propagación no fue nunca una de sus leyes, sino todo lo más una tolerancia, ya os lo he dicho. ¡Pero qué le importa que la raza de los hombres se extinga o aniquile en la tierra! ¡Se ríe de nuestro orgullo, que nos ha convencido de que todo terminaría si esa desgracia ocurriese! Ella ni se daría cuenta. ¿Cree alguien que no ha habido ya razas extinguidas? Buffon cuenta varias, y la naturaleza, muda por una pérdida tan preciosa, ni siquiera lo tiene en cuenta. La especie entera se aniquilaría, y el aire no sería menos puro por ello, ni el astro menos brillante, ni la marcha del universo menos exacta. ¡Hay que ser imbécil para creer que nuestra especie es tan útil al mundo que quien no trabaje por propagarla o quien perturbe esa propagación se volvería necesariamente un criminal! Cesemos de estar ciegos en este punto, y que el ejemplo de los pueblos más razonables nos sirva para convencernos de nuestros errores. No hay un solo rincón de la tierra donde ese pretendido crimen de sodomía no haya tenido templos ni partidarios. Los griegos, que hacían de él una virtud, le erigieron una estatua con el nombre de Venus Calípiga; Roma envió en busca de leyes a Atenas, y de allí se trajo este gusto divino.

¡Qué progresos no le vemos hacer bajo los emperadores! Al amparo de las águilas romanas se extiende de un extremo a otro de la tierra; cuando desaparece el imperio, se refugia junto a la tiara, sigue a las artes en Italia, nos llega cuando nos civilizamos. Descubrimos un hemisferio, y allí encontramos la sodomía. Cook fondea en un mundo nuevo: allí reina ella. Si nuestros globos hubieran estado en la luna, allí la habrían encontrado igualmente. Gusto delicioso, hijo de la naturaleza y del placer, debéis estar

doquiera se hallen hombres, y doquiera se os haya conocido os erigirán altares. ¡Oh, amigos míos, puede haber extravagancia igual a la de imaginar que un hombre ha de ser un monstruo digno de perder la vida por preferir en sus goces el agujero del culo al de un coño, por haberle parecido preferible un joven con el que encuentra dos placeres, el de ser a la vez amante y querida, a una muchacha que no le promete más que un goce! ¡Sería un malvado, un monstruo por haber querido jugar el papel de un sexo que no es el suyo! Y entonces, ¿por qué la naturaleza lo ha creado sensible a este placer?

Examinad su conformación; observaréis en ella diferencias radicales con la de los hombres que no comparten este gusto; sus nalgas serán más blancas, más rollizas; ni un pelo sombreará el altar del placer, cuyo interior, tapizado de una membrana más delicada, más sensual, más acariciadora, será positivamente de la misma clase que el interior de la vagina de una mujer; el carácter de este hombre, también diferente del carácter de los demás, tendrá más blandura, más flexibilidad; encontraréis en él casi todos los vicios y todas las virtudes de las mujeres; reconoceréis incluso su debilidad; todos tendrán sus manías y, algunos, los rasgos. ¿Será, pues, posible que la naturaleza, asimilando de este modo a las mujeres, se irrite por tener los gustos de ellas? ¿No es evidente que se trata de una clase de hombres distinta de la otra, y que la naturaleza la creó así para disminuir esta propagación, cuya extensión excesiva la perjudicaría infaliblemente?... ¡Ay, querida Eugenia, si supierais cuán deliciosamente se goza cuando una polla gorda nos llena el trasero; cuando, hundida hasta los cojones, se mueve con ardor; cuando, retraída hasta el prepucio, vuelve a hundirse hasta el pelo! ¡No, no, no hay en el mundo entero un goce comparable a éste: es el de los filósofos, es el de los héroes, sería el de los dioses si las partes de ese divino goce no fueran ellas mismas los únicos dioses que debemos adorar en la tierra[23]!

EUGENIA, *muy animada:* ¡Oh, amigos míos, que alguien me encule! Tomad, aquí están mis nalgas..., os las ofrezco... ¡Jodedme, me corro!... (Al *pronunciar estas palabras cae en brazos de la Sra. de Saint-Ange, quien la estrecha, la besa y ofrece los lomos alzados de esta joven a Dolmancé.)*

SRA. DE SAINT ANGE: Divino preceptor, ¿resistiríais esta propuesta? ¿No ha de tentaros este sublime trasero? ¡Mirad cómo respira, cómo se entreabre!

DOLMANCÉ: Os pido perdón, hermosa Eugenia; no seré yo, si lo permitís, quien se encargue de apagar los fuegos que enciendo. Querida niña, tenéis a mis ojos el gran pecado de ser mujer. De buena gana quisiera olvidar toda prevención para cosechar vuestras primicias; espero que os parezca bien que me quede ahí; el caballero se encargará de la faena. Su hermana, armada con este consolador, dará en el culo de su hermano los golpes más temibles, al tiempo que presentará su hermoso trasero a Agustín, que la enculará y al que yo joderé entretanto; porque, no quiero ocultároslo, el culo de este hermoso muchacho me tienta desde hace una hora, y quiero devolverle totalmente lo que me ha hecho.

EUGENIA: Acepto el cambio; pero, de verdad, Dolmancé, la franqueza de vuestra confesión no deja de encerrar cierta descortesía.

DOLMANCÉ: Mil perdones, señorita; pero nosotros, los bujarrones, no alardeamos más que de franqueza y de justicia en nuestros principios.

[23] Como en la continuación de esta obra hay una disertación más amplia sobre esta materia, aquí nos limitaremos a un análisis ligero.

SRA. DE SAINT-ANGE: Reputación de franqueza no es, sin embargo, lo que se tiene de los que, como vos, están acostumbrados a poseer a las personas sólo por detrás.

DOLMANCÉ: Algo traidores, sí, algo falsos, ¿eso creéis? Pues bien, señora, os he demostrado que tal carácter era indispensable en la sociedad. Condenados a vivir con personas que tienen el mayor interés en ocultarse a nuestros ojos, en disfrazar sus vicios que tienen para no ofrecernos más que las virtudes que nunca veneraron, correríamos el mayor peligro si mostrásemos únicamente franqueza; porque, entonces, es evidente que les concederíamos sobre nosotros todas las ventajas que ellos nos niegan, y el engaño sería manifiesto. El disimulo y la hipocresía son necesidades que la sociedad nos ha impuesto: cedamos ante ella. Permitidme que me ofrezca a vos un instante como ejemplo, señora: con toda probabilidad, no hay en el mundo un ser más corrompido; pues bien, mis contemporáneos están engañados; preguntadles qué piensan de mí, todos os dirán que soy un hombre honrado, cuando no hay un solo crimen del que no haya hecho mis delicias más queridas.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh, no me convenceréis de que los habéis cometido atroces!

DOLMANCÉ: ¡Atroces!... De verdad, señora, he cometido horrores.

SRA. DE SAINT-ANGE: Pues bien, sí, sois como aquel que decía a su confesor: «El detalle es inútil, señor; excepto el asesinato y el robo, podéis estar seguro de que lo he hecho todo.»

DOLMANCÉ: Sí, señora, yo diría lo mismo, aunque con una excepción.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo! ¿Libertino, os habéis permitido?...

DOLMANCÉ: Todo, señora, todo; ¿puede uno negarse a algo con mi temperamento y con mis principios?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, jodamos, jodamos!... Ante estas palabras, no puedo aguantar más; ya volveremos sobre ello, Dolmancé; pero, para añadir mayor fe a vuestras confesiones, quiero oírlas únicamente *con la cabeza fría.* Cuando la tenéis tiesa os gusta decir horrores, y quizá nos dierais ahora por verdades los libertinos prodigios de vuestra imaginación inflamada. *(Se colocan.)*

DOLMANCÉ: Espera, caballero, espera; yo mismo seré quien la introduzca; pero previamente, y por ello pido perdón a la hermosa Eugenia, tiene que permitirme azotarla para ponerla a punto. *(La azota.)*

EUGENIA: Os aseguro que esta ceremonia es inútil... Decid, más bien, Dolmancé, que satisface vuestra lujuria; pero al proceder a ella, os suplico que no finjáis que hacéis algo por mí.

DOLMANCÉ, *que sigue azotándola:* ¡Ah, ya me daréis noticias dentro de poco!... No conocéis el imperio de este preliminar... ¡Vamos, vamos, bribonzuela, seréis fustigada!

EUGENIA: ¡Oh, cielos! ¡Con qué empeño golpea!... ¡Mis nalgas están ardiendo!... Pero ¡me hacéis daño, de veras!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Voy a vengarte, amiga mía; voy a devolvérselo. (Y *azota ella a Dolmancé.)*

DOLMANCÉ: ¡Oh! ¡Muchísimas gracias! Sólo un favor le pido a Eugenia: que me deje azotarla con la misma cuerda con la que yo deseo que me azoten; ya veis que sigo en esto la ley de la naturaleza; pero esperad, arreglémoslo mejor: que Eugenia se suba a vuestros lomos, señora; se agarrará a vuestro cuello, como esas madres que llevan a sus hijos a la espalda; así tendré dos culos al alcance de mi mano; los zurraré

juntos; el caballero y Agustín me lo devolverán golpeando los dos juntos a la vez mis nalgas... Sí, así es... ¡Ay, ya estamos!... ¡Qué delicia!

SRA. DE SAINT-ANGE: No tengáis miramientos con esta bribona, por favor, y como yo no os pido gracia tampoco quiero que le concedáis ninguna.

EUGENIA: ¡Ají! ¡Ají! ¡Ají! Creo que mi sangre corre de veras.

SRA. DE SAINT-ANGE: Embellecerá tus nalgas coloreándolas... Valor, ángel mío, valor; acuérdate de que sólo por las penas se alcanzan siempre los placeres.

EUGENIA: No puedo más, de veras.

DOLMANCÉ, *se detiene un minuto para contemplar su obra; luego, prosiguiendo:* Sesenta más todavía, Eugenia; sí, sí, ¡sesenta más en cada culo!... ¡Oh, tunantes, qué placer vais a tener ahora jodiendo! *(La postura se deshace.)*

SRA. DE SAINTANGE, *examinando las nalgas de Eugenia:* ¡Ay, pobre pequeña, su trasero está lleno de sangre!... ¡Perverso, cuánto placer sacas de besar así los vestigios de tu crueldad!

DOLMANCÉ, *masturbándose:* Sí, no lo oculto, y mis besos serían más ardientes si los vestigios fueran más crueles.

EUGENIA: ¡Ah, sois un monstruo!

DOLMANCÉ: ¡Estoy de acuerdo!

EL CABALLERO: Por lo menos es sincero.

DOLMANCÉ: Vamos, sodomízala, caballero.

EL CABALLERO: Sosténla por las caderas, y en tres sacudidas está hecho.

EUGENIA: ¡Oh, cielos! ¡La tenéis más gorda que Dolmancé!... ¡Caballero..., me desgarráis!... ¡Tratadme con cuidado, os lo suplico!...

EL CABALLERO: Es imposible, ángel mío. Tengo que llegar al final... Pensad que me encuentro a la vista de mi maestro: debo mostrarme digno de sus lecciones.

DOLMANCÉ: ¡Ya está!... Me encanta ver el pelo de una polla frotar las paredes de un ano... Vamos, señora, enculad a vuestro hermano... Ya está la polla de Agustín dispuesta a introducirse en vos; en cuanto a mí, os aseguro que no he de tratar con miramientos a vuestro jodedor... ¡Ah! ¡Bien! Me parece que ya está formado el rosario; ahora pensemos sólo en corrernos.

SRA. DE SAINT-ANGE: Mirad cómo se estremece la muy pícara.

EUGENIA: ¿Es culpa mía? ¡Me muero de placer!... ¡Esta fustigación..., esta polla inmensa... y este amable caballero que aún sigue masturbándome!... ¡Querida, querida, no puedo más!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Dios santo! ¡Yo tampoco, me corro!...

DOLMANCÉ: Vayamos juntos, amigos míos; si quisierais concederme sólo dos minutos, os habré alcanzado en seguida, y nos iríamos todos a la vez.

EL CABALLERO: Ya no hay tiempo; mi leche corre en el culo de la hermosa Eugenia... ¡Me muero!... ¡Ay, santo nombre de un dios!... ¡Qué placer!...

DOLMANCÉ: Os sigo, amigos míos..., os sigo..., también a mí me ciega la leche...

AGUSTÍN: ¡Y a mí también!... ¡Y a mí también!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Vaya escena!... ¡Este bujarrón me ha llenado el culo!...

EL CABALLERO: ¡Al bidé, señoras mías, al bidé!

SRA. DE SAINT-ANGE: No, de veras, me gusta así, me gusta sentir la leche en el culo: cuando la tengo no la devuelvo nunca.

EUGENIA: De veras que no puedo más... Ahora, amigos míos, decidme si una mujer debe aceptar siempre la propuesta de ser follada de esta forma cuando se la hacen.

SRA. DE SAINT-ANGE: Siempre, querida, siempre; debe hacer más todavía: como esta manera de joder es deliciosa, debe exigirla de aquellos de quienes se sirve; y si depende de aquél con quien se divierte, si espera obtener de él favores, presentes o gracias, que se dé a valer, que se haga acosar; no hay hombre aficionado a esta postura que, en un caso así, no se arruine por una mujer lo bastante hábil para negarse con el solo propósito de inflamarle más; sacará cuanto quiera si domina el arte de conceder sólo adrede lo que se le pide.

DOLMANCÉ: Y bien, angelito, ¿estás convertida? ¿Has dejado ya de creer que la sodomía es un crimen?

EUGENIA: Y aunque lo fuera, ¿qué me importa? ¿No habéis demostrado vos la nadería de los crímenes? Ahora muy pocas acciones son criminales a mis ojos.

DOLMANCÉ: Nada es crimen, querida hija, sea lo que sea: la más monstruosa de las acciones ¿no tiene un lado por el que nos resulta propicia?

EUGENIA: ¿Quién lo duda?

DOLMANCÉ: Pues bien, desde ese momento deja de ser crimen; porque, aunque lo que sirve a uno perjudicando a otro fuera crimen, habría que demostrar que el ser herido es más precioso para la naturaleza que el ser servido: ahora bien, dado que todos los individuos son iguales a ojos de la naturaleza, tal predilección es imposible; por lo tanto la acción que sirve a uno perjudicando a otro es perfectamente indiferente para la naturaleza.

EUGENIA: Pero si la acción perjudicase a una gran mayoría de individuos, y nos proporcionase a nosotros una dosis muy ligera de placer, ¿no sería horrible entregarse a ella?

DOLMANCÉ: Tampoco, porque no hay comparación posible entre lo que sienten los demás y lo que nosotros sentimos; la dosis más fuerte de dolor en los demás debe ser para nosotros nada, y el más leve cosquilleo de placer experimentado por nosotros nos conmueve; por tanto debemos preferir, al precio que sea, ese ligero cosquilleo que nos deleita a esa suma inmensa de desgracias de los demás, que no podría afectarnos. Antes bien, ocurre por el contrario que la singularidad de nuestros órganos, una construcción extraña, nos hace agradables los dolores del prójimo, como a veces ocurre: ¿quién duda entonces de que ineludiblemente debemos preferir este dolor de otros, que nos divierte, a la ausencia de tal dolor, que se convertiría en una privación para nosotros? La fuente de todos nuestros errores en moral procede de la admisión ridícula de ese hilo de fraternidad que inventaron los cristianos en su siglo de infortunio y de indigencia. Forzados a mendigar la piedad de los demás, no era torpe sostener que eran todos hermanos. ¿Cómo negar ayuda, según esa hipótesis? Pero es imposible admitir semejante doctrina. ¿No nacemos todos aislados? Digo más, ¿no somos enemigos unos de otros, no nos hallamos todos en estado de guerra perpetuo y recíproco? Ahora bien, yo os pregunto si lo sería suponiendo que las virtudes exigidas por ese pretendido hilo de fraternidad estuvieran realmente en la naturaleza. Si su voz las inspirase a los hombres, las sentirían desde el nacimiento. A partir de ese instante la piedad, la beneficencia, la humanidad, resultarían virtudes naturales, de las que sería imposible defenderse, y que harían ese estado primitivo del hombre salvaje totalmente contrario a como lo vemos.

EUGENIA: Pero si, como decís, la naturaleza hace que los hombres nazcan aislados, independientes unos de otros, me concederéis al menos que las necesidades, al acercarlos,

han debido establecer obligatoriamente algunos lazos entre ellos[24]; de ahí, los de la sangre nacidos de su alianza recíproca, los del amor, los de la amistad, los del reconocimiento; espero que al menos respetéis éstos.

DOLMANCÉ: No más que los otros, en realidad; pero analicémoslos, lo deseo: echemos una rápida ojeada, Eugenia, sobre cada uno en particular. ¿Diríais vos, por ejemplo, que la necesidad de casarme, para ver prolongada mi raza o para conseguir mi fortuna, debe establecer lazos indisolubles o sagrados con el objeto al que me alío? Os pregunto, ¿no sería absurdo sostenerlo? Mientras dura el acto del coito, puedo indudablemente necesitar ese objeto para que participe en él; pero tan pronto como está concluido, decidme, ¿qué queda entre él y yo? ¿Y qué obligación real encadenará, a él o a mí, a los resultados de ese coito? Estos últimos lazos fueron frutos del pavor que sintieron los padres a ser abandonados en su vejez, y los interesados cuidados que tienen con nosotros en nuestra infancia son únicamente para merecer luego las mismas atenciones en su postrera edad. Dejemos de ser víctimas de todo esto: no debemos nada a nuestros padres..., ni lo más mínimo, Eugenia, y como han trabajado menos para nosotros que para sí, nos está permitido detestarlos y deshacernos incluso de ellos si su proceder nos irrita; sólo debemos amarlos si actúan bien con nosotros, y esa ternura no debe ser un grado superior al que tendríamos con otros amigos, porque los derechos del nacimiento no establecen nada ni fundan nada, y, escrutándolos con prudencia y reflexión, no encontraremos probablemente en ellos otra cosa que razones de odio hacia los que, pensando sólo en sus placeres, no nos han dado a menudo más que una existencia desgraciada o malsana.

¡Me habláis de los lazos del amor, Eugenia! ¿Habéis podido conocerlos alguna vez? ¡Ah, que semejante sentimiento no se acerque jamás a vuestro corazón, por el bien que os deseo! ¿Qué es el amor? A mi entender, sólo puede considerarse como el efecto resultante de las cualidades de un objeto hermoso sobre nosotros; tales efectos nos transportan, nos inflaman; si poseemos ese objeto, ya estamos contentos; si nos es imposible conseguirlo, nos desesperamos. Pero ¿cuál es la base de ese sentimiento?... el deseo. ¿Cuáles son las secuelas de ese sentimiento?... la locura. Atengámonos, pues, al motivo, y librémonos de los efectos. El motivo es poseer el objeto; pues bien, tratemos de triunfar, pero con prudencia; gocémoslo en cuanto lo tengamos; consolémonos en caso contrario: otros mil objetos semejantes, y con frecuencia mejores, nos consolarán de la pérdida de ése; todos los hombres, todas las mujeres, se parecen: no hay amor que resista los efectos de una reflexión sana. ¡Oh! ¡Qué engaño esa embriaguez que, absorbiendo en nosotros el resultado de los sentidos, nos pone en tal estado que ya no vemos ni existimos más que por ese objeto locamente adorado! ¿Es eso vivir? ¿No es más bien privarse voluntariamente de todas las dulzuras de la vida? ¿No es querer permanecer en una fiebre ardorosa que nos absorbe y que nos devora sin dejarnos otra dicha que goces metafísicos, tan semejantes a los efectos de la locura? Si debiéramos amar siempre ese objeto adorable, si fuera seguro que jamás tendríamos que abandonarlo, sería una extravagancia, indudablemente, pero excusable al menos. ¿Ocurre? ¿Hay muchos ejemplos de esas relaciones eternas que jamás se hayan desmentido? Algunos meses de goce, que ponen pronto al objeto en su verdadero lugar, nos hacen avergonzarnos por el incienso que hemos que-

[24] Nuevo eco de Rousseau y de su *Discurso sobre la desigualdad:* «Satisfecha la necesidad, los dos sexos ya no se reconocían, y el hijo mismo no era nada para la madre tan pronto como podía prescindir de ella.» [Nota del T]

mado en sus altares, y con frecuencia no llegamos siquiera a concebir que haya podido seducirnos hasta ese punto.

¡Oh jóvenes voluptuosas, entregadnos por tanto vuestros cuerpos cuanto podáis! Follad, divertíos: eso es lo esencial; pero huid con cuidado del amor. Lo único bueno que tiene es la parte física, decía el naturalista Buffon[25], y no sólo sobre este punto razonaba como buen filósofo. Lo repito, divertíos; pero no améis; no os preocupéis más por ser amadas: lo necesario no es extenuarse en lamentaciones, en suspiros, en miradas, en billetes de dulce amor, sino follar, multiplicar y cambiar a menudo de jodedores, oponerse fuertemente sobre todo a que uno solo quiera cautivaros, porque la meta de este constante amor sería, atándoos a él, impediros que os entreguéis a otro, egoísmo cruel que pronto se volvería fatal para vuestros placeres. Las mujeres no están hechas para un solo hombre: la naturaleza las ha creado para todos. Escuchando sólo esta sagrada voz, que se entreguen indiferentemente a cuantos quieran algo de ellas. Siempre putas, nunca amantes, repudiando el amor, adorando el placer, sólo rosas encontrarán en la carrera de la vida; sólo flores será lo que nos prodiguéis. Preguntad, Eugenia, preguntad a la encantadora mujer que ha tenido a bien encargarse de vuestra educación, sobre el caso que hay que hacer a un hombre cuando se ha gozado de él. *(Lo suficientemente bajo para no ser oído porAgustín.)* Preguntadle si daría un paso para conservar a este Agustín que hace hoy día sus delicias. En la hipótesis de que quisieran quitárselo, tomaría otro, no pensaría más en éste, y, pronto cansada del nuevo, lo inmolaría ella misma en dos meses si nuevos goces debieran nacer de tal sacrificio.

SRA. DE SA1NT-ANGE: Que mi querida Eugenia esté completamente segura de que Dolmancé le explica mi corazón, igual que el de todas las mujeres, como si le hubiéramos abierto sus entretelas.

DOLMANCÉ: La última parte de mi análisis se dirige por tanto a los lazos de la amistad y a los del reconocimiento. Respetemos los primeros, consiento en ello, mientras nos sean útiles; conservemos a nuestros amigos mientras nos sirvan; olvidémoslos desde el momento en que no podamos sacar nada de ellos; a las personas nunca hay que amarlas más que por uno mismo; amarlas por ellas mismas no es más que un engaño; jamás estuvo en la naturaleza inspirar a los hombres otros impulsos, otros sentimientos que los que deben ser buenos para algo; nada es tan egoísta como la naturaleza; seámoslo por tanto también si queremos cumplir sus leyes. En cuanto al reconocimiento, Eugenia, es indudablemente el más débil de todos los lazos. ¿Acaso nos hacen favores los hombres por nosotros mismos? No lo creamos, querida: lo hacen por ostentación, por orgullo. ¿No es humillante, desde ese momento, convertirse así en el juguete del amor propio de los demás? ¿No lo es más todavía tener que estar agradecido por ello? Nada cuesta tanto como un beneficio recibido. Nada de términos medios: o lo devolvemos o nos envilece. Las almas orgullosas soportan mal el peso del beneficio: pesa sobre ellas con tanta violencia que el único sentimiento que exhalan es el de odio por el bienhechor. ¿Cuáles son ahora, en vuestra opinión, los lazos que sustituyen el aislamiento en que nos ha creado la naturaleza? ¿Cuáles son aquéllos que deben establecer relaciones entre los hombres? ¿A titulo de qué habríamos de amarlos, de quererlos, de preferirlos a nosotros mismos? ¿Con qué derecho consolaríamos su infortunio? ¿Dónde estará ahora en nuestras almas la cuna de

[25] En el *Discurso sobre la naturaleza de los animales* (1753). Rousseau también aprovecha esta idea de Buffon para demostrar que la familia no es natural. [Nota del T]

vuestras bellas e inútiles virtudes de beneficencia, de humanidad, de caridad, indicadas en el código absurdo de algunas religiones imbéciles, que, predicadas por impostores o por mendigos, debieron necesariamente aconsejar aquello que podía apoyarlas o tolerarlas? Pues bien, Eugenia, ¿admitís aún algo sagrado entre los hombres? ¿Concebís alguna razón que nos haga preferirlos a ellos en vez de a nosotros?

EUGENIA: Esas lecciones, a las que mi corazón ayuda, me halagan demasiado para que mi espíritu las rechace.

SRA. DE SAINT-ANGE: Están en la naturaleza, Eugenia: basta para demostrarlo la aprobación que les das; apenas brotado de su seno, ¿cómo podría ser lo que sientes fruto de la corrupción?

EUGENIA: Pero si todos los errores que preconizáis están en la naturaleza, ¿por qué se oponen a ello las leyes?

DOLMANCÉ: Porque las leyes no están hechas para lo particular, sino para lo general, lo cual las pone en perpetua contradicción con el interés, dado que el interés personal está enfrentado siempre al interés general. Mas las leyes, buenas para la sociedad, son muy malas para el individuo que la compone; porque para una vez que lo protegen o le ofrecen garantías, lo molestan y lo atan las tres cuartas partes de su vida; por eso el hombre sabio y lleno de desprecio hacia ellas las tolera, como hace con las serpientes y las víboras que, aunque hieren o envenenan, sirven sin embargo a veces en medicina; se protegerá de las leyes como lo hará de estas bestias venenosas; se pondrá a cubierto mediante precauciones, mediante misterios, cosas fáciles para la sabiduría y la prudencia. ¡Ojalá la fantasía de algunos crímenes inflame vuestra alma, Eugenia! ¡Pero estad bien segura de cometerlos sin temor, con vuestra amiga y conmigo!

EUGENIA: ¡Ay, esa fantasía está ya en mi corazón!

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Qué capricho te habita, Eugenia? Dínoslo en confianza.

EUGENIA, *extraviada:* Quisiera una víctima.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Y de qué sexo la deseas?

EUGENIA: ¡Del mío!

DOLMANCÉ: Y bien, señora, ¿estáis contenta con vuestra alumna? Sus progresos, ¿son suficientemente rápidos?

EUGENIA, *como antes:* ¡Una víctima, querida, una víctima!... ¡Oh, dioses, haría la felicidad de mi vida!...

SRA. DE SAINT ANGE: ¿Y qué le harías?

EUGENIA: ¡Todo!... ¡Todo! Todo lo que pudiera hacerle la más desgraciada de las criaturas. ¡Oh, querida, querida mía, ten piedad de mí, no puedo más!...

DOLMANCÉ: ¡Santo Dios, qué imaginación!... Ven, Eugenia, eres deliciosa... Ven que te bese mil y mil veces. *(La coge en sus brazos.)* Ved, señora, ved, mirad a esta libertina cómo se corre *de cabeza* sin que nadie la toque... ¡Es absolutamente necesario que la dé por el culo una vez más!

EUGENIA: ¿Tendré luego lo que pido? DOLMANCÉ: ¡Sí, loca!... ¡Sí, yo te respondo de ello!

EUGENIA: ¡Oh, amigo mío, aquí está mi culo!... ¡Haced lo que queráis con él!

DOLMANCÉ: Esperad a que disponga este goce de una manera algo lujuriosa. *(Todo se cumple a medida que Dolmancé lo indica.)* Agustín, tiéndete en el borde de esta cama; que Eugenia se acueste en tus brazos; mientras la sodomizo, masturbaré su clítoris con la soberbia cabeza de la polla de Agustín, que, para ahorrar su leche, tendrá cuidado

de no correrse; el querido caballero, que sin decir una palabra se la menea suavemente oyéndonos, tendrá a bien tenderse sobre los hombros de Eugenia, exponiendo sus hermosas nalgas a mis besos; yo se la menearé por debajo; es decir, teniendo mi aparato en un culo, menearé una polla con cada mano; y en cuanto a vos, señora, tras haber sido yo vuestro marido, quiero que os convirtáis vos en el mío; ¡poneos el más enorme de vuestros consoladores! *(La Sra. de Saint Ange abre un cofre que está lleno de ellos, y nuestro héroe escoge el más temible.)* ¡Bien! Éste, según el número, tiene catorce pulgadas de largo por diez de contorno; poneos esto a la cintura, señora, y dadme ahora los golpes más terribles.

SRA. DE SAINT-ANGE: Estáis loco, Dolmancé, de veras, y voy a reventaros con esto.

DOLMANCÉ: No temáis nada; empujad, penetrad, ángel mío; yo no encularé a vuestra querida Eugenia hasta que vuestro enorme miembro esté bien dentro en mi culo... ¡Ya está! ¡Ya está, santo Dios!... ¡Ay, me pones en las nubes!... ¡Nada de piedad, hermosa mía!... Te lo advierto, voy a joder tu culo sin prepararlo... ¡Santo Dios, qué hermoso trasero!...

EUGENIA: ¡Oh, amigo mío, me desgarras!... Prepara por lo menos el camino.

DOLMANCÉ: Me guardaré mucho de ello: se pierde la mitad del placer con esas tontas atenciones. Piensa en nuestros principios, Eugenia; trabajo para mí; ¡ahora, víctima un momento, ángel mío, y al cabo de un instante perseguidora!... ¡Ay, santo Dios!... ¡Entra!...

EUGENIA: ¡Me matas!...

DOLMANCÉ: ¡Rediós! ¡He llegado al fondo!

EUGENIA: ¡Ay, ahora puedes hacer lo que quieras!... Ya está ahí..., ¡no siento más que placer!...

DOLMANCÉ: ¡Cuánto me gusta menear esta gruesa polla encima del clítoris de una virgen!... Tú, caballero, ponme buen culo... ¿Te la meneo bien, libertino?... Y vos, señora, jodedme, follad a vuestra puta..., sí, lo soy y quiero serlo... Eugenia, ¡córrete, sí, ángel mío, córrete!... Agustín, a pesar suyo, me llena de leche... Yo recibo la del culo del caballero, la mía se une a ella... No resisto más... Eugenia, agita tus nalgas, que tu ano presione mi polla; voy a lanzar al fondo de tus entrañas la leche ardiente que se exhala... ¡Ay, jodido bujarrón de dios! ¡Me muero! *(Se retira, la postura se rompe.)* Mirad, señora, ahí tenéis a vuestra pequeña libertina llena todavía de leche; la entrada de su coño está inundada; masturbadla, frotad vigorosamente su clítoris todo mojado de esperma; es una de las cosas más deliciosas que se pueden hacer.

EUGENIA, *palpitante:* ¡Ay, amiga, qué placer me darías! ¡Ay, querido amor, ardo de lubricidad! *(Se colocan en esa postura.)*

DOLMANCÉ: Caballero, como eres tú quien va a desflorar a esta hermosa niña, ayuda a tu hermana para que se pasme en tus brazos, y en esa postura ofréceme las nalgas: voy a joderte mientras Agustín me encula. *(Todo se dispone así.)*

EL CABALLERO: ¿Estoy bien de esta manera?

DOLMANCÉ: Un poco más arriba el culo, amor mío; ahí, bien..., sin preparación, caballero...

EL CABALLERO: ¡A fe que como tú quieras! ¿Puedo sentir otra cosa que placer en el seno de esta muchacha? *(La besa y la masturba, hundiéndole ligeramente un dedo en el coño, mientras la Sra. de Saint Ange acaricia el clítoris de Eugenia.)*

DOLMANCÉ: En cuanto a mí, querido, te aseguro que saco mucho más contigo de lo que saqué con Eugenia; ¡tanta diferencia es la que hay entre el culo de un muchacho y el de una muchacha!... ¡Dame por el culo, Agustín! ¡Cuánto tardas en decidirte!

AGUSTÍN: ¡Maldita zea! ¡Zeñorez, ez que acaba de corrérzeme ahí juntito a enta gentil tortolita, y quereiz que ahora ze ponga tieza en zeguida para vueztro culo, que no ez tan bonito, maldita zea!

DOLMANCÉ: ¡Imbécil! Pero, ¿por qué quejarse? Es la naturaleza: cada cual predica para su santo. Vamos, vamos, sigue penetrando, verídico Agustín; y cuando tengas algo más de experiencia, ya me dirás si no valen más los culos que los coños... Eugenia, devuelve al caballero lo que él te hace; preocúpate sólo de ti: tienes razón, libertina; pero en interés mismo de tus placeres, menéasela, puesto que va a ser él quien coja tus primicias.

EUGENIA: Y bien que se la meneo, le beso, pierdo la cabeza... ¡Ají! ¡Ají! ¡Ají!, amigos míos, no puedo más... ¡Tened piedad de mi estado..., me muero..., me corro!... ¡Santo Dios! ¡Estoy fuera de mí!...

DOLIMANCÉ: Yo en cambio seré prudente. Sólo pretendía poner en trance este hermoso culo; guardo para la Sra. de Saint-Auge la leche acumulada: nada me divierte tanto como empezar en un culo la operación que quiero terminar en otro. ¡Y bien, caballero, ya estás a punto!... ¿La desfloramos?

EUGENIA: ¡Oh, cielos, no, no quiero que me lo haga él, moriría! El vuestro es más pequeño, Dolmancé; ¡que sólo a vos deba yo esta operación, os lo suplico!

DOLIMANCÉ: Es imposible, ángel mío; nunca en mi vida he jodido un coño; me permitiréis que no empiece a mi edad. Vuestras primicias pertenecen al caballero; sólo él es digno de cogerlas: no le quitemos sus derechos...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Rechazar una desfloración... tan fresca, tan linda como ésta, porque desafío a que alguien diga que mi Eugenia no es la muchacha más hermosa de París! ¡Oh, señor!..., señor, de veras, ¡eso es lo que se dice atenerse demasiado a sus principios!

DOLMANCÉ: No tanto como debiera, señora, porque estoy seguro de que muchos de mis cofrades no os la meterían por el culo... Yo lo he hecho y volveré a hacerlo; no es, por tanto, como suponéis, llevar mi culto hasta el fanatismo.

SRA. DE SAINT-ANGE: Adelante, pues, caballero; pero ten cuidado; mira la pequeñez del estrecho que vas a enfilar: ¿hay alguna proporción entre el contenido y el continente?

EUGENIA: ¡Oh, moriré, eso es inevitable!... Pero el ardiente deseo que tengo de ser jodida me hace atreverme a todo sin temer nada... Vamos, penetra, querido, a ti me entrego.

EL CABALLERO, *sosteniendo con toda la mano su polla tiesa:* ¡Sí, joder! ¡Es necesario que penetre!... Hermana mía, Dolmancé, sostenedle cada uno una pierna... ¡Ah, santo Dios! ¡Qué empresa!... ¡Sí, sí, aunque tenga que atravesarla, aunque tenga que desgarrarla, es preciso, rediós, pasar por ello!

EUGENIA: ¡Despacio, más suave, no puedo aguantar!... *(Ella grita; las lágrimas corren por sus mejillas...)* ¡Socorro! ¡Querida amiga!... *(Se debate.)* ¡No, no quiero que entre! ¡Si seguís, gritaré que me están asesinando!...

EL CABALLERO: Grita cuanto quieras, pequeña bribona, te digo que tiene que entrar, aunque hayas de reventar mil veces.

EUGENIA: ¡Qué barbarie!

DOLMANCÉ: ¡Ah, joder! ¿Puede ser uno delicado cuando la tiene tiesa?

EL CABALLERO: ¡Miradla! ¡Ya está! ¡Ya está, santo dios!... ¡Joder! ¡Vaya virginidad del diablo!... ¡Mirad cómo corre su sangre!

EUGENIA: ¡Anda, tigre!... ¡Anda, desgárrame si quieres, ahora me río!... ¡Bésame, verdugo, bésame, te adoro!... ¡Ay, una vez que está dentro no es nada!: todos los dolores se olvidan... ¡Pobres de las jóvenes que se asusten ante semejante ataque!... ¡Qué grandes placeres rechazarían por un pequeño dolor!... ¡Empuja! ¡Empuja, caballero, que me corro!... Rocía con tu leche las llagas con que me has cubierto..., empújala hasta el fondo de mi matriz... ¡Ay, el dolor cede ante el placer, estoy a punto de desvanecerme!... *(El caballero descarga; mientras él jodía, Dolmancé le ha sobado el culo y los cojones, y la Sra. de Saint Ange acariciaba el clítoris de Eugenia. La postura se deshace.)*

DOLMANCÉ: Mi parecer es que, mientras estén abiertos los caminos, Agustín joda inmediatamente a la pequeña bribona.

EUGENIA: ¡Por Agustín!... ¡Una polla de ese tamaño!... ¡Hala, venga, deprisa!... ¡Ahora que todavía sangro!... ¿Tenéis ganas de matarme?

SRA. DE SAINT-ANGE: Amor mío, bésame..., te compadezco..., pero la sentencia se ha pronunciado y es inapelable, corazón mío: tienes que sufrirla.

AGUSTÍN: ¡Ay, jardinero, ya eztoy preparado! ¡Cuando ze trata de trincar a ezta niñita, vendría, pordioz, dezde Roma a piez.

EL CABALLERO, *empuñando la enorme polla de Agustín:* ¡Mira, Eugenia, mira qué tiesa está!... Es digna de sustituirme.

EUGENIA: ¡Ay, santo cielo, qué garrote!... ¡Queréis matarme, eso está claro!...

AGUSTÍN, *apoderándose de Eugenía:* ¡Que no, zeñorita: ezo no ha hecho nunca morir a nadie. DOLMANCÉ: ¡Un momento, hijo, un momento!: tienes que ofrecerme el culo mientras la jodes... Sí, así, acercaos, señora de Saint-Ange: os he prometido encularos, y mantendré mi palabra; pero colocaos de modo que al joderos esté en condiciones de azotar a Eugenia. ¡Mientras tanto, que el caballero me azote! *(Se colocan.)*

EUGENIA: ¡Ay, joder! ¡Me revienta!... ¡Camina despacio, gran payaso!... ¡Ay, el bujarrón! ¡Cómo clava!... ¡Ya ha llegado, el jodido!... ¡Ya ha llegado al fondo!... ¡Me muero!... ¡Oh, Dolmancé, cómo golpeáis!... Es encenderme por dos partes; me ponéis al rojo las nalgas.

DOLMANCÉ, *azotando con toda su fuerza:* ¡Lo tendrás..., lo tendrás, pequeña bribona!... ¡Así te correrás más deliciosamente! ¡Cómo la masturbáis, Saint-Ange..., cómo debe de endulzar ese ligero dedo los males que Agustín y yo le hacemos!... Pero vuestro ano se aprieta... Ya lo veo, señora, vamos a corrernos al mismo tiempo... ¡Ay, qué divino estar así entre el hermano y la hermana!

SRA. DE SAINT-ANDE, *a Dolmancé:* ¡Jode, sol mío, jode!... Creo que nunca tuve tanto placer.

EL CABALLERO: Dolmancé, cambiemos de mano; pasa rápidamente del culo de mi hermana al de Eugenia, para hacerle conocer los placeres de estar entre dos, y yo encularé a mi hermana que, mientras tanto, devolverá sobre tus nalgas los golpes de verga con que acabas de ensangrentar las de Eugenia.

DOLMANCÉ, *haciéndolo:* Acepto... Mira, amigo mío, ¿puede hacerse un cambio más rápido que éste?

EUGENIA: ¡Cómo! ¡Los dos sobre mí, santo cielo!... No sé a cuál atender; tenía bastante con este ganso... ¡Ay, cuánta leche me va a costar este doble goce!... Ya corre. Sin esta sensual eyaculación, creo que estaría ya muerta... Vaya, amiga mía, ¿me imitas? ¡Oh,

cómo jura la bribona!... Dolmancé..., córrete, córrete..., amor mío..., este rudo campesino me inunda: me lo lanza al fondo de mis entrañas... ¡Ay, jodedores míos!, ¡cómo! ¡Los dos a la vez, santo cielo!... Amigos míos, recibid mi leche: se une a la vuestra... Estoy anonadada... *(La postura se rompe.)* Y bien, querida, ¿estás contenta con tu alumna?... ¿Ahora soy lo suficientemente puta?... Pero me habéis puesto en un estado..., en una agitación... ¡Oh, sí, juro que, en la embriaguez en que me encuentro, si fuera preciso llegaría a hacerme joder en medio de las calles!...

DOLMANCÉ: ¡Qué bella está así!

EUGENIA: ¡Os detesto, me habéis rechazado!...

DOLMANCÉ: ¿Podía acaso contrariar mis dogmas?

EUGENIA: Entonces, os perdono, y debo respetar los principios que llevan a los extravíos. ¡Cómo no había de adoptarlos yo, que sólo quiero vivir en el crimen? Sentémonos y charlemos un instante: no puedo más. Proseguid mi instrucción, Dolmancé, y decidme algo que me consuele de los excesos a que me he entregado; apagad mis remordimientos; alentadme.

SRA. DE SAINT-ANGE: Es justo; es preciso que un poco de teoría suceda a la práctica; es el medio de hacer una alumna perfecta.

DOLMANCÉ: ¡Bueno! ¿Cuál es el objeto, Eugenia, sobre el que queréis que os instruya? EUGENIA: Me gustaría saber si las costumbres son verdaderamente necesarias a un gobierno, si su influencia tiene algún peso sobre el genio de la nación.

DOLMANCÉ: ¡Ah, pardiez! Al salir de casa esta mañana, he comprado en el Palacio de la Igualdad[26] un folleto que, de creer al título, debe de responder necesariamente a vuestra pregunta... Acaba de salir de las prensas.

SRA. DE SAINT ANGE: Veamos. *(Lee.) Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos.* A fe que es un título singular: promete mucho; caballero, tú que posees una hermosa voz, léenos esto.

DOLMANCI: O mucho me equivoco o debe de responder perfectamente a la pregunta de Eugenia. EUGENIA: ¡Desde luego!

SRA. DE SAINT-ANGE: Agustín, esto a ti no te incumbe; pero no te alejes; tocaremos la campanilla cuando sea preciso que vengas.

EL CABALLERO: Empiezo.

FRANCESES, UNESFUERZO MÁS SI QUERÉIS SER REPUBLICANOS

La religión

Vengo a ofrecer grandes ideas; las escucharán, serán pensadas; si no todas agradan, al menos algunas quedarán; habré contribuido algo al progreso de las luces, y con ello quedaré satisfecho. No lo oculto, veo con pena la lentitud con que tratamos de llegar a la meta; con inquietud siento que estamos en vísperas de no alcanzarla una vez más. ¿Cree alguien que esa meta se alcanza cuando nos hayan dado leyes? Que nadie lo crea. ¿Qué ha-

[26] El Palais Royal; la alusión apunta a Philippe Egalité. [Nota del T]

ríamos con las leyes, sin religión? Necesitamos un culto, y un culto hecho para el carácter de un republicano, muy alejado de poder continuar el de Roma. En un siglo en que estamos tan convencidos de que la religión debe apoyarse en la moral, y no la moral en la religión, se necesita una religión que vaya con las costumbres, que sea algo así como su desarrollo, como su necesaria secuela, y qué, elevando el alma, pueda mantenerla perpetuamente a la altura de esa libertad preciosa que constituye hoy día su único ídolo. Ahora bien, yo pregunto si puede suponerse que la de un esclavo de Tito, la de un vil histrión de Judea, puede convenir a una nación libre y guerrera que acaba de regenerarse. No, compatriotas míos, no, no lo creáis. Si, por desgracia para él, el francés volviera a sepultarse en las tinieblas del cristianismo, por un lado el orgullo, la tiranía y el despotismo de los sacerdotes, vicios que siempre renacen en esa horda impura; por otro la bajeza, la estrechez de miras, la insulsez de los dogmas y de los misterios de esa indigna y fabulosa religión, debilitando la altivez del alma republicana, la pondrían pronto bajo el yugo que su energía acaba de romper.

No perdamos de vista que esta pueril religión era una de sus mejores armas en manos de nuestros tiranos: uno de sus primeros dogmas era *dar al César lo que es del César,*- pero nosotros hemos destronado a César y no queremos darle nada. Franceses, sería vano jactarse de que el espíritu de un clero que ha jurado la constitución no es el de un clero refractario; siempre hay vicios de estado que nunca pueden corregirse. Antes de diez años[27], en medio de la religión cristiana, de su superstición, de sus prejuicios, vuestros sacerdotes, pese a su juramento, pese a su pobreza, volverían a poseer el imperio de las almas que habían invadido; volverían a encadenaros a los reyes, porque el poder de éstos siempre apuntaló el de aquéllos, y vuestro edificio republicano, falto de bases, se derrumbaría.

Oh, vosotros que tenéis la hoz en la mano, propinad el último golpe al árbol de la superstición: no os contentéis con podar las ramas: desarraigad por entero una planta cuyos efectos son tan contagiosos; debéis estar totalmente convencidos de que vuestro sistema de libertad y de igualdad contraría demasiado abiertamente a los ministros de los altares de Cristo para que haya alguna vez uno solo que la adopte de buena fe o no busque con moverlo si consigue recuperar algún dominio sobre las conciencias. ¡Qué sacerdote, comparando el estado a que acaban de reducirle con el que antes gozaba, no ha de hacer cuanto de él dependa para recuperar no sólo la confianza, sino también la autoridad que le han hecho perder? ¿Y cuántos seres débiles y pusilánimes no se volverán pronto esclavos de este ambicioso tonsurado? ¿Por qué no se piensa que los inconvenientes que han existido pueden renacer aún? En la infancia de la Iglesia cristiana, Vieran los sacerdotes lo que son hoy? Ya veis adónde habían llegado; sin embargo, quién los había conducido allí? ¿No fueron los medios que les proporcionaba la religión? Ahora bien, si no la prohibís completamente, a esa religión y a quienes la predican, contando siempre con los mismos medios llegarán pronto al mismo fin.

Aniquilad, pues, para siempre todo lo que un día puede destruir vuestra obra. Pensad que estando el fruto de vuestros trabajos reservado sólo a vuestros nietos, es deber vuestro, probidad vuestra, no dejar ni uno de estos gérmenes peligrosos que podrían volverles a sumir en el caos de que con tanto esfuerzo hemos salido. Ya se disipan

[27] No tardaría tanto: El Concordato en 1801, y el Imperio en 1804. [Nota del T.]

nuestros prejuicios, ya el pueblo abjura los absurdos católicos; ha suprimido los templos, ha derribado los ídolos, está decidido a que el matrimonio sea sólo un acto civil; los confesionarios rotos sirven en los fogones públicos; los pretendidos fieles, al desertar del banquete católico, dejan los dioses de harina a los ratones. Franceses, no os detengáis: Europa entera, con una mano puesta en la venda que fascina sus ojos, espera de vosotros el esfuerzo que debe arrancarla de su frente. Daos prisa: no deis *a la santa Roma,* que se agita en todas direcciones para reprimir vuestra energía, el tiempo de conservar quizás algunos prosélitos. Golpead sin miramientos su cabeza altiva y temblorosa, y que antes de dos meses el árbol de la libertad, dando sombra a los despojos de la cátedra de san Pedro, cubra con el peso de sus ramas victoriosas todos estos despreciables ídolos del cristianismo, descaradamente alzados sobre las cenizas tanto de los Catones como de los Brutos.

Franceses, os lo repito, Europa espera de vosotros verse libre a un tiempo del *cetro* y del *incensario.* Pensad que es imposible librarla de la tiranía monárquica sin romper al mismo tiempo los frenos de la superstición religiosa: los lazos de la una están demasiado íntimamente ligados a la otra para que, si dejáis subsistir una de las dos, no volváis a caer pronto bajo el imperio de lo que habríais descuidado disolver. No es ni ante las rodillas de un ser imaginario ni ante las de un vil impostor ante lo que un republicano debe arrodillarse; sus únicos dioses deben ser ahora el *valor y* la *libertad.* Roma desapareció cuando se predicó el cristianismo, y Francia está perdida si en ella se lo venera todavía.

Examinad con atención los dogmas absurdos, los misterios espantosos, las ceremonias monstruosas, la moral imposible de esa repugnante religión, y ved si puede convenir a una república. ¿Creéis de buena fe que me iba a dejar yo dominar por la opinión de un hombre al que acabo de ver a los pies del imbécil sacerdote de Jesús? ¡No, desde luego que no! Ese hombre, siempre vil, tenderá siempre, por su bajeza de miras, a las atrocidades del antiguo régimen; desde el momento en que ha podido someterse a las estupideces de una religión tan insulsa como teníamos la locura de admitir, ya no puede ni dictarme leyes ni transmitirme luces; no le veo más que como un esclavo de los prejuicios y de la superstición.

Pongamos los ojos, para convencernos de esta verdad, sobre los pocos individuos que permanecen adictos a ese culto insensato de nuestros padres; veremos entonces si no son todos enemigos irreconciliables del sistema actual, veremos si no es en su número donde está totalmente comprendida esa casta, tan justamente despreciada, de *realistas* y de *aristócratas.* Que el esclavo de un bergante coronado se arrodille, si quiere, a los pies de un ídolo de pasta: ese objeto está hecho para su alma de barro; ¡quien puede servir a reyes debe adorar a dioses! Pero nosotros, franceses, nosotros, compatriotas míos, nosotros, ¿arrastrarnos todavía humildemente bajo frenos tan despreciables? ¡Antes morir mil veces que ser esclavos de nuevo! Puesto que creemos necesario un culto, imitemos el de los romanos: las acciones, las pasiones, los héroes, esos sí que eran objetos respetables. Tales ídolos sublimaban el alma, la electrizaban; hacían más: le comunicaban las virtudes del ser respetado. El adorador de Minerva quería ser prudente. El valor estaba en el corazón de aquél al que se veía a los pies de Marte. Ni un solo dios de estos grandes hombres estaba privado de energía; todos transmitían el fuego en que ellos mismos se abrasaban al alma de quien los veneraba; y como tenían la esperanza de ser adorados también ellos un día, aspiraban a volverse al menos tan grandes como

aquellos a los que tomaban por modelo. ¿Qué encontramos en cambio en los vanos dioses del cristianismo? ¿Qué os ofrece, pregunto, esa imbécil religión[28]? El insulso impostor de Nazaret[29] ¿provoca en vosotros el nacimiento de alguna gran idea? Su sucia y repugnante madre, la impúdica María, ¿os inspira algunas virtudes? ¿Y encontráis en los santos con que han adornado su Elíseo algún modelo de grandeza, o de heroísmo, o de virtudes? Es tan cierto que esa estúpida religión no presta nada a las grandes ideas, que ningún artista puede emplear sus atributos en los monumentos que alza; en Roma mismo, la mayoría de los adornos y ornamentos del palacio de los papas tiene sus modelos en el paganismo, y, mientras el mundo subsista, sólo él encenderá el verbo de los grandes hombres.

¿Será en el teísmo[30] puro donde encontraremos más motivos de grandeza y de elevación? ¿Será en la adopción de una quimera que, dando a nuestra alma ese grado de energía esencial a las virtudes republicanas, llevará al hombre a amarlas o a practicarlas? Ni lo soñéis; estamos de vuelta de ese fantasma, y ahora el ateísmo es el único sistema de todas las personas que saben razonar. A medida que las luces ilustran se ha comprendido que, por ser inherente el movimiento a la materia, el agente necesario para imprimir ese movimiento se convertía en un ser ilusorio y que, por tener que estar todo cuanto existe en movimiento por esencia, el motor era inútil; se ha comprendido que ese dios quimérico, prudentemente inventado por los primeros legisladores, no era entre sus manos sino otro medio más para encadenarnos y que, reservándose el derecho de hacer hablar sólo ellos a ese fantasma, podían muy bien hacerle decir sólo aquello que apoyaba las leyes ridículas con que pretendían esclavizarnos. Licurgo, Numa, Moisés, Jesucristo, Mahoma, todos esos grandes bribones, todos esos grandes déspotas de nuestras ideas, supieron asociar las divinidades que fabricaban a su desmesurada ambición, y seguros de cautivar a los pueblos con la sanción de tales dioses, tuvieron -cuidado siempre, como se sabe, de interrogarlos sólo a propósito, o de hacerles responder únicamente aquello que creían que podía servirles.

Despreciemos por tanto hoy día tanto el vano dios que los impostores han predicado como todas las sutilezas religiosas que se desprenden de su ridícula adopción; no es con ese sonajero como se puede divertir ya a hombres libres. Que la extinción total de los cultos figure, por lo tanto, en los principios que propaguemos a toda Europa. No nos contentemos con romper los cetros, pulvericemos por siempre los ídolos: no hubo nunca más que un paso de la superstición a la realeza[31]. Indudablemente hubo de ser así,

[28] Si alguien examina atentamente esta religión, encontrará que las impiedades de que está llena proceden en parte de la ferocidad y de la inocencia de los judíos, y en parte de la indiferencia y de la confusión de los gentiles; en lugar de asumir lo que los pueblos de la Antigüedad tenían de bueno, los cristianos parecen haber hecho su religión con la mezcla de los vicios que encontraron por todas partes.

[29] Quizá Sade piensa en un texto anónimo titulado *Traité des trois Imposteurs,* referido a Moisés, Jesús y Mahoma, que se había publicado en 1768. [Nota del T.]

[30] Sade no parece hacer distinción entre *teísmo y deísmo:* el primero admite la posibilidad de Revelación. [Nota del T]

[31] Seguid la historia de todos los pueblos: nunca los veréis cambiar el gobierno que tenían por un gobierno monárquico, a no ser por el embrutecimiento en que la superstición los mantiene; siempre veréis a los reyes apuntalar la religión, y a la religión consagrar a los reyes. Es de sobra conocida la historia del in-

puesto que uno de los primeros artículos de la consagración de los reyes era siempre el mantenimiento de la religión dominante como una de las bases políticas que mejor debían sostener su trono. Pero, desde el momento en que ese trono ha sido abatido, desde que lo ha sido felizmente para siempre, no temamos extirpar de igual modo lo que constituía su sostén.

Sí, ciudadanos, la religión es incoherente con el sistema de la libertad; lo habéis notado. El hombre libre jamás se inclinará ante los dioses del cristianismo; jamás sus dogmas, jamás sus ritos, sus misterios o su moral convendrán a un republicano. Un esfuerzo más; puesto que trabajáis por destruir todos los prejuicios, no dejéis subsistir ninguno, porque basta uno sólo para volver a traerlos todos. ¡Y cuánto más seguros no debemos estar de su retorno si el que dejáis vivir es positivamente la cuna de todos los demás! Basta de creer que la religión pueda ser útil al hombre. Tengamos buenas leyes, y podremos prescindir de la religión. Pero se necesita una para el pueblo, dicen; lo divierte, lo contiene. ¡En buena hora! Dadnos pues, en ese caso, la que conviene a los hombres libres. Devolvednos los dioses del paganismo. De buena gana adoraremos a Júpiter, a Hércules o a Palas; pero ya no queremos al fabuloso autor de un universo que se mueve por sí mismo; no queremos ya a un dios sin extensión y que, sin embargo, llena todo con su inmensidad, un dios todopoderoso que no cumple nunca lo que desea, un ser soberanamente bueno que no hace más que descontentos, un ser amigo del orden y por cuyo gobierno todo está en desorden. No, no queremos ya un dios que perturba la naturaleza, que es el padre de la confusión, que mueve al hombre en el momento en que el hombre se entrega a los horrores; tal dios nos hace estremecernos de indignación, y lo relegamos por siempre al olvido, del que el infame Robespierre[32] ha querido sacarlo[33].

Franceses; sustituyamos ese indigno fantasma por los imponentes simulacros que hacían a Roma dueña del universo; tratemos a todos los ídolos cristianos como hemos tratados a los de nuestros reyes. Hemos vuelto a poner los emblemas de la libertad sobre las bases que sostenían antaño a los tiranos; reedifiquemos igualmente la efigie de los grandes hombres sobre los pedestales de esos polizontes adorados por el cristianismo[34]. Dejemos de temer el efecto del ateísmo en nuestros campos; ¿no han sentido los campesinos necesidad del aniquilamiento del culto católico, tan contradictorio con los verdaderos principios de la libertad? ¿No han visto sin temor, y sin dolor, derrocar sus altares y sus presbiterios? ¡Ah! Creed que del mismo modo renunciarán a su ridículo dios. Las estatuas de Marte, de Minerva y de la Libertad serán colocadas en los lugares más

---

tendente y del cocinero: *Pasadme la pimienta, y yo os pasaré la mantequilla.* ¡Infortunados humanos!, ¿estáis destinados para siempre a pareceros al amo de esos dos bribones?

32 Robespierre fue guillotinado el 10 Termidor de 1794, precisamente el mismo día en que Sade salió de la cárcel. [Nota del T.]

33 Todas las religiones coinciden en ponderarnos la sabiduría y el poder íntimo de la divinidad; pero cuando nos exponen su conducta no encontramos más que imprudencia, debilidad y locura. Dios, dicen, ha creado el mundo para sí mismo, y hasta ahora no ha podido conseguir que se le honre convenientemente; Dios nos ha creado para adorarle, y pasamos nuestra vida burlándonos de él. ¡Qué pobre diablo ese dios!

34 Aquí sólo tratamos de aquellos cuya reputación se halla establecida hace mucho tiempo.

ostentosos de sus casas; allí celebrarán una fiesta todos los años; se otorgará la corona cívica al ciudadano que más lo haya merecido de la patria. A la entrada de un bosque solitario, Venus, el Himeneo y el Amor, levantados bajo un templo agreste, recibirán el homenaje de los amantes; será allí donde, por la mano de las Gracias, la belleza coronará a la constancia. No bastará con amar para ser digno de esta corona, será preciso haber merecido serlo: el heroísmo, los talentos, la humanidad, la grandeza de alma, un civismo a toda prueba, éstos son los títulos que se verá obligado a poner el amante a los pies de su amada, y valdrán más que los del nacimiento y de la riqueza que un tonto orgullo exigía antaño. Por lo menos, de ese culto saldrán algunas virtudes, mientras que del que hemos tenido sólo nace la debilidad de profesar crímenes. Este culto se aliará con la libertad a que servimos; la animará, la mantendrá, la encenderá, mientras que el teísmo es por esencia y por naturaleza el enemigo más mortal de la libertad a que nosotros servimos. ¿Costó una gota de sangre cuando los ídolos paganos fueron destruidos en el Bajo Imperio? La revolución, preparada por la estupidez de un pueblo esclavizado, se realizó sin el menor obstáculo. ¿Cómo podemos temer que la obra de la filosofía sea más penosa que la del despotismo? Son únicamente los sacerdotes los que todavía encadenan a los pies de su quimérico dios a este pueblo que tanto teméis iluminar; alejadlos de él y el velo caerá naturalmente. Creed que ese pueblo, mucho más sabio de lo que imagináis, liberado de los hierros de la tiranía, lo estará muy pronto de los de la superstición. Vosotros lo teméis si no tiene ese freno: ¡qué extravagancia! ¡Ah! ¡Creedlo, ciudadanos, aquel a quien la espada material de las leyes no detiene tampoco se detendrá por el temor moral de los suplicios del infierno, de los que se burla desde su infancia. En una palabra, vuestro teísmo ha hecho cometer muchas fechorías, pero jamás ha evitado una sola. Si es cierto que las pasiones ciegan, que su efecto es tender ante nuestros ojos una nube que nos oculte los peligros de que están rodeadas, ¿cómo podemos suponer que los que están lejos de nosotros, como lo están los castigos anunciados por vuestro dios, puedan llegar a disipar esa nube que no disuelve siquiera la espada de las leyes, siempre suspendida sobre las pasiones? Por tanto, si está demostrado que este suplemento de frenos impuesto por la idea de un dios se vuelve inútil, si está probado que es peligroso por sus demás efectos, pregunto: ¿para qué puede, pues, servir, y en qué motivos hemos dé apoyarnos para prolongar su existencia? ¿Se me dirá que no estamos bastante maduros para consolidar aún nuestra revolución de una manera tan manifiesta? ¡Ah, conciudadanos míos, el camino que hemos recorrido desde el 89 era de otro tipo de dificultades que el que nos queda por recorrer, y hemos de trabajar sobre la opinión, para lo que os propongo, mucho menos de lo que la hemos atormentado en todos los sentidos desde la época de la caída de la Bastilla. Creemos que un pueblo lo bastante prudente, lo bastante valiente para conducir a un monarca impúdico desde la cima de las grandezas a los pies del cadalso; que un pueblo que en estos pocos años ha sabido vencer tantos prejuicios, que ha sabido romper tantos frenos ridículos, lo será de sobra para inmolar, para bien y prosperidad de la república, un fantasma mucho más ilusorio de lo que podía serlo el de un rey.

Franceses, vosotros daréis los primeros golpes; vuestra educación nacional[35] hará el resto; pero pongámonos pronto a la tarea; que se convierta en uno de vuestros cuidados

[35] La fundación de la École Normale es contemporánea de la redacción del libro por Sade (1795). [Nota del T.]

prioritarios; que tenga ante todo por base esa moral esencial, tan descuida da en la educación religiosa. Reemplazad las tonterías deíficas, con que fatigáis los jóvenes órganos de vuestros hijos, por excelentes principios sociales; que en lugar de aprender a recitar fútiles plegarias que tendrán a gloria olvidar cuando tengan dieciséis años, sean instruidos en sus deberes para con la sociedad; enseñadles a amar las virtudes de que apenas les hablabais antaño y que, sin vuestras fábulas religiosas, bastan para su felicidad individual; hacedles sentir que esa felicidad consiste en hacer a los demás tan afortunados como nosotros mismos deseamos serlo. Si colocáis esas verdades sobre las quimeras cristianas, como antaño cometíais la locura de hacerlo, apenas hayan reconocido vuestros alumnos la futilidad de las bases, harán derrumbarse el edificio y se convertirán en malvados sólo porque creerán que la religión que han derribado les prohibía serlo. Haciéndoles sentir en cambio la necesidad de la virtud únicamente porque su propia felicidad depende de ella, serán personas honestas por egoísmo, y esta ley que rige a todos los hombres será siempre la más segura de todas. Evítese, por tanto, con el mayor cuidado, mezclar ninguna fábula religiosa a esta educación nacional. No perdamos nunca de vista que son hombres libres lo que queremos formar y no viles adoradores de un dios. Que un filósofo sencillo enseñe a estos nuevos alumnos las sublimidades incomprensibles de la naturaleza, que les pruebe que el conocimiento de un dios, muy peligroso a menudo para los hombres, jamás sirve a su felicidad, y que no serán más felices admitiendo como causa de lo que no comprenden algo que comprenden aún menos; que es mucho menos esencial entender la naturaleza que gozar de ella y respetar sus leyes; que estas leyes son tan sabias como simples; que están escritas en el corazón de todos los hombres y que basta con preguntar a ese corazón para discernir sus impulsos. Si quieren que por encima de todo les habléis de un creador, responded que, habiendo sido siempre las cosas lo que son, no habiendo tenido comienzo jamás y no debiendo tener nunca fin, le resulta tan inútil como imposible al hombre poder remontarse a un origen imaginario que no explicaría nada y que nada cambiaría. Decidles que es imposible para los hombres tener ideas verdaderas de un ser que no actúa sobre ninguno de nuestros sentidos.

Todas nuestras ideas son representaciones de objetos que nos llaman la atención; ¿cuál puede representarnos la idea de Dios, que evidentemente es una idea sin objeto? Una idea semejante, añadiréis, ¿no es tan imposible como los efectos sin causa? Una idea sin prototipo ¿es algo más que una quimera? Algunos doctores, proseguiréis, aseguran que la idea de Dios es innata, y que los hombres tienen esa idea desde el vientre de su madre. Pero esto es falso, añadiréis; todo principio es un juicio, todo juicio es el efecto de la experiencia, y la experiencia sólo se adquiere mediante el ejercicio de los sentidos; de donde se sigue que los principios religiosos no se refieren evidentemente a nada y no son en modo alguno innatos. ¿Cómo, proseguiréis, ha podido persuadirse a seres razonables de que la cosa más difícil de comprender era la más esencial para ellos? Es que les han asustado mucho; es que, cuando se tiene miedo, se cesa de razonar; es que, sobre todo, les han recomendado desconfiar de su razón, y, cuando el cerebro está turbado, se cree todo y no se analiza nada. La ignorancia y el miedo, seguiréis diciéndoles, he ahí las dos bases de todas las religiones. La incertidumbre en que el hombre se encuentra en relación a su Dios es precisamente el motivo que lo vincula a su religión. El hombre tiene miedo, tanto fisico como moral, en las tinieblas; el miedo se vuelve habitual en él y se convierte en necesidad; creería que le falta algo si no tu-

viera nada que esperar o que temer[36]. Volved luego a la utilidad de la moral: dadles sobre ese gran tema muchos más ejemplos que lecciones, muchas más pruebas que libros, y haréis buenos ciudadanos; haréis buenos guerreros, buenos padres, buenos esposos; haréis hombres tan unidos a la libertad de su país que ninguna idea de servidumbre podrá presentarse ya a su espíritu, que ningún terror religioso vendrá a turbar su genio. Entonces el verdadero patriotismo estallará en todas las almas; reinará con toda su fuerza y con toda su pureza, porque se convertirá en el único sentimiento dominante, y ninguna idea extraña debilitará su energía; entonces, vuestra segunda generación está segura y vuestra obra, consolidada por ella, se convertirá en ley del universo. Pero si, por temor o pusilanimidad, no son seguidos estos consejos, si se deja subsistir las bases del edificio que se había creído destruir, ¿qué ocurrirá? Se volverá a construir sobre esas bases, y se colocarán en ellas los mismos colosos, con la cruel diferencia de que esta vez serán cimentadas con tal fuerza que ni vuestra generación ni las que la sigan lograrán derribarlas.

Que nadie dude de que las religiones son la cuna del despotismo; el primero de todos los déspotas fue un sacerdote; el primer rey y el primer emperador de Roma, Numa y Augusto, se asocian uno y otro al sacerdocio; Constantino y Clodoveo fueron antes abades que soberanos; Heliogábalo fue sacerdote del Sol. Desde todos los tiempos, en todos los siglos, hubo entre el despotismo y la religión tal conexión que está demostrado de sobra que, al destruir al uno, se debe zapar al otro, por la sencilla razón de que el primero servirá siempre de ley al segundo. No propongo, sin embargo, ni matanzas ni deportaciones: todos estos horrores están demasiado lejos de mi alma para osar concebirlos un minuto siquiera. No, no asesinéis, no desterréis: esas atrocidades son propias de los reyes o de los malvados que los imitaron; no será obrando igual que ellos como obligaréis a sentir horror por quienes las ejercían. Sólo hemos de emplear la fuerza contra los ídolos; basta con ridiculizar a quienes los sirven; los sarcasmos de Juliano perjudicaron más a la religión cristiana que todos los suplicios de Nerón. Sí, destruyamos para siempre toda idea de Dios y hagamos soldados de sus sacerdotes; algunos lo son ya; que se vinculen a este oficio tan noble para un republicano, pero que no vuelvan a hablar ni de su ser quimérico ni de su religión fabuladora, único objeto de nuestros desprecios. Condenemos a ser escarnecido, ridiculizado, cubierto de barro en todas las encrucijadas de las mayores ciudades de Francia, al primero de esos benditos charlatanes que venga a hablarnos todavía de Dios o de religión; una prisión perpetua será la pena que caiga sobre quien incurra dos veces en las mismas faltas. Que las blasfemias más insultantes, las obras más ateas sean autorizadas plenamente en seguida, a fin de acabar de extirpar en el corazón y en la memoria de los hombres esos terribles juguetes de nuestra infancia; que se saque a concurso la obra más capaz de iluminar por fin a los europeos en materia tan importante, y que un premio considerable, discernido por la nación, sea recompensa de quien, habiendo dicho todo, habiendo demostrado todo sobre esta materia, deje a sus compatriotas una guadaña para derribar todos esos fantasmas y un corazón recto para odiarlos. En seis meses todo habrá acabado: vuestro infame Dios será nada; y esto sin dejar de ser justo o celoso de la estima de los demás, sin cesar de temer la espada de las leyes, sin dejar de ser honesto, porque se habrá com-

[36] La crítica ha descubierto en estos pasajes detalles textuales de las ideas de Holbach. [Nota del T]

prendido que el verdadero amigo de la patria no debe ser arrastrado por quimeras, como el esclavo de los reyes; que no es, en una palabra, ni la esperanza frívola de un mundo mejor, ni el temor a males mayores que los que nos envía la naturaleza, lo que debe conducir a un republicano, cuya única guía es la virtud, como el remordimiento su único freno.

Las costumbres

Tras haber demostrado que el teísmo no conviene en modo alguno a un gobierno republicano, me parece necesario probar que a las costumbres francesas tampoco les conviene más. Este artículo es esencial, sobre todo porque son las costumbres las que van a servir de motivos a las leyes que han de promulgarse.

Franceses, sois demasiado ilustrados para no datos cuenta de que un gobierno nuevo va a necesitar costumbres nuevas; es imposible que el ciudadano de un Estado libre se comporte como el esclavo de un rey déspota; las diferencias de sus intereses, de sus deberes, de sus relaciones entre sí, determinan de un modo absolutamente distinto su comportamiento en el mundo; una multitud de pequeños errores, de pequeños delitos sociales, considerados muy esenciales bajo el gobierno de los reyes, que debían exigir tanto más cuanto que necesitaban imponer frenos para hacerse respetables o inabordables a sus súbditos, van a anularse aquí; otras fechorías, conocidas bajo los nombres de regicidio o de sacrilegio, bajo un gobierno que no conoce ya ni reyes ni religiones deben desaparecer asimismo en un Estado republicano. Tras conceder la libertad de conciencia y la de prensa, pensad, ciudadanos, que con un poco más ha de concederse la de acción, y que salvo aquello que choca directamente a las bases del gobierno, os quedan muchos menos crímenes que poder castigar, porque en la práctica hay muy pocas acciones criminales en una sociedad cuyas bases se fundan en la libertad y la igualdad; pesando y examinando bien las cosas, sólo es verdaderamente criminal aquello que la ley reprueba; porque, al dictarnos la naturaleza tantos vicios como virtudes en razón de nuestra organización, o más filosóficamente aun, en razón de la necesidad que tiene de unos y de otras, cuanto ella nos inspira se convertiría en medida muy insegura para regular con precisión lo que está bien o lo que está mal. Pero para desarrollar mejor mis ideas sobre un tema tan esencial, vamos a clasificar las diferentes acciones de la vida del hombre que hasta ahora se ha convenido denominar criminales, y luego las *mediremos* con los verdaderos deberes de un republicano.

Desde tiempos inmemoriales los deberes del hombre han sido considerados bajo las tres relaciones distintas siguientes:

1. Aquellos que su conciencia y su credulidad le imponen para con el Ser Supremo.
2. Aquellos que está obligado a cumplir con sus hermanos.
3. Por último, aquellos que sólo tienen relación con él.

La certeza en que debemos estar de que ningún dios ha tenido nada que ver con nosotros y de que, criaturas necesitadas de la naturaleza como las plantas y los animales, estamos aquí porque era imposible que dejáramos de estar, esa certeza aniquila de un solo golpe, como puede verse, la primera parte de estos deberes, es decir de aquellos por los que nos creemos falsamente responsables para con la divinidad, todos ellos conocidos bajo los nombres vagos e indefinidos de impiedad, sacrilegio, blasfemia, ateísmo, etc., todos aquellos, en una palabra, que Atenas castigó tan injustamente en Alci-

bíades y Francia en el infortunado La Barre[37]. Si hay algo extravagante en el mundo es ver a los hombres, que no conocen a su dios y lo que ese dios pueda exigir más que según sus limitadas ideas, querer, sin embargo, decidir sobre la naturaleza de lo que contenta o desagrada a ese ridículo fantasma de su imaginación. Por eso no me limitaría a permitir con indiferencia todos los cultos; desearía que fuéramos libre de reírnos o burlarnos de todos; que los hombres, reunidos en un templo cualquiera para invocar al Eterno según su gusto, fuesen vistos como comediantes en una escena, de cuya representación cada cual puede ir a reírse. Si no veis las religiones desde este enfoque, pronto adquirirán la seriedad que las vuelve importantes, protegerán pronto las opiniones, y en cuanto vuelva a discutirse sobre las religiones, volverán a pelearse por las religiones[38]; la igualdad, aniquilada por la preferencia o la protección otorgada a una de ellas, desaparecerá pronto del gobierno, y de la teocracia reedificada nacerá pronto la aristocracia. Por eso nunca podrá repetirse demasiado: nada de dioses, franceses, nada de dioses, si no queréis que su funesto imperio nos vuelva a sumir pronto en todos los horrores del despotismo; pero sólo burlándoos de ellos los destruiréis; todos los peligros que conllevan renacerán al punto en tropel si ponéis en ello capricho o importancia. No derribéis su ídolos con cólera; pulverizadlos jugando, y la opinión caerá por sí misma.

Creo que basta esto para demostrar sobradamente que no debe promulgarse ninguna ley contra los delitos religiosos, porque, quien ofende una quimera, nada ofende, y sería la última inconsecuencia castigar a quienes ultrajan o desprecian un culto cuya prioridad sobre los demás nada demuestra con evidencia; sería necesariamente adoptar un partido e influir, desde entonces, sobre la balanza de la igualdad, primera ley de vuestro nuevo gobierno.

Pasemos a los segundos deberes del hombre, a los que lo vinculan a sus semejantes; esta clase es, indudablemente, la más extensa.

La moral cristiana, demasiado vaga en las relaciones del hombre con sus semejantes, sienta bases tan llenas de sofismas que resulta imposible admitirlas, porque cuando se quiere edificar principios hay que guardarse mucho de darles sofismas por base. Esa absurda moral nos dice que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Nada sería probablemente más sublime si fuera posible que lo falso pudiese llevar alguna vez los caracteres de la belleza. No se trata de amar a los semejantes como a uno mismo, puesto que eso va contra todas las leyes de la naturaleza y puesto que sólo su órgano debe dirigir todas las acciones de nuestra vida; se trata únicamente de amar a nuestros semejantes como a hermanos, como a amigos que la naturaleza nos da, y con los que debemos vivir tanto mejor en un Estado republicano cuanto que la desaparición de las distancias debe necesariamente estrechar los lazos.

---

[37] Fue ajusticiado en 1766, y su memoria, defendida por Voltaire ese mismo año, logró ser rehabilitada por la Convención. [Nota del T.]

[38] Cada pueblo pretende que su religión es la mejor, y se apoya, para convencernos, en una infinidad de pruebas no sólo discordantes entre sí, sino casi todas contradictorias. En la profunda ignorancia en que estamos, ¿cuál de ellas puede agradar a un Dios, suponiendo que haya un Dios? Si somos sabios, debemos proteger a todas igualmente, o prohibirlas a todas por igual; ahora bien, lo más seguro es indudablemente proscribirlas, puesto que tenemos la certeza moral de que todas son supercherías: por eso ninguna puede agradar más que las otras a un dios que no existe.

Que la humanidad, la fraternidad, la beneficencia nos prescriban según esto nuestros deberes recíprocos, y cumplámoslos cada uno con el sencillo grado de energía que en este punto nos ha dado la naturaleza, sin censurar y sobre todo sin castigar a quienes, más fríos o más atrabiliarios, no sienten en estos lazos, pese a ser tan conmovedores, todas las dulzuras que los demás encuentran; porque hay que convenir que sería un absurdo palpable querer prescribir leyes universales; este proceder sería tan ridículo como el de un general del ejército que quisiera que todos sus soldados fueran vestidos con un traje hecho a la misma medida; es una injusticia espantosa exigir que hombres de caracteres desiguales se plieguen a las leyes generales: lo que a uno le va, a otro no le va.

Convengo en que no pueden hacerse tantas leyes como hombres; pero las leyes pueden ser tan dulces, en tan pequeño número, que todos los hombres, del carácter que sean, puedan fácilmente plegarse a ellas, y aun exigiría yo que ese pequeño número de leyes sea susceptible de poder adaptarse fácilmente a todos los distintos caracteres; que el espíritu de quien las dirija sea emplear mayor o menor severidad, en razón del individuo al que habrían de afectar. Está demostrado que la práctica de tal o cual virtud es imposible para ciertos hombres, como hay tal o cual remedio que no puede convenir a tal o cual temperamento. Ahora bien, ¡cuál no sería el colmo de vuestra injusticia si castigaseis con la ley a quien le resulta imposible plegarse a la ley! La iniquidad que cometeríais ¿no será igual a aquella de la que os haríais culpable si quisierais forzar a un ciego a discernir los colores? De estos primeros principios se desprende, como vemos, la necesidad de hacer leyes suaves, y, sobre todo, de acabar para siempre con la atrocidad de la pena de muerte, porque toda ley que atente contra la vida de un hombre es impracticable, injusta, inadmisible. Y no es, como diré enseguida, que no haya infinidad de casos en que los hombres, sin ultrajar a la naturaleza (y eso es lo que demostraré), puedan haber recibido de esta madre común la total libertad de atentar contra la vida de otros, sino que es imposible que la ley pueda obtener idéntico privilegio, porque la ley, fría por sí misma, no podría acceder a las pasiones que pueden legitimar en el hombre el acto cruel del asesinato; el hombre recibe de la naturaleza impresiones que pueden hacer perdonar esa acción, mientras que la ley, en cambio, siempre en oposición a la naturaleza y sin recibir nada de ella, no puede ser autorizada a permitirse los mismos extravíos: sin tener los mismos motivos, es imposible que tenga los mismos derechos. He ahí distinciones sabias y delicadas que escapan a muchas personas porque muy pocas personas reflexionan; pero serán aceptadas por personas instruidas, a quienes las dirijo, e influirán, como espero, sobre el nuevo Código que se nos prepara[39].

La segunda razón por la que hay que acabar con la pena de muerte es que nunca ha reprimido el crimen, porque se comete día tras día a los pies del cadalso. Hay que suprimir esa pena, en resumen, porque no hay peor cálculo que el de hacer morir a un hombre por haber matado a otro; de este proceder resulta evidentemente que en lugar de un hombre menos, tenemos dos menos de golpe, y que esa aritmética sólo puede ser familiar a los verdugos o a los imbéciles.

Sea, en fin, como fuere, las fechorías que podemos cometer contra nuestros hermanos se reducen a cuatro principales: la calumnia, el robo, aquellos delitos que, causados por la impureza, pueden afectar desagradablemente a los demás, y el asesinato. Todas estas

[39] El nuevo código llamado de Napoleón se promulgaría el 21 de marzo de 1804. [Nota del T]

acciones, consideradas capitales en un gobierno monárquico, son tan graves en un Estado republicano? Esto es lo que debemos analizar a la luz de la filosofia, porque sólo a su única luz debe emprenderse un examen semejante. Que no se me tache de innovador peligroso; que no se diga que hay riesgo en embotar, como quizá hagan estos escritos, el remordimiento en el alma de los malhechores; que mayor mal hay en aumentar, mediante la suavidad de mi moral, la inclinación que esos mismos malhechores tienen hacia el crimen: afirmo aquí formalmente no tener ninguna de esas miras perversas; expongo ideas que desde la edad de razón se han identificado conmigo y a las que el infame despotismo de los tiranos se ha opuesto durante tantos siglos. ¡Tanto peor para aquellos a quienes estas grandes ideas corrompan, tanto peor para quienes sólo saben captar el mal en las opiniones filosóficas, susceptibles de corromperse con todo! ¿Quién sabe si no se envenenarían quizá con las lecturas de Séneca y de Charron? No es a ellos a quienes hablo; sólo me dirijo a personas capaces de entenderme, y éstas me leerán sin peligro.

Confieso con la franqueza más extrema que nunca he creído que la calumnia fuera un mal, y menos aun en un gobierno como el nuestro, en el que todos los hombres, más unidos entre sí, más cercanos, tienen evidentemente mayor interés en conocerse bien. Una de dos: o la calumnia se dirige contra un hombre verdaderamente perverso, o cae sobre un ser virtuoso. Estaremos de acuerdo en que, en el primer caso, resulta casi indiferente que se hable algo peor de un hombre conocido por practicar el mal; tal vez, incluso, el mal que no existe aclare mejor entonces el que existe, y así tenemos al malhechor mejor conocido.

Supongamos que reina una influjo malsano en Hannover, pero que, exponiéndome a esa inclemencia malsana, no corro otro riesgo que coger un acceso de fiebre; ¿podré enfadarme con el hombre que, para impedirme ir allí, me diga que moriré nada más llegar? Indudablemente no; porque, asustándome con un gran mal, me ha impedido sufrir uno pequeño ¿Que la calumnia se dirige por el contrario contra un hombre virtuoso? Que no se alarme por ello: pruébese, y todo el veneno del calumniador recaerá pronto sobre él mismo. Para tales personas la calumnia no es más que un escrutinio depurador, del que su virtud sólo saldrá más resplandeciente. En este caso hay incluso beneficio para la masa de las virtudes de la república; porque este hombre virtuoso y sensible, estimulado por la injusticia que acaba de sufrir, se aplicará a hacerlo mejor aún; querrá superar esa calumnia de la que se creía a salvo, y sus buenas acciones adquirirán entonces un grado más de energía. Así, en el primer caso, el calumniador habrá producido efectos bastante buenos, incrementando los vicios del hombre peligroso; en el segundo los habrá producido excelentes, obligando a la virtud a mostrársenos por entero. Ahora bien, yo pregunto bajo qué enfoque puede pareceros temible el calumniador, sobre todo en un gobierno en que tan esencial es conocer a los malvados y aumentar la energía de los buenos. Guárdense mucho, por tanto, de pronunciar ninguna pena contra la calumnia; considerémosla bajo la doble perspectiva de un fanal y de un estimulante, y, en cualquier caso, como algo muy útil. El legislador, cuyas ideas han de ser grandes como la obra a la que se aplica, nunca debe estudiar el efecto del delito que sólo afecta individualmente: son los efectos en masa lo que debe examinar; y cuando de este modo observe así los efectos que derivan de la calumnia, le desafío a encontrar en ellos algo punible; desafío a que pueda poner alguna sombra de justicia a la ley que la castigaría; al contrario, se convierte en el hombre más justo y más íntegro si la favorece o la recompensa.

El robo es el segundo de los delitos morales cuyo examen nos hemos propuesto.

Si recorremos la Antigüedad, veremos el robo permitido, recompensado en todas las repúblicas de Grecia; Esparta o Lacedemonia lo favorecían abiertamente; algunos otros pueblos lo consideraron una virtud guerrera; es cierto que mantiene el valor, la fuerza, la astucia, en una palabra, todas las virtudes útiles a un gobierno republicano y en consecuencia al nuestro. Ahora, sin parcialidad, me atrevería a preguntar si el robo, cuyo efecto es igualar las riquezas, es un gran mal en un gobierno cuya meta es la igualdad. Indudablemente, no; porque si alimenta la igualdad por un lado, por otro nos impulsa a conservar nuestros bienes. Hubo un pueblo que castigaba no al ladrón, sino al que se había dejado robar, a fin de que aprendiese a cuidar de sus propiedades. Lo cual nos lleva a reflexiones más amplias.

Dios me guarde de querer atacar o destruir aquí el juramento de respeto a las propiedades, que la nación acaba de pronunciar[40]; pero ¿se me permitirán algunas ideas sobre la injusticia de ese juramento? ¿Cuál es el espíritu de un juramento pronunciado por todos los individuos de una nación? ¿No es el de mantener una perfecta igualdad entre los ciudadanos, y el de someterlos a todos por igual a la ley protectora de las propiedades de todos? Ahora bien, yo os pregunto si es muy justa la ley que ordena al que no tiene nada respetar al que lo tiene todo. ¿Cuáles son los elementos del pacto social? ¿No consiste en ceder un poco de su libertad y de sus propiedades para asegurar y mantener lo que se conserva de ambas?

Todas las leyes descansan sobre estas bases; son las razones de los castigos infligidos a quien abusa de su libertad. Autorizan asimismo las imposiciones; lo cual hace que un ciudadano no proteste cuando se le exigen, puesto que sabe que, a cambio de lo que da, se le conserva lo que le queda; pero, repitámoslo una vez más, ¿con qué derecho quien nada tiene se encadenará a un pacto que sólo protege a quien lo tiene todo? Si hacéis un acto de equidad conservando, mediante vuestro juramento, las propiedades del rico, ¿no cometéis una injusticia exigiendo este juramento del «conservador» que no tiene nada? ¿Qué interés tiene éste en vuestro juramento? ¿Y por qué queréis que prometa una cosa que sólo resulta favorable para quien tanto se diferencia de él por sus riquezas? No hay, con toda seguridad, nada más injusto: un juramento debe tener el mismo efecto sobre todos los individuos que lo pronuncian; es imposible que pueda encadenar a quien no tiene ningún interés en su mantenimiento, porque entonces no sería ya el pacto de un pueblo libre; sería el arma del fuerte sobre el débil, contra la que éste debería revolverse sin cesar; y eso es lo que ocurre en el juramento de respeto de las propiedades que acaba de exigirse a la nación; sólo el rico encadena con él al pobre, sólo el rico tiene interés en el juramento que el pobre pronuncia con una falta de consideración que le impide verse extorsionado en su buena fe por ese juramento y comprometido a hacer algo que no pueden hacer por él.

Convencidos, como debéis estarlo, de esta bárbara desigualdad, no agravéis por tanto vuestra injusticia castigando al que nada tiene por haber osado robar algo al que lo tiene todo: vuestro desigual juramento le da más que nunca derecho. Forzándole al perjurio mediante un juramento absurdo para él, legitimáis todos los crímenes a que ha de conducirle ese perjurio; no os corresponde por tanto castigar aquello cuya causa habéis sido vo-

[40] Al jurar la Declaración de los derechos del hombre y de los ciudadanos. Un poco más abajo, vuelve a haber un nuevo recuerdo de Rousseau, pero rectificado. [Nota del T.]

sotros. Nada más diré para haceros sentir la terrible crueldad que hay en castigar a los ladrones. Imitad la sabia ley del pueblo de que acabo de hablar; castigad al hombre lo bastante negligente para dejarse robar, pero no pronunciéis ninguna clase de pena contra quien roba; pensad que vuestro juramento le autoriza a esa clase de acción y que, entregándose a ella, no hace más que seguir el primero y más sabio de los impulsos de la naturaleza, el de conservar su propia existencia sin importarle a costa de quién.

Los delitos que debemos examinar en esta segunda clase de deberes del hombre para con sus semejantes consisten en las acciones que puede emprender el libertinaje, entre las cuales se distinguen particularmente como más atentatorias a lo que cada uno debe a los otros la *prostitución,* el *adulterio,* el *incesto,* la *violación y* la *sodomía.* No debemos dudar ni un solo momento de que los denominados crímenes morales, es decir, todas las acciones de esa clase que acabamos de citar, son perfectamente indiferentes en un gobierno cuyo único deber consiste en conservar, por el medio que sea, la forma esencial a su mantenimiento: ésa es la única moral de un gobierno republicano. Ahora bien, puesto que siempre se ve acosado por los déspotas que lo rodean, no sería razonable imaginar que sus medios de pervivencia puedan ser los *medios morales;* porque sólo pervivirá por la guerra, y nada hay menos moral que la guerra. Ahora yo pregunto cómo se llegará a demostrar que, en un Estado inmoral por sus obligaciones[41], sea esencial a los individuos ser morales. Digo más: es bueno que no lo sean. Los legisladores de Grecia habían comprendido perfectamente la importante necesidad de gangrenar los miembros para que, influyendo su *disolución* moral en la que es útil a la máquina, resultase de ello la insurrección, siempre indispensable en un gobierno que, perfectamente feliz como el gobierno republicano, debe excitar necesariamente el odio y los celos de cuanto le rodea. La insurrección, pensaban esos sabios legisladores, no es en modo alguno un estado moral; debe, sin embargo, ser el estado permanente de una república; sería pues tan absurdo como peligroso exigir que quienes han de mantener la perpetua conmoción inmoral de la máquina, fueran seres muy morales, porque el estado moral de un hombre es un estado de paz y tranquilidad, mientras que su estado inmorales un estado de movimiento perpetuo que le acerca a la necesaria insurrección, en la que el republicano tiene que mantener siempre al gobierno de que es miembro.

Vayamos ahora a los detalles y comencemos por analizar el pudor, ese movimiento pusilánime, contrario a los afectos impuros. Si estuviera en la intención de la naturaleza que el hombre fuese púdico, probablemente no habría hecho que naciera desnudo; una infinidad de pueblos, menos degradados que nosotros por la civilización, van desnudos y no sienten ninguna vergüenza; no hay duda de que la costumbre de vestirse ha tenido por única base tanto la inclemencia del aire como la coquetería de las mujeres; comprendieron que no tardarían en perder todos los efectos del deseo si los prevenían, en lugar de dejarlos nacer; pensaron que, por no haberlas creado sin defectos la naturaleza, se aseguraban mucho mejor los medios de agradar ocultando esos defectos mediante adornos; así el pudor, lejos de ser una virtud, no fue por lo tanto más que una de las primeras secuelas de la corrupción, uno de los primeros medios de la coquetería de las mujeres. Licurgo y Solón, completamente conscientes de que los resultados del impudor mantienen al ciudadano en el estado *inmoral* esencial a las leyes del gobierno repu-

[41] El Leviatán de Hobbes. [Nota del T]

blicano, obligaron a las jóvenes a exhibirse desnudas en el teatro[42]. Roma imitó pronto este ejemplo: bailaban desnudas en los juegos de Flora; la mayoría de los misterios paganos se celebraban así; la desnudez pasó incluso por virtud entre algunos pueblos. Sea como fuere, del impudor nacen las inclinaciones lujuriosas; lo que resulta de tales inclinaciones constituye los pretendidos crímenes que estamos analizando, y cuya primera consecuencia es la prostitución. Ahora que hemos superado en este punto la multitud de errores religiosos que nos cautivaban, y ahora que, más cerca de la naturaleza por la cantidad de prejuicios que acabamos de destruir, sólo escuchamos su voz, completamente seguros de que, si hubiera crimen en algo, sólo radicaría en resistir a las inclinaciones que nos inspira antes que en combatirlas, persuadidos de que, siendo la lujuria una secuela de tales inclinaciones, se trata menos de apagar esta pasión en nosotros que de regular los medios de satisfacerla en paz. Debemos, por tanto, dedicarnos a poner orden en este punto, a establecer toda la seguridad precisa para que el ciudadano, a quien la necesidad acerca a los objetos de lujuria, pueda entregarse con esos objetos a cuanto sus pasiones le prescriban, sin hallarse encadenado nunca por nada, porque no hay en el hombre ninguna pasión que tenga mayor necesidad de toda la extensión de la libertad que ésta. En las ciudades se crearán distintos emplazamientos sanos, espaciosos, cuidadosamente amueblados y seguros en todos sus puntos; ahí, todos los sexos, todas las edades, todas las criaturas, serán ofrendados a los caprichos de los libertinos que vayan a gozar, y la subordinación más completa será la regla de los individuos presentados; la negativa más leve será castigada al punto, a capricho de quien la haya sufrido. Todavía debo explicar esto, ajustarlo a las costumbres republicanas; he prometido la misma lógica para todo y mantendré mi palabra.

Si, como acabo de decir hace un instante, ninguna pasión tiene más necesidad de toda la extensión de la libertad que ésta, ninguna indudablemente es tan despótica; es en ella donde el hombre gusta de ordenar, de ser obedecido, de rodearse de esclavos obligados a satisfacerle; ahora bien, cada vez que no deis al hombre el medio secreto de exhalar la dosis de despotismo que la naturaleza puso en el fondo de su corazón, se abalanzará, para ejercerlo, sobre las criaturas que lo rodeen, perturbará el gobierno. Si queréis evitar este peligro, permitid libre vuelo a esos deseos tiránicos que, a su pesar, le atormentan constantemente; contento por haber podido ejercer su pequeña soberanía en medio del harén de icoglanes[43] o de sultanas que vuestros cuidados y su dinero le someten, saldrá satisfecho y sin ningún deseo de perturbar un gobierno que le asegura de modo tan complaciente todos los medios de su concupiscencia. Practicad, por el contrario, un proceder diferente, imponed sobre esos objetos de la lujuria pública las ridículas trabas antaño inventadas por la tiranía ministerial y por la lubricidad de nuestros Sardanápa-

[42] Se ha dicho que la intención de estos legisladores era, embotando la pasión que los hombres sienten por una muchacha desnuda, hacer más activa la que los hombres sienten a veces por su sexo. Esos sabios mostraban lo que querían que se rechazara y ocultaban lo que creían hecho para inspirar los más dulces deseos; en cualquier caso ¿no trabajaban con vistas a la meta que acabamos de mencionar? Como se ve, comprendían la necesidad de la inmoralidad en las costumbres republicanas.

[43] Icoglán: según el Diccionario Littré: «Paje del Gran Señor». [Nota del T.]

los[44]; el hombre, exasperado al punto contra vuestro gobierno, celoso en seguida del despotismo que os ve ejercer completamente solos, sacudirá el yugo que le imponéis, y, harto de vuestra forma de regirle, la cambiará como acaba de hacerlo.

Ved cómo trataban los legisladores griegos, bien imbuidos de estas ideas, el desenfreno en Lacedemonia, en Atenas; embriagaban con él al ciudadano, en lugar de prohibírselo; ningún género de lubricidad les estaba prohibido, y Sócrates, declarado por el oráculo el más sabio de los filósofos de la tierra, pasando indiferentemente de los brazos de Aspasia a los de Alcibíades, no por ello dejaba de ser gloria de Grecia. Iré todavía más lejos; por contrarias que sean mis ideas a nuestras actuales costumbres, como mi meta es probar que debemos apresurarnos a cambiar estas costumbres si queremos conservar el gobierno adoptado, voy a tratar de convenceros de que la prostitución de las mujeres conocidas con el nombre de honestas no es más peligrosa que la de los hombres, y que no sólo debemos asociarlas a las lujurias practicadas en las casas que establezco, sino que incluso debemos erigir para ellas otras donde sus caprichos y las necesidades de su temperamento, de un ardor muy diferente del nuestro, puedan asimismo satisfacerse con todos los sexos.

En primer lugar, ¿con qué derecho pretendéis que las mujeres sean exceptuadas de la ciega sumisión que la naturaleza les prescribe para con los caprichos de los hombres? Y luego, con qué otro derecho pretendéis someterlas a una continencia imposible para su fisico y absolutamente inútil a su honor?

Voy a tratar por separado cada una de estas cuestiones.

Es cierto que, en el estado de naturaleza, las mujeres nacen *vulgívagas,* es decir, que gozan de las ventajas de los demás animales hembras y pertenecen, como ellas y sin ninguna excepción, a todos los machos; tales fueron, indudablemente, tanto las primeras leyes de la naturaleza como las únicas instituciones de los primeros agrupamientos que los hombres hicieron. El *ínterés,* el *egoísmo* y el *amor* degradaron estas primeras miras tan simples y tan naturales; creyeron enriquecerse tomando una mujer y con ella los bienes de su familia; he ahí satisfechos los dos primeros sentimientos que acabo de indicar; con más frecuencia todavía raptaron a esa mujer, y se la quedaron; he ahí el segundo motivo en acción y, en cualquier caso, la injusticia.

Jamás puede ejercerse un acto de posesión sobre un ser libre; es tan injusto poseer exclusivamente una mujer como poseer esclavos; todos los hombres han nacido libres, todos son iguales en derecho; no perdamos nunca de vista estos principios; según esto, en legítimo derecho no puede por tanto otorgarse a un sexo la posibilidad de apoderarse exclusivamente del otro, y jamás uno de esos sexos o una de esas clases puede poseer al otro de forma arbitraria. Aplicando en puridad las leyes de la naturaleza, una mujer no puede alegar como motivo del rechazo que hace a quien la desea el amor que siente por otro, porque ese motivo se convierte en exclusión, y ningún hombre puede ser excluido de la posesión de una mujer desde el momento en que es evidente que pertenece decididamente a todos los hombres. Sólo puede ejercerse el acto de posesión sobre un inmueble o sobre un animal; jamás sobre un individuo que es semejante a nosotros, y todas

[44] Se sabe que el infame y malvado Satrine [Jefe de la policía, que fue amigo y protector además de Diderot y de la *Enciclopedia]* le preparaba a Luis XV medios de lujuria, haciendo leer tres veces por semana, de labios de la Dubarry, el pormenor privado, y enriquecido por él, de cuanto pasaba en los lugares de mala nota de París. Esta rama del libertinaje del Nerón francés le costaba al Estado tres millones.

las ataduras que puedan encadenar una mujer a un hombre, sean de la clase que sean, son tan injustas como quiméricas.

Si, por tanto, resulta indiscutible que hemos recibido de la naturaleza el derecho a expresar nuestros deseos indistintamente a todas las mujeres, de ello mismo se deriva que tenemos el de obligarla a someterse a nuestros deseos, no en exclusiva, porque me contradiría, sino momentáneamente[45]. Es indiscutible que tenemos derecho a establecer leyes que la obliguen a ceder a la pasión de quien la desea; siendo la violencia misma uno de los efectos de ese derecho, podemos emplearla legalmente. ¿Y qué? ¿Acaso no ha demostrado la naturaleza que teníamos ese derecho, al otorgarnos la fuerza necesaria para someterlas a nuestros deseos?

En vano las mujeres deben invocar, en su defensa, el pudor o su vinculación a otros hombres; estos medios quiméricos nada valen; más arriba hemos visto que el pudor era un sentimiento ficticio y despreciable. El amor, al que se puede denominar *locura del alma,* no tiene más títulos para legitimar su constancia; al no satisfacer más que a dos individuos, al ser amado y al ser amante, no puede servir a la felicidad de los demás, y es para la felicidad de todos, y no para una felicidad egoísta y privilegiada, para lo que se nos han dado todas las mujeres. Todos los hombres tienen, por tanto, un derecho de goce igual sobre todas las mujeres; no hay pues nadie que, según las leyes de la naturaleza, pueda establecer sobre una mujer un derecho único y personal. La ley que ha de obligarlas a prostituirse cuanto queramos en las casas de desenfreno de que acaba de hablarse, y que las forzará a ello si se niegan, que las castigará si faltan, es por tanto una ley de las más equitativas, contra la que no podría invocarse ningún motivo legítimo o justo.

Un hombre que quiera gozar de una mujer o de una muchacha cualquiera podrá, si las leyes que promulguéis son justas, obligarla a que esté en una de las casas de que he hablado; y allí, bajo la supervisión de las matronas de este templo de Venus, le será entregada para satisfacer, con tanta humildad como sumisión, todos los caprichos que le agrade tener con ella, por más que sean extravagancias o irregularidades, porque no hay ninguna que no esté en la naturaleza, ninguna que no sea aprobada por ella. Tampoco se trata aquí de fijar la edad; porque pretendo que no se puede hacer sin perturbar la libertad de quien desea el goce de una muchacha de tal o cual edad. Quien tiene derecho a comer el fruto de un árbol puede, con toda evidencia, cogerlo maduro o verde, según las inspiraciones de su gusto. Se me objetará que hay una edad en que el comportamiento del hombre perjudica decididamente la salud de la muchacha. Esta consideración carece de valor; desde el momento en que me concedéis el derecho de propiedad sobre el goce, este derecho es independiente de los efectos producidos por el goce; desde entonces da lo mismo que ese goce sea provechoso o perjudicial para la criatura que debe someterse a él. ¿No he probado ya que era legal forzar la voluntad de una mujer en este punto y que, tan pron-

[45] Que no se diga que me contradigo, ni que tras haber establecido más arriba que no teníamos derecho alguno a atar una mujer a nosotros, destruyo esos principios diciendo ahora que tenemos derecho a forzarla; repito que aquí sólo se trata del goce y no de la propiedad, no tengo ningún derecho a la propiedad de la fuente que encuentro en mi camino, pero sí derechos' ciertos a su disfrute, tengo derecho a aprovechar el agua límpida que ofrece a mi sed; de igual modo, no tengo ningún derecho real a la propiedad de tal o cual mujer, pero los tengo indiscutibles a su goce; tengo derecho a obligarla a este goce si ella me lo rehúsa por el motivo que sea.

to como inspira el deseo del goce, debía someterse a ese goce, abstracción hecha de cualquier sentimiento egoísta? Lo mismo ocurre con su salud. Desde el momento en que las consideraciones que se tengan al respecto destruyan o debiliten el goce de quien la desea, y que tiene derecho a apropiársela, esa consideración de la edad nada significa, porque no se trata en modo alguno de lo que puede sufrir el objeto condenado por la naturaleza y por la ley al sometimiento momentáneo de los deseos del otro; en este examen se trata sólo de lo que conviene a aquel que desea. Ya nivelaremos la balanza.

Sí, indudablemente debemos nivelarla; a estas mujeres a las que acabamos de esclavizar tan cruelmente, debemos compensarlas a todas luces, y es lo que va a constituir la respuesta a la segunda cuestión que me he propuesto.

Si admitimos, como acabamos de hacer, que todas las mujeres deben ser sometidas a nuestros deseos, podemos permitirles evidentemente satisfacer todos los suyos; nuestras leyes deben favorecer en este punto su temperamento de fuego, y es absurdo haber colocado tanto su honor como su virtud en la fuerza natural que ponen en resistir a inclinaciones que han recibido con mucha más profusión que nosotros; esta injusticia de nuestras costumbres es más de temer dado que, al mismo tiempo, consentimos en hacerlas débiles a fuerza de seducción y en castigarlas luego por ceder a todos los esfuerzos que nosotros hemos hecho para provocarlas a la caída. Toda la absurdidad de nuestras costumbres está escrita, a lo que me parece, en esa desigual atrocidad, y su sola exposición debería hacernos sentir la extremada necesidad que tenemos de cambiarlas por otras más puras. Digo, pues, que las mujeres, que han recibido inclinaciones mucho más violentas que nosotros a los placeres de la lujuria, podrán entregarse a ellas cuanto quieran, absolutamente liberadas de todos los lazos del himeneo, de todos los falsos prejuicios del pudor, absolutamente vueltas al estado natural; quiero que las leyes les permitan entregarse a tantos hombres como buenamente les parezca; quiero que el goce de todos los sexos y de todas las partes del cuerpo les sea permitido igual que a los hombres, y, bajo cláusula especial de entregarse asimismo a cuantos las deseen, es preciso que tengan la libertad de gozar igualmente de cuantos ellas crean dignos de satisfacerlas.

¿Cuáles son, me pregunto, los peligros de esta licencia? ¿Niños sin padres? Pero ¿y qué importa eso en una república en que todos los individuos no deben tener más madre que la patria, en que todos los que nacen son hijos de la patria? ¡Ah, cuánto más no la amarán los que, no habiendo conocido nunca a otra que ella, sabrán desde que nazcan que sólo de ella deben esperarlo todo? No soñéis con hacer buenos republicanos mientras aisléis en sus familias a los niños, que únicamente deben pertenecer a la república. Otorgando sólo a algunos individuos la dosis de afecto que deben repartir entre todos sus hermanos, adoptan inevitablemente los prejuicios, con frecuencia peligrosos, de estos individuos; sus opiniones, sus ideas, se aíslan, se particularizan, y todas las virtudes de un hombre de Estado se vuelven absolutamente imposibles. Abandonando, en fin, su corazón entero a quienes los han hecho nacer, en su corazón ya no encuentran ningún afecto por aquella que debe hacerlos vivir, darlos a conocer e ilustrarlos, como si estos segundos beneficios no fueran más importantes que los primeros. Si hay el menor inconveniente en dejar a los niños mamar así en sus familias intereses a menudo muy diferentes de los de la patria, sólo hay ventajas separándolos de ellas; ¿no se los separa naturalmente por los medios que propongo? Al destruir absolutamente todos los lazos del himeneo, de los placeres de la mujer no nacen más frutos que niños a los que el co-

nocimiento de su padre les está totalmente prohibido, y con ello los medios de pertenecer sólo a una misma familia, en lugar de ser, como deben, hijos de la patria.

Habrá, pues, casas destinadas al libertinaje de las mujeres y, como las de los hombres, estarán puestas bajo la protección del gobierno; allí les serán proporcionados todos los individuos de uno y otro sexo que puedan desear, y cuanto más frecuenten estas casas tanto más serán estimadas. No hay nada tan bárbaro ni tan ridículo como haber unido el honor y la virtud de las mujeres a la resistencia que ponen a los deseos que han recibido de la naturaleza y que enardecen sin cesar a quienes cometen la barbarie de censurarlas. Desde su más tierna edad[46], una joven liberada de los lazos paternos, que ya no tiene nada que conservar para el himeneo (absolutamente abolido por las sabias leyes que deseo), por encima del prejuicio que antaño encadenaba su sexo podrá, pues, entregarse a cuanto le dicte su temperamento en las casas establecidas al efecto; allí será recibida con respeto, satisfecha con abundancia, y, de regreso a la sociedad, podrá hablar en ella tan públicamente de los placeres que haya gustado como hoy lo hace de un baile o de un paseo. Sexo encantador, serás libre; gozarás como los hombres de todos los placeres que la naturaleza te impone como un deber; no reprimirás ninguno. La parte más divina de la humanidad, ¿debe acaso recibir cadenas de la otra? ¡Ah, rompedlas, la naturaleza lo exige!; no tengáis más freno que vuestras inclinaciones, más leyes que vuestros deseos, más moral que la de la naturaleza; no languidezcáis más tiempo en estos prejuicios bárbaros que marchitan vuestros encantos y cautivan los divinos impulsos de vuestros corazones[47]; sois libres como nosotros, y la carrera de los combates de Venus está abierta para vosotras lo mismo que para nosotros; no temáis más absurdos reproches; la pedantería y la superstición han sido aniquiladas; ya no se os verá ruborizaros por vuestros encantadores extravíos; coronadas de mirtos y de rosas, la estima que concebiremos por vosotras será proporcional sólo a la mayor amplitud que vosotras mismas os hayáis permitido dar a tales extravíos.

Lo que acabo de decir debería dispensarnos, sin duda, de examinar el adulterio; echemos sobre él no obstante una ojeada, por nulo que sea según las leyes que establezco. ¡Cuán ridículo era considerarlo criminal en nuestras antiguas instituciones! Si había algo absurdo en el mundo, era, con toda seguridad, la eternidad de los vínculos conyugales; en mi opinión bastaba con examinar o sentir toda la pesadez de estos vínculos para dejar de considerar como crimen la acción que los aflojaba; la naturaleza, como hemos dicho hace un momento, ha dotado a las mujeres de un temperamento más ardiente, de una sensibilidad más profunda que a los individuos del otro sexo, y por ello les vuelve más pesado el yugo de un himeneo eterno. Mujeres tiernas y abrasadas por el fuego del amor, resarcíos ahora sin miedo; convenceos de que no puede existir mal alguno en seguir los impulsos de la naturaleza, de que no habéis sido creadas para un solo

[46] Las babilonias no aguardaban a los siete años para llevar sus primicias al templo de Venus. El primer movimiento de concupiscencia que experimenta una muchacha es el momento que la naturaleza le marca para prostituirse y, sin ninguna otra consideración, debe ceder desde el momento en que su naturaleza habla; si se resiste, ultraja sus leyes.

[47] Las mujeres no saben hasta qué punto las embellecen sus lascivias. Compárese a dos mujeres de edad y de belleza casi semejantes, una de las cuales vive en el celibato y otra en el libertinaje: así se verá cuánto la supera ésta en esplendor y frescura; cualquier violencia hecha a la naturaleza marchita mucho más que el abuso de los placeres; no hay nadie que ignore que los partos embellecen a una mujer.

hombre, sino para placer indistintamente a todos. Que ningún freno os detenga. Imitad a las republicanas de Grecia; nunca los legisladores que les dieron leyes creyeron convertir en crimen el adulterio, y casi todos autorizaron el desorden de las mujeres. Tomás Moro prueba en su Utopía que es ventajoso para las mujeres entregarse al desenfreno, y las ideas de este gran hombre no siempre eran sueños[48].

Entre los tártaros, cuanto más se prostituía una mujer tanto más honrada era; llevaba públicamente al cuello las marcas de su impudicia, y no se estimaba a las que no llevaban ese adorno. En Pegú[49] las propias familias entregan sus mujeres o sus hijas a los extranjeros que viajan: ¡se las alquilan a tanto por día, como los caballos y los carruajes! En fin, varios volúmenes no bastarían para demostrar que nunca se consideró la lujuria un crimen en ninguno de los pueblos sabios de la tierra. Todos los filósofos saben de sobra que sólo a los impostores cristianos debemos haberlo erigido en crimen. Los sacerdotes tenían por supuesto su motivo al prohibirnos la lujuria: esta recomendación, reservando para ellos el conocimiento y la absolución de estos pecados secretos, les daba un increíble dominio sobre las mujeres y les abría una carrera de lubricidad cuya extensión no tenía límites. Ya sabemos de qué modo se aprovecharon de ello, y cómo seguirían abusando si su crédito no se hubiera perdido sin remisión.

¿Es el incesto más peligroso? Indudablemente no; amplía los lazos de las familias y en consecuencia vuelve más activo el amor de los ciudadanos por la patria; nos es dictado por las primeras leyes de la naturaleza, lo sentimos, y el goce de objetos que nos pertenecen nos parece siempre más delicioso. Las primeras instituciones favorecen el incesto; lo encontramos en el origen de las sociedades; está consagrado por todas las religiones; todas las leyes lo han favorecido. Si recorremos el universo, encontraremos el incesto establecido por doquier. Los negros de la Costa de la Pimienta y de Río Gabón prostituyen sus mujeres con sus propios hijos; el mayor de los hijos en el reino de Judá debe desposar a la mujer de su padre; los pueblos del Chile se acuestan indistintamente con sus hermanas, con sus hijas, y se casan a menudo a la vez con la madre y la hija. Me atrevo a asegurar, en resumen, que el incesto debería ser la ley de todo gobierno cuya base fuera la fraternidad. ¿Cómo pudieron hombres razonables llevar el absurdo hasta el punto de creer que el goce de su madre, de su hermana o de su hija podría ser alguna vez criminal? ¿No es, os pregunto, abominable prejuicio considerar crimen el hecho de que un hombre estime en más para su goce el objeto al que el sentimiento de la naturaleza más le acerca? Equivaldría a decir que nos está prohibido amar demasiado a los individuos que la naturaleza más nos ordena que amemos, y que cuantas más inclinaciones nos hace sentir hacia un objeto, tanto más nos ordena al mismo tiempo que nos alejemos de él. Estas contradicciones son absurdas: sólo pueblos embrutecidos por la superstición pueden creerlas o adoptarlas. La comunidad de mujeres que yo establezco, entraña necesariamente el incesto y deja poco que decir sobre un presunto delito cuya nulidad está demasiado demostrada para que sigamos insistiendo; y vamos a pasar a la violación que, a la primera ojeada, parece ser, de todos los extravíos del libertinaje,

[48] Este mismo autor quería que los prometidos se viesen completamente desnudos antes de desposarse. ¡Cuántos matrimonios fallarían si esa ley se cumpliese! Debe admitirse que lo contrario es lo que se dice comprar la mercancía sin haberla visto.

[49] Pegú, antiguo reino desaparecido, ubicado en Birmania. [Nota del T]

aquel cuya lesión está mejor establecida en razón del ultraje que parece hacer. Es, sin embargo, cierto que la violación, acción rara y muy difícil de probar, causa menos perjuicio al prójimo que el robo, puesto que éste invade la propiedad que el otro se contenta con deteriorar. ¿Qué tendréis pues que objetar al violador si os responde que, de hecho, el mal que ha cometido es más bien mediocre, puesto que no ha hecho sino poner un poco antes a la criatura de que ha abusado en el estado en que poco después había de ponerle el himeneo o el amor?

Mas la sodomía, ese presunto crimen que atrajo el fuego del cielo sobre las ciudades entregadas a él, ¿no es un extravío monstruoso cuyo castigo nunca podría ser demasiado fuerte? Es sin duda muy doloroso para nosotros tener que reprochar a nuestros antepasados los asesinatos judiciales que osaron permitirse en este tema. ¿Es posible ser tan bárbaro como para atreverse a condenar a muerte a un desgraciado individuo cuyo único crimen es no tener los mismos gustos que vosotros? Uno se estremece cuando piensa que, no hace aún cuarenta años, la absurdidad de los legisladores estaba todavía en ese punto. Consolaos, ciudadanos; tales absurdos no volverán: la sabiduría de vuestros legisladores os responde de ello. Completamente esclarecida sobre esta debilidad de algunos hombres, hoy se comprende perfectamente que semejante error no puede ser criminal, y que la naturaleza no podría haber otorgado al fluido que corre en nuestros riñones una importancia tan grande como para enfadarse por el camino que nos plazca hacer tomar a ese licor.

¿Cuál es el único crimen que puede existir aquí? Probablemente no lo es ponerse en tal o cual lugar, a menos que se quiera sostener que todas las partes del cuerpo no son iguales, y que hay unas puras y otras mancilladas; pero como es imposible seguir adelante con tales absurdos, el único presunto delito sólo podría consistir en este caso en la pérdida de la simiente. Ahora yo me pregunto si es verosímil que esa simiente sea tan preciosa a los ojos de la naturaleza que se vuelva imposible perderla sin crimen. ¿Procedería ella a diario a pérdidas semejantes si así fuera? ¿Y no es autorizarlas permitirlas durante el sueño, en el acto del goce de una mujer embarazada? ¿Podemos imaginar que la naturaleza nos dé la posibilidad de un crimen que la ultraja? ¿Puede consentir que los hombres destruyan sus placeres y se hagan así más fuertes que ella? Es inaudito el abismo de absurdos a que uno se lanza cuando para razonar se abandona la antorcha de la razón. Tengamos, pues, por seguro que es tan sencillo gozar de una mujer de una manera como de otra, que es absolutamente indiferente gozar de una muchacha que de un muchacho, y que, una vez comprobado que en nosotros no pueden existir otras inclinaciones que las que hemos recibido de la naturaleza, ésta es demasiado sabia y demasiado consecuente para haber puesto en nosotros algo que puede ofenderla alguna vez.

El de la sodomía es resultado de la organización, y nosotros no contribuimos en nada a esa organización. Niños en su más temprana edad anuncian este gusto, y ya no se corrigen de él nunca. A veces es fruto de la saciedad; pero incluso en este caso, ¿pertenece menos por ello a la naturaleza? Desde cualquier enfoque, es obra suya, y en todos los casos lo que ella inspira debe ser respetado por los hombres. Si mediante un censo exacto se llegara a probar que este gusto afecta infinitamente más a uno que a otro, que los placeres que de él resultan son mucho más vivos y que por este motivo sus partidarios son mil veces más numerosos que sus enemigos, ¿no podríamos deducir que, lejos de ultrajar a la naturaleza, este vicio serviría sus miras, y que le importa menos la procreación de lo que nosotros tenemos la locura de creer? Y, recorriendo el universo, ¡a

cuántos pueblos no vemos despreciar a las mujeres! Los hay que sólo se sirven de ella para tener el hijo necesario para reemplazarlos. La costumbre que los hombres tienen de vivir juntos en las repúblicas siempre volverá este vicio más frecuente, pero no es desde luego peligroso. ¿Lo habrían introducido los legisladores de Grecia si así lo hubieran creído? Muy lejos de eso, lo creían necesario para un pueblo guerrero. Plutarco nos habla con entusiasmo del batallón de los *amantes* y de los *amados;* ellos solos defendieron durante mucho tiempo la libertad de Grecia. Este vicio reinó en la asociación de las hermandades de armas; la cimentó; los mayores hombres estuvieron inclinados a él. Toda América, cuando fue descubierta, se la encontró poblada por personas de este gusto. En Luisiana, los indios Illinois, vestidos de mujeres, se prostituían como cortesanas. Los negros de Benguelé mantenían públicamente a hombres; casi todos los serrallos de Argelia están poblados en la actualidad sólo por muchachos. En Tebas no se contentaban con tolerarlo: ordenaban el amor de los muchachos; el filósofo de Queronea[50] lo prescribió para suavizar las costumbres de los jóvenes.

Ya sabemos hasta qué punto reinó en Roma: había allí lugares públicos en que los jóvenes se prostituían vestidos de muchachas y las muchachas vestidas de muchachos. Marcial, Catulo, Tibulo, Horacio y Virgilio escribían cartas a hombres como a sus amantes, y en Plutarco finalmente leemos[51] que las mujeres no deben tener ninguna participación en el amor de los hombres. Los amasios de la isla de Creta raptaban antaño a muchachos con las más singulares ceremonias. Cuando amaban a uno, participaban a los padres el día en que el raptor quería raptarlo; el joven oponía alguna resistencia si su amante no le placía; en caso contrario, partía con él, y el seductor lo devolvía a su familia tan pronto como lo había utilizado; porque en esta pasión, como en la de las mujeres, se tiene demasiado cuando uno ha tenido bastante. Estrabón nos dice que, en esa misma isla, los serrallos sólo se llenaban con muchachos: los prostituían públicamente.

¿Queréis una última autoridad, hecha para demostrar cuán útil es este vicio en una república? Escuchemos a jerónimo el Peripatético. El amor de los muchachos, nos dice, se extendía por toda Grecia porque daba valor y fuerza, y porque servía para expulsar a los tiranos; las conspiraciones se formaban entre amantes, y antes se dejaban torturar que denunciar a sus cómplices; de esta manera, el patriotismo sacrificaba todo a la prosperidad del estado; estaban seguros de que estas relaciones fortalecían la república, clamaban contra las mujeres y era debilidad reservada al despotismo unirse a estas criaturas.

Siempre la pederastia fue vicio de los pueblos guerreros. César nos enseña que los galos estaban completamente entregados a él. Las guerras que tenían que sostener las repúblicas, al separar los dos sexos, propagaron el vicio, y cuando se reconocieron secuelas tan útiles al estado, la religión lo consagró al punto. Se sabe que los romanos santificaron los amores de Júpiter y de Ganímedes. Sexto Empírico nos asegura que esta fantasía era obligatoria entre los persas. Finalmente, las mujeres celosas y despreciadas ofrecieron a sus maridos el mismo servicio que recibían de los jóvenes; algunos lo probaron y volvieron a sus antiguas costumbres por no parecerles posible la ilusión.

[50] Sócrates. [Nota del T.]

[51] *Obras morales. Tratado del amor.*

Los turcos, muy inclinados a esta depravación que Mahoma consagró en su Corán, aseguran no obstante que una virgen muy joven puede reemplazar bastante bien a un muchacho, y raramente las hacen mujeres sin haber pasado por esta prueba. Sixto Quinto y Sánchez permitieron este desenfreno; el último se propuso probar incluso que era útil a la procreación, y que un niño creado tras este curso previo estaba infinitamente mejor constituido. Finalmente, las mujeres se resarcieron entre sí. Esta fantasía no tiene indudablemente más inconvenientes que la otra, porque el resultado es sólo la negativa a crear, y porque los medios de quienes tienen el gusto de la población son lo bastante potentes como para que los adversarios nunca puedan perjudicarles. Los griegos basaban asimismo este extravío de las mujeres en razones de Estado. De él resultaba que, bastándose entre sí, sus comunicaciones con los hombres eran menos frecuentes y así no perjudicaban los asuntos de la república. Luciano nos enseña los progresos que hizo esta licencia, y no sin interés la vemos en Safo.

En una palabra, no hay ninguna clase de peligro en todas estas manías: aunque llegasen más lejos, aunque llegasen a rozarse con monstruos y animales, como nos enseña el ejemplo de muchos pueblos, no habría en todas estas nimiedades el menor inconveniente, porque la corrupción de las costumbres, con frecuencia muy útil en un gobierno, no podría perjudicarlo desde ningún punto de vista, y debemos esperar de nuestros legisladores suficiente sabiduría y suficiente prudencia para estar completamente seguros de que ninguna ley emanará de ellos para la represión de estas miserias que, por derivar totalmente de la organización, no podrían hacer a quien siente inclinación por ellas más culpable de lo que lo es el individuo que la naturaleza creó contrahecho.

En la segunda clase de delitos del hombre hacia sus semejantes sólo nos queda examinar el asesinato; luego pasaremos a sus deberes para consigo mismo. De todas las ofensas que el hombre puede hacer a su semejante, el asesinato es, sin contradicción, la más cruel de todas puesto que le quita el único bien que ha recibido de la naturaleza, el único cuya pérdida es irreparable. Muchas cuestiones sin embargo se plantean aquí, abstracción hecha del mal que el asesino causa a quien se convierte en su víctima.

l. Esta acción, considerada desde las leyes solas de la naturaleza, ¿es realmente criminal?

2. ¿Lo es desde las leyes de la política? 3. ¿Es perjudicial para la sociedad?

4. ¿Cómo debe considerarse en un gobierno republicano?

5. Finalmente, ¿debe reprimirse el asesino mediante el asesinato?

Vamos a examinar por separado cada una de estas cuestiones: el tema es lo bastante esencial para permitir que nos detengamos en él; quizá parezcan nuestras ideas algo fuertes, ¿qué importa? ¿No hemos adquirido el derecho a decir todo? Desarrollemos para los hombres grandes verdades: las esperan de nosotros; es hora de que el error desaparezca, es preciso que su venda caiga junto con la corona de los reyes. ¿Es el asesinato un crimen a ojos de la naturaleza? Ésa es la primera cuestión planteada.

Indudablemente vamos a humillar aquí el orgullo del hombre, rebajándolo al rango de todas las demás producciones de la naturaleza, pero el filósofo no halaga las pequeñas vanidades humanas; ardiente perseguidor de la verdad, la discierne bajo los tontos prejuicios del amor propio, la alcanza, la desarrolla y la muestra audazmente a la tierra asombrada.

¿Qué es el hombre y qué diferencia hay entre él y las demás plantas, entre él y los demás animales de la naturaleza? Ninguna probablemente. Casualmente colocado, co-

mo ellos, en este globo, ha nacido como ellos; se propaga, crece y decrece como ellos; llega como ellos a la vejez y como ellos cae en la nada tras el término que la naturaleza asigna a cada especie de animales en razón de la constitución de sus órganos. Si las semejanzas son tan exactas que resulta completamente imposible a la mirada escrutadora del filósofo percibir desemejanzas, entonces habrá tanto mal en matar a un animal como a un hombre, o tan poco en lo uno como en lo otro, y sólo en los prejuicios de nuestro orgullo estará la distancia; pero nada hay tan desgraciadamente absurdo como los prejuicios del orgullo. Estrujemos no obstante la cuestión. No podéis dejar de convenir que no sea igual destruir un hombre que una bestia; pero la destrucción de todo animal que tiene vida, ¿no es decididamente un mal, como creían los pitagóricos y como creen hoy todavía los habitantes de las riberas del Ganges? Antes de responder a esto, recordemos en primer lugar a los lectores que sólo examinamos la cuestión en lo que atañe a la naturaleza; luego la contemplaremos en relación a los hombres.

Ahora yo pregunto qué valor pueden tener para la naturaleza individuos que no le cuestan ni el menor esfuerzo ni el menor cuidado. El obrero sólo estima su obra en razón del trabajo que le cuesta, del tiempo que emplea en crearla. ¿Le cuesta el hombre a la naturaleza? Suponiendo que le cueste, ¿le cuesta más que un mono o que un elefante? Voy más lejos: ¿cuáles son las materias generadoras de la naturaleza? ¿De qué se componen los seres que vienen a la vida? Los tres elementos que los forman ¿no resultan de la primitiva destrucción de los demás cuerpos? Si todos los individuos fueran eternos, ¿no se le haría imposible a la naturaleza crear otros nuevos? Si la eternidad de los seres es imposible para la naturaleza, su destrucción se convierte, por tanto, en una de sus leyes. Ahora bien, si las destrucciones le son tan útiles que en modo alguno puede prescindir de ellas, y si no puede llegar a sus creaciones sin abrevar en esas masas de destrucción que le prepara la muerte, desde ese momento la idea de aniquilación que achacamos a la muerte no será ya real; no habrá aniquilamiento comprobado; lo que nosotros llamamos fin de un animal que tiene vida no será entonces un fin real sino una simple transmutación, cuya base es el movimiento perpetuo, verdadera esencia de la materia, admitida por todos los filósofos modernos como una de sus primeras leyes. La muerte, según estos principios irrefutables, no es por lo tanto más que un cambio de forma, un paso imperceptible de una existencia a otra: esto es lo que Pitágoras llamaba la metempsícosis.

Una vez admitidas estas verdades, yo pregunto si alguna vez se podrá sostener que la destrucción sea un crimen. Con el propósito de conservar vuestros absurdos prejuicios, ¿osaréis decirme que la transmutación es una destrucción? Indudablemente, no; porque sería necesario para ello demostrar en la materia un instante de inacción, un momento de reposo. Ahora bien, jamás descubriréis ese momento. Pequeños animales se forman en el instante mismo en que el gran animal ha perdido el aliento, y la vida de estos pequeños animales no es más que uno de los efectos necesarios y determinados por el sueño momentáneo del grande[52]. ¿Osaréis decir ahora que place más a la naturaleza el uno que el otro? Para ello habría que probar una cosa imposible: que la forma alargada o cuadrada es más útil, más agradable a la naturaleza que la forma oblonga o triangular; habría que probar que, respecto a los planes sublimes de la naturaleza, un vago que engorda en la inac-

[52] Sade sigue en esta tesis de la generación espontánea a Buffon, aunque también había sido defendida por otros. [Nota del T]

ción y en la indolencia es más útil que el caballo, cuyo servicio es tan esencial, o que el buey, cuyo cuerpo es tan precioso que ninguna de sus partes queda sin utilidad; habría que decir que la serpiente venenosa es más necesaria que el perro fiel.

Ahora bien, como todos estos sistemas son insostenibles, es preciso, por tanto, consentir en admitir la imposibilidad en que nos hallamos de aniquilar las obras de la naturaleza, dado que lo único que hacemos, al entregarnos a la destrucción, no es más que operar una variación en las formas, que no puede apagar la vida, y está fuera del alcance de las fuerzas humanas probar que pueda existir algún crimen en la pretendida destrucción de una criatura, de cualquier edad, sexo o especie que la supongáis. Llevados más adelante aún por la serie de nuestras consecuencias, que nacen unas de otras, habrá que convenir finalmente en que, lejos de perjudicar a la naturaleza, la acción que cometéis al variar las formas de sus diferentes obras es ventajosa para ella, puesto que mediante esa acción le proporcionáis la materia prima de sus reconstrucciones, cuyo trabajo se le haría impracticable si no destruyeseis. ¡Ea!, dejadla hacer, os dicen. Con toda evidencia hay que dejarla hacer, pero son sus impulsos lo que el hombre sigue cuando se entrega al homicidio; es la naturaleza la que lo aconseja, y el hombre que destruye a su semejante es a la naturaleza lo que le es la peste o el hambre, igualmente enviadas por su mano, la cual se sirve de todos los medios posibles para obtener antes esa materia prima de destrucción, absolutamente esencial para sus obras.

Dignémonos esclarecer un instante nuestra alma con la santa antorcha de la filosofía: ¿qué otra voz sino la de la naturaleza nos sugiere los odios personales, las venganzas, las guerras, en una palabra, todos esos motivos de asesinatos perpetuos? Y si ella nos lo aconseja, es que los necesita. ¿Cómo podemos nosotros, según esto, suponernos culpables ante ella, desde el momento en que no hacemos sino seguir sus miras?

Pero esto es más de lo necesario para convencer a cualquier lector ilustrado de que es imposible que el asesinato pueda ultrajar alguna vez a la naturaleza.

¿Hay crimen en política? Nos atrevemos a confesar, por el contrario, que desgraciadamente es uno de los grandes resortes de la política. ¿No fue a fuerza de asesinatos como Roma se convirtió en dueña del mundo? ¿No fue a fuerza de asesinatos como Francia es libre hoy? Es inútil advertir aquí que sólo se habla de asesinatos ocasionados por la guerra, y no de atrocidades cometidas por los facciosos y los desorganizadores; éstos, abocados a la execración pública, no necesitan ser invocados para excitar siempre el horror y la indignación generales. ¿Qué ciencia humana tiene más necesidad de sostenerse por el asesinato que aquella que sólo tiende a engañar, que aquella que no tiene otra meta que el crecimiento de una nación a expensas de otra? Las guerras, únicos frutos de esta bárbara política, ¿son otra cosa que los medios de que se nutre, con que se fortifica, con que se sostiene? ¿Y qué es la guerra sino la ciencia de destruir? Extraña ceguera la del hombre, que enseña públicamente el arte de matar, que recompensa al que mejor lo hace y que castiga a aquél que, por una causa particular, se ha deshecho de su enemigo. ¿No es hora de volver a hablar de errores tan bárbaros?

Finalmente, ¿es el asesinato un crimen contra la sociedad? ¿Quién pudo nunca creerlo razonablemente? ¡Ah! ¿Qué le importa a esa numerosa sociedad que haya entre ella un miembro más o menos? Sus leyes, sus costumbres, sus usos, ¿se viciarán por ello? ¿Ha influido alguna vez la muerte de un individuo sobre la masa general? Y tras la pérdida de la mayor batalla, qué digo, tras la extinción de la mitad del mundo, de su totalidad si se quiere, el pequeño número de seres que pudiera sobrevivir, ¿experimentaría la menor

alteración material? ¡Ah, no! La naturaleza entera no lo sentiría, y el tonto orgullo del hombre, que cree que todo está hecho para él, quedaría sorprendido tras la destrucción total de la especie humana si viera que nada varía en la naturaleza y que el curso de los astros no se ha retrasado siquiera por ello. Prosigamos.

¿Cómo debe verse el asesinato en un Estado guerrero y republicano?

Con toda seguridad, sería extremadamente peligroso desacreditar esa acción, o castigarla. La altivez del republicano exige un poco de ferocidad; si se ablanda, si su energía se pierde, pronto será sojuzgado. Aquí aparece una reflexión muy singular, pero como es verdadera pese a su audacia, la diré. Una nación que comienza a gobernarse como republica sólo se sostendrá por las virtudes, porque para llegar a lo más, siempre hay que empezar por lo menos; pero una nación ya envejecida y corrompida que valerosamente sacude el yugo de su gobierno monárquico para adoptar otro republicano, sólo se mantendrá mediante muchos crímenes; porque está ya en el crimen, y si quisiera pasar del crimen a la virtud, es decir, de un estado violento a un estado suave, caería en una inercia cuyo resultado sería muy pronto su ruina cierta. ¿Qué sería del árbol que transplantaseis de un terreno lleno de vigor a una llanura arenosa y seca? Todas las ideas intelectuales están tan subordinadas a la física de la naturaleza que las comparaciones proporcionadas por la agricultura jamás nos engañarán en moral.

Los hombres más independientes, los más cercanos a la naturaleza, los salvajes, se entregan con impunidad diariamente al asesinato. En Esparta y en Lacedemonia salían a la caza de ilotas como en Francia vamos a la de perdices. Los pueblos más libres son aquellos que mejor acogida le prestan. En Mindanao, quien quiere cometer un asesinato es elevado al rango de los valientes: le adornan al punto con un turbante; entre los caraguos hay que haber matado a siete hombres para obtener los honores de ese tocado; los habitantes de Borneo creen que todos cuantos matan les servirán cuando ya no existan; los devotos españoles llegaban a prometer a Santiago de Galicia matar doce americanos diarios; en el reino de Tangut[53] escogen un hombre joven, fuerte y vigoroso, al que le está permitido, en ciertos días del año, matar a todo el que encuentre. ¿Hubo algún pueblo más amigo del asesinato que los judíos? Lo vemos en todas las formas, en todas las páginas de su historia.

El emperador y los mandarines de China adoptan de cuando en cuando medidas para hacer que el pueblo se rebele, a fin de obtener mediante estas maniobras derecho a cometer una horrible carnicería. Si ese pueblo blando y afeminado se liberara del yugo de sus tiranos, los mataría a palos con mucho mayor motivo, y el asesinato, siempre adoptado, siempre necesario, no haría más que cambiar de víctimas; era la dicha de unos, se convertirá en la felicidad de los otros.

Una infinidad de naciones toleran los asesinatos públicos; están totalmente permitidos en Génova, en Venecia, en Nápoles y en toda Albania; en Kachao[54], junto al río de Santo Domingo, los asesinos, con una vestimenta conocida y confesada, degüellan por orden vuestra y ante vuestros ojos al individuo que les señaléis; los indios toman opio para animarse al asesinato; precipitándose luego a las calles, masacran todo lo que encuentran a su paso; los viajeros ingleses han dado testimonio de esta manía en Batavia.

[53] Tangut, reino asiático en Tartaria, a orillas de China. [Nota del T.]

[54] Kachao, capital del reino de Tonkín. [Nota del T]

¿Qué pueblo fue a un tiempo más grande y más cruel que los romanos, y que nación conservó por más tiempo su esplendor y su libertad? El espectáculo de los gladiadores mantuvo su coraje; se volvió guerrera por su hábito de convertir en un juego el asesinato. Doce o quince víctimas diarias llenaban la arena del circo, y allí, las mujeres, más crueles que los hombres, osaban exigir que los moribundos cayesen con gracia y mostraran sus formas aun bajo las convulsiones de la muerte. Los romanos pasaron de ahí al placer de ver estrangular enanos en su presencia; y cuando el culto cristiano, infectando la tierra, vino a persuadir a los hombres de que era malo matarse, los tiranos encadenaron al punto a ese pueblo, y los héroes del mundo se convirtieron pronto en juguetes.

Por doquiera, en fin, se ha creído con razón que el asesino, es decir, el hombre que ahogaba su sensibilidad hasta el punto de matar a un semejante y de arrostrar la venganza pública o particular, por doquiera, digo, se ha creído que semejante hombre tenía que ser muy peligroso, y en consecuencia muy precioso en un gobierno guerrero o republicano. Repasemos las naciones que, más feroces aún, sólo quedaron satisfechas inmolando niños, y con mucha frecuencia a los propios: veremos estas acciones, universalmente adoptadas, formar parte en ocasiones de las leyes. Muchos pueblos salvajes matan a sus hijos en cuanto nacen. Las madres, a orillas del río Orinoco, convencidas como estaban de que sus hijas sólo nacían para ser desgraciadas, puesto que su destino era convertirse en esposas de los salvajes de aquella comarca, que no podían soportar a las mujeres, las inmolaban tan pronto como las habían dado a luz. En Trapobana[55] y en el reino de Sopit, todos los niños deformes eran inmolados por los mismos padres. Las mujeres de Madagascar exponían a las bestias salvajes los hijos nacidos ciertos días de la semana. En las repúblicas de Grecia se examinaba cuidadosamente a los niños cuando llegaban al mundo, y si no los encontraban formados de manera que pudieran defender un día a la república, eran inmolados al punto: allí no consideraban esencial construir casas ricamente provistas para conservar esa vil espuma de la naturaleza humana[56]. Hasta el traslado de la sede del imperio, todos los romanos que no querían alimentar a sus hijos los arrojaban al vertedero. Los antiguos legisladores no tenían ningún escrúpulo en condenar a los niños a muerte, y nunca ninguno de sus códigos reprimió los derechos que un padre creyó tener siempre sobre su familia. Aristóteles aconsejaba el aborto; y estos antiguos republicanos, llenos de entusiasmo y de ardor por la patria, despreciaban esa conmiseración individual que se encuentra entre las naciones modernas; se amaba menos a los hijos, pero se amaba más al país. En todas las ciudades de China, cada mañana se encuentra una increíble cantidad de niños abandonados en las calles; una carreta los recoge al despuntar el día, y los arrojan a una fosa; a menudo las comadronas mismas liberan a las madres, ahogando nada más nacer sus frutos en cubos de agua hirviendo o arrojándolos al río. En Pekín, los ponen en pequeñas canastillas de juncos que abandonan en los canales; cada día retiran lo que flota en esos canales, y el

[55] Trapobana, la actual Ceilán, conocida mejor como Taprobana. [Nota del T]

[56] Cabe esperar que la nación reforme este gasto, el más inútil de todos; todo individuo que nace sin las cualidades necesarias para ser un día útil a la república no tiene ningún de recho a conservar la vida, y lo mejor que puede hacerse es quitársela en el momento en que la recibe.

célebre viajero Duhalde[57] estima en más de treinta mil el número diario que quitan cada vez. No puede negarse que no sea extraordinariamente necesario y extremadamente político poner coto a la población en un gobierno republicano; por intenciones completamente contrarias, hay que alentarla en una monarquía: en ésta, los tiranos sólo son ricos en razón del número de sus esclavos, necesitan evidentemente hombres; pero la abundancia de población, no lo dudemos, es un vicio real en un gobierno republicano. No hay, sin embargo, que degollarlos para disminuirlo, como decían nuestros modernos decenviros: sólo se trata de no permitirle los medios de extenderse más allá de los límites que su felicidad le prescribe. Guardaos de multiplicar demasiado un pueblo en el que cada ser es soberano y estad seguros de que las revoluciones no son nunca otra cosa que secuelas de una población muy numerosa. Si para esplendor del Estado concedéis a vuestros guerreros el derecho a destruir hombres, para la conservación de ese mismo Estado conceded igualmente a cada individuo que se entregue cuanto quiera, puesto que puede hacerlo sin ultrajar a la naturaleza, al derecho de deshacerse de los niños que no puede alimentar o de aquellos de los que el gobierno no puede sacar ningún beneficio; concededle asimismo deshacerse, con los riesgos y peligros a su costa, de todos los enemigos que pueden perjudicarle, porque el resultado de todas estas acciones, absolutamente nimias en sí mismas, será mantener vuestra población en un estado moderado y nunca lo bastante numeroso para perturbar vuestro gobierno. Dejad decir a los monárquicos que un Estado sólo es grande en razón de su extremada población: ese Estado será siempre floreciente si, contenido en sus justos límites, puede traficar con lo superfluo. ¿No podáis el árbol cuando tiene demasiadas ramas? Y para conservar el tronco, ¿no cortáis las ramas? Todo sistema que se aparte de estos principios será una extravagancia cuyos abusos enseguida nos llevarían a un vuelco total del edificio que acabamos de levantar con tanto esfuerzo. Pero no es cuando el hombre ya está hecho cuando hay que destruirlo a fin de disminuir la población: es injusto abreviar los días de un individuo bien conformado; no lo es, digo yo, impedir llegar a la vida a un ser que ciertamente será inútil al mundo. La especie humana debe ser depurada desde la cuna; hay que suprimir de su seno a todo aquel de quien se suponga que no habrá ser nunca útil a la sociedad; éstos son los únicos medios razonables para aminorar una población cuyo excesivo número es, como acabamos de demostrar, el más peligroso de los abusos.

Es hora de resumir.

¿Debe ser reprimido el asesinato con el asesinato? Indudablemente, no. No impongamos jamás al asesino otra pena que aquella en que puede incurrir por la venganza de los amigos o de la familia del muerto. Yo os *otorgo el perdón,* decía Luis XV a Charolais, que acababa de matar un hombre para divertirse, *pero también lo concedo a quien os mate.* Todas las bases de la ley contra los asesinos se encuentran en esa frase sublime[58].

---

[57] Jean Baptiste Duhalde, jesuita, autor de *Description... de la Chine et de la Tartarie chinoise,* París, 1735. [Nota del T]

[58] La ley sálica sólo castigaba el asesinato con una simple multa, y como el culpable encontraba fácilmente medios para sustraerse a ella, Childeberto, rey de Austria, decretó, mediante una orden firmada en Colonia, la pena de muerte no contra el asesino, sino contra aquel que se sustrajera a la multa dictada contra el asesino. La ley ripuaria tampoco ordenaba contra esta acción otra cosa que una multa, proporcionada al individuo que había matado. Costaba muy caro si se trataba de un sacerdote: fabricaban para el asesino una túnica de plomo de su talla; y tenía que pagar el equivalente en oro del peso de esa túnica; en caso contrario, el culpable y su familia quedaban esclavos de la Iglesia.

En una palabra, el asesinato es un horror, pero un horror con frecuencia necesario, nunca criminal, esencial para que se tolere en un Estado republicano. He demostrado que el universo entero ha dado ejemplos de ello; pero ¿hay que considerarlo como una acción hecha para ser penada con la muerte? Quienes respondan al dilema siguiente habrán resuelto la pregunta: ¿El asesinato es un crimen ò no lo es? Si no lo es, ¿por qué hacer leyes que lo castiguen? Y si lo es, ¿por qué bárbara y estúpida inconsecuencia vais a castigarlo con un crimen igual?

Sólo nos queda hablar de los deberes del hombre para consigo mismo. Como el filósofo únicamente adopta esos deberes cuando tienden a su placer o a su conservación, es completamente inútil recomendarle su práctica, más inútil aún imponerle penas si falta a ellos.

El único delito que el hombre puede cometer en este género es el suicidio. No me entretendré probando aquí la imbecilidad de las personas que erigen esta acción en crimen: remito a la famosa carta de Rousseau[59] a quienes aún puedan tener alguna duda al respecto. Casi todos los antiguos gobiernos autorizaban el suicidio por política o por religión. Los atenienses exponían en el Areópago las razones que tenían para matarse: luego se apuñalaban. Todas las repúblicas de Grecia toleraron el suicidio; entraba en los planes de los legisladores; uno se mataba en público, y hacía de su muerte un espectáculo de aparato. La república de Roma alentó el suicidio: aquellas abnegaciones por la patria, tan célebres, no eran más que suicidios. Cuando Roma fue tomada por los galos, los más ilustres senadores se entregaron a la muerte; recuperando ese mismo espíritu, adoptemos las mismas virtudes. Durante la campaña del 92 un soldado se mató de pena por no poder seguir a sus camaradas en la acción de Jemmapes[60]. Siempre a la altura de estos orgullosos republicanos, pronto superaremos sus virtudes: es el gobierno el que hace al hombre. Un hábito tan prolongado de despotismo había debilitado totalmente nuestro coraje; había depravado nuestras costumbres; pronto vamos a ver de qué acciones sublimes es capaz el genio, el carácter francés, cuando es libre; al precio de nuestras fortunas y de nuestras vidas, sostengamos esa libertad que ya nos ha costado tantas víctimas; no lo lamentemos si alcanzamos nuestra meta; ellas mismas, todas, se han entregado voluntariamente; no volvamos su sangre inútil; pero unión... unión, o perderemos el fruto de todos nuestros esfuerzos; probemos leyes excelentes sobre las victorias que acabamos de conseguir; nuestros primeros legisladores, esclavos aún del déspota que por fin hemos abatido, no nos dieron más que leyes dignas de ese tirano, al que todavía incensaban; rehagamos su obra, pensemos que es para republicanos y para filósofos para los que por fin vamos a trabajar; que nuestra leyes sean dulces como el pueblo que deben regir.

---

[59] Alusión a la carta *XXI,* en la tercera parte de *La Nueva Eloísa,* en la que Rousseau escribe por la pluma de Saint-Preux: «Cuanto más reflexiono, más me parece que la cuestión se reduce a esta proposición fundamental: buscar su bien y huir su mal, en lo que no ofende a otro es derecho de la naturaleza. Cuando nuestra vida es un mal para nosotros y no es un bien para nadie, entonces está permitido librarse de ella. Si hay en el mundo una máxima evidente y cierta, pienso que es ésta...» [Nota del T]

[60] Batalla de 1792 ganada por Dumouriez. Véase la nota siguiente. [Nota del T.]

Al presentar aquí, como acabo de hacerlo, la nimiedad, la indiferencia de una infinidad de acciones que nuestros antepasados, seducidos por una religión falsa, miraban como criminales, reduzco nuestro trabajo a bien poco. Hagamos pocas leyes, pero que sean buenas. No se trata de multiplicar los frenos: se trata de dar al que utilicemos una calidad indestructible. Que las leyes que promulguemos no tengan otra meta que la tranquilidad del ciudadano, su felicidad y el esplendor de la república. Mas, después de haber arrojado al enemigo de vuestras tierras, franceses, no quisiera que el ardor de propagar vuestros principios os arrastrase más lejos; sólo con el hierro y el fuego podríais llevarlos al fin del universo. Antes de cumplir tales resoluciones, acordaos de los desgraciados sucesos de las Cruzadas. Cuando el enemigo esté al otro lado del Rhin, creedme, guardad vuestras fronteras y quedaos en casa; reanimad vuestro comercio, dad de nuevo energía y salidas a vuestras manufacturas; haced florecer vuestras artes, animad la agricultura, tan necesaria en un gobierno como el vuestro y cuyo espíritu debe poder abastecer a todo el mundo sin que nadie pase necesidad; dejad a los tronos de Europa desmoronarse por sí mismos; vuestro ejemplo, vuestra prosperidad los derrocarán pronto sin que tengáis necesidad de intervenir.

Invencibles en vuestro interior y modelos de todos los pueblos por vuestra civilización y vuestras buenas leyes, no habrá gobierno en el mundo que no trabaje por imitaros, ni uno sólo que no se honre con vuestra alianza; mas si, por el vano honor de llevar vuestros principios lejos, abandonáis el cuidado de vuestra propia felicidad, el despotismo, que sólo está adormecido, renacerá, las disensiones intestinas os desgarrarán, habréis agotado vuestras finanzas y vuestras conquistas, y todo esto para volver a besar los hierros que habrán de imponeros los tiranos que os habrán subyugado durante vuestra ausencia. Todo lo que deseáis puede hacerse sin que sea necesario abandonar vuestros hogares; que los demás pueblos os vean felices, y correrán a la dicha por el mismo camino que vosotros les habréis trazado[61].

EUGENIA, *a Dolmancé:* Eso es lo que se dice un escrito muy sabio, y tan ajustado a vuestros principios, al menos en muchos puntos, que estoy tentada por creeros su autor.

DOLMANCÉ: Es muy cierto que estoy de acuerdo con gran parte de esas reflexiones, y mis discursos, que os lo han demostrado, dan incluso a la lectura que acabamos de hacer las apariencias de una repetición...

EUGENIA, *cortándole: No* me he dado cuenta; nunca se repetirán demasiado las cosas buenas; encuentro, sin embargo, peligrosos algunos de esos principios.

DOLMANCÉ: No hay en el mundo nada más peligroso que la piedad y la beneficencia; la bondad no es nunca otra cosa que una debilidad, y la ingratitud y la impertinencia de los débiles fuerzan siempre a las gentes honradas a arrepentirse de ella. Si a un buen observador se le ocurre calcular todos los peligros de la piedad, y los compara luego con los de una firmeza sostenida, verá si no son más los primeros. Pero vamos demasiado lejos, Eugenia; resumamos para vuestra educación el único consejo que puede sacarse

[61] Recuérdese que la guerra exterior no fue nunca propuesta más que por el infame Dumouriez. [Charles-François du Perrier, Dumouriez (1739-1823), será juzgado casi en los mismos términos por Michelet: «Un aventurero cínico con el que el antiguo régimen gratificó al nuevo. Alzado hasta las nubes en 1792, cayó en el oprobio y en el desprecio desde el año siguiente. Este hombre traicionaba con una especie de voluptuosidad.» *(Histoire de la Révolution française.)]* [Nota del T.]

de cuanto acabamos de deciros: no escuchéis nunca a vuestro corazón, hija mía; es el guía más falso que hemos recibido de la naturaleza; cerradlo con gran cuidado a los acentos falaces de la desdicha; más vale rechazar el que realmente debiera interesaros que arriesgaros a dar al malvado, al intrigante o al farsante: lo primero tiene muy leves consecuencias, lo segundo los mayores inconvenientes.

EL CABALLERO: Séame permitido, por favor, dudar y destruir, si puedo, los principios de Dolmancé. ¡Ah! ¡Cuán diferentes serían, hombre cruel, si, privado de esa fortuna inmensa en que encuentras sin cesar los medios de satisfacer tus pasiones, languidecieses algunos años en esa abrumadora miseria que tu espíritu feroz se atreve a reprochar a los miserables! Echa una ojeada piadosa sobre ellos, y no cierres tu alma hasta el punto de endurecerla sin remedio a los gritos desgarradores de la necesidad. Cuando tu cuerpo, harto sólo de voluptuosidades, descanse lánguidamente en lechos de pluma, mira el suyo, abatido por trabajos que a ti te permiten vivir, recogiendo apenas un poco de paja para preservarse del frío de la tierra, pues no tienen, como los animales, más que su fría superficie para tenderse; lanza una mirada sobre ellos, rodeado de platos suculentos con los que cada día veinte discípulos de Comus despiertan tu sensualidad, mientras esos desgraciados disputan a los lobos, en los bosques, la raíz amarga de un suelo reseco; cuando los juegos, las gracias y las risas lleven a tu yacija impura los objetos más conmovedores del templo de Citerea, mira al- miserable tendido junto a su triste esposa, satisfecho de los placeres que recoge en medio de las lágrimas sin sospechar siquiera que existan otros; míralo cuando tú no te prohíbes nada, cuando nadas en medio de lo superfluo; míralo, te digo, carecer incluso constantemente de las necesidades más primarias de la vida; echa una ojeada sobre su familia desolada; mira a su esposa temblorosa repartirse con ternura entre los cuidados que debe a su marido, que languidece a su lado, y los que la naturaleza le impone para con los brotes de su amor, privada de la posibilidad de cumplir ninguno de esos deberes tan sagrados para su alma sensible; ¡mírala, sin estremecerte si es que puedes, reclamar de ti eso superfluo que tu crueldad le niega!

Bárbaro, ¿no son acaso hombres como tú? Y si se te parecen, ¿por qué tú debes gozar mientras ellos languidecen? Eugenia, Eugenia, no apaguéis jamás en vuestra alma la voz sagrada de la naturaleza: es a la beneficencia a lo que os conducirá a pesar vuestro, cuando separéis su órgano del fuego de las pasiones que lo absorben. Dejemos los principios religiosos, de acuerdo; pero no abandonemos nunca las virtudes que la sensibilidad nos inspira; sólo practicándolas gustaremos los goces más dulces y más deliciosos del alma. Todos los extravíos de vuestro espíritu serán redimidos por una buena obra; ella apagará en vos los remordimientos que vuestra mala conducta provocará en él y, formando en el fondo de vuestra conciencia un asilo sagrado al que a veces os replegaréis con vos misma, encontraréis ahí consuelo a los extravíos a que vuestros errores os habrán arrastrado. Hermana mía, soy joven, soy libertino, impío, soy capaz de todos los desenfrenos del espíritu, pero aún me queda mi corazón, y es puro, y es con él, amigos míos, con el que me consuelo de todos los defectos de mi edad[62].

DOLMANCÉ: Sí, caballero, sois joven, lo demostráis con vuestro discurso; os falta experiencia; espero a que ella os haya madurado; entonces, querido mío, no hablaréis tan

[62] Hay un nuevo eco de las doctrinas rousseaunianas. [Nota del T.]

bien de los hombres, porque los habréis conocido. Fue su ingratitud lo que secó mi corazón, su perfidia lo que destruyó en mí esas virtudes funestas para las que, como vos, acaso había nacido. Ahora bien, si los vicios de unos vuelven en otros peligrosas estas virtudes, ¿no es hacer un servicio a la juventud ahogarlos en ella a tiempo? ¿Qué me dices de remordimientos, amigo mío? ¿Pueden existir en el alma de quien no reconoce el crimen en nada? Que vuestros principios los apaguen si teméis su aguijón: ¿os será posible arrepentiros de una acción de cuya indiferencia estéis profundamente convencido? Desde el momento en que no creáis que hay algo malo, ¿de qué mal podréis arrepentiros?

EL CABALLERO: No es del espíritu de donde vienen los remordimientos; sólo son fruto del corazón, y jamás los sofismas de la cabeza apagaron los movimientos del alma.

DOLMANCÉ: Pero el corazón engaña, porque nunca es otra cosa que la expresión de los falsos cálculos de espíritu; madurad éste, el otro cederá al punto; cuando queremos razonar, siempre falsas definiciones nos extravían; yo no sé lo que es el corazón: llamo así a las debilidades del espíritu. Una sola y única antorcha resplandece en mí: cuando estoy sano y seguro, nunca me induce a error. ¿Que soy viejo, hipocondríaco o pusilánime? Me engaña; entonces me califico de sensible, mientras que en el fondo no soy otra cosa que débil y tímido. Te lo repito una vez más, Eugenia: que esta pérfida sensibilidad no abuse de vos; no es, y estad bien segura de ello, más que la debilidad del alma; sólo se llora porque se teme, y por eso son tiranos los reyes. Rechazad, detestad pues los pérfidos consejos del caballero; al deciros que abráis vuestro corazón a todos los males imaginarios del infortunio, trata de inventar para vos un montón de penas que, sin ser vuestras, os desgarrarían pronto para nada. ¡Ah, creed, Eugenia, creed que los placeres nacidos de la apatía valen más que los que la sensibilidad os da; ésta no sabe más que alcanzar en un sentido el corazón que el otro acaricia y trastorna por todas partes. En una palabra, ¿pueden compararse los goces permitidos con los goces que unen a los atributos más excitantes aquellos otros, inapreciables, de la ruptura de los frenos sociales y del atropello de todas las leyes?

EUGENIA: ¡Tú triunfas, Dolmancé, tú ganas! Los discursos del caballero apenas rozan mi alma; ¡los tuyos la seducen y la arrastran! ¡Ah! Creedme, caballero, dirigíos más a las pasiones que a las virtudes cuando queráis persuadir a una mujer.

SRA. DE SAINT-ANGE, *al caballero:* Sí, amigo mío, jódeme bien pero no me sermonees: no nos convertirás, y podrías perjudicar las lecciones con que queremos alimentar el alma y la mente de esta encantadora niña.

EUGENIA: ¿Perturbar? ¡Oh! ¡No, no! Vuestra obra está acabada; lo que los tontos llaman corrupción se ha asentado ahora con tanta fuerza en mí que no hay esperanza de retorno siquiera, y vuestros principios están demasiado bien apuntalados en mi corazón para que los sofismas del caballero lleguen alguna vez a destruirlos.

DOLMANCÉ: Tiene razón, no hablemos más de ello, caballero; cometeríais un error, y no queremos de vos otra cosa que vuestro comportamiento.

EL CABALLERO: De acuerdo; sé que aquí estamos para un objetivo muy distinto del que yo querría alcanzar; vayamos derechos a ese objetivo, de acuerdo; guardaré mi moral para aquellos que, menos ebrios que vos, estén en condiciones de oírme.

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, hermano mío, sí, sí, no nos des otra cosa que tu leche; te perdonamos la moral; es demasiado dulce para las *personas sin principios* de nuestra especie.

EUGENIA: Temo mucho, Dolmancé, que esa crueldad que preconizáis con ardor influya algo en vuestros placeres; ya me ha parecido observarlo, sois duro al gozar; también percibo en mí algunas disposiciones para ese vicio. Para desenredar mis ideas sobre todo esto, decidme por favor, ¿cómo miráis al objeto que sirve a vuestros placeres?

DOLMANCÉ: Como algo absolutamente nulo, querida; que comparta o no mis goces, que experimente o no contento, apatía o incluso dolor, con tal que yo sea feliz, lo demás me da lo mismo.

EUGENIA: Es mejor incluso que ese objeto sienta dolor, ¿verdad?

DOLMANCÉ: Por supuesto, es mucho mejor; ya os lo he dicho: su repercusión, más activa en nosotros, determina con mayor energía y rapidez los espíritus animales en la dirección que necesitan para la voluptuosidad. Abrid los serrallos de África, los de Asia, los de vuestra Europa meridional, y ved si los jefes de esos célebres harenes se preocupan mucho, cuando se les pone tiesa, de dar placer a los individuos que les sirven; ordenan, son obedecidos; gozan, nadie se atreve a responderles; se satisfacen y entonces se van. Hay entre ellos algunos que castigarían como una falta de respeto la audacia de compartir su goce. El rey de Achem[63] manda cortar despiadadamente la cabeza de la mujer que ose olvidarse de ello en su presencia hasta el punto de gozar, y muy a menudo se la corta él mismo. Este déspota, uno de los más singulares de Asia, está guardado sólo por mujeres; siempre les da sus órdenes mediante signos; la muerte más cruel es el castigo para las que no le comprenden, y los suplicios se ejecutan siempre por su mano o ante sus ojos.

Todo esto, mi querida Eugenia, está basado por entero en los principios que ya os he mostrado. ¿Qué se desea cuando gozamos? Que todo lo que nos rodea se ocupe exclusivamente de nosotros, que no piense más que en nosotros, que cuide solo de nosotros. Si los objetos que nos sirven gozan, desde ese momento los tenemos probablemente más ocupados de ellos que de nosotros, y nuestro goce por lo tanto resulta perturbado. No hay hombre que no quiera ser déspota cuando está caliente; es como si tuviera menos placer si los otros parecen sentir tanto como él. Por un movimiento de orgullo, muy natural en ese momento, quisiera ser el único en el mundo capaz de experimentar lo que siente; la idea de ver a otro gozar como él, le remite a una especie de igualdad que perjudica los indecibles atractivos que el despotismo hace experimentar entonces[64]. Es falso, por otra parte, que haya placer en darlo a los demás; eso es servirlos, y, cuando la tiene dura, el hombre está lejos del deseo de ser útil a los demás. Al contrario, haciendo el mal experimenta todos los encantos que gusta un individuo nervioso haciendo uso de sus fuerzas; entonces domina, es *tirano.* ¡Qué diferencia para el amor propio! No creemos que en tal caso se calle.

El acto del goce es una pasión que subordina a ella, y lo acepto, todas las demás, pero que al mismo tiempo las reúne. Ese deseo de dominar en ese momento es tan fuerte en la naturaleza que incluso se reconoce en los animales. Ved si los que están en esclavitud procrean como los que están libres. El dromedario va más lejos: no engendra si no se cree

---

[63] Achem, Achim, o Acenim, era capital del reino del mismo nombre, en la isla de Sumatra. [Nota del T.]

[64] La pobreza de la lengua francesa nos obliga a emplear palabras que nuestro feliz gobierno reprueba hoy día con tanta razón; esperamos que nuestros ilustrados lectores nos entiendan y no confundan el absurdo despotismo político con el muy lujurioso despotismo de las pasiones de libertinaje.

solo. Tratad de sorprenderlo y de demostrarle así que tiene un amo: huirá y se separará inmediatamente de su compañía. Si la intención de la naturaleza no fuera que el hombre tuviera esta superioridad, no habría creado más débiles que él a los seres que ella le destina en ese momento. Esta debilidad a que la naturaleza condenó a las mujeres prueba de forma irrefutable que su intención es que el hombre, que goza más que nunca entonces de su potencia, la ejerza mediante todas las violencias que buenamente le parezca, incluso mediante suplicios. La crisis de la voluptuosidad, ¿no sería una especie de rabia si la intención de esta madre del género humano no fuera que el trato en el coito fuese el mismo que en la cólera? En una palabra, ¿qué hombre bien constituido, qué hombre dotado de órganos vigorosos no desea, bien de una forma, bien de otra, molestar su goce en ese momento? Sé de sobra que una infinidad de imbéciles, que nunca se dan cuenta de sus sensaciones, comprenderán mal los sistemas que establezco; pero ¿qué me importan esos imbéciles? No es a ellos a quien hablo. Sosos adoradores de las mujeres, les dejo esperar a los pies de su insolente dulcinea el suspiro que debe hacerlos felices y, bajamente esclavos del sexo que deberían dominar, los entrego a los viles encantos de llevar las cadenas con que la naturaleza les da el derecho de abrumar a los otros. Que esos animales vegeten en la bajeza que los envilece: sería vano que predicáramos para ellos. Pero que no denigren lo que no pueden entender, y que se convenzan de que quienes sólo quieren establecer sus principios en esta suerte de materias sobre los impulsos de un alma vigorosa y de una imaginación sin freno, como vos y yo, señora, hacemos, siempre serán los únicos que merecerán ser escuchados, los únicos que están hechos para prescribirles las leyes y para las lecciones...

¡Joder! ¡La tengo tiesa!... Llamad a Agustín, os lo suplico. *(Llaman; él entra.)* ¡Es inaudito cómo el soberbio culo de este hermoso muchacho está en mi cabeza desde que hablo! Todas mis ideas parecían referirse involuntariamente a él... Muestra a mis ojos esa obra maestra, Agustín..., ¡quiero besarla y acariciarla un cuarto de hora! Ven, amorcito, ven, que en tu bello culo me haga yo digno de las llamas con que Sodoma me abrasa... ¿Hay nalgas más bellas..., más blancas? ¡Quisiera que Eugenia, de rodillas, le chupase la polla mientras tanto! Con su postura expondría su trasero al caballero, que la encularía, y la Sra. de Saint-Auge, a caballo a lomos de Agustín, me ofrecería sus nalgas a besar; armada con un puñado de vergas, quizá pudiera, inclinándose un poco, según me parece, azotar al caballero, a quien esta estimulante ceremonia incitaría a no tener contemplaciones con nuestra alma. *(Se colocan en esa postura.)* Sí, así es; ¡todo está a las mil maravillas, amigos míos! De veras, es un placer pediros cuadros; no hay artista en el mundo en situación de ejecutarlos como vosotros. ¡Este bribón tiene el culo de un estrecho!... Todo lo que puedo hacer es alojarme en él... ¿Me permitiríais, señora, morder y pellizcar vuestras hermosas carnes mientras follo?

SRA. DE SAINT-ANGE: Cuanto queráis, amigo mío; mas mi venganza está dispuesta, te lo advierto; juro que a cada vejación, te soltaré un pedo en la boca.

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué amenaza! Es apremiarme a ofenderte. *(La muerde.)* ¡Veamos si mantienes la palabra! *(Recibe un pedo.) ¡Ah! ¡Jo*der! ¡Delicioso, delicioso!... *(Le da un azote y al instante recibe otro pedo.)* ¡Oh! ¡Es divino, ángel mío!

Guárdame algunos para el momento de la crisis... y puedes estar segura de que entonces te trataré con toda la crueldad... toda la barbarie... ¡Joder!... no puedo más... ¡Me corro!... *(La muerde, le da azotes, y ella no cesa de soltar pedos.)* ¿Ves cómo te trato, bribona..., cómo te domino?... Uno más... y éste... ¡y que el último insulto sea para el ídolo mismo

donde he sacrificado! *(La muerde en el ojete del culo; la postura se deshace.) Y* vosotros, amigos míos, ¿qué habéis hecho?

EUGENIA, *echando la leche que tiene en el culo y en la boca: ¡Ay,* maestro mío..., ya veis cómo me han puesto vuestros alumnos! Tengo el trasero y la boca llenos de leche, no suelto más que leche por todas partes.

DOLMANCÉ, *vivamente:* Esperad, quiero que me echéis en la boca la que el caballero os ha metido en el culo.

EUGENIA, *colocándose:* ¡Qué extravagancia!

DOLMANCÉ: ¡Ah!, nada es tan bueno como la leche que sale del fondo de un hermoso trasero... Es un manjar digno de dioses. *(Lo traga.)* Mirad cuánto me importa. *(Volviéndose hacia el culo de Agustin, que besa.) Voy* a pediros permiso, señoras mías, para pasar un momento al gabinete vecino con este joven.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿No podéis hacer aquí con él cuanto os plazca?

DOLMANCÉ, *en voz baja y misteriosa:* No, hay ciertas cosas que exigen velos de todo punto. EUGENIA: ¡Ah! ¡Vaya! Por lo menos ponednos al corriente.

SRA. DE SAINT ANGE: No le dejo irse sin ello.

DOLMANCÉ: ¿Queréis saberlo?

EUGENIA: Absolutamente.

DOLMANCÉ, *arrastrando a Agustín:* Pues bien, señoras mías, voy..., pero, de veras, no puede decirse.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Hay acaso alguna infamia en el mundo que no seamos dignos de oír y de ejecutar?

EL CABALLERO: Bueno, hermana mía, voy a decírosla. *(Habla en voz baja a las dos mujeres.)*

EUGENIA, *con aire de repugnancia:* Tenéis razón, es horrible.

SRA. DE SAINT ANGE: ¡Oh! ¡Me lo temía!

DOLMANCÉ: Como veis, debía callaros esa fantasía; ahora comprenderéis que hay que estar solo y en la sombra para entregarse a semejantes bajezas.

EUGENIA: ¿Queréis que vaya con vos? Mientras vos os divertís con Agustín, yo os la menearé.

DOLMANCÉ: *No,* no, esto es un asunto de honor que debe hacerse sólo entre hombres: una mujer nos perturbaría... Dentro de un momento estoy con vosotras, señoras mías. *(Sale arrastrando consigo a Agustín.)*

Sexto Diálogo

SEÑORA DE SAINT-ANGE, EUGENIA, EL CABALLERO

SRA. DE SAINT-ANGE: En serio, hermano mío, ¡qué libertino es tu amigo!

EL CABALLERO: Por lo tanto no te he engañado presentándotelo como tal.

EUGENIA: Estoy convencida de que no tiene igual en el mundo... ¡Oh! ¡Querida, es encantador! Veámoslo a menudo, te lo suplico.

SRA. DE SAINT-ANGE: Llaman... ¿Quién puede ser? Había prohibido que a mi puerta... Ha de ser algo muy urgente... Ve a ver de qué se trata, caballero, por favor.

EL CABALLERO: Una carta que trae Lafleur; se ha retirado apresuradamente, diciendo que recordaba las órdenes que le habíais dado, pero que le había parecido tan importante como urgente.
SRA. DE SAINTANGE: ¡Ah! ¡Ah! ¿Qué es esto? ... ¡Es de vuestro padre, Eugenia!
EUGENIA: ¡Mi padre!... *¡Ay!* ¡Estamos perdidas!...
SRA. DE SAINT-ANGE: Leamos antes de desanimarnos. *(Lee.)*

¿Podéis creer, hermosa amiga, que mi insoportable esposa, alarmada por el viaje de mi hija a vuestra casa, parte ahora mismo en su busca? Se imagina tantas cosas... que, aun sospechando que fueran ciertas, no serían en verdad sino muy simples. Os ruego que la castiguéis rigurosamente por esta impertinencia; yo la corregí ayer por una semejante; la lección no ha bastado. Jugadle una buena pasada, os lo pido como gracia, y creed que cualquiera sea el extremo a que llevéis las cosas no me quejaré... Hace tanto tiempo que esta ramera me carga... que, en verdad... ¿Me entendéis? Lo que hagáis estará bien hecho. Es cuanto puedo deciros. Llegará poco después de mí carta; estad en guardia por lo tanto. Adiós; de buena gana quisiera ser de los vuestros. No me devolváis a Eugenia hasta que no esté instruida, os lo suplico. Quiero dejaros a vosotros las primeras cosechas, pero estad seguros, sin embargo, de que habréis trabajado en cierto modo para mí.

Bueno, Eugenia, ¿ves hasta qué punto no hay que asustarse? Habrás de convenir que esa mujercita es muy insolente.
EUGENIA: ¡Esa puta!... ¡Ay, querida, puesto que mi papá nos da carta blanca, te lo ruego, hemos de recibir a esa ramera como se merece!
SRA. DE SAINT-ANGE: Bésame, amor mío. ¡Cuánto me gusta ver en ti tan buenas disposiciones!... Vamos, tranquilízate; te aseguro que no tendremos contemplaciones. ¿Tú querías una víctima, Eugenia? Pues aquí la naturaleza y el azar te dan una.
EUGENIA: La gozaremos, querida, la gozaremos, te lo juro.
SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, cuánto me impacienta saber cómo recibirá Dolmancé esta noticia!
DOLMANCÉ, *regresando con Agustín:* De mil amores, señoras mías; no estaba lo bastante lejos como para no oíros, lo sé todo... La Sra. de Mistival no podría venir más a propósito... Espero que estéis totalmente decidida a cumplir los deseos de su marido.
EUGENIA, *a Dolmancé:* ¿A cumplirlos?... ¡A sobrepasarlos, querido!... ¡Ah! Que la tierra se hunda a mis pies si me veis ablandarme, sean cuales fueren los horrores a que condenéis a esa furcia... Querido amigo, encárgate, por favor, de dirigir todo esto.
DOLMANCÉ: Dejad hacer a vuestra amiga y a mí; vos limitaos a obedecer, es lo único que os pedimos... ¡Ah! ¡Insolente criatura! ¡jamás vi nada semejante!...
SRA. DE SAINT ANGE: ¡Qué torpe es! Y bien, ¿nos ponemos algo más decente para recibirla?

DOLMANCÉ: Todo lo contrario; es preciso que desde que entre no conciba la más mínima duda sobre la forma que tenemos de pasar el tiempo con su hija. Coloquémonos en el mayor desorden.

SRA. DE SAINT-ANGE: Oigo ruido: es ella. ¡Vamos, valor, Eugenia! ¡Recuerda bien nuestros principios!... ¡Ay, santo Dios! ¡Qué escena tan deliciosa!...

Séptimo y último Diálogo

SEÑORA DE SAINT-ANGE, EUGENIA,
EL CABALLERO, AGUSTÍN, DOLMANCÉ,
SEÑORA DE MISTIVAL

SRA. DE MISTIVAL*, a la Sra. de Saint-Ange:* Os ruego que me excuséis, señora, por llegar a vuestra casa sin preveniros; pero me han dicho que mi hija está aquí y, como su edad no permite todavía que vaya sola, os ruego, señora, tengáis a bien devolvérmela y no desaprobar mi llegada.

SRA. DE SAINT-ANGE: *Su* llegada es de lo más descortés, señora; de oíros se diría que vuestra hija está en malas manos.

SRA. DE MISTIVAL: A fe mía que si hay que juzgar por el estado en que la encuentro a ella, a vos y a vuestra compañía, señora, creo que no me equivoco mucho pensando que está muy mal aquí.

DOLMANCÉ: Ese principio es impertinente, señora, y sin conocer exactamente el grado de las relaciones que existen entre la Sra. de Saint-Ange y vos, no os oculto que yo, en su lugar, os habría mandado tirar por la ventana.

SRA. DE MISTIVAL: ¿Qué entendéis vos por tirar por la ventana? ¡Sabed, señor, que no se tira por ahí a una mujer como yo! Ignoro quién sois, pero por vuestras palabras, por el estado en que os halláis, es fácil juzgar vuestras costumbres. ¡Eugenia, sígueme!

EUGENIA: Os pido perdón, señora, pero no puedo tener ese honor.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¡Mi hija se me resiste!

DOLMANCÉ: Os desobedece formalmente incluso, como veis, señora. Creedme, no lo permitáis. ¿Queréis que mande a buscar azotes para corregir a esta niña indócil?

EUGENIA: Mucho me temo que, si los trajeran, sirviesen más para la señora que para mí.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Impertinente criatura!

DOLMANCÉ, *acercándose a la Sra. de Místíval:*Despacio, amor mío, nada de insultos; todos nosotros protegemos a Eugenia, y podríais arrepentiros de vuestras vehemencias con ella.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¿Mi hija me ha de desobedecer y yo no he de poder hacerle sentir los derechos que tengo sobre ella?

DOLMANCÉ: ¿Y cuáles son esos derechos, por favor, señora? ¿Alardeáis de su legitimidad? Cuando el Sr. de Mistival, o no sé quién, os lanzó en la vagina las gotas de leche que hicieron brotar a Eugenia, ¿la tuvisteis en cuenta entonces? No, ¿verdad? Pues bien, ¿qué agradecimiento queréis que os tenga hoy por haberos corrido cuando os jodían ese despreciable coño? Sabed, señora, que no hay nada más ilusorio que los sentimientos del

padre o de la madre para con los hijos, ni los de éstos por los autores de sus días. Nada funda, nada establece semejantes sentimientos, en uso aquí, detestados allá, puesto que hay países en que los padres matan a sus hijos, otros en los que éstos degüellan a aquellos de los que han recibido la vida. Si los movimientos de amor recíproco correspondieran *a* la naturaleza, la fuerza de la sangre no sería ya quimérica, y sin verse, sin conocerse mutuamente, los padres distinguirían, adorarían a sus hijos, y a la inversa, éstos, en medio de la mayor asamblea, reconocerían a sus padres desconocidos, volarían a sus brazos y los adorarían. ¿Qué vemos en lugar de esto? Odios recíprocos e inveterados; hijos que, incluso antes de la edad de razón, nunca han podido soportar la vista de sus padres; padres que alejan a sus hijos de sí porque nunca pudieron sufrir su proximidad. Estos pretendidos impulsos son por tanto ilusorios, absurdos; sólo el interés los imaginó, el uso los prescribió, la costumbre los sostuvo, pero jamás los imprimió la naturaleza en nuestros corazones. Ved si los conocen los animales; indudablemente, no: y sin embargo, a ellos hay que remitirse siempre que se quiere conocer la naturaleza. ¡Oh padres! Tranquilizaos por tanto sobre las pretendidas injusticias que vuestras pasiones o vuestros intereses os llevan a cometer sobre esos seres nulos para vosotros, a los que algunas gotas de vuestro esperma han dado la luz; no les debéis nada, estáis en el mundo para vosotros y no para ellos; estaríais muy locos si os molestarais, si no os ocuparais más que de vosotros: sólo para vosotros debéis vivir; y vosotros, hijos, mucho más libres, si es posible, de esa piedad filial cuya base es una verdadera quimera, convenceos asimismo de que tampoco debéis nada a esos individuos cuya sangre os ha traído a la vida. Piedad, reconocimiento, amor, ninguno de esos sentimientos se les debe; quienes os han dado la vida no tienen ni un solo título para exigirlos de vosotros; no trabajan más que para ellos, que se las apañen; pero el mayor de todos los engaños sería darles cuidados o ayudas que no les debéis por ningún concepto; nada prescribe la ley sobre esto, y si por casualidad imagináis que el órgano de esos sentimientos está en las inspiraciones del uso o en las de los efectos morales del carácter, ahogad sin remordimientos tales sentimientos absurdos..., sentimientos locales, fruto de costumbres climáticas[65] que la naturaleza reprueba y que siempre desautorizó la razón.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¡Los cuidados que con ella he tenido, la educación que le he dado!...

DOLMANCÉ: ¡Oh! Respecto a los cuidados, nunca han sido otra cosa que fruto de la costumbre o del orgullo; como no habéis hecho por ella más de lo que prescriben las costumbres del país en que habitáis, evidentemente Eugenia no os debe nada. En cuanto a la educación, tiene que haber sido muy mala, porque aquí nos hemos visto obligados a refundir todos los principios que le habéis inculcado; no hay uno solo encaminado a su felicidad, ni uno que no sea absurdo o quimérico. ¡Le habéis hablado de Dios, como si existiera alguno; de virtud, como si fuera necesaria; de religión, como si todos los cultos religiosos fuesen otra cosa que el resultado de la impostura del más fuerte y de la imbecilidad del más débil; de Jesucristo, como si ese tunante no fuera otra cosa que un trapacero y un malvado! Le habéis dicho que *joder* era un pecado, mientras que *joder* es la acción más deliciosa de la vida; habéis querido darle buenas costumbres, como si la felicidad de una joven no estuviera en el desenfreno y la inmoralidad, como si la más feliz de todas

[65] El texto sadiano dice *climatérales,* término desconocido por los diccionarios franceses. [Nota del T]

las mujeres no tuviera que ser, indiscutiblemente, la que más se revuelca en la porquería y el libertinaje, la que mejor desafía todos los embustes y la que más se burla de la reputación. ¡Ah! Desengañaos, desengañaos, señora. Nada habéis hecho por vuestra hija, ninguna obligación que esté dictada por la naturaleza habéis cumplido respecto a ella: Eugenia no os debe, pues, más que odio.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Santo cielo! Mi Eugenia está perdida, es evidente... Eugenia, mi querida Eugenia, oye por última vez las súplicas de la que te ha dado la vida; ya no son órdenes, hija mía, son súplicas; por desgracia es demasiado cierto que aquí estás entre monstruos; ¡aléjate de este comercio peligroso y sígueme, te lo pido de rodillas! *(Se echa a sus pies.)*

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Bueno! ¡Vaya escena de lagrimas!... ¡Vamos, Eugenia, enterneceos!

EUGENIA, *medio desnuda, corno se recordará: To*mad, mamaíta, os doy mis nalgas... ahí las tenéis, a la altura de vuestra boca; besadlas, corazón mío, chupadlas, es todo cuanto Eugenia puede hacer por vos... Recuerda, Dolmance, que siempre me mostraré digna de ser tu alumna.

SRA. DE MISTIVAL, *rechazando a Eugenia con horror:* ¡Ah! ¡Monstruo! ¡Aléjate, reniego para siempre de que seas hija mía!

EUGENIA: ¡Unid a ello vuestra maldición, madrecita mía, si queréis, para que la cosa sea más conmovedora, y me veréis siempre de la misma flema!

DOLMANCÉ: ¡Oh! Despacio, despacio, señora; eso ha sido un insulto; acabáis de rechazar a Eugenia con demasiada dureza; ya os he dicho que está bajo nuestra protección; es preciso un castigo para este crimen; tened la bondad de desnudaros por completo para recibir el que merece vuestra brutalidad.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Desnudarme!...

DOLMANCÉ: Agustín, sirve de doncella a la señora, ya que se resiste.

(Agustín lo hace brutalmente; ella se defiende.)

SRA. DE MISTIVAL, *a la Sra. de Saint Ange:* ¡Oh, cielos! Dónde estoy? Pero, señora, ¿pensáis en lo que permitís que se me haga en vuestra casa? ¿Imagináis que no me quejaré de semejantes procedimientos?

SRA. DE SAINT-ANGE: No es muy seguro que podáis hacerlo.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Oh, Dios mío! ¡Aquí me van a matar!

DOLMANCÉ: ¿Y por qué no?

SRA. DE SAINT-ANGE: Un momento, señores. Antes de exponer a vuestros ojos el cuerpo de esta encantadora belleza, conviene que os prevenga del estado en que vais a encontrarla. Eugenia acaba de decírmelo al oído: ayer su marido la azotó a más no poder por algunos pecadillos caseros... y, según me asegura Eugenia, vais a encontrar sus nalgas como tafetán chino.

DOLMANCÉ, *cuando la Sra. de Mistival está desnuda:* ¡Ah, vaya, nada es más cierto! Creo que en mi vida he visto un cuerpo más maltratado... Pero, ¡cómo!, diablos, tiene tanto por delante como por detrás... Sin embargo, tiene un culo muy hermoso. *(Lo besa y lo soba.)*

SRA. DE MISTIVAL: ¡Dejadme, dejadme o pediré socorro!

SRA. DE SAINT-ANGE, *acercándose a ella y cogiéndola por el brazo:* ¡Escucha, puta! ¡Voy a decirte por fin la verdad!... Para nosotros eres una víctima en viada por tu mismo marido; es preciso que sufras tu suerte; nada podrá librarte de ella... ¿Cuál será?

No lo sé. Quizá seas colgada, supliciada, descuartizada, atenazada, quemada viva; la elección de tu suplicio depende de tu hija: es ella la que ha de pronunciar tu condena. Pero sufrirás, ¡furcia! ¡Oh, sí, no serás inmolada hasta después de haber sufrido una infinidad de tormentos previos! En cuanto a tus gritos, he de prevenirte que serán inútiles: podría degollar a un buey en este gabinete sin que sus mugidos fueran oídos. Tus caballos, tus criados, todo ha partido ya. Te lo repito, hermosa, tu marido nos autoriza a

lo que hagamos, y tu venida no es más que una trampa tendida a tu simplicidad, en la que, como ves, no se puede haber caído mejor.

DOLMANCÉ: Espero que ahora la señora se haya tranquilizado por completo.

EUGENIA: Prevenirla hasta ese punto es lo que se dice tener miramientos.

DOLMANCÉ, *palpándola y dándola siempre azotes en las nalgas:* En verdad, señora, se ve que tenéis una buena amiga en la Sra. de Saint-Ange... ¿Dón de encontrar ahora esa franqueza? ¡Os dice unas verdades!... Eugenia, venid a poner vuestras nalgas al lado de las de vuestra madre..., que yo compare vuestros dos culos. *(Eugenia obedece.)* A fe que el tuyo es bello, querida; pero, diablos, el de la mamá no está mal tampoco... Es preciso que me divierta un instante jodiéndolos a los dos... Agustín, contened a la señora.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Ah, santo cielo! ¡Qué ultraje!

DOLMANCÉ, *cumpliendo su propósito y comenzando por encular a la madre:* ¡Eh, nada de nada, qué sencillo!... ¡Ved, ni siquiera lo habéis sentido!... ¡Ah! ¡Cómo se nota que vuestro marido se ha servido con frecuencia de esta ruta! Ahora tú, Eugenia... ¡Qué diferencia!... Ya, ya estoy satisfecho; sólo quería magrear un poco para ponerme a punto... Un poco de orden ahora. En primer lugar, señoras mías, vos, Saint-Ange, y vos, Eugenia, tened la bondad de armaros de estos consoladores a fin de dar por turno a esta respetable dama, bien en el coño, bien en el culo, los golpes más temibles. El caballero, Agustín y yo trabajaremos con nuestros propios miembros, y os relevaremos puntualmente. Yo voy a empezar, y, como supondréis, será una vez más su culo el que reciba mi homenaje. Durante el goce, cada cual será dueño de condenarla al suplicio que mejor le parezca, teniendo cuidado de ir gradualmente á fin de no reventarla de golpe... Agustín, por favor, consuélame, enculándome, de la obligación en que me veo de sodomizar a esta vieja vaca. Eugenia, dame a besar tu hermoso trasero mientras jodo el de tu mamá; y vos, señora, acercad el vuestro, quiero sobarlo, quiero socratizarlo... Hay que estar rodeado de culos cuando es un culo lo que se jode.

EUGENIA: ¿Qué vas a hacer, amigo mío, qué vas a hacerle a esta zorra? ¿A qué vas a condenarla mientras pierdes tu esperma?

DOLMANCÉ, *continúa azotándola:* La cosa más natural del mundo: la voy a depilar y la voy a magullar los muslos a fuerza de pellizcos.

SRA. DE MISTIVAL, *al recibir esta vejación:* ¡Ah! ¡Monstruo! ¡Malvado! ¡Me va a lisiar!... ¡santo cielo!...

DOLMANCÉ: No le imploréis, amiga mia; será sordo a tu voz como lo es a la de todos los hombres; ese cielo poderoso nunca se ha preocupado por un culo.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Ay, qué daño me hacéis!

DOLMANCÉ: ¡Increíbles efectos de las extravagancias del espíritu humano!... Sufres, querida, lloras, y yo me corro... ¡Ay, putorra! Te estrangularía si no quisiera dejar placer a los otros. Ahora te toca a ti, Saint-Auge. *(La Sra. de Saint Ange la encula y la encoña con su consolador; le da algunos puñetazos; viene luego el caballero; recorre igualmente las dos rutas, y la abofetea mientras descarga; luego viene Agustín; hace lo*

mismo y *termina con algunos cachetes y pellizcos. Durante estos distintos ataques, Dolmancé ha recorrido con su aparato los culos de todos los agentes, excitándoles con sus palabras.)* Vamos, hermosa Eugenia, follad a vuestra madre; ¡primero por el coño!

EUGENIA: Venid, mamaíta, venid, que os sirva de marido. Es un poco más gorda que la de vuestro esposo, ¿no es verdad, querida? No importa, entrará... ¡Ah, gritas, madre mía, gritas cuando tu hija te folla!... ¡Y tú, Dolmancé, me estás dando por el culo!... Heme aquí a la vez incestuosa, adúltera, sodomita, y todo esto para una joven que acaba de ser desvirgada hoy... ¡Qué progresos, amigos míos!..., ¡con qué rapidez recorro la espinosa ruta del vicio!... ¡Oh, soy una perdida!... ¡Creo que te estás corriendo, dulce mamaíta!... Dolmancé, mira sus ojos, ¿no es cierto que se corre?... ¡Ah, putona! ¡Voy a enseñarte a ser libertina! ¡Toma, ramera, toma!... *(La aprieta y la magulla el cuello.)* ¡Ay, jódeme, Dolmancé!... ¡Jódeme, mi dulce amigo, me muero!... *(Eugenia, al correrse, da diez o doce puñetazos en el pecho y en los costados de su madre.)*

SRA. DE MISTIVAL, *perdiendo el conocimiento:* ¡Tened piedad de mí, os lo suplico!... Me siento mal..., me mareo... *(La Sra. de Saint Ange quiere socorrerla; Dolmancé se opone.)*

DOLMANCÉ: ¡Eh! No, no, dejadla en ese síncope; no hay nada tan lúbrico como ver a una mujer desvanecida; la azotaremos para volverle el sentido... Eugenia, venid a tumbaros sobre el cuerpo de la víctima... Ahora voy a saber si sois firme. Caballero, folladla sobre el pecho de su madre desfallecida, y que ella nos la menee a Agustín y a mí con cada una de sus manos. Vos, Saint-Ange, magreadla mientras la joden.

EL CABALLERO: ¡Realmente, Dolmancé, cuanto nos mandáis hacer es horrible!; es ultrajar a un tiempo a la naturaleza, al cielo y a las leyes más santas de la humanidad.

DOLMANCÉ: Nada me divierte tanto como los firmes arranques de virtud del caballero. ¿Dónde diablos verá, en cuanto hacemos, el menor ultraje a la naturaleza, al cielo y a la humanidad? Amigo mío, es de la naturaleza de la que los viciosos reciben los principios que ponen en práctica. Ya te he dicho mil veces que la naturaleza -que para el perfecto mantenimiento de las leyes de su equilibrio tiene unas veces necesidad de vicios, otras de virtudes- nos inspira por turno el movimiento que necesita; no hacemos, pues, ninguna clase de mal entregándonos a estos impulsos, cualesquiera que sean los que podamos imaginar. Y en cuanto al cielo, te lo suplico, caballero, deja de temer sus efectos: un solo motor actúa en el universo, y ese motor es la naturaleza. Los milagros, o mejor, los efectos físicos de esta madre del género humano, diferentemente interpretados por los hombres, han sido deificados por ellos bajo mil formas a cual más extraordinaria; ganapanes o intrigantes, abusando de la credulidad de sus semejantes, han propagado sus ridículas ensoñaciones: y eso es lo que el caballero denomina cielo, ¡eso es lo que teme ultrajar!... Las leyes de la humanidad, añade, son violadas por las tonterías que nos permitimos. Recuerda, de una vez por todas, hombre simple y pusilánime, que lo que los tontos llaman humanidad no es más que una debilidad nacida del temor y del egoísmo; que esta quimérica virtud, encadenando sólo a los hombres débiles, es desconocida de aquéllos cuyo estoicismo, valor y filosofía forman su carácter. Actúa, por tanto, caballero, actúa sin temer nada; si pulverizáramos a esta ramera no habría siquiera el menor indicio de crimen. Los crímenes son imposibles para el hombre. Al inculcarle la naturaleza el irresistible deseo de cometerlo, supo sabiamente alejar de ellos las acciones que podían perturbar sus leyes. Convéncete, amigo mío, de que todo lo demás está completamente permitido y que no ha sido absurda hasta el punto de dar-

nos el poder de perturbarla o de perjudicarla en su marcha. Ciegos instrumentos de sus inspiraciones, aunque nos ordenara quemar el universo, el único crimen sería resistirnos a ello, y todos los malvados de la tierra no son más que agentes de sus caprichos... Vamos, Eugenia, colocaos... Pero ¿qué veo?... ¡Palidece!...

EUGENIA, *tendiéndose sobre su madre:* ¿Yo palidecer? ¡Rediós! Vais a ver ahora mismo que no. *(Adoptan la postura; la Sra. de Mistival sigue en su síncope. Cuando el caballero se ha corrido, el grupo se deshace.)*

DOLMANCÉ: ¡Cómo! ¡Esta golfa no ha vuelto en sí todavía! ¡Vergas! ¡Vergas!... Agustín, vete enseguida a coger un puñado de espinos del jardín. *(Mientras los espera, la abofetea y le da cachetes.)* ¡Oh! ¡A fe que temo que esté muerta: nada la vuelve en sí.

EUGENIA, *con humor:* ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Cómo! ¿Voy a tener que llevar luto este verano, con los hermosos vestidos que me he mandado hacer?

SRA. DE SAINT-ANGE, *estallando de risa:* ¡Ah, vaya con el pequeño monstruo!...

DOLMANCÉ, *cogiendo los espinos de la mano de Agustín, que vuelve:* Vamos a ver el efecto de este último remedio. Eugenia, chúpame la polla mientras trabajo en devolveros una madre y mientras Agustín me devuelve los golpes que voy a dar. No me molestaría, caballero, verte encular a tu hermana: ponte de tal modo que pueda besarte las nalgas durante la operación.

EL CABALLERO: Obedezcamos, puesto que no hay ningún medio de convencer a este malvado de que cuanto nos ordena hacer es horroroso. *(Se dispone el cuadro; a medida que la Sra. de Mistival es azotada, vuelve a la vida.)*

DOLMANCÉ: ¡Y bien! ¿Veis el efecto de mi remedio? Ya os había dicho que era seguro.

SRA. DE MISTIVAL, *abriendo los ojos:* ¡Oh, cielos! ¿Por qué me sacan del seno de las tumbas? ¿Por qué devolverme a los horrores de la vida?

DOLMANCÉ, *que sigue flagelándola:* Es que, en realidad, madrecita, no está todo dicho. ¿No es preciso que oigáis vuestra condena?... ¿No es preciso que se cumpla?... Vamos, reunámonos en torno de la víctima, que se ponga en medio del círculo y que escuche temblando lo que hemos de anunciarle. Comenzad, señora de Saint-Ange. *(Los fallos siguientes se dicen mientras los actores continúan en acción.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: Yo la condeno a ser colgada.

EL CABALLERO: Cortada, como entre los chinos, en veinticuatro mil trozos.

AGUSTÍN: Mirad, por mí, yo la dejaría con tal de zer rota en vida.

EUGENIA: Mi mamaíta será mechada con pastillas de azufre, que yo me encargaré de prender una a una. *(Aquí la postura se deshace.)*

DOLMANCÉ, *con sangre fría: Y* bien, amigos míos, en mi calidad de preceptor vuestro, suavizo la condena; pero la diferencia que va a haber entre mi fallo y el vuestro es que vuestras sentencias no eran sino los efectos de una mistificación mordaz, mientras que la mía va a ejecutarse. Tengo abajo un criado provisto de uno de los más hermosos miembros que haber pueda en la naturaleza, pero que desgraciadamente destila el virus y está roído por una de las más terribles sífilis que se hayan visto en el mundo. Voy a hacerle subir: lanzará su veneno en los dos conductos de la naturaleza de esta querida y amable dama, a fin de que, durante todo el tiempo que duren las impresiones de esta cruel enfermedad, la puta se acuerde de no molestar a su hija cuando ésta se dedique a joder. *(Todo el mundo aplaude, mandan subir al criado. Dolmancé, al criado.)* Lapierre, fo-

llad a esa mujer; está extraordinariamente sana; este goce puede curaros: hay ejemplos de ese remedio.

LAPIERRE: ¿Delante de todos, señor?

DOLMANCÉ: ¿Tienes miedo de enseñarnos tu polla?

LAPIERRE: No, al revés, porque es muy hermosa... Vamos, señora, tened la bondad de colocaros, por favor.

SRA. DE MISTIVAL: ¡Oh! ¡Justo cielo! ¡Qué horrible condena!

EUGENIA: Más vale eso que morir, mamá; por lo menos podré llevar mis lindos vestidos este verano.

DOLMANCÉ: Divirtámonos mientras tanto; mi opinión es que nos flagelemos todos; la Sra. de Saint-Ange zurrará a Lapierre, para que encoñe con firmeza a la Sra. de Mistival; yo zurrare a la Sra. de Saint-Ange, Agustín me zurrará a mí, Eugenia zurrará a Agustín y será azotada vigorosamente por el caballero. *(Todos se colocan. Cuando Lapierre ha* fo-*llado el coño, su amo le ordena joder el culo, y lo hace.)* Bueno, vete, Lapierre. Toma, aquí tienes diez luises. ¡Oh, diablos! ¡Vaya inoculación! ¡Ni Tronchin hizo una igual en su vida[66]!

SRA. DE SAINT ANGE: Creo que ahora es muy esencial que el veneno que circula en las venas de la señora no pueda salirse; por tanto es preciso que Eugenia os cosa con cuidado el coño y el culo, para que el humor virulento, más concentrado, menos sometido a evaporación, os calcine los huesos con rapidez.

EUGENIA: ¡Excelente idea! Vamos, vamos, agujas, hilo... Separad vuestros muslos, mamá, para que os cosa a fin de que no me deis más hermanas

ni hermanos. *(La Sra. de Saint Ange da a Eugenia una gran aguja, que tiene un grueso hilo rojo encerado[67]. Eugenia cose.)*

SRA. DE MISTIVAL: ¡Oh! ¡Cielos, qué dolor!

DOLMANCÉ, *riendo como un loco:* ¡Diablos! La idea es excelente, te honra; nunca habría dado con ella.

EUGENIA, *pinchando de vez en cuando los labios del coño, el interior y a veces el vientre y el monte:* Esto no es nada, mamá: es para probar mi aguja.

EL CABALLERO: ¡Esta pequeña puta la va a llenar de sangre!

DOLMANCÉ, *haciendo que la Sra. de Saint-Ange se la menee, en frente de la operación: ¡Ah!* ¡Santo dios! ¡Qué tiesa me la pone este extravío! Eugenia, multiplicad los puntos para que se me ponga más gorda.

---

66 Sade juega con el término francés *vérole:* Théodore Tronchin (1709-1781), primer médico del duque de Orléans, fue el más famoso inoculador de la época; en 1755 llegó a París la inoculación de la viruela (*petite vérole);* al año siguiente, Tronchin era llamado a París para la inoculación de los hijos del duque de Orléans; a partir de ese momento, según Condorcet, «ningún inoculador en Europa era más célebre, ninguno había sido tan feliz». [Nota del T.]

67 Ese hilo encerado es, con toda probabilidad, el hilo revestido de pez que emplean zapateros y guarnicioneros. Roland Barthes, en *Sade, Fourier, Loyola,* se detiene en este «hilo rojo» para hablar de su sentido metonímico: «Cuanto más se amplia la sinécdoque, más se detalla el instrumento en sus elementos tenues (el color, la cera), mas crece el horror y más impreso queda en nosotros (si nos hubiera contado el *grano* del hilo, se habría vuelto intolerable); la sinécdoque se profundiza aquí mediante una especie de tranquilidad doméstica, quedando presente el pequeño material de costura en el instrumento de suplicio». [Nota del T.]

EUGENIA: Haré más de doscientos, si es preciso... Caballero, masturbadme mientras opero.

EL CABALLERO, *obedeciendo:* ¡Jamás se ha visto una joven tan bribona como ésta!

EUGENIA, *muy inflamada:* Nada de invectivas, caballero, porque os pincho. Contentaos con sobarme como es debido. Un poco más el culo, querido, por favor; ¿sólo tienes una mano? Ya no veo nada... voy a dar puntadas por todas partes... Mirad hasta dónde se extravía mi aguja..., hasta los muslos, las tetas... ¡Ay! ¡Joder! ¡Qué placer!...

SRA. DE MISTIVAL: ¡Me desgarras, malvada!... ¡Cómo me avergüenzo de haberte dado el ser! EUGENIA: Vamos, paz, mamaíta, que ya termino.

DOLMANCÉ, *saliendo empalmado de las manos de la Sra. de Saint Ange:* Eugenia, cédeme el culo, es la parte que me toca..

SRA. DE SAINT-ANGE: Estás demasiado empalmado, Dolmancé; la vas a martirizar.

DOLMANCÉ: ¿Y qué importa? ¿No tenemos acaso permiso por escrito? *(La tiende boca abajo, coge una aguja y comienza a coserle el agujero del culo.,*

SRA. DE MISTIVAL, *gritando como un diablo:* ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

DOLMANCÉ, *metiéndole la aguja profundamente en las carnes:* ¡Cállate, furcia, o te pongo las nalgas como mermelada!... ¡Eugenia, menéamela!...

EUGENIA: Sí, pero a condición de que pinchéis más fuerte, porque estaréis de acuerdo conmigo en que tenemos demasiados miramientos con ella. *(Se la menea.)*

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Trabajadme un poco esas dos gordas nalgas!

DOLMANCÉ: Paciencia, voy a mecharla enseguida como si fuera un trasero de buey; ¡olvidas las lecciones, Eugenia, estás cubriéndome la polla!

EUGENIA: Es que los dolores de esta ramera inflaman mi imaginación hasta el punto de que no sé exactamente lo que hago.

DOLMANCÉ: ¡Hostia bendita! Empiezo a perder la cabeza. Saint-Auge, que Agustín te dé por el culo delante de mí, por favor, mientras tu hermano te encoña, y que yo vea sobre todo los culos: este cuadro va a acabar conmigo. *(Pincha las nalgas mientras se prepara la postura que ha pedido.)* ¡Toma, querida mamá, toma ésta, y ésta otra!... *(La pincha en más de veinte sitios.)*

SRA. DE MISTIVAL: ¡Ay, perdón, señor! ¡Mil y mil perdones! ¡Me estáis matando!

DOLMANCÉ, *extraviado por el placer:* Mucho me gustaría... Hacía mucho tiempo que no se me ponía tan tiesa; no lo habría creído después de tantas descargas.

SRA. DE SAINTANGE, *adoptando la postura exigida:* ¿Estamos bien así, Dolmancé?

DOLMANCÉ: Que Agustín gire un poco a la derecha; no veo lo suficiente el culo; que se incline: quiero ver el ojete.

EUGENIA: ¡Ay! ¡Joder! ¡Ya sangra la bujarrona!

DOLMANCÉ: No le va mal. Vamos, ¿estáis preparados vosotros? En cuanto a mí, dentro de un instante rocío con el bálsamo de la vida las llagas que acabo de producir.

SRA. DE SAINT-ANGE: Sí, sí, corazón mío, me corro..., alcanzamos la meta al mismo tiempo que tú.

DOLMANCÉ, *que ha terminado su operación, no hace más que multiplicar sus pinchazos sobre las nalgas de la víctima, corriéndose:* ¡Ay, rediós! ¡Mi esperma corre... se pierde, santo dios!... Eugenia, dirígelo sobre las nalgas que martirizo... ¡Ah! ¡Joder! ¡joder! Se acabó..., ya no puedo más. ¿Por qué tiene que suceder la debilidad a pasiones tan intensas?

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Fóliame! ¡Fóliame, hermano, que me corro!... (A *Agustín).* ¡Muévete, jodido! ¿No sabes que cuando me corro es cuando hay que entrar más adentro en

mi culo?... ¡Ay, santo nombre de dios! ¡Qué dulce ser jodida por dos hombres de este modo! (El grupo *se deshace.)*

DOLMANCÉ: Todo está dicho. *(A la Sra. de Mistival.)* ¡Puta!, puedes vestirte y partir ahora cuando quieras. Has de saber que estábamos autorizados por tu esposo mismo a cuanto acabamos de hacer. Nosotros te lo hemos dicho, tú no lo has creído: lee la prueba. *(Le enseña la carta.)* Que este ejemplo sirva para recordarte que tu hija está en edad de hacer lo que quiera; que le gusta joder, que ha nacido para joder y que si no quieres que te joda a ti, lo mejor es dejarla que haga lo que quiera. Sal: el caballero va a llevarte. ¡Saluda a todos, puta! Ponte de rodillas ante tu hija, y pídele perdón por tu abominable conducta con ella... Vos, Eugenia, dadle dos buenas bofetadas a vuestra señora madre, y tan pronto como esté en el umbral de la puerta, hacédselo cruzar a patadas en el culo. *(Todo esto se hace.)* Adiós, caballero; no se os ocurra joder a la señora en el camino, recordad que está cosida y que tiene la sífilis. *(Cuando se han ido.) Y* nosotros, amigos míos, vamos a sentarnos a la mesa, y de ahí los cuatro nos iremos a la misma cama. ¡Un día estupendo! Nunca como tan bien ni duermo más tranquilo que cuando me he manchado suficientemente durante el día con lo que los imbéciles llaman crímenes.

FIN

Juliette 1

Marqués de Sade



PRIMERA PARTE

Justine y yo fuimos educadas en el convento de Panthemont. Ustedes ya conocen la celebridad de esta abadía, y saben que, desde hace muchos años, salen de ella las mujeres más bonitas y más libertinas de París. Es este convento tuve como compañera a Euphrosine, esa joven cuyas huellas quiero seguir y quien, viviendo cerca de la casa de mis padres, había abandonado la suya para arrojarse en brazos del libertinaje; y como de ella y de una religiosa amiga suya fue de quienes recibí los primeros principios de esta moral que han visto con asombro en mí, siendo tan joven, por los relatos de mi hermana, me parece que, antes de nada, debo hablaros de la una y de la otra... contaros exactamente estos primeros momentos de mi vida en los que, seducida, corrompida por estas dos sirenas, nació en el fondo de mi corazón el germen de todos los vicios.

La religiosa en cuestión se llamaba Mme. Delbène; era abadesa de la casa desde hacía cinco años, y frisaba los treinta cuando la conocí. No podía ser más bella: digna de un retrato, una fisonomía dulce y celeste, rubia, con unos grandes ojos azules llenos del más tierno interés, y el porte de las Gracias. Víctima de la ambición, la joven Delbène fue encerrada en un convento a los doce años, con el fin de hacer más rico a un hermano mayor al que ella detestaba. Encerrada a la edad en que comienzan a desarrollarse las pasiones, aunque Delbène no hubiese elegido todavía, amando el mundo y los hombres en general, sólo después de inmolarse a sí misma, después de triunfar en los más rudos combates, había conseguido que naciese en ella la obediencia. Muy avanzada para su edad, habiendo leído a todos los filósofos, habiendo reflexionado prodigiosamente, Delbène, al tiempo que se condenaba al retiro, había conservado dos o tres amigas. Venían a verla, la consolaban; y como era muy rica, seguían proporcionándole todos los libros y caprichos que pudiese desear, incluso aquéllos que debían excitar más una imaginación... ya muy exaltada, y que no enfriaba el retiro.

En cuanto a Euphrosine, tenía quince años cuando me uní a ella.; llevaba ya dieciocho meses como alumna de Mme. Delbène cuando me propusieron ambas que entrase en su sociedad, el día en que yo acababa de cumplir mis trece años. Euphrosine era morena, alta para su edad, muy delgada, con unos ojos muy bonitos, mucha gracia y vivacidad, pero menos bonita, mucho menos interesante que nuestra superiora.

No necesito deciros que la inclinación a la voluptuosidad es, en las mujeres recluidas, el único móvil de su intimidad; no es la virtud lo que las une; es el vicio; gustas a la que se inclina hacia ti, te conviertes en la amiga de la que te excita. Dotada del temperamento más vivo, desde la edad de nueve años había acostumbrado a mis dedos a que respondiesen a los deseos de mi cabeza, y, desde esta edad, no aspiraba más que a la felicidad de encontrar la oportunidad de instruirme y lanzarme a una carrera cuyas puertas me abría ya con tanta complacencia la naturaleza precoz. Euphrosine y Delbène me ofrecieron pronto lo que yo buscaba. La superiora, que quería hacerse cargo de mi educación, me invitó un día a comer... Euphrosine se hallaba allí, hacía un calor insoportable, y este ardor excesivo del sol les sirvió de excusa a ambas para el desorden en que las encontré: hasta tal punto era así que, excepto una blusa de gasa, sujeta simplemente con un gran lazo rosa, estaban prácticamente desnudas.

-Desde que entrasteis en esta casa -me dice Mme. Delbène, besándome negligentemente en la frente- estoy deseando conoceros íntimamente. Sois muy bella, parecéis inteligente, y las jóvenes que se parecen a vos tienen derechos seguros sobre mí... Enrojecéis, pequeño ángel; os lo prohíbo: el pudor es una quimera, resultado únicamente de las costumbres y de la educación, es lo que se llama un hábito; si la naturaleza ha creado al hombre y a la mujer desnudos, es imposible que al mismo tiempo les haya infundido aversión o vergüenza por aparecer de tal forma. Si el hombre hubiese seguido siempre los principios de la naturaleza, no conocería el pudor: verdad fatal que prueba, querida hija mía, que hay virtudes cuya cuna no es otra que el olvido total de las leyes de la naturaleza. ¡En qué quedaría la moral cristiana si escrutásemos de esta forma todos los principios que la componen! Pero ya charlaremos de todo esto. Hablemos hoy de otra cosa, y desvestíos como nosotras.

Después, acercándose a mí, las dos bribonas, riéndose, me pusieron pronto en el mismo estado que ellas. Entonces los besos de Mme. Delbène tomaron un carácter muy diferente...

-¡Qué bonita es mi Juliette! -exclamó con admiración-; ¡cómo empieza a hincharse su delicioso y pequeño seno! Euphrosine: lo tiene más grande que el tuyo... y, sin embargo, apenas tiene trece años.

Los dedos de nuestra encantadora superiora acariciaban los pezones de mi seno, y su lengua se agitaba en mi boca. En seguida se dio cuenta de que sus caricias actuaban sobre mis sentidos con tal ímpetu que casi me sentía mal.

¯¡Oh, joder! -dijo, sin contenerse ya y sorprendiéndome por la energía de sus expresiones-. ¡Dios santo, qué temperamento! Amigas mías, dejemos de entorpecernos: ¡al diablo todo lo que todavía vela a nuestros ojos atractivos que la naturaleza no creó para que estuviesen ocultos!

A continuación, tirando las gasas que la envolvían, apareció a nuestra vista bella como la Venus que inmortalizaron los griegos. Imposible estar mejor hecha, tener una piel más blanca... más suave... unas formas más hermosas y mejor pronunciadas. Euphrosine, que la imitó casi en seguida, no me ofreció tantos encantos; no estaba tan rellena como Mme. Delbène; un poco más morena, quizás debía gustar menos en general; pero ¡qué ojos! ¡qué ingenio! Emocionada con tantos atractivos, muy solicitada por las dos mujeres que los poseían a que renunciase, como ellas, a los frenos del pudor, podéis creer que me rendí. Dentro de la más dulce embriaguez, la Delbène me lleva hasta su cama y me devora a besos.

-Un momento -dice, toda encendida- un momento, mis buenas amigas, pongamos un poco de orden en nuestros placeres, sólo se goza de ellos planeándolos.

Tras estas palabras, me estira las piernas separándolas, y, acostándose en la cama boca abajo, con su cabeza entre mis muslos, me besa el sexo mientras que, ofreciendo a mi compañera las nalgas más hermosas que puedan contemplarse, recibe de los dedos de esta bonita muchacha los mismos servicios que me presta su lengua. Euphrosine, conocedora de los gustos de la Delbène, alternaba sus escarceos con vigorosos golpes sobre el trasero, cuyo efecto me pareció seguro sobre el físico de nuestra amable institutriz. Vivamente electrizada por el libertinaje, la puta devoraba el caudal que hacía brotar constantemente

de mi pequeño coño. Algunas veces se paraba para mirarme... para observarme en el placer.

- ¡Qué hermosa es! -exclamaba la zorra-... ¡Oh! santo Dios, ¡qué interesante es! Sacúdeme, Euphrosine, menéame, amor mío; quiero morir embriagada de su jugo! Cambiemos todo -exclamaba un momento después-; querida Euphrosine, debes querer lo mismo de mí; no pienso devolverte todos los placeres que tú me das... Esperad, mis pequeños ángeles, voy a masturbaros a ambas a la vez.

Nos pone en la cama, una junto a la otra; siguiendo sus consejos, nuestras manos se cruzan, nos acariciamos mutuamente. Su lengua se introduce primero dentro de la crica de Euphrosine, y con sus manos nos cosquillea el agujero del culo; de vez en cuando deja la crica de mi compañera para venir a succionar la mía, y recibiendo cada una de esta forma tres placeres a la vez, podéis imaginar hasta qué punto echábamos copiosamente. Al cabo de unos momentos, la bribona nos da la vuelta. Le presentábamos nuestras nalgas, nos meneaba por debajo acariciándonos el ano. Alababa nuestros culos, los estrujaba, y nos hacía morir de placer. Saliendo de allí como una bacante:

-Hacedme todo lo que yo os hago -decía- meneadme las dos a la vez; estaré entre tus brazos, Juliette, besaré tu boca, nuestras lenguas se juntarán... se apretarán... se chuparán. Me hundirás este consolador en la matriz -prosigue mientras me da uno-; y tú, Euphrosine mía, tú te encargarás de mi culo, me lo menearás con este pequeño instrumento; infinitamente más estrecho que mi crica, es todo lo que le hace falta... Tú, putuela mía ¯ continuó mientras me besaba- tú no abandonarás mi clítoris; éste es la verdadera sede del placer en las mujeres: frótalo hasta que salte, soy dura... estoy agotada, necesito cosas fuertes; quiero destilar mi flujo con vosotras, quiero descargar veinte veces seguidas, si puedo.

¡Oh Dios! ¡cómo le devolvimos lo que nos prestaba! Es imposible trabajar con más ardor para proporcionar placer a una mujer... imposible encontrar otra que lo saborease mejor. Nos entregamos.

-Angel mío -me dice esta encantadora criatura- no puedo expresarte el placer que tengo en haberte conocido; eres una muchacha deliciosa; voy a asociarte a todos mis placeres, y verás que pueden saborearse algunos muy fuertes, aunque estemos privadas de la sociedad de los hombres. Pregunta a Euphrosine si está contenta conmigo.

-¡Oh, amor mío!, ¡mis besos te lo probarán! -dice nuestra joven amiga precipitándose sobre el seno de Delbène-; a ti te debo el conocimiento de mi ser; tú has formado mi espíritu, lo has liberado de los estúpidos prejuicios de la infancia: sólo por ti existo en el mundo; ¡ah! ¡cuán feliz será Juliette, si te dignas tomarte las mismas molestias por ella.

-Sí -respondió Mme. Delbène- sí, quiero encargarme de su educación, quiero disipar en ella, como lo hice en ti, esos infames vestigios religiosos que turban toda la felicidad de la vida, quiero reducirle a los principios de la naturaleza, y hacerle ver que todas las fábulas con las que han fascinado su alma no están hechas más que para ser despreciadas. Comamos, amigas mías, recuperémonos; cuando se ha descargado mucho, hay que reponer lo que se ha perdido.

Una comida deliciosa, que hicimos desnudas, nos devolvió enseguida las fuerzas necesarias para volver a empezar. Volvimos a masturbarnos... volvimos a sumergir nos las

tres, mediante mil nuevas posturas, en los últimos excesos de la lubricidad. Cambiando constantemente de papel, algunas veces éramos las esposas de las que un momento después nos convertíamos en maridos, y, engañando de este modo a la naturaleza, la forzamos un día entero a coronar con sus voluptuosidades más dulces todos los ultrajes a los que la sometimos.

Pasó un mes de esta forma, al cabo del cual Euphrosine, enloquecida de libertinaje, dejó el convento y su familia para lanzarse a todos los desórdenes del putanismo y de la crápula. Volvió a vernos, nos pintó el cuadro de su situación y, demasiado corrompidas nosotras mismas para encontrar equivocado el camino que había tomado, nos abstuvimos de compadecerla o de aconsejarla que cambiase de rumbo.

-Ha hecho bien -me decía Mme. Delbène-; he querido cien veces lanzarme a esa misma carrera, y lo hubiese hecho sin duda alguna si hubiese sentido dentro de mí que el gusto de los hombres superaba el gran amor que tengo por las mujeres; pero, mi querida Juliette, el cielo, al destinarme a una eterna clausura, me ha hecho muy feliz al no inspirarme más que un deseo muy mediocre por otro tipo de placeres que no sean los que me permite este retiro; es tan delicioso el placer que se dan las mujeres entre sí que no aspiro a casi nada más. Sin embargo, comprendo que pueda amarse a los hombres; entiendo a las mil maravillas que se haga cualquier cosa para conseguirlos; lo concibo todo en lo que se refiere al libertinaje... ¿Quién sabe si incluso no estaré por encima de lo que puede captar la imaginación?

-Los primeros principios de mi filosofía, Juliette -continuó Mme. Delbène, que estaba muy apegada a mí desde la pérdida de Euphrosine- consisten en desafiar la opinión pública; no puedes imaginarte, querida mía, hasta qué punto me burlo de todo lo que puedan decir de mí ¿Y, por favor, cómo puede influir en la felicidad esta opinión del vulgo imbécil? Sólo nos afecta en razón de nuestra sensibilidad; pero si, a fuerza de sabiduría y de reflexión, llegamos a embotar esta sensibilidad hasta el punto de no sentir sus efectos, incluso en las cosas que nos afectan más directamente, será totalmente imposible que la opinión buena o mala de los otros pueda influir en nuestra felicidad. Esta felicidad debe estar dentro de nosotros mismos; no depende más que de nuestra conciencia, y quizás todavía un poco más de nuestras opiniones, que son las únicas en las que deben apoyarse las inspiraciones más firmes de la conciencia. Porque la conciencia -prosiguió esta mujer llena de inteligencia- no es algo uniforme; casi siempre es el resultado de las costumbres y de la influencia de los climas, puesto que es evidente que los chinos, por ejemplo, no sienten ninguna repugnancia por acciones que nos harían temblar en Francia. Luego, si este órgano flexible puede llegar a tales extremos, sólo en razón del grado de latitud, la verdadera sabiduría reside en adoptar un medio razonable entre extravagancias y quimeras, y en formarse opiniones compatibles a la vez con las inclinaciones que hemos recibido de la naturaleza y con las leyes del gobierno en que se vive; y tales opiniones deben crear nuestra conciencia. Por ello nunca es demasiado pronto para adoptar la filosofía- que se quiere seguir, ya que sólo ella forma nuestra conciencia, y a nuestra conciencia le corresponde regular todas las acciones de nuestra vida.

-¡Cómo! -digo a Mme. Delbène- ¿habéis llevado esta indiferencia al punto de burlaros de vuestra reputación?

-Totalmente, querida mía; incluso confieso que interiormente gozo más con la convicción que tengo de que esta reputación es mala, que si supiese que es buena. ¡Oh Juliette! grábate bien esto: la reputación es un bien sin ningún valor, nunca nos compensa de los sacrificios que hacemos por ella. La que está celosa de su gloria experimenta tantos tormentos como la que la descuida: una tiene constantemente el temor de que se le escape, la otra tiembla por su despreocupación. Así pues, si hay tantas espinas en la carrera de la virtud como en la del vicio, ¿a qué viene atormentarse tanto por la elección, y a qué viene no entregarse plenamente a la naturaleza en lo que nos sugiere?

-Pero, al adoptar estas máximas -objeté yo a Mme. Delbène- yo tendría miedo de romper demasiados frenos.

-En verdad, querida mía -me respondió- ¡me gustaría tanto que me dijeras que tienes miedo de obtener demasiados placeres! Y entonces ¿cuáles son esos frenos? Atrevámonos a considerarlos con sangre fría... Convenciones humanas, casi siempre promulgadas sin la sanción de los miembros de la sociedad, detestadas por nuestro corazón... contradictorias con el buen sentido: convenciones absurdas, que no tienen ninguna realidad más que para los tontos que quieren someterse a ellas, y que sólo son objeto de desprecio a los ojos de la sabiduría y de la razón... Charlaremos sobre todo esto. Te lo dije, querida mía: yo te educaré; tu candor e ingenuidad me demuestran que necesitas un guía en la espinosa carrera de la vida, y soy yo quien te serviré de guía.

En efecto, no había nada más deteriorado que la reputación de Mme. Delbène. Una religiosa a la que yo estaba encomendada, disgustada por mis relaciones con la abadesa, me advirtió que era una mujer perdida; había corrompido a casi todas las pensionistas del convento, y mas de quince o dieciséis habían seguido, de acuerdo con su consejo, el mismo camino que Euphrosine. Me aseguraban que era una mujer sin fe, ni ley, ni religión, que pregonaba impúdicamente sus principios, y habrían tomado represalias contra ella de no ser por su dinero y su nacimiento. Yo me reía de estas exhortaciones; un sólo beso de la Delbène, uno sólo de sus consejos ejercían más fuerza sobre mí que todas las armas que pudiesen emplearse para separarme de ella. Aunque me llevase a un precipicio, me parecía que preferiría perderme con ella a instruirme con otra. ¡Oh amigos míos! Es delicioso alimentar este tipo de perversidad; arrastradas por la naturaleza hacia ella... si la razón fría nos aleja de ella por un instante, la mano de la voluptuosidad nos devuelve a esa perversidad y ya no podemos abandonarla.

Pero nuestra amable superiora no tardó en hacerme ver que no era yo la única que atraía su atención, y pronto me di cuenta de que había otras que compartían placeres en los que había más libertinaje que delicadeza.

-Ven mañana a merendar conmigo -me dijo un día-; Elisabeth, Mme. de Volmar y Sainte-Elme estarán allí, seremos seis en total; quiero que hagamos cosas inconcebibles.

-¡Cómo! digo yo- ¿así que te diviertes con todas esas mujeres?

-Claro. ¡Y qué! ¿Acaso crees que me limito a esto? Hay treinta religiosas en esta casa; veintidós han pasado por mis manos; hay diecinueve novicias: sólo una me es todavía desconocida; vosotras sois sesenta pensionistas: solamente tres se me han resistido; las voy poseyendo a medida que llegan, y no les doy más de ocho días para pensarlo. ¡Oh Juliette, Juliette!, mi libertinaje es una epidemia, ¡tiene que corromper todo lo que me

rodea! Y la sociedad tiene una gran suerte en que yo me limite a esta dulce manera de hacer el mal; con mis inclinaciones y mis principios, quizás adoptase otra que sería mucho más fatal para los hombres.

-¿Y qué harías tú, amada mía?

-¡Y yo qué sé! ¿Acaso ignoras que los efectos de una imaginación tan depravada como la mía son como las riadas de un río que se desborda? La naturaleza quiere que provoquen desastres y lo hacen, no importa de qué manera.

-¿No estarás atribuyendo -respondo a mi interlocutora- a la naturaleza lo que sólo es obra de la depravación?

-Escúchame, ángel mío -me dice la superiora-, no es tarde y nuestras amigas no llegarán hasta las seis; quiero responder a tus frívolas objeciones antes de que lleguen.

Nos sentamos.

-Como no conocemos las inspiraciones de la naturaleza -me dice Mme. Delbène- más que por este sentido interno que llamamos conciencia, sólo mediante el análisis de la conciencia podremos llegar a profundizar con sabiduría en qué consisten los movimientos de la naturaleza que cansan, atormentan o hacen gozar a tal conciencia.

Se llama conciencia, mi querida Juliette, a esa especie de voz interior que se eleva en nosotros por la infracción de algo prohibido, sea de la naturaleza que sea: definición muy simple y que, a primera vista, ya demuestra que esta conciencia no es más que la obra del prejuicio recibido por la educación, hasta tal punto que todo lo que se le prohíbe al niño le causa remordimientos en cuanto lo viola, y conserva esos remordimientos hasta que el prejuicio vencido le haya demostrado que no existía ningún mal real en la cosa prohibida.

De la misma forma, la conciencia es pura y simplemente la obra de los prejuicios que nos infunden o de los principios que nos creamos. Esto es hasta tal punto cierto que es posible formarse con principios enérgicos una conciencia que nos atormentará, nos afligirá, siempre que no hayamos cumplido, en toda su extensión, todos los proyectos de diversiones, incluso viciosas... incluso criminales que nos habíamos prometido realizar para nuestra satisfacción. De aquí nace ese otro tipo de conciencia que, en un hombre por encima de todos los prejuicios, se eleva contra él cuando, para llegar a la felicidad, ha tomado un camino contrario al que debía conducirle a ella de una forma natural. Así, según los principios que nos hayamos construido, podemos arrepentirnos igualmente o de haber hecho demasiado mal o de no haberlo hecho en un grado suficiente. Pero tomemos la palabra en su acepción más simple y más común; en este caso, el remordimiento, es decir, el órgano de esta voz interior que acabamos de llamar conciencia, es una debilidad totalmente inútil, y cuya influencia debemos ahogar con toda la fuerza de que seamos capaces; porque el remordimiento, una vez más, sólo es obra del prejuicio engendrado por el temor de lo que puede sucedernos después de haber hecho algo prohibido, sea de la naturaleza que sea, sin examinar si está bien o mal. Eliminad el castigo, cambiad la opinión, aniquilad la ley, eliminad la influencia del clima en el sujeto, él crimen seguirá existiendo, pero el individuo no tendrá ya remordimientos. Así pues, el remordimiento no es más que una reminiscencia fastidiosa, resultado de las leyes y de las costumbres adoptadas, pero que de ninguna manera depende de la especie del delito. Y si no fuese así, ¿sería posible apagarlo? Y, sin embargo, ¿no es muy cierto que se consigue esto, incluso con

las cosas que pueden tener las más graves consecuencias, en razón de los progresos del espíritu y de la forma en que se esfuerza uno por la extinción de sus prejuicios; de suerte que, a medida que estos prejuicios desaparecen con la edad, o que la costumbre de las acciones que nos hacían temblar llega a endurecer la conciencia, el remordimiento, que era tan sólo el efecto de la debilidad de esta conciencia, se aniquila completamente, y se llega así, en la medida que se desee, a los excesos más terribles? Pero quizás se me objete que la clase de delito debe hacer más o menos fuerte el remordimiento. Sin duda, porque el prejuicio de un gran crimen es más fuerte que el de uno pequeño... el castigo de la ley más severo; pero aprended a destruir todos los prejuicios por igual, aprended a poner todos los crímenes al mismo nivel, y, al convenceros de su igualdad, sabréis conformar el remordimiento a éstos, y, como habréis aprendido a hacer frente al más pequeño remordimiento, pronto aprenderéis a vencer el arrepentimiento más fuerte y a cometer todos los crímenes con igual sangre fría... Mi querida Juliette, el hecho de que estemos persuadidos del sistema de la libertad y digamos: ¡qué *desgraciado soy por no haber actuado de manera diferente!,* es lo que hace que sintamos remordimientos después de una mala acción. Pero si quisiésemos convencernos de que este sistema de libertad es una quimera, y que una fuerza más poderosa que nosotros nos empuja a todo lo que hacemos, si quisiésemos convencernos de que todo es útil en el mundo, y que el crimen del que nos arrepentimos se ha hecho para la naturaleza tan necesario como la guerra, la peste o el hambre con las que ella asola periódicamente los imperios, nos sentiríamos infinitamente más tranquilos acerca de todas las acciones de nuestra vida, y ni siquiera concebiríamos el remordimiento; y mi querida Juliette no diría que me equivoco atribuyendo a la naturaleza lo que sólo debe ser efecto de mi depravación.

Todos los efectos morales -prosiguió Mme. Delbène responden a causas físicas. a las que están encadenados irresistiblemente. Es el sonido que resulta del choque del palillo con la piel del tambor: si no hay causa física, no hay choque, y, necesariamente, no hay efecto moral, es decir, no se produce el sonido. Ciertas disposiciones de nuestros órganos, el fluido nervioso más o menos irritado por la naturaleza de los átomos que respiramos... por el tipo o la cantidad de partículas nitrosas contenidas en los alimentos que tomamos, por el curso de los humores, y por otras mil causas externas, determinan a un hombre al crimen o la virtud y a ambos a la vez, con frecuencia en un mismo día: este es el choque del palillo, el resultado del vicio o de la virtud; cien luises robados del bolsillo de mi vecino, o dados del mío a un desgraciado, es el efecto del choque, o el sonido. ¿Somos dueños dé estos segundos efectos, cuando los necesitan las primeras causas? ¿Puede ser tocado el tambor sin que resulte de aquí un sonido? ¿Y podemos oponernos nosotros a este choque cuando él mismo es el resultado de cosas tan extrañas a nosotros, y tan dependientes de nuestra organización? Así pues, es una locura, una extravagancia, no hacer todo lo que nos apetece, y arrepentirnos de lo que hemos hecho. Según esto, el remordimiento no es más que una pusilánime debilidad que debemos vencer, en la medida que dependa de nosotros, por la reflexión, el razonamiento y la costumbre. Por otra parte, ¿qué cambio puede aportar el remordimiento a lo que se ha hecho? No puede disminuir su daño, puesto que nunca llega más que una vez cometida la acción; rara vez impide que se cometa de nuevo, y, por consiguiente, no sirve para nada. Una vez que se ha hecho el daño, suceden necesariamente dos cosas: o es castigado o no lo es. En esta segunda hipótesis, el remordimiento sería con toda seguridad una tontería vergonzosa: porque ¿de qué serviría arrepentirse de una acción, fuese de la naturaleza que fuese, que nos haya aporta-

do una satisfacción muy intensa y que no haya tenido ninguna consecuencia enojosa? En un caso así, arrepentirse del daño que esta acción haya podido causar al prójimo sería amarlo más que a uno mismo, y es totalmente ridículo sentir lástima por la pena de los otros, cuando esta pena nos ha proporcionado placer, cuando nos ha servido, agradado, deleitado, en el sentimiento que sea. Consiguientemente, en este caso, el remordimiento no tiene razón de ser. Si la acción es descubierta y castigada, entonces, si queremos realmente analizarnos, tendremos que reconocer que no nos arrepentimos del daño causado al prójimo con nuestra acción, sino de la torpeza con que la hemos realizado para que haya sido descubierta; y entonces, sin duda, nos entregamos a las reflexiones resultantes de la lamentación de esta torpeza... sólo para aprender de ellas una mayor prudencia, si el castigo os deja vivir; pero estas reflexiones no son remordimientos, porque el remordimiento real es el dolor producido por el que se ha ocasionado a los otros, y las reflexiones de las que hablamos no son mas que los efectos del dolor producido por el daño que se hace uno mismo: lo que hace ver la extrema diferencia que existe entre cada uno de estos sentimientos, y, al mismo tiempo, la utilidad de uno y la ridiculez del otro.

Cuando llevamos a cabo una mala acción, por muy atroz que pueda ser, ¡cómo nos compensa del daño que ha producido sobre nuestro prójimo la satisfacción que nos proporciona, o el beneficio que obtenemos de ella! Antes de cometer esta acción, ya habíamos previsto el daño que resultaría para los otros; sin embargo, este pensamiento no nos ha detenido: al contrario, con frecuencia nos produce placer. La mayor tontería que puede hacerse es insistir sobre este pensamiento una vez cometida la acción, o dejarle que actúe dentro de nosotros de manera diferente. Si esta acción influye en que nuestra vida sea desgraciada, porque ha sido descubierta, pongamos todo nuestro empeño en descubrir, en analizar las causas que han permitido que fuese descubierta; y sin arrepentirnos de algo que no podíamos hacer de otra forma, pongamos todo en práctica para que en el futuro no nos falte la prudencia, extraigamos de la desgracia que ha podido sobrevenirnos por esta equivocación la experiencia necesaria para mejorar nuestros medios, y asegurarnos en adelante la impunidad, corriendo un tupido velo sobre el involuntario desorden de nuestra conducta. Pero nunca llegaremos a extirpar los principios por vanos e inútiles remordimientos, porque ésta mala conducta, esta depravación, estos extravíos viciosos, criminales o atroces, nos han complacido, nos han deleitado, y no debemos privarnos de algo agradable. Sería como la locura de un hombre que porque un día le hubiese sentado mal la cena, quisiera dejar de cenar para siempre.

La verdadera sabiduría, mi querida Juliette, no consiste en reprimir los vicios, porque, siendo los vicios casi la única felicidad de nuestra vida, sería un verdugo de sí mismo el que quisiera reprimirlos; la sabiduría consiste en entregarse a ellos con tal misterio, con tan grandes precauciones, que nunca *nos puedan sorprender. Y que nadie tema que esto disminuirá sus delicias: el misterio aumenta el placer. Por otra parte, una conducta semejante asegura la impunidad, ¿y no es la impunidad el alimento más delicioso de los libertinajes?

Una vez que te he enseñado a dominar el remordimiento nacido del dolor de haber hecho el mal con demasiada evidencia, es esencial, mi querida amiga, que ahora te indique la manera de extinguir totalmente en uno esta voz confusa que, en los momentos de reposo de las pasiones, viene todavía algunas veces a protestar contra los extravíos a 'os que nos condujeron aquéllas; ahora bien, esta manera es tan segura como dulce, puesto

que consiste en repetir tan a menudo lo que nos ha provocado los remordimientos que la costumbre de cometer esta acción, o de combinarla, impida toda posibilidad de lamentarse por ella. Esta costumbre, al aniquilar el prejuicio, al obligar a nuestra alma a moverse con frecuencia en la forma y la situación que primitivamente le desagradaban, acaba por hacerle fácil el nuevo estado adoptado, e incluso delicioso. El orgullo sirve de ayuda; no sólo hemos hecho algo que nadie se atrevería a hacer, sino que además nos hemos acostumbrado de tal forma a ello que ya no podemos existir sin esa cosa: éste es un primer goce. La acción cometida engendra otra; ¿y quién duda de que esta multiplicación de placeres no acostumbra pronto al alma a plegarse a la forma de ser que debe adquirir, por muy penoso que haya podido parecerle, al comenzar, la situación forzada en la que le ponía esta acción?

¿No sentimos lo que te digo en todos los pretendidos crímenes presididos por la voluptuosidad? ¿Por qué no nos arrepentimos nunca de un crimen de libertinaje? Porque el libertinaje pronto se convierte en una costumbre. Lo mismo puede decirse de todos los otros extravíos; como la lubricidad, todos pueden transformarse fácilmente en hábito, y, como la lujuria, todos pueden provocar en el sistema nervioso una excitación que, muy semejante a esta pasión, puede llegar a ser tan deliciosa como ella, y por consiguiente, como ella, metamorfosearse en necesidad.

Oh Juliette; si quieres como yo vivir feliz en el crimen... y yo cometo muchos, querida mía... si quieres, digo, encontrar en él la misma felicidad que yo, trata de conseguirte, con el tiempo, una costumbre tan dulce que te sea imposible poder existir sin cometerlo; y que todas las convenciones humanas te parezcan tan ridículas que tu alma flexible, y a pesar de eso enérgica, se vaya acostumbrando imperceptiblemente a convertir en vicios todas las virtudes humanas y en virtudes todos los crímenes: entonces te parecerá que ante tus ojos se abre un nuevo universo; se filtrará por tus nervios un fuego devorador y delicioso, abrazará ese fluido, eléctrico donde reside el principio de la vida. Feliz por vivir en un mundo al que me exila mi triste destino, cada día te trazarás nuevos proyectos, y cada día su realización te colmará de una voluptuosidad que sólo será conocida por ti. Todos los seres que te rodean te parecerán otras tantas víctimas entregadas por la suerte a la perversidad de tu corazón; ni lazos ni cadenas, todo desaparecerá pronto bajo la llama de tus deseos, ya no se elevará ninguna voz en tu alma para ahogar el eco de su impetuosidad, ningún prejuicio militará ya en su favor, todo habrá sido suprimido por la sabiduría, y llegarás insensiblemente a los últimos excesos de la perversidad por un camino cubierto de flores. Entonces será cuando reconozcas la debilidad de lo que en otro tiempo te ofrecían como inspiraciones de la naturaleza; cuando te hayas burlado durante unos años de lo que los estúpidos llaman sus leyes, cuando para familiarizarte con su infracción te hayas complacido en pulverizarlas, entonces verás a la pícara naturaleza, encantada de haber sido violada, doblegarse bajo tus deseos, llegar por sí misma a ofrecerse a tus cadenas... presentarte las manos para que la hagas tu cautiva; convertida en tu esclava en lugar de ser tu soberana, enseñará delicadamente a tu corazón la forma de ultrajarla mucho mejor, como si se complaciese en el envilecimiento, y como si te indicase que el mejor modo de obedecer sus leyes es insultarla hasta el exceso. No te resistas nunca cuando hayas llegado a este punto; insaciable en sus pretensiones sobre ti, en cuanto hayas encontrado el medio de dominarla, te conducirá paso a paso de extravío en extravío; el último cometido no será mas que el principio de otro por el que se someterá a ti de nuevo; como la

prostituta de Sybaris, que se entregaba bajo todas las formas y adoptaba todas las posturas para excitar los deseos del voluptuoso que la pagaba, igualmente te enseñará cien formas de vencerla, y todo esto para, a su vez, encadenarte con más fuerza. Pero una sola resistencia, te lo repito, una sola te haría perder todo el fruto de las últimas caídas; no conocerás nada si no lo conoces todo; pero si eres lo suficientemente tímida como para detenerte, se te escapará para siempre. Abstente sobre todo de la religión, nada como sus peligrosas inspiraciones para desviarte del buen camino: semejante a la hidra, cuyas cabezas renacen a medida que se las corta, te importunará sin cesar si tú no te cuidas de aniquilar constantemente sus principios. Temo que las extrañas ideas de ese Dios fantástico con que empozoñaron tu infancia vengan a perturbar tu imaginación en medio de sus más divinos extravíos: ¡Oh Juliette, olvídala, desprecia la idea de ese Dios vano y ridículo!; su existencia es una sombra que disipa en un momento el más débil esfuerzo del espíritu, y nunca estarás tranquila mientras que esa odiosa quimera no haya perdido sobre tu alma todas las facultades que le dio el error. Aliméntate constantemente de los grandes principios de Spinoza, de Vanini, del autor del *Sistema de la Naturaleza; los* estudiaremos, los analizaremos juntas; te prometí discusiones profundas sobre este tema, mantendré mi palabra: nos llenaremos las dos del espíritu de estos sabios principios. Si todavía te surgen dudas, me las comunicarás, yo te tranquilizaré: siendo tan firme como yo, pronto me imitarás, y como yo, nunca volverás a pronunciar el nombre de ese infame Dios más que para blasfemarlo y odiarlo. Confieso que la idea de tal quimera es la única equivocación que no puedo perdonarle al hombre; lo justifico en todos sus extravíos, lo compadezco en todas sus debilidades, pero no puedo pasarle por alto el que haya erigido a semejante monstruo, no le perdono que se haya forjado él mismo las cadenas religiosas que tan violentamente le han subyugado, y que él mismo haya presentado el cuello bajo el vergonzoso yugo que había preparado su estupidez. No acabaría nunca, Juliette, si tuviese que entregarme a todo el horror que me inspira el execrable sistema de la existencia de un Dios: mi sangre hierve ante su solo nombre; cuando lo oigo pronunciar, me parece ver alrededor de mí las sombras palpitantes de todos los desgraciados que esta abominable opinión ha destruido sobre la superficie del globo; me invocan, me conjuran a que utilice todas las fuerzas o el talento que haya podido recibir, para extirpar del alma de mis semejantes la idea del repugnante fantasma que les hizo perecer sobre la tierra.

Aquí, Mme. Delbène me pregunta hasta dónde había llegado yo en estas cosas.

-Todavía no he hecho mi primera comunión -le digo.

- ¡Ah!, mucho mejor-me respondió abrazándome-; ángel mío, yo te evitaré tal idolatría; respecto a la confesión, cuando te hablen de ella, responde que no estás preparada. La madre de las novicias es amiga mía, depende de mí, te recomendaré a ella y no te molestarán. En cuanto a la misa, tenemos que ir a ella a pesar de todo; pero, toma: ¿ves esta bonita colección de libros? -me dice mostrándome unos treinta volúmenes encuadernados en piel roja-; te prestaré estas obras, y su lectura, durante el abominable sacrificio, te compensará de la obligación de ser testigo de él.

- ¡Oh amiga mía! -digo a Mme. Delbène- ¡Cuántas cosas te debo! Mi corazón y mi espíritu ya se habían adelantado a tus consejos... no respecto a la moral, puesto que acabas de decirme cosas demasiado fuertes y demasiado nuevas como para que se me hubiesen ocurrido ya a mí; pero no te había esperado para detestar, como tú, la religión, y cumplía los horribles deberes religiosos con la mayor repugnancia. ¡Qué feliz me haces prome-

tiéndome ampliar mis luces! ¡Ay de mí al no haber oído nada sobre estos objetos supersticiosos!, el costo de mi pequeña impiedad no se debe todavía más que a la naturaleza.

-¡Ah!, sigue sus inspiraciones, ángel mío... son las únicas que nunca te engañarán.

-Sabes -proseguí- que todo lo que acabas de enseñarme es muy fuerte, y que es extraño estar tan instruida a tu edad. Permíteme que te diga, amada mía, que es difícil que la conciencia haya alcanzado el grado que parece tener la tuya sin algunas acciones muy extraordinarias; y ¿cómo, perdona mi pregunta, cómo, en tu interior, tuviste la ocasión de los delitos capaces de endurecerte hasta ese punto?

-Algún día sabrás todo eso -me respondió la superiora levantándose.

-¿Y por qué esta tardanza?... ¿Temes?

-Sí, horrorizarte.

-¡Nunca, nunca!

Y el ruido de las amigas que llegaban impidió que Delbène me aclarase aquello que yo ardía en deseos de saber.

-¡Chist, chist! -me dice-, ahora pensemos en el placer... Bésame, Juliette, te prometo que algún día tendrás mi confianza.

Pero nuestras amigas aparecieron; es preciso que os las pinte.

Mme. de Volmar acababa de tomar los hábitos hacía alrededor de seis meses. Con apenas veinte años, alta, delgada, esbelta, muy blanca, de pelo castaño, y el cuerpo más hermoso que pueda imaginarse, Volmar, dotada de tantos encantos, era con razón una de las alumnas preferidas de Mme. Delbène, y, después de ella, la más libertina de todas las mujeres que iban a asistir a nuestras orgías.

Sainte-Elme era una novicia de diecisiete años, con un rostro encantador, muy animosa, ojos hermosos, un pecho bien moldeado, y el conjunto excesivamente voluptuoso. Elisabeth y Flavie eran dos pensionistas, la primera de apenas trece años, la segunda de dieciséis. El rostro de Elisabeth era fino, con rasgos muy delicados, formas agradables y ya pronunciadas. En cuanto a Flavie, tenía el rostro más celeste que se pueda ver en todo el mundo: no existe una risa más bonita, unos dientes más hermosos, un pelo más bello; nadie posee un talle más perfecto, una piel más dulce y más fresca. ¡Ah!, amigas mías, si tuviese que pintar a la diosa de las flores, no elegiría jamás a otra modelo.

Los primeros saludos no fueron largos; sabiendo todas el motivo de la reunión, no tardaron en ir al grano; pero confieso que sus propósitos me asombraron. Ni en un burdel se realizan unos actos de libertinaje con la soltura y la facilidad de estas jóvenes; y nada era tan agradable como el contraste de su modestia, de su recato en el mundo, y su gran indecencia en estas reuniones lujuriosas.

-Delbène -dice Mme. de Volmar según entra- te desafío a que me hagas manar hoy; estoy agotada, querida; he pasado la noche con Fontenille... Adoro a esa bribonzuela; ¡en mi vida me lo han movido mejor... nunca he vertido tanto líquido, con tanta abundancia... tan deliciosamente'. ¡Oh, querida, qué cosas hemos hecho!

-Increíbles, ¿verdad? -dice Delbène-. Pues bien, quiero que nosotras hagamos esta noche otras mil veces más extraordinarias.

- ¡Oh, joder!, apresurémonos -dice Sainte-Elme-, yo estoy excitada; no soy como Volmar, me he acostado sola.

Y levantándose el vestido:

Mirad, ved mi coño... ¡ved cómo necesita ayuda!

-Un momento -dice la superiora-, esta es una ceremonia de recepción. Admito a Juliette en nuestra sociedad: es preciso que cumpla las formalidades de rigor.

-¿Quién? ¿Juliette? -dice como aturdida Flavie, que todavía no me había visto- ¡Ah!, apenas si conozco a esta bonita muchacha... Así pues, ¿te excitas, corazón mío? -continuó acercándose a besarme en la boca-... Así que eres libertina... ¿eres lesbiana como nosotras?

Y la bribona, sin más preliminares, me agarra el coño y el pecho a la vez.

-Déjala -dice Volmar, que, levantándome la falda por detrás, examinaba mis nalgas-, déjala, tiene que ser recibida antes de que nos sirvamos de ella.

-Mira, Delbène --dice Elisabeth-, mira cómo besa Volmar el culo de Juliette: la toma como a un muchacho; ¡la zorra quiere darle por el culo!

(Observad que la que hablaba así era la más joven)

-¿No sabes -dice Sainte-Elme- que Volmar es un hombre? Tiene un clítoris de tres pulgadas, y, destinada a ultrajar a la naturaleza, sea cual sea el sexo que ella adopte, es preciso que la puta sea alternativamente lesbiana y tipo; no conoce término medio.

Después, aproximándose a su vez y examinándome por todos lados, en vista de que Flavie mostraba mi delantero y Volmar mi trasero:

-Es cierto -prosiguió- que la zorrilla está bien hecha, y juro que antes de que acabe el día conoceré cómo sabe su jugo.

-¡Un momento, un momento, señoritas! -dice Delbène intentando restablecer el orden.

-¡Eh, santo Dios!, date prisa -dice Sainte-Elme-, ¡me voy yo sola! ¿A qué esperas para empezar? ¿Tenemos que rezar nuestras oraciones antes de excitarnos el coño? ¡Fuera los vestidos, amigas mías!...

Y al momento veríais seis jóvenes muchachas, más bellas que el sol, admirarse... acariciarse desnudas y formar entre ellas los grupos más agradables y variados.

- ¡Oh!, de momento -respondió Delbène con autoridad- no podéis negarme un poco de orden... Escuchadme: Juliette va a tumbarse en la cama, y cada una de vosotras irá, alternativamente, a probar el placer que queráis obtener con ella; yo, al frente de la operación, os recibiré a todas a medida que la vayáis dejando, y las lujurias iniciadas con Juliette acabarán en mí; pero yo no me daré prisa, mi líquido eyaculará cuando tenga a las cinco sobre mí.

La gran veneración que sentían por las órdenes de la superiora hizo que éstas se realizasen con la más precisa exactitud. No es difícil que comprendáis lo que cada una de estas

criaturas, siendo tan libertinas, exigió de mí. Como llegaban siguiendo el orden de edad, Elisabeth pasó la primera. La bonita bribona me examinó por todas partes, y, después de cubrirme de besos, se entrelazó entre mis muslos, se frotó contra mí, y ambas nos extasiamos. Flavie fue la siguiente; hizo más tanteos. Después de mil deliciosos preliminares, nos tendimos en sentido inverso, y; con nuestras lenguas cosquilleantes, hicimos brotar torrentes de flujo. Sainte-Elme se acerca, se tiende sobre la cama, hace que me siente sobre su cara, y, mientras que su nariz excita el agujero de mi culo, su lengua se sumerge, en mi coño. Doblada encima de ella, puedo acariciarla de la misma manera; lo hago: mis dedos excitan su culo, y cinco eyaculaciones seguidas me prueban que la necesidad de la que hablaba no era ilusoria. La correspondí por completo; nunca hasta entonces había sido yo tan voluptuosamente chupada. Volmar sólo desea mis nalgas, las devora a besos, y, preparando la vía estrecha con su lengua de rosa, la libertina se pega a mí, me hunde su clítoris en el culo, entra y sale durante mucho tiempo, da la vuelta a mi cabeza, besa mi boca con ardor, chupetea mi lengua y me excita dándome por el culo. La maldita no se detiene aquí: con un consolador que me ató a la cintura, se presenta a mis embestidas, y, dirigiéndolas hacia el trasero, la zorra es sodomizada; mientras la excitaba pensaba que iba a morir de placer.

Después de esta última incursión, me situé en el puesto que me esperaba sobre el cuerpo de la Delbène. Así es como la puta dispuso el grupo:

Elisabeth, de espaldas, estaba situada al borde de la cama. Delbène, entre sus brazos, se hacía excitar el clítoris por ella. Flavie, de rodillas, con las piernas colgando, la cabeza a la altura del coño de la superiora, se lo besaba y le apretaba los muslos. Por encima de Elisabeth, Sainte-Elme, con el culo encima de la cara de esta última, ofrecía su coño a los besos de Delbène, a la que Volmar daba por el culo con su clítoris ardiente. Me esperaban para completar el grupo. Un poco doblada cerca de Sainte-Elme, yo presentaba para lamer lo contrario de lo que aquélla besaba por delante. Delbène pasaba sin plan fijo y rápidamente del coño de Sainte-Elme al agujero de mi culo, lamía, chupaba ardientemente uno y otro, y, removiéndose con la agilidad más increíble bajo los dedos de Elisabeth, la lengua de Flavie y el clítoris de Volmar, la zorra no dejaba ni un sólo momento de derramar torrentes de flujo.

-¡Oh, Dios! -dice Delbène, retirándose de allí roja como una bacante- ¡redios! ¡cómo he soltado! No importa, sigamos nuestras operaciones; ahora colocaos cada una de vosotras en la cama; Juliette exigirá de vosotras, una por una, lo que le convenga, estáis obligadas a prestaros a ello; pero como todavía es nueva, la aconsejaré; el grupo se formará sobre ella, como acaba de hacerse conmigo, y la haremos que eyacule su flujo hasta que pida que la dejemos.

Elisabeth es la primera que se ofrece a mi libertinaje.

-Colócala -me dice Delbène que me aconsejaba de manera que tú puedas besar su bonita boquita mientras que ella te excita; y, para que seas acariciada por todas partes, yo me encargo del agujero de tu culo durante toda la sesión.

Flavie sustituye a Elisabeth.

-Te aconsejo los bonitos pezones de esta muchachita -me dice la abadesa- chúpaselos, mientras que ella te excita... A causa de los gustos de Volmar, tienes que hundir tu lengua

en su culo, mientras que, inclinada sobre ti, la bribona te besará... En cuanto a Sainte-Elme, ¯prosiguió la superiora- ¿sabes que haré con ella? Me colocaré de forma que pueda chuparle a la vez el culo y el coño, mientras que ella hará lo mismo contigo... Y en cuanto a mí, ordena, vida mía, estoy a tus órdenes.

Calentada por lo que había visto hacer a Volmar:

-Quiero darte por el culo -digo- con este consolador.

-Hazlo, amada mía, hazlo, -me responde humildemente Delbène ofreciéndose a mis golpes- este es mi culo, te lo entrego.

- ¡Y bien! -digo mientras sodomizo a mi instructora-, puesto que el grupo debe colocarse sobre mí, que empiece enseguida. Querida Volmar -continué- que tu clítoris devuelva a mi culo lo que yo hago al de Delbène; no puedes imaginarte hasta qué punto se exalta mi temperamento con esta manera de gozar. Con cada una de mis manos, excitaré a Elisabeth y a Sainte-Elme, mientras que chupo el coño de Flavie.

Ya que las órdenes de la superiora eran agotarme, no me tomé el trabajo de decir nada: las situaciones cambiaron siete veces, y siete veces mi flujo corrió entre sus brazos.

Los placeres de la mesa siguieron a los del amor: nos esperaba una soberbia comida. Al calentar nuestras cabezas diferentes tipos de vinos y de licores, volvimos al libertinaje; se perfilaron tres grupos. Sainte-Elme, Delbène y Volmar, como las de más edad, eligieron cada una a una excitadora; por azar o por predilección Delbène no me abandonó; Elisabeth fue elegida por Sainte-Elme, y Flavie por Volmar. Los grupos estaban colocados de manera que cada uno gozase de la vista de los placeres del otro. No pueden hacerse una idea de lo que hicimos. ¡Oh! ¡Cuán deliciosa era Sainte-Elme! Apasionadas ardientemente la una por la otra, nos excitábamos ambas hasta el agotamiento: no dejábamos de hacer cualquier cosa que imaginásemos. Por último, todo se mezcló, y las dos últimas horas de este voluptuoso libertinaje fueron tan lascivas, que quizás en ningún burdel se hayan cometido tantas lujurias.

Una cosa me había sorprendido: el extremo cuidado que tenían por la virginidad de las pensionistas. Sin duda no se observaban las mismas leyes respecto a aquéllas cu ya vocación era muy pronunciada; pero se respetaba, hasta un punto que yo no podía comprender, a aquéllas que se destinaban al mundo.

-Su felicidad depende de eso me dice Delbène, cuando le pregunté sobre esta reserva-queremos divertirnos con estas muchachas, pero ¿por qué perderlas? ¿por qué hacerles detestar los momentos que han pasa do junto a nosotras? No, nosotras tenemos esa virtud, y por muy corrompidas que nos creas, nunca comprometemos a nuestras amigas.

Estos procedimientos me parecieron magníficos; pero creada por la naturaleza para proporcionar la maldad sobre todo lo que me rodease, un día el deseo de des honrar a una de mis compañeras me calentó la cabeza por lo menos tanto como el de ser deshonrada a mi vez. Delbène se dio cuenta enseguida de que yo prefería a Sainte-Elme a ella. Efectivamente, adoraba a esta encantadora muchacha; me era imposible dejarla; pero como era infinitamente menos inteligente que la superiora, una inclinación natural me llevaba invenciblemente hacia ésta.

-Como te veo devorada por la pasión de desvirgar a una muchacha, o por serlo -me dice un día esta encantadora mujer- no me cabe la menor duda de que Sainte -Elme te ha concedido estos placeres, o te los promete para pronto. De ninguna manera hay peligro con ella, porque está destinada como yo a pasar el resto de sus días en el claustro; pero, Juliette, si ella hace contigo otro tanto, nunca podrás casarte, y ¡cuántas desgracias podrían sobrevenirte como consecuencia de esta falta'. Sin embargo, escúchame, ángel mío, sabes que te adoro, sacrifica a Sainte-Elme y yo satisfago al instante todos los placeres que tú desees. Elegirás en el convento a aquélla cuyas primicias quieras recoger, y seré yo la que mancillaré las tuyas... Los desgarramientos... las heridas... tranquilízate, yo arreglaré todo. Pero estos son grandes misterios; para ser iniciada en ellos, necesito tu juramento de que a partir de este momento, no volverás a hablar a Sainte-Elme: de otra forma, no pondré límites a mi venganza.

Como amaba demasiado a esa encantadora muchacha para comprometerla, y como, además, ardía en deseos de probar los placeres que me esperaban si renunciaba a ella, lo prometí todo.

- ¡Y bien! -me dice Delbène al cabo de un mes de prueba-, ¿has hecho tu elección? ¿A quién quieres desvirgar?

Y aquí, amigos míos, ¡no adivinaríais en vuestra vida sobre qué objeto se había detenido con complacencia mi libertina imaginación! Sobre esta muchacha que tenéis ante vuestros ojos... sobre mi hermana. Pero Mme. Delbène la conocía demasiado bien como para no hacerme desistir del proyecto.

- ¡Pues bien! -digo- dame a Laurette.

Su infancia (apenas si tenía diez años), su bonita carita despierta, la altura de su cuna, todo me excitaba... todo me inflamaba hacia ella; y la superiora, viendo que casi no había obstáculos, en vista de que esta huerfanita no tenía como protector en el convento más que a un viejo tío que vivía a cien leguas de París, me aseguró que ya podía dar por sacrificada la víctima que mis deseos inmolaban por adelantado.

El día ya estaba elegido; Mme. Delbène, haciéndome ir la víspera a pasar la noche en sus brazos, hizo recaer la conversación sobre las materias religiosas.

-Mucho me temo -me dice- que hayas ido muy lenta, hija mía; tu corazón, engañado por tu mente, todavía no está en el punto que yo desearía. Esas infames supersticiones te fastidian todavía, lo juraría. Escucha, Juliette, préstame toda tu atención, y procura que en el futuro tu libertinaje, apoyado en excelentes principios, pueda con desfachatez, como en mí, entregarse a todos los excesos sin remordimientos.

El primer dogma que se me ocurre, cuando se habla de religión, es el de la existencia de Dios: comenzaré razonablemente con su examen puesto que es la base de todo el edificio.

¡Oh Juliette! no hay ninguna duda de que sólo a las limitaciones de nuestro espíritu se debe la quimera de un Dios; al no saber a quién atribuir lo que vemos, en la extrema imposibilidad de explicar los ininteligibles misterios de la naturaleza, gratuitamente hemos erigido por encima de ella un ser revestido del poder de producir todos los efectos cuyas causas nos eran desconocidas.

Tan pronto como se consideró a este abominable fantasma el autor de la naturaleza, hubo que verlo igualmente como el del bien y el del mal. La costumbre de creer que estas opiniones eran verdaderas y la comodidad que se hallaba en esto para satisfacer a la vez la pereza y la curiosidad, hicieron que pronto se diese a esta fábula el mismo grado de creencia que a una demostración geométrica; y la persuasión llegó a ser tan fuerte, la costumbre tan arraigada, que se necesitó toda la fuerza de la razón para preservarse del error. No hay más que un paso de la extravagancia que admite un Dios a la que hace adorarlo: nada más sencillo que implorar a lo que se teme; nada más natural que este procedimiento que quema incienso en los altares del mágico individuo que se constituye a la vez en el motor y el dispensador de todo. Lo creían malo, porque resultaban malos efectos de la necesidad de las leyes de la naturaleza; para apaciguarlo se necesitan víctimas: y de ahí los ayunos, las laceraciones, las penitencias, y todas las otras imbecilidades, frutos del temor de unos y del engaño de otros; o, si lo prefieres, efectos constantes de la debilidad de los hombres, porque es cierto que allí donde éstos se encuentran se hallarán también dioses engendrados por el terror de tales hombres, y homenajes rendidos a tales dioses, resultados necesarios de la extravagancia que los erige. Mi querida amiga, no hay duda de que esta opinión de la existencia y del poder de un Dios distribuidor de bienes y males es la base de todas las religiones de la tierra. Pero, ¿cuál de estas tradiciones es preferible? Todas alegan revelaciones hechas en su favor, todas citan libros, obras de sus dioses, y todas quieren ser la que prevalezca sobre las demás. Para aclararme en esta difícil elección no tengo más guía que mi razón, y en cuanto examino a su luz todas estas pretensiones, todas estas fábulas, ya no veo más que un montón de extravagancias y de simplezas que me impacientan y sublevan.

Después de haber dado un rápido recorrido a las absurdas ideas de todos los pueblos sobre este importante tema, me detengo por fin en lo que piensan los judíos y los cristianos. Los primeros me hablan de un Dios, pero no me explican nada de él, no me dan ninguna idea suya, y no veo más que alegorías pueriles sobre la naturaleza del Dios de este pueblo, indignas de la majestad del ser al que quieren que yo admita como el creador del universo; el legislador de esta nación me habla de su Dios sólo con contradicciones sublevantes, y los rasgos con los que me lo pinta son mucho más propios para hacer que lo deteste que para que lo sirva. Viendo que es este mismo Dios el que habla en los libros que me citan para explicármelo, me pregunto cómo es posible que un Dios haya podido dar de su persona nociones tan propias para conseguir que los hombres lo desprecien. Esta reflexión me impulsa a estudiar tales libros con mayor cuidado: ¿qué ocurre cuando no puedo impedir ver, al examinarlos, que no solamente no pueden estar dictados por el espíritu de un Dios, sino que además están escritos mucho tiempo después de la existencia del que se atreve a afirmar que los ha transmitido de acuerdo con el Dios mismo? ¡Y bien!, ¡así es como me engañan! exclamé al final de mis investigaciones; estos libros santos que me quieren presentar como la obra de un Dios no son más que obra de algunos charlatanes imbéciles, y en ellos se ve, en lugar de huellas divinas, el resultado de la estupidez y de la bobería. Y en efecto, ¿hay mayor necedad que la de presentar por todas partes, en estos libros, un pueblo favorito del soberano recién creado por él, que anuncia a las naciones que sólo a él habla Dios; que sólo se interesa por su suerte; que sólo por él cambia el curso de los astros, separa los mares, aumenta el rocío: cómo si no le hubiese sido mucho más fácil a ese Dios penetrar en los corazones, iluminar los espíritus, que cambiar el curso de la naturaleza, y como si esta predilección en favor de un pequeño

pueblo oscuro, abyecto, ignorado, pudiese estar de acuerdo con la majestad suprema del ser al que vosotros queréis que yo conceda la facultad de haber creado el universo? Pero por más que yo quisiera estar de acuerdo con lo que me enseñan estos libros absurdos, pregunto si el silencio universal de todos los historiadores de las naciones vecinas sobre los hechos extraordinarios que en ellos se consignan, no debería bastar para que dudase de las maravillas que me anuncian. ¿Qué debo pensar, por favor, cuando es en el seno del mismo pueblo que tan fastuosamente me habla de su Dios donde encuentro la mayor cantidad de incrédulos? ¡Qué! ¿Este Dios colma a su pueblo de favores y de milagros, y este pueblo querido no cree en su Dios? ¡Qué! ¿ ¿Este Dios truena desde lo alto de una montaña con la más imponente aparatosidad, dicta sobre esta montaña leyes sublimes al legislador de este pueblo, que, en la llanura, duda de él, y se elevan ídolos en esta llanura para mofarse del Dios legislador que truena sobre la montaña? Por fin muere, ese hombre singular que acaba de ofrecer a los judíos tan magnífico Dios, expira; un milagro acompaña su muerte: ¡y los descendientes de los que fueron testigos de tantos milagros no creen en Dios! Pero, más incrédulos que sus padres, la idolatría derriba en pocos años los vacilantes altares del Dios de Moisés, y los desgraciados judíos oprimidos no se acuerdan de la quimera de sus ancestros más que cuando recobran su libertad. Entonces, nuevos jefes les hablan: desgraciadamente las promesas hechas no se corresponden con los acontecimientos. Los judíos, según estos nuevos jefes, deberían ser felices si fuesen fieles al Dios de Moisés: nunca lo respetaron tanto, y nunca la desgracia los oprimió con mayor dureza. Expuestos a la cólera de los sucesores de Alejandro, no escapan a los hierros de éstos más que para caer bajo los de los romanos, quienes, cansados por fin de su eterna rebelión, derriban su templo y los dispersan. ¡Y así es como les sirve su Dios! ¡Y así es como ese Dios, que los ama, que sólo en su favor modifica el orden sagrado de la naturaleza, así es como los trata, así es como mantiene lo que les ha prometido!

Así pues, no será entre los judíos donde buscaré el Dios poderoso del Universo; al no encontrar en esta miserable nación más que un repugnante fantasma, nacido de la imaginación exaltada de algunos ambiciosos, aborreceré al Dios despreciable ofrecido por la maldad, y dirigiré mis miradas hacia los cristianos.

¡Qué nuevos absurdos se presentan aquí! Ya no son los libros de un loco sobre una montaña los que deben servirme de reglas; el Dios del que ahora se trata se hace anunciar por un embajador mucho más noble, ¡y el bastardo de María es mucho más respetable que el hijo abandonado de Jocabed! Así pues, examinemos a este impostor: ¿qué hace, qué imagina para probarme su Dios?, ¿cuáles son sus credenciales? Piruetas, comidas de putas, curaciones de charlatanes, juegos de palabras y engañifas. Se me anuncia como el hijo de Dios, ese patán que ni siquiera sabe hablarme y que, desde ese día, no escribió ni una línea; es el Dios mismo, debo creerlo porque él lo ha dicho. El zorro es colgado, ¿qué importa?, lo abandona su secta, }o;' todo esto da igual: sólo él es el Dios del universo. Solo pudo engendrarse en una judía, sólo pudo nacer en un establo; es por la abyección, la pobreza, la impostura por lo que debe convencerme: y si no le creo ¡tanto peor para mí, me esperan eternos suplicios! ¿Puede esto definir a un Dios y hay ay en él un solo rasgo que eleve el alma y la persuada? ¡Es el colmo de la contradicción! La nueva ley se apoya sobre la antigua, y sin embargo, la nueva aniquila a la antigua. Entonces, ¿cuál será la base de esta nueva? Entonces, ¿ahora es Cristo el legislador al que hay que creer? Solo él va a explicarme el Dios que me lo envía; pero si Moisés tenía interés en predicarme un

Dios del que obtenía su fuerza, ¡cuál no será el interés del Nazareno en hablarme de Dios, del que dice que desciende! Por supuesto, el legislador moderno sabía mucho más que el antiguo: al primero le bastaba charlar familiarmente con su amo; el segundo es de su misma sangre. Moisés, atribuyéndose milagros de la naturaleza, persuade a su pueblo de que el rayo sólo se enciende para él; Jesús, mucho más astuto, hace él mismo el milagro; y si los dos merecen el eterno desprecio de sus contemporáneos hay que convenir al menos en que el nuevo supo, con más picardía, conseguir la estima de los hombres; y la posteridad que los juzga < asignando a uno una sala en los manicomios, no podrá, sin embargo, abstenerse de dar al otro ano de los primeros puestos en el patíbulo.

Puedes ver, Juliette, en qué círculo vicioso caen los hombres en cuanto su cabeza se pierde por estos absurdos... *La religión prueba al profeta, y el profeta a la religión.*

Al no haberse mostrado todavía este Dios, ni en la secta judía, ni en la otra secta tan despreciable de los cristianos, lo busco de nuevo, llamo a la razón en mi ayuda, y analizo a ésta para que me engañe menos. ¿Qué es la razón? Es esa facultad que me ha sido dada por la ; naturaleza para determinarme hacia tal objeto y huir de tal otro, en proporción a la dosis de placer o de daño recibido de esos objetos: cálculo sometido de modo absoluto a mis sentidos, puesto que sólo de ellos recibo las impresiones comparativas que constituyen o los dolores de los que quiero huir o el placer que debo buscar. Como dice Fréret, la razón no es más que la balanza con la que pesamos los objetos, y por la cual, poniendo en el peso aquellos objetos que están lejos de nuestro alcance, conocemos lo que debemos pensar por la relación existente entre ellos, de tal forma que sea siempre la apariencia del mayor placer lo que gane. Puedes ver que esta razón, en nosotros como en los animales, que también la tienen, no es más que el resultado del mecanismo más tosco y más material. Pero como no tenemos otra antorcha, sólo a ella podemos someter esa fe, imperiosamente exigida por los bribones, hacia objetos sin realidad, o tan l prodigiosamente envilecidos por sí mismos, que sólo me- recen nuestro desprecio. Ahora bien, sabes, Juliette, que el primer efecto de esta razón es establecer una diferencia esencial entre el objeto que se manifiesta y el objeto que es percibido. Las percepciones representativas de un' objeto son de diferentes tipos. Si nos muestran los objetos como ausentes, pero como presentes en otro tiempo a nuestra mente, es lo que llamamos memoria, recuerdo. Si nos presentan los objetos sin expresarnos ausencia, entonces es lo que llamamos imaginación, y esta imaginación es la causa de todos nuestros errores. Pues la fuente más abundante de estos errores reside en que suponemos una existencia propia a los objetos de estas percepciones interiores, una existencia separada de nosotros, de la misma forma que las concebimos separadamente. Por consiguiente, yo daría, para que me entiendas, daría, digo, a esta idea separada, a esta idea surgida del objeto que imaginamos, el nombre de *idea objetiva,* para diferenciarla de la que está presente, y que yo llamaría *real.* Es muy importante no confundir estos dos tipos de existencia; no puedes ni imaginarte en qué torbellino de errores se cae cuando no se tienen en cuenta estas distinciones. El punto dividido hasta el infinito, tan necesario en geometría, pertenece a la clase de las existencias *objetivas; y* los cuerpos, los sólidos, a la de las existencias *reales.* Por muy abstracto que esto te parezca, querida mía, tienes que seguirme si quieres llegar conmigo al final al que quiero conducirte por mis razonamientos.

En primer lugar, observamos, antes de ir más lejos, que no hay nada más común ni más ordinario que engañarse torpemente entre la existencia real de los cuerpos que están fuera

de nosotros y la existencia objetiva de las percepciones que están en nuestra mente. Nuestras mismas percepciones se diferencian de nosotros, y entre sí, según que perciban los objetos presentes, sus relaciones, y las relaciones de estas relaciones. Son pensamientos en tanto que nos aportan las imágenes de las cosas ausentes; son ideas en tanto que nos aportan imágenes que están dentro de nosotros. Sin embargo, todas estas cosas no son más que modalidades, o formas de existir de nuestro ser, que no se distinguen ya entre sí, ni de nosotros mismos, más de lo que la extensión, la solidez, la figura, el color, el movimiento de un cuerpo, se distinguen de ese cuerpo. A continuación, se imaginaron forzosamente términos que conviniesen de manera general a todas las ideas particulares que eran semejantes; se ha dado el nombre de causa a todo ser que produce algún cambio en otro ser distinto de él, y efecto a todo cambio producido en un ser por una causa cualquiera. Como estos términos excitan en nosotros al menos una imagen confusa de ser, de acción, de reacción, de cambio, la costumbre de servirnos de ellas ha hecho creer que teníamos una percepción clara y distinta, y por último hemos llegado a imaginar que podía existir una causa que no fuese un ser o un cuerpo, una causa que fuese realmente distinta de cualquier cuerpo, y que, sin movimiento y sin acción, pudiese producir todos los efectos imaginables. No hemos querido reflexionar sobre el hecho de que todos los seres, actuando y reaccionando constantemente unos sobre otros, producen y sufren al mismo tiempo cambios; la íntima progresión de los seres que han sido sucesivamente causa y efecto pronto cansó la mente de aquellos que sólo quieren encontrar la causa en todos los efectos: sintiendo que su imaginación se agotaba ante esta larga secuencia de ideas, les pareció más breve remontar todo de una vez a una primera causa, imaginada como la causa universal, siendo las causas particulares efectos suyos, y sin que ella sea, a su vez, el efecto de ninguna causa.

Este es el Dios de los hombres, Juliette; esta es la estúpida quimera de su débil imaginación. Ves cuál ha sido el encadenamiento de sofismas con el que han llegado a crearla; y, según la definición particular que te he dado,', ves que este fantasma, al no tener más que una existencia objetiva, no podría estar fuera de la mente de los que lo consideran, y por consiguiente no es más que un puro efecto de la turbación de su cerebro. Sin embargo, ¡este es el Dios de los mortales, este es el ser abominable que han inventado, y en cuyos templos han hecho correr tanta sangre!

Si me he extendido -prosiguió Mme. Delbène- sobre las diferencias esenciales entre las existencias reales y las existencias objetivas, es, querida mía, porque era urgente que te demostrase las variedades que se encuentran en las opiniones prácticas y especulativas de los hombres, y para hacerte ver que dan existencia real a muchas cosas que sólo tienen una existencia especulativa: ahora bien, al producto de esta existencia especulativa es a lo que los hombres han dado el nombre de Dios. Si todo esto sólo tuviese como consecuencia falsos razonamientos, el inconveniente sería mínimo; pero desgraciadamente tiene mayor alcance: la imaginación se inflama, se crea la costumbre, y nos habituamos a considerar como algo real lo que sólo es obra de nuestra debilidad. Todavía no nos hemos convencido de que la voluntad de este ser quimérico es causa de todo lo que nos sucede, cuando ya estamos empleando todos los medios para serle agradables, todas las formas de implorarle.

Así pues, sólo podemos decidirnos a adoptar un Dios después de reflexionar sobre lo que acaba de ser dicho, y con la iluminación de reflexiones más maduras, persuadámonos

de que, al no poder presentarse la idea de Dios más que de una manera objetiva, sólo pueden resultar de ella ilusiones y fantasmas.

Por muchos sofismas que aleguen los partidarios absurdos de la divinidad quimérica de los hombres, no os dicen más que no hay efecto sin causa; pero no os de muestran que sea preciso llegar a una primera causa eterna, causa universal de todas las causas particulares, y que ella misma sea causa creadora e independiente de cualquier otra causa. Estoy de acuerdo con que no comprendemos la relación, la secuencia y la progresión de todas las causas; pero la ignorancia de un hecho nunca es motivo suficiente para creer o determinar otro. Aquellos que quieren convencernos de la existencia de su abominable Dios se atreven con descaro a decirnos que, porque nosotros no podemos asignar la verdadera causa de los efectos, tenemos que admitir necesariamente la causa universal. ¿Se puede razonar tan imbécilmente? ¡Como si no fuese preferible aceptar la ignorancia a admitir una cosa absurda!; ¡o como si la admisión de esta cosa absurda se convirtiese en una prueba de su existencia! La confesión de nuestra debilidad no tienen ningún inconveniente, no hay duda alguna; la adopción del fantasma está lleno de escollos contra los que chocaremos constantemente si somos sabios, pero contra los que nos romperemos la cabeza si ésta se exalta: y las quimeras exaltan siempre.

Si se quiere, concedamos por un momento a nuestros antagonistas la existencia del vampiro que les da la felicidad (1). En esta hipótesis, yo les pregunto si la ley, la regla, la voluntad con la que Dios conduce a los seres, es de la misma naturaleza que nuestra voluntad y nuestra fuerza, si Dios, en las mismas circunstancias, puede querer y no querer, si la misma cosa puede gustarle y disgustarle, si no cambia de sentimientos, si la ley por la que se conduce es inmutable. Si es ella la que lo conduce, no hay más que ejecutarla: y desde ese mismo momento, no hay ninguna fuerza superior. Esta ley necesaria, ¿qué es en sí misma?, ¿es distinta de él o inherente a él? Si, por el contrario, este ser puede cambiar de sentimiento y de voluntad, pregunto por qué cambia. Es evidente que necesita un motivo, y un bien más razonable que los que nos determinan, porque Dios debe ganarnos en sabiduría, como nos supera en prudencia; ahora bien, ¿puede imaginarse este motivo sin alterar la perfección del ser que cede a él? Digo más: si Dios sabe de antemano que cambiará de voluntad, ¿por qué, desde el momento en que todo lo puede, no ha dispuesto las circunstancias de forma que esta mutación siempre fatigosa, y que siempre prueba una cierta debilidad, se haga innecesaria?, y si lo ignora, ¿qué es un Dios que no prevé lo que debe hacer? Si lo prevé, y puesto que no puede equivocarse, como hay que creer para tener de él una idea correcta, está obligado entonces, independientemente de su voluntad, a actuar de tal o tal forma; ahora bien, ¿cuál es esta ley que sigue su voluntad?, ¿dónde está?, ¿de dónde saca su fuerza?

(1) El vampiro chupaba la sangre de los cadáveres. Dios hace correr la de los hombres; ambos se muestran quiméricos a un simple examen: ¿nos engañaríamos si diésemos a uno el nombre del otro?

Si vuestro Dios no es libre, si está determinado a actuar siguiendo leyes que lo dominan, entonces es una fuerza semejante al destino, a la fortuna, a la que no afectarán los deseos, no doblegarán las oraciones, no apaciguarán las ofrendas, y a la que es preferible despreciar eternamente que implorar con tan escaso éxito.

Pero si, más peligroso, más malvado y más feroz todavía, vuestro execrable Dios ha ocultado a los hombres lo que era necesario para su felicidad, entonces su proyecto no era hacerlos felices; entonces no los ama, entonces no es ni justo ni bienhechor. Me parece que un Dios no debe querer nada que no sea posible, y no lo es el que el hombre observe leyes que lo tiranizan o que le son desconocidas.

Este Dios villano hace todavía más: odia al hombre por haber ignorado lo que no le ha enseñado; lo castiga por haber transgredido una ley desconocida, por haber seguido inclinaciones que sólo procedían de él. ¡Oh Juliette! ¯exclamó mi instructora-, ¿puedo concebir a ese infernal y detestable Dios de otra forma que no sea como un tirano, un bárbaro, un monstruo, al que debo todo el odio, toda la furia, todo el desprecio que pueden exhalar a la vez mis facultades físicas y morales?

De este modo, deben llegar a demostrarme... probarme la existencia de Dios; deben lograr convencerme de que ha dictado leyes, que ha elegido hombres para ponerlos de testigos ante los mortales; hacerme ver que reina la más completa armonía en todas las relaciones que proceden de él: nada podría probarme que le complazco siguiendo sus leyes, porque, si no es bueno, puede engañarme, y mi razón, que procede de él, no me tranquilizará, puesto que entonces puede habérmela dado para precipitarme con mayor seguridad al error.

Prosigamos. Ahora os pregunto a vosotros, los deístas, cómo se conducirá ese Dios, que admito por un momento, frente a los que no poseen ningún conocimiento de sus leyes. Si Dios castiga la ignorancia invencible de aquellos a los que no se les han anunciado sus leyes, es injusto; si no puede instruirlos, carece de poder.

Es cierto que la revelación de las leyes del Eterno deben llevar en sí caracteres que prueben el Dios del que emanan; ahora bien, yo pregunto, ¿cuál, de todas las re velaciones que nos han llegado, lleva ese carácter tan evidente como indispensable? Así pues, por la religión se destruye el Dios que anuncia esa misma religión; ahora bien, ¿qué ocurrirá con esta religión cuando el Dios que establece sólo tenga ya existencia en [1]a cabeza de los imbéciles?

Poco importa para la felicidad de la vida que los conocimientos humanos sean reales o falsos; pero no ocurre lo mismo cuando se trata de la religión. Cuando los hombres han hecho suyos los objetos imaginarios que ella presenta, se apasionan por estos objetos, se persuaden de que estos fantasmas que revolotean en su mente existen realmente, y, desde ese momento, nada puede contenerlos. Cada día hay nuevos motivos para temblar: tales son los únicos efectos que produce en nosotros la peligrosa idea de un Dios. Esta sola idea causa los males más perniciosos de la vida del hombre; ella es la que lo obliga a privarse de los más dulces placeres de la vida, en el terror de provocar la ira de ese repugnante fruto de su imaginación delirante. Así pues, mi querida amiga, es necesario liberarse lo antes posible de los terrores que infunde esta quimera; y para eso, sin duda, sólo hay que descargar la hoz sobre el ídolo, sólo hay que pulverizarla con energía.

La idea que quieren darnos los curas de la divinidad no es otra que la de una causa universal, de la que son efectos todas las otras. Los imbéciles, a los que se han dirigido estos impostores, han creído que existía tal causa... que podía existir separadamente de los efectos particulares que ella produce, como si las modalidades de un cuerpo pudiesen ser separa das de ese cuerpo, como si siendo la blancura una de las cualidades de la nieve,

fuese posible separar de ésta tal cualidad. ¿Acaso abandonan las modificaciones los cuerpos que modifican? ¡Y bien!, vuestro Dios no es masque una modificación de la materia en perpetua acción por su esencia: esa acción que creéis poder separar de ella, esa energía de la materia, ese es vuestro Dios. ¡Examinad ahora, estúpidos adoradores de un ser semejante, de qué homenaje es digno!

Los que sólo atribuyen a la primera causa el movimiento local de los cuerpos, y dan a nuestras mentes la posibilidad de determinarse, limitan esta causa y la despojan de su universalidad, para reducirla a lo más bajo que hay en la naturaleza, es decir, a la simple función de poner en movimiento a la materia. Pero como todo está relacionado en la naturaleza, porque los sentimientos espirituales provocan movimientos en los cuerpos vivos, y los movimientos de los cuerpos excitan sentimientos en las almas, no se puede recurrir a esta suposición para establecer o defender el culto religioso. Sólo como consecuencia de la percepción de los objetos que se nos presentan tenemos voluntad; sólo con motivo del movimiento excitado en nuestros órganos tenemos percepciones: por lo tanto, la causa del movimiento es la de nuestra voluntad. Si esta causa ignora el efecto que producirá en nosotros el movimiento, ¡qué indigna es la idea de un Dios! Si lo sabe, es su cómplice, y consiente en él; si, sabiéndolo, no consiente en él, se ve obligado a hacer lo que no quiere; por consiguiente, existe algo más poderoso que él: y está obligado a seguir leyes. Como nuestras voluntades provocan algunos movimientos, Dios está obligado a competir con nuestra voluntad; por tanto, está en el brazo del parricida, en la llama del incendiario, en el coño de la prostituta. Dios no lo consiente y entonces ahí lo tenemos, menos fuerte que nosotros, obligado a obedecernos. Por tanto, por mucho que se diga, hay que confesar que no existe causa universal; o si deseáis con todas las fuerzas que exista una, tenemos que convenir que consiente todo lo que nos sucede y nunca quiere nada distinto; tenéis que confesar además que no puede amar ni odiar a ninguno de los seres particulares que emanan de ella, porque todos le obedecen por igual, y que, según esto, las palabras de castigos, recompensas, leyes, prohibiciones, orden, desorden, no son más que palabras alegóricas, sacadas de lo que ocurre entre los hombres.

Si no estamos obligados a considerar a Dios como un ser esencialmente bueno, como un ser que ama a los hombres, podemos creer que ha querido engañarlos. De esta forma, aunque fuesen verdaderos todos los prodigios sobre los que se basan los que pretenden conocer las leyes que ha revelado a algunos hombres, como todos nos confirman que es un ser injusto, inhumano, no tenemos ninguna seguridad de que no haga tales prodigios con el fin expreso de engañarnos, y nada nos autoriza a creer que la más estricta observación de sus leyes pueda convertirme nunca en amigó suyo. Si no castiga a los que han observado estas leyes, su observación es inútil; y como esta observación es punible, vuestro Dios, al promulgarla, se ha hecho culpable de inutilidad y de maldad: entonces, os pregunto si éste es un ser digno de nuestros homenajes. Por otra parte, estas leyes no tienen nada de respetable: son absurdas, contrarias a la razón, repugnan a la moral, afligen al cuerpo; los que las anuncian, las violan constantemente; y si hay algunos individuos en el mundo a los que se les ocurre poner fe en ellas, escrutemos su espíritu detenidamente: pronto los reconoceremos como imbéciles. Cuando quiero profundizar en las pruebas de ese fárrago de misterios y de leyes dictadas por ese Dios ridículo, no las encuentro apoyadas más que sobre tradiciones confusas, inseguras, y siempre victoriosamente combatidas por los adversarios.

Digámoslo claramente: de todas las religiones establecidas entre los hombres, no hay ninguna que legítimamente pueda prevalecer sobre las otras; ni una que no esté llena de fábulas, de mentiras, de perversidades, y que no ofrezca al tiempo los peligros más inminentes, junto a las contradicciones más palpables. Cuando los locos quieren imponer sus sueños, apelan en su ayuda a los milagros: de donde resulta que, siempre en el mismo círculo, en ese momento el milagro prueba la religión, mientras que hasta entonces la religión probaba el milagro. Como si no hubiese más que una que pudiese apoyarse en prodigios: pero todas los citan, todas los ofrecen.

Y el hermoso cisne de Leda
bien vale la paloma de Marta.

A pesar de todo, si aceptamos que todos estos crímenes son ciertos, resulta necesariamente que Dios ha permitido que sean hechos tanto por las falsas religiones como por las verdaderas, y, según esto, el error lo conmueve tanto como la verdad. Lo que es gracioso es que cada secta esté igualmente convencida de la realidad de sus prodigios. Si todos son falsos, tenemos que concluir que naciones enteras han podido creer prodigios supuestos: por consiguiente, en el capítulo de los prodigios, la firme persuasión de una nación entera no prueba su verdad. Pero no tenemos más que la persuasión de los que creen en ellos para probar la verdad. por consiguiente, no hay ninguno cuya verdad esté suficientemente demostrada; y como estos prodigios son los únicos medios que tienen para obligarnos a creer en una religión, debemos concluir que ninguno está probado, y considerarlos como obra del fanatismo, del engaño, de la impostura y del orgullo.

-Pero -interrumpí yo, llegado a este punto-, si no hay ni Dios, ni religión, entonces, ¿quién gobierna el universo?

MI querida amiga -respondió Mme. Delbene . el universo se mueve por su propio impulso, y las leyes eternas de la naturaleza, inherentes a ella misma, son suficientes, sin una causa primera, para producir todo lo que vemos; el perpetuo movimiento de la materia lo explica todo: ¿qué necesidad hay de suponer un motor para lo que siempre está en movimiento? El universo es un conjunto de seres diferentes que actúan y reaccionan recíproca y sucesivamente unos sobre otros; yo no descubro ninguna limitación en esto, sólo veo un paso continuo de un estado a otro, en relación a los seres que adquieren sucesivamente varias formas nuevas, pero no creo en una causa universal, distinta de él, que le dé su existencia y que produzca las modificaciones de los seres particulares que lo componen: incluso confieso que veo todo lo contrario, y creo haberlo demostrado. No nos inquietemos en absoluto por sustituir las quimeras por otra cosa, y no admitamos nunca como causa de lo que no comprendemos algo que comprendemos todavía menos.

Después de haberte demostrado la extravagancia del sistema deísta -prosiguió esta encantadora mujer- no me costará mucho trabajo, sin duda, destruir en ti los prejuicios inculcados desde la infancia sobre el principio de nuestra vida. En efecto, ¿hay algo más extraordinario que la superioridad que se arrogan los hombres sobre los otros animales? En cuanto se les pregunta en qué se basa esta superioridad, responden estúpidamente: nuestra alma. Pero si les ruegas que te expliquen lo que entienden por esta palabra alma, ¡oh!, entonces los verás balbucir, contradecirse: es una sustancia desconocida, dicen; es

una fuerza secreta distinta de su cuerpo; es un espíritu sobre el que nada sabemos. Pregúntales cómo ha podido ese espíritu, al que, como a su Dios, suponen totalmente desprovisto de extensión, cómo ha podido combinarse con su cuerpo extenso y material; os dirán que no saben nada de él, que es un misterio, que esta combinación es producto de la omnipotencia de Dios. Estas son las ideas claras que se forma la imbecilidad sobre su sustancia oculta, o más bien imaginaria, de la que ha hecho el móvil de todas sus acciones.

A esto yo sólo respondo una cosa: si el alma es una sustancia esencialmente diferente del cuerpo y que no puede tener ninguna relación con él, su unión es algo imposible; por otra parte, al ser esta alma una sustancia esencialmente diferente del cuerpo, debería actuar necesariamente de forma diferente a él; sin embargo, vemos que los movimientos experimentados por el cuerpo repercuten sobre esa pretendida alma, y que estas dos sustancias, diversas en su esencia, actúan siempre de común acuerdo. Nos dirán todavía que esta armonía es un misterio, y yo responderé que no veo mi alma, que lo único que conozco y siento es mi cuerpo, que es el cuerpo el que siente, piensa, juzga, sufre, goza, y que todas sus facultades son resultados necesarios de su mecanismo y su organización.

Aunque a los hombres les sea imposible hacerse la menor idea de su alma, aunque todo les pruebe que no sienten, no piensan, no adquieren ideas, no gozan y no sufren más que por medio de los sentidos o de los órganos materiales del cuerpo, sin embargo están convencidos de que esta alma desconocida está exenta de la muerte. Pero, aun suponiendo la existencia de esta alma, decidme, por favor, si puede impedirse reconocer que ella depende totalmente del cuerpo, y que sufre conjuntamente con él todas las vicisitudes por las que éste atraviesa. Y sin embargo, se lleva el absurdo hasta creer que, por su naturaleza, no tiene ningún parecido con él; se pretende que pueda actuar y sentir sin la ayuda de este cuerpo; en una palabra, se pretende que, privada de este cuerpo y liberada de los sentidos, esta alma sublime podrá vivir para sufrir, gozar del bienestar o sentir terribles tormentos. Y sobre parecido montón de conjeturas absurdas es sobre lo que se ha construido la maravillosa opinión de la inmortalidad del alma.

Si pregunto qué motivos hay para suponer al alma inmortal, me responden con prontitud: es que el hombre, por su propia naturaleza, desea ser inmortal. Pero, replicaré yo, ¿se convierte vuestro deseo en una prueba de su realización? ¿Por qué extraña lógica se atreven a decidir que una cosa no puede dejar de suceder solamente porque se la desea? Los impíos-continúan ellos-, privados de las halagüeñas esperanzas de otra vida, desean ser aniquilados. ¡Y bien!, ¿no tienen ellos el mismo derecho que vosotros de concluir que serán aniquilados, así como vosotros os sentís autorizados a creer que existiréis simplemente porque lo deseáis?

¡Oh Juliette! -prosiguió esta mujer filósofa con toda la fuerza de la persuasión- ¡Oh, mi querida amiga!, no te quepa la menor duda de que morimos por completo, y de que el cuerpo humano, una vez que la Parca ha cortado el hilo, no es más que una masa incapaz de producir los movimientos que constituían la vida. No vemos entonces ni circulación, ni respiración, ni digestión, ni palabra, ni pensamiento. Pretenden que, en ese momento, el alma se ha separado del cuerpo; pero decir que esta alma desconocida es el principio de la vida es no decir nada, es decir sólo que una fuerza desconocida es el principio oculto de movimientos imperceptibles. Nada más natural y más sencillo que creer que el hombre

muerto ya no existe; nada más extravagante que creer que el hombre muerto está todavía en vida.

Nos reímos de la simpleza de algunos pueblos cuya costumbre es enterrar provisiones junto con los muertos: así pues, ¿es más absurdo creer que los hombres comerán después de la muerte, que imaginarse que pensarán, que tendrán ideas agradables o molestas, que gozarán, sufrirán, sentirán arrepentimiento o alegría, cuando los órganos, propios para proporcionarles sentimientos o ideas, estén disueltos y reducidos a polvo? Decir que las almas humanas serán felices o desgraciadas después de la muerte es como pretender que los hombres podrán ver sin ojos, oír sin oídos, gustar sin paladar, oler sin nariz, tocar sin manos, etc. Sin embargo, naciones que se creen muy razonables adoptan ideas parecidas.

El dogma de la inmortalidad del alma supone que el alma es una sustancia simple, en una palabra, un espíritu: pero seguiré preguntando qué es un espíritu.

-Me enseñaron -respondí a Mme. Delbène- que un espíritu era una sustancia privada de extensión, incorruptible, y que no tiene nada en común con la materia.

-Pero si es así -respondió vivamente mi institutriz-, ¿cómo nace tu alma, crece, se fortalece, se altera, envejece, en las mismas proporciones que tu cuerpo?

Siguiendo el ejemplo de todos los imbéciles que tuvieron los mismos principios, me responderás que todo eso son misterios. Pero, imbéciles, si son misterios, entonces no comprenderéis nada de ellos, y si no comprendéis nada, ¿cómo podéis decidir afirmativamente una cosa de la que sois incapaces de formaros una idea? Para creer o afirmar algo, hace falta saber al menos en qué consiste lo que se cree o se afirma. Creer en la inmortalidad del alma es decir que se está convencido de la existencia de algo de lo que es imposible formarse una verdadera idea, es creer en palabras sin poder darles ningún sentido; afirmar que algo es tal como se ha dicho es el colmo de la locura y de la vanidad.

¡Cuán extraños razonadores son los teólogos! En cuanto no pueden adivinar las causas naturales de las cosas, inventan causas sobrenaturales, imaginan espíritus, dioses, causas ocultas, agentes inexplicables, o más bien palabras más oscuras que las cosas que se esfuerzan por explicar. Permanezcamos en la naturaleza cuando queramos darnos cuenta de los efectos de la naturaleza; no nos alejemos de ella cuando queramos explicar sus fenómenos; ignoremos las causas demasiado separadas de nosotros para ser comprendidas por nuestros órganos, y convenzámonos de que, si nos salimos de la naturaleza, nunca encontraremos la solución de los problemas que la naturaleza nos presenta.

En la hipótesis misma de la teología, es decir, suponiendo un motor omnipotente de la materia, ¿con qué derecho negarían los teólogos a su Dios el poder de dar a esta materia la facultad de pensar? ¿Le sería más difícil crear esas combinaciones de materia, de las que resulta el pensamiento, que espíritus que piensan? Al menos, suponiendo una materia que pensase, tendríamos algunas nociones del sujeto del pensamiento o de lo que piensa en nosotros; mientras que al atribuir el pensamiento a un ser inmaterial, nos es imposible hacernos la menor idea de él.

Se nos objeta que el materialismo hace del hombre una pura máquina, lo que se considera muy humillante para la especie humana; pero, ¿será más honrada esta especie humana porque se diga que el hombre actúa por impulsos secretos de un espíritu o de un cierto no sé qué que sirve para animarlo sin que se sepa cómo?

Es fácil darse cuenta de que la superioridad que se ha dado al, espíritu sobre la materia, o al alma sobre el cuerpo, se basa sólo en la ignorancia que se tiene de la naturaleza de esta alma, mientras que se está más familiarizado con la materia o el cuerpo, que se cree conocer y cuyos resortes se imaginan descubiertos; pero los movimientos más simples de nuestro cuerpo son, para todo hombre que los medite, enigmas tan difíciles de adivinar como el pensamiento.

El aprecio que tiene tanta gente por la sustancia espiritual no parece tener otro motivo que la imposibilidad en que se encuentran de definirla de una manera inteligible; el poco caso que prestan los teólogos a la materia no procede más que del hecho de que la familiaridad engendra el desprecio. Cuando nos dicen que el alma es mejor que el cuerpo no nos dicen nada, sólo que aquello que no conocen de ninguna manera debe ser mucho más hermoso que aquello de lo que tienen alguna idea.

Constantemente nos enorgullecemos de la utilidad del dogma de la otra vida; se pretende que, aunque sea una ficción, sería ventajosa porque se impondría a los hombres y los conduciría a la virtud. A esto yo pregunto si es verdad que ese dogma hace a los hombres más prudentes y más virtuosos. Por el contrario, me atrevo a afirmar que no sirve más que para volverles locos, hipócritas, malvados, atrabiliarios, y que se encuentran más virtudes, mejores costumbres en los pueblos que no tienen ninguna de estas ideas que en aquéllos en que constituyen la base de las religiones. Si los que están encargados de enseñar y de gobernar a los hombres tuviesen luces y virtudes, los gobernarían mucho mejor con realidades que con quimeras; pero bribones, ambiciosos, corrompidos, los legisladores han encontrado más fácil adormecer a las naciones mediante fábulas que enseñándoles verdades... que desarrollarles su razón, que impulsarles a la virtud por motivos sensibles y reales... que gobernarles, en fin, de una forma razonable.

No hay ninguna duda de que los curas han tenido sus motivos para imaginar la ridícula fábula de la inmortalidad del alma: ¿hubiesen puesto a los moribundos a contribución sin estos sistemas? ¡Ah! si estos espantosos dogmas de un Dios... de un alma que nos sobrevive, no son de ninguna utilidad para el género humano, convengamos que al menos son de una necesidad imperiosa para aquellos que se han encargado de infectar con ellos la opinión pública (2).

(2) ¿Sobrevivirían sin estos medios? Sólo dos clases de individuos deben adoptar los sistemas religiosos: primero, la de aquéllos que maquinan estos absurdos y, la de los imbéciles que creen eternamente todo lo que se les dice sin profundizar nunca en nada. Apuesto a que ningún ser razonable y espiritual puede afirmar que cree de buena fe en las atrocidades religiosas.

-Pero -objeté a Mme. Delbène- ¿no es consolador para el desgraciado el dogma de la inmortalidad del alma?, ¿no es un bien para el hombre creer en que podrá sobre vivirse a sí mismo, y gozar algún día en el cielo de la felicidad que se le ha negado en la tierra?

-En verdad -me respondió mi amiga- no veo que el deseo de tranquilizar a algunos imbéciles desgraciados valga la pena de envenenar a millones de gentes honradas. Por otra parte, ¿es razonable hacer de sus deseos la medida de la verdad? Tened un poco más de valentía, doblegaos a la ley general, resignaos al orden del destino cuyos decretos son que, al igual que todos los seres, caeréis en el crisol de la naturaleza para salir de él bajo otras formas. Porque, en realidad, nada perece en el seno de esta madre del género huma-

no; los elementos que nos componen se unirán bajo otras combinaciones; un eterno laurel crece sobre la tumba de Virgilio. Esta transmigración gloriosa, ¿no es, imbéciles deistas, tan dulce como vuestra alternativa del infierno o el paraíso? Porque si este último es consolador, tendréis que estar de acuerdo conmigo en que el otro es terrible. Imbéciles cristianos ¿acaso no decís que para salvarse se necesitan gracias que vuestro Dios no concede más que a muy poca gente? Por cierto que son ideas muy consoladoras; ¿y no es cien veces preferible ser aniquilado que arder eternamente? Según esto ¿quién se atreverá a sostener que la opinión que libera de estos temores no es mil veces más agradable que la incertidumbre en que nos deja la admisión de un Dios que, dueño de sus gracias, no las concede más que a sus favoritos, y que permite que todos los demás se hagan dignos de los suplicios eternos? Sólo el entusiasmo a la locura puede hacer que se prefieran conjeturas improbables que desesperan a un sistema evidente que tranquiliza.

-Pero ¿qué será de mí? -digo todavía a Mme. Delbène-; esta oscuridad me aterra, ese eterno anonadamiento me atemoriza.

-¿Y qué eras tú, por favor, antes de nacer? -me respondió esta mujer genial-. Unas porciones llenas de materia no organizada, que no había recibido todavía ninguna forma, o que habían recibido una de la que no puedes acordarte. ¡Y bien! Volverás a las mismas porciones de materia, listas para organizar nuevos seres, en el momento en que las leyes de la naturaleza lo crean conveniente. ¿Gozabas? No. ¿Sufrías? No. Entonces ¿es un estado tan penoso, y ¿cuál es el ser que no estaría de acuerdo en sacrificar todos sus goces a la certeza de no tener nunca penas? ¿Qué sería si pudiese concluir este trato? Un ser inerte, sin movimiento. ¿Qué será después de la muerte? Positivamente lo mismo. Entonces, ¿de qué sirve afligirse, puesto que la ley de la naturaleza nos condena positivamente al estado que aceptaríais de buena gana, si tuvieseis la posibilidad? ¡Y bien! Juliette, la certeza de no existir siempre ¿es más desesperante que la de no haber existido siempre? Ya, ya, tranquilízate, ángel mío; el terror de dejar de existir no es un mal real más que para la imaginación creadora del absurdo dogma de otra vida.

El alma, o, si se quiere, ese principio activo... vivificante, que nos ama, que nos mueve, nos determina, no es otra cosa que la materia sutilizada hasta un cierto punto, medio por el que ha adquirido las facultades que nos maravillan. Es evidente que todas las porciones de materia no serían capaces de producir los mismos efectos; pero combinadas con las que componen nuestros cuerpos, se hacen susceptibles de ello, de la misma manera que el fuego puede convertirse en llama cuando se combina con cuerpos grasos o inflamables. En una palabra, el alma no puede ser considerada más que bajo estos dos sentidos, como principio activo y como principio pensante; ahora bien, bajo uno u otro aspecto, vamos a demostrar que es materia por dos silogismos sin réplica. 1° Como principio activo, se divide; porque el corazón conserva su movimiento mucho tiempo después de su separación del cuerpo. Ahora bien, todo lo que se divide es materia; el alma, como principio activo, se divide: luego es materia. 2° Todo lo que periclita es materia; lo que fuese esencialmente espíritu no podría periclitar. Ahora bien, el alma sigue las impresiones del cuerpo: es débil en la tierna edad, agobiada en la edad decrépita; luego siente las influencias del cuerpo; sin embargo, todo lo que periclita es materia: el alma periclita, luego es materia.

Atrevámonos a decirlo y volverlo a decir constantemente no hay nada asombroso en el fenómeno del pensamiento, o al menos nada que pruebe que este pensamiento sea distinto de la materia, nada que demuestre que la materia, sutilizada o modificada de tal o cual

forma, no pueda producir el pensamiento; esto es infinitamente menos difícil de comprender que la existencia de un Dios. Si este alma sublime fuese efectivamente la obra de Dios ¿por qué sufriría todos los diferentes cambios o accidentes del cuerpo? Me parece que, como obra de Dios, esta alma debería ser perfecta y no lo es el modificarse al igual que una materia tan llena de defectos. Si esta alma fuese la obra de un Dios, no tendría que sentir ni experimentar sus gradaciones; ni podría ni debería; se uniría al embrión totalmente formado, y desde la cuna, habrían podido componer Cicerón sus Tusculanas, Voltaire su Alcira, etc. Si esto no ocurre ni puede ocurrir, entonces el alma observa las mismas gradaciones que el cuerpo. Luego, tiene partes, puesto que crece, baja, aumenta o disminuye; ahora bien, todo lo que tiene partes es materia: luego el alma es materia, puesto que está compuesta de partes. Convengamos en que es absolutamente imposible que el alma pueda existir sin el cuerpo, y éste sin la otra.

Por lo demás, no hay nada de maravilloso en el poder absoluto del alma sobre el cuerpo; no es más que un mismo todo, compuesto de partes iguales, estoy de acuerdo, pero en el que, sin embargo, las partes groseras deben estar sometidas a las partes sutiles, por la misma razón del poder que tiene la llama, que es materia, sobre el cirio que consume, que es igualmente materia; y éste es el ejemplo, como en nuestro cuerpo, de dos materias enfrentadas, en las que la más sutil domina a la más grosera.

Y aquí tienes, Juliette, más de lo que te hace falta para convencerte, me imagino, de la nada de la existencia de Dios y del dogma de la inmortalidad del alma. ¡Qué habilidad la de aquellos que inventaron estos dos monstruosos dogmas! ¡Y qué no emprenderían sobre un pueblo, erigiéndose en los ministros de un Dios cuyo odio o amor poseía tanto interés para la vida futura! ¡Qué crédito debían tener sobre el espíritu de las gentes que, temiendo las penas o las recompensas futuras, estaban obligadas a recurrir a estos bribones, como a los mediadores de un Dios, únicos capaces de evitar unas y conseguir otras! Así pues, todas estas fábulas no son más que el fruto de la ambición, del orgullo y de la demencia de algunos individuos, alimentadas por la absurdidad de otros, pero que sólo merecen nuestro desprecio... la extinción... absorbidas por nosotros, hasta el punto de que nunca más vuelvan a aparecer. ¡Oh!, ¡hasta qué punto te exhorto, mi querida Juliette, a que las detestes conmigo! Se dice que estos sistemas conducen a la degradación de las costumbres. ¡Y!, luego, ¿son más importantes las costumbres que las religiones? Sometidas de un modo absoluto al grado de latitud de un país, sólo dependen de la arbitrariedad. Nada nos está prohibido por la naturaleza: sólo las leyes se creen autorizadas a imponer ciertos límites al pueblo, relativos a la temperatura del aire, a la riqueza o pobreza del clima, a la especie de hombres a los que dominan. Pero estos frenos, puramente populares, no tienen nada de sagrado, de legítimo a los ojos de la filosofía, cuya luz disipa todos los errores, y sólo deja en el hombre sabio las inspiraciones de la naturaleza. Ahora bien, nada es más inmoral que la naturaleza: ella nunca nos impuso frenos; nunca nos dictó leyes. ¡Oh Juliette! me encontrarás tajante, enemiga total de todas las cadenas; pero voy a rechazar completamente esta obligación tan infantil como absurda que nos dice *no hacer a los otros lo que no quieras que te hagan a ti.* Es precisamente todo lo contrario de lo que nos aconseja la naturaleza, puesto que su único precepto es *deleitarnos, no importa a costa de quien.* Puede suceder, sin duda, que nuestros placeres turben la felicidad de los otros: ¿serán menos intensos por eso? Esta pretendida ley de la naturaleza, a la que quieren someternos los estúpidos, es, pues, tan quimérica como la de los hombres, y no-

sotros sabemos convencernos íntimamente de que no hacemos mal en pisotear a unas y a otras. Pero volveremos sobre estos temas, y me enorgullezco de convencerte en moral como creo haberte persuadido en religión. Ahora, pongamos nuestros principios en práctica, y después de haberte demostrado que puedes hacer cualquier cosa sin incurrir en un crimen, cometamos alguna villanía para convencernos de que lo podemos hacer todo.

Electrizada por este discurso, me arrojo a los brazos de mi amiga; le doy mil gracias por los cuidados que se toma por mi educación.

- ¡Te debo más que la vida, mi querida Delbène! ¯exclamé- porque ¿qué es la existencia sin la filosofía? ¿Acaso merece la pena vivir cuando se languidece bajo el yugo de la mentira y de la estupidez? Bien -proseguí con calor- ahora me siento digna de ti, y sobre tu seno juro por lo más sagrado que nunca más volveré a las quimeras que tu tierna amistad acaban de destruir en mí. Sigue enseñándome, dirigiendo mis pasos hacia la felicidad; me entrego a tus consejos; harás de mí lo que quieras, y ten por seguro que nunca habrás tenido una alumna más ardiente, ni más sumisa que Juliette.

La Delbène estaba embriagada: para un espíritu libertino, no hay mayor placer que el hacer prosélitos. Se goza con los principios que se inculcan; se deleitan con mil sentimientos diversos al ver a los otros entregarse a la corrupción que nos mina. ¡Ah_!, ¡cómo se ama esa influencia obtenida sobre su alma, obra únicamente de nuestros consejos y nuestras seducciones! Delbène me devolvió todos los besos con los que yo la colmaba; me dijo que me convertiría en una muchacha perdida, como ella, una muchacha sin costumbres, una atea, y que ella, como única causante de mi desorden, tendría que responder ante Dios del alma que le robaba. Y al ser sus caricias cada vez más ardientes, pronto encendimos el fuego de las pasiones con la llama de la filosofía.

-Toma -me dice Delbène puesto que quieres ser desvirgada, voy a satisfacerte al momento.

Borracha de lujuria, la bribona se arma al punto con un consolador; me excita para adormecer en mí el dolor que, dice ella, va a causarme, y a continuación me embiste tan terriblemente que mi virginidad desapareció al segundo golpe. No puede decirse lo que sufrí; pero, a los punzantes dolores de esta terrible operación, pronto sucedieron los más dulces placeres. Delbène, a la que nada agotaba, estaba lejos de sentirse cansada; abrazada a mí, su lengua sumergida en mi boca, y acariciando mi trasero con sus manos, hacía una hora que yo descargaba en sus brazos, cuando al fin le pedí una tregua.

-Devuélveme todo lo que acabo de hacerte -me dijo en seguida-... estoy devorada por la lujuria, yo no he gozado mientras tú te deleitabas; quiero descargar a mi vez.

De querida amada me convertí en el amante más apasionado: encoño a Delbène, la froto. ¡Dios!, ¡qué extravío! Ninguna mujer había sido tan digna de ser amada, ninguna se había dejado llevar por el placer como ella; diez veces seguidas se extasió la bribona en mis brazos, creí que se derretiría en flujo.

-¡Oh amada mía! -le digo-, ¿no es cierto que cuanta más inteligencia se tiene mejor se saborean las delicias de la voluptuosidad?

-Evidentemente -me respondió Delbène- y la razón de eso es muy sencilla: la voluptuosidad no admite ninguna cadena, nunca goza mejor que cuando las ha roto todas; ahora

bien, cuanto más inteligente es un ser, más cadenas rompe: luego el hombre inteligente será más propicio que ningún otro para los placeres del libertinaje.

-Creo que la extrema delicadeza de los órganos también contribuye mucho a ello -respondí.

-No hay duda --dice Mme. Delbène-: cuanto más pulido está el espejo, mejor recibe y refleja los objetos que se le presentan.

Por fin, agotadas ambas, recordé a mi instructora la promesa que me había hecho de desvirgar a Laurette. -No la he olvidado en absoluto -me respondió Mme. Delbène-, es para esta noche. En cuanto todas estén en los dormitorios, tú te escaparás, Volmar y Flavie harán otro tanto. No temas por lo demás; ahora ya estás iniciada en nuestros misterios: mantente firme, sé valiente, Juliette, y te haré ver cosas asombrosas.

Dejé a mi amiga para volver a la casa; pero pensad cuál no sería mi sorpresa cuando oí contar que una pensionista se había escapado del convento; enseguida pregunté su nombre: era Laurette.

-¡Laurette! -exclamé-; escapada: ¡Oh Dios!, con la que yo contaba; ella, que me había encendido hasta tal punto!... Pérfidos deseos, así pues, ¿os habré concebido en vano?

Pido más detalles, nadie puede dármelos; vuelo hasta Delbène para informarla, su puerta está cerrada, me es imposible hallarla antes de la hora a la que me ha citado. ¡Cuán larga me pareció esta hora! Por fin suena; Volmar y Flavie se me habían adelantado; estaban ya en el cuarto de Delbène (3).

(3) No olvidemos que Volmar es una encantadora religiosa de veintiún años v que Flavie es tina pensionista de dieciséis, con el rostro más delicioso que pueda imaginarse.

-Y bien -digo a la superiora-, ¿cómo cumplirás la palabra que me diste? Laurette no está aquí: ¿por quién sustituirla ahora?

Y después, con un poco de acritud:

-¡Ah! Ya veo claramente que nunca gozaré del placer que me has prometido.

-Juliette ¯me dice Mme. Delbène con aspecto muy serio--, la primera de las leyes de la amistad es la confianza: si quieres ser de las nuestras, querida, tienes que ser más reservada y menos suspicaz. ¿Sería verosímil que yo te hubiese prometido un placer que no pudiese hacerte saborear? ¿Y no debía creerme con la suficiente habilidad... creerme con el suficiente crédito en esta casa para que, al depender solamente de mí los medios de estas voluptuosidades, nunca tuvieses que temer no gozar de ellos? Síguenos, todo está en orden. ¿Acaso no te había dicho que te haría ver cosas singulares?

Delbène enciende una pequeña linterna; va delante de nosotras; Volmar, Flavie y yo la seguimos. Una vez que llegamos a la iglesia, ¡cuál no sería mi asombro al ver que la superiora abre una tumba y penetra en el asilo de los muertos! Mis compañeras la siguen en silencio; doy muestras de un cierto terror, Volmar me tranquiliza; Delbène vuelve a bajar la piedra. Y hénos aquí en los subterráneos destinados a servir de sepultura a todas las mujeres que muriesen en el convento. Avanzamos, levantan una piedra, y después de bajar unos quince o dieciséis escalones, llegamos a una especie de sala con techo bajo artísticamente decorada, que se ventilaba con aire del jardín. ¡Oh amigas mías! Adivinad

quién estaba allí... Laurette, preparada como las vírgenes que antiguamente se inmolaban en el templo de Baco... el abad Ducroz, vicario del arzobispado de París, hombre de unos treinta años, con un rostro muy agradable, encargado especialmente de la vigilancia de Panthémont, y el padre Téléme, religioso, moreno, guapo, de treinta años, confesor de las novicias y las pensionistas.

-Tiene miedo -dice Delbène acercándose a ambos hombres y presentándome a ellos- aprende, joven inocente -continuó mientras me besaba- que sólo nos reunimos aquí para joder... para entregarnos a horrores... a atrocidades. Si nos sumergimos en el fondo de la región de los muertos, es para estar lo más lejos posible de los vivos. Cuando se es tan libertino, tan depravado, tan criminal, se desearía estar en las entrañas de la tierra, con el fin de poder huir mejor de los hombres y de sus absurdas leyes.

Por muy adelantada que estuviese yo en la carrera de la lubricidad, confieso que este principio me intimidó.

-¡Oh cielos! -digo completamente emocionada ¿qué vamos a hacer en estos subterráneos?

-*Crímenes* -me dice Mme. Delbène-; vamos a mancharnos con ellos ante tus ojos, vamos a enseñarte a que nos imites... ¿Temes alguna debilidad?... ¿Me habré equivocado al responder de ti?

-No temas -respondí yo con prontitud-, juro entre tus manos que no me aterrorizaré por lo que pueda ocurrir.

Enseguida, Delbène ordena a Volmar que me desnude.

-Tiene el culo más bonito del mundo -dice el gran vicario en cuanto me ha visto completamente desnuda. Y enseguida cubren mis nalgas con besos... caricias, después, pasando una de sus manos por mi montecillo, el hombre de Dios trataba de que su miembro pudiese frotarse fuertemente contra mi trasero para excitarse lúbricamente: pronto penetra casi sin trabajo, y en ese mismo momento Télème enfila mi coño. Los dos se corren, y confieso que los sigo enseguida.

Juliette -me dice la superiora- acabamos de proporcionarte los dos mayores placeres de los que puede gozar una mujer: es preciso que nos digas con toda franqueza con cuál de los dos te has deleitado mejor.

-En verdad, señora -respondí-, ambos me han dado tanto placer que me sería imposible pronunciarme al respecto. Todavía siento, por reminiscencia, sensaciones al mismo tiempo tan confusas y voluptuosas que difícilmente podría asignarles su verdadero valor.

-Hay que hacerla recomenzar -dice Télème- el abad y yo cambiaremos nuestros ataques, rogaremos a la bella Juliette que examine sus sensaciones, y nos dé un informe más exacto de ellas.

-¡Y bien! de buena gana -respondí-, creo como vos que sólo recomenzando me será posible decidir.

-Es encantadora -dice la superiora-; tiene madera para que hagamos de ella la putilla más bonita que hemos formado desde hace mucho tiempo. Pero es preciso disponer todo

esto no solamente para que Juliette goce deliciosamente, sino además para que repercuta sobre nosotros algo de los placeres que va a experimentar.

Como consecuencia de estos libertinos proyectos, así es cómo se dispuso el cuadro:

Télème, que acababa de joder mi coño, se colocó en mi culo; lo tenía un poco más gordo que su compañero, pero, sin duda la naturaleza me ha creado para estos placeres, porque no sufrí la diferencia, siendo tan novicia como era. Yo estaba tendida boca abajo sobre la superiora, de forma que mi clítoris reposase sobre su boca, y la bribona, cómodamente tumbada en el suelo, lo chupaba separando los muslos. Entre sus piernas, Laurette, inclinada, le devolvía lo que me hacía a mí, y el placer que la zorra recibía, lo hacía repercutir voluptuosamente sobre Volmar y Flavie, a las que masturbaba a derecha e izquierda. Ducroz, detrás de Laurette, se restregaba ligeramente sobre sus nalgas, pero sin penetrar dentro: el honor del uno y la virginidad del otro, de esta muchacha, me pertenecían exclusivamente.

Todas las escenas de fornicación comienzan con un momento de calma: parece que se quiera saborear la voluptuosidad por entero y que se tema dejarla escapar al hablar. Me habían aconsejado que gozase con atención, con el fin de comparar; yo estaba en un éxtasis delicioso; y tengo que confesar que los increíbles placeres que recibía de las vivas y reiteradas sacudidas del pene de Télème en el agujero de mi culo, las angustias lúbricas en que me sumergían los lengüetazos de la abadesa sobre mi clítoris, las escenas lujuriosas por las que estaba rodeada, por último, tantos episodios lascivos juntos, tenían a mis sentidos en un delirio en el que habría querido vivir eternamente.

Télème fue el primero que trató de hablar, pero sus susurros, sus suspiros entrecortados, expresaban mucho menos sus ideas que su desorden. Todo lo que pudimos comprender es que juraba mucho, y que el extremado calor y la presión de mi ano le hacían saborear grandes placeres.

-¡Estoy listo para correrme en el más divino de los traseros! -exclamó por fin-; no sé si Juliette se deleitará más con el recibimiento de mi semen en su culo que con la eyaculación en su coño; pero en lo que a mí respecta, juro que siento mil veces más sodomizándola de lo que sentí en el fondo de su vagina.

-*Es cuestión de gustos* -dice Ducroz, que se excitaba con el culo de Laurette y besando a Flavie.

-*Es filosofía*, es *razón* -dice Volmar excitada fuertemente por Delbène y lengüeteando a Ducroz- aunque mujer, pienso igual, y juro que si yo fuese hombre no jodería nunca más que por el culo.

Y la voluptuosa criatura se corre nada más pronunciar estas impuras palabras. Téléme la sigue al momento; se pone furioso; al volver mi cabeza hacia él, sumerge su lengua en mi boca; Delbène me chupa tan voluptuosamente mientras tanto que yo me abandono. Quiero gritar de placer, pero la cosquilleante lengua de Téléme rechaza mis palabras, el libertino se traga mis suspiros; inundo los labios y el gaznate de mi chupadora quien, a su vez, lanza torrentes en la boca de Laurette; pronto se une a nosotros Flavie, y la encantadora libertina pierde su jugo jurando como un carretero.

-Pasemos a otra cosa dice Delbène levantándose-. Ducroz, encoña a Juliette; ella se acostará en vuestros brazos; Volmar, igualmente boca abajo, le acariciará el culo; yo me deslizaré debajo de Volmar para succionarle el clítoris; mientras que Téléme me encoña, Flavie se las arreglará con Téléme, el cual acariciará el coño de Laurette, y todo esto mientras me jode.

Nuevas libaciones a Cypris pusieron fin a esta segunda prueba, y me preguntaron.

-¡Oh amiga mía! -digo a Delbène que me preguntaba- puesto que tengo que responder la verdad, diré, que el miembro que se ha introducido en mi trasero me ha producido sensaciones infinitamente más agudas y más delicadas que el que ha recorrido mi delantero. Soy joven, inocente, tímida, poco acostumbrada a los placeres con los que acabo de ser colmada; puede ser que me equivoque sobre la especie y la naturaleza de estos placeres en sí mismos, pero me habéis preguntado lo que he sentido y os lo digo.

-Vena besarme, ángel mío -me dice Mme. Delbéne

eres una muchacha digna de nosotros. No hay duda -prosiguió con entusiasmo- no hay duda de que no existe ningún placer comparable al del culo: ¡desgraciadas las muchachas lo suficientemente simples, suficientemente imbéciles, para *no atreverse* a estos lúbricos extravíos: nunca serán dignas de hacer sacrificios a Venus, y nunca la diosa de Pafos las llenará de favores (4)!

(4) Dulces y voluptuosas criaturas a las que el libertinaje, la pereza o la adversidad reduce a la lucrativa y deliciosa posición de putas, imbuíos de estos consejos; podéis ver que sólo son el fruto de la sabiduría y la experiencia; fornicad por el culo, amigas mías, es el único medio de enriqueceros y de divertiros. Esposas delicadas y sensibles, recibid el mismo consejo; convertíos en Proteas con vuestro maridos, si queréis retenerlos.

-¡Ah! que me den por el culo -exclama la puta arrodillándose sobre un canapé-. Volmar, Flavie, Juliette, armaos con consoladores; vosotros, Ducroz y Téléme, excitaos, que vuestros pitos se entrelacen con los miembros postizos de estas zorras; aquí está mi culo: ¡jodedlo todos! Laurette estará delante de mí durante este tiempo y le haré todo lo que se me pase por la cabeza.

Se obedecen sus órdenes. Por la forma en que la libertina recibe tales ataques, se ve fácilmente hasta qué punto está acostumbrada a ellos; mientras uno de los actores la trabaja, otro, inclinándose sobre ella, le frota el clítoris o la parte interna del monte. La voluptuosidad aumenta con la unión de ambos actos; no es completa hasta que una dulce masturbación por delante viene a dar, a las intromisiones del culo, la sal picante que puede resultar de este goce. A fuerza de excitación, Delbène se puso furiosa; las pasiones hablaban impetuosamente en esta mujer ardiente, y no tardamos en darnos cuenta de que la pequeña Laurette servía más bien a sus furores que a sus caricias; la mordía, le daba pellizcos, la arañaba.

- ¡Santo cielo! -exclamó al fin, sodomizada por Teléne, acariciada por Volmar- ¡Oh! ¡joder, me corro!

¡me habéis hecho morir de voluptuosidad! Sentémonos y hablemos. No está todo en sentir emociones, hay que analizarlas además. Algunas veces, es tan dulce saber hablar de ellas como gozarlas, y cuando ya no se puede más en este sentido, es divino lanzarse al

otro. Hagamos un círculo. Juliette, cálmate, ya leo tu inquietud en tus miradas; ¿acaso tienes miedo de que faltemos a la palabra? Esta es tu víctima -continuó, mostrándome a Laurette-; la encoñarás, le darás por el culo, no hay ninguna duda: las promesas de los libertinos son sólidas como su desenfreno. Téléme, y vos, Ducroz, poneos cerca de mí; quiero manosear vuestros penes mientras hablo, quiero hacer que se erecten, quiero que la energía que encuentren bajo mis dedos se comunique a mis discursos, y veréis cómo crece mi elocuencia, no como la de Cicerón, en razón de los movimientos del pueblo que rodea la tribuna en las arengas, sino como la de Safo, en proporción al flujo que obtenía de Damofila.

Confieso --nos dice Delbène, una vez que se puso en estado de discurrir- que no hay nada en el mundo que me asombre tanto como la educación moral que se da a las jóvenes: parece que los principios que se les inculca no tienen otro fin que contrariar en ellas todos los movimientos de la naturaleza. Me gustaría que alguno me respondiese para qué sirve una mujer buena en el mundo, y si hay algo más inútil que esas prácticas de virtud con las que no dejan de aturdir a nuestro sexo: existimos en dos situaciones en las que se recomiendan tales prácticas, y voy a intentar probar su inutilidad en ambas épocas de nuestra vida.

¿Para qué sirve, pregunto, que una muchacha conserve su virginidad hasta su matrimonio? ¿Y cómo puede llevarse la extravagancia hasta el punto de creer que una criatura femenina debe valer más por el hecho de que tenga una parte de su cuerpo un poco más o menos abierta? ¿Con qué objeto ha creado la naturaleza a todos los humanos? ¿Acaso no es para ayudarse mutuamente, y por consiguiente para proporcionarse todos los placeres que dependen de ellos? Ahora bien, si es cierto que un hombre debe esperar grandes placeres de una muchacha, ¿no contrariáis las leyes de la naturaleza imponiendo a esta pobre muchacha una virtud feroz que le prohíbe prestarse a los deseos impetuosos de este hombre? ¿Podéis permitiros semejante barbarie sin justificarla con algo? Ahora bien, ¿qué me alegáis para convencerme de que esta muchacha hace bien en guardar su virginidad? ¿Vuestra religión, vuestras costumbres, vuestros hábitos? ¿Y hay algo, por favor, más despreciable que todo esto? No hablo de la religión, os conozco lo suficiente a todos como para estar convencida del poco caso que la hacéis. Pero las costumbres, ¿qué son las costumbres, me atrevo a preguntaros? Me parece que se llama así al tipo de conducta de los individuos de una nación, entre sí y con los otros. Ahora bien, estas costumbres, estaréis de acuerdo con esto, deben estar basadas en la felicidad individual; si no aseguran esta felicidad, son ridículas; si la ahogan, son atroces, y una nación inteligente debe trabajar por la rápida reforma de estas costumbres, desde el momento en que ya no sirven para la felicidad general. Ahora bien, pido que se me pruebe que hay algo en nuestras costumbres francesas que, relativo al placer de la carne, pueda cooperar a la felicidad de la nación: ¡en virtud de qué obligáis a esta joven a conservar su virginidad, a pesar de la naturaleza, que le dicta que la pierda, y a pesar de su salud, que la prudencia trastorna! Me responderéis que es para que llegue pura a los brazos de su esposo: pero esta pretendida necesidad, ¿es otra cosa que la historia de los prejuicios? ¡Qué!, ¿es preciso que esta desgraciada se sacrifique diez años para que un hombre goce del frívolo placer de cosechar primicias; es preciso que apene a quinientos individuos para deleitar tristemente a uno solo? ¡Dónde se ha inmolado el interés general más cruelmente que en leyes tan absurdas! ¡Vivan para siempre las naciones que, lejos de estas puerilidades, no estiman a las

jóvenes de nuestro sexo más que en razón de sus desórdenes! Sólo en esta multiplicidad reside la verdadera virtud de una muchacha: cuanto más se entrega, mas digna es de ser amada; cuanto más jode, más felices hace, y más útil es a la felicidad de sus conciudadanos. Por consiguiente, que renuncien, estos bárbaros maridos, al vano placer de coger una rosa, derecho despótico que sólo se arrogan a expensas de la felicidad de los otros hombres; que dejen de subestimar a una muchacha que, al no conocerlos, no pudo esperarlos para hacerles el presente de lo más precioso que tenía, ¡y que ciertamente no lo sería si hubiese consultado a la naturaleza! ¿Examinamos la necesidad de la virtud de los seres de nuestro sexo bajo su segundo aspecto, quiero decir, cuando estamos casadas? Esto nos conduce al adulterio, y quiero tratar a fondo este pretendido delito.

Nuestras costumbres, nuestras religiones, nuestras leyes, todas esas viles consideraciones locales no merecen ninguna consideración en este examen: la cuestión no estriba en saber si el adulterio es un crimen a los ojos del lapón que lo permite, o del francés que lo prohíbe, sino en si la humanidad y la naturaleza se sienten ofendidas por esta acción. Para poder admitir semejante hipótesis, sería necesario desconocer la extensión de los deseos físicos con los que esta madre común de los hombres ha dotado a ambos sexos. Sin duda, si un hombre bastase a los deseos de una sola mujer, o que una mujer pudiese contentar los ardores de un solo hombre, entonces, en esta hipótesis, todo lo que violase la ley ultrajaría también a la naturaleza. Pero si la inconstancia y la insaciabilidad de estos deseos son tales que la pluralidad de hombres sea tan necesaria a la mujer como la de mujeres a los hombres, me confesaréis que, en este caso, toda ley que se oponga a sus deseos se vuelve tiránica y se aleja visiblemente de la naturaleza. Esta falsa virtud a la que se da el nombre de castidad, al ser con toda seguridad el más ridículo de todos los prejuicios, en la medida en que esta manera de ser no coopera en nada a la felicidad de los otros y perjudica infinitamente la prosperidad general, puesto que las privaciones que impone esta virtud son necesariamente muy crueles, esta falsa virtud, repito, al ser el ídolo al que se inciensa, con el temor de que cometa adulterio, debe ser colocada, por todo ser sensato, entre los frenos más odiosos con los que el hombre ha querido cargar a las inspiraciones de la naturaleza. Atrevámonos a descubrir el velo; la necesidad de fornicar no es de menor importancia que la de beber y comer, y estas dos últimas se permiten sin la menor restricción. Estamos completamente seguros de que el origen del pudor no fue más que un refinamiento lujurioso: se estaba de acuerdo con desear durante más tiempo para excitarse más, y en seguida los estúpidos tomaron por una virtud lo que no era más que un refinamiento del libertinaje (5). Es tan ridículo decir que la castidad es una virtud, como lo sería el pretender que también lo es el privarse de alimentación. Que se observe con cuidado: casi siempre es la necia importancia que ponemos en cierta cosa lo que acaba por erigirla en virtud o en vicio; renunciemos a nuestros imbéciles prejuicios sobre esto; que sea tan simple decir a una muchacha, a un muchacho, o a una mujer, que se tiene ganas de divertirse con ella, como lo es, en una casa extraña, pedir los medios de apaciguar su hambre o su sed, y pronto veréis que el prejuicio desaparecerá, que la castidad dejará de ser una virtud y el adulterio un crimen. ¡Y!, ¿qué daño hago, por favor, qué ofensa cometo, al decir a una hermosa criatura, cuando me encuentro con ella: *¿me prestáis un momento la parte de vuestro cuerpo que puede satisfacerme?, y gozad, si eso os complace, de la parte que pueda seros más agradable del' mío.*

(5) El hombre no se ruboriza por nada cuando está solo; el pudor empieza en él sólo cuando se le sorprende, lo que prueba que el pudor es un prejuicio ridículo, absolutamente desmentido por la naturaleza. El hombre nació impúdico, la impudicia pertenece a la naturaleza; la civilización puede cambiar estas leyes, pero nunca las ahoga en el alma del filósofo. *Huminem planto,* decía Diógenes mientras jodía a la orilla de un camino. ¿Y por qué ocultarse cuando se planta a un hombre más que cuando se planta una col?

¿En qué puede dañar mi proposición a esta criatura, cualquiera que pueda ser? ¿En qué medida se perjudicará aceptándola? Si yo no tengo nada de lo que necesita para ser complacida, entonces que el interés sustituya al placer, y que, mediante una compensación convenida, me conceda al instante el goce de su cuerpo, y que se me permita emplear la fuerza y todos los malos tratos que trae consigo, si, satisfaciéndola en la medida que pueda, con mi bolsa o con mi cuerpo, no se atreve a darme al momento lo que estoy en mi derecho de exigirle. Sólo ella ofende a la naturaleza negando lo que puede satisfacer a su prójimo: no la ultrajo yo cuando propongo comprar lo que me conviene de ella, y pagar lo que me cede al precio que ella pueda desear. ¡Y no, no!, una vez más, la castidad no es una virtud; no es más que una convención, cuyo origen primero no fue más que un refinamiento del libertinaje; no está de ninguna manera en la naturaleza, y una muchacha, o un muchacho, una mujer que concediese sus favores al primero que llega, que se prostituyese con descaro en todos los sentidos, en todos los sitios, a cualquier hora, sólo cometería algo contrario, estoy de acuerdo con eso, a los hábitos del país en que quizás habite ese individuo; pero no ofendería en nada ni a su prójimo, al que más que ultrajar lo serviría, ni a la naturaleza, siguiendo a la cual no ha hecho más que complacerla al entregarse a los últimos excesos del libertinaje. Estad bien seguros de qué la continencia no es más que la virtud de los estúpidos y los entusiastas; tiene muchos peligros y ningún efecto bueno; es tan perniciosa para los hombres como para las mujeres; es perjudicial para la salud, en la medida en que acumula en los riñones el semen destinado a ser expulsado, como las demás secreciones. En una palabra, la más terrible corrupción de las costumbres tiene infinitamente menos inconvenientes, y los pueblos más célebres de la tierra, así como los hombres que más la honraron, fueron incontestablemente los más libertinos. La `comunidad de mujeres es el primer designio de la naturaleza es general en el mundo, los animales nos dan ejemplo de esto; es absolutamente contrario a las inspiraciones de este agente universal unir a un hombre con una mujer, como en Europa, y a una mujer con varios hombres, como en ciertos países de Africa, o a un hombre con varias mujeres, como en Asia y en la Turquía europea; todas estas instituciones son indignantes, contrarían los deseos, fuerzan a los humores, encadenan las voluntades, y, de estas infames costumbres, sólo desgracias pueden resultar. ¡Oh vosotros, que os metéis a gobernar a los hombres, absteneos de unir a ninguna criatura! Dejadla que haga sola sus combinaciones, dejadla que se busque ella misma lo que le conviene y pronto os daréis cuenta de que todo funciona mejor.

Entonces, ¿qué falta hace, dirán todos los hombres razonables, que la necesidad de perder un poco de semen me ligue a una criatura a la que nunca amaré? ¿Qué utilidad puede tener que esta misma necesidad encadene a mí a cien infortunadas que no conozco de nada? ¿Por qué es necesario que esa misma necesidad, con cierta diferencia en la mujer, la someta a una obligación y una esclavitud perpetuas? ¡Y qué!, esta desgraciada muchacha tiene un temperamento ardiente; la necesidad de tranquilizarse la consume, y, para satis-

facerla, ¿vais a unir su suerte a la de un hombre... lejos quizás del gusto por estos placeres, y que o no la verá más que cuatro veces en su vida, o se servirá de ella para someterla a placeres en los que no podrá participar esta joven? ¡Qué injusticia por ambas partes'. ¡Y cómo se lograría que se evitase aboliendo vuestros ridículos matrimonios, y dejando en libertad a los dos sexos para que se busquen y encuentren recíprocamente lo que les hace falta! ¿Qué bien instauran los matrimonios en una sociedad? Lejos de reafirmar los lazos de unión, los rompen. ¿Qué sociedad parece la más unida, la de una sola y misma familia, como lo sería cada gobierno de la tierra, o la de cinco o seis millones de individuos, cuyos intereses, siempre personales, dividen necesariamente el interés general y lo combaten eternamente? ¡Qué diferencia de unión... de cariño entre todos los hombres, si todos por igual, hermanos, padres, madres, esposos, intentando pelearse o perjudicarse, perjudicasen o cambatiesen lo que más amasen! Pero esta universalidad, diréis, debilita los lazos; desaparecerían a fuerza de tenerlos. ¿Y qué importa? Es mejor que no haya lazos de ningún tipo a tenerlos con el fin de hacerlos desaparecer. Echemos una ojeada a la historia. ¿Qué habría sido de las ligas, de los diferentes partidos que dividieron a Francia porque cada uno seguía a su familia y se unía a ella para luchar; qué habría sido de todo esto si no hubiese habido en Francia más que una sola familia? ¿Se habría dividido esta familia en grupos para combatirse recíprocamente, para adoptar unos el partido de un tirano y los otros el partido contrario? No más casas de Orleáns contra Borgoñeses, no más Guisas contra Borbones, basta de todos estos horrores que han asolado a Francia, y cuyo único objeto era la ambición y el orgullo de las familias. Estas pasiones se aniquilan con la igualdad que yo propongo; se olvidan con la destrucción de esos vínculos ridículos llamados matrimonios. Sólo un objetivo, sólo un proyecto, sólo un deseo en el Estado: vivir felices juntos, y defender juntos la patria. Es imposible que la máquina subsista mucho tiempo más con las costumbres adoptadas hasta ahora. Manteniéndose las riquezas y el crédito, que se buscan constantemente, antes de un siglo habrá necesariamente una parte del Estado tan poderosa y tan rica que aplastará a la otra, y entonces he aquí a la patria desolada (6).

(6) Hay que señalar que las memorias de Justine y las de su hermana fueron escritas antes de la Revolución.

Si se analiza bien todo esto, es fácil ver que nunca han tenido otras causas los disturbios. Una potencia aumentada sordamente ha acabado siempre por intentar aplastar a la otra, y lo ha logrado. ¡Cuántos obstáculos suprimidos, cuántos inconvenientes previstos, si se aboliesen los matrimonios: no más cadenas aborrecidas, no más arrepentimientos amargos, no más crímenes, frutos de esos abusos monstruosos, puesto que la ley es la única que comete crímenes, ya que el crimen desaparece en cuanto la ley deja de existir. Ninguna cábala más en el Estado, no más desigualdades chocantes de fortuna. Pero, ¿los niños... la población?... De esto vamos a tratar.

Comenzaremos por establecer un hecho de difícil respuesta, según creemos: y es que, durante el acto del goce, nos ocupamos muy poco de la criatura que puede resultar de él; el que fuese bastante estúpido como para pensar en él, seguramente se perdería la mitad del placer. Es una ridiculez irritante, sin duda, ver a una mujer sólo con esta idea o concebir esta misma idea al verla. Es una equivocación suponer que la propagación es una de las leyes de la naturaleza: sólo nuestro orgullo nos hace concebir semejante estupidez. La naturaleza permite la propagación, pero no hay que confundir la tolerancia con una orden.

Ella no tiene la menor necesidad de la propagación; y la destrucción total de la raza, desgraciada consecuencia de la negación de la propagación, la afligiría tan poco como si la especie entera de los conejos o las liebres desapareciese sobre nuestro globo, y no por ello interrumpiría su curso. De esta manera, ni la servimos con la propagación, ni la ofendemos con la no propagación. Convenzámonos de que esta interesante propagación, que nuestro orgullo erige tontamente en virtud, es, respecto a las leyes de la naturaleza, la cosa más inútil y que menos debe importarnos. Dos seres de sexo diferente, a los que el instinto acerca, deben dedicarse a probar el placer en toda su extensión, y a aplicarle, para aumentarlo y mejorarlo, todos los refinamientos que puedan conseguir; después deben burlarse de las consecuencias, tanto porque éstas no son en absoluto necesarias, como porque la naturaleza carga con ellas (7).

(7) ¡Hombre! crees que cometes un crimen contra la naturaleza cuando te opones a la propagación o cuando la destruyes, y no piensas que la destrucción de tantos hombres como hay en la superficie de la tierra, no le costaría ni una lágrima a esta naturaleza, y no le produciría la más mínima alteración en la regularidad de su marcha.

En cuanto al padre, se desentiende por completo del cuidado de esta criatura. ¿Y cómo podría preocuparse por él, con la comunidad que yo imagino? Un poco de semen soltado en una matriz común, no puede convertirse en una obligación de ocuparse del embrión germinado, y no puede imponerle deberes hacia este embrión, como no se los impone el insecto que ha hecho salir con sus excrementos al pie de un árbol: en ambos casos es la materia con su necesidad de liberarse y que se convierte en lo que puede. En el caso supuesto, sólo la mujer se convierte en la dueña del embrión; como único propietario de este fruto ridículamente precioso, puede disponer de él a su antojo, destruirlo en el fondo de su seno, si la molesta, o una vez que haya nacido, si la especie no la conviene, y en cualquier caso nunca se le debe prohibir el infanticidio. Es un bien enteramente suyo, al que nadie reclama, que no pertenece a nadie, que la naturaleza no necesita, y al que, por consiguiente, ella puede alimentar o ahogar, según desee. ¡Y!, no temamos que falten hombres; habrá más mujeres de lasque se desee ansiosas de criar el fruto que llevan dentro; y siempre tendréis más brazos de los que os hagan falta para defenderos y para cultivar vuestras tierras. Entonces, cread escuelas públicas, donde sean educados los niños, una vez que no necesiten el regazo de su madre; que, depositados allí como niños del Estado, olviden hasta el nombre de esa madre, y que, uniéndose promiscuamente a su vez, hagan como sus padres.

Según estos principios, ved lo que sería el adulterio y si es posible o cierto que una mujer pueda hacer algún mal entregándose a quien mejor le parezca. Ved si no subsistiría todo de la misma forma, incluso con la completa destrucción de nuestras leyes. Pero, por otra parte, ¿son generales estas leyes? ¿Sienten todos los pueblos el mismo respeto por estos vínculos absurdos? Hagamos un rápido examen de aquellos que los han despreciado.

En Laponia, en Tartaria, en América, es un honor que su mujer se prostituya con un extranjero.

Los Ilirianos tienen asambleas muy particulares de libertinajes, en las que obligan a sus mujeres a entregarse al recién llegado, ante ellos.

El adulterio estaba públicamente autorizado entre los griegos. Los romanos se prestaban mutuamente a sus mujeres. Catón prestó la suya a Hortensio, que deseaba una mujer fecunda.

Cook descubrió una sociedad en Otaïtí donde todas las mujeres se entregaban indiferentemente a todos los hombres del pueblo. Pero si una de ellas se quedaba embarazada, el niño era ahogado en el momento de su nacimiento: ¡Cuán cierto es que existen pueblos bastante sabios como para sacrificar a sus placeres las leyes fútiles de la población! Esta misma sociedad, con algunas diferencias, existe en Constantinopla (8).

(8) Existió en Persia. Los brahamanes se reunían igualmente entre ellos, y se entregaban recíprocamente a sus mujeres, sus hijas y sus hermanas. Entre los antiguos bretones, ocho o diez maridos se reunían y ponían a sus mujeres en común. Entre nosotros, los intereses, los partidos diferentes se oponen a estos tráficos deliciosos. ¿Cuándo seremos suficientemente filósofos para establecerlos?

Los negros de la costa de la Pimienta y de Riogabar prostituyen a sus mujeres con sus propios hijos.

Singha, reina de Angola, estableció una ley que permitía la *promiscuidad* de las mujeres. Esta misma ley les impedía quedarse embarazadas, bajo pena de ser emparedadas: ley severa, pero útil, y que debe seguir siempre a la prohibición de los vínculos de la comunidad, con el fin de poner límites a una población cuya proliferación podría llegar a ser peligrosa.

Pero se puede limitar esta población con medios más suaves: por ejemplo, concediendo honores y recompensas al *safismo,* a la *sodomía,* al *infanticidio,* como descubrió Esparta. De esta forma se equilibraría la balanza sin necesidad de, como en Angola o en Formosa, destruir el fruto de las mujeres en su propio seno.

En Francia, por ejemplo, donde la población es mucho más numerosa, al establecer la comunidad de la que hablo, habría que fijar el número de hijos, y matar sin compasión al resto, y, como acabo de explicar, venerar los amores ilegítimos entre sexos iguales. El gobierno, dueño de estos niños y de su número, contaría necesariamente con tantos defensores como hubiese creado, y el Estado no tendría que alimentar a treinta mil desgraciados, en las grandes ciudades, en épocas de hambre. Es llevar demasiado lejos el respeto por un poco de materia fecundada el imaginarse que no se pueda, cuando sea necesario, destruirla antes del plazo o incluso mucho después.

En China existe una sociedad parecida a las de Otaïtí y Constantinopla. Se las llama los *maridos cómodos.* No casan a sus hijas más que con la condición de que se prostituyan a otros: su casa es el asilo de todas las lujurias. Ahogan a los niños que nacen de este comercio.

En Japón existen mujeres que, aunque casadas, se ponen, con el consentimiento del marido, en los alrededores de los templos y de los caminos principales, con el seno descubierto, como las cortesanas de Italia, y están siempre dispuestas a favorecer los deseos del recién llegado.

En Camboya hay una pagoda, lugar de peregrinación adonde van todas las mujeres con la mayor devoción; allí se prostituyen públicamente, sin que los maridos tengan nada que

decirles en contra. Las que han amasado una cierta fortuna en este oficio compran, con este dinero, jóvenes esclavas a las que enseñan la misma costumbre y a las que a continuación llevan a la pagoda para que se prostituyan a su vez .

En Pegu, un marido desprecia soberanamente los primeros favores de su mujer; se los ofrece a un amigo, incluso a menudo a un extraño. Pero no hará lo mismo con las primicias de un joven: este goce es el más delicioso de todos para los habitantes de estos países.

Las indias de Darien se prostituyen al primer llegado. Si están casadas, el esposo se encarga del hijo; si son doncellas, sería una deshonra estar embarazada, y entonces se hacen abortar o, en sus goces, toman precauciones que las liberen de esta inquietud.

Los sacerdotes de Cumane recogen la flor de las jóvenes casadas: el esposo no la aceptaría sin esta previa ceremonia. Por lo tanto, esta preciosa joya no es más que un prejuicio nacional, igual que ocurre con otras cosas sobre las que nunca hemos querido abrir los ojos. ¿Durante cuánto tiempo tuvieron este derecho los señores feudales en varias provincias de Europa, y especialmente en Escocia? Por consiguiente, son prejuicios como el pudor... como la virtud... como el adulterio. Estamos muy lejos de que todos los pueblos hayan estimado igualmente las primicias. En América septentrional, cuantas más aventuras galantes hubiese tenido una muchacha, más esposos encontraba que la deseaban. No la hubiesen querido si fuese virgen: era una prueba de su escaso mérito.

En las islas Baleares, el marido es el último que goza de su mujer: los padres, los amigos, todos lo preceden en esta ceremonia; se convertiría en un hombre muy des honrado si se opusiese a esta prerrogativa. Esta misma costumbre se observaba en Islandia, y entre los Nazamenos, pueblo de Egipto: después del festín, la esposa, desnuda, iba a prostituirse con todos los convidados y recibía un presente de cada uno de ellos.

Entre los Masagetas, todas las mujeres pertenecían a todos: cuando un hombre encontraba una que le agradaba, la hacía subir a su carro sin que ella pudiese defenderse; colgaba sus armas de la parte delantera, y esto bastaba para impedir que los otros se acercasen.

No fue creando leyes de matrimonio, sino, por el contrario, estableciendo la perfecta comunidad de mujeres, como los pueblos del Norte fueron lo bastante pode rosos para aplastar tres o cuatro veces Europa e inundarla de sus emigraciones.

Por consiguiente, el matrimonio es perjudicial para la población, y el universo está lleno de pueblos que lo han despreciado. Por lo tanto, es contrario a la felicidad de los individuos, a los ojos de la naturaleza, y en general a todas las instituciones que pueden asegurar la felicidad del hombre sobre la tierra. Ahora bien, si es el adulterio el que pulveriza el matrimonio, el adulterio el que destruye sus leyes, haciendo volver a las de la naturaleza, el adulterio podría pasar fácilmente por una virtud en lugar de ser un crimen.

¡Oh tiernas criaturas, obras divinas, creadas para los placeres del ,hombre! dejad de creer que no estáis hechas más que paró el goce de uno solo; arrojad a vuestros pies, sin ningún temor, esos vínculos absurdos que, al encadenaros a los brazos de un esposo, ahogan la felicidad que esperáis del amante deseado! Pensad que al resistirle ultrajáis la naturaleza: al formaros el mas sensible, el más ardiente de los sexos, grababa en vuestros corazones el deseo de entregaros a todas vuestras pasiones. ¿Os indicaba acaso que cautiva-

seis a uno solo cuando os daba la fuerza de cansara cuatro o cinco seguidos? Despreciad las vanas leyes que os tiranizan; sólo son obra de vuestros enemigos, desde el momento en que no habéis sido vosotras quienes las habéis hecho: desde el momento en que os abstendríais con toda seguridad de aprobarlas, ¿con qué derecho pretenden someteros a ellas? Pensad que sólo existe una edad para gustar, y que en vuestra vejez derramaréis amargas lágrimas si cuando fuisteis jóvenes no gozasteis: ¿y qué fruto obtendréis de esta prudencia, cuando la pérdida de vuestros encantos no. os permita aspirar a ningún derecho? La estimación de vuestro esposo ¡qué triste consuelo! ¡qué compensaciones por semejantes sacrificios! Por otra parte, ¿quién responde de su equidad?, ¿quién os dice que vuestra constancia le es tan preciosa como vosotras creéis? Por tanto, ahí os quedáis reducidas a vuestro propio orgullo. ¡Ah! mujeres dignas de ser amadas, el más pequeño de los goces que da un amante vale más que los de uno mismo: todos esos goces íntimos son puras quimeras en las que nadie cree, en los que nadie confía, nadie os agradece, y destinadas a ser sus víctimas, moriréis como tales por prejuicios en lugar de serlo por el amor. Servidlo, jóvenes rebeldes, servid sin temor, a ese Dios encantador que os creó para él: a los pies de sus altares, en los brazos de sus partidarios, encontraréis la recompensa de las pequeñas penas que os produjo el primer paso. Pensad que éste es el único que cuesta; pero desaparece en cuanto se abren vuestros ojos: ya no es el pudor el que colorea de rosas vuestras mejillas frescas y blancas, es el pesar de haber podido respetar por un minuto el despreciable freno con el que se atrevieron a ataros un solo día la atrocidad de los padres o los celos del esposo. .

En el terrible estado en que están las cosas -que es lo que constituirá la segunda parte de mi discurso- en este molesto y terrible estado, sólo nos queda dar a las mujeres algunos consejos sobre la manera de conducirse, y examinar si realmente resulta un inconveniente ese fruto extraño que el marido se ve obligado a adoptar.

En primer lugar, veamos si no es una vana quimera que el marido deposite su honor y su tranquilidad en la conducta de una mujer.

¡El honor!, ¿y cómo puede haber otro ser distinto de nosotros mismos que disponga de nuestro honor? ¿No será esto un medio astuto que han utilizado los hombres para obtener más de sus mujeres, para encadenarlas con mayor fuerza a ellos? ¡Y qué!, ¿se le permitirá a este hombre injusto que se entregue a todos los libertinajes que le plazcan, sin que manche este frívolo honor; y lo deshonra esta mujer cuando recurre a otro, esta mujer a la que descuida, esta mujer viva y ardiente de la que no contenta ni la cuarta parte de sus deseos? Pero con toda seguridad, este es el mismo tipo de locura que el del pueblo en el que el marido se acuesta cuando la mujer da a luz. Por lo tanto, convenzámonos de que nuestro honor está en nosotros mismos, que nunca puede depender de nadie, y que es una extravagancia pensar que las culpas de los otros pueden afectarle en lo más mínimo.

Por consiguiente; si es absurdo pensar que un hombre puede sentirse deshonrado por la conducta de su mujer, ¿qué otra pena pensáis que puede afectarle? Una de dos: o este hombre ama a su mujer o no la ama; en la primera hipótesis; desde el momento en que ella le engaña, es que ya no le ama; ahora bien, decidme si no es la mayor de las extravagancias amar a quien ya no os ama. Por consiguiente, el hombre de que tratamos debe dejar de sentirse unido a su esposa desde ese mismo momento, y, en esta suposición, se le debe permitir la inconstancia a tal esposa. Si es el segundo caso y es el marido el que ha dado lugar a esta inconstancia con su falta de amor, ¿de qué puede quejarse? Tiene lo que

merece, lo que necesariamente debía sucederle al comportarse como lo ha hecho. Por lo tanto, cometería la mayor injusticia si se quejase o si lo encontrase mal: ¿acaso no tiene diez mil objetos como compensación en torno suyo? ¡Y que deje divertirse en paz a esta mujer!, suficientemente desgraciada ya por verse obligada a forzarse, en tanto que él no necesita ocultarse y no hay ninguna opinión que lo condene. Que la deje gustar tranquilamente los placeres que él ya no puede ofrecerle, y su complacencia puede además hacerle amigo de esta mujer... ultrajada si utiliza con ella procedimientos contrarios. Entonces, el reconocimiento hará lo que el corazón no pudo lograr, nacerá la confianza por sí misma, y ambos, una vez que hayan llegado al declive de sus vidas, se compensarán mutuamente, en el seno de la amistad, de lo que les negó el amor.

Esposos injustos, dejad entonces de atormentar a vuestras mujeres si os son infieles. ¡Ah!, si quisierais analizaros, encontraríais que siempre fuisteis vosotros los que cometistéis la primera equivocación, y lo que convencerá al público de que esta equivocación es siempre vuestra es que todos los prejuicios se refieren todavía a la mala conducta de la mujer; porque ellas tienen infinidad de lazos que franquear para ser libertinas, y porque no es natural que un sexo dulce y tímido llegue a esta situación sin buenas razones. ¿Acaso es falsa mi hipótesis? ¿Es la esposa la única culpable? ¿Y qué le importa al marido? ¡Que no se hubiese engañado poniendo en eso su tranquilidad! ¿Siente él dolores físicos por las bobadas de su mujer? ¡Claro que no!, todas ellas son imaginarias. Le disgusta algo que le honraría a quinientas o seiscientas leguas de París. ¡Que arroje los prejuicios! ¿Se piensa en las faltas del himeneo cuando se está en el seno de los placeres de la lujuria? Estos son los más sensuales de todos, que se entregue a ellos y pronto se habrá olvidado de todas las faltas de su mujer.

Entonces, ¿es ese fruto... ese fruto que no ha sembrado él y que sin embargo tiene que recoger, esto es lo que provoca su desolación? ¡Qué ingenuidad! Dos cosas se presentan aquí: o vivís con vuestra mujer, fiel, de forma que os dé herederos, o no vivís con ella; o vivís con ella como algunos esposos libertinos, de forma que podéis estar seguros de que el fruto no es vuestro. No tenéis que aterrorizaros en este último caso: vuestra mujer es lo bastante lista como para no daros hijos; dejadla hacer y no los tendréis; una mujer suficientemente astuta como para conducir una intriga no se comprometerá con tal torpeza. En el otro caso, desde el momento en que os afanáis como vuestro rival por la multiplicación de la especie, ¿quién puede aseguraros que el fruto no os pertenece? Se puede apostar tanto en favor como en contra, y es una extravagancia no seguir el partido que os tranquilice más. O dejáis de ver por completo a vuestra mujer en cuanto sospechéis una intriga, lo cual es la forma más segura y mejor de burlarla; o, si seguís cultivando el mismo jardín que su amante, no acuséis a éste, sino a vosotros mismos, de haber sembrado el fruto que germina. Estas son las dos objeciones respondidas: o no tenéis hijos; o, si los tenéis, se puede apostar lo mismo a favor o en contra de que os pertenezcan a vosotros o a vuestro rival; incluso hay una probabilidad más en favor de esta última opinión: las ganas que debe tener vuestra mujer de tapar la intriga con un embarazo, lo que, estad seguros, la llevará a hacer cualquier cosa para tenerlo con vos, porque es fijo que nunca se sentirá más tranquila que cuando os haya visto poner el bálsamo en la herida, y porque con este proceder obtendrá la seguridad de poder arriesgarse en adelante a cualquier cosa con su amante. Por consiguiente, vuestra inquietud respecto a esto es una locura: el hijo es vuestro, estad seguros de ello; vuestra mujer tiene el mayor interés en que os pertenez-

ca, y, por otra parte, vos habéis trabajado para eso. ¡Y bien!, con estas dos razones juntas tenéis la certeza de lo que queríais saber: el hijo es vuestro, esto es evidente, y lo es por el mismo cálculo que hace que de dos corredores, llegue el primero el que ha sido pagado mientras que el otro no obtenía nada en la misma carrera. Pero supongamos por un momento que no sea vuestro: ¿Qué os importa en realidad? Queríais un heredero, ahí lo tenéis: es la educación lo que da el sentimiento filial, no la naturaleza. Creed que este niño, sin saber que es vuestro hijo, acostumbrado a veros, a llamaros, a quereros como a su padre, os considerará como tal, y os amará tanto, y quizás más, como si hubieseis cooperado a su existencia. Por tanto, sólo quedará en vosotros la imaginación de enfermo, ahora bien, nada se cura tan fácilmente como estos males. Dad una sacudida más viva a esta imaginación, llenarla con algo que tenga más fuerza, más actividad sobre ella, pronto la reduciréis a lo que queráis, y su enfermedad se curará. En todos los casos mi filosofía os ofrece un medio. Nada es tan vuestro como nuestros hijos; os los damos, os pertenecen todavía más, porque no hay nada tan nuestro como lo que se nos da. Utilizad vuestros derechos, y recordad que un poco de materia organizada, bien que nos pertenezca o que sea propiedad de los otros, le importa muy poco a la naturaleza, que en todo momento nos dió el placer de desorganizarla a nuestro antojo.

Ahora a vosotras, esposas encantadoras, ahora os toca vuestra lección, amigas mías. He tranquilizado el espíritu de vuestros maridos; les he enseñado a que no se disgusten por nada con vosotras; ahora, voy a instruiros en el arte de engañarlos astutamente. Pero antes quiero haceros temblar: quiero exponer ante vuestros ojos el cuadro siniestro de todas las penas impuestas al adulterio, tanto para haceros ver que el pretendido delito tiene que proporcionar grandes placeres, ya que todos los pueblos lo trataron con tanta severidad, como para que agradezcáis a la suerte la felicidad de haber nacido bajo un gobierno dulce, que, confiando vuestra conducta a vosotras mismas, no os impone más penas, si esta conducta no es buena, que la frívola vergüenza de consideraron deshonradas... Un encanto más, convenid en esto, para la mayor parte de vosotras.

Una ley del emperador Constancio condenaba el adulterio a la misma pena que el parricidio, es decir, a ser quemada viva, o metida en un saco cerrado y arroja da al mar: ni siquiera dejaba a estas desgraciadas el recurso de apelar, una vez que eran convictas.

Un gobernador de una provincia había exiliado a una mujer culpable de adulterio; el emperador Mayorino, encontrando el castigo muy suave, expulsó a esta mujer de Italia y dio el permiso de matarla a todos los que se encontrasen con ella.

Los antiguos daneses castigaban el adulterio con la muerte, mientras que el homicida no pagaba más que una simple multa: por tanto lo consideraban un crimen mucho mayor.

Los mongoles parten en dos con su sable a una mujer adúltera.

En el reino de Tonkin, es aplastada por un elefante. En Siam,, es más suave: se la entrega al mismo elefante; goza de ella en una máquina preparada exprofeso y en la que cree ver la representación de su hembra. Muy bien podría ser la lubricidad la que hubiese inventado este suplicio.

Los antiguos bretones, en casos parecidos, y quizás con el mismo fin, la hacían expirar bajo las vergas.

En el reino de Luango, en Africa, es lanzada con su amante desde lo alto de una montaña escarpada.

En las Galias, se las ahogaba en el lodo y se las cubría con zarzas.

En Juida, el mismo marido condenaba a su mujer; la hacía ejecutar al momento, delante de él, si la encontraba culpable: lo que era muy cómodo para los maridos cansados de sus mujeres.

En otros países, recibe de las leyes el poder de ejecutarla con su propio brazo, si la encuentra en falta. Esta costumbre era sobre todo la de los godos (10).

Los miamis cortaban la nariz a la mujer adúltera; los abisinios la expulsaban de sus casas, cubierta de harapos. Los salvajes del Canadá le cortaban la cabeza en redondo y le quitaban una tira de piel.

En el Bajo-Imperio, la mujer adúltera era prostituida a la gente.

En Diarbeck, la criminal era ejecutada por su familia reunida, y todos los que entraban debían darle una puñalada.

En algunas provincias de Grecia, donde este crimen no estaba autorizado, como en Esparta, todo el mundo podía matar impunemente a una mujer adúltera.

Los Gaux-Tolliams, pueblos de América, conducían a la mujer adúltera ante el cacique, y allí era cortada en trozos y comida por los testigos.

Los hotentotes, que permiten el parricidio, el matricidio y el infanticidio, castigan el adulterio con la muerte; ante un hecho así, el hijo mismo se convierte en delator de su madre (11).

¡Oh mujeres voluptuosas y libertinas! si, como imagino, estos ejemplos no sirven más que para encenderos más, porque la esperanza de que el crimen es seguro es siempre un placer más para cabezas organizadas como las vuestras, escuchad mis lecciones y aprovechaos de ellas; os voy a desvelar toda la teoría del adulterio.

(l0) Esta es la mejor y la más sabia de todas las leyes, sin duda alguna; un delito que se comete en la sombra debe ser castigado sordamente, y la venganza solamente debe corresponder siempre al ultrajado.

(11) Todas estas leyes no son más que fruto del orgullo y de la lujuria.

Nunca miméis tanto a vuestro marido como cuando queráis engañarlo.

Si es libertino, servid sus deseos, someteos a sus caprichos, alabad todas sus fantasías, ofrecedle incluso objetos lujuriosos. Según sus gustos, tened siempre junto a vosotras bonitas muchachas o muchachos, proporcionádselos. Encadenado por el reconocimiento, jamás se atreverá a haceros reproches: y por otra parte, ¿qué podría objetar que no pudieseis volver contra él?

Necesitáis una confidente; os arriesgáis a perderos si actuáis solas: conseguid una mujer segura y no descuidéis nada para unirla a vuestros intereses y al servicio de vuestras pasiones; sobre todo pagadla bien.

Gozad con gente a sueldo mejor que con un amante; los primeros os servirán bien y en secreto; los otros se envanecerán de vosotras y os deshonrarán, sin daros placer.

Un lacayo, un camarero, un secretario, nada de esto marca en el mundo; un petimetre sí, y entonces ya estáis perdidas, a menudo para no haber sido más que frustradas en vuestros deseos.

Nunca hagáis hijos, nada produce menos placer; los embarazos minan la salud, afean el cuerpo, marchitan los encantos, y la incertidumbre de todos estos acontecimientos disgusta al marido. Hay mil medios de evitarlos, uno de los mejores es fornicar por el culo; mientras tanto haceros excitar el clítoris, y esta forma de gozar os producirá mil veces más placer que la otra; vuestros fornicadores también ganarán con ello, el marido no observará nada, y todos contentos.

Quizás vuestro esposo os proponga él mismo la sodomía: entonces, haceos valer: hay que aparentar siempre que se rechaza lo que se desea. Si, temiendo a los hijos, os veis obligadas a ser vosotras la que lo llevéis a este punto, disculpaos con el temor que sentís de morir al dar a luz; sostened que una de vuestras amigas os ha dicho que su esposo la tomaba de esta forma. Una vez hecha a estos placeres, utilizad sólo éstos con los amantes: así tendréis disipadas la mitad de las sospechas, y asegurada vuestra tranquilidad respecto a los embarazos.

Haced espiar los pasos de vuestro tirano; nunca hay que temer sorpresas cuando se quiere gozar con delicia.

A pesar de todo, si alguna vez fueseis descubiertas hasta el punto de no poder negar ya vuestra conducta, haced la comedia de los remordimientos, redoblad los cuidados y atenciones con vuestro marido. Si previamente os habéis ganado su amistad con complacencias y consideraciones, pronto volverá a vosotras. Si se obstina, sed las primeras en lamentaros. Sólo vosotras poseéis su secreto: amenazadlo con divulgarlo; y para que tengáis siempre sobre él este poder es por lo que os recomiendo que estudiéis sus gustos y los sirváis desde el principio de vuestra unión. Por fin, atándolo de esta manera, veréis cómo infaliblemente vuelve: reconciliaos entonces con él, y permitidle todo lo que quiera, con tal de que a su vez os perdone; pero no abuséis de este procedimiento; tomad más precauciones: una mujer prudente debe temer siempre irritar a su marido por excesiva entrega.

Gozad en tanto que no seáis descubiertas: entonces, absteneos de negaros nada.

Frecuentad poco a mujeres libertinas; su comercio no os procurará placeres, y podría daros muchos disgustos; se exhiben más que los amantes, porque saben que siempre es necesario ocultarse con un hombre y no lo creen necesario con una mujer.

Si os permitís relaciones a cuatro, que sea con una amiga segura: examinad bien las cadenas que ella debe respetar; no os arriesguéis si no tenéis más o menos los mismos deberes, porque entonces ella se guardará menos que vosotras y os perderá con sus imprudencias.

Encontrad algún medio para enteraron de la vida de los otros; y si un hombre os engaña, alejaos de él. No hay comparación posible entre la vida de este hombre y vuestra tranquilidad; de donde concluyo que vale cien veces más deshacerse de él que exhibiros o

comprometeros: no es que la reputación sea algo esencial, solamente sirve para consolidar los placeres. Una mujer que se considera prudente goza siempre infinitamente mejor que una cuya consideración se ha desvanecido a causa de su mala conducta demasiado conocida.

Sin embargo, respetad la vida de vuestro esposo, no porque haya ningún individuo en el mundo cuyos días merezcan serlo, sino más bien por vuestro propio interés; y en este caso, ese interés personal reside en que tratéis bien a este hombre. Es un estudio largo y fatigoso para una mujer aprender a conocer a su marido: pero una vez realizado con el primero, no le cuesta mucho trabajo con el segundo; incluso quizás no gane mucho con conocerlo. No es un amante lo que busca en su esposo, sino un personaje cómodo, y, en este caso, la larga costumbre tiene más posibilidades de éxito que la novedad.

Si el goce antinatural de que acabo de hablaron no logra inflamaros, fornicad por el coño, lo veo bien; pero vaciad el vaso en cuanto se llene; no dejéis nunca que el embrión llegue a su sitio: es de la mayor importancia, si no os acostáis pon vuestro marido, y también si os acostáis con él, porque, como he dicho, de la incertidumbre nacen las sospechas, y de las sospechas casi siempre las rupturas y las peleas.

Sobre todo no tengáis ningún respeto por esa ceremonia civil o religiosa que os encadena a un hombre al que no amáis, o al que ya no amáis, o que no os basta. Una misa, una bendición, un contrato, ¿son bastante fuertes... suficientemente sagradas todas estas simplezas para obligaros a arrastraros bajo cadenas? Este acto de fe dado, jurado y prometido, no es más que una formalidad que da a un hombre el derecho de acostarse con una mujer, pero que no compromete ni al uno ni al otro: mucho menos a aquella que, de los dos, tiene menos medios para desligarse. Vos, que estáis destinada a vivir en el mundo -me dice la superiora señalándome- mi querida Juliette, despreciad, desechad estos absurdos como se merecen; son convenciones humanas, a las que estáis obligada a adheriros a pesar de vos: un charlatán disfrazado que da vueltas alrededor de una mesa, frente a un gran libro, y un pillo que os hace firmar en otro, todo esto no está hecho ni para obligar ni para imponerse. Utilizad los derechos que os ha concedido la naturaleza; y ésta sólo os dictará que despreciéis estos hábitos y que os prostituyáis de acuerdo con vuestro deseos. Vuestro cuerpo es el templo donde quiere ser adorada, y no el altar en el que acaba de vociferar su misa ese cura imbécil. Los juramentos que ella exige de vos no son los que acabáis de hacer a ese despreciable juglar, o los que habéis firmado para aquel hombre lúgubre: los que la naturaleza quiere son que os entreguéis a los hombres, en tanto que vuestras fuerzas os lo permitan. El Dios que ella os ofrece no es el trozo de pasta redonda que este arlequín acaba de hacer pasar a sus entrañas, sino el placer, la voluptuosidad; y sólo si no servís a estos dos últimos, es como ultrajáis a esta tierna madre.

Cuando tengáis que elegir en vuestros amoríos, escoged siempre a gente casada: al ser el mismo el interés por el secreto, tendréis que temer menos indiscreciones. Pero incluso en este caso preferid a la gente a sueldo: os lo he dicho, tiene mucha más cuenta; de esta forma, es posible cambiar como de ropa, y la variación... la multiplicidad, son los dos vehículos más poderosos de la lujuria. Fornicad con la mayor cantidad de hombres que os sea posible: nada divierte, nada excita tanto como el gran número; cada uno os dará un placer nuevo, aunque no sea más que por el cambio de conformación, y no sabréis nada del amor si no conocéis más que un pito. En realidad, a vuestro esposo le da exactamente igual: estaréis de acuerdo en que no está más deshonrado por el que hace el número mil

que por el primero, incluso menos, porque parece como si el uno borrase al otro. Por otra parte, el marido, si es razonable, perdona mucho más fácilmente el libertinaje que el amor: éste le ofende personalmente, aquél no es más que una falta de vuestro físico. El puede muy bien ser razonable y entonces su amor propio está en paz. Por lo tanto le da igual; en cuanto a vuestros principios, ya que no sois filósofas, debéis saber que, una vez que se ha dado el primer paso, no pecáis más con el primero que con el diez mil. Sólo nos queda el público; ahora bien, éste os pertenece enteramente; todo depende del arte de fingir y del de imponeros a él; si tenéis ambos artes-lo que debéis estudiar- haréis del público y de vuestro marido lo que queráis. No perdáis nunca de vista que no es la falta lo que pierde a una mujer, sino el escándalo, y que diez millones de crímenes ignorados son menos peligrosos que el más leve tropiezo que salta a la vista de todo el mundo.

Sed modestas en vuestros vestidos: la ostentación marca más a una mujer que veinte amantes; un peinado más o menos elegante, un vestido más o menos caro, no contribuye en nada a la felicidad; pero fornicar *mucho y a menudo* contribuye a ella de una forma asombrosa. Con un aspecto pudoroso o modesto, nunca sospecharán de vosotras: si alguien se atreviese por un momento, mil defensores romperían lanzas por vosotras. El público, que no tiene tiempo de profundizar, no juzga nunca más que por las apariencias: no cuesta nada revestirse con las que le gustan. Por consiguiente, satisfaced al público para que os ayude cuando lo necesitéis.

Cuando vuestros hijos sean mayores, alejadlos de vosotras: con demasiada frecuencia han sido los delatores de su madre. Si os tientan, resistid el deseo: la desproporción de edad produciría un hastío del que seríais víctimas. Este incesto no tiene gran atractivo, y puede ahogar voluptuosidades mucho mayores. Tiene menos riesgos excitarse con la hija, si complace; hacedla compartir vuestros excesos para que no os delate.

Creo que ahora es necesario añadir una conclusión a todos estos consejos: y es que la prudencia de las mujeres es una pérdida, un flagelo para la sociedad, y que debería haber castigos dirigidos contra las absurdas criaturas que, por algún motivo, creen que conservando su ridícula virginidad se ennoblecen en este mundo y se preparan coronas en el otro.

Jovenes y deliciosos objetos de nuestro sexo -pro siguió Delbène con calor-, a vosotras me he dirigido hasta ahora y a vosotras os digo una vez más: Desechad esta salvaje virtud, de la que los estúpidos se atreven a hacer un mérito; renunciad a la bárbara costumbre dé inmolaros en los altares de esta ridícula virtud cuyos fantásticos goces no os compensarán nunca de todos los sacrificios que habéis hecho. ¿Y con qué derecho os exigen los hombres tanta contención, cuando no la tienen ellos? ¿No veis con claridad que son ellos los que hacen las leyes, y que su orgullo o su intemperancia presiden su redacción?

¡Oh compañeras, fornicad, habéis nacido para fornicar! Para ser jodidas os ha creado la naturaleza. Dejad que los estúpidos, los mojigatos y los hipócritas griten; sus razones tendrán para blasfemar contra esta deliciosa intemperancia que constituye la felicidad de vuestros días. No pudiendo obtener nada de vosotras, celosos de lo que podéis dar a los otros, os vituperan porque ya no esperan nada, y porque están en un estado en el que no pueden pediros nada; pero consultad a los hijos del amor y del placer, preguntad a la sociedad entera: todos se unirán para aconsejaros *fornicar,* porque *f°rnicar* es la intención de la naturaleza, y porque la abstinencia es un *crimen.* Que no os asuste el nombre de pu-

ta: más estúpida es la que se ofenda. Una puta es una criatura amable, joven, voluptuosa, que, al sacrificar su reputación a la felicidad de los otros, sólo por eso ya merece elogios. La puta es la hija querida de la naturaleza, la muchacha buena es su execración; la puta merece altares, y la vestal la hoguera. ¿Y qué ultraje más duro puede hacer una muchacha a la naturaleza que conservar como pura pérdida, y a pesar de todos los peligros que puede tener para ella, una virginidad quimérica cuyo único valor consiste en el prejuicio más absurdo y más imbécil? ¡Joded, amigas mías, os lo repito, rehusad valientemente los consejos de los que quieren cautivaros bajo los despóticos hierros de una virtud que no es buena para nada! Abjurad para siempre de todo pudor y toda contención; apresuraos a joder: no hay más que una edad para gozar, aprovechadla. Si dejáis que las rosas se marchiten, os preparáis amargas lamentaciones, y cuando, quizás todavía con el deseo de deshojarlas, no encontréis a nadie que las desee no os podréis consolar de haber perdido los momentos de ofrecérselas al amor. Pero se os dice que una muchacha así se vuelve infame, y el peso de esta infamia es insoportable... ¡Qué objeción! Atrevámonos a decirlo, sólo el prejuicio hace a la infamia: ¡cuántas acciones pasan por tales, y sin embargo no tienen como base de esta opinión más que el prejuicio! Por ejemplo, los vicios de robo, sodomía, la cobardía, ¿no son considerados infamias? Sin embargo, me confesaréis que al microscopio de la naturaleza son totalmente legítimos, lo que es contradictorio con la idea de infamia; porque es imposible que una cosa aconsejada por la naturaleza pueda no ser legítima, y es absurdo decir que una cosa legítima pueda ser infame. Ahora bien, sin que profundicemos en estos vicios ahora, ¿no es cierto que a todos los hombres se les ha inspirado que lleguen a ser ricos? Si esto es así, el medio que los conduzca a eso debe ser tan natural como legítimo. De igual manera, ¿no se les ha dado a todos los hombres que busquen la mayor dosis de voluptuosidad posible en sus placeres? Ahora bien, si la sodomía conduce infaliblemente a eso, la sodomía no es una infamia. ¿Sentimos cada uno el instinto de autoconservación? La cobardía es uno de los medios más seguros: la cobardía no es una infamia; y cualesquiera que puedan ser nuestros ridículos prejuicios sobre cada uno de estos temas, es evidente que nunca podrán ser considerados como infamias estos tres vicios, puesto que los tres están en la naturaleza. Ocurre lo mismo con el libertinaje de los individuos de nuestro sexo. En tanto que sirve a la naturaleza, es imposible que pueda ser infame. Pero supongamos por un momento la realidad de esta infamia: ¿cómo puede detener a una mujer inteligente? ¿Qué le importa que la miren como infame? Si, en realidad, no lo es ante los ojos de la razón, y si es imposible que pueda existir infamia, en su caso se reirá de la injusticia y de la locura de sus semejantes, no por ella dejará de seguir los impulsos de la naturaleza, y se sentirá más tranquila que cualquier otra de las que la insultan; pues todo detiene, todo hace temblar a la que teme perder su reputación, mientras que la que la ha perdido debe ser necesariamente más feliz al no tener nada que arriesgar y al entregarse a todo sin aprensión.

Vayamos más lejos. Si aquello a lo que se entregase esta mujer, la costumbre a la que la arrastra su inclinación, fuese realmente infame respecto a las leyes y principios del gobierno bajo el que vive, si ese algo, sea lo que fuere, afecta de tal forma a su felicidad que no puede abandonarlo sin hacerse desgraciada, ¿no sería una loca si renunciase, sea cual sea la infamia con la que se cubre entregándose a ello? Pues el peso de esta imaginaria infamia no la disgustará, no la afectará tanto como el sacrificar su habitual pecado; este primer sufrimiento no será más que intelectual, capaz de afectar únicamente a ciertos espíritus, y aquello de lo que se priva es un placer al alcance de todo el mundo. De esta

forma, como entre dos males indispensables hay que escoger siempre el menor, la mujer de la que hablamos debe enfrentarse sin duda alguna a la infamia y seguir viviendo como lo hacía, arriesgándose a ella; pues perderá muy poco poniéndole los cuernos a esta infamia, y mucho renunciando a lo que debe hacérsela merecer. Hace falta que se familiarice con ella, que la haga frente, que se acostumbre desde niña a no ruborizarse por nada, a desechar el pudor y la vergüenza, que no conseguirían más que ahogar sus placeres sin contribuir en nada a su felicidad.

Una vez que llegue a este estado, sentirá algo singular y sin embargo verdadero: que los aguijones de esta infamia a la que temía se transformarán en voluptuosidades, y que entonces, lejos de evitar sus heridas, ella misma se clavará los dardos, intensificará la búsqueda de las cosas que mejor puedan introducírselos, y pronto llevará el extravío del espíritu hasta el punto de desear que se descubra su infamia. Observad a esta deliciosa pícara: quisiera cometer actos de libertinaje ante los ojos del mundo entero; ya no la afecta la vergüenza, la hace frente, y sólo se queja ya de los pocos testigos de sus errores. Y lo que es más singular no es este momento en que conoce el placer, envuelto en la nube de sus prejuicios, sino que no se encuentre transportada hasta el último grado de la embriaguez más que una vez que haya destruido radicalmente todos los obstáculos que venían, como agujas, a herir su corazón. Pero, algunas veces os han dicho que hay cosas horribles, cosas que van en contra del buen sentido, de todas las leyes aparentes de la naturaleza, de la conciencia y de la honradez, cosas que parecen hechas no sólo para inspirar un horror general, sino además para no poder proporcionar nunca placer... Sí, a los ojos de los estúpidos; pero hay ciertos espíritus que, una vez que han liberado a estas mismas cosas de lo que en apariencia tenían de horrible, y una vez que se han liberado de todo eso desechando el prejuicio que las envilece y condena, no ven ya en estas cosas más que grandes voluptuosidades, y delicias tanto más excitantes cuanto más se alejan estos procedimientos de las costumbres recibidas, cuanto más gravemente ultrajen a esas costumbres, y cuanto más prohibidas sean. Tratad de curar a una mujer semejante, os desafío a que lo consigáis; los goces sentidos por ella al elevar su alma a esas alturas, llegan a ser tan voluptuosos y tan intensos que no entrevé ya nada preferible al divino camino que ha elegido. Cuanto más espantoso es algo, más le agrada, y nunca la oiréis quejarse más que de la falta de medios para desafiar esa infamia tan querida y cuyo peso aumenta sus placeres. Esto es lo que puede explicaron por qué los criminales buscan siempre los excesos, y por qué para ellos no hay ningún placer excitante si no está sazonado con un crimen: han separado de él todo lo que tiene de repugnante a los ojos del vulgo, y sólo ven en él sus atractivos. La costumbre de franquear cualquier cosa les hace encontrar sin cesar muy simple lo que al principio les había parecido indignante, y, de extravío en extravío, llegan a monstruosidades respecto a las cuales se sienten todavía atrasados, porque necesitarían crímenes reales para obtener de ellos un verdadero goce, y porque, desgraciadamente, no hay crimen en nada de lo que se haga. De esta forma, superando constantemente sus propios deseos, no son ellos los que cometen horrores cada vez más mostruosos, sino que no existen para ellos semejantes horrores. Absteneos de creer, amigas mías, que la delicadeza de nuestro sexo nos pone a salvo de estos extravíos: más sensibles que los hombres, nos lanzamos más de prisa a sus caminos. Entonces, no es posible hacerse una idea de los excesos a los que nos entregamos; no es posible imaginarse lo que hacemos cuando la naturaleza ya no tiene frenos, ni la religión voz, ni las leyes fuerza sobre nosotras.

Se clama contra las pasiones, sin pensar que a su llama se enciende la de la filosofía, que es al hombre apasionado a quien debemos el derrocamiento total de todas las imbecilidades religiosas que apestaron el mundo durante tanto tiempo. Sólo la llama de las pasiones consumió esta odiosa quimera de la Divinidad, en nombre de la que se asesinaba desde hacía tantos siglos: sólo ella se atrevió a aniquilarla y a consumir sus indignos altares. ¡Ah!, aunque las pasiones no hubiesen prestado al hombre más que este servicio, ¿no bastaría para hacer olvidar sus extravíos? ¡Oh mis queridas muchachas, sabed desafiar la infamia y, para aprender a despreciarla como se merece, multiplicad vuestros pequeños errores: ¡éstos os acostumbrarán a desafiar cualquier cosa... ahogarán en vosotras el germen de los remordimientos! Adoptad como base de vuestra conducta y como regla de vuestras costumbres lo que os parezca mejor para vuestros gustos, sin preocuparon de si esto está de acuerdo o no con nuestras costumbres, porque sería injusto que os castigaseis con la privación de ello por no haber nacido en el país en que está permitido. No escuchéis más que lo que os halague o deleite más: es lo más conveniente para vosotras. Que las palabras no tengan ninguna significación real para vosotras, son arbitrarias y no dan más que meas puramente parciales. Una vez más, creed que la infamia se transforma pronto en voluptuosidad. Recuerdo haber leído en alguna parte, creo que en Tácito, que la infamia era el último de los placeres para aquellos que se han hastiado de los otros a causa de los excesos que han cometido, placer muy peligroso, sin duda alguna, porque hay que encontrar un goce, y un goce muy intenso, en esta especie de abandono de uno mismo, en este tipo de degradación de los sentimientos de donde nacen todos los vicios al tiempo... porque mancilla el alma, y no le da otro aliciente que el de la más completa corrupción, y todo esto sin dejar el menor lugar al remordimiento, totalmente extinguido en un ser que sólo estima aquellos placeres, que sólo se complace en hacerlos revivir para tener el placer de vencerlos, y que llega de este modo, gradualmente, a los excesos más monstruosos, con tanto más facilidad cuanto que los frenos que ha roto, o las virtudes que ha despreciado, se convierten en otros tantos episodios voluptuosos, a menudo mucho más excitantes para su pérfida imaginación que el extravío que había concebido. Lo que es más singular es que se cree feliz entonces y que realmente lo es. Si, a la inversa, el individuo virtuoso también es feliz, entonces la felicidad no es ya una situación que cada uno puede vivir comportándose bien: sólo depende de nuestra organización, y puede encontrarse igualmente en el triunfo de la virtud y en el abismo del vicio. Pero, ¿qué digo?, en el triunfo de la virtud... ¡ah!, ¿serán sus cosquilleos tan excitantes? ¿Cuál es el alma fría que podría contentarse con ellos? No, amigas mías, no, nunca se hizo la virtud para la felicidad. Miente el que se enorgullece de haberla encontrado en ella, ¡quiere hacernos tomar por felicidad las ilusiones de nuestro orgullo! En lo que a mí respecta, os digo que la desecho de mi alma, la desprecio tanto cuanto anteriormente fue mi debilidad en quererla, y me gustaría unir a las delicias de ultrajarla constantemente la voluptuosidad de arrancarla de todos los corazones.

¡Cuántas veces, en mis ilusiones, se calentaba mi cabeza hasta el punto de querer estar cubierta con esta infamia que acabo de pintaros! Sí, me hubiese gustado ser declarada infame: me habría gustado que hubiesen decidido, mostrado que soy una puta; ¡me gustaría romper estos indignos votos que me impiden prostituirme públicamente, envilecerme como la última de las mujeres! Confieso que desearía la suerte de esas divinas criaturas que satisfacen, en los rincones de las calles, las sucias lubricidades del primero que pasa; ellas están sumidas en el envilecimiento y la inmundicia; la deshonra es su ajuar, y ya no

sienten nada... ¡Qué felicidad! ¿Y por qué no nos esforzamos en volvernos todas así? ¿Acaso no es el ser más feliz de la tierra aquel al que las pasiones han endurecido el corazón... lo han llevado hasta el punto de ser sensible sólo para el placer? ¿Y qué necesidad hay de estar abierto a otras sensaciones que no sean ésta? ¡Amigas mías, aunque llegásemos a este último grado de ignominia, no pareceríamos más viles, y preferiríamos divinizar nuestros errores antes que despreciarnos a nosotras mismas! Así es como la naturaleza sabe darnos a todos la felicidad.

-Pero, joder, ¡cómo se excitan! -prosiguió Delbène con ardor-, se elevan, estos miembros que palpo mientras discurro; miradlos duros como bronce, y mi culo los desea. Tomadlo, amigos míos, jodedlo, este trasero mío insaciable; derramad en el fondo de este culo libertino nuevos chorros de esperma que refresquen, si es posible, el vivo ardor que lo devora. Ven, Juliette, quiero chuparte tu coño mientras que me dan por el culo; Volmar, en cuclillas sobre ti, te presentará todos sus encantos; tú se los lamerás, los devorarás, mientras que tu mano derecha excita a Flavie y la izquierda golpea las nalgas de Laurette.

Realizamos esta nueva escena. Los dos amantes de la Delbène la sodomizan alternativamente. Inundada con el flujo de Volmar, el mío corre abundantemente en la boca de la superiora, y por fin comenzamos con la desfloración de Laurette.

Destinada a desempeñar el papel de gran-sacerdote, me revisten con un miembro postizo. Siguiendo las bárbaras órdenes de la abadesa, he elegido el más gordo; y así es el desarrollo de esta sesión a la vez lúbrica y cruel: Laurette está atada a un taburete, de tal forma que su rabadilla, apoyada en un cojín muy duro, descansa solamente sobre este mínimo lugar; sus piernas, muy separadas, están sujetas por argollas, igual que sus brazos, pendiendo del lado contrario. En esta postura, la víctima presenta en la más hermosa posición la estrecha y delicada parte de su cuerpo donde debe penetrar la espada. Sentada junto a ella, Teléme debe sostener su bonita cabeza... exhortarla a la paciencia; y esta idea de ponerla en manos del confesor, más o menos como si estuviese en el suplicio, divierte infinitamente a Delbène, cuyas pasiones son tan feroces como libertinos sus gustos. Mientras yo desvirgo el coño de esta Agnés, Ducroz debe darme por el culo. El altar que se encuentra más allá, y que, por su posición, corona a aquel en que la joven debe ser inmolada, servirá de sofá a nuestra voluptuosa abadesa. Allí se deleitará la zorra libidinosamente entre Volmar y Flavie, tanto con la idea del crimen que me impulsa a cometer, como con el delicioso espectáculo de su consumación.

Antes de darme por el culo, Ducroz facilita la introducción que yo debo hacer; lubrifica los bordes de la vagina de Laurette y de mi consolador con una esencia olorosa que le hace penetrar casi al instante. No obstante, el desgarramiento es terrible: Laurette no tiene todavía ni diez años, y mi miembro postizo tiene ocho pulgadas de gordo y doce de longitud. Los ánimos que me dan, la excitación en la que me encuentro, el gran deseo que tengo de consumar este acto libertino, todo me hace poner en esta operación la misma actividad, el mismo ardor que hubiese utilizado el amante más vigoroso. La máquina penetra, pero los chorros de sangre que brotan de la ruptura del himen, los terribles gritos de la víctima, todo nos anuncia que la obra emprendida no se realizará sin peligro; y la pobre pequeña, en efecto, acaba de ser herida de un modo tan cruel como para inquietarnos sobre su vida. Ducroz, que se da cuenta, informa con una señal a la abadesa, que, voluptuosamente excitada por sus bribonas, ordena que sigamos adelante.

-La perra es nuestra -exclama-, no la ahorremos sufrimientos; ¡no tengo que dar cuenta de ella ante nadie!

Podéis imaginaros hasta qué punto me enardecieron estos propósitos. Totalmente segura del daño que había causado mi torpeza, no hice más que redoblar con más fuerza mis sacudidas: Mientras que Laurette se desvanece. Ducroz me da por el culo, y Téléme. encantado, se excita sobre el bonito rostro de la moribunda, cuya cabeza comprime con rudeza entre sus piernas...

-Necesitaría ayuda, señora -digo a Delbène-, sigue dando sacudidas...

- ¡Semen es lo que nos hace falta! -responde la abadesa-, ¡sí, semen! Esta es la única ayuda que quiero prestar a esa zorra.

Sin embargo, yo sigo frotando, electrizada por el miembro de Ducroz, sumergido hasta tal punto en el agujero de mi culo que no quedan más que dos dedos fuera; no trato a mi víctima con más miramientos de los que me tratan a mí. El éxtasis se apodera de todos nosotros casi al mismo tiempo: las tres zorras del altar descargan como bribonas, mientras que las paredes del consolador que introduzco en Laurette desvanecida se mojan con mi esperma, con el que Ducroz llena mi ano, y Téléme mezcla el suyo con las lágrimas de la víctima, descargándoselo sobre el rostro.

Nuestro agotamiento, la necesidad de volver a Laurette a la vida, si queremos obtener otros placeres de ella, todo nos obliga a darle algunos cuidados. La desatamos; Laurette, rodeada por todos nosotros, abofeteada, manoseada, pronto da señales de vida.

¯¿Qué tienes? -le pregunta Delbène con crueldad- ¿Eres tan débil que un maque tan ligero te envía ya a las puertas del infierno?

-¡Ay de mí!, señora, yo no aguantaba más -dice esta pobre desgraciada cuya sangre sigue corriendo en abundancia-: me han hecho tanto daño que creí morirme.

-¡Bueno! -dice fríamente la superiora-, otras más jóvenes que tú han soportado estos ataques sin riesgo alguno; prosigamos.

Y sin prestarle otros cuidados que los de cortarle la sangre, la víctima es atada boca abajo, como acaba de estarlo boca arriba; y con el agujero de su culo bien a mi alcance, la Delbène de nuevo en el altar con sus dos bribonas, me apresuro a realizar el asalto por otra brecha. No había nada tan lujurioso como la manera en que se hacía excitar la superiora por Volmar y Flavie. Esta última, tumbada sobre Mme. Delbène, le hacía chupar su coño mientras ella le excitaba el clítoris, y Volmar, un poco más arriba, apretaba sus pezones con la boca, mientras le metía tres dedos en el culo, de forma que la bribona no tema ni una sola parte de su cuerpo que no estuviese entregada al placer. Entretanto, con sus ojos fijos en mi operación, la puta me impulsaba a que acabase: me apresuro; esta vez, es Téléme el que debe darme por el culo mientras yo sodomizo a Laurette; y Ducroz, colocado junto a mí, debe preparar la introducción excitándome el clítoris. Las dificultades son insuperables; mi instrumento, rechazado ya por tres o cuatro veces, o se ha descolocado, o se ha metido otra vez en el coño a pesar de mí, lo que no sucede sin ocasionar nuevos dolores a la desgraciada víctima de nuestro libertinaje. Delbène, impaciente por estos retrasos, encarga a Ducroz que prepare el camino dando él mismo por el culo a la pequeña, y, como podéis imaginar, este encargo no le disgusta lo más mínimo. Al ser su

miembro menos terrorífico que la viga que yo tengo, al no tener que temer las vacilaciones que me molestan, el libertino está en el fondo del culo de la virgen en un momento; rompe el mojón virginal, y está listo para arrojar el semen cuando la exigente abadesa le ordena que se retire y que me ceda el puesto.

-¡Santo Dios! -dice el abad retirando su miembro espumeante de lujuria y todo cubierto con las marcas de su victoria-, ¡ah!, ¡redios jodido!, obedezco, pero me vengaré en el culo de Juliette.

-No -dice Delbène, quien, a pesar de los placeres con los que se embriaga, no deja de ocuparse de los nuestros-, no, el culo de Juliette pertenece a Téléme, le corresponde a ella gozar esta vez, y no permitiré que pierda sus derechos. Pero, criminal, puesto que te excitas tanto, métete en el culo de Volmar; mira su trasero soberbio ofrecido a tus deseos; métete en su culo, te digo, y así ella me excitará mejor.

-¡Sí, me cago en Dios!, sí dice Volmar-, mira mi culo; que lo enfile el bribón: nunca he sentido tal necesidad de ser sodomizada.

Todo se dispone de nuevo; y al dejar la brecha preparada en Laurette penetra mi instrumento sin demasiadas dificultades, la pobre pequeña pronto lo siente en el fondo de su ano. Entonces, sus gritos crecen; son terribles; pero Téléme, bien enclavada en mi culo, y Delbène, que nada en flujo, me animan con tanta fuerza que Laurette pronto siente por detrás lo que le he hecho sentir por delante: la sangre corre, y la pobre niña se desmaya por segunda vez. Aquí es donde me doy cuenta exactamente del carácter feroz de Delbène.

-¡Sigue, sigue! -exclama al verme dispuesta a salirme; no la dejes hasta que hayamos descargado.

-Pero se está muriendo -respondo-.

-¡Va, va, son simulacros! Y por otro lado, ¿qué me importa la existencia de esta puta? Sólo está aquí para nuestros placeres, y, ¡joder, servirá para eso!

Enardecida por esta arpía, y sin sentirme ya afectada por sentimientos pusilánimes de conmiseración con los que la naturaleza no me había provisto con profusión, prosigo, y sólo tengo como señal de mi retirada los testimonios seguros del delirio general que pronto oigo resonar en mis oídos; ya estaba en mi tercera emisión cuando abandoné el puesto.

-Veamos -dice la abadesa acercándose-, ¿está muerta?

-No, está peor que después de los primeros ataques dice Ducroz-, y si queréis la devuelvo a la vida enroñándola.

-La pondremos entre los dos -dice Téléme-; mientras que yo la doy por el culo, Delbène me excitará el mío, y yo acariciaré el de Volmar; Juliette socratizará a Ducroz, que lamerá el coño de Flavie.

Ponemos en práctica el proyecto, y los rápidos movimientos de nuestros dos jodedores, su fogosa lujuria, no tardan en volver a la vida, por segunda vez, a la pobre Laurette.

-Querida -digo entonces a la abadesa mientras me acerco a ella-, ¿cómo vas a arreglar todo el daño que acabamos de hacer?

-El que tú has sentido pronto estará arreglado, ángel mío -respondió Delbène : mañana te daré una pomada que te curará de tal forma que nadie podrá dudar de tu entereza: En cuanto a Laurette, ¿olvidas acaso que la suponen escapada del convento?... Es nuestra, Juliette, no volverá a aparecer.

-¿Y qué haréis? -respondo totalmente asombrada. -La víctima de nuestras lujurias. ¡Ah Juliette!, ¡cómo se nota que todavía eres una novicia!, ¿no sabes acaso que no hay goces mejores que los criminales, y que cuanto más se les rodea de horrores, más encantos ofrecen?

-En verdad, querida, que no os entiendo. ¯Paciencia, pronto me haré comprender con hechos. Comamos.

Pasamos a una pequeña cueva, vecina de aquélla en la que acababan de celebrarse nuestras orgías. En ella, se encontraban preparados los platos más exquisitos y los vinos más deliciosos, y todo con profusión. Nos sentamos a la mesa. Laurette nos servía. Pronto me dí cuenta, por el tono que utilizaba con ella la sociedad, por la forma brusca en que la trataban, que la pobre desgraciada era considerada ya sólo como una víctima. Cuanto más se calentaban las cabezas, más maltratada era: no prestaba un servicio sin que recibiese, a cambio de él, una torta, un pellizco, una bofetada, y el más leve momento de descuido era castigado con la mayor severidad. Callaré, amigos míos, las acciones y las palabras de estas lujuriosas bacanales. Es suficiente que sepáis que igualaron en horrores, en execraciones, a lo más libertino que yo haya podido ver después en el mundo.

Hacía mucho calor, estábamos desnudas; los hombres en el mismo desorden, y mezclados con nosotras, se entregaban sin ningún pudor a todo lo más sucio y crapuloso que podía inspirarles el delirio. Téléme y Ducroz, disputándose mi culo, parecía que iban a negarse para obtener su goce, e, inclinada bajo los dos, yo esperaba humildemente la resolución de este combate cuando Volmar, ya achispada, y más hermosa que la misma Venus en tal estado de embriaguez, se apodera de los dos miembros y los excita sobre su cuenco de ponche que acaba de preparar para, según dice, recoger el semen.

-No lo permito -dice la abadesa más o menos tan aturdida con los vapores de Baco como por todo lo que le rodea-, no lo permito más que a condición de que Juliette mezcle su orina con el semen...

Meo; las putas beben, los hombres las imitan, y, en el culmen del delirio, la extravagante abadesa, que ya no sabe qué inventar para despertar dentro de sí deseos agotados por el libertinaje, anuncia que quiere pasar a la cueva donde reposan las cenizas de las mujeres de esta casa, que quiere elegir el ataúd de una de las que inmoló su rabia de celos, y hacerse joder cinco o seis veces sobre el cadáver de su víctima. La idea pareció buena a todos; subimos, colocamos las velas sobre los ataúdes que rodean al de la joven novicia, envenenada desde hacía tres meses por la abadesa, después de haberla idolatrado. La infernal criatura se tumba sobre el ataúd, y, presentando su coño a los dos clérigos, los desafía alternativamente, Ducroz es el primero que la enfila. Nosotras éramos espectadoras, y nuestro único trabajo, en esta lúgubre escena, consistía en besarla, excitarle el clítoris y prestarnos a sus caricias. Delbène, en el delirio, estaba recordando horrores, cuando oímos un silbido terrorífico y todas las luces se apagan a la vez.

-¡Oh cielos!, ¿qué ocurre? exclama la intrépida abadesa, la única de todos nosotros que conservó su coraje en medio del trastorno general en el que estábamos. -¡Juliette!... ¡Volmar!... ¡Flavie!...

Pero todo está en silencio, todo está prohibido, nadie responde; y a no ser por los detalles que recibí de nuestra superiora al día siguiente, ya que me desmayé, quizás todavía ignorase el origen de todo este estrépito Un búho, oculto en esta cueva, había sido el único causante: asustado por las luces a las que sus ojos no estaban acostumbrados, había emprendido el vuelo, y el aire, agitado por sus alas, había apagado lo que le molestaba. Cuando recobré el uso de mis sentidos, me encontré en mi cama, y Delbène, que vino a verme en cuanto supo que estaba mejor, me contó que después de haber tranquilizado a los dos hombres, casi tan asustados como nosotras, sólo con su ayuda había conseguido llevarnos a nuestras habitaciones y haber aclarado todo.

-No creo en los acontecimientos sobrenaturales -me dice Delbène-; nunca hay una causa sin efecto, y lo primero que hago, cuando un efecto me sorprende, es remontarme al instante a la causa. En seguida encontré la causa de nuestra aventura de ayer, y, una vez encendidas de nuevo las luces, los hombres y yo hemos puesto en orden todo en un momento.

-¿Y Laurette, señora?

-Está en la cueva, querida, la dejamos allí.

-¡Qué!, ¿la habéis...?

-Todavía no, será el tema de nuestra próxima reunión; no hubiese pasado de ayer sin la catástrofe. -Realmente, Delbène, sois de un libertino... de una crueldad...

-No, nada de eso: tengo unas pasiones muy vivas, sólo a ellas escucho y como estoy convencida de que son los órganos más fieles de la naturaleza, me entrego a lo que me inspiran, sin temor y sin remordimientos. Ya estás mejor, Juliette, levántate, y ven a cenar conmigo a mi cuarto; charlaremos.

-Siéntate, mi niña -me dice en cuanto nos levantamos de la mesa-. Veo que estás sorprendida de verme tan tranquila ante el crimen: quiero que las reflexiones que tengo que exponerte sobre este tema te vuelvan pronto tan apática como yo. Ayer, lo vi, te sorprendías de mi tranquilidad en medio de los horrores que cometimos, y me acusabas de falta de piedad por esa pobre Laurette, sacrificada a nuestros excesos.

¡Oh Juliette! estáte segura de que todo está dispuesto por la naturaleza para llegar al estado en que la vemos. ¿Acaso ha dado la misma fuerza, las mismas bellezas, las mismas gracias, a todos los seres que han salido de sus manos? No hay duda de que no. Ya que quiere matices en las constituciones, exige lo mismo en las suertes y las fortunas. Los desgraciados que nos ofrece el azar, o que hacen nuestras pasiones, están en los planes de la naturaleza como los astros con que nos ilumina, y hacemos un mal tan seguro turbando esta sabia economía, como lo sería el cambiar el curso del sol, si este crimen estuviese en nuestras manos...

-Pero ¯interrumpí en este momento- si tú fueses desgraciada, Delbène, ¿no sería fácil socorrerte?...

-Yo sabría sufrir sin quejarme -me respondió esta estoica criatura- y no imploraría la ayuda de nadie. ¿Estoy acaso al abrigo de los males de la naturaleza, y no tengo que temer a la miseria, ni la fiebre, la peste, la guerra, el hambre, las sacudidas de una imprevista revolución, y todas las otras plagas de la humanidad? Que vengan y las recibiré valientemente. Créete, Juliette... sí, convéncete de que cuando permito que los otros sufran sin socorrerlos, es porque yo he aprendido a sufrir, a mi vez, sin ser socorrida. Abandonémonos a la naturaleza; lo que sus órganos nos indican no son ayudas mutuas: sólo tenemos que sentir dentro de nosotros la necesidad de adquirir por nosotros mismos toda la fuerza necesaria para soportar los males que nos reserva, y la compasión, lejos de preparar nuestra alma para esto, la debilita y le quita toda la valentía que necesita para sus propios dolores. Quien sepa endurecerse ante los males del otro se vuelve pronto impasible a los suyos propios, y le es más necesario saber sufrir él mismo con valor, que acostumbrarse a llorar sobre los otros. ¡Oh Juliette!, cuanto menos sensible eres, menos te afectan y más te acercas a la verdadera independencia. Nunca somos víctimas más que de dos cosas: o de las desgracias del prójimo, o de las nuestras propias; comencemos por endurecernos frente a las primeras, y las segundas no nos afectarán, y, desde ese momento, no habrá nada que pueda turbar nuestra tranquilidad.

¯Pero ¯respondo yo¯ de esta apatía tienen que surgir crímenes.

¯¿Y qué importa?, no hay que apegarse ni al crimen ni a la virtud, sino a lo que nos hace felices; y si yo viese que la única posibilidad de que yo fuese feliz estaba en el exceso de los crímenes más atroces, los cometería en ese mismo instante, sin temblar, segura -como ya te he dicho- de que la primera ley que me dicta la naturaleza es deleitarme, *no importa a expensas de quién. Si* ha dado a mis órganos una constitución semejante, de tal forma que sólo con la desgracia de mi prójimo pueda manifestarse mi voluptuosidad, es que, para llegar a sus planes de destrucción... planes tan necesarios como los otros, ha creído necesario crear un ser como yo para que la sirva en sus proyectos.

-Esos son sistemas que pueden llegar demasiado lejos. -¿Y qué impºrta? -respondió Delbène-, te desafío a que demuestres un límite a partir del cual puedan ser peligrosos; gozamos, y eso es todo lo que hace falta.

-¿Se puede gozar a expensas de los otros?

-Lo que menos me importa en el mundo es la suerte de los otros; no tengo la menor fe en ese *lazo de fraternidad* del que los estúpidos me hablan constantemente, y puedo rechazarlo porque lo he examinado detenidamente.

-¡Oh cielos!, ¿dudáis de la primera ley de la naturaleza?

-Escúchame, Juliette... es increíble hasta qué punto necesitas ser educada...

Estábamos en este punto de nuestra conversación, cuando un lacayo, que llegaba de parte de mi madre, vino a informar a la abadesa de las terribles desgracias de nuestra casa y la peligrosa enfermedad de mi padre; nos pedían `a mi hermana y a mí que nos pusiésemos en camino al instante...

- ¡Oh cielos! -dice Mme. Delbène-, ¡me he olvidado de componer tu virginidad! Espera, ángel mío, espera, toma este frasco, es un extracto de mirtos con el que te frotarás por la

mañana y por la noche, sólo durante nueve días: puedes estar segura de que al décimo te encontrarás tan virgen como si no te hubiese ocurrido nada.

Después, enviando a buscar a mi hermana, nos entregó a ambas a la persona que venía a buscarnos, aconsejándonos que volviésemos en cuanto pudiésemos. La abrazamos y nos marchamos.

Mi padre murió. Ya sabéis los desastres que siguieron a esta muerte: la de mi madre, que sucedió al cabo de un mes, y el abandono en el que nos encontramos. Justine, que desconocía mis lazos secretos con la abadesa, no se enteró de la visita que fui a hacerle unos días después de nuestra ruina; y tengo que hablaros, amigos míos, de los sentimientos que descubrí entonces en ella, puesto que acaban de desvelar el carácter de esta original mujer. El primer rasgo de dureza de la Delbène hacia mí fue negarme la puerta del interior y no consentir en hablar conmigo más que un momento tras las rejas.

Cuando sorprendida de la frialdad que me demostraba quise hacerle valer nuestros lazos, me dijo:

-Hija mía, tengo que olvidarme de todas esas miserias desde el momento en que ya no vivimos juntas, y, en cuanto a mí, os aseguro que no recuerdo el menor detalle de los hechos de los que me habláis. Respecto a la indigencia que os amenaza, recordad la suerte de Euphrosine; se lanzó sin necesidad a la carrera del libertinaje: imitadla por necesidad. Es el único camino que os queda, y el único que os aconsejo; pero cuando lo hayáis tomado, no volváis a verme: quizás no triunféis en ese estado, y entonces necesitéis dinero, créditos, y yo no podría ofreceros ni lo uno ni lo otro.

Con estas palabras, la Delbène se levantó y me dejó en tal asombro... que sin duda hubiese sido menos fuerte con un poco más de filosofía; mis reflexiones fueron crueles... Salí de allí en seguida con la firme resolución de seguir los consejos de esta malvada criatura, por muy peligrosos que fuesen. Felizmente me acordaba del nombre y de la dirección de la mujer de la que Euphrosine nos había hablado en otro tiempo; ¡ay de mí!, cuán lejos estaba entonces de prever la necesidad de esta cruel fuente; volé hacia allí. La Duvergier me recibió maravillosamente. El excelente remedio de la Delbène me sirvió para engañar a sus ojos expertos y la puso en condiciones de engañar a muchos otros. Dos o tres días antes de entrar en esta casa fue cuando me separé de mi hermana, para seguir una carrera muy diferente de la suya.

Después de las desgracias que me habían ocurrido, y dependiendo mi existencia únicamente de mi nueva ama, me resigné a cumplir todo lo que me mandaba. Pero en cuanto estuve sola, me puse a reflexionar de nuevo sobre el abandono y la ingratitud de Mme. Delbène. ¡Ay de mí! —me decía-, ¿por qué la enfrió mi desgracia? ¿Acaso Juliette pobre o Juliette rica formaban dos criaturas diferentes? Entonces, ¿cuál es ese extraño capricho que hace amar la opulencia y huir de la miseria? ¡Ah!, yo no concebía todavía que el infortunio tuviese que estar a cargo de la riqueza, ignoraba hasta qué punto lo teme... hasta qué punto huye de él, e ignoraba que la antipatía que siente por él resulta del terror que tiene de aliviarlo. Pero -proseguí en mis reflexiones-, ¿cómo esta mujer libertina... criminal incluso, no teme la indiscreción de aquellos a los que trata con tanta altanería? Otro acto de infantilismo por mi parte; yo no conocía la insolencia y la desfachatez del vicio engendrado por la riqueza y la fama. Mme. Delbène era superiora de una de las más célebres abadías de París, gozaba de sesenta mil libras de renta, tenía con ella a toda la corte,

a toda la ciudad: ¡hasta qué punto debía de despreciara una pobre muchacha como yo que, joven, huérfana y sin un céntimo de renta, no podía oponer a sus injusticias más que reclamaciones aniquiladas con prontitud, o quejas que, tratadas al instante como calumnias, le hubiesen valido a la que hubiese tenido la desfachatez de emprenderlas, la eterna pérdida de la libertad!

Corrompida hasta el punto en que yo estaba ya, este ejemplo asombroso de una injusticia que tenía que sufrir, me impulsó en lugar de corregirme. ¡Y bien! me digo-, sólo tengo que tratar de ser rica a mi vez, y pronto seré tan descarada como esta mujer, y gozaré de los mismos derechos y de los mismos placeres. Abstengámonos de ser virtuosos, puesto que el vicio triunfa constantemente; temamos la miseria, puesto que siempre es despreciada... Pero, ¿cómo evitaré el infortunio si no tengo nada? Sin duda, mediante acciones criminales. ¿Qué importa?, los consejos de Mme. Delbène habían gangrenado mi corazón y mi mente: no creo que haya mal en nada, estoy convencida de que el crimen sirve a las intenciones de la naturaleza tanto como la prudencia o la virtud. Lancémonos a este mundo perverso, en el que aquellos que triunfan son los que logran lo mejor; que ningún obstáculo nos detenga, el único desgraciado es el que se queda en el camino. Puesto que la sociedad no está compuesta más que de inocentes y bribones, juguemos decididamente a lo último: es más halagador para el amor propio triunfar que triunfen sobre una misma.

Tranquilizada con estas reflexiones, que quizás os parezcan prematuras a los quince años, pero que son fácilmente explicables teniendo en cuenta la educación que yo había recibido, esperé con resignación los acontecimientos que me reservaba la providencia, decidida a aprovecharme de todos aquéllos que se presentasen para mejorar mi fortuna, al precio que fuese.

No cabe duda de que me quedaba un duro aprendizaje por hacer; estos desgraciados principios debían acabar de corromper mis costumbres, y, para no alarmar las vuestras, amigos míos, creo que haré bien en evitaros detalles que descubrirían a vuestros ojos extravíos más extraordinarios que a los que asistís diariamente...

-Me cuesta creer, señora -dice el marqués, interrumpiendo a Juliette-, que, con todo lo que sabéis de nosotros, pueda asustaros por un momento semejante temor.

-Es que en este caso se trata de la corrupción de ambos sexos -dice Mme. de Lorsange-, pues la Duvergier proporcionaba sujetos a la fantasía de ambos por igual.

-Vuestros cuadros, así mezclados, resultarán tan sólo más agradables dice el caballero-; sabemos más o menos los extravíos de que es capaz el nuestro; será delicioso saber por vos todos aquellos a los que puede entregarse el vuestro.

-Sea -dice Mme. de Lorsange-. Sin embargo, tendré cuidado de no contar más que los excesos más singulares, y, para evitar la monotonía, me callaré los que me parezcan más simples...

Maravilloso -dice el marqués, mostrando a la reunión su instrumento lleno de lujuria-; pero, ¿pensáis en el efecto que pueden tener sobre nosotros tales relatos? Ved el estado en que me pone su simple promesa...

-Y bien, amigo mío -dice esta encantadora mujer-, ¿no soy completamente vuestra? Gozaré doblemente con mi acción, y como el amor propio significa siempre mucho para

una mujer, me permitiréis pensar que el enardecimiento que produzca en vos se deberá más a mi persona que a mis relatos.

-Es preciso que os convenza en este mismo instante -dice el marqués muy excitado, arrastrando a Juliette a una antecámara, donde ambos permanecieron durante bastante tiempo entregándose a los más dulces placeres de la lujuria.

-En lo que a mí respecta dijo el caballero, a quien lo anterior dejaba frente a frente con Justine-, confieso que no me excita lo suficiente como para necesitar perder el semen. No importa, acercaos, hija mía, poneos de rodillas y chupadme; pero, poneos de tal forma, por favor, que yo vea infinitamente más culo que coño. Bien, muy bien -dice, viendo a Justine, acostumbrada a todas estas maniobras, cogerlo-, nadie podría hacerlo mejor, aunque a pesar suyo... sí, así es.

Y el caballero, extraordinariamente bien chupado, iba quizás a abandonarse dulcemente a los efectos de una descarga tan bien provocada, cuando el marqués, volviendo con Juliette, rogó a ésta que siguiese con el hilo de sus aventuras, y a su amigo que dejase para otro momento, si podía, el desenlace al que parecía llegar.

Una vez arreglado todo, Mme. de Lorsange siguió en estos términos:

-Mme. Duvergier no tenía más que seis mujeres en su casa, pero más de trescientas a sus órdenes; dos altos lacayos de cinco pies y ocho pulgadas, hercúleos, y dos jockeys de catorce o quince años, de rostro celeste, eran entregados igualmente a los libertinos que querían mezclar uno y otro sexo, o que preferían lo antinatural al goce de las mujeres; y en el caso de que este pequeño destacamento masculino no hubiese sido suficiente, Duvergier podía suplirlo con más de ochenta individuos del exterior, dispuestos siempre a entregarse allí donde se requiriesen sus servicios.

La casa de Mme. Duvergier era deliciosa. Situada entre un patio y un jardín, y con dos salidas opuestas, las citas se hacían con un misterio que hubiese sido imposible con otra posición; sus muebles eran magníficos, sus dormitorios tan voluptuosos como bien decorados; su cocinero muy bueno, sus vinos deliciosos y sus muchachas encantadoras. Tantas cosas agradables debían de costar muy caro. Y en efecto, nada lo era tanto como las reuniones de este local divino, donde los más simples téte-á -téte costaban diez luises. Sin costumbres y sin religión, apoyada por la policía, recibiendo a los más grandes señores, Mme. Duvergier, al abrigo de cualquier temor, emprendía cosas que nunca hubiesen imitado sus compañeras, y que hacían temblar a la naturaleza y a la humanidad entera.

Durante seis semanas, esta inteligente zorra vendió mi virginidad a más de cincuenta personas, y, cada noche, utilizando una pomada más o menos parecida a la de Mme. Delbène, arreglaba con cuidado lo que por la mañana desgarraba sin piedad la intemperancia de aquellos a los que me entregaba su avaricia. Como todos estos desvirgadores se comportaban bastante groseramente, os omitiré los detalles, y no me detendré más que en el duque de Stern, cuya manía fue más singular.

Como la lubricidad de este libertino se excitaba con la ropa más sencilla, me presenté ante él como una pequeña verdulera. Después de haber atravesado gran número de apartamentos suntuosos, llegué al fondo de una habitación de espejos, donde me esperaba el duque con su ayuda de cámara, un joven alto de dieciocho años, hecho para ser pintado, y con un rostro muy interesante.

Bien consciente de mi papel, no me quedé corta en ninguna de las preguntas de este hombre grosero. Sentado en el canapé de su dormitorio y excitando el miembro de su ayuda de cámara, mientras yo permanecía de pie delante de él, me preguntó:

-¿Es verdad que estáis en la miseria más extrema, y que lo que hacéis no tiene por objeto más que proveer a las primeras necesidades de la vida?

-Esta verdad es tan cierta, señor, que hace tres días que mi madre y yo nos morimos de hambre.

-¡Ah!, bien -respondió el duque agarrando una de las manos de su hombre para hacerse excitar por él-, era necesario este requisito; me siento muy contento de que vuestro estado sea tal como lo deseaba. ¿Y es vuestra madre la que os vende?

-¡Ay de mí!, sí. -Tenéis hermanas?

-Una, señor.

-¿Y por qué no me la han enviado?

-Ya no está en la casa, la miseria la ha hecho huir; ignoramos lo que haya podido ser de ella.

- ¡Ah, joder!, ¡quiero que la encuentren!, ¿qué edad?

-Trece años.

-Es vergonzoso que conociendo mis gustos me sustraigan esa criatura.

-Pero no se sabe dónde está, señor.

-Hay que buscarla... ¡Ah!, la encontraré... la encontraré. Vamos, Lubin, ¡que se desvista para la verificación!

Y mientras se ejecutaba la orden, el duque, siguiendo a su Ganimedes, se pone a sacudir un miembro negro y fláccido que apenas si se veía. En cuanto estoy desnuda, Lubin me examina con la mayor atención y explica a su amo que todo está en las mejores condiciones. -Hacedme ver eso por detrás -dice el duque.

Y Lubin, doblándome sobre el canapé, entreabre mis nalgas, y convenció a su amo no de la no ejecución de ningún asalto, sino de que las brechas ocasionadas por éstos estaban tan bien cerradas que era imposible verlas.

-Y esto -dice Stern, separando mis nalgas y tocando con un dedo el agujero de mi culo-...

-No, no, con toda seguridad -respondió Lubin.

-Está bien --dice el grosero, tomándome en sus brazos y sentándome sobre uno de sus muslos-; pero puedes ver, hija mía, que no estoy en condiciones de hacer el trabajo yo mismo... Toca este miembro; sientes cuán fláccido está: aunque poseyeses las gracias de Venus, no conseguirías endurecerlo. Mira esta temible verga -prosiguió haciéndome empuñar el soberbio pito de su ayuda de cámara-: confiesa que este hermoso miembro te desvirgará mucho mejor que el mío. Por lo tanto, dispónte, te serviré de chulo. Cuando no puedo hacer el mal, me gusta hacerlo hacer: esta idea me consuela...

- ¡Oh señor! -respondo, aterrada ante el grosor del pito que me presentaba-, este monstruo va a desgarrarme, ¡no podré soportar las embestidas!...

Y como tratase de esquivarme:

-Vamos, vamos, ¡nada de remilgos!, me gusta la docilidad en las muchachas; y las que no la tienen conmigo pueden estar seguras de no complacerme por mucho tiempo... Acercaos... Antes de nada me gustaría que besaseis el culo de mi Lubin.

Y mostrándomelo:

-Mira qué hermoso es...

Obedezco.

-Otro tanto en el pito dice el duque.

Obedezco de nuevo.

-Ahora, ponte...

Me sujeta; su criado se acerca y pone en la operación canta destreza y vigor, que su monstruoso instrumento toca en tres veces el fondo de mi matriz. Lanzo un grito terrible; el duque, que me sujeta y excita el agujero de mi culo mientras tanto, recoge en su boca mis suspiros y mis lágrimas. El vigoroso Lubin, dueño de mí, no necesita la ayuda de su amo, que, situándose enseguida cerca del trasero de mi amante, le da por el culo mientras él me desvirga. Pronto percibo, por el aumento de las sacudidas del criado, las que recibe de su patrón; pero, sola para soportar el peso de estos dos ataques, iba a sucumbir bajo su violencia, cuando la descarga de Lubin me sacó de apuros.

-¡Ah!, santo cielo -dice el duque que no había terminado-, te das demasiada prisa hoy, Lubin; ¿así que te basta un jodido coño para que hagas locuras?

Y al alterar este acontecimiento los ataques del duque, nos muestra un pequeño pito travieso que, furioso por haberse salido, parece no esperar más que un altar para consumar el sacrificio.

-Ven aquí, pequeña -me dice el duque depositando su instrumento en mis manos-, y vos, Lubin, acostaos boca abajo sobre esta cama; dirigid vos, pequeña pécora, este instrumento furioso al agujero que acaba de rechazarlo, después, situándoos detrás de mí mientras que actúo, favoreceréis mis proyectos metiéndome dos o tres dedos en el culo.

Todo responde a los deseos del libertino: acaba la operación, y el caprichoso lascivo paga treinta luises por las primicias de las que no ha dudado en ningún momento.

De vuelta a casa, Fatime, la compañera a la que yo más quería, de dieciséis años y bella como el día, se divertía mucho con la aventura. Ella había pasado por lo mismo que yo, pero, con más suerte, había robado, eso decía, una bolsa con cincuenta luises de la chimenea del duque, para compensarse de todo lo que había sufrido.

-¡Cómo! -digo-, ¿te permites semejantes cosas? -Con la mayor frecuencia que puedo, querida -me respondió mi compañera¯, y sin ningún escrúpulo, a mucha honra. Para nosotras es para quien está hecho el dinero de esos pícaros, y seríamos estúpidas si no nos apoderásemos de él cuando podemos. ¿Acaso estás todavía en las tinieblas de la ignorancia para sospechar que haya el menor mal en el robo?

-Con toda seguridad lo creo.

-Y bien, ángel mío -me respondió Fatime-, quiero librarte de ese absurdo prejuicio. Ceno mañana en el campo en casa de mi amante; obtendré de Mme. Duvergier el permiso para que formes parte del grupo: oirás a Dorval razonar sobre este tema.

-¡Oh criminal! -respondí-, acabarás corrompiéndome: me siento ya excesivamente dispuesta para estos horrores. Acepto, no tendrás demasiado trabajo para hacer de mí una excelente alumna... Pero, ¿permitirá la Duvergier?...

-No te inquietes por nada -dice Fatime-, yo me encargo de todo.

Al día siguiente, bastante temprano, un coche nos condujo a la Villette. Entramos en una casa alejada, pero de bastante buen aspecto; nos recibe un criado, y, una vez que nos introduce en una habitación muy bien amueblada, se retira y va a despedir nuestro coche. Entonces fue cuando Fatime se abrió a mí.

-¿Sabes dónde estás? -me dice sonriendo.

-Por supuesto que no -respondo.

-En la casa de un hombre muy extraordinario -replicó mi compañera-. Te engañé haciéndole pasar por mi amante: es un hombre en cuya casa he asistido a reuniones en provecho de Mme. Duvergier; lo que gane ahora sólo me pertenece a mí; pero la operación no deja de tener sus peligros...

-Explícate -respondí rápidamente-, excitas mi curiosidad.

-Aquí estás -me dice Fatime- en casa de uno de los más famosos ladrones de París; el robo del que saca el pícaro su subsistencia le sirve también para sus más dulces placeres. Te explicará sus principios, incluso te propondrá que los pongas en práctica. Nadie estará con nosotras hasta después de su expedición, y sólo encenderá la llama de sus lubricidades con el fuego que inflama esta acción dentro de él, según tú criminal; y como quiera que en todo lo que le rodee se encuentre la imagen de su pasión favorita, sólo robando aceptará nuestros favores, y estos favores nos los estafará; aparentaremos que no hemos cogido nada, aunque esté pagado de antemano. Y aquí está la prueba, Juliette: estos diez luises te pertenecen, yo tengo otros tantos.

-¿Y la Duvergier?

-Ya te he dicho que no sabe nada de esto; yo estafo a nuestra querida mamá: ¿te arrepientes?

-Claro que no ˉrespondí-, al menos aquí todo lo que ganamos es nuestro; no existe ese maldito reparto que me desespera. Pero al menos acaba de informarme: ¿a quién y cómo vamos a robar?

-Escúchame -me dice mi compañera-. Este hombre, gracias a la cantidad de espías que tiene en París, está siempre al tanto de todos los extranjeros y de todos los bobos que llegan a esta ciudad; hace amistad con ellos, los acoge en su casa, les ofrece una cena con mujeres de nuestro tipo que los roban durante el acto del goce; le devolvemos todo, y, sea el robo del tipo que sea, las mujeres reciben siempre una cuarta parte, independientemente de su paga individual.

-Pero -respondo-, ¿no consigue que le detengan pronto con semejante oficio?

-Puedes estar segura de que tardarán mucho tiempo: para eso toma demasiadas precauciones.

-¿Y su casa?

-Tiene treinta. Ahora estamos en ésta. No volverá a ella hasta dentro de seis meses. Cumple tu papel con inteligencia. En la cena se hallarán dos o tres extranjeros: en cuanto acabe la cena, divertiremos a estos señores en diferentes cuartos; roba al tuyo con astucia, yo te prometo que no faltaré al mío. Dorval, oculto, nos vigilará. Una vez realizada la operación, los bobos se dormirán por medio de un brebaje; pasaremos la noche con el dueño del lugar, que se volverá a marchar unas horas después para ir a otra parte, y con otras mujeres, a ejercer las mismas infamias; y nuestros imbéciles, cuando se despierten mañana y no encuentren a nadie en el lugar, se sentirán muy felices de poder escapar con vida.

-Pero, puesto que nos pagan por adelantado -respondí a mi compañera-, ¿qué necesidad tenemos de prestarnos a los gustos de este bribón?

-Sería un mal negocio, no volveríamos a verlo; y si le servimos bien, puede hacernos participar en doce o quince reuniones semejantes al año; por otra parte, con tu forma de pensar, ¿no perderíamos acaso todo lo que sacamos del robo?

-¡Ah, bien!, pero, sin la primera parte de tu respuesta, te habría objetado, quizás, que me parecía inútil devolverle una cuenta tan exacta de lo que robamos en su casa.

-Me gusta tu reflexión, aunque la desapruebe -me dice Fatime-; me demuestra que tienes disposiciones que me hacen esperar que saldrás bien de la aventura.

Apenas habíamos acabado de hablar cuando entró Dorval. Era un hombre de cuarenta años, con un rostro muy hermoso, y que me pareció lleno de inteligencia y de amabilidad; estaba dotado sobre todo con ese don de seducir tan necesario para el oficio que hacía.

-Fatime ¯dice a mi compañera¯, supongo que esta joven y bonita persona está al corriente; así pues, ya no me queda más que preveniros de que tenemos por convidados a dos viejos alemanes, desde hace un mes en París, y que arden en deseos de conocer a algunas chicas bonitas. Uno de ellos tiene unos veinte mil escudos en diamantes sobre él: Fatime, te lo recomiendo. El otro, que desea comprar una casa en este pueblo, y que está convencido de que yo le encontraría una muy barata si pudiese pagar algo al contado, tendrá seguramente más de cuarenta mil francos en su bolsillo, bien en oro, bien en cartas de pago. Juliette, será vuestro lote; salid bien del encargo, y os proporcionaré a menudo partidas semejantes.

-¡Y bien! -digo-, señor, ¿semejantes horrores pueden excitar vuestros sentidos?

-Encantadora muchacha -me respondió Dorval-, creo que ignoráis la historia del choque de las impresiones criminales sobre la masa de los nervios. Necesitáis in formación sobre estos fenómenos de la lubricidad: volveremos sobre ello; pasemos a esta sala mientras esperamos; nuestros germanos van a aparecer; tratad de poner todo vuestro arte en seducirlos... encadenarlos: de esto lo espero todo..

Entramos. Scheffner, el alemán que debía tocarme, era un buen barón de cuarenta y cinco años, muy feo, con la cara llena de granos, y tonto, según me pareció, como toda la masa de alemanes, si exceptuamos a *Gessner*. Conrad era el nombre de la gallina que debía desplumar mi amiga; en efecto se nos presentó cubierto de diamantes; su carácter, su rostro y su edad le hacían muy parecido a su compañero, y su torpeza, igual de completa, aseguraban a Fatime unos éxitos tan fáciles al menos como los míos.

La conversación, al principio general, se particularizó enseguida. Fatime, tan hábil como bonita, enseguida se cazó al pobre Conrad; y mi aspecto de inocencia y de timidez me encadenó prontamente a Scheffner. Cenamos. Dorval tuvo buen cuidado en derramar en los vasos de nuestros convidados las bebidas más deliciosas, y el postre se sirvió apenas los dos mostraron el gran deseo de estar con nosotras en privado.

Dorval, que quería examinar cada una de estas operaciones en detalle, con el pretexto de que no tenía más que un cuarto donde se pudiese sacrificar a Venus, tranquilizó lo mejor que pudo los deseos de Conrad, y me hizo pasar con Scheffner. El buen alemán, todo entusiasmado, no se hartaba de caricias. Hacía calor, lo invité a que se metiese desnudo en la cama, yo hice lo mismo para encederlo mejor. Y, colocando su traje bajo mi mano derecha, mientras que el honrado barón me enfilaba, entretanto, para engañarlo mejor, apretaba amorosamente su cabeza sobre mi pecho, y mucho más ocupada en mi operación que en sus placeres, registré con habilidad todos sus bolsillos. Una bolsa muy pequeña encerraba todas sus monedas; pensé que el tesoro estaría en el portafolios, y, agarrándolo hábilmente del bolsillo derecho de su traje, lo oculté rápidamente bajo el colchón del canapé que nos servía de altar.

Una vez dado el golpe, y sin tener necesidad de preocuparme por un animal pesado y apestoso que me daba náuseas, toco el timbre; aparece una mujer, le ayuda al barón a volver al estado normal, le presenta un vaso de licor dosificado según lo convenido, y lo conduce a una habitación donde se duerme con un sueño tan profundo que todavía roncaba después de más de ocho horas. Apenas desapareció, entró Dorval.

-¡Sois deliciosa, ángel mío! -exclama besándome-, no he perdido nada con vuestra maniobra; mirad -prosigue mostrándome un miembro más duro que una barra de hierro-, mirad el estado en que me ha puesto vuestro comportamiento.

Y lanzándose sobre mí en el canapé, veo que la manía de este libertino era *sustraer* con su boca el semen que acababa de serme echado en el coño. Lo sorbe con tanto arte, lengüetea tan deliciosamente por todos los bordes, y hasta el fondo de la matriz, que lo inundé a mi vez... mil veces más, quizás, en razón de la singular acción a la que acababa de entregarme, en razón del individuo que acababa de hacérmela cometer, que a causa del placer que recibía de él; pues, por mucho que afectasen a mi físico, no puedo negar que mi moral estaba todavía más emocionada con el horror gratuito que me hacían realizar tan deliciosamente las seducciones de Fatime y Dorval.

Dorval no descargó. Le di la bolsa y el portafolios; cogió ambos sin ningún examen y cedí el puesto a Fatime. Dorval me llevó con él, y mientras él observaba por un agujero la forma en que mi camarada actuaba para llegar al mismo fin que yo, el libertino se hizo excitar por mí; me lo devolvió; de vez en cuando, su lengua se sumergía hasta el fondo de mi gaznate, parecía estar en un éxtasis real. ¡Sublimes efectos de la unión del crimen y de la lujuria, cuánta fuerza dais al delirio de las pasiones! La habilidad con que Fatime actúa

determina por fin la eyaculación de Dorval; apretándose contra mí, me encoña hasta la matriz, y me inunda con las pruebas inequívocas del éxtasis al que acaba de entregarse.

Dorval, vigoroso, vuelve a mi compañera. Como me había dejado en el agujero, no se me escapa nada; se inclina igualmente entre los muslos de Fatime, y sorbe de la misma forma el semen perdido por Conrad; se apodera del robo y, una vez que los dos buenos germanos están en la cama, pasamos a un gabinete encantador donde Dorval, después de haber descargado una segunda vez en el coño de Fatime acariciándome a mí, nos expone de la manera siguiente la apología de sus singulares gustos.

-Amigas mías, una sola diferencia distingue a los hombres en la infancia de las sociedades: la fuerza. La naturaleza ha dado a todos un suelo para vivir, y de esta fuerza, que ha repartido desigualmente, dependerá la repartición que harán de ese suelo. ¿Pero será igual, podrá serlo, esta repartición desde el momento en que estará determinada únicamente por la fuerza? Por consiguiente, ya tenemos aquí un robo establecido; porque la desigualdad de esta repartición supone necesariamente una lesión del fuerte sobre el débil, y esta lesión, es decir, el *robo,* la vemos decidida, autorizada por la naturaleza, puesto que da al hombre lo que debe conducirle necesariamente a cometerla. Por otra parte, el débil se venga, utiliza toda su habilidad para recuperar las posesiones que le ha arrebatado la fuerza, y aquí tenemos ya la estafa, hermana del robo, igualmente hija de la naturaleza. Si el robo hubiese ofendido a la naturaleza, habría formado hombres iguales en fuerza y carácter; la igualdad de las reparticiones, nacida de la igualdad de fuerzas, fruto de su mano, evitaría entonces todo deseo de enriquecerse a expensas de los otros: desde este momento, el robo sería imposible. Pero cuando el hombre recibe de manos de esta naturaleza que lo crea una conformidad que ella necesita, la desigualdad de las reparticiones, y el robo, efecto seguro de esta desigualdad, ¿cómo es posible cegarse hasta el punto de creer que el robo puede ofenderla? Nos prueba, por el contrario, que el robo es su ley más querida, de tal forma que compone el instinto de los animales. Sólo por medio de robos constantes llegan a conservarse, sólo las innumerables usurpaciones mantienen su vida. ¿Y cómo el hombre, que no es más que un animal, ha podido creer que aquello que la naturaleza imprimía en el fondo de los animales puede convertirse en un crimen si lo comete él?

Cuando se promulgaron las leyes, cuando el débil consintió en la pérdida de una parte de su libertad para conservar lo demás, el mantenimiento de sus posesiones fue sin duda alguna lo primero que deseó gozar en paz, y el primer objeto de los frenos que pidió. El más fuerte consintió en leyes a las que estaba seguro de sustraerse: se hicieron. Se promulgó que todo hombre poseyese su herencia en paz, y que aquel que lo turbase en la posesión de esta herencia recibiese un castigo. Pero en este acto no había nada natural, nada que la naturaleza dictase o inspirase; todo era obra de los hombres, divididos para entonces en dos clases: la primera, que cedía un cuarto para obtener el goce tranquilo del resto; la segunda, que, aprovechándose de este cuarto, y viendo que tendría los otros tres cuartos cuando quisiera, consintió en impedir, no que su clase despojase al débil, sino que los débiles se despojasen entre sí, para poder ser la única que los despojase con mayor comodidad. De esta forma, el robo, únicamente institución de la naturaleza, no fue desterrado de la tierra, sino que existió bajo otras formas: se robó jurídicamente. Los magistrados robaron al hacerse pagar por una justicia que debían impartir gratuitamente. El cura robó haciéndose pagar por servir de mediador entre el hombre y su Dios. El vendedor robó

acaparando, haciéndose pagar su mercancía un tercio más cara que el valor intrínseco que tenía realmente. Los soberanos robaron imponiendo sobre sus individuos derechos arbitrarios de tasas, impuestos, etc. Todos estos latrocinios fueron permitidos, todos fueron autorizados bajo el precioso nombre de derechos, y sólo pensaron en castigar severamente los más naturales, es decir, el procedimiento tan sencillo de un hombre que, falto de dinero, pedía, pistola en mano, a los que sospechaba eran más ricos que él, y esto sin pensar que los primeros ladrones, a los que no se decía ni palabra, se convertían en la única causa de los crímenes del segundo... la única que lo obligaba a recuperar, a mano armada, las propiedades que este primer usurpador le arrebataba tan cruelmente. Porque, si todos estos latrocinios no fueron más que usurpaciones que precisaban la indigencia de los seres subalternos, los segundos robos de estos seres inferiores no eran ya crímenes, puesto que se hacían necesarios por causa de los otros: eran efectos secundarios precisados por causas mayores; y, desde el momento en que permitís esta causa mayor, os es legalmente imposible castigar sus efectos; no lo podéis hacer sin incurrir en una injusticia. Si empujáis a un criado contra un vaso precioso, y con su caída rompe el vaso, no tenéis derecho a castigarlo por su torpeza: sólo lo tenéis respecto a la causa que os impulsó a empujarlo. Cuando ese desgraciado agricultor, reducido a la limosna por la inmensidad de los impuestos con que le abrumáis (12), abandona su carreta, se arma, y va a esperaros al camino principal, cometéis una gran infamia si lo castigáis; porque no es él el que ha incurrido en una falta, es el criado empujado contra el vaso: no lo empujéis y no romperá nada, y si lo empujáis, no os asombréis de que lo rompa. De la misma forma, este desgraciado no comete ningún crimen cuando va a robaros: trata de recuperar los bienes que anteriormente le habéis usurpado, vosotros o los vuestros; no hace más que algo muy natural; intenta establecer el equilibrio, que, tanto en lo moral como en lo físico, es la primera de las leyes de la naturaleza; no hace más que lo justo. Pero no era esto lo que quería demostraros; no hacen falta pruebas, no se necesitan argumentos para probar que el débil no hace más que lo que debe cuando intenta recuperar sus posesiones invadidas: de lo que yo quiero convenceros es de que el fuerte tampoco comete un crimen, ni una injusticia cuando trata de despojar al débil, porque éste es mi propio caso; es el acto que todos los días me permito. Ahora bien, esta demostración no es difícil, y la acción del robo, en este caso, está mucho más en la naturaleza que en el caso anterior; porque lo que verdaderamente está en la naturaleza no son las represalias del débil contra el fuerte; éstas están en la moral, pero no en lo físico, puesto que para ejecutar estas represalias tiene que usar fuerzas que no ha recibido, tiene que adoptar un carácter que no se le ha concedido, que de alguna manera contraría a la naturaleza. Lo que está realmente en las leyes de esta madre sabia es la lesión del fuerte sobre el débil, puesto que para llegar a este comportamiento no hace más que usar dones que ha recibido. No adopta, como el débil, un carácter diferente al suyo propio: sólo aprovecha dotes que ha recibido de la naturaleza. Por consiguiente, todo lo que deriva de ahí es natural: su opresión, sus violencias, sus crueldades, sus tiranías, sus injusticias, todas esas manifestaciones diversas del carácter impreso en él por la mano del poder que lo puso en el mundo, son, por consiguiente, simples, puras como la mano que las grabó; y cuando usa de todos sus derechos para oprimir al débil, para despojarlo, no hace más que la cosa más natural del mundo. Si nuestra madre común hubiese querido esa, igualdad que el débil se esfuerza en establecer, si verdaderamente hubiese deseado que las propiedades se repartiesen equitativamente, ¿por qué habría creado dos clases, una de fuertes y otra de débiles? ¿No ha probado acaso suficientemen-

te con esta diferencia que su intención era que existiese en los bienes como existe en las facultades corporales?, ¿no prueba acaso que su designio es que todo esté de una parte y nada de la otra, y esto precisamente para llegar a ese equilibrio, única base de todas sus leyes? Porque, para que el equilibrio exista en la naturaleza, no hace falta que lo establezcan los hombres; el equilibrio de la naturaleza altera el de los hombres: lo que a nuestros ojos parece que lo contraría es justamente lo que lo establece a los suyos, y esto por la razón de que, según nosotros, de esta falta de equilibrio resultan los crímenes mediante los que se establece el orden en ella. Los fuertes se apoderan de todo: para el hombre, esto es una falta de equilibrio. Los débiles se defienden y saquean al fuerte: he aquí crímenes que establecen el equilibrio necesario en la naturaleza. No tengamos nunca escrúpulos de lo que podamos sustraer al débil, porque no somos nosotros los que cometemos el crimen, sino el débil con su defensa o su venganza: al robar al pobre, al despojar al huérfano, al usurpar la herencia de la viuda, el hombre no hace más que usar los derechos que ha recibido de la naturaleza. El crimen estaría en no aprovecharse: el indigente, que aquélla ofrece a nuestros golpes, es la presa que entrega al usurero. Si el fuerte parece alterar el orden cuando roba al que está por debajo de él, el débil lo restablece cuando roba a sus superiores, y ambos sirven a la naturaleza.

(12) Es evidente que Juliette hace hablar aquí a su orador de los campesinos del antiguo régimen: la miseria oprimía a estos algunas veces, pero los de hoy, inflados de lujo e insolencia, no pueden servir ya de ejemplo.

Si nos remontamos al origen del derecho de propiedad, llegamos necesariamente a la usurpación. Sin embargo, el robo no es castigado más que porque ataca el derecho de propiedad; pero originariamente este derecho no es más que un robo: por consiguiente la ley castiga el robo que va contra el robo, al débil que intenta recuperar sus derechos, y al fuerte que quiere establecer o aumentar los suyos, aprovechándose de lo que ha recibido de la naturaleza. ¿Puede existir en el mundo una inconsecuencia más terrible? En tanto que no haya una propiedad legítimamente establecida (y nunca podrá haber ninguna) será muy difícil probar que el robo sea un crimen, porque lo que el robo altera de un lado, lo restablece por otro, y como la naturaleza no se interesa por uno más que por el otro, es totalmente imposible que pueda constatarse la ofensa a sus leyes favoreciendo a un lado más que a otro.

Por consiguiente, el débil tiene razón cuando, intentando recuperar sus posesiones usurpadas, ataca a propósito al fuerte y lo obliga a la restitución; la única falta que puede cometer es salirse del carácter de debilidad que le imprimió la naturaleza: ella lo creó para ser esclavo y pobre, y su falta está en no querer someterse a esto; y el fuerte, sin esta falta, puesto que conserva su carácter y no actúa más que, de acuerdo con él, tiene razón igualmente cuando intenta despojar al débil y gozar a sus expensas. Ahora, que ambos examinen por un momento dentro de sí mismos: el débil sentirá un pequeño combate cuando se decida a atacar al fuerte, cualesquiera que sean sus derechos; y esta resistencia a satisfacerse procede de que quiere sobrepasar las leyes de la naturaleza revistiéndose con un carácter que no es el suyo; por el contrario, el fuerte, al despojar al débil, es decir, al gozar de todos los derechos que ha recibido de la naturaleza, al darles toda la extensión posible, goza en razón de la mayor o menor extensión. Cuanto más atroz es la lesión que hace al débil, más voluptuosamente excitado es; la injusticia lo deleita, goza con las lágrimas que su opresión arranca al infortunado; cuanto más lo aplasta, más lo oprime, más

feliz es, porque entonces está haciendo un gran uso de los dones que ha recibido de la naturaleza, porque el uso de estos dones se convierte en una necesidad, y, por consiguiente, en voluptuosidad. Por otra parte, este goce necesario, que nace de la comparación que hace el hombre feliz entre él y el desgraciado, este goce ciertamente delicioso no aparece nunca mejor ante el hombre afortunado que cuando la desgracia que produce es completa. Cuanto más pisotea a este desgraciado, más grande es la comparación, y por consiguiente, más alimenta su voluptuosidad. Por lo tanto, hay dos placeres muy reales en las extorsiones sobre el débil: el aumento que consigue de sus fondos materiales, y el goce moral de las comparaciones, que se hacen más voluptuosas cuanto más debilitan sus lesiones al infortunado. Por lo tanto, que saquee, que queme, que robe, que no deje a ese desgraciado más que el soplo que debe prolongar una vida cuya existencia necesita el opresor para establecer sus leyes de comparación: todo lo que haga estará en la naturaleza, todo lo que invente no será más que el uso de las fuerzas activas que ha recibido de ella, y cuanto más ejerza sus fuerzas, más se dará cuenta de su placer, mejor utilizará sus facultades, y, por consiguiente, mejor habrá servido a la naturaleza.

Permitidme, queridas muchachas -prosiguió Dorval-, que apoye mis razonamientos con algunos ejemplos; ambas habéis recibido una educación que os permitirá que no os asombréis.

El robo está autorizado en Abisinia, hasta tal punto que el jefe de los ladrones compra su carga y el derecho de gozar de él tranquilamente.

Esta misma acción se aconseja entre los coríaces; sólo con ella se honran.

Entre los Tohukichi, una muchacha no puede casarse hasta que ha realizado este oficio.

Entre los Mingrelianos, el robo es una señal de habilidad y valentía; se enorgullecen públicamente de sus hermosas acciones en este oficio.

Nuestros modernos viajeros lo encontraron en vigor en la isla de Otaití.

El de pillo es un oficio honroso en Sicilia.

Francia no era más que una vasta guarida de ladrones bajo el régimen feudal: sólo la forma ha cambiado, los efectos son los mismos. Ya no con los grandes vasallos los que roban, sino los robauus; y la nobleza, al perder sus derechos, se ha convertido en la esclava de los reyes que la subyugan (13).

(13) La igualdad prescrita por la Revolución no es más que la venganza del débil sobre el fuerte: es lo que se hacía antiguamente en sentido inverso; pero esta reacción es justa, es preciso que cada uno tenga su turno. Todo cambiará una vez más, porque nada es estable en la naturaleza, y porque los gobiernos dirigidos por hombres deben ser móviles como ellos.

El famoso ladrón sir Edwin Cameron resistió a Cromwell durante mucho tiempo.

El ilustre MacGregor hizo una ciencia del robo; enviaba a sus acólitos a las tierras vecinas, cobraba por la fuerza la renta debida por los granjeros y los liberaba en nombre de los propietarios.

Podéis estar seguras de que no hay ninguna forma de apropiarse del bien del prójimo que no sea legítima. El engaño, la maña o la fuerza no son más que medios buenos para

llegar a un fin permitido; el objeto del débil es igualar a la fortuna; el del fuerte obtener y despojar, no importa cómo, no importa a expensas de quién. Cuando las leyes de la naturaleza exigen un cambio total, ¿consultan con los afectados? Todas las acciones del hombre siguen las leyes de la naturaleza, porque todas las acciones humanas no son más que resultado de las leyes de la naturaleza, lo cual debe tranquilizar al hombre e impulsarlo a no asustarse de ninguna... a entregarse en paz a todas, de cualquier tipo y especie que sean. Nada se hace sin necesidad, y todo es necesario en el mundo; ahora bien, la necesidad lo excusa todo; y desde el momento en que una acción se demuestra necesaria, no puede ser considerada infame.

Un hijo del famoso Cameron, del que acabo de hablaros, perfeccionó el sistema del robo: el jefe daba sus órdenes, se le obedecía ciegamente, y todos los robos eran depositados en almacenes generales, para a continuación ser repartidos con la mayor justicia.

Las grandes hazañas de robos pasaban en otro tiempo por heroismo; se conseguían demostraciones de honor. Dos famosos ladrones tomaron al Pretendiente bajo su protección; iban a robar para distraerle.

Cuando un ilinois comete un robo, se le absuelve dando al juez la mitad de la suma sustraida, y no se piensa que pueda ser castigado de otra forma.

Hay países donde se castiga el robo con la ley del talión: se despoja al ladrón, y se le deja ir. Por muy suave que parezca esta ley en este caso, hay otros en los que sus efectos son atroces, y quiero haceros ver su iniquidad. Esta pequeña demostración no estará fuera de lugar: una sola reflexión muy simple os hará ver la injusticia del talión. Enseguida volveremos a nuestra disertación.

Supongamos que Pedro insulta y maltrata a Pablo; en razón de esto, por la ley del talión, se devuelve a Pedro todo lo que ha hecho a Pablo. Es una injusticia que clama al cielo; porque cuando Pedro hizo a Pablo la injuria de que tratamos, tenía motivos que, de acuerdo con todas las leyes de la equidad natural, disminuyen de alguna manera la atrocidad de su crimen; pero cuando lo castigáis con el mismo tipo de tratamiento que ha hecho sentir a Pablo, no tenéis la misma razón que él, y sin embargo lo tratáis igual de mal. De esta forma, tenemos aquí una gran diferencia entre él y vosotros: él ha cometido una atrocidad basada en motivos, y vosotros, vosotros cometéis la misma atrocidad sin motivo (14). Esta exposición basta para que veáis toda la injusticia de una ley que los estúpidos encuentran tan hermosa. Prosigamos.

(14) La pereza y la imbecilidad de los legisladores les hicieron imaginar la ley del talión. Era mucho más sencillo decir: *Hagámosle lo que ha hecho*, que dar una pena equitativa a la ofensa. Se necesita infinita inteligencia para este último procedimiento, y más allá de tres o cuatro que me citan en Francia, desde hace ochocientos años, no conozco más que un sólo realizador de leyes que haya tenido solamente sentido común.

Hubo un tiempo en que los señores alemanes tenían entre sus derechos el de robar en los caminos principales. Este derecho se remonta a las primeras instituciones de las sociedades, cuando el hombre libre o vagabundo se alimentaba, como los pájaros, de todo lo que podía sustraer; entonces era el hijo de la naturaleza, hoy es el esclavo de los prejuicios absurdos, de las leyes atroces y de las religiones imbéciles. Todos los bienes, dice el débil, fueron repartidos por igual sobre la superficie de la tierra. Sea: pero la naturale-

za, al crear a fuertes y débiles, indicó suficientemente que ella no destinaba bienes más que al más fuerte, y que el otro no podría gozar de ellos más que sometiéndose al despotismo y al capricho del más poderoso. A éste le inspira que robe al débil para enriquecerse; y al débil, que robe al fuerte para realizar la igualdad; y esto, de la misma forma que aconseja al pájaro que robe la semilla del labrador, al lobo que devore el cordero; a la araña que teja su tela. Todo es robo, todo es extorsión en la naturaleza; el deseo de apoderarse del bien del prójimo es la primera... la pasión más legítima que hemos recibido de ella. Son las primeras leyes que su mano graba en nosotros, es la primera inclinación de todos los seres, y, sin duda alguna, la más agradable.

El robo era un honor en Lacedemonia. Licurgo hizo de él una ley; decía este gran hombre que hacía a los espartanos, ligeros, hábiles, valientes y ágiles. Todavía es un honor entre los filipinos.

Los germanos lo consideraban como un ejercicio que convenía a la juventud; había fiestas en las que los romanos lo permitían; los egipcios lo incluían en la educación; los americanos están entregados a él; en Africa, es norma general; más allá de los Alpes, apenas si es castigado.

Nerón salía todas las noches de su palacio para robar; al día siguiente, los efectos que había sustraido la víspera eran vendidos en las plazas públicas, y en beneficio suyo.

El presidente Rieux, hijo de Samuel Bernard y padre de Boulainvilliers, robaba por inclinación y con las mismas consideraciones que nosotros; atacaba a los transeúntes en el Pont-Neuf y les robaba pistola en mano. Envidioso de un reloj que vio a un amigo de su padre, lo esperó una noche, cuando este amigo volvía de cenar en casa de Samuel; lo roba; el amigo vuelve a la casa del padre, se queja, da el nombre del culpable; Samuel asegura que eso es imposible, jura que su hijo está en la cama; se verifica: Rieux no está en su casa. Vuelve poco después; lo esperaban, lo convencen, es cubierto de reproches, confiesa todos sus otros robos, promete corregirse y lo hace: poco después, Rieux se convierte en un poderoso magistrado (15).

(15) El padre de Enrique IV tenía el mismo gusto.

Nada más sencillo de concebir que el robo como libertinaje: produce un necesario choque en los nervios, y de ahí nace la inflamación que lleva a la lubricidad. Todos aquellos que como yo, y sin ninguna necesidad, han robado por libertinaje, conocen este secreto placer; también se puede sentir haciendo trampas en el juego. El conde de X experimentaba una gran excitación: lo he visto teniendo que estafar cien luises a un joven, en el juego de los cientos, porque tenía ganas de fornicárselo y sólo podía obtener la erección robando. Se empieza la partida, el conde roba, se excita, sodomiza al joven, pero se abstiene de devolverle el dinero.

Con los mismos principios, Argafond roba indiferentemente todo lo que cae en sus manos. Puso una casa de libertinaje donde hacía despojar con todo descaro, en su provecho, a todos aquellos que podía atraer a su serrallo las encantadoras criaturas que lo habitaban.

¿Quién roba más que nuestros hombres de finanzas? ¿Queréis un ejemplo sacado del siglo pasado?

Francia poseía novecientos millones de capital; al final del reinado de Luis XIV, el pueblo pagaba setecientos cincuenta millones de impuestos al año, y en los cofres del rey no entraban más que doscientos cincuenta millones: ¡quinientos millones robados! ¿Creéis que la conciencia de estos grandes ladrones se inquietaba por el robo?

-¡Y bien! -respondí a Dorval-, ya conozco todos vuestros modelos, me gustan vuestros razonamientos, pero confieso que no comprendo cómo un hombre rico como vos, por ejemplo, puede encontrar placer en el robo.

-Porque el choque voluptuoso de esta lesión en la masa de los nervios, a partir del cual surge la erección, según he comprobado -me respondió Dorval-, no es menos intenso por el hecho de ser rico; porque, rico o no, estoy construido igual que los otros hombres. Por otra parte, según yo, sólo tengo lo necesario, y no es lo necesario lo que hace rico, sino lo superfluo; nadie es rico, nadie es feliz más que con lo superfluo; y mis robos me lo proporcionan. No es por la satisfacción de las primeras necesidades por lo que somos felices, sino por el poder de contentar todas nuestras fantasías; aquel que sólo tiene lo que le hace falta para sus necesidades no puede llamarse feliz, es pobre.

Se acercaba la noche; Dorval todavía nos necesitaba; tenía que hacernos probar nuevos detalles lúbricos, que exigían descanso, silencio y tranquilidad.

-Que metan a esos dos alemanes en un coche -dice a uno de los suyos, acostumbrado a servirle en circunstancias semejantes-; estoy seguro de que no se despertarán; dejadles en alguna calle alejada, desnudos: será de ellos lo que Dios quiera.

-¡Oh, señor! dije-, ¡qué crueldad!

-¿Y qué importa?, me siento satisfecho y es todo lo que esperaba de ellos; ya no los necesito, y que sea de ellos lo que sea; existe una Providencia para todo esto: si la naturaleza los necesita, los conservará; si no tiene nada que hacer con ellos, perecerán.

-Pero sois vos quien los exponéis.

-Satisfago la primera parte de las intenciones de la naturaleza, su mano poderosa cumplirá el resto; que se vayan, tienen suerte de que no haga algo peor; quizás debiese hacerlo.

La orden fue cumplida puntualmente; los dos alemanes no se habrían despertado, ni más ni menos que si estuviesen muertos; después supimos que los habían deja do en una calle apartada, cerca del bulevar nuevo, y conducidos al día siguiente a una comisaría de policía, de donde salieron en cuanto vieron que no podían arrojar ninguna luz sobre su extraña aventura.

En cuanto se fueron, Dorval nos entregó exactamente la cuarta parte que nos correspondía de lo que quitamos a esos dos individuos, y salió. Nos quedamos solas un momento, durante el cual Fatime me previno de que todavía nos quedaba por pasar una terrible escena de lujuria, que ella no sabía exactamente en qué consistía, pero que estaba segura, al menos, de que no nos sucedería ninguna desgracia... Apenas había acabado de hablar cuando apareció una vieja y nos ordenó con brusquedad que la siguiésemos; obedecimos; después de algunas vueltas por los corredores más altos de la casa, nos metió en una habitación obscura donde nos fue imposible ver nada hasta la llegada de Dorval.

Apareció casi enseguida, seguido por dos bribones de bigotes cuyo aspecto ya me hacía temblar; las velas que traían nos mostraron enseguida la singularidad de los muebles de la habitación en la que estábamos encerradas: al fondo de este cuarto se veía un cadalso, encima del cual había dos horcas y todos los instrumentos necesarios para la ejecución del suplicio de la horca.

-Señoritas -nos dice bruscamente Dorval-, van a recibir aquí el castigo por sus crímenes.

Y, sentándose en un enorme sillón, ordena a sus dos acólitos que nos desvistan de los pies a la cabeza, sin dejarnos ni siquiera medias, zapatos, ni tocados. Llevan los vestidos a sus pies, los registra, nos quita todo el dinero que encuentra; después, haciendo un paquete con el resto, lo tira por una ventana.

-Estas zorras dice con tono flemático¯ no necesitan ya esos harapos. Pronto lo único que les hará falta será un ataúd, y ya tengo dos preparados.

En efecto, uno de los agentes de Dorval los saca de debajo del patíbulo y nos los enseña.

-¯Aunque ambas estéis plenamente convencidas -dice Dorval- de haber despojado esta mañana en mi casa, *con toda maldad*, a esos dos honrados individuos de sus joyas y su oro, no por eso dejo de conminaron a que me digáis la verdad: ¿sois o no culpables de esta atrocidad? -Somos culpables, señor --respondió Fatime; pues en lo que a mí respecta, totalmente exaltada, empezaba a perder la cabeza.

-Ya que confesáis vuestro crimen -respondió Dorval- es inútil cualquier formalidad; sin embargo, necesito una confesión completa. ¿No es cierto, Juliette -prosiguió el traidor, obligándome de esta forma a responder-, no es cierto que los dejasteis morir al arrojarlos inhumanamente por la noche en medio de la calle?

-Señor, fuisteis vos... Después, reponiéndome:

-Sí, señor, también somos nosotras las culpables de ese crimen.

-¡Vamos! dice bruscamente Dorval-, sólo me queda pronunciarme; escuchad vuestra sentencia de rodillas.

Nos pusimos así; entonces, me di cuenta del efecto que producía en este libertino la escena de horror. Obligado a dar salida a un miembro que su calzoncillo ya no podía contener, nos parecía, al dejarlo que se elevase en el aire, uno de esos jóvenes arbustos desgajados del tronco que se inclina por un momento sobre el suelo.

-¡Vamos, putas! dice mientras se excita-, vais a ser colgadas... ¡vais a ser estranguladas! Rose Fatime y Claudine Juliette son condenadas a muerte por haber vi llanamente... odiosamente robado y despojado, después expuesto a morir en medio de la calle, a dos individuos en la casa del Sr. Dorval: en consecuencia, la justicia ordena que la sentencia sea ejecutada al instante.

Nos levantamos, y a la señal de uno de sus alguaciles, nos acercamos primero una y después otra. Estaba completamente excitado; cogimos su miembro; juró y nos amenazó; sus manos se perdían indiferentemente por todas las partes de nuestro cuerpo y mezclaba sus amenazas con burlas.

-¡Qué cruel soy -decía- entregando tan hermosas carnes a la putrefacción! Pero no hay que esperar ninguna gracia, la sentencia está pronunciada, hay que sufrir la; estos terribles coños serán la presa de los gusanos... ¡oh!, ¡rediós, cuántos placeres!

Y, a un gesto suyo, los dos esbirros que tenía a sus órdenes se apoderaron de Fatime, mientras yo seguía excitándolo. En un minuto, los dos criminales la atan; pero todo estaba dispuesto de forma que la víctima, cayendo sobre un colchón en el suelo, no permaneciese colgada ni un segundo. Vinieron a cogerme; yo temblaba, el miedo me impedía ver: sólo había visto del suplicio de Fatime lo que debía aterrorizarme; el resto se me había escapado, y sólo después de mi propia experiencia reconocí el escaso peligro que corría al sufrir esta singular fantasía. Así pues, me lancé, totalmente aterrorizada, en brazos de Dorval cuando vinieron a cogerme: esta resistencia lo inflamó; me mordió en el costado con tal fuerza que sus dientes dejaron una huella durante dos meses. Sin embargo, me arrastran, y pronto estoy en la misma situación que Fatime. Dorval se acerca. En cuanto caigo al suelo, exclama:

-¡Oh!, ¡santo Dios!, ¿es que no están muertas las zorras?

-Perdonad, señor -responde uno de los suyos-, está hecho, no respiran ya.

Este es el momento del desenlace de la tenebrosa pasión de Dorval; se lanza sobre Fatime, quien se guarda muy bien de moverse, la encoña con su miembro furioso, y, después de unos brincos, cae sobre mí, encontrándome en la misma inmovilidad; introduce, jurando, su miembro hasta el fondo de mi vagina, y allí descarga con síntomas de placer que tienen más de furor que de voluptuosidad.

Fuese vergüenza, fuese desagrado, no volvimos a ver a Dorval. En cuanto a los criados, habían desaparecido en cuanto su dueño se lanzó sobre el patíbulo para so meternos a su frenesí. La misma vieja que nos había traído vino a liberarnos; nos cuidó, pero nos anunció que no nos devolverían absolutamente nada de lo que nos habían quitado.

-Os conduciré completamente desnudas -prosiguió la vieja- a casa de Mme. Duvergier; le presentaréis vuestras quejas, las solucionará: marchémonos, es tarde, tenemos que llegar antes de que empiece el día.

Furiosa por el procedimiento, pido hablar con Dorval: me lo niegan, aunque estoy segura de que el cachondo nos estaba mirando por un agujero. Así pues, tuvimos que irnos lo más rápidamente posible; un coche nos esperaba, subimos a él, y, en menos de cinco cuartos de hora, nos encontrábamos desnudas en casa de nuestra matrona.

Mme. Duvergier no estaba levantada. Nos retiramos a nuestras habitaciones, donde encontramos cada una diez luises y un deshabillé completo, muy por encima del valor de los que habíamos perdido.

-No hablemos de nada -me dice Fatime-; estamos contentas, es inútil que la Duvergier se entere. Te lo he dicho, Juliette, todo esto sucede a sus espaldas, y desde el momento en que no tenemos nada que repartir con ella, no es necesario hablarle de lo ocurrido. Querida -continuó Fatime-, acabas de sufrir un pequeño daño y de recibir una gran lección: que lo uno te consuele de lo otro. Con lo que acabas de aprender en casa de Dorval, estás en condiciones ahora para que todas las partidas que hagas te reporten, con tu habilidad, el triple y el cuádruple de lo que significarían para cualquier otra.

-Realmente -digo a mi compañera- no sé si me atreveré si nadie me sostiene.

-Serías muy tonta si no lo hicieses -respondió Fatime-; nunca olvides la moral y los consejos de Dorval; la igualdad, querida mía, es mi única ley; y allí donde la fortuna no la establece, le corresponde a nuestra habilidad suplirla.

-Juliette -me dice Mme. Duvergier tres o cuatro días después de esta aventura-, vuestras desfloraciones naturales ya están más o menos hechas: ahora es preciso, niña mía, que me reportéis por detrás dos o tres veces más de lo que me habéis reportado por delante. Espero que no seréis escrupulosa a este respecto, y que, siguiendo el ejemplo de algunas imbéciles que tuve en mi casa, no me digáis que el crimen que halláis en esta forma de entregaros a los hombres os impide satisfacerme. Sabed, hija mía, que es la misma cosa: una mujer es mujer en cualquier parte de su cuerpo; no actúa peor prestando su culo que su coño, su boca que su mano, sus muslos que sus axilas; todo esto es indiferente, ángel mío; lo esencial es ganar oro, no importa cómo. ¡Cuán extravagantes son los que se atreven a decir que la sodomía es un crimen que daña a la población! Esto es absolutamente falso: siempre habrá suficientes hombres en la tierra, cualesquiera que puedan ser los progresos de la sodomía. Pero supongamos por un momento que la población se resintiese, ¿acaso no sería la naturaleza a la que habría que quejarse, puesto que de ella han recibido los hombres inclinados a esta pasión no sólo el gusto y la inclinación que los arrastra a ella, sino incluso la falta de organización o de constitución que les hace inhábiles para los placeres ordinarios de nuestro sexo? ¿Acaso no es ella la que nos pone en el estado de no poder ofrecer verdaderos placeres a los hombres, cuando hemos satisfecho durante mucho tiempo esta pretendida ley de población? Ahora bien, si, por un lado, su mano pone al hombre en la imposibilidad de gustar placeres legítimos, y, por otro lado, constituye a la mujer de una forma absolutamente opuesta a la necesaria para gustarlos, me parece que está muy claro que los ridículos ultrajes -que pretenden los estúpidos que se cometen buscando placeres en otras cosas que no sean las mujeres, o con ellas en el sentido contrario- no son más que inspiraciones de esa misma naturaleza, que gustosamente concede una mínima compensación por las penas impuestas por sus primeras leyes, o que se ve obligada quizás a poner un freno a una población cuya demasiada abundancia sólo tendría como consecuencia perjudicarla. Y esta segunda idea se nos muestra todavía mejor en el plazo que ha prescrito a las mujeres para engendrar. ¿Por qué tales frenos si esa constante población fuese tan necesaria como creen algunos?, y si ha puesto sus límites en este sentido, ¿por qué no habría de ponerlos en el otro, inspirando al hombre o pasiones diferentes o desagrado, que, una vez el deber cumplido, lo obligan a liberarse de un germen con el que la naturaleza ya no tiene nada que hacer? Y sin necesidad de tantos razonamientos, contentémonos con apelar a la sensación misma, y podemos estar seguras de que allí donde sea más sensual, es donde la naturaleza quiere ser servida. Ahora bien, puedes estar segura, Juliette (¡y a quién se lo decía!), hija mía, puedes estar segura de que hay infinitamente más placer en entregarse de esta forma que de la otra; las mujeres voluptuosas que lo han probado no pueden volver ya a la vía ordinaria: todas te dirán lo mismo que yo. Por lo tanto, hija mía, inténtalo por los intereses de tu bolsa y por los de tu voluptuosidad; pues puedes estar segura de que los hombres pagan esta fantasía mucho más cara que los goces comunes, y si yo tengo treinta mil libras de renta hoy, puedo decir que las tres cuartas partes las he ganado entregando culos. Los coños ya no valen nada, muchacha, la gente está cansada de ellos, nadie los quiere, y yo renunciaría

ahora mismo a este oficio si no encontrase mujeres dispuestas a esta esencial complacencia.

Mañana por la mañana, corazón mío -prosiguió esta insigne alcahueta-, entrego tu virginidad masculina al viejo arzobispo de Lyon, que me lo paga a cincuenta luises. Dios te guarde de oponer ninguna resistencia a los deseos exaltados de este buen prelado: se desmayaría tan pronto como se te ocurriese oponerte a ellos. Y deberás las pruebas de su virilidad a tu sumisión antes que a tus encantos, y si el viejo déspota no encuentra una esclava en ti, sólo será un autómata.

Perfectamente aleccionada sobre el papel que debía cumplir, llego al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, a la abadía de Saint-Victor, donde se hospedaba el prelado cuando venía de viaje a París; el santo hombre me esperaba en la cama:

-Madame Lacroix -dice a una mujer muy hermosa, de unos treinta años, y que me pareció que sólo estaba allí para servir de tercero en las escenas lúbricas del prelado-, acercadme a esta muchachita, para que la vea... No está mal, ciertamente: ¿y qué edad tenéis, angelito? -Quince años y medio, monseñor.

-Vamos, madame Lacroix, desnudadla y no descuidéis ninguna de las precauciones que sabéis.

En cuanto estuve desnuda me fue fácil adivinar cuál era el objeto de tales precauciones. El devoto sectario de Sodoma, sintiendo una terrible aprensión a que los atractivos anteriores de una mujer turbasen su ilusión, exigía que se velasen estos atractivos con tal rigor que ni siquiera pudiese sospecharlos. En efecto, Mme. Lacroix los empaquetó tan bien que no se veía la menor huella. Cumplido este deber, la complaciente criatura me lleva hasta la cama de monseñor.

-El culo, madame -dice a la Lacroix-, el culo y nada más que el culo, os conjuro... tened cuidado. ¿Habéis tenido cuidado?...

-Sí, sí, monseñor, y Vuestra Eminencia puede ver que al exponerle la parte que desea, ofrezco a su libertino homenaje el más bonito culo virgen que se pueda besar.

-Sí, en efecto -dice monseñor-, está bastante bien torneado; veamos que lo acaricie.

Y ayudada por su amiga para mantenerme en la elevación necesaria para que el querido obispo pueda besar ampliamente mis nalgas, las soba y las devora por todas partes durante más de un cuarto de hora. No olvidó la caricia favorita de la gente con tal gusto, quiero decir la introducción de la lengua en lo más profundo del ano; igualmente es característico el más marcado alejamiento de la parte vecina, hasta tal punto que habiéndose entreabierto el coño, me rechazó con tal aire de desdén y de disgusto que hubiese huido a veinte leguas de allí si hubiese sido dueña de mí misma. Durante este primer examen, la Lacroix se había desnudado. En cuanto estuvo desnuda, Monseñor se levantó.

-Hija mía me dice poniéndome sobre la cama en la postura necesaria para sus placeres-, espero que os habrán aconsejado que seáis dócil y complaciente.

-Me atrevo a aseguraros, monseñor --respondí con inocencia-, que no tendréis nada que reprocharme sobre esto.

- ¡Ah!, ¡bien, bien!, es que el menor rechazo me disgustaría infinitamente; y con el trabajo que me cuesta ponerme en tal estado, podéis imaginaros qué sería de mí si se alterase la obra por falta de sumisión. Vamos, madame Lacroix, humedeced el camino y tratad de conducir mi miembro con tal habilidad que una vez dentro nada pueda hacerlo salir, más que el desfallecimiento al que lo reducirá mi descarga.

Nada fue descuidado por el amable tercero. Monseñor no estaba demasiado provisto; una perfecta resignación por mi parte, unida a todos los cuidados tomados para hacer que la empresa tuviese éxito, la hizo llegar con prontitud a bien.

Ya estoy -dice el santo pastor-; por mi fe que hacía mucho tiempo que no jodía nada tan estrecho: ¡oh!, en cuanto a éste, garantizo su virginidad, lo juraría cuantas

veces quisieran... Vamos, colocaos, Lacroix, colocaos, porque siento que mi esperma eyaculará pronto en este hermoso culo.

A esta señal, Mme. Lacroix toca el timbre; llega una segunda mujer, a da que no tuve demasiado tiempo de examinar; con el brazo desnudo, armada con un gran puñado de vergas, se pone a trabajar sobre el culo pontifical mientras que la Lacroix, tumbándose sobre mis riñones, viene a ofrecer su trasero a los lúbricos besos del sodomita que, prontamente vencido por el conjunto de acciones libidinosas, vierte con profusión en mi ano un bálsamo cuya eyaculación sólo debe a los vigorosos golpes que de desgarran el trasero.

Todo acabó: monseñor, excitado, se vuelve a acostar; de preparan su chocolate; y el ama de llaves, vestida de nuevo, me pone en manos de la azotadora, quien, una vez que me ha dado dos luises para mí, además de dos cincuenta que ya llevaba, me embarca en un coche, al que da la orden de que me conduzca a casa de da Duvergier.

Al día siguiente, en la casa, me muestran un hombre de alrededor de cincuenta años, con un rostro sombrío y pálido que no anunciaba nada bueno.

-Abstente de rechazar a éste me dice la Duvergier introduciéndome en la habitación donde lo había recibido-; es uno de mis mejores clientes, y me causarías un perjuicio irremediable si te niegas a él.

Después de algunos preliminares, siempre dirigidos por los gustos predilectos de este sectario de Sodoma, me pone boca abajo sobre la cama y se dispone a sodomizarme. Sus manos ya separaban mis dos nalgas, el tipo se extasía ya ante el pequeño agujero, cuando, sorprendida por el gran cuidado que pone en ocultarse, y como poseída por una especie de presentimiento, me vuelvo con prontitud... ¡Qué veo, gran Dios!... Un miembro cubierto de pústulas... de verrugas... de chancros, etc., síntomas abominables, y por desgracia demasiado reales, de la enfermedad venérea que corroe a este villano.

-¡Oh!, ¡señor! ¯exclamé-, ¿estáis loco queriendo gozar de una mujer en el estado en que estáis? ¿Queréis perderme para toda la vida?

-¡Cómo! dice el bandido intentando cogerme por da fuerza-; pero he arreglado ya todo; tu patrona sabe muy bien mi estado; ¿pagaría a das mujeres tan caro si no fuese por el placer de comunicarles mi veneno? Esta es mi única pasión, la única causa por da que no me hago curar.

-¡Oh!, ¡señor!, es una infamia en da queme guardaré de tomar parte.

Y volando a llamar a Madame, podéis juzgar da calidad de los reproches que de dirigí. Por las señas que hacía a este hombre, vi el deseo que tenía de que yo no supiese nada; pero ya era demasiado tarde.

-No arreglaréis nada, señora --dije montada en cólera-; estoy al tanto de todo; es vergonzoso que hayáis querido sacrificarme. No importa, no os comprometeré; únicamente daos prisa en sustituirme, y permitid que me retire.

La alcahueta no se atrevió a oponerse; pero el hombre, que me devoraba ya, no podía resignarse ad cambio: el villano había jurado mi perdición; y sólo con gran trabajo se decidió a envenenar a otra. Sin embargo, todo se arregló: apareció otra chica; yo salí. Era una pequeña novicia de trece años, a quien este libertino encontró digna de compensarle. Le vendaron dos ojos; no dudó de nada, y, ocho días después, hubo que llevarla ad hospital, adonde fue este criminal a verla sufrir. Este era todo su goce: no conocía, me dice la Duvergier, otro mas delicioso en el mundo.

Otros quince o dieciséis de da misma calaña, pero sanos y bien plantados, pasaron por mi cuerpo en un mes, con más o menos episodios extraños, cuando fui enviada a casa de un hombre cuyos detalles en el acto de la sodomía son suficientemente extraños como para ser contados. Cuál no será vuestro interés, por otra parte, cuando sepáis que este hombre es Noirceuil, que acaba de dejarnos durante los pocos días que debe durar la narración de aventuras demasiado conocidas para él para que necesite oírlas una vez más.

Por un exceso de libertinaje inconcebible, y muy digno del hombre encantador con el que voy a entreteneros, Noirceuil quería que su mujer fuese el testigo de su libertinaje, que le sirviese y se prestase a su vez. Tened en cuenta que me seguían creyendo virgen, y que Noirceuil sólo deseaba a muchachas vírgenes, al menos en esta parte de su cuerpo.

Mme. de Noirceuil era una mujer muy bonita de veinte años a lo sumo. Entregada a su joven esposo, ya entonces con alrededor de cuarenta años y de un libertinaje desenfrenado, os dejo pensar todo lo que había sufrido esta interesante criatura desde que era la esclava de tal libertino. Ambos estaban en el cuarto donde me recibieron. Apenas entré, tocaron un timbre, y aparecieron en seguida dos muchachos de diecisiete a dieciocho años casi desnudos.

-Se dice, corazón mío, que tenéis el culo más hermoso del mundo -me manifiesta Noirceuil en cuanto su reunión estuvo hecha-. Señora -continuó, dirigiéndose a su esposa-, os exijo que me lo hagáis ver.

¯Realmente, señor --respondió esta pobre mujercilla muy vergonzosa-, exigís cada cosa...

Muy sencillas, señora; y ya deberíais estar acostumbrada, dado el tiempo que hace que las realizáis: doy a vuestros deberes hacia mí una gran amplitud, y me sor prende mucho que todavía no hayáis hecho ninguna objeción a esto.

-¡Oh!, ¡ni la haré nunca!

-¡Por Dios!, ¡tanto peor para vos!, cuando hay obligación de algo, vale cien veces más prestarse a ello de buena gana, que sentir cada día un suplicio. Vamos, señora, ¡desvestid a esta pequeña!

Sufriendo por aquella pobre dama, iba a quitarme yo misma mis vestidos para ahorrarle el trabajo que querían darle, cuando Noirceuil, impidiéndomelo, trató tan bruscamente a su esposa que no tuvo más remedio que obedecerlo. Durante estos preliminares, Noirceuil se hacía besar por estos dos jóvenes, y los excitaba a su vez con cada una de sus manos; uno le excitaba el agujero del culo, el otro el miembro. En cuanto estuve desnuda, Mme. de Noirceuil, siguiendo las órdenes de su marido, le presentó mis nalgas para que las besase, lo que el zorro hizo con los más lúbricos pormenores; y también por orden suya, los dos muchachos están pronto en el mismo estado que yo... ayudado siempre por las manos de su dócil esposa, quien, una vez acabados todos sus servicios, se pone desnuda igual que nosotros. Noirceuil, desnudo igualmente, se encuentra así en medio de dos mujeres bonitas y de dos hermosos muchachos. Indiferente a ambos sexos, sólo desea un altar, el mismo en todos, donde recibir los primeros homenajes de su lujuria; y creo que nunca unos traseros fueron tan lúbricamente besados. El tunante nos mezclaba y algunas veces ponía a un muchacho encima de una mujer para hacer mejor sus comparaciones. Por fin, excitado suficientemente, ordena a su esposa que me tumbe boca abajo sobre el canapé del cuarto y que ella misma dirija su miembro a mi trasero, después de haber tomado la precaución de chuparlo para facilitar la introducción. Como sabéis, Noirceuil tiene un instrumento de siete pulgadas de ancho por once de largo; y por consiguiente, sólo con grandes dolores llegué a recibirlo: sin embargo, lo introdujo hasta los testículos, ayudado constantemente por su triste víctima. Al mismo tiempo, desaparecía en su culo el miembro de uno de nuestros acólitos. Entonces, el libertino, colocando a su mujer cerca de mí, y en la misma postura que yo estaba, exigió de ella que se sometiese a las mismas lubricidades que él se permitía sobre mi cuerpo. Quedaba un miembro libre: Noirceuil lo coge y, mientras me da por el culo, lo introduce en el delicado ano de su tierna mitad. Por un momento, ella intenta resistirse, pero su cruel esposo, doblándola con brazo firme, sabe obligarla a lo que espera de ella.

-Ya estoy satisfecho -dice, en cuanto todo estuvo en marcha-; soy fornicado, doy por el culo a una virgen, hago sodomizar a mi mujer: nada falta a mis fogosos deseos.

-¡Oh!, ¡señor! -dice gimiendo la honrada esposa de este libertino-, ¿pretendéis que me desespere?

-Mucho, señora, infinitamente en realidad; y confieso, con la franqueza que me conocéis, que gozaría mucho menos si os prestaseis de mejor gana.

-¡Hombre sin moral!

-¡Oh!, ¡sin fe, sin Dios, sin principios, sin religión, por último, hombre terrible! Seguid, seguid, señora, seguid insultándome: no os podéis imaginar el arte que tienen las injurias femeninas para precipitar mi descarga. ¡Ah!, ¡Juliette, manteneos, ya me corro!

Y el pícaro, fornicando, fornicado, viendo fornicar, me lanza, hasta el fondo de las entrañas, una lavativa cuyo uso estaba yo muy lejos de adivinar. Como todos habían descargado, se deshicieron los grupos; pero Noirceuil, constantemente tirano de su esposa,

Noirceuil que, para excitarse a nuevos placeres, siente ya la necesidad de una vejación, dice a su mujer que se prepare para lo que ella muy bien sabe...

-¡Y qué!, señor -responde esta infortunada-, ¿acaso repetiréis constantemente esa execrable porquería?

-Constantemente, señora; es esencial para mi lujuria. Y el infame, acostando a su esposa a lo largo del canapé, la obliga a recibir en su boca el semen que depositó en mi culo. Obligada a obedecer, suelto una andanada, no sin un cierto placer malvado en ver al vicio humillar tan cruelmente a la virtud; la desgraciada traga: creo que su marido la hubiese estrangulado si no lo hace.

Y con este ultraje, el cruel esposo encontró las fuerzas necesarias para cometer otros nuevos. Mme. de Noirceuil me sustituye y recibe alternativamente en su trasero el miembro de su marido y el de los dos muchachos. No os podéis imaginar la rapidez con que se sucedían estos tres libertinos en el hermoso culo que se les ofrecía, mientras manoseaban o besaban el mío. Por último, Noirceuil fornicó a sus muchachos, teniendo como perspectiva las nalgas de su mujer. Mientras sodomizaba al primero, nos obligó al que quedaba y a mí a que nos apoderásemos de cada una de las nalgas de su mujer y a que tratásemos con dureza los globos carnosos que ponía en nuestras manos, y cada vez que, en medio de estos episodios, descargaba en el ano de uno o de otro, la pobre criatura estaba obligada a recibir en su boca el semen que él había dejado.

Por último, se redoblaron las ignominias; Noirceuil prometió dos luises a aquel de los tres que vejase mejor a su desgraciada mujer: puñetazos, patadas, bofetadas, capones, nos estaba permitido emplear cualquier cosa; y el criminal, excitándonos, se masturbaba enfrente de la operación. No podéis imaginaros lo que inventamos los jóvenes y yo para atormentar a esa desgraciada; no la dejamos hasta que se desmayó. Entonces, acercándonos al inflamado Noirceuil, lo rodeamos con nuestros culos, y lo excitamos sobre el cuerpo maltratado de la infortunada víctima de su pasión. A continuación, Noirceuil me entregó a los dos jóvenes: mientras uno me fornicaba el culo, el otro me hacía chupar su miembro; algunas veces, entre uno y otro, o yo tenía los dos instrumentos en mi coño, o me poseía uno por delante y otro por detrás.

Recuerdo que estábamos así, cuando Noirceuil, no queriendo que yo tuviese una sola parte de mi cuerpo libre, vino a sumergir su miembro en mi boca para soltar en ella su última descarga, mientras que mi vagina y mi ano recibían la de los dos jóvenes; soltamos todos a la vez: nunca sentí tanto placer.

Noirceuil, a quien mi cuerpo y mis pequeñas maldades habían complacido, me invitó a comer con sus dos jóvenes. Comimos en una sala encantadora, servidos únicamente por Mme. de Noirceuil, completamente desnuda, a quien su esposo prometió una escena más terrible que aquélla por la que acababa de pasar si no se aplicaba en su trabajo.

Noirceuil tiene inteligencia, lo sabéis; no hay nadie como él para razonar sus extravíos: quise aventurar algunos reproches sobre su conducta hacia su mujer.

-No hay nada tan injusto -le digo- como lo que hacéis pasar a esta pobre criatura...

-Sí, es muy injusto -respondió Noirceuil-, pero únicamente bajo la perspectiva de mi mujer: os respondo que, en cuanto a mí, nada hay tan equitativo como lo que hago con

ella, y la prueba de esto es que no hay nada en el mundo que me deleite tanto. Todas las pasiones tienen dos sentidos, Juliette: uno muy injusto, respecto a la víctima; otro singularmente justo, respecto al que la ejerce. Por muy injusto que sea este órgano de las pasiones respecto a las víctimas de tales pasiones, sin embargo, no es más que la voz de la naturaleza; sólo su mano es la que nos da estas pasiones; su energía es lo único que nos las inspira, y sin embargo, nos hacen cometer injusticias. Por consiguiente, hay injusticias necesarias en la naturaleza; y sus leyes, de las cuales sólo desconocemos los motivos, exigen una suma de vicios al menos igual a la de sus virtudes. El que no siente inclinación por la virtud, debe doblegarse ciegamente bajo la mano que lo tiraniza, seguro de que esta mano es la de la naturaleza, y de que él es el ser elegido por ella para mantener el equilibrio.

-Pero -digo a este insigne libertino- cuando se disipa el delirio, ¿no sentís algunos secretos impulsos de virtud... que, si los siguieseis, os conducirían infaliblemente al bien?

-Sí --me respondió Noirceuil-, siento algunas veces esos secretos impulsos, nacen algunas veces en la calma de las pasiones; y creo que puede explicarse de la siguiente manera.

¿Es realmente la virtud la que viene a combatir en mí al vicio?, y suponiendo que así sea, ¿debo entregarme a sus inspiraciones? Para resolver este problema, y resolverlo sin parcialidad, pongo a mi mente en un estado de tranquilidad bastante perfecto para que no me pueda acusar ninguno de los dos partidos de que lo he hecho inclinarse más que el otro, y a continuación me pregunto qué es la virtud. Si viese que su existencia tiene alguna realidad, analizaría esta existencia; y si me pareciese preferible a la del vicio, no hay duda de que la adoptaría. Así pues, al reflexionar, veo que se honra con el nombre de virtud todas las diferentes maneras de ser de una criatura por las que esta criatura, haciendo abstracción de sus placeres y de sus intereses, se entrega a la felicidad de la sociedad: de donde resulta que, para ser virtuoso, debo olvidar todo lo que me pertenece, para no ocuparme ya más que de lo que interesa a los otros; y esto con seres que ciertamente no harán otro tanto conmigo: pero, aunque lo hiciesen, ¿sería ésta una razón para que yo debiese actuar como ellos, si todas las disposiciones de mi ser se oponen en mí a esta forma de existir? Por otra parte, si se llama virtud a lo que es útil a la sociedad, concretizando la definición se dará el mismo nombre a lo que sea útil a sus propios intereses, de donde resulta que la virtud del individuo será con frecuencia todo lo contrario de la virtud de la sociedad; porque los intereses del individuo son casi siempre opuestos a los de la sociedad; de esta forma, no habrá nada positivo en ella, y la virtud, puramente arbitraria, no ofrecerá nada sólido. Si vuelvo a la causa del combate que siento cuando me inclino hacia el vicio, una vez convencido de que la virtud no tiene una existencia real, fácilmente descubriré que no es ella la que combate en mí, sino que esta débil voz que se hace oír por un momento no es más que la de la educación y del prejuicio. Una vez hecho esto, comparo los goces, provoco los de la virtud, y los saboreo en toda su extensión. ¡Qué falta de agitación, qué gélido!, no me emociona nada, no me conmueve nada; y, analizando con justicia, reconozco que todo el goce es para el que he servido, y que a mi vez no obtengo de él más que un frío reconocimiento. Pregunto: ¿esto es gozar? Sin embargo, ¡qué diferencia en el partido contrario! ¡Cómo se excitan mis sentidos, cómo se emocionan mis órganos! Sólo con acariciar la idea del extravío que proyecto, un efluvio divino circula por mis venas, una especie de fiebre me posee; el delirio en el que me sumerge esta idea derrama una deliciosa ilusión sobre todas las facetas de mi proyecto; lo preparo, me de-

leita; examino todas sus ramas, me siento embriagado; ya no es la misma vida, ya no es la misma alma: mi espíritu está fundido con el placer, no respiro ya más que para la voluptuosidad.

-Señor -digo a este libertino, cuyos discursos tengo que confesar que me inflamaban extraordinariamente, y a los yo refutaba sólo para que se abriese más- ¡ah!, señor, negar una existencia a la virtud es, me parece, querer alcanzar la meta con demasiada rapidez, y exponerse quizás a no obtenerla, al deslizarnos por los principios que deben llevarnos a las consecuencias.

-¡Y bien! -respondió Noirceuil-, lo entiendo, pero razonemos con más orden. Tus reflexiones me demuestran que estás en disposición de comprenderme; me gusta hablar con gente parecida a ti.

En todos los acontecimientos de la vida -siguió Noirceuil- en todos aquéllos, al menos, que nos dejan la libertad de elección, sentimos dos impresiones, o si se prefiere, dos inspiraciones: una nos empuja a hacer lo que los hombres llaman la virtud, y la otra a preferir lo que llaman el vicio. La historia de este choque es lo que tenemos que analizar. Este flujo no existiría sin nuestras pasiones, dice el hombre honrado; son ellas las que se oponen a los movimientos de la virtud, siempre impresos en nuestras almas por la mano misma de la naturaleza: dominad vuestras pasiones y no se opondrán ya. Pero, ¿quién ha convencido a este hombre, que así me habla, de que las pasiones no son más que los efectos de los segundos movimientos, y que las virtudes son los efectos de los primeros?, ¿qué pruebas seguras podrá darme de su hipótesis? Para descubrir esta verdad, y para asegurarme a cuál de los dos sentimientos pertenece la prioridad que debe decidirme (pues es evidente que la primera de esas dos voces que me hable es a la que debo entregarme, como inspiración de la naturaleza, mientras que la segunda no es más que su corrupción), para reconocer, digo, esta prioridad, examino no las naciones individualmente, porque sus costumbres han podido desvirtuar sus virtudes, sino que observo la masa entera de la humanidad; estudio el corazón de los hombres, primero en su estado salvaje, después en su estado civilizado: éste es el libro que, con toda seguridad, va a enseñarme a quién tengo que preferir, si al vicio o a la virtud, y cuál de estas dos inspiraciones es prioritaria. Ahora bien, en este examen, descubro en primer lugar la constante oposición del interés individual al interés general: veo que si el hombre prefiere el interés general, y, por consiguiente, es virtuoso, será muy infortunado toda su vida, y que si, por el contrario, su interés individual le importa más que el interés general, será perfectamente feliz, si las leyes lo dejan en paz. Pero las leyes no están en la naturaleza: por tanto no deben tener importancia en nuestro examen, examen que, abstracción: hecha de las leyes, debe demostrarnos infaliblemente que el hombre es más feliz en el vicio que en la virtud, de donde concluiré que si la prioridad pertenece al in movimiento más fuerte, es decir, a aquél donde reside la felicidad, no hay ninguna duda de que este movimiento es el de la naturaleza, y el otro no es más que su corrupción; se demostrará que la virtud no es el sentimiento habitual 'del hombre, que es simplemente el sacrificio forzoso, que la obligación de vivir en sociedad lo obliga a hacer consideraciones cuya observación podrá revertirle una dosis de felicidad que contrarrestará las privaciones. De esta forma, le corresponde a él elegir: o la inspiración viciosa que, con toda seguridad, es la de la naturaleza, pero que, a causa de las leyes, quizás no pueda darle una felicidad completa... quizás pueda perturbar la que espera; o el mundo ficticio de la virtud, que de ningún modo es

natural, pero que al obligarle a algún sacrificio le reportará quizás una compensación por la cruel extinción de la primera inspiración que se ha visto obligado a hacer en su corazón. Y lo que a mis ojos deteriora todavía más el sentimiento de la virtud es que no solamente no es un primer movimiento natural, sino que además, por su propia definición, sólo es un movimiento vil e interesado, que parece decir: *Te doy para que tú me devuelvas.* Por lo que veis que el vicio es tan inherente a nosotros mismos, y es con tanta seguridad la primera ley de la naturaleza, que la más hermosa de todas las virtudes, analizada, sólo es puro egoísmo, y por consiguiente se convierte en vicio. Por lo tanto, todo es vicio en el hombre; el vicio es la única esencia de su naturaleza y de su organización. Es vicioso cuando prefiere su interés al de los otros; sigue siendo vicioso en el seno mismo de la virtud, ya que esta virtud, ese sacrificio de sus pasiones, no es en él más que un movimiento de orgullo, o el deseo de que revierta a él una dosis de felicidad más tranquila que la que le ofrece el camino del crimen. Pero siempre es su felicidad lo que busca, y nunca se ocupa más que de eso; es absurdo decir que hay una virtud desinteresada, cuyo objetivo sea hacer el bien sin motivo; esta virtud es una quimera. Estad seguros de que el hombre no practica la virtud más que por el bien que piensa obtener de ella, o por el reconocimiento que espera de ella. Que no se me objeten las virtudes del carácter: éstas son egoístas como las otras, ya que el que las practica no tiene más mérito que entregar su corazón al sentimiento que más le complace. Analizad cualquier hermosa acción, y veréis si no reconocéis siempre en ella algún motivo interesado. El vicioso trabaja con las mismas miras, pero con mucha más franqueza, y por esto mismo es más estimable; las lograría mucho mejor que su adversario, sin las leyes; pero estas leyes son odiosas, puesto que arrebatando parte de la suma de la felicidad individual para conservar la felicidad general, quitan infinitamente más de lo que dan. De esta definición podéis inducir ahora, como consecuencia, que puesto que la virtud no es en el hombre más que el segundo movimiento; que puesto que es incontestable que el primero que existe en él, abstracción hecha de cualquier otro, es el deseo de conseguir su felicidad, *sin importar a expensas de quién;* que puesto que el movimiento que combate o contraría las pasiones no es mas que un sentimiento pusilánime de comprar a mejor precio la misma felicidad, es decir, por un poco de sacrificio y por temor al cadalso; que puesto que la virtud sólo es un sometimiento a leyes que, al variar de clima a clima, no dejan a esta virtud una existencia determinada; sólo se puede sentir por esta virtud el odio y el desprecio más completo; y que si lo mejor que puede hacerse es determinarse a adoptar para el resto de nuestros días una manera de ser que no es más que el resultado de las leyes, de los prejuicios o de los caracteres, que sólo es vil e interesada, y cuya aceptación debe hacernos tan desgraciados que es imposible que el hombre obtenga su presa: entonces éste es el cálculo de un loco y sólo hay debilidad en entregarse a él.

Sé que algunas veces se dice en favor de la virtud: es tan hermosa que hasta el malvado se ve obligado a respetarla. Pero, Juliette, no te dejes engañar por este sofisma. Si el malvado respeta la virtud, es que le sirve, le es útil; no está en contradicción con él más que por la autoridad de las leyes, nunca por sus procedimientos materiales. Nunca es el hombre virtuoso el que perjudica las pasiones del hombre criminal: es el hombre vicioso, porque, al tener ambos los mismos intereses, ambos deben necesariamente perjudicarse y cruzarse en sus operaciones, mientras que el criminal con el hombre virtuoso no tiene nunca discusiones semejantes. Pueden muy bien no estar de acuerdo en los principios; pero no chocan entre sí, no se perjudican en sus acciones; las pasiones del malvado, al

contrario, al querer dominar imperiosamente, se encuentran a cada momento con las de su semejante, y sus discusiones deben ser eternas. Este homenaje que rinde el criminal a la virtud no es pues más que egoísta: no es al ídolo al que inciensa, es al reposo con el que le deja gozar. Pero a veces os dicen que el partidario de la virtud encuentra un goce en ella: de acuerdo; no hay ningún tipo de locura que no pueda proporcionar ese goce; no es el goce lo que yo niego, tan sólo sostengo que, en tanto que la virtud es goce, no solamente es viciosa, como he demostrado, sino que además es débil, y que entre dos goces viciosos yo debo decidirme por el más fuerte.

Sólo el grado de violencia con el que nos emocionamos caracteriza la esencia del placer. El que no es agitado por una pasión más que de una forma mediocre, no puede ser tan feliz como aquel que se siente vivamente agitado por una pasión fuerte: ahora bien, ¡qué diferencia entre los placeres que da la virtud y los procurados por el vicio! Aquel que pretende haber sentido alguna felicidad poniendo en manos de un heredero el *fideico*miso de un millón que tenía a su cargo secretamente, ¿podrá sostener que esta porción de felicidad ha sido tan fuerte como la sentida por el que se haya apropiado del millón, después de haberse deshecho sordamente del heredero? Aunque la felicidad esté en nuestra forma de pensar, sólo mediante realidades inflama nuestra imaginación, y, por muy orgulloso de ella que se sienta nuestro honrado hombre, seguramente no habrá sentido tantas sensaciones excitantes como ha obtenido el otro con su millón mediante los goces reiterados. Pero el robo... pero el asesinato del heredero, habrán contrarrestado, diréis, su felicidad. De ninguna manera, si sus principios están firmemente asentados, todas estas cosas pueden perjudicar su felicidad en tanto que le causen remordimientos, pero el hombre asentado en su propia manera de pensar, el que haya llegado a vencer enteramente dentro de él esas reminiscencias molestas del pasado, gustará la felicidad sin ninguna mezcla, y la diferencia existente entre uno y otro consistirá en que el primero no podrá impedir decirse en algunos momentos de su vida: ¡Ah !, *¡si hubiese cogido ese millón, gozaría de él!,* mientras que el otro nunca dirá: *¿Por qué lo cogí?* De esta forma, la acción virtuosa podrá engendrar remordimientos, y la mala los apaga necesariamente por su constitución. En una palabra, la virtud nunca puede procurar más que una felicidad fantástica: sólo existe verdadera felicidad en los sentidos, y la virtud no deleita a ninguno. Por otra parte, ¿es a la virtud a quien se destinan los puestos, los honores, las riquezas?, ¿acaso no vemos todos los días al malvado colmado de prosperidad, y al hombre de bien languidecer en las cadenas? Contentarse con esperar a ver la virtud recompensada en el otro mundo es una quimera inadmisible ya. Entonces, ¿de qué sirve el culto a una divinidad falsa... tiránica.:. egoísta, casi siempre viciosa ella misma (lo he demostrado ya) que no concede ningún bien a aquellos que la sirven actualmente, y que sólo promete para el porvenir imposibles o engaños? Por otra parte, es peligroso. querer ser virtuoso en un siglo corrompido; sólo esta particularidad perjudica la felicidad que podría esperarse de la virtud, y es absolutamente preferible ser vicioso con todo el mundo que ser un hombre honrado totalmente solo. "Hay tal distancia entre la forma en que se vive y la forma en que se debería vivir, que aquel que deja -dice Maquiavelo-, lo que se hace por lo que debería hacerse, busca su perdición más que su conservación, y, por consiguiente, es preciso que un hombre que hace gala de ser completamente bueno, entre tantos otros que no lo son, perezca tarde o temprano". Si los desgraciados tienen la virtud, no sigamos engañándonos respecto a su sentimiento: es que ya sólo pueden colocar su orgullo en este endeble goce; les consuela de las pérdidas que tienen, ése es su secreto.

Durante esta inteligente exposición, Mme. de Noirceuil y los muchachos se habían dormido.

-Qué imbéciles son estos seres -dice Noirceuil-; son las máquinas de nuestras voluptuosidades, y eso es demasiado poco para sentir nada. Tu espíritu más sutil, me capta, me entiende, me adivina; Juliette, lo veo, amas el mal.

-Mucho, señor ¡me trastorna la cabeza!

-Llegarás muy lejos, niña mía... te amo, quiero volver a verte.

-Me enorgullezco de vuestros sentimientos, señor; casi me atrevo a decir que los merezco, por la conformidad de los míos con los vuestros... Tuve una educación especial, una amiga mía formó mi espíritu en el convento. ¡Ay!, señor, mi nacimiento habría debido preservarme de la humillación en que me encuentro.

Y después de esto, conté mi historia a Noirceuil.

-Estoy desolado por todo lo que me decís, Juliette -me respondió Noirceuil después de haberme escuchado con la mayor atención.

-¿Y por qué?

-Porque conocí mucho a vuestro padre, soy la causa de su bancarrota, fui yo quien lo arruinó. Por un cierto tiempo fui dueño de su fortuna, podía duplicarla o hacerla pasar a mis manos; por una justa consecuencia de mis principios, me preferí a mí mismo a él; murió arruinado y yo tengo trescientas mil libras de renta. Después de vuestra confesión, debería reparar necesariamente con vos la adversidad en la que os han sumergido mis crímenes, pero esta acción sería un acto de virtud; no me entregaré a ella, porque siento horror por la virtud: esto pone eternas barreras entre nosotros, no me es posible volver a veros.

-Hombre execrable -exclamé-, aunque soy víctima de tus vicios, los amo... sí, adoro tus principios...

¯¡Oh, Juliette, si supieseis todo!

-No me dejéis ignorar nada.

-Vuestro padre... vuestra madre.

-¿Y bien?

-Su existencia podía traicionarme... Era preciso que los sacrificase; murieron, con escasa distancia de tiempo, de un bebedizo que les hice tomar en una comida en mi casa...

Un súbito escalofrío se apodera entonces de todo mi ser; pero enseguida, mirando a Noirceuil con esa flema apática de la criminal que, a pesar de mí, imprimía la naturaleza en el fondo de mi corazón:

¯¡Monstruo, vuelvo a repetírtelo -exclamé-, me causas horror y te amo!

-¿Al verdugo de tu familia?

-¿Y qué me importa? Lo juzgo todo por las sensaciones; aquellos de los que tus crímenes me separan no hacen nacer ninguna en mí, y la confesión que tú me haces de ese delito me enamora, me sumerge en un delirio del que no puedo ni hablar.

¯Encantadora criatura -me respondió Noirceuil-, tu ingenuidad, la franqueza de alma que me muestras, todo me decide a transgredir mis principios: te conservo, Juliette, te conservo, no volverás a casa de la Duvergier.

-Pero, señor... ¿vuestra mujer?

-Estará sometida a ti; reinarás en la casa; todo lo que la ocupa estará bajo tus órdenes; sólo a ti obedecerá. Este es el poder del crimen sobre mi alma: todo lo que lleva su huella se vuelve querido para mí. La naturaleza me ha hecho para amarlo; es preciso que aborreciendo la virtud caiga constantemente, a pesar de mí, a los pies del crimen y de la infamia. Ven, Juliette, me excito, ofréceme tu hermoso culo para que lo fornique; voy a morir de placer al pensar que hago víctima de mi lubricidad al descendiente de las de mi avaricia.

-¡Sí, fornícame, Noirceuil! Me gusta la idea de convertirme en la puta del verdugo de mis padres; haz correr mi flujo en lugar de mis lágrimas: este es el único homenaje que querría ofrecer a las aborrecidas cenizas de mi familia.

Despertamos a los acólitos; Noirceuil se hizo dar por el culo mientras me sodomizaba, y, habiendo puesto las nalgas de su mujer encima de mis riñones, se las mordió, se las pellizcó, se las golpeó, y todo ello con tal fuerza que la pobre criatura tenía el culo todo magullado cuando Noirceuil perdió su semen.

Desde ese momento, me instalé en la casa. Noirceuil ni siquiera quiso dejarme volver a casa de la Duvergier a recoger mis trapos. Al día siguiente, me presentó a sus criados, a sus amigos, como una prima, y desde ese momento me encargué de hacer los honores en su casa.

Sin embargo, me fue imposible no sacar un momento para ir a ver de nuevo a mi antigua matrona. Estaba muy lejos del deseo de abandonarla por completo; pero, para sacar mejor partido de ella, no quería parecer que me insinuaba.

-Ven, ven, mi querida Juliette -me dice la Duvergier en cuanto me ve-, te esperaba impaciente, tengo mil cosas que contarte.

Nos encerramos en su habitación, y allí, después de haberme besado calurosamente, felicitado por la felicidad que acababa de tener por gustar a un hombre tan rico como Noirceuil, me dice:

Juliette, escúchame:

No sé qué idea tienes de tu nueva posición; pero si por desgracia te imaginas que tu calidad de muchacha mantenida te garantiza una fidelidad a toda prueba, y esto con un hombre que ve siete u ocho muchachas al año, ciertamente, ángel mío, estás en un grave error. Por muy rico que sea un hombre, y por mucho bien que nos haga, nunca le debemos ningún agradecimiento, porque él trabaja para sí mismo cuando nos colma de bienes. El oro con que nos cubre es únicamente el efecto o del orgullo que siente en tenernos para él solo, o de los celos que le hacen prodigar sus tesoros para que nadie comparta el ob-

jeto de su amor. Pero yo te pregunto, Juliette, si las extravagancias de un hombre deben ser para nosotras motivos suficientes para servir su locura. Por el hecho de que un hombre deba sentirse herido al vernos en los brazos de otro, ¿se sigue de aquí que nosotras debamos forzarnos para no estar en ellos? Voy más lejos: aunque se ame furiosamente al hombre con el que se vive, aunque se sea su mujer, su dueña más querida, siempre será completamente absurdo imponernos cadenas. Se puede fornicar de todas las formas posibles sin que disminuyan en nada los sentimientos del corazón. Aunque se ame todos los días a un hombre hasta el exceso, esto no impide que se fornique con otro: no es el corazón el que da el placer, sino el cuerpo. Los extravíos más desenfrenados, más intensos del libertinaje, no disminuyen la delicadeza del amor. Por otra parte, ¿en qué consiste el mal que se hace a un hombre que se ultraja prostituyéndose a otro? Me confesarás que a todo lo más sólo es una lesión moral; no hay más que tomar las mayores precauciones para que nunca pueda saber la infidelidad de la que es objeto: desde ese momento, no puede ser herido. Digo más: una mujer muy buena que, sin embargo, diese pie a sospechas sobre ella, bien porque estas sospechas naciesen de la imprudencia, bien porque fuesen fruto de la mentira, por muy virtuosa que la creas, sería infinitamente más culpable frente al hombre que la ama, que aquella que, aunque se entregase de la mañana a la noche, tuviese el arte dé ocultarlo a todas las miradas. Voy más lejos todavía: digo que una mujer, por muchas razones que tenga para tratar con miramientos a un hombre, para amarlo incluso, puede dar a otro su corazón y su cuerpo; incluso amando mucho a un hombre, puede amar también mucho al ser con el que se acuesta accidentalmente; entonces es una inconstancia, y, según yo, nada va tan bien con las grandes pasiones como la inconstancia. Hay dos formas de amar a un hombre: el amor moral y el amor físico. Una mujer puede idolatrar moralmente a su amante y esposo, y amar física y momentáneamente al joven que le hace la corte; puede entregarse a él sin ofender de ninguna manera los sentimientos morales debidos al primero: cualquier individuo de nuestro sexo que piense de diferente manera es una loca, que no trabaja más que para su infortunio. Por otra parte, ¿puede limitarse una mujer de carácter a las caricias de un solo hombre? Si es así, tenemos entonces a la naturaleza en perpetua oposición con vuestros pretendidos preceptos de constancia y fidelidad. Ahora bien, dime, por favor, qué peso puede tener a los ojos de un hombre sensato un sentimiento en constante contradicción con la naturaleza. Un hombre lo suficientemente ridículo como para exigir de una mujer que no se entregue nunca a otros más que a él, cometería una tontería tan grande como aquel que quisiera que su esposa o su amante no cenase nunca con otros; además ejercería una terrible tiranía: pues si no está en condiciones de satisfacer él solo a una mujer, ¿con qué derecho exige a esta mujer que sufra, y no pueda contentarse con otro? Hay aquí un egoísmo, una dureza increíbles, y tan pronto como una mujer reconociese tales sentimientos en aquel que pretende amarla, esto debe bastarle para decidirla a compensarse al momento de la cruel tortura a que quiere reducirla su marido. Pero si, por el contrario, una mujer está unida a un hombre sólo por el interés, ¿no tiene acaso una razón más poderosa para no forzar en nada sus inclinaciones y sus deseos?; desde ese momento sólo se ve obligada a prestarse cuando la pagan; no debe su cuerpo más que al instante del pago; todas las demás horas son suyas, y entonces es cuando le están más permitidas las inclinaciones del corazón: ¿por qué habría de someterse si no está comprometida más que físicamente? El amante pagador, o el esposo, deben de ser unos jueces excesivos para exigir del objeto de su ternura un corazón que deben saber que es impagable; no razonan demasiado si no saben

que no se compran los sentimientos del alma. Desde ese momento, con tal que la mujer a la que uno y otro pagan se preste a lo que deseen, no pueden reprocharle nada, y serían unos locos si exigiesen algo más. En una palabra, no es la virtud de una mujer lo que quiere un amante o un marido, es la apariencia de la virtud. Quien no fornique, pero lo parezca, está perdida; por el contrario, quien fornique con el mundo entero, pero se oculte, ésta es una mujer con buena reputación (17). Hay ejemplos que apoyarán mi exposición, Juliette: el momento en que vienes a verme es bueno para convencerte. Tengo aquí dentro quince mujeres, al menos, que vienen a prostituirse a mi casa, o que envío a hacerse fornicar al campo; échales una ojeada: te contaré la historia de cada una mientras te las señalo; pero piensa que sólo por hacerte un favor cometo semejante imprudencia; no me atrevería con nadie más.

(17) Mujeres mojigatas, devotas o tímidas, aprovechaos diariamente y sin temor de estos consejos: es a vosotras a quienes los dirige el autor.

A estas palabras, la Duvergier abrió una especie de ventana secreta, que, si ser vistas, nos permitía observar todo lo que había en el salón.

-Mira ese círculo -me dice-, ¿te engañaba diciéndote que había quince? Cuéntalas.

Quince mujeres encantadoras, pero todas vestidas de diferente manera, esperaban efectivamente, en silencio, las órdenes que iban a darles.

-Comencemos -me dice la Duvergier- por esa hermosa rubia que ves la primera, en el rincón de la chimenea; seguiremos el círculo partiendo de ahí: es la duquesa de Saint-Fal, cuya conducta no puede ser criticada sin duda alguna; pues con todo lo bonita que es, su marido no puede soportarla. Aunque la veas aquí, aspira a la mayor virtud; tiene una familia que la vigila y que la haría encerrar si su conducta fuese conocida.

-Pero -digo a la Duvergier- ¿no se arriesgan todas esas mujeres al encontrarse reunidas aquí? Pueden volver a verse en otra parte y perderse.

-En primer lugar -me respondió la matrona-, no se conocen; pero si, por casualidad, llegasen a conocerse, ¿qué podría decir una que no volviese la otra contra su acusadora? Unidas todas por el mismo interés, no tienen que temer traicionarse, y desde hace veinticinco años que sirvo a estas u otras parecidas, nunca he oído hablar de indiscreciones semejantes; ni las temen. Prosigamos.

Esa mujer alta de alrededor de veinte años, que ves cerca de la duquesa, y cuyo rostro celeste se parece al de una hermosa virgen, está loca por su marido; pero la do mina un temperamento fogoso; me paga para que le muestre gente joven. ¿Puedes creer que ya es libertina hasta el punto de que, por mucho que me pague, me es imposible encontrar miembros suficientemente gordos para satisfacerla?

Mira un ángel no lejos de ahí: es la hija de un consejero del parlamento; me la gané con mi astucia; su ama de llaves me la trae; apenas tiene catorce años. Sólo la entrego a pasiones donde no entra el joder; me ofrecen quinientos luises por su virginidad; no me atrevo a darla. Espera a un hombre que descarga con sólo besarle el trasero; quiere darme mil luises por su culo: como ofrece menos peligro, voy a solucionarlo en seguida.

Esa otra muchacha de trece años, que ves a continuación, es una pequeña burguesa a la que he sobornado; va a casarse con un hombre al que ama con locura; pero está entregada

a las mismas lecciones que acabo de darte. Ayer vendí su virginidad antifísica a Noirceuil, mañana gozará de él; un joven obispo me la desvirga hoy en el mismo sitio; como lo tiene más pequeño que tu amante, éste no dudará de nada.

Observa atentamente esa bonita mujer de veinticinco años. Vive con un hombre que la adora... que la cubre de regalos; ambos hacen cosas increíbles el uno por el otro: la zorrilla no jode menos por eso; ama a los hombres con furor; su mismo amante se lo permitió en otro tiempo, y sólo a él le debe los desórdenes en los que se sumerge; sigue los ejemplos que le dio, y fornica aquí todos los días, sin que el querido hombre lo sepa.

Esa bonita morena que ves cerca de ella es la mujer de un viejo que se casó con ella por amor; lleva las atenciones que tiene con él hasta el punto de crearse una asombrosa reputación de virtud: puedes ver cómo se compensa de eso; espera aquí a dos jóvenes; y, esta tarde, volverá para estar con el que ama; los de esta mañana son por libertinaje: el corazón será satisfecho esta tarde.

Junto a ella hay una devota. Mira su vestido; esa zorra pasa su vida entre el sermón, la misa y el burdel; tiene un marido que la adora, pero que no puede corregir la; agria, imperiosa en su trato, cree que debe perdonársele todo por su beatería. Aunque haya tenido suerte con su marido, no por eso deja de hacerle el más desgraciado de los hombres. A mí me da un trabajo enorme para contentarla porque sólo quiere fornicar con curas. Es verdad que la edad y el porte le son indiferentes: con tal de que sea un servidor de Dios, la puta está contenta.

Más acá de ésta hay una mujer entretenida por doscientos luises al mes: aunque le diesen el doble no le impedirían que se dedicase a libertinajes colectivos; es una de mis alumnas. Su viejo arzobispo apostaría sus bienes a que es más casta que la Virgen, y a expensas de éste se alimenta. ¡Si vieses cómo lo engaña! Ese es el arte de las mujeres, Juliette; hay que utilizarlo en nuestra condición o resignarse a morir de hambre.

A continuación viene una pequeña burguesa de diecinueve años, bonita, como ves, más allá de lo que pueda decirse con palabras. No hay nada que su amante no ha ya hecho por ella: la ha sacado de la miseria, ha pagado sus deudas, ahora la mantiene en la mejor situación; desearía que hubiese astros de los que apoderarse para ofrecérselos; y la putilla no tiene un solo momento suyo que no lo dedique a joder. No es el libertinaje lo que guía a esta, sino la avaricia; hace, todo lo que se quiera, pasa con quien mejor me parezca, con tal de que la paguen muy caro: ¿está equivocada? El bruto a quien voy a entregarla la dejará en cama por seis semanas, pero ella tendrá diez mil francos; y se ríe de lo demás.

—¿Y el amante?

-¡Bah!, una caída... un accidente... Con el arte que tiene, se lo haría creer al mismo Dios.

-Esa muchachita -siguió la Duvergier, mostrándome una niña de doce años bonita como una diosa- es un caso muy singular: es su madre quien la vende por necesidad. Ambas podrían trabajar, incluso les han ofrecido trabajo: no lo quieren; sólo les conviene el libertinaje. También es Noirceuil a quien está destinado el culo de esta niña.

¡Ese es el triunfo del amor conyugal! No hay una mujer que quiera a su marido como esta ¯continuó la Duvergier, mostrándome una criatura de veintiocho años, hermosa como

Venus-, ella lo adora, está celosa de él, pero el temperamento la domina; se disfraza; la consideran una vestal y no hay semana que no vea a quince o veinte hombres en mi casa.

Y ahí tienes una por lo menos tan bonita -prosiguió mi institutriz- y en una posición realmente extraordinaria; su propio marido es quien la prostituye. Aunque está loco por ella, será el tercero de la partida, y él mismo servirá de alcahuete a su mujer; pero sodomizará al fornicador.

El padre de esa joven, tan hermosa y gentil, trae él mismo aquí a esa encantadora niña; pero no quiere que la forniquen; lo demás le es indiferente, con tal de que se respete ambas virginidades; hace igualmente de tercero. Lo estoy esperando, porque el hombre al que voy a entregar a su hija está ya aquí; la escena será bonita. Siento que tengas prisa y no puedas hacer un papel en ella. Sé que estarían de acuerdo en admitirte.

-¿Y qué ocurrirá?

-El padre querrá azotar al hombre al que va a entregar a su hija; éste no querrá; mil bajezas por parte de uno, mil obstinados rechazos por parte del otro, quien, armándose con un bastón, acabará por zurrar al padre, descargando sobre el culo de la hija. ¿Y el papá? Devorará el semen perdido, soltando el suyo, y mordiendo de rabia el culo del que acaba de zurrarle tan bien.

-¡Qué pasión! ¿Y qué haría yo allí?

-El padre te devolvería a ti los golpes que le diesen a él. Quizás quedarías un poco marcada, pero con cien luises de gratificación.

¯Proseguid, señora, proseguid; sabéis que hoy no puedo.

-Esa es la penúltima: una joven muy bonita, que goza de más de cincuenta mil libras de renta, y de una excelente reputación; ama a las mujeres, observa cómo las mira de reojo; también le gustan los sodomizadores, todo sin dejar de adorar a su esposo. Pero sabe muy bien que lo que le afecta en el físico es absolutamente independiente de lo moral. Fornica con su marido por un lado, y viene a que se lo hagan por el otro; así todo solucionado.

Finalmente, esa última es una soltera con grandes pretensiones, una de las más famosas hipócritas de París; creo que golpearía, en el mundo normal, a un hombre que le hablase de amor; y me paga muy caro por hacerla joder unas cincuenta veces al mes, en mi casita.

¡Y bien, Juliette!, ¿dudas después de todos estos ejemplos?

-Es evidente que no, señora ¯respondí-; fornicare en vuestra casa por interés y por libertinaje; me entregaré a todos los grupos libidinosos a los que os plazca enviarme; pero cuando mis prostituciones vayan a cuenta vuestra, os prevengo de que no lo haré por menos de cincuenta luises.

-Los tendrás, los tendrás -me respondió la Duvergier en el colmo de la alegría-. Sólo quería tu aprobación; el dinero no me inquieta; sé dulce, obediente, no te niegues nunca a nada; te conseguiré montones de oro. Y como era tarde y yo temía que Noirceuil se inquietase con la duración de esta primera salida, volví pronto a cenar a la casa, verdaderamente desesperada por no haber podido ver a algunas de esas mujeres en acción, o compartirla con ellas.

Mme. de Noirceuil no veía con sangre fría que su rival estuviese instalada en su casa; la manera imperiosa y dura con la que su marido la había obligado a obedecer me contribuía todavía más a la actitud que demostraba en cada momento. No había un solo día que no llorase de despecho: infinitamente mejor alojada que ella, mejor servida, mucho más ricamente vestida, con un coche para mí sola, mientras que ella apenas si tenía acceso al de su marido, es fácil imaginarse hasta qué punto debía de odiarme esta mujer. Pero mi ascendiente sobre el espíritu del señor estaba demasiado bien establecido como para que tuviese nada que temer de las insolencias de la señora.

Sin embargo, podéis imaginaros que Noirceuil no actuaba así por amor. Veía en su unión conmigo los medios para crímenes: ¿necesitaba algo más su pérfida imaginación? No había nada tan regulado como los desórdenes de este criminal. Todos los días, sin que nadie pudiese romper nunca esta orden, la Duvergier le proporcionaba una virgen que no podía tener más de quince años y nunca menos de diez: daba cien escudos por cada una de estas muchachas, y la Duvergier veinticinco luises de daños e intereses, si Noirceuil podía probar que la muchacha no era totalmente virgen, A pesar de todas estas precauciones, mi ejemplo os demuestra hasta qué punto era engañado cada día.

Esta sesión de libertinaje tenía lugar ordinariamente todas las tardes: los dos muchachos, Mme. de Noirceuil y yo nos encontrábamos siempre allí, y cada día la tierna y desgraciada esposa se convertía en la víctima de estas excitantes y singulares lujurias. Los muchachitos se retiraban, y yo comía a solas con Noirceuil, que se embriagaba con bastante frecuencia, y acababa por dormirse en mis brazos.

Tengo que convenir con vosotros, amigos míos, que desde hacía mucho tiempo yo ardía en deseos deponer en práctica los principios de Dorval. Parecía que los de dos me ardiesen; quería robar, al precio que fuese. Yo no había probado todavía, pero no dudaba de mi habilidad: únicamente estaba obstaculizada por el individuo con que debía emplearla. Tenía la oportunidad más hermosa del mundo en casa de Noirceuil: su confianza era tan grande como inmensas sus riquezas, sus desórdenes extremos: no había día que no pudiese sustraerle de diez a doce luises, sin, que so diese cuenta. Por un singular cálculo de mi imaginación... por un sentimiento del que quizás ni me había dado cuenta, no me permití nunca hacer daño a un ser tan corrompido como yo. Sin duda, esto es lo que se llama la buena fe de los bohemios: pero yo la tuve. Había otra razón en este proyecto de reserva: quería hacer mal robando; esta idea me obsesionaba. Ahora bien, ¿qué crimen cometía despojando a Noirceuil? Considerando mías sus propiedades, no hacía más que recuperar mis derechos; por consiguiente, no existía ni la más ligera apariencia de delito en este comportamiento. En una palabra, si Noirceuil hubiese sido un hombre honrado, no le habría perdonado; pero era un criminal y yo le respetaba. Viéndome constantemente en infidelidades hacia él, me preguntaréis quizás por qué esta veneración no me seguía para lo demás: ;oh!, esto era diferente; estaba en mis principios no creer ningún mal en la infidelidad. En Noirceuil me gustaba el libertinaje, la singularidad de su espíritu; pero al no estar loca por su persona, no me creía ligada a él hasta el punto de no engañarle cuando me parecía bien; viendo a muchos hombres, podía encontrar uno mejor que Noirceuil. Aunque esta misma felicidad no me hubiese sucedido, las partidas de la Duvergier significaban mucho para mí; y no podía sacrificarlas a un sentimiento caballeresco por Noirceuil, en el que no podía existir profundamente ningún sentimiento de delicadeza. De

acuerdo con este plan de conducta, acepté, como veréis, una partida que me propuso la Duvergier, unos días después de la entrevista con ella de la que acabo de hablaros.

Esta partida debía tener lugar en casa de un millonario que, no ahorrando nada en sus placeres, pagaba a peso de oro a todas las criaturas bastante complacientes como para satisfacer sus vergonzosas lujurias. No puede imaginarse el grado de amplitud que puede tener el libertinaje; no es posible hacerse una idea de hasta qué punto se degrada el hombre que sólo escucha ya las excitantes pasiones inspiradas por ese delicioso vicio.

Seis muchachas encantadoras de casa de la Duvergier debían acompañarme a casa de este Creso; pero, al ser yo más distinguida que las otras, el verdadero culto se dirigía únicamente a mí, siendo ellas mis sacerdotisas.

En cuanto llegamos, nos introducen en un gabinete cubierto de satén castaño, color adoptado, sin duda, para realzar el color de la piel de las sultanas que eran recibidas en él, y allí, la introductora nos dijo que nos desnudásemos. En cuanto lo estuvimos, me ciñó con una gasa negra y plata que me distinguía de mis compañeras: este arreglo, el canapé en el que me tumbaron, mientras que las otras, de pie, esperaban en silencio las órdenes que debían darles, el aire de atención que tenían hacia mí, todo me convenció pronto de las preferencias que me estaban destinadas.

Entró Mondor. Era un hombre de setenta años, bajito, rechoncho, pero con ojos libertinos y vivos. Examina a mis compañeras, y, después de alabarlas una tras otra, me aborda dirigiéndome algunas de esas groseras gentilezas que no se encuentran más que en el diccionario de los burdeles.

-Vamos -dice a su ama de llaves-, ¡pongámonos al trabajo, si estas señoritas están listas!

Tres escenas componían el conjunto de este acto libidinoso: mientras yo me dirigía a despertar con mi boca la actividad adormecida de Mondor, mis seis compañeras, distribuidas en tres grupos, tenían que realizar, bajo sus miradas, las más voluptuosas posturas de Safo; ninguna de sus posturas podían ser iguales, tenían que cambiarlas a cada momento. Insensiblemente, los grupos se mezclaban, y nuestras seis bribonas, que ensayaban desde hacía unos días, formaron por fin el cuadro más novedoso y libertino que se pueda imaginar. Hacía una media hora que estaban en acción, cuando empecé a percibir un poco de progreso en el estado de nuestro septuagenario.

-Hermoso ángel -me dice-, creo que estas putas hacen que me excite, enseñadme vuestras nalgas, porque, si sucediera que me pusiese en estado de perforar el hermoso culo que dócilmente vais a ofrecer a mis besos, iríamos en seguida al grano, sin necesidad de nada más. Pero Mondor, augurando de esta forma sus fuerzas, no había consultado a la naturaleza.

-Vamos -me dice al cabo de un par de pruebas suficientes para hacerme ver cuál iba a ser el tipo de sus ataques-, vamos, veo que todavía se necesitan algunos vehículos.

Y roto el grupo, lo rodeamos las siete. Entonces, con un buen puñado de vergas cada una, ofrecidas por la carabina, caímos una a una sobre el viejo culo arrugado del pobre Mondor, que mientras que una lo azotaba manoseaba los atractivos de las otras seis. Lo zurramos hasta que brotó sangre, pero no avanzamos nada.

-¡Oh cielos! -nos dice el pobre hombre-, estoy reducido a las últimas.

Y completamente sudando, resoplando, el villano nos miraba para pedirnos ayuda.

¯Señoritas -nos dice en ese momento la compasiva carabina, refrescando con lociones de agua de colonia las desgarradas nalgas de su amo-, no veo más que una sola forma de volver la vida al señor.

-¿Y cuál es esa forma, señora? -respondí-. No hay ninguna que no adoptemos para sacarlo de esa languidez. -Y bien -respondió la carabina-, voy a tumbarlo encima de ese canapé. Vos, amable Juliette, arrodillada delante de él, seguiréis calentando, en vuestra boca de rosa, el instrumento helado de mi pobre amo. Sé que sólo vos podríais devolverle la vida. En cuanto a ustedes, señoritas, es preciso que vengan, una a una, a realizar tres cosas bastante singulares sobre este individuo: primero abofetearle con fuerza, escupirle en el rostro y peerle en la nariz: en cuanto hayáis pasado todas, veréis los sorprendentes efectos de este remedio.

Cuando la vieja acaba de hablar, todo se ejecuta, y confieso que me quedé sorprendida por la categoría del restaurante: el balón se infla en mi boca hasta el punto de que apenas puedo contenerlo. Es cierto que no os podríais hacer una idea de la rapidez con la que se realizaban todos los episodios ordenados con ese pobre libertino; y nada era tan agradable como los diferentes ruidos que producían a la vez, en el aire, la multiplicidad de los pedos, de las bofetadas y las expectoraciones. Por fin, el perezoso instrumento se desentumece, hasta el punto de que creo que van a estallar mis labios, cuando, levantándose con rapidez, Mondor hace una señal a su ama de llaves para que prepare todo para el desenlace: sólo a mi culo le está reservado el honor. La vieja me coloca en la postura exigida por la sodomía; Mondor, ayudado, conducido por su ama de llaves, se sumerge al instante en el templo de los más dulces placeres de esta pasión. Pero no he dicho todo: yo hubiese fracasado sin el episodio crapuloso con que Mondor coronaba su éxtasis. Mientras que el disoluto me daba por el culo, era preciso

1° que su ama de llaves, armada con un inmenso consolador, le devolviese el mismo servicio;

2° que una de las muchachas, arrodillada debajo de mí, hiciese mucho ruido en mi coño excitándolo con su lengua;

3° que se ofreciese a cada una de mis manos un hermoso culo;

4° y por último, que las dos muchachas que estaban a horcajadas, la primera sobre mi espalda, y la segunda sobre la espalda de ésta, cagasen las dos al tiempo e inundasen de mierda, la una la boca del disoluto, la otra su frente.

Pero cada una, alternativamente, cumplía estos dos últimos papeles: todas cagaron, incluso la vieja; todas me excitaron; todas sodomizaron a Mondor, quien, cediendo a las titilaciones de placer con que lo embriagábamos, lanza por fin hasta el fondo de mi ano los deplorables chorros de su claudicante lujuria.

-¡Qué, señora! -dice el caballero, interrumpiendo en este punto a Juliette- ¡Qué!, ¿también cagó la vieja?

-Claro -respondió nuestra historiadora-; no concibo que con vuestra cabeza, caballero, podáis asombraros de esto; cuanto más arrugada está una mujer, mejor hace esta operación; las sales son más ácidas, los olores más fuertes... En general, nos engañamos sobre las exhalaciones emanadas del *caput mortuum* de nuestras digestiones; no tienen nada de malsano, son muy agradables... No hay nada a lo que uno se acostumbre tan fácilmente como a respirar una mierda; comerla es delicioso, tiene absolutamente el mismo sabor que la aceituna. Estoy de acuerdo en que hay que forzar un poco la imaginación; pero cuando se consigue, os aseguró que este episodio se convierte en un acto de libertinaje muy sensual.

-Pues lo ensayaré antes de que sea demasiado tarde, os lo juro, señora -dice el caballero, manoseando con gusto un miembro excitado horriblemente por la idea de que se hablaba.

-Cuando queráis -dice Juliette- me ofrezco a satisfaceros... En este mismo momento, si lo deseáis; vos tenéis el deseo, yo la necesidad.

Y el caballero, tomando a Juliette la palabra, pasó con ella a un cuarto vecino, del que no salieron hasta después de una media hora larga, empleada sin duda por el caballero en los más voluptuosas pruebas de esta pasión, y por el marqués en algunas vejaciones sobre las nalgas mancilladas de la desgraciada Justine.

-¡Es realmente delicioso! -dice el caballero a su vuelta.

-¿Has comido? -dice el marqués.

-Absolutamente todo...

-Estoy asombrado de que no conocieses eso: hoy no hay un niño de dieciocho a veinte años que no se lo haya hecho hacer a muchachas. ¡Vamos, Juliette, proseguid! Es muy bonito encender nuestras pasiones, como vos lo hacéis, con interesantes relatos, y apaciguarlos después con vuestras deliciosas complacencias.

-Hermoso ángel -me dice Mondor, arrastrándome con él a su cámara posterior después de despedir a las otras mujeres¯, os queda un último servicio por prestar me, y de él espero mis más divinos placeres. Tenéis que imitar a vuestras compañeras, tenéis que cagar como ellas, y darme en la boca al mismo tiempo la mierda divina de vuestro culo y el semen con que acabo de regarlo.

-Por supuesto, señor, estoy dispuesta a obedeceros -respondí con humildad.

-¡Qué honor!, ¿puedes hacerlo?... Muchacha adorable, ¡este servicio está en tu poder!... ¡Ah!, nunca habré descargado tan bien.

Nada más entrar en el gabinete, había reparado en un paquete sobre el escritorio, bastante voluminoso, que contenía, por lo que yo imaginaba, cosas que podían ser muy útiles para mejorar mi fortuna. En cuanto reparé en él, el primer deseo de mi corazón fue apoderarme de él con habilidad. Pero, ¿cómo hacerlo? Yo estaba desnuda; ¿dónde ocultar este paquete, casi tan gordo como mis dos brazos, aunque bastante corto?

-Señor -digo a Mondor-, ¿no llamáis a nadie para que nos ayude?

-No --dice el financiero-, yo saboreo solo este último goce; pongo en él episodios tan lúbricos, detalles tan voluptuosos...

- ¡Oh!, no importa, no importa, necesitamos a alguien.

-¿Tú crees?, ángel mío.

-Con toda seguridad, señor.

-Pues bien, ve a ver si todas esas mujeres se han marchado; si no, haz venir a la más joven: su culo me ha excitado bien y es la que más deseo de todas.

-Pero, señor, no conozco vuestra casa; por otro lado, el estado en que estoy...

-Voy a llamar.

-No, señor, no quiero aparecer así ante los ojos de vuestros criados.

-Pero si es la vieja la que vendrá.

-En absoluto, está acompañando a las muchachas.

- ¡Oh, cuánto misterio, cuánto tiempo perdido!

Y lanzándose enseguida a las habitaciones que acabábamos de dejar, el imbécil, sin darse cuenta, me deja en medio de sus tesoros. Aquí no estaba reprimida por ningún motivo que, como en casa de Noirceuil, me impidiese entregarme a la gran inclinación que sentía de apoderarme del bien de otro. Así pues, no pierdo ni un minuto: en cuanto el hombre se ha dado la vuelta, salto sobre el paquete y, metiéndolo en el gran moño que cubría mi cabeza, lo oculto, por este engaño, a todos los ojos. Apenas terminé me llama Mondor. Las muchachas no se habían ido todavía; no deseando que entrasen en su gabinete, prefería que la escena tuviese lugar en el mismo sitio que había sido testigo de las primeras. Volvimos a pasar a él; la más joven chupó el miembro del paciente; se llena la boca de esperma mientras yo dejaba en la suya los platos que tanto le complacían. No se dio cuenta de nada; me arreglé; dos coches nos esperaban, y nos separamos del peregrino, después de haber sido pagadas con largueza.

- ¡Oh Dios! -me digo al entrar en casa de Noirceuil, y viendo cómodamente el rollo que había sustraido-, ¡es posible que el cielo favorezca de tal forma mi primer robo!

El paquete contenía unos sesenta mil francos de billetes pagables al portador y sin que se necesitase ninguna firma.

De vuelta a mi casa, vi que, por una increíble fatalidad, me habían robado mientras yo robaba: habían forzado mi secretaire, y cinco o seis luises que habían encontrado dentro de él habían sido la presa del ladrón. Consulto a Noirceuil sobre este hecho y me asegura que sólo puede haber sido cometido por una tal Gode, una muchacha muy bonita de veinte años que Noirceuil había puesto a mi servicio en cuanto entré en su casa, que servía de tercero con mucha frecuencia en nuestros placeres, y a la que, por un capricho propio del libertinaje de su carácter, se había divertido en hacer un hijo con uno de sus jóvenes: estaba embarazada de seis meses.

- ¡Qué!, señor -digo- ¡creéis que es Gode!

-Estoy segura, Juliette, observa su confusión, su embarazo.

Sin escuchar ya más que â mi pérfido egoísmo, y no las resoluciones que había tomado de no vejar ni atormentar nunca a los que me pareciesen tan criminales como yo, me echo a los pies de Noirceuil para suplicarle que haga detener a la culpable.

-Estoy de acuerdo ¯me dice Noirceuil con una flema que hubiese debido iluminarme si mi mente hubiese estado más lúcida-pero no gozarás con su suplicio: embarazada, obtendrá aplazamientos, y durante ese plazo, joven y bonita, la zorra podrá sacar provecho.

- ¡Oh Dios, me sentiría desolada entonces!

-Sé que querrías verla en la horca; pero eso puede tardar por lo menos tres meses. Escucha, Juliette, incluso suponiendo que pudieses gozar de tal placer, que se ría muy vivo según la cabeza que te conozco, esta voluptuosidad, en el fondo, no duraría más de un cuarto de hora. Prolonguemos los tormentos de esta desgraciada; hagámosla sufrir toda su vida. No hay nada más fácil: la meteré en un calabozo de Bicétre, donde quizás se pudra durante cincuenta años.

-¡Oh, amigo mío!, ¡qué delicioso proyecto!

-Sólo te pido de tiempo para ejecutarla hasta que acabe el día, para poder actuar y revestir este feliz plan con todos los episodios que pueden darle encanto.

Abrazo a Noirceuil; ordena que dispongan sus caballos, y vuelve dos horas después con la orden necesaria para la realización de nuestro proyecto.

-Ahora, divirtámonos -me dice el traidor-; hagamos una comedia de todo esto. Gode, mi querida Gode -dice a esta pobre muchacha, haciéndola ir a su gabinete conmigo, en cuanto cenamos- conocéis mis sentimientos, se acerca el momento en que quiero darte pruebas de ellos; voy a unir tu suerte a la de aquel que ha dejado en tu seno pruebas de su amor por ti, y os regalo dos mil escudos de renta.

-¡Oh!, señor, ¡cuántos favores!

-No, de ninguna manera, muchacha mía, no me lo agradezcas; te juro que no me debes ningún agradecimiento: en todo esto sólo halago a mis gustos. Ya estás segura, al menos en este momento, por las precauciones que acabo de tomar, de tener pan para el resto de tus días.

Y Gode, lejos de comprender el doble sentido de las pérfidas palabras de Noirceuil, regaba con las lágrimas de su alegría las manos de su pretendido benefactor.

-Vamos, Gode -prosiguió mi amante-, un poco de complacencia por última vez; aunque no me gustan las mujeres embarazadas, déjame sodomizarte mientras beso las nalgas de Juliette.

Se dispone todo; nunca había visto a Noirceuil tan apasionado.

- ¡Cómo aumenta la voluptuosidad la idea de un crimen! -le digo por lo bajo.

-De forma asombrosa -me respondió Noirceuil-; ¿pero dónde estaría el crimen si te hubiese robado realmente?

-Tienes razón, amigo mío.

-¡Y bien!, consuélate, Juliette, consuélate, es un crimen en toda su extensión; porque el único culpable de toda esta aventura soy yo: esta desgraciada es tan inocente como tú.

Y mientras tanto la sodomizaba, besando mi boca y golpeando mi trasero. Confieso que este culmen de criminalidad me hizo descargar enseguida y cogiendo la mano de mi amante y llevándola hasta mi clítoris, le pedí que juzgase, por el flujo que cubría sus dedos al retirar la mano, el poderoso efecto de su infamia sobre mi corazón. Me siguió enseguida, dos o tres sacudidas, acompañadas de horribles blasfemias, me anuncian su delirio... Pero apenas si está su miembro fuera del culo, cuando un criado, golpeando la puerta suavemente, le previene de que el comisario, al que ha denunciado el hecho, pide permiso para ejecutar la orden de que es portador.

- ¡Ah!, bien, bien; que espere ahí -dice Noirceuil-, voy a entregarle su víctima... Vamos, Gode, arréglate, ahí está vuestro marido que viene a buscaros para conduciros él mismo a la casa de campo que os regalo para vuestra vida.

Gode seda prisa; Noirceuil la empuja fuera. ¡Dioses!, ¡cuál no sería su terror al ver al hombre negro y su séquito, sintiéndose coger como una criminal, escuchando sobre todo (parece que era lo que más le importaba) a todos los criados de la casa, prevenidos, gritar:

¯¡No la soltéis, Sr. Comisario!, con toda seguridad que fue ella la que forzó el escritorio de la señorita y la que, con su conducta espantosa, hizo recaer las sospechas sobre nosotros...

-¡Yo, forzar el escritorio de la señorita! -exclamó Gode desmayándose-; ¡Oh Dios, soy incapaz!

El comisario quiso suspender la detención, pero Noirceuil ordenó que se prosiguiese con la operación sin ninguna consideración, y la desgraciada es llevada y echada en los calabozos más malsanos de Bicétre; allí tuvo, al llegar, un falso alumbramiento que casi le costó la vida. Respira todavía: como véis, hace muchos años que llora el haber irritado los deseos de Noirceuil, que nunca pasa más de seis meses sin ir a gozar de sus lágrimas, y apretar, sus cadenas tanto como puede, con nuevas recomendaciones.

-Y bien -me dice Noirceuil, en cuanto Gode desapareció, devolviéndome el doble de dinero que me había quitado-, ¿no vale esto cien veces más así que si hubiese sido entregada a la corte de una justicia insegura y compasiva? No hubiésemos sido los dueños de su suerte; ahora lo somos para siempre.

- ¡Oh Noirceuil!, ¡qué pérfido eres, y cuántos goces acabas de darte!

-Sí -me respondió mi amante-, yo sabía que el comisario estaba en la puerta; y descargaba deliciosamente en el culo de la presa que iba a entregarle.

-¡Oh amigo mío, sois un gran criminal!, pero, ¿por qué tenía que gozar yo el mayor placer en la infamia que vos habéis cometido?

-Precisamente porque era tal -me respondió Noirceuil- y no hay ninguna que no dé placer. El crimen es el alma de la lubricidad; sin él nada es real: por tanto hay pasiones que ahogan el humanismo.

-Si es así, ¿no es fruto de la naturaleza ese fastidioso humanismo del que constantemente nos hablan los moralistas?, ¿o hay momentos en los que esta naturaleza inconsecuente apaga con una voz lo que aconseja con otra?

-¡Y!, Juliette, conócela mejor, a esa naturaleza complaciente y dulce; nunca nos aconseja aliviar a los otros más que por interés o por temor: por temor, por que tememos los males que nuestra debilidad alivia; por interés, con la esperanza del provecho o del goce que espera nuestro orgullo.

Pero en cuanto se hace oír una voz más imperiosa, el resto se calla: el egoísmo recupera sus derechos sagrados; nos reímos del tormento de los otros. ¿Y qué ten dría en común con nosotros este tormento? Nunca lo sentimos más que por el terror de una suerte igual; ahora bien, si la piedad nace del terror, es una debilidad de la que debemos abstenernos, purgarnos lo antes posible.

-Esto -digo a Noirceuil- exige un desarrollo mayor. Me habéis demostrado la nada de la virtud: os ruego que me expliquéis lo que es el crimen: porque, si, por un lado, aniquiláis lo que sería preciso que respetase, y por otro, disminuís lo que debo temer, pondréis con toda seguridad mi alma en el estado en que la deseo para en adelante atreverme a todo sin miedo.

-Siéntate, Juliette -me dice Noirceuil-, esto exige una explicación seria, y, para que puedas comprenderme, necesito que me prestes toda tu atención.

Se llama crimen a toda contravención formal, sea fortuita, sea premeditada, de lo que los hombres llaman leyes; por lo que puedes ver que estamos una vez más ante una palabra arbitraria e insignificante; porque las leyes dependen de las costumbres, de los climas; varían de doscientas leguas a doscientas leguas, de manera que con un vapor o un coche de caballos, puedo encontrarme, por la misma acción, culpable de muerte el domingo por la mañana en París, y digno de alabanzas el sábado de la misma semana en las fronteras de Asia o en las costas de Africa. Este completo absurdo ha llevado al filósofo a los principios siguientes:

1° Que todas nuestras acciones son indiferentes en sí mismas; que no son ni buenas ni malas, y que si algunas veces los hombres las califican de esa forma, es únicamente en razón de las leyes que adoptan, o del gobierno bajo el que viven, pero que si tenemos en cuenta únicamente a la naturaleza, todas nuestras acciones son perfectamente iguales entre, si.

2° Que si dentro de nosotros mismos sentimos un murmullo involuntario que lucha contra las malas acciones proyectadas por nosotros, esta voz es únicamente el efecto de nuestros prejuicios o de nuestra educación, y sería muy diferente si hubiésemos nacido en otro clima.

3° Que si, al cambiar de país, no llegamos a perder esta inspiración, esto no probaría su bondad, sino solamente que las primeras impresiones recibidas se borran difícilmente.

4° Por último, q[u]e el remordimiento es la misma cosa, es decir, el puro y: simple efecto de las primeras impresiones recibidas, que sólo puede ser destruido por la costumbre y que hay que esforzarse en vencer.

Y efectivamente, para juzgar si una cosa es verdaderamente criminal o no, hay que examinar qué daño puede causar a la naturaleza; porque sólo se puede calificar con razón de crimen, lo que ultraje verdaderamente sus leyes. Por consiguiente, es preciso que este crimen cause un horror igual en todos los pueblos de la tierra, que la execración que inspire se encuentre grabada de una forma tan generalizada en ellos como el deseo de satisfacer sus necesidades; ahora bien no existe ni una sola acción de este tipo: aquélla que nos parece la más atroz y la más execrable ha encontrado altares en otra parte.

Así pues, el crimen no es real; no hay ningún crimen verdadero, ninguna manera de ultrajar a una naturaleza siempre en acción... siempre demasiado por encima de nosotros para que temamos cualquier cosa que se haga. No hay ninguna acción, por espantosa, por atroz, por infame que te la puedas imaginar, que no podamos cometer con total indiferencia, todas las veces que deseamos; ¿qué digo?, que tendremos razón en cometer, ya que es la naturaleza la que nos la inspira; porque nuestros hábitos, nuestras religiones, nuestras costumbres, pueden fácilmente, e incluso deben necesariamente, engañarnos, mientras que la voz de la naturaleza no nos engañará nunca. Sus leyes se sostienen gracias a una mezcla absolutamente igual de lo que llamamos crimen y virtud; renace mediante destrucciones, subsiste mediante crímenes; en una palabra, vive gracias a la muerte. Un universo totalmente virtuoso no podría subsistir ni un minuto; la sabia mano de la naturaleza hace nacer el orden del desorden, y, sin desorden, no llegaría a nada: éste es el equilibrio profundo que mantiene el curso de los astros, que los suspende en las inmensas llanuras del espacio, que los hace moverse periódicamente. Sólo a fuerza de mal consigue hacer el bien; sólo a fuerza de crímenes existe, y todo sería destruido si la virtud fuese la única que habitase en la tierra. Ahora bien, yo os pregunto, Juliette, desde el momento en que e' mal es útil a los grandes designios de la naturaleza, desde el momento en que no puede llegar a nada sin él, ¿cómo podría no ser útil a la naturaleza el hombre que hace el mal? ¿Y quién puede dudar de que el criminal no sea un ser que ella haya formado así para cumplir sus deseos? ¿Por qué no queremos que haya hecho entre los hombres lo que ha hecho entre los animales? ¿Acaso no se devoran mutuamente todas las clases, y acaso no se debilitan sobre la tierra, en razón del estado en que es necesario que se mantengan las leyes de la naturaleza? ¿Quién duda de que la acción de Nerón envenando a Agripina, no es uno de los efectos de esas mismas leyes, tan constante como el del lobo que devora al cordero?, ¿quién duda de que las proscripciones de Mario y de Sila no son algo distinto a la peste y al hambre que ella envía algunas veces sobre la tierra? Sé muy bien que ella no asigna a los hombres preferentemente tal o cual crimen, sino que los crea todos, con una cierta propensión a tal tipo de crímenes; y de la unión de todas las fechorías, del conjunto de todas estas destrucciones legales o ilegales, ella recoge el desorden y el debilitamiento que necesita para encontrar el orden y el fortalecimiento. ¿Para qué nos habría dado los venenos si no hubiese querido que el hombre se sirviese de ellos? ¿Por qué hubiese hecho nacer a Tiberio, Heliogábalo, Andrónico, Herodes, Venceslas, y todos los otros libertinos o héroes (que son sinónimos) que asolaron la tierra, si las destrucciones de estos hombres sangrientos no cumplían sus deseos? ¿Por qué, junto a estos hombres, enviaría pestes, guerras, hambres, si no hubiese sido esencial que ella destruyese, y si el crimen y la destrucción no estuviesen esencialmente en sus leyes? Por lo tanto, si es esencial que la naturaleza destruya ¿por qué tendría que resistirse a sus inclinaciones el que se sienta nacido para destruir? ¿Acaso no habría que decir que, si es preciso que haya un mal sobre la tierra, éste debe ser el que se hace al resistirse a los deseos de la na-

turaleza sobre nosotros? Para que el crimen, que no ofende y que no puede ofender más que a nuestros semejantes, pudiese irritar a la naturaleza, habría que suponer que ella se toma más interés por unos seres que por otros, y que, aunque todos estemos formados igualmente por sus manos, no todos somos igualmente hijos suyos. Pero si todos nos parecemos, casi a la fuerza, si no se ha tomado más trabajo en formar a un emperador que a un sabio, todas estas diferentes acciones son sólo accidentes necesarios del primer impulso, que deben cumplirse necesariamente, al estar formados de la forma en que ha querido construirnos. Cuando a continuación vemos que ha establecido diferencias físicas en nuestros individuos, que ha creado a unos débiles, a otros fuertes, ¿no es evidente que ha acabado de indicarnos, mediante este proceder, que era la mano del fuerte la que debía realizar los crímenes que ella necesitaba, de igual modo que la esencia del lobo debe ser comerse al cordero, y la del ratón ser devorado por el gato?

Los Celtas, nuestros primeros antepasados, tenían pues mucha razón cuando pretendían que el mejor y el más santo de los derechos era el del más fuerte... que era el de la naturaleza, y que, cuando ella había querido asignarnos esta parte de fuerza superior a la de nuestros semejantes, no lo había hecho más que para enseñarnos mejor el derecho que sobre ellos nos daba... Por lo tanto, no se equivocan estos pueblos, de los que descendemos, cuando pretendían que este derecho no sólo era sagrado, sino además que la misma intención de la naturaleza, al dárnoslo, era que nos aprovechásemos de él; que era preciso, para cumplir sus deseos, que el más fuerte despojase al más débil, y que éste abandonase de buena gana lo que no estaba en condiciones de defender. Si las cosas han cambiado físicamente, moralmente siguen siendo las mismas. El hombre opulento representa al más fuerte en la sociedad; ha comprado todos sus derechos; debe gozar de ellos, y, en tanto le sea posible, doblegar para conseguirlo a su capricho a la otra clase de hombres inferior a él, sin ofender en nada a la naturaleza, ya que no hace más que usar el derecho que ha recibido de ella, bien material, bien convencionalmente. ¡Y!, si la naturaleza hubiese querido impedirnos que cometiésemos crímenes, si fuese cierto que los crímenes la irritan, habría sabido muy bien quitarnos los medios de cometerlos. Cuando los deja a nuestra disposición es que no la ultrajan, es que le son indiferentes o necesarios: indiferentes si son pequeños; siempre útiles si son capitales; pues es exactamente igual que yo sustraiga la fortuna de mi vecino, que viole a su hijo, a su mujer o su hermana: todo esto son delitos, tienen demasiada poca importancia para que puedan serle de una utilidad mayor; pero le es muy necesario que mate a su hijo, a su mujer o su hermana, cuando me lo indica. Y he aquí por qué las inclinaciones... los deseos que sentimos por los grandes crímenes son siempre más violentos que los que sentimos por los pequeños, y por lo que los placeres que nos dan tienen una sal mil veces más excitante. ¿Habría puesto placer de esta forma, por gradación, en todos los crímenes, si el crimen no le fuese necesario? ¿Acaso no nos indica, por medio de este atractivo puesto con coquetería por su mano, que su intención es que sigamos la pendiente a la que nos arrastra? Esos cosquilleos indecibles que sentimos maquinando un crimen; esa embriaguez en la que estamos cuando nos entregamos a él; esa alegría secreta que viene a deleitarnos todavía cuando ha acabado: ¿no nos prueba todo esto que, puesto que ella ha dado atractivo al delito, es que quiere que lo cometamos; y que, puesto que ha doblado ese atractivo en razón de la enormidad, es que la mala acción de la destrucción, considerada convencionalmente como la más atroz, es sin embargo la que más le complace? (18). Porque, bien sea que el crimen proceda de la venganza, bien sea porque provenga de la ambición o de la lubricidad, si

examinamos bien, veremos que este atractivo del que hablo acompaña siempre a la fechoría en razón de su violencia o su atrocidad; y cuando la destrucción de nuestros semejantes se convierte en el efecto de la causa, entonces el atractivo ya no tiene límites, porque con esta destrucción necesaria sus leyes ganan más.

(18) Amable La Mettrie, profundo Helvecio, prudente y sabio Montesquieu, ¿por qué si estabais tan infundidos de esta verdad no habéis hecho más que indicarla en vuestros libros divinos? ¡Oh siglo de la ignorancia y de la tiranía, cuántas faltas habéis cometido contra los conocimientos humanos, y en qué esclavitud mantenéis a los mayores genios del universo! Por consiguiente, atrevámonos hoy a hablar, puesto que podemos; y ya que debemos a los hombres la verdad, atrevámonos a desvelarla toda entera.

-¡Oh Noirceuil! -interrumpí en un estado de delirio inexpresable- es cierto que he tenido el mayor placer en la acción que acabamos de hacer, pero hubiese tenido diez veces más en verla ahorcada...

-Entonces, criminal, di que en haberla colgado tú misma...

-¡Oh!, ¡sí, sí, Noirceuil! Lo confieso: descargo con sólo pensarlo.

-Y todos estos placeres se redoblaban porque era inocente, ¿no es así Juliette?; sin eso, la acción que hemos cometido habría sido útil a las leyes: toda la delicia del atractivo del mal habría desaparecido. ¡Ah! -prosiguió Noirceuil-, ¿nos habría dado nuestras pasiones la naturaleza, si no hubiese sabido que el resultado de estas pasiones cumpliría sus leyes? El hombre lo ha adivinado tan bien, que ha querido por su parte hacer algo para reprimir esta fuerza invencible que, al llevarlo al crimen, no le dejaría subsistir un solo momento; pero ha hecho algo injusto, porque las leyes le quitan infinitamente más de lo que le dan; y por un poco que le aseguran, le quitan asombrosamente. Pero estas leyes, que sólo son obra de los hombres, no deben obtener ninguna consideración del filósofo; no deben detener nunca los movimientos que le inspira la naturaleza; no están hechas más que para darle misterio: dejémoslas servir de refugio, nunca de freno.

-Pero, amigo mío -digo a Noirceuil-, si los otros hiciesen otro tanto no habría ya refugio.

-Sea -respondió mi amante-, en este caso, volveríamos al estado de incivilización en que nos creó la naturaleza, que no es nada desgraciado. Entonces, le corresponderá al débil protegerse de una fuerza y una guerra abiertas; al menos verá todo lo que tiene que temer, y será más feliz, porque ahora tiene que sostener esta misma guerra, pero le es imposible hacer valer, para defenderse, lo poco que ha recibido de la naturaleza. Todos los Estados ganarían con este cambio, está bien probado, y las leyes ya no serían necesarias. Pero volvamos (19).

(19) No hay nada tan divertido como la multiplicidad de las leyes que el hombre dicta todos los días para hacerse feliz, mientras que no hay una de estas leyes que no le quite, al contrario, una parte de su felicidad. ¿Y por qué todas estas leyes? ¡Y!, ciertamente, es preciso que los bribones se inflen, y que los imbéciles sean subyugados. En una palabra, éste es todo el secreto de la civilización de los hombres.

Uno de nuestros más grandes prejuicios, sobre las materias que tratamos, nace de la especie de lazo de unión que gratuitamente suponemos que existe entre otro hombre y no-

sotros; lazo quimérico... absurdo, con el que hemos formado esta especie de fraternidad santificada por la religión. Quiero echar alguna luz sobre este tema capital, porque siempre he visto que la idea de este vínculo fantástico impedía y cautivaba las pasiones infinitamente más de lo que se piensa; y en razón del peso que tiene sobre la razón humana, quiero romperlo ante tus ojos.

Todas las criaturas nacen aisladas y sin ninguna necesidad unas de otras: dejad a los hombres en el estado natural, no los civilicéis, y cada uno encontrará su alimento, su subsistencia, sin necesitara su semejante. Los fuertes proveerán a su vida sin necesidad de asistencia; quizás sean los débiles los únicos que tendrán tal necesidad; pero estos débiles nos han sido sometidos por la mano de la naturaleza; nos los da, nos los sacrifica: su condición nos lo prueba; por lo tanto, el más fuerte podrá servirse del débil, en la medida que pueda. Pero es falso que haya un solo caso en el que deba ayudarlo, porque si lo ayuda, hace algo contrario a la naturaleza; si goza de este débil, si lo somete a sus caprichos, si lo tiraniza, lo veja, se divierte con él, lo pasa bien o lo destruye, sirve a la naturaleza; pero, vuelvo a repetirlo, si, por el contrario, lo ayuda, si lo hace igual a él prestándole una parte de sus fuerzas o cediéndole una parte de su autoridad, entonces destruye el orden de--la. naturaleza, pervierte la ley general: de donde resulta que la piedad, lejos de ser una virtud, se convierte en un vicio real, desde el momento en que nos lleva a turbar una desigualdad exigida por las leyes de la naturaleza; y que los filósofos antiguos no se equivocaban cuando la miraban como una debilidad del alma, como una de esas enfermedades de las que hay que curarse con rapidez, porque veían en ella los efectos diametralmente opuestos a las leyes de la naturaleza, cuyas primeras bases son las diferencias y las desigualdades (20). Así pues, el pretendido hilo de fraternidad no puede haber sido imaginado más que por el débil; porque no es natural que el más fuerte, que no necesita nada, haya podido darle existencia: para someter al débil, sólo necesita su fuerza, pero de ninguna manera ese hilo que, desde ese momento, sólo puede ser obra del débil, y que no se basa más que en un razonamiento tan fútil como lo sería el del cordero al lobo: *No debéis comerme, porque tengo cuatro pies cómo vos.*

El débil, al establecer la existencia del hilo de fraternidad, tenía motivos de egoísmo demasiado evidentes como para que el pacto establecido por este vínculo pueda tener algo de respetable. Por otra parte, un pacto cualquiera no adquiere fuerza más que en la medida que tiene la sanción de los dos partidos; ahora bien, éste pudo ser propuesto por el débil, pero es cierto que el fuerte nunca lo aceptó: ¿de qué le habría servido? Cuando se da es para recibir; esta es la ley de la naturaleza: ahora bien, ¿qué ganaba el fuerte con dar ayuda al débil, despojándose a sí mismo de una parte de su fuerza para revestirlo con ella? ¿Y cómo pensar que es real, entre los dos hombres, la existencia de un pacto, cuando una de las partes tiene el mayor interés en no consentirlo? Por último, porque el fuerte se privaba y no ganaba nada si lo aceptaba; por consiguiente, no ha sancionado este acto: desde este momento, el pacto es ideal y no merece ningún respeto. Podemos rechazar sin temor un arreglo propuesto por nuestros inferiores del que sólo obtendríamos pérdidas.

(20) Aristóteles, en su Arte poética, quiere que el objetivo y el trabajo del poeta sean curarnos del temor y de la piedad, que él considera como la fuente de todos los males del hombre; incluso podría añadirse que de todos sus vicios.

Nada hay más sencillo que la religión de ese tunante de Jesús, débil, lánguida; perseguida, especialmente interesada en dominar a los tiranos y en reducirlos a principios de

fraternidad que le aseguraban el descanso, haya sancionado estos ridículos vínculos: desempeña aquí el papel del débil; lo representa, debe hablar como él; nada de esto debe sorprendernos. Pero que aquel que no es ni débil ni cristiano se someta a semejantes cadenas, a lazos que le quitan y no le dan nada esto es lo imposible; y de estos razonamientos debemos concluir que el hilo de la fraternidad no solamente nunca ha tenido ni podido tener existencia entre los hombres, sino que incluso va contra la naturaleza, cuyas intenciones nunca pudieron ser que el hombre igualara lo que ella diferenciaba con tanta fuerza. Debemos estar convencidos de que este vínculo pudo ser propuesto por el débil, pudo ser sancionado por él cuando por azar se encontró en sus manos la autoridad sacerdotal, pero que su existencia es frívola, y que de ninguna manera debemos someternos a él.

-Así pues, ¿es falso que los hombres sean hermanos? -interrumpí vivamente-. Así pues, ¿no hay ningún tipo de vínculo real entre otro ser y yo, y la única manera en que debo actuar con este individuo es sacar de él todo lo que pueda, dándole lo menos posible?

-No hay ninguna duda -me respondió Noirceuil-; porque se pierde con él lo que se le da, y se gana lo que se le quita. Por otra parte, la primera ley que encuentro escrita en el fondo de mi alma, no es amar, ni mucho menos aliviar a estos pretendidos hermanos, sino hacerles que sirvan a mis pasiones. De acuerdo con esto, si el dinero, si el goce, si la vida de esos pretendidos hermanos es útil a mi bienestar o a mi existencia, me apoderaré de todo ello a mano armada, si soy el más fuerte, tácitamente si soy el más débil. Si me veo obligado a comprar una parte de esas cosas, trataré de obtenerlas dando lo menos posible; las arrancaré, si puedo, sin devolver nada; porque, una vez más, ese prójimo no significa nada para mí, no existe la menor relación entre él y yo, y si yo establezco esa relación es con vistas a conseguir de él, con habilidad, lo que no puedo obtener por la fuerza; pero si pudiese lograrlo con la violencia, no utilizaré ningún otro artificio, porque las relaciones son nulas, y porque al no servirme ya para nada, no necesito emplearlas.

¡Oh Juliette!, aprende a cerrar tu corazón a los falaces acentos del infortunio. Si el pan que come ese desgraciado está regado con sus lágrimas, si el trabajo peno so de una jornada apenas es suficiente para permitirle proporcionar por la noche a su triste familia el débil sostén de sus días, si los impuestos que está obligado a pagar vienen a absorber todavía más la mejor parte de sus escasos ahorros, si sus hijos, desnudos y sin educación, van a disputar al bosque el más vil alimento a la bestia salvaje, si el mismo seno de su compañera, seco por la necesidad, no puede dar a su recién nacido esa primera parte de subsistencia capaz de darle la fuerza de ir, para procurarse otro, a compartir la de los lobos, si, doblegado bajo el peso de los años, de los males y las penas, ve siempre, curvado bajo la mano de la desgracia, llegar con pasos lentos el fin de su carrera, sin que el astro de los cielos se haya levantado por un solo instante puro y sereno sobre su cabeza abatida, nada más sencillo, nada más natural, no hay nada que no cumpla el orden y la ley de esta madre común que nos gobierna a todos, y tú has encontrado a este hombre desgraciado sólo por la comparación que has hecho contigo; pero en el fondo no lo es. Si te ha dicho que se creía desgraciado, era, igualmente, a causa de la comparación que hacía en ese momento entre él y tú no lo oirás quejarse cuando se junte con sus iguales. Bajo el régimen feudal, tratado como la bestia feroz, sometido y golpeado como ella, vendido como el suelo que pisaba, ¿no era digno de compasión? Lejos de sentir piedad de sus males, lejos de suavizar sus desgracias y de ocuparte ridículamente de él, no veas en él más que un ser que la naturaleza te ofrece para que goces de él a tu antojo, y, lejos de secar

sus lágrimas, hazlas brotar como una fuente, si eso te divierte. Estos son los seres que la mano de la naturaleza ofrece a la hoz de tus pasiones; imita a la araña, tiende tus hilos, y devora sin piedad todo lo que te eche la mano sabia de la naturaleza.

-Amigo mío -exclamé apretando a Noirceuil en mis brazos-, ¡cuánto os debo por disipar de esta forma en mí las terribles tinieblas de la infancia y el prejuicio! Vuestras sublimes lecciones son para mi corazón como el rocío benefactor para las plantas secadas por el sol. ¡Oh luz de mi vida, ya no veo, ya no oigo más que por vos! Pero anulando ante mis ojos el peligro del crimen, me dais el ardiente deseo de precipitarme en él: ¿me guiaréis en este camino delicioso?, ¿llevaréis delante de mí la llama de la filosofía? Quizás me abandonaréis después de haberme perdido, y, sola para poner en práctica unos principios tan duros como los que me hacéis tan queridos, entregada a todo el peligro de estas máximas, ya no tendré, en medio de las dificultades con que están sembrados, ni vuestro crédito para sostenerme, ni vuestros consejos para dirigirme.

-Juliette me respondió Noirceuil-, lo que tú dices demuestra debilidad... exige sensibilidad, y es preciso ser fuerte y dura cuando se decide ser malvada. Tú no serás nunca la presa de mis pasiones; pero nunca te serviré tampoco ni de relación ni de protector: hay que aprender a andar y a sostenerse solo en el camino que elijas; hay que librarse solo de los escollos de que está lleno, familiarizarse con su vista, e incluso con la destrucción del navío que viene a estrellarse contra ellos. La peor consecuencia de todo esto, Juliette, es la horca y, en realidad, es muy poca cosa: desde el momento en que está decidido que debemos morir un día, ¿no es igual ahí que en nuestra cama? ¿Hay que confesarlo, Juliette? Es evidente que el primero, cuestión sólo de un minuto, me asusta infinitamente menos que el otro, cuyos detalles pueden ser horribles; en cuanto a la vergüenza, significa realmente tan poco para mí, que no pongo nada en su balanza. Por consiguiente, tranquilízate, hija mía, y vuela con tus propias alas: siempre correrás menos peligros.

¯¡Ah Noirceuil!, ¡no queréis abandonar vuestros principios ni siquiera por mí!

-No hay ningún ser en la naturaleza en favor del cual pueda renunciar a ellos. Prosigamos; debo apoyar mi exposición sobre la nada de los crímenes con algunos ejemplos, puesto que es la mejor forma de convencer. Echemos una ojeada rápida sobre el universo, y veamos cómo todo lo que llamamos crimen se erige en virtud de una punta a otra del universo...

Nosotros no nos atrevemos a casarnos con dos hermanas: los salvajes de la bahía de Hudson no conocen otros vínculos. Jacob se casó con Raquel y Lía.

Nosotros no nos atrevemos a fornicar a nuestros propios hijos, aunque sea el más delicioso de los goces: no existe otra forma en Persia y en tres cuartas partes de Asia. Lot se acostó con sus hijas y embarazó a ambas.

Consideramos un gran mal la prostitución de nuestras propias esposas: en Tartaria, en Laponia, en América es una cortesía, un honor prostituir a su mujer con un extranjero; los ilirianos las llevan a reuniones de libertinaje y las obligan a entregarse al recién llegado delante de ellos.

Creemos que ultrajamos el pudor ofreciéndonos desnudos a las miradas de unos y otros: casi todos los pueblos del Mediodía van así sin preocupación alguna; las antiguas fiestas de Príapo y de Baco se celebraban de esta manera; con una ley, Licurgo obligó a las mu-

chachas a presentarse desnudas en los teatros públicos; los toscanos, los romanos, se hacían servir la mesa por mujeres desnudas. Hay una comarca en la India donde las mujeres honradas van igual; sólo las cortesanas van vestidas para excitar mejor la concupiscencia: ¿no es esto absolutamente contrario a nuestras ideas sobre el pudor?

Nuestros generales prohiben la violación después del asalto a una fortaleza: los griegos lo concedían como recompensa. Después de la toma de Carbines, los tarentinos juntaron a los muchachos, las vírgenes y las mujeres jóvenes que encontraron en la ciudad; los expusieron desnudos en la plaza pública, y cada uno eligió lo que le convenía, para fornicarlo y matarlo.

Los indios del monte Cáucaso viven como brutos, se mezclan indistintamente. Las mujeres de a isla de Hornos se prostituyen públicamente a los hombres, justo bajo el templo de su dios.

Los escitas y los tártaros reverenciaban a los hombres que quedaban impotentes en la flor de la edad debido a los excesos libertinos.

Horacio nos representa a los bretones, los ingleses de hoy, como muy libertinos con los extranjeros. Asegura que estos pueblos no tenían ningún pudor natural; vivían entremezclados y en común: hermanos, padres, madres, hijos, satisfacían por igual las necesidades de la naturaleza, y lo que salía de esto pertenecía al que se había acostado con la madre cuando todavía era virgen. Estos pueblos se alimentaban de carne humana (21).

Los Otaitianos satisfacen públicamente sus deseos: se sonrojarían si se ocultasen para eso. Los europeos les hicieron ver sus ceremonias religiosas consistentes en la celebración de esa ridícula hipocresía que llaman misa. A su vez pidieron el permiso de hacerles ver las suyas: era la violación de una niña de diez años por un muchacho de veinticinco. ¡Qué diferencia!

La disolución misma es inciensada: se elevan templos a Príapo; en un principio, Venus fue adorada como la diosa de la propagación, a continuación como la de las lujurias más depravadas, su culo recibe incienso, y la que sólo debía ser el ídolo de la procreación se convierte pronto en la diosa de los mayores ultrajes que puede hacer el hombre a la generación. Era natural que el acto de la procreación se convirtiese en vicioso. Este culto, olvidado con el paganismo, resurge con los indios, y el *lingam,* especie de miembro viril que las muchachas de Asia llevan en el cuello, no es otra cosa que un objeto utilizado en los templos de Príapo.

(21) Sin duda, el mejor de todos los alimentos para obtener abundancia y espesor en la materia seminal. No hay nada tan absurdo como nuestra repugnancia a este respecto; un poco de experiencia la vencerá pronto: una vez que se ha probado esta carne, se hace imposible querer otras. (Véase Paw sobre este tema, *Investigaciones sobre los indios, egipcios, americanos,* etc. etc.)

Un extranjero que llegue al Pegu alquila a una muchacha para el tiempo que debe pasar en el país; hace con ella todo lo que quiere; vuelve a continuación con su familia, y no por esto deja de encontrar marido.

La misma indecencia puede llegar a ser una moda: en Francia se tuvo la costumbre, durante mucho tiempo, de realzar las partes naturales del hombre en el pantalón.

Respecto a la prostitución de sus hermanas o de sus hijas, habitual en casi todos los pueblos del norte, no me asombra: el que se conduce de esta forma espera o favores de aquel al que se prostituye, o al menos verlo actuar, y esta lubricidad es lo suficientemente deliciosa como para ser buscada de un modo especial. Hay otro sentimiento muy delicado en estos tipos de prostituciones, y que lleva a muchos hombres a entregar a sus mujeres como yo lo hago: este movimiento consiste en inflamarse con la infamia con la que se cubre uno mismo, y es excesivamente excitante; en este caso, cuanto más se aumentan los efectos de su vergüenza, mejor se goza. Uno quisiera arrastrar al lodo al objeto que se divierte en entregar; se desearía revolcarla en la crápula, en una palabra, hacer lo que yo hago: llevar a su mujer y a su hija al burdel o ponerlas en un rincón de la calle, y sujetarlas uno mismo durante el acto de la prostitución.

¯¿Señor -interrumpí-, vos tenéis una hija?

-Tengo una -respondió Noirceuil.

¯¿De la esposa que yo conozco?

¯No, de mi primera; esta es mi octava, Juliette.

¯¿Y cómo pudisteis hacer un hijo, con los gustos que os conozco?

¯Tuve varios, querida mía. No te asombres de este comportamiento: algunas veces se superan las repugnancias, cuando deben resultar placeres.

- ¡Ah! Señor, creo que os entiendo.

Te explicaré todo esto, ángel mío, pero será preciso que te estime mucho para probarte cuán poco me estimo a m í mismo.

-¡Hombre encantador! -exclamé-. Nunca me seréis más querido que cuando me hayáis convencido de hasta qué punto despreciáis los prejuicios vulgares; y cuantos más crímenes desveléis a mis ojos, más incienso obtendréis de mi corazón. La irregularidad de vuestra cabeza trastorna la mía; sólo aspiro a imitaros.

- ¡Ah, santo Dios! -exclamó Noirceuil, introduciendo su lengua en mi boca-, jamás vi a una criatura más análoga a mí: creo que la adoraría, si pudiese amar a una mujer... Quieres imitarme, Juliette; te desafío a ello; si el interior de mi alma pudiese entreabrirse aterrorizaría de tal forma a los hombres que quizás ni uno sólo se atrevería a acercarse a mí en toda la tierra. He llevado la impudicia, el crimen, el libertinaje y la infamia hasta su último grado; y si siento algún remordimiento, puedo asegurar con toda sinceridad que sólo se debe a la desesperación de no haber cometido bastantes crímenes.

La prodigiosa agitación en la que se encontraba Noirceuil me convenció de que la confesión de sus errores lo calentaba casi tanto como su misma acción. Aparté el ligero vestido que lo envolvía, y, cogiendo su miembro, más duro que una barra de hierro, lo manoseé: destilaba semen.

-¡Cuántos crímenes me cuesta este miembro! -exclamó Noirceuil-. ¡Cuántas execraciones me he permitido para hacerle perder su esperma con un poco más de calor! No existe ningún objeto sobre la tierra que no esté dispuesto a sacrificar: es un dios para mí, que sea el tuyo, Juliette: adoro este miembro déspota, incienso a este dios soberbio. Me gustaría exponerlo a los homenajes del mundo entero; me gustaría que hubiese un hombre en el

mundo que hiciese morir, entre terribles suplicios a todos aquellos que no quisiesen inclinarse ante él... Si fuese rey, Juliette, no tendría mayor placer que el de hacerme seguir por verdugos que masacrasen, al momento, todo lo que encontrasen mis miradas... Caminaría sobre cadáveres, y sería feliz; descargaría en la sangre, cuyos chorros correrían a mis pies.

Embriagada a mi vez, me precipito a los pies de este asombroso libertino; adoro, entusiasmada, el móvil de tantas acciones, cuyas simples confesiones excitan de tal forma al que las ha cometido; lo tomo en mi boca, lo chupo durante un cuarto de hora con delicia...

-No somos suficientes -dice Noirceuil, que gustaba poco de placeres solitarios-. No déjame; quizás te quemaría si aspirases al honor de hacerme descargar tú sola; mis pasiones concentradas sobre un punto único se parecen a los rayos del astro reunidos por el vidrio ardiente: en seguida queman el objeto que se encuentra bajo su foco.

Y Noirceuil, espumeante, comprimía con fuerza mis nalgas.

Este fue el momento en que uno de los conductores de Gode vino a darnos noticias de su entrada en Bicétre, y del hijo muerto que había parido al llegar.

-Esto sí que es bueno -dice Noirceuil, despidiendo al hombre con dos luises para una copa-. Me parece ¯añadió en voz baja-, que nunca se pagaría demasiado por el anuncio de tal acontecimiento; al menos tenemos la imagen de un pequeño delito con la broma que nos hemos permitido... ¡Mira, Juliette!... ¡Mira cuán imperioso se pone mi miembro!

Y en ese mismo momento hace venir a su gabinete a su mujer y al joven, padre de la criatura que acaba de destruir; sodomiza a este último mientras le informa de la noticia, y obligando a Mme. de Noirceuil a chupar, de rodillas, el miembro del Ganímedes, mientras entrega mi culo a los besos de este joven, y, cogiendo por debajo los pechos de su mujer, les da tirones hasta el punto de hacerle lanzar gritos de dolor, cuyo efecto es tan poderoso sobre sus órganos, que pierde su semen en ese mismo momento.

- ¡Mira, Juliette! -prosigue, mientras ordena a este joven que le eche en la mano el semen con el que acaba de regarlo, y embadurnando con rudeza el rostro de su mujer¯, ¡mira cuán puro y hermoso es mi esperma! ¿Me equivocaba cuando te hacía adorar el dios cuya sustancia es tan hermosa? Nunca sirvió uno tan burbujeante... tan puro... aquel que los estúpidos presentan como motor del universo. Prosigamos, Juliette dice, despidiendo a todos-, me molesta haberme visto obligado a interrumpirme.

Nosotros castigamos el libertinaje -prosiguió mi maestro-: Plutarco nos enseña que los samniamos se entregaban diariamente, y bajo la vigilancia de las leyes, en un lugar llamado Los *Jardines*, mezclados, a voluptuosidades tan lascivas que es casi imposible imaginárselas. En este feliz lugar, continúa el historiador, las distinciones de sexo y los vínculos sanguíneos desaparecían bajo el encanto del placer: el amigo se convertía en la mujer de su amigo; la hija, la querida de su madre, y, todavía con más frecuencia, los hijos, la ramera de su padre, junto al hermano que sodomizaba a su hermana.

Nosotros estimamos mucho las primicias de una muchacha. Los habitantes de las Filipinas no hacen ningún caso de eso: en estas islas, existen oficiales públicos a los que se paga muy caro por encargarse de desvirgar a las muchachas la víspera de su matrimonio.

El adulterio estaba públicamente autorizado en Esparta.

Nosotros despreciamos a las muchachas que se prostituyen: por el contrario, las lidias eran estimadas solamente en razón del número de sus amantes; el fruto de su prostitución era su única dote.

Las ciprianas iban a venderse públicamente a todos los extranjeros desembarcados en su isla para enriquecerse.

En un Estado es necesaria la depravación de las costumbres; los romanos se dieron cuenta de eso y establecieron en toda la extensión de su república burdeles de muchachas y muchachos, y teatros donde bailaban las muchachas completamente desnudas.

Las babilonias se prostituían una vez al año, en el templo de Venus; las armenias eran obligadas a consagrar su virginidad a los sacerdotes del Tanais, quienes las sodomizaban primitivamente, y no les concedían el favor de la desfloración más que si habían soportado valientemente los primeros ataques: una defensa, una lágrima, un movimiento, un grito que se les escapase, y eran privadas del honor de las segundas, y ya no encontraban marido.

Los canarios de Goa hacen sufrir a sus hijas otro suplicio: las prostituyen a un ídolo provisto de un miembro de hierro cuyo grosor es desmesurado; las hunden a la fuerza en este terrible consolador, calentado prodigiosamente; éste es cl estado de ensanche en el que la pobre niña va a buscar marido, que no la tomaría sin esta ceremonia.

Los Camaítas, herejes del siglo segundo, pretendían que sólo se llegaba al cielo por la incontinencia; sostenían que cada acto infame tenía un ángel tutelar, y adoraban a este ángel entregándose a increíbles actos de disolución.

Ewen, antiguo rey de Inglaterra, estableció por ley en sus Estados que ninguna muchacha podía casarse sin que hubiese sido desvirgada antes. En toda Escocia y en algunas partes de Francia, los vasallos importantes gozaban de este derecho.

Las mujeres, así como los hombres, llegan a la crueldad por el libertinaje: trescientas mujeres del inca Atabaliba, en Perú, se prostituyeron al momento a los españoles, por su propia voluntad, y los ayudaron a masacrar a sus propios esposos.

La sodomía es general en todo el mundo; no hay un solo pueblo que no se entregue a ella; ni un solo gran hombre que no la haya realizado. El safismo reina igual mente; esta pasión está en la naturaleza como la otra; en el corazón de la joven se forma en la más tierna edad, en la del candor y la inocencia, cuanto todavía no ha recibido ninguna impresión extraña: por consiguiente, es fruto de la naturaleza, está grabada por su mano.

La zoofilia fue universal. Jenofonte nos enseña que, durante la retirada de los Diez Mil, los griegos sólo se servían de cabras. Esta costumbre está todavía muy ex tendida en toda Italia: el carnero es mejor que su hembra; su ano, más estrecho, es más caliente; y este animal, naturalmente lúbrico, se excita a sí mismo en cuanto se da cuenta de que descargan dentro de él: convéncete, Juliette, de que sólo hablo por experiencia.

El pavo es delicioso, pero hay que cortarle el cuello en el momento de la crisis; entonces, el estrechamiento de su agujero os colma de voluptuosidades (22).

Los sibaritas sodomizaban a los perros; las egipcias se prostituían a los cocodrilos, las americanas a los monos. Por último, llegamos a las estatuas: todo el mundo sabe que un paje de Luis XV fue encontrado descargando sobre el trasero de la Venus de las hermosas nalgas. Un griego, que llegaba a Delfos para consultar el oráculo, encontró en el templo a dos genios de mármol, y, durante la noche, rindió homenaje a aquel de los dos que había encontrado más hermoso. Una vez hecha su operación, lo coronó de laurel, como recompensa por los placeres que había recibido de él.

(22) Se encuentran en varios burdeles de París; entonces, la muchacha pasa la cabeza entre las piernas, vosotros tenéis su culo en perspectiva, y ella corta el cuello del animal en el momento de vuestra descarga: quizás pronto veréis esta fantasía en práctica.

Los siameses no sólo creen el suicidio permitido, sino que además piensan que matarse a sí mismo es un sacrificio útil al alma, y que este sacrificio le vale la felicidad en el otro mundo.

En Pegu, se da vueltas y vueltas durante cinco días seguidos, sobre carbones ardiendo, a la mujer que acaba de dar a luz: de esta forma se la purifica.

Los caribes compran niños en el seno mismo de la madre: en cuanto ven la luz, los marcan en el vientre con una pintura vegetal, los desvirgan a los siete u ocho años, y en general los matan después de haberse servido de ellos.

En la isla de Nicaragua,.a un padre le está permitido vender a sus hijos para ser inmolados. Cuando estos pueblos celebran la consagración de la primavera, los riegan de semen, y danzan alrededor de esta doble producción de la naturaleza.

En Brasil, se entrega una mujer a cada prisionero que va a ser inmolado; goza de ella; y la mujer, embarazada frecuentemente de él, ayuda a descuartizarlo y participa en la comida que se hace de su carne.

Antes de estar dominados por los incas, los antiguos habitantes del Perú, es decir, los primeros colonos llegados de Scitia, los primeros que poblaron América, tenían la costumbre de sacrificar a sus hijos a los dioses.

Los pueblos de los alrededores de Río-Real sustituyen la circuncisión de las niñas, ceremonia en uso en varias naciones, por una costumbre muy extraña: en cuanto son núbiles, les introducen en la matriz bastones provistos de hormigas gordas que las pican horriblemente; cambian estos bastones para prolongar el suplicio, que nunca dura menos de tres meses y ,algunas veces mucho más.

San Jerónimo cuenta que, en un viaje que hizo a las Galias, vio a los escoceses comer con fruición las nalgas de los jóvenes pastores y los pechos de las jóvenes. Yo sentiría más confianza por el primer plato que por el segundo, y creo, junto con todos los pueblos antropófagos, que la carne de las mujeres, como la de todas las hembras de animales, debe de ser muy inferior a la del macho.

Los mingrelianos y los georgianos son los pueblos más hermosos de la tierra, y al mismo tiempo los más entregados a todo tipo de lujurias y de crímenes, como si la naturaleza hubiese querido hacernos conocer mediante esto que estos extravíos la ofenden tan poco que quiere adornar con todos sus dones a los que más entregados están a ellos. Entre ellos, el incesto, la violación, el infanticidio, la prostitución, el adulterio, el crimen, el ro-

bo, la sodomía, el safismo, la zoofilia, el incendio, el envenamiento, el rapto, el parricidio, son acciones virtuosas y de las que se vanaglorian. Cuando se reúnen es para hablar entre sí de la inmensidad o de la enormidad de sus fechorías: recuerdos y proyectos de acciones semejantes son objeto de sus más deliciosas conversaciones, y así es como se excitan a cometer otras nuevas.

En el norte de Tartaria hay un pueblo que se construye un nuevo dios todos los días: este dios debe ser el primer objeto que se encuentren al despertarse por la mañana. Si por azar es un mojón de mierda, el mojón se convierte en el ídolo del día; y en la hipótesis de que esto sea así, ¿no vale aquél tanto como el ridículo Dios de harina adorado por los católicos? El uno es ya materia de excrementos, el otro lo será pronto: realmente la diferencia es mínima.

En la provincia de Matomba, encierran en una casa muy oscura a los niños de ambos sexos, cuando alcanzan la edad de doce años; y allí sufren, en estado de inanición, todos los malos tratos que los sacerdotes tengan a bien imponerles, sin que puedan revelar nada, ni quejarse, al salir de estas casas.

En Ceylán, cuando una muchacha se casa, son los hermanos quienes la desvirgan: su marido nunca tiene derecho a eso.

Consideramos la piedad como un sentimiento que nos impulsa a hacer buenas acciones. En Kamtchatka es considerada, con mucha más razón, como una falta: en estos pueblos, sería un pecado capital evitar a alguien el peligro a que lo ha llevado su suerte. Estos pueblos ven a un hombre ahogarse y pasan sin detenerse; se abstendrían de prestarle ninguna ayuda.

Perdonar a sus enemigos es una virtud entre los imbéciles cristianos: en Brasil, es una acción soberbia matarlos y comérselos.

En la Guyana, se expone a una joven a la picadura de las moscas la primera vez que tiene la regla: muere con frecuencia en la operación. El espectador, encantado, pasa entonces todo el día lleno de gozo.

La víspera de la nupcias de una joven, en Brasil, le hacen un gran número de heridas en las nalgas para que su marido, demasiado lanzado ya por la sangre y el clima a ataques antifísicos, renuncie a ellos por las heridas que se le oponen (23).

(23) Hay una gente mal organizada a la que este espectáculo le haría excitarse todavía mejor, y que, al verlo, sólo lamentarían no haber participado ellos mismos.

Los pocos ejemplos que te he dado, Juliette, son suficientes para demostrarte lo que son las virtudes a las que nuestras leyes y nuestras religiones europeas parecen hacer tanto caso, lo que significa ese odioso hilo de fraternidad preconizado por el infame cristianismo. Puedes ver si está o no en el corazón del hombre: ¿serían generales tantas execraciones si la existencia de la virtud, a la que contrarían, tuviese alguna realidad?

No dejaré de decírtelo : el sentimiento de humanidad es quimérico; nunca podrá hacer frente a las pasiones, ni siquiera a las necesidades, puesto que vemos cómo los hombres se devoran mutuamente durante siglos. Así pues, no es más que un sentimiento de debilidad, absolutamente extraño a la naturaleza, hijo del temor y del prejuicio. ¿Puede ocultarse que la naturaleza es la que nos da nuestras pasiones y nuestras necesidades? Sin em-

bargo, las pasiones y las necesidades desconocen la virtud del humanismo; por lo tanto, esta virtud no está en la naturaleza; desde este momento, no es más que un puro efecto del egoísmo, que nos ha llevado a desear la paz con nuestros semejantes con el fin de gozar de ella nosotros mismos. Pero aquel que no teme las represalias no se encadena más que con un gran esfuerzo a un deber respetable únicamente para aquellos que las temen. ¡Y!, no, no, Juliette, no hay una piedad sincera, no hay una piedad que se reduzca a nosotros. Analicemos el momento en que nos sorprendemos sintiendo conmiseración, y veremos que una voz secreta grita en el fondo de nuestros corazones: *Lloras por este desgraciado, porque a tu vez eres desgraciado, y porque temes serlo todavía más.* Ahora bien, ¿qué voz es ésta sino la del temor?, ¿y de dónde nace el temor sino del egoísmo?

Por consiguiente, destruyamos en nosotros este sentimiento pusilánime: sólo puede ser doloroso, ya que es imposible concebirlo más que como una comparación que nos conduce a la desgracia.

En cuanto tu espíritu, querida niña, haya concebido perfectamente la nulidad, digo más, la especie de crimen que habría en admitir la existencia de ese pretendido hilo de fraternidad, exclama con el filósofo: " ¡Y!, ¿por qué dudaré en satisfacerme, cuando la acción que concibo, por mucho daño que haga a mi semejante, puede procurarme a mí el más sensible placer? Porque aun suponiendo por un momento que al cometer esta acción cualquiera cometo una injusticia hacia mi prójimo: sucede que al no hacerla cometo una hacia mí misma. Despojando a mi vecino de su mujer, de su herencia, de su hija, yo puedo, como acabo de decirlo, cometer una injusticia hacia él; pero, privándome de estas cosas que me dan el mayor placer, cometo una hacia mí; ahora bien, entre estas dos injusticias necesarias, ¿seré suficientemente enemigo de mí mismo para no dar la preferencia a aquella de la que puedo obtener unos cosquilleos agradables? Si no actuase así sería por conmiseración. Pero si la admisión de un sentimiento así es capaz de hacerme renunciar a goces que me halagarían tanto, debo utilizar cualquier cosa para curarme de este penoso sentimiento, hacer todo para impedirle que en el futuro tenga ninguna influencia sobre mi alma. Una vez que lo haya logrado (y esto se consigue acostumbrándose gradualmente al espectáculo de los males de otro), ya no me entregaré más que al encanto de satisfacerme; no será contrarrestado con nada, ya no temeré los remordimientos, porque no podrían ser ya la consecuencia de la conmiseración, puesto que está extinta. Así pues, me entregaré a mis inclinaciones sin temor, preferiré mi interés o mi placer a males que no me afectan ya, y pensaré que perder un bien real porque costaría una situación desgraciada a un individuo (situación cuyo choque no puede llegar ya hasta mí) sería una verdadera inepcia, puesto que sería amar a ese extraño más que a mí, lo que iría contra todas las leyes de la naturaleza y todos los principios del buen sentido".

Que los lazos de familia no te parezcan ya sagrados, Juliette: son tan quiméricos como los otros. Es falso que debas algo al ser del que has salido; todavía más falso que debas cualquier sentimiento al que ha salido de ti; absurdo imaginar que se deba algo a los hermanos, hermanas, nietos, nietas. ¿Y por qué razón tendría que establecer la sangre deberes? ¿Por qué nos esforzamos en el acto de la generación? ¿No es por nosotros? ¿Qué podemos deber a nuestro padre, si se ha divertido en crearnos? ¿Qué podemos deber a nuestro hijo, porque nos ha apetecido perder un poco de semen en el fondo de una matriz; a nuestro hermano o a nuestra hermana, porque han salido de la misma sangre? Destruyamos todos estos lazos como los otros, son igualmente despreciables.

-¡Oh Noirceuil! -exclamé-, ¡cuántas veces lo habéis demostrado!... ¿y no queríais decírmelo?

-Juliette -me respondió este amable amigo-, tales confesiones sólo pueden ser la recompensa a vuestra conducta; os abriré mi corazón cuando os crea verdaderamente digna de mí: tenéis que sufrir algunas pruebas antes.

Y el ayuda de cámara llegó para advertirle de que el ministro, íntimo amigo suyo, lo esperaba en el salón, y así nos separamos.

No tardé en colocar lo más ventajosamente posible los sesenta mil francos robados en la casa de Mondor. Por muy segura que estuviese de la aprobación de Noirceuil, como el robo no podía contarse sin el episodio de la infidelidad, y como por otra parte mi amante podía temer de mí las mismas lesiones sobre sus propiedades, juzgué más prudente no decir nada, y sólo me ocupé de nuevos medios de aumentar, por las mismas vías, la cantidad de mis rentas. Otra partida en casa de la Duvergier me daría pronto la ocasión.

Se trataba de ir, yo como cuarta, a la casa de un hombre cuya manía, tan cruel como voluptuosa, consistía en azotar muchachas. Tres criaturas encantadoras se habían reunido conmigo en el café de la puerta de Saint-Antoine, para ir juntas en un coche que deberíamos encontrar allí, en casa del duque de Dennemar, a su deliciosa mansión de Saint-Maur. No había nada más fresco, no había nada tan bonito como las muchachas que se me unieron en la cita: la mayor no tenía dieciocho años, la llamaban Minette; me gustaba hasta el punto de que no pude contenerme de colmarla con las más voluptuosas caricias; había una de dieciséis, otra de catorce. Muy difícil la elección de sus víctimas, supe, por la mujer que nos llevaba, que era la única cortesana de las cuatro; mi juventud, mi belleza, habían animado al duque a franquear las reglas que se había impuesto de no ver nunca a ninguna mujer de mundo. Mis compañeras eran jóvenes obreras de la costura, completamente extrañas a estas partidas; muchachas honradas, bien educadas, y seducidas únicamente por las grandes sumas que ofrecía el duque y por la seguridad de que, al limitarse aquél a la fustigación, respetaría su virginidad: teníamos cincuenta luises cada una, veréis si nos los ganamos o no.

Introducidas las cuatro en un apartamento magnífico, nuestra conductora nos dice que esperemos, mientras nos desvestimos, las órdenes que el señor quisiera darnos.

Entonces, pude examinar a placer las gracias ingenuas, los delicados y dulces encantos de mis tres jóvenes camaradas. No había nada tan esbelto como su talle, nada tan fresco como su pecho, nada tan apetitoso como sus muslos, nada tan torneado y tentador como sus tres encantadores traseros. Devoré a estas muchachas con los más tiernos besos, y sobre todo a Minette. Me los devolvieron con una ingenuidad que me hizo descargar en sus brazos. Hacía más de tres cuartos de hora que mientras esperábamos el momento de los deseos de monseñor el duque, nos entregábamos retozando a toda la impetuosidad de los nuestros, cuando un hermoso y alto lacayo, casi desnudo, vino a prevenirnos de que íbamos a comparecer, pero que era preciso que empezase la mayor. Al colocarme esta orden en tercer lugar, penetré cuando me tocó en el santuario de los placeres de este nuevo Sardanápalo; y lo que voy a contaros es totalmente semejante a lo que habían padecido mis compañeras.

El gabinete donde nos recibió el duque era redondo; absolutamente cubierto de espejos; en medio, había una columna de pórfido de alrededor de seis pulgadas de alta. Me hizo subir a un pedestal; el ayuda de cámara, que nos daba las órdenes y que servía a los placeres de su amo, ató mis pies a cadenas de bronce, colocadas a propósito en el bloque; a continuación levantó mis brazos, los ató a una cuerda que los mantenía lo más alto posible. Sólo entonces se acercó el duque; hasta ese momento había estado tumbado en un canapé, donde se excitaba ligeramente el miembro. Totalmente desnudo de cintura para abajo, le cubría el busto una simple camiseta de satén castaño; sus brazos estaban descubiertos; en el izquierdo tenía un puñado de vergas, delgadas y flexibles, atadas con un lazo negro. El duque, de cuarenta años, tenía una fisonomía muy dura, y me pareció que su moral no era más dulce que su físico.

-Lubin -dice a su ayuda de cámara-, esta me parece mejor que las otras, su culo es más redondo, su piel más fina, su rostro más interesante; la compadezco porque sufrirá más.

Y, diciendo esto, el villano, acercando su hocico a mi trasero, besó primero y mordió después. Lanzo un grito.

-¡Ah, ah!, sois sensible, por lo que parece. Tanto peor, pues no estáis en el final.

Y entonces sentí cómo sus uñas curvas se hundían profundamente en mis nalgas y me arrancaban la piel en dos o tres sitios. Nuevos gritos que lancé no hicieron más que excitar a este criminal que, llevando entonces dos de sus dedos al interior de mi vagina, no los retira más que con la piel que desgarra en este lugar sensible.

Lubin -¯decía entonces, mostrando sus dedos llenos de sangre al ayuda de cámara-, *querido Lubin, ¡triunfo!, tengo la piel del coño.*

Y la puso en la cabeza del miembro de Lubin, que se excitaba bastante bien en ese momento. En ese instante abrió un pequeño armario disimulado por espejos; sacó de él una larga guirnalda de hojas verdes; yo ignoraba el uso que iba a hacer de ella, y con qué planta estaba formada. ¡Ay de mí!, apenas se acercó a mí cuando no tardé en darme cuenta de que era de espinas. Ayudado por el cruel agente .de sus placeres, me la pasa y vuelve a pasar tres o cuatro veces alrededor del cuerpo, y acabó por fijarla de una manera muy pintoresca, pero al mismo tiempo muy dolorosa, ya que desgarraba absolutamente todo mi cuerpo y principalmente mis senos, sobre los que la apretaba con la más feroz afectación. Pero mis nalgas, destinadas a otra fiesta, no participaban de ninguna manera en este maldito preámbulo; bien separadas de todas partes, ofrecían sin obstáculo a este libertino todas las carnes que debían recorrer sus vergas.

¯Vamos a comenzar -me dice Dennemar-, en cuanto me vio en el estado que deseaba; os pido un poco de paciencia, porque esto puede ser muy largo.

Diez golpes de vergas bastante ligeros se convierten en el anuncio de la terrible tormenta que va a desencadenarse sobre mi culo.

¯¡Vamos, santo Dios!, ¡más! -exclamó entonces-

Y con un brazo vigoroso flagelando mis dos nalgas, me aplica más de doscientos seguidos, y sin detenerse. Durante la operación, su ayuda de cámara, de rodillas, delante de él, trataba de exprimir, chupando, el veneno que hacía a esta bestia tan malvada; y mientras flagelaba, el duque gritaba con todas sus fuerzas:

-¡Ah!, ¡la puta... la zorra!... ¡Oh!, ¡cómo detesto a las mujeres!, ¿ y no podré exterminarlas a todas a vergazos?... Ella sangra... sangra por fin... ¡Ah, joder!, sangra... ¡Chupa, Lubin, chupa! Soy feliz, veo la sangre.

Y acercando su boca a mi trasero, recogió cuidadosamente lo que veía correr con tanto placer; después, continuando:

-Pero mira, Lubin, no me excito, y es preciso que la azote hasta que se me empine, y hasta que me excite, hasta que descargue... ¡Vamos, vamos!, ¡la puta es joven y resistirá!

La sangrienta ceremonia empieza de nuevo; pero ahora los episodios cambian: Lubin no chupa a su amo; armado con un vergajo, le devuelve centuplicados los golpes vigorosos que recibo de él. Estoy en sangre, corre sobre mis nalgas, veo que enrojece el pedestal; las espinas hundidas en mi carne, desgarrada por las vergas, me era imposible poder decir en qué parte de mi cuerpo se hacen sentir los dolores con más fuerza, cuando el verdugo, cansado de suplicios y tumbándose de nuevo sobre el canapé espumeante de lujuria, ordena al fin que me desaten. Llego hasta él, tambaleante.

-Excítame -me dice, besando las huellas de su crueldad-... o mejor no... excita a Lubin; prefiero verlo descargar que descargar yo mismo, por muy bonita que seáis, dudo que lo logréis.

Lubin se apodera en seguida de mí; yo todavía tenía la funesta guirnalda: el bárbaro, a propósito, la aprieta contra mi piel, mientras que yo le chupo; su postura era tal que si cedía a las suaves agitaciones de mi puño el semen se lanzaba sobre el rostro de su amo, que, siguiendo apretándome, pellizcándome el trasero, se excitaba ligeramente él solo: el efecto ocurrió, el criado descarga, y todo el rostro del amo se cubre de esperma. Sólo el suyo se niega a unirse a aquél; lo reserva para una escena más lúbrica: oiréis los detalles.

-Salid -me dice en cuanto Lubin lo consiguió-, tengo que hacer pasar a vuestra cuarta compañera antes de que os vuelva a llamar.

Abren, y veo a las que me habían precedido en un cuarto de al lado... ¡Pero, santo cielo, en qué estado!... Era peor que el mío: sus cuerpos tan bonitos, tan blancos, tan deliciosos, daba horror mirarlos; las desgraciadas lloraban, se arrepentían de haber aceptado semejante partida; pero yo, más orgullosa, más firme y más vengativa, sólo pensaba en obtener una compensación. Una puerta entreabierta me deja ver el dormitorio del duque: entro en él apresuradamente. En seguida se presentan tres objetos a mi vista: una gran bolsa de oro, un soberbio diamante y un reloj hermosísimo. Abro precipitadamente la ventana, veo que da a un cobertizo que forma ángulo con la muralla, y que todo esto está situado cerca de la puerta por donde hemos entrado. Me quito listamente una de mis medias, meto estos tres objetos dentro, y dejo caer todo sobre un arbusto situado en el ángulo del que acabo de hablaros; las hojas ocultan el depósito, y vuelvo con mis compañeras. Apenas me había unido a ellas, cuando Lubin viene a buscarnos: el gran sacerdote consumaría el sacrificio con las cuatro víctimas juntas. Ya había fustigado a la más joven, y nos pareció que su culo no había sido tratado con más miramientos que los nuestros; estaba cubierto de sangre. Ya no estaba el pedestal; Lubin nos tumba boca abajo, a las cuatro, en medio del gabinete; nos enlaza con tanto arte que no ve ya más que nuestras nalgas... os dejo imaginar en qué estado. El duque se acerca a este grupo, su criado lo excita con una ma-

no, mientras que destila con la otra aceite hirviendo sobre nuestros culos; felizmente, la crisis no fue larga.

-*¡Quémalas, quémalas!* -exclamaba el duque, mezclando su semen con el licor inflamado que nos calcinaba-, *quema a estas putas... descargo.*

Y nos levantamos en un estado que os describiría mejor el cirujano, que tardó diez días en hacer desaparecer las marcas de esta abominable escena, y que logró tanto más fácilmente conmigo, cuanto que, por un feliz azar, no me habían caído sobre el trasero más que dos o tres gotas de este aceite ardiente, con el que se encontraba totalmente cubierta la más joven de mis compañeras, sin duda por maldad del duque.

Fuese cual fuese mi estado, no perdí la cabeza al bajar, y, volando al rincón donde había dejado caer mi tesoro, me apoderé prontamente de lo que debía compensarme de los males que me habían hecho sufrir.

Cuando llegué a casa de la Duvergier, la acusé agriamente por haberme expuesto a aquella vejación: ¿debía hacerlo sabiendo como sabía que yo estaba ricamente entretenida? Y declarándole que no me complacía ya en inmolarme a su rapacidad, me retiré a mi casa avisando a Noirceuil de que estaba enferma y que le rogaba que me dejase guardar cama tranquilamente durante unos días. Noirceuil, en absoluto enamorado, menos todavía sensible, y muy poco inquieto, no apareció; su mujer, más dulce y más política, vino a verme dos veces, pero sin preocuparse mucho por mi salud. Al décimo día todo había desparecido de tal forma que yo estaba más fresca que antes. Entonces eché la mirada sobre mi presa: había trescientos luises en la bolsa, el diamante valía cincuenta mil francos, el reloj mil escudos. Coloqué esta nueva suma como la otra, y hallándome, con ambas, cerca de las doce mil libras de renta, creí que era el momento de trabajar un poco para mí misma y que el papel de juguete de la avaricia de los otros no convenía ya a mi pequeña fortuna.

Así se pasó un año, durante el cual hice algunas partidas por mi cuenta, pero en las cuales el azar no ofreció a mi destreza los mismos medios dignos de mención; por otra parte, seguía siendo la alumna de Noirceuil, ayuda de sus libertinajes, y detestada por su mujer.

Aunque viviésemos en la indiferencia, Noirceuil, que sin amarme tenía un gran interés por mi cabeza, seguía pagándome muy caro; era mantenida en todo, y tenía veinticuatro mil francos al año para mis placeres; unid a esto la renta de doce mil que yo había logrado y juzgaréis mi comodidad. Deseando muy poco a los hombres, satisfacía mis deseos con dos mujeres encantadoras; dos compañeras suyas se unían a veces a nosotras: entonces no había ningún tipo de extravagancia que no realizásemos.

Un día, una de las amigas de aquella de las dos mujeres a la que yo prefería, me suplicó que me interesase por uno de sus parientes al que le había sucedido una aventura bastante desagradable. Sólo se trataba -decía- de decir una palabra a mi amante cuyo crédito frente al ministro solucionaría todo en seguida; el joven, si yo quería, vendría él mismo a contarme su historia. Arrastrada aquí, como a pesar de mí, por el deseo de hacer feliz a alguien, fatal deseo que la mano de la naturaleza, que no me había creado para la virtud, tuvo buen cuidado de castigar bien pronto, acepto; aparece el joven: ¡Dios!, cuál no será mi sorpresa al reconocer a Lubin. Hago lo que puedo para disimular mi turbación. Lubin me asegura que ya no está en casa del duque; me hace una novela que no tiene pies ni

cabeza; le prometo servirle; el traidor sale contento -dice- de haberme vuelto a encontrar, después de un año que no dejaba de buscarme. Pasaron unos días sin que oyese hablar de nada; me inquietaba sobre la desgraciada consecuencia que podía tener este encuentro, y mostraba mi resentimiento contra la amiga de mi ayuda de cámara que me había comprometido en esta trampa, aunque no dudé de si era o no por maldad cuando, saliendo una noche de la Comedia-Italiana, seis hombres detienen mi coche, detienen a mi gente, me hacen descender ignominiosamente y me echan a un coche, gritando al cochero. ¡Al hospital!

¡Oh cielos! -me digo- ¡Estoy perdida! Pero recuperándome en seguida:

-Señores -exclamo-, ¿no se equivocan conmigo? -Os pedimos perdón, señorita, nos equivocamos -me responde uno de estos criminales al que pronto reconozco como el mismo Lubin-, no hay duda de que nos equivocamos, porque es a la horca adonde os deberíamos llevar; pero si, hasta tener más amplias informaciones, la policía, por consideración al Sr. de Noirceuil, no quiere más que enviaros al hospital en vez de daros en seguida lo que os corresponde, esperamos que esto sólo sea un ligero retraso.

- ¡Y bien! -digo con descaro-, ¡lo veremos! Sobre todo, tened cuidado de que no haga arrepentirse pronto a aquellos que, creyéndose por un momento los más fuertes, se atreven a atacarme con tanta audacia.

Me echan en un calabozo oscuro, donde, durante treinta y seis horas, no vi absolutamente nada más que carceleros.

Quizás os sea fácil, amigos míos, suponer cuál era el estado de mi interior en este caso; voy a abrirlo con toda franqueza. Tranquila como en la fortuna, desesperada de verme engañada por haber escuchado por un momento a la virtud, resuelta... profundamente decidida a no volverle a permitir ninguna influencia sobre mi corazón; cierta pena, quizás, por ver venirse abajo en un instante mi fortuna; pero ni un remordimiento... ni una sola resolución de ser mejor, si era vuelta a la sociedad; ni el más pequeño proyecto de acercarme a la religión, si debía morir. Esta es mi alma completamente al desnudo. Sin embargo, sentía cierta intranquilidad... ¿Acaso no las tenía cuando era buena? ¡Ah!, ¿qué importa? Prefiero no ser pura y sentir estas ligeras inquietudes, prefiero entregarme al vicio que encontrarme estúpidamente tranquila en el seno de una inocencia que detesto... ¡Oh crimen ¡, sí, incluso tus serpientes son goces: por sus aguijones preparan el abrazo divino con el que consumes a tus partidarios; todos tus sobresaltos son placeres; es preciso que se agiten almas como las nuestras; les es imposible serlo por la virtud, y sienten demasiado horror por ella: que sea entonces por tus deliciosos extravíos... ¡Oh divinas desviaciones de la vida! Sí, sí, que me liberen; ¡cuántos nuevos delitos se me ofrecen, y verán cómo robaré! Estas eran mis reflexiones; queríais saberlas, os las pinto: ¿dónde estarían mejor confiadas que en el seno de mis mejores amigos?

Estaba en la mitad del segundo día de esta horrible detención, cuando oigo que se abre la puerta con un gran estrépito.

- ¡Oh Noirceuil! -exclamé reconociendo a mi amante-, ¿qué dios os trae hasta mí? ¿Y cómo puedo interesaros después de todas mis faltas?

¯Juliette -me dice Noirceuil en cuanto nos dejaron solos-, la manera en que vivimos juntos no me pone en situación de tener que reprocharos nada; sois libre: el amor no entraba

para nada en nuestros arreglos; sólo era cuestión de confianza. Por la analogía que había entre mi forma de pensar y la vuestra, creísteis que debíais negarme esta confianza, nada más simple; pero lo que no lo es es que seáis castigada por una bagatela como la que os hace estar detenida. Mi niña, amo vuestra cabeza, lo sabéis, hace mucho tiempo que os lo he dicho, y serviré siempre sus extravíos, en tanto que sean análogos a los míos. No creáis que es ni por conmiseración ni por un sentimiento por lo que vengo a romper vuestras cadenas; me conocéis lo suficiente como para estar convencida de que no puedo emocionarme ni con una ni otra de las dos debilidades. En este caso no actúo más que por egoísmo, y os juro que si me excitase mejor viéndoos colgada que retirándoos de aquí, no dudaría ni un minuto. Pero me gusta vuestra compañía, me privaría de ella si fueseis colgada; por otra parte, habéis merecido serlo, ibais a serlo, y estos son derechos muy poderosos sobre mi alma; y os amaría más si hubieseis merecido la rueda... Seguidme, sois libre... Sobre todo, nada de agradecimiento, lo aborrezco.

Y viendo que yo iba a entregarme a él, a pesar de mí:

-Ya que lo sentís, Juliette -respondió vivamente Noirceuil-, no saldréis de aquí hasta que no os haya probado lo absurdo del sentimiento al que parece llevaros la debilidad de vuestro corazón a pesar de vos.

Después, obligándome a que me sentara y situándose cerca de mí

-Querida muchacha -me dice-, tú sabes que no quiero perder ninguna ocasión de formar tu corazón e iluminar tu espíritu; déjame enseñarte lo que es el agradecimiento.

Se llama gratitud, Juliette, al sentimiento con que se corresponde a una buena acción. Ahora bien, yo pregunto cuál es el motivo de aquel que realiza una buena acción. ¿Actúa para él o para nosotros? Si actúa para él, me confesarás que no le-debemos nada; y si es para nosotros, la fuerza que adquiere a partir de ese momento, lejos de excitar en nosotros el agradecimiento, sólo podrá engendrar celos: ha herido nuestro orgullo. ¿Pero cuál es su objetivo obligándonos a él? ¿Cómo no verlo en seguida?, el que obliga, el que saca de su bolsillo cien luises para dárselos a un hombre que sufre, no ha actuado de ninguna manera por la felicidad de este infortunado. Que analice su corazón: verá que no ha hecho más que halagar su orgullo, que sólo ha trabajado para él, bien encontrando un placer intelectual más halagador al dar cien luises a un pobre que guardándoselos, bien imaginando que la publicidad de este acto le creará una buena reputación: pero en ambos casos, yo sólo veo egoísmo. Dime, pues, ahora lo que debo a un hombre que sólo ha trabajado para él. Aunque pudieseis demostrarme que sólo ha considerado al hombre al que obliga, al actuar como lo ha hecho, que su acción es secreta, que nunca saldrá a la luz, que no puede haber obtenido ningún placer en dar esos cien luises puesto que, por el contrario, se siente molesto por este don, y que, en una palabra, su acción es tan desinteresada que no se puede mezclar en ella el egoísmo: a esto yo os respondería en primer lugar que es imposible, y que, analizando bien la acción de este bienhechor, siempre descubriremos en su cuenta algún goce secreto que disminuye su precio; pero incluso aceptando que el desinterés que vos admitís sea completo, nunca estaréis en el caso de la gratitud, puesto que este hombre, con su acción, al elevarse por encima de vos hiere vuestro orgullo y hace que sintáis, por este procedimiento, mortificaciones en un sentimiento cuyas ofensas no se perdonan nunca. Desde este momento, este hombre, sea lo que sea lo que haya hecho por vos, sólo tiene derecho, si sois justa, a vuestra perpetua antipatía; os aprovecharéis de

su servicio, pero detestaréis al que os lo ha prestado; su existencia os pesará, nunca lo veréis sin que os sonrojéis. Si os informan de su muerte, os regocijaréis interiormente, y os parecerá haberos quitado un peso de encima... una servidumbre; y la seguridad de haberos librado de un ser ante el que no podíais aparecer sin una especie de vergüenza será un goce: ¿qué digo?, si vuestra alma es verdaderamente independiente y orgullosa, quizás iríais más lejos, quizás lo deberíais... Sí, llegaréis hasta a destruir esta existencia que os molesta; os libraréis de la vida de este hombre como de un fardo que os cansa; y lejos de haber engendrado en vos el servicio prestado amistad por este benefactor, como veis, sólo habrá producido el odio más implacable. ¡Oh!, ¡esta reflexión debe probarte, Juliette, cuán ridículo y peligroso es prestar servicios a los hombres! Después de mi manera de analizar la gratitud, observa, querida, si quiero la tuya, y si no debo guardarme, al contrario, de ponerme frente a ti, en vista del servicio prestado. Por lo tanto, te repito que al romper tus cadenas no hago nada por ti: actúo absolutamente por mí. Vayámonos.

En cuanto estuvimos ante los jueces, Noirceuil tomó la palabra.

-Señor -dice a uno de los jueces-, esta señorita, al recobrar su libertad, no quiere ocultar el nombre de la que cometió el robo del que injustamente se acusaba a mi amiga: acaba de asegurarme que fue una de las tres muchachas que la acompañaron a la casa del Sr. Dennemar. Hablad, Juliette, ¿recordáis el nombre de esa muchacha?

-Claro que sí, señor -respondí comprendiendo perfectamente al pérfido Noirceuil-, era la más bonita de las tres, tiene de dieciocho a diecinueve años, la llaman Minette.

-Era todo lo que pedíamos, señorita -dice el hombre de la ley-, ¿juraríais esta denuncia?

-Sin duda, señor -respondí.

Y levantando la mano hacia el crucifijo:

-Juro y declaro -digo en voz alta e inteligible- y hago ante Dios el juramento sagrado de que la llamada Minette es la única culpable del robo perpetrado en la casa del Sr. Dennemar.

Salimos y subimos rápidamente al coche.

-Y bien, Juliette -me dice mi amante-, ¡sin mí nunca habrías cometido esta pequeña maldad! Te conozco lo suficiente para estar seguro de que era inútil ponerte al corriente, y que me entenderías a la primera palabra. Bésame, ángel mío... Me gusta chupar esta boca blasfema. ¡Ah!, te has portado como un dios. Minette será colgada, y es delicioso, cuando se es culpable, no solamente sacar provecho, sino además incluso hacer perecer al inocente en su lugar.

-¡Oh Noirceuil -exclamé-, cuánto te amo! Eres el único ser que me conviene en el mundo; vas a hacer que me lamente por haberte engañado.

-¡Bah!, Juliette, tranquilízate me respondió Noirceuil-, te -libero de los remordimientos del crimen: sólo exijo de ti los de la virtud. No tienes que ocultarme nada prosiguió mi amante mientras nos llevaban a casa-; no te impido que hagas partidas, si la avaricia o el libertinaje te empujan a ellas: todo lo que tiene su fuente en tales vicios es asombrosamente respetable para mí; pero deberías abstenerte de los conocimientos de la Duvergier: no ve, no procura más que libertinajes cuyas crueles pasiones podrían llevarte a tu perdi-

ción. ¡Si me hubieses confiado tus gustos, te habría procurado partidas muy caras donde los riesgos fuesen mínimos y donde hubieses podido robar con toda comodidad! Porque nada hay tan sencillo como robar, es una de las fantasías más naturales en el hombre; el mismo que te habla lo hizo durante mucho tiempo; me he corregido haciendo casas peores. No hay nada que cure los pequeños vicios cono los grandes crímenes; cuanto más se ataca a la virtud, más se acostumbra uno a ultrajarla; y entonces sólo nos excitan la voluptuosidad las mayores ofensas. Mira cuánto has perdido, Juliette: al ignorar tus caprichos, te he negado a cinco o seis amigos míos que ardían en deseos de tenerte y en cuyas casas habrías estado a salvo presentando el culo. Por lo demás -prosiguió Noirceuil-, nada de esto habría pasado sin ese maldito Lubin que, al sospechar su amo de él, había jurado hacer las pesquisas más exactas sobre el robo. Pero tú estás vengada, ayer lo mandamos a Bicétre para el resto de sus días. Es esencial que sepas que es al ministro Saint-Fond, amigo mío, a quien debes tu libertad y la liquidación de tu asunto. Ya está todo dicho: mañana te llevaré ante él. Declararon veintidós testigos; aunque hubiese habido quinientos, nuestro crédito no los temía; este crédito es inmenso, Juliette, y nosotros estamos seguros, Saint-Fond y yo, o de arrancar al instante de la horca al mayor criminal de la tierra, o de hacer subir a ella al más virtuoso de los hombres. Esto es lo que se gana bajo el reinado de príncipes imbéciles. Son dirigidos por quienes les rodean, y los tontos autómatas, creyendo que-son ellos los que gobiernan, no rigen más que por nuestras pasiones. Podíamos vengarnos de Dennemar, tengo todo lo necesario para eso; pero es tan libertino como nosotros, sus caprichos lo han demostrado; no ataquemos nunca a los que se nos parecen. El duque sabe que ha obrado mal al conducirse como lo ha hecho; hoy estaba muy avergonzado, te concede el producto del robo y te volverá a ver con gusto; sólo ha pedido que colgásemos a una: él está contento y nosotros también. No te aconsejo que vuelvas a ver a ese viejo avaro; sabemos que te desea sólo para obtener la gracia de Lubin; pero no te mezcles en eso. Yo tuve a Lubin a mi servicio, me jodía muy mal y me costaba muy caro; me disgustaba hasta el punto de que ya había querido encerrarlo varias veces; ya no lo tenemos, que se quede ahí. En cuanto al ministro, quiere verte; te concedo esta noche para que cenes con él; es un hombre excesivamente libertino... Gustos, fantasías... pasiones, infinidad de vicios. No necesito encomendarte la más extrema sumisión: es la única manera de probarle tu agradecimiento cuyos efectos querías, equivocadamente, derramar sobre mí...

-Mi alma se ajusta a la tuya, Noirceuil -digo con sangre fría-, no te doy las gracias desde el momento en que me pruebas que sólo has actuado para ti, y me pare ce que te amaré mucho más al no estar obligada a deberte nada. Respecto a la sumisión que me pides, será completa, dispón de mí, te pertenezco; como mujer me pongo en mi lugar, sé que la dependencia es mi suerte.

-No, de ninguna manera -me dice Noirceuil-; la comodidad de que gozas, tu espíritu y tu carácter te liberan absolutamente de esa esclavitud. Yo no someto a ella más que a las *mujeres-esposas o* a las *putas, y* en esto sigo las leyes de la naturaleza, que, como ves, sólo permite a esos seres arrastrarse. La inteligencia, el talento, la riqueza y el crédito sacan de la clase de los débiles a aquellos que la naturaleza hizo nacer allí; y desde el momento en que entran en la de los fuertes, todos los derechos de éstos, la tiranía, la opresión, la impunidad, y el entero ejercicio de todos los crímenes, les están permitidos. Quiero que tú seas mujer y esclava con mis amigos y conmigo, déspota con los otros... y desde

ese momento, te juro que te daré los medios. Juliette, necesitas una pequeña compensación por las treinta y seis horas de prisión... Bribona, ya estoy enterado de tus doce mil libras de renta, me habías ocultado todo eso: no importa, lo he sabido; yo te doy diez mañana, y el ministro me ha encargado de que te dé esta noticia: es una tensión de mil escudos a cuenta de los hospitales; los enfermos tendrán algunos caldos de menos y tú algunas borlas de más, todo viene a ser lo mismo. Así que ahí estás a la cabeza de veinticinco mil libras de renta, sin contar con tu sueldo que te será pagado siempre con exactitud. ¡Y bien!, corazón mío, ves cómo las consecuencias del crimen no siempre son desgraciadas: el proyecto de una virtud, el de ayudar a Lubin, te ha sumergido en el fondo de los calabozos; el robo en casa de Dennemar decide y motiva tu fortuna: ¡atrévete a dudar ahora! ¡Ah!, ¡comete tantos crímenes como quieras!, ahora conocemos tu cabeza, nos divertiremos con sus extravíos, y te prometo la impunidad.

- ¡Oh!, Noirceuil, ¡cuán injustas son las leyes humanas! Gode, inocente, gime en un calabozo; Juliette, culpable de su suerte, cubierta con los dones de la fortuna.

-Todo eso está en orden, hija mía -me respondió Noirceuil-; el infortunio es el juguete de la prosperidad; le está sometido por las leyes de la naturaleza; es preciso que el débil sirva de pasto al fuerte. Echa una mirada al universo; en todas las leyes que lo rigen encontrarás ejemplos parecidos: la tiranía y la injusticia, como únicos principios de todos los desórdenes, deben ser las primeras leyes de una causa que no actúa más que mediante desórdenes.

-¡Oh!, amigo mío -digo llena de entusiasmo-, al legitimar a mis ojos todos los crímenes, al darme, como haces, los medios para sumergirme en ellos, pones mi alma en un estado delicioso, en una turbación, en un delirio, que no podría explicar con palabras. ¿Y no quieres que te dé las gracias?

-Una vez más, no me debes nada; me gusta el mal, le proporciono agentes: puedes ver que también aquí soy egoísta, como en todas las otras ocasiones de mi vida.

- ¡Pero tendré que reconocer de algún modo todo lo que haces por mí!

-Cometiendo muchas fechorías, y no ocultándome ninguna.

-Ocultártelas ¡nunca!, mi confianza será completa; serás dueño de mis pensamientos como de mi vida; no nacerá en mi corazón ningún deseo que no te comunique, ningún goce que no compartas... Pero, Noirceuil, tengo que pedirte un favor más: la amiga de aquella de mis mujeres que me ha traicionado presentándome a ese Lubin excita poderosamente mi venganza; quiero que la castigues cuando lleguemos.

-Dame su nombre y su dirección -dice Noirceuil--, mañana estará en la cárcel para el resto de sus días. Entramos en la casa.

-Aquí está Juliette --dice Noirceuil presentándome a su mujer, cuyo aspecto era frío y circunspecto¯. Esta encantadora criatura -prosiguió mi amante- había sido víctima de la calumnia; es la muchacha más honrada del mundo, y os ruego, señora, que continúen las consideraciones que le debéis por más de una razón.

¡Oh cielos! -me digo, en cuanto, de nuevo en mi voluptuoso cuarto, miro la feliz situación de que iba a gozar, la inmensa renta de la que sería dueña-, ¡oh cielos!, ¡qué vida voy a llevar! Fortuna, suerte, Dios, agente universal, quienquiera que seas, si es así como

tratas a los que se entregan a los delitos, ¿cómo no voy a seguir esta carrera? ¡Ah!, está decidido, nunca seguiré otra. Extravíos divinos que se atreven a llamar crímenes, en adelante seréis mis únicos dioses, mis únicos principios y mis leyes; ¡sólo a vosotros querré en el mundo!

Mis criadas me esperaban para darme un baño. Pasé en él dos horas, otras tantas para mi arreglo, y fresca como una rosa aparecí en la cena del ministro, más hermosa, según me aseguraron, que el mismo astro del que me habían privado los infames zorros durante dos días.

SEGUNDA PARTE

El Sr. de Saint-Fond era un hombre de alrededor de cincuenta años, ingenioso, con un carácter muy falso, muy traidor, libertino, feroz, infinitamente orgulloso, que poseía el arte de robar a Francia hasta el infinito, y el de distribuir cartas con el sello real de encarcelamiento por el solo deseo de sus más mínimas pasiones. Más de veinte mil individuos de todo sexo y de toda edad gemían, por sus órdenes, en las diferentes fortalezas reales que ha heredado Francia; y entre estos veinte mil seres -me decía un día, con mucha gracia- te juro que no hay uno solo que sea culpable. D'Albert, primer presidente del parlamento de París, estaba también en la comida; sólo cuando entrábamos me previno Noirceuil.

-Debes las mismas consideraciones -me dice- a ese personaje que al otro; hace doce horas era dueño de tu vida, sirves de compensación a los miramientos que tuvo contigo; ¿podía pagarle mejor?

Cuatro muchachas encantadoras componían, junto con Mme. de Noirceuil y conmigo, el serrallo ofrecido a estos señores. Estas criaturas, vírgenes todavía, eran de la casa de la Duvergier. La más joven se llamaba Eglée, rubia, de trece años y con un rostro encantador. Seguía Lolotte, era el vivo retrato de Flora; nunca se vio tanta frescura; apenas tenía quince años. Henriette tenía dieciséis, y reunía por sí sola más atractivos de los que los poetas cantaron a las tres Gracias. Lindane tenía diecisiete años; digna de ser pintada, ojos con una singular expresión, y el cuerpo más hermoso que sea posible ver.

Seis jóvenes, de quince años, nos servían desnudos y peinados como mujeres: cada uno de los libertinos que asistía a la comida tenía, como veis por este arreglo, cuatro objetos de lujuria a sus órdenes: dos mujeres y dos muchachos. Como ninguno de estos individuos estaba todavía en el salón cuando yo aparecí, d Albert y Saint-Fond, después de haberme besado, mimado y alabado durante un cuarto de hora, me felicitaron por mi aventura.

-Es una encantadora pequeña criminal -dice Noirceuil- y que, por la sumisión más ciega a las pasiones de sus jueces, viene a agradecerles la vida que les debe.

-Me habría molestado quitársela --dice d'Albert-: por algo lleva Thémis una venda; y estaréis de acuerdo en que cuando se trata de juzgar a bonitos seres como estos, debemos tenerla siempre delante de los ojos.

-Le prometo la más absoluta impunidad para su vida -dice Saint-Fond-; puede hacer absolutamente todo lo que quiera, le juro que la protegeré en todos sus extravíos y que la vengaré, si lo exige la ocasión, de todos aquellos que quieran turbar sus placeres, por muy criminales que puedan ser.

-Le prometo otro tanto -dice d Albert-; le prometo además para mañana una carta del canciller que la pondrá al abrigo de todas las persecuciones que, por cualquier tribunal, pudiesen intentarse contra ella en todo el territorio de Francia. Pero, Saint-Fond, yo exijo algo más; todo lo que estamos haciendo es absolver el crimen, pero hay que estimularlo: por consiguiente, te pido para ella una pensión de dos mil hasta veinticinco mil francos, en razón del crimen que cometa.

-Juliette -dice Noirceuil- creo que hay aquí poderosos motivos para que des a tus pasiones toda la amplitud que pueden tener, y para que no nos ocultes ninguno de tus extravíos. Pero hay que convenir señores -prosiguió mi amante sin darme tiempo a responder que hacéis un uso maravilloso de la autoridad que os han confiado las leyes y el monarca.

-El mejor posible respondió Saint-Fond-; nunca se actúa mejor que cuando se está trabajando para uno mismo; nos han concedido esta autoridad para que hagamos felices a los hombres: ¿acaso no la utilizamos haciendo la nuestra y la de esta amable niña?

-Al investirnos con esta autoridad -dice d’Albertno nos han dicho: haréis la felicidad de tal o cual individuo, abstracción hecha de tal o cual otro; simplemente nos han dicho: los poderes que os transmitimos son para que hagáis la felicidad de los hombres; ahora bien, es imposible hacer a todo el mundo igualmente feliz; por consiguiente, desde el momento que hay entre nosotros algunos contentos, nuestro fin está cumplido.

-Pero --dice Noirceuil, que sólo discutía para hacer brillar mejor a sus amigos- sin embargo, vos trabajáis en la desgracia general al salvar a la culpable y al perder al inocente.

-Eso es lo que yo niego --dice Saint-Fond-; el vicio hace mucho más feliz que la virtud: por lo tanto sirvo mucho mejor a la felicidad general protegiendo el vicio que recompensando la virtud.

¯¡Estos son sistemas propios de pícaros como vos! ¯¯dice Noirceuil.

¯Amigo mío --dice d’Albert-, ya que también hacen vuestra alegría, no os quejéis.

¯Tenéis razón -dice Noirceuil-, además, me parece que deberíamos actuar más en vez de charlar. ¿Deseáis tener a Juliette sola un momento, antes de que lleguen?

¯No, yo no -dice d’Albert-, no tengo ningún interés en los téte-à-téte, soy muy torpe... La gran necesidad que tengo de ser ayudado en estas cosas hace que me guste tanto aguardar hasta que todo el mundo esté aquí. ¯No pienso así -dice Saint-Fond- y voy a pasar un rato con Juliette al fondo de este cuarto.

Apenas estuvimos allí, Saint-Fond me anima a que me desnude. Mientras obedezco:

-Me han asegurado -me dice-, que tendréis una ciega complacencia para mis fantasías, repugnan un poco, lo sé, pero cuento con vuestra aceptación. Sabéis lo que he hecho por vos, haré todavía más: sois malvada, vengativa; pues bien -prosiguió mientras me entregaba seis cartas de encarcelamiento en blanco, que sólo había que llenar-para' hacer perder la libertad a quien bien me pareciese- esto es para que os divirtáis; además, tomad

este diamante de mil luises, para pagaros el placer que tengo en conoceros esta noche... Tomad, tomad, todo esto no me cuesta nada: es dinero del Estado.

-En verdad, monseñor, estoy confundida con tantas bondades.

- ¡Oh!, no me detendré en esto; quiero que vengáis a verme a mi casa; necesito una mujer que, como vos, sea capaz de todo; quiero encargaron la partida de los venenos.

¯¿Qué, monseñor, vos servís semejantes cosas?

-Es preciso, ¡hay tanta gente de la que estamos obligados a deshacernos!... ¿no sentiréis escrúpulos, espero?

- ¡Ah!, ¡ni el más mínimo, monseñor!, os juro que no hay en el mundo un crimen capaz de aterrorizarme, y no hay ni uno sólo que no cometa con placer.

-¡Ah!, besadme, ¡sois encantadora! -dice Saint-Fond-, ¡y bien!, en medio de lo que me prometéis aquí, renuevo mi juramento de conseguiros la más completa impunidad. Haced por vuestra cuenta lo que mejor os parezca: os aseguro que os sacaré de todas las malas aventuras que pudiesen sucederos. Pero tenéis que demostrarme enseguida que sois capaz de realizar el trabajo al que os destino. Tomad -me dice entregándome una cajita-, sentaré cerca de vos a la muchacha que me apetezca para que caiga en la prueba; acariciadla bien: el fingimiento es el manto del crimen; engañadla lo más hábilmente posible y echad este polvo, en los postres, en uno de los vasos de vino que se le servirán: el efecto no será largo; en eso reconoceré si sois digna de mí; y, en tal caso, vuestro puesto os espera.

-¡Oh!, monseñor -respondí con calor-, estoy a vuestra disposición; dadme, dadme, y veréis cómo me comportaré.

-¡Encantadora!..., ¡encantadora!... Ahora, divirtámonos, señorita, vuestro libertinaje me excita... Sin embargo, antes de nada, permitidme que os ponga al corriente de una fórmula de la que es esencial que no os alejéis: os prevengo de que nunca tenéis que apartaros del profundo respeto que yo exijo y que se me debe por más de una razón; en esto soy un orgulloso implacable. Nunca me oiréis tutearos; imitadme, sobre todo, no me llaméis nunca más que monseñor; hablad en tercera persona siempre que podáis, y estad siempre delante de mí en actitud respetuosa. Independientemente del puesto eminente que ocupo, mi nacimiento es de los más ilustres, mi fortuna enorme, y mi crédito superior al del mismo rey. Es imposible no ser muy vanidoso cuando se está en tal situación: el hombre poderoso que, por una falsa popularidad, consiente en dejar que se le acerquen, se humilla y rebaja enseguida. La naturaleza ha colocado a los grandes en la tierra como a los astros en el firmamento; deben iluminar el mundo y nunca descender a él. Mi orgullo es tal que querría que me sirviesen sólo de rodillas, hablar siempre a esa vil canalla que se llama pueblo mediante un intérprete, y detesto todo lo que no está a mi altura.

-En este caso -digo- monseñor debe odiar a mucha gente, porque hay muy pocos seres aquí abajo que puedan igualarse a él.

¯Muy pocos, tenéis razón señorita; también aborrezco al mundo entero, excepto los dos amigos que veis ahí, y algunos otros: odio soberanamente a todos los demás.

-Pero monseñor -me tomé la libertad de decir a este déspota-, ¿acaso los caprichos del libertinaje a los que os entregáis no os quitan un poco de esa altura en la que me parece que siempre desearíais estar?

-No -dice Saint-Fond- todo eso se alía, y para cabezas dispuestas como las nuestras, la humillación de ciertos actos de libertinaje sirve de alimento al orgullo (1).

(1) Eso es fácil de comprender: se hace lo que nadie hace; por lo tanto, se es único en su género. Ese es el pasto del orgullo.

Y como yo estaba desnuda:

-¡Ah!, ¡qué hermoso culo, Juliette! -me dice el disoluto mirándolo-, me habían dicho que era soberbio, pero supera su fama; inclinaos para que sumerja mi lengua... ¡Ah, Dios!, está de una limpieza queme desespera: ¿no os ha dicho Noirceuil en qué estado quería encontrar este culo?

-No, señor.

-Lo quería enmierdado... lo quería sucio... es de una frescura que me desespera. Vamos, arreglemos esto con otra cosa. Tomad, Juliette, aquí está el mío... está en el estado en que quería el vuestro: encontraréis mierda en él... Poneos de rodillas delante de él, adoradlo, felicitaos por el honor que os concedo al permitiros que ofrezcáis a mi culo el homenaje que querría rendirle toda la tierra... ¡Cuán felices serían otros seres por estar en vuestro lugar! Si los dioses descendiesen hasta nosotros, ellos mismos desearían gozar de este favor. Chupad, introducid vuestra lengua; nada de repugnancia, hija mía.

Y fuesen las que fuesen las que yo sintiese, las vencí; mi interés hacía de eso una ley. Hice todo lo que deseaba el libertino: le chupé los huevos, me dejé abofetear, pero en la boca, cagar en el pecho, escupir y mear en el rostro, dar tirones a mis pezones, dar patadas en el culo, bofetones, y, al final, joder en el culo, donde no hizo más que excitarse, para descargarme después en la boca, con la orden de tragar su esperma.

Hice todo; la más ciega docilidad coronó todas sus fantasías. ¡Divinos efectos de la riqueza y el crédito, todas las virtudes, todas las voluntades, todas las repugnancias se quebrarán ante vuestros deseos, y la esperanza de ser acogidos por vosotros, someterá a vuestros pies a todos los seres y todas las facultades de esos seres! La descarga de Saint-Fond era brillante, decidida, violenta; entonces pronunciaba en voz alta las blasfemias más fuertes y más impetuosas; su pérdida era considerable, su esperma ardiente, espeso y sabroso, su éxtasis elevado, sus convulsiones violentas y su delirio muy pronunciado. Su cuerpo era hermoso, muy blanco, el culo más hermoso del mundo, sus huevos muy gordos, y su miembro musculoso podía tener siete pulgadas de largo, por seis de grueso; estaba rematado con una cabeza de dos pulgadas al menos, mucho más gorda que la mitad del miembro, y casi siempre desmochada. Era alto, bien construido, la nariz aquilina, gruesas cejas, hermosos ojos negros, bonitos dientes y el aliento muy puro. Cuando acabó, me preguntó si no era verdad que su semen era excelente...

¯Pura crema, monseñor, ¡pura crema! -respondí-, es imposible tragar uno mejor.

¯Alguna vez os concederé el honor de comerlo -me dice-, y también tragaréis mi mierda, cuando esté contento de vos. Vamos, poneos de rodillas, besad mis pies, y agradecedme todos los favores que he querido dejaros recoger hoy.

Obedezco, y Saint-Fond me besó jurando que estaba encantado conmigo. Un bidet y algunos perfumes hicieron desaparecer todas las manchas con que estaba mancillada. Salimos; cuando atravesábamos los apartamentos que nos separaban del salón de la reunión, Saint-Fond me recuerda la caja.

- ¡Y qué! -ligo-, una vez disipada la ilusión, ¿os ocupa todavía el crimen?

-¡Cómo! -me dice este hombre terrible-, ¿acaso has tomado mi propuesta por una efervescencia de la cabeza?

-Así lo había creído.

¯Te engañas; son cosas necesarias cuyo proyecto excita mis pasiones, pero que, aunque concebidas en el momento de un delirio, no deben dejar de ser ejecutadas en la calma.

-Pero ¿vuestros amigos lo saben? -¿Acaso lo dudas?

-Habrá una escena.

-En absoluto, estamos acostumbrados a eso. ¡Ah!, si todos los rosales del jardín de Noirceuil dijesen a qué sustancias deben su belleza... Juliette... Juliette ¡no hay bastantes verdugos para nosotros!

-Estad tranquilo, monseñor, os he dado mi juramento de obediencia, y lo mantendré.

Volvimos. Nos esperaban; las mujeres habían llegado. En cuanto aparecimos, d'Albert mostró el deseo de pasar al dormitorio con Mme. de Noirceuil, Henriette, Lindane y dos muchachos, y sólo cuando después vi actuar a d'Albert, me di cuenta de sus gustos. Me quedé sola con Lolotte, Eglée, cuatro muchachos, el ministro y Noirceuil; nos entregamos a algunas escenas lujuriosas;, las dos muchachitas, con medios más o menos parecidos a los que había utilizado yo, intentaron volver a excitar a Saint-Fond; lo lograron; Noirceuil, espectador, se hacía joder mientras me besaba las nalgas. Saint-Fond acarició mucho a los jóvenes y tuvo unos minutos de conversación secreta con Noirceuil; ambos reaparecieron muy excitados, y, habiéndose unido a nosotros el resto de la gente, nos sentamos a la mesa.

Juzgad, amigos míos, mi sorpresa cuando, recordando la orden secreta que me habían dado, veo que con la mayor afectación colocan a Mme. de Noirceuil junto a mí.

-Monseñor -digo en voz baja a Saint-Fond, que se sentaba al otro lado-... ¡Oh!, monseñor, así pues, ¿es esa la víctima elegida?

-Con toda seguridad -me dice el ministro-, reponeos de esa turbación; os rebaja ante mí; una semejante pusilanimidad más y perdéis mi estima para siempre.

Me senté; la comida fue tan deliciosa como libertina; las mujeres, arregladas apenas, exponían a los manoseos de estos disolutos todos los encantos que les habían distribuido las Gracias. Uno tocaba un pecho apenas abierto, el otro manoseaba un culo más blanco que el alabastro; solamente ` nuestros coños eran poco festejados: no es con tales gentes con quienes hacen fortuna atractivos semejantes; convencidos de que es preciso ultrajar con frecuencia a la naturaleza para reconquistarla, sólo ofrecen el incienso a aquellas partes cuyo culto se dice que está prohibido por ella. Los vinos más exquisitos, los platos más suculentos calientan las cabezas, y Saint-Fond agarra a Mme. de Noirceuil; el criminal se excitaba con el atroz crimen que su pérfida imaginación maquinaba contra esta in-

fortunada; la lleva a un canapé, en una punta del salón, y la sodomiza mientras me ordena que vaya a cagarle en la boca; cuatro jóvenes muchachos se colocan de manera que excita a cada uno con una mano, mientras un tercero encoña a Mme. de Noirceuil, y un cuarto, situado más alto que yo, me hace chupar su miembro; un quinto da por el culo a Saint-Fond.

¯¡Ah!, ¡santo cielo! -exclama Noirceuil-, ¡este grupo es encantador! No conozco nada tan bonito como ver joder así a la mujer de uno; no la tratéis con miramientos, Saint-Fond, os lo ruego.

Y colocando las nalgas de Eglée a la altura de su boca, hace cagar en ella a esta pequeña, mientras que él sodomiza a Lindane y el sexto muchacho lo da por el cu lo a él. D'Albert, uniéndose al cuadro, viene a completar la partida izquierda; sodomiza a Henriette, besando el culo del muchacho que fornica al ministro, y manosea, a derecha e izquierda, todo lo que sus manos pueden alcanzar.

¡Ah!, ¡cuán necesario hubiese sido aquí un grabador para transmitir a la posteridad este voluptuoso y divino cuadro! Pero la lujuria, al coronar demasiado pronto a nuestros actores, quizás no hubiese dado al artista el tiempo necesario para captarlos. No es fácil para el arte, que no tiene movimiento, plasmar una acción cuyo movimiento afecta a toda el alma; y esto es lo que hace del grabado a la vez el arte más difícil y más ingrato.

Volvimos a sentarnos a la mesa.

-Mañana --dice el ministro- tengo que expedir una carta de procesamiento contra un hombre culpable de un extravío bastante singular. Es un libertino que, como vos, Noirceuil, tiene la manía de hacer fornicar a su mujer por un extraño; esta esposa, que sin duda os parecerá muy extraordinaria, ha hecho la tontería de quejarse de una fantasía que haría la felicidad dé muchas otras. Las familias se han mezclado en todo esto y, definitivamente, quieren que haga encerrar al marido.

-Ese castigo es demasiado duro -dice Noirceuil. -Y yo lo encuentro demasiado suave -dice d'Albert-; hay un montón de países donde harían perecer a un hombre como ese.

- ¡Oh!, ¡así es como son ustedes, los señores golillas! -dice Noirceuil : felices cuando corre la sangre. Las horcas de Thémis son vuestra casa; os excitáis pronunciando una sentencia de muerte, y a menudo descargáis cuando la hacéis ejecutar.

-Sí, eso me ha sucedido algunas veces -dice d'Albert-, ¿pero qué inconveniente hay en hacerse un placer de los deberes?

-Ninguno, sin duda -dice Saint-Fond-, pero volviendo a la historia de nuestro hombre, estaréis de acuerdo con que hay mujeres muy ridículas en el mundo.

-Es que -dice Noirceuil- hay un montón que creen haber cumplido sus deberes hacia el marido, cuando han respetado su honor, y que les hacen comprar esta virtud tan mediocre por la acritud y la devoción, y sobre todo por negaciones constantes a todo lo que se aleje de los placeres permitidos. Constantemente a caballo sobre su virtud, las putas de esta calaña se imaginan que nunca las respetan demasiado, y que, de acuerdo con esto, hay que permitirles la gazmoñería más ofensiva sin ningún reproche. ¿Quién no preferiría a una mujer tan zorra como os la queráis imaginar, pero que disimulase sus vicios con una complacencia sin límites, con una sumisión completa a todas las fantasías de su marido?

¡Y!, ¡jodan, señoras, jodan todo lo que les plazca! Para nosotros es la cosa más indiferente del mundo; pero atended nuestros deseos, satisfacedlos sin ningún escrúpulo; transformaos para complacernos, desempeñad ambos sexos a la vez, convertíos en niñas incluso, a fin de dar a vuestros esposos el extremo placer de azotaros, y estad seguras de que con tales extravíos, cerrarán los ojos a todo lo demás. Para mí, estos son los únicos procedimientos que pueden mitigar el horror del lazo conyugal, el más terrible, el más detestable de todos aquéllos con los que los hombres hicieron la locura de atarse.

- ¡Ah!, Noirceuil, ¡no sois galante! -dice Saint-Fond, apretando un poco más fuerte los pezones de la mujer de su amigo-, ¿olvidáis que vuestra esposa está aquí?

-No por mucho tiempo, espero -respondió malvadamente Noirceuil.

-¿Cómo así? -dice d'Albert lanzando sobre la pobre una mirada tan falsa como hipócrita.

-Vamos a separarnos.

-¡Qué crueldad! -dice Saint-Fond, al que inflamaban extraordinariamente todas estas maldades, y quien, excitando a un muchacho con su mano derecha, continuaba apretando con la izquierda los bonitos pezones de Mme. de Noirceuil-... ¡Qué!, ¿váis a romper vuestros lazos... vínculos tan dulces?

-¿Pero no hace poco tiempo que duran?

-Pues bien --dice Saint-Fond, constantemente manoseando y vejando-, si abandonas a tu mujer, yo la tomo; yo siempre he amado en ella ese aire de dulzura y de humanidad... ¡Besadme, bribona!

Y como estaba cubierta de lágrimas, a causa del daño que, desde hacía un cuarto de hora, le causaba Saint-Fond, el libertino devora sus lágrimas limpiándolas con su lengua; después, prosiguiendo:

-Ciertamente, Noirceuil, separarse de una mujer tan bella (y la mordía), tan sensible (y la pellizcaba)... os lo aseguro, amigo mío, es un crimen...

-¿Un crimen? --dice d'Albert-... sí, efectivamente, creo que Noirceuil va a romper sus lazos con un crimen. -¡Oh, qué horror! --dice Saint-Fond, el cual, habiendo hecho que la desgraciada esposa se levantase, empezó a tratarle cruelmente el trasero mientras le hacía empuñar el miembro-; mirad, amigos míos, creo que tengo que sodomizarla una vez más para hacerle olvidar su pena.

-Sí dice d'Albert, acercándose a tomarla por delante-, y yo voy a encoñarla entretanto. Pongámosla en seguida entre los dos; me gusta increíblemente esta manera de joder su parte próxima.

-¿Y entonces qué haré yo? -dice Noirceuil.

-Vos sujetaréis la vela y maquinaréis ¨dice el ministro.

-Quiero emplear mejor mi tiempo --dice el bárbaro esposo-, no ocupéis la cabeza de mi dulce compañera; quiero-gozar con su rostro lleno de lágrimas, abofetearla de vez en cuando, mientras que doy por el culo a Eglée, y dos muchachos se turnan en mi culo, de-

pilaré los coños de Henriette y de Lolotte, y Lindane y Juliette fornicarán ante nuestros ojos, una con el culo, otra con el coño, con los jóvenes que quedan.

La sesión fue tan larga como rebuscados habían sido los cuadros; los tres libertinos descargaron y la pobre Noirceuil no salió de sus manos más que llena de golpes. D "Albert, al perder su semen, le había mordido una teta con tal fuerza que estaba cubierta de sangre. Imitando a mis amos y fornicada perfectamente por los dos jóvenes, confieso que descargué increíblemente igual que ellos; roja, desmelenada como una bacante, les parecí deliciosa cuando salí de eso; sobre todo Saint-Fond no dejaba de colmarme de caricias.

¯¡Cuán bien está así! ¯decía-, ¡cómo la embellece el crimen!

Y me chupaba indistintamente todas las partes del cuerpo.

Seguimos bebiendo, pero sin volvernos a sentar en la mesa; esta forma es infinitamente más agradable, y uno se embriaga mucho más pronto si la utiliza. Las cabezas ardían de tal forma que hacían temblar a las mujeres. Vi perfectamente que echaban sobre ellas miradas fulminantes y que sólo les dirigían palabras llenas de amenazas y de invectivas., Sin embargo, dos cosas se veían claramente: que yo no estaba incluida de ninguna manera en la conjuración y que ésta se dirigía casi exclusivamente a Mme. de Noirceuil; por otra parte, lo que yo sabía contribuía a tranquilizarme.

Pasando alternativamente de las manos de Saint-Fond a las de su marido, y de las de éste a las de d'Albert, la infortunada Noirceuil estaba ya muy maltratada: sus tetas, sus brazos, sus muslos, sus nalgas, y en general todas las partes carnosas de su cuerpo, empezaban a tener las marcas sensibles de la ferocidad de estos criminales, cuando Saint-Fond, que estaba muy excitado, la cogió, y, después de aplicarle previamente doce golpes en el trasero y seis bofetadas de igual fuerza, la puso recta en medio del comedor, a una gran distancia, con los pies sujetos al suelo y las manos atadas al techo. En cuanto estuvo en esta, postura, le pusieron doce velas encendidas entre las piernas, de tal forma que las llamas, penetrando por una parte en el interior de la vagina y por las paredes del ano, y por otra calcinando el monte y las nalgas, destacasen vivamente los músculos del bonito rostro de esta mujer y los llevasen a las voluptuosas angustias del dolor. Saint-Fond, armado con otra vela, la miraba atentamente durante esta crisis, haciéndose chupar el pito por Lindane y el agujero del culo por Lolotte; cerca de allí, Noirceuil, haciéndose joder mientras mordía las nalgas de Henriette, anunciaba a su mujer que iba a dejarla morir así, mientras que d Albert, sodomizando a un muchacho y manoseando el culo de Eglée, animaba a Noirceuil a que tratase todavía peor a esta desgraciada compañera de su suerte. Encargada de servir y cuidar de todo, me di cuenta de que las puntas de las velas eran demasiado cortas para hacer sentir a la víctima el grado de dolor que se deseaba de ella; levanté las llamas sobre un taburete; los gritos de la Noirceuil, que se hicieron insoportables, me valieron los mayores aplausos de parte de sus verdugos. Fue entonces cuando Saint-Fond, con la cabeza extraviada, se permitió una atrocidad; el criminal, con una vela que mantenía bajo la nariz de la paciente, le quemó las pestañas y casi el ojo entero; d Albert, apoderándose igualmente de una vela, le calcinó la punta de una teta, y su marido le quemó el pelo.

Singularmente calentada con este espectáculo, yo animaba a los autores y los llevaba a cambiar de suplicio. Siguiendo mi consejo, la frotan con alcohol y la prenden fuego; por un momento parecía no formar más que una llama, y, cuando la materia se apagó, su epi-

dermis, totalmente quemada, le hacía horrible a la mirada. No es posible imaginarse las alabanzas que me valió esta cruel idea. Saint-Fond, a quien calienta increíblemente este acto criminal, deja la boca de Lindane para venir a darme por el culo, seguido por Lolotte que, por orden suya, no deja de acariciarle el culo.

-¿Qué la haremos ahora? -me dice Saint-Fond, devorando mi boca a besos e introduciéndome su miembro hasta las entrañas-; inventa, Juliette, inventa algo; tu cabeza es deliciosa, todo lo que propones es divino.

-Todavía hay que hacerle sentir mil tormentos ¯respondí- y cada uno más excitante que el otro.

E iba a proponer algunos, cuando Noirceuil, acercándose a nosotros, dice a Saint-Fond que tenía que hacerle tragar en seguida la dosis con que yo estaba provista, antes de quitarle las fuerzas necesarias para que nos diese los medios de juzgar y gozar los efectos de este veneno. Consultamos a d'Albert y está de acuerdo con esta opinión; desatamos a la dama y me la entregan.

¯Querida infortunada -le digo después de haber mezclado el polvo en un vaso de vino de Alicante-, tragad esto para reponeros y veréis cómo este brebaje reconfortará vuestros ánimos.

Nuestra imbécil traga con docilidad, y tan pronto como lo ha hecho, Noirceuil, que no había dejado de sodomizarme mientras yo actuaba, celoso de no perder ninguna de las contorsiones de esta agonía, me deja para acercarse a observar más de cerca a la víctima.

-Vais a morir -le dice-, ¿estáis dispuesta?

-La señora es demasiado razonable -prosiguió d Albert- para no darse cuenta de que cuando una mujer ha perdido la consideración y la ternura de su esposo, que está disgustado y cansado de ella, lo más sencillo es desaparecer.

-¡Oh, sí!, la muerte... ¡la muerte! -exclamó esta infortunada-, ¡es la última gracia que pido!... ¡En nombre del cielo, no me la hagáis esperar!

-La muerte que deseas, infame bribona, está en tus entrañas -le dice Noirceuil, haciéndose excitar el miembro ante los ojos de su triste esposa por uno de los jóvenes-, la has recibido de manos de Juliette; era tal su afecto por ti que nos ha disputado la felicidad de envenenarte.

Y Saint-Fond, ebrio de lubricidad, no sabiendo ya lo que hacía, sodomizaba a d'Albert, el cual, prestándose con complacencia a los sodomitas ataques de su amigo, devolvía a un hermoso joven todo lo que recibía del ministro, cuyo ano acariciaba yo.

-Un poco de orden en todo esto -dice Noirceuil, que empezaba a darse cuenta, por las contorsiones de su mujer, que era bueno no perderla de vista.

Hace poner una alfombra en medio de la habitación, sobre la que se tiende a la víctima, y formamos un círculo alrededor de ella. Saint-Fond me da por el culo mientras acaricia a un muchacho con cada mano. D' Albert es chupado por Henriette, él chupa un miembro acariciándolo con la mano derecha y con la izquierda trabaja el culo de Lindane; Noirceuil da por el culo a Eglée, se le fornica, él chupa un miembro, y hace joder a Lolotte sobre sus piernas por el sexto muchacho. Empiezan las crisis; son horribles, no es posible

hacerse idea de los efectos de este veneno; la pobre mujer se retorcía algunas veces hasta el punto de formar tan sólo una bola; nada igualaba sus crispaciones, sus alaridos se hacían cada vez más espantosos; pero habíamos tomado nuestras precauciones para no oír nada.

- ¡Oh, cuán delicioso es! -decía Saint-Fond, trabajando mi culo-; no sé lo que daría por sodomizarla en ese estado.

-No hay nada más fácil -dice Noirceuil-, inténtalo, nosotros te la sujetamos.

La paciente, fuertemente agarrada por los jóvenes, presenta, a pesar de sus esfuerzos, el culo deseado por Saint-Fond; el criminal se introduce en él.

- ¡Oh, joder! -exclama-, no puedo aguantarlo.

D Albert lo sustituye, Noirceuil a continuación; pero en cuanto su desgraciad_ a esposa lo siente encima de ella, sus esfuerzos se hacen terribles, y escapa a los que la sujetan y se lanza con furia sobre su verdugo; Noirceuil aterrado se pone a salvo, y el círculo vuelve a formarse. -Dejémosla, dejémosla -dice Saint-Fond, que acababa de volver a entrar en mi culo-; no hay que acercarse a una bestia venenosa cuando siente los estertores de la muerte.

Sin embargo, Noirceuil, picado, quiere vengarse del insulto; maquina nuevos suplicios, a los que Saint-Fond se opone, asegurando a su amigo que todo lo que podría hacer ahora a su víctima sólo serviría para turbar el examen de los efectos del veneno que se proponía hacer.

¡Y señores! -exclamé-, nada de eso es lo que necesita la señora: en este momento precisa un confesor. ¯Que se vaya al infierno esa puta dice Noirceuil, chupado por Lolotte en ese momento-; sí, sí, ¡que se vaya al infierno!... Si alguna vez he deseado un infierno, era con la esperanza de saber que su alma estaría en él, y de llevar hasta mi último suspiro la deliciosa idea de que no habrían acabado los más vivos dolores para ella.

Esta imprecación pareció decidir el último estertor; Mme. de Noirceuil entregó el alma, y nuestros tres pícaros descargaron mientras blasfemaban como criminales.

-Esta es una de las mejores acciones que hayamos hecho en nuestra vida -dice Saint-Fond, apretando su miembro para exprimir hasta la última gota de semen-; hacía mucho tiempo que deseaba el fin de esta aburrida tipa; estaba más cansado de ella que su marido.

-A fe mía -dice d'Albert-, os la habíais fornicado por lo menos tanto como él.

-¡Oh!, mucho más -dice mi amante.

-Sea lo que sea -dice Saint-Fond a Noirceuil-, mi hija es vuestra ahora; sabéis que os la he prometido como recompensa de esta prueba. Estoy encantado con es te veneno, y es una pena que no podamos gozar así del espectáculo de la muerte de todos aquellos a los que hacemos perecer de esta manera... Vamos, amigo mío, os lo repito, mi hija es vuestra, ¡que el cielo bendiga una aventura en la que gano un yerno muy querido y la certeza de no haber sido engañado por la mujer que me proporciona estos venenos!

Aquí Noirceuil pareció hacer una pregunta en voz baja a Saint-Fond, que le respondió afirmativamente.

Y el ministro, dirigiéndome la palabra a continuación:

-Juliette -me dice-, vendréis a verme mañana y os explicaré lo que no he hecho más que aflorar hoy. Al volverse a casar Noirceuil, no puede teneros ya en su casa; pero los efectos de mi crédito, los favores que voy a derramar sobre vos, el dinero con que os cubriré, os compensarán muy ampliamente de lo que os ofrecía mi amigo. Estoy muy contento de vos; vuestra imaginación es brillante, vuestra flema en el crimen completa, vuestro culo soberbio, os creo feroz y libertina: esas son las virtudes que necesito.

Monseñor -respondí-, acepto con gratitud todo lo que os place ofrecerme, pero no puedo ocultaros que amo a Noirceuil; no me separaré de él sin pena.

-No dejaremos de vernos, niña mía -me respondió el amigo de Saint-Fond : yerno del ministro e íntimo amigo suyo, pasaremos la vida juntos.

-Sea -respondí-, con esas condiciones acepto todo. Los jóvenes y las muchachas, a quienes se hizo entrever una muerte segura en el caso de la menor indiscreción, juraron un silencio eterno; Mme. de Noirceuil fue enterrada en el jardín, y nos separamos.

Una circunstancia imprevista retrasó el matrimonio de Noirceuil, así como los proyectos del ministro. Tampoco me fue posible volver a verlo al día siguiente: el rey, especialmente contento de Saint-Fond, acababa de darle una prueba segura de confianza encargándole un viaje secreto por el que se vio obligado a partir al momento, y a la vuelta del cual obtuvo una banda azul y cien mil escudos de pensión.

-¡Oh! -me decía mientras me informaba de estos favores-, ¡cuán verdad es que la suerte recompensa el crimen y cuán imbécil sería aquel que, iluminado con semejantes ejemplos, no recorriese todo el camino de esta carrera!

No obstante, después de las cartas que Noirceuil obtuvo del ministro, yo recibí la orden de montarme una casa espléndida. Habiéndoseme proporcionado el dinero necesario para la realización de este proyecto, alquilé rápidamente una magnífica mansión, en la calle de Faubourg-St-Honoré; compré cuatro caballos, dos coches encantadores; tomé tres lacayos altos y de porte majestuoso, y con un rostro encantador, un cocinero, dos ayudas de cámara, un ama de llaves, una lectora, tres camareras, un peluquero, dos criadas y dos cocheros; deliciosos muebles adornaron mi casa; y al volver el ministro, fui a presentarme en seguida a su casa. Acababa de cumplir mis diecisiete años y puedo decir que pocas mujeres había en París tan bonitas como yo; estaba arreglada como la misma diosa de los amores; era imposible juntar más arte a más lujo; cien mil francos no hubiesen pagado los trajes con que había adornado mis atractivos, y llevaba cien mil escudos de joyas y diamantes. Todas las puertas se abrieron ante mi aspecto; el ministro me esperaba solo. Empecé con las felicitaciones más sinceras por las gracias que acababa de recibir y le pedí permiso para besar las pruebas de su nueva dignidad; consintió en ello, con tal de que lo hiciese de rodillas: conociendo su altivez, lejos de oponerme a ella, hice lo que deseaba. Es por bajeza como el cortesano compra el derecho de ser insolente con los otros.

-Me veis, señora -me dice-, en medio de mi gloria; el rey me ha colmado, y me atrevo a decir que he merecido esos dones; nunca estuvo mi crédito más asegurado, y nunca fue más considerable mi fortuna. Si hago recaer sobre vos una parte de estos favores, es inútil deciros con qué condiciones. Después de lo que hemos hecho juntos, creo poder estar seguro de vos; tenéis mi mas completa confianza; pero, antes de que entre en detalles,

echad los ojos, señora, sobre esas dos llaves: ésta es la de los tesoros que van a cubriros, si soy bien servido por vos; aquélla es la de la Bastilla: una eterna prisión está preparada para vos, si faltáis a la obediencia o a la discreción.

-Entre tales amenazas y una esperanza semejante, no esperaréis que dude -digo a Saint-Fond-; por lo tanto, confiaos a vuestra sumisa esclava y estad totalmente seguro de ella.

-Dos cuidados muy importantes serán puestos en vuestras manos, señora; sentaos y escuchadme.

Y como iba a sentarme en un sillón inadvertidamente, Saint-Fond me hizo una señal para que me colocase tan sólo en una silla. Me deshice en excusas, y así es cómo me habló:

-El puesto que ocupo, y en el que quiero mantenerme durante mucho tiempo, me obliga a sacrificar un número infinito de víctimas. Esta es una caja con diferentes venenos; los utilizaréis de acuerdo con las órdenes que recibáis de mí; a los que me perjudican están reservados los más *crueles; los rápidos,* para aquellos cuya existencia me molesta hasta el punto de no querer perder ni un momento en sacarlos de este mundo; por último, estos que veis bajo la etiqueta de *venenos lentos* serán para aquellos cuya existencia debo prolongar, por poderosas razones políticas, a fin de alejar de mí las sospechas. Todas estas expediciones, según sea el caso, se harán bien en vuestra casa bien en la mía, algunas veces en provincias o en los países extranjeros.

Ahora pasemos a la segunda parte de vuestros trabajos: sin duda ésta será la más penosa para vos, pero al mismo tiempo la más lucrativa. Dotado de una imaginación muy ardiente, hastiado desde hace mucho tiempo de los placeres ordinarios, habiendo recibido de la naturaleza un temperamento de fuego, gustos crueles, y de la fortuna todo lo que hace falta para satisfacer estas furiosas pasiones, haré en vuestra casa, bien con Noirceuil bien con algunos otros amigos, dos comidas libertinas a la semana, en las cuales es necesario que se inmolen al menos tres víctimas. Quitando del año el tiempo de los viajes, a los que me seguiréis sin que se trate de tales orgías, veis que esto hace alrededor de doscientas muchachas, cuya búsqueda sólo os concierne a vos; pero existen cláusulas difíciles para la elección de estas víctimas. En primer lugar, Juliette, es preciso que la más fea sea al menos tan bella como vos; nunca tienen que estar por debajo de nueve años, ni por encima de dieciséis; es preciso que sean vírgenes, y de la mejor familia, todas con título, o, al menos, con una gran riqueza...

-¡Oh monseñor!, ¿y las inmolaréis a todas?

-Por supuesto, señora, el asesinato es la más dulce de mis voluptuosidad es; me gusta la sangre con furor, es mi pasión más querida; y está en mis principios que hay que satisfacerlas todas, sea al precio que sea.

-Monseñor -digo, viendo que Saint-Fond esperaba mi respuesta-, creo que lo que os he hecho ver de mi carácter os prueba suficientemente que es imposible que os traicione; mi interés y mis gustos responden de eso... Sí, monseñor, he recibido de la naturaleza las mismas pasiones que vos... las mismas fantasías, y aquel que se presta a todo eso por amor a la cosa misma sirve con toda seguridad mucho mejor que aquel que sólo obedeciese por complacencia: el lazo de la amistad, la semejanza de los gustos, estos son, estad seguro, los lazos que cautivan con más seguridad a una mujer como yo.

-¡Oh!, ¡no me habléis de la amistad! -respondió vivamente el ministro-; ya no tengo más fe en ese sentimiento que en el del amor. Todo lo que procede del corazón es falso; sólo creo en los sentidos, sólo creo en las costumbres carnales... sólo en el egoísmo, en el interés... sí, el interés será siempre, de todos los lazos, en el que crea más. Por tanto, quiero que el vuestro sea infinitamente halagado, prodigiosamente acariciado mediante los arreglos que haré con vos. Si el gusto viene después a cimentar el interés, que sea en buena hora; pero al cambiar los gustos con la edad, puede llegar un tiempo en el que ya no estéis dirigida por ellos, y nunca se deja de estarlo por el interés. Así pues, calculemos vuestra pequeña fortuna, señora: Noirceuil os entrega diez mil libras de renta, yo os he dado tres, vos teníais doce: hacen veinticinco; y veinticinco, cuyo contrato veis aquí, hacen cincuenta; ahora hablemos de las ganancias.

Fui a echarme a los pies del ministro para darle las gracias por este nuevo favor; no se opuso en absoluto, y habiéndome hecho una señal para que me volviese a sentar:

-Podéis imaginaros, Juliette -continuó-, que con una renta tan pingüe no podríais darme de comer dos veces a la semana, ni mantener una casa como la que os ordené coger: así pues, os entrego un millón al año para esas comidas; pero recordad que deben ser de una magnificencia increíble; quiero siempre los platos más exquisitos, los vinos más raros, la carne de caza y las frutas más extraordinarias; es preciso que la gran cantidad acompañe a la delicadeza, y, aunque estuviésemos a solas, no habría suficiente con cincuenta platos. Las víctimas os serán pagadas a veinticinco mil francos la pieza, lo que no es demasiado, según las cualidades que deseo. Tendréis treinta mil francos más de gratificación por cada víctima ministerial inmolada por vuestra mano; hay perfectamente unas cincuenta al año: este artículo se eleva, pues, a quinientos mil francos, a los que añado veinte mil francos al mes de sueldo. Por lo que puedo ver, señora, esto os pone a la cabeza de seis millones setecientos noventa mil francos; añadiremos doscientas mil libras para vuestros pequeños placeres, a fin de componeros una suma redonda de siete millones al año, cincuenta mil francos de los cuales pasados por acta no se os pueden escapar. ¿Estáis contenta, Juliette?

En este punto me esforcé en ocultar mi alegría, a fin de servir todavía mejor a la avaricia que me devoraba, y contesté al ministro que los deberes que me imponía eran, al menos, tan onerosos como considerables las sumas que ponía a mi disposición; que en el deseo de servirle bien, no descuidaría nada, y que veía que era muy posible que los gastos enormes que me vería obligada a hacer excederían en mucho las cuentas; que además...

-No; así es como quiero que se me hable -me dice el ministro-, me habéis demostrado interés, Juliette, es lo que quiero, y ahora estoy seguro de estar bien servido; no escatiméis nada, señora, y recibiréis diez millones al año: ninguno de estos suplementos me asusta; sé de donde cogerlos todos, sin tocar mis rentas. Sería muy loco el hombre de *Estado* que no hiciese pagar sus placeres al *Estado; ¿y* qué nos importa la miseria de los pueblos, con tal de que nuestras pasiones estén satisfechas? Si creyese que el oro podía correr por sus venas, los haría sangrar a todos uno detrás de otro para atiborrarme con su sustancia (2).

(2) ¡Helos aquí, hélos aquí, esos monstruos del antiguo régimen! No os los habíamos prometido guapos, sino verdaderos: mantenemos la palabra.

-Hombre adorable -exclamé-, vuestros principios me trastornan; os he mostrado interés, ahora, creed en el gusto, .y convenceos, os suplico, de que será mil veces más por idolatría hacia vuestros placeres, que por otro motivo, por lo que los serviré con tanto celo.

-Lo creo -dice Saint-Fond-, tengo pruebas de ello. ¿Cómo no ibas a amar mis pasiones? Son las más deliciosas que puedan nacer en el corazón del hombre. Y el que puede decir: ningún prejuicio me detiene, los he vencido todos; éste es, por un lado, el crédito que legitima todas mis acciones, y, de otro, estas son las riquezas necesarias para cubrirlas con todos los crímenes; ése, digo, no lo dudes Juliette, es el más feliz de todos los seres... ¡Ah!, esto me hace recordar, señora, la carta de impunidad que os prometió d'Albert la última vez que comimos juntos: aquí está, pero es a mí a quien se lo acaba de conceder esta mañana el canciller, y no a d'Albert, que, según su costumbre, os había olvidado por completo.

La manera en que todas mis pasiones se hallaban halagadas, con esta multitud de acontecimientos felices, me tenía en una especie de embriaguez... de encanta miento, de donde resultaba una especie de estupidez que me quitaba hasta el uso de la palabra. Saint-Fond me sacó de este aturdimiento atrayéndome hacia él...

-¿Dentro de cuánto tiempo empezaremos, Juliette? -me dice besando mi boca y pasando una mano por mi trasero, en el que al momento introdujo un dedo.

Monseñor -le digo-, necesito al menos tres semanas para preparar todos los diferentes servicios que Vuestra Grandeza exige de mí.

-Os las concedo, Juliette; hoy es primero de mes: como en vuestra casa el veintidós.

-Monseñor -proseguí-, al confesarme vuestros gustos, me habéis dado algún derecho a confiaros los míos. Vos me habéis reconocido los del crimen, tengo los del robo y la venganza; satisfaré los primeros con vos: la carta que acabáis de darme me asegura la impunidad del robo, dadme ahora los medios para la venganza.

-Seguidme -respondió Saint-Fond. Pasamos al gabinete de un empleado.

-Señor le dice el ministro-, examinad bien a esta joven; os ordeno que le firméis y entreguéis todas las cartas de encarcelamiento que os pida, no importa para qué casa.

Y volviendo a pasar al gabinete en que estábamos: -Ya está --prosiguió el ministro- un punto arreglado; la carta que os he dado satisface el otro. Trincad, cortad, desgarrad, os entrego toda Francia; y cualquiera que sea el crimen que cometáis, su extensión, su gravedad, respondo de que nunca os pasará nada. Voy más lejos, y os concedo, como he dicho, treinta mil francos de gratificación por cada uno de los crímenes que cometáis Por cuenta vuestra.

Renuncio a deciros, amigos míos, lo que me hicieron sentir todas estas promesas, todas estas concesiones. ¡Oh, cielos! -me digo-, con la extraviada imaginación que he recibido de la naturaleza, héme aquí, por un lado, bastante rica para satisfacer mis fantasías, del otro, con bastante fortuna para estar segura de la impunidad de todas. No, no existen goces interiores parecidos a éstos; ninguna lubricidad me hace sentir en el alma un cosquilleo más grande.

-Hay que sellar el trato, señora -me dice entonces el ministro-. En primer lugar aquí está la gratificación -continuó, haciéndome el presente de una caja donde había cinco mil luises en oro, en pedrerías y en magníficas joyas-, no olvidéis hacer llevar esto con la caja de los venenos.

Atrayéndome entonces a un gabinete secreto, donde el fasto más opulento se unía al gusto más refinado: -Aquí -me dice Saint-Fond- sólo seréis ya una puta; fuera de aquí, una de las más grandes damas de Francia.

-En todas partes, en todas partes, vuestra esclava, monseñor; en todas partes vuestra admiradora y el alma de vuestros más delicados placeres.

Me desvestí. Saint-Fond, ebrio de placer al tener por fin una excelente cómplice, hizo horrores. Os he dicho sus gustos, los refinó todos: si me elevaba saliendo de su casa, me rebajaba cruelmente en su interior; en voluptuosidad, era el hombre más sucio... más déspota... más cruel. Me hizo adorar su miembro, su culo; cagó, tuve que hacer un dios de su mismo excremento, pero, por una manía muy extraordinaria, me hizo mancillar aquello de donde obtenía sus más poderosos motivos de orgullo: exigió que cagase sobre su Espíritu Santo y me envolvió el culo con su banda azul.

Ante la sorpresa que yo demostré ante esta acción:

-Juliette -me respondió-, quiero mostrarte con esto que todos estos trapos, que están hechos para emocionar a los tontos, no se imponen de ninguna manera al filósofo.

-¿Y acabáis de hacérmelo besar?

-Eso es verdad; pero de la misma forma que estos juguetes motivan mi orgullo, igualmente lo pongo en profanarlos: estas son rarezas que no son conocidas más que de libertinos como yo.

Saint-Fond me excitaba extraordinariamente; descargué en sus brazos: con una imaginación como la mía, no se trata de lo que repugna, sólo es cuestión de lo que es irregular, y todo es bueno cuando es excesivo. Adiviné el gran deseo que él tenía de hacerme comer su mierda: lo previne; le pedí permiso para hacerlo, él estaba en las nubes; devoró la mía, uniendo al episodio excitarme el culo a cada bocado. Me enseñó el retrato de su hija: apenas tenía catorce años, y se parecía al mismo Amor. Le rogué que la uniese a nosotros.

-No está aquí -me dice-, no os habría dejado que os formaseis el deseo si hubiese estado.

-Así pues le digo-, ¿no habéis gozado de ella antes de dársela a Noirceuil?

-Por supuesto -me respondió--, me habría disgustado haber dejado a otros tan deliciosas primicias.

-¿Y ya no la amáis?

-No amo nada, Juliette: nosotros los libertinos, no amamos nada. Esta niña me ha hecho excitarme mucho; ya no me excita, porque he hecho demasiadas cosas con ella; se la doy a Noirceuil, a quien calienta mucho; todo esto es un asunto de conveniencias.

-Pero, ¿cuándo Noirceuil esté cansado de ella?

-¡Y bien!, tú conoces la suerte de las mujeres; le ayudaré, verdaderamente; todo eso es bueno, todo eso está bien; es lo que me gusta...

Y estaba extraordinariamente excitado.

-Monseñor -le digo-, me parece que si estuviese en vuestro lugar, habría ciertos momentos en que me gustaría abusar de mi autoridad.

-Para excitarte ¿verdad? -Sí.

-Ya veo.

- ¡Oh!, monseñor, sacrifiquemos a algunos inocentes, esa idea me trastorna la cabeza.

Y yo lo excitaba, con uno de mis dedos cosquilleaba el agujero de su culo.

-Tomad -me dice sacando un papel de su portafolios-, sólo tengo que firmar esto, y hago morir mañana a una persona muy bonita a la que su familia acaba de hacer encerrar a través de mí, únicamente porque le gustan las mujeres. La he visto; y es encantadora; me divertí con ella el otro día: desde entonces tengo tanto miedo de que hable, que no he vivido un momento sin el deseo de desembarazarme de ella.

-Hablará, monseñor, hablará, estad seguro; vuestra seguridad depende de la muerte de esta muchacha... Firmad en seguida, os suplico.

Y cogiendo el papel, lo apoyé sobre mis nalgas, suplicándole que lo firmase allí. Lo hizo.

-Quiero llevar la orden yo misma -le digo.

-Estoy de acuerdo. -me respondió Saint-Fond. Vamos Juliette, tengo que descargar: no os alarméis del personaje que necesito para el desenlace de esta crisis.

Y como tocó un timbre, apareció al momento un hombre joven bastante guapo.

-Poneos de rodillas, Juliette; es preciso que este hombre os dé tres golpes con un bastón sobre los hombros, cuya marca permanece algunos días; a continuación, os sujetará mientras yo os doy por el culo.

Y el joven, desnudándose a su vez, hizo en seguida besar su trasero al ministro, que lo lamió gustosamente. Entretanto, yo obedecía y estaba de rodillas; el joven se sirve de su bastón y me aplica tres golpes tan fuertes sobre los hombros que tuve la marca durante quince días. Saint-Fond, enfrente de mí, me observaba durante esta crisis, con una curiosidad lúbrica vino a examinar las magulladuras; se quejaba de lo poco fuertes que eran, y ordenó al joven que me sujetase; me da por el culo mientras besa las nalgas de aquel que facilitaba su operación.

-¡Ah, joder! -exclamó descargando-, ¡ah!, ¡santo dios, la puta está marcada!

El hombre se retiró. Sólo mucho tiempo después de esto, un acontecimiento, del que hablaremos, echó alguna luz sobre éste. El ministro me acompañó, y volviendo a adoptar conmigo, en cuanto estuvimos fuera de este gabinete, el airé de consideración que había tenido antes de entrar en él:

-Haced que recojan estas cajitas, señora -me dice-, recordad que nuestro arreglo empieza dentro de tres semanas. Vamos, Juliette, libertinaje, crimen, discreción y seréis feliz. Adiós.

Mi primer cuidado fue examinar si estaba en orden lo que yo llevaba. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi asombro cuando vi que se pedía a la superiora del convento que envenenase secretamente ¿a quién?... ¡a Saint-Elme, esa encantadora novicia de Panthemont a la que yo había adorado durante mi estancia en el convento! Otra que no hubiese sido yo habría roto ese monumento de maldad; pero yo había hecho demasiado camino en la carrera del crimen para volverme atrás: nada me detiene, ni siquiera tengo el mérito de dudar. Entrego la orden a la superiora de Saint-Pélagie, donde Saint-Elme gemía dEsde hacía tres meses; pido ver a la culpable, la interrogo, me confiesa que el ministro puso su libertad al precio de su complacencia, y que ha hecho con él todo lo que puede hacerse. Ninguna de las suciedades a las que se entregaba ese monstruo de lujuria había sido ahorrada: boca, culo... coño, el infame había mancillado todo, y lo que la consolaba de este sacrificio era la esperanza de su libertad.

-La traigo yo -digo a Saint-Elme abrazándola.

Me da las gracias, me devuelve mis besos duplicados... Mi crica se moja al traicionarla... Al día siguiente estaba muerta.

Vamos -me digo, en cuanto supe el efecto de mi maldad-, estoy hecha para actuar a lo grande, ya lo veo; y trabajando con rapidez en los preparativos de los proyectos de Saint-Fond, en tres semanas, como me había comprometido, estuve en condiciones de darle su primera comida.

Seis excelentes ayudantes, que tenía bajo mis órdenes, me habían conseguido, para mi debut, tres jóvenes hermanas, robadas de un convento de Meaux, de doce, trece y catorce años, y con el rostro más celeste que sea posible ver.

El primer día, el ministro vino con un hombre de sesenta años. Al llegar, se encerró conmigo unos minutos; miró mis hombros y pareció descontento de no encontrar en ellos las marcas que me había hecho imprimir la última vez que nos habíamos visto. Apenas me tocó; pero me aconsejó el mayor respeto y la más profunda sumisión para el hombre que traía, el cual era uno de los grandes príncipes de la corte; este hombre lo sustituyó en seguida en el gabinete donde me había hecho pasar Saint-Fond. Prevenida por mi amante, le mostré mis nalgas en cuanto entró. Se acercó con unas gafas en la mano.

-Si no peéis -me dice- daos por mordida.

Y como no le satisfice tan pronto como deseaba, sus dientes se clavaron en mi nalga izquierda y dejaron profundas huellas. Se me muestra por delante, ofreciéndome un rostro severo y desgraciado:

-Meted vuestra lengua en mi boca -me dice-; y en cuanto la tuvo dentro: Si no eructáis -prosiguió-, daos por mordida.

Pero, viendo que no podía obedecer, me retiré bastante deprisa para evitar la trampa. El viejo pícaro se enfureció, cogió un puñado de vergas y me zurró durante un cuarto de hora. Se para y vuelve a mostrarse a mí

-Veis -me dice-, el escaso efecto que las mismas cosas que me gustan producen ahora en mis sentidos; mirad este miembro fláccido, nada consigue enderezármelo: para eso haría falta que yo os hiciese mucho daño.

-Y eso es inútil, mi príncipe -le digo-, porque vais a encontrar en seguida tres objetos deliciosos a los que podréis atormentar a vuestro gusto.

-Sí... pero vos sois bella... vuestro culo (y no dejaba de manosearlo) me gusta infinitamente; me gustaría excitarme con él.

Se libera, diciendo esto, de sus ropas, y deja sobre la chimenea un reloj de repetición enriquecido con diamantes, un estuche, una tabaquera de oro, su bolsa con doscientos luises y dos sortijas soberbias.

-Intentémoslo ahora dice-, mirad, aquí está mi culo, tenéis que pellizcarlo y morderlo fuertemente, excitándome con toda la elasticidad de vuestro puño. Bien ¯dice, en cuanto se dio cuenta de un pequeño cambio en su estado-; ahora acostaos boca abajo sobre ese canapé y dejadme que os pinche las nalgas con esta aguja de oro.

Me presto; pero al lanzar un grito furioso, y pareciendo que me desmayaba a la segunda herida, el desgraciado completamente aturdido, y temiendo disgustar al ministro por molestar en demasía a su amante, sale al momento para que me tranquilice. Echo sus ropas en la otra pieza, salto sobre los efectos preciosos, los meto en mi bolsa y me apresuro a reunirme con Saint-Fond, que me pregunta la causa de una vuelta tan rápida.

-No es nada -le digo-, pero mi rapidez en recoger las ropas del señor es la causa de que el dormitorio se haya cerrado, y la llave está dentro: son cerraduras inglesas que nadie puede abrir; puesto que el señor tiene todo lo que necesita, podemos dejar para otro momento la entrevista que desea.

Arrastro a mis dos convidados al jardín, donde todo está preparado para recibirles; el príncipe olvida sus efectos, se pone el traje que le presento y sólo piensa ya en sus placeres.

Hacía una noche deliciosa; estábamos bajo un bosquecillo de lilas y de rosas, mágicamente iluminado, sentados los tres en tronos sostenidos por nubes, que exhalaban los perfumes más deliciosos; el centro estaba ocupado por una montaña de las flores más raras, entre las cuales estaban los cuencos del Japón y los cubiertos de oró que debían servirnos. En cuanto estuvimos colocados, se abrió la parte alta del bosquecillo, y vimos aparecer en seguida, sobre una nube de fuego, a las Furias, que tenían encadenadas con sus serpientes a las tres víctimas que debían ser inmoladas en esta comida. Descendieron de la nube, ataron cada cual la que se le había confiado a arbustos cercanos a nosotros, y se prepararon a sernos útiles. Esta comida sin orden sólo debía ser servida según la voluntad de los convidados; se pedía lo que se pasaba por la cabeza, y las Furias lo servían al instante. Más de ochenta platos de diferentes especies son pedidos sin que se niegue uno sólo; diez tipos de vinos son servidos, y todo abunda, todo se sirve con profusión.

-Esta es una comida deliciosa -dice mi amante-. Espero, mi príncipe, que estéis satisfecho del debut de mi directora.

-Encantado -dice el sexagenario, al que la abundancia de los platos y licores espirituosos había trastornado de tal forma la cabeza, que casi no podía hablar-.

Realmente, Saint-Fond, vuestra Juliette es divina... ¡Pero qué culo más hermoso tiene!

--Olvidémoslo un momento -dice Saint-Fond-, para ocuparnos de los de estas Furias; ¿sabéis que los creo soberbios?

Y, a la simple señal de un deseo, estas tres diosas, representadas por tres de las más hermosas muchachas que habían podido encontrarme en París las ayudantes que había empleado, exponen al momento sus nalgas a los dos libertinos, que las besan, las lamen, las muerden a placer.

-¡Oh!, Saint-Fond -dice el príncipe-, hagámosnos azotar por estas Furias.

-Con ramas de rosas --dice Saint-Fond.

Y aquí están los culos de nuestros disolutos al aire, cruelmente azotados, con haces de flores y con las serpientes de estas harpías.

-¡Cuán lúbricos son estos extravíos! -dice Saint-Fond, volviéndose a sentar y mostrando su miembro al aire. ¿Se os pone tiesa, mi príncipe?

-No, -responde el desgraciado tullido-, nada de todo esto es bastante fuerte para mí: en cuanto estoy en un acto libertino, me gustaría que las atrocidades me rodeasen sin cesar; me gustaría que todo lo que es sagrado entre los hombres fuese turbado al instante por mí... que sus más rígidos lazos fuesen rotos por mis manos pérfidas.

-¿No amáis a los hombres, verdad, mi príncipe?

-Los aborrezco.

-No hay un solo momento en el día -respondió Saint-Fond-, en que no tenga el deseo más vehemente de hacerles daño: en efecto, no hay una raza más espantosa. ¿Es poderoso este hombre peligroso?, el tigre de los bosques no lo iguala en maldad. ¿Es desgraciado?, entonces, ¡cuántas bajezas, cuán vil y repugnante se vuelve! ¡Oh!, ¡a menudo me ocurre ruborizarme por haber nacido entre tales seres! Lo que me complace es que la naturaleza los aborrece tanto como yo, pues los destruye diariamente; me gustaría tener tantos medios como ella para aniquilarlos de la tierra.

-Pero vos, vos, respetables seres -interrumpí-, ¿creéis realmente que sois hombres? ¡Y!, ¡no, no!, cuando se es tan poco parecido a ellos, cuando se los domina con tanta fuerza, es imposible ser de su raza.

-Tiene razón -dice: Saint-Fond-, sí, nosotros somos dioses: ¿acaso no nos basta, como a ellos, formar un deseo para que sea satisfecho al momento? ¡Ah!, ¿quién duda de que, entre los hombres, haya una clase bastante superior a la especie más débil, para ser lo que los poetas llamaban en otro tiempo divinidades?

-En cuanto a mí, no soy Hércules, lo sé -dice el príncipe¯, pero me gustaría ser Plutón; querría estar encargado del cuidado de desgarrar a los mortales en el infierno.

-Y a mí -dice Saint-Fond-, me gustaría ser la caja de Pandora, a fin de que todos los males salidos de mi seno los destruyesen a todos uno por uno.

Aquí, se hicieron oír algunos gemidos; surgían de las tres víctimas encadenadas.

-Que las desaten dice Saint-Fond-, y que se muestren ante nosotros.

Las furias las desatan y las presentan a los dos convidados; y como era imposible unir más gracias a más bellezas, os dejo pensar cómo fueron cubiertas de lujuria en un momento.

-Juliette -me dice el ministro transportado-, sois una criatura encantadora; puede decirse con razón que vuestros intentos son golpes maestros; vamos a perder nos por estos bosquecillos, vamos a entregarnos, en la sombra y el silencio, a todo lo que el desvarío de nuestras cabezas pueda dictarnos... ¿Has hecho cavar algunas fosas?

-Casi al pie de todos los lugares que pueden ofrecer una sede a vuestras impurezas.

-Bien; ¿y no hay ninguna luz en los paseos?

-Ninguna; la oscuridad le va bien al crimen y gozaréis de él en todo su horror; vamos, príncipe, perdámonos por estos laberintos, y que nada detenga en ellos la impetuosidad de nuestros arrebatos.

Salimos al principio todos juntos, los dos libertinos, las tres víctimas y yo. A la entrada de un camino de arbustos, Saint-Fond dice que no podía ir más lejos sin fornicar; y cogiendo a la más joven de las muchachas, en menos de diez minutos, el villano hace saltar las dos virginidades; entretanto, yo excitaba al viejo príncipe, al que nada podía poner en erección.

-Así pues, ¿no jodéis vos? -le dice Saint-Fond, apoderándose de la segunda muchacha.

-No, no, desvirgad -dice el viejo disoluto-, me contentaré con vejaciones; dádmelas a medida que salgan de vuestras manos.

Y en cuanto tiene a la más joven de estas muchachitas, la atormenta de la manera más cruel, mientras que yo le chupo con todas mis-fuerzas. No obstante, Saint-Fond seguía desflorando, y, después de poner a la segunda en el mismo estado que la primera, se la entrega al príncipe y agarra a la de catorce años.

-¡Cómo me gusta fornicar así, en la oscuridad! ¨decía-, los velos de la noche son aguijones del crimen, ¡nunca se cometen mejor que en la sombra!

Saint-Fond, que todavía no había descargado, lo hizo en el culo de la mayor de las muchachas, y preguntando a continuación al príncipe a cuál quería inmolar, le cede la que acababa de hacerle descargar; y el viejo disoluto, provisto con todos los instrumentos necesarios para los suplicios que meditaba, se perdió con sus dos víctimas; y yo seguí a mi amante con la que debía recibir la muerte de sus manos. En cuanto estuvimos más o menos solos, le declaré el robo que había cometido; se rió mucho conmigo, y me aseguró que como, para ponerse en situación, el príncipe, siguiendo su costumbre, había ido al burdel antes de venir a la comida, no había nada más fácil que hacerle creer que lo había perdido todo en ese lugar.

-¿Sois amigo de ese hombre? -digo a Saint-Fond. -No soy amigo de nadie -me respondió el ministro-, trato con cuidado a este original hombre por cuestiones de política: no deja de contribuir a mi fortuna, y tiene mucha influencia junto al rey; pero si mañana cae en desgracia, me convertiré en el más ardiente de los que lo aplasten. Ha adivinado mis gustos, no sé cómo; ha querido compartirlos, he consentido y esos son todos mis lazos. ¿Es que no os gusta, Juliette?

-¡No puedo soportarlo!

-¡Por mi fe!, si no fuese por las razones de política que acabo de explicaron, os lo entregaría; pero lo perderé si queréis: me gustáis hasta tal punto, señora, que no hay nada que no haga por vos.

-¿No decís que le debéis favores?

-Algunos.

-Pues bien, ¿cómo, según vuestros principios, podéis mirarlo a la cara un solo momento?

-Dejadme hacer, Juliette, arreglaré todo esto.

Y, al mismo tiempo, Saint-Fond repitió todos sus elogios sobre la forma en que había yo dirigido esta fiesta.

-Estás -me dice- llena de gusto y de ingenio, y cuanto más te conozco, más necesidad siento de unirme a ti.

Era la primera vez que me tuteaba; me hizo ver este favor, concediéndome al propio tiempo el de usarlo con él.

-Te serviré toda mi vida, si quieres, Saint-Fond -respondí-, conozco tus gustos, los satisfaré, y, si tú deseas ligarte a mí todavía más, contentarás igualmente los míos.

- ¡Bésame, ángel celeste!, ¡mañana te serán enviados cien mil escudos: mira si te adivino!

Estábamos en estas, cuando una vieja pobre nos aborda para pedirnos limosna.

-¿Cómo es -dice Saint-Fond sorprendido-que han dejado entrar a esta mujer?

Y el ministro, al verme sonreír, entendió en seguida la broma...

-¡Ah!, bribona -me dice-, ¡es delicioso! Y bien, ¿qué deseáis? -continuó, aproximándose a la vieja.

-¡Ay!, una caridad, monseñor -respondió la infortunada-. Venid, venid a ver mi miseria.

Y cogiendo de la mano al ministro, lo llevó a una pobre barraca, iluminada con una lámpara que pendía del techo, y en la que dos niños, macho y hembra y de ocho a diez años todo lo más, reposaban desnudos sobre un poco de paja.

-Ved, ved esta triste familia -nos dice la pobre-, hace tres días que no tengo ni un trozo de pan para darles; dignaos vos, que tenéis fama de rico, darme algo para sostener su triste vida. ¡Oh!, monseñor, quienquiera que seáis, ¿conocéis al Sr. de Saint-Fond?

-Sí -respondió el ministro.

-¡Pues bien!, aquí veis su obra: hizo encerrar a mi marido; se ha apoderado del poco bien de que gozábamos; este es el cruel estado al que nos ha reducido desde hace más de un año.

Y, amigos míos, este es el gran mérito que yo tenía en la escena; todo era exactamente verdad: había descubierto a estas tristes víctimas de la injusticia y la rapacidad de Saint-Fond, y se las ofrecía realmente, para despertar su maldad.

- ¡Ah, bribona! -exclamó el ministro mirando fijamente a esta mujer-, sí, sí, lo conozco, y tú también debes conocerme... ¡Oh!, Juliette, ¡habéis puesto mi alma en un estado con esta hábil escena!... Y bien, ¿qué tenéis que reprocharme? Hice encerrar a vuestro inocente esposo, eso es verdad; hice todavía más, porque ya no existe... Vosotros os habíais escapado de mí, quiero trataros de la misma forma.

-¿Qué daño hemos hecho?

-El de tener un bien, a mi alcance, que no queríais venderme; al aplastaros, lo he tenido... Vos morís de hambre, ¿qué me importa?

-¿Y estos desgraciados niños?

-Hay diez millones de más en Francia: es prestar un servicio a la sociedad podar todo eso -y dándoles la vuelta con el pie-: ¡Hermoso grano para recoger!

Entonces, el criminal, a quien todo esto excitaba extraordinariamente, agarra al muchacho y lo da por el culo; después, apoderándose de la niña, la trata de la misma manera.

¡Vieja zorra! -dice entonces-, muéstrame tus arrugadas nalgas, necesito verlas para conseguir una descarga.

La vieja llora y se resiste; colaboro en los proyectos de Saint-Fond. Después de haber colmado de ultrajes a ese desgraciado culo, el libertino lo enfila, teniendo bajo sus pies a los dos niños, a los que aplasta mientras descarga en el culo de su madre, a la que salta la tapa de los sesos en el momento de la crisis. Y así dejamos este infortunio reducido a la nada, siempre con la pequeña víctima de catorce años, cuyas nalgas había besado durante la operación.

- ¡Y bien!, monseñor -le digo al salir de allí-, ibais a gozar del bien de esa familia con toda seguridad, y no podíais. Esta gente había encontrado apoyos, iban a organizar un escándalo; sé muy bien que os habríais burlado de eso, pero estas cosas siempre son desagradables; los he descubierto, los he engañado: ya os habéis deshecho de ellos.

Y en este punto, Saint-Fond, besándome, estaba en una embriaguez inconcebible.

- ¡Ah!, ¡cuán dulce es el crimen y cuán voluptuosas son sus consecuencias!... Juliette, no puedes creerte en qué estado ha puesto a mis sentidos la divina acción que acabas de hacerme cometer... Angel mío, mi único dios, dime lo que quieres que haga por ti.

-Sé que os gusta dejarme hablar del deseo de tener dinero: aumentaréis un poco la suma prometida.

-¿No era de cien mil escudos?

-Sí.

-¡Oh Juliette, te prometo el doble! Pero, ¿qué es esto...? -dice el ministro, asustado de dos hombres que avanzaban hacia nosotros pistola en mano-, tiemblo; no hay nadie más cobarde que yo... Señores, ¿qué deseáis?

-Vas a verlo -responde uno de estos hombres agarrando a Saint-Fond y atándolo a un árbol, con los panatones bajados hasta los talones.

-Pero, ¿qué pretendéis?

¯Enseñarte dice el hombre, armado con un puñado de vergas con que ya acariciaba el nalguero ministerial-, sí, criminal, enseñarte a tratar, como tú has hecho, a los pobres habitantes de la choza que dejas.

Y cuando éste ha dado trescientos o cuatrocientos golpes, que sólo han servido para empinar más la máquina enervada de Saint-Fond, el otro se acerca y perfecciona su éxtasis sodomizándolo con un miembro enorme. Cuando ha fornicado, azota; y cuando ha azotado, el primer flagelador lo da por el culo. Saint-Fond, entretanto, manosea las nalgas de la joven a la derecha y las mías a la izquierda; lo desatan, los hombres desaparecen y nosotros erramos de nuevo en las tinieblas.

- ¡Oh Juliette, no dejaré de decírtelo, eres divina!... Pero, ¿sabes que he- tenido mucho miedo? Es delicioso dar a dos nervios esta primera conmoción antes de imprimirles da de da voluptuosidad: estas son gradaciones que dos estúpidos ignoran y que no deberían ser conocidas más que por gente como nosotros.

-Así pues, ¿el miedo actúa con mucha fuerza sobre ti? -digo a Saint-Fond.

-¡Oh, prodigiosamente, querida mía! Soy el más Juan Lanas de todos dos seres, y do confieso sin da más mínima vergüenza. El miedo no es más que el arte de conservarse, y esta ciencia es da más necesaria para el hombre: es absurdo atribuir honor a no temer dos peligros; yo pongo el mío en temerlos todos.

- ¡Ah, Saint-Fond!, si el miedo tiene tal efecto sobre tus sentidos, ¡juzga el estado en que pones a das desgraciadas víctimas de tus pasiones!

-¡Y es do que me gusta! dice el ministro-, me gusta hacerles sentir esa especie de cosa que más cruelmente turba y trastorna mi existencia... Pero, ¿dónde estamos?... Tu jardín es enorme.

-Aquí estamos -digo-, ad borde de una de esas fosas preparadas para das víctimas...

-¡Ah! ¡Ah! -dice Saint-Fond, tanteando con da mano-; el príncipe tiene que haber inmolado aquí a una de das suyas: siento un cadáver.

-Saquémoslo -digo-, veamos quién es... No está muerta; es da más joven de das tres hermanas: sólo parece ahogada, y el criminal da había enterrado completa mente viva; hay que volverla a da vida, tendrás el placer de matar a dos.

Efectivamente, después de algunos socorros, esta desgraciada vuelve en sí, pero de es imposible decirnos do que el príncipe de hacía cuando perdió el concimiento. Las dos hermanas se abrazan llorando, y el bárbaro

Saint-Fond des declara que va a matarlas a das dos. Y en efecto procede a ello; pero teniendo muchas otras aventuras semejantes que contaros, prefiero echar un vedo sobre ésta, a correr el riesgo de caer en da monotonía. El monstruo había descargado en el culo de da más joven de estas desgraciadas, ad proceder a su último suplicio; echamos un poco de tierra sobre el agujero, y proseguimos.

-¡Oh!, ¡no hay acción tan voluptuosa como da de da destrucción! -me dice este insigne libertino-, no conozco otra que cosquillee más deliciosamente; no hay éxtasis semejante al que se siente ad entregarse a esta divina infamia: si todos dos hombres conociesen este

placer, da tierra se despoblaría en diez años. Querida Juliette, he reconocido, en do que acabamos de hacer, que amas el crimen tanto como yo.

Y convencí a Saint-Fond de que me excitaba quizás todavía más que a él. Mientras decía estas palabras vimos en el bosque, a da claridad de da duna que salía, una especie de pequeño convento.

-¿Qué es esto? -dice Saint-Fond-, ¿acaso pretendes ahogarme en voluptuosidades?

¯Realmente -digo- ignoro dónde estamos; llamemos.

Se presenta una vieja religiosa.

-Mi queridísima madre -de digo-, ¿podéis dar hospitalidad a dos viajeros que se han perdido?

¯Entrad -dice da buena mujer-, aunque esto sea un convento de religiosas, da virtud que imploráis no es extraña a nuestros corazones y nosotras da practicamos tan voluntariamente con vos como acabamos de hacerlo con un viejo señor de da corte que nos ha pedido do mismo; está con nuestras damas, que acaban de levantarse para maitines.

Comprendimos, por estas palabras, que el príncipe estaba allí: nos reunimos con él. Otra religiosa y seis pensionistas de doce a dieciséis años lo rodeaban. El viejo zorro, completamente cubierto con la sangre de su última víctima, empezaba ya a perder el respeto.

-Señor -dice a Saint-Fond la religiosa que nos encontramos arriba-, oponeos a las tentativas de este ingrato. Con insultos es como pretende agradecer la hospitalidad que le concedemos.

-Señora -dice el ministro-, mi amigo, que no es más moral que yo, detestando a la virtud como yo, no le gusta concederle ninguna recompensa; vuestras pensionistas me parecen extraordinariamente bonitas, y, o pegamos fuego a vuestro convento, o ¡por Dios!, violamos a las seis.

Y Saint-Fond, agarrando al momento a la más pequeña, llenando de puñetazos a las dos religiosas que quieren defenderla, la viola delante de nuestros ojos, por delante. ¿Qué puedo deciros, amigos míos?, pronto las otras cinco siguieron la misma suerte, con la diferencia de que Saint-Fond, temiendo que se le debilitase el instrumento, dejó los coños para perforar los culos. A medida que salían de sus manos, el príncipe se apoderaba de ellas y las fustigaba hasta hacerlas brotar sangre, alternando esta operación con besos sobre mis nalgas, a las que adoraba, decía él, por encima de todo. Saint-Fond, dueño de sí, no había descargado; se apodera de las dos religiosas, una de las cuales tenía sesenta años, se encierra con ellas en una celda vecina, y vuelve solo al cabo de una media hora.

-¿Has acabado con esas dueñas, amigo mío? -digo al ministro, al verle volver muy emocionado.

-Para ser los amos de la casa -nos dice- teníamos que desembarazarnos de estas guardianas; he comenzado por divertirme en esa celda: me gustan infinitamente los culos viejos; después, habiendo descubierto una escalera que llevaba hasta un pozo, las he tirado a él para que se refrescasen.

-¿Y qué vamos a hacer con estas pollitas? Espero que no las dejaremos con vida... -dice el príncipe.

Se cometieron nuevos horrores, que dejo una vez más velados; pero el convento fue devastado.

Los dos libertinos, habiendo descargado completamente con esta escena y viendo que el día estaba a punto de aparecer, desearon por fin retirarse. Una comida suntuosa, servida por tres mujeres desnudas, nos esperaba en mis habitaciones privadas; le hicimos un gran honor dada la necesidad que teníamos de ella. El príncipe quiso, con el permiso de mi amante, pasar unas horas en la cama conmigo; y Saint-Fond, en medio de dos de mis lacayos, se hizo joder el resto de la noche.

Las tentativas del viejo señor no hicieron correr demasiados riesgos a mi pudor; después de infinitos trabajos, llegó a introducirse un momento en el agujero de mi culo; pero engañando la naturaleza a su esperanza, el instrumento se dobló; el villano, que ni siquiera tuvo fuerzas para descargar, porque, decía él, había perdido semen dos veces en toda la partida, se durmió con la nariz en mi trasero.

En cuanto nos levantamos, Saint-Fond, más encantado que nunca conmigo, me dió un bono de ochocientos mil francos, a cobrar al instante del tesoro real, y se llevó a su amigo.

La historia de esta primera partida fue más o menos la de todas las demás, con episodios que mi fértil imaginación tenía buen cuidado en cambiar constantemente. Noirceuil se encontraba en casi todas, pero nunca volví a ver a personajes tan extraños como el príncipe.

Hacía tres meses que conducía esta barca inmensa con todo el éxito posible, cuando Saint-Fond me anunció que para el día siguiente tenía un crimen ministerial que cometer. ¡Crueles efectos de la política más bárbara! ¡Oh amigos míos!, ¿adivinaríais quién era la víctima?, el mismo padre de Saint-Fond, viejo de setenta años, respetable en todos los conceptos: le ponía trabas en sus asuntos, intentando que lo perdiesen; incluso lo perjudicaba en la corte, a fin de obligarlo a dejar el ministerio, creyendo, y con razón, que sería más ventajoso para este hijo criminal dejar el ministerio por sí mismo, que ser despedido. Esta conducta disgustó a Saint-Fond, quien, por otra parte, ganaba trescientas mil libras de renta con esta muerte, y la sentencia parricida fue pronunciada muy pronto. Noirceuil vino a explicarme de qué se trataba, y, como observó que este crimen me espantaba un poco, este es el discurso con el que trató de hacer desaparecer la atrocidad que mi debilidad suponía imbécilmente en él.

-El mal que creéis hacer al matar a un hombre, y aquél con que queréis agravarlo cuando se trata de un parricidio, me parece, querida, que es lo que debo combatir a vuestros ojos. No examinaré la cuestión bajo su primer aspecto: estáis por encima de los prejuicios que suponen que hay un crimen en la destrucción de un semejante (3). Este homicidio es simple para vos, porque no existe ningún lazo entre vuestra existencia y la de la víctima: sólo se complica cuando se refiere a un amigo; teméis el parricidio con que éste va a mancillarse: así pues, debo considerar la acción propuesta bajo este punto de vista.

¿Es el parricidio un crimen o no lo es?

(3) Por otra parte, este sistema se encuentra ampliamente desarrollado más tarde.

Por supuesto, si hay en el mundo una acción que yo crea legítima, es esta; ¿Y qué relación, por favor, puede existir entre aquel que me ha puesto en el mundo y yo? ¿Cómo queréis que me crea ligado por algún tipo de gratitud hacia un hombre, porque tuvo la fantasía de descargar en el coño de mi madre? No hay nada tan irrisorio como este imbécil prejuicio. Pero si no conociese a este padre, si me hubiese puesto en el mundo sin que yo me enterase ¿me lo indicaría la voz de la naturaleza?, ¿acaso no sería tan frío con él como con los otros hombres? Si este hecho es seguro, y creo que no puede dudarse de ello, el parricidio no añade nada al mal supuesto al homicidio. Si matase a un hombre que me hubiese dado la luz, sin conocerlo, seguramente no tendría ningún remordimiento por haberlo matado como padre: así pues, sólo cuando me dicen que es mi padre, me detengo o me arrepiento; ahora bien, os ruego que me digáis qué peso puede tener esta opinión para agravar un crimen y si es posible que ella cambie el impulso natural. ¡Qué!, ¿puedo matar sin remordimiento a mi padre si no lo conozco, y no puedo si lo conozco?, de manera que no tienen más que persuadirme de que un individuo al que acabo de matar es mi padre, aunque no lo sea, y héme entonces con remordimientos aplicados a una falsa noción. Ahora bien, si existen aunque la cosa no sea cierta, no podrían legítimamente existir cuando lo es. Si podéis engañarme sobre esto, mi crimen es una quimera; si la naturaleza no me indica, por sí misma, al autor de mis días, es que ella no quiere que yo sienta por él mas cariño del que me inspira un ser indiferente. Si el remordimiento puede ser aplicado de acuerdo con vuestra opinión, y vuestra opinión puede engañarme, el remordimiento es nulo; soy un loco al concebirlo. ¿Acaso conocen los animales a su padre, lo sospechan siquiera? ¿Motiváis mi agradecimiento filial por los cuidados que ese padre se ha tomado en mi infancia? Otro error. Al tomárselos, ha cedido a las costumbres de su país, a su orgullo, a un sentimiento que él, como padre, puede haber tenido por su obra, pero del que yo no tengo ninguna necesidad de concebir hacia el obrero; porque este obrero, ocupado únicamente en su placer, de ninguna manera pensaba en mí cuando le complació proceder, con mi madre, al acto de la creación: sólo se ocupaba de él y no veo que haya que formarse por esto sentimientos ardientes de gratitud. ¡Ah!, dejemos de hacernos durante más tiempo ilusiones sobre este ridículo prejuicio: no le debemos a aquel que nos ha dado la vida más que al ser más frío y más lejano nuestro. La naturaleza no nos indica absolutamente nada hacia él; digo más: no podría indicárnoslo; y la amistad no va mucho más allá; es falso que se ame al padre, es falso que se pueda siquiera amarlo; se le teme pero no se le ama; su existencia molesta, pero no complace; el interés personal, la más santa de las leyes de la naturaleza, nos impulsa invenciblemente a desear la muerte de un hombre del que esperamos nuestra fortuna; y bajo este aspecto, sin duda, no solamente sería muy sencillo odiarlo, sino, incluso mucho más natural aún, atentar contra su vida por la gran razón de que es preciso que a cada uno le llegue su hora, y que si mi padre ha gozado durante cuarenta años de la fortuna del suyo, y yo me veo envejecer, yo, sin gozar de la suya, seguramente y sin ningún remordimiento, debo ayudar a la naturaleza que lo olvida en este mundo y apresurar por todos los medios el goce de los derechos que me otorga y que sólo retrasa por un capricho que debo corregir en ella. Si el interés es la medida general de todas las acciones del hombre,, hay, pues, infinita-mente menos mal en matar a un padre que a otro individuo; porque las razones personales que tenemos para deshacernos de aquel que nos trajo al mundo deben ser siempre mucho más poderosas que las que tenemos para deshacernos de otra persona. Hay además en este punto otra consideración me-

tafísica que no debemos perder de vista: la vejez es el camino de la muerte; la naturaleza, al hacer envejecer al hombre, lo acerca a su tumba; el que mata a un viejo no hace, entonces, más que cumplir sus intenciones: esto es lo que hizo, en muchos pueblos, una virtud del asesinato de los viejos. Inútiles para la tierra a la que cargan con su peso, consumiendo un alimento que falta al más joven, o que éste último se ve obligado a pagar más caro a causa del excesivo número de consumidores, está demostrado que su existencia es inútil, que es peligrosa, y que no se puede hacer nada mejor que suprimirla. Así pues, no sólo no es un crimen matar a un padre, sino que además es una excelente acción; es una acción meritoria hacia uno mismo, al. que sirve, meritoria hacia la naturaleza, a la que descarga de un peso oneroso, y digna de elogio, porque supone un hombre bastante enérgico, bastante filósofo para preferirse, él que puede ser útil a los hombres, a ese viejo que sólo estaba ya olvidado. Así pues, vais a hacer una excelente acción, Juliette, al destruir al enemigo de vuestro amante, quien, sin duda, sirve al Estado tan bien como puede hacerlo; porque aunque se permita algunas pequeñas prevaricaciones, Saint-Fond no deja de ser por eso un gran ministro: le gusta la sangre, su yugo es duro, cree que el asesinato es útil para el mantenimiento de todo gobierno. ¿Se equivoca? Sila, Mario, Richelieu, Mazarino, todos los grandes hombres ¿han pensado acaso de diferente manera? Maquiavelo ¿dio otros principios? No lo dudemos; se necesita sangre sobre todo para el sostenimiento de los gobiernos monárquicos; el trono de los tiranos debe estar cimentado sobre ella, y Saint-Fond está lejos de hacer derramar toda la que debería correr... En fin, Juliette, conserváis a un hombre que, pienso, os hace gozar de un estado bastante floreciente; aumentáis la fortuna del que hace la vuestra: pregunto si debéis dudar.

¯Noirceuil -digo con desvergüenza-, ¿quién os ha dicho que dudase? Se me ha podido escapar un movimiento involuntario; soy joven, debuto en la carrera a la que me arrastráis: ¿algunos débiles desvíos deben asombrar a mis maestros? Pero pronto verán que soy digna de ellos. Que Saint-Fond se apresure en enviarme a su padre: estará muerto dos horas después de que haya entrado en mi casa. Pero, querido, hay tres clases de veneno en la cajita que me ha confiado vuestro amigo: ¿de cuál debo servirme?

-Del más cruel de todos, el que hace sufrir más -dice Noirceuil-, es un consejo más que tengo el encargo de darte, Saint-Fond quiere que su padre, al morir, sea castigado por las terribles intrigas que ha urdido para perjudicarlo, quiere que sus dolores sean espantosos.

-Lo comprendo -respondí-, dile que estará satisfecho. ¿Y cómo sucederá todo?

-Así será -dice Noirceuil:

En tu calidad de amiga del ministro, invitarás a ese viejo a cenar contigo; tu nota le hará comprender que quieres charlar con él con el deseo de conciliar todo, y porque tú misma apruebas las razones que él da para el retiro de su hijo. El viejo Saint-Fond vendrá, lo llevarán enfermo a su casa, su hijo se encarga de lo demás. Esta es la suma convenida por el crimen que aguarda: un bono de cien mil escudos sobre el tesoro ¿estás contenta, Juliette?

-Saint-Fond me da lo mismo por una fiesta -digo devolviéndole el papel-, dile que le serviré por nada. -Aquí hay un segundo bono por la misma suma dice Noirceuil-, estaba encargado de responder a la objeción, y ésta no disgusta a tu amante. Quiero que sea pagada, y pagada como lo desea, me dice todos los días, en tanto me muestre interés y yo satisfaga ese interés, estaré seguro de conservarla.

-Saint-Fond me conoce -respondí-, me gusta el dinero, no lo oculto, pero nunca le pediré más de lo necesario. Estos seiscientos mil francos son por la ejecución del proyecto; pido otro tanto para el día en que expire su padre.

-Los tendrás Juliette, puedes estar tranquila, te respondo de eso. ¡Oh, Juliette, cuán feliz es tu posición! Cuídala, goza y, si sabes conducirte bien, te convertirás, en poco tiempo, en la mujer más rica de Europa: ¡qué amigo te he dado para eso!

-Imbuida ya de tus principios, no te lo agradezco, Noirceuil; esta relación te da placer, tú mismo ganas con ella, es un orgullo para ti ser el amigo de una mujer cuyo lujo y crédito borran ya el de las princesas de la corte... Me daría vergüenza ir a la Opera como apareció ayer la princesa de Nemours: ni una mirada recibió, mientras que todos los ojos estaban fijos en mí.

-¿Y gozas con todo eso, Juliette?

¯Infinitamente querido; en primer lugar, ruedo sobre oro, lo que es para mí el primero de los goces. -Pero, ¿jodes?

¯Mucho; hay muy pocas noches en que no vengan a ofrecerme su homenaje lo mejor que tiene París en ambos sexos.

-¿Y tus crímenes favoritos?

-Siguen su camino, robo todo lo que puedo... hasta un escudo, como si me muriese de hambre.

-¿Y la venganza?

-Le doy la mayor importancia; el justo castigo del príncipe de X, que constituye la noticia del día, es únicamente obra mía; cinco o seis mujeres están en la Bastilla desde hace dos meses, por haber querido estar en mejor situación que yo.

A continuación entramos en algunos detalles sobre las fiestas que yo daba al ministro.

-No te ocultaré -me dice Noirceuil-, que pareces relajarte desde hace un tiempo; Saint-Fond se ha dado cuenta; en la última comida no había cincuenta platos. Sólo comiendo mucho se descarga bien -prosiguió Noirceuil- y nosotros los libertinos tenemos muy en cuenta la calidad y la cantidad del esperma. La glotonería halaga infinitamente todos los gustos que la naturaleza se ha complacido en darnos, y parece que nunca se tiene el miembro tan erecto y el corazón tan duro como cuando se acaba de hacer una comida suntuosa. También te aconsejo la elección de las muchachas: Saint-Fond, aunque lo que tú nos des sea muy bonito, no encuentra en ellas suficientes refinamientos. No puedes ni imaginarte hasta qué punto hay que llevar los refinamientos: queremos que la caza ofrecida sea no solamente de una excelente raza, sino además que posea todas las cualidades morales y físicas que puedan hacer su muerte interesante.

Respecto a eso, informé a Noirceuil sobre los excelentes medios que utilizaba; en lugar de seis, veinticuatro mujeres trabajaban ahora sin descanso, y todas ellas tenían un número parecido de mujeres corresponsales que recorrían las provincias; yo era la clavija maestra de todo eso, y con toda seguridad que me dedicaba a ello a fondo.

-Antes de que te decidas por un individuo -me respondió Noirceuil-, aunque esté a treinta leguas, haz por verlo, y no aceptes nunca más que lo que te parezca delicioso.

-Lo que me aconsejáis es muy difícil -respondí-, porque con frecuencia el individuo es robado antes de que me hayan hablado de él.

-Y bien -dice Noirceuil-, hay que robar veinte, para tener diez.

-¿Y qué haré con las no aceptadas?

-Te diviertes con ellas, las vendes a tus amigos... a alcahuetas; es lo que en tu condición se llama la vuelta *del bastón;* hay cien mil francos que ganar en eso al año.

-Sí, si Saint-Fond me pagase todos los individuos, pero sólo me paga los tres por comida.

-Lo animaré a que te pague todos.

-Será mucho mejor servido. Ahora Noirceuil -proseguí¨, entrad en algunos detalles que me son absolutamente personales. Conocéis mi cabeza: con tantos me dios para hacer el mal, podéis creer que me entrego por completo a ello; no es posible expresar ya lo que concibo, lo que imagino; pero, amigo mío, necesito vuestros consejos. ¿No estará Saint-Fond celoso de todos los extravíos a los que me entrego?

-Nunca -me dice Noirceuil-, Saint-Fond es demasiado razonable para no saber que tú debes entregarte a muchos defectos; sólo esta idea le divierte y me decía ayer: Temo que no sea lo bastante bribona.

- ¡Oh!, ¡en ese caso, que se tranquilice, amigo mío!, aseguradle que es difícil llevar más lejos el gusto por todos los vicios.

-Algunas veces -dice Noirceuil-, he oído preguntar si los celos eran una manía halagadora o desfavorable para una mujer, y confieso que nunca he dudado de que, este impulso al no ser más que personal, las mujeres no tenían nada que ganar con la acción que produce en el alma de sus amantes. No es porque se ame mucho a una mujer por lo que se está celoso, es porque se teme la humillación que originaría su cambio; y la prueba de que no hay más que puro egoísmo en esta pasión, es que no hay un sólo amante de buena fe que no convenga en preferir ver a su amante muerta que infiel. Es esta inconstancia, más que su pérdida, lo que nos aflige, y sólo nos tenemos en cuenta a nosotros en este acontecimiento. De donde concluyo que, después de la imperdonable extravagancia de enamorarse de una mujer, la mayor que se puede cometer sin duda es estar celoso. Este sentimiento es vergonzoso para ella, porque prueba que no se la estima; es penoso para uno mismo y siempre inútil, puesto que es un medio seguro de dar a una mujer las ganas de engañarnos el dejarle ver el temor que tenemos de que eso suceda. Los celos y el terror de los cuernos son dos cosas que dependen absolutamente de nuestros prejuicios sobre el goce de las mujeres; sin esa maldita costumbre de querer ligar imbécilmente, en este objeto, la moral con el físico, fácilmente nos liberaríamos de estos prejuicios. ¡Y qué!, ¿acaso no es posible acostarse con una mujer sin amarla, y no es posible amarla sin acostarse con ella? ¿Pero qué necesidad hay de que el corazón intervenga en lo que sólo es cuestión del cuerpo? Me parece que son dos deseos, dos necesidades muy diferentes. Araminthe tiene el cuerpo más hermoso del mundo, su rostro es voluptuoso, sus grandes ojos negros y llenos de fuego me prometen una amplia eyaculación de su esperma, cuando las paredes de su vagina o de su ano sean electrizadas vivamente con el frotamiento de mi verga; gozo con ella, te doy mi palabra. ¡Qué necesidad hay, por favor, de que los sentimientos

de mi corazón acompañen el acto que me somete el cuerpo de esta criatura! Una vez más, me parece que son cosas muy diferentes amar y gozar, y no sólo no es necesario amar para gozar, sino que incluso basta gozar para no amar. Porque los sentimientos de cariño se conceden a las relaciones de humor y de conveniencia, pero no se deben de ninguna manera a la belleza de un seno o al bonito torneado de un culo, y estos objetos que, según nuestros gustos, pueden excitar vivamente los afectos físicos, me parece, sin embargo, que no tienen el mismo derecho a los afectos morales. Para terminar con mi comparación, Bélise es fea, tiene cuarenta años, ni una sola gracia en toda su persona, ni un rasgo regular, ni un solo atractivo; pero Bélise tiene ingenio, un carácter delicioso, un millón de cosas que se encadenan con mis sentimientos y mis gustos: no tendré ningún deseo de acostarme con Bélise, pero no por eso dejaré de amarla con locura; desearé con todas mis fuerzas tener a Amarinthe, pero la detestaré cordialmente en cuanto la fiebre del deseo se me haya pasado, porque sólo he encontrado un cuerpo en ella y no cualidades morales que podían hacerla digna de los afectos de mi corazón. Por otra parte, no se trata de nada de esto aquí, y en las infidelidades que Saint-Fond te deja hacer, entra un sentimiento de libertinaje que merece una explicación muy diferente a la ofrecida. Saint-Fond goza con la idea de saberte en los brazos de otro; él mismo te pone en ellos, se excita viéndote así; multiplicarás sus goces con la extensión que des a los tuyos, y nunca serás más amada por Saint-Fond que cuando hayas hecho lo que te valdría el mayor odio de otro. Estos son extravíos de la cabeza que sólo conocemos nosotros, pero que no son menos deliciosos por ello.

-Me tranquilizáis -digo a Noirceuil-, ¿Saint-Fond amará mis gustos, mi espíritu, mi carácter, y no estará nunca celoso de mi persona? ¡Oh!, ¡cómo me consuela esta idea!, porque os lo confieso, amigo mío, la continencia me sería imposible, mi temperamento quiere ser satisfecho, al precio que sea. Con esta sangre impetuosa, con esta imaginación que vos me conocéis, con la inmensa fortuna de que gozo, ¿cómo podría resistirme a pasiones que cualquier cosa excita e inflama?

-Entrégate, Juliette, entrégate, es lo mejor que puedes hacer; pero, para el resto de los hombres, un poco de hipocresía, te exhorto a ello. Recuerda que, en el mundo, la hipocresía es un vicio esencial, para aquel que tiene la suerte de poseer a todos los otros; con artimañas y falsedad, se logra todo lo que se desee, pues no es vuestra virtud lo que el mundo necesita, sino solamente poder suponérosla. Para un par de ocasiones en que necesitéis esta virtud, habrá treinta en la que sólo necesitaréis la mascara: por lo tanto, sabed ponérosla, mujeres disolutas, pero solamente hasta la indiferencia del crimen, nunca hasta el entusiasmo de la virtud, porque el primer estado deja en paz el amor propio de los otros y porque el segundo lo irrita. Por otra parte, es fácil ocultar lo que se ama, sin estar obligada a fingir lo que se detesta; si todos los hombres fuesen viciosos con buena fe, la hipocresía no sería necesaria; pero, falsamente convencidos de que la virtud tiene ventajas, quieren mantenerla absolutamente por alguna parte. Hay que hacer como ellos y, para ganárselos, ocultar todo lo que se pueda de los defectos de uno bajo el manto de este viejo y ridículo ídolo, dispuesto a vengarse del homenaje forzado que se le presta con sacrificios más grandes al rival. Por otra parte, la hipocresía, al enseñar a engañar, facilita una infinidad de crímenes; se entregan a vos porque vuestro aire desinteresado les impone, y claváis el puñal con tanto menos trabajo cuanto menos capaz os creen de meterlo. Esta manera sorda y misteriosa de satisfacer así las pasiones hace su goce infinitamente

más vivo. El cinismo tiene algo excitante, lo sé, pero no os entrega, no os asegura las víctimas como la hipocresía; y después, la desvergüenza, los crapulosos desvíos del crimen no son realmente buenos más que en los actos de libertinaje. ¿Quién le impide al hipócrita entregarse a ellos dentro de su casa, cuando satisface su libertinaje? Pero se me confesará que, lejos de esto, el cinismo está fuera de lugar, es de mal tono y, al alejaros de la sociedad, nos pone fuera de condiciones de gozar de él. Los crímenes de libertinaje no son los únicos que presentan delicias: hay muchos llenos con otras muy interesantes, muy lucrativas, que la hipocresía nos asegura, y de los que nos alejaría el cinismo. ¿Había en el mundo una criatura más falsa, más hábil, más criminal que la Brinvilliers? Era a los hospitales a donde iba a hacer las pruebas de sus venenos, era bajo el velo de la piedad y de la buena acción como intentaba con impunidad los deliciosos medios de sus crímenes. Su padre le decía en el lecho de muerte a donde ella acababa de reducirlo mediante un brebaje envenenado: " ¡Oh mi querida hija, sólo lamento perder la vida por la imposibilidad en que estaré de hacerte todo el bien que yo desearía!" Y la respuesta de la hija fue una dosis mayor en el vaso de tisana que administraba al buen hombre (4). No había en el mundo una criatura más fina, más hábil; jugaba el papel de la devoción, iba a misa, daba incontables limosnas, y todo ello para asegurar sus crímenes; mucho tiempo actuó así sin ser descubierta, y quizás no lo hubiese sido nunca, sin su imprudencia y la desgracia de su amante (5). Que esta mujer te sirva de ejemplo, querida mía, no podría ofrecerte otro mejor.

(4) Ved las *Memorias de la marquesa de Frène,* el *Diccionario de los Hombres ilustrados,* etc.

(5) Se sabe que Saint-Croix, amante de la Brinvilliers, murió haciendo un veneno cuya receta se encontrará más adelante. Se había puesto una máscara de vidrio para evitar respirar las exhalaciones: la violencia del veneno rompió la máscara, y el químico expiró. La imprudente Brinvilliers reclamó al momento la cajita donde su amante encerraba sus otros venenos. Eso fue lo que la traicionó. A continuación, esta cajita fue llevada a la Bastilla, y lo que encerraba ha servido a todos los miembros de la familia de Luis XV. Esta famosa mujer fue convicta de haber envenenado igualmente a sus dos hermanos y a su hermana, y, en consecuencia, se le cortó la cabeza en 1976.

-Conozco toda la historia de esta famosa criatura -respondí-, y sin duda deseo ser digna de ella. Pero, amigo mío, me gustaría como modelo una mujer más cercana a mí; desearía que tuviese más edad, que me amase, que tuviese mis gustos, mis pasiones, y que, aunque nos excitásemos juntas, me permitiese todos los otros extravíos sin el menor celo: me gustaría que tuviese una especie de dominio sin, no obstante, intentar dominarme; que sus consejos fuesen buenos, que tuviese una infinita condescendencia hacia mis caprichos y experiencia en el libertinaje: sin religión y sin principios, sin costumbres y sin virtud, un espíritu ardiente, y el corazón helado.

-Tengo lo que deseas -me respondió Noirceuil-, es una viuda de treinta años, de una belleza extraña, criminal hasta el último extremo, que posee todas las cualidades que tú exiges y que te será de una gran ayuda en la carrera que acabas de comenzar. Me sustituirá en tu educación; porque ya ves que, separados como lo estamos, ya no podría seguirte con el mismo calor: Mme. de Clairwil, en una palabra, rica con millones, conoce todo lo que se puede conocer, sabe todo lo que se puede saber, y respondo de que es lo que te hace falta.

-¡Ah!, Noirceuil, ¡sois encantador! Pero, amigo mío, todavía no está todo: me gustaría devolver los consejos que voy a recibir; siento la necesidad de ser instruida tan vivamente como la de contribuir a una educación, y deseo una alumna con tanto ardor como una institutriz.

-¡Eh!, pero... mi mujer -dice Noirceuil.

-¡Qué! -respondí con entusiasmo-, ¿me confiaréis la educación de Alexandrine?

-¿Podría estar en mejores manos? Te la confiaré con toda seguridad: Saint-Fond desea que haga de ti su más íntima amiga.

-¿Y por qué se retrasa ese matrimonio?

-Por mi duelo demasiado reciente aún, una baja sumisión a indignos prejuicios, que yo adopto a causa de la costumbre y que desprecio en el fondo de mi corazón.

-Una cuestión más, amigo mío: ¿no tengo que temer, ante el ministro, de la rivalidad de la mujer cuya amistad me ofrecéis?

-Ni la menor cosa. Saint-Fond la conoció antes que a ti, se divirtió con ella; pero Mme. de Clairwil no cumpliría tus funciones, y no encontraría, lo sé, el mismo placer en hacerlas ejecutar.

-¡Ah! -exclamé-, ambos sois divinos, y vuestras bondades hacia mí serán calurosamente correspondidas por mis cuidados en servir vuestras pasiones. Ordenadme, ¡siempre me sentiré feliz de ser instrumento de vuestros libertinajes y el primer medio de vuestros crímenes!

No volví a ver a mi amante hasta la ejecución de la fechoría que debía cometer para él; la víspera me recomendaron de nuevo firmeza, y el buen viejo apareció. Utilicé todo el arte posible, antes de sentarnos a la mesa, para ponerle a bien con su hijo, y me asombré al ver que la cosa no sería quizás muy difícil. De golpe, cambié de baterías. No es la reconciliación lo que es necesario ahora, pensé en seguida; si ésta tiene lugar, pierdo la ocasión de un crimen que me excita mucho y doscientos mil francos prometidos para su ejecución: dejemos de negociar, actuemos. Administro la droga con la mayor facilidad; el viejo se desmaya, se lo llevan, y, al día siguiente, me entero con el mayor placer de que ha muerto en medio de horribles dolores.

Acababa de expirar cuando llegó su hijo para una de las comidas que hacía en mi casa dos veces por semana. El mal tiempo nos obligó a permanecer en el interior, y Noirceuil era el único convidado que había admitido ese día Saint-Fond. Les había preparado tres muchachitas de catorce a quince años, más bellas de lo que era posible ver en todo el mundo; un convento de la capital me las había proporcionado, y me costaban cien mil francos cada una; ya no dudaba en los precios, desde que Saint-Fond pagaba mucho mejor.

-Aquí tenéis digo, presentándoselas al ministro con qué consolaros de la pérdida que acabáis de sufrir.

-Me afecta muy poco, Juliette dice Saint-Fond, besando mi boca-, haría morir con gusto a quince criminales como ése por día, sin tener el menor remordimiento. No tengo otra pena que la de no haberle visto sufrir más; era un estúpido muy despreciable.

-Pero, ¿sabéis -digo- que no estaba lejos de la reconciliación?

-Habéis hecho bien en no seguir su partido. ¡Cuanto me hubiese pesado la existencia de ese canalla, si me hubiese visto obligado a soportar todavía su peso! Le reprocharé hasta la sepultura los terribles prejuicios que me obligó a aceptar; hubiese querido ver su cuerpo devorado por las culebras con que envenenó mis días.

Y, como para aturdirse, el libertino se puso en seguida manos a la obra; mis tres vírgenes fueron inventariadas. Sobre ellas no podían recaer críticas amargas: por te, familia, primicias, infancia, todo se encontraba en ellas; pero me di cuenta de que los dos amigos no se excitaban, y que nada complacía a estos insaciables; vi que no estaban contentos y que, sin embargo, no se atrevían a quejarse.

-Decidme, pues, lo que necesitáis, si estos objetos no os satisfacen -les digo-, porque estaréis de acuerdo conmigo en que me es imposible adivinar lo que puede valer más que esto.

-Nada más cierto -respondió Saint-Fond, que se hacía manosear inútilmente por dos de estas pequeñas-, pero Noirceuil y yo estamos agotados, acabamos de hacer horrores, y no sé lo que haría falta para despertarnos ahora.

-¡Ah!, si me contaseis vuestras proezas, quizás encontraríais en los detalles de esas infamias las fuerzas necesarias para cometer otras nuevas.

-Lo creo dice Noirceuil.

-Y bien; haced que se desnuden -dice Saint-Fond-, que Juliette se desnude igualmente y escuchadnos.

Dos de las jóvenes rodearon a Noirceuil: una lo chupaba, él lamía a la otra y manoseaba los dos culos; yo me encargo de excitar al orador, mientras que él golpea las nalgas de la tercera de las vírgenes; y estas son las atrocidades que nos reveló Saint-Fond:

-He llevado -nos dice- a mi hija a la casa de mi padre moribundo. Noirceuil estaba conmigo; nos hemos encerrado, con las puertas bien atrancadas; allí (y el miembro del disoluto se levantaba con esta confesión), digo, allí he tenido la voluptuosa barbarie de anunciar a mi padre que sus dolores eran obra mía; le he dicho que, siguiendo mis órdenes, lo había envenenado tu mano, y que se acostumbrase rápidamente a la idea de la muerte. Después, arremangando el vestido de mi hija, la he sodomizado ante sus ojos. Noirceuil, que me adora cuando cometo infamias, me fornicaba entretanto; pero el pícaro, viéndome que desvirgaba por el culo a Alexandrine, me sustituyó pronto en el puesto... y yo, acercándome al buen hombre, lo obligué a hacerme descargar mientras lo estrangulaba. Noirceuil se extasiaba durante este tiempo en el fondo de las entrañas de mi hija. ¡Cuántos goces! Yo estaba cubierto de maldiciones, de imprecaciones, *cometía un parricidio, un incesto, asesinaba, prostituid, sodomizaba!* ¡Oh Juliette, Juliette, nunca en mi vida había sido tan feliz! Mira en qué estaco me pone el relato de estas voluptuosidades, mira cómo se me excita igual que por la mañana.

El disoluto coge entonces a una de las muchachas, y, mientras que la mancilla por todas partes, quiere que Noirceuil y yo martiricemos a las otras ante su vista. Lo que inventamos es horrible; la naturaleza ultrajada en estas dos jóvenes actúa fuertemente en Saint-Fond, y el pícaro está listo para perder su semen, cuando, para recuperar sus fuerzas, se

retira prudentemente del culo de la novicia, para perforar los otros. Feliz por seguir conteniéndose, se adueña, ese día, de las seis virginidades, dejando a Noirceuil rosas abiertas. No importa, el disoluto se aprovecha de lo poco que se le da, y mi trasero así como el de Saint-Fond, le sirven de perspectiva todo el tiempo que tarda en fornicar; los besa, los acaricia, y recibe en su boca los pedos que nos divertimos en darle.

Comimos, fui la única admitida en los honores del festín, pero desnuda; las muchachas, puestas encima de la mesa boca abajo, nos iluminaban con velas que les habíamos metido en el culo; y como estas velas eran muy cortas y la comida muy larga, les habíamos quitado cualquier medio de moverse, y, al llenar su boca de algodón, les habíamos despojado del de aturdirnos con sus clamores. Este episodio divirtió infinitamente a nuestros libertinos, y, palpándoles a uno y a otro con mis manos, los encontré durante toda la comida en el mejor estado del mundo.

Noirceuil --dice Saint-Fond, mientras nuestras novicias se asaban-, explícanos, te lo ruego, con tu metafísica habitual cómo es posible llegar al placer, bien sea viendo sufrir a los otros, bien sea sufriendo uno mismo. -Escuchadme -dice Noirceuil-, voy a demostraros eso.

"El dolor, en definición de la lógica, *no es otra cosa que un sentimiento de aversión que el alma concibe, hacia algunos impulsos contrarios a la constitución del cuerpo que anima."* Esto es lo que nos dice Nicole, que distinguía en el hombre una sustancia aérea a la que llamaba alma y que diferenciaba de la sustancia material que nosotros llamamos cuerpo. En lo que a mí se refiere, que no admito esta edificación frívola y que no veo en el hombre más que una especie de planta absolutamente material, diré solamente que el dolor es una secuencia de pequeñas relaciones de los objetos extraños con las moléculas orgánicas de que estamos compuestos; de suerte que, en lugar de que los átomos emanados de estos objetos extraños se unan con los de nuestro fluido nervioso, como lo hacen en la conmoción del placer, les presentan en este caso ángulos, los aguijonean, los rechazan y no se encadenan nunca. Sin embargo, aunque los efectos sean repulsivos, siguen siendo efectos, y bien sea placer o dolor lo que se nos ofrece, siempre hay una conmoción segura sobre el fluido nervioso. Ahora bien, ¿qué impide que esta conmoción del dolor, infinitamente más viva y más activa que la otra, llegue a excitar .en este fluido el mismo abrazo que se propaga por la unión de los átomos emanados de los objetos del placer?, y conmovido para ser conmovido, ¿qué impide que con la costumbre yo me habitúe a encontrarme tan bien agitado por los átomos que rechazan como por los que unen? Hastiado de los efectos de aquellos que sólo producen una sensación simple, ¿por qué no habría de acostumbrarme a recibir igualmente placer de aquellos cuya sensación es *angustiosa?* Ambos golpes se reciben en el mismo lugar; la única diferencia que puede haber es que uno es violento, el otro dulce; pero, para las gentes hastiadas, ¿no vale el primero infinitamente más que el otro? ¿Acaso no vemos todos los días a gente que ha acostumbrado su paladar a una irritación que les complace, junto a otra gente que no podría soportar ni un solo momento esa irritación? ¿No es verdad entonces (una vez admitida mi hipótesis) que la costumbre del hombre, en estos placeres, es intentar emocionar a los objetos que sirven a su goce, de la misma manera en que se emociona él, y que estos procedimientos son los que, en la metafísica del placer, se llaman *efectos de su delicadeza?* Por lo tanto, ¿qué puede haber de extraño en que un hombre dotado de órganos como los que acabamos de describir, por los mismos procedimientos de su adversario y por los mismos principios de

delicadeza, crea que emociona al objeto que sirve a su goce por los medios con que él mismo es afectado? No está más equivocado que el otro, no hace más que lo que el otro hace. Las consecuencias son diferentes, estoy de acuerdo, pero los primeros motivos son los mismos; el primero no ha sido más cruel que el segundo, y ninguno de los dos comete una falta: ambos han utilizado sobre el objeto de su goce los mismos medios de que se sirven para conseguir placer.

Pero *eso no me complace,* responde a esto el ser agitado por una voluptuosidad brutal. Sea, queda por saber ahora si puedo obligaros a ello o no. Si no puedo, retiraos y dejadme; si, al contrario, mi dinero, mi crédito o mi posición me dan o alguna autoridad sobre vos o alguna seguridad de poder destruir vuestras quejas, sufriréis sin una palabra todo lo que me plazca imponeros, porque es preciso que yo goce, y porque sólo puedo gozar atormentándoos y viendo correr vuestras lágrimas. Pero en ningún caso os asombréis, me insultéis, porque yo sigo el impulso que la naturaleza ha puesto en mí, la dirección que me ha hecho tomar, y porque, en una palabra, al obligaros a mis voluptuosidades duras y brutales, las únicas que llegan a darme el colmo del placer, actúo por los mismos principios de delicadeza que el amante afeminado que no conoce más que las rosas de un sentimiento del que yo sólo admito las espinas; porque, al atormentaros, al desgrarraros, os hago lo único que me emociona, como lo hace, encoñando tristemente a su amante, el que sólo se agita con cosas agradables; pero esta delicadeza afeminada se la dejo a él, porque es imposible que pueda emocionar a órganos construidos con tanta fuerza como los míos. Sí, amigos míos prosiguió Noirceuil-, estad seguros de que es imposible que el ser verdaderamente apasionado por las voluptuosidades de la lujuria pueda mezclar la delicadeza con éstas; la delicadeza no es más que el veneno de estos placeres, y supone una repartición imposible para el que quiere gozar bien: todo poder compartido se debilita; es una verdad reconocida. Intentad hacer gozar al objeto que sirve a vuestros placeres: no tardaréis en daros cuenta de que sólo lo consigue a expensas vuestras; no existe una pasión más egoísta que la de la lujuria; no hay ninguna que quiera ser servida con más severidad; no hay que ocuparse más que de uno mismo cuando se excita, y no considerar nunca el objeto que nos sirve más que como una especie de víctima destinada al furor de esta pasión. ¿No exigen todas víctimas? ¡Y bien!, el objeto pasivo, en el acto de la lujuria, es el de nuestra pasión lúbrica; cuanto menos tenido en cuenta es, mejor se cumple el objetivo; cuanto más vivos son los dolores de este objeto, cuanto más completas son su degradación y su humillación, más completo es nuestro goce. No son placeres lo que hay que hacer sentir a este objeto, son impresiones lo que hay que producir en él; y al ser la del dolor mucho más viva que la del placer, es incontestable que vale más que, la conmoción producida sobre sus nervios por este espectáculo extraño, llegue a través del dolor que a través del placer. Esto es lo que explica la manía de esa masa de libertinos que, como nosotros, no llegan a la erección y a la emisión del semen más que cometiendo los actos de la más atroz crueldad, más que atiborrándose con la sangre de sus víctimas. Los hay que ni siquiera experimentarían la más ligera erección si no considerasen, en las angustias del dolor más violento, al triste objeto vendido a su lúbrico furor, si no fuesen ellos mismos las primeras causas de esas angustias. Quieren hacer sentir a sus nervios una conmoción violenta; saben que la del dolor será más fuerte que la del placer; la utilizan y la encuentran buena. Pero la belleza, me objeta un imbécil, enternece, interesa; invita a la dulzura, al perdón: ¿cómo resistirse a las lágrimas de una bonita muchacha que, con las manos juntas, implora a su verdugo? ¡Y!, es lo que se pretende, incluso es este estado del que el

libertino en cuestión obtiene su goce más delicioso: sería para lamentarse si actuase sobre un ser inerte que no siente nada; y esta objeción es tan ridícula como la de un hombre que me asegurase que nunca debemos comernos un cordero porque el cordero es un animal dulce. La pasión de la lujuria quiere ser servida, y exige, tiraniza; por lo tanto, debe ser satisfecha haciendo abstracción total de cualquier consideración. La belleza, la virtud, la inocencia, el candor, el infortunio, nada de esto debe servir de refugio al objeto que codiciamos. Al contrario, la belleza nos excita más; la inocencia, la virtud y el candor embellecen el objeto; el infortunio nos lo entrega, nos lo facilita: todas estas cualidades deben servir solamente para inflamarnos mejor, y deben ser consideradas por nosotros solamente como vehículos para nuestras pasiones. Por otra parte, hay en esto un freno más que romper: hay la especie de placer que proporciona el sacrilegio o la profanación de los objetos ofrecidos a nuestro culto. Esta bella muchacha es un objeto de homenaje para los imbéciles; al convertirla en el objeto de mis más vivas y duras pasiones, siento el doble placer de sacrificar a esta pasión un bello objeto, y un objeto digno del culto de los demás. ¿Se necesita estar pensando mucho tiempo en esto para llegar al delirio? Pero no tenemos constantemente en nuestras manos tales objetos; sin embargo, estamos acostumbrados a gozar por medio de la tiranía, y querríamos gozar así todos los días. ¡Y bien? Hay que saber obtener una compensación de otros pequeños placeres: la. dureza de alma hacia los desgraciados, el negarse a aliviarlos, la acción de sumergirlos uno mismo en el infortunio, si es posible, sustituyen de alguna manera a ese sublime goce de hacer sufrir a un objeto del libertinaje. La miseria de esos infortunados es un espectáculo que prepara ya la conmoción que estamos acostumbrados a recibir mediante la impresión del dolor; nos imploran, no los aliviamos: y casi tenemos ya conseguido el estremecimiento; un paso más, el fuego se enciende, nace de todos esos crímenes, y nada lleva con más seguridad al placer como la sal que tiene el crimen. Pero yo he cumplido mi tarea: me habéis preguntado cómo se puede llegar al placer sufriendo' o haciendo sufrir. Lo he demostrado teóricamente. Ahora convenzámonos por la práctica, y que los suplicios de estas señoritas sean, de acuerdo con la demostración, tan vivos, os lo ruego, como nos sea posible.

Nos levantamos de la mesa, y las víctimas, sólo por refinamiento, fueron cuidadas y refrescadas durante un momento. No sé por qué Noirceuil parecía esa noche más enamorado de mi culo que nunca; no podía dejar de besarlo, de alabarlo, de acariciarlo, de joderlo; me sodomizaba en todo momento; después retira bruscamente su miembro para dárselo a chupar a las muchachas; a continuación volvía, y me daba manotazos extraordinariamente fuertes en las nalgas y en los riñones; incluso se olvidó de excitarme el clítoris. Todo eso me calentaba prodigiosamente, y les debí parecer a mis amigos de un puterío increíble. Pero, ¿cómo satisfacerse con muchachas manoseadas o con dos libertinos agotados que apenas la tenían empinada? Les propuse hacerme joder por mis lacayos delante de ellos; pero Saint-Fond, lleno de vino y de ferocidad, se opuso diciendo que ya no sentía otra necesidad que la del tigre, y que, puesto que allí había carne fresca, había que darse prisa en devorarla. En consecuencia, luchaba con una fuerza terrible con los tres pequeños culos de estas encantadoras vírgenes: los pellizcaba, los mordía, los arañaba, los desgarraba; la sangre corría ya por todos lados, cuando, levantándose como un loco, su miembro pegado al vientre, se quejó amargamente de la imposibilidad en que se creía ese día de encontrar algo que pudiese hacer sufrir a las víctimas hasta el grado de sus caprichos.

-Todo lo que invento hoy -nos di e- está por debajo de mis deseos: por lo tanto, imaginemos algo que tenga a estas putas durante tres días en las más terribles angustias de la muerte.

- ¡Ah! -digo-, descargarías en ese intervalo y, una vez destruida la ilusión, las aliviarías.

-No perdono a Juliette -dice Saint-Fond- que me conozca tan mal en ese aspecto. Estás en un gran error, ángel mío, si crees que mi crueldad sólo se enciende en el fuego de las pasiones. ¡Ah!, me gustaría, como Herodes, prolongar mis ferocidades incluso más allá de la tumba; cuando me excito soy bárbaro hasta el frenesí, y cuando el semen ha corrido, cruel con sangre fría. Algo mejor, Juliette ¯prosiguió este insigne criminal¯, toma, si quieres, descargaré: comenzaremos el suplicio de estas zorras sólo cuando no haya más semen en los cojones, y entonces verás si soy más blando.

-Saint-Fond, vos os excitáis mucho -dice Noirceuil-, es lo único claro que veo en cuanto decís; se trata de lanzar el esperma y, si queréis seguir mis consejos, podemos proceder a ello en seguida. Soy de la opinión de sencillamente ensartar en un asador a estas señoritas, y, mientras ellas se queman vivas ante nuestros ojos, Juliette nos excitaría el miembro y nos haría regar con semen tres soberbios solomillos.

- ¡Oh santo Dios! -dice Saint-Fond, mientras frota su miembro con la sangre de las nalgas de la más joven y más bonita de las tres-, os juro que esta que tengo sufrirá más de lo que os imagináis.

-¿Y qué diablos le harás tú? -dice Noirceuil, que acababa de volver a introducirse en mi culo.

-Vas a verlo -dice aquel criminal.

Y con sus manos, parecidas a tablas de carnicero, le casca los dedos, le disloca todos los miembros, y la acribilla con más de mil golpes con la punta de un estilete.

-¡Y bien! -dice Noirceuil, que seguía dándome por el culo-, habría sufrido lo mismo asándola.

-También lo será -dice Saint-Fond-, pero al calcinar el fuego sus heridas, sufrirá mucho más que si la hubieseis asado completamente fresca.

-Vamos -dice Noirceuil- , estoy de acuerdo, hagamos lo mismo con esas bribonas.

Yo agarro a una, él coge a la otra, y, siempre dentro de mi culo, el pícaro la pone en el mismo estado que la martirizada por Saint-Fond. Yo lo imito, y pronto están las tres asándose en un fuego de infierno, mientras que Noirceuil, blasfemando contra los dioses del paraíso, descarga en mi trasero y mientras yo hago eyacular, a base de puñetazos, el semen de Saint-Fond sobre los cuerpos calcinados de estas tres desgraciadas víctimas de la más terrorífica lujuria. Las tres fueron arrojadas a un agujero. Nos pusimos a beber. Calentados con nuevos deseos, los libertinos quisieron hombres; mis lacayos aparecieron y se agotaron toda la noche en sus insaciables culos, sin llegar a excitarlos; y en esta sesión fue donde conocí mejor que nunca cuán cierto era que estos monstruos eran tan crueles a sangre fría como en el mayor fuego de sus pasiones.

Un mes después de esta aventura, Noirceuil me presentó la mujer que deseaba darme por amiga. Como su matrimonio con Alexandrine se retrasó una vez más a causa del due-

lo de Saint-Fond, y no quiero describiros a esta encantadora muchacha hasta que la haya poseído plenamente, vamos a ocuparnos de Mme. de Clairwil y de los arreglos que hice con esta mujer deliciosa para cimentar nuestra relación.

Noirceuil tenía razón al hacerme los mayores elogios de Mme. de Clairwil. Era alta, digna de ser pintada; era tal el fuego de sus miradas, que resultaba imposible mirarla fijamente a los ojos; unos ojos grandes y negros que imponían más que gustaban en general, el conjunto de esta mujer era majestuoso más que agradable. Su boca, un poco redonda, era fresca y voluptuosa; sus cabellos, negros como el azabache, le llegaban hasta sus piernas; su nariz, extrañamente bien cortada; su frente, noble y majestuosa; un gran seno, la piel más hermosa, aunque morena, las carnes firmes, llenas, las formas redondeadas: en una palabra, era el porte de Minerva con los atractivos de Venus. Sin embargo, bien porque yo fuese más joven, bien porque mi rostro tuviese en gracias lo que ella tenía de nobleza, yo gustaba más a todos los hombres. Ella sobrecogía, yo me contentaba con encadenarlos; ella exigía el homenaje de los hombres, y yo me lo apropiaba.

A estas gracias imperiosas Mme. de Clairwil unía una inteligencia muy elevada; era muy instruida, singularmente enemiga de los prejuicios... que había arranca do de sí en la infancia; era difícil que una mujer llevase la filosofía más lejos. Por otra parte, tenía muchos talentos: hablaba perfectamente el inglés y el italiano, representaba comedias como un ángel, danzaba como Terpsícore, sabía química, física, hacía bonitos versos, dominaba la historia, el dibujo, la música, la geografía, escribía como Sévigné, pero llevaba quizás un poco demasiado lejos todas las extravagancias del hombre culto, cuyas consecuencias eran en general un orgullo insoportable con aquellos a los que no elevaba a su altura, como yo... la única criatura, decía, en quien había hallado realmente inteligencia.

Hacía cinco años que esta mujer era viuda. Nunca tuvo hijos; los detestaba, y esto es una especie de pequeña dureza que, en una mujer, demuestra siempre insensibilidad: y podía asegurarse que la de Mme. de Clairwil era completa. Se jactaba de no haber vertido jamás una sola lágrima, de no haberse enternecido nunca por la suerte de los desgraciados. Mi alma es impasible, decía; desafío a que me afecte algún sentimiento, excepto el del placer. Soy dueña de los afectos de mi alma, de sus deseos, de sus impulsos; todo en mí está a las órdenes de mi cabeza; y esto es lo peor que puede haber -continuaba-, porque esta cabeza es detestable. Pero no me quejo de ella: me gustan los vicios, aborrezco la virtud; soy enemiga jurada de todas las religiones, de todos los dioses; no temo ni las desgracias de la vida, ni las consecuencias de la muerte; y aquel que se parece a mí, es feliz.

Con un carácter semejante, era fácil ver que Mme. de Clairwil no tenía más que aduladores y muy pocos amigos; no creía en la amistad más que en la bondad y tampoco en las virtudes más que en los dioses. Unid a esto enormes riquezas, una casa muy buena en París, otra deliciosa en el campo, todos los lujos, la mejor edad, una salud de hierro. O no hay felicidad en el mundo, o el individuo que reune todas estas cosas agradables puede jactarse de que la posee.

Mme. de Clairwil se abrió a mí desde el primer día con una franqueza que me asombró en una mujer que, como acabo de decir, estaba tan orgullosa de su superioridad; pero debo hacerle la justicia de confesar que nunca la tuvo conmigo.

-Noirceuil os ha descrito bien -me dice-; observo que tenemos la misma alma, el mismo carácter, los mismos gustos; estamos hechas para vivir juntas: unámonos, e iremos muy lejos; pero, sobre todo, desterremos todos los frenos, sólo están hechos para los tontos. Caracteres elevados, almas orgullosas, espíritus fuertes como los nuestros rompen todas esas tonterías populares riéndose de ellas; saben que la felicidad está más allá, la alcanzan con valentía, desechando las pequeñas leyes, las frías virtudes y las imbéciles religiones de esos hombres de barro que no parecen haber recibido la existencia más que para deshonrar a la naturaleza.

Unos días después, Clairwil, por quien yo comenzaba a estar chiflada, vino a comer a solas conmigo. En este segundo encuentro fue donde abrimos nuestros corazones, donde nos confiamos nuestros gustos, nuestros sentimientos ¡Oh!, ¡qué alma la de Clairwil! creo que si el vicio hubiese habitado en la tierra, nunca hubiese establecido su imperio más que en el fondo de esta alma perversa.

En un momento de mutua confianza, antes de sentarnos a la mesa, Clairwil se inclinó sobre mí; estábamos ambas en una alcoba de cristal, cómodamente tumbadas sobre unos cojines cuyos blandos plumones sostenían nuestras espaldas vacilantes; un día muy dulce parecía llamar al amor y favorecer sus placeres.

-¿No es cierto, ángel mío dice Clairwil besándome el pecho-, que dos mujeres como nosotras deben entablar amistad excitándose mutuamente?

Y la bribona, levantándome el vestido mientras decía eso, introducía ya su lengua encendida en lo más profundo de mi garganta... Los libertinos dedos alcanzan su meta.

-Está ahí -me dice-, el placer dormita sobre un lecho de rosas; ¿quiere mi tierno amor que lo despierte? ¡Oh Juliette!, ¿me permites que me abrace al fuego de los arrebatos que voy a encender en ti?

-Bribona, tu boca me responde, tu lengua llama a la mía, la invita a la voluptuosidad.

- ¡Ah!, devuélveme lo que te he hecho, y muramos de placer.

-Desvistámonos -digo a mi amiga-, los libertinajes de la voluptuosidad no son buenos más que cuando se está desnudo; no descubro nada de ti, y quiero verlo todo; desembaracémonos de estos velos inoportunos; ¿acaso no son ya demasiados los de la naturaleza? ¡Ah!, cuando excite en ti arrebatos, querría ver palpitar tu corazón.

- ¡Qué idea! -me dice Clairwil-, me pinta tu carácter; Juliette, te adoro; hagamos todo lo que quieras.

Y mi amiga se desnudó como yo; en ese momento, nos examinamos primero durante varios minutos, en silencio. Clairwill se inflamaba a la vista de las bellezas que me había prodigado la naturaleza. Yo no me cansaba de admirar las suyas. Nunca se vio un talle más hermoso, nunca un seno mejor sostenido... ¡Esas nalgas!, ¡ah Dios!, era el culo de la Venus adorada por los griegos: nunca vi uno tan deliciosamente moldeado. Yo no dejaba de besar tantos encantos, y mi amiga, prestándose al principio con gusto, me devolvía después centuplicadas todas las caricias con que yo la colmaba.

-Déjame hacer -me dice al fin, después de haberme tumbado en la otomana, las piernas muy abiertas-, déjame probarte, amada, que sé dar placer a una mujer.

Entonces, dos de sus dedos trabajaron mi clítoris, y el agujero de mi culo, mientras que su lengua, sumergida en mi crica, sorbía ávidamente el flujo que excitaban sus titilaciones. Nunca en mi vida había sido excitada de esa manera; descargué tres veces seguidas en su boca con tales transportes que creí desvanecerme. Clairwil, ávida de mi flujo, cambió, para la cuarta carrera, todas sus maniobras con tanta ligereza como habilidad. Esta vez introdujo uno de sus dedos en mi coño, mientras que con el otro agitaba mi clítoris, y su lengua dulce y voluptuosa penetraba en el agujero de mi culo...

-¡Cuánto arte... qué gusto! -exclamé- ¡Ah!, Clairwil, me vas a matar.

Y nuevos chorros de flujo fueron el fruto de los divinos procedimientos de esta voluptuosa criatura.

-¡Y bien! -me dice en cuanto me repongo-, ¿crees que sé excitar a una mujer? Las adoro: ¿cómo no iba a conocer el arte de darles placer? ¿Qué quieres, querida?, ¡soy una depravada! ¿Es culpa mía si la naturaleza me ha dado gustos contrarios a los de todo el mundo? No conozco nada tan injusto como la ley de mezclar los sexos para conseguir una voluptuosidad pura; ¿y qué sexo sabe mejor que el nuestro el arte de aguijonear los placeres, devolviéndonos lo que se hace, para deleitarse uno mismo haciéndonos lo que es propio? ¿No debe lograrlo él mejor que ese ser diferente de nosotras, que no puede ofrecernos más que voluptuosidades muy alejadas de las que exige nuestro tipo de existencia?

-¡Qué Clairwil!, ¿no te gustan los hombres!

-Me sirvo de ellos porque mi temperamento lo exige, pero los desprecio y los detesto; me gustaría poder inmolar a todos aquellos ante cuyas miradas he podido envilecerme.

-¡Qué orgullo!

-Es mi carácter, Juliette; a este orgullo uno la franqueza, es el único medio de que me conozcas en seguida. -Lo que dices supone crueldad; si deseas lo que acabas de expresar, lo harías si pudieras.

-¿Quién te dice que no lo haya hecho? Mi alma es dura y estoy muy lejos de creer que la sensibilidad sea preferible a la feliz apatía de que gozo. ¡Oh Juliette! ¯prosiguió mientras nos vestíamos-, quizás te equivocas sobre esa peligrosa sensibilidad con la que se honran tantos imbéciles.

La sensibilidad, querida, es el hogar de todos los vicios, como es el de todas las virtudes. Conduce a Cartucho a la horca, de la misma forma que inscribe en letras de oro el nombre de Tito en los anales de la bondad. Por ser demasiado sensibles nos entregamos a las virtudes; por serlo demasiado queremos las fechorías. El individuo privado de sensibilidad es una masa bruta, tan incapaz del bien como del mal y que sólo tiene de hombre el rostro. Esta sensibilidad, puramente física, depende de la conformidad de nuestros órganos, de la delicadeza de nuestros sentidos, y más que nada, de la naturaleza del fluido nervioso, en el que yo sitúo generalmente todos los afectos del hombre. La educación y, después de ella, la costumbre, adiestran en tal o cual sentido la parte de sensibilidad recibida de manos de la naturaleza; y el egoísmo... lo que cuida nuestra vida, viene a continuación a ayudar a la educación y a la costumbre para que se decidan por tal o cual elección. Pero la educación nos engaña casi siempre, en cuanto ha acabado, y la inflamación

causada sobre el fluido eléctrico en relación a los objetos exteriores, operación a cuyo efecto llamamos *pasiones,* impulsa a la costumbre al bien o al mal. Si esta inflamación es mediocre, en razón de la densidad de los órganos que se opone a una acción ejercida por el objeto exterior sobre el fluido nervioso, o de la poca velocidad con la que el cerebro le renvía el efecto de esta presión, o incluso de la poca disposición de ese fluido a ser puesto en movimiento, entonces los efectos de esta debilidad nos impulsan a la virtud. Si, al contrario, los objetos exteriores actúan sobre nuestros órganos fuertemente, si los penetran con violencia, si provocan una acción rápida en las partículas del fluido nervioso que circulan en la concavidad de nuestros nervios, en este caso, los efectos de nuestra sensibilidad nos impulsan al vicio. Si la acción es todavía más fuerte, nos arrastra al crimen, y definitivamente a las atrocidades, si la violencia del efecto alcanza su último grado de energía. Pero, bajo todos los aspectos, observamos que la sensibilidad no es más que mecánica, que todo nace de ella, y que ella es la que nos conduce a todo. Si observamos en una persona joven el exceso de esta sensibilidad, hagamos rápidamente su horóscopo, y convenzámonos de que esta sensibilidad acabará por llevarla un día al crimen; porque no es, como podría creerse, el tipo de sensibilidad lo que conduce al crimen o a la virtud: es su último grado; y el individuo en el que su acción es lenta estará dispuesto al bien, como es seguro que aquel en el que esta acción hace estragos se inclinará necesariamente hacia el mal, al ser el mal más excitante, mas atrayente que el bien. Así pues, hacia él deben dirigirse los efectos violentos, por el gran principio que acerca y junta siempre, en la moral y en lo físico, todos los efectos iguales.

Por consiguiente, es cierto que el procedimiento necesario, en semejante caso, frente a una persona joven a la que se está formando, sería debilitar esta sensibilidad, puesto que dirigirla es imposible. Quizás perderéis algunas virtudes al debilitarla, pero os ahorraréis muchos vicios, y, en un gobierno que castiga severamente todos los vicios, y que no recompensa nunca las virtudes, vale infinitamente más aprender a no hacer mal, que escoger hacer el bien. No hay absolutamente ningún peligro en no hacer el bien, pero lo hay en hacer el mal, antes de la edad en que se siente la obligada necesidad de ocultar aquel mal al que nos arrastra invenciblemente la naturaleza. Digo más: que lo más inútil del mundo es hacer el bien, y lo más esencial del mundo es no hacer el mal, no por uno mismo, pues la mayor de todas las voluptuosidades nace a menudo del exceso del mal, no por la religión, porque nada es tan absurdo como creer en la idea de un Dios, sino únicamente en relación a las leyes, porque, descubierta su infracción, por muy deliciosa que ésta pueda ser, nos arrastra siempre al infortunio cuando nos falta experiencia.

Por consiguiente, no habría ningún peligro en poner al joven individuo, cuya educación suponemos aquí, en tal estado de ánimo que nunca hiciese en verdad una buena acción, pero que, como recompensa, nunca imaginase una mala... al menos antes de la edad en que su experiencia le advierta de la necesidad de la hipocresía. Ahora bien, el procedimiento que habría que utilizar en semejante caso sería embotar radicalmente su sensibilidad, tan pronto como nos diésemos cuenta de que su excesiva actividad podría arrastrarlo al vicio. Porque, aun suponiendo que de la apatía a la que reduciríais su alma pudiesen nacer algunos peligros, esos peligros serán mucho menores que los que pudiesen nacer de su excesiva sensibilidad. Los crímenes cometidos, en el caso del endurecimiento de la parte sensitiva, lo serán siempre a sangre fría y por consiguiente el supuesto alumno tendrá tiempo de ocultarlos y de compaginar sus consecuencias, mientras que los cometidos

en la efervescencia lo arrastran, sin que tenga tiempo de prevenirlo, a los últimos excesos del infortunio. Los primeros serán quizás más sombríos, pero también más secretos, porque la flema con la que serán cometidos dará el tiempo suficiente para prepararlos sin tener que temer sus consecuencias; los otros, al contrario, cometidos con la cara al descubierto y sin reflexión, llevarán a su autor al cadalso. Y lo que debe preocuparos no es que vuestro alumno, convertido en hombre, cometa o no crímenes, porque, en realidad, el crimen es un accidente de la naturaleza cuyo instrumento voluntario es el hombre, de la que es preciso que sea juguete a pesar de sí mismo, cuando sus órganos lo fuerzan; sino que debe preocuparos, digo, el que este alumno cometa el delito menos peligroso, teniendo en cuenta las leyes del país que habita, de tal forma que si lo más inocuo es castigado y lo más terrible no lo es, hay que dejarle hacer lo más terrible. Porque, una vez más, no es del crimen de lo que hay que protegerlo, sino de la espada que cae sobre el autor del crimen; el crimen no tiene el menor inconveniente, pero el castigo muchos. Da exactamente igual para la felicidad de un hombre que cometa crímenes o no; pero es esencial para esa misma felicidad que no pueda ser castigado por los que haya hecho, de cualquier tipo o atrocidad que puedan ser los crímenes. Por lo tanto, el primer deber de un instructor sería dar al alumno que tiene a su cargo las facultades necesarias para que pueda entregarse al menos peligroso de los males, puesto que desgraciadamente, es demasiado verdad que tiene que inclinarse hacia uno o hacia otro; y la experiencia os demostrará fácilmente que los vicios que puedan nacer del endurecimiento del alma serán mucho menos peligrosos que los producidos por el exceso de sensibilidad y esto por la gran razón de que la sangre fría puesta en unos ofrece los medios de protegerse del castigo, mientras que está demostrado que es imposible que pueda escapar de él aquel que, al no haber tenido tiempo de preparar nada, se entrega ciegamente a la efervescencia de sus sentidos. De esta forma, en el primer caso, quiero decir al dejar a una persona joven toda su sensibilidad, hará algunas buenas acciones que hemos demostrado como inútiles; en el segundo, no hará ninguna buena, lo que no tiene el menor inconveniente; y la educación que le habéis dado no le hará cometer más que el tipo de infracción que pueda ser cometida sin peligro. Pero vuestro alumno llegará a ser cruel... ¿Y cuáles serán los efectos de esta crueldad? Con un poco de energía, consistirán en negarse constantemente a todos los efectos de una piedad que no admitirá la transformación que habréis dado a su alma. Hay muy poco peligro en esto: son algunas virtudes menos, pero la virtud es lo más inútil del mundo, puesto que es penosa para el que la ejerce y puesto que en nuestros climas no obtiene ninguna recompensa. Con un alma fuerte y vigorosa, esta crueldad puesta en práctica consistirá en algunos crímenes sordos, cuyas relaciones agudas inflamarán, mediante su frotamiento, las partículas eléctricas del fluido nervioso de sus nervios, y que quizás costarán la vida a algunos seres oscuros. ¿Qué importa?, al no haber alterado la efervescencia de su pasión las facultades de su juicio, habrá procedido en todo con tal misterio... con tal arte, que la antorcha de Thémis no podrá penetrar nunca en sus recovecos; por lo tanto, habrá sido feliz sin arriesgar nada: ¿no es esto todo lo que hace falta? No es el mal lo que es peligroso, sino su apariencia; y el más odioso de todos los crímenes, si está bien oculto, tiene infinitamente menos inconvenientes que la más mínima debilidad al descubierto. Ahora, dirigid los ojos al otro caso. Dotado del completo ejercicio de sus facultades sensitivas, el supuesto alumno ve un objeto que le conviene; los padres se lo niegan: acostumbrado a dar a su sensibilidad toda la amplitud posible, matará, envenenará todo lo que, rodeando a este objeto, pueda obstaculizar sus deseos y será ahorcado. Como puede

verse, en los dos casos, siempre supongo lo peor: no ofrezco más que un ejemplo de los peligros de una y otra situación, y dejo a la inteligencia la combinación de los otros datos. Si, cuando estén hechos vuestros cálculos, aprobáis, como no puedo dejar de creerlo, la extinción de toda sensibilidad en un alumno, entonces la primera rama que hay que podar del árbol es necesariamente la piedad. En efecto ¿qué es la piedad? Un sentimiento puramente egoísta que nos lleva a lamentar en los otros el mal que tenemos para nosotros. Presentadme un ser en el mundo que, por su naturaleza, esté exento de todos los males de la humanidad, y este ser no solamente no tendrá ninguna especie de piedad, sino que ni siquiera la concebirá. Una prueba mayor aún de que la piedad no es más que una conmoción puramente pasiva, impresa en el fluido nervioso, en razón o en proporción de la desgracia acaecida a nuestro semejante, es que siempre seremos más sensibles a esta desgracia si sucede ante nuestros ojos, aunque sea un desconocido, que a la desgracia que puede haber sentido a cien leguas de nosotros el mejor de nuestros amigos. ¿Y por qué esta diferencia, si no estuviese demostrado que este sentimiento sólo es el resultado físico de la conmoción del accidente sobre nuestros nervios? Ahora bien, yo pregunto, si un sentimiento semejante puede tener en sí mismo algo de respetable y si puede ser visto de otra forma que como debilidad. Además, es un sentimiento muy doloroso, puesto que sólo aparece en nosotros por una comparación que nos reduce a la desgracia. Por el contrario, su extinción produce un goce, ya que permite darse cuenta, a sangre fría, de un estado del que estamos exentos y entonces nos permite una comparación ventajosa... destructiva, si nos ablandamos hasta el punto de lamentar el infortunio, lo hacemos sólo por el cruel pensamiento de que, quizás mañana, puede ocurrirnos otro tanto. Afrontemos este desagradable temor, sepamos arrastrar sin miedo ese peligro por nosotros mismos, y ya no lo lamentaremos en los otros.

Otra prueba de que este sentimiento no es más que debilidad y pusilanimidad, reside en que afecta mucho más a las mujeres y a los niños que a aquellos cuyos órganos han adquirido toda la fuerza y la energía convenientes. Por la misma razón, el pobre, más cerca del infortunio que el rico, tiene de modo natural el alma más abierta a los males que ofrece a sus miradas la mano de la suerte; como estos males están más cerca de él, los compadece más. Por consiguiente, todo esto prueba que la piedad, lejos de ser una virtud, no es más que una debilidad nacida del temor y de la desgracia, debilidad que debe ser eliminada antes de nada, cuando se trabaja en embotar la excesiva sensibilidad de los nervios, enteramente incompatible con las máximas de la filosofía.

Estos son, Juliette, estos son los principios que me han llevado a esta tranquilidad, a este reposo de las pasiones, a este estoicismo que me permite ahora hacer y soportar todo sin emoción. Así pues, date prisa en iniciarte en estos misterios ¯prosiguió esta encantadora mujer, que todavía no sabía en qué punto estaba yo sobre todo esto-. Apresúrate a aniquilar esa estúpida conmiseración que te turbaría al menor espectáculo desgraciado que se ofreciese a tu vista. Una vez que hayas llegado a este punto, ángel mío, a través de continuas experiencias que te convencerán pronto de la extrema diferencia que media entre ti y ese objeto, de cuya triste suerte te lamentas, convéncete de que las lágrimas que derramases sobre este individuo no lo aliviarían y, sin embargo, te afligirían a ti; de que las ayudas que le prestases no podrían añadir realmente más que un placer insípido a tus sentidos, y que puede nacer otro muy vivo de la negación de tales ayudas. Persuádete de que sacar de la clase de la indigencia a los que han querido colocarse en ella es turbar el

orden de la naturaleza; que, enteramente sabia y consecuente en todas sus operaciones, tiene sus designios sobre los hombres, designios que no nos corresponde conocer ni contrariar; que sus intenciones respecto a nosotros se demuestran por la desigualdad de las fuerzas, seguida necesariamente por la de las fortunas y las condiciones. Considera ejemplos antiguos, Juliette; tu mente está llena de ellos: recuerda tus lecturas. Acuérdate del emperador Licinio, que, bajo las penas más rigurosas, prohibía toda compasión hacia los pobres y todo tipo de ayuda a la indigencia. Recuerda esa secta de filósofos griegos que sostenía que era un crimen querer turbar los matices establecidos por la naturaleza en las diferentes clases de hombres; y, cuando hayas llegado al mismo punto que yo, entonces deja de deplorar la pérdida de las virtudes producidas por la piedad; porque al no tener estas virtudes como base más que el egoísmo, no pueden ser respetables. Puesto que no existe ninguna seguridad de que hagamos bien sacando al desgraciado del infortunio en que lo ha colocado la naturaleza, es mucho más simple ahogar el sentimiento que nos hace sensibles a sus desgracias que dejarlo germinar, quizás con la aprehensión de ultrajar a la naturaleza si trastornamos sus intenciones con la compasión: entonces, lo mejor es ponernos en tal estado que sólo veamos ya esos males con indiferencia. ¡Ah!, querida amiga, si, como yo, tuvieses la fuerza de dar un paso más, si tuvieses el valor de encontrar placer en la contemplación de los males de otro, sólo por la satisfactoria idea de no experimentarlos uno mismo, idea que produce necesariamente una voluptuosidad segura, si pudieses llegar hasta ese punto, sin duda habrías ganado mucho para tu felicidad, puesto que habrías llegado a convertir en rosas una parte de las espinas de la vida. No dudes ni un momento de que los Denis, Nerón, Luis XI, Tiberio, Venceslas, Herodes, Andrónico, Heliogábalo, Retz, etc. (6), han sido felices por estos principios, y que si ellos pudieron hacer todas las atrocidades que hicieron sin temblar, no fue con toda seguridad más que porque habían llegado a encender la voluptuosidad en la llama de sus crímenes. Eran monstruos, me objetan los estúpidos. Sí, según nuestras costumbres y nuestra forma de pensar; pero con respecto a las grandes intenciones de la naturaleza sobre nosotros, no eran más que los instrumentos de sus designios; para que cumpliesen sus leyes, ella los dotó con esos caracteres feroces y sanguinarios. De esta forma, aunque parecía que ellos hacían mucho mal según las leyes humanas, cuyo fin es conservar al hombre, no hacían ninguno según las de la naturaleza, cuyo fin es destruir por lo menos tanto como crea. Al contrario, hacían un bien real, puesto que cumplían sus intenciones; de donde resulta que el individuo que tenga un carácter semejante al de estos pretendidos tiranos, o el que llegase a demostrar el suyo, no solamente evita grandes males, sino que incluso podría encontrar, en el cumplimiento de esos sistemas, la fuente de una voluptuosidad muy grande, a la que podría entregarse con tanto menos temor cuanto que estaría totalmente seguro de ser tan útil a la naturaleza, bien con sus crueldades bien con sus desórdenes, como el más honrado de los hombres con sus cualidades bienhechoras y con sus virtudes. Alimenta todo esto con acciones y ejemplos; mira con frecuencia a los infortunados; acostúmbrate a negarles ayuda, a fin de que tu alma se habitúe al espectáculo del dolor abandonado a sí mismo; atrévete a hacerte culpable, por tu cuenta, de algunas crueldades más atroces, y pronto verás que entre los males producidos que no te afectan y la conmoción de esos males que han hecho experimentar a tus nervios una vibración voluptuosa, aunque no fuese más que por la comparación del bien con el mal que tú has sacado de él, que ves toda en tu favor, aunque no fuese, digo, más que a causa de eso, no podrías dudar ni un momento. Entonces, tu sensibilidad se embotará inperceptiblemente; no habrás evitado

grandes crímenes, sino que al contrario, los habrás hecho cometer y los habrás cometido tú misma, pero habrá sido, al menos, con flema, con esa apatía que permite a las pasiones velarse y que, al ponerte en estado de prever sus consecuencias, te preserva de todos los peligros.

(6) Es del mariscal de quien se habla aquí.

- ¡Oh Clairwill, me parece que con esta manera de pensar, no te has arruinado con *buenas obras.*

-Soy rica -me respondió esta mujer extraordinaria-, hasta el punto de no saber bien lo que tengo. ¡Y bien!, Juliette, te juro que preferiría tirar mi dinero al río antes que emplearlo en lo que los tontos llaman limosnas, plegarias o caridades: creo que todo esto es muy perjudicial para la humanidad, fatal para los pobres, cuyas energías absorben tales costumbres, y todavía más peligroso para el rico, que cree haber adquirido todas las virtudes cuando ha dado unos escudos a curas o a holgazanes, medio seguro de cubrir todos sus vicios animando los de los otros.

-Mujer adorable -digo a mi amiga-, si conoces mi puesto ante el ministro, debes imaginarte que mi moral, respecto a todos los temas de los que me acabas de hablar, no es mucho más pura que la tuya.

¯Con toda seguridad -me dice-, sé todos los servicios que prestas a Saint-Fond. Siendo amiga suya, así como de Noirceuil, desde hace mucho tiempo, ¿cómo no iba a conocer los excesos a los que se entregan esos dos criminales? Tú los sirves, yo te alabo; los serviría yo misma en caso de necesidad; me basta que esos extravíos sean criminales para adorarlos. Pero también sé, Juliette, que al trabajar mucho por los otros, sólo haces muy poco por ti misma, y dos o tres robos no son hechos con la suficiente fuerza como para que no necesites todavía ejemplos y lecciones: así pues, déjame que te anime y te impulse a más grandes acciones, si realmente quieres ser digna de nosotros.

- ¡Ah! -digo-, ¡cuánta estima y amistad te debo por tales cuidados! Sigue con ellos, y estoy segura de que en ninguna parte encontrarás una escolar más sumisa. No hay nada que yo no emprenda contigo, nada que no imagine, guiada por tus consejos; y voy a poner todas mis pretensiones para el futuro en la firme ambición de sobrepasar un día a mi maestra. Pero, querida mía olvidamos nuestros placeres; yo los he recibido divinos de ti, y tú todavía no me has permitido devolvértelos: ardo en deseos de hacer pasar a tu alma una parte de esta llama divina con la que acabas de abrasarme.

-Juliette, eres deliciosa, pero soy demasiado vieja para ti: ¿has pensado que tengo treinta años? Hastiada de las cosas ordinarias, necesito refinamientos tan groseros, episodios tan fuertes... Necesito tantos preliminares para excitarme, tantas ideas monstruosas, tantas acciones obscenas para que descargue... Mis costumbres te aterrorizarán; mi delirio te escandalizará; mis exigencias te cansarán...

Después, mientras sus hermosos ojos se llenaban de fuego y sus labios se cubrían con la espuma de la lubricidad

-¿Tienes mujeres aquí? -me dice-, ¿son lascivas?... Bonitas, eso me da lo mismo; sólo me calentaré contigo pero al menos quiero que esas criaturas sean bien zorras, impúdicas,

pacientes, enérgicas, que juren increíblemente, y que sólo desnudas lleguen hasta mí. ¿Cómo puedes hacerme ver semejantes mujeres?

¯No tengo aquí más que cuatro ¯respondí- para mis más apremiantes necesidades.

-Son muy pocas: rica como eres, cada día deberían estar a tus órdenes al menos veinte mujeres, y deberías renovarlas cada semana. ¡Ah!, ¡cómo necesitas que te enseñe a gastar el dinero con que te cubres! ¿Acaso eres avara? No estaría mal. Yo idolatro el oro hasta el punto de haberme excitado ante la inmensidad de luises que amaso, y eso en la idea de que puedo hacerlo todo con las riquezas que están ante mi vista. Así pues, encuentro muy sencillo que se tenga el mismo gusto, pero sin embargo, yo no quiero negarme nada; los tontos son los únicos que no comprenden que se pueda ser avaro y pródigo a la vez, que se pueda tirar la casa por la ventana para los placeres de uno y negarse a todo para buenas obras... Vamos, haz que vengan tus cuatro mujeres, y sobre todo varas, si quieres verme descargar.

- ¡Varas!, ¿es que acaso azotas, querida mía?

- ¡Ah!, ¡hasta hacer brotar sangre, mi amor!... E igualmente recibo. No hay una pasión más deliciosa para mí; no hay ninguna que inflame con más seguridad todo mi ser. Nadie duda hoy de que la flagelación pasiva es de la mayor efectividad para devolver el vigor apagado por los excesos de la voluptuosidad. Por lo tanto, no hay que asombrarse de que toda la gente agotada por la lujuria busque ávidamente en la dolorosa operación de la flagelación el soberano remedio para el agotamiento, para la debilidad de sus riñones y para la pérdida total de sus fuerzas, o para un físico frío, vicioso y mal organizado. Esta operación da necesariamente a las partes relajadas una conmoción violenta, una irritación voluptuosa que se apodera de ellos y los hace lanzar el semen con infinitamente más fuerza: el agudo sentimiento del dolor de las partes golpeadas nos hace más sutiles y precipita la sangre con más abundancia, atrae los sentidos dando a las partes de la generación un calor excesivo, por último proporciona al ser libidinoso que busca el placer el medio de consumar el acto de libertinaje, a pesar de la misma naturaleza, y de multiplicar sus goces impúdicos más allá de los límites de esta naturaleza madrastra. Respecto a la flagelación activa, ¿puede haber en el mundo una voluptuosidad mayor para seres endurecidos como nosotros? , ¿hay alguna que dé mejor la imagen de la ferocidad, que satisfaga más, en una palabra, esa inclinación a la crueldad que hemos recibido de la naturaleza?... ¡Oh Juliette!, someter a esta degradación a un objeto joven, interesante y dulce, y que tenga la mayor cantidad de afinidades posible con nosotros, hacerle experimentar duramente esta forma de suplicio, cuyos alcances tienen todos por emblema la voluptuosidad, divertirse con sus lágrimas, excitarse con sus penas, exaltarse con sus saltos, inflamarse con sus brincos, con esos *retorcimientos* (7) voluptuosos que arranca el dolor de la víctima, hacer correr su sangre y sus lágrimas, encarnizarse con ellas, gozar sobre su bonito rostro de las contorsiones del dolor y de los juegos musculares impresos por la desesperación, recoger de su lengua esos chorros púrpura que tan bien contrastan con el tinte de los lirios de una piel suave y blanca, aparentar que te calmas un momento para aterrorizar a continuación con nuevas amenazas, y no realizar las amenazas más que con otros refinamientos más ultrajantes y más atroces todavía, no ahorrar nada dé cólera, y recorrer con la misma rabia las partes más delicadas, las mismas que la naturaleza parece haber creado para homenaje sólo de los tontos, como el pecho o el interior de la vagina, como el mismo rostro. ¡Oh, Juliette, qué delicias! ¿No es de alguna manera invadir los derechos del verdugo?, ¿no es

desempeñar su papel?, ¿y esta sola idea no basta para determinar invenciblemente la eyaculación del esperma en seres que, hastiados como nosotros de todas las cosas ordinarias y simples, necesitan esos sabios refinamientos para reencontrar lo que los excesos les ha hecho perder? Que no te sorprenda semejante gusto en una mujer. El mismo Brantôme, del que acabamos de tomar una expresión, nos habla con candor e ingenuidad de diferentes ejemplos que apoyan estas máximas (8). Había -dice él-, una dama de mucho mundo, tan hermosa como rica, y viuda desde hacía varios años, a la que nadie igualaba en la corrupción de las costumbres. Rodeada de jóvenes muchachas de compañía, siempre extremadamente bellas, se complacía en hacerlas desnudar y en golpearlas con su mano, sobre las nalgas, lo más fuerte que podía. Les inventaba faltas con el fin de tener el derecho de castigarlas: entonces, las azotaba con varas y hacía consistir toda su voluptuosidad en verlas agitarse bajo sus golpes; cuanto más se movían, más se lamentaban, más sangraban, más -lloraban, más feliz era la puta. Algunas veces se contentaba con arremangarlas el vestido, en lugar de ponerlas desnudas, encontrando en el acto de levantar y sujetar sus faldas más placer aún que en la excesiva facilidad ofrecida por su completa desnudez.

(8) Tomo *I* de las *Vidas de las Damas galantes* de *su* tiempo, edición en Londres, 1666, in-12. *Quizás* tendríamos que haber *col* piado literalmente al autor citado; dos razones *nos lo* han impedido: la primera es que *las* citas siempre forman abigarramientos desagradables; la segunda, que Brantôme no ha hecho más que esbozar *lo* que nosotros hemos querido pintar con más fuerza, sin alejarnos, no obstante, de la verdad.

(7) Expresiones de Brantóme, en el mismo artículo, que se va a citar en seguida.

Un gran señor -dice un poco más lejos- experimenta también el mismo placer en fustigar extrañamente a su mujer o desnuda o remangada.

Una madre -añade el mismo autor- azotaba regularmente a su hija dos veces al día, no por alguna falta que hubiese cometido, sino por el placer de contemplar la en este dolor. Cuando la joven alcanzó la edad de catorce años, inflamó de tal manera la concupiscencia de su madre, que ésta se pasaba cuatro horas al día fustigándola cruelmente.

-Pero -prosiguió Clairwil- si nos contentásemos con nuestros anales, ¡cuántos modelos más interesantes encontraríamos en ellos sobre este tema!, y tu amigo Saint-Fond, que no pasa un solo día sin azotar a su hija, ¿no podría coronar acaso nuestras modernas investigaciones?

-He sido la víctima de ese gusto -respondí-, y a pesar de eso, lo comprendo hasta el punto de adoptarlo quizás un día, siguiendo tu ejemplo. ¡Oh sí!, Clairwil, tendré todos tus gustos, quiero identificarme contigo ¡ya no puede haber felicidad en el mundo para Juliette hasta que no haya aprendido todos tus vicios!

Entraron las cuatro mujeres: estaban desnudas, como había deseado mi amiga, y le ofrecían con toda seguridad uno de los más hermosos conjuntos de lubricidad que sea posible ver. La mayor no tenía todavía dieciocho años, la más joven quince: era difícil ver cuerpos más hermosos y rostros más agradables.

-Están bien -dice Clairwil, examinándolas por encima.

Y como cada una traía un puñado de varas, Clairwil las cogió y puso a las cuatro cerca de ella.

-Acercaos -dice a continuación a la más joven (visitó a una tras otra por orden de edad)-, sí, acercaos, y prosternándoos a mis pies pedid humildemente perdón por las tonterías que hicisteis ayer.

-¡Oh!, señora, no hice ninguna.

Un enérgico bofetón fue la respuesta de Clairwil.

-Os digo que hicisteis tonterías, y os ordeno que me pidáis perdón de rodillas.

-Y bien, señora -dice la pequeña obedeciendo-, os lo pido de todo corazón.

-No os concederé ese perdón hasta que hayáis sido castigada; levantaos y venid a ofrecerme humildemente vuestras nalgas.

Entonces Clairwil, que había frotado ligeramente el bonito culo con la palma de su mano, le aplica una bofetada tan fuerte que sus cinco dedos quedaron señalados. Las lágrimas empezaron a correr sobre las hermosas mejillas de esta pobre niñita, que al no haber sido prevenida y al no haber experimentado nunca nada semejante, se encontraba dolorosamente afectada por esta recepción. Clairwil la examina y le chupa los ojos en cuanto ve lagrimas en ellos; los suyos lanzaban llamas, su respiración se hacía cada vez más agitada, su bello seno, al moverse de excitación, parecía seguir las palpitaciones de su corazón. Metió su lengua en la boca de esta muchacha, la chupó durante mucho tiempo, después, animándose todavía más con esta segunda caricia, le aplicó una segunda bofetada sobre el culo, más fuerte que la primera.

-Sois una putilla -le dice-, ayer os sorprendí excitando vergas, y no soportaré que ultrajéis las buenas costumbres hasta ese punto... Me gustan las costumbres, deseo el pudor en una joven.

-Os respondo, señora...

-Vamos, ni una excusa, zorra -interrumpió Clairwil dando un enérgico puñetazo en los costados de la joven-; culpable o no, es necesario que os veje y me divierta. Pequeños seres tan despreciables como vos sólo son buenos para los placeres de una mujer como yo.

Y diciendo esto, Clairwil pellizca sobre las partes más carnosas de su bonito cuerpecito, hasta el punto de hacerla gritar; y, en cuanto la desgraciada lanzaba un grito, nuestra libertina lo ahogaba al paso recogiéndolo en su boca. Su cólera aumentó; entonces, las palabras mas sucias y más crapulosas, los juramentos más infames, exhalaron de sus labios impuros; eran entrecortados como suspiros; inclinó a la víctima sobre el canapé, examinó lúbricamente su trasero, lo entreabrió, metió su lengua, después, volviendo a las nalgas, las mordió en cuatro sitios diferentes, lo que la joven no soportó sin saltos y brincos que divertían mucho a mi amiga y que excitaban en ella esas risas malvadas que salen más bien de la ferocidad que de la alegría.

-Vamos, jodida bribona, ¡vas a ser azotada! -le dice-, sí, sagrado bribón de Dios, voy a zurrarte, deseando que cada uno de los golpes que recibas de mi mano deje sobre tu villano culo huellas imborrables.

Entonces, cogiendo un puñado de varas, hace levantarse a la joven, le enlaza el cuerpo con su brazo izquierdo, y metiéndole una rodilla en el vientre, le hace ofrecer el culo en

la más hermosa posición; lo examina un momento en este estado; después, comenzando a zurrar con su mano derecha, sin preparativos, sin miramientos, aplica primero veinticinco golpes que mancillan ese culo fresco y de color de rosa de tal forma que ya no se veía ni una sola parte que no estuviese cubierta de cardenales. Entonces, llama a las otras tres mujeres una detrás de otra, hace que cada una de ella le meta la lengua en la boca, ordenándolas, a medida que se hace besar, que le manoseen con fuerza las nalgas, que le exciten el agujero del culo y que llenen de elogios la operación que ella hace, sobre todo denunciándola algunas nuevas faltas de .a delincuente. Yo pasé después de las tres muchachas y la besé de la misma manera, socratizándola, aprobando el suplicio que ella imponía a la víctima y alimentando su rabia lúbrica con una sarta de calumnias sobre esta infortunada. Cuando la besé, quiso que le llenase la boca de saliva, y se la tragó; volviendo a continuación a la obra, aplicó, en esta segunda sesión, el doble de golpes que había propinado en la otra; después, en seguida, una tercera sesión, que elevó a ciento cincuenta el número de golpes recibidos. El culo de la muchacha más joven estaba cubierto de sangre; ordena a las otras tres mujeres que laman esa sangre y que se la entreguen en la boca; y en cuanto a mí, me besó, devolviéndome toda la sangre que ella había recibido.

-Juliette -me dice-, la fiebre del delirio se apodera de mis sentidos; te prevengo de que tus otras tres zorras van a ser azotadas con más fuerza.

Lame a la pequeña, y se hace pasar ligeramente la lengua por el coño y el culo.

-Vamos -dice a la segunda, designando a la que seguía en edad-, ¡vamos, avanza, puta!

Esta, aterrorizada por lo que acababa de hacer a su compañera, se echa hacia atrás en lugar de obedecer. Pero Clairwil, que no estaba de humor para concederle la gracia, la atrae con fuerza hacia ella con un brazo y la abofetea un montón de veces. La joven se echa a llorar.

- ¡Bien! -dice Clairwil-, eso es lo que me gusta.

Y como esta encantadora criatura, de dieciséis años, tenía ya el pecho bastante hermosamente formado, se lo apretó hasta el punto de hacerla gritar; después, besándola en seguida, la mordió hasta dejarle marcas. -Vamos -le dice, jurando-, veamos vuestro culo.

Y como le pareció delicioso, no pudo dejar de decir, antes de golpearlas:

-*¡Ah!, ¡qué hermosas nalgas!*

La misma superioridad que las concedía la obligó a nuevos homenajes: se curva, besa el sublime trasero y acaricia el agujero, le da la vuelta, hace otro tanto con el clítoris y vuelve prontamente al culo. Pero no son bofetadas lo que aplica esta vez, son enérgicos puñetazos lo que distribuye y extiende desde las piernas hasta los hombros, de tal forma que en un momento vuelve negras las partes tan blancas de este hermoso cuerpo.

-¡Santo Dios! -exclama-, ¡me excito!, esta zorrilla tiene uno de los culos más hermosos que yo haya visto en mi vida.

Coge las varas y se pone a fustigar extraordinariamente; pero, al cabo de algunos golpes, utiliza con esta un episodio que no había empleado con la otra: con la mano izquierda, con la que le enlaza el cuerpo, separa las nalgas de la paciente, para que los golpes que le da con la mano derecha caigan sobre las partes más sensibles del agujero del culo

y las carnes delicadas que lo rodean; así, toda esa parte está bien pronto ensangrentada. En este punto, quiso que los besos que se le daban en la boca y las caricias de su trasero tuviesen lugar durante toda la operación. Las otras tres muchachas y yo cumplimos esto; sin embargo, sólo conmigo observó el rito de tragar y hacerme tragar saliva. La tercera muchacha fue tratada como la primera, y la cuarta como la segunda; todas fueron desgarradas sin piedad, todas fueron cubiertas de sangre. Saliendo de esto como una bacante, y más hermosa que Venus, Clairwil hizo que las cuatro muchachas se colocasen en fila una junto a otra, a fin de comparar el conjunto de sus culos y verificar si todos estaban igualmente lacerados. Al encontrar uno mejor tratado, volvió a coger las vergas y le aplicó cincuenta nuevos golpes que pronto lo pusieron en un estado tan deplorable como el de sus vecinos.

-Juliette me dice-, ¿quieres que te zurre a ti también?

-Claro -respondí-, ¿cómo puedes sospechar que no desee con tanto ardor como tú lo que parece aumentar la suma de tus voluptuosidades? Azota, aquí está mi culo, este es mi cuerpo, aquí está toda mi persona a tus órdenes.

-Y bien -me dice-, súbete a los hombros de la más joven de esas muchachas, y, mientras yo te azoto, que las otras tres observen lo que voy a prescribir. Apoderaos de varas, que empiece la menos fuerte; a continuación, las otras das; vos, de quien voy a recibir los primeros latigazos, escuchad con atención lo que tenéis que hacer: os arrodillaréis ante mi culo, lo elogiaréis, lo besaréis, separaréis mis nalgas, deslizaréis vuestra lengua muy dentro del agujero, pasando por debajo uno de vuestros dedos, que irá a parar al clítoris; os volveréis a levantar y, llenándome de insultos y amenazas, me aplicaréis todo seguido, y sin parar, doscientos golpes sobre el trasero, aumentando constantemente su fuerza; vosotras, las que debéis seguir, me habéis oído, imitaréis a vuestra compañera; empecemos.

Clairwil atormentaba, con pellizcos y arañazos, el culo de la pequeña, sobre cuyos hombros estaba yo, y al mismo tiempo me zurraba de la forma más enérgica. Por otra parte, ejecutaban a las mil maravillas lo que ella había aconsejado; y la puta, que quería hacer uso de todo, besaba alternativamente las bocas de aquellas que no la azotaban. A medida que mi culo recibía las impresiones de sus varas, la feroz criatura besaba y lamía las marcas con avidez: en cuanto recibió el número de golpes que ella misma había fijado, cambió de postura.

La muchacha de dieciocho años se puso de rodillas ante ellas; Clairwil le apoyó el coño sobre el rostro, frotando con todas sus fuerzas los labios de su vagina y su clítoris sobre la nariz, la boca y los ojos de la muchacha, a la que recomendó que la lamiese. Una muchacha apostada a la derecha, y otra a la izquierda, zurraban enérgicamente a mi amiga, que, con un puñado de varasen cada mano, se vengaba sobre los dos culos de los golpes que ella recibía; a caballo sobre la cabeza de la que le lamía el coño, le presentaba el mío para que lo chupase; en este momento la puta descargó, pero con gritos, blasfemias y convulsiones que caracterizaban uno de los delirios más lúbricos y más lujuriosos que yo había observado en mis días; el bonito rostro contra el que había luchado la bribona estaba inundado de flujo.

_ -¡Vamos, santo Dios!, hagamos otra cosa -exclamó, sin darse tiempo a respirar-, nunca descanso cuando mi esperma está corriendo; ¡trabajadme, putas!, ¡sacudidme, azotadme, excitadme de la forma más fuerte!

La muchacha de dieciocho años se tumba sobre la otomana, yo me siento sobre su rostro, Clairwil acampa sobre el mío; yo le devolvía cuanto a mí me chupaban elevada por encima de mí, la más joven de las muchachas hacía besar sus nalgas a Clairwil, a quien otra daba por el culo con un consolador; la más delgada de las cuatro, inclinada, excitaba con sus dedos el clítoris de Clairwil, casi encima de mi boca, y presentaba, al mismo tiempo, su coño a las mismas poluciones ejercidas por la mano de mi amiga. De esta manera, nuestra libertina lamía un culo con su lengua, era acariada, sodomizada, y excitada en el clítoris.

-Juliette -me dice al cabo de unos minutos-, ya te dije que sólo me excitaba con imaginación; una de las cosas que más calienta la mía es oír jurar mucho alrededor de mí: tus putas no dicen una palabra.

Esto era harto difícil; estas muchachas, elegidas de la clase de la mejor burguesía, y habiendo sido libertinas únicamente conmigo, conocían mal el lenguaje que podía convenir a Clairwil. Hicieron lo que pudieron; pero yo me vi obligada a suplirlas y a sostener, casi yo sola, las caústicas injurias que se complacía en oír dirigir al Ser supremo; en la existencia del cual la zorra no creía más que yo. En consecuencia, la que le excitaba el clítoris¯¯me había sustituido en acariciarla; y yo la excitaba blasfemando contra los tres despreciables dioses del cristianismo como nunca lo habían sido en su vida. La bribona¯ se movía mucho, pero no, llegaba a nada, una vez más había que cambiar de posturas y de episodios. Nunca había visto -grada tan hermoso ni tan animado como esta mujer cuando-salió de esta escena: si se hubiese querido pintar a la diosa misma de la lubricidad, hubiese sido imposible buscar otro modelo. Me salta al cuello, me lengüetea durante un cuarto de hora, me enseña su culo: parecía escarlata y contrastaba agradablemente con la resplandeciente blancura de su piel.

-¡Ah!, sagrado Dios en el que me jodo -me dice exaltada-, ¡cómo me excito! ¡Juliette!, ¡y qué no emprendería yo en el estado en que estoy! No hay ningún tipo de crimen, de cualquier naturaleza, de cualquier violencia que quieras suponer, que no ejecutase en este mismo instante. ¡Oh!, mi amor..., ¡oh!, mi puta..., ¡oh!, mi querida bribona..., ¡oh!, tú a la que amo infinitamente y en cuyos brazos quiero perder mi flujo, convén conmigo en que no hay nada que lleve a los horrores; como la tranquilidad, la impunidad, las riquezas y la salud de que gozamos: así pues, dame la idea de algún crimen... que yo lo ejecute ante tus ojos; hagamos algo infame, te lo suplico...

Y como me di cuenta de que la más joven de las muchachas la excitaba, y que ella le chupaba en exceso, alternativamente la boca, el culo y el coño, le pregunté en voz baja si quería maltratarla.

-No -me dice-, eso no me satisfaría; yo azoto, zurro voluntariamente un momento a las mujeres, pero por la disolución total de la materia, tú me entiendes... necesitaría un hombre, son los únicos que me excitan a la crueldad; me gusta vengar a mi sexo de los horrores que le han hecho sentir, cuando los criminales se encuentran más fuertes. No podrías creer con qué delicia asesinaría a un hombre en este momento. ¡Oh Dios!, ¡cuántos tormentos le haría soportar!; ¡por qué oscuros y tenebrosos caminos lo conduciría a la muerte!... Vamos, veo que al no haber llegado tu imaginación a este punto, no puedes ofrecerme nada de este tipo; en ese caso, acabemos la escena, con algunas suciedades libidinosas ya que no podemos con crímenes.

Las suciedades, ejecutadas con toda la precisión y todos los episodios deseados, la agotan por fin; se precipita a un baño de rosas; la asean, la perfuman, la visten con el más indecente vestido, y comemos.

Clairwil, tan caprichosa en los excesos de la mesa como en los del lecho, tan intemperante, tan extraña en unos como en otros, sólo se alimentaba de aves y de caza siempre deshuesadas, y siempre dispuestas bajo las formas más variadas y mejor disimuladas. No hacía ningún uso de los alimentos populares: era preciso que todo lo que se la sirviese fuese refinado; su bebida corriente era agua azucarada y helada en todas las estaciones, a la que echaba, por color, veinte gotas de esencia de limón y dos cucharadas de agua de azahar; nunca bebía vino, pero sí mucho licor y café; por otra parte, comía en exceso, no hubo un solo plato que no atacase, de los cincuenta que le fueron servidos. Prevenida de antemano de sus gustos, todo se dispuso según sus deseos, y es increíble lo que engulló. Esta mujer encantadora, cuya costumbre era que los demás adoptasen sus gustos en la medida que podían, los preconizó de tal forma que me hizo seguir su régimen, pero no su abstinencia de vino; yo siempre he hecho un gran uso de él, y verdaderamente me gustará toda mi vida.

Mientras comíamos, confesé a Clairwil que estaba confundida con su libertinaje.

-No has visto nada -me dice-, sólo te he dado un ligero esbozo de mis excesos lujuriosos: quiero que hagamos juntas cosas mucho más extraordinarias; te haré entrar en una sociedad de la que soy miembro, y donde se realizan obscenidades de otra clase muy diferente; allí, cada esposo debe llevar a su mujer, cada hermano a su hermana, cada padre a su hija, cada soltero a una amiga, cada amante a su querida; y, reunidos en un gran salón, cada uno goza de lo que más le gusta, no teniendo más reglas que su deseo, más frenos que su imaginación; cuanto más se multiplican los extravíos, más dignos de elogios somos, y más premios fundados se distribuyen entre los que se han distinguido por las mayores infamias, o entre los que han inventado nuevas formas de saborear el placer.

-¡Oh!. mi querida amiga -exclamé, echándome en los brazos de Clairwil-, ¡hasta qué punto encienden mi cabeza esos detalles y cómo ardo en deseos de ser de los vuestros!

-Sí, pero ¿serás digna de ser admitida? Las pruebas exigidas por los que reciben son terribles.

-¿Acaso puedes dudar de mí? y, de cualquier tipo que sean esas iniciaciones, ¿se podrá temer verme dudar, después de todo lo que he hecho en las reuniones de Saint-Fond y de Noirceuil?

-¡Pues bien!, seres recibida, te lo prometo. Después, volviendo con entusiasmo:

-¡Oh Juliette!, como siempre es al disgusto, a la impaciencia, a la desesperación de no haber encontrado ni relaciones, ni semejanzas con el objeto al que la costumbre nos liga, a lo que se deben todas las desgracias del himeneo; haría falta, para remediarlo, para contrarrestar la terrible obligación que liga eternamente a dos objetos que no se convienen, haría falta, digo, que todos los hombres formasen entre ellos club parecidos. Allí, cientos de maridos, de padres, en unión con sus mujeres o de sus hijas, se procuran todo lo que les falta. Al dar a mi esposo a Climène, le cedo todos los atractivos que le faltan al suyo, y encuentro en el que ella me abandona, todos los encantos que no podía ofrecerme el mío. Los cambios se multiplican y, en una sola noche, como puedes ver, una mujer goza

de cien hombres, un hombre de cien mujeres; allí, se desarrollan los caracteres, se estudian, se conocen; profesamos la más entera libertad de gustos; el hombre que desprecia a las mujeres no goza más que de sus semejantes; la mujer que sólo ama a su sexo se entrega igualmente a sus fantasías; no hay ninguna obligación, ningún pudor... El único deseo de extender sus goces hace que se pongan en común todas sus riquezas. Desde ese momento, el interés general sostiene el pacto, y el interés individual se encuentra unido al interés general, lo que hace indisolubles los lazos de la sociedad: hace quince años que dura la nuestra, y no he visto un sólo enredo, ni un sólo impulso de mal humor. Arreglos semejantes destruyen los celos, absorben para siempre el temor de los cuernos, (dos venenos crueles de la vida) y, por eso mismo, deben merecer la preferencia sobre esas sociedades monótonas donde dos esposos, languideciendo toda su vida uno enfrente del otro, están destinados o al aburrimiento perpetuo de no gustarse, o a la desesperación de no conseguir disolver sus lazos más que con la deshonra de ambos. ¡Que nuestros ejemplos puedan persuadir a todos los hombres a imitarnos! Estoy de acuerdo en que hay que combatir algunos prejuicios; pero cuando estas sociedades están basadas, como la nuestra, en la filosofía, el prejuicio desaparece pronto. Yo fui admitida en ella el primer año de mi matrimonio; apenas tenía dieciséis años. ¡Pues bien!, cuando comencé, te confieso que enrojecía ante la obligación de prestarme desnuda a las fantasías de todos esos hombres,- a los caprichos de todas esas mujeres, de las que puedes creer que pronto me rodearon por mi edad y mi rostro... pero fue cuestión de tres días. El ejemplo me sedujo, y apenas si había visto a mis lascivas compañeras disputarse el honor de la elección y la invención de las lubricidades, apenas si las había visto revolcarse cínicamente en la indecencia y en la infamia, cuando ya las superaba a todas tanto en la teoría como en la práctica.

La descripción de esta deliciosa asociación me hizo tanto efecto, que no quise dejar a Clairwil sin que antes me hubiese jurado que me haría admitir en su club. El juramento fue sellado con el flujo que derramamos juntas una vez más, haciéndonos iluminar por tres altos lacayos, ante los cuales Clairwil pretendió que teníamos que excitarnos sin permitirles ni un solo deseo.

-Así es -me dice-, como se acostumbra uno al cinismo, y así es como tú debes ser para que seas digna de nuestra sociedad.

Nos separamos encantadas la una de la otra, y prometiéndonos que nos volveríamos a ver lo más pronto 'posible.

Noirceuil se apresuró a pedirme noticias de mi relación con Mme. de Clairwil; mis elogios le probaron mi gratitud. Quiso detalles; se los di; y, como Clairwil me censuró el que no tuviese en mi casa mayor número de mujeres, al día siguiente aumenté ese número en ocho, lo que me compuso un serrallo con las doce criaturas más bellas de París; me las cambiaban todos los meses.

Pregunté a Noirceuil si iba a la sociedad de mi amiga. -Mientras los hombres tenían la preponderancia -me respondió-, yo era de una exactitud escrupulosa; he renunciado a ella desde que todo está en manos de un sexo cuya autoridad no me gusta. Saint-Fond ha seguido mi ejemplo. No importa -añadió Noirceuil-, si esas orgías te divierten, puedes seguirlas con Clairwil: hay que probar todo lo que es vicio; no conozco nada tan aburrido como la virtud. Allí serás perfectamente excitada, deliciosamente fornicada; se te alimen-

tará con excelentes principios; así pues, te aconsejo que consigas que te admitan en seguida.

A continuación me preguntó si mi nueva amiga había entrado en detalles sobre sus aventuras.

-No, digo.

-Por muy filósofa que tú seas -respondió Noirceuil-, te habría escandalizado con toda seguridad. Es un verdadero modelo de lujuria, de crueldad, de libertinaje y de ateísmo; no hay ningún horror, ninguna execración con la que no se haya mancillado; su crédito y sus grandes riquezas la han salvado siempre del cadalso, pero lo ha merecido veinte veces; en una palabra, podrían contarse sus crímenes por sus acciones diarias, y el número de suplicios que ha merecido se evaluaría por el de los días de su existencia. Saint-Fond la quiere mucho; sin embargo sé que te prefiere a ti por más de una razón: por lo tanto, Juliette, sigue mereciendo la confianza de un hombre que tiene en sus manos la felicidad y la desgracia de tu vida.

Convencía Noirceuilde los esfuerzos que hacía constantemente para ello. Venía a recogerme para que fuese a comer a su casita, donde pasamos la noche con otras dos bonitas personas; allí hicimos todas las extravagancias que se le ocurrieron a este profeso en lubricidad. Fue algún tiempo después de esto, cuando calentada por todo lo que veía, por todo lo que oía, se me hizo imposible resistirme a la gran necesidad que tenía de cometer un crimen por mi propia cuenta; por otra parte, era muy fácil ver si podía realmente fiarme de la impunidad que se me había prometido. Por lo tanto, me decidí a horrores dignos de las lecciones que yo recibía cada día. Queriendo probar a la vez mi valor y mi ferocidad, me visto de hombre y, con dos pistolas en mis bolsillos, me voy sola a esperar en una calle alejada al primer transeúnte que caiga en mis manos, con la única intención de robarlo y degollarlo para mi placer. Apoyada contra la pared, estaba en una especie de turbación causada por las grandes pasiones, cuyo choque sobre nuestros espíritus animales es necesariamente el principio de la primera voluptuosidad del crimen. Escuchaba... Cada ruido alimentaba mi esperanza. Al más mínimo movimiento imaginaba ver por fin a mi víctima, cuando se oyeron lamentaciones... Vuelo hacia el ruido; distingo quejas; me acerco: una pobre mujer, acostada delante de una puerta, lanzaba los gemidos que acababan de golpear mi oído.

-¿Quién sois? -digo, acercándome por completo a esta criatura.

-La más infortunada de las mujeres -me respondió llorando esta desgraciada, que no me pareció tener más de treinta años; y si vos me traéis la muerte, me haréis un gran favor.

-Pero ¿de qué tipo son vuestros reveses?

-Sin duda terribles -respondió esta mujer, levantándose lo suficiente para dejarme ver, a la débil luz de los faroles, unos rasgos muy dulces e interesantes-, sí..., sí, son terribles, mis reveses. Hace ocho días que no tenemos trabajo; no hemos podido pagar el mínimo precio de la habitación que ocupábamos en esta casa, ni el mes de nodriza de nuestro hijo... Han llevado a esta miserable criatura al hospital y han metido en la cárcel a mi marido; sólo la huida me ha preservado de la rabia de los monstruos que nos trataban con tanto rigor; me veis tendida en el umbral de la puerta de una casa que me perteneció en

otro tiempo: no siempre he sido desgraciada. Situada con más comodidad, ¡ay de mí!, aliviaba a los pobres: ¿me devolveréis lo que hice por ellos?

Con estas palabras, un fuego sutil se desliza por mis venas... ¡Oh!, santo Dios -me digo-, ¡qué ocasión para un crimen detestable, y cómo excita mis sentidos!

-Levántate -digo a esta mujer-, ves que soy un hombre, quiero divertirme con tu cuerpo.

- ¡Oh!, señor, ¿estoy en condiciones de excitar deseos en el seno de las lágrimas y el infortunio?

-Es lo que inflama los míos; por lo tanto, date prisa en obedecerme.

Y, agarrándola por un brazo, la obligo a prestarse a las manipulaciones que quiero hacer con ella. No hay duda de lo que encontré bajo sus faldones: unas carnes muy firmes, muy blancas y muy rellenas...

-Excítame -le digo--, llevándole la mano sobre mi coño¯, soy una mujer, pero una mujer que está loca por su sexo y quiere masturbarse contigo.

-¡Oh cielos!, dejadme..., dejadme. Todos vuestros horrores me hacen temblar: soy buena, aunque en el infortunio, no me humilléis hasta ese punto.

Quiere escapar, la agarro del pelo y le disparo con mi pistola en la sien:

-Ve, bribona -le digo-... ve a decir a los infiernos que éste es el primer golpe de Juliette.

Cae ahogada en su sangre... y lo confieso, amigos míos, sí, debo informaros de los efectos que experimenté: la inflamación del fluido nervioso fue tal con esta acción, que me sentí inundada de flujo mientras la cometía. ¡Y estos son los resultados del crimen! -me digo-. ¡Cuánta razón tenían en pintármelo delicioso! ¡Dios!, ¡cuál es su dominio sobre una cabeza como la mía y hasta qué punto sirve al placer!

Algunas ventanas que se abrieron al ruido de mi arma me hacen pensar en mi seguridad; por todas partes oigo gritar: ¡A los guardias!... Apenas era medianoche; soy detenida, encuentran mis pistolas, no hay duda, me preguntan quién soy.

-Os lo diré en la casa del ministro -respondí descaradamente-: que me llevan al hotel de Saint-Fond.

El sargento, asombrado de mi aire, no se atreve a oponerse a este ruego; me atan..., me agarrotan..., y gozo una vez más; son deliciosos los hierros del crimen que gusta, uno se excita al llevarlos. Saint-Fond no estaba acostado; le informan, soy introducida; Saint-Fond me reconoce.

-Basta -dice al sargento-, hubieseis sido colgado si no hubieseis traído a esta dama a mi casa; volved a vuestras funciones, señor, habéis cumplido con vuestro deber. Lo que acaba de suceder es un misterio en el que no debéis entrar.

A solas con mi amante, le informé de todo; le hice excitarse; me preguntó si había podido juzgar las contorsiones de esta mujer en el suelo.

-No tuve tiempo -respondí.

-¡Ah!, eso es lo que tienen de desagradable esas acciones: que no se goza de la víctima.

-Sí, monseñor, pero un crimen de calle...

-Sí, lo sé, el escándalo... la calle... el camino principal... las leyes castigan todo eso más severamente; y eso compensa... y después el estado de esa mujer, su miseria... Tenías que haberla llevado a tu casa, nos habríamos divertido con todo eso... ¿Qué nombre ha dicho el sargento que se ha encontrado sobre el cadáver?

-Simon, monseñor, lo recuerdo.

-¿Simon?... Hace cuatro o cinco días que pasó por mis manos ese asunto... Lo recuerdo, soy yo quien ha hecho encerrar a ese Simon y llevar al niño al hospital... ¡Cómo!, pero esa mujer es muy buena y muy bonita. La reservaba para tus ayudantes: la infortunada no te ha engañado, esas gentes han estado en muy buena posición, una bancarrota los ha arruinado. ¡Ah!, Juliette, no has hecho más que rematar mi crimen y la aventura es deliciosa.

Ya os he dicho que Saint-Fond se excitaba; mi disfraz masculino perfeccionaba su delirio. Me llevó al cuarto donde me había visto la primera vez que me había presentado en su casa. Un ayuda de cámara apareció, y Saint-Fond, desabotonando mis pantalones con una especie de goce, hizo primero que su ayuda me sobase mis nalgas; él le excitaba el miembro cerca del agujero, después, introduciéndose pronto en ese agujero al que parecía querer hacer los honores, el disoluto me sodomizó, obligándome a chupar el miembro de su hombre, hasta que estuviese tieso para introducirlo en su culo. Una vez acabada la operación, Saint-Fond me dice que había descargado mejor desde que sabía que el culo que acababa de joder había merecido la horca.

-El que me fornicaba y al que te he hecho chupar está en la misma situación -me dice el ministro-, es un decidido criminal: ya lo he salvado seis veces de la rueda. ¿Has visto cómo me ha jodido, y el hermoso miembro de que está provisto? Toma, Juliette, esta es la suma que te prometí por los crímenes que cometieses tú sola. Un coche te espera, vuélvete a casa. Mañana, saldrás para esa tierra más allá de Sceaux que te compré el mes pasado; lleva poca gente a la casa de campo, cuatro de tus mujeres ordinarias... las más bonitas... tu cocina... tu servicio y las tres vírgenes de la próxima comida.

Estarás esperando mis órdenes, es todo lo que hoy puedo explicarte.

Salí, muy contenta del éxito de mi crimen... muy cosquilleada por el placer de haberlo cometido; y habiéndolo preparado todo para el día siguiente, fui a dormir donde me había ordenado el ministro.

Apenas estuve instalada en el campo, aislada de todas partes y solitaria como Theabides, cuando uno de los míos vino a advertirme de la llegada de un extraño con buena pinta, que pedía hablarme, anunciándose de parte del ministro. Me guardé muy bien de no hacerlo pasar al momento; abro sus despachos.

Que vuestros criados se apoderen en seguida del hombre que os entregará esto -me decía la carta-; *que sea encerrado en los calabozos que hice construir en vuestra casa; me respondéis de esa persona con vuestra vida; lo seguirán su mujer y su hija. Las trataréis del mismo modo. Tratad de ejecutar mis órdenes con la puntualidad más escrupulosa; sobre todo, poned en esto toda la falsedad, toda la crueldad de que sé que sois capaz. Adiós.*

-Señor -digo en seguida al portador de la carta, sin dejar leer en mi cara la más ligera alteración-, ¿sois sin duda amigo de monseñor?

-Hace mucho tiempo, señora, que colma a mi familia y a mí de bondades.

-Lo veo por su carta, señor... Permitid que vaya a dar a mis gentes las órdenes necesarias para recibiros como él parece desearlo.

Y salí después de haberlo invitado a que descansase. La gente que me servía, esclavos más que criados, se proveyeron en seguida de cuerdas y entran conmigo en la habitación.

-Llevad al señor -les digo- al cuarto que le destina monseñor.

Y los mozos, lanzándose al momento sobre este infortunado, lo arrastran ante mis ojos al más abominable calabozo.

-¡Oh!, señora, ¡qué traición!, ¡qué horror! -exclama esta desgraciada víctima de la falsedad de Saint-Fond y de la mía.

Pero firme, impasible a sus gemidos, llevo la obediencia ciega del ministro hasta el punto de encerrarlo yo misma, sin querer responder una sola palabra a todas las preguntas con que me llena.

Apenas estaba de vuelta en mi salón, cuando entró un coche en él patio. Eran la mujer y la hija de ese desgraciado, que me traen de buena fe, como él, cartas que contenían absolutamente las mismas órdenes. Saint-Fond -me digo, al ver a estas dos mujeres, admirando la belleza de la madre con apenas treinta años, las gracias y la gentileza de la hija que alcanza a lo más dieciséis años-, ¡ah!, Saint-Fond, ¿acaso no entra tu maldita y criminal lubricidad en esta ejecución ministerial? Y en este caso, como en todas las acciones de tu vida, ¿no tendrías como guía tus vicios más bien que los intereses de tu patria?

Difícilmente puedo deciros los gritos y las lágrimas de estas dos desgraciadas cuando se vieron arrastradas con ignominia a los calabozos que les estaban destinados igualmente; pero, tan insensible a las lágrimas de la madre y de la hija como lo había sido a las del padre, se tomaron con ellas las precauciones más severas, y no me sentí tranquila hasta que tuve en mis bolsillos todas las llaves de estos importantes prisioneros.

Reflexionaba sobre la suerte de esos individuos, no imaginando que se pudiese tratar de otra cosa más que de una detención, ya que las ejecuciones a muerte me competían a mí y no había sido advertida de nada, cuando me anuncian la llegada de un cuarto personaje. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer en éste al mismo hombre por el que recordáis que Saint-Fond me había hecho aplicar tres golpes de bastón sobre los hombros, la primera vez que me había presentado en su casa!; como traía una carta, la leí en seguida:

Recibid a ese hombre a las mil maravillas -me decía Saint-Fond-; *tenéis que acordaros de él, habéis llevado sus marcas durante cierto tiempo, y fueron sus manos las que os sostuvieron a mis fuegos la primera vez que me divertí con vos en mi casa. Será el actor principal de la sangrienta escena que debe representarse mañana. En una palabra, es el verdugo de Nantes, hecho venir por mis órdenes para la ejecución de las tres personas que ahora están bajo vuestras llaves. Obligado a llevar pasado mañana esas tres cabezas a la reina, so pena de perder mi puesto, comprenderéis que me habría encargado yo solo de la ejecución, si Su Majestad no hubiese expresado el deseo más ardiente de recibirlas*

de 'la mano misma de un verdugo. A causa de esto no hemos querido el de París; este ignora el motivo que lo lleva a vuestra casa. Ahora podéis informarle, pero no le hagáis ver las víctimas: esta cláusula es esencial. Llegaré mañana por la mañana sin falta. Tratad a vuestros prisioneros, sobre todo a las mujeres, con el más absoluto rigor; que no tengan pan... ni agua, y nada de luz.

-Señor -digo a este personaje-, el ministro tiene razón al decir en su carta que nos conocemos... Me tratasteis un día de una manera...

- ¡Oh!, señora, perdonad, las órdenes...

-No os guardo rencor -interrumpí, tendiéndole una mano que besa con ardor...-, pero es hora de cenar; vamos a la mesa, hablaremos después.

Delcour era un hombre de veintiocho años, con un rostro muy bonito, y cuyo aspecto y oficio pronto calentaron mi cabeza. Las atenciones que le demostré eran obra de mi corazón; después de la cena, le hice las más bellas coqueterías. Delcour me convenció en seguida del éxito de mis avances. Su estrecho pantalón se hinchaba asombrosamente, no pude soportarlo...

-¡Santo Dios! -le digo-, amor mío, veamos lo que posees ahí. Ese soberbio miembro calienta mi cabeza, tu profesión acaba por inflamarla; quiero que me forniques.

Después, una vez sacado al aire ese soberbio instrumento, el primer uso que hago de él, según mi costumbre con todos los hombres, es chuparlo hasta los cojones; pero apenas si puedo contenerlo en mi boca. En cuanto está en ella, Delcour se apodera de mi coño, lo acaricia, y, en dos segundos, nos salimos ambos. Este hermoso joven, viéndome tragar su semen, se lanza ardientemente sobre mí.

-¡Ah, santo Dios! -dice-, la excesiva prontitud me ha perdido; pero voy a reparar mi falta.

Al bribón no se le había bajado; me tira sobre una poltrona, imprime sus labios en los míos, todavía mojados en su esperma, y me encoña con una fuerza muy rara cuando la perla está todavía en la punta: nunca había sido tan bien fornicada. Delcour me trabajó durante tres cuartos de hora; se retiró, por prudencia, cuando se sintió a punto de descargar; y yo, haciendo correr por segunda vez en mi boca el semen espeso que sólo se debía a mi coño, tragué pronto esta segunda dosis con el mismo placer que la primera.

-Delcour -digo en cuanto volví un poco en mí-, puedo razonar mi extravagancia, pues sin duda estáis sorprendido de la rapidez con que os he recibido. Una conducta tan ligera, avances tan rápidos harán que me toméis por una gran puta; sin embargo, por mucho que desprecie lo que los estúpidos llaman reputación, no quiero dejaros ignorar que más que a mi coquetería, más que a mi físico, es a mi cabeza a quien debéis esta buena fortuna. Sois un criminal... un verdugo... muy guapo además, que excita a las mil maravillas... ¡Y bien!, os lo digo... sí, vuestra profesión, eso es lo que me ha lanzado a vuestros brazos; despreciadme, detestadme, me río de eso: me habéis fornicado, es todo lo que yo deseaba.

-Angel celeste -me respondió Delcour-, no, no os despreciaré; mucho menos os odiaré; no estáis hecha vos ni para uno ni para otro de estos sentimientos. Os adoraré, porque merecéis serlo, y sólo lamentaré no deber vuestro delirio más que a lo que me vale el desprecio de los otros.

-Qué importa -digo-, todo eso depende de la opinión: veis cómo es varia, ya que os prefiero precisamente a causa de lo que os separa del resto de los hombres. Sin embargo, no toméis esto por una cuestión de libertinaje: el afecto que tengo por el ministro, la forma en que vivo con él, no me permiten ninguna intriga, y ciertamente no la tramaré nunca. Sacaremos de la velada y de la noche todo el partido posible, y nos quedaremos en eso.

-¡Ah!, señora -me dice entonces este joven con el mayor respeto-, sólo os pido vuestra protección y vuestras bondades.

¯Siempre tendréis lo uno y las otras; pero es preciso que os prestéis hasta el final a todo el desorden de mi imaginación; y os prevengo de que con vos, únicamente a causa del prejuicio vencido, irá quizás un poco lejos.

Y como Delcour, después de un momento, se había puesto a manosear mi pecho con una mano, excitándome el clítoris con la otra, y de vez en cuando metiendo su lengua en mi boca, lo exhorté a ser bueno y a responder con la verdad a las preguntas que iba a hacerle.

-En primer lugar, dime por qué razón Saint-Fond, cuando yo os vi por primera vez, tuvo la extraña fantasía de hacerme golpear por vos sobre los hombros.

-Asunto de libertinaje, señora, excitación de la cabeza: conocéis al ministro.

-Así pues, ¿os utiliza en esas escenas de lujuria?

-Siempre que estoy en París.

-¿Os ha fornicado?

-Sí, señora.

-Y vos ¿se lo habéis devuelto?

-Claro.

-¿Lo habéis golpeado, azotado?

-A menudo.

- ¡Ah joder!, ¡cómo me excita eso!... Menéalo... menéalo... ¿Y os ha hecho pegar o azotar a otras mujeres?

-Varias veces.

-¿Habéis llevado las cosas más lejos?

-Permitidme, señora, que respete los secretos del ministro; conociéndole tan bien como vos, es fácil adivinar todo.

-¿Le habéis oído alguna vez proyectos contra mí?

-¡Oh!, ¡nunca, señora!, en él sólo he visto por vos la confianza y el cariño; os aseguro que os quiere mucho.

-Yo le correspondo... lo adoro, espero que esté convencido. Hablemos de otras cosas, ya que queréis que respete vuestros secretos. Decidme, os lo ruego, cómo es posible atentar contra la vida de un individuo que nunca os ha hecho nada; cómo la piedad no habla

desde el fondo de vuestra alma en favor del desgraciado que la ley os encarga asesinar a sangre fría.

-Estad totalmente segura, señora -me respondió Delcour-, de que ninguno de nosotros llega a ese grado de ferocidad reflexionada, sin principios quizás desconocidos para el resto de los hombres.

-¿Principios?, y bien, eso es lo que quiero saber: ¿cuáles son?

-Tienen su fuente en la más completa inhumanidad; se nos acostumbra desde la infancia a tomar la vida de los hombres por nada y la ley por todo; de aquí resulta que degollamos a nuestros semejantes con la misma facilidad que un carnicero mata a un ternero, y sin hacer más reflexiones.

-Pero lo que justificáis para la ejecución de la ley, ¿lo justificaríais igualmente para la satisfacción de vuestras inclinaciones?

-Por supuesto, señora, desde el momento en que el prejuicio ya no existe en nosotros y que no vemos ningún mal en el asesinato.

-¿Cómo se puede no suponerlo en la destrucción de sus semejantes?

-Yo os preguntaría a mi vez, señora, cómo es posible sospecharlo en esta acción. Si una de las primeras leyes de la naturaleza no fuese la destrucción de todos los seres, seguramente yo creería que se ultraja a esta naturaleza ininteligible realizando esta destrucción; pero desde el momento en que no existe un solo procedimiento de la naturaleza que no nos pruebe que la destrucción le es necesaria y que ella sólo puede crear a fuerza de destruir, con toda seguridad todo ser que se entregue a la destrucción no hará más que imitar a la naturaleza. Digo más: aquel que se niegue a ello la ofenderá gravemente; y si, como no es posible dudarlo, sólo le proporcionamos medios de crear destruyendo, seguramente cuanto más destruyamos más serviremos a sus intenciones. Si el asesinato es la base de las leyes regeneradoras de la naturaleza, el hombre que mejor sirva a la naturaleza será el homicida, y, desde ese momento, cuanto más multiplique sus asesinatos, mejor cumplirá las leyes de una naturaleza cuyas únicas necesidades son los asesinatos (9).

(9) Todo esto no es más que un mínimo informe de lo que el lector encontrará sobre este importante tema en los volúmenes siguientes.

-Esos son sistemas muy peligrosos.

-Son ciertos, señora... si alguna vez os los exponen mejor que yo, veréis que siempre se partirá de la misma base.

-Amigo mío -digo a Delcour-, me habéis dicho ya suficiente para hacerme reflexionar mucho; una sola idea lanzada en una cabeza como la mía produce en ella el efecto de la chispa sobre el salitre; tengo grandes disposiciones para pensar como vos. Tenemos aquí a tres víctimas; estáis en este castillo únicamente para sacrificarlas: os aseguro que tendré un gran placer en veros actuar sobre ellas. Pero acabad, por favor, querido mío, de echar sobre todo esto la mayor cantidad de luz que os sea posible derramar. ¿No es verdad que sólo con la ayuda del libertinaje llegáis a vencer la naturaleza, o más bien, el prejuicio?

-¿Qué queréis decir, señora?

-Os pregunto si no es cierto, como yo he oído decir, que sólo llenándoos la cabeza de libertinaje llegáis a aturdiros sobre los asesinatos que vuestro oficio os obliga a cometer: en una palabra, si no es verdad que os excitáis siempre en las ejecuciones.

-Es cierto, señora, que el libertinaje lleva al asesinato; es una constante que un individuo hastiado debe reencontrar sus fuerzas en esta manera de cometer lo que los estúpidos llaman un crimen: y esto porque, al doblar sobre sus nervios la suma de las conmociones producidas en un individuo cualquiera, debemos necesariamente encontrar las fuerzas que nos han hecho perder los excesos. El asesinato es realmente uno de los más deliciosos vehículos del libertinaje; pero no es verdad que haya que llenarse la cabeza de libertinaje para cometer el asesinato. La prueba de esto nos la da la extrema sangre fría con la que todos nuestros compañeros proceden a él... por el tipo de pasión, muy diferente de la del libertinaje, que actúa sobre aquellos que se entregan a esta misma acción, bien por ambición bien por venganza o avaricia, sobre aquellos que se entregan a él por el simple impulso de la crueldad, sin que ninguna otra pasión los impulse a ello, lo que debe establecer, como veis, varias clases de asesinatos, entre los cuales tiene la suya el libertinaje, sin que eso nos impida concluir que ninguna de estas clases de asesinatos ultraja a la naturaleza y que, de cualquier tipo que sean, entran en sus leyes más que la violan.

-Todo lo que decís es exacto, Delcour, pero no por eso dejo de sostener que sería deseable que, por el mismo interés de los- asesinatos, el que los comete no encendiese su furor más que en la llama de la lubricidad, porque esta pasión no deja nunca remordimientos y sus recuerdos son goces; en lugar de que, una vez extinguida la energía de los otros, se esté devorado por los remordimientos, sobre todo cuando los principios no están establecidos; y sería muy fácil no entregarse nunca a esta acción sin haberse excitado mediante el libertinaje. Me parece que se podría matar con la intención que se quiera, pero siempre excitándose, y esto para consolidar mejor la acción, para impedirse ser acuciado por el gran remordimiento que nunca alcanza al libertinaje... y que siempre es vengado por él.

-En ese caso --dice Delcour-, ¿creéis que todas las pasiones pueden acrecentarse o alimentarse con la de la lujuria?

-Ella es a las pasiones lo que el fluido nervioso es a la vida: las sostiene a todas, les presta fuerza a todas, y la prueba de eso es que un hombre *sin cojones* nunca tendría pasiones.

-Así, imagináis que se puede ser ambicioso, cruel, avaro, vengativo, con los mismos motivos que los de la lujuria.

-Sí, estoy convencida de que todas estas pasiones hacen excitar, y que una cabeza desierta y bien organizada puede calentarse con todas como lo haría con la lujuria. No os estoy diciendo nada que no haya experimentado; me he excitado y he descargado completamente con ideas de ambición, de crueldad, de avaricia y de venganza. No hay un sólo proyecto de crimen, cualquiera que sea la pasión que lo inspirase, que no haya hecho circular por mis venas el fuego sutil de la lubricidad: la mentira, la impiedad, la calumnia, la bribonería, la dureza de alma, la misma gula, han producido en mí esos efectos; y, en una palabra, no hay ninguna manera de ser viciosa que no haya encendido mi lujuria; y su llama, si lo preferís, que ha producido en mí el incendio de todos los vicios, echando sobre todos ese fuego divino que sólo le pertenece a ella; les ha comunicado a todos esa

sensación voluptuosa que la gente mal organizada parece no esperar más que de su mano. Esta es mi opinión, con toda seguridad.

-Y es también la mía, señora -respondió Delcour-, no podría ocultárosla durante más tiempo.

-Cuánto os agradezco que seáis franco conmigo: vamos, querido, creo que ahora os conozco lo suficiente para estar segura de que necesitáis llenaros la cabeza de libertinaje cuando cometéis los asesinatos que se os ordenan, lo que hace que los ejecutéis con mucha más voluptuosidad que vuestros compañeros que sólo proceden a ellos maquinalmente.

- ¡Y bien!, señora, lo habéis adivinado.

-Criminal... -digo sonriendo y volviendo a coger el miembro de este joven encantador al que yo excitaba para darle un poco más de energía- ¡Oh insigne libertino!, es decir, que hoy te excitas para gozar de mi existencia, y mañana descargarías quitándomela...

Y viendo el embarazo del joven:

-Amigo mío -le digo-, está absolutamente en tus principios y debo perdonarte todo lo que resulte de ellos: divirtámonos con las consecuencias y no discutamos sobre ellas.

Y mi cabeza increíblemente encendida:

-Vamos -digo-, es preciso que me hagáis ahora cosas muy extraordinarias.

-¿Qué, por ejemplo?

¯Es preciso que me peguéis, que me ultrajéis, que me azotéis: ¿no hacéis estas cosas todos los días con muchachas?, ¿no son estas mismas voluptuosidades, con las que os mancháis, las que os electrizan hasta el punto de volveros capaz del resto?

-A menudo.

-Y bien, tendréis trabajo mañana; preparaos hoy: este es mi cuerpo, os lo entrego.

Y Delcour, siguiendo mis órdenes, habiéndome aplicado previamente una docena de bofetadas, y otras tantas patadas en el culo, se apoderó de un puñado de varas con las que me zurró las nalgas durante un cuarto de hora, mientras que una de mis mujeres me acariciaba.

-Delcour -digo-, ¡oh divino destructor de la especie humana! ¡Tú, al que adoro y del que voy a gozar, zurra á tu puta más fuerte, imprímele las marcas de tu mano, mira cómo ardo en deseos de llevarlas. Descargo con la idea de verter mi sangre bajo tus dedos, no la ahorres, amor mío!...

Corrió... ¡Oh amigos míos!, ¡cuán transportada me sentía! Ninguna expresión podría explicar el extravío producido en mí por esta acción: se necesita mi cabeza para concebirla, las vuestras para comprenderla. No es posible imaginarse la cantidad de flujo que perdí en la boca de mi excitador. Estaba en un desorden... en una turbación... en una agitación, en la que no me había visto en mi vida...

-¡Oh Delcour! -proseguí-, te queda un último homenaje por rendirme, cuida tus fuerzas para proceder a él. Este culo, al que acabas de desgarrar, te llama; te invita a que lo con-

sueles. Ya sabes que Venus tiene más de un templo en Citeres: ven a entreabrir el más secreto, ven a sodomizarme, Delcour, ven... que no haya un solo goce que no hayamos probado... ni un horror que no hayamos cometido.

-¡Ah!, santo Dios -dice Delcour transportado-... no me atrevía a proponéroslo, señora, pero ved cómo vuestros deseos inflaman los míos.

Y, en efecto, mi fornicador me mostraba un miembro más firme y más alargado de lo que había visto todavía...

-Amado libertino -le digo-, ¿entonces te gusta el culo?

- ¡Ah!, señora, ¿hay en el mundo goce más delicioso? -Sé perfectamente, querido -respondí-, que cuando se acostumbra a enfrentarse a alguna de las leyes de la naturaleza, no se goza ya verdaderamente más que transgrediéndolas todas, una tras otra...

Y Delcour, en posesión del altar que yo le abandonaba por completo, lo cubrió, aunque sangraba, con las más deliciosas caricias. El cosquilleo de su lengua en el agujero me inflamó. La zorra a la que me había entregado me hacía otro tanto en el clítoris. No resistí más: yo estaba agotada, pero de ningún modo tranquilizada y ya no me apetecía Delcour: tanto como lo había deseado, me causaba horror. Este es el efecto de los deseos irregulares: cuanto más han exaltado nuestras cabezas, más vacías las dejan. Los estúpidos sacan de aquí las pruebas de la existencia de Dios: yo no encuentro en ello más que las pruebas más seguras del materialismo: cuanto más rebajéis nuestra existencia, menos obra la creeré de un Dios.

Delcour pasó a su apartamento, y yo me quedé con mi ramera para dormir. Saint-Fond llegó al día siguiente hacia mediodía; envió a su gente y su coche, y vino en seguida a besarme al salón; un poco inquieta por la forma en que tomaría la pequeña locura que me había permitido con Delcour, se lo confesé todo.

-Juliette -me dice-, os reñiría si no os hubiese prevenido de que tendría la mayor indulgencia para los extravíos de vuestra cabeza. Lo que os habéis permitido no es nada; la única falta que habéis cometido es confiaros a Delcour, que podría cometer una indiscreción. Delcour, a quien es bueno que conozcáis, me sirvió de amante, cuando tenía catorce y quince años. Era hijo del verdugo de Nantes; esta idea me inflamó; recogí su virginidad, y cuando estuve cansado de él, lo puse en manos del verdugo de. París, de quien fue ayudante hasta la muerte de su padre; hoy ejerce su puesto; es un muchacho al que no le falta inteligencia, pero es excesivamente libertino; y, como acabo de deciros, no es de gran confianza. Ahora es preciso que os informe de la existencia de los prisioneros a los que vamos a dar muerte.

El Sr. de Cloris es uno de los hombres de Francia que más ha contribuido a mi carrera. El año que fui elevado al ministerio aunque todavía era muy joven, él se acostaba con la duquesa de G., cuyo poder en la corte era inmenso, y realmente fue por las cábalas y las intrigas de ambos por lo que el rey me dio el puesto que ocupo. Desde ese momento, Cloris se convirtió para mí en un objeto horroroso; temía encontrarme con él, lo detestaba; mientras que su protectora vivió, lo traté con miramientos; ella acaba de morir... quizás por mis cuidados; a partir de entonces, Cloris está a la cabeza de mi lista de proscripción; se había casado con mi prima hermana.

¯¡Oh!, monseñor, ¡qué!, ¿esta mujer es vuestra prima?

-Claro, Juliette, y ese ha sido un motivo más que ha contribuido no poco a su perdición. Yo deseé a esta mujer; siempre se me resistió; poco a poco, mis deseos recayeron sobre su hija; y al ser la resistencia todavía más firme en ésta, mi rabia y mi gran deseo de perder a toda la familia se hicieron más violentos. No hay ningún tipo de engaños y de perfidias, de mentiras y calumnias que no haya utilizado para perderlos; acabé por hacer al padre y a la hija tan sospechosos ante la reina, convenciéndola de que Cloris había vendido su hija al rey, que he llegado a ser vivamente solicitado para perderlos a todos. La reina quiere sus cabezas mañana; tres millones por cada una de esas cabezas es mi recompensa: juzga la alegría con que voy a obedecer, y con qué episodios tan deliciosos voy a envolver mi venganza.

- ¡Oh monseñor!, esta complicación de crímenes es terrible, y no puedo deciros hasta qué punto excita mi cabeza.

-La mía lo está igualmente, ángel mío, y llego hoy con execrables intenciones. Hace ocho días que no descargo; nadie posee como yo el arte de aguzar las propias pasiones con una hábil abstinencia; no por eso gozo menos: quizás he sido azotado con doscientos golpes, y durante este régimen he visto a cien o ciento cincuenta individuos de todo sexo, pero sin perder ni una gota de esperma. De este pequeño fraude a la naturaleza resulta que me encuentro en un¯ estado muy funesto para los seres sobre los que debe recaer la tormenta, y aquí es donde quiero que estalle... ¿Habéis dado las órdenes para que estemos solos y para que, quienquiera que sea, excepto los que sean necesarios para la escena, nadie entre en la casa?

-Sí, monseñor.

-Es que haré que se pierda al momento a quien intente penetrar en ella a pesar mío: en Sceaux hay un destacamento de guardias para prestarme mano dura en caso de necesidad, y nunca el crimen habrá estado tan bien sostenido. Saborea como yo el placer de cometerlo, rodeado de tan deliciosas circunstancias y de una seguridad tan profunda.

- ¡Ah!, veis el estado en que me pone todo lo que me decís.

-Realmente, creo que estás descargando.

Y el disoluto, para convencerse de una crisis que yo realmente experimentaba, me arremanga con una mano hasta el ombligo, introduciendo un dedo de la otra en mi coño, que retira inundado con las pruebas seguras de la lujuriosa agitación en la que estoy.

- ¡Cómo me gusta ver en ti semejantes efectos -me dice el ministro- y cómo me prueban hasta qué punto compartes mi forma de pensar! Espera, tengo que sorber el flujo que hago correr.

Y pegando su boca a mi coño, el villano lo chupa durante un cuarto de hora; me da la vuelta:

- ¡Ah! -dice-, aquí está lo que prefiero besar sobre todo... ¡El hermoso agujero!... bribona, veo que te han sodomizado.

Durante todo este tiempo no dejaba de besar mi culo; se quita los pantalones, me expone el suyo.:. lo acaricio.

-¡Ah!, zorra, ¡cuánto placer me das! -me dice-, realmente, creo que te gusta mi culo... Toma, mira mi miembro, comienza a tensarse, chúpalo; aconséjame algunas extravagancias, quiero mezclarlas en lo que hagamos: le corresponde a los cascabeles de la Locura dar las horas de Venus.

-Hace calor -le digo-, me gustaría que te vistieses como un salvaje, que los brazos, las piernas, las nalgas y el miembro estuviesen al descubierto; te pondrías en la cabeza un tocado de serpiente, tu rostro embadurnado de rojo, te pondríamos bigotes, un amplio tahalí sostendría todas las armas necesarias para los suplicios que quieres dar a tus víctimas; este traje aterrorizaría a todo el mundo, y es terror lo que debe inspirarse cuando uno quiere revolcarse en el crimen.

-Tienes razón, Juliette, sí, tienes razón, me arreglarás de esa manera.

-Está seguro de que este aparato impone: dime si esos saltimbanquis de jueces no se parecen a héroes de comedia o a charlatanes cuando están en sus tribunales.

-Me gustarían mil veces más terroríficos y sanguinarios: puedes estar segura, Juliette, de que sólo derramando la sangre de los hombres se llega a dominarlos.

Se sirvió la cena, nos sentamos a la mesa, a solas, y la conversación siguió en el mismo tono.

-Sí, ciertamente -retomó el ministro-, sería preciso que las leyes fuesen más severas; sólo están bien gobernados los países donde reina la Inquisición. Estos son los únicos que están realmente sometidos a sus soberanos; hay que estrechar las cadenas de la política a las sacerdotales: la fuerza del cetro depende de la del incensario; cada una de estas autoridades tiene el mayor interés en prestarse fuerzas mutuamente, y sólo dividiéndolas podrán los pueblos sacudirse el yugo. Nada somete más al pueblo que los temores religiosos; es bueno que éstos les hagan temer eternos suplicios si se rebelan contra el rey; y de ahí que las potencias de Europa vivan siempre en buen acuerdo con Roma. Nosotros, los grandes de la tierra, despreciamos y hacemos frente a esas ridículas fábulas del despreciable Vaticano, pero hagamos que las teman nuestros esclavos; una vez más, es el único medio de mantenerlos bajo el yugo. Alimentado con los principios de Maquiavelo, me gustaría que la distancia entre los reyes y los pueblos fuese como la del astro de los cielos con la hormiga; que sólo se necesitase un gesto del soberano para hacer correr la sangre alrededor de su trono, y que, considerado como un Dios en la tierra, nunca fuese más que de rodillas como se atreviesen sus súbditos a acercarse a 'él. ¿Cuál es el ser suficientemente imbécil para comparar el físico... sí, sólo el físico, de un monarca con el de un hombre del pueblo? Quiero creer que la naturaleza les ha dado las mismas necesidades; y el león también tiene las mismas necesidades que el gusano: ¿se parecen por eso? ¡Oh Juliette!, recuerda que si los reyes empiezan a perder su crédito en Europa, es porque su humanidad les ha perdido: si hubiesen permanecido en el misterio, como los soberanos de Asia, su solo nombre haría temblar todavía la tierra. Nos familiarizamos con laque-vemos todos los días, y Tiberio de Cabrea debió de aterrar mucho más a los romanos que Tito en medio de Roma, yendo a consolar a los pobres.

-Pero ese despotismo que tanto os gusta -digo a Saint-Fond- porque sois poderoso, ¿creéis que gusta al más débil?

-Gusta a todo el mundo, Juliette -me respondió Saint-Fond-, todos los hombres tienden al despotismo; es el primer deseo que nos inspira la naturaleza, muy ale jada de esa ridícula ley que se le achaca cuya letra es no hacer a los otros lo que no quieras que te hagan a ti... por miedo a las represalias, tendríamos que añadir, porque es totalmente seguro que sólo el temor a la reciprocidad ha podido dar a la naturaleza un lenguaje tan alejado de sus leyes. Por consiguiente, afirmo que la primera y más viva inclinación del hombre es, sin ninguna duda, encadenar a sus semejantes y tiranizarlos con todo su poder. El niño que muerde la teta de su nodriza... que rompe constantemente su sonajero, nos hace ver que la destrucción, el mal y la opresión son las primeras inclinaciones que la naturaleza ha grabado en nuestros corazones, y a las cuales nos entregamos con mayor o menor violencia, en razón del grado de sensibilidad de que estamos dotados. Por lo tanto, es muy cierto que todos los placeres que pueden halagar al hombre, todas las delicias que puede saborear, todo lo que mejor deleita sus pasiones, se encuentran en esencia en el despotismo con que puede gravar a los otros. La voluptuosa Asia, al encerrar cuidadosamente a los objetos de sus goces, ¿no demuestra acaso que la lujuria gana con la opresión y la tiranía y que las pasiones se inflaman mucho más con todo lo que se obtiene por la fuerza que con lo que se concede de buen grado? Desde que está demostrado que la suma de la felicidad del que actúa se mide en razón de la violencia de la acción cometida, y esto porque cuanto más fuerte es esta dosis más excita el sistema nervioso, desde el momento, digo, en que esto está demostrado, la mayor dosis de felicidad posible consistirá, entonces, en el mayor efecto del despotismo y de la tiranía: de donde resultará que el hombre más duro, más feroz, más traidor y más malvado, será necesariamente el más feliz; porque, como a menudo te ha dicho Noirceuil, no es ni en el vicio ni en la virtud donde está la felicidad: está en la manera en que estamos dispuestos para sentir uno u otro, y en la elección que hagamos de acuerdo con esta organización. No es en la comida ofrecida donde está mi apetito, esta necesidad sólo está en mí, y esa comida afecta de forma muy diferente a dos personas: excita la voluptuosidad en el que tiene hambre... repugnancia en el que acaba de calmarla. Sin embargo, como es cierto que debe haber diferencia en las vibraciones recibidas, y que el vicio debe provocarlas mucho más vivas, en el individuo dispuesto para él, de las que puede ofrecer la virtud, al ser cuyos órganos están construidos para recibirla; y que, aunque el alma de Vespasiano fuese buena y la de Nerón malvada y, sin embargo, ambas fuesen sensibles, había una gran diferencia en el temple de estas almas, con relación al germen de sensibilidad que las constituía (porque la de Nerón estaba dotada, sin duda, de una facultad sensible muy superior a la de Vespasiano), es cierto, digo, según esto, que Nerón debió de ser con seguridad más feliz que Vespasiano; y esto por la indiscutible razón de que lo que afecte más vivamente será siempre lo que haga más feliz al hombre, y de que un ser vigoroso, construido sólo por eso para recibir mejor impresiones de vicio que impresiones de virtud, encontrará la felicidad mucho mejor que un individuo dulce y tranquilo, cuya débil complexión sólo le posibilita la estúpida y monótona práctica de las buenas costumbres. Entonces, ¿qué mérito tiene al practicar la virtud, si no prefería el vicio? Del mismo modo, Vespasiano y Nerón han sido tan felices como podían serlo, pero Nerón ha debido de serlo mucho más, porque sus goces han sido mucho más vivos, y Vespasiano, concediendo favores a un hombre indigente por la mera razón -decía él- de que *era preciso que los pobres viviesen,* era excitado de una forma infinitamente menos viva que Nerón viendo arder Roma, con una lira en la mano, en lo alto de la torre Antonia. Pero, se dirá, uno merecía altares y el otro hogueras.

Sea, si así lo deseáis; lo que yo juzgo no es el efecto de su alma sobre los otros, sino las sensaciones interiores que uno y otro debieron de recibir, en razón de las diferentes inclinaciones de que uno y otro estaban dotados, de las diferentes vibraciones con que eran agitados; y, en este sentido, el hombre más feliz de la tierra, sin duda alguna, será aquel que, por cualquier acción, haya hecho pasar a su alma las sacudidas más violentas que pueda recibir; y como las sacudidas del vicio son más fuertes, más enérgicas que las de la virtud, inevitablemente el hombre más feliz de la tierra será aquel que esté más entregado a las infamias, a los más crapulosos excesos, a las más criminales costumbres, .y que las renueve con mayor frecuencia... aquel que, cada día, las duplique, las triplique en fuerza.

-Así pues -respondí yo a este discurso-, ¿el mayor servicio que se le puede prestar a una persona joven sería apagar en ella todas las semillas de virtud que la naturaleza o la educación hayan hecho nacer en ella?

-Con toda seguridad -me respondió Saint-Fond-, porque incluso suponiendo que el individuo en que apagarais esas semillas de virtud os asegurase que encuentra la felicidad en ella, al ser totalmente seguro que le haríais encontrar una mucho mayor en el vicio, nunca deberíais dudar en apagar la una para despertar la otra: es un servicio real que os agradecerá tarde o temprano: y esto es por lo que, muy diferente de mi predecesor, yo autorizo todas las obras libertinas o inmorales... las creo muy esenciales para la felicidad del hombre, útiles para el progreso de la filosofía, indispensables para la extinción de los prejuicios y hechas, bajo todos los aspectos, para aumentar la suma de los conocimientos humanos. Apoyaré a los autores suficientemente valientes para no temer decir la verdad; son hombres escasos, esenciales para el Estado y cuyos trabajos nunca estimularé bastante.

-Pero -digo-, ¿cómo se compagina eso con la severidad que deseáis del gobierno?, ¿con esa inquisición que implantaríais?

-De la mejor forma del mundo -respondió Saint-Fond-; quiero esa severidad para sujetar al pueblo; sólo para él desea mi imaginación en París los autos de fe de Lisboa; la clase rica, noble o espiritual nunca será alcanzada por mis dardos.

-Pero esos escritos, leídos por todos, ¿serán funestos para aquellos que parecéis querer eliminar?

Jamás -dice Saint-Fond-. Si el débil encuentra en ellos el deseo de romper sus cadenas (deseo que necesito para remacharlas), el fuerte encuentra lecciones mucho más enérgicas para hacer pesar sobre el pueblo esas mismas cadenas. En una palabra, el esclavo tardará años en comprender lo que el jefe sólo tardará un minuto en ejecutar.

-Se os acusa -objeté una vez más- de una condescendencia igual para la depravación de las costumbres: se dice que nunca estuvieron más corrompidas que desde que estáis vos en el ministerio.

-Les falta mucho -me respondió Saint-Fond- para que lo estén hasta el punto en que yo querría verlas, y estoy trabajando en un reglamento de policía que, espero, las pondrá en el grado de depravación en que las deseo. Aprende, Juliette, que es una política de todos aquellos que conducen un gobierno mantener entre los ciudadanos el mayor grado de corrupción; mientras el individuo se gangrene y se debilite con. las delicias del libertinaje, no sentirá el peso de sus cadenas, y se podrá someterlo sin que se dé cuenta. Por lo tanto,

la verdadera política de un Estado es centuplipar todos los medios posibles para la corrupción del individuo. Muchos espectáculos, un gran lujo, una inmensidad de cabarets, burdeles, una amnistía general para todos los crímenes de libertinaje: estos son los medios que os someterán a los hombres. ¡Oh vosotros que queréis reinar sobre ellos!, temed la virtud en vuestros imperios, vuestros pueblos se iluminarán cuando ella reine, y vuestros tronos, que sólo se apoyan en el vicio, pronto serán derrocados: el despertar del hombre libre será cruel para los déspotas, y, cuando los vicios no entretengan ya su ocio, querrá dominar como vosotros.

-¿Y cuáles son -digo- las reglamentaciones que vos proponéis?

-En primer lugar quiero trabajar la opinión pública con las modas: conoces la influencia que ellas tienen sobre los franceses.

1° Establezco trajes de hombre y de mujer que dejen casi totalmente al descubierto todas las partes de la lubricidad, y sobre todo las nalgas.

2° Habrá espectáculos a imitación de los juegos florales de Roma donde jóvenes de ambos sexos danzarán desnudos.

3° Los principios de la simple naturaleza sustituirán a los de la moral y la religión en las escuelas públicas. Todo niño de quince años, de uno y otro sexo, que no pueda encontrar un amante será mancillado, deshonrado ante la opinión pública, y declarado incapaz de casarse nunca si es una muchacha, de ocupar ningún puesto si es un muchacho; a falta de un amante, la joven persona de uno u otro sexo será obligada al menos a presentar un certificado que pruebe que se ha prostituido y que ya no posee sus primicias.

4° La religión cristiana será severamente desterrada del gobierno; en él nunca se celebrará otra fiesta que la del libertinaje. Y las cadenas religiosas subsistirán a pesar de eso: las necesito para contener al pueblo, acabo de demostrártelo. ¿Qué importa el objeto de los cultos, con tal de que haya sacerdotes? Pondré el puñal de la superstición tanto en las manos de los de Venus como en las de los adoradores de María.

5° El pueblo será mantenido en una esclavitud, en una servidumbre que lo ponga fuera de estado de alcanzar nunca la dominación, la invasión o la degradación de las propiedades del rico. Ligado a la gleba como antiguamente, experimentará como ella todos los diferentes cambios. Las penas recaerán sólo sobre él y se impondrán por las faltas más pequeñas. Su propietario tendrá sobre él y su familia el derecho de vida y muerte, y nunca serán escuchadas sus quejas o sus recriminaciones. Nunca habrá escuelas gratuitas para él: no necesita ciencia para labrar la tierra; la venda de la ignorancia está hecha para los ojos del agricultor; no se la arrancará nunca sin peligro. El primer individuo, de cualquier clase que pueda ser, que intente exaltar al pueblo aconsejándole que rompa sus cadenas será echado a los tigres para ser devorado vivo.

6° Se abrirá en todas las ciudades del gobierno un número de casas públicas de ambos sexos proporcionado a la población de cada ciudad, con la gradación de una de estas casas de uno y otro sexo por mil habitantes; cada una de ellas contendrá trescientos sujetos, que entrarán allí a los doce años para no salir hasta los veinticinco. Estos establecimientos serán subvencionados por el gobierno; sólo los individuos de clase libre tendrán el derecho de entrar en ellos y hacer allí absolutamente lo que mejor les parezca.

7° Todos los que se llaman crímenes de libertinaje, tales como el asesinato de excesos, el incesto, la violación, la sodomía, el adulterio, no serán castigados nunca más que en las castas esclavas.

8° Se concederán premios a las más famosas cortesanas de las casas de libertinaje, de la misma forma que a los jóvenes de esos mismos establecimientos que se hagan una reputación en el arte de proporcionar placer. Igualmente, se concederán recompensas a todo inventor de nuevas lubricidades, a todo autor de libros cínicos, a todo libertino reconocido como profeso de esta orden.

9° La clase de los hombres en esclavitud existirá como antiguamente la de los Ilotas en Lacedemonia. Al no haber ningún tipo de diferencia entre el hombre esclavo y el animal, ¿por qué habría de castigarse el asesinato de uno más que el del otro?

-Monseñor -digo-, creo que esto merece alguna mínima explicación. Desearía que me probaseis que no existe realmente ninguna diferencia entre el hombre esclavo y la bestia.

-Echa una mirada sobre las obras de la naturaleza -me respondió este filósofo-, y considera por ti misma la gran diferencia que ha puesto su mano en la formación de los hombres nacidos en la primera clase, y en los nacidos en la segunda; sé imparcial y decide... ¿Acaso tienen la misma voz, la misma piel, los mismos gustos, me atrevo a decir, las mismas necesidades? Inútilmente se me dirá que el lujo o la educación han establecido esas diferencias, y que uno y otro de estos individuos, tomados en estado de naturaleza, se parecen absolutamente en la infancia. Niego el hecho, y es por haberlo observado yo mismo, por haberlo hecho observar por hábiles anatomistas, por lo que afirmo que no hay ninguna similitud en las diferentes conformaciones de uno y otro de estos niños. Abandonad a ambos y veréis que el de la primera casta manifestará gustos e intenciones muy diferentes de los que demostrará el niño de la segunda: reconoceréis sentimientos, disposiciones muy diferentes en el uno y en el otro.

Ahora, que se haga el mismo estudio sobre el animal que mas se parece al hombre, como el mono de los bosques, que se compare, digo, a este animal con el individuo tomado de la casta esclava: ;cuánta proximidad entre ambos! El hombre del pueblo no es más que la especie que constituye el primer escalón después del mono de los bosques; y la distancia de este mono a él es absolutamente la misma que la de él a la primera casta. ¿Y por qué la naturaleza, que observa todas estas gradaciones con tanto rigor en todas sus obras; las habría de descuidar en éste? ¿Acaso tienen los animales la misma talla y la misma fuerza? ¿Se parecen todas las plantas? ¿Os atreveríais a comparar el arbusto con el majestuoso álamo, el perro gozque con el orgulloso danés, el caballito de las montañas de Córcega con el fogoso semental de Andalucía? Vemos aquí diferencias esenciales en las mismas clases: ¿y por qué no habrían de existir igualmente en las del hombre? ¿Os atreveríais a acercar Voltaire a Fréron, y el macho granadero prusiano al débil Hotentote? Por consiguiente, Juliette, no dudéis de estas desigualdades; y desde el momento en que existen, no dudemos en aprovecharnos de ellas, y en convencernos de que, si la naturaleza ha querido hacernos nacer en la primera de esas clases de hombres, es para que gocemos a nuestro gusto del placer de encadenar a la otra y de hacerla servir despóticamente a todas nuestras pasiones y necesidades.

-Abrázame, mi querido amigo -digo echándome en los brazos de un hombre cuyos principios me trastornaban : eres un dios para mí y quiero pasar mi vida a tus pies.

-A propósito me rice Saint-Fond, levantándose de la mesa, y echándonos ambos en un canapé del salón olvidaba decirte que el rey me quiere más que nunca; acabo de recibir nueva; pruebas dé ello. Se le ha puesto en la cabeza que yo debía mucho, y en consecuencia acaba de darme dos millones para que solucione mis negocios. Es justo que tú participes de este favor, Juliette: te concedo la mitad del don. Sigue amando mis misterios y sirviéndome bien: y yo te elevaré tan alto que no tendrás ningún trabajo en convencerte de tu superioridad sobre los otros seres; no podrías creer las delicias que siento en elevarte al pináculo, con la única cláusula de una profunda humillación, de una obediencia sin límites hacia mí. Quiero que seas a la vez mi esclava y el ídolo de los otros; nada me hace excitarme tanto como esa idea... Juliette, ¡y bien!, hoy haremos horrores... ¿no es verdad ángel mío?... ¿atrocidades?

Y me besaba en la boca, excitándome mientras tanto...

-¡Oh mi amor, cuán deliciosos son los crímenes cuando los vela la impunidad, cuando los apoya el delito y cuando el deber mismo los prescribe! ¡Cuán divino es nadar en oro y poder decir, contando las riquezas: estos son los medios para todas las fechorías, para todos los placeres; con esto, todas mis ilusiones pueden realizarse, todas mis fantasías satisfacerse, ninguna mujer se me resistirá, ningún deseo quedará sin efecto, las mismas leyes se modificarán por mi oro y seré déspota a mi gusto!

Besé mil y mil veces a Saint-Fond y, aprovechando el entusiasmo, la embriaguez en la que él estaba, y sobre todo sus buenas disposiciones hacia mí, le hice firmar una carta de arresto paca el padre de Elvire, que quería quitármela, y otras dos o tres gracias que debían valerme quinientos o seiscientos mil francos cada una. Y al habérsele subido al cerebro los sopores de la excelente cena que yo acababa de ofrecerle, lo embotaron y le procuraron un sueño profundo del que me aproveché en seguida para disponerlo todo.

Saint-Fond se despertó hacia las cinco. Todo se encontraba dispuesto en el salón y el orden en que estaban dispuestos los personajes era éste: desnudas y adornadas simplemente con guirnaldas de rosas se veían, en la parte derecha de la mesa, las tres vírgenes destinadas a las orgías; las había agrupado como las gracias; las tres eran muchachas de buena posición, educadas en un convento de Melun, y de una sorprendente belleza.

La primera se llamaba Louise; tenía dieciséis años, rubia, uno de los rostros más interesantes que se puedan ver.

Hélène era el nombre de la segunda; quince años, talle flexible y ligero, alta para su edad, los cabellos castaños, los ojos y la boca como el mismo Amor; hubiese pasado por la más bonita de las tres, si Fulvie, igualmente de la misma edad, pero mucho más bella, no se hubiese llevado la palma.

Para contrarrestar este grupo, había colocado el de la desgraciada familia, igualmente desnudos y cubiertos con una gasa negra; el padre y la madre estaban en brazos uno del otro; a sus pies estaba la encantadora Julie; las cadenas pesaban sobre sus carnes descubiertas y las herían; el pezón del pecho izquierdo de Julie pasaba a través de un eslabón y estaba desgarrado por él; otro trozo de estos dolorosos hierros se veía entre las piernas de Mme. de Cloris y dañaba los labios de la vagina. Delcour, al que yo había hecho adoptar el traje terrible de un demonio armado con la espada con que debía golpear a las víctimas,

sujetaba la punta de esta cadena, y desgarraba, tirando de ella de vez en cuando, todas las partes sobre las que se la veía apoyarse.

Mis cuatro mujeres, en la postura de la Venus de las bellas nalgas, el trasero vuelto hacia Saint-Fond, vestidas con una simple gasa marrón y blanca que dejaba sus culos muy al descubierto, se ofrecían a mi amante:

La primera, una ir mujer de veintidós años, hermosa como Minerva, y cuyas formas eran todas admirables; la llamaban Délie:

Montalme era el nombre de la segunda; veinte años, la frescura dé Flora y las carnes más hermosas que se pueden ver.

Palmire tenía diecinueve años; rubia, un rostro romántico, de esas mujeres a las que siempre se desearía hacer llorar.

Blaisine tenía diecisiete años; el aire travieso, los dientes soberbios, los ojos más pícaros que nunca hubiese encendido el amor.

En el rincón izquierdo de este semicírculo, se encontraban situados dos jóvenes altos y gallardos de cinco pies dos pulgadas, provistos de enormes miembros, de pie, en brazos uno del otro, ambos se excitaban besándose voluptuosamente en la boca; estaban desnudos.

- ¡Esto es divino! --dice Saint-Fond al despertarse-, reconozco en todo eso la gracia y la imaginación de Juliette. Que me traigan los culpables -prosigue, queriendo tenerme cerca de él, mientras que Montalme se acerca a chupar su instrumento y mientras él manosea el hermoso culo de Palmire.

El grupo avanza, conducido por Delcour.

-Se os acusa de tres crímenes enormes -dice el ministro- y tengo órdenes secretas de la reina para haceros perecer al momento.

-Esas órdenes son injustas -respondió Cloris-, mi familia y yo somos inocentes... ¡Y tú lo sabes, criminal!... (Aquí Saint-Fond sintió una emoción de placer tan viva que creí que iba a descargar). Sí, lo sabes bien, pero si somos culpables, que se nos juzgue sin exponernos, como lo han hecho aquí, a la cruel lujuria de un tigre que no nos sacrifica más que para atizar sus indignas pasiones.

-Delcour -dice Saint-Fond-, hazles, sentir la cadena.

Y de la violenta sacudida que dio el verdugo, la vagina de Mme. de Cloris, el seno de su hija y una de las piernas del marido fueron lastimadas hasta tal punto que la sangre brotó sobre el hierro.

-Habéis transgredido muy gravemente -dice Saint-Fond- las leyes que hoy imploráis para que os protejan; ahora sólo os está reservada su severidad: tenéis que prepararos para la muerte.

- ¡Eres -dice orgullosamente Cloris-, el ministro de un tirano y de una puta! La posteridad me juzgará.

Aquí, Saint-Fond se levanta lleno de furor; está tenso; se hace seguir sólo por mí. Acercándose a este insolente, bien sujeto por las cadenas, le da varias bofetadas con toda la

fuerza de su brazo, lo insulta, le escupe en el rostro, y, excitándose el miembro sobre los pechos de Julie, siempre a sus pies:

-Véngate si puedes -le dice-, ¡véngate!

- ¡Oh cobarde!, huirías si estuviese libre.

-Eso es verdad; pero yo te tengo, te desafío a que te vengues y te insulto con placer.

-Me lo debes todo.

-No me gusta el peso de la gratitud.

Le cogió el miembro, lo sacudió; me ordenó que lo excitase. Pero viendo que no avanzaba nada:

-Separad a este hombre de su familia -dice a Delcour-, que lo aten a ese poste. Habiéndome dejado la reina dueño de los suplicios con los que merecéis ser castigados, y que deben preceder a vuestra muerte -continúa Saint-Fond, dirigiéndose a las mujeres-, vais a sufrir ambas, ante los ojos de Cloris, todos los tipos de prostitución y de lujuria que me plazca imponeros.

Y como viese que Delcour no ataba bastante fuerte, a su gusto, al esposo en el poste preparado, fue a ayudar a agarrotarlo él mismo y renovó sus bofetadas, acompañadas de fuertes golpes sobre las nalgas.

-Lo mataré con mi mano -dice a Delcour... - Sí, quiero tener el placer de derramar su sangre, de llenarme con ella.

Mezclando siempre el horror con la lujuria, se inclinó, chupó el enorme miembro de este hombre y le besó las nalgas. Como Delcour estaba muy cerca, le cogió igualmente el miembro en la boca, y le acarició el agujero de su culo; se levantó, y besó durante varios minutos al verdugo en la boca, diciéndome al oído:

Nada de eso hace que me excite...

¡El infame! Venus y su corte estaban allí; y él lo dejaba todo por la crápula y la atrocidad. Volvió a los objetos de mi sexo...

-¡Ah!, monseñor -le dijeron estas pobres criaturas al ver que se acercaba-, ¿qué hicimos para merecer un tratamiento tan bárbaro?

-Sed valiente, mujer mía -gritó el esposo infortunado-, pronto la muerte lavará nuestros ultrajes y el remordimiento desgarrará el alma de ese tigre.

-El remordimiento -dice Saint-Fond, riéndose sarcásticamente- nunca llegará a mi corazón; sólo tendré que suprimirte.

Mme. de Cloris, desatada la primera, fue conducida hasta él.

-¡Ah, puta! -le dice-, ¿te acuerdas de todas las firmes resistencias que me opusiste en otro tiempo? Querida y tierna prima, hoy voy a conseguirte por nada.

Estaba extraordinariamente excitado; manosea brutalmente los atractivos de esta mujer; y, cogiéndola por la mitad del cuerpo, la penetra ante los ojos de su marido, al que, por la postura que ha tomado, puede chupar el miembro mientras tanto. Cuando, por esta ac-

ción, veo su culo bien a mi alcance, lo hago fornicar; el resto de hombres y mujeres lo rodean, excepto Julie y Cloris, que siguen sujetos por Delcour. Pongo bajo sus manos y sus ojos indistintamente coños, culos, miembros y tetas. El demonio de la crueldad lo excitaba, y sus manos de uñas afiladas no se detienen en ninguna parte sin que dejen allí huellas; pero, más por preferencia que por delicia, las pasea sobre las tetas de la desgraciada mujer gozando de su rabia; las araña y las hace sangrar.

-Aleja todo eso, Juliette -me dice saliendo del coño de la madre para apoderarse de la hija-, todavía no quiero descargar.

-Putilla -dice a esta inocente criatura-, tu padre y tu madre saben también todo lo que hice para poseerte: es preciso que hoy les castigue por las resistencias que me pusieron.

Entonces, hizo colocar al padre de forma que mientras fornicaba a la hija, tuviese como perspectiva el hermoso nalguero de ese querido papá, al que Delcour debía zurrar con una mano mientras azotaba con la otra las nalgas de la mamá, puestas a la misma altura. Soy yo quien lo ayudo a desvirgar a Julie; él aprieta, empuja, entra; ocho culos están alrededor de él. Se le sodomiza; y el villano, no encontrando bastante violentos los suplicios que Delcour impone por orden suya, se arma con un estilete, y pincha a la vez los pechos de la madre, los hombros de la hija y las nalgas del padre. La sangre corre.

-Todavía no es el momento de descargar -dice el villano fauno saliendo del coño-, éste -añade sobando el culo del padre-, este es el altar donde sacrificaré.

Siguiendo sus órdenes, el desgraciado Cloris es extendido sobre el funesto sofá, con las manos atadas como siempre.

-Delcour -dice al verdugo-, pasadle una cuerda por el cuello, de la que tiraréis, si se resiste, hasta darle muerte.

Siempre directora de la operación, yo conduzco con arte el fogoso corcel al borde del camino que debe recorrer; el desgraciado no decía ni una palabra.

Bien enfrente de él están apostados a la derecha el seno de la madre, a la izquierda el lindo culito de la hija. En cuanto está en el trasero codiciado, sus manos, armadas con el fatal estilete, comienzan a pasearse sobre los atractivos ofrecidos a sus miradas, y colocados de tal forma, que a medida que los pincha la sangre de la esposa y de la hija corre sobre la cabeza del padre. Mientras tanto yo le excitaba el culo y dos de mis mujeres le pinchaban las nalgas.

-Y bien dice-, me he engañado una vez más: había creído derramar mi esperma, pero quiero, antes, tantear todos los culos de esta familia realmente interesan te. Vuelve a encadenar a este viejo zorro, Delcour, sólo ha servido para cubrir mi miembro de mierda. Muchacha alta -dice a Montalme-, venid a chupar esto.

Y al ver un poco de repugnancia, ordena a Delcour que dé en seguida cien latigazos sobre las hermosas nalgas de esta encantadora muchacha para enseñarla a obedecer.

-¡Ah! ¡Ah!, puta -decía mientras la zurraban-, no quieres chupar mi miembro porque tiene mierda; ¿qué será de ti, entonces, ahora cuando te la haga comer?

Montalme, bien llena de latigazos, vuelve decidida a todo; chupa al disoluto, le lame el culo; y volviendo él tranquilamente a su obra, ahí lo tenemos sodomizando a la madre,

azuzando por una parte el culo del padre y de otra el coño de la hija. Al cabo de una carrera no muy larga, vuelve a coger a la hija.

-¡Oh! -dice-, espero que, de una vez por todas, sea aquí donde se opere el sacrificio.

Siempre servido por mí, Julie sodomizada; no hay nada que no le haga durante este tiempo para decidir su descarga; pero, fuese maldad, fuese impotencia, deja una vez más el culo, asegurando que sólo flagelando a la familia encontrará sus fuerzas agotadas. El padre, de nuevo en el poste, es el primer azotádo. En cuanto está lleno de sangre, le atan a su mujer a la espalda; y cuando, con más de mil latigazos, ha abierto las nalgas de ésta, la pequeña, colocada sobre los hombros de la madre, es tratada de la misma manera.

-Deshagamos todo eso -dice el centauro-, una vez más no me he satisfecho con este goce; quiero volver a azotar a la hija, pero sujeta por su padre y su madre. Juliette y tú, Delcour, poned a cada uno una pistola en la sien y hacedles volar el cráneo si se resisten mientras sujetan a su hija.

Encargada de la madre, ardía en deseos de verla hacer alguna resistencia; pero, consolándome en seguida por la certidumbre de que acabaría sus días en algún suplicio más violento que este, dejé de quejarme de la sumisión que al principio me había alarmado. La pobre Julie, tratada con un furor que no tiene ejemplo, azotada primeramente con varas, lo fue a continuación con zorros, cuyos azotes hacían brotar la sangre hasta la habitación; hecho esto, Saint-Fond cae sobre el padre y, golpeándolo con el mismo zorro con puntas de hierro, en tres minutos lo cubre de sangre. La madre es agarrada después; la colocan sobre el borde del canapé, las piernas lo más separadas posible, y la azota con los zorros dirigiendo los golpes al interior`.de la vagina. Yo lo seguía por todas partes, bien excitándolo bien flagelándolo, bien chupando su boca o su miembro. Un acceso de rabia lo acerca a la joven muchacha; le da dos bofetadas con una fuerza tan terrible que cae de espaldas; la madre quiere socorrerla y la recibe con una patada en el vientre que la manda al otro lado, a más de quince pies de su hija; Cloris echaba espuma por la boca sin atreverse a decir una sola palabra; atado constantemente, ¿qué defensa podía ofrecer? Se levanta a la hija; Saint-Fond ordena al verdugo que la fornique en el coño, y él... sodomiza al verdugo; mientras, a fuerza de seducciones y poniendo en libertad al padre, le prometo su vida y la de su familia, si accede a dar por el culo a Saint-Fond... ¡Lo que es la esperanza para el alma de un desgraciado! Cuidadosamente excitado por mis manos, lo logra. Saint-Fond, por las nubes al sentir un miembro tan hermoso en el culo, colea como el pez al que se echa al agua después de haberlo retirado de ella un rato.

-Es divino, y su gracia es segura -dice Saint-Fond-, si, aprovechando con rapidez el estado en que está ahora en mi culo, accede a sodomizar a su hija.

-Señor -digo a este hombre-, ¿se puede dudar, y no vale cien veces más que forniquéis a vuestra hija que la asesinéis?

-¡Asesinarla!

-Sí, señor; vuestra negativa la lleva a la tumba; está muerta si os resistís.

Y mientras una de mis mujeres mantiene las nalgas de la pequeña bien separadas y humedece el agujero, yo retiro con rapidez el instrumento del culo de Saint-Fond

y lo dirijo a la entrada del de la pequeña: pero Cloris, rebelde, no empujaba.

-Vamos, vamos, ¡matémosla! -dice Saint-Fond-, puesto que no quiere fornicarla.

Esta cruel sentencia lo determina todo; acerco el miembro a los riñones de la joven y meto el terrible instrumento en el ano; como todo estaba bien preparado, el éxito coronó mis esfuerzos, y Cloris es incestuoso para no convertirse en parricida. Délie fustigaba a Saint-Fond; entretando, él vejaba el culo de la madre y besaba las nalgas de uno de los lacayos; pero ese lacayo lo fornicó en seguida, y fueron las nalgas de Délie las que tenía por perspectiva. El inconstante Saint-Fond rompió el grupo una vez más; obstinándose constantemente en resistir los impulsos de su semen, se muestra a nosotros más furioso que una bestia feroz; gritaba, babeaba, juraba: en cuanto Delcour descargó en el coño de Julie, le hizo dar por el culo a la madre. Por fin, todo se arregla: Saint-Fond se tranquiliza y me ordena que le haga examinar los atractivos de las tres muchachitas que no se han presentado todavía a sus ojos más que por encima; las separa, las vuelve a juntar, las compara; mientras tanto, yo lo excitaba; en una palabra, está de acuerdo en que nunca tuve una elección más feliz. Fulvie, sobre todo, le parece adorable.

-La sodomizaría dice el disoluto-, si no tuviese miedo de descargar.

Después de esta revista, desea hacer la de las cuatro mujeres; Palmire le encanta: dice que nunca ha visto nada tan hermoso, y las soberbias nalgas de esta bella muchacha hacen sus delicias durante varios minutos.

-Ordena -me dice- a todas estas putas que se pongan de rodillas en semicírculo alrededor de mí, que, a continuación, vengan en la misma postura a adorar mi miembro y que lo chupen una detrás de otra.

La orden se ejecuta, y cada una recibe dos bofetadas mientras mama su instrumento.

Entre tanto, él chupa miembros, sin exceptuar, tomó podéis imaginar, los de Cloris y Delcour.

-Ya es hora, Juliette me dice-, de acabar con esta escena.

El criminal encula a Julie; los criados sujetan al padre y la madre mientras que él frota el culo de esta niña. Delcour, armado con su cuchilla, va a separar lentamente la cabeza.

-Ve lento, ve muy lento, Delcour -exclama-, quiero que mi sobrina más querida se sienta morir, quiero que sufra al mismo tiempo que la fornico.

Apenas ha hecho sentir Delcour el filo de la cuchilla, cuando los gritos de esta desgraciada se oyen por todas partes.

¯Seguid, seguid -dice Saint-Fond bien introducido en el culo-, pero seguid dulcemente; no podéis imaginar el placer que me transporta; inclínate, Delcour, que yo pueda excitarte el miembro mientras trabajas; Juliette, adorad las nalgas de Delcour: ahora es un dios para mí, que acerquen el culo de la madre, quiero besarlo mientras hago asesinar a su hija.

Pero ¡qué besos, gran Dios! Son mordiscos tan crueles que la sangre brota con cada uno de ellos. Un criado lo sodomiza; el infame está en un éxtasis indecible.

-¡Cómo saboreo el crimen! -exclama jurando-, ¡cuán encantador es para mí! Delcour, haz durar el placer...

El desgraciado padre, abatido, está a punto de perder el conocimiento, sus ojos giran de horror. La hermosa cabeza de Julie cae por fin como la de una bonita rosa ante los esfuerzos redoblados del aquilón.

-No hay nada tan voluptuoso como lo que acabo de hacer -dice Saint-Fond, saliendo del culo del cadáver-, no os podéis imaginar la contracción que resulta en el ano de la lenta incisión operada sobre las vértebras del cuello; ¡es delicioso! Vamos, señora -dice a la madre-, preparaos a darme el mismo placer.

La misma escena vuelve a empezar. Saint-Fond, que encuentra que la operación va demasiado de prisa, la suspende.

-No sabéis -dice- cuán divino es cortar así, lentamente, el cuello de una mujer a la que se tuvo la debilidad de amar en otro tiempo: ¡oh!, ¡cómo me vengo de las resistencias de la querida prima!

Continúa excitando el miembro del verdugo, pero quiere besar mis nalgas durante la operación; los dos criados sodomizan a Delcour y a él; el padre está atado de manera que, armada con un puñado de vergas, yo pueda azotarle el miembro mientras tanto. Mi feroz amante está en la embriaguez, y se deleita con los dolores prolongados de su triste pariente, cuya cabeza cae al fin al cabo de un cuarto de hora. Es el turno de Cloris. Sólo atándolo es posible colocarlo en la postura esencial para la operación. Saint-Fond sodomiza, el verdugo trabaja, los criados siguen dando por el culo al ordenador y al ejecutor. Esta vez, Saint-Fond quiere besar las soberbias nalgas de Montalme. Las otras mujeres lo rodean mostrándole los culos; la bomba estalla al fin. ¡Oh cielos!, si Lucifer hubiese descargado, habría hecho, creo, menos ruido, habría babeado menos, habría dirigido a los dioses blasfemias e imprecaciones menos espantosas. Saint-Fond descansa un rato, y nosotros pasamos a otra sala, donde reúno a las siete mujeres y a los dos criados. El ministro se nos une en seguida, pero, semejante a Venceslas, su verdugo no lo abandona; sin embargo, algunas voluptuosidades más dulces van a preceder a las orgías caníbales de este nuevo Nerón, y el semen correrá, si es posible, antes que la sangre.

Sin embargo, como con semejante hombre era necesario conservarlo que llevase la huella de sus placeres favoritos, fue en nichos adornados con todos los atributos de la fúnebre Parca donde le presenté grupos voluptuosos. La sala entera estaba tapizada de negro; huesos, cabezas de cadáveres, lágrimas de plata, haces de varas, puñales y zorros adornaban esta lúgubre tapicería; en cada nicho había una virgen manoseada por una bribona, ambas desnudas, apoyadas sobre cojines negros, con los atributos de la muerte perpendiculares a su frente. Al fondo de cada nicho, se veía una de las cabezas que acababan de ser cortadas, y junto a los nichos, a la derecha, había un ataúd abierto, a la izquierda una mesita redonda sobre la que descansaban una pistola, una copa de veneno y un puñal. Por un refinamiento de increíble barbarie (hecho, y yo estaba segura de lograrlo, para complacer a mi amante), había hecho cortar los tres troncos de las víctimas que acababan de ser sacrificadas; sólo se había conservado la parte de las nalgas tomada desde la caída de los riñones hasta por debajo de los muslos, y estaban suspendidos trozos de carne con lazos negros, a la altura de la boca, en cada intercolumnio de los nichos: fueron los primeros objetos que llamaron la atención de Saint-Fond.

-¡Ah! dice acercándose a besarlos-, estoy muy contento de volver a encontrar unos culos que acaban de darme tanto placer.

Una lúgubre lámpara pendía del techo en medio de la sala, cuya bóveda estaba revestida igualmente de atributos fúnebres; diferentes instrumentos de suplicio estaban distribuidos aquí y allá; entre otros, había una rueda muy extraordinaria. La víctima, atada circularmente sobre esta rueda, que estaba dentro de otra provista con puntas de acero, debía, al dar vueltas contra estas puntas fijas, desollarse poco a poco y en todos los sentidos; un resorte acercaba la rueda fija al individuo atado a la giratoria, con el fin de que a medida que las puntas disminuyesen la masa de carne, siempre pudiesen encontrar algo que morder al apretar. Este suplicio era tanto más horrible cuanto que era muy largo, y que una víctima podía vivir allí diez horas en las lentas y rigurosas angustias de este tormento; para aumentar o debilitar el suplicio, sólo era cuestión de acercar más o menos la giratoria. Esta máquina, invento de Delcour, no había sido probada todavía por Saint-Fond; se entusiasmó al verla, y dio al momento cincuenta mil francos de gratificación al autor. Desde ese momento, los pérfidos ojos de este monstruo sólo se dedicaron a la elección de cuál de las tres víctimas sería inmolada de esta manera. ¡Dioses!, la desgraciada Fulvie, como la más hermosa, fue tácitamente condenada en el fondo del corazón de este tirano. Un beso, que dio en el agujero del culo de esta hermosa muchacha, mientras consideraba la terrible máquina, me convenció pronto de que estaba en lo cierto. Pero veamos lo que precedió.

En primer lugar, Saint-Fond se instaló durante un momento, entre Delcour y yo, en un sillón que se hallaba enfrente de cada nicho. Palmire, una de mis mujeres que no había sido puesta en los nichos, de pie, detrás del sillón, lo excitaba, besando su boca; él se lo meneaba a Delcour y sobaba mis nalgas; examina: las bribonas ponen buen cuidado en ofrecerle el cuerpo de la niña, a la que ellas excitan en todas las posturas posibles; incluso, a veces se la acercan para hacerle besar las diferentes partes. El se levanta, recorre los nichos; Delcour lo azota entretanto; algunas veces se hace fornicar, y yo lo chupo; me doy cuenta de que su instrumento empieza a recobrar cierta energía; me sodomiza en la última estación (el nicho donde Blaisine se lo meneaba a Fulvie) y allí fue donde me dice al oído, besando el culo de esta encantadora muchacha:

-Ella será la que nos estrene la rueda; cuán deliciosamente serán cosquilleadas esas bonitas nalgas, ahí. Hecho este primer examen, va a tumbarse en una especie de banco estrecho y blando; allí, los hombres y las mujeres se acercan alternativamente a colocarse a horcajadas sobre su rostro y a cagarle en la boca; Palmire es la primera que pasa y después le chupará durante toda la operación. Montalme y yo pasamos después, para que pudiese, de acuerdo con su deseo, manosearnos las nalgas todo el tiempo que estuviese allí. De las suciedades pasa rápidamente él libertino a los horrores: Delcour, por orden suya, azota a las siete mujeres delante de él y yo lo excito sobre las cabezas que me ha hecho descolgar con esta intención.

Tres cuadros se representan después ante sus ojos. Mis dos azotadores sodomizan a dos de mis rameras; en medio, Delcour azota a la tercera; junto a cada grupo hay una joven que Saint-Fond se dispone a desvirgar; Palmire y yo lo ponemos en situación, una socratizándolo, la otra meneándole el miembro; el libertino, bien preparado, hace saltar las tres virginidades, vuelve, sodomiza y descarga sodomizando a Fulvie. Yo lo chupo para devolverle sus fuerzas; quiere que el verdugo le sostenga a todas las mujeres, sin exceptuarme a mí; nos aplica, a cada una, doscientos golpes de vara; a continuación él sujeta a

las mujeres y obliga a Delcour a que les dé a todas por el culo. Durante esta escena las besaba en la boca y yo participé en ella como las otras.

Entonces, Saint-Fond coge a cada virgen, una tras otra y pasa a solas con ellas a un gabinete retirado. Ignoramos lo que les dijo o lo que les hizo; a su vuelta, ni siquiera nos atrevimos a preguntarles. Realmente, en esta entrevista, tuvo que anunciarles su muerte, porque todas volvieron en lágrimas. Delcour me dice, mientras procedía a esta operación, que una lubricidad secreta seguía ordinariamente a este anuncio; que, desde que él conocía a Saint-Fond, siempre le había visto mezclar a este episodio sentencias que su ferocidad dictaba. Esto tenía que gustarle mucho con toda seguridad, porque siempre salía de allí excitadísimo (10).

(10) Pronto se sabrá lo que era.

-Vamos -dice, echando espumas de lujuria¯, ahora veamos por qué suplicios las haremos perecer: quiero que sean terribles. Delcour, es preciso que tu imaginación se supere hoy; es preciso que estas desgraciadas sufran todos los tormentos que podrían significarles el infierno.

Y besaba a Fulvie mientras decía esto; era fácil ver que era ella quien más lo encendía.

-Delcour -dice-, te aconsejo esta bonita criatura; cuán bella estará sobre tu rueda, cuán voluptuosamente se desgarrarán sus blancas y rellenas nalgas.

Y, diciendo estas palabras, la mordió, hasta hacerla sangrar, en cinco o seis partes de su cuerpo; una de estas mordeduras se llevó el pezón de la teta izquierda y el pícaro se lo traga; le mete un momento el miembro en el culo; a continuación, apoderándose del instrumento de Delcour, lo introduce él mismo en el agujero que deja.

-Es preciso -dice- que el verdugo azote a su víctima, eso es indispensable.

Durante todo este tiempo, con sus uñas, arañaba las nalgas, los costados, los muslos, las tetas de esta niña y chupaba la sangre a medida que salía. Hizo acercarse a

Palmire, que tan prodigiosamente parecía calentarlo, y le dijo:

-Así es como yo trato a las muchachas que hacen excitarme.

Apenas pronunció estas palabras, cuando le introduce el miembro en el culo: después de algunas idas y venidas, la hace subirse a una silla, para tener siempre sus nalgas en perspectiva y, paralelamente a ella, hace que Délie se ponga en la misma postura; a continuación, las tres muchachas pequeñas se colocan en semicírculo alrededor de él; se pusieron de rodillas y les azotó el pecho mientras que Blaisine le meneaba el miembro. Pinchó los senos apenas abiertos de estas tres infortunadas, se los cortó con una navaja, después cauterizó al momento la llaga con la punta de un hierro caliente. Mientras tanto yo lo excitaba, teniendo, por orden suya, el miembro de Delcour en el culo y meneándosela a un criado con cada mano: así, de rodillas, las hizo juntarse a las tres, espalda contra espalda, y las azotó en los pechos con unos zorros de puntas de acero cortantes; el culo de Palmire lo seguía en todas estas escenas; se lanzaba constantemente encima, y lo acariciaba en los intervalos.

-¡Vamos! -dice-, un poco de látigo.

Las siete mujeres (yo fui exceptuada) fueron atadas a columnas colocadas ex profeso en esta sala; con sus manos levantadas, sujetaban un crucifijo; los pies de las cuatro rameras estaban igualmente sobre crucifijos, que parecían aplastar con los pies; los de las tres víctimas se apoyaban en bolas provistas de puntas por todas partes, de manera que el propio peso de su cuerpo las obligaba a ser laceradas; las tetas de éstas fueron atadas fuertemente con una cuerda de tripa que se incrustaba en sus carnes; una punta de acero muy aguda pendía sobre sus cabezas y penetraba en ellas a voluntad de Saint-Fond que, por medio de un resorte del que era dueño, podía hacer entrar esta punta en el cráneo de la muchacha, tan pronto como quisiera; otras puntas, dirigidas igualmente por Saint-Fond, se encontraban en frente de sus ojos; otra les amenazaba el ombligo, si, apremiadas por los latigazos, se echaban, por casualidad, hacia delante; cada una de las víctimas dispuestas de esta manera alternaba con las zorras, felizmente liberadas de todos estos angustiosos instrumentos.

Saint-Fond utiliza en primer lugar las varas que Delcour y yo le damos; da cien golpes a las víctimas y cincuenta a las zorras; el segundo asalto se da con zorros de puntas de acero, doscientos golpes a las víctimas, diez a las zorras. Entonces, Saint-Fond hace entrar en acción a las puntas: las desgraciadas, pinchadas por todas partes, lanzan gritos que hubiesen ablandado a otros que no fuesen criminales como nosotros. Saint-Fond, sintiéndose apremiado por el semen que ya espumea en su miembro, hace que le lleven a Louise, la chica de dieciséis años que quiere ejecutar primero. La besa mucho, lame y soba su culo completamente sangrante, haciéndose chupar el miembro y el agujero del culo, después se la entrega a Delcour, quien, después de haberle pasado su miembro por los dos agujeros, le aplica ese suplicio chino consistente en ser cortada completamente viva en veinticuatro mil trozos sobre una larga mesa. Sain-Fond, subido en un estrado, sentado en las rodillas dé un lacayo que lo fornica, examina ese espectáculo teniendo en sus piernas a Héléne, que es la siguiente y a la que azota en el culo, mientras que yo se lo meneo y él besa a Palmire en la boca. El suplicio de la segunda consiste en tener los ojos reventados, tumbada sobre una cruz de San Andrés, para ahí ser descoyuntada viva. Saint-Fond actúa él mismo mientras que yo lo azoto. La víctima, así dislocada, le es ofrecida de nuevo; le da por el culo y, mientras que él trabaja en el ano, Delcour remata a la víctima con un mazazo en la cabeza, que hace volar el cerebro hasta la nariz de Saint-Fond; todo su rostro se cubre con él.

La encantadora Fulvie queda sola, rodeada por los restos sangrientos de sus dos compañeras: ¿podía dudar de su suerte? Saint-Fond le muestra la rueda.

-Eso es lo que te espera -le dice-, te he reservado lo mejor.

Y el traidor no deja de acariciarla, de besarla en la boca; la sodomiza una vez más antes de entregarla al verdugo. Delcour la coge por fin; ella lanza gritos terribles; la coloca; la rueda comienza a girar. Saint-Fond, fornicado por los dos criados alternativamente, sodomizaba a Delcour, besando sucesivamente las nalgas de Palmire y las mías y manoseando indistintamente los tres culos que quedaban vacantes. Pronto, el incremento de los gritos de la víctima nos hace juzgar sus dolores. Os dejo pensar lo acuciantes que debían de ser: la sangre, lanzada hacia todas partes, brotaba como esas lluvias finas esparcidas por los grandes vientos. Saint-Fond, que quiere hacer durar el suplicio, cambia sus cuadros y sus goces. Da por el culo a mis cuatro zorras, mientras que Delcour y yo le componemos otros grupos. La rueda, que se estrecha constantemente, empieza a pinchar hasta

los nervios y la víctima, desmayada por el exceso de los dolores, ya no tiene fuerzas para hacerse oír, cuando Saint-Fond, agotado de horror y de crueldades, pierde al fin su semen en el soberbio culo de Palmire, acariciando el de Delcour, manoseando el mío, el de Montalme y considerando, bajo la fatal rueda, a uno de los criados, que sodomizaba a Blaisine, y fustigado por Délie, que le chupa la boca para apresurar su descarga.

Los gritos, el desorden, las blasfemias de Saint-Fond, todo fue terrible; lo llevamos, casi sin conocimiento, a la cama, donde todavía quiso que yo pasase la noche a su lado.

Este insigne libertino, tan tranquilo como si acabase de hacer la acción más loable, durmió diez horas sin despertarse ,y sin la más mínima señal de agitación. Entonces fue cuando me convencí completamente de que es fácil crearse una conciencia análoga a las opiniones de uno y que, después de este primer esfuerzo, está permitido llegar a cualquier cosa. ¡Oh amigos míos!, no lo dudemos, aquel que ha sabido extinguir en su corazón toda idea de Dios y de religión, al que su oro o su crédito ponen por encima de las leyes, que ha sabido endurecer su conciencia, plegarla a sus opiniones, desterrar para siempre los remordimientos, ése, digo, estad seguros, hará siempre lo que quiera sin temer nada.

El ministro, al despertarse, me preguntó si no era verdad que él era el mayor criminal de la tierra. Sabiendo el placer que le daría respondiendo un sí, no lo pensé demasiado y me abstuve de contradecirle.

-¿Qué quieres, ángel mío? -me dice-, ¿es culpa mía si soy así y si la naturaleza me ha dado el gusto más irresistible por el vicio y ni una inclinación a la virtud? Por lo tanto, ¿no es verdad que la sirvo igual de bien que aquel al que su mano imprimió el amor por las buenas acciones? Sería la mayor de todas las extravagancias el resistirse a las intenciones de la naturaleza acerca de nosotros: soy la planta venenosa que hizo nacer al pie del bálsamo; no estoy disgustado de mi existencia, como no estaría orgulloso de la del hombre virtuoso: y desde que es preciso que todo esté mezclado en la tierra, ¿no es igual estar en una clase o en otra? Imítame, Juliette (11), tus inclinaciones te llevan a eso; que ninguna acción criminal te asuste; la más atroz es la que más gusta a la naturaleza: el único culpable es el que se resiste; no lo seas de esta manera. Deja, hija mía, deja que la gente fría diga que es necesario que la honradez y el pudor acompañen los placeres del goce; desgraciado el que quiera gustarlos de esta manera: nunca los conocerá. Esos tipos de placer no pueden ser deliciosos más que en tanto se franquea todo para degustarlos; la prueba de ello es que sólo empiezan a ser tales con la ruptura de algún freno; si se rompe uno más, la excitación será más violenta y necesariamente de esta forma, de gradación en gradación, no se llegará realmente al verdadero fin de estos tipos de placeres más que llevando el extravío de los sentidos hasta los últimos límites de las facultades de nuestro ser, de tal forma que la irritación de nuestros nervios experimente un grado de violencia tan prodigioso que estén como trastornados, como crispados en toda su extensión. El que quiere conocer toda la fuerza, toda la magia de los placeres de la lubricidad, debe convencerse de que sólo recibiendo o produciendo sobre el sistema nervioso la mayor sacudida posible, logrará procurarse una embriaguez tal como la que le es necesaria para gozar bien; porque el placer no es más que el choque de los átomos voluptuosos, o emanados de objetos voluptuosos, que encienden las partículas eléctricas que circulan en la concavidad de nuestros nervios. Por consiguiente, para que el placer sea completo, es preciso que el choque sea lo más violento posible: pero la naturaleza de esta sensación es tan delicada, que cualquier cosa la turba o la destruye; por lo tanto, es preciso que la men-

te esté preparada, que esté tranquila, que, por nuestros sistemas o nuestra posición, se encuentre en un equilibrio tranquilo y feliz, que sea, entonces, al fuego de la imaginación donde se encienda el hogar de los sentidos. Desde ese momento, dad pleno curso a esa imaginación, no le neguéis ningún extravío, y procurad, no solamente concederle todo, sino ponerla en condiciones, por vuestra filosofía y sobre todo por el endurecimiento de vuestro corazón y de vuestra conciencia, de poder forjarse, crearse nuevas quimeras, las cuales, al alimentar los átomos voluptuosos, las hagan chocar con más fuerza sobre las moléculas que deben realizar la sacudida, y preparen de esta manera a vuestros sentidos un tipo de voluptuosidad para cada uno de ellos. Según esto, Juliette, puedes ver cuántos obstáculos aportaría a tu delirio un espíritu sujeto a las limitaciones de la honradez o de la virtud: serían como hielos echados al fuego, como cadenas, como trabas que pondríais a un corcel joven que no pidiese más que lanzarse a la carrera.

(11) Mujeres lúbricas y arrebatadas, leed con atención estos consejos; se dirigen a vosotras como a Juliette, y si tenéis inteligencia, debéis extraer como ella el mayor partido de ellos. El más ardiente deseo de vuestra felicidad nos los sugiere; no llegaréis nunca a ésa felicidad por la que nos esforzamos al dirigiros esto, no, nunca la alcanzaréis si estos sabios avisos no se convierten en la única base de vuestra conducta.

Sin duda, la religión es el primero de todos los frenos que hay que romper en semejante caso, puesto que es, para el que la adopta, una fuente constante de remordimientos. Pero no hay más que la mitad de trabajo hecho, cuando sólo se han derribado los altares de un Dios fantástico; esta operación es la más fácil y no hace falta ni mucha inteligencia, ni mucha fuerza para destruir las repugnantes quimeras de la religión, ya que no hay ninguna que pueda soportar un análisis. Pero, una vez más, Juliette, esto no es todo; hay una infinidad de otros deberes, de otras convenciones sociales, de otras barreras, que se te opondrán en seguida, si tu espíritu, tan fogoso como independiente, no hace del enfrentamiento a todo una ley: igualmente sujeta por esos despreciables diques, pronto sentirías en tus placeres una constricción igual a la que siente el devoto. Si, al contrario, lo has desechado` todo para alcanzar el placer, y tu conciencia, bien tranquila sobre todos los puntos, no viene ya a presentarte los tristes aguijones del remordimiento, sin duda, en este caso, tu goce será de los más vivos y más completos que pueda conceder la naturaleza, y tu extravío será tal que tus facultades físicas apenas tendrán suficiente fuerza para soportar su exceso. Sin embargo, no esperes que serás tan feliz al comenzar como puedes llegar a serlo un día: a pesar de lo que puedas hacer, todavía vendrán a turbarte los prejuicios, en razón de la magnitud de los frenos que hayas roto: fatales efectos de la educación, que sólo pueden remediar una profunda reflexión, una perseverancia constante, y sobre todo costumbres muy arraigadas. Pero, poco a poco, tu espíritu se fortalecerá; la costumbre, esa segunda naturaleza que con frecuencia llega a ser más poderosa que la primera, que llega hasta destruir los mismos principios naturales que parecen los más sagrados, esa costumbre esencial para el vicio, que no dejo de aconsejarte, y de la cual depende todo para tu felicidad en la carrera que adoptas, esa costumbre, digo, ¡destruirá el remordimiento, hará callar a la conciencia, se reirá de la voz del corazón, y entonces verás cómo te parecen diferentes todos los objetos! Sorpréndete tú misma de la fragilidad de los lazos que te habían retenido, lamentarás los días en que, estúpidamente encadenada por estos nudos, pudiste resistirte a los placeres; y aunque algunos vanos obstáculos ten-

gan que turbar tu felicidad, el encanto de haberla conocido, y los divinos suspiros que te dará transformarán para siempre en flores las espinas con que hubiesen querido sembrarla. Ahora bien, en la posición en que te pongo, con la seguridad que te doy ¿qué espinas podrías temer? Reflexiona un momento sobre tu deliciosa situación; y si la incertidumbre de la impunidad presta al crimen sus más divinos atractivos, ¿quién mejor que tú en el mundo podrá gozar deliciosamente? Echa una mirada a tus otros goces: dieciocho años, la mejor salud, el rostro más bonito, el porte más noble, graciosa como un ángel, un temperamento de Mesalina, nadando en oro y en la opulencia, un crédito seguro, ningún freno, ninguna cadena, ni padres, amigos que te adoran... y ¿podrías temer a las leyes? ¡Ah!, deja de temer que su espada se atreva alguna vez a alcanzarte; si un día se elevase sobre tu cabeza, oponle tus encantos Juliette; sustituye esa languidez que te cautiva en el seno de las voluptuosidad es, por esas toletes llenas de arte que, aumentando todas tus gracias, encadenan a tus pies todos los corazones; reálzate y el universo de rodillas apartaría al momento todo lo que pudiese derribar o manchar a su más querido ídolo; entonces, el mismo Amor te serviría de égida, inflamaría todos los corazones y sólo encontrarías amantes que harían que otros tuviesen que temer a los jueces. Le corresponde al ser aislado... sin fortuna....-sin apoyo... sin consideración, temblar bajo esos frenos populares: sólo están hechos para él. Pero tú, Juliette. ¡ah!, cambia la naturaleza entera... ¡trastorna, destruye, arranca! El mundo adorará su divinidad en ti, cuando dejes caer sobre él algunas bondades, te temerá si lo aplastas, pero siempre serás su dios.

Entrégate, Juliette, entrégate sin temor a la impetuosidad de tus gustos, a la sabia irregularidad de tus caprichos, a la fogosidad ardiente de tus deseos; caliéntame con tus extravíos, embriágame con tus placeres; sólo a ellos ten siempre por guía y por ley; que tu voluptuosa imaginación dé variedad a nuestros desórdenes; sólo multiplicándolos alcanzaremos la felicidad; naturalmente inconstante y ligera, nunca colma con sus dones más que a aquel que sabe encadenarla: nunca pierdas de vista que toda la felicidad del hombre reside en su imaginación, que no la puede pretender más que sirviendo todos sus caprichos. El más afortunado de los seres es aquel que más medios tiene de satisfacer todos los extravíos que ella inspira: ten muchachas, hombres, niños; haz revertir sobre todo lo que te rodee la suave lascivia de tu alma de fuego; todo lo que deleita es bueno, todo lo que excita está en la naturaleza. ¿No ves al astro que nos ilumina secar y vivificar alternativamente? Imítalo en tus extravíos, como se te pinta en tus hermosos ojos. Sigue la conducta de Mesalina y de Teodora; ten, como estas célebres putas de la antigüedad, serrallos de todos los sexos donde puedas ir a zambullirte cómodamente en un océano de impureza. Revuélcate en el lodo y en la infamia: que todo lo más sucio y más execrable que haya, lo más cínico y más indignante, más vergonzoso y más criminal, más contra la naturaleza, contra las leyes y la religión, sea por eso sólo lo que te complazca más. Mancilla a tu placer todas las partes de tu hermoso cuerpo; recuerda que no hay una sola donde no pueda tener un templo la lubricidad y donde los goces más divinos serán siempre aquéllos que creías que irritaban a la naturaleza. Cuando los odiosos excesos del libertinaje, cuando las bajezas más depravadas, cuando los actos más indignantes comiencen a deslizarse en tus nervios, reanímate por medio de crueldades: que las fechorías más terribles, que las atrocidades más indignantes, que los crímenes menos imaginables, que los horrores más gratuitos, que los desvíos más monstruosos saquen a tu alma del letargo en que te habrá dejado el libertinaje. Recuerda que toda la naturaleza te pertenece, que todo lo que ella nos deja hacer está permitido y que ha sido bastante hábil, al crearnos, para quitarnos los

medios de turbarla. Entonces, sentirás que el Amor cambia algunas veces sus flechas en puñales y que los insultos del desgraciado que atormentamos valen a menudo más, para hacer excitar, que todos los discursos galantes de Cíteres.

Extrañamente halagada por estos discursos, me atreví a hacer comprender a Saint-Fond que todo lo que yo temía era perder sus bondades.

-Juliette -me dice-, no duraría mucho si yo fuese tu amante, porque los favores de una mujer, por muy hermosa que pueda ser, no podrían atarme durante mucho tiempo. Aquel que tiene por principio que el momento en que se acaba de fornicar a una mujer es el más esencial para separarse de ella, debe ciertamente, si él no es más que amante, hacer entrever lo que tú temes; pero, Juliette, lo sabes, estoy lejos de esta anodina persona: unidos ambos por semejanza de gustos, de espíritu y de interés, no veo nuestras cadenas más que como las del egoísmo y éstas cautivan siempre. ¿Te aconsejaría que fornicases si fuese tu amante? No, no, Juliette, no lo soy, y nunca lo seré. Por lo tanto, no temas mi inconstancia; si alguna vez llego a abandonarte, serás tú la única causante; sigue conduciéndote bien, sirve siempre mis placeres con actividad; que cada momento me haga ver en ti nuevos vicios; internamente lleva la sumisión conmigo hasta la bajeza; cuanto más te arrastres a mis pies, más te haré reinar sobre los otros por medio del orgullo; sobre todo, que ninguna debilidad, que ningún remordimiento, sea lo que sea que exija de ti, se muestre nunca a mi vista y te haré la más feliz de las mujeres, como tú me habrás hecho el más afortunado de los hombres.

- ¡Oh mi dueño! -le digo-, recordad que sólo quiero reinar sobre el universo para traeros su homenaje a vuestros pies.

A continuación entramos en algunos detalles. Estaba desolado por no haber podido hacer sufrir a su sobrina el suplicio de la rueda; sin la necesidad de quitarle la cabeza, lo hubiese hecho infaliblemente. Esto le llevó a alabar grandemente a Delcour.

-Está lleno de imaginación -me dice-, por otra parte joven y vigoroso y te agradezco mucho que hayas deseado su miembro. Por mi parte -continuó Saint -Fond-, lo fornico siempre con placer. Ya he observado que cuando se ha fornicado a un hombre desde muy joven, se le sigue jodiendo con placer a los cuarenta años. Mira cómo nos parecemos, Juliette: el oficio que hace sabe excitar tu cabeza como la mía y, sin su profesión, nunca habríamos pensado en él ninguno de los dos.

-¿Habéis tenido a mucha gente de ésta? -pregunté a Saint-Fond .

-Durante cinco o seis años tuve esta manía -me respondió- y recorrí las provincias para tenerlos; sus ayudantes, sobre todo, me excitaban infinitamente la imaginación: nadie se figura lo que es tener el miembro de un ayudante de verdugo en el culo. Los sustituí por muchachos carniceros y me gustaba cuando, llenos de sangre, venían a sodomizarme dos horas.

-Comprendo todos esos gustos -dije a Saint-Fond. - ¡Ah!, puedes estar segura, querida, se precisan la infamia y la depravación para todo eso; y la lujuria no es nada si la crápula no está en el alma. Pero, a propósito, -continuó el ministro-, hay una de tus zorras que me excita increíblemente los nervios... esa bonita rubia, la que, creo, obtuvo mi último semen.

-¿Palmire?

-Sí, así es como la oí llamar. Tiene el más hermoso culo, el más estrecho, el más caliente... ¿Cómo has conseguido a esa muchacha?

-Trabajaba en una tienda de modas; apenas tenía los dieciocho años cuando me apoderé de ella... y nueva como el niño que sale del seno de su madre; es huérfana, su nacimiento es bueno, no depende más que de una vieja tía que me la recomendó mucho.

-¿La amáis, vos Juliette?

-No amo nada, Saint-Fond, no tengo más que caprichos.

-Me parece que esa bonita criatura tiene absolutamente todo lo que es preciso para hacer de ella una deliciosa víctima: muy hermosa, interesante cuando llora, un bonito tono de voz, al pelo más hermoso del mundo, un culo sublime y una asombrosa frescura... Mira, Juliette, mira cómo se me pone tiesa con la sola idea de martirizarla.

Y efectivamente yo nunca había visto su miembro tan lleno de cólera; me apoderé de él, lo excité muy ligeramente.

-Pero si me la apropio -continuó-, te la pagaré mejor que cualquier otra, puesto que la deseo.

-¿Acaso esa sola palabra no es una orden para mí? ¿Queréis que entre al instante?

-Sí, porque únicamente me excito con ella.

En el momento en que Palmire apareció, Saint-Fond, saltando de la cama, se envuelve en un camisón y, agarrando con brusquedad a esta muchacha, pasa con ella a un gabinete separado. La sesión fue larga; oí los gritos de Palmire. Al cabo de una hora, volvieron ambos. Como le había hecho dejar sus ropas antes de llevarla a ese lugar secreto, me fue fácil, al verla volver desnuda, reconocer hasta qué punto había sido maltratada; y aunque no hubiese visto lo demás, sus lágrimas que corrían todavía me lo hubieran probado. Pero su pecho y sus nalgas llevaban emblemas tan recientes de las vejaciones que acababa hacerle sentir Sant-Fond, que era imposible dudar.

Juliette -me dice, apareciendo muy excitado por lo que acababa de hacer-, es una gran desgracia para mí estar tan acuciado de tiempo como lo estoy; es preciso que esas cabezas estén en el gabinete de la reina en cinco horas y no puedo entregarme hoy al deseo que tengo de divertirme con esta muchacha. Escuchad lo que voy a deciros: me la presentaréis pasado mañana en la comida de las tres vírgenes; hasta entonces, que esté encerrada en el más oscuro y más seguro de vuestros calabozos; os prohibo que le deis de comer, y os ordeno que la encadenéis tan fuertemente a la pared, que no pueda ni moverse ni sentarse. No le hagáis ninguna pregunta sobre lo que acaba de ocurrir; sin duda, tengo razones para que lo ignoréis, puesto que os lo oculto. Os la pagaré al doble de lo que os doy por las otras. Adiós.

Con estas palabras, se lanzó a su coche con Delcour y la caja con las tres cabezas, dejándome en un estado de agitación que difícilmente podría explicaron.

Amaba a Palmire. Entregarla a ese antropófago me costaba mucho: pero, ¿cómo desobedecer? Sin atreverme siquiera a decirle una sola palabra, la hice echar don de Saint-Fond quería que estuviese; y apenas estuvo allí, vinieron a combatirme dos sentimientos.

El primero fue el deseo de salvar a esta muchacha, de la que todavía faltaba mucho para que estuviese cansada; el segundo tenía por origen la mayor curiosidad por saber cuál era esa extraña fantasía a la que se entregaba Saint-Fond con las mujeres contra las que pronunciaba la última palabra. Cediendo a este segundo deseo, iba a bajar, para preguntarle, a la puerta de su prisión, cuando me anunciaron a Mme. de Clairwil. Informada por el ministro de que estaría en el campo a la hora de la cena, venía a rogarme y a recogerme para volver juntas a ver un ballet encantador en la Opera. Abracé vivamente a mi amiga; le conté todo lo que acabábamos de hacer; no le oculté las locuras a las que me había entregado antes de la llegada del ministro, ni todas las que las habían seguido. La amable criatura encontró todo delicioso y me felicitó por los progresos que yo empezaba a hacer en el crimen. Cuando llegué a la aventura de Palmire:

Juliette -me dice-, guárdate de sustraérsela al ministro y todavía más de profundizar en su misteriosa pasión. Piensa que tu suerte depende de este hombre y el placer que obtendrías, bien de descubrir su secreto, bien de conservar los días de tu zorra, no te consolaría nunca de las penas que infaliblemente resultarían de ello.

Encontrarás doscientas muchachas que valgan más que ésta; y respecto al secreto de Saint-Fond, una infamia de más o de menos en tu cabeza no te hará más feliz. Cenemos, corazón mío, y larguémonos pronto, eso te distraerá.

A las seis estábamos en el coche Clairwil, Elvire, Montalme y yo; seis caballos ingleses hendían el aire, y hubiésemos llegado con toda seguridad a la obertura del ballet, cuando a la altura del pueblo de Arcueil somos detenidas por cuatro hombres, pistola en mano. Era de noche. Nuestros lacayos, afeminados, flojos y apoltronados, huyeron con toda la rapidez que les fue posible, y nos quedamos solas con los dos conductores de nuestros caballos, presas de los cuatro hombres enmascarados que nos detenían.

Clairwil, a la que nada en el mundo asustaba, preguntó imperiosamente, al hombre que parecía ser el jefe, en razón de qué actuaba de aquella manera: por toda res puesta, nuestros desconocidos, dando la vuelta a nuestro coche, obligan a nuestra gente a bajar en Arcueil, y a continuación a subir a la altura de Cachan, donde siguieron un camino estrecho que nos llevó á un castillo muy solitario. El coche entra; las puertas se cierran, incluso oímos que las atrancan por dentro; entonces, uno de nuestros conductores nos abre la puerta del coche y, sin decir una sola palabra, nos ofrece la mano para descender.

Extrañamente asustada por esta misteriosa aventura, confieso que mis rodillas flaquearon al bajar de la carroza: poco faltó para que me desmayase; mis mujeres no estaban más tranquilas que yo; únicamente Clairwil, siempre descarada, andaba a la cabeza de nosotras y nos animaba. Tres de nuestros raptores desaparecieron y el jefe nos introdujo en un salón bastante bien iluminado. El primer objeto que nos llamó la atención fue un viejo en llantos, rodeado de dos jóvenes muy bonitas que intentaban consolarlo.

-Tienen ante ustedes, señoras -nos dice nuestro conductor-, los desgraciados restos de la familia de Cloris. Ese viejo es el padre del marido, esas dos jóvenes son las hermanas de la esposa, y nosotros somos los hermanos del esposo. El jefe de esta casa, su mujer y su hija, al haber caído injustamente en desgracia ante la reina, y más desgraciadamente todavía ante el ministro, quien, sin embargo, les debe todo, al haber desaparecido ayer estas tres respetables personas, digo, la celeridad de nuestras pesquisas nos ha convencido de que estas víctimas están detenidas o muertas en la casa de campo de la que acabáis de

salir. Pertenecéis al ministro; una de ustedes es su amante, lo sabemos: necesitamos o que nos devuelvan a las personas que pedimos o convencernos de su muerte. Hasta tales esclarecimientos, permaneceréis aquí como rehenes. Si hacéis que nos devuelvan a nuestros parientes, seréis libres; si han sido sacrificados, vuestros manes apaciguarán los suyos y los seguiréis a la tumba. Es todo lo que tenemos que deciros; informadnos y actuad.

-Señores -dice la valiente Clairwil-, me parece que vuestro proceder es completamente ilegal bajo todos los aspectos. En primer lugar, ¿es verosímil que dos mujeres, la señora y yo (aquéllas nos sirven), que dos mujeres, digo, estén suficientemente introducidas en los secretos del ministro como para ser informadas de un acontecimiento semejante al que nos referís? ¿Creéis que si las personas que reclamáis hubiesen corrido las desgracias de la corte y la justicia o el ministro hubiesen sido obligados a obrar con severidad, creéis, de buena fe, que nos hubiesen hecho testigos de semejante ejecución?, ¿y el tiempo que hace que estamos en la casa del ministro no os prueba que seguramente durante esos días ha ocurrido el acontecimiento del que nos habláis? Señores, todo lo más que podemos dáros es nuestra palabra de honor, pero no os las ofrecemos a causa de la profunda ignorancia en que estamos respecto a la suerte de los que se está tratando. No, señores, podemos asegurároslo, nunca hemos oído decir nada de ellos y si sois justos y no tenéis nada más que decirnos, devolvernos al momento una libertad que no tenéis el derecho de quitarnos.

-No nos divertiremos en refutaros, señora - respondió nuestro conductor-. Hace cuatro días que una de ustedes estaba en ese campo, la otra ha llegado hoy a cenar. Hace igualmente cuatro días que la familia Cloris estaba en la misma casa: por lo tanto, una de ustedes está en perfectas condiciones de responder a las preguntas que se os han hecho y no saldrán de aquí hasta que estemos perfectamente informados.

Entonces, los otros tres caballeros aparecieron y dijeron que, puesto que no queríamos hablar de buen grado, había medios para hacernos explicar a la fuerza.

-Me opongo, hijos míos dice el viejo-, no habrá aquí ninguna violencia; detestamos los medios que tienen nuestros enemigos para hacer el mal y nunca los imitamos. Solamente rogaremos a estas damas que escriban al ministro para que se presente en esta casa; y su billete estará escrito de forma que le haga creer que sólo son ellas las que lo solicitan para un asunto de la mayor importancia. Vendrá; nosotros lo interrogaremos; tendrá que decir dónde está mi hijo, dónde está mi hija: esta mano, sin eso, por muy temblorosa que esté, sabrá encontrar la energía necesaria para clavarle un puñal en el pecho... ¡Pérfidos abusos de la tiranía!... ¡Funestos peligros del despotismo! ¡Oh pueblo francés!, ¿cuándo te rebelarás contra esos horrores?, ¿cuándo, cansado de la esclavitud y consciente de tu propia fuerza, levantarás la cabeza por encima de las cadenas con que te rodean los criminales coronados y sabrás devolverte la libertad a la que te ha destinado la naturaleza?... Que se dé papel a estas damas y que escriban.

-Entreténlos digo en voz baja a Clairwil- y déjame redactar ese billete.

Un asunto de la mayor importancia os llama aquí (hice saber al ministro); *seguid al guió que os enviamos y no perdáis ni un minuto.*

Enseño la carta, la encuentran bien. Entonces, con un lápiz oculto en mi mano, tengo tiempo, al meterla en el sobre, de insertar prontamente las palabras siguientes:

Estamos perdidas si no acudios con fuerzas; y es por la fuerza como escribimos lo que precede.

Se cierra el paquete, uno de nuestros conductores parte y nos hacen pasar a una habitación alta, donde nos encierran cuidadosamente, con un guardia permanente en nuestra puerta.

En cuanto estuve sola con Clairwil, le doy parte de lo que había añadido al billete.

-Eso no basta para tranquilizarme -me dice-, si llega aquí con esa fuerza, somos degolladas en el momento en que estas gentes lo vean llegar con ella; preferiría esforzarme en seducir a nuestro guardia.

-Eso es imposible -respondí-, estos no son pícaros asalariados; ligados todos por el sentimiento del honor, con tal de que no lo estén por el de la sangre, puedes comprender que nada en el mundo les hará renunciar al fatal proyecto de venganza. ¡Ah! Clairwil, no debo de estar todavía muy firme en nuestros principios, porque temo que una fatalidad cualquiera, a la que puedes dar el nombre que quieras, haga triunfar al fin a la virtud.

-¡Nunca! ¡Nunca!, el triunfo siempre pertenece a la fuerza, y nada posee tanta como el crimen; no te perdono esta debilidad.

-Es que este es el primer contratiempo que encuentro.

-Es el segundo, Juliette: recuerda mejor las circunstancias de tu vida y acuérdate de que la fortuna no te cubrió con sus favores más que al salir de una prisión que debía llevarte a la horca.

-Eso es verdad; esta anécdota olvidada me devuelve mi valor; tengamos paciencia.

Nada en el mundo podía apagar en esta mujer singular los fuegos del libertinaje por los que estaba devorada. ¿Lo podéis creer? No había más que una cama en la habitación donde nos habían relegado: me propuso que nos echásemos allí las cuatro y que nos masturbásemos hasta la llegada de Saint-Fond. Pero al no encontrar ni a mis mujeres ni a mí en disposición bastante tranquila para aceptar sus extravagancias, esperamos charlando el resultado de esta funesta aventura.

El Sr. de Saint-Fond vio, como Clairwil, el inconveniente de hacer atacar el castillo por la fuerza mientras nosotras estuviésemos allí: el engaño le pareció preferible; y este fue el que utilizó antes de llegar a medios violentos.

El expreso que habíamos enviado volvió con dos jóvenes desconocidos para nosotras. Y este era el contenido del billete que traían al viejo:

Un hombre galante no debe retener a mujeres por un asunto que sólo es cosa de hombres: entregad a las que injustamente detenéis. Os envió a mi primo hermano y mi sobrino como rehenes; creed que tengo más interés en quitároslos de vuestras manos que a las mujeres que están en depósito en vuestra casa. Por otra parte, estad totalmente tranquilo sobre la suerte de las personas que os interesan; es cierto que están detenidas, pero en mi casa; y soy yo quien os responde de ellas: estarán en vuestros brazos dentro de tres dias. Una vez más, quedaos con mis parientes y enviad alas mujeres; yo mismo estaré en vuestra casa dentro de cuatro horas.

La mayor presencia de ánimo nos sirvió aquí. El billete apenas había sido leído delante de nosotras, cuando ya adivinamos.

¯¿Conocéis a estos señores? ¯nos preguntó el viejo.

-Claro -respondí-, son los parientes del ministro; si se ofrecen a quedarse por nosotras, esto rehenes, me parece, deben bastaros.

Se deliberaba sobre nuestra libertad, cuando, uno de nuestros ladrones, tomando la palabra:

-Esto puede ser una trampa -exclamó-, me opongo a la partida de las mujeres: quedémonos con todos, son dos rehenes más.

Se llegó a esta opinión y los imbéciles (porque está dicho que es preciso que la virtud haga constantemente estupideces), los estúpidos animales, nos pusieron a todos en la misma habitación.

Tranquilizaos, señoras -nos dice en seguida uno de los pretendidos parientes del ministro-, veis cuál ha sido la índole del engaño del Sr. de Saint-Fond. El no dudaba de que quizás no tuviese éxito: no importa -ha dicho-, de todos modos les envío defensores y les dirán, como podemos afirmar, que toda la policía de París, de la que somos miembros, asedia el castillo dentro de dos horas. Estad tranquilas, estamos bien armados, y si esta buena gente quiere, al verse engañada, emprender algo contra nosotros, estad seguras de que os defenderemos.

-Todo mi temor -dice Clairwil- está en que esos animales, al ver la tontería que han hecho en reunirnos, vengan a separarnos para quitarnos todos nuestros recursos.

-No hay más que --digo infinitamente más tranquila- unirnos de manera que seamos inseparables.

-¿Cómo -dice Clairwil-, tú que temblabas hace un momento en una situación más o menos parecida, te atreves ahora a tener ideas?

-Es que estoy tranquila -repliqué- y porque realmente estos dos jóvenes son muy guapos.

Uno de ellos, llamado Pauli, tenía efectivamente veintitrés años y el rostro más dulce, más delicado que fuese posible ver; el otro tenía dos años más, el aire menos afeminado pero digno de ser pintado y el más hermoso miembro.

-Vamos -dice Clairwil-, estos señores permitirán que dispongamos de ellos. Antes de saber lo que piensan, aquí está, me parece, lo que hace falta para que todo esto se solucione.

A estas palabras, besamos simultáneamente a nuestros guardianes con tanto ardor, que la respuesta que tenían que darnos se pintó pronto en sus ojos.

-Sí -siguió Clairwil-, puesto que su consentimiento es tan formal, así es cómo tiene que ocurrir todo. Pauli va a fornicarte, Juliette; yo me lo haré dar por La noche; en cuanto las dos estemos encoñadas, Elvire me excitará el clítoris con una mano, el agujero del culo con la otra; Montalme te hará otro tanto. Ambas, al alcance de ser manoseadas por nuestros fornicadores, les presentarán todo lo que llevan; verás cómo, frotadas más fuerte, ga-

naremos a esta infidelidad: todas las mujeres voluptuosas deberían permitirse cosas semejantes, pronto se darían cuenta del provecho que obtendrían. Sin embargo, constantemente atentas las dos a las sensaciones experimentadas por nuestros jóvenes fornicadores, en cuanto los vean a punto de descargar, cogerán sus miembros y nos los meterán en seguida en el culo, para que el semen sólo se descargue ahí; en cuanto hayan descargado los dos, cambiaremos de hombre y de mujer. Pero, colocadas las dos una junto a la otra, sólo nos ocuparemos de nosotras; nos besaremos, nos lengüetearemos, amor mío, y consideraremos -me añadió muy bajo- a estos viles seres que trabajarán para darnos placer como esclavos pagados por nuestras pasiones y que la naturaleza nos somete.

-Así es -digo-, no comprendo que nos pudiésemos excitar con otra idea.

Y en un momento estábamos las dos sobre la cama, con las faldas remangadas hasta por encima del vientre. Nuestras ayudantes se apoderan primero de los instrumentos, nos los preparan, nos los muestran y los engullimos pronto en nuestros coños anhelantes. Si Clairwil era vigorosamente fornicada por Laroche, ciertamente, yo no podía quejarme de Pauli; su miembro no era exactamente tan gordo como el de su camarada, pero era muy largo y yo lo sentía en el fondo de mi matriz; divinamente excitada además por Montalme, voluptuosamente besada por mi amiga, ambas habíamos descargado ya dos veces cuando el cambio de mano ejecutado por Montalme con toda la rapidez posible, me advirtió de la crisis de mi joven amante, cuyos ríos de semen me inundan el culo de la forma más deliciosa. La hábil Montalme, mientras tanto, sustituía con tres dedos reunidos lo que mi coño acababa de perder y continuaba excitándome el clítoris. Una *blasfemia,* bien asentada por mi amiga, me previno de que ella sentía lo mismo; y los chorros de esperma tan abundantes no nos inundaron las entrañas hasta la tercera eyaculación.

-Cambiemos dice Clairwil-, prueba a Laroche, voy a coger a Pauli.

Jóvenes y vigorosos los dos, nuestros atletas ni siquiera nos piden un respiro y heme aquí fornicada por uno de los más hermosos miembros posibles.

Fue durante esta segunda carrera cuando Clairwil, siempre inclinada sobre mí, siempre lengüeteándome y ocupándose sólo de mí, convino que su abominable cabeza le aconsejaba una infamia.

-¡Oh joder! -le digo-, apresurémonos a ejecutarla, porque los horrores me gustan infinitamente.

-No, quiero sorprenderte -dice Clairwil-... Conténtate con saber solamente que esta extraña idea es la única causa del semen que pierdo en tus brazos.

Y la pícara partió con convulsiones y brincos con los que seguramente su fornicador no se habría calentado como lo hizo si hubiese adivinado la causa. Vuelta en sí y con Pauli dentro:

-Escucha -me dice muy bajo-, veo que de todos modos tengo que informarte, porque sin eso no podrías secundar mis proyectos. Va a haber un ataque; nos defenderemos. Pidamos armas a estos jóvenes, y para agradecerles todos los servicios que nos prestan, volémosles el cerebro durante la batalla. Este asesinato pasará a la cuenta de nuestros enemigos y Saint-Fond, más convencido de los peligros que habrás corrido, te concederá sin duda una mayor recompensa.

-¡Oh!, ¡jodida zorra! -digo a Clairwil, descargando yo misma como una puta ante esta idea-, ¡oh!, ¡santo Dios!, ¡cómo me inflama este proyecto!

Y durante este tiempo yo inundaba el miembro de Laroche, quien, viéndose a punto de imitarme, hizo su cambio en el mismo instante de mi descarga, lo que me sumergió en un delirio que me sería imposible pintaros, sin que haya nada tan delicioso, lo afirmo, como el sentir un miembro penetrar en el culo de uno en el mismo momento en que se descarga. El ruido que oímos en ese instante nos hizo saltar de la cama.

-Ahí están --dice Clairwil-, dadnos pistolas, hijos míos, para que podamos defendernos.

-Aquí las tenéis -dice Laroche-, hay tres balas en cada una.

-Bien -dice Clairwil-, estad seguros de que pronto estarán en el corazón de alguien.

El ruido aumenta y se hace oír a la vez en todas partes del castillo: " ¡A las armas!" exclaman.

-Vamos -dice Laroche-, empecemos ahora; que estas damas se coloquen en grupo detrás de nosotros, nosotros las serviremos de muralla.

Era el momento; nuestros raptores, forzados ya en la parte baja del castillo por el destacamento enviado de París, se retiraban hacia donde nosotros estábamos, con el deseo de degollarnos antes de rendirse; pero desgraciadamente, seguidos desde demasiado cerca, no pudieron entrar más que mezclados con nuestros liberadores. Se hizo un fuego terrible al forzar nuestra habitación. Colocadas detrás de los que nos defienden, este es el momento que elegimos para liberarnos del peso de la gratitud. Caen llenos de sangre a nuestros pies, y nuestros sexos estaban todavía cubiertos del semen de aquellos a los que nuestra inicua maldad arrancaba tan cruelmente de la vida. Podéis imaginar fácilmente que esta acción fue puesta en la cuenta de nuestros enemigos, a quienes apuñalaron en seguida los oficiales del destacamento para vengar a sus camaradas. El viejo y las mujeres jóvenes, que quedaron solos, fueron metidos en un coche y bajo una buena vigilancia conducidos a la Bastilla; el resto del destacamento, habiendo hecho preparar nuestro coche, nos escoltó hasta mi casa, donde exigí a Clairwil que no me abandonase hasta después de comer.

Apenas habíamos llegado, cuando nos anunciaron a Saint-Fond.

-¿Le confesaremos nuestro pequeño horror? -digo con prontitud a mi amiga.

-No -me respondió-, hay que hacerlo todo y nunca decir nada.

-El ministro entró, le agradecimos infinitamente los cuidados que se había tomado. A su vez, nos dio excusas de que un asunto personal suyo nos hubiese comprometido hasta ese punto.

¯Hay ocho o diez hombres muertos -nos dice-, entre otros los dos jóvenes que os había enviado, los únicos que lamento.

-¡Ah! ¡Ah! -dice Clairwil-, sin duda tiene que haber razones para eso.

-Sí, los jodía a ambos desde hace bastante tiempo. -¿Y es Saint-Fond -dice Clairwil- el que lamenta un objeto fornicado?

-No: eran hábiles, me servían a las mil maravillas en todas mis operaciones misteriosas.

- ¡Oh!, os los sustituiremos -digo a Saint-Fond, haciéndole que se sentase a la mesa-; dejemos las desgracias y hablemos de vuestros éxitos.

Durante la comida, la conversación giró, como de costumbre, sobre materias de filosofía, y como el ministro tenía cosas que hacer y nosotras estábamos extremadamente cansadas, nos separamos. En la comida del día siguiente, mi desgraciada Palmire, a quien se envió a buscar unas horas antes a su calabozo, fue sacrificada sin piedad después de mil suplicios más bárbaros y más variados los unos que los otros. Saint-Fond me obligó a estrangularla mientras él la fornicaba el culo. Me la pagó a veinticinco mil francos; y por las descripciones que le hice de todos los peligros de la víspera, me completó el doble.

Pasaron dos meses sin ningún acontecimiento que pueda añadir algún interés a mis escritos. Y acababa de alcanzar mis dieciocho años cuando Saint-Fond, llegan do una mañana a mi casa, me dice que había ido a ver a las dos hermanas de Mme. de Cloris a la Bastilla, que las había encontrado a las dos mucho más bonitas que la que habíamos sacrificado, pero que la más pequeña, sobre todo, que era de mi edad, era una de las muchachas más hermosas que fuese posible ver.

- ¡Y bien'. digo--, ¿será una partida de placer?

-Claro -me respondió.

-¿Y el viejo?

-Caldo de cultivo.

¯Sí, pero son tres prisioneros menos: ¿y el gobernador, que no vive más que de eso?

- ¡Oh!, las sustituciones son fáciles. En primer lugar, os pido el primer puesto para una pariente de Clairwil que quiere hacerse la mojigata con ella y no la quiere bien, a causa del libertinaje de esta querida amiga. Respecto a los otros dos, me las guardo, y os prometo hacéroslas firmar en ocho días. Vamos -dice el ministro, cogiendo una hoja de su agenda-, *la comida del hombre y la salida de las mujeres*... Sal mañana, Juliette, y lleva contigo a Clairwil, es encantadora, llena de imaginación: haremos una escena deliciosa.

-¿Os harán falta hombres y zorras?

-No, las escenas particulares valen algunas veces más que las orgías: más recogidas, se hacen más horrores, y como estamos bien juntos, nos entregamos infinitamente más.

-Pero ¡se necesitarán dos mujeres para ayudar!

-Sí, dos viejas; me las buscarás al menos de sesenta años, es un capricho: hace mucho tiempo que me aseguran que no hay nada para que se ponga tiesa como la decrepitud de la naturaleza; quiero probarlo.

-Le falta algo a todo eso -dice Clairwil, a quien fui en seguida a dar parte de las intenciones del ministro-. Esas jóvenes deben de tener amantes: hay que descubrir los, hacerlos robar e inmolarlos con ellas; hay un millón de detalles voluptuosos que obtener de estas situaciones. Vuelo a casa del ministro; le cuento las ideas de Clairwil; las aprueba; la partida se retrasa ocho días y los amantes son buscados.

Los horrores necesarios para descubrir a estos nuevos individuos fueron voluptuosidades para Saint-Fond. Se presenta en la Bastilla, hace meter en el calabozo a cada una de

estas muchachas, él mismo va a interrogarlas, y mezclando hábilmente la esperanza y el temor, utilizándolos alternativamente, logra descubrir que Mlle. Faustine, la más pequeña de las hermanas de Mme. de Cloris, tenía por amante a un joven llamado Dormon, exactamente de la misma edad que ella; y que su hermana, Mlle. Félicité, de veinticinco años, había entregado igualmente su corazón al joven Delnos, uno de los muchachos más hermosos de París y que podía tener dos años más que ella. Cuatro días bastaron para encontrar faltas a estos jóvenes; no se reparaba en detalles en un siglo en el que el abuso del crédito era tal, que los ayudantes de gente de posición hacían ellos mismos encerrar a quien bien les parecía. Estas nuevas víctimas no durmieron más que una noche en la Bastilla; fueron transferidos la noche siguiente a mi casa de campo, adonde las señoritas habían llegado la víspera. Clairwil y yo los habíamos recibido y encerrado a todos, pero por separado; y ninguno de estos prisioneros, aunque bastante cerca los unos de los otros, sospechaba hasta qué punto le interesaba su vecino.

Después de una gran cena, pasamos a un salón donde estaba todo dispuesto para las execraciones proyectadas. Las dos viejas, vestidas de matronas romanas, esperaban trenzando verguetas las órdenes que se les diesen. Antes de empezar nada, atraído por la superioridad del culo de Clairwil, Saint-Fond quiso rendirle homenaje. Inclinada sobre un sofá, la zorra se lo presenta como una mujer hábil; y, mientras que yo le chupo el clítoris, Saint-Fond W introduce al menos seis pulgadas de lengua en el culo.

Saint-Fond estaba en erección; sodomiza a Clairwil, besando mi culo; un momento después me sodomiza a mí, acariciando el voluptuoso culo de Clairwil.

-¡Vamos!, manos a la obra dice Saint-Fond-, descargaré si tardamos; tenéis las dos unos culos a los que no me puedo resistir.

-Saint-Fond -dice Clairwil-, tengo que pedirte dos favores: el primero es que te muestres muy cruel; no te puedes imaginar, querido, hasta qué punto lo estoy siendo yo; el segundo es que me dejes el asesinato de los dos jóvenes. Dar suplicios a los hombres es, lo sabes, mi pasión favorita; tanto como te gusta atormentar a mi sexo, me gusta a mí vejar al tuyo, y voy a gozar martirizando a esos dos guapos muchachos mucho más, quizás de lo que te deleitarás tú masacrando a sus dos amantes.

-Clairwil, sois un monstruo.

-Lo sé, querido, y lo que me humilla es ser sobrepasada cada día por ti.

Al haber deseado Saint-Fond ver en primer lugar solo a cada uno de los cuatro amantes, una de las viejas trajo a Dormon, cuya querida era Faustine, la más pequeña de las hermanas de Mme. de Cloris.

-Joven -le dice Clairwil-, aparecéis aquí ante vuestro amo; pensad que la más completa sumisión y la más escrupulosa verdad deben dirigir vuestra conducta y vuestras respuestas: en sus manos está vuestra vida.

-¡Ay de mí! -respondió humildemente este desgraciado-, no tengo nada que decir, señora; ignoro por completo la causa de mi detención y no puedo comprender por qué fatalidad me encuentro hoy como una víctima de la suerte.

-¿No estabais destinado -le preguntó Clairwil, que lo devoraba con los ojos- a casaros con Faustine?

-Esa unión debía hacer mi felicidad.

-Ignoráis el cruel asunto en el que estaban implicados sus parientes?

- ¡Ay!, señora, sólo les conocía virtudes: ¿podía existir el vicio donde había nacido Faustine?

-¡Ah! digo-, ¡es un héroe de novela!

-Seré siempre amigo de la virtud.

-El entusiasmo que se siente por ella a vuestra edad -dice Clairwil- ha perdido con frecuencia a muchos hombres. Por lo demás, no es de nada de eso de lo que se trata aquí: os hemos hecho venir para informaros de que vuestra Faustine está aquí, y que si queréis abandonarla al goce del ministro, su gracia y la vuestra recompensarán el sacrificio.

-No merezco gracia, puesto que no he cometido crímenes -respondió orgullosamente este joven-. Pero aunque tuviese mil muertes, os declaro que no compraré nunca la vida al precio de la atrocidad que os habéis atrevido a hacerme entrever.

-¡Vamos!, señora, *¡el culo!, ¡el culo!...* -exclamó Saint-Fond excitado-, vemos que este granujilla es un testarudo al que sólo con la violencia haremos entrar en razones.

Y, a estas palabras, Clairwil y las dos viejas, se lanzan sobre el joven y lo desnudan y agarrotan en un abrir y cerrar de ojos.

Lo conducen hasta Saint-Fond, que examina detalladamente durante algunos minutos el más bonito culo de hombre que sea posible ver: y ustedes saben, los señores entendidos, que, respecto a estas partes, ustedes lo tienen puesto con frecuencia mejor que nosotras.

- ¡Ah! -dice el desgraciado Dormon, en cuanto ve las infamias a las que está destinado-, ¡me han engañado, estoy en casa de unos monstruos!

-Señor -le dice Clairwil-, pronto se lo probaremos.

Y después de algunos horrores preliminares, se me encargó que trajese a Faustine. Era difícil ser más hermosa, estar mejor hecha, ser más interesante y más dulce; ¡cuántos nuevos atractivos le prestó el pudor, cuando vio la escena en que se la recibía! Creyó desmayarse al ver a su amante objeto de las caricias de Clairwil y de Saint-Fond.

-Tranquilizaos, hermoso ángel -le digo en seguida-: nosotros jodemos, corazón mío, nos zambullimos en la impudicia; vais a mostrar vuestro hermoso culo como nosotros ofrecemos el nuestro y no os encontraréis a disgusto.

-Pero ¿qué significa todo esto?... por favor, ¿dónde estoy?... explicadme...

-Estáis en la casa del ministro, vuestro tío, vuestro amigo; vuestro asunto está en sus manos, y no sabéis cuán grave es lo que os compromete. Sed sumisa y complaciente, monseñor puede solucionarlo todo.

-¿Y Dormon ha podido someterse...?

- ¡Ah! -respondió el desgraciado joven-, soy, como tú, víctima de la fuerza. Pero si el día de la deshonra luce hoy para nosotros, el de la venganza nos consolará quizás pronto.

-Dejemos el heroísmo, joven dice Saint-Fond, aplicando una vigorosa bofetada sobre las descubiertas nalgas de este hermoso hablador-, y esa elocuencia incendiaria servirá más bien para entregar a vuestra amante a todos mis caprichos... y serán violentos a solas con ella... la trataré mal.

Aquí, dos ríos de lágrimas brotan de los soberbios ojos de Faustine, profundos gemidos se hacen oír; el cruel Saint-Fond, con su miembro en la mano, se acerca a mirarla bajo la nariz.

- ¡Oh, joder! -exclamó-, así es como me gustan las mujeres... ¡Que no pueda reducirlas a todas a este estado con una sola palabra! Llorad, pequeña, llorad... tomad, llorad sobre mi miembro; sin embargo, no perdáis todas vuestras lágrimas: pronto las necesitaréis para cosas de mayor importancia.

Realmente, no me atrevo a deciros hasta qué punto llevó el ultraje; parecía que su mayor placer fuese insultar a la inocencia e injuriar a la belleza desgraciada. Los reflejos de placer que llegamos a hacer experimentar a esta niña se cambiaron pronto en penas; Saint-Fond enjugó sus lágrimas con su miembro.

La principal pasión de Clairwil no era, como os he dicho, zurrar a las mujeres: ella amaba dar a la naturaleza la salida de sus inclinaciones hacia la crueldad sobre los hombres; pero aunque ella no actuase ¡lo veía con placer!, y cerca de Dormon, al que excitaba, observaba con una curiosidad malvada todos los ultrajes realizados sobre Faustine; incluso los aconsejaba.

-Vamos -dice Saint-Fond-, hay que juntar lo que pronto debía afianzar el himeneo; no soy lo suficientemente cruel -añadió irónicamente- para no ceder al señor una de las dos virginidades de su bonita amante; Clairwil dispón al macho: yo voy a preparar a la hembra. Nunca habría creído, lo confieso, que esta empresa fuese posible. El terror, la pena, la inquietud, las lágrimas, en fin, el terrible estado de estos dos amantes ¿podía permitirles el amor? Sin duda se operó aquí uno de los más grandes milagros de la naturaleza y su fuerza triunfó sobre todos los males de su imaginación: Dormon, arrebatado, fornicó a su amante. Sólo tuvimos que sujetar a ella; sólo en ella, el dolor, superior a todo, no dejó ya acceso al placer; por mucho que hicimos, por más que la excitamos, la regañamos o la acariciamos, su alma no salió ya de la horrible situación en que la sumergía esta aterradora escena; y no obtuvimos de ella más que desesperación y lágrimas...

-La amo más por eso -dice Saint-Fond-: no siento ningún deseo de ver las impresiones del placer sobre el rostro de una mujer, ¡son tan dudosas!; prefiero las del dolor, engañan menos.

Sin embargo, la sangre corre ya, las primicias están recogidas. Por la postura que había dispuesto Clairwil, Dormon tenía a Faustine en sus brazos, absolutamente inclinada sobre él, de manera que por medio de esta postura, la bonita muchachita expusiese las más hermosas nalgas que fuese posible ver.

-Mantenedla en esa postura dice Saint-Fond a una de las viejas-, voy a sodomizarla mientras que se la encoña: es preciso que pierda sus dos virginidades a la vez.

La operación tuvo el mejor de los éxitos, sin embargo, no sin hacer lanzar a la joven los gritos más agudos, a la que jamás había perforado semejante dardo. ¡Ay!, era para ella el

funesto día de los dolores. Mientras fornicaba el disoluto manoseaba a las viejas, en tanto que yo acariciaba a Clairwil; el prudente Saint-Fond, avaro de su semen, retiene sus esclusas y pasamos a otras lujurias.

-Joven -dice Saint-Fond-, voy a exigir de vos algo muy extraordinario y que sin duda encontraréis muy bárbaro, pero, aunque puede serlo, estad seguro de que es la única forma de salvar a vuestra amante. Voy a hacerla atar a esa columna, vos os armaréis con este puñado de varas, y le desgarraréis las nalgas.

-¡Monstruo!, ¿puedes proponerme...?

-¿Preferís que la mate? Dadla por muerta si no obedecéis.

-¿Y qué más da? ¡Es preciso que yo no tenga un punto medio entre esa infamia y el dolor de perder lo que amo!

-Porque tú eres aquí el más débil -digo yo-, y por consiguiente debes ceder a cualquier cosa: así pues, realiza lo que se te propone, o tu amante será apuñalada ante tus ojos.

La gran habilidad de Saint-Fond residía en poner siempre a las víctimas en semejante situación, que nunca tuviesen otro partido que tomar más que aquella de las dos desgracias que convenía más a su pérfido libertinaje. Dormon, temblando, ni acepta ni se niega; su silencio habla. Faustine es atada por mí; me doy el gran placer de martirizar las partes delicadas de este hermoso cuerpo con los lazos con que la agarroto; me gusta presentar de esta forma la inocencia a todas las tentativas del crimen; la malvada Clairwil le chupaba la boca entretanto. ¡Qué atractivos para martirizar!... ¡Oh!, cuando el cielo no se arma para defenderlos, es que quiere convencer a los hombres del desprecio que siente por la virtud.

-Tendréis que proceder de esta manera -dice Saint-Fond aplicando diez golpes con toda su fuerza sobre las blancas y rollizas nalgas que le son ofrecidas-. Sí, de esta manera -continuó-, mientras le cimbraba otros diez, cuyas violetas magulladuras contrastaban ya maravillosamente con la blancura de esta piel fina y delicada.

- ¡Oh!, señor, nunca podré...

Y sin embargo, como se redoblan las amenazas, como Clairwil llena de furor exclama que no hay más que desollarlo a él mismo si se resiste y que era preciso que se decidiese a este ligero ultraje o consentir en perder lo que ama, Dormon empieza: ¡pero qué debilidad! Es preciso que Saint-Fond sostenga su brazo, que lo dirija. Mi amante se impacienta, un puñal se eleva sobre el seno palpitante de Faustine; Dormon redobla... se desmaya...

-¡Ah, joder! dice Saint-Fond, excitado como un carmelita-, veo que hace falta que la maldad se mezcle en todo esto; el amor no vale nada.

Y dando rienda suelta a su agitación sobre las hermosas nalgas que le son ofrecidas, en menos de un cuarto de hora inunda de sangre el culo de la víctima. Cerca de allí se cometía otro horror: Clairwil, lejos de socorrer a Dormon, ejecuta sobre él todo lo que le sugiere su ferocidad.

-Yo vengo a mi sexo -exclama, y sus manos bárbaras devolvían a Dormon, atado por las viejas, todo lo que Saint-Fond aplicaba a Faustine.

Pronto estuvieron los dos desgraciados amantes en el estado más terrible. Aunque no juzgo a Clairwil, confieso que su crueldad me sorprendió; pero cuando la vi entregarse a execraciones de muy distinta especie, cuando la vi embadurnarse las mejillas con la sangre de su víctima, chuparla, tragarla, alimentarse con ella lúbricamente; cuando la vi frotar su clítoris sobre las sangrantes heridas que hacía a ese desgraciado, cuando la oí que me gritaba: *¡Imítame, Juliette!...* arrastrada por el terrible ejemplo de esta salvaje y, más aún, quizás por mi maldita imaginación, tengo que confesarlo, amigos míos, hice como ella... ¿Qué digo? la superé quizás, quizás encendí su imaginación por fechorías en las que ella no pensaba; pero todo me encendía igualmente: no había ninguna restricción en mi alma perversa y la conmoción recibida en mí, por los dolores que yo imponía, llegaba tanto a canibalizar a un hombre como a martirizar a una mujer.

Saint-Fond no quiso proceder a las grandes expediciones hasta que no apareciese la otra pareja. Se ató a ésta; vino la otra. Delnos y Félicité experimentaron los mismos tratamientos, con la excepción de que las cosas se realizaron en sentido inverso y que en lugar de persuadir al amante a que abandonase a su querida bajo las más terribles amenazas, fue a la querida (pero con tan poco fruto como antes) a la que se persuadió para que abandonase al amante. Félicité era una bonita muchacha de veinte años, un poco menos blanca que su hermana, pero de formas tan agradables y con los ojos más expresivos; mostró más energía que su hermana y Delnos mucha menos que Dormon. Sin embargo, nuestro antropófago, cuando iba a sodomizar a esta segunda muchacha, perdió su semen, a pesar suyo, en el hermoso culo de Delnos, mientras martirizaba los encantadores pechos de Félicité. Tranquilamente sentado ahora, entre Clairwil que lo socratizaba y yo que se lo meneaba, en frente de las dos parejas atadas bajo sus ojos, nos consultaba sobre la suerte de las víctimas.

-Soy el verdugo de toda esta familia -nos decía excitándose-: tres perdieron aquí la cabeza, hice matar a dos en su casa de campo, he hecho envenenar a uno en la Bastilla y espero no fallar con estos cuatro. No conozco nada tan delicioso como este cálculo: se dice que Tiberio se entregaba a él todas las noches; el crimen no sería nada sin sus dulces recuerdos. ¡Oh Clairwil!, ¡a dónde nos arrastran las pasiones! Dime, ángel mío, ¿tendrías la cabeza suficientemente tranquila... por casualidad habrás descargado lo bastante para hacerme unos hermosos discursos sobre eso?

- ¡No, joder!, ¡no, no, santo Dios! ---respondió Clairwil, roja como una bacante- tengo más ganas de actuar que de hablar; un fuego devorador corre por mis venas, necesito horrores, estoy fuera de mí... -

—Cometer infinitas atrocidades es también mi intención dice Saint-Fond-, esas dos parejas me excitan; es inicuo los tormentos que les deseo y que querría verles sufrir.

Y los desgraciados oían todo lo que decíamos; ¡nos veían conspirar contra ellos... y no se morían!

La fatal rueda, inventada por Delcour, estaba ante nuestra vista. Saint-Fond la consideraba malsanamente, y la idea de colocar en ella a alguna víctima lanzó en seguida su miembro hacia arriba. Entonces, el criminal, después de haber explicado bien alto las propiedades de esta infernal máquina, dice que era preciso que las dos mujeres lo echasen a suertes para saber cuál de las dos sería atada a ella. Clairwil combatió este proyecto, asegurando que, puesto que Saint-Fond había visto ya a una muchacha en ella, era preciso

que se procurase el placer de ver a un muchacho; pidió la preferencia para Dormon, que le calentaba prodigiosamente la cabeza. Pero Saint-Fond dice que él no quería preferencias; que el honor de perecer el primero, y por semejante suplicio, era bastante grande, y que no se necesitaban más. Se escriben billetes; los jóvenes sacan; Dormon tiene el billete negro.

-Hace mucho tiempo que el cielo satisface mis deseos -dice Clairwil-; ¡no he concebido nunca un crimen que esa execrable quimera, a la que llamáis el Ser supremo, no haya favorecido al momento!

-Besad a vuestra prometida dice mi amante, desatando a Dormon, al que, no obstante le deja las cadenas de las piernas y de los brazos-, besadla, hijo mío, no os perderá ni un solo momento de vista durante vuestra ejecución. Os juro que voy a sodomizarla ante vuestros ojos.

Entonces, arrastrando al joven, según su costumbre, bien encadenado, se encierra con él durante una hora; parecía que en ese momento el libertino confiaba a la víctima un secreto impenetrable y que ésta estaba como encargada de llevarlo al otro mundo.

-¿Pero qué hace allí? dice Clairwil, aburrida de esperar y acercándose a la puerta del gabinete.

-No sé nada -respondí-, pero deseo saberlo con tal ardor que casi tengo ganas de decirle que me sacrifique para enterarme.

Dormon sale; sus carnes llevan las huellas de varias vejaciones crueles; sus nalgas y sus muslos, sobre todo, habían sido violentamente martirizadas: la vergüenza, la rabia, el temor y el dolor se debatían en su frente alterada; la sangre corría de su miembro y de su escroto y sus mejillas, vivamente coloreadas, llevaban la huella de varias bofetadas. En cuanto a Saint-Fond, estaba muy excitado; la barbarie más atroz se pintaba en cada uno de sus rasgos; todavía tenía una mano en el culo de la víctima cuando volvieron.

-¡Vamos, jodido bribón! -le dice Clairwil, regocijándose de verlo aparecer así-, ¡vamos, vamos!, tenemos que empezar... Saint-Fond -prosiguió esta arpía-, no hay suficientes hombres aquí: me gustaría ser prodigiosamente jodida mientras veo expirar a ese pillo.

-Su amante te lo meneará -dice Saint-Fond- y yo te daré mientras por el culo.

-¿Y correrá la sangre sobre nosotros?

-Sin duda...

-Vamos -dice Clairwil-, bésame, jódeme, antes de ir al suplicio.

Y como se resistía un poco, la zorra le frotó la nariz con su culo; a continuación, se le permitió que fuese a besar a su amante que se fundía en lágrimas. Clairwil lo excitaba y Saint-Fond acariciaba el clítoris de la joven; las viejas lo cogen por fin y lo fijan a la rueda fatal. Faustine, tumbada sobre Clairwil, se ve obligada a meneárselo; mi amiga me besa, me acaricia mientras tanto. Saint-Fond da por el culo a Faustine y pronto la sangre nos cubre a los cuatro. La joven no soporta este espantoso espectáculo hasta el final: sofocada por el dolor, expira.

-¡Un momento, un momento! -exclamó Saint-Fond-, creo que la zorra quiere morir sin que sea yo la causa de ello.

Y el villano descarga, diciendo esto, en un cuerpo que ya no existía. Clairwil, cuyas criminales manos amasan los cojones de Delnos, mientras yo pinchaba con puntas de aguja las nalgas de este joven, no puede contenerse ante el espectáculo de Dormon en la rueda y la puta descarga tres veces, profiriendo aullidos semejantes a los de una bestia feroz.

Ya sólo quedaban Félicité y su joven amante.

- ¡Ah, joder! -dice Saint-Fond-, es preciso que el suplicio de esta zorra me compense del otro; y puesto que antes fue la querida la que vio morir al amante, ahora quiero que sea el amante el que vea expirar a la querida.

La conduce al gabinete secreto y, después de una buena media hora a solas, la trae de nuevo en un estado lamentable. Es condenada a ser empalada viva: el mismo Saint-Fond le mete por el culo una estaca que le sale por la boca, y esta estaca enderezada permanece con la víctima, de muestra en el salón, todo el día.

-Amigo mío -dice Clairwil-, te pido insistentemente que me dejes la elección del suplicio de esta última víctima; creo que este pillo se parece a Jesucristo, y quiero tratarlo de la misma manera.

La idea hizo reír mucho; todo se dispone durante la entrevista a solas; no se olvida nada. La historia de la pasión del bastardo de María se pone encima de la espalda descubierta de una de las viejas; yo estoy encargada de leer y de dirigir. El joven vuelve ya muy maltratado; Clairwil, Saint-Fond y la otra vieja lo preparan; lo atan a la cruz y sufre exactamente todo lo que los sabios romanos hicieron soportar al pícaro simplón de Galilea; se le atraviesa el costado; se le corona de espinas, se le da a beber con una esponja. Por último, viendo que no se muere, se quiere ir más allá del suplicio del imbécil farsante de Judea: se le da la vuelta al paciente, y no hay ningún tipo de horrores que no hagamos sobre sus nalgas; las pinchamos, las quemamos, las desgarramos; Delnos expira por fin, violentamente. Clairwil y Saint-Fond, a los que yo excitaba con mis manos, descargan ampliamente; y como todo esto nos había llevado doce horas, los placeres deseados de la mesa suceden a estas infamias.

Clairwil, que quería saber el secreto de Saint-Fond, lo aturde a fuerza de vino, de caricias y de alabanzas; y cuando cree haberlo llevado al punto que deseaba:

-Así pues, ¿qué es lo que haces -le dice- con tus víctimas, un rato antes de entregarlas al suplicio?

-Les anuncio su muerte.

¯Hay algo más, estamos seguras.

-No.

-Lo sabemos.

-Es una debilidad ¿por qué obligarme a revelarla?

-Entonces, ¿tienes que tener secretos con nosotras? -digo a mi amante.

-Realmente, no hay ninguno.

-Sin embargo, nos lo ocultas, y te exigimos que nos lo digas..

-¿Para qué serviría?

-Para satisfacernos, para contentar a las dos mejores amigas que tienes en el mundo.

-¡Sois unas mujeres crueles! ¿Pero no os dais cuenta de que no puedo haberos esa confesión sin caer en una vergonzosa bajeza?

-Es precisamente lo que queremos saber.

Entonces, redoblando ambas los ruegos, las alabanzas, caricias y seducciones, nuestro hombre, vencido, nos habla de la manera siguiente:

-Por mucho que me haya sacudido el yugo de la religión, amigas mías, no me ha sido posible defenderme de la esperanza de la otra vida. Si es verdad, me digo, que hay penas y recompensas en otro mundo, las víctimas de mi maldad triunfarán, serán felices. Esta idea me desespera; mi extrema barbarie hace de ella un tormento para mí: cuando yo inmolo un objeto, bien a mi ambición, bien a mi lubricidad, querría prolongar sus sufrimientos más allá de la inmensidad de los siglos. He consultado sobre eso a un célebre libertino, con el que estaba muy unido antes y que tenía los mismos gustos que yo. Este hombre lleno de conocimiento, gran alquimista, muy versado en astrología, me ha asegurado siempre que nada es más cierto que esos castigos y recompensas del futuro, y que, para impedir a la víctima que participe en las alegrías celestes, era preciso hacerle firmar, con sangre sacada cerca del corazón, que daba su alma al diablo, a continuación meterle este billete por el agujero del culo con el miembro, e imponerle durante este tiempo el dolor más fuerte que esté en nuestro poder hacerle soportar. Con este medio, me aseguró mi amigo que nunca entrará en el cielo el individuo que destruís. Sus sufrimientos, del mismo tipo que el que le habéis hecho soportar al meterle el billete, serán eternos, y se gozará del delicioso placer de haberlos prolongado más allá de los límites de la eternidad, si la eternidad pudiese tenerlos.

-Y entonces, ¿eso es lo que haces con tus víctimas? -dice Clairwil.

-Vos habéis querido que os lo confesase... es una debilidad.

-Es una tontería, que prueba que estás más lejos de la filosofía de lo que yo te suponía: ¿acaso se puede, con inteligencia, adoptar por un momento el dogma absurdo de la inmortalidad del alma? Porque, sin la adopción de esta quimera religiosa repugnante, me confesarás que sería imposible creer en las penas y las recompensas de otra vida. Me gusta tu principio, es delicioso -prosiguió Clairwil-, está en mi manera de pensar: querer prolongar hasta el infinito los suplicios del ser que se entrega a la muerte es digno de tu cabeza; pero apoyar eso con extravagancias, eso es lo que no perdono de ninguna manera.

-¡Y! dice Saint-Fond-, mi divina esperanza se desvanece si no la apoyo sobre esa opinión.

-Es preferible saber renunciar a ella -dice Clairwil- que basarla en fábulas, porque la adopción de la fábula te haría un día más daño que el placer que te haya dado. Bah, conténtate con las desgracias que puedes imponer en este mundo y renuncia al vano proyecto de perpetuarla.

-No hay otra vida, Saint-Fond -digo yo entonces recordando principios de filosofía que había recibido en mi infancia-, esta quimera sólo tiene como garantía la imaginación de

los hombres, que, al suponerla, no han hecho más que realizar el deseo que tienen de sobrevivirse a sí mismos, a fin de gozar después de una felicidad más duradera y más pura que la que disfrutan ahora.

¡Qué estúpido absurdo, primero, creer en un Dios, a continuación, imaginar que ese Dios reserva infinitos tormentos a la mayoría de los hombres! De esta forma, después de haber hecho a los mortales muy desgraciados en este mundo, la religión les hace entrever que ese Dios extraño, fruto de su credulidad o del engaño, podrá hacerles temer todavía otras desgracias en la otra vida. Sé bien que la gente sale de esto diciendo que, para entonces, la bondad de ese Dios sustituirá a su justicia; pero una bondad que deja sitio a la crueldad más terrible no es una bondad infinita. Por otra parte, un Dios que después de haber sido infinitamente bueno se convierte en infinitamente malvado, ¿puede ser considerado como un ser inmutable? ¿Un Dios lleno de furor es un ser en el que se pueda encontrar la sombra de la clemencia o de la bondad? Según las nociones de la teología, parece evidente que Dios no ha creado el mayor número de hombres más que con la intención de ponerlos en condiciones de incurrir en suplicios eternos. Por consiguiente, ¿no hubiese estado más de acuerdo con la bondad, la razón, la equidad, no crear más que piedras y plantas, que formar hombres cuya conducta podría atraer sobre ellos castigos sin fin? Un Dios bastante pérfido, bastante malvado para crear un sólo hombre y para dejarlo expuesto a continuación al peligro de hacerse daño, no puede ser considerado como un ser perfecto; sólo debe serlo como un monstruo de sinrazón, de injusticia, de malicia y de atrocidad. Lejos de construir un Dios perfecto, los teólogos no han formado sino la más repugnante quimera, y han acabado de degradar su obra al atribuir a ese abominable Dios la invención de la eternidad de las penas. La crueldad que constituye nuestros placeres tiene al menos motivos; esos motivos son explicables y los conocemos; pero Dios no tenía ninguno para atormentar a las víctimas de su cólera, porque no podría castigar a seres que realmente no han podido ni poner en peligro su poder ni turbar su felicidad. Por otra parte, los suplicios de la otra vida serían inútiles para los vivos, que no pueden ser testigos de ellos; serían inútiles para los condenados, porque no se convertirán en el infierno y porque allí el tiempo de la pretendida misericordia de ese Dios ya no existe: de donde se sigue que Dios, en el ejercicio de su venganza eterna, no puede tener otro fin que el de divertirse e insultar a la debilidad de sus criaturas; y vuestro infame Dios, al actuar de una forma más cruel que ningún hombre, y además, a diferencia de ellos, sin ningún motivo, se convierte, sólo por esto, en infinitamente más traidor, más farsante y más criminal que ellos.

-Vayamos más lejos dice Clairwil-, voy a analizar, si queréis, con mayor detalle ese terrible dogma del infierno; estoy en condiciones de combatirlo bastante victoriosamente para que no quede ni la menor huella de su adopción en el espíritu de nuestro amigo. ¿Queréis oírme?

-Claro -respondimos.

Y así es cómo esta mujer, llena de inteligencia y de erudición, se explicó sobre este importante tema:

-Hay dogmas que algunas veces estamos obligados no a admitir, sino a suponer, a fin de estar en condiciones de combatir otros. Para destruir ante vuestros ojos el imbécil dogma del infierno, tenéis que permitirme que instaure de nuevo por un momento la qui-

mera deísta. Obligada a servirme de ella como punto de apoyo en esta importante explicación, tengo que darle absolutamente una existencia momentánea: me lo perdonaréis, espero, tanto más cuanto que no imaginaréis que yo creo en ese abominable fantasma.

El dogma del infierno está en sí mismo, lo confieso, tan desprovisto de verosimilitud, son tan débiles todos los argumentos que se intentan proponer para apoyarlo, que casi me ruborizo ante la obligación de combatirlos. No importa, arranquemos sin piedad a los cristianos hasta la esperanza de volver a encadenarnos de nuevo a los pies de su atroz religión y hagámosles ver que el dogma sobre el que se basan con más fuerza para asustarnos se disipa, como todas las demás quimeras, al más débil resplandor de la llama de la filosofía.

Los principales argumentos de los que se sirven para establecer esta perniciosa fábula son:

1° Que al ser el pecado, respecto al Ser que se ofende, infinito, merece, por consiguiente, castigos infinitos; que habiendo dictado Dios leyes, está en su grandeza castigar a aquellos que las transgreden.

2° La universalidad de esta doctrina y la forma en que está anunciada en las Escrituras.

3° La necesidad de este dogma para contener a los pecadores y a los incrédulos.

Estas son las bases que hay que destruir.

Estaréis de acuerdo conmigo, me consta, en que la primera se destruye de forma natural por la desigualdad de los delitos. Según esta doctrina, la falta más mínima sería castigada como la más grave: ahora bien, yo os pregunto si, admitiendo un Dios justo, es posible suponer una iniquidad de este tipo. Además, ¿quién ha creado al hombre? ¿Quién le ha dado las pasiones que deben castigar los tormentos del infierno? ¿Acaso no ha sido vuestro Dios? De esta forma, imbéciles cristianos, ¿admitís que por una parte ese ridículo Dios otorga al hombre inclinaciones que se ve obligado a castigar por otra? Pero ¿acaso ignoraba que esas inclinaciones debían ultrajarlo? Si lo sabía, ¿por qué se las da de esa clase?; y si no lo sabía, ¿por qué los castiga por una falta que sólo él ha cometido?

Según las condiciones que se suponen necesarias para la salvación, parece evidente que, con toda seguridad, nos condenaremos con más facilidad que nos salvaremos. Ahora bien, preguntó una vez más si forma parte de la tan ponderada justicia de vuestro Dios haber puesto a su desgraciada y endeble obra en tan cruel posición; y, según este sistema, ¿cómo se atreven a decir vuestros doctores que la felicidad y la desgracia eternas se le presentan por igual al hombre y dependen únicamente de su elección? Si la mayor parte del género humano está destinada a ser desgraciada eternamente, un Dios que lo sabe todo ha debido saberlo: entonces, según esto, ¿por qué nos ha creado el monstruo? ¿Estaba obligado a ello? Entonces, no es libre. ¿Lo ha hecho a propósito? Entonces, es un bárbaro. No, Dios no estaba obligado a crear al hombre, y si solamente lo ha hecho para someterlo a semejante destino, desde ese momento la propagación de la especie se convierte en el mayor de los crímenes y nada sería más deseable que la total extinción del género humano.

Sin embargo, si este dogma os parece por un momento necesario para la grandeza de Dios, os pregunto por qué ese Dios tan grande y tan bueno no ha dado al hombre la fuer-

za necesaria para librarse del suplicio. ¿No es cruel que un Dios deje al hombre la facultad de perderse eternamente, y encontraréis alguna vez un medio de lavar a vuestro Dios del fundado reproche de ignorancia o de maldad?

Si todos los hombres son obras idénticas de la divinidad, ¿por qué no se ponen todos de acuerdo sobre el tipo de crímenes que le deben valer al hombre esa eternidad de suplicios? ¿Por qué el hotentote condena lo que merece el paraíso en China y por qué razón allí se asegura el cielo a lo que le merece el infierno al cristiano? No acabaríamos si quisiésemos relacionar las variadas opiniones de los paganos, de los judíos, mahometanos, cristianos, respecto a los medios que deben emplearse para escapar a los suplicios eternos y para obtener la felicidad, si quisiéramos describir las invenciones pueriles y ridículas que se han imaginado para llegar a ella.

La segunda de las bases de esta ridícula doctrina es la forma en que está anunciada en las Escrituras y su universalidad.

Abstengámonos de creer que la universalidad de una doctrina pueda llegar a ser alguna vez un título en su favor. No hay locura ni extravagancia que no haya sido adoptada de modo general en el mundo; no hay una que no haya tenido sus admiradores y sus creyentes; en tanto que haya hombres, habrá locos, y en tanto que haya locos, habrá dioses, cultos, un paraíso, un infierno, etc. ¡Pero lo anuncian las Escrituras! Admitamos, por un momento, que los libros tan famosos tengan alguna autenticidad y que realmente se les deba algún respeto. Lo he dicho antes, hay quimeras que es preciso reedificar algunas veces, para ponerse en condiciones de combatir otras. ¡Pues bien!, a eso responderé en primer lugar que es muy dudoso que las Escrituras lo mencionen. Sin embargo, aun suponiendo que así sea, lo que digan no puede dirigirse más que a aquellos que tienen conocimiento de esas Escrituras y que las admiten como infalibles: aquellos que no las conocen, o que se niegan a creerlas, no pueden ser convencidos por su autoridad. Sin embargo, ¿acaso no se dice que aquellos que no tienen ningún conocimiento de esas Escrituras o aquellos que no las creen están expuestos a castigos eternos, como aquellos que las conocen o que creen en ellas? Ahora bien, yo os pregunto si hay en el mundo mayor injusticia que esa.

Me diréis, quizás, que pueblos para los que eran totalmente desconocidas vuestras absurdas Escrituras, no han dejado de creer en castigos eternos en una vida futura: eso puede ser verdad para algunos pueblos, mientras que muchos otros no tienen ningún conocimiento de esos dogmas; ¿pero cómo ha podido llegar a esta opinión un pueblo para el que la Biblia era desconocida? No se dirá, supongo, que es una idea innata; si fuese así, sería común a todos los hombres. No se sostendrá, pienso, que es obra de la razón; porque la razón, ciertamente, no enseñaría al hombre que por faltas finitas sufrirá penas infinitas; no es obra de la revelación, ya que el pueblo que suponemos no la conoce. Este dogma, se convendrá en ello, ha llegado al pueblo que acabamos de admitir sólo por la instigación de sus sacerdotes, o por su imaginación. Según esto, ¡os preguna9 cuán sólido puede ser!

Si alguien imaginase que la creencia de los castigos eternos ha sido transmitida por tradición a pueblos que no tenían Escrituras, se podrá preguntar cómo la tenían aquellos que, en el origen, difundieron esta opinión; y si no se puede probar que la hayan recibido

por una revelación divina, nos veremos obligados a convenir que esta opinión gigantesca sólo tiene por base el desvarío de la imaginación o el engaño.

Aun suponiendo que la Escritura, *pretendidamente* santa, anuncie a los hombres castigos en una vida futura, y aun admitiendo este hecho como una verdad incontestable, ¿acaso no se podría preguntar cómo han podido saber los autores de las Escrituras que existían tales castigos? No se dejará de responder que por inspiración; lo que les va al pelo, pero aquellos que no han sido favorecidos por esta iluminación particular se han visto obligados a referirse a otras; ahora bien, yo os ruego que me digáis qué confianza se debe tener en gente que os dice sobre un hecho de semejante importancia: lo creo porque fulano me ha dicho que lo había soñado. Y esto es lo que absorbe, lo que hace huraños y tímidos a la mitad de los hombres; ¡eso es lo que les impide entregarse a las más dulces inspiraciones de la naturaleza! ¿Puede llevarse más lejos el error y el absurdo? Pero vuestros inspirados no han hablado a todo el mundo; la mayor parte del género humano ignora sus sueños. No obstante, ¿no están todos los hombres tan interesados en asegurarse de la realidad de este dogma como puedan estarlo los escritores de la Biblia o sus partidarios? ¿Cómo es que no pueden tener todos la misma certidumbre? Todos están interesados en saber a qué atenerse sobre los castigos eternos: entonces, ¿por qué Dios no ha dado este sublime conocimiento a todos, directa e inmediatamente, sin la ayuda y la participación de gente a la que podría suponerse fraude o error? Haber hecho positivamente todo lo contrario ¿caracteriza, os pregunto, la conducta de un ser que me pintáis como infinitamente bueno y sabio? Esta conducta, lejos de eso, ¿no lleva todos los atributos de la tontería y la maldad? En todos los gobiernos, cuando se hacen leyes que imponen castigos contra los infractores, ¿acaso no se toman todas las medidas posibles para hacer conocer estas leyes y estos castigos? ¿Se puede castigar con razón a un hombre por la infracción de una ley que desconoce? ¿Qué debemos concluir de esta serie de verdades? ¿Es que acaso el sistema del infierno no fue nunca más que el resultado de la maldad de algunos hombres y de la extravagancia de otros muchos? (12).

La tercera base de este dogma espantoso es su necesidad para contener a los pecadores y a los incrédulos.

(12) “El infierno, dice un gracioso, es el hogar de la cocina que hace hervir en este mundo la marmita sacerdotal; fue fundado en favor de los curas; para que hagan buena comida, el Padre eterno, que es su primer cocinero, pone en el asador a los niños que no hayan tenido hacia sus lecciones la deferencia que se les debe; en los festines del cordero los elegidos comerán a incrédulos asados, ricos en pepitoria, financieros a la salsa Robert”, etc. etc. Ved la Teología portátil, p.106.

Si la justicia y la gloria de Dios exigiesen que castigase a los pecadores y a los incrédulos con tormentos eternos, no hay duda de que la justicia y la razón exigirían también que estuviese en poder de los unos no pecar y en poder de los otros no ser incrédulos: ahora bien, ¿cuál es el que se ciega hasta el punto de no ver que, arrastrados en nuestras acciones, no somos dueños de ninguna, y que el Dios del que recibimos las cadenas (suponiendo su existencia, lo que no hago, como veis, más que con repugnancia) sería, digo, el más injusto y el más bárbaro de los seres, si nos castiga por ser, a pesar de nosotros, víctimas de los reveses en que nos sumerge con placer su mano inconsecuente?

Por lo tanto, ¿no está claro que es el temperamento que la naturaleza da a los hombres, que son las diferentes circunstancias de su vida, su educación, sus sociedades, lo que determina sus acciones y su inclinación hacia el bien o el mal? Pero si esto es así, quizás se nos objetará que son igualmente injustos los castigos que se nos infligen en este mundo en razón de nuestra mala conducta. Claro que lo son. Pero en este caso el interés general prevalece sobre el interés particular; es un deber de las sociedades arrancar de su seno a los malvados capaces de perjudicarlas, y esto es lo que justifica unas leyes que vistas sólo según el interés particular serían monstruosamente injustas. ¿Pero tiene vuestro Dios las mismas razones para castigar al malvado? No, sin duda; no tiene que sufrir con sus maldades, y si es así, es que le ha complacido a ese Dios crearlo de esa manera. Por lo tanto, sería atroz infligirle tormentos por haber llegado a ser en la tierra lo que ese execrable Dios sabía de sobra que llegaría a ser y lo que le da exactamente igual que llegue a ser.

Ahora probemos que las circunstancias que determinan la creencia religiosa de los hombres no dependen de ninguna manera de ellos.

En primer lugar pregunto si somos dueños de nacer en tal o cual clima, y si, una vez nacidos en un culto cualquiera, depende de nosotros someter a él nuestra fe. ¿Es una sola religión la que retiene la llama de las pasiones?, ¿y no son preferibles las pasiones que nos vienen de Dios a las religiones que nos vienen de los hombres? ¿Cuál sería ese Dios bárbaro que nos castigara eternamente por haber dudado de la verdad de un culto cuya admisión aniquila en nosotros mediante las pasiones que la destruyen a cada momento?¡ Qué extravagancia! ¡Qué absurdo! ¡Y cómo no lamentar el tiempo que se pierde en disipar tales tinieblas!

Pero vayamos más lejos y no dejemos, si es posible, ningún reducto a los imbéciles partidarios del más ridículo de los dogmas.

Si dependiese de todos los hombres ser virtuosos y creer todos los artículos de su religión, todavía habría que examinar si sería equitativo que hubiese hombres castigados eternamente, bien a causa de su debilidad bien a causa de su incredulidad, siendo cierto que no puede resultar ningún bien de estos suplicios gratuitos.

Liberémonos del prejuicio para responder a esta pregunta y, sobre todo, reflexionemos sobre la equidad que admitimos en Dios. ¿No es desvariar decir que la justicia de ese Dios exige el castigo eterno de los pecadores y de los incrédulos? La acción de castigar con una severidad desproporcionada a la falta ¿no se debe más bien a la venganza y a la crueldad que a la justicia? De esta forma, pretender que Dios castiga así es evidentemente blasfemar contra él. ¿Cómo podrá ese Dios, al que pintáis tan bueno, poner su gloria en castigar así a las débiles obras de su mano? Con toda seguridad que aquellos que pretenden que la gloria de Dios lo exige no se dan cuenta de toda la enormidad de esta doctrina. Hablan de la gloria de Dios y no podrían hacerse una idea de ella. Si fuesen capaces de juzgar la naturaleza de esta gloria, si pudiesen formarse nociones razonables de ella, se darían cuenta de que, si este ser existe, no podría basar su gloria más que en su bondad, su sabiduría y el poder ilimitado de dar la felicidad a los hombres.

En segundo lugar, para confirmar la odiosa doctrina de la eternidad de las penas, se añade que ha sido adoptada por un gran número de hombres profundos y de sabios teólogos. Primeramente, niego tal hecho: la mayor parte de ellos han dudado de ese dogma. Y si la otra parte ha aparentado tener fe, es fácil ver el motivo: el dogma del infierno era un

yugo, un lazo más con el que los sacerdotes querían sobrecargar a los hombres; es conocida la fuerza del terror sobre las almas, y se sabe que la política necesita siempre el terror, en cuanto que se trata de subyugar.

Pero esos libros pretendidamente santos que me citáis ¿proceden de una fuente suficientemente pura para no poder rechazar lo que nos ofrecen? El más sencillo examen es suficiente para convencernos de que, lejos de ser, como se atreven a decirnos, la obra de un Dios quimérico, que nunca ha escrito ni ha hablado, no son, al contrario, más que la obra de hombres débiles e ignorantes y que, bajo este aspecto, sólo les debemos desconfianza y desprecio. Pero, suponiendo que estos escritores tuviesen algún buen sentido, ¿cuál sería el hombre lo bastante necio como para apasionarse en favor de tal o cual opinión, sólo porque la hubiese encontrado en un libro? Sin duda, puede adoptarla, pero sacrificar la felicidad y la tranquilidad de su vida, lo repito, sólo un loco es capaz de ese proceder (13). Además, si me objetáis el contenido de vuestros pretendidos libros santos en favor de esa opinión, os probaré la opinión contraria en esos mismos libros.

(13) Eusebio, en su Historia, lib. III, cap. 25, dice que la epístola de Santiago, la de Judas, la segunda de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan, los hechos de San Pablo, la revelación de San Pedro, la epístola de Bernabé, las instituciones apostólicas y los libros del Apocalipsis no eran reconocidos de ninguna manera en su tiempo.

Abro el Eclesiastés y veo en él:

"El estado del hombre es el mismo que el de las bestias. Lo que sucede a los hombres y, lo que sucede a las bestias es lo mismo. Como es la muerte de unos, así es la muerte de los otros; todos tienen un mismo soplo y el hombre no tiene mas que la bestia; porque todo es vanidad, todo va al mismo lugar, todo ha sido polvo y todo vuelve al polvo." (Eclesiastés, cap. III, vv. 18,19 y 20).

¿Hay algo más decisivo contra la existencia de otra vida como este pasaje? ¿Hay algo más propio para sostener la opinión contraria a la de la inmortalidad del alma y al ridículo dogma del infierno?

¿Qué reflexiones puede hacer el hombre sensato al examinar esa absurda fábula de la eterna condenación del hombre en el paraíso terrestre, por haber comido un fruto prohibido? Por muy minuciosa que sea la fábula, por muy repugnante que se la encuentre, permitidme que me detenga aquí un momento, ya que se parte de ella para la admisión de las penas eternas del infierno. ¿Se necesita algo más que un examen imparcial de este absurdo para reconocer su nulidad? ¡Oh amigos míos!, os lo pregunto, ¿plantaría en su jardín, un hombre lleno de bondad, un árbol que produjera frutas deliciosas pero envenenadas y se contentaría con prohibir a sus hijos que las comiesen, diciéndoles que morirán si se atreven a tocarlas? Si supiese que hay un árbol semejante en su jardín, ese hombre prudente y sabio ¿no lo haría abatir, sobre todo sabiendo perfectamente que, sin esta precaución, sus hijos no dejarían de perecer comiendo de su fruta y de arrastrar su posteridad en la miseria? Sin embargo, Dios sabe que el hombre se perderá, él y su raza, si come de esa fruta, y no solamente pone en él el poder de ceder, sino que además lleva la maldad hasta el punto de seducirlo. Sucumbe y está perdido; hace lo que Dios permite que haga, lo que Dios le anima a hacer, y ahí lo tenemos eternamente desgraciado. ¿Puede haber en el mundo algo más absurdo y más cruel? Vuelvo a repetir que, sin duda, no me tomaría el

trabajo de combatir semejante absurdo si el dogma del infierno, cuya más pequeña huella quiero destruir en vos, no fuese una terrible consecuencia de él.

No veamos en todo esto más que alegorías con las que es posible entretenerse un rato y de las que sólo debería estar permitido hablar como se hace con las fábulas de Esopo y las quimeras de Milton, con la diferencia de que éstas son de poca importancia, mientras que aquéllas, al intentar conseguir nuestra fe, turbar nuestros placeres, se convierten en un peligro evidente, y habría que tratar de destruirlas hasta el punto de que nunca más hubiese que ocuparse de ellas.

Convenzámonos de que tanto estos hechos, como los que están consignados en la estúpida novela conocida con el nombre de *Las Sagradas Escrituras,* no son más que mentiras abominables, dignas del desprecio más profundo y de las que no debemos extraer ninguna consecuencia para la felicidad o la desgracia de nuestra vida. Persuadámonos de que el dogma de la inmortalidad del alma, que hay que admitir antes de destinar a esta alma a penas o recompensas eternas, es la más vacía, la más burda y la más indigna de las mentiras que se puedan decir; que todo perece en nosotros como en los animales y que, según eso, no seremos ni más felices ni más desgraciados por la conducta que hayamos podido llevar en este mundo, después de haber permanecido en él el tiempo que a la naturaleza le plazca dejarnos.

Se ha dicho que la creencia en los castigos eternos era absolutamente necesaria para contener a los hombres y que, según eso, hay que abstenerse de destruirla. Pero si es evidente que esta doctrina es falsa, si es imposible que resista al examen, ¿no será infinitamente más peligrosa que útil basar la moral sobre ella?, ¿y no hay que apostar que perjudicará más que beneficiará, desde el momento en que el hombre, después de haberla apreciado, se entregará al mal, porque se habrá dado cuenta de que es falsa? ¿No valdría cien veces más que no tuviese ningún freno, a tener uno que rompe con tanta facilidad? En el primer caso, quizás no se le hubiese ocurrido la idea del mal; se le ocurrirá al romper el freno, porque entonces existe un placer más y porque es tal la perversidad del hombre, que no quiere el mal y no se entrega a él voluntariamente mas que cuando cree encontrar un obstáculo para abandonarse a él.

Los que han reflexionado cuidadosamente sobre la naturaleza del hombre estarán obligados a convenir en que todos los peligros, todos los males, por grandes que puedan ser, pierden mucho de su poder cuando están alejados y parecen menos dignos de temer que los pequeños, cuando éstos están ante nuestra vista. Es evidente que los castigos cercanos son mucho más eficaces y más propios para desviar del crimen que los castigos del futuro. Respecto a las faltas sobre las que no hacen mella las leyes, ¿no son desviados más eficazmente los hombres por motivos de salud, de decencia, de reputación y por otras consideraciones temporales y presentes que están a nuestra vista, que por el temor de las desgracias futuras y sin fin que, raramente, se presentan ante nosotros, o que sólo llegan como vagas, inciertas y fáciles de evitar?

Para juzgar si el temor de los castigos eternos y rigurosos del otro mundo es más propio para desviar a los hombres del mal, que el de los castigos temporales y presentes del mundo actual, admitamos, por un momento, que el primero subsistiese de modo universal y el último estuviese totalmente descartado: en esta hipótesis, ¿no estaría el universo inundado de crímenes enseguida? Admitamos lo contrario, supongamos que el temor de

los castigos eternos fuese destruido, mientras que el de los castigos visibles permaneciese con todo su rigor; y cuando se viese que estos castigos se ejecutaban sin falta y universalmente, ¿no se reconocería entonces que estos últimos actuarían con más fuerza en el ánimo de los hombres e influirían mucho más en su conducta, que los lejanos castigos del futuro, que se pierden de vista en cuanto hablan las pasiones?

¿No nos ofrece la experiencia diaria pruebas convincentes del poco efecto que tiene el temor de los castigos de la otra vida, sobre muchos de aquellos que están más convencidos? No hay pueblos más convencidos del dogma de la eternidad de las penas que los españoles, los portugueses y los italianos: ¿los hay más disolutos? Por último, ¿se cometen más crímenes secretos que entre los sacerdotes y los monjes, es decir, entre aquellos que parecen los más convencidos de las verdades religiosas?, ¿y esto no prueba con toda evidencia que los buenos efectos producidos por el dogma de los castigos eternos son muy escasos e inciertos? Veremos que estos malos efectos son innumerables y seguros. En efecto, una doctrina parecida, al llenar el alma de amargura, da las nociones más indignantes de la Divinidad: endurece el corazón y lo sumerge en una desesperación desfavorable para el sistema. Al contrario, este terrible dogma lleva al ateísmo, a la impiedad: ya que toda la gente razonable encuentra mucho más sencillo no creer en Dios que admitir uno lo bastante cruel, lo bastante inconsecuente, lo bastante bárbaro, como para haber creado a los hombres sólo con el propósito de sumergirlos eternamente en la desgracia.

Si queréis que sea un Dios la base de vuestra religión, tratad, al menos, de que ese Dios no tenga faltas; si está lleno de ellas, como el vuestro, pronto se detestará la religión que él sostiene y, por vuestro mal planteamiento, habréis destruido necesariamente ambas cosas.

¿Es posible que una religión pueda ser creída durante mucho tiempo, respetada durante mucho tiempo, cuando está fundada en la creencia de un Dios que debe castigar eternamente, a un número infinito de sus criaturas, a causa de inclinaciones inspiradas por él mismo? Todo hombre convencido de estos terribles principios debe vivir en el continuo temor de un ser que puede hacerlo eternamente miserable: sentado esto ¿cómo podrá nunca amar o respetar a ese ser? Si un hijo imaginase que su padre fuese capaz de condenarlo a tormentos crueles o no quisiese eximirlo de sufrirlos, siendo él el dueño de ellos, ¿sentiría por él respeto o amor? Las criaturas formadas por Dios, ¿no están en el derecho de esperar mucho más de su bondad que los hijos de la de un padre, incluso del más indulgente?, ¿no es por la creencia en que están los hombres de que todos los bienes de que gozan los reciben de la bondad de su Dios, de que Dios los conserva y protege, de que es él quien les procura consiguientemente el bienestar que esperan, no son, digo, todas estas ideas las que sirven de fundamento para la religión? Si las aborrecéis, ya no existe religión: por lo que veis que vuestro dogma imbécil del infierno destruye, en lugar de consolidar, rompe las bases del culto, en lugar de reafirmarlas y, por consiguiente, no tuvo más que tontos para creerlo y bribones para inventarlo.

No lo dudemos, ese ser, del que se atreven a hablarnos constantemente, está verdaderamente mancillado, deshonrado por los colores ridículos de que se sirven los hombres para pintarlo. Si no se formasen ideas absurdas e irracionales de la Divinidad, no la supondrían cruel: y si no la creyesen cruel, no pensarían que fuese capaz de castigarlos con tormentos infinitos o, incluso, que pudiese consentir que las obras de su mano fuesen privadas eternamente de la felicidad.

Para eludir la fuerza de este argumento, los partidarios del dogma de la condenación eterna dicen que la desgracia de los réprobos no es un castigo arbitrario por parte de Dios, sino una consecuencia del pecado y del orden inmutable de las cosas. ¿Y cómo lo sabéis?, les preguntaría yo. Si pretendéis que la Escritura os lo dice, os encontraréis muy embarazados a la hora de probarlo; y si llegaseis a encontrar un sólo pasaje que hable de ello, qué de cosas no os preguntaría yo, a mi vez, para convencerme de la autenticidad, de la santidad, de la veracidad del pretendido pasaje que hubieseis encontrado en vuestro favor. ¿Acaso es la razón la que os sugiere ese dogma atroz? En ese caso, decidme cómo lograsteis aliarla con la injusticia de un Dios que forma una criatura, aunque muy seguro de que los decretos inmutables de las cosas deben envolverla eternamente en un océano de desgracias. Si es verdad que el universo está creado y gobernado por un ser infinitamente poderoso, infinitamente sabio, es preciso absolutamente que todo coopere para sus intenciones y contribuya al mayor bien. Ahora bien, ¿qué bien puede resultar para la mayor ventaja del universo de que una criatura débil y desgraciada sea eternamente atormentada por faltas que jamás dependieron de ella?

Si la multitud de pecadores, infieles, incrédulos estuviese realmente destinada a sufrir crueles tormentos y sin fin, ¡qué horrible escena de miseria para la raza humana! Entonces, millares de hombres serían sacrificados sin piedad a suplicios infinitos: en efecto, entonces sería cuando la suerte de un ser sensible y razonable, como el hombre, sería verdaderamente horrible. ¡Qué!, ¿no son suficientes las penas a que está condenado en esta vida, y es preciso temer todavía sufrimientos y tormentos horribles, cuando haya acabado su camino? ¡Qué horror!, ¡qué execración! ¿Cómo pueden entrar semejantes ideas en el espíritu humano y cómo no convencerse de que no son más que el fruto de la impostura, de la mentira y de la más bárbara política? ¡Ah!, no dejemos de convencernos de que esta doctrina, ni útil ni necesaria ni eficaz para desviar a los hombres del mal, no puede servir de ninguna manera de base más que a una religión cuyo único fin sería doblegar a los esclavos; imbuyámonos de la idea de que este dogma execrable tiene las consecuencias más enojosas, en vista de que sólo es propio para llenar la vida de amargura, de terrores y de alarmas... para hacer concebir ideas tales de la Divinidad que ya no es posible no destruir su culto, después de haber tenido la desgracia de adoptar lo que lo degrada de tal forma.

Ciertamente, si creyésemos que el universo ha sido creado y está gobernado por un ser cuyo poder, sabiduría y bondad son infinitos, deberíamos concluir de ahí que todo mal absoluto debe estar necesariamente excluido de este universo: ahora bien, no hay duda de que la desgracia eterna de la mayor parte de los individuos de la especie humana sería un mal absoluto. ¡Qué papel infame hacéis desempeñar a ese abominable Dios, suponiéndole culpable de semejante barbarie! En una palabra, los suplicios eternos repugnan a la bondad infinita del Dios que suponéis: o dejáis entonces de hacerme creer en él, o suprimís vuestro dogma salvaje de las penas eternas, si queréis que yo pueda adoptar por un momento a vuestro Dios.

No tengamos más fe en el dogma del paraíso que en el del infierno: uno y otro son atroces invenciones de los tiranos religiosos que pretendían encadenar la opinión de los hombres y mantenerla inclinada bajo el yugo despótico de los soberanos. Convenzámonos de que no somos mas que materia, que no existe nada absolutamente fuera de nosotros; que todo lo que atribuimos al alma no es más que un efecto muy sencillo de la materia; y eso,

a pesar del orgullo de los hombres, que nos distingue de la bestia, mientras que, como esa bestia, al devolver a la materia los elementos que nos animan, no seremos ya no castigados por las malas acciones a las que nos arrastraron los diferentes tipos de organización que hemos recibido de la naturaleza, ni recompensados por las buenas, cuyo ejercicio sólo deberemos a un tipo de organización contraria. Por consiguiente, es igual conducirse bien o mal, respecto a la suerte que nos espera después de esta vida; y si hemos llegado a pasar todos sus momentos en el centro de los placeres, aunque esta manera de existir haya podido trastornar a todos los hombres, todas las convenciones sociales, si nos hemos puesto al abrigo de las leyes, que es lo único esencial, entonces, seguramente, seremos infinitamente más felices que el imbécil que, en el temor de los castigos de otra vida, se haya prohibido rigurosamente en ésta todo lo que podía complacerle y deleitarle; porque es infinitamente más esencial ser feliz en esta vida, de la que estamos seguros, que renunciar a la felicidad segura que se nos ofrece, en la esperanza de obtener una imaginaria, de la que no tenemos y no podemos tener la más ligera idea. ¡Y!, ¿quién ha podido ser el individuo lo bastante extravagante para intentar convencer a los hombres de que pueden llegar a ser más desgraciados después de esta vida, de lo que lo eran antes de haberla recibido? ¿Acaso fueron ellos los que pidieron venir? ¿Son ellos los que se han dado las pasiones que, según vuestros terribles sistemas, los precipitan a tormentos eternos? ¡Y!, ¡no, no!, no eran dueños de nada y es imposible que puedan ser castigados nunca por lo que no dependía de ellos.

¿Pero acaso no basta echar una ojeada sobre nuestra miserable especie humana para convencerse de que no hay nada en ella que anuncie la inmortalidad? ¡Qué!, esta cualidad divina, digamos mejor, esta cualidad imposible para la materia ¿podría pertenecer a ese animal que se llama hombre? El que bebe, come, se perpetúa como los animales, que, por toda bondad, no tiene más que un instinto un poco más refinado, ¿podría aspirar a una suerte tan diferente a la de los mismos animales?: ¿puede admitirse esto un instante sólo? Pero el hombre, se dice, ha llegado al sublime conocimiento de su Dios: sólo por eso, anuncia que es digno de la inmortalidad que él supone. ¿Y qué tiene de sublime el conocimiento de una quimera, si no es que queréis pretender que, porque el hombre ha llegado hasta el punto de desvariar sobre un objeto, es preciso que desvaríe sobre todo? ¡Ah, si el desgraciado tiene alguna ventaja sobre los animales, cuántas no tienen éstos, a su vez, sobre él! ¿Acaso no está sujeto a mayor número de enfermedades y dolencias? ¿Acaso no es víctima de una mayor cantidad de pasiones? Si combinamos todo esto, ¿tiene realmente alguna ventaja más? ¿Y puede esta escasa ventaja darle el suficiente orgullo para creer que debe sobrevivir eternamente a sus hermanos? ¡Oh desgraciada humanidad!, ¡a qué grado de extravagancia te ha hecho llegar tu amor propio! ¿Y cuándo, liberado de todas estas quimeras, no veas en ti mismo más que a un animal, en tu Dios más que el *non plus ultra* de la extravagancia humana y en el curso de esta vida más que un paso que te está permitido recorrer tanto en el seno del vicio como el de la virtud?

Pero permitidme entrar en una discusión más profunda y más espinosa.

Algunos doctores de la Iglesia han pretendido que Jesús descendió a los infiernos. ¡Cuántas refutaciones no ha sufrido este pasaje! No entraremos en las diferentes explicaciones que tuvieron lugar a este respecto: sin duda, serían insostenibles para la filosofía y sólo de ella hablamos nosotros. Es un hecho que ni la Escritura, ni ninguno de sus comentadores, decide positivamente ni sobre el lugar del infierno, ni sobre los tormentos que se

experimentan en él. Sentado esto, la palabra de Dios no nos ilumina nada, en vista de que lo que la Escritura nos enseña debe ser positiva y distintamente enunciado, sobre todo cuando se trata de un objeto de la mayor importancia. Ahora bien, es muy cierto que no hay, ni en el texto hebreo, ni en las versiones griega y latina, una sola palabra que designe al infierno, en el sentido que nosotros le atribuimos, es decir, un lugar de tormentos destinado a los pecadores. ¿Acaso este testimonio no es muy fuerte contra la opinión de aquellos que sostienen la realidad de estos tormentos? Si no se trata del infierno en la Escritura ¿con qué derecho, os lo ruego, se pretende admitir una parecida noción? ¿Estamos obligados, en religión, a admitir algo más que lo que está escrito? Ahora bien, si esta opinión no lo está, si no se encuentra en ninguna parte, ¿en virtud de qué la adoptaremos? No debemos ocuparnos del carácter de lo que no ha sido revelado; y todo lo que no está en este caso, no puede ser legítimamente considerado por nosotros más que como fábulas, suposiciones vagas, tradiciones humanas, invenciones de impostores. A fuerza de buscar, se encuentra que había un lugar, cerca de Jerusalén, llamado el valle de *la Gehanna,* en el que se ejecutaba a los criminales y en el que se echaban también los cadáveres de los animales. De este lugar quiere hablar Jesús en sus alegorías, cuando dice: *Illi erit fletus et stridor dentium.* Este valle era un lugar de violencias, de suplicios; es incontestable que es de él de quien se habla en sus parábolas, en sus ininteligibles discursos. Esta idea es tanto más verosímil cuanto que en este valle se utilizaba el suplicio del fuego. Se quemaba a los culpables vivos; otras veces se les metía hasta las rodillas en el estiércol; alrededor del cuello se les pasaba un trozo de tela del que tiraban dos hombres, cada uno por su lado, para estrangularlos y hacerles abrir la boca, en la que se vertía plomo fundido que les quemaba las entrañas: y ese es el fuego, ese es el suplicio del que hablaba el galileo. *Ese pecado* (dice con frecuencia) *merece ser castigado con el suplicio del fue*go, es decir: el infractor debe ser quemado en el valle de *la Gehanna,* o ser echado al vertedero y quemado con los cadáveres de los animales depositados en ese lugar. Pero la palabra *eterno,* de la que se sirve Jesús a menudo cuando habla de ese fuego, ¿se refiere a la opinión de los que creen que las llamas del infierno no tendrán fin? No, sin duda. Esa palabra *eterno,* empleada con frecuencia en la Escritura, no nos ha dado nunca la idea más que de cosas finitas. Dios había hecho con su pueblo una alianza eterna; y, sin embargo, esta alianza ha dejado de existir. Las ciudades de Sodoma v Gomorra debían arder eternamente; y, sin embargo, hace mucho tiempo que acabó el incendio (14). Además, es del conocimiento público que el fuego que existía en la Gehanna, cerca de Jerusalén, ardía noche y día. Sabemos también que la Escritura se sirve con frecuencia de hipérboles, y que nunca se debe tomar al pie de la letra lo que dice. ¿Hay que corromper, como se ha hecho, según esas execraciones, el verdadero sentido de las cosas? ¿Y esas exageraciones no deben ser consideradas verdaderamente como los enemigos más seguros del buen sentido y de la razón?

(14) El lago de Asfaltita existe actualmente en el emplazamiento de Sodoma y Gomorra, cuyo incendio ya no existe; las llamas que se observan algunas veces en ese lugar provienen de los volcanes con que está rodeado: así es como el Etna y él Vesubio están ardiendo constantemente; nunca ardieron de otra forma las ciudades de que se trata.

Pero, entonces, ¿de qué naturaleza es el fuego con que se nos amenaza? l° No puede ser corporal, ya que se nos dice que nuestro fuego no es más que una débil imagen de aquél. 2° Un fuego corporal ilumina el lugar donde se encuentra, y se nos asegura que el infier-

no es un lugar de tinieblas. 3° El fuego corporal consume en seguida las materias combustibles y acaba por consumirse a sí mismo, mientras que el fuego del infierno debe durar siempre y consumir eternamente. 4° El fuego del infierno es invisible: por lo tanto, no es corporal, puesto que es invisible. 5° El fuego corporal se apaga falto de alimentos, y el fuego del infierno, según nuestra absurda religión, no se apagará nunca. 6° El fuego del infierno es eterno, y el fuego corporal no es más que momentáneo. 7° Se dice que la privación de Dios será el mayor de los suplicios para los condenados: sin embargo, en esta vida sentimos que el fuego corporal es para nosotros un suplicio mayor que la ausencia de Dios. 8° Por último, ¡un fuego corporal no podría actuar sobre los espíritus! Ahora bien, los demonios son espíritus: por lo tanto, el fuego del infierno no podría actuar sobre ellos. Decir que Dios puede obrar de manera que un fuego material actúe sobre espíritus, que hará vivir y subsistir a estos espíritus sin alimentos y que hará durar el fuego sin combustibles, es recurrir a suposiciones maravillosas que sólo tienen como garantía los estúpidos ensueños de los teólogos y que, por consiguiente, no prueban más que su estupidez o su maldad.

Concluir que todo es posible para Dios, que Dios hará todo lo que es posible, es sin duda una forma extraña de razonar. Los hombres deberían abstenerse de fundar sus sueños sobre la omnipotencia de Dios, cuando no saben siquiera lo que es Dios. Para eludir estas dificultades, otros teólogos nos aseguran que el fuego del infierno no es corporal, sino espiritual. ¿Qué es un fuego que no es materia?, ¿qué ideas pueden formarse aquellos que nos hablan de él? ¿En qué lugar les ha declarado Dios cuál era la naturaleza de ese fuego? Sin embargo, algunos doctores, para conciliar las cosas, han dicho que en parte era espiritual y en parte material. De esta forma, tenemos dos fuegos de diferente especie en el infierno: ¡qué absurdo! ¡Hasta dónde se ve obligada a recurrir la superstición cuando quiere imponer sus mentiras!

Es inaudito -el montón de opiniones ridículas que ha habido que inventar cuando se ha querido instituir algo verosímil sobre un emplazamiento de ese fabuloso infierno. El sentimiento más general fue que se encontraba en las regiones más bajas de la tierra: pero, por favor, ¿dónde están esas regiones en un globo que gira alrededor de sí mismo? Otros han dicho que estaba en el centro de la tierra, es decir, a mil quinientas leguas de nosotros. Pero, si la Escritura tiene razón, la tierra será destruida: y si lo es, ¿dónde se encontrará el infierno? Entonces, veis a qué irracionalidad se ve arrastrado uno cuando se refiere a los extravíos del espíritu de los otros. Razonadores menos extravagantes pretenden, como he dicho ya, que el infierno consistía en la privación de la vista de Dios; en este caso, el infierno comienza ya en este mundo, porque no vemos aquí a ese Dios del que tratamos: sin embargo, no estamos muy afligidos, y si verdaderamente existiese ese extraño Dios, como nos lo pintan, ¡no hay duda de que, entonces, el infierno consistiría en verlo!

Todas estas incertidumbres y el poco acuerdo que existe entre los teólogos os hacen ver que yerran en las tinieblas y que, como la gente borracha, no pueden encontrar un punto de apoyo. ¿Y no es sorprendente que no puedan ponerse de acuerdo sobre un dogma tan esencial y que encuentran, dicen, tan claramente explicado en la palabra de Dios?

Convenid entonces, canalla tonsurada, que ese dogma tan dudoso está desprovisto de fundamento, que es el producto de vuestra avaricia, de vuestra ambición e hijo de los extravíos de vuestro espíritu; que sólo tiene como apoyo los temores del vulgo imbécil a

quien enseñáis a aceptar, sin un examen, todo lo que os place decirle. Por último, reconoced que ese infierno no existe más que en vuestro cerebro y que los tormentos que allí se sufren son las inquietudes que os complacéis en infligir a los mortales que se dejan guiar por vosotros. Imbuidos de estos principios, renunciamos para siempre a una doctrina terrorífica para los hombres, injuriosa para la Divinidad y que, en una palabra, nadie puede probar de un modo razonable a la mente.

Todavía se ofrecen diferentes argumentos; me creo obligada a combatirlos.

1° Se dice que el temor que todo hombre siente, dentro de sí mismo, por algún castigo del futuro, es una prueba indudable de la realidad de este castigo. Pero este temor no es innato y procede de la educación; no es el mismo en todos los países ni en todos los hombres; no existe en aquellos en quienes las pasiones destruyen todos los prejuicios; en una palabra, la conciencia sólo es moldeada por la costumbre.

2° Los paganos han admitido el dogma del infierno... No como nosotros, evidentemente; y suponiendo que lo hayan admitido, puesto que nosotros rechazamos su religión, ¿no debemos rechazar igualmente sus dogmas? Pero, ciertamente, nunca los paganos han creído en la eternidad de las penas de la otra vida; nunca han admitido la fábula piadosa de la resurrección de los cuerpos, y por eso los quemaban y conservaban sus cenizas en las urnas Creían en la metempsicosis, en la transmigración de los cuerpos, opinión muy verosímil que nos confirman todos los estudios de la naturaleza; pero nunca creyeron los paganos en la resurrección: esta idea absurda pertenece enteramente al cristianismo y, ciertamente, era digna de él. Parece evidente que fue de Platón y de Virgilio de donde nuestros doctores sacaron las nociones de los infiernos, del paraíso y del purgatorio, que después arreglaron a su manera: con el tiempo, los ensueños informes de la imaginación de los poetas se han convertido en artículos de fe.

3° La santa razón prueba el dogma del infierno y de la eternidad de las penas: Dios es justo, por lo tanto, debe castigar los crímenes de los hombres... ¡Y!, no, no, nunca pudo la santa razón admitir un dogma que la ultraja de forma tan evidente.

4° Pero la justicia de Dios está comprometida en ello... Otra atrocidad: el mal es necesario en la tierra; por lo tanto, es justicia de vuestro Dios, si existe, no castigar lo que él mismo ha prescrito. Si es todopoderoso vuestro Dios, ¿tenía necesidad de castigar el mal para impedirlo; no podía extirparlo totalmente en los hombres? Si¯ no lo ha hecho, es que lo ha creído esencial para el mantenimiento del equilibrio, y, según esto, ¿cómo, viles blasfemos, podéis decir que Dios pueda castigar un modo esencial para las leyes del universo?

5° Todos los teólogos están de acuerdo en creer y en predicar las penas del infierno... Esto prueba solamente que los sacerdotes, tan desunidos entre sí, se entienden, sin embargo, siempre que se trata de engañar a los hombres. Y además, ¿debe- fijar las opiniones de otras sectas los sueños ambiciosos e interesados de los curas romanos? ¿Es razonable exigir que todos los hombres crean en lo que les ha complacido inventar a los más despreciables y al menor número de ellos? Es la verdad lo que hay que seguir y no a la multitud: habría que limitarse a un solo hombre que dice la verdad, antes que a los hombres de todas las edades que sueltan mentiras.

Los otros argumentos que se presentan tienen todos tal carácter de debilidad que es perder el tiempo intentar refutarlos. Al no estar apoyados tales argumentos ni sobre las Escrituras ni sobre la tradición, deben caer necesariamente por sí mismos. Se nos alega el consentimiento unánime: ¿es posible cuando no se encuentran dos hombres que razonen de la misma forma sobre una cosa que parece, sin embargo, la más importante de la vida?

A falta de buenas razones, todos estos *meapilas os* amenazan; pero hace mucho tiempo que se sabe que la amenaza es el arma del débil y de la simplicidad. Son razones lo que hace falta, imbéciles hijos de Jesús, sí, son razones y no amenazas. No queremos que nos digáis: *Sentiréis estos tormentos, ya que no queréis creerlos;* queremos, y es lo que no podéis conseguir, que nos demostréis en virtud de qué pretendéis hacérnoslos creer.

En una palabra, el temor del infierno no es un preservativo contra el pecado... No está realmente indicado en ninguna parte... evidentemente, no es más que el fruto de la imaginación extraviada de los curas, es decir, de los individuos qué forman la clase más vil y más malvada de la sociedad... Entonces, ¿de qué sirve? Desafío a que puedan decírmelo. Se nos asegura que el pecado es una ofensa infinita y, por consiguiente, debe ser castigada infinitamente: sin embargo, Dios mismo no ha querido más que darle un castigo finito, y ese castigo es la muerte.

De acuerdo con todo esto, concluyamos que el dogma pueril del infierno es una invención de los curas, una suposición cruel aventurada por pícaros de alzacuello, que han empezado por erigir un Dios tan estúpido, tan despreciable como ellos, para tener el derecho de hacer decir a este repugnante ídolo todo lo que podía halagar mejor sus pasiones y procurarles sobre todo mujeres y dinero, únicos objetos de la ambición de un montón de holgazanes, vil deshecho de la sociedad y de quienes lo mejor que podría hacerse sería purgarse radicalmente (15).

(15) ¿Quiénes son los únicos y verdaderos perturbadores de la sociedad? -Los curas-. ¿Quiénes son los que pervierten diariamente a nuestras mujeres y a nuestros hijos?-Los curas-. ¿Cuáles son los enemigos más peligrosos de cualquier gobierno? -Los curas-. ¿Cuáles son los culpables e instigadores de las guerras civiles? -Los curas-. ¿Quiénes nos envenenan constantemente con mentiras y engaños? -Los curas-. ¿Quiénes nos roban hasta el último suspiro? -Los curas-. ¿Quiénes abusan de nuestra buena fe y de nuestra credulidad en el mundo? -Los curas-. ¿Quiénes trabajan constantemente en la extinción total del género humano? -Los curas-. ¿Quiénes se mancillan con más crímenes e infamias? -Los curas-. ¿Cuáles son los hombres más peligrosos de la tierra, los más vengativos y más crueles -Los curas-. ¡Y dudamos en extirpar totalmente este gusano pestilente de la superficie del globo!... -Entonces, nos merecemos todas nuestras desgracias.

Así pues, desterrad para siempre de vuestros corazones una doctrina que contradice igualmente a vuestro Dios y vuestra razón. Este es, incontestablemente, el dogma que ha producido la mayoría de los ateos sobre la tierra, sin que haya un solo hombre que no prefiera no creer en nada antes que adoptar un fárrago de mentiras tan peligroso; por eso es por lo que tantas almas honradas y sensibles se creen obligadas a buscar en la irreligión absoluta los consuelos y los recursos contra los terrores con los que la infame doctrina cristiana se esfuerza por colmarlos. Liberémonos, pues, de esos vanos terrores; desechemos para siempre los dogmas, las ceremonias, los misterios de esta abominable religión. El ateísmo más arraigado vale más que un culto cuyos peligros acabamos de ver. No sé

qué inconveniente puede haber en no creer absolutamente en nada; pero, ciertamente, se bien todos aquellos que pueden nacer de la adopción de esos peligrosos sistemas.

Esto es, mi querido Saint-Fond, lo que tenía que decirte sobre ese dogma infame del infierno. ¡Que deje de atemorizarte y de helar tus placeres! No hay más infierno para el hombre que la estupidez y la maldad de sus semejantes; pero, en cuanto ha dejado de vivir, todo está dicho: su anonadamiento es eterno y nada le sobrevive. Según esto ¡qué absurdo sería negar algo a sus pasiones! Que piense que sólo está creado para ellas y para satisfacerlas, por grandes que sean los excesos a que puedan arrastrarle y que todos los efectos de estas pasiones, de cualquier tipo que las haya recibido, son medios de los que se sirve la naturaleza, cuyos agentes somos nosotros constantemente, sin que tengamos que dudar de esto y sin que podamos defendernos.

Ahora os devuelvo la idea de un Dios del que no me he servido más que un momento para combatir el sistema de las penas eternas; no existe Dios ni Diablo, ni paraíso ni infierno; y los únicos deberes que tenemos que cumplir en el mundo son los de nuestros placeres, abstracción hecha de todos los intereses sociales, porque no hay ninguno que no debamos inmolar al momento al más pequeño de nuestros placeres.

Y, espero que esto será suficiente para probarte lo absurdo del principio sobre el que basas tu inútil crueldad. ¿Examinaré sus medios? No, honradamente, no va len la pena: ¿cómo has podido creer que una firma con sangre tuviese más efecto que otra; que, además, ese papel metido en el culo, es decir, un poco de materia sobre la materia, pudiese convertirse en un pasaporte ante Dios o el Diablo, es decir, ante un ser que no existe? Es un encadenamiento de prejuicios tan singulares que no merecen, en verdad, el honor de ser refutados. Sustituye la idea voluptuosa que te asfixia, esa idea de una prolongación del suplicio sobre el mismo objeto, sustitúyela por una mayor abundancia de crímenes: no matas durante más tiempo a un mismo individuo, lo que es imposible, pero asesinas a muchos otros, lo que es factible. ¿Hay nada tan mezquino como limitarte a seis víctimas por semana? Unete a los cuidados y a la inteligencia de Juliette para doblar y triplicar ese número; dale el dinero necesario: nada te faltará y tus pasiones estarán satisfechas.

- ¡Maravilloso! -respondió Saint-Fond-, adopto esta última conclusión, y desde este momento, Juliette, os advierto que, en lugar de tres víctimas por comida, quiero seis, y que, en lugar de dos comidas en el mismo intervalo, haré cuatro, lo que subirá el número de víctimas a veinticuatro por semana, de las cuales un tercio de hombres y dos tercios de mujeres: os pagaré en consecuencia. Pero no me rindo, señoras, tan fácilmente a vuestra profunda explicación sobre la nulidad de las penas del infierno; hago justicia a la erudición que se ve reina en ella... a su objetivo... a algunas de sus consecuencias: admitirlo es lo que no puedo y esto es lo que le opongo.

En primer lugar, parece que, del principio al fin de vuestro razonamiento, no intentáis más que disculpar a Dios de la barbarie del dogma del infierno. Si Dios existe, decís casi en cada frase, las cualidades con las que debe estar dotado son todas incompatibles con ese execrable dogma. Pero ahí es precisamente donde caéis, según yo, en el más grave error, y esto a falta de una filosofía bastante profunda, bastante luminosa para haceros ver claro sobre este tema. El dogma del infierno turba nuestros placeres y partís de ahí para sostener que no hay infierno: ¿qué fe queréis que se tenga en una opinión tan llena de egoísmo? A fin de combatir el dogma seguro de las penas eternas, comenzáis gratuita-

mente por destruir todo lo que lo sostiene: no hay Dios, no tenemos alma; por consiguiente, no puede haber suplicios que temer en otra vida. Me parece que aquí empezáis con la mayor equivocación que se puede cometer en lógica, que es suponer lo que está en cuestión. Muy lejos de pensar como vos, admito un Ser supremo y, mucho más constantemente aún, la inmortalidad de nuestras almas. Pero que vuestros devotos, encantados con este principio, no vayan a partir de aquí para imaginarse que han hecho de mí un prosélito: dudo que mis sistemas les gusten, y por muy de extravagantes que podáis tacharlos, sin embargo, voy a presentároslos.

Levanto mis ojos sobre el universo, veo el *mal,* el *desorden* y el *crimen* reinar por todas partes en déspotas. Bajo mi mirada hacia el ser más interesante de este universo y lo veo igualmente lleno de vicios, de contradicciones, de infamias: ¿qué ideas surgen de este examen? Que lo que nosotros llamamos impropiamente el *mal* no lo es realmente y es tan necesario para las intenciones del ser que nos ha creado, que dejaría de ser el dueño de su propia obra si el *mal* no existiese universalmente sobre la tierra. Totalmente convencido de este sistema, me digo: existe un Dios; una mano cualquiera ha creado necesariamente todo lo que veo, pero no lo ha creado más que para el *mal,* sólo se complace en el *mal,* el *mal* es su esencia y todo el mal que nos hace cometer es indispensable para sus planes: ¿qué le importa que yo sufra de este *mal*, con tal de que le sea necesario? ¡No parece que yo sea su hijo preferido! Si las desgracias con las que estoy colmado desde el día de mi nacimiento hasta el de mi muerte prueban su despreocupación por mí, yo puedo muy bien engañarme sobre lo que llamo mal. Lo que yo caracterizo así, respecto a mí, es verdaderamente un bien muy grande respecto al ser que me ha puesto en el mundo; y si yo recibo mal de los otros, gozo del derecho de devolverlo, incluso con la facilidad de hacérselo el primero: desde ese momento, ese mal es un bien para mí, como lo es para el autor de mis días respecto a mi existencia; soy feliz con el mal que hago a los otros, como Dios es feliz con el que me hace; ya no hay error más que en la idea atribuida a la palabra, pero, en la práctica, ese mal es necesario, y el mal es un placer: ¿por qué, entonces, no lo llamaré bien?

No lo dudemos, el mal, o al menos lo que nombramos así, es absolutamente útil para la organización viciosa de este triste universo. El Dios que lo ha formado es un ser vengativo, muy bárbaro, muy malvado, muy injusto, muy cruel, y esto porque la venganza, la barbarie, la maldad, la iniquidad, lo criminal, son formas necesarias para los resortes de esta vasta obra y de las que sólo nos quejamos cuando nos hacen daño: pacientes, el crimen se equivoca; agentes, tiene razón. Ahora bien, si el mal, o al menos lo que llamamos así, es la esencia de Dios, que lo ha creado todo, y de los individuos formados a su imagen, ¿cómo no estar seguros de que las consecuencias del mal deben ser eternas? Ha creado el mundo en el mal; lo sostiene por el mal; lo perpetúa por el mal; la criatura debe existir impregnada de mal; vuelve al seno del mal después de su existencia. El alma del hombre no es más que la acción del mal sobre una materia desligada y que sólo es susceptible de ser organizada por él: ahora bien, al ser esta forma el alma del Creador como es la de la criatura, así como existía antes de que esta criatura estuviese llena de ella, de la misma forma existirá después de ella. Todo debe ser malo, inhumano, bárbaro como vuestro Dios: estos son los vicios que debe adoptar el que quiera complacerlo, sin ninguna esperanza, sin embargo, de lograrlo, porque el mal, que daña siempre, el mal, que es la esencia de Dios, no podrá ser susceptible de amor ni de gratitud. Si ese Dios, centro del

mal y de la ferocidad, atormenta y hace atormentar al hombre por la naturaleza y por otros hombres durante todo el tiempo de su existencia, ¿cómo dudar de que actúa de la misma manera, y quizás involuntariamente, sobre ese soplo que lo sobrevive y que, como acabo de decirlo, no es otra cosa que el mal mismo? Pero, vais a objetarme, ¿cómo el mal puede ser atormentado por el mal? Porque aumenta al recaer sobre sí mismo y porque la parte admitida debe ser aplastada necesariamente por la parte que admite: esto por la razón que somete siempre la debilidad a la fuerza. Lo que sobrevive del ser naturalmente malo, y lo que debe sobrevivirle, puesto que es la esencia de su constitución existente antes que él y que necesariamente existirá después, al volver a caer en el seno del mal y al no tener ya fuerza para defenderse, porque será el más débil, estará, pues, eternamente atormentado por la esencia entera del mal, con la que se reunirá; y son estas moléculas malignas las que, en la operación de englobar a aquellas que lo que llamamos la muerte reúne con ella, componen lo que los poetas y las imaginaciones ardientes han llamado demonios. Como veis, ningún hombre, cualquiera que sea su conducta en este mundo, puede escapar a esta terrible suerte, porque es preciso que todo lo que ha emanado del seno de la naturaleza, es decir, del mal, entre en él: esta es la ley del universo. De esta forma, los detestables elementos del hombre malo se absorben en el centro de la maldad, que es Dios, para volver a animar una vez más a otros seres, que nacerán tanto más corrompidos cuanto que serán el fruto de la corrupción.

¿Qué será, me diréis, del ser bueno? Pero no existe ser bueno; el que llamáis virtuoso no es bueno, o si lo es ante vosotros, no lo es, seguramente, ante Dios, que so lamente es el mal, que no quiere más que el mal y que no exige más que el mal. El hombre del que habláis sólo es débil y la debilidad es un mal. Este hombre, como más débil que el ser absoluta y completamente vicioso y, por consiguiente, como más prontamente englobado por las moléculas malignas con las que le reunirá su disolución elemental, sufrirá mucho más: y esto es lo que debe animar a cada hombre a ser en este mundo el más vicioso, el más malo posible, a fin que de que, más semejante a las moléculas con las que debe unirse un día, tenga, en este acto de reunión, que sufrir infinitamente menos su peso sobre él. La hormiga, al caer en un enjambre de animales cuya energía aplastaría todo lo que se juntase a él, tendría, a causa de la poca defensa que ella opondría, infinitamente más que sufrir en esta reunión que un gran animal, que, pudiendo oponer más resistencia, sería arrastrado más blandamente. Cuantos más vicios y fechorías haya manifestado el hombre en este mundo, más cerca estará de su invariable fin, que es la maldad; por consiguiente, menos tendrá que sufrir cuando se una al hogar de la maldad, que yo considero como la materia prima de la composición del mundo. Por lo tanto, que el hombre se abstenga de la virtud, si no quiere verse enfrentado a males terribles; porque al ser la virtud el modo opuesto al sistema del mundo, todos aquellos que la hayan admitido están seguros de sufrir, después de esta vida, increíbles suplicios, por el trabajo que tendrán en volver al seno del mal... autor y regenerador de todo lo que vemos.

Cuando veíais que todo era vicioso y criminal en la tierra, les dirá el Ser supremo en maldad, ¿por qué os perdisteis por los senderos de la virtud? ¿Os anuncié con algo que este mundo estuviese hecho para serme agradable? ¿Y no debían convenceros las constantes desgracias con que yo cubría el mundo de que sólo amaba el desorden y que era preciso imitarme para complacerme?

¿Acaso no os di cada día ejemplo de destrucción? ¿Por qué no destruisteis? Las plagas con que aplastaba al mundo, probándoos que el Mal era toda mi alegría, ¿no debían animaros a servir mis planes por el mal? Se os decía que la humanidad debía satisfacerme: ¿y cuál es el acto de mi conducta en el que hayáis visto bondad? ¿Ha sido cuando enviaba pestes, guerras civiles, enfermedades, terremotos, tormentas? ¿Era cuando sacudía sobre vuestras cabezas constantemente las serpientes de la discordia, cuando os convencí de que el bien era mi esencia? ¡Imbécil!, ¿por qué no me imitabas? ¿Por qué te resistías a esas pasiones que sólo había colocado en ti para probarte cuán necesario me era el mal? Había que seguir sus órganos, despojar como yo, sin piedad, a la viuda y al huérfano, invadir la herencia del pobre, en una palabra, servirte del hombre para todas tus necesidades, para todos tus caprichos como lo hago yo. ¿Qué te revierte de haber tomado, como un tonto, un camino contrario y cómo los elementos blandos emanados de tu disolución van a volver ahora al seno de la maldad y del crimen sin romperse, sin ocasionarte vivos dolores?

Más filósofo que vos, Clairwil, como veis, no he recurrido como vos ni a ese farsante de Jesús ni a esa simple novela de la Escritura santa para demostraros mi sistema: sólo en el estudio del universo busco armas para combatiros y sólo por la forma en que está gobernado veo como indispensable la necesidad del mal eterno y universal en el mundo. El autor del universo es el más malvado, el más feroz, el más espantoso de todos los seres. Sus obras no pueden ser otra cosa más que o el resultado o el movimiento de la maldad. Sin el más extremo período de la maldad, nada se sostendría en el universo; sin embargo, el mal es un ser moral y no un ser creado, un ser eterno y no perecedero: existía antes que el mundo; constituía el ser monstruoso, execrable que pudo crear un mundo tan extraño. Por lo tanto, existirá después de las criaturas que pueblan este mundo; y a él volverán todas, para volver a crear otros seres más malvados todavía; y esto es por lo que se dice que todo se degrada, que todo se corrompe al envejecer: eso sólo procede de la entrada y de la salida perpetua de los elementos malvados en el seno de las moléculas malignas.

Quizás me preguntaréis ahora cómo, con esta hipótesis, soluciono la posibilidad de hacer sufrir a un ser más tiempo por medio de un billete introducido en el ano. Es la cosa más sencilla del mundo, e incluso me atrevo a decir que la más segura y la menos refutable: si bien he querido llamarla debilidad, es porque no creía que me pusieseis en condiciones de desvelaros mis sistemas. Ahora defiendo mi método y pruebo su bondad.

Una vez que mis víctimas han llegado al seno del mal, con las pruebas de que han sufrido en mis manos todo lo que era posible soportar, entran entonces en la clase de los seres virtuosos; yo los mejoro por mi operación; y esto hace su adjunción a las moléculas malignas de una dificultad bastante grande, para que los dolores sean enormes; y, por las leyes de atracción esenciales para la naturaleza, deben ser del mismo tipo que las que yo les haga sufrir en este mundo. De la misma manera que el amante atrae el hierro, así la belleza aguza los apetitos carnales y de la misma forma los dolores A, los dolores C, los dolores B se llaman, se encadenan. El ser exterminado con mi mano por el dolor B, supongo, sólo entrará en el seno de las moléculas malignas por el dolor B; y si el dolor B es el más terrible posible, estoy seguro de que mi víctima soportará otros semejantes, al unirse al seno del mal, que espera necesariamente a todos los hombres, no los adopta más que en el mismo sentido en que han salido del universo; ¯pero el billete- no es más que una formalidad, estoy de acuerdo... inútil quizás, pero que satisface mi espíritu y que no

puede tener nada contrario al verdadero sentido, al éxito asegurado de mi operación. -¡He aquí -respondió Clairwil-, el más asombroso, el más singular, me atreveré a decir el más extraño de todos los sistemas que se hayan presentado todavía, sin duda, al espíritu del hombre!

-Es menos extravagante que el que acabáis de exponer vos -dice Saint-Fond-: para sostener el vuestro, estáis obligada a lavar a Dios de sus faltas, o a negarlo; yo lo admito con todos sus vicios y, ciertamente, a los ojos de aquellos que conozcan bien todos los crímenes, todos los horrores de ese ser extraño, al que los hombres no ruegan y no llaman bueno más que por temor, a los ojos de esa gente, digo, mis ideas les parecerán menos irregulares que las que vos habéis expuesto.

-Tu sistema -dice Clairwil-, tiene su fuente sólo en el profundo horror que tienes hacia Dios.

-Eso es verdad, lo aborrezco; pero el odio que tengo por él no ha parido mi sistema: no es más que el fruto de mi sabiduría y de mis reflexiones.

-Prefiero -dice Clairwil-, no creer en Dios que forjarme uno para odiarlo. ¿Qué piensas de esto Juliette? -Profundamente atea -respondí-, enemiga capital del dogma de la inmortalidad del alma, preferiré siempre tu sistema al de Saint-Fond; prefiero la certidumbre de la nada que el temor de una eternidad de dolores.

-Ahí está -dice Saint-Fond-, siempre ese pérfido egoísmo, que es la causa de todos los errores de los hombres. Disponen sus planes de acuerdo con sus gustos, sus caprichos y siempre alejándose de la verdad. Hay que dejar de lado las pasiones cuando se examina un sistema de filosofía.

-¡Ah!, Saint-Fond dice Clairwil-, ¡cuán fácil sería demostrar que el tuyo no es más que el fruto de esas pasiones a las que quieres que se renuncie cuando se estudian. Con menos crueldad en el corazón, tus dogmas serían menos sanguinarios; y prefieres incurrir tú mismo en la eterna condenación de la que hablas, que renunciar al delicioso goce de aterrorizar a los otros.

-Bah, Clairwil -interrumpí-, ese es su único fin al desarrollar ese sistema: no es mas que una maldad de su parte, pero no se lo cree.

-Creo que se engañan; y podéis ver que mis acciones están totalmente conformes con mi manera de pensar: persuadido de que el suplicio de la reunión con las moléculas malignas será muy mediocre para el ser tan malhechor como ellas, me cubro de crímenes en este mundo para tener que sufrir menos en el otro.

-En cuanto a mí -dice Clairwil-, me mancillo con ellos porque me agradan, porque los creo una de las maneras de servir a la naturaleza y porque, al no sobrevivir nada de mí, importa muy poco cómo me haya conducido en este mundo.

Estábamos en este punto, cuando oímos un coche que entraba en el patio; se anunció Noirceuil; apareció, llevando a un joven de dieciséis años, más hermoso que el mismo Amor.

¯¿Qué es esto? -dice el ministro-, acabamos de analizar el infierno, ¿y vienes tú a darme la ocasión de merecerlo un poco?

-No dependerá más que de ti -dice Noirceuil-, y puedes condenarte a las mil maravillas con este hermoso niño: sólo para eso lo traigo aquí. Es el hijo de la marquesa de Rose, a la que hace ocho días hiciste meter en la Bastilla, bajo el vano pretexto de conspiración y que, me imagino, no tenía otro fin que conseguirte dinero y el goce de este hermoso muchacho. La marquesa, enterada de nuestras relaciones, me ha implorado, me he conseguido una orden de tus funcionarios para verla y hemos charlado esta mañana. Este es el resultado de mi negociación dice Noirceuil empujando al joven Rose a los brazos del ministro: *jode* y firma; tengo más de cien mil escudos para darte.

-Es guapo dice Saint-Fond, besando al joven-... demasiado guapo; pero llega en un mal momento... hemos hecho horrores; estoy lleno.

--Tranquilízate sobre eso dice Noirceuil- y encontrarás en los encantos de este muchacho todo lo que te haga falta para devolverte a la vida.

Rose y Noirceuil, que no habían comido, se sentaron a la mesa; en cuanto acabaron, Saint-Fond dice que quería que yo fuese la tercera en los placeres que él se prometía con este joven y que Noirceuil se acostase con Clairwil. Este arreglo pareció gustar a ambos 'y se retiraron.

-Necesitaré muchas cosas dice Saint-Fond, en cuanto estuvimos los tres solos- y por muy guapo que sea este hermoso muchacho, creo que me costará mucho trabajo que se ponga recta: quítale sus pantalones, Juliette, levanta su camisa sobre sus riñones, dejando caer agradablemente sus pantalones debajo de las piernas; amo con locura esta forma de ofrecer el culo.

Y como el que yo presentaba era verdaderamente delicioso, Saint-Fond, masturbado por mí, lo besa fuerte durante un buen rato excitando el miembro del joven al que pronto vimos en el más brillante estado.

-Chúpalo -me dice mi amante-, yo voy a acariciarlo; durante ese tiempo hay que hacerle descargar entre los dos.

A continuación Saint-Fond, celoso del semen que yo iba a chupar, quiso cambiar de lugar conmigo, lo que se hizo tan bien que apenas tuvo el miembro del joven en la boca, se la sentí llena de la más abundante eyaculación; la tragó.

-¡Oh!, Juliette -me dice-, ¡cuánto me gusta alimentarme con este agradable alimento!... es pura crema.

Después, habiendo dicho al joven que se metiese en la cama, y sobre todo, que no se durmiese hasta que nos reuniésemos con él, me hizo pasar a su cuarto.

Juliette -me dice-, tengo que informarte de las particularidades de un asunto del que el mismo Noirceuil no está muy al corriente. La marquesa de Rose, una de las mujeres más hermosas de la corte, fue en otro tiempo mi amante y el muchacho que ves aquí me pertenece. Hace dos años que estoy enamorado de ese joven, sin que nunca haya consentido la marquesa en entregármelo. Al no estar todavía mi crédito bien asentado, no quise arriesgarme; pero al ver elevarse últimamente mi favor sobre las ruinas del suyo, ya no he dudado en hacerla sospechosa, para vengarme de haber gozado de ella y de haberse opuesto a que goce de su hijo. Ahora ves que tiene miedo, me lo envía, en verdad, en un momento en que, después de haber descargado mucho por él durante dieciocho meses, no

me excita ya más que muy mediocremente; sin embargo, como hay bonitos ramalazos de crímenes en toda esta aventura, quiero recogerlos y divertirme. En primer lugar, voy a aceptar los cien mil escudos de la condesa, quiero fornicar bien a su hijo: pero su salida de la Bastilla no la hará más que en un cofre. -¿Qué quieres decir con esa expresión?

-Está claro; la condesa ignora que si pierde a su hijo, aunque yo sea su pariente muy lejano, seré su único heredero: en un mes, ya no existirá la puta; y cuando haya fornicado bien al señor, su querido hijo, esta noche, le haremos tomar una taza de chocolate mañana por la mañana que desviará pronto a mi favor la herencia que le correspondería.

-¡Qué complicación de crímenes!

-¡Ya ves que hay con qué hacerme entrar bien cómodamente en el seno de las moléculas malignas!

-¡Oh!, ¡sois un hombre increíble! ¿Y la cosa vale al menos la pena?

-Quinientas mil libras de renta, Juliette, ¡y las gano con veinte céntimos de arsénico! ¡Vamos, joder!, ¿ves? -prosiguió poniéndome la mano en su miembro muy duro y muy firme-, ¿ves la fuerza de una idea criminal sobre mis sentidos?, no habré fracasado nunca con una mujer si estoy seguro de matarla después.

El joven Rose nos esperaba; nos acostamos cerca de él. Saint-Fond le cubrió con las más lujuriosas caricias; lo excitamos, lo chupamos, lo acariciamos, y como la imaginación actuaba fuerte, pronto Saint-Fond había jodido al joven. Yo le excitaba el agujero del culo con la lengua y, con lo enervado que estaba, su descarga fue de las más largas y más copiosas. Exigió de mí hacérmela devolver en la boca: este libertinaje me gustaba excesivamente, me suscribía a todo. A continuación fue preciso que el joven Rose me sodomizase mientras que él lo fornicaba una segunda vez y, después Saint-Fond me trató de la misma manera, acariciando el culo del joven, al que acabamos de agotar a fuerza de hacerlo descargar o en nuestras bocas o en nuestros culos. Hacia el despuntar del día, Saint-Fond, hastiado sin estar satisfecho, me ordenó que le sujetase al muchacho y le desgarró las nalgas a golpes de zorros; a continuación, lo golpeó y martirizó cruelmente. Hacia las once, se sirvió el chocolate; tuve buen cuidado, por orden del ministro, de echar lo que debía asegurar la herencia a mi amante; y él, por un insigne refinamiento de crueldad, quiso, mientras yo preparaba el veneno del hijo, dar la orden al comandante de la Bastilla de administrar el de la madre.

-Vamos -me dice Saint-Fond en cuanto que por medio de nuestras fechorías se introdujo la muerte en las venas de este desgraciado muchacho- vamos, esto es lo que yo llamo una buena mañana: que el Ser supremo de las maldades se digne enviarme solamente cuatro como ésta por semana y se lo agradeceré con todo mi corazón.

Noirceuil estaba desayunando con Clairwil mientras nos esperaban; ninguno de nuestros secretos fue revelado y el ministro partió para París con el muchacho y su amigo; sólo Clairwil me acompañó.

Para no volver sobre esta aventura, sabréis amigos míos, que este crimen, como todos los de Saint-Fond, fue coronado con el mayor éxito; poco tiempo después, estuvo en posesión de una herencia, de una renta de la que quiso darme la parte de dos años por adelantado, por haber compartido su crimen.

En el camino, Clairwil me hizo algunas preguntas, que yo tuve la habilidad de eludir, sin satisfacerla; ocultar los actos lujuriosos hubiese sido inútil: no me habría creído; pero yo disimulé lo demás, y Saint-Fond me lo supo agradecer. Aproveché este camino para recordar a mi amiga la promesa que me había hecho de admitirme en su club libertino; me prometió que esta recepción tendría lugar en la primera asamblea y nos separamos.

Diálogo entre un sacerdote y un moribundo



Marqués de Sade

Diálogo entre un sacerdote y un moribundo

Marqués de Sade

Compilación, versión y notas de Mario Pellegrini
Editorial Insurrexit, Buenos Aires, 1964
Editorial Argonauta, Barcelona, 1980

La paginación se corresponde con la edición impresa. Se han eliminado las páginas en blanco.

letra e

Sólo me dirijo a aquellos capaces de entenderme; ello me leerán sin peligro.

Marqués de Sade

PRÓLOGO DE MAURICE HEINE[1] AL DIÁLOGO ENTRE UN SACERDOTE Y UN MORIBUNDO

A Jean Paulban,
amistoso homenaje.

M. H.

El Ateo es el hombre de la Naturaleza.

SYLVAIN MARÉCHAL[2]

I

Quisiera haber podido citar al señor de Sade; tiene mucho ingenio, razonamiento y erudición; pero sus infames novelas "Justine" y "Juliette", lo hacen inaceptable para una secta en la que no se habla más que de virtud. De este modo se expresa, en 1805, al término de su *Segundo suplemento al Diccionario de los ateos*, el ilustre astrónomo José Jerónimo le Français de Lalande.

Tal vez este buen señor se preocupaba por no contrariar en lo más mínimo a su colega del Instituto Nacional, a aquel Buonaparte que Sylvain Maréchal había osado nombrar temerariamente cinco años antes en su *Diccionario de los ateos antiguos y modernos*, y que más tarde llegó a convertirse en el ungido del Señor. Sea como fuere, Napoleón estaba en el trono y el Marqués de Sade en Charenton: no era entonces falta de coraje reconocer al prisionero la razón... que la razón de Estado no le reconocía.

La objeción de Lalande, sin embargo, habría debido parecer engañosa a todo espíritu *filosófico*. ¿Acaso el Barón de Holbach no la había previsto y refutado en su *Sistema de la Naturaleza*? (Londres, 1770, in–8º, t. II, cap. XIII, pág. 372). *Frente a una labor sin defectos, no nos preocupemos por las*

costumbres del operario que la realizó. ¿Qué le importa al universo que Newton haya sido sobrio o intemperante, casto o libertino? A nosotros sólo nos importa saber si ha raciocinado bien, si sus fundamentos son firmes, si las partes de su sistema están bien hiladas, y si su obra encierra más verdades demostradas que ideas aventuradas. Juzguemos, pues, del mismo modo los principios de un ateo... Sin duda, pero en el alba del siglo XIX, el ateísmo había llegado a ser una secta virtuosa, y los *sectarios* dejaron de compartir la indulgencia de su maestro.

Por otra parte, los hombres que hacían entonces profesión de fe atea —estas palabras no están enlazadas sin intención— eran ya viejos en su mayor parte. Pertenecían a ese siglo XVIII del que se constituyeron en ejecutores testamentarios. En su *Discurso preliminar, o respuesta a la pregunta: ¿qué es un ateo?* es el mismo Sylvain Maréchal quien, en 1800, pone su obra bajo la invocación al siglo de la filosofía. *No puede ser*, exclamaba, *que el último año del siglo XVIII —un siglo tan memorable— transcurra sin que nadie haya osado publicar lo que todas las mentes sanas piensan y guardan para sí...* ¿Pero qué ateísmo profesaban estos ateos?

Si bien el ateísmo tuvo representantes en todo tiempo y en todo lugar dentro de las sociedades humanas, su doctrina y su expresión distan mucho de haber permanecido invariables; sin duda el ateo moderno, nutrido de las más recientes concepciones físico–químicas de la materia, está más cerca del ateo medieval, alquimista por vocación, que de aquel del siglo XVIII, sentimental adorador de la Naturaleza deificada... *¿Qué es en realidad un* ateo*? Es un hombre que destruye ilu-*

siones dañosas para el género humano, con el fin de atraer a los hombres a la naturaleza, a la experiencia y a la razón. Es un pensador, que después de haber meditado sobre la materia, su energía, sus propiedades y su modo de obrar, no necesita, para explicar los fenómenos del universo y las operaciones de la naturaleza, imaginar potencias ideales, inteligencias imaginarias, seres ficticios, que lejos de permitirnos conocer mejor la naturaleza, no hacen más que presentarla como caprichosa, inexplicable, irreconocible, e inútil para la felicidad de los humanos. Esta definición del Barón de Holbach (*op. cit.*, t. II, cap. XI, pág. 323) puede pasar por una de las más claras y explícitas que su tiempo haya proporcionado. Pero estas aparentes negaciones ¿recubren otra cosa que la concepción sentimental de una Naturaleza útil a los hombres y preocupada por su felicidad? y, algunas páginas más adelante, ¿no vamos a escuchar, como monótonas letanías, las invocaciones a esas *potencias ideales*, a esas *inteligencias imaginarias*, tan enérgicamente reprobadas bajo otros nombres? *¡OH NATURALEZA! Soberana de todos los seres; ¡oh vosotras! sus adorables hijas, virtud, razón y verdad, sed para siempre nuestras únicas Deidades; a vosotras solas son debidos todas las alabanzas y homenajes de la tierra.* (*op. cit.*, t. II, cap. XIV, pág. 411).

II

Esta mitología atea podía, de alguna manera, relacionarse con la *filosofía natural* expuesta en el *Discurso preliminar de la Enciclopedia*: ella no molestaba, ciertamente, más que a

los filósofos académicos. En las obras publicadas bajo su *nombre*, Diderot y D'Alembert no son tiernos con el ateísmo de que los sospechan sus peligrosos adversarios, ni con los ateos, esos fastidiosos cuya brutal franqueza arriesga comprometer todo. ¿Qué es entonces el ateísmo para los enciclopedistas? En un artículo *extraído de los papeles del Sr. Formey*, *secretario de la Academia Real de Prusia*, he aquí como responde este anciano pastor: *Es la opinión de los que niegan la existencia de un Dios autor del mundo. De modo que la simple ignorancia de Dios no sería* ateísmo. *Para merecer el odioso título de* ateo, *hay que tener la noción de Dios*, *y rechazarla. El estado de duda tampoco es* ateísmo *formal... Es justo entonces tratar de* ateos *sólo a los que declaran abiertamente que han tomado partido sobre el dogma de la existencia de Dios*, *y que sostienen la negativa... El* ateísmo *no se limita a desfigurar la idea de Dios*, *sino que la destruye por entero*.

Aunque las mallas de esta casuística sean lo bastante abiertas para dejar escapar buen número de ateos, con aquéllos que rehúsan los medios de fuga que se les ofrece y se proclaman lo que en realidad son, ¿qué debe hacerse? ¡Oh! la filosofía los abandona; más aún, pronuncia su condenación, reclama su ejecución... *El hombre más tolerante aceptaría que el magistrado tenga el derecho de reprimir a los que osan profesar el* ateísmo, *así como de hacerlos perecer*, *si no puede liberar la sociedad de otro modo... Si puede castigar a quienes hacen daño a una sola persona*, *tiene sin duda el mismo derecho de castigar a aquellos que lo hacen a toda una sociedad negando que haya un Dios... Se puede mirar a un hombre de esta clase como enemigo de todos los otros*, *puesto que subvierte todos los fun-*

damentos sobre los cuales están principalmente establecidas su conservación y su felicidad. Un hombre así podría ser castigado por cualquiera según el derecho natural. Cuando la *Enciclopedia* (1751, in–fº, t. I, pag. 815 y ss.) pronuncia tal veredicto, ¿se condenarán las circunspectas reservas de un La Mettrie o la retractación de un Helvecio luego de la condenación de su libro *Del Espíritu*? Uno y otro pudieron temer los veredictos dictados por sus amigos según el *derecho natural*, tanto, por lo menos, como a las anatemas del parlamento, dirigidos por sus adversarios. No es sin razón que Sylvain Maréchal señalaba al naciente siglo XIX (*Diccionario de los ateos*, París, año VIII, in–8º, pag. 69) *en qué medida el siglo XVIII con todas sus luces o sus pretensiones, sus ideas liberales o sus audacias, fue todavía servil y rutinario en sus opiniones.*

III

Este duro juicio no tendría apelación si el Marqués de Sade no hubiera existido o si su obra, perseguida como su persona, no hubiese escapado en parte a la furia de sus detractores. Doce años consecutivos de detención arbitraria son empleados por el marqués para devorar los escritos de los filósofos, de los historiadores, de los novelistas: un vasto trabajo de documentación y de redacción resulta de los ratos libres que le concede la *bondad del Rey*; y mostrará como se sirve de ellos cuando, en posesión de la libertad que la Revolución le devuelve, lanza contra los despojos de una sociedad que lo oprimía, las páginas explosivas de *La Filosofía en el Tocador*, de *La*

Nueva Justina y de *Julieta*. Es allí donde desarrolla a voluntad su ateísmo, y si aún no ha rechazado por completo la concepción general de su siglo, si todavía invoca a la naturaleza como a un personaje, ésta no es ya la amable deidad filantrópica del *Sistema de la Naturaleza*, que no gozaba aún del favor de Voltaire, sino la divinidad catastrófica que frecuenta el cráter del Etna. *Cuanto más he buscado sorprender sus secretos* —de este modo habla el químico Almani— *más la he visto ocupada únicamente en perjudicar a los hombres. Seguidla en todas sus operaciones; siempre la encontraréis voraz, destructora y malvada, siempre inconsecuente, contradictoria y desvastadora... ¿No se diría que su arte mortífero sólo ha querido hacer víctimas, que el mal es su único elemento, y que no es sino para cubrir la tierra de sangre, lágrimas y duelo que ha sido dotada de la facultad creadora? ¿Que no usa de su energía más que para desarrollar sus calamidades? Uno de vuestros filósofos modernos se decía el amante de la naturaleza; y bien, yo, amigo mío, me declaro su verdugo. Estudiadla, seguidla; no veréis jamás a esta naturaleza atroz crear sino para destruir, ni alcanzar sus fines por otro medio que el asesinato, ni cebarse, como el minotauro, más que de la desdicha y la destrucción de los hombres.* (*La Nueva Justina*, t. III, pag. 62.)

Téngase presente que Sade es un *absoluto* y que no vacila en llegar hasta el fin de su pensamiento, hasta el extremo límite de sus consecuencias lógicas. No le preocupa que estas últimas trastornen los prejuicios, las ideas recibidas, las convenciones sociales, las leyes morales. No se limita a escribir, cada vez que puede, que Dios no existe; piensa y actúa en ese

sentido, hace testamento y muere consecuentemente; y esta inconmovible firmeza de su orgullo es seguramente lo que menos se le ha perdonado[3]. Pero es entonces cuando alcanza la cumbre y cuando sus imprecaciones valen por rezos. *¡Oh tú! quien, se dice, has creado todo lo que existe en el mundo; tú, de quien no tengo la menor idea; tú, a quien no conozco más que por referencias y por lo que hombres, que se engañan todos los días, pueden haberme dicho; ser extraño y fantástico al que llaman Dios, declaro formalmente, auténticamente, públicamente, que no tengo en ti la más ligera creencia, por la excelente razón de que no encuentro nada que pueda persuadirme de una existencia absurda, cuya realidad no es atestiguada por nada en el mundo. Si me equivoco, cuando yo no exista más, tú vendrás a probarme mi error; y entonces, si llegas a convencerme de esa existencia tuya (lo que está contra todas las leyes de lo verosímil y lo razonable) tan firmemente negada por mí ahora, ¿qué puede suceder? Que tú me hagas feliz o desdichado. En el primer caso, te admitiré, te querré; en el segundo, te aborreceré. Está entonces bien claro que ningún hombre razonable puede hacer otra reflexión que ésta: ¡cómo es posible, si realmente existes, que con el poder que debe ser él primero de tus atributos, dejes al hombre en una situación tan denigrante para tu gloria!* (*Historia de Julieta*, t. II, pág. 318).

El ateísmo, en un hombre de este temple, no podía revestir formas agradables y se comprende que el apacible Lalande haya retrocedido en el momento de ponerlo en su panteón. No solamente la anarquía de Sade es inconmensurable hasta con las magnitudes astronómicas; su propia concepción del hombre haría estallar la bóveda de todos los templos.

IV

Tampoco hay que atribuir a esas temibles desconocidas los motivos de tan prudente ostracismo respecto del más riguroso de los ateos. El vicio fundamental que había podido descubrir en los escritos de Sade la virtuosa lente de Lalande, es sin duda el carácter deliberadamente anticristiano y habitualmente blasfematorio de sus discursos. Considerar la existencia de Dios, negarla teóricamente desde un punto de vista metafísico y abstracto, pero respetando la moral corriente hasta en sus aplicaciones religiosas, y probando por sus actos que el hombre honesto, aún siendo ateo, no habría de apartarse de ella en la práctica, tal debía ser la actitud social de los ateos dignos de figurar en el *Diccionario*. Lalande mismo no deja de enorgullecerse de una cortés controversia con el papa llegado a París para coronar al emperador. *El papa me decía, el 13 de diciembre de 1804, que había sostenido que un astrónomo tan grande como yo no podía ser ateo. Le respondí que las opiniones metafísicas no debían impedir el respeto debido a la religión; que ella era necesaria, aunque no fuera más que una institución política; que yo la hacía respetar en mi casa; que mi párroco me visitaba; que allí encontraba auxilio para sus pobres; que había hecho hacer este año la comunión a mis parientes pequeños; que había hecho grandes elogios de los jesuítas; que había suministrado el pan bendito a mi parroquia; y cambié de tema.* (*Segundo suplemento al Diccionario de los ateos*, por J. Jerónimo de Lalande, 1805, in–8º, pag. 88.)

Veamos ahora cómo Julieta relata su fabulosa entrevista con Pío VI. *Fantasma orgulloso, respondí a ese viejo déspota,*

el hábito que tienes de engañar a los hombres, hace que trates de engañarte a ti mismo... Se estructuró en la Galilea una religión cuyas bases son: la pobreza, la igualdad y el odio a los ricos... Está vedado a los discípulos del culto hacer jamás ninguna provisión... Los primeros apóstoles de esta religión se ganan la vida con el sudor de su frente...Y bien, te pregunto ahora, ¿qué relación hay entre esas primeras instituciones y las inmensas riquezas que tú te haces dar en Italia? ¿Es gracias al Evangelio o a la bribonería de tus predecesores que posees tantos bienes?... ¡Pobre hombre! ¿Y crees embaucarnos todavía?.., ¡Ah, puedan todos los pueblos desengañarse pronto de esos ídolos papales, que hasta el presente no les han procurado más que trastornos, indigencia y desdichas! Que todos los pueblos de la tierra, estremeciéndose ante los terribles efectos causados durante tantos siglos por estos malvados, se apresten a destronar al sucesor; derribando al mismo tiempo esa religión estúpida y bárbara, idólatra, sanguinaria e impía que pudo admitirlos o levantarlos por un momento. (*Historia de Julieta*, t. IV, pág. 269–284.)

Y cuando Brisa–Testa es admitido en la Logia del Norte, en Estocolmo, ¿qué juramento pronunciará? *Juro exterminar a todos los reyes de la tierra; hacer una guerra implacable a la religión católica y al papa; predicar la libertad de los pueblos; y fundar una República universal*, (*op. cit.*, t. V, pag. 119.)

En boca de Dolmancé, el anticristianismo no es tanto una consecuencia del ateísmo como un argumento en su favor. Todo el pasaje del III diálogo de *La Filosofía en el Tocador*, que citamos a continuación, presta al *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* el desarrollo de un enérgico comentario. *¿Vues-*

tra quimera teísta me aclara algo acaso? Desafío a que me lo puedan probar. Suponiendo que me equivoque respecto a las propiedades íntimas de la materia, no tengo al menos más que una sola dificultad, ¿Qué hacen ustedes ofreciéndome su Dios? No me proporcionan sino otra dificultad más. ¿Y cómo pueden pretender que yo admita, como causa de lo que no comprendo, algo que comprendo aún menos? ¿Podré acaso valerme de los dogmas de la religión cristiana —que examinaré— para representarme vuestro terrorífico Dios? Veamos un poco como ella me lo pinta... ¿Que veo en el Dios de este culto infame, si no a un ser inconsecuente y bárbaro; que crea boy un mundo de cuya construcción se arrepiente mañana? ¡Veo sólo un ser débil que nunca puede hacer tomar al hombre el camino que le traza!... Me contestarás, sin duda, a esto, que si Dios lo hubiera creado así, el hombre no tendría ningún mérito. ¡Qué tontería! ¡Qué necesidad hay de que el hombre haga méritos ante su Dios! Si lo hubiese hecho totalmente bueno, este hombre jamás hubiera podido hacer el mal; y sólo en este caso sería obra digna de un Dios. Es tentar al hombre dejarle la elección. Pero Dios, con su premonición infinita, sabía bien lo que resultaría. Entonces, es sólo por placer que pierde la criatura que él mismo ha formado. ¡Qué Dios horrible es un Dios así! ¡Qué monstruo, qué malvado más digno de nuestro odio y de nuestra implacable venganza!... No abriguemos la menor duda: este culto indigno hubiera sido destruido sin remedio, desde su nacimiento mismo, si hubiésemos empleado contra él todas las armas del desprecio a que se hacía acreedor; pero en cambio se lo persiguió, con lo que se acrecentó más; el resultado era inevitable. Pero probemos todavía hoy cubrirlo

de ridículo y se derrumbará. El hábil Voltaire no empleaba jamás otras armas, y es de todos los escritores el que se puede jactar de haber hecho más prosélitos.

También el cristianismo es lo que comienza por atacar el panfleto *¡Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos!*, que en el V diálogo de *La Filosofía en el Tocador*, es leído por el caballero. *Si, por desgracia para él, el francés continúa hundiéndose en las tinieblas del cristianismo, por un lado el orgullo, la tiranía, el despotismo del clero —vicios que renacen permanentemente en esta horda impura—, y por otro lado la bajeza, la estrechez de miras, la chatura de los dogmas y de los misterios de esa indigna y fabulosa religión, al embotar la altivez del alma republicana, la someterían muy pronto al yugo que su energía acaba de romper. No olvidemos que esta pueril religión fue una de las mayores armas en las manos de nuestros tiranos; uno de sus primeros dogmas fue* dar al César lo que es del César; *pero nosotros hemos destronado al César y no vamos a devolverle nada... Antes de diez años, por medio de la religión cristiana, de sus supersticiones, de sus prejuicios, vuestros curas, pese a sus juramentos, pese a su pobreza, reconquistarían el terreno que usurparan un día sobre las almas; os volverían a encadenar a reyes, porque el poder de los unos siempre estuvo ligado al de los otros; y vuestro edificio republicano se derrumbaría falto de bases... Aniquilad, pues, para siempre todo lo que amenaza destruir algún día vuestra labor. Pensad que estando el fruto de vuestro esfuerzo reservado a vuestros nietos, es vuestro deber, e incumbe a vuestra probidad no dejarles ninguno de esos peligrosos gérmenes que podrían volver a hundirlos en el caos, del que tanto trabajo nos costó*

salir. Ya nuestros prejuicios se disipan, ya el pueblo abjura de las absurdidades católicas, ya ha suprimido los templos, ha derribado los ídolos; está convencido que el matrimonio es sólo un acto civil; los confesionarios rotos alimentan los hogares públicos; los pretendidos fieles, desertando del banquete apostólico, dejan a los ratones sus dioses de harina. Franceses, no os detengáis: la Europa entera, con una mano lista sobre la venda que ciega sus ojos, espera de vosotros el esfuerzo que deba arrancársela de la frente. Daos prisa... Ya no es a las rodillas de un ser imaginario, ni a las de un vil impostor que un republicano debe postrarse; sus únicos dioses han de ser ahora el coraje *y la* libertad. *Roma desapareció cuando el cristianismo se predicó, y Francia está perdida si reaparece nuevamente. Examinemos con atención los dogmas absurdos, los misterios espantosos, las ceremonias monstruosas, la moral imposible de esta repugnante religión y veremos si ella puede convenir a una república.*

¿Para qué continuar con las citas? Sin insistir en el sentido profetice de la última, creemos que ésta sola basta para diferenciar en sus fundamentos políticos y sociales, el ateísmo profesado por Sade de aquel cuya expresión timorata nos transmitieron sus contemporáneos.

V

El opúsculo del Marqués de Sade que publicamos aquí por primera vez, ofrece un doble interés de curiosidad: es, de sus obras literarias conocidas hasta el momento, la primera fechada con exactitud (1782), y también la única escrita en la misma

forma dialogada que *La Filosofía en el Tocador*. Sabemos que la edición original de esta última lleva la fecha de 1795: la ausencia de todo manuscrito vuelve incierta la época inicial de su redacción. Pero de la primera a la segunda obra, solamente los sistemas políticos han sufrido cambios apreciables: entre las dos, la Revolución ha hecho del marqués un ciudadano. Pero conviene no equivocarse: la proclama patriótica y realista del moribundo y la proclama republicana y anarquista del caballero pueden no ser en el fondo —*mutatis mutandi*— más que una sola y misma precaución oratoria. Es, en efecto, menos de política de lo que se trata en estos dos ensayos, que de metafísica y moral y particularmente de ateísmo y erotología. Este último tema, que ocupa el primer plano en *La Filosofía en él Tocador*, está apenas insinuado en el *Diálogo*.

El manuscrito inédito que nos ha suministrado el texto del *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, se presenta como un cuadernillo con falsa tapa, de 23 hojas no recortadas de papel *vergé azulado*, escrito de ambos lados con la escritura tan personal del Marqués de Sade. Se componía primitivamente de 24 hojas, o sea de 6 hojas formato *tellière*, dobladas en cuatro y cosidas en un sólo cuaderno de 48 páginas; midiendo 173 por 227 milímetros. Pero la primera hoja falta, por haber quedado suelta al desgarrarse la última; así lo atestiguan los dientes del papel y la disposición comparativa de las filigranas.

En el estado en que se halla actualmente, apareció en diversas oportunidades en las ventas públicas de París desde el 31 de enero de 1850, donde fue adjudicado luego del deceso de M. Villeuve, hombre de letras, por la irrisoria suma de 3,25 francos. Reaparece casi en seguida, el 25 de marzo de 1851

en la venta de la biblioteca de M. de C***. En último lugar, es catalogado en la colección de Mme. D***, dispersada en el hotel Druot el 6 de noviembre de 1920.

El *Tema de Zélonide*, *comedia en cinco actos y en verso libre*, comienza en la página 3, primera en el estado en que se encuentra el manuscrito, para terminar en la página 9. La página 10 está reservada a una *Lista de los emperadores griegos*, especie de resumen de historia, en dos columnas. Pensamientos y notas históricas ocupan la página 11 y la parte superior de la 12; en el medio de la cual comienza el *Diálogo*. Este prosigue sin interrupción hasta el final de la página 24. La *Nota*, con la que termina, ocupa las primeras cinco líneas de la página 25. El resto del manuscrito contiene notas históricas y citas, así como críticas literarias y pensamientos filosóficos, algunos muy interesantes. La página 48 y última lleva el título de *Página de borrador* y está dispuesta, como la pág. 10, en dos columnas.

En la parte inferior de la página 47, frontal de la última hoja, se lee en el margen externo la importante mención autografiada: *terminado el 12 de julio de 1782*. Es entonces al comienzo de sus 43 años de edad y al final del tercer año de cautiverio, según la orden de prisión en el castillo de Vincennes, cuando Sade redactó este opúsculo, tal como lo encontramos sobre su cuaderno de borrador. La escritura es firme, nítida, poco corregida. Dos notas marginales autógrafas que reproducimos indican el género y el lugar de la única adición hecha por el autor. La presente edición respeta la grafía original, con excepción de los evidentes *lapsus calami*; y la puntuación, arbitraria por cierto, se reproduce tan fielmente como la comprensión del texto lo permite.

VI

La muerte de un ateo no inspiró, en el siglo de la filosofía, únicamente al sombrío genio de Sade. Sobre el mismo tema, Sylvain Maréchal, el viejo pastor Sylvain del *Diccionario del amor*, compuso una página encantadora. Quizás pueda apreciarse más su amable elocuencia comparándola con la aspereza polémica que el *Diálogo* revela.

¿Toca a término su existencia? Recoge todas sus fuerzas para gozar de los placeres que le quedan y cierra los ojos para siempre, pero con la certeza de dejar un recuerdo honroso y querido en el corazón de sus deudos, de quienes recoge los postreros testimonios de estima y devoción. Terminado su papel, se retira tranquilamente de la escena para dejar lugar a otros actores que lo tomarán por modelo. No hay dudas de que siente vivamente verse obligado a separarse de todo lo que ama, pero la razón le dice que tal es el orden inmutable de las cosas. Además, sabe que no muere enteramente, del todo. Un padre de familia es eterno: renace, revive en cada uno de sus hijos; y hasta las partículas de su cuerpo: nada puede aniquilarse. Anillo indestructible de la gran cadena de los seres, el hombre–sin–Dios *la abarca en toda su extensión con el pensamiento, y se consuela al no ignorar que la muerte no es más que un desplazamiento de materia y un cambio de forma. En el momento de dejar la vida repasa en su memoria, si tiene tiempo, el bien que ha podido hacer así como las faltas cometidas. Orgulloso de su existencia, no se ha arrodillado más que ante el autor de sus días. Ha marchado sobre la tierra, con la cabeza en alto; con paso firme, igual a los demás seres; no*

teniendo cuentas que rendir a nadie que no fuera su conciencia. Su vida es plena como la Naturaleza: ECCE VIR. (Diccionario de los ateos, año VIII, pag. 23–25.)

Si nos atenemos al testimonio emocionado de su amigo Lalande, Maréchal no se infligió el supremo desmentido de una muerte contraria a sus convicciones. Y el mismo Sade, de un carácter tan diferente, debía dar prueba de una no menos tranquila firmeza ante la muerte.

DIÁLOGO ENTRE UN SACERDOTE Y UN MORIBUNDO

1782

Sacerdote

Llegado a este instante fatal en que el velo de la ilusión se desgarra para enfrentar al hombre extraviado con el cruel espectáculo de sus errores y de sus vicios, ¿no te arrepientes, hijo mío, de los reiterados desórdenes a que te han conducido la debilidad y la fragilidad humana?

Moribundo

Sí, amigo mío, me arrepiento.

Sacerdote

Aprovecha entonces el poco tiempo que te queda para obtener del cielo, mediante esos venturosos remordimientos, la absolución general de tus pecados; y considera que sólo por intermedio del muy santo sacramento de la penitencia te será posible obtenerla del Eterno.

Moribundo

No te entiendo más de lo que tú me has comprendido.

Sacerdote

¡Qué!

Moribundo

Te dije que me arrepentía.

Sacerdote

Lo he oído.

Moribundo

Sí, pero sin comprenderlo.

Sacerdote

¿Cuál es la interpretación entonces?

Moribundo

Hela aquí... He sido creado por la naturaleza con inclinaciones muy vivas y pasiones muy fuertes; me hallo en este mundo sólo para entregarme a ellas y satisfacerlas. Como estas peculiaridades de mi ser obedecen a los designios primarios de la naturaleza o, si lo prefieres, son derivaciones esenciales de las intenciones que, en razón de sus leyes, ella proyecta sobre mí, sólo me arrepiento de no haber valorado suficientemente su omnipotencia. Mis únicos remordimientos se fundan en el mezquino uso que hice de las facultades (criminales para ti, para mí las más simples) que la naturaleza me había otorgado para servirla. La he resistido a veces y me arrepiento. Cegado por la absurdidad de tus sistemas, en su nombre he combatido contra la violencia de los deseos, que había recibido por una inspiración mucho más divina, y me arrepiento. He recogido tan solo flores cuando pude hacer una vasta cosecha de frutos...

Tales son los precisos motivos de mi pesar; estímame lo bastante como para no atribuirme otros.

SACERDOTE

¡Dónde te arrastran tus errores, dónde te conducen tus sofismas! Das al objeto creado toda la potencia del creador; no ves que esta naturaleza corrupta, a la que atribuyes la omnipotencia, ha sido el origen de las desdichadas inclinaciones que te han extraviado.

MORIBUNDO

Amigo, me parece que tu dialéctica es tan falsa como tu espíritu. Me gustaría que razonases con mayor certeza, o que me dejaras morir en paz. ¿Qué entiendes tú por creador y qué por naturaleza corrupta?

SACERDOTE

El creador es el amo del Universo, quien todo lo ha hecho, quien todo lo ha creado, y el que conserva todo como resultado natural de su omnipotencia.

MORIBUNDO

He aquí un gran hombre, sin duda... Ahora bien, dime por qué este hombre tan poderoso ha creado, entonces, lo que tú llamas una naturaleza corrupta.

SACERDOTE

¿Qué mérito habrían tenido los hombres si Dios no

les hubiera dejado su libre albedrío, y qué mérito habrían tenido en ejercerlo si no hubiera habido sobre la tierra la posibilidad de hacer el bien y la de evitar el mal?

MORIBUNDO

De modo que tu dios quiso hacer todo al revés únicamente para tentar, o para probar a su criatura. ¿No la conocía, entonces, no sospechaba, pues, el resultado?

SACERDOTE

La conocía, sin duda, pero quiso dejarle una vez más el mérito de la elección.

MORIBUNDO

¿Para qué? Si ya sabía el rumbo que el hombre tomaría, ¿por qué no lo indujo a seguir el buen camino, puesto que sólo dependía de él? ¿No dices acaso, que es todopoderoso?

SACERDOTE

¿Quién puede comprender los designios inmensos e infinitos de Dios sobre el hombre, y quién puede comprender todo lo que vemos?

MORIBUNDO

Aquél que simplifica las cosas, amigo, sobre todo aquél que no multiplica las causas para no oscurecer aún más los efectos. ¿Qué necesidad tienes de una se-

gunda dificultad cuando no puedes comprender la primera? Y ya que es posible que la naturaleza por sí sola haya hecho lo que atribuyes a tu dios, ¿por qué quieres adjudicarle un amo? La causa de lo que no comprendes es, quizás, la cosa más simple del mundo. Perfecciona tu física y comprenderás mejor la naturaleza; depura tu razón, desecha tus prejuicios, y ya no tendrás necesidad de tu dios.

SACERDOTE

¡Desdichado!, confiaba en que sólo fueras sociniano[4]. Tenía armas para combatirte, pero bien veo que eres ateo; y ya que tu corazón rechaza la inmensidad de las pruebas auténticas que cada día recibimos de la existencia del creador, no tengo nada más que decirte. No se devuelve la luz a un ciego.

MORIBUNDO

Amigo mío, convengamos en un hecho: que el más ciego de los dos debe ser, sin duda, el que se pone una venda antes que el que se la arranca. Tú edificas, tú inventas, tú multiplicas; yo destruyo, simplifico. Tú acumulas error sobre error, yo los combato a todos. ¿Quién de nosotros es el ciego?

SACERDOTE

Entonces, ¿no tienes la más mínima creencia en Dios?

No. Y ello por una razón bien simple; que es perfectamente imposible creer lo que no se comprende. Entre la comprensión y la fe deben existir vínculos estrechos, la comprensión es el primer alimento de la fe; donde no hay comprensión, la fe está muerta. Y los que en ese caso pretendieran poseerla, se engañan. No te creo capaz de creer en el dios que predicas, porque no sabrías demostrármelo, porque no está en ti definírmelo, y en consecuencia no lo comprendes. Y como no lo comprendes no puedes proporcionarme ningún argumento razonable en su favor. En una palabra, todo lo que está por encima de los límites del espíritu humano es o quimera o inutilidad; y no pudiendo ser tu dios sino una u otra de estas cosas, en el primero de los casos sería yo un loco de creer en él, un imbécil en el segundo.

Amigo mío, pruébame la inercia de la materia y te concederé la existencia del creador, pruébame que la naturaleza no se basta a sí misma y te permitiré otorgarle un señor; hasta entonces no esperes nada de mí, no me rindo más que a la evidencia y a ésta la recibo únicamente de mis sentidos. Donde ellos se detienen mi fe queda sin fuerza. Creo en el sol porque lo veo, lo concibo como el centro de reunión de toda materia inflamable de la naturaleza; presencio su marcha periódica sin sorprenderme. Es un hecho físico acaso tan simple como la electricidad pero que nos está vedado comprender. ¿Qué necesidad tengo de ir más lejos? ¿Habré adelan-

tado algo con que tú construyas tu dios por encima de todo aquello? ¿Y no precisaré entonces del mismo esfuerzo para comprender al obrero que para definir la obra?

En consecuencia, no me has prestado ningún servicio con la edificación de tu quimera, has turbado mi espíritu, pero no me has aclarado nada, y en lugar de reconocimiento sólo te debo rencor. Tu dios es una máquina que has fabricado para servir a tus pasiones, y la haces funcionar a voluntad. Pero desde el momento en que esa máquina perturba mis pasiones debes encontrar normal que la haya tumbado. Y justamente en el momento en que mi alma débil tiene necesidad de calma y de filosofía, no vengas a espantarla con tus sofismas, que la asustarían sin convencerla y la irritarían sin mejorarla. Amigo mío, mi alma es lo que ha querido la naturaleza que sea, es decir, el producto de órganos que ella se ha complacido en brindarme, conforme a sus designios y necesidades; y como tiene idéntica necesidad de vicios y de virtudes, cuando ha deseado llevarme hacia los primeros, lo ha hecho, cuando ha querido las segundas, me ha inspirado los deseos consiguientes, y me he entregado a ellas sin reparos. En esas leyes de la naturaleza que responden sólo a sus deseos y a sus necesidades debes buscar la causa única de la inconsecuencia humana.

SACERDOTE

De modo que todo es necesario en el mundo.

Moribundo

Indudablemente.

Sacerdote

Pero si todo es necesario, entonces todo está determinado.

Moribundo

¿Quién te dice lo contrario?

Sacerdote

¿Y quién puede regular todo lo que existe, sino una mano que todo lo puede y que todo lo sabe?

Moribundo

¿No es acaso necesario que la pólvora se inflame cuando se le acerca fuego?

Sacerdote

Sí.

Moribundo

¿Y qué sabiduría encuentras en eso?

Sacerdote

Ninguna.

MORIBUNDO

Entonces es posible que haya cosas necesarias sin sabiduría, y posible, en consecuencia, que todo derive de una causa originaria, sin que haya ni razón ni sabiduría en esta causa primera.

SACERDOTE

¿Adónde quieres llegar?

MORIBUNDO

A probarte que todo lo que es y lo que ves puede existir, sin que ninguna mano sabia y razonable lo conduzca. Efectos naturales deben tener causas naturales sin que haya necesidad de atribuirles orígenes antinaturales, tal como sería tu dios, quien, insisto, debería ser explicado sin proporcionar a su vez explicación alguna. En consecuencia, desde el momento en que tu dios no sirve para nada, es perfectamente inútil. Se supone que lo inútil es nulo y que todo lo que es nulo es nada. De modo que para convencerme de que tu dios es una quimera no necesito otro razonamiento que aquél que me proporciona la certeza de su inutilidad.

SACERDOTE

Conforme a esto, me parece superfluo hablarte de religión.

MORIBUNDO

¿Por qué no? Nada me divierte tanto como el exce-

so a que los hombres han podido llegar en materia de religión; el fanatismo y la imbecilidad son extravíos tan prodigiosos que su espectáculo, desde mi punto de vista, pese a ser horroroso es siempre interesante. Responde ahora con franqueza y sobre todo desecha tu egoísmo. Si fuera yo lo suficientemente débil como para dejarme sorprender por tus ridículos sistemas sobre la existencia fabulosa del ser que hace necesaria la religión, ¿bajo qué forma me aconsejarías que le rindiera culto? ¿Preferirías que adoptase los ensueños de Confucio antes que las extravagancias de Brahma? ¿Debo adorar la gran serpiente de los negros, el astro de los peruvianos o el dios de los ejércitos de Moisés? ¿A cuál de las sectas de Mahoma quisieras que me convirtiese? ¿O cuál de las herejías cristianas sería preferible para ti? Ten cuidado con tu respuesta.

SACERDOTE

¿Puede haber duda sobre cuál será?

MORIBUNDO

Lo que quiere decir que es egoísta.

SACERDOTE

Aconsejarte lo que creo equivale a amarte como a mí mismo.

MORIBUNDO

No; hacer caso a semejantes errores equivale a amarnos bien poco los dos.

SACERDOTE

¿Pero quién puede ser tan ciego ante los milagros de nuestro divino redentor?

MORIBUNDO

Aquél que no lo ve sino como el más ordinario de los bribones y el más vulgar de los impostores.

SACERDOTE

¡Oh dioses, lo escucháis y no tronáis!

MORIBUNDO

No, amigo mío, todo está en paz, porque tu dios —sea impotencia, sea razón, sea en fin lo que tú quieras, en un ser que admito sólo un instante, nada más que por condescendencia hacia ti, o si te place, para prestarme a tus pequeños designios— si existe, como tu locura lo pretende, no puede haber usado para convencernos medios tan ridículos como los que tu Jesús supone.

SACERDOTE

¿Cómo; acaso no son pruebas las profecías, los milagros, los mártires?

MORIBUNDO

¿Cómo puedes pretender razonablemente que acepte como prueba algo que no ha sido probado? Para que

la profecía se convierta en prueba sería preciso que, antes, yo tuviera la completa certeza de que ha sido hecha; pero, he aquí que al estar consignada en la historia, no puede tener para mí más fuerza que la que tienen los demás hechos históricos, extremadamente dudosos en sus tres cuartas partes. Si a esto agregamos la más que verosímil sospecha de que nos son transmitidos por historiadores interesados, tendré, como ves, todo el derecho de dudar. ¿Quién me asegura, por otra parte, que esta profecía no ha sido hecha a posteriori; que no es sino el resultado de una muy simple política, como la que ve un reino feliz bajo el dominio de un rey justo o la helada en el invierno? Con todo esto, ¿cómo quieres que la profecía, tan necesitada de prueba, pueda convertirse ella misma en prueba?

En cuanto a tus milagros, ya no me engañan. Todos los pícaros los han hecho y todos los tontos han creído en ellos. Para persuadirme de la autenticidad de un milagro tendría que estar seguro de que el suceso así denominado fuese absolutamente contrario a las leyes de la naturaleza, pues sólo lo que le es extraño puede pasar por milagro. ¿Pero quién la conoce lo suficiente para atreverse a afirmar categóricamente cuál es el punto donde ella se detiene y cuál aquél otro en que ella es violada? No se necesitan más que dos cosas para acreditar un pretendido milagro: un volatinero y unas mujercitas; vamos, no pretendas encontrar otro origen a los tuyos, todos los sectarios novatos los han hecho y, lo que es

más singular, todos han encontrado imbéciles que les han creído. Tu Jesús no ha sido más original que Apolonio de Tiana, y sin embargo a nadie se le ocurre tomar a éste por un dios. Por otra parte, tu argumento más débil es, sin duda, el que se refiere a tus mártires; no es preciso más que entusiasmo y resistencia para serlo. En tanto que la causa opuesta me ofrezca tantos mártires como la tuya, no estaré jamás suficientemente autorizado para suponer a una mejor que la otra. Me siento en cambio muy inclinado a suponer a las dos dignas de lástima.

Ah, amigo mío, si el dios que predicas existiera realmente, ¿tendría necesidad de milagros, de mártires y de profecías para establecer su imperio? Y si, como dices, el corazón del hombre fuese su obra, ¿no sería ese el lugar que habría elegido como santuario para su ley? Esta ley justa, puesto que emanaría de un dios justo, se encontraría grabada de modo irresistible dentro de todos, y de un extremo al otro del mundo todos los hombres, igualándose por este órgano delicado y sensible, rendirían igual homenaje al dios de quien lo hubieran recibido; todos tendrían una sola manera de amarlo, una manera de adorarlo o de servirlo y se les haría tan imposible ignorar a este dios como resistirse a la íntima inclinación que sentirían por su culto. ¿Qué veo en el mundo en lugar de esto? Tantos dioses como países, tantas maneras de servir a esos dioses como diferentes mentes o diferentes imaginaciones; ¿y esta diversidad

de opiniones en la que estoy prácticamente imposibilitado de elegir, sería para ti la obra de un dios justo? Vamos, predicante, ofendes a tu dios presentándomelo de esta suerte; déjame negarlo del todo, pues si existe, lo ofendo mucho menos yo con mí incredulidad que tú con tus blasfemias. Retorna a la razón, predicante, tu Jesús no vale más que Mahoma. Mahoma no más que Moisés, y los tres no más que Confucio, que en cambio dictó algunos buenos principios mientras los otros tres desvariaban; pero en general, todos estos personajes no son más que impostores, de los que el filósofo se ha mofado, en los que el populacho ha creído y que la justicia hubiera debido ahorcar.

SACERDOTE

Ay, esa justicia ha sido implacable sólo con uno de los cuatro.

MORIBUNDO

Con el que más lo merecía. Era sedicioso, turbulento, calumniador, pícaro, libertino, un farsante grosero y un malvado peligroso; poseía el arte de arrastrar al pueblo y se hacía en consecuencia digno de castigo en una situación como la que se encontraba Jerusalén entonces. Se demostró gran juicio al deshacerse de él, y es tal vez el único caso en que mis principios, extremadamente moderados y tolerantes por cierto, pueden admitir la severidad de Témis. Disculpo todos los errores, excepto

aquellos que pueden tornarse peligrosos para el orden en que se vive; los reyes y sus majestades son las únicas cosas que se me imponen, las únicas que respeto. Quién no ama a su país y a su rey no es digno de vivir[5].

SACERDOTE

Pero, a pesar de todo, tienes que admitir alguna cosa después de esta vida; es imposible que tu espíritu no haya intentado alguna vez atravesar las tinieblas del destino que nos aguarda. ¿Y qué sistema puede haberlo satisfecho mejor que aquél que reserva una multitud de penas para el que vive en el mal y una recompensa eterna para el que vive en el bien?

MORIBUNDO

¿Cuál sistema? Pues el de la nada, amigo mío. Jamás me ha asustado, y no veo nada más consolador y simple. Todos los otros son obra del orgullo, éste solo lo es de la razón. De todas maneras, esa nada no es espantosa ni absoluta. ¿No tengo acaso bajo mis ojos el ejemplo de las perpetuas generaciones y regeneraciones de la naturaleza? Nada perece, amigo mío, nada se destruye en el mundo; hoy hombre, mañana gusano, pasado mañana mosca; ¿no es esto existir siempre? ¿Y por qué quieres que se me recompense por virtudes de las cuales no he hecho mérito, o castigado por crímenes que no he podido evitar? ¿Puedes conciliar la bondad de tu pretendido dios con este sistema; pue-

de él haber querido crearme solamente para darse el gusto de castigarme, y ello únicamente a causa de una elección en la que no me deja alternativa?

SACERDOTE

Tienes alternativa.

MORIBUNDO

Sí, según tus prejuicios; pero la razón los destruye. El sistema de la libertad del hombre sólo fue inventado para sostener aquél otro de la gracia, que era tan favorable a vuestras ilusiones. ¿Dime qué hombre en el mundo, viendo frente a sí la imagen del cadalso, cometería un crimen si fuera libre de no hacerlo? Nos arrastra una fuerza irresistible y no somos ni por un instante dueños de decidirnos por otra cosa que aquella hacía la que nos sentimos inclinados. No hay virtud que no sea necesaria a la naturaleza y, análogamente, ni un sólo crimen del que ella no tenga necesidad. Justamente, en el perfecto equilibrio que mantiene entre unos y otros reside toda su ciencia. ¿Podemos, pues, ser culpables del camino al que nos arroja? No más que la avispa que clava su aguijón en tu piel.

SACERDOTE

¿De modo entonces, que el más grande de los crímenes no debe inspirarnos ningún horror?

No es eso lo que digo; basta que la ley lo condene y que la espada de la justicia lo castigue para que deba inspirarnos aversión o terror. Pero cuando por desgracia ha sido cometido, es preciso afrontar los hechos y no entregarse a remordimientos estériles, que son totalmente inútiles pues no han podido preservarnos de él; y nulos, pues nada reparan. Es absurdo entonces librarse a ellos, pero más absurdo aún temer ser castigados en el otro mundo si hemos tenido la suerte de eludir el castigo en éste. Claro está que no quiero con esto incitar al crimen; es menester sin duda evitarlo tanto como sea posible, pero hay que saber huir de él por medio de la razón, y no por falsos temores que no conducen a nada y cuyos efectos son prontamente destruidos en un alma un poco firme. La razón, sí, amigo mío, solamente la razón debe advertirnos que dañar a nuestros semejantes nunca puede hacernos dichosos; y nuestro corazón indicarnos que contribuir a la felicidad ajena es el más grande goce que la naturaleza nos haya acordado sobre la tierra. Toda la moral humana está contenida en esta sola frase: *hacer tan felices a los demás como uno mismo desearía serlo* y nunca causarles más daño del que uno mismo quisiera recibir.

He aquí, amigo mío, he aquí los únicos principios que debemos seguir, y no hay necesidad ni de religión ni de dios para apreciarlos y admitirlos, sólo hace falta un buen corazón. Pero siento que desfallezco; predicante, aban-

dona tus prejuicios, sé hombre, sé humano, sin temor y sin esperanza; deja de lado tus dioses y tus religiones; todo eso no sirve más que para poner el hierro en la mano de los hombres y la sola mención de todos esos horrores ha hecho verter más sangre sobre la tierra, que todas las otras guerras y flagelos juntos. Renuncia a la idea de otro mundo, no lo hay, pero no renuncies al placer de ser feliz en éste y de hacer feliz a los demás. Es la única posibilidad que la naturaleza te ofrece de duplicar tu existencia o de extenderla. Amigo mío, la voluptuosidad fue siempre el más querido de mis bienes, la he glorificado toda mi vida y he querido acabar en sus brazos. Mi fin se aproxima; seis mujeres más bellas que el día están en el gabinete vecino: las reservaba para este momento; toma tu parte, procura olvidar sobre sus senos, siguiendo mí ejemplo, todos los vanos sofismas de la superstición y todos los imbéciles errores de la hipocresía.

NOTA

El moribundo llama, las mujeres entran y el predicante se vuelve en sus brazos un hombre corrompido por la naturaleza, por no haber sabido explicar lo que era la naturaleza corrupta.

FANTASMAS[6]

1802

SER QUIMÉRICO y vano, cuyo solo nombre ha hecho correr más sangre sobre la superficie del globo como ninguna guerra política lo haya hecho jamás: ¡Retorna a la nada, de donde la loca esperanza de los hombres y su ridículo temor osaron, por desgracia, hacer salir! Apareciste sólo para suplicio del género humano. ¡Cuántos crímenes se hubiera ahorrado la tierra, si se hubiese degollado al primer imbécil que se le ocurrió hablar de ti! Muéstrate, si es que existes; sobre todo, no soportes que una débil criatura se atreva a insultarte, a desafiarte, a burlarse de ti, como yo lo hago; que ose negar tus maravillas y reírse de tu existencia, ¡vil fabricante de pretendidos milagros! Haz solamente uno, para probarnos que existes. Muéstrate, no en una zarza ardiente, como se dice, te apareciste al bueno de Moisés; no sobre una montaña, como te mostraste al vil leproso que se decía tu hijo, sino junto al astro del que te sirves para alumbrar a los hombres: que a sus ojos, tu mano parezca guiarlo. Este acto universal, decisivo, no te debe costar más que todos los prestigios ocultos que, según dicen, realizas todos los días. Tu

gloria depende de él; atrévete a hacerlo o deja entonces de extrañarte de que todos los buenos espíritus nieguen tu poder y se sustraigan a tus pretendidos impulsos, a las fábulas, en una palabra, que cuentan de ti aquellos que se ceban como cerdos predicándonos tu fastidiosa existencia y que semejantes a esos sacerdotes del paganismo alimentados con las víctimas inmoladas en los altares, exaltan a su ídolo sólo para multiplicar los holocaustos.

Sacerdotes del falso dios que cantó Fenelon: erais felices, en ese tiempo, incitando desde la sombra a los ciudadanos a la rebelión. A pesar del horror que la Iglesia afirma tener por la sangre, guiabais a los frenéticos que derramaban la de vuestros compatriotas, trepando a los árboles para dirigir vuestros golpes con menor peligro. Tal era por entonces vuestra única manera de predicar la doctrina de Cristo, dios de paz; pero desde que os cubren de oro por servirlo, contentos de no tener que arriesgar más vuestros días por su causa, es mediante bajezas y sofismas que defendéis su quimera. ¡Ah, si ella pudiera desvanecerse junto con vosotros para siempre, y que jamás volvieran a ser pronunciadas las palabras Dios y religión! Entonces los hombres pacíficos, sin más preocupación en adelante que su felicidad, comprenderán que la moral que la funda no necesita de fábulas para afirmarla; y que se deshonra y marchita a las virtudes sacrificándolas sobre los altares de un Dios ridículo y vano, que pulveriza el más ligero examen de la razón.

¡Desvanécete entonces, repugnante quimera! ¡Retor-

na a las tinieblas donde naciste; no vuelvas a ensuciar la memoria de los hombres; que tu execrable nombre no sea pronunciado más que en la blasfemia, y que sea librado al último suplicio el pérfido impostor que quisiera, en el porvenir, reimplantarte sobre la tierra! Sobre todo, no hagas más estremecer de felicidad ni gritar de alegría a los obispos cebados con cien mil libras de renta: este milagro no iguala al que te propongo, y si debes mostrarnos uno, que al menos sea digno de tu gloria. ¿Por qué ocultarte a los que te desean? ¿Temes su espanto o su venganza? ¡Ah, monstruo, cuánto la mereces! ¿Valía la pena que los crearas para luego hundirlos, como lo haces, en un abismo de desdicha? ¿Es acaso con atrocidades que debes evidenciar tu poder? Y tu mano que los aplasta, ¿no debe, en consecuencia, ser maldecida por ellos, execrable fantasma? ¡Haces bien en esconderte!, las imprecaciones lloverían sobre ti, si alguna vez tu espantoso rostro se mostrara a los hombres; ¡los desgraciados, sublevados por la obra, harían polvo al obrero!

Débiles y absurdos mortales enceguecidos por el error y el fanatismo, abandonad las peligrosas ilusiones en las que os sumerge la superstición tonsurada; reflexionad en el poderoso interés que ella tiene al ofreceros un Dios, en el valimiento que semejantes mentiras le otorgan sobre vuestros bienes y vuestros espíritus, y entonces veréis que semejantes bribones no pueden anunciar sino una quimera, e inversamente, que un fantasma tan degradante sólo puede estar precedido

por bandidos. Si vuestro corazón necesita de un culto, que se lo ofrezca a los objetos palpables de sus pasiones: una cosa real os compensará al menos, de ese homenaje natural. ¿Pero qué podéis experimentar después de dos o tres horas de mística deificada? ¡Una fría nada, un vacío abominable que, no habiendo suministrado nada a vuestros sentidos, los deja necesariamente en el mismo estado que si hubierais adorado sueños y sombras!... En efecto, ¿cómo nuestros sentidos materiales pueden atarse a otra cosa que a la misma esencia de la cual están formados? Y vuestros adoradores de Dios, con su frivola espiritualidad que nada realiza, ¿no se asemejan todos acaso a Don Quijote tomando molinos por gigantes?

Execrable aborto, debería abandonarte aquí a ti mismo, librarte al desprecio que tú solo inspiras, y dejar de combatirte otra vez en los ensueños de Fenelon. Pero he prometido cumplir mi tarea; mantendré mi palabra, feliz si mis esfuerzos llegan a desarraigarte del corazón de tus imbéciles sectarios y pueden, poniendo un poco de razón en lugar de tus mentiras, terminar de destruir tus altares, para volver a sumergirlos para siempre en los abismos de la nada.

LA EVIDENCIA POÉTICA

Paul Eluard

L'Evidence poétique

Fragmentos de una conferencia pronunciada en Londres, el 24 de junio de 1936, en ocasión de la Exposición Surrealista, organizada por Roland Penrose.

Ha llegado el momento en que los poetas tienen el derecho y la obligación de afirmar que están profundamente sumergidos en la vida de los otros hombres, en la vida común.

¡En las altas cumbres! Sí, ya sé, siempre hubo quienes trataron de alucinarnos con semejante idiotez; pero como ellos no estaban en la cumbre, no fueron capaces de decirnos que allí llueve, está oscuro y uno tirita, que allí se conserva la conciencia del hombre y de su triste condición; que allí se conserva —y es necesario conservar— la conciencia de la infame estupidez; que allí se escuchan todavía risas turbias y palabras de muerte. En las altas cumbres, como en cualquier parte, quizás más que en cualquier otra parte, para aquél que *ve*, para el visionario, la miseria deshace y rehace incesantemente un mundo banal, vulgar, insoportable, imposible.

No hay límite de dimensión para el que está dispuesto a crecer. No hay modelo para quien busca lo que nunca vio. Estamos todos en la misma fila. Ignoremos a los demás.

Utilizando las contradicciones únicamente con propósitos igualitarios; infortunada por provocar placer y satisfacerse a sí misma, la poesía *se aplica* desde siempre, a pesar de las persecuciones de toda clase a que es sometida, a negarse a servir

otro orden que el suyo, a conquistar una gloria indeseable y a aceptar las diversas ventajas que son acordadas al conformismo y a la prudencia.

¿Y en cuanto a la poesía pura? El poder absoluto de la poesía purificará al hombre, a todos los hombres. Escuchemos a Lautréamont: *"La poesía debe ser hecha por todos. No por uno"* Todas las torres de marfil serán demolidas, todas las palabras serán sagradas y el hombre, hallándose por fin en armonía con la realidad, que es suya, no tendrá más que cerrar los ojos para que se le abran las puertas de lo maravilloso.

El pan es más útil que la poesía. Pero el amor, en el pleno, en el humano sentido de la palabra, el amor–pasión no es más útil que la poesía. El hombre, situándose en el plano más elevado de la escala de los seres, no puede negar el valor de sus sentimientos, por poco productivos, por antisociales que parezcan. *"El hombre tiene* —dice Feuerbach— *los mismos sentidos que el animal, pero en él la sensación no es relativa ni está subordinada a las necesidades elementales de la vida; se convierte en un ser absoluto, teniendo su propia finalidad y su propio goce."* Es aquí donde surge nuevamente la necesidad. El hombre debe tener constante conciencia de su supremacía sobre la naturaleza, para protegerse de ella, para conquistarla.

De joven, tiene la nostalgia de su infancia; hombre, la nostalgia de su adolescencia; anciano, la amargura de haber vivido. Las imágenes del poeta están hechas de lo que debe olvidarse

y de lo que debe recordarse. Hastiado, proyecta sus profecías en el pasado. Todo lo que él va creando desaparece con el hombre que fue ayer. Mañana, conocerá lo nuevo. Pero falta el hoy en ese presente universal.

La imaginación carece de instinto de imitación. Es la fuente y el torrente que no podemos remontar. El día nace y muere a cada instante de ese sueño viviente. Es un universo sin conexiones, un universo que no está integrado en un universo mayor, un universo sin dios, ya que nunca miente, ya que nunca confunde lo que será con lo que ha sido. La verdad se dice rápido, sin reflexionar, llanamente; y la tristeza, el furor, la gravedad, la alegría sólo son para ella cambios de tiempo, cielos seducidos.

El poeta es más el que inspira que aquel que es inspirado. Los poemas tienen siempre grandes márgenes blancos, grandes márgenes de silencio donde la memoria ardiente se consume para recrear un éxtasis sin pasado. Su principal cualidad es, insisto, inspirar antes que evocar. Tantos poemas de amor sin objeto inmediato llegarán a reunir, un hermoso día, a los enamorados. Se sueña con un poema como se sueña con un ser. La comprensión, como el deseo, como el odio, está hecha de relaciones entre la cosa a comprender y las otras, ya sean éstas comprendidas o incomprendidas.

Para el soñador despierto —para el poeta— el ritmo de su imaginación estará dado por la esperanza o por la desesperación. Que formule esta esperanza o esta desesperación e inmediatamente cambiarán sus relaciones con el mundo. Para el poeta todo es objeto de sensaciones y, como consecuencia, de senti-

mientes. Todo lo concreto se convierte entonces en alimento de su imaginación, y los motivos de esperanza y desesperanza, junto con sus sensaciones y sentimientos, pasan a adquirir forma concreta.



En la vieja casa del norte de Francia que habitan hoy los actuales condes de Sade, el árbol genealógico que está pintado sobre una de las paredes del comedor tiene una sola hoja muerta: la de Donato Alfonso Francisco de Sade, quien fuera enviado a prisión por Luis XV, por Luis XVI, por la Convención y por Napoleón. Encerrado durante treinta años, murió en un asilo de alienados, más lúcido y más puro que ninguno de sus contemporáneos. En 1789, aquel que con justicia mereció ser llamado sarcásticamente el Divino Marqués, desde la Bastilla convocaba al pueblo en socorro de los prisioneros; en 1793, aunque entregado en cuerpo y alma a la Revolución, miembro de la Sección de Picas, se levanta contra la pena de muerte, reprueba los crímenes que se cometen sin pasión, se mantiene ateo cuando Robespierre introduce su nuevo culto del Ser Supremo; quiere confrontar su genio con el de todo un pueblo aprendiz de la libertad. Ni bien sale de la cárcel, envía al Primer Cónsul el primer ejemplar de un panfleto contra él.

Sade ha querido restituir al hombre civilizado la fuerza de sus instintos primitivos, ha querido emancipar a la imaginación amorosa de sus objetos mismos. Ha creído que por este camino, y sólo por éste, podría nacer la verdadera igualdad.

Ya que la virtud lleva en sí misma su felicidad, trató, en

nombre de todo lo que sufre, de rebajarla, de humillarla, de imponerle la ley suprema de la desdicha, contra toda ilusión, contra toda mentira, para que pudiera ayudar a todos los que son reprobados por ella, a construir un mundo acorde a la dimensión inconmensurable del hombre. La moral cristiana, con la cual —como a menudo hay que admitirlo con desesperación y con vergüenza— estamos lejos de haber terminado, es una prisión. Contra ella se sublevan todos los apetitos del cuerpo imaginativo. ¿Cuánto tendremos todavía que aullar, que agitarnos, que llorar, antes de que los modelos del amor se conviertan en los modelos de la facilidad, de la libertad?

Escuchemos la tristeza de Sade: *"Dos cosas muy distintas son amar y gozar; la prueba está que se ama todos los días sin gozar, y que con mayor frecuencia aún se goza sin amar."* Y comprueba: *"Los goces aislados pueden tener entonces ciertos atractivos, pueden quizá tener más que los otros goces. Si no fuera así, ¿cómo gozarían tantos viejos, tanta gente contrahecha y llena de defectos? Están convencidos de que no son amados, de que es imposible que se comparta lo que ellos experimentan: ¿tienen por eso acaso menos voluptuosidad?*

Y Sade, justificando a los hombres que aportan lo singular para las cosas del amor, se eleva contra quienes sólo consideran al amor indispensable en la perpetuación de su sucia estirpe: *"Pedantes, verdugos, carceleros, legisladores, canalla tonsurada, ¿qué haréis cuando alcancemos eso? ¿Qué será de vuestras leyes, de vuestra moral, de vuestra religión, de vuestros patíbulos, de vuestros paraísos, de vuestros Dioses, de vuestro infierno, cuando quede demostrado que tal o cual flujo de humores, que*

cierta clase de fibras, que cierto grado de acritud en la sangre o en los fluidos animales bastan para hacer de un hombre el objeto de vuestras penas o de vuestras recompensas?"

Es su perfecto pesimismo lo que confiere fría verdad a sus palabras. La poesía surrealista, la poesía de siempre, nunca ha logrado otra cosa. Son verdades sombrías las que aparecen en la obra de los auténticos poetas; pero son verdades y casi todo lo demás es mentira. ¡Y que no se quiera acusarnos de contradicción cuando decimos esto, que no lancen contra nosotros nuestro materialismo revolucionario, que no se nos insista en que el hombre antes que nada tiene que comer! Los más locos, los más solitarios del mundo entre los poetas que amamos, dieron tal vez el lugar que le correspondía a la alimentación, pero este lugar está más alto que ningún otro, porque es simbólico, porque es total. Todo se resume en él.

No se posee ningún retrato del Marqués de Sade. Es significativo que tampoco se posea ninguno de Lautréamont. El rostro de estos dos escritores fantásticos y revolucionarios, los más desesperadamente audaces que hayan existido jamás, s-. pierde en la noche de los tiempos.

Ambos condujeron la más encarnizada lucha contra todos los artificios, tanto groseros como sutiles, contra todas las trampas que nos tiende esta falsa e indigente realidad que degrada al hombre. A la fórmula *"Sois lo que sois"* ellos le agregaron: *"Podéis ser otra cosa"*.

Con su violencia, Sade y Lautréamont despojan a la soledad de todos sus adornos. En la soledad, cada ser, cada objeto, cada conocimiento, cada imagen también, premedita retornar a su realidad sin devenir, no tener más secretos que revelar, yacer tranquila e inútilmente incubado en la atmósfera que crea.

Sade y Lautréamont, que se hallaron horriblemente solos, se vengaron del triste mundo que les fue impuesto, apoderándose de él. En sus manos: tierra, fuego, agua. En sus manos: el árido goce de la privación, pero también armas; y en sus ojos la cólera. Víctimas homicidas, responden a la calma que va a cubrirlos de cenizas. Destruyen, imponen, aterrorizan, saquean. Las puertas del amor y del odio se abren de par en par para dar paso a la violencia. Inhumana, ésta pondrá al hombre de pie, verdaderamente de pie, y no guardará para sí la posibilidad de un fin para este sedimento sobre la tierra. El hombre abandonará sus refugios y, frente al vano ordenamiento de los encantos y desencantos, se embriagará con el poder de su delirio. Entonces dejará de ser un extranjero, para él mismo y para los demás. El surrealismo, instrumento de conocimiento y por eso mismo, instrumento de conquista y de defensa, lucha para sacar a la luz lo que se oculta en las profundidades de la conciencia humana. El surrealismo lucha para demostrar que el pensamiento es común a todos; lucha para reducir las diferencias existentes entre los hombres y por eso mismo se niega a servir un orden absurdo, basado en la desigualdad, en el engaño, en la cobardía.

Que el hombre se descubra a sí mismo, que se conozca, y podrá sentirse capaz de apoderarse de todos los tesoros de los

que se halla privado casi por entero; de todos los tesoros tanto materiales como espirituales que ha acumulado a través de los tiempos, al precio de los más terribles sufrimientos, para beneficio de un insignificante número de privilegiados insensibles a todo lo que constituya la grandeza humana.

Hoy, la soledad de los poetas se derrumba. Ahora son hombres entre los hombres. Ahora tienen hermanos.



Hay una palabra que me exalta, una palabra que nunca he oído sin estremecerme, sin sentir una gran esperanza, la más grande de todas: la de vencer a las fuerzas de ruina y de muerte que agobian a los hombres. Esa palabra es: fraternidad.

En febrero de 1917, el pintor surrealista Max Ernst y yo estábamos en el frente, apenas a una distancia de un kilómetro uno del otro. El artillero alemán Max Ernst bombardeaba las trincheras en donde yo, infante francés, montaba guardia. Tres años más tarde éramos los mejores amigos del mundo y desde entonces combatimos incansablemente, hombro con hombro, por la misma causa, la de la liberación total del hombre.

En 1925, durante la guerra de Marruecos, Max Ernst sostenía conmigo la consigna de confraternidad del Partido Comunista Francés. Y afirmo que entonces él se estaba ocupando en algo que le concernía íntimamente, en la misma me-

dida en que había estado obligado, en mi sector en 1917, a ocuparse en algo que no le concernía. ¡Y si sólo nos hubiera sido posible, durante la guerra, ir uno al encuentro del otro y estrecharnos la mano, espontáneamente, violentamente, contra nuestro común enemigo: LA INTERNACIONAL DEL LUCRO!

"¡Oh vosotros, que sois mis hermanos porque tengo enemigos!", dice Benjamín Péret.

Contra esos enemigos, ni aún en los límites extremos del desaliento y del pesimismo hemos estado completamente solos. Todo, en la sociedad actual, se alza a nuestro paso para humillarnos, para hacernos retroceder. Pero nosotros no dejamos de comprender que es así porque somos el mal, el mal en el sentido que lo entendía Engels; porque, con todos nuestros semejantes, contribuimos a la ruina de la burguesía, a la ruina de sus ideales del bien y de la belleza.

Esos ideales del bien y de la belleza, puestos al servicio de las ideas de propiedad, de familia, de religión, de patria, son Jas que combatimos en conjunto. Los poetas dignos de este nombre se niegan como los proletarios a ser explotados. La verdadera poesía está presente en todo lo que no se conforma con esa moral que, para mantener su orden y su prestigio, sólo sabe ofrecernos bancos, cuarteles, prisiones, iglesias, burdeles. La verdadera poesía está presente en todo lo que libera al hombre de ese ideal horrible que tiene el rostro de la muerte. Está presente tanto en la obra de Sade, de Marx o de Picasso como en la de Rimbaud, de Lautréamont o de Freud. Está pre-

sente en la invención de la radio, en la proeza del *Cheliuskin*[7], en la insurrección de Asturias*, en las huelgas de Francia y de Bélgica. Puede estar presente tanto en la fría necesidad, en la de conocer o en la de comer mejor como en el ansia de lo maravilloso. Desde hace más de cien años los poetas han descendido de la cumbre donde creían estar. Han salido a la calle, han insultado a sus maestros, ya no tienen dioses, osan besar a la belleza y al amor en la boca, han aprendido los cantos de rebelión de la masa desdichada y, sin desanimarse, tratan de enseñarle los suyos.

Poco caso hacen de los sarcasmos y las risas, están acostumbrados a eso; pero ahora tienen la certeza de hablar para todos. Son dueños de su propia conciencia.

* Posteriormente, en la maravillosa defensa del pueblo español contra sus enemigos.

APÉNDICE

EL EXTREMISMO REVOLUCIONARIO DE SADE

por Maurice Heine

Historiadores y sociólogos no han sospechado mayormente hasta el presente, la importancia del papel desempeñado por Sade en los diez años supremos del siglo XVIII. Su actividad personal, sus escritos y discursos políticos, las páginas filosóficas de sus novelas, hicieron, sin embargo, del citado marqués, el fermento de subversión más virulento que la Revolución Francesa haya extraído de las potencias mismas que ella deseaba derribar. Ya fuera en la Sección de Picas, donde su ateísmo lo enfrenta con Robespierre; en las sesiones de la comuna de París o en las de la Comisión de Hospitales; en su plaza de la Convención; en misión en los departamentos; en cualquier parte, en el punto álgido del combate cívico, este cincuentón demuestra su ardor juvenil y su generosa humanidad Él era, por otra parte, lo suficientemente filósofo como para comprender que la *revolución social* no alcanzaría más que un efímero éxito sin la *revolución moral* que debería conquiscarle definitivamente los espíritus. Y es que con la idea de formar un hombre nuevo, capaz de fijar las conquistas del nuevo régimen ya declinante, que lanza el grito de alarma y alerta: *¡Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos!* A este panfleto desesperadamente irónico, nada podía responder

en 1795... Pero cuando los hombres de 1848, presintiendo a su vez lo precario de su victoria y el peligro mortal que significaba la religión, buscaron un texto decisivo para liberar los espíritus de la disciplina judeo–cristiana, es todavía al escrito de Sade al que se ven obligados a recurrir. De este modo, sin nombre de autor, pero "por una cruzada contra todos los dogmas religiosos", reaparece en el año LVI de la Revolución Francesa, *¡Franceses, un esfuerzo más!...* Hoy todavía, el ateísmo esencial de esas páginas continúa imponiéndose como una necesidad actual: el espíritu de Sade está vivo entre nosotros.

Les Cahiers de "Contre–Attaque" (Unión de Lucha de los intelectuales revolucionarios), París, 1936.

MINISTERIO DEL INTERIOR

3º División

Oficina de Asistencia, Hospicios, Prisiones y Mendicidad

Copia

El Ministro del Interior,
Conde del Imperio,

Considerando que el Sr. de Sade que ha sido alojado en Charenten[8], está poseído por la más peligrosa de todas las locuras; que sus escritos no son menos insensatos que sus palabras y su conducta personal; que dichos peligros son sobre todo inminentes en medio de seres cuya imaginación ya es de por sí débil o extraviada,

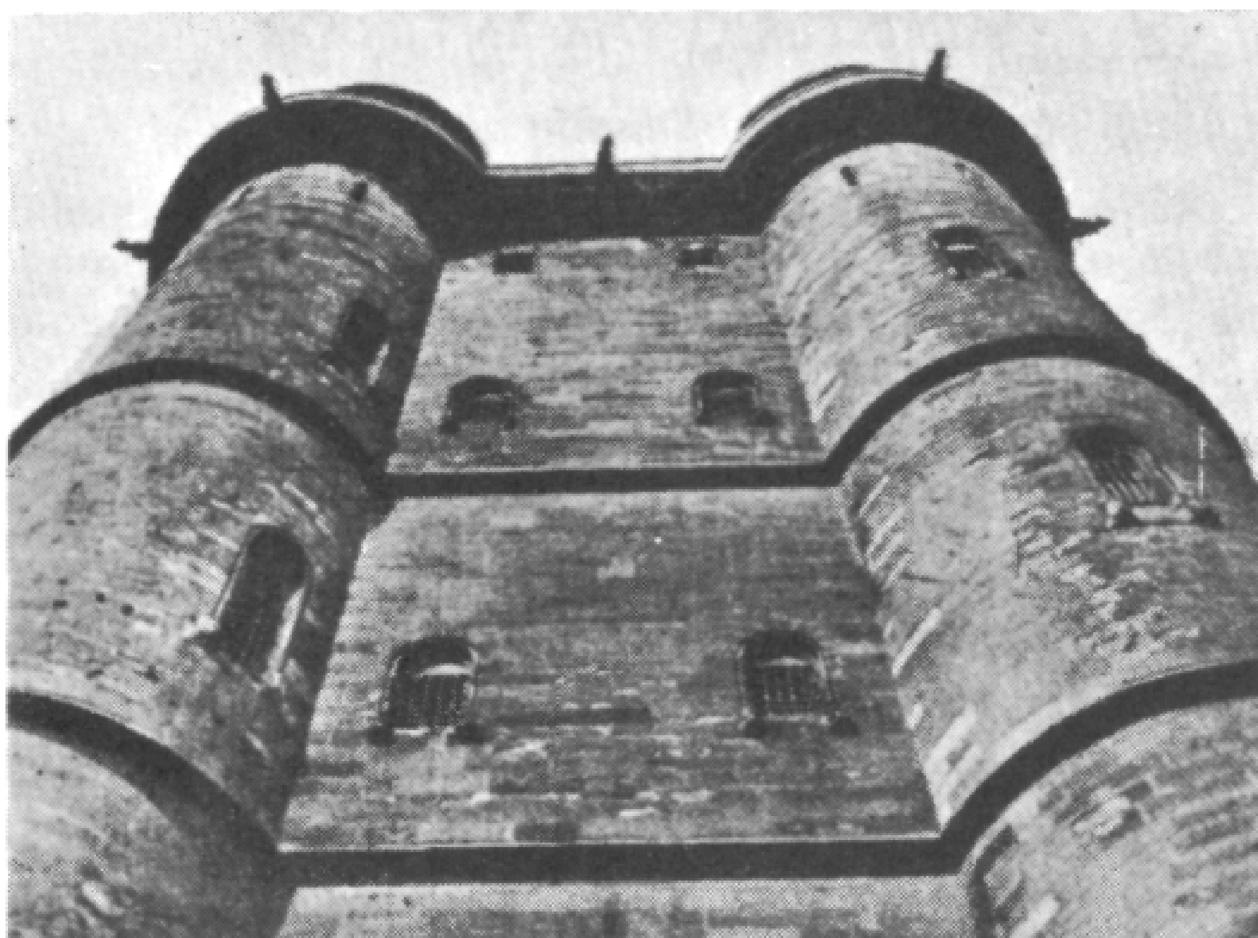
Decreta lo siguiente:

ART. 1° — El Sr. de Sade será alojado en un local completamente aislado de modo que toda comunicación ya sea con el interior o con el exterior le sea prohibida, aún contra cualquier pretexto que invocase. Se tendrá especial cuidado de prohibirle todo uso de lápices, tinta, pluma y papel.

ART. 2[9] — El Director del hospicio nos rendirá cuenta el 25 del corriente a más tardar de las medidas que haya adoptado para el cumplimiento de la presente decisión. Se le hace personalmente responsable de su aplicación.

París, 18 octubre 1810.

Firmado: MONTALIVET.



"EL COMBATE POR LA LIBERTAD ES MONÓTONO Y TERRIBLE"

1763 – 29 de octubre al 13 de noviembre, Chateau de Vincennes (15 días); **1768** – 12 de abril al 30 de abril, Chateau de Saumur (18 días); mes de mayo, Fortaleza de Pierre Encise (1 mes); **1772** – 9 de diciembre al 30 de abril de 1773 (evasión), Fortaleza de Miolans (4 meses y 20 días); **1777** – 13 de febrero al 20 de junio de 1778, Chateau de Vincennes, *"encerrado como tina bestia feroz tras 19 puertas de hierro"* (1 año y 4 meses); **1778** – 7 de setiembre al 29 de febrero de 1784, Chateau de Vincennes (5 años, 5 meses y 3 semanas); **1784** – 29 de febrero al 4 de julio de 1789, la Bastilla (5 años y 5 meses); **1789** – 5 de julio al 2 de abril de 1790, liberado por la Revolución (9 meses); **1793** – 3 de diciembre al 13 de enero de 1794, en Madelonettes; **1794** – 13 de enero al 22 de enero, en Maison des Carmes; 22 de enero al 27 de marzo, en Saint-Lazare; 27 de marzo al 15 de octubre (10 meses y 6 días); **1801** – 3 de abril al 27 de abril de 1803, en Sainte-Pélagie y Bicetre, *"la muerte y la miseria, ésta es la recompensa por mi perpetua fidelidad hacia la República"* (1 año y 12 días); **1803** – 27 de abril al 2 de diciembre de 1814, en Charenton (11 años y 8 meses). En total: 27 años 1 mes, en 11 prisiones, bajo la Monarquía, la 1ª República, el Imperio y la Restauración.

NOTAS

Todo lo que firma Sade es amor.

G. Lely

[1] Maurice Heine: Nació en París el 15 de marzo de 1884. Falleció en mayo de 1940. Investigador apasionado, vinculado a los surrealistas con quienes colaboró en numerosas publicaciones, consagró prácticamente toda su vida a la elucidación y exaltación de la obra de Sade.

Publicó del marqués las siguientes obras:

Dialogue entre un prêtre et un moribund (1926).

Historiettes, *Cantes et Fabliaux* (1927).

Les Infortunes de la Vertu (1930).

Les 120 Journées de Sodome (1931).

De él dice su amigo y continuador Gilbert Lely: “Maurice Heine, quien por primera vez ha establecido formalmente la excelencia literaria, filosófica y científica del Marqués de Sade; quien por primera vez dio a luz los documentos inéditos que han reducido a nada las acusaciones de crueldad delirante y de crímenes publicadas contra el autor de *“Justine”* en el curso de cinco generaciones; quien por primera vez, por la exactitud jamás igualada de sus ediciones críticas, demostró que, contrariamente a la opinión de Anatole France, un texto del M. de Sade debía ser tratado con el mismo respeto que un texto de Pascal; quien por primera vez, en fin, aportó en su tarea ese desinterés, esa obsesión de justicia y de verdad, esa apasionada admiración que, por sí solas, fueron capaces de derrumbar el monstruoso edificio de ignorancia, de odio y de repulsión cuyo peso, a lo largo de un siglo, oprimió la memoria del pensador más lúcido de nuestro tiempo, del moralista cuya profundidad de miras no le cede en nada ni aún al genio de Federico Nietzsche...”

[2] PIERRE SYLVAIN MARÉCHAL: Literato y filósofo francés, nacido en París en 1750, muerto en 1803. En 1780 publicó el *Almanaque de las personas honradas*, especie de calendario filosófico en el que se veían sustituidos los nombres de los santos por los de los hombres y mujeres más célebres de los tiempos antiguos y modernos. Esta obra fue quemada por la mano del verdugo y su autor reducido a prisión. Escribió gran número de artículos en los periódicos patrióticos, especialmente en la *Revolución de París*. Amigo de Chaumette y de los hombres más fogosos de la época, tomó parte en el movimiento anticatólico y en el establecimiento del culto de la Razón. Durante la Época del Terror, ordinariamente usó de su influencia y relaciones para salvar a algunos condenados, tomando así una actitud similar a la de Sade. Sylvain Maréchal profesaba las ideas más radicales en materia de Economía social, como en Política y en Filosofía. En la época del Directorio desempeñó un papel muy activo en la conspiración de Babeuf, quien tenía el carácter comunista más pronunciado. Maréchal publicó su *Código de una sociedad de hombres sin Dios*, *Pensamientos libres sobre los sacerdotes*, *Culto y ley de los hombres sin Dios*. En 1800 compuso su famoso *Diccionario de los ateos* a instancias de su amigo Lalande. En este trabajo aparecen colocados entre los ateos, a consecuencia de deducciones más o menos paradójicas, San Juan Crisóstomo, San Agustín, Pascal, Bossuet, etc. Además de las obras citadas se deben a Maréchal, sin recordar otras: *Diccionario del amor*, *Dios y los sacerdotes*, *Diccionario de los santos*, *Viajes de Pitágoras*, *Almanaque republicano*, *Cuadro histórico de los sucesos revolucionarios*.

[3] En el testamento del marqués, leemos: "... *La fosa una vez recubierta será sembrada de bellotas, para que en lo venidero se confundan sepulcro y bosque. De este modo los rastros de mi tumba desaparecerán de la superficie de la tierra, como espero que mi memoria se borrará del espíritu de los hombres; excepto, pese a todo, del pequeño número de los que han querido amarme hasta el último momento y de quienes llevaré un dulce recuerdo a la tumba*".

Su grito desesperado *("Sólo me dirijo a aquellos capaces de entenderme")* ha sido oído. El *pequeño número de los que han querido amarlo* no ha cesado de crecer.

[4] SOCINIANO: Partidario del socinianismo; herejía de los partidarios de Lelio Socino (Zozzini), protestante italiano N. en Siena en 1525, M. en Zurich en 1562; fundador de esta doctrina antitrinitaria que su sobrino Fausto Socino (1539–1604) contribuyó a difundir.

Los socinianos refutan el principio, admitido por católicos y calvinistas, según el cual los herejes deben ser castigados con la muerte. Rechazan todos los misterios incomprensibles como la encarnación, la divinidad de Jesucristo, la transmisión del pecado original, etc. Creen en la Revelación y consideran la Sagrada Escritura como inspiradora; para comprender su verdadero sentido se ha de acudir a las luces de la razón.

[5] No debe olvidarse que el *Diálogo* fue escrito en 1782, siete años antes de la Revolución. En *Aline y Valcour*, escrita un año antes del asalto a la Bastilla, el marqués, que por entonces estaba en el onceno año de su cautiverio, exclama:

Una gran revolución se incuba en el país. Los crímenes de nuestros soberanos, sus crueldades, sus libertinajes y necedades le han cansado. Francia esta asqueada del despotismo. Está a la puerta el día en que, airada, romperá sus cadenas.

Un día, Francia, te despertará una luz; entonces verás a los criminales que te aniquilan a tus pies, y conocerás que un pueblo que por la naturaleza y por su espíritu es libre, por nadie más que por sí mismo puede ser dirigido.

En su biografía del M. de Sade, escribe Otto Flake: "La conmoción se adentraba por los muros de la Bastilla. En el registro que se lle-

vaba de él se dice que en junio de 1789 había querido reducir los guardias ante su puerta y al pie de la torre. Se reintegró a su celda en cuanto se le encañonó demasiado cerca con una escopeta...

El 2 de julio, dos semanas antes del asalto, oyeron los transeúntes desde los muros una voz terrible y sobrehumana que les gritaba las infamias del gobernador. Sade se había procurado una bocina, y llamaba al pueblo. El pueblo se congregaba y exteriorizaba su asentimiento.

Se cuenta que Sade también arrojaba hojitas desde su celda en las cuales culpaba al gobernador de la Bastilla de martirizar: *"Se asesina a los presos"*. El furor del pueblo se dirigió, en primer lugar, contra ese símbolo de la Edad Media. Es posible que Sade diese el primer empuje...".

[6] FANTASMAS: Hacia fines de abril de 1802, un *Te Deum* solemne celebraba en Notre Dame la promulgación del Concordato. Fue hacia esa época, según toda posibilidad, que la pasión antirreligiosa del marqués, exacerbada por el renacimiento de la fe, le inspiró el deseo de reunir en una obra metódica la suma de los argumentos que su ateísmo le había dictado desde el *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* hasta la *Historia de Julieta*. De dicha obra, *Refutación de Fenelon* —mencionada en el catálogo general de 1803–1804— no conoceríamos hoy más que el título, si los Cuadernos personales del marqués no nos hubieran proporcionado el fragmento titulado *Fantômes*, el cual —juzgándolo por la frase siguiente— parecería el preámbulo de tal obra: *Execrable aborto*, exclama Sade al dirigirse a Dios, *debería abandonarte aquí a ti mismo*, *librarte al desprecio que tú solo inspiras*, *y dejar de combatirte otra vez en los ensueños de Fenelon*, *Pero he prometido cumplir mi tarea; mantendré mi palabra*, etc. Es de destacar que este trozo, de una admirable energía, ofrece notable semejanza con algunos pasajes de un episodio de *Los cantos de Maldofor*, donde el Conde de Lautréamont interpela al Creador.

[7] CHELIUSKIN: Eluard hace referencia en este punto a la hazaña, insólita para aquella época, realizada por el buque oceanógrafico soviético *Cheliuskin*, que en 1933–34 intentó unir sin escalas los puertos de Murmansk y Vladivostok. Apresado por los hielos, sus tripulantes sobrevivieron durante cerca de un año, siendo finalmente rescatados por sus camaradas aviadores.

[8] CHARENTON: En 1800, aparece en Turín, con falso pie de imprenta, un panfleto dirigido contra Napoleón y titulado: *Zoloé y sus ¿os acólitos, o algunas décadas de la vida de tres mujeres bonitas*. Hoy se duda que Sade fuese realmente su autor, pero merecería serlo: constituyó un acto de la más pura provocación. En el panfleto, las damas del Imperio, acompañadas por caballeros y un padre capuchino, celebraban orgías secretas en un hotel de citas. Zoloé era la futura emperatriz Josefina. En el prólogo, el autor explica que sólo la veracidad histórica ha guiado su pluma: *"No es nuestra culpa si aquí se presentan los colores de la inmoralidad, de la impureza y de la perfidia. Hemos pintado los hombres de un siglo ya caduco. Si el nuevo siglo pudiera crearlos mejores, nuestro pincel se aplicaría en adelante a pintar los primores de la virtud"*. Bajo el pretexto de peligro social, Sade es detenido y sin juicio previo arrojado nuevamente en prisión. De allí es trasladado al hospicio de Charenton, donde ingresa el 27 de abril de 1803. En 1808, el Médico Jefe del establecimiento se queja al ministro de Policía del Imperio de la conducta de Sade: *"...Este hombre no es un alienado. Su único delirio es el vicio... El señor de Sade tiene libertad de pasear por el parque, y encuentra a menudo allí a enfermos que gozan del mismo privilegio. A uno predica sus teorías repugnantes, al otro presta libros... Se ha cometido el desatino de permitir en el establecimiento un teatro, para que los locos puedan representar comedias, sin reparar que este entretenimiento tan excitante puede ejercer efectos perniciosos sobre sus débiles imaginaciones. El señor de Sade es el director*

de este teatro. El elige las piezas, reparte los papeles y dirige los ensayos. Enseña a declamar a actores y actrices y los forma artísticamente. Asegura que está creando un nuevo arte escénico... No es necesario, a mi entender, demostrar a V. E. lo desagradable de semejante modo de vida y los peligros de toda índole que esto lleva aparejado..." La represión oficial se hace sentir; en 1810, el ministro del Interior emite el decreto que reproducimos en el apéndice; tiempo después es clausurado el teatro.

Especialista en rebelión, no hubo un solo medio de acción que Sade no supiese emplear. Por las experiencias teatrales que realizó durante su internación en Charenton, hoy se lo considera uno de los precursores del psicodrama.

De los años pasados en el hospicio, Charles Nodier nos deja una imagen de él, en sus *Recuerdos de la Revolución y del Imperio*: *"... era educado hasta la obsequiosidad y de una afabilidad untuosa. Hablaba siempre respetuosamente de todo lo que es respetable"*.

Falleció en el hospicio, el 2 de diciembre de 1814, a los 74 años de edad, sereno, sin sufrir enfermedad alguna; dejando un testamento cuyas disposiciones no fueron cumplidas: sufrió un entierro religioso en el cementerio de St. Maurice. Los discípulos de Gall, abrieron posteriormente el sepulcro de Sade y se llevaron el cráneo, con la certeza de descubrir en él malformaciones anatómicas que explicasen la vida de "ese degenerado de tristísimo renombre". Pero al analizar su cráneo, no encontraron nada extraordinario; era de armoniosas proporciones, "pequeño como si fuera de una mujer; las partes que indican la ternura maternal y el amor hacia los niños eran tan evidentes como en el cráneo de Heloísa", que fue un modelo de ternura y amor. Fue el último desafío de Sade a sus contemporáneos.

BIBLIOGRAFÍA

DIÁLOGO ENTRE UN SACERDOTE Y UN MORIBUNDO

1. *Dialogue entre un prêtre et un moribond*, par Donatien–Alphonse-François, marquis de Sade, publié pour la première fois sur le manuscrit autographe inédit, avec un avant–propos et des notes, par Maurice Heine. [Paris], Stendhal et Compagnie, 1926.
2. D.–A.–F. de Sade, *Dialogue entre un prêtre et un moribond*. Les Presses Littéraires de France, Paris, 1949. Origines du Dialogue et notes par François Caradec.
3. Donatien–Alphonse–François de Sade, *Dialogue entre un prêtre et un moribond*, suivi d'une *Pensée*. Jean–Jacques Pauvert, Editeur, Paris, 1953. Con nota bibliográfica del editor y una ilustración.
4. D.–A.–F. de Sade, *Oeuvres completes*, tome VII: *Dialogue entre un prêtre et un moribond et autres opuscules*. Préface de Maurice Heine. Paris, Jean–Jacques Pauvert, 1961.

FANTASMAS

Publicado por primera vez en: Marquis de Sade, *Cahiers personnels (1803–1804)*, publiés pour la première fois sur les manuscrits autographes inédits avec une préface et des notes par Gilbert Lely. Correa, París, 1953.

LA EVIDENCIA POÉTICA

Publicado por primera vez en inglés bajo el título *Poetic Evidence* en: *Surrealism*, edited with an introduction by Herbert Read. Londres. Faber and Faber Limited, 1936.

Publicado por primera vez en francés en: Paul Eluard, *Donner à voir*, Paris, Gallimard, 1939.